

OLIVER STONE
PETER KUZNICK

LA HISTORIA SILENCIADA DE ESTADOS UNIDOS

«ESTE LIBRO DESTAPA LAS VERGÜENZAS DE ESTADOS UNIDOS EN LOS ÚLTIMOS CIEN AÑOS».
BILL MAHER



Oliver Stone y Peter Kuznick

La historia silenciada de Estados Unidos

Traducción del inglés de

Amado Diéguez Rodríguez

la esfera de los libros

A nuestros hijos: Tara, Michael, Sean, Lexie, Sara y Asmara; por ese mundo mejor que ellos y todos los niños merecen.

PRÓLOGO

Este libro y la serie documental en que se basa cuestionan la historia oficial de Estados Unidos, la que nos enseñan en los colegios a la mayoría de norteamericanos. Esa historia, conocida de todos y hasta cierto punto mítica y legendaria, nos llega cuidadosamente filtrada a través de un prisma de altruismo, benevolencia, magnanimidad, excepcionalidad y devoción por la libertad y la justicia. Nos la transmiten desde la primera infancia, luego la educación primaria y secundaria la refuerzan y, más tarde, nos la cuentan de nuevo tantas y tantas veces que ya impregna hasta el aire que respiramos. Es reconfortante y consuela. Pero solo es una pequeña parte de la verdad. Puede convencer a quienes no investigan en mayor profundidad, pero, como ese aire que respiramos, es dañina y perjudicial y está contaminada. No solo evita que comprendamos por qué el resto del mundo nos mira como nos mira, sino que también impide que cambiemos ese mundo para hacerlo mejor. Porque, como cualquier persona de cualquier rincón del planeta, todo norteamericano es esclavo de su concepción del pasado y rara vez se da cuenta de hasta qué punto su forma de entender la historia determina su comportamiento en el presente. La comprensión de la historia define la idea de lo concebible, de lo realizable. Ese es el motivo de que muchos estadounidenses hayan dejado de imaginar un mundo radicalmente distinto y mejor del que conocemos.

Y esa es la semilla de este libro. Aunque esté inspirado y basado en la serie de televisión, es independiente de ella en muchos aspectos. Ojalá quienes hayan visto la serie lo lean y puedan hacerse una idea mejor de la historia que queremos contar. Y ojalá los lectores del libro vean la serie y disfruten de su vigor visual y dramático. Los autores ofrecemos libro y serie a los motores del progreso y del cambio en el mundo con la esperanza de que la información que ambos contienen les sea útil en su lucha por un planeta más justo, humano, democrático y equitativo.

INTRODUCCIÓN. LAS RAÍCES DEL IMPERIO. «LA GUERRA ES UN APAÑO»

Esta obra se publica en un momento en que, poco a poco, el imperio americano empieza a bajar el telón. El 1941 el magnate de la prensa Henry Luce declaró que el siglo XX sería «el siglo americano». Qué poco podía imaginar cuán certero era su pronóstico. Más, si cabe, porque Alemania y Japón todavía no habían sido derrotados, aún no se había inventado la bomba atómica, tampoco había llegado el boom industrial de posguerra ni la creación y consolidación del complejo militar-industrial norteamericano o el desarrollo de Internet, la transformación como por ensalmo de Estados Unidos en un estado sometido a los dictados de la seguridad nacional y la victoria en la Guerra Fría.

Son muchos, sin embargo, los que han rebatido el vaticinio de Henry Luce. El vicepresidente Henry Wallace, por ejemplo, instaba a todos a dar la bienvenida al «siglo del hombre corriente». Wallace, a quien los más pragmáticos tachaban de «soñador y visionario», deseaba un mundo de abundancia basado en la ciencia y la tecnología, un mundo sin colonialismo ni explotación, un planeta pacífico donde reinase una prosperidad compartida. Por desgracia, la posguerra fue más fiel al presagio de Luce que al de Wallace. En 1997 una nueva generación de defensores de la supremacía global —entre quienes se encontraba el «grupo de expertos» neoconservador que asesoró al lamentable George W. Bush— clamaba por un «nuevo siglo americano», una idea que fue ganando adeptos en los primeros años del siglo XXI, es decir, antes de que llegaran a saberse las verdaderas y desastrosas consecuencias de las últimas guerras emprendidas por Washington.

El periodo de hegemonía global de Estados Unidos —la nación más poderosa que el mundo haya conocido— ha estado marcado por maravillosos logros y terribles decepciones. En las siguientes páginas hablaremos de las segundas, es decir, del lado oscuro de la historia de Norteamérica. No es nuestra intención contar esa historia en todos sus detalles. Sería imposible. Simplemente, preferimos no detenernos en las muchas cosas que Estados Unidos ha hecho bien. Existen bibliotecas enteras dedicadas a ellas y los programas de estudio de los colegios ya las ensalzan lo suficiente. A nosotros, los autores de este libro, nos preocupa mucho más lo que Estados Unidos ha hecho mal, las diversas formas en que, desde nuestro punto de vista, el país ha traicionado su misión. Además, creemos que aún hay tiempo para enmendar los errores. Nos inquieta enormemente el rumbo de la política estadounidense en un momento en que el país acaba de librar tres guerras diferentes contra tres países islámicos distintos y en al menos otros seis lleva a cabo ataques con *drones* (aviones no tripulados) —o, para ser más exactos, asesinatos con *drones*—. ¿Por qué nuestro país tiene bases militares —más de mil, según algunas fuentes— en todas las regiones del planeta? ¿Por qué gasta en sus fuerzas armadas tanto dinero como el resto del mundo junto? ¿Por qué todavía dispone de miles de armas nucleares —muchas de ellas listas para ser utilizadas en cualquier momento— aunque ninguna nación suponga una amenaza inminente? ¿Por qué la brecha entre ricos y pobres es mayor en Estados Unidos que en cualquier otra nación desarrollada? ¿Por qué Estados Unidos es el único país avanzado sin asistencia sanitaria universal?

¿Por qué tan pocas personas —quizá trescientas o quinientas o dos mil, tanto da— acaparan tanta riqueza como los tres mil millones de ciudadanos más pobres del mundo? ¿Por qué se permite que una minoría de norteamericanos ricos ejerza un control tan férreo de la política interior y exterior y de los medios de comunicación mientras el ciudadano ve cómo su poder real de decisión y su nivel de vida disminuyen cada vez más? ¿Por qué los estadounidenses están tan vigilados? Tanta intromisión de los aparatos del Estado en la vida privada, el abuso de las libertades civiles, una pérdida de privacidad que habría espantado a los Padres Fundadores de la patria y a muchas

generaciones posteriores a ellos, ¿a qué obedecen? ¿Por qué Estados Unidos tiene un porcentaje menor de trabajadores sindicados que las demás democracias industrializadas del mundo? ¿Por qué en nuestro país las personas dominadas por la codicia y sus estrechos intereses personales acumulan más poder que quienes ensalzan valores sociales como la bondad, la generosidad, la compasión, la fraternidad, la empatía y la defensa de los intereses comunes? Y ¿por qué ha llegado a ser tan difícil que la gran mayoría de los norteamericanos imagine un futuro distinto, y posiblemente mejor, que el que anticipan nuestra política y valores sociales actuales? Estas son solo algunas de las preguntas que abordaremos en las siguientes páginas. No podemos responder a todas, naturalmente, pero sí aspiramos a ofrecer al lector un fresco de circunstancias históricas que le permitan indagar por su cuenta en mayor profundidad.

A lo largo del libro mencionaremos a ciertos colectivos e individuos que se han esforzado, a veces heroicamente, por devolver al país al buen camino. Los autores nos tomamos muy a pecho la declaración del presidente John Quincy Adams, que el 4 de julio de 1821 condenó el colonialismo británico y afirmó que Estados Unidos no salía «al extranjero en busca de monstruos que destruir» para no «verse envuelto, y ya no poder volver atrás, en esas guerras en que el interés y las intrigas, la codicia personal, la envidia y la ambición asumen los colores de la libertad y la usurpan. Imperceptiblemente, la máxima fundamental de nuestra política dejaría de ser la *libertad* y empezaría a ser la *fuerza*». Estados Unidos, advertía John Quincy Adams, podría «convertirse entonces en dictador del mundo, pero dejaría de ser dueño de su alma».[1]

Adams fue profético. Previó lo que le ocurriría a Estados Unidos si sacrificaba su espíritu republicano en el altar del imperio. En estos tiempos, además, los norteamericanos niegan su pasado imperial y que este todavía dicta las decisiones políticas. Pero eso solo sirve para agravar el mal. El historiador Alfred McCoy ha dicho: «Para los imperios, el pasado no es más que otro territorio de ultramar que aguarda reconstrucción o, quizá, reinvención».[2] Los estadounidenses se niegan a vivir *en* la historia por mucho que, como ha comprendido J. M. Coetzee, los imperios estén obligados a hacerlo. En *Esperando a los bárbaros* escribe: «El imperio se condena a vivir en la historia y a rebelarse contra ella. Oculto, un solo pensamiento le inquieta: cómo no acabar, cómo no morir, cómo prolongar mi época. De día se lanza en persecución de sus enemigos. Es astuto e implacable y tiene sabuesos repartidos por todos los rincones. De noche le acosan pesadillas infernales: saqueos, violaciones masivas, pirámides de huesos, hectáreas de desolación. Tiene un sueño turbado y violento».[3]

Los norteamericanos creen que el pasado no les afecta. El historiador Christopher Lasch opina que esta actitud no es más que un reflejo de su «narcisismo». Y es también, para muchos, una forma de no querer ver en qué se convirtió su país en el siglo pasado. Mientras duraba la dominación, al estadounidense le fue más fácil consolarse con fábulas benévolas. Entretanto, sin embargo, el conocimiento de la verdadera historia disminuía paulatinamente y sin remedio. El prolongado aislamiento de los norteamericanos del resto de un mundo integrado y multilingüe solo sirve para agudizar el problema. No solo la escisión alimenta la ignorancia, también el miedo, que, como se ha demostrado, no desaparece y agranda las amenazas. Vivimos sometidos al pánico recurrente a intrusos extranjeros, a radicales de dentro y de fuera y, más recientemente, a peligrosos terroristas islámicos.

Que los estadounidenses ignoran su historia volvió a ponerse de manifiesto en junio de 2011 gracias a un estudio llevado a cabo en todo el país, la Nation’s Report Card [«Boletín de Notas de la Nación»]. Según *The New York Times*, ese estudio revelaba que los estudiantes de cuarto, octavo y duodécimo cursos[4] «sabían menos de Historia de Estados Unidos que de las demás asignaturas». Según la National Assesment of Educational Progress [Valoración Nacional del Progreso Educativo, nombre oficial de la Nation’s Report Card], solo el 12 por ciento de los alumnos de instituto de

último curso demostraron algunos conocimientos. Pero hay que dudar también de la «aptitud» de ese 12 por ciento, porque, sorprendentemente, solo el 2 por ciento de ellos sabía qué problema social se proponía corregir el fallo del caso Brown contra la Junta de Educación,[5] a pesar de que la respuesta estaba implícita en la pregunta.[6]

Solo mitos y leyendas han cubierto esta laguna endémica. Como la interesada idea de que, como dijo John Winthrop a bordo del *Arbella* en 1630, América es, por decreto divino, una «ciudad en las alturas», el faro que orienta al mundo. Según esta idea, Estados Unidos es mensurablemente superior al resto del corrupto y venal planeta. Y es verdad que en ciertos momentos lo ha sido y que ha habido épocas en que sus valores y logros han dado pie a grandes avances sociales. Pero también es cierto que otras veces, quizá más, ha puesto trabas al progreso humano precisamente por empeñarse en sus objetivos políticos. Porque, aunque antaño existiera la idea de que Estados Unidos era en esencia distinta de las demás naciones porque esas naciones actuaban llevadas únicamente por el interés y el ansia de poder, y en propio beneficio, mientras Estados Unidos solo lo hacía llevado por su compromiso con la libertad y se sacrificaba con altruismo en aras de la humanidad, y esa idea quedase para muchos enterrada en las ruinas de Hiroshima y Nagasaki y en las junglas de Vietnam, en los últimos años esta mentalidad ha renacido de sus cenizas y constituye una de las bases del nuevo revisionismo histórico de derechas.

Quizá nada refleje mejor el mito de la excepcionalidad de Estados Unidos que el comentario del presidente Woodrow Wilson tras la Conferencia de Versalles: «¡Por fin reconoce el mundo en Estados Unidos a su salvador!».[7] Y es cierto que, aunque casi siempre con un poquito más de humildad, muchos políticos norteamericanos han expresado esa misma idea en repetidas ocasiones a lo largo de la historia.

Los xenófobos del Tea Party, en cambio, carecen de humildad y defienden ciegamente la excepcionalidad de Estados Unidos como el sine qua non del patriotismo. Por eso las respetuosas declaraciones de Barack Obama les afirman en sus sospechas de que, aunque el presidente haya nacido en suelo patrio —como la mayoría de ellos ya empieza a admitir de mala gana—, en realidad no es un auténtico estadounidense. En el año 2009, Obama hizo un comentario por el que muchos seguidores del Tea Party aún se la tienen jurada: «Yo creo en la excepcionalidad de Estados Unidos, pero sospecho que los británicos también creen en la excepcionalidad del Reino Unido y los griegos en la de Grecia».[8]

Que Obama se niegue a pregonar que la nación norteamericana es el gran regalo de la historia a la humanidad es anatema para los dirigentes del Partido Republicano, que, conscientes de que el 58 por ciento de los estadounidenses creen que «Dios ha dado a América un lugar especial en la historia», aprovechan la poco entusiasta actitud del presidente para condenarle. Mike Huckabee, exgobernador de Arkansas, le acusa de tener «una cosmovisión radicalmente distinta a la de cualquier otro presidente, republicano o demócrata [...]. Es más un defensor de un mundo global que un norteamericano. Negar la excepcionalidad de Estados Unidos es, básicamente, negar el alma y el corazón de este país».[9]

La importancia de desarrollar una perspectiva incorrupta de la historia de Estados Unidos y llevar a cabo una crítica honrada de su política imperialista ha sido artículo de fe entre los historiadores y activistas norteamericanos desde el nacimiento de la Nueva Izquierda en los años sesenta. Los conservadores, por otro lado, venían negando sistemáticamente que Estados Unidos tuviera aspiraciones imperiales. Hace poco, sin embargo, los neoconservadores han puesto fin a este dogma y proclaman con orgullo no solo que Estados Unidos es un imperio, sino que es el imperio más justo y poderoso que haya existido. A la mayoría de los estadounidenses esto les sigue pareciendo una blasfemia. Los *neocons* se lo toman como indicio de su fuerza: Estados Unidos desempeña el papel hegemónico que Dios le ha otorgado. En la euforia posterior a la invasión de Afganistán el 7 de

octubre de 2001, antes de que quienes prematuramente festejaban las últimas aventuras imperiales de la nación cayeran en la cuenta de la locura que las había animado, los cerebros grises de las trincheras conservadoras se subieron al carro del triunfo. William Kristol, de *The Weekly Standard*, tituló audazmente la portada de la edición del 15 de octubre de aquel año: «Argumentos en favor del imperio americano». Rich Lowry, director de *National Review*, hablaba de «una especie de colonialismo de baja intensidad» que se proponía derrocar a los peligrosos gobiernos de Afganistán.[10] Pocos meses más tarde, el columnista Charles Krauthammer apuntaba: «Los ciudadanos empiezan a salir del armario en lo que se refiere al término "imperio"»; ya era hora, apuntaba, en vista de la completa dominación «cultural, económica, tecnológica y militar» de Estados Unidos.[11] En la portada de su dominical del 5 de enero de 2003, *The New York Times* titulaba: «Imperio americano: empieza a acostumbrarte».

Aunque para muchos neoconservadores el imperio sea un concepto reciente, el impulso de Estados Unidos por expansionarse, colonizar, crecer y conquistar ya estaba presente en las primeras colonias —desde el mismo momento de su fundación— y luego cobró forma en la Doctrina Monroe con la idea de «destino manifiesto». En palabras de Paul Kennedy, historiador de la Universidad de Yale: «Desde que los primeros colonos ingleses pusieron pie en Virginia y empezaron a desplazarse hacia el oeste, esta ha sido una nación imperial, una nación de conquistadores».[12] Esa sed a veces genocida de adquirir la tierra y los recursos de los demás siempre se ha visto revestida por los más elevados ideales —el compromiso altruista con la libertad, el progreso y la civilización—, y así sigue siendo. Uno de los primeros y más sagaces estudiosos del imperio americano, William Appleman Williams, lo dijo así: «El hambre rutinaria de tierras, mercados o seguridad llegó a justificar la noble retórica de la prosperidad, la libertad y la defensa».[13] Según este principio, los políticos norteamericanos han negado invariablemente, aunque no siempre de forma convincente, la doctrina racista que justifica dicho impulso expansionista.

Y también han negado la existencia de los medios que lo han hecho realidad. Claro que siempre hubo alguien para recordárselo, aunque fuera de la procedencia más inesperada. Samuel Huntington, autor del simplista, inexacto y falaz concepto «choque de civilizaciones», ha señalado, esta vez con acierto: «Occidente no ha conquistado el mundo por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a esa religión se han convertido muy pocos fieles de otros credos), sino porque practica como nadie la violencia organizada. Los ciudadanos de Occidente olvidan este hecho con demasiada facilidad. Los demás, no».[14]

Max Boot, director de *The Wall Street Journal* y miembro del Council on Foreign Relations [Consejo de Relaciones Exteriores], ha comprendido mejor que la mayoría que los designios imperiales de Estados Unidos vienen de lejos. Reprendió con sarcasmo a Donald Rumsfeld por su áspera respuesta a la pregunta de un reportero de Al Jazeera sobre si Estados Unidos estaba edificando un imperio: «Ha reaccionado como si le hubieran acusado de llevar ropa interior de mujer». «Nosotros no queremos ningún imperio —soltó Rumsfeld—. Nosotros no somos imperialistas. Nunca lo hemos sido». Boot, por el contrario, no está de acuerdo. En el mismo artículo citaba la primera expansión continental, que comenzó con la compra de Luisiana, siguió, también en el mismo siglo XIX, con la adquisición de Puerto Rico, las Filipinas, Hawái y Alaska, continuó en el siglo XX y tras la Segunda Guerra Mundial con los «ataques de imperialismo» en Alemania y Japón y ha concluido con «recientes experimentos de "reconstrucción nacional" en Somalia, Haití, Bosnia, Kosovo y Afganistán, lo cual también es imperialismo, aunque lo llamemos de otra manera». A diferencia de los críticos de izquierdas, sin embargo, Boot aplaude la política expansionista. «El imperialismo norteamericano —sostiene— fue la mayor fuerza de bien del siglo pasado».[15]

Niall Ferguson, historiador de Harvard que ya había argumentado en favor del imperio británico, entendía que el complejo de superioridad de los estadounidenses es, por decirlo suavemente,

interesado. Y observó, con ironía: «A quienes todavía insisten en la "excepcionalidad" de Estados Unidos, un cronista de la historia de los imperios solo puede contestarles: es tan excepcional como los demás sesenta y nueve imperios».[16]

Es verdad que quienes postulan la superioridad moral de Estados Unidos son siempre demasiado ampulosos, pero hay que reconocerles que cuando hablan de superioridad militar están en lo cierto. Y pocos aducen mayores argumentos que Paul Kennedy en *Auge y caída de las grandes potencias*, cuando señala que, tras haber sobrepasado sus límites, como todos los demás imperios, el americano ya está en declive. Como a otros muchos historiadores, sin embargo, a Paul Kennedy le sorprendió, y probablemente le confundió, la facilidad con que Estados Unidos borró del mapa a Afganistán tras los atentados del 11 de septiembre de 2001: «En lo que se refiere a poder, nunca habíamos visto diferencias tan abismales. Nunca», escribió, desdiciéndose de su opinión anterior. «He revisado todas las comparativas de gastos de defensa y personal militar de los últimos quinientos años [...] y ninguna nación se nos acerca. Gran Bretaña impuso la Pax Britannica a precio de saldo: su ejército era mucho más pequeño que los del resto de Europa y existían otras dos marinas equiparables a la Royal Navy. Hoy todas las marinas del mundo combinadas no podrían ni discutir la supremacía naval de Estados Unidos». A Paul Kennedy le asombra el inmenso poder de los doce grupos de combate formados en torno a los portaaviones. Ningún imperio ha tenido tanta autoridad militar como el americano: «El imperio de Carlomagno se circunscribía a Europa Occidental. El imperio romano fue más extenso, pero convivió con otros dos: el persa y el chino, que era mayor todavía. No se le pueden comparar».[17]

Pero también estas afirmaciones merecen un análisis más profundo. Ciertamente, Estados Unidos posee mayor potencia de fuego, soldados mejor entrenados y capacitados y armas tecnológicamente más desarrolladas que cualquier otra nación de la historia. Pero eso no siempre se ha traducido en victorias en el campo de batalla cuando el enemigo recurre a tácticas poco ortodoxas y quiere vencer a toda costa.

La confusión sobre su estatus se debe a que, aunque tiene el mismo poder y ejerce las mismas funciones, Estados Unidos no se reviste del tradicional ropaje de los imperios. No ha seguido, claramente, la senda de los imperios europeos del siglo XIX. Como ellos, sin embargo, se ha embarcado en aventuras coloniales, aunque en su mayor parte estas no hayan servido para otra cosa que para afianzar la penetración económica en ultramar. El americano es, por tanto, lo que algunos han llamado un imperio de «puertas abiertas», es decir, más preocupado del control de los mercados y de otras formas de dominación económica que de someter a poblaciones y territorios. No obstante, para contrarrestar las amenazas que ponían en peligro sus intereses económicos y la inversión privada, Estados Unidos, ha recurrido sistemáticamente a la fuerza militar y, a veces, a una ocupación territorial prolongada. En los últimos tiempos viene siendo lo que Chalmers Johnson muy oportunamente ha bautizado como «imperio de bases militares», porque hoy esas bases sustituyen a las colonias de antaño. Según datos del Pentágono, en 2002 Estados Unidos contaba con presencia militar en ciento treinta y dos de los ciento noventa países miembros de las Naciones Unidas.[18] Si a eso se añaden los doce grupos de combate de portaaviones de la flota —que cuestan miles de millones de dólares—, la presencia militar de Estados Unidos es verdaderamente global. Además, nuestro país conserva el arsenal nuclear más potente del mundo, con capacidad, pese a las restricciones de los últimos años, para acabar varias veces con el planeta.

La última frontera fue trazada en el espacio, porque la presencia en la estratosfera, y más allá, forma parte de lo que en Estados Unidos llamamos «dominación de espectro completo». Quedó establecida en «Vision for 2010», directriz de 1997 del Space Command [Mando Espacial] que luego desarrolló el Pentágono en su «Joint Vision 2020» [Visión Conjunta 2020],[19] y augura una dominación incontestable en tierra y aire.

El imperio americano viene evolucionando desde hace más de un siglo. Tras cumplir lo que el periodista John L. O'Sullivan llamó «destino manifiesto» y desplegarse por toda Norteamérica, Estados Unidos puso la mira en la otra orilla del océano. William Henry Seward, secretario de Estado con Abraham Lincoln y Andrew Johnson, tuvo una visión grandiosa con la anexión de Alaska, Hawái, Canadá, partes del Caribe y de Colombia y la isla de Midway.

Pero mientras Seward soñaba, los europeos se lanzaban a la acción y arramblaban con todo lo que encontraban. Gran Bretaña, a la cabeza de una larga procesión, se hizo con quince millones de kilómetros cuadrados —un área sensiblemente mayor que Estados Unidos— en los últimos treinta años del siglo XIX,[20] Francia con diez millones[21] y Alemania, que empezó la carrera con retraso, con tres millones.[22] En la década de 1890, los europeos se habían repartido el 90 por ciento de África. La mejor tajada se la llevaron Bélgica, Gran Bretaña, Francia y Alemania. Henry Cabot Lodge, senador por Massachussets y el mayor defensor del imperio americano, señaló: «Las grandes naciones acaparan rápidamente para su futura expansión y su presente defensa las tierras de desecho del planeta». Instaba a Estados Unidos a actuar con celeridad para recuperar el tiempo perdido.[23]

Pero el imperio era anatema para la mayoría de los norteamericanos, que defendían la imagen decimonónica de república de productores frente al orden voraz del capitalismo industrial. El gran abismo entre los opulentos capitalistas y las esforzadas masas amenazaba los cimientos de sus ideales democráticos e igualitarios. La mayoría de granjeros y trabajadores deploraban la idea de que un puñado de banqueros e industriales y un pesebre de sumisos jueces y legisladores gestionaran el país. Walt Whitman les dio voz al tachar los excesos del capitalismo de «especie de dolencia antidemocrática, de monstruosidad».[24]

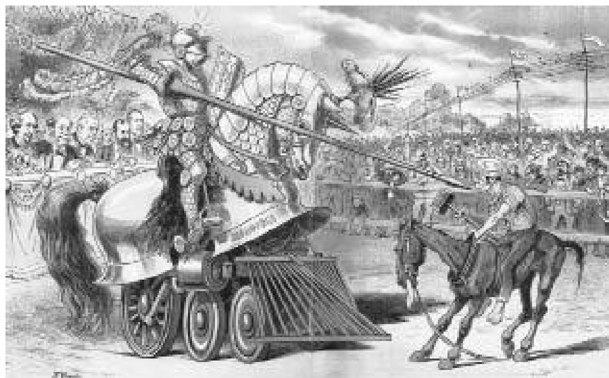




Como muestran estas ilustraciones, hacia finales del siglo XIX las naciones europeas ampliaron enormemente sus imperios. En 1878 los europeos y sus antiguas colonias dominaban el 67 por ciento de la superficie de la Tierra; en 1914, y resulta pasmoso, un 84 por ciento.

En el último tercio del siglo estallaron las luchas laborales más sangrientas de la historia de la nación. En 1877, con el apoyo de toda la clase trabajadora, una huelga de empleados ferroviarios paralizó la mayor parte de los trenes del país. Los capitalistas, obsesionados con el recuerdo de los revolucionarios fundadores de la Comuna de París de 1871, vieron cómo sus peores pesadillas se hacían realidad cuando en varias ciudades importantes como Chicago y San Luis los trabajadores declaraban huelgas generales que tenían un amplio seguimiento. En Washington el periódico *The National Republican* publicó un editorial titulado «La comuna americana» que decía: «Es obvio y

manifiesto que en América las ideas comunistas están muy difundidas entre los trabajadores de minas, fábricas y ferrocarriles». La huelga de ferroviarios era, «cuando menos, comunismo de la peor calaña». Y no solo era «ilegal y revolucionaria, sino también antiamericana».[25] *The Republican*, el periódico más vendido de San Luis, estaba de acuerdo: «Es un error llamarla huelga: es una revolución».[26] Cuando las milicias locales se mostraron incapaces de sofocar las revueltas, o no quisieron hacerlo, el presidente Rutherford B. Hayes, que debía en parte su elección a los magnates del ferrocarril, mandó al ejército. La batalla campal posterior se saldó con cien trabajadores muertos y una nación amargamente dividida.



Esta viñeta publicada en agosto de 1883 por la revista Puck retrata la desigual batalla entre la mano de obra y los monopolios. A la izquierda aparecen varios magnates poco escrupulosos. De izquierda a derecha: Cyrus Field, financiero y empresario de telégrafos; William Vanderbilt, del sector de ferrocarriles; John Roach, armador; y Jay Gould, empresario de ferrocarriles, como Vanderbilt.

La lucha se propagó y en 1885 el sindicato Knights of Labor [Caballeros del Trabajo] consiguió paralizar la red ferroviaria de veinticuatro mil kilómetros de Jay Gould. Gould era un magnate muy particular. En cierta ocasión se jactó de que él solo era capaz de «contratar a la mitad de la clase trabajadora» para que matase «a la otra mitad». También era, posiblemente, el hombre más odiado de la nación.[27] Knights of Labor, con su ideología socialdemócrata y su llamamiento a la unidad de los trabajadores, no era una federación del trabajo al uso. Cuando, para sorpresa del país entero, Jay Gould accedió a todas sus peticiones, la publicación económica *Bradstreet* habló de «rendición incondicional».[28] El número de afiliados al sindicato subió espectacularmente y de ciento tres mil el 1 de julio de 1885, pasó a contar con setecientos mil un año después. El gobierno, sin embargo, le asestó una puñalada mortal al sacar provecho de la muerte de siete agentes de policía en la Haymarket Square de Chicago en mayo de 1886, un incidente que sirvió de excusa para acabar no solo con los anarquistas participantes, sino para perseguir a Knights of Labor —que había renunciado a la violencia y no tenía nada que ver con el altercado—. El Pánico Rojo resultante supuso la persecución de todos los radicales del país.



La revuelta de Haymarket del 4 de mayo de 1886. Las autoridades aprovecharon la muerte de algunos agentes de policía para acabar no solo con los anarquistas, que sí participaron en el incidente, sino también con el sindicato Knights of Labor, que no estaba implicado. Muy pronto persiguieron también a todos los radicales de la nación.

Al recordar aquella época, la reformista Ida Tarbell comentaba: «Los años ochenta goteaban de sangre».[29] Pero no era precisamente la década la que goteaba sangre, sino los trabajadores, que llegaron a cuestionar la legitimidad de un sistema que otorgaba más poder a los ricos —la nueva élite de empresarios y banqueros— y marginaba a obreros y campesinos. La abrumadora mayoría de la población solo se beneficiaba de avances muy escasos cuando las cosas iban bien y padecía retrocesos devastadores cuando iban mal.



Edward Bellamy en 1890. Con la mayoría de la clase media norteamericana relegada por una economía guiada por la codicia, su novela El año 2000*, una visión retrospectiva, publicada en 1888, vendió más de un millón de ejemplares en poco tiempo. La obra inspiró asimismo la fundación de los llamados Nationalist Clubs, que se proponían contribuir a la realización de la utopía socialista descrita en el libro.*

Por su parte, los trabajadores del campo expresaron su descontento en repetidas ocasiones, sobre todo los afiliados a Farmers Alliances [Alianzas de Agricultores], organización fundada en la misma década de 1880, y al People's Party [Partido del Pueblo], constituido a principios de la de 1890. Aún hoy prosigue entre los historiadores el debate de hasta dónde llegaba el radicalismo de la población rural, pero no hay duda de que la mayoría se oponía a que las empresas fueran acumulando cada día mayor riqueza y de que muchos de sus líderes fomentaban la ira de sus seguidores con una retórica de oposición a Wall Street. En 1892 la primera convención del People's Party sirvió para redactar sus estatutos. Se celebró en Omaha, Nebraska, y en dichos estatutos podía leerse: «Se hurta a la luz del día el fruto del esfuerzo de millones de trabajadores para que unos pocos vayan amasando su colosal fortuna, lo cual no tiene precedentes en la historia de la humanidad; y quienes poseen tal fortuna desprecian a su vez la república y ponen en peligro la libertad. El fértil vientre de la injusticia del Estado alumbra dos grandes clases: pobres y millonarios».[30]

Aunque solo tuviera implantación en algunas regiones del sur, el Medio Oeste y la costa Oeste, el People's Party obtuvo casi un 9 por ciento de los votos en las elecciones a la presidencia de 1892; fue el más votado en cinco estados y consiguió mil quinientos delegados, tres gobernadores, cinco senadores y diez congresistas. En las elecciones a la Cámara de Representantes de 1894 duplicó los votos y logró siete congresistas y seis senadores.

Gran parte de la clase media compartía la repulsión por una economía basada en la idea de que los más codiciosos llegarían algún día a servir de motor a un gran bienestar social. La clase media no solo simpatizó con los trabajadores durante la Gran Huelga de los ferrocarriles de 1877, sino que más tarde, en 1888, devoró la utopía *El año 2000, una visión retrospectiva*, de Edward Bellamy, de la

que se vendieron un millón de ejemplares —lo que la convirtió en la segunda novela norteamericana más leída del siglo XIX solo por detrás de *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe.

El pánico financiero del Viernes Negro del 5 de mayo de 1893 dio pie a la mayor crisis que haya sufrido Estados Unidos hasta la fecha. En pocos meses, cuatro millones de trabajadores perdieron su empleo y el paro subió al 20 por ciento. La depresión duraría cinco años.

El país entero discutió las causas de la crisis y se esforzó por encontrar la forma de evitar el derrumbe económico en el futuro. Los que opinaban que la superproducción de los países extranjeros era el motivo de la depresión sostenían que Estados Unidos necesitaba más mercados que absorbieran sus excedentes. Por su parte, socialistas, sindicatos y reformistas creían que la crisis tenía su origen en el descenso del consumo y defendían la redistribución de la riqueza para que los trabajadores pudieran comprar los productos de granjas y fábricas. Pocos capitalistas respaldaron esta propuesta. La única transformación radical, decían, vendría de una mayor intervención en los asuntos internacionales.

Antes de que Estados Unidos pudiera reclamar una porción de los mercados y recursos naturales extranjeros, necesitaba una marina moderna de barcos de vapor y bases para abastecerla en todo el mundo. Empezó, pues, por anexionarse el puerto de la isla de Pago Pago, en el Pacífico, en 1889 y por construir una armada nueva entre 1890 y 1896.

Pero Pago Pago solo fue el comienzo. En 1893, respaldados por el delegado estadounidense en Honolulu y por marines y barcos norteamericanos, los plantadores de azúcar de Hawái depusieron a la reina Liliuokalani y la sustituyeron por el presidente Sandford Dole, primo de James Dole, magnate de la piña. En 1898 Estados Unidos se anexionó el archipiélago. Fue entonces cuando el presidente William McKinley habló de «destino manifiesto».[31]

Estados Unidos declaró la guerra a España el 25 de abril de ese mismo año, en teoría para librar a Cuba de la tiranía. Los combates empezaron, sin embargo, a miles de kilómetros de la isla, en la bahía de Manila, donde el 1 de mayo el comodoro George Dewey destruyó una flotilla española. Los antiimperialistas dijeron: «Dewey ha tomado Manila. Él solo ha perdido un hombre… y nosotros todos nuestros principios».[32] A los tres meses, la guerra había terminado.

A John Hay, secretario de Estado, el conflicto le pareció «una espléndida guerrita».[33] Pero no todos opinaban lo mismo. El 15 de julio de 1898, la Liga Antiimperialista trató de impedir que Estados Unidos se anexionase las Filipinas y Puerto Rico. Contaba entre sus filas con personajes tan eminentes como Andrew Carnegie, Clarence Darrow, Mark Twain, Jane Addams, William James, William Dean Howells y Samuel Gompers. No pudo, sin embargo, neutralizar con sus esfuerzos el ánimo de una nación imbuida de la gloria de la guerra por una causa justa y dominada por la euforia de una victoria fácil.



En una caricatura satírica del emergente imperialismo norteamericano y las crueldades en que ya incurría Estados Unidos, en esta ilustración publicada en enero de 1899 en la revista Puck *aparece el Tío Sam enseñando a las Filipinas, Hawái, Puerto Rico y Cuba, personificados en unos niños. En las filas de atrás aparecen otros niños con libros que se titulan igual que varios estados norteamericanos. En el rincón de la derecha hay un niño nativo americano que tiene el libro al revés y ante la «puerta abierta»*

aguarda un niño chino. En la esquina superior izquierda del dibujo aparece un afroamericano enfrascado en la humilde tarea de limpiar la ventana. En la pizarra puede leerse: «El consentimiento de los gobernados es bueno en teoría, pero muy raro en la realidad. Inglaterra ha dominado sus colonias con consentimiento o sin él. Y, pasando por alto tal consentimiento, ha ayudado enormemente al progreso de la civilización. Estados Unidos debe gobernar sus nuevos territorios con consentimiento o sin él hasta que esos territorios puedan gobernarse a sí mismos».

Cuando el polvo de la guerra se posó, Estados Unidos se había anexionado Hawái y le había arrebatado a España Puerto Rico, Guam y las Filipinas. Era el comienzo del imperio de ultramar. Las Filipinas se convirtieron en puerto de reabastecimiento ideal para los barcos que navegaban en dirección a China. Tras muchas noches de paseos por la Casa Blanca rogando guía y consejo a «Dios Todopoderoso» sobre qué hacer con las islas, McKinley optó por la anexión: para aprovechar la oportunidad de civilizar a una de las razas «inferiores» de la tierra. Rudyard Kipling lo llamó «la carga del hombre blanco».[34]

Bajo el liderazgo de Emilio Aguinaldo, los filipinos llevaban años tratando de zafarse del dominio español y fueron lo bastante ingenuos para creer que, con la ayuda de Estados Unidos, conseguirían la independencia. Redactaron el borrador de una constitución y el 23 de enero de 1899 fundaron una república con Aguinaldo como presidente. El 4 de febrero, empero, las tropas norteamericanas abrieron fuego en Manila. En Estados Unidos la prensa publicó que se trataba de la respuesta a un ataque no provocado de los filipinos contra unos soldados desarmados y que veintidós de esos soldados habían perdido la vida y unos doscientos habían resultado heridos. Según los primeros cálculos, los filipinos sufrieron miles de bajas. Los mismos diarios que mencionaban esas cifras predecían que, gracias a la escaramuza, la causa imperial obtendría un gran apoyo y el Senado aprobaría un polémico tratado de compra de Filipinas a España por veinte millones de dólares. *The New York World* dijo: «De repente y sin previo aviso, Estados Unidos se enfrenta a lo que supone ser un imperio [...]. Para dominar hay que conquistar. Para conquistar hay que matar».[35] Creció la presión sobre los que se oponían al tratado: había que respaldar a las tropas. El general Charles Grosvenor, congresista por Ohio, declaró: «Han disparado contra nuestra bandera, han matado a nuestros soldados. Desde la tierra, la sangre de los caídos clama venganza».[36]

Para *The Chicago Tribune*, aquel debate en el Senado fue el más agrio «desde el proceso de destitución de Andy Johnson».[37] George Frisbie Hoar, senador por Massachusetts, advirtió que Estados Unidos corría el riesgo de convertirse en «un imperio tan vulgar como cualquier otro; en un imperio basado en la fuerza física, con razas sometidas y estados vasallos; donde una clase debe mandar siempre y las demás deben obedecer siempre».[38] Tras un acalorado debate y con la garantía de que Estados Unidos no gobernaría las Filipinas eternamente, el tratado quedó ratificado por un solo voto por encima de los dos tercios de la cámara necesarios. Más tarde, Hoar declararía: «Estados Unidos ha aplastado la república que los filipinos se habían otorgado. Los ha privado de su independencia y, contra su voluntad y por medio del ejercicio del poder, ha instaurado un gobierno del que el pueblo no forma parte».[39] El senador Richard Pettigrew dijo que la traición al pueblo filipino era «el mayor crimen internacional del siglo».[40]

La inmensa mayoría de los filipinos apoyaba a los rebeldes y les daba alojamiento y comida. Los estadounidenses respondieron con extraordinaria brutalidad y algunas unidades emplearon tácticas que habían ido perfeccionando en su lucha contra los indios. Tras una emboscada en algún lugar de las islas, el general Lloyd Wheaton ordenó la destrucción de todos los pueblos en veinte kilómetros a la redonda y la matanza de todos sus habitantes. Cuando los rebeldes pillaron por sorpresa a unos norteamericanos acantonados en Balangiga, en la isla de Samar, y mataron a cincuenta y cuatro de los setenta y cuatro hombres de la guarnición, el coronel Jacob Smith ordenó el asesinato de todos los habitantes mayores de diez años y que la isla quedara convertida en «un desierto poblado de

aullidos».[41] Algunos soldados cumplieron la orden con delectación. Uno de ellos escribió a su casa: «Se nos inflamaba la sangre. Todos deseábamos matar a aquellos negros [...]. Cazar seres humanos es mucho mejor que cazar conejos».[42] Cientos de miles de filipinos acabaron internados en campos de concentración.

El senador por Indiana Albert Beveridge fue uno de los más firmes defensores de la toma de las Filipinas, que visitó para conocer la situación de primera mano. Ningún otro senador viajó hasta allí, así que todos esperaban su opinión con interés. A primeros de enero de 1900 se reunió el pleno de la cámara para escucharle. Beveridge ofreció una de las defensas más francas, llamativas y chovinistas de la política imperial norteamericana:

> Las Filipinas son nuestras para siempre [...]. Ese imperio insular es el último de los territorios libres de todos los océanos [...]. A partir de ahora, Asia debe ser nuestro mayor mercado comercial. El Pacífico es nuestro océano. Europa siempre podrá fabricar cuanto necesite, sus colonias le garantizan la mayor parte de lo que consume. ¿Dónde debemos buscar nosotros a quien consuma nuestros excedentes? La respuesta nos la ofrece la geografía. China es nuestro cliente natural [...]. Las Filipinas son un trampolín a las puertas de Oriente [...]. El comercio será la causa de la mayoría de las guerras futuras. Por eso la potencia que domine el Pacífico dominará el mundo. Con las Filipinas, esa potencia será siempre la República Americana [...]. Son los designios del Señor: el pueblo americano es el pueblo elegido y liderará la regeneración del mundo. Esa es la divina misión de América, y nos dará todos los beneficios, toda la gloria y toda la felicidad que el hombre pueda alcanzar. Somos los guardianes del progreso del mundo, los gendarmes de su justa paz. Somos los destinatarios de la sentencia del Señor: «Si en lo poco has sido fiel, en tus manos lo mucho Yo pondré».[43]

En esta misma línea, para McKinley el verdadero premio era el fabuloso mercado chino, en el que Japón y las potencias europeas llevaban años queriendo entrar a través de regiones determinadas. En 1899, por temor a que Estados Unidos se quedara fuera del reparto, John Hay, el secretario de Estado, envió a varias naciones su primera carta en pro de una política «de puertas abiertas». En ella pedía plena libertad comercial, igualdad de condiciones. Aunque obtuvo muchas respuestas ambiguas, en marzo declaró que todas las naciones consultadas habían accedido. Molestos por toda dominación extranjera, sin embargo, los nacionalistas chinos organizaron la rebelión de los bóxers, revuelta masiva contra el ocupante extranjero y las misiones religiosas. Cinco mil soldados estadounidenses se unieron a europeos y japoneses y acabaron con ella.

En 1900, cuando McKinley y William Jennings Bryan se disputaban la presidencia, Estados Unidos tenía tropas en China, Cuba y las Filipinas. En la Convención Nacional Demócrata, Bryan definió la contienda electoral como una lucha entre «democracia por un lado y plutocracia por otro» y pronunció exaltadas invectivas contra el imperialismo. Con su resonante voz de barítono, se incluyó en el bando de opositores a la política imperial como Abraham Lincoln y Thomas Jefferson, a quien citó: «No hay principio más profundamente arraigado en la cabeza de los americanos que el de no querer tener nada que ver con la conquista».[44] Por estrecho margen, los votantes autorizaron el nuevo rumbo imperial marcado por McKinley y sus asesores. El socialista Eugene Debs recibió muy pocos votos.

Después de las elecciones empezaron a circular rumores de las atrocidades perpetradas en Filipinas, con escabrosos casos de asesinato, violación y una nueva tortura llamada *waterboarding*, un ahogamiento simulado. En noviembre de 1901, el corresponsal del *Philadelphia Ledger* en Manila escribió:

> Esta guerra no es un conflicto incruento, fingido, de opereta. Nuestros hombres han combatido de forma incansable; han matado y exterminado a hombres, mujeres y niños, a prisioneros y a cautivos, a insurgentes y sospechosos de diez años de edad en adelante; y prevalece la idea de que un filipino es poco más que un perro [...] cuya máxima aspiración es el montón de basura. Nuestros soldados obligan a los hombres a tragar agua salada «para que hablen», cogen prisioneros que se rinden pacíficamente levantando las manos y una hora más tarde y sin la más mínima prueba de que sean insurrectos los

llevan a un puente y les pegan un tiro uno a uno y caen al agua y bajan flotando llevados por la corriente, para que sirvan de ejemplo a quien encuentre su acribillado cadáver.[45]



Las elecciones presidenciales de 1900 enfrentaron al republicano William McKinley (izquierda), firme defensor del imperio americano y del establishment *de la costa Este, y al demócrata William Jennings Bryan (derecha), populista del Medio Oeste y antiimperialista confeso. Trágicamente, tras la victoria de McKinley nadie hizo caso de los avisos de Bryan contra un imperio americano.*

Un soldado envió la siguiente crónica al *Omaha World-Herald:*

> Cuatro hombres los tumban de espaldas, les sujetan por los brazos y las piernas y luego les abren la boca con un palo redondo y vuelcan dentro un balde de agua; y, si no se rinden, otro balde más. Se hinchan como sapos. Les aseguro que es una tortura espantosa.[46]

La guerra fue prolongada. Solo al cabo de tres años y medio declaró el presidente Theodore Roosevelt que las islas habían sido pacificadas. Estados Unidos desplegó un total de ciento vientiséis mil soldados de los que cuatro mil trescientos setenta y cuatro no volvieron.[47] Los filipinos sufrieron muchos más muertos: unos veinte mil guerrilleros y al menos doscientos mil civiles, muchos de ellos víctimas del cólera.[48] Los norteamericanos se consolaban con la idea de que habían llevado la civilización a un pueblo atrasado, aunque a un elevado precio: cuatrocientos millones de dólares. Al senador Beveridge le parecía un dinero bien empleado. Pero subestimó el coste real. La república de Washington y Jefferson, que había inspirado movimientos democráticos y revolucionarios en el mundo entero, empezó a deslizarse por la pendiente y pronto se convertiría en enemiga declarada de todo cambio importante y en defensora del statu quo.



En Filipinas, las tropas norteamericanas recurrían a una tortura llamada waterboarding, o ahogamiento simulado. Un reportero escribió: «Nuestros soldados hacen tragar agua salada a los hombres "para que hablen"».

En febrero de 1901, mientras, en palabras de McKinley, las tropas estadounidenses instruían, civilizaban y cristianizaban a los filipinos, el Congreso aprobó la Enmienda Platt y se esfumó cualquier ilusión de que Cuba lograse la independencia. La Enmienda Platt concedía a Estados Unidos derecho a intervenir en los asuntos futuros de Cuba, a limitar su deuda y a restringir su poder para firmar tratados. Además, daba a los norteamericanos potestad para establecer una base naval en la bahía de Guantánamo, que les aseguraría el acceso por el este al istmo de Panamá. El gobierno dejó claro que sus soldados no abandonarían la isla hasta que la Constitución cubana incorporase la enmienda.

Nada más terminar la guerra entraron en escena los hombres de negocios apropiándose de todo lo que podían. La United Fruit Company adquirió casi un millón de hectáreas de terrenos azucareros a menos de medio dólar la hectárea. En 1901 Bethlehem Steel y otras empresas estadounidenses ya poseían el 80 por ciento de los minerales cubanos.



Cadáveres de ciudadanos filipinos en una acequia.

En septiembre de 1901, Leon Czolgosz, un anarquista de veintiocho años, mató al presidente McKinley de dos disparos en el estómago durante la Exposición Panamericana de Búfalo. Uno de los anarquistas amigos de Czolgosz declaró que el magnicidio era una protesta contra «los ultrajes perpetrados por el Gobierno norteamericano en las islas Filipinas».[49] Resulta irónico, pero el asesinato terminó por llevar a la Casa Blanca a un imperialista todavía mayor que McKinley: Teddy Roosevelt.

El nuevo presidente apoyaba la construcción a través del istmo de Panamá de un canal que uniera el Caribe con el Pacífico. Pero Panamá era una provincia colombiana y Colombia se negaba a cederla a cambio de los diez millones de dólares que ofrecían los estadounidenses. Roosevelt se ocupó personalmente del asunto y les arrebató el canal de las manos a «esos rufianes de Bogotá».[50] Estados Unidos orquestó una revolución, mandó buques de guerra para mantener a raya al Ejército colombiano y reconoció rápidamente la independencia de Panamá. Obtuvo la Zona del Canal y el derecho a intervenir en los asuntos de Panamá, lo mismo que por la fuerza ya había obtenido en Cuba. Elihu Root, secretario de Guerra, advirtió que la construcción del canal obligaría a Estados Unidos a ejercer de policía de la región, al menos a medio plazo. El canal se completó en 1914, pero los norteamericanos llevaban desempeñando labores policiales desde mucho antes.



Campesinos en una plantación de azúcar de Cuba.

A finales del siglo XIX y principios del XX, la United Fruit Company y otras corporaciones insistieron en la conveniencia de contar en la zona con gobiernos estables y sumisos que protegieran sus intereses. Los estadounidenses se hicieron con plantaciones de café y de plátano y con minas, ferrocarriles y empresas de otros sectores. Dedicaron tanto terreno a los productos de exportación que muchos países latinoamericanos llegaron a depender de los alimentos de importación para dar de comer a sus ciudadanos. Los ingresos por venta de materias primas al menos les permitían ir devolviendo su creciente deuda con los bancos extranjeros.



Sede de la United Fruit Company en Nueva Orleans. La guerra contra España dejó pingües beneficios a las empresas norteamericanas. En cuanto terminó, la United Fruit se hizo con casi un millón de hectáreas de suelo cubano a menos de medio dólar la hectárea.

Defender las inversiones cada día más grandes de los empresarios norteamericanos requería la intervención constante del ejército para sostener gobiernos corruptos y dictatoriales y suprimir movimientos revolucionarios. En 1905 Elihu Root, nuevo secretario de Estado, escribió, con no poca sinceridad: «Ahora los sudamericanos nos odian, sobre todo porque creen que los menospreciamos y queremos intimidarlos».[51] Entre 1900 y 1925, Estados Unidos intervino militarmente en Latinoamérica en repetidas ocasiones. Mandó tropas a Honduras en 1903, 1907, 1911, 1912, 1919, 1924 y 1925; a Cuba en 1906, 1912 y 1917; a Nicaragua en 1907, 1910 y 1912; a la República Dominicana en 1903, 1914 y 1916; a Haití en 1914; a Panamá en 1908, 1912, 1918, 1921 y 1925; a México en 1914; y a Guatemala en 1920.[52] Si no intervino con más frecuencia fue porque a menudo allí donde lo hacía su presencia militar se volvía permanente. Ocupó varios países por un periodo prolongado de tiempo: Nicaragua de 1912 a 1933; Haití de 1914 a 1933; la República Dominicana de 1916 a 1924; Cuba de 1917 a 1922; y Panamá de 1918 a 1920.

Honduras estuvo en manos primero de los españoles, luego de los británicos y por último de los estadounidenses. En 1907 su deuda exterior ascendía a ciento veinticuatro millones de dólares cuando su PNB se quedaba en solo 1,6.[53] Entre 1890 y 1910 las empresas bananeras extranjeras transformaron la nación. Primero los Vaccaro Brothers y luego Sam *Hombre Plátano* Zemurray compraron extensas plantaciones y a los funcionarios necesarios para evitarse complicaciones. Pronto se les unió la United Fruit Company de Boston. A partir de 1907 cualquier signo de inestabilidad política daba a Estados Unidos el pretexto que necesitaba para intervenir militarmente y reinstaurar al abúlico gobierno de Manuel Bonilla. Los banqueros norteamericanos sustituyeron a su vez a los banqueros británicos y se hicieron con la deuda hondureña. Con la mejora del clima político, la United Fruit pasó de tener siete mil hectáreas en 1918 a treinta mil en 1922 y a más de cuarenta mil en 1924.[54] En 1929 Zemurray vendió todas sus propiedades a la United Fruit y se convirtió en director general de la compañía. Desde ese día, el pueblo de Honduras siempre ha sido pobre.

No les fue mejor a los nicaragüenses. En 1910 intervinieron los marines de Smedley Butler para instaurar un gobierno que respetase los intereses norteamericanos. Cuando la creciente injerencia de Estados Unidos provocó la ira del pueblo, los marines de Butler volvieron a intervenir y derrotaron a los rebeldes: murieron dos mil ciudadanos. Butler empezaba a comprender que su misión consistía básicamente en proteger los intereses de las empresas y los bancos estadounidenses. Le escribió a su mujer: «Es terrible perder tantos hombres en las batallas de esos malditos hispanos, y todo porque Brown Bros. tiene invertido algún dinero por estos pagos».[55] Cuando el Tribunal de Centroamérica para solventar pacíficamente los conflictos de la región, que Roosevelt había instaurado a bombo y platillo en 1907, condenó la intervención, el gobierno hizo caso omiso con el consiguiente y definitivo descrédito para dicho tribunal. El Ejército de Estados Unidos ocupó Nicaragua durante veinte años.

En 1922 *The Nation* publicó un mordiente editorial, titulado «La República de Brown Bros», que abundaba en la idea de Butler de que la presencia de los marines en Nicaragua respondía a los deseos de dicha compañía. *The Nation* detallaba la forma en que los banqueros se habían asegurado un control sistemático de las aduanas, los ferrocarriles, el banco nacional y las rentas públicas, y cómo «el departamento de Estado de Washington y el embajador norteamericano en Managua» actuaban «como representantes particulares de esos banqueros» y recurrían «a los marines estadounidenses cuando necesitaban imponer su voluntad».[56]

Augusto Sandino fue uno de los muchos nicaragüenses que se comprometieron a librar a su país del yugo de la tiranía de Estados Unidos. En 1927 se enfrascó con sus guerrilleros en una cruenta batalla contra los marines y más tarde se retiró a las montañas. Regresó al año siguiente y, con gran apoyo popular, libró una campaña contra las fuerzas de ocupación y sus gregarios de la Guardia Nacional Nicaragüense. Un plantador norteamericano escribió a Henry Stimson, secretario de Estado, que la intervención militar había sido «una calamidad para los cafeteros americanos. Hoy nos odian y desprecian, porque hemos utilizado a los marines para perseguirlos y matarlos en su propio país».[57] En enero de 1933, cuando lo comprendió y entendió también que la intervención militar en Centroamérica contradecía sus protestas por las acciones de los japoneses en Manchuria, Stimson sacó a los marines de Nicaragua y dejó el país en manos de la Guardia Nacional de Anastasio Somoza. Tras la marcha de los marines, Sandino anunció su voluntad de negociar, pero fue capturado y ejecutado por las fuerzas de Somoza. Somoza se hizo con la presidencia en 1936 y ejerció el poder de forma brutal. Él primero y luego sus hijos dirigieron el país cuarenta y tres años, hasta ser desalojados por los sandinistas —revolucionarios, así llamados por Augusto Sandino— en una acción que dio pie a una nueva guerra, esta vez con los Estados Unidos de Ronald Reagan.



El general Smedley Butler combatió en las Filipinas, China y Centroamérica; y escribió: «He sido un matón con clase a sueldo de la gran empresa, Wall Street y los bancos... un gánster del capitalismo».

Ningún militar estadounidense ha tenido más experiencia directa de la intervención en otros países que el mayor general Smedley Butler. Se alistó en los marines a los dieciséis años, en 1899, nada más comenzar la guerra con España. Combatió primero contra los insurgentes filipinos y luego ayudó a acabar con la rebelión de los bóxers de China. Al poco tiempo dirigía una nueva intervención en Centroamérica. Fue la primera de otras muchas. Tras ser condecorado con dos medallas al Honor, comandó el 13er Regimiento en Francia en la Primera Guerra Mundial, lo que le valió la medalla del Ejército por Servicios Distinguidos, la medalla de la Marina por Servicios Distinguidos y la Orden de la Estrella Negra francesa. Butler, que era como un pequeño bulldog, escribió un libro titulado *War Is a Racket* [*La guerra es un apaño*], que muchos militares aún admiran y citan. Tras su larga y muy condecorada vida de uniforme, hacía la siguiente reflexión:

> He prestado servicio activo treinta y tres años y cuatro meses en calidad de miembro de la fuerza militar más ágil de este país: el Cuerpo de Marines. He pasado por todos los grados desde subteniente hasta mayor general. Y la mayor parte de todo ese tiempo no he sido más que un matón con clase a sueldo de la gran empresa, Wall Street y la banca. Dicho en pocas palabras: he sido un extorsionador, un gánster del capitalismo.
>
> En 1914 contribuí a que México, y en especial Tampico, se convirtiera en un lugar seguro para el petróleo americano. Luego ayudé a que Cuba y Haití fueran sitios tranquilos donde los chicos del National City Bank pudieran recaudar su dinero. Ayudé también a destruir media docena de repúblicas centroamericanas por el bien de Wall Street. Mi historial de chantajes es largo. Entre 1909 y 1912 colaboré en la purificación de Nicaragua en beneficio del banco internacional Brown Brothers. Saqué brillo a la República Dominicana en 1916 en aras de los intereses americanos en el azúcar y en China hice todo lo posible para que la Standard Oil trabajara sin que nadie la molestase [...].
>
> A lo largo de todos esos años, y como dirían los chicos de la trastienda, hice unos buenos apaños. Pensándolo bien, me da la sensación de que podría darle unos cuantos consejos a Al Capone. Al fin y al cabo él montó un tinglado en tres barrios. Yo, en tres continentes.[58]

Mucho después de que Butler se hubiera retirado, el *tinglado* organizado por las tropas y los servicios de inteligencia de Estados Unidos sigue vigente en todo el mundo para defender los intereses económicos y geopolíticos del capital norteamericano. De vez en cuando sirve para que la vida de las personas a quienes posterga mejore, pero, como vamos a contar en las siguientes páginas, con mucha mayor frecuencia deja un rastro de vileza y miseria. La historia del imperio americano no es agradable. Pero si queremos que Estados Unidos acometa alguna vez las reformas estructurales que le permitirían desempeñar un papel protagonista y acelerar el progreso de la humanidad en vez de entorpecerlo, hay que estudiarla con honradez y sinceridad.

[1] Lloyd C. Gardner, Walter F. LaFeber y Thomas J. McCormick, *Creation of the American Empire*, vol. 1, *U.S. Diplomatic History*

to 1901, Rand McNally College Publishing, Chicago, 1976, p. 108.
[2] Alfred W. McCoy, Francisco A. Scarano y Courtney Johnson, «On the Tropic of Cancer: Transitions and Transformations in the U.S. Imperial State», en *Colonial Crucible: Empire in the Making of the Modern American State*, Alfred W. McCoy y Francisco A. Scarano (eds.), University of Wisconsin Press, Madison, 2009, p. 21.
[3] J. M. Coetzee, *Waiting for the Barbarians,* Secker & Warburg, Londres, 1980, p. 133. [*Esperando a los bárbaros*, trad. de Concepción Manella y Luis Martínez Victorio, Ramdon House, Barcelona, 2004].
[4] En Estados Unidos, los cursos siguen números correlativos a lo largo de todo el periodo escolar. Cuarto, octavo y duodécimo equivalen, por tanto, a cuarto y segundo de la ESO y a segundo de Bachillerato de España. *(N. del T.)*.
[5] Caso Brown contra la Junta de Educación, Topeka, Kansas (1954). Dio lugar a un fallo histórico. El Tribunal Supremo de Estados Unidos declaró que las leyes del estado de Kansas que determinaban una educación segregada para estudiantes de raza negra y raza blanca negaban la igualdad de oportunidades sancionada por la Constitución. *(N. del T.)*.
[6] Sam Dillon, «U.S. Students Remain Poor at History, Tests Show», *The New York Times*, 15 de junio de 2011.
[7] Woodrow Wilson al hablar sobre la Sociedad de Naciones durante una comida pública en Portland. 66º Cong., 1ª sesión, *Senate Documents: Addresses of President Wilson* (mayo-noviembre de 1919), vol. 11, nº 120, p. 206.
[8] Barack Obama, rueda de prensa del 4 de abril de 2009, *www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=85959&st=american+exceptionalism&st1=#axzz1RXk$VS7z*.
[9] Jonathan Martin y Ben Smith, «The New Battle: What It's Means to Be American», 20 de agosto de 2010, *www.politico.com/news/stories/0810/41273.html*.
[10] Nina J. Easton, «Thunder on the Right», *American Journalism Review*, nº 23 (diciembre de 2001), p. 320.
[11] Emily Eakin, «Ideas and Trends: All Roads Lead to D.C.», *The New York Times,* 31 de marzo de 2002.
[12]*Ibidem*.
[13] William Appleman Williams, *Empire as a Way of Life: An Essay on the Causes and Character of America's Present Predicament Along with a Few Thoughts About an Alternative*, Oxford University Press, Nueva York, 1980, p. 62.
[14] Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order,* Simon & Schuster, Nueva York, 1996, p. 51. [*El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial,* trad. de J. P. Tosaus Abadía, Paidós Ibérica, Barcelona, 2011].
[15] Max Boot, «American Imperialism? No Need to Run Away from Label», *USA Today,* 6 de mayo de 2003.
[16] Niall Ferguson, *Colossus: The Price of America's Empire*, Penguin, Nueva York, 2004, pp. 14-15. [*Coloso: auge y decadencia del imperio americano*, trad. de M. Chocano Mena, Debate, Barcelona, 2005].
[17] Paul Kennedy, «The Eagle Has Landed», *Financial Times*, 22 de febrero de 2002.
[18] Jonathan Freedland, «Is America the New Rome?», *The Guardian*, 18 de septiembre de 2002.
[19] «Joint Vision 2010», *www.dtic.mil/jv2010/jvpub.htm*; general Howell M. Estes III, USAF, United States Space Command, «Vision for 2020», febrero de 1997, *www.fas.org/spp/military/docops/usspac/visbook.pdf*; «Joint Vision 2020», *www.dtic.mil/jointvision/jvpub2.htm*.
[20] Benjamin J. Cohen, *The Question of Imperialism: The Political Economy of Dominance and Dependence*, Basic Books, Nueva York, 1973, p. 23.
[21] Amiya Kumar Bacgchi, *Perilous Passage: Mankind and the Global, Ascendance of Capital,* Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2005, p. 272.
[22] Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000,* Vintage Books, Nueva York, 1989, p. 150. [*Auge y caída de las grandes potencias*, Madrid, Globus comunicación, 1994].
[23] Lars Schoultz, *Beneath the United States: A History of U.S. Policy Toward Latin America*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1998, p. 86.
[24] Walt Whitman, *Complete Poetry and Collected Prose*, Viking, Nueva York, 1982, p. 1.074. [*Obras completas*, trad. de Clark Mañé Garzón y J. L. Moreno-Ruiz, RBA. Barcelona, 2004].
[25] Robert V. Bruce, *1877: Year of Violence*, Chicago, Ivan R. Dee, 1989, pp. 225-226.
[26] Philip Sheldon Foner, *The Great Labor Uprising of 1877*, Nueva York, Monad Press, 1975, p. 157.
[27] Philip Sheldon Foner, *History of the Labor Movement in the United States*, vol. 2, *From the Founding of the A.F. of L. to the Emergence of American Imperialism*, International Publishers, Nueva York, 1975, p. 50.
[28] Maury Klein, *The Life and Legend of Jay Gould*, Johns Hopkins UniversityPress, Baltimore, 1997, p. 357.
[29] Ida Minerva Tarbell, *All in the Day's Work: An Autobiography*, University of Illinois Press, Urbana, 2003, p. 82.
[30] John D. Hicks, *Populist Revolt: A History of the Farmers' Alliance and the People's Party*, University of Minnesota Press, Mineápolis, 1931, pp. 140-440.
[31] Walter LaFeber, *The New Empire: An Interpretation of American Expansion, 1860–1898,* Cornell University Press, Ithaca (Nueva York), 1998, p. 366.
[32] Robert L. Beisner, *Twelve Against Empire: The Anti-Imperialists 1898-1900*, McGraw Hill, Nueva York, 1968, p. XIV.
[33] William Roscoe Thayer (ed.), «John Hay's Years with Roosevelt», *Harper's Magazine*, 131, 1915, p. 578.
[34] Homer Clyde Stuntz, *The Philippines and the Far East*, Jennings and Pye, Cincinnatti, 1904, p. 144.
[35] John Byrne Cooke, *Reporting the War: Freedom of the Press from the American Revolution to the War on Terrorism*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2007, p. 78.
[36] «Ratification of the Treaty Now Assured», *The Chicago Tribune*, 6 de febrero de 1899.
[37] «Treaty Wins in the Senate by One Vote», *The Chicago Tribune*, 7 de febrero de 1899.
[38] Stephen Kinzer, *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*, Times Books, Nueva York, 2006, p. 49.
[39] George Frisbie Hoar, *Autobiography of Seventy Years*, vol. 2, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1905, p. 304.

[40] «Gain for the Treaty», *The New York Times*, 6 de febrero de 1899.
[41] Kinzer, *Overthrow*, pp. 52-53.
[42] David Howard Bain, *Sitting in Darkness: Americans in the Philippines*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1984, p. 84.
[43]*Congressional Record*, Senate, 56º Cong., 1ª Ses., 1900, vol. 33, 1ª P., p. 704.
[44] William Jennings Bryan, *Speeches of William Jennings Bryan*, vol. 2, Funk & Wagnalls, Nueva York, 1909, pp. 17, 24-26. Existe una excelente biografía de Bryan: Michael Kazin, *A Godly Hero: The Life of William Jennings Bryan*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2006.
[45] Stuart Creighton Miller, *Benevolent Assimilation: The American Conquest of the Philippines, 1899-1900*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1982, p. 211.
[46] Henry Moore Teller, *The Problem in the Philippines*, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1902, p. 52.
[47] Epifanio San Juan, *Crisis in the Philippines: The Making of a Revolution*, Bergin & Garvey, South Hadley (Massachusetts), 1986, p. 19.
[48] Según algunas fuentes, sin embargo, murieron más de seiscientos mil filipinos. *Véase* John M. Gates, «War-Related Deaths in the Philippines, 1898-1902», *Pacific Historical Review*, nº 53 (1984), pp. 367-378.
[49] Eric Rauchway, *Murdering McKinley: The Making of Theodore Roosevelt's America*, Hill & Wang, Nueva York, 2003, p. 102.
[50] Howard C. Hill, *Roosevelt and the Caribbean*, University of Chicago Press, Chicago, 1927, p. 67.
[51] Schoultz, *Beneath the United States*, p. 191.
[52] Richard F. Grimmett, «Instances of Use of United States Armed Forces Abroad, 1798-2009», 27 de enero de 2010, Congressional Research Service, *www.fas.org/sgp/crs/natsec/RL32170.pdf*.
[53] Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*, W. W. Norton, Nueva York, 1993, p. 42.
[54]*Ibid*. p. 46.
[55]*Ibid*. p. 30.
[56] «The Republic of Brown Bros.», *The Nation*, nº 114, 1922, p. 667.
[57] LaFeber, *Inevitable Revolutions*, p. 69.
[58] Howard Zinn y Anthony Arnove, *Voices of a People's History of the United States*, 2ª ed., Seven Stories Press, Nueva York, 2009, pp. 251-252.

CAPÍTULO 1. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL. WILSON CONTRA LENIN

En 1912 Woodrow Wilson, antiguo rector de la Universidad de Princeton y gobernador de Nueva Jersey, libró una reñida batalla electoral contra un socialista, Eugene Debs, y dos expresidentes, Theodore Roosevelt y William Howard Taft. Aunque ganó por amplio margen el voto de los compromisarios, el voto popular resultó bastante más ajustado: Wilson obtuvo el 42 por ciento de los sufragios frente al 27 por ciento que consiguió Roosevelt, candidato del Partido Progresista, y al 23 por ciento de Taft. Debs, que se presentaba a las elecciones por cuarta vez, recibió el apoyo de un 6 por ciento de los votantes.

Wilson estamparía su sello personal en el gobierno y en el país y dejaría mayor huella que el presidente anterior y que sus sucesores. Provenía de dos familias de ministros presbiterianos y podía ser muy moralista y furiosamente inflexible y santurrón. La peligrosa convicción de ser la mano que ponía en práctica los planes de Dios acrecentaba con frecuencia su rigidez. Compartía la fe de sus predecesores en la misión global de Estados Unidos. En 1907, cuando aún era rector de Princeton, declaró: «Hay que echar abajo las puertas de esas naciones que todavía las tienen cerradas [...]. Es preciso que los ministros del gobierno salvaguarden las concesiones que han obtenido los banqueros aunque para ello quede en entredicho la soberanía de países reacios a colaborar».[1] Con este propósito atentaría repetidamente contra la soberanía de esos países «reacios a colaborar». Compartía, además, la sensación de superioridad racial de sus antepasados y durante su presidencia tomó medidas para volver a segregar la administración. A los miembros de su gabinete y sus familiares solía ponerles en la Casa Blanca *El nacimiento de una nación*, película pionera pero notoriamente racista de D. W. Griffith rodada en 1915. En ella un heroico Ku Klux Klan acude a todo galope al rescate de los blancos sureños, y en especial de sus indefensas mujeres, que han caído en las garras de unos libertos brutales y lascivos y de sus corruptos aliados blancos —perversa visión de la historia que también predicaban, aunque en términos menos extremos, William Dunning y sus pupilos de la Universidad de Columbia—. Tras una de las proyecciones, Wilson comentó: «Es como escribir historia con luz. Lo único que lamento es que se trate de una película rigurosamente veraz».[2]

Ya advirtió Richard Hofstadter hace más de setenta años que, aunque «las raíces políticas de Wilson estaban en el sur, sus ideas se enmarcaban dentro de la tradición inglesa». De entre todos los pensadores ingleses, con ninguno se identificaba más que con el conservador Walter Bahegot. En 1889 escribió un estudio, *The State*, en que la influencia de Bahegot resultaba evidente. En él decía: «En política no se puede probar nada radicalmente nuevo con total certeza. No se puede lograr ningún resultado valioso [...] excepto por medio de una aplicación lenta y gradual, de cautelosas adaptaciones y de sutiles modificaciones del crecimiento». Valoraba la Guerra de Independencia de Estados Unidos, la llamada Revolución Americana, porque, desde su punto de vista, no había sido en absoluto revolucionaria. La Revolución francesa, en cambio, le parecía una abominación. Deploraba que Thomas Jefferson hubiera simpatizado con todas las revoluciones en general y con la francesa en particular. Desaprobaba el radicalismo industrial y agrario y era mucho más afín a la empresa que al trabajador. En general, aborrecía profundamente los cambios radicales de cualquier tipo.[3]

Su odio a la revolución y su firme defensa del comercio y las inversiones estadounidenses influirían en su presidencia y su política interior y exterior. «Nada me interesa más que el pleno desarrollo del comercio de este país y su justa conquista de los mercados internacionales», declaró ante la Foreign Trade Convention [Convención de Comercio Exterior] en 1914.[4]

En ese principio basó toda su política con México, donde los banqueros y empresarios

norteamericanos —del petróleo especialmente— incidieron de forma importante en el resultado de la revolución. Entre 1900 y 1910, las inversiones de Estados Unidos en México se duplicaron hasta alcanzar casi dos mil millones de dólares y los norteamericanos llegaron a poseer aproximadamente el 43 por ciento de los títulos de propiedad inmobiliaria, es decir, un 10 por ciento más que los propios mexicanos.[5] Solo William Randolph Hearst tenía casi diez millones de hectáreas.

Las empresas estadounidenses y británicas habían proliferado durante las tres décadas de dictadura de Porfirio Díaz y se habían hecho con casi toda la minería, ferrocarriles y petróleo mexicanos.[6] Pero empezaron a preocuparse cuando las tropas revolucionarias de Francisco Madero derrocaron a Díaz en 1911. Muchas de esas empresas encontraron complicaciones con el nuevo régimen y, por tanto, recibieron con los brazos abiertos a Victoriano Huerta, que, con el apoyo de Henry Lane Wilson, embajador norteamericano en México, expulsó a Madero en los últimos días de la administración de Taft.[7] Pero al llegar al poder, Woodrow Wilson no solo se negó a reconocer al nuevo gobierno, cuya legitimidad cuestionó, sino que envió decenas de miles de soldados a la frontera mexicana y buques de guerra a los yacimientos petrolíferos de Tampico y Veracruz.

Wilson, que en cierta ocasión manifestó en público su deseo de enseñar a los latinoamericanos a «votar a hombres decentes»,[8] ansiaba una excusa para intervenir, deponer a Huerta y tutelar el progreso de los atrasados mexicanos, para que tuvieran un buen gobierno. El 14 de abril de 1914 consiguió lo que quería cuando unos marineros norteamericanos que iban a Tampico en un bote de remos fueron arrestados por adentrarse sin permiso en una zona de guerra. Cuando el oficial al mando los puso en libertad al cabo de un par de horas, les pidió disculpas a ellos y al comandante estadounidense en la zona, el almirante Henry Mayo, pero este se negó a aceptar tales disculpas por considerar que la ofensa había sido muy grave y pidió a los mexicanos que saludaran la enseña norteamericana con una salva de veintiún cañonazos. El general Huerta también pidió disculpas y prometió castigar al oficial responsable. Pese a las objeciones de William Jennings Bryan, recién nombrado secretario de Estado, y de Josephus Daniels, secretario de Marina, Wilson respaldó a Mayo, rechazó la oferta de Huerta, que había propuesto unas salvas de saludo recíprocas, y solicitó permiso al Congreso para que el ejército obtuviera «el pleno reconocimiento de los derechos y dignidad de Estados Unidos».[9] El Congreso accedió de buen grado y Wilson envió a México una flota de siete acorazados, cuatro transportes de tropas y varios destructores. En Veracruz los mexicanos opusieron resistencia a la toma de una casa de aduanas y perdieron ciento cincuenta hombres. Seis mil marines ocuparon la ciudad seis meses.

En agosto de 1914, Venustiano Carranza sustituyó a Victoriano Huerta con el apoyo de Estados Unidos. Pero Carranza, nacionalista a ultranza, se negó a negociar con Wilson, de modo que este optó por respaldar a Pancho Villa. Y así dieron comienzo una serie de confusas y chapuceras intervenciones políticas y militares de Estados Unidos en la Revolución mexicana.

Mientras Estados Unidos se entrometía en los asuntos de sus vecinos del sur, en Europa la situación adoptaba un cariz mucho más siniestro. El 28 de junio de 1914, un fanático serbio mató al archiduque Francisco Fernando de Austria. Ese asesinato desencadenó una sucesión de acontecimientos que en agosto acabaría por lanzar al mundo a la orgía de sangre y destrucción más brutal que la humanidad había conocido. La contienda —Primera Guerra Mundial, Gran Guerra— fue predominantemente europea, pero marcó el comienzo de una época repleta de conflictos y violencia, de bestialidad tecnológica y humana de una escala inimaginable, de los cien años que más tarde serían bautizados con el nombre de siglo americano.

Y, sin embargo, el siglo XX nació en medio de una oleada de optimismo. La guerra parecía una olvidada reliquia de un pasado cruel y primitivo. Mucha gente compartía la idea que Norman Angell expresó en *The Great Illusion* de que la civilización había llegado a un punto en que la guerra ya no era posible. Pero tan buenos augurios sí fueron a la postre una ilusión.

Europa estaba infestada de rivalidades imperiales. Gracias a su poderosa armada, Gran Bretaña había sido monarca absoluta en el siglo XIX. Pero su modelo económico, consistente en canibalizar la economía de un número cada vez mayor de regiones del planeta sin invertir en la metrópoli, estaba en declive. El orden social, por otra parte, empezaba a anquilosarse, como demuestra el hecho de que, en 1914, solo el 1 por ciento de los jóvenes británicos acabara la educación secundaria, frente al 9 por ciento de los jóvenes norteamericanos.[10] Como consecuencia de ambos factores, la producción industrial de Gran Bretaña empezaba a ceder terreno ante la de Estados Unidos y, algo mucho más peligroso, Alemania, su rival continental, competía con ella en la fabricación de acero, energía eléctrica y química, agricultura, hierro, carbón y tejidos. Los bancos y los ferrocarriles de Alemania crecían y en la batalla por el petróleo, el nuevo combustible estratégico imprescindible para mover los barcos modernos, la marina mercante alemana ganaba terreno rápidamente a la británica. Gran Bretaña, además, dependía del crudo de Estados Unidos y de Rusia —compraba a estos países un 65 y un 20 por ciento respectivamente del que necesitaba— y codiciaba las nuevas reservas de Oriente Próximo, en manos del vacilante imperio otomano.

Tras sumarse tarde a la carrera imperial, Alemania tenía también la sensación de que no poseía los territorios coloniales que le correspondían. Y pretendía reparar tal injusticia. Su influencia económica y política en el imperio otomano tenía muy preocupada a Gran Bretaña. Pero, además, había puesto los ojos en África. Y quería más.

Aparecieron otras señales inquietantes. Europa se había lanzado a una carrera armamentista por tierra y especialmente por mar, donde Gran Bretaña y Alemania se disputaban el dominio naval. Los acorazados clase *dreadnought*, con cañones de gran calibre, daban ventaja a la primera... de momento. Y las naciones europeas llamaban a filas a sus jóvenes para organizar grandes ejércitos permanentes.

Intrincadas alianzas amenazaban con convertir unos conflictos locales en una conflagración global. En agosto de 1914, Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia y lo que parecía una tercera guerra de los Balcanes pronto dio pie a una espiral descontrolada. Las Potencias Centrales —Alemania, Turquía y Austria-Hungría— se alinearon contra la Triple Entente —Francia, Gran Bretaña, Italia, Rusia y Japón—. Pronto se les unirían otros países y los campos de batalla se empaparían de sangre.

Solo los grandes partidos socialistas y laboristas y los sindicatos de Europa parecían capaces de evitar la masacre. Muchos formaban parte de la Segunda Internacional Socialista. Sabían que no había conflicto más importante que el que libraban capital y mano de obra, y no trabajadores alemanes contra trabajadores británicos. Afirmaban que, si los capitalistas iban a la guerra, los trabajadores no los seguirían. ¿Por qué, preguntaban, iban los obreros a morir para que sus explotadores fueran más ricos todavía? Muchos apoyaron una huelga general. Los más radicales, como Vladímir Lenin y Rosa Luxemburgo, juraron que, si empezaba la guerra, acabarían con los regímenes capitalistas. Las esperanzas de parar aquella locura estaban puestas en Francia y en Alemania, donde el partido socialdemócrata contaba con mayor representación parlamentaria.

Pero esas esperanzas se desvanecieron cuando los socialistas alemanes, afirmando que debían defender su país de las hordas rusas, y los franceses, jurando defender Francia de los autócratas alemanes, votaron a favor de los créditos de guerra. Solo en Rusia y Serbia mantuvieron su postura los socialistas. En un país tras otro, el nacionalismo fue venciendo al internacionalismo y la lealtad a la nación se fue imponiendo a la lealtad a la clase. La ingenua juventud de Europa desfiló resueltamente para morir por Dios, la gloria, la codicia y la defensa del suelo patrio. Y la humanidad sufrió un golpe del que todavía no se ha recuperado del todo.

Empezó la matanza y la civilización se sumió en lo que Henry James llamó «abismo de sangre y tinieblas».[11] Un gran reformador social como el reverendo John Haynes Holmes acertó a expresar el impacto brutal que la guerra tuvo en los reformistas del mundo: «De pronto, en lo que dura un

parpadeo, trescientos años de progreso se han ido a la basura. La civilización desaparece. Llega la barbarie».[12]

La mayoría de los norteamericanos simpatizaban con los Aliados y no con las Potencias Centrales, pero pocos querían sumarse a la lucha. Con independencia de su ideología, temían verse arrastrados a la sangría en que estaba inmersa Europa. Eugene Debs pidió a los obreros que se opusieran a la guerra y, muy certeramente, observó: «Dejad que los capitalistas libren su propia lucha y pongan sus propios cadáveres y ya veréis como no vuelve a haber otra guerra».[13] A medida que llegaban noticias del conflicto, el antibelicismo iba aumentando. La canción más popular en Estados Unidos en 1915 se titulaba «I Didn't Raise My Boy to Be a Soldier» [«Yo no crie a mi hijo para que fuera soldado»].

La mayoría de los norteamericanos, como hemos dicho, sentían mucha mayor simpatía por los Aliados que por las Potencias Centrales, pero el gobierno se mantenía neutral. No obstante, muchos ciudadanos, y en particular los de ascendencia germana, irlandesa e italiana, tomaron partido por las Potencias Centrales. «Tenemos que ser neutrales —explicó Wilson—, de lo contrario nuestros ciudadanos, de origen tan variopinto, se enfrentarían unos contra otros».[14] Era, sin embargo, una neutralidad basada en unos principios que no tenían nada que ver con lo que ocurría en la práctica, porque, por intereses económicos, los estadounidenses apoyaban claramente a los Aliados. Entre 1914 y 1917, año de la entrada de Estados Unidos en la guerra, los bancos norteamericanos prestaron a los Aliados dos mil quinientos millones de dólares y a las Potencias Centrales solo veintisiete. La casa Morgan desempeñó un papel especialmente relevante, porque fue el único agente comprador del Gobierno británico entre 1915 y 1917. El 84 por ciento de las municiones aliadas adquiridas en Estados Unidos aquellos años pasó por la banca Morgan.[15] En 1916 Estados Unidos vendió artículos a Francia y Gran Bretaña por valor de tres mil millones de dólares, mientras que a Alemania y Austria-Hungría solo les vendió un minúsculo y solitario millón. Aunque la animadversión a Gran Bretaña, nacida en las guerras de Independencia y de 1812, no había desaparecido, una gran mayoría de norteamericanos identificaba a las naciones aliadas como democracias y a Alemania como una autocracia represiva. La participación de la Rusia zarista en el bando aliado, sin embargo, impedía una división clara. Por lo demás, ambos bandos violaban regularmente la neutralidad de Estados Unidos. Confiando en su superior potencia naval, Gran Bretaña inició el bloqueo de los puertos del norte de Europa. Alemania respondió con una campaña submarina y sus *U-Boote* amenazaron la navegación de los países neutrales. Wilson aceptó el bloqueo aliado, pero protestó enérgicamente contra las acciones de la flota alemana. William Jennings Bryan previó con claridad que la simpatía de Wilson por los aliados acabaría por arrastrar a Estados Unidos a la guerra y optó por un punto de vista más imparcial. Ya se había opuesto a dar préstamos a los combatientes y había advertido a Wilson: «El dinero es el peor de los soldados, porque manda sobre todo lo demás».[16] Aunque su intención era mantener la neutralidad para actuar como mediador al terminar la guerra, Wilson rechazó alguna iniciativa de Bryan, como la que pretendía impedir a los ciudadanos norteamericanos embarcarse en buques de naciones beligerantes.

En mayo de 1915, los alemanes hundieron el transatlántico británico *Lusitania*. El naufragio dejó mil doscientos muertos, entre ellos, ciento veintiocho estadounidenses. Roosevelt pidió la guerra. A pesar de los desmentidos iniciales, el barco transportaba un gran cargamento de armas a Inglaterra. Bryan exigió que Wilson condenara, amén del ataque alemán, el bloqueo británico de Alemania, porque ambas acciones le parecían una violación de los derechos de las naciones neutrales. Cuando el presidente se negó, Bryan presentó la dimisión. Wilson había sido reelegido en 1916 con el lema «Él nos mantendrá fuera de la guerra», pero cada día estaba más convencido de que, si no intervenía en la contienda, Estados Unidos no podría participar en la remodelación del mundo en la posguerra.[17]

El 22 de enero de 1917, en un gesto muy teatral, pronunció el primer discurso oficial de un

presidente ante el Senado desde George Washington. Expuso su excesiva visión de la paz y del futuro y, basándose en los principios fundamentales de la nación —autodeterminación, libertad en los mares y un mundo libre sin la atadura de las alianzas—, apeló a una «paz sin victoria». El pilar de un mundo así lo constituiría una liga de naciones capaz de imponer la paz, petición que ya había adelantado el movimiento por la paz, encabezado por instituciones como el Woman's Peace Party [Partido de la Paz de la Mujer].

Cuando concluyó su discurso, el Senado prorrumpió en aplausos. John Shafroth, senador por Colorado, dijo que era el «mensaje más importante en un siglo».[18] *The Atlanta Constitution* publicó: «"Sorprendente", "asombroso", "pasmoso", "el discurso más noble salido de la boca de un hombre desde la Declaración de Independencia" fueron algunas de las expresiones de los senadores. Tras el discurso, el propio presidente afirmó: "Solo he dicho lo que todo el mundo quería decir, pero creía imposible. Ahora parece posible"».[19] A pesar de los constantes reparos de los republicanos, el mensaje de paz de Wilson tocó la fibra sensible de los norteamericanos. Los europeos, en cambio, tras haber derramado ríos de sangre en dos años y medio de guerra, no fueron tan generosos. Anatole France dijo que una «paz sin victoria» era como «un pan sin levadura», como «un camello sin joroba», como «una ciudad sin burdel [...], algo insípido [...], fétido, ignominioso, obsceno, fistular y hemorroidal».[20]

Alemania reanudó la guerra submarina el 31 de enero de 1917 tras un parón de casi un año y, muy torpemente, solicitó a México una alianza militar que le facilitara la reconquista de Texas, Nuevo México y Arizona. Ambas cosas sirvieron para que el sentimiento antialemán proliferara y para que Wilson notara mayor presión en favor de la intervención. Pero Wilson quería entrar en la guerra por otro motivo: asegurarse la participación de Estados Unidos en las negociaciones de paz.[21] Cuando Jane Addams y otros cabecillas de la Emergency Peace Federation [Federación por una Paz Urgente] visitaron a Wilson en la Casa Blanca el 28 de febrero, el presidente les dijo que, «como líder de una nación participante en la guerra, el presidente de Estados Unidos tendría un asiento en la mesa de la paz, pero que, si continuaba siendo el representante de una nación neutral, lo mejor que podía esperar era "mirar por el ojo de la cerradura". Su postura era la siguiente: la política exterior que nosotros tanto admirábamos solo tendría una oportunidad si él podía sentarse a aquella mesa y defenderla, en caso contrario, no saldría adelante».[22]

El 2 de abril de 1917, Wilson pidió al Congreso la declaración de guerra afirmando: «El mundo ha de ser un lugar seguro en aras de la democracia». Se opusieron seis senadores, incluido Robert La Follette, representante de Wisconsin, y cincuenta congresistas, entre ellos, Jeannette Rankin, representante de Montana y primera mujer con un escaño en el Congreso. Opinaban que el presidente hablaba por boca de Wall Street: «Estamos a punto de estampar el signo del dólar en la bandera americana», manifestó George Norris, senador por Nebraska.[23] La Follette exageraba al decir que el pueblo estadounidense votaría en contra de la guerra en una proporción de diez a uno, pero la oposición fue firme. A pesar de que el gobierno solicitó un millón de voluntarios, los horrores de la guerra de trincheras y el gas venenoso enfriaron muchos entusiasmos. A las seis semanas de la convocatoria solo se habían alistado setenta y tres mil voluntarios, de modo que el Congreso promulgó una orden de reclutamiento. Entre quienes sí querían ir a la guerra se encontraba el futuro historiador William Langer, que más tarde recordaría «la impaciencia de los hombres por llegar a Francia y, sobre todo, por llegar al frente». Razonaba lo siguiente:

> Uno pensaría que, tras casi cuatro años de guerra, tras las crónicas más detalladas y realistas sobre los combates del Somme y Verdún, por no hablar de la diaria agonía de la guerra de trincheras, nadie querría prestar servicio si no le obligaban a ello. Pero no fue eso lo que sucedió. Nosotros, y muchos miles de hombres más, nos presentamos voluntarios [...]. Apenas puedo recordar una sola conversación seria sobre la política americana u otros asuntos importantes de la

guerra. A los soldados, jóvenes en nuestra mayoría, simplemente nos fascinaba la perspectiva de la aventura y el heroísmo. La mayoría, creo, teníamos la sensación de que la vida, si sobrevivíamos para contarlo, discurriría con la misma rutina de siempre. Pero allí teníamos nuestra gran oportunidad para la emoción y el riesgo. Y no podíamos permitirnos el lujo de dejarla escapar.[24]

Entre quienes se presentaron por su cuenta en las oficinas de reclutamiento se encontraba Teddy Roosevelt, que ya había cumplido cincuenta y ocho años. El 10 de abril fue a ver a Wilson y pidió permiso para mandar una división de voluntarios. Estaba tan deseoso de llegar al frente que hasta prometió cesar sus invectivas contra el presidente. Wilson rechazó su petición y Roosevelt le acusó de cálculo político. Entre quienes criticaron la negativa se encontraba George Clemenceau, que muy pronto se convertiría en primer ministro de Francia, quien opinaba que la presencia de Roosevelt sería una inspiración para otros muchos.

Imbuidos del patriotismo y espíritu marcial de su padre, los cuatro hijos de Roosevelt se alistaron y entraron en acción. Ted, junior, y Archie resultaron heridos en combate. Ted, además, fue gaseado en Cantigny. Quentin, de veintiún años, el más joven de los cuatro, murió en julio de 1918 al ser derribado su avión, un mazazo del que su padre nunca se recuperó. La salud de Theodore Roosevelt, en efecto, decayó rápidamente a partir de entonces y el expresidente falleció a los seis meses de la muerte de su hijo. Tenía sesenta años. Finalmente fue testigo, aunque desde la distancia, de los horrores de la guerra moderna.

Por desgracia para Wilson no todos los norteamericanos eran tan entusiastas y patriotas como los Roosevelt. Como en la mayor parte del país había arraigado una actitud antibelicista, el gobierno se vio obligado a tomar medidas extraordinarias para convencer a los escépticos de que lucharían por una causa justa. A tal fin, creó una agencia de propaganda oficial, el Committee of Public Information, CPI [Comité de Información Pública], dirigido por George Creel, un periodista de Denver. Este comité reclutó a setenta y cinco mil voluntarios, los llamados *four-minute men* [hombres de cuatro minutos], que se encargaban de pronunciar por todo el país breves alocuciones patrióticas en mercados, tranvías, cines o iglesias. Inundaron la nación de propaganda a favor de la guerra como noble cruzada por la democracia y animaban a los periódicos a publicar noticias que destacaran las atrocidades de los alemanes. También pedían al ciudadano que denunciase ante las autoridades a toda aquella persona que criticara el esfuerzo de la guerra. Los anuncios del CPI en las revistas, por ejemplo, instaban a los lectores a acudir al Departamento de Justicia y señalar «a ese hombre que difunde noticias pesimistas […], defiende la paz o menosprecia nuestra firme determinación de ganar la guerra».[25]

En el fondo, las declaraciones en pro de la guerra de Wilson y el hincapié del CPI en promover la «democracia» se basaban en el hecho de que para muchos norteamericanos la democracia se había convertido en religión secular y solo podía sobrevivir dentro de un sistema capitalista. Algunos, además, no podían desligarla del «americanismo». Significaba algo más que un conjunto de instituciones reconocibles. Como George Creel comentó en cierta ocasión, se trataba de «una teoría del progreso espiritual». En otra ocasión confesó: «La democracia es una religión para mí y a lo largo de toda mi vida adulta he predicado que América es la esperanza del mundo».[26]

Los periódicos colaboraron voluntariamente con el esfuerzo propagandístico de guerra tal como habían hecho en 1898 y harían en el futuro con todas las guerras de Estados Unidos. El estudio de Victor Clark para la National Board of Historical Services, NBHS [Junta Nacional de Servicios Históricos], sobre la prensa en tiempo de guerra ofrece una conclusión reveladora: «La cooperación voluntaria de los editores de prensa de América dio pie a una uniformidad de la información y opiniones más eficaz que la que existía en Alemania, donde el control militar era más estricto, al menos nominalmente».[27]



El Committee of Public Information, agencia de propaganda oficial del gobierno en tiempo de guerra, reclutó setenta y cinco mil voluntarios, llamados four-minute men *[hombres de cuatro minutos], para pronunciar breves discursos patrióticos por todos los rincones de Estados Unidos. Inundaron el país de propaganda belicista e instaban al ciudadano a informar de «ese hombre que difunde noticias pesimistas [...], defiende la paz o menosprecia nuestra resolución de ganar la guerra».*

Los historiadores también se unieron a la causa. George Creel fundó la división de cooperación cívica y educativa del CPI, que acabó dirigiendo Guy Stanton Ford, historiador de la Universidad de Minnesota. Varios historiadores eminentes como Charles Beard, Carl Becker, John R. Commons, J. Franklin Jameson y Andrew McLaughlin colaboraron con Ford en la difusión de los objetivos norteamericanos y la demonización del enemigo. En un panfleto del CPI, Ford criticaba a los «voceros del prusianismo» en los siguientes términos: «Ante ellos se alza el dios de la guerra, a quien han ofrecido su raciocinio y humanidad; tras ellos, la deforme imagen del pueblo alemán, con el semblante manchado de sangre por la ruina de la civilización».[28]

El penúltimo panfleto del CPI, «La conspiración germano-bolchevique», fue el más controvertido. Basado en documentos reunidos por el jefe de la sección extranjera del CPI y antiguo vicepresidente de la institución, Edgar Sisson, el panfleto afirmaba que Lenin, Trotski y sus camaradas eran agentes pagados por los alemanes que estaban traicionando al pueblo ruso por encargo del gobierno imperial alemán. En Europa se sabía que esos documentos, por los que Sisson pagó una fortuna, eran falsos y el Departamento de Estado norteamericano así lo creía. El coronel Edward House, principal consejero de Wilson para la política exterior, consignó en su diario que, en su opinión, publicarlos suponía «prácticamente una declaración de guerra contra el gobierno bolchevique» y se lo hizo saber al presidente. Y Wilson, según escribe House también en su diario, así lo entendió. La publicación de los documentos, por tanto, se retrasó cuatro meses, pero luego Wilson y el CPI hicieron caso omiso de las advertencias y los filtraron a la prensa en siete entregas a partir del 15 de septiembre de 1918.[29] La mayoría de los periódicos publicaron obedientemente la noticia sin cuestionarla ni añadir la menor crítica. *The New York Times*, por ejemplo, tituló: «Unos documentos demuestran que Lenine y Trotzky [*sic*] trabajan para los alemanes».[30] Sin embargo, cuando el *New York Evening Post* se preguntó por la autenticidad de los hallazgos, surgió la controversia. Este diario decía: «Las acusaciones más graves que cabe deducir de los documentos que ha encontrado el señor Sisson ya se hicieron en París hace unos meses y fueron desestimadas de todo punto».[31] Al cabo de una semana, tanto el *Times* como *The Washington Post* publicaron que S. Nourteva, director de la Oficina de Información finesa, aseguraba que era de todos sabido que los documentos en cuestión eran «claras falsificaciones».[32] Sisson y Creel defendieron su autenticidad. Creel en concreto reaccionó con furia a la impugnación de Nourteva: «¡Es mentira! El que ha sacado a la luz esos documentos ha sido el Gobierno de Estados Unidos, y es el Gobierno de Estados Unidos el que responde de su autenticidad. Eso no es más que propaganda bolchevique, y cuando es un bolchevique el que sin pruebas nos ataca, casi no merece la pena ni molestarse».[33] Y se explayó a gusto en una carta al

director del *Evening Post*:

> Le aseguro con la mayor rotundidad que el *New York Evening Post* no podrá librarse de la acusación de haber ofrecido ayuda y apoyo a los enemigos de Estados Unidos en un momento de crisis nacional. Estos documentos fueron publicados con el conocimiento del gobierno, que responde de ellos. No han salido a la luz hasta tener el convencimiento absoluto de que son totalmente auténticos [...]. No acuso al *New York Evening Post* de ser alemán, ni de haber aceptado dinero de los alemanes, pero sí digo que ha prestado a los enemigos de Estados Unidos un servicio por el que esos enemigos habrían pagado gustosamente, y en términos de inquietud social y estabilidad industrial este diario presuntamente tan americano ha asestado un golpe a América sin duda más poderoso que el que podría haber recibido de manos de los alemanes.[34]

A instancias de Creel, la NBHS creó un comité formado por J. Franklin Jameson, director del departamento de investigaciones históricas de la Carnegie Institution, y Samuel Harper, profesor de ruso de la Universidad de Chicago, que se encargarían de revisar los documentos. Cuando Jameson y Harper confirmaron la autenticidad de la mayoría de los documentos fraudulentos, *The Nation* dijo que esos documentos y el informe de la NBHS manchaban «el buen nombre del gobierno y la integridad de los historiadores norteamericanos».[35] En 1956 George Kennan demostró definitivamente lo que la mayoría sospechaba: que, en efecto, los documentos eran falsos.[36]

La complicidad de los historiadores y de otros estamentos académicos en la difusión de propaganda bélica les valió un merecido oprobio en el periodo de entreguerras. En 1927 *The American Mercury*, de H. L. Mencken, lamentaba que, por patriótica sumisión, las universidades más importantes de Estados Unidos hubieran hincado la rodilla. Charles Angoff escribió: «Bacteriólogos, físicos y químicos compitieron con filósofos, filólogos y botánicos en proferir maledicencias contra el huno y miles de ellos espiaron a sus hermanos, pero ni se les ocurrió albergar la más mínima duda sobre la legalidad de la guerra [...]. Estar en contra del idealismo americano era, a ojos de todos los rectores y consejos de universidades, causa suficiente para despachar de inmediato a los traidores».[37]

Pese a tan acertadas críticas, el control de la opinión pública se convirtió en un elemento central en la planificación de todas las guerras futuras. Harold Lasswell supo valorar su importancia y así lo manifestó en su libro *Propaganda Technique in the World War,* [*Técnicas de propaganda en la Guerra Mundial*], publicado en 1927. En él decía:

> Durante la guerra todos se dieron cuenta de que no bastaba con movilizar hombres y medios, de que era necesario movilizar también a la opinión pública. El poder sobre la opinión pública, al igual que el poder sobre la vida y la propiedad, pasó a manos del gobierno, porque era más peligroso aflojar las riendas que tensarlas demasiado. En realidad, que la gestión de la opinión pública por parte del gobierno es el inevitable corolario de la guerra moderna a gran escala resulta indiscutible. La única duda consiste en saber con qué grado de secretismo debe el gobierno manejar la propaganda y hasta qué punto la puede gestionar abiertamente.[38]

Los campus universitarios se volvieron semilleros de intolerancia. Los profesores que hablaban en público en contra de la guerra eran despedidos. A otros se los intimidaba hasta conseguir su silencio. Nicholas Murray Butler, rector de la Universidad de Columbia, anunció con las siguientes palabras el fin de la libertad académica:

> Lo que antes era tolerable ahora es intolerable. Lo que antes era desliz ideológico ahora es sedición. Lo que antes era disparate ahora es traición [...]; no hay ni habrá plaza en la Universidad de Columbia, ni en los corpus de profesores ni en las comunidades de alumnos, para las personas que se opongan o aconsejen a otros que se opongan a la aplicación efectiva de las leyes de Estados Unidos, o a quien cometa traición de obra o de palabra dicha o escrita. Dichas personas serán apartadas de la Universidad de Columbia de inmediato, en cuanto se descubra su delito.[39]

Y no eran palabras ociosas. El mes de octubre siguiente, la universidad despidió a dos de sus miembros más eminentes por manifestar su oposición a la guerra. Los profesores James McKeen Cattell, uno de los psicólogos más reconocidos del país, y Henry Wadsworth Longfellow Dana, del Departamento de Inglés y Literatura Comparada —y nieto del famoso poeta—, fueron condenados por sus compañeros, por el consejo escolar y por Butler. La acusación oficial decía: «[Ambos] han causado un grave perjuicio a la universidad con sus manifestaciones públicas contra la dirección de la guerra». *The New York Times* comentó: «Desde la declaración de guerra contra Alemania, el profesor Cattell ha resultado especialmente nocivo para el profesorado de Columbia por sus resueltas denuncias de la política de guerra de nuestro gobierno». A Dana lo expulsaron por su activo papel en el Consejo del Pueblo, una institución antibelicista.[40] El *Times*, que aplaudió la decisión de la Universidad de Columbia, publicó en un editorial: «Esa fantasía de la "libertad académica" [...] no puede proteger a un profesor que aconseja resistencia a la ley y cuando habla y escribe difunde la traición. Que un maestro de los jóvenes defienda la sedición y la traición, y contagie o pretenda contagiar a la juventud con ideas funestas para con su deber con su país, es intolerable».[41]

A la semana siguiente, el profesor Charles Beard, probablemente el historiador norteamericano más importante de la primera mitad del siglo XX, dimitió en señal de protesta. Aunque era uno de los primeros y más fervientes defensores de la intervención en Europa y áspero crítico del imperialismo alemán, criticaba que la universidad estuviera controlada por «un pequeño y activo grupo de administradores sin el menor conocimiento del mundo educativo, políticamente miopes y reaccionarios, religiosamente medievales, cortos de miras». Explicaba que, a pesar de su apoyo entusiasta a la guerra, «miles de mis compatriotas no comparten mi punto de vista. Y no se les puede insultar o coaccionar por su opinión. Solo cabe confiar en argumentos dirigidos directamente a su capacidad de razonar y de comprender».[42] Beard ya había suscitado la ira de varios miembros del consejo de la universidad la primavera anterior al declarar en una conferencia: «Si eliminásemos todo lo que no nos gusta oír, las bases en que se asienta este país serían muy poco sólidas. Este país se fundó en la falta de respeto y la negación de la autoridad, y no es hora de acabar con la libertad de opinión y discusión». Al menos otros dos profesores de Columbia presentaron también su dimisión en señal de solidaridad y el historiador James H. Robinson y el filósofo John Dewey condenaron los despidos y manifestaron su pesar por la dimisión de Beard.[43] En diciembre, Beard dijo que, para los miembros del consejo universitario, unos reaccionarios, la guerra era una oportunidad «para expulsar, humillar o aterrorizar a todas las personas de opinión liberal, progresista o poco convencional y en modo alguno relacionadas con la guerra». Purgas similares de profesores izquierdistas y una presión «muy fuerte» sobre los profesores de enseñanza secundaria se produjeron en todo Estados Unidos.[44]

El Departamento de Guerra fue un paso más allá y convirtió los dóciles campus universitarios en campamentos de instrucción. El 1 de octubre de 1918 fueron reclutados ciento cuarenta mil estudiantes de más de quinientas universidades de todo el país como parte del Student Army Training Corps, SATC [Cuerpo de Instrucción del Ejército para Estudiantes]. Se les concedía categoría de soldado raso y a partir de entonces sus estudios, alojamiento, comida, indumentaria y equipo corrían por cuenta del Estado.[45] Además, recibían paga de soldado. *The Chicago Tribune* publicó: «A los universitarios norteamericanos se les han terminado los días de diversión [...]. A partir de ahora, la universidad significa trabajo, mucho e intensivo esfuerzo preparatorio para el trabajo de la guerra».[46] Dedicaban once horas a la semana a la instrucción militar, amén de las cuarenta y dos de clases mayormente orientadas a asignaturas «esenciales» y «de los aliados». Como parte de la formación militar, los estudiantes que eran miembros de alguna asociación estaban obligados a asistir a unas clases, muy propagandísticas, llamadas «Curso sobre Temas Bélicos».[47]

Tras hacer sangre en su campaña personal por convertir las universidades en «lugares seguros

para la democracia», Butler apuntó más alto y pidió la expulsión del Senado de Robert La Follette por su sediciosa oposición a la guerra. En Atlantic City se dirigió a los tres mil bulliciosos delegados de la convención anual de la American Bankers Association y les dijo que permitir que «ese hombre» hiciera la guerra a la nación desde las salas del Congreso era tan dañino como «poner veneno en la comida de todos esos chicos» que iban a la guerra.[48] La Follette también recibió los ataques del cuerpo de profesores de la Universidad de Wisconsin: más del 90 por ciento firmaron una petición de condena de la postura antibelicista del político y varios iniciaron una campaña para, como dijo uno de los impulsores, «echar de la política a La Follette y sus partidarios».[49]



El senador por Wisconsin Robert La Follette, o Bob el Luchador, *fue uno de los seis que votaron contra la entrada de Estados Unidos en la guerra.*

La Follete sobrevivió a la campaña nacional para expulsarlo, pero la Declaración de Derechos no tuvo tanta suerte. El Congreso aprobó una de las legislaciones más represivas de la historia de la nación. La Ley de Espionaje de 1917 y la Ley de Sedición de 1918 interrumpieron los debates y crearon un clima de intolerancia con la disensión. La Ley de Espionaje establecía multas de diez mil dólares y hasta de veinte años de cárcel por obstaculizar operaciones militares en tiempos de guerra. Iba dirigida a «todo aquel que, cuando Estados Unidos esté en guerra, dé pie o intente dar pie voluntariamente a insubordinación, deslealtad, motín o incumplimiento del deber en el Ejército de Tierra o en la Marina de Estados Unidos o ponga trabas voluntariamente al reclutamiento o alistamiento».[50] Esta ley daba al director general de Correos, a la sazón Albert Burleson, de quien el socialista Norman Thomas decía que no sabía distinguir «socialismo de reumatismo», autoridad para censurar de la correspondencia toda frase o expresión que a su parecer defendiera la traición o la rebeldía o se opusiera a la movilización.[51] Al año siguiente, Thomas W. Gregory, el fiscal general, convenció al Congreso y ampliaron la ley para prohibir la «manifestación oral o escrita, la impresión o publicación de expresiones desleales, blasfemas, calumniosas o abusivas con la forma de gobierno de Estados Unidos o con la Constitución de Estados Unidos, o con las fuerzas navales o de Tierra de Estados Unidos [...] [y castigue] a quienquiera que de palabra o de obra respalde o favorezca la causa de algún país con el que Estados Unidos esté en guerra o de palabra o de obra se oponga a la causa de Estados Unidos».[52]

Los agentes contratados para aplicar tan enérgicas medidas contra la disensión formaban parte de una burocracia cada día más abultada. El presupuesto federal, que en 1913 no llegaba a mil millones de dólares, cinco años después superaba los trece mil.

Se encarceló a cientos de personas por criticar la guerra, incluidos *Big Bill* Haywood, líder del Industrial Workers of the World, IWW [Trabajadores de la Industria del Mundo], y el socialista Eugene Debs. Debs se manifestó en contra de la guerra en muchas ocasiones y, finalmente, la policía le detuvo en junio de 1918 tras dirigirse a la multitud que se congregaba a las puertas de la cárcel de Canton, Ohio, donde estaban recluidos tres socialistas por oponerse al reclutamiento forzoso. Debs había ridiculizado la idea de que Estados Unidos fuera una democracia cuando encarcelaba a sus ciudadanos por opinar: «Nos dicen que vivimos en una gran república libre, que nuestras instituciones son democráticas, que somos un pueblo libre y con autogobierno. Y a mí ya me parece demasiado, hasta para un chiste».[53] De la guerra apenas había hablado: «La historia demuestra que las guerras solo se libran por deseo de saqueo y conquista [...]. Y, en pocas palabras, eso es la guerra. Es la clase dirigente la que siempre declara las guerras; es la clase sometida la que siempre libra las batallas».[54]

El fiscal del norte de Ohio, E. S. Wertz, que hizo caso omiso del Departamento de Justicia, acusó a Debs de diez violaciones de la Ley de Espionaje. Por solidaridad con sus camaradas presos en todo el mundo, Debs se declaró culpable de todos los cargos. Y dijo al jurado: «Se me ha acusado de poner obstáculos a la guerra. Y lo admito. Caballeros, aborrezco la guerra. Me opondría a ella aunque nadie más lo hiciera [...], simpatizo con las personas que luchan y sufren de cualquier lugar del mundo. No me importa bajo qué bandera hayan nacido ni dónde vivan». Antes de la sentencia, se dirigió al juez y declaró:

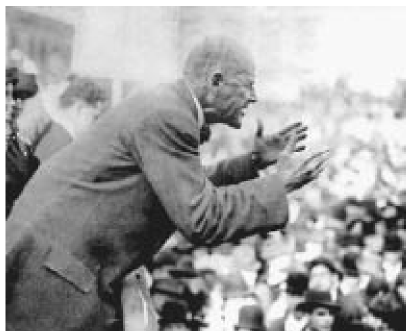
> Señoría, hace años comprendí mi parentesco con todos los seres humanos y me di cuenta de que no era ni una pizca mejor que el más humilde de ellos. Dije entonces, y digo ahora, que mientras exista una clase baja, yo perteneceré a ella; que mientras exista un criminal, yo estaré con él; y que mientras haya una sola alma en la cárcel, yo no seré libre.[55]

Tras censurar «a quienes quieren arrebatar la espada de la mano de este país mientras se defiende de una brutal potencia extranjera», el juez condenó a Debs a diez años de cárcel.[56]

Prohibieron el envío por correo de publicaciones de corte socialista. Matones patriotas y autoridades locales irrumpieron en organizaciones socialistas y sindicatos. Los sindicalistas y los activistas que se oponían a la guerra recibieron palizas y, en algunos casos, murieron asesinados. *The New York Times* calificó el linchamiento de Frank Little, miembro de la junta ejecutiva del IWW, en Butte, Montana, de «crimen deplorable y detestable a cuyos perpetradores habría que encontrar y juzgar, para que los castigue la ley y la justicia que han quebrantado». Pero al *Times* le molestó más que las huelgas organizadas por el IWW minaran el esfuerzo de guerra. Y extraía la siguiente conclusión: «Los agitadores del IWW son a efectos prácticos, y quizá a todos los efectos, agentes de Alemania. Las autoridades federales deberían despachar por la vía rápida a esos traidores que conspiran contra Estados Unidos».[57]

Disfrazada de patriotismo, una oleada de intolerancia se abalanzó contra todo lo germano. Los colegios, muchos de los cuales exigieron un juramento de lealtad a sus profesores, eliminaron el alemán de los programas de estudios. El estado de Iowa no quiso correr riesgos y fue aún más allá y, bajo la «Proclamación de Babel» de 1918, prohibió que se hablara cualquier idioma extranjero en público o por teléfono. Nebraska le copió. En todo el país, las bibliotecas se deshicieron de los libros alemanes y las orquestas suprimieron a los compositores alemanes de su repertorio. Al igual que en 2003 por la oposición de Francia a la invasión de Irak un Congreso furioso y analfabeto rebautizó las *french fries* [patatas fritas francesas] como *freedom fries* [patatas de la libertad], en la Primera Guerra Mundial ese mismo Congreso rebautizó las hamburguesas como «sándwiches de la libertad», el *sauerkraut* como «repollo de la libertad», la *german measles* (rubeola) como *liberty measles* y los

perros pastores alemanes como «perros policía».[58] Los norteamericanos de origen alemán eran discriminados en todos los órdenes de la vida.



En aplicación de la Ley de Espionaje de 1917 fueron encarceladas centenares de personas que habían criticado la guerra y el reclutamiento forzoso, entre ellas, Big Bill *Haywood, líder del sindicato mundial de trabajadores de la industria, y el socialista Eugene Debs. Debs (que aquí aparece dirigiéndose a la multitud en Chicago en 1912) instaba a los trabajadores a oponerse a la guerra y proclamó: «Dejad que los capitalistas libren solos su lucha y pongan los cadáveres y veréis como no vuelve a haber otra guerra en toda la faz de la tierra».*

Con tanta presión en favor de un «americanismo al cien por cien» no es de extrañar que los disidentes no solo fueran condenados al ostracismo, sino que la turbamulta patriotera asesinase a algunos de ellos.[59] *The Washington Post* aseguró a sus lectores que los linchamientos ocasionales eran el pequeño precio que había que pagar por tan saludable aumento del patriotismo. En un editorial de abril de 1918 decía: «Pese a que dichos linchamientos sean un exceso, es muy sano el despertar que se está produciendo en el interior del país. Hay que atajar la propaganda enemiga, aunque se produzca algún linchamiento».[60]

Ciertamente, el interior de Estados Unidos había tardado en sumarse a la causa. Al principio, por ejemplo, el conservador *Beacon-Journal* de Akron, Ohio, señalaba: «No somos más que meros observadores de la situación política [...], pero hay que admitir que, si en estos momentos se celebraran unas elecciones, una poderosa oleada de socialismo inundaría el Medio Oeste». El país nunca se había embarcado «en una guerra más impopular», sostenía. Las manifestaciones antibelicistas congregaban a miles de personas. En 1917 el Partido Socialista creció exponencialmente en número de votos en todas las ciudades. Diez socialistas se sentaron en las cámaras parlamentarias del estado de Nueva York.[61]

A pesar del ostracismo, las detenciones en masa y la violencia organizada, nadie pudo silenciar ni a los socialistas ni a los laboristas radicales de IWW, apodados *Wobblies*. Mientras algunos norteamericanos marchaban a la guerra al compás del popular «Over There», los Wobblies respondían con una parodia de «Onward Christian Soldiers» titulada «Christians at War», que comenzaba: «¡Adelante, soldados cristianos! La senda del deber es llana; mata a tus vecinos cristianos, o déjate matar por ellos»; y terminaba: «La historia dirá de vosotros: “Esa banda de malditos idiotas de Dios”».[62]

La elevada retórica de Wilson y que asegurase que aquella guerra pondría fin a todas las demás sedujo a buen número de progresistas relevantes como John Dewey, Herbert Croly y Walter Lippmann. Se convencieron de que la guerra ofrecía una oportunidad única de aplicar reformas muy deseadas. Antibelicistas del Medio Oeste como los senadores La Follette y Norris comprendieron, sin embargo, que la guerra era el toque de difuntos de cualquier reforma de calado.

Pero hubo quienes sí aprovecharon la ocasión para introducir cambios que llevaban mucho tiempo esperando: los moralistas, por ejemplo, y en especial aquellos para quienes la guerra era una oportunidad para combatir el vicio. Preocupados en apariencia por la salud de la tropa, libraron una

enérgica campaña contra la prostitución y las enfermedades venéreas. Echaron el cierre a todos los barrios chinos del país y las prostitutas, obligadas a trabajar de forma todavía más clandestina, cayeron en manos de chulos y otros explotadores.[63] La ofensiva se intensificó tras la aprobación de la Ley Chamberlain-Kahn en 1918, que decía que toda mujer que se pasease sola cerca de una base militar podía ser detenida y encarcelada y se la podía obligar a pasar un examen ginecológico —los más progresistas lo llamaron «violación con espéculo»—. Y quienes tenían enfermedades venéreas pasaban un periodo de cuarentena en una institución federal.[64]



Carteles de una campaña de prevención de enfermedades venéreas durante la Primera Guerra Mundial. Para los moralistas, la guerra era una oportunidad para aplicar cambios que esperaban hacía mucho tiempo. La Commission on Training Camp Activities se esforzó en frenar el deseo de los soldados defendiendo la abstinencia y cuestionando el patriotismo de los soldados que contraían una enfermedad de origen sexual.

La Commission on Training Camp Activities, CTCA [Comisión de Actividades en el Campamento de Instrucción], también quiso poner freno a la actividad sexual de los reclutas con una campaña de abstinencia que cuestionaba el patriotismo de los soldados que contraían enfermedades de transmisión sexual. La CTCA empapeló los campamentos militares de carteles donde podía leerse: «Las balas alemanas son más limpias que las putas» o «El soldado que coge una venérea es un traidor». Un panfleto preguntaba: «¿Cómo eres capaz de mirar de frente a la bandera si eres un cerdo con gonorrea?».[65] Al final, sin embargo, el número de soldados con enfermedades venéreas no aumentó tanto como algunos temían, pero el de embarazos de alumnas de institutos cercanos a cuarteles sí que lo hizo.

El general John *Black Jack* Pershing, comandante de las American Expeditionary Forces, AEF [Fuerzas Expedicionarias Norteamericanas], intentó atar en corto a las tropas cuando desembarcaron en Francia —tarea harto más complicada que derrotar a los alemanes en el campo de batalla—. Raymond Fosdick, director de la CTCA, tomó buena nota de la enorme diferencia entre la actitud sexual de estadounidenses y franceses. Los franceses, observó, «creían que no se puede manejar un ejército sin indulgencia sexual y que todo intento de acabar con tal indulgencia desembocaría en descontento, descenso de la moral, relajación de las normas sanitarias y, quizá, motín». George Clemenceau ofreció a los norteamericanos la creación de burdeles legales iguales a los que disfrutaban sus combatientes. Al parecer, nada más recibir la oferta del primer ministro francés, Newton Baker, secretario de Guerra de Estados Unidos, exclamó: «¡Por el amor de Dios! No le enseñéis esto al presidente o para la guerra ahora mismo».[66]

Pero toda advertencia fue inútil. Los afectados fueron apartados y señalados. A los moralistas les preocupaba que los veteranos volvieran a casa y contagiaran a las mujeres estadounidenses. Pero no era ese contagio el único que temían. También tenían miedo de que las tropas, tras descubrir eso que algunos llamaban «a la francesa», pegaran el gusto por el sexo oral a las inocentes muchachitas norteamericanas. El coronel George Walker, del Departamento de Urología, estaba angustiado:

«Cuando uno piensa en los centenares de miles de jóvenes que han regresado a Estados Unidos con esas nuevas y degeneradas ideas que ablandan los pilares del respeto por sí mismos y, por consiguiente, debilitan su poder de resistencia moral, uno cree que, en efecto, la alarma está más que justificada».[67]

Las iniciativas de reforma que pretendían aprovechar la guerra como banco de pruebas de experimentos sociales y económicos se truncaron principalmente porque la participación de Estados Unidos en la guerra fue muy breve. En los dos años que duró, sin embargo, se produjo una connivencia sin precedentes entre las grandes empresas y el gobierno, que intentaron racionalizar y estabilizar la economía, controlar la libre competencia y asegurar el beneficio, algo que los grandes banqueros y ejecutivos llevan décadas queriendo conseguir. Como resultado de ello, las empresas —con los fabricantes de municiones a la cabeza— y los bancos norteamericanos prosperaron mucho. Randolph Bourne, que se burló de los falaces argumentos en defensa de la guerra de sus camaradas progresistas en un artículo mordaz, «El crepúsculo de los ídolos», observó en otra parte que «la guerra es la salud del Estado».[68]

Mientras los reformistas trabajaban, las tropas estadounidenses empezaron a arribar a Europa, donde contribuyeron de forma importante a la victoria. Su llegada disparó la moral de los aliados. Contribuyeron a ganar grandes batallas. Por el momento de la intervención, consiguieron evitar la fase más brutal de la guerra de trincheras, que ambos bandos habían padecido en su fase más sombría, 1916, cuando, por ejemplo, Gran Bretaña sufrió en un solo día de batalla en el Somme más de sesenta mil bajas y Francia y Alemania casi un millón en la batalla de Verdún. Francia, en realidad, perdió en la guerra casi a la mitad de sus varones jóvenes —entre quince y treinta años—, que recibían órdenes de cargar contra la artillería y ametralladoras alemanas. Los norteamericanos no entraron en acción —de forma significativa— hasta mayo de 1918, es decir, seis meses antes del final de la guerra, momento en que ayudaron a las acosadas fuerzas francesas a volver las tornas y repeler a los alemanes en el Marne. En septiembre seiscientos mil estadounidenses combatieron valientemente para romper las líneas enemigas. Los alemanes se rindieron el 11 de noviembre. De los dos millones de soldados norteamericanos que pisaron Francia, más de ciento dieciséis mil murieron y doscientos cuatro mil cayeron heridos. Pero son cifras que no se pueden comparar con las de los países europeos, con diez millones de soldados y veinte millones de civiles muertos —estos últimos en su mayoría a causa del hambre y las enfermedades.

Si la contienda hubiera continuado, las bajas podrían haber sido mucho mayores. La movilización sin precedentes de ciencia y tecnología durante el conflicto ya había empezado a transformar la naturaleza de la guerra. Y eran inminentes innovaciones aún más temibles.

En el primer lugar de la lista aparecía una nueva generación de armas químicas. Los tabúes contra el uso de armas químicas y otros venenos se remontaban a los antiguos griegos y romanos. Y a lo largo de los siglos se habían tomado diversas iniciativas para encauzarlos. En 1863 el Código de Conducta de Lieber, del Departamento de Guerra norteamericano, prohibió «el uso de venenos de todo tipo en pozos, manantiales, armas o alimentos».[69] Solo un año antes, John W. Doughty, un maestro de Nueva York, mandó al secretario de Guerra Edwin Stanton el diseño de un proyectil con dos cargas, una explosiva y otra de cloro, que podrían hacer salir a las tropas confederadas de sus fortificaciones. El Departamento de Guerra rechazó el proyecto y también otro posterior de Forrest Shepherd, antiguo profesor de geología económica y química agrícola de la Western Reserve University, que quería incapacitar a los soldados confederados con vapores de cloruro de hidrógeno. Pero la Guerra de Secesión también dejó otras propuestas. En un artículo de 1862, *Scientific American* informaba a sus lectores de la invención de «bombas tóxicas e incendiarias que dispersan fuego líquido y humos contaminantes allí donde explotan». En 1905 murió el químico William Tilden. Su obituario en *The Washington Post* contenía un inquietante cotilleo: «Ideó un plan para

producir armas químicas de alto poder destructivo capaces de solucionar las guerras rápidamente. Se dice que el general Grant se interesó por el asunto, aunque luego, por sugerencia suya, Tilden abandonó el plan. Porque, como dijo Grant, las naciones civilizadas del mundo no podían permitir el uso de agentes tan terroríficos para acabar con la vida humana».[70]

Pero no solo Grant pensaba que hay cosas que las naciones «civilizadas» no pueden permitir. La Declaración de la Haya sobre Gases Tóxicos de 1899 vetaba el empleo en tiempo de guerra de «proyectiles» cuyo «único objeto» fuera «la propagación de gases tóxicos o nocivos».[71]

Alemania violó el espíritu, cuando no la letra, de la Convención de la Haya al emplear con éxito gas venenoso en la segunda batalla de Ypres el 22 de abril de 1915 tras un primer intento fallido en Bolimov, en el frente oriental. Una nube de humo amarillo verdoso de gas de cloro cubrió a las tropas francesas a lo largo de siete kilómetros de trincheras con resultados catastróficos. Más de seiscientos soldados murieron ipso facto, muchos quedaron ciegos de forma temporal y buen número cayeron prisioneros. *The Washington Post* tituló en primera página: «Enloquecen con bombas de gas»; e informó de que los alemanes amenazaban con emplear armas de gas más potentes.[72] Los alemanes acusaron a Francia de haber sido la primera en recurrir al gas. Los franceses, en efecto, habían utilizado a pequeña escala un producto irritante al comienzo de la guerra. Pero Ypres se apartaba de todo lo conocido hasta entonces. El *Post* publicó que los soldados franceses morían «ahogados en medio de grandes dolores», que sus cuerpos se ponían negros, verdes o amarillos, y que se volvían locos. «Cada una de las guerras del pasado se ha distinguido por un método sorprendente y particular de destruir vidas. De igual manera, el uso de gases venenosos —predecía ese periódico— pasará sin duda a los libros de historia como la novedad más impactante y singular del presente conflicto».[73] *The New York Times* condenó en un editorial el uso de gases venenosos, pero no porque fuese un método de matar más cruel que otros, sino por el sufrimiento de los supervivientes, que no tenía, «según víctimas y observadores expertos, parangón en los anales de este espantoso conflicto». Después de tan rotunda condena, el *Times* volvía sobre sus pasos para aceptar que, si un bando empleaba esas armas, «los demás, en defensa propia», se verían obligados «a imitar tan deplorable ejemplo. Como suele decirse: es la guerra».[74] Era la guerra, sí. En septiembre los británicos lanzaron gas venenoso en Loos; aunque solo para ver cómo el viento cambiaba de dirección y soplaba contra sus propias trincheras. Sufrieron más bajas que los alemanes.

Todos los ejércitos europeos idearon medidas más eficaces contra el gas, o, al menos, contra los primeros gases empleados, menos dañinos que los posteriores, y redujeron el número de bajas. Entre abril de 1915 y julio de 1917, las tropas británicas sufrieron 21.908 bajas por gas, con 1.895 muertos. El 12 de julio de 1917, Alemania utilizó contra los británicos gas mostaza, mucho más potente, otra vez en Ypres. Desde ese momento hasta el final de la guerra en noviembre del año siguiente, el Ejército británico tuvo 160.970 bajas, con 4.167 muertos. Cuando los norteamericanos entraron en guerra, ambos bandos utilizaban gases más dañinos, como fosgeno, cianuro de hidrógeno y gases mostaza. El número de bajas se multiplicó en términos absolutos, pero bajó sensiblemente en términos relativos.[75] Los químicos estadounidenses tomaron la decisión de cambiar estos datos.

Estados Unidos puso en marcha un programa de investigación de armas químicas a gran escala que en principio estuvo auspiciado por varios departamentos y luego, a partir del 28 de junio de 1918, se centralizó en el Chemical Warfare Service, CWS [Servicio de Guerra Química]. La investigación también estuvo muy repartida en un principio entre varias universidades antes de que, en septiembre de 1917, quedara a cargo del Departamento de Experimentación de la American University de Washington, D. C. La mayoría de los químicos más importantes del país se trasladaron a esa institución para dirigir la investigación. En el proyecto colaboraron finalmente más de mil setecientos químicos que trabajaban en más de sesenta edificios, muchos construidos apresuradamente. El día que terminó la contienda trabajaban en el ejército cinco mil cuatrocientos

químicos. Muchos hablaron de «guerra de los químicos».[76]

En la prontitud con que sirvieron a su país, los químicos norteamericanos seguían los pasos de sus colegas europeos. En Alemania la investigación de armas químicas se concentraba en el prestigioso Kaiser Wilhelm Institut de física, química y electroquímica, donde trabajaron luminarias como Fritz Haber, James Franck, Otto Hahn, Walther Nernst y Richard Willstätter. Fritz Haber, el director, reunió a los demás según la siguiente convicción: «La ciencia [...] pertenece a la humanidad en tiempos de paz y a la madre patria en tiempos de guerra».[77] En Gran Bretaña científicos de treinta y tres laboratorios probaron ciento cincuenta mil composiciones orgánicas e inorgánicas en un esfuerzo por descubrir compuestos todavía más mortíferos. Solo en las instalaciones de mayor tamaño trabajaban más de un millar de investigadores.[78]

Científicos de todas las naciones estaban impacientes por contribuir al esfuerzo de guerra. J. S. Ames, de la Universidad Johns Hopkins, escribió: «Por primera vez en la historia de la ciencia, los hombres que le dedican su vida tienen oportunidad de demostrar su valor a su país. Es un momento maravilloso y las universidades no lo están desaprovechando». Robert Millikan, de la Universidad de Chicago, dijo con entusiasmo: «Gracias a la guerra, el mundo puede apreciar de lo que la ciencia es capaz».[79]

El CWS priorizó la velocidad en detrimento de la seguridad. Y por eso se produjeron numerosas muertes, según contaría luego George Temple, técnico de electricidad y jefe de mantenimiento de la llamada Camp American University, zona de la American University, de Washington, D. C., de la que el ejército hizo uso durante la guerra. Muchos años después, en una entrevista concedida a *Eagle*, periódico estudiantil de la American University, Temple recordaría diversos incidentes. Uno de ellos aludía a la muerte de «tres hombres quemados por una dosis de gas mortífera. Echaron los cadáveres en un carro y se los llevaron. La carne les colgaba de los huesos».[80] Todas las mañanas al pasar lista pedían voluntarios para la quema de gases experimentales. Temple se ofreció para colaborar siete veces. En los laboratorios eran frecuentes las fugas. Siempre había canarios volando por allí. Si moría uno de ellos, había que evacuar las instalaciones de inmediato.[81]

Temple describió cómo regresaban los investigadores a sus casas después de un día de trabajo en los laboratorios: «Al terminar la jornada, el personal del campamento se amontonaba en los tranvías. Todos llevaban la ropa impregnada de gas. Cuando los tranvías llegaban al centro, empezaban a subir los civiles, que al poco tiempo empezaban a estornudar o a lagrimear, dependiendo del tipo de gas con que los soldados hubieran estado trabajando».[82] Vivir cerca del campus tampoco era particularmente seguro, como el exsenador Nathan Scott acabó por descubrir. Scott, su mujer y su hermana fueron «gaseados» por una «nube» que escapó de uno de los laboratorios. Scott y su hermana fueron a visitar al médico del Departamento de Experimentación y luego al hospital.[83]

Entre los investigadores de la American University se encontraba James Conant, joven químico de Harvard que encabezaría las investigaciones científicas de Estados Unidos en la siguiente guerra mundial. Su brillante trabajo con la lewisita le valió el ascenso en julio de 1918: le nombraron mayor con veinticinco años y le trasladaron a un barrio de Cleveland para supervisar un proyecto de producción de lewisita en masa. Mientras trabajaba en las fábricas de la Ben Hur Motor Company de Willoughby, el equipo de Conant produjo proyectiles de artillería y bombas de aviación con la mortífera sustancia, cuyo simple contacto causaba «un dolor insoportable y la muerte en pocas horas».[84]

El CWS erigió su mayor factoría de producción junto al campo de pruebas de Aberdeen, Maryland. A principios de 1919, *The New York Times* describió el funcionamiento del enorme Edgewood Arsenal, «la fábrica de gas venenoso más grande del mundo», capaz de producir tres o cuatro veces más gas que británicos, franceses y alemanes juntos. Tras su visita, Richard Barry, un reportero del periódico, escribió: «Fui a los hospitales y vi a los hombres afectados por los

diabólicos gases mientras trabajaban; algunos tenían brazos, piernas y tronco arrugados y con espantosas quemaduras; a otros les supuraba la piel aun después de semanas de atentos cuidados». Barry calculaba que las bajas habían superado a las de cualquier división de las que combatían en Francia.[85]

Las instalaciones eran enormes, con trescientas edificaciones, cuarenta y cinco kilómetros de línea ferroviaria y veinticinco de carreteras y calzadas. Al parecer, producían diariamente doscientas mil bombas y proyectiles químicos. Mil doscientos investigadores y setecientos ayudantes analizaron más de cuatro mil sustancias potencialmente venenosas.[86] Barry entrevistó al coronel William H. Walker, expresidente del departamento de ingeniería química del MIT, que era el oficial al mando en los campos de pruebas. Este coronel aseguraba que dos meses antes del armisticio, Estados Unidos había logrado perfeccionar el uso de armas químicas en sumo grado. Estados Unidos, dijo Walker al incrédulo reportero, estaba preparado para que sus aviones soltaran bombas de una tonelada de gas mostaza sobre las ciudades fortificadas alemanas. Una tonelada de ese gas, aseguraba el coronel, «no dejaría con vida un solo ser vivo, ni siquiera una rata», en treinta metros o más a la redonda. Las nuevas bombas estuvieron listas en septiembre de 1918, pero los aliados dudaban si utilizarlas. Gran Bretaña sí que accedió finalmente, pero Francia, que temía venganza, evitó que se usaran hasta cuando los Aliados hubieran avanzado lo suficiente para que el gas no pudiera volver, por el viento, a territorio francés y «dominasen los cielos con la rotundidad suficiente para evitar represalias». Pero a esa situación no se habría llegado hasta la primavera de 1919.

Para entonces, señalaba Walker, Estados Unidos tendría preparadas en Francia miles de toneladas de gas mostaza para el ataque a Alemania. «Podríamos haber acabado con la ciudad alemana que se nos hubiera antojado […], con varias, probablemente, a las pocas horas de dar la orden de atacar». El coronel llegó a la conclusión de que el hecho de que los alemanes estuvieran al corriente de los planes aliados fue «un factor muy importante en su capitulación». El día del armisticio, el CWS canceló las operaciones en Edgewood con dos mil quinientas toneladas de gas mostaza listas en los muelles de embarque. «En cierto modo, casi nos arrebataron la presa de la boca», se lamentaba Walker. Se consolaba con su suposición de que el gas había acelerado la rendición de Alemania.[87]

En las reuniones para la reorganización del ejército en los años veinte, Benedict Crowell, subsecretario de Guerra, dejó claro que el uso de armas químicas formaba parte de la estrategia de Estados Unidos en 1919: «En mi opinión, nuestra ofensiva de 1919 habría sido un paseo hasta Berlín precisamente por las armas químicas. Por supuesto, nuestra intención de emplearlas era un gran secreto».[88]

Durante la guerra, los combatientes emplearon un total de ciento veinticuatro mil toneladas métricas de treinta y nueve agentes tóxicos distintos, repartidas en su mayor parte en sesenta y seis millones de bombas. El cabo primero Adolf Hitler aseguraba haber sido una de sus víctimas. En *Mi lucha* describió lo que le había sucedido: «Los ojos se convirtieron en dos carbones ardientes y el mundo se oscureció a mi alrededor».[89]

Richard Barry escribe que, cuando visitó la planta de Edgewood en diciembre de 1918, la estaban desmantelando: «Desmontan la maquinaria con mucho cuidado, engrasan las piezas, las empaquetan y se las llevan a unos almacenes; y hasta la próxima guerra, si es que la hay». Desprenderse del gas y de piezas, objetos y artículos contaminados era un poco más complicado, comentaba el periodista, sobre todo porque Estados Unidos había producido gas bastante para matar a toda la población de América del Norte y del Sur.[90]

El coronel William Walker comprendía que las bombas químicas eran mucho más mortíferas cuando las soltaba la aviación. Autores de ciencia ficción como Julio Verne, en *Robur el conquistador* (1886), y H. G. Wells, en *La guerra en el aire* (1908), anticiparon el temible poder del bombardeo aéreo convencional en las guerras futuras. El mundo tuvo pruebas de lo que podría suceder ya antes

de la Primera Guerra Mundial, porque, en realidad, el origen de los ataques aéreos se remonta a finales del siglo XVIII, cuando Francia empleó globos de aire caliente para atacar las posiciones enemigas. Luego, en 1849, Austria también usaría globos aerostáticos para atacar Venecia. Entre 1911 y 1913, Italia, Francia y Bulgaria recurrieron al bombardeo aéreo a pequeña escala en escaramuzas muy localizadas.[91] La posibilidad de utilizar aviones para soltar bombas químicas era todavía más inquietante.

La Primera Guerra Mundial fue el primer escaparate auténtico de la guerra aérea, aunque solo nos dejara una pequeña muestra de lo que habría de llegar. Alemania golpeó primero, el 6 de agosto de 1914, cuando sus zepelines soltaron bombas sobre Lieja, y ese mismo mes se convirtió en la primera nación en bombardear a civiles cuando, al atacar una estación y errar el blanco, murió una mujer. En septiembre, durante la primera batalla del Marne, los aviadores alemanes bombardearon París en varias ocasiones. El primer bombardeo aliado sobre una ciudad se produjo en diciembre con el ataque a Friburgo. En la primavera de 1918, los bombarderos alemanes ya habían herido a más a cuatro mil civiles británicos y dejado más de mil muertos. Aunque fuera a pequeña escala, el potencial de la guerra aérea era evidente. Al empezar el conflicto, los británicos no contaban más que con ciento diez aviones. Pero Gran Bretaña y Francia llegaron a fabricar cien mil a lo largo de la contienda. Alemania, cuarenta y cuatro mil.[92]

Durante los años veinte, Gran Bretaña recurrió ampliamente al bombardeo aéreo para custodiar y defender su extenso imperio en lugares tan dispares como Afganistán, Egipto, la India, Yemen, Somalia y, sobre todo, Irak, que las tropas británicas ocuparon tras la derrota del imperio otomano. Con el eufemismo «vigilancia aérea», la Royal Air Force llevó a cabo una exhaustiva campaña de bombardeo contra los iraquíes, que plantaron cara a los colonizadores. El comandante del 45º Escuadrón comentó: «Ahora [árabes y kurdos] ya saben lo que es un bombardeo de verdad, con bajas y daños materiales; ahora ya saben que en el espacio de cuarenta y cinco minutos podemos borrar del mapa prácticamente un pueblo entero [...] y que cuatro o cinco ametralladoras pueden matar o herir a la tercera parte de sus habitantes».[93]

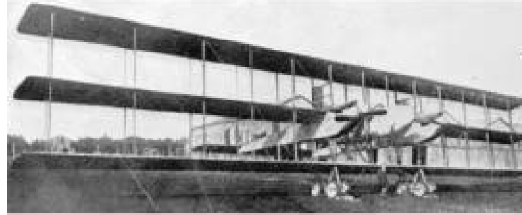
En los años veinte, Giulio Douhet, el mayor estratega aéreo de Italia, sostenía que en el futuro los bombardeos aéreos serían la clave de las victorias militares y que ya no sería posible diferenciar entre civiles y militares. El mayor defensor de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, el general William *Billy* Mitchell, opinaba lo mismo. En su libro *Winged Defense* [*Defensa alada*] (1925), advertía: «Si una nación ambiciona la conquista universal y "se lanza a ella volando", podría en un futuro llegar a dominar el mundo entero [...]. Si, por tanto, un país logra un control absoluto de los cielos, prácticamente podría llegar a tener en su poder toda la tierra, cosa que hasta ahora nunca había sucedido».[94] Otros trataron de expresar su fascinación por la guerra aérea en términos más positivos. El general Amos Fries acuñó el siguiente e imaginativo eslogan para el CWS, la institución que dirigía: «Todas las innovaciones que conviertan la guerra en un fenómeno más universal y científico favorecen una paz permanente, porque gracias a ellas la guerra se vuelve más intolerable».[95]

Mientras unos planeaban la guerra, otros, temiendo que una nueva causara aún mayor devastación, planeaban la paz. En 1921 *The Next War* [*La próxima guerra*], de Will Irwin, alcanzó las doce ediciones. Irwin, periodista que había trabajado en el Committee for Public Information, pintaba un panorama desolador. Recordaba a sus lectores que el día del armisticio Estados Unidos estaba fabricando lewisita y las características que hacían de este gas un arma tan eficaz y aterradora:

> Era invisible y penetrante, y se filtraba en sótanos y refugios subterráneos. Si lo respirabas, te mataba. Y no solo destrozaba los pulmones. Si tocaba la piel, producía un veneno que penetraba en el organismo y causaba una muerte segura. Era dañino para toda vida celular animal o vegetal. Por sí solas, las máscaras no servían de nada. Además, tenía

> una capacidad de dispersión *cincuenta y cinco* veces superior a todos los gases venenosos utilizados previamente. Un experto ha dicho que, con viento favorable, una docena de bombas de aviación de lewisita habrían bastado para aniquilar a toda la población de Berlín. Posiblemente estuviera exagerando, pero no mucho. Llegó el armisticio, pero la producción de gas no se interrumpió. En estos momentos estamos a punto de dar con un gas más poderoso que la lewisita [...]. Una cápsula de este gas metida en una granada podría causar una muerte absoluta en varias áreas, quizá en varias hectáreas.[96]

Los químicos, el sector más conservador de la comunidad científica y, no por casualidad, el más vinculado a la industria, se enorgullecían de su contribución al esfuerzo de guerra, que no pasó desapercibida para nadie. *The New York Times* dijo: «El ciudadano lego debe estar muy agradecido. Nuestros químicos se cuentan entre los mejores soldados de la democracia» y «entre los defensores más eficaces de nuestra nación».[97]







Un bombardero italiano, uno británico y otro alemán. En la Primera Guerra Mundial se produjeron los primeros bombardeos aéreos de la historia, incluidos algunos contra objetivos civiles. Alemania empezó en 1914 con el ataque a Lieja. En la primavera de 1918, cuatro mil civiles británicos, con más de mil muertos entre ellos, habían sido víctimas de las bombas de aviación alemanas.

En la posguerra, esos químicos se unieron a sus aliados del Ejército y la industria contra las iniciativas por vetar el uso de armas químicas. En 1925 la Sociedad de Naciones adoptó el Protocolo de Ginebra, que prohibía el uso de armas químicas y bacteriológicas en conflictos bélicos. La administración de Calvin Coolidge lo refrendó. Las asociaciones de veteranos, la American Chemical Society, ACS [Sociedad Americana de Química], y la industria química encabezaron la oposición. En una reunión celebrada en Los Ángeles en agosto, la asamblea de la ACS fue unánime y quiso «dejar constancia» de que estaba «contra la ratificación del protocolo de Ginebra para gases venenosos, tanto por motivos de seguridad nacional como por motivos humanitarios». Los químicos —quinientos todavía seguían en el Chemical Warfare Officers’ Reserve Corps [Cuerpo de Reserva de Oficiales de Guerra Química] del CWS— querían convencer a la opinión pública de que las armas químicas eran más humanas que las otras, que Estados Unidos debía estar preparado para emplearlas en la siguiente guerra y que, a consecuencia del Protocolo de Ginebra, la industria química

norteamericana quedaría en manos de la Sociedad de Naciones. Joseph Ransdell, senador por Luisiana, esperaba que el gobierno devolviera la resolución al Committee of Foreign Relations [Comité de Relaciones Exteriores, del Senado] y este la enterrase tan hondo que no volviera a aparecer nunca más.[98] Y su deseo se hizo realidad. El comité nunca sometió aquella resolución a votación. En los diez años siguientes, cuarenta países —incluidas todas las grandes potencias menos Japón y Estados Unidos— ratificaron el Protocolo de Ginebra.[99]

La guerra química había causado mayores estragos en el frente oriental, contra las tropas rusas, pobremente equipadas, que sufrieron cuatrocientas veinticinco mil bajas, cincuenta y seis mil de ellas mortales.[100] Para Rusia, con dos millones de muertos y cinco millones de heridos, la contienda fue catastrófica en todos los sentidos. En marzo de 1917, harto de la indiferencia de Nicolás II ante sus penurias, el pueblo ruso derrocó el régimen zarista. Muchos, sin embargo, se sintieron nuevamente traicionados cuando, con el apoyo de Woodrow Wilson, el gobierno reformista de Alexander Kerenski optó por mantener a Rusia en la guerra. Las masas exigían una ruptura tajante con el pasado.

El 7 de noviembre de 1917, los bolcheviques, liderados por Vladímir Lenin y León Trotski, tomaron el poder para cambiar definitivamente el curso de la historia. Su ideología se inspiraba en Karl Marx, intelectual germano y judío del siglo XIX que creía que la lucha de clases acabaría dando pie a un mundo socialista igualitario. Resulta irónico, pero Marx tenía dudas de que en un país tan económica y culturalmente atrasado como Rusia pudiera triunfar la revolución. Haciendo caso omiso de las advertencias de Marx, los bolcheviques reorganizaron la sociedad rusa desde sus cimientos y nacionalizaron la banca, repartieron la tierra entre los campesinos, pusieron a los trabajadores al mando de las fábricas y confiscaron las propiedades eclesiásticas. La Guardia Roja de Lenin desvalijó el antiguo Ministerio de Exteriores y sin ninguna vergüenza hizo públicos diversos pactos secretos entre los Aliados, que en 1915 y 1916 se habían dividido el mapa de la posguerra en zonas de influencia. Si en 2010 Estados Unidos reaccionó con furia ante la publicación de correos electrónicos reservados por WikiLeaks, en 1918 los Aliados se tomaron como un ultraje aquella descarada violación del protocolo diplomático, que, entre otras cosas, dejaba al descubierto cuán hueca era la apelación de Wilson a la «autodeterminación» de los estados después de la guerra. Uno de aquellos pactos era el Acuerdo Sykes-Picot, por el que Gran Bretaña, Francia y Rusia se repartían el imperio otomano, y que, creando naciones nuevas con escasa consideración por las afinidades históricas y culturales, sembró las semillas de futuros conflictos en el suelo rico en petróleo de Oriente Próximo.

Desde la Revolución francesa, desde la que habían pasado ciento veinticinco años, no había recibido Europa una sacudida semejante. El sueño de Lenin de una revolución comunista mundial atrapó la imaginación de obreros y campesinos de todo el mundo y planteó un desafío directo al ideal de Woodrow Wilson de democracia capitalista liberal.

Decepcionado, Robert Lansing, el anglófilo secretario de Estado de Wilson, tomó nota de que el mensaje comunista de Lenin empezaba a calar entre los trabajadores. El 1 de enero de 1918 advirtió al presidente de que iba dirigido «al proletariado de todas las naciones, a los ignorantes y a los deficientes mentales, a quienes se insta, en virtud de su gran número, a convertirse en los amos. Y a mi parecer supone, en vista del malestar social que reina en el mundo, un peligro verdaderamente real».[101]

Para torcer la fortuna de Lenin, Wilson decidió dar un paso audaz y el 8 de enero de 1918 anunció un plan de paz liberal, abierto y antiimperialista, el llamado programa de los Catorce Puntos, que apostaba por la autodeterminación, el desarme, la libertad en los mares, el libre comercio y una Sociedad de Naciones. Solo tan exaltada misión justificaba la continuación de la «trágica y espantosa sangría de vidas y recursos» que era la guerra. «Los días de conquista y engrandecimiento han

pasado, y también los días de pactos secretos», declaró Wilson; y el futuro demostraría que era una descarada mentira.[102] Pero el de Wilson no era el único plan para la posguerra.





Camp Dix, Nueva Jersey: soldados norteamericanos recibiendo instrucción para defenderse de los gases venenosos. Aunque numerosas culturas la habían proscrito a lo largo de los siglos, la guerra química se extendió mucho durante la Primera Guerra Mundial. Miles de soldados murieron a consecuencia de ataques con gas.

Lenin volvió a pillar desprevenido al mundo capitalista. El 3 de marzo, ocho meses antes del armisticio, suscribió un tratado de paz con Alemania que le permitió retirar a las tropas rusas de la guerra. Deseaba tanto la paz que aceptó las severas condiciones del Tratado de Brest-Litovsk aunque significara ceder el control de Polonia, Finlandia, los países bálticos, Ucrania, Georgia y otros territorios. En conjunto, alrededor de un millón de kilómetros cuadrados y cincuenta millones de personas. Wilson y los Aliados estaban furiosos. Y reaccionaron de inmediato.

La contrarrevolución conservadora contra los bolcheviques fue feroz. Diversos ejércitos atacaron Rusia en todas direcciones: rusos, cosacos, la legión checa, serbios, griegos y polacos por el oeste; los franceses por Ucrania y unos setenta mil japoneses en el Lejano Oriente. Como respuesta, León Trotski, uno de los líderes de la Revolución junto con Lenin, organizó con métodos implacables un Ejército Rojo de unos cinco millones de hombres. Winston Churchill, el locuaz y antiguo lord del Almirantazgo, puso voz a los pensamientos de todos los capitalistas del mundo al decir que había que estrangular al bolchevismo en la cuna.



Vladímir Lenin y los bolcheviques tomaron el poder el 7 de noviembre de 1917 y cambiaron para siempre el curso de la historia. Lenin soñaba con una revolución comunista mundial. Su sueño sedujo a los obreros y a los campesinos del mundo entero y supuso un desafío directo al ideal de Woodrow Wilson de conseguir una democracia liberal y capitalista generalizada.

Unos cuarenta mil soldados británicos llegaron a Rusia; la mayoría se desplegaron en el Cáucaso, para proteger las reservas de petróleo de Bakú. Aunque la mayor parte de la lucha se desarrolló en 1920, hubo bolsas de resistencia hasta 1923. Anticipando lo que iba a ocurrir sesenta años más tarde, la resistencia de los musulmanes de Asia Central se prolongó hasta los años treinta.

Japón, Francia, Gran Bretaña y otros países enviaron miles de soldados a Rusia, en parte para ayudar a los rusos blancos (conservadores) a derrocar al bisoño régimen bolchevique. En principio, Estados Unidos no quiso unirse a la lucha, pero luego mandó quince mil efectivos al este y al norte de Rusia con la esperanza de mantener un frente oriental limitado contra Alemania y de acotar las adquisiciones de Japón. Wilson rechazó las propuestas de Winston Churchill, reciente ministro de Guerra del Reino Unido, del mariscal Ferdinand Foch, comandante en jefe de los ejércitos aliados, y de otros líderes que le pedían que interviniera para derrotar a los bolcheviques. Wilson rechazó los constantes ruegos de Foch con el siguiente argumento: «Intentar frenar un movimiento revolucionario por medios militares es como usar una escoba para que no suba la marea. Además, los soldados se podrían contagiar del mismo bolchevismo que les mandamos combatir».[103] Pese a todo, tropas norteamericanas permanecieron en Rusia hasta 1920, es decir, hasta mucho después de que, con la finalidad original finiquitada, su presencia allí ya no tuviera razón de ser. La participación de Estados Unidos en la guerra contra los bolcheviques envenenó las relaciones con el régimen soviético desde el principio.[104] También acentuó la desconfianza en Wilson y en sus motivos por parte de un importante grupo de ideología progresista formado por senadores del Medio Oeste. Y esa desconfianza le pasaría factura cuando, poco más tarde, pretendió hacer realidad el mayor de sus sueños: una liga de naciones.



El presidente Woodrow Wilson en una intervención pública en el Aula de Griego de la Universidad de Berkeley en septiembre de 1919. En 1916 fue reelegido con el lema «Él nos mantendrá fuera de la guerra», pero entró en la Primera Guerra Mundial en 1917. Esperaba así que Estados Unidos pudiera participar en la remodelación del mundo en la posguerra.

Los «progresistas de la paz», como Robert David Johnson y otros historiadores los han etiquetado, tenían distintas opiniones sobre el nuevo gobierno revolucionario de Rusia, pero ninguno quería la intervención militar. Hiram Johnson, senador republicano por California, fue el primero en intervenir. Sostenía que Estados Unidos debía ocuparse de los problemas que habían dado pie al bolchevismo —«la opresión, la pobreza y el hambre»— en lugar de mandar a su ejército para acabar con el nuevo gobierno, una medida que en su opinión era parte de «la guerra de Wilson contra la revolución en todos los países». Johnson no quería que «ningún militarismo norteamericano» impusiera a la fuerza la voluntad de Estados Unidos «a naciones más débiles». James Vardaman, senador por Misisipi, declaró que la intervención se había producido por defender los intereses de corporaciones internacionales que querían cobrar los diez mil millones de dólares que les debía el gobierno imperial ruso. Robert La Follette dijo que era una «burla» de los Catorce Puntos, «el crimen de todos los crímenes contra la democracia, la “autodeterminación” y el “consentimiento de los gobernados”».[105] William Borah, senador por Idaho, comentó que las personas que volvían a Estados Unidos después de pasar unos meses en Rusia contaban sobre las condiciones de vida en aquel país cosas muy distintas de las que decía la administración de Wilson. Borah había oído que «la gran mayoría del pueblo ruso» apoyaba al gobierno soviético y anunció: «Si ese gobierno representa al pueblo ruso, si representa al 90 por ciento del pueblo ruso, mi postura es que el pueblo ruso tiene tanto derecho a fundar un estado socialista como nosotros a fundar una república».[106] Johnson presentó en el Senado una resolución para dejar de financiar la intervención que consiguió un gran respaldo. La votación quedó en empate: 33-33.[107]

En Estados Unidos la política exterior de Wilson empezaba a estar muy cuestionada, pero los europeos, cansados de guerra, aún veían en el presidente norteamericano un rayo de esperanza. Las multitudes que en diciembre de 1918 lo recibieron en Europa —asistiría a la Conferencia de Paz de París— lo adoraban. H. G. Wells recordaba: «Por un breve periodo, Wilson se alzó solo en nombre de la humanidad. O, al menos, eso pareció. Y en ese breve intervalo, en toda la tierra recibió una acogida extraordinaria y sincera [...]. Dejó de ser un estadista corriente; se convirtió en un Mesías».[108]

Los alemanes se habían rendido confiando en que los Aliados respetarían los Catorce Puntos de Wilson, creyendo que recibirían un trato justo. En una ciudad de Alemania, los habitantes recibieron a los soldados que regresaban con una pancarta que decía: «Bienvenidos, valientes, habéis hecho vuestro trabajo. Dios y Wilson continuarán con él».[109] Los alemanes depusieron al káiser y adoptaron un régimen republicano en señal de buena fe. Sin embargo, los Catorce Puntos, muy mal

definidos, demostraron ser una base muy frágil para las negociaciones. Y Wilson se equivocó al no negociar con los demás aliados durante la guerra, cuando más poder de influencia tenía. Antes del final del conflicto, le confesó ingenuamente al coronel Edward House (su asesor principal en política exterior): «Cuando termine la guerra, podremos forzarlas [a Francia e Inglaterra] a adoptar nuestras ideas, porque [...], financieramente, estarán en nuestras manos».[110]

A pesar de su grado de endeudamiento, los Aliados no quisieron aceptar las condiciones de Wilson. Tras haber pagado un precio tan alto por la victoria, les interesaba bien poco la elevada retórica del presidente norteamericano cuando hablaba de lograr un mundo seguro donde prosperara la democracia y la libertad en los mares y reinara «una paz sin victoria». Querían venganza, nuevas colonias y el dominio naval. Wilson ya había traicionado uno de sus principios fundamentales al intervenir en la Guerra Civil Rusa y dejar tropas en la Unión Soviética. Y no sería esa su única renuncia. Los británicos dejaron claro que no tenían intención de conceder libertad en los mares, lo que habría limitado la capacidad de su flota para patrullar las rutas comerciales. Los franceses también fueron tajantes: no aceptarían un tratado no punitivo. Francia había perdido más de un millón de soldados y Gran Bretaña casi un millón. David Lloyd George, el primer ministro británico, señaló que de Estados Unidos los alemanes no habían destruido «ni una choza».[111] Los franceses también se acordaban de su derrota en la guerra franco-prusiana, que contribuyó a alimentar su deseo de debilitar a Alemania y desmembrarla.

Veintisiete naciones se reunieron en París el 12 de enero de 1919. Tenían por delante una tarea ingente. En distinta medida, los imperios otomano, austro-húngaro, alemán y ruso se estaban derrumbando. Surgían nuevos países. La revolución avanzaba. El hambre se extendía. La enfermedad también. El número de refugiados era aterrador. Hacía falta, desesperadamente, un liderazgo con visión de futuro. Pero a Lloyd George, Clemenceau y Vittorio Orlando, primer ministro de Italia, Wilson, que se creía el «instrumento personal de Dios», les parecía un ser absolutamente insufrible.[112] Al parecer, Clemenceau comentó: «El señor Wilson me aburre con sus Catorce Puntos; pero ¡si Dios Todopoderoso solo puso diez!».[113] A Lloyd George le encantaba el trato que Clemenceau dispensaba al presidente norteamericano: «Si el presidente se elevaba a los cielos, cosa que de vez en cuando solía hacer con independencia de la importancia de lo tratado, Clemenceau abría mucho los ojos con risueño estupor y me miraba como diciendo: “Ya está en las nubes otra vez”. Creo sinceramente que el idealista presidente se consideraba un misionero cuyo cometido consistía en salvar a los pobres paganos de Europa». Lloyd George se felicitó por su forma de comportarse en circunstancias tan delicadas: «Sentado como me encontraba entre Jesucristo y Napoleón Bonaparte».[114]

Pocos puntos de los Catorce figuraron al final en el tratado. Los vencedores, y en particular Gran Bretaña, Francia y Japón, se repartieron las antiguas colonias y posesiones alemanas en Asia y África de acuerdo con lo establecido en el Tratado de Londres, firmado en secreto en 1915. También se repartieron el imperio otomano, pero quisieron maquillar el reparto llamando a las colonias «protectorados». Wilson opuso cierta resistencia, pero finalmente cedió. Justificó su aquiescencia sosteniendo que los alemanes habían «explotado sus colonias sin piedad» negando a sus ciudadanos derechos básicos, mientras que los Aliados trataban a sus colonias con humanidad,[115] apreciación que los habitantes de esas colonias, como, por ejemplo, la Indochina francesa de Ho Chi Minh, se habrían tomado a broma. Ho alquiló un esmoquin y un bombín y se presentó en la conferencia para entrevistarse con Wilson y la delegación estadounidense: llevaba la petición de independencia para Vietnam. Como la mayoría de los demás líderes no occidentales que estuvieron en París, Ho comprendería que la liberación llegaría mediante la lucha armada y no gracias a la generosidad del colonialismo. Mao Zedong, que por aquel entonces trabajaba de bibliotecario ayudante, expresó una frustración similar: «¡Para eso vale la autodeterminación! —soltó—. ¡Me parece una auténtica

vergüenza!».[116] Wilson renunció a tal extremo a sus principios que incluso aceptó un protectorado norteamericano en Armenia. Irónicamente, Clemenceau le dijo: «Cuando dejes la presidencia, te van a nombrar Gran Turco».[117]

Los líderes aliados no se esforzaron lo más mínimo en disfrazar el racismo que subyacía al continuo sojuzgamiento de los pueblos de piel oscura. Ese racismo se hizo evidente cuando los representantes de Japón —el barón Nobuake Makino y el vizconde Chinda— propusieron la inclusión en la Carta de la Sociedad de Naciones de una cláusula de igualdad racial que decía: «La igualdad de todos los estados es un principio básico de la Sociedad de Naciones, los Altos Contratantes se avienen a dar, tan pronto como sea posible, a todos los extranjeros ciudadanos de los estados miembros de la sociedad un trato justo y equitativo en todos los aspectos, sin hacer distinciones legales ni de facto en virtud de su raza o nacionalidad». Los defensores del imperio británico, incluidos Arthur James Balfour, ministro de Exteriores británico, y William Hughes, primer ministro australiano, rechazaron de plano la propuesta japonesa. Como lord Robert Cecil, miembro del gabinete británico, explicó, dicha cláusula planteaba «problemas muy graves» al imperio británico.[118]

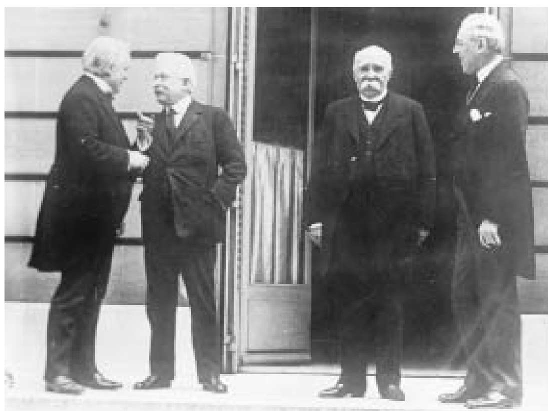
Habiéndole confesado a David Lloyd George antes del comienzo de las negociaciones que le interesaban menos los detalles del acuerdo que la Sociedad de Naciones —que le parecía crucial para evitar guerras futuras—, Wilson intentó conseguir el tratado no punitivo que públicamente defendía y fracasó estrepitosamente. Porque el tratado imponía un castigo muy severo a Alemania. Incluía una «cláusula de culpabilidad de la guerra» redactada por John Foster Dulles, futuro secretario de Estado, que cargaba a Alemania con todas las culpas del estallido de la guerra y la condenaba a pagar una indemnización extraordinariamente elevada. Wilson, centrado en la formación de la Sociedad de Naciones, cedió en este y otros asuntos importantísimos y decepcionó hasta a sus partidarios más acérrimos. Clemenceau comentó con sarcasmo: «Habla como Cristo, pero actúa como Lloyd George».[119] El economista John Maynard Keynes condenó la capitulación de Wilson a esta «paz cartaginesa» —trágica renuncia a los Catorce Puntos— y predijo que conduciría a otra guerra en Europa.[120]

Aunque Lenin no fue invitado a París, la sombra de Rusia estuvo presente en las reuniones como «el fantasma de Banquo sentado a la mesa del Consejo», como dijo Herbert Hoover.[121] Lenin había tachado los Catorce Puntos de Wilson de huera retórica y afirmaba que las potencias capitalistas nunca abandonarían sus colonias ni aceptarían la idea del presidente norteamericano de resolver pacíficamente los conflictos. Muchos escuchaban complacidos su llamada a la revolución mundial para derrocar al sistema imperialista en su conjunto. En marzo el coronel House escribió en su diario: «A juzgar por cómo están las cosas, la crisis no tardará en llegar. Todos los días se escuchan murmullos de descontento. La gente quiere paz. El bolchevismo gana terreno en todas partes. Hungría acaba de sucumbir. Estamos sentados en un polvorín y algún día una chispa lo prenderá».[122] A los Aliados también les inquietaban las revoluciones comunistas de Europa del Este, de manera que introdujeron una cláusula en el pacto de armisticio que prohibía al Ejército alemán evacuar los países de su frontera oriental hasta que los Aliados lo creyeran conveniente.[123] Aunque el gobierno húngaro del comunista Béla Kun no tardaría en caer tras la invasión rumana y los comunistas fracasaron en su intento de tomar el poder en Alemania, House y Wilson tenían motivos para la alarma ante la escalada de radicalismo que recorría Europa. Y no solo Europa.



Ho Chi Minh alquiló un esmoquin y un bombín para visitar a Woodrow Wilson y la delegación norteamericana en la Conferencia de Paz de París, donde solicitó la independencia de Vietnam. Como muchos otros líderes no occidentales presentes, Ho se dio cuenta de que la liberación solo podía llegar por medio de la lucha armada y no gracias a la generosidad de los colonizadores.

Los norteamericanos también se contagiaron de esa radicalidad: primero fueron a la huelga trescientos sesenta y cinco mil trabajadores del acero, y luego cuatrocientos cincuenta mil mineros y ciento veinte mil obreros del sector textil. Los agentes de policía de Boston también votaron ir a la huelga; con los siguientes resultados: mil ciento treinta y cuatro a favor, dos en contra. *The Wall Street Journal* advirtió: «Lenin y Trotski están en camino». Wilson dijo que la huelga era «un crimen contra la civilización».[124] En Seattle marineros, soldados y obreros organizaron un comité de huelga al estilo de los de la Revolución rusa. Ole Hanson, el alcalde, dijo que se trataba de una «tentativa de revolución». Los huelguistas, acusó, «quieren apoderarse del Gobierno de Estados Unidos y reproducir la anarquía que reina en Rusia».[125] Más de cinco millones de trabajadores norteamericanos fueron a la huelga en 1919. Cuando el número de esquiroles, protegidos por policía armada y policía local, y ayudantes contratados a tal fin, no era suficiente para derrotar a los huelguistas, acudían milicias estatales y hasta tropas federales, y el movimiento sindicalista sufrió una represión de la que no se recuperaría en una década. Aunque recurrir a tropas federales en apoyo de poderosos capitalistas había resultado muy controvertido en 1877, los trabajadores habían caído en la cuenta poco a poco de que policía, jueces, ejército y todo el aparato del estado se podían alinear contra ellos cuando lucharan por una subida de salario, mejores condiciones de trabajo y el derecho a formar sindicatos.



De izquierda a derecha: David Lloyd George, primer ministro británico, Vittorio Orlando, presidente del gobierno de Italia, George Clemenceau, presidente de Francia, y Woodrow Wilson, presidente estadounidense, en la Conferencia de Paz de París. En esta reunión, los Aliados rechazaron la alta retórica de los Catorce Puntos de Wilson. Los Aliados estaban más por la venganza, las nuevas colonias y el dominio naval del mundo de la posguerra.

Tras haber debilitado a la izquierda durante la guerra, el gobierno pretendía ahora acabar con ella. En noviembre de 1919 y enero de 1920, A. Mitchell Palmer, fiscal general de Estados Unidos, aprovechó una serie de atentados anarquistas con bomba para mandar a los agentes federales contra los grupos radicales y las organizaciones sindicales de todo el país. Aunque las bautizaron como Operaciones Palmer, en realidad las organizaba el joven director —veinticuatro años— de la División de Radicales del Departamento de Justicia: J. Edgar Hoover. Más de cinco mil presuntos radicales fueron arrestados y muchos de ellos fueron encarcelados sin cargos durante meses. Emma Goldman, de origen ruso, y cientos de activistas de ascendencia extranjera fueron deportados. Esta flagrante violación de las libertades civiles no solo destruyó el movimiento progresista, sino que también, y deliberadamente, consiguió convertir «disensión» y «antiamericanismo» en términos equivalentes. Para Hoover no fue más que el principio. En 1921 su famoso sistema de catalogación por fichas de individuos, grupos y publicaciones potencialmente subversivos tenía cuatrocientas cincuenta mil entradas.[126]



En 1919 más de cuatro millones de trabajadores norteamericanos fueron a la huelga para pedir más salario, mejora de las condiciones de trabajo y derecho a sindicarse. Como ilustra este panfleto de la huelga general de Seattle, fue la Revolución rusa la que inspiró el aumento de la militancia obrera.

Tras la conferencia de París, Wilson estaba radiante: «¡Por fin reconoce el mundo en Estados Unidos a su salvador!».[127] A su regreso a Washington, Wilson fue recibido como cualquier cosa menos como un salvador por quienes se oponían al tratado, que le atacaron desde la derecha y desde la izquierda. El presidente contraatacó con una gira por todo el país. Sostenía que Estados Unidos debía ratificar el tratado para poder unirse a la Sociedad de Naciones, que era la única forma de subsanar los errores del propio tratado. El senador William Borah, que lideraba la oposición progresista de la que formaban parte los senadores La Follette, Norris y Johnson, calificó la institución internacional propuesta por Wilson de «liga de imperialistas» fundada para derrotar revoluciones y defender a las potencias imperiales. A pesar de los esfuerzos de Wilson por suavizarlo, a Borah el tratado le parecía un documento «cruel, destructivo y brutal» que había dado pie a «una liga para garantizar la integridad del imperio británico».[128] George Norris desaprobaba la cláusula del acuerdo que entregaba Shandong, ciudad natal de Confucio, a los japoneses. Había sido, dijo, «la desgraciada violación de un pueblo inocente».[129] A este grupo de senadores se unieron los aislacionistas y otros que querían garantías de que Estados Unidos no intervendría militarmente en ningún sitio sin previa autorización del Congreso.

Irónicamente, la política de Wilson durante la guerra le había apartado de muchos de sus más fieles aliados. George Creel, director del Committee of Public Information, se lo señaló a su agobiado presidente a finales de 1918. «Todos los radicales o liberales que simpatizaban con su política

antiimperialista —le dijo— han sido silenciados o intimidados. El Departamento de Justicia y el Servicio de Correos recibieron permiso para hacerlo, para silenciarlos e intimidarlos. No queda una sola voz que defienda la paz que usted quiere. La nación y el pueblo están quemados. La prensa socialista y radical se ha quedado muda».[130] Por su terquedad, Wilson empeoró una situación que de por sí ya era mala. En lugar de aceptar algunas modificaciones que le proponían, dejó que el tratado y la Sociedad se encaminaran al fracaso. Finalmente, se quedó a siete votos de la ratificación.

La paz le resultó particularmente onerosa a Alemania. Las indemnizaciones de guerra totalizaban treinta y tres mil millones de dólares, es decir, menos de una quinta parte de lo solicitado por Francia, pero más del doble de lo que Alemania esperaba, y eso en unos momentos en que su capacidad de pago estaba seriamente amenazada tras perder las colonias y las regiones de habla polaca. Entregó también el puerto de Danzig y la región carbonífera del Sarre. Además, al pueblo alemán le ofendió la «cláusula de culpabilidad de la guerra».

La banca Morgan había dejado sus huellas en todas las cláusulas económicas del tratado. Ron Chernow, biógrafo de la familia Morgan, comentaría: «En la Conferencia de Paz de París de 1919, había hombres de la banca Morgan por todos los rincones. Su presencia era tan evidente que Bernard Baruch se quejó porque J. P. Morgan y su empresa parecían los organizadores de todo aquel espectáculo». El más eminente de los hombres de Morgan era Thomas Lamont, socio principal de la banca en quien Wilson había depositado toda su confianza. Otro socio de Morgan, George Whitney, así lo observó: daba la impresión de que, en asuntos económicos, el presidente se fiaba más de la opinión de Lamont que de ninguna otra. Lamont quería fijar las indemnizaciones de guerra alemanas en cuarenta mil millones de dólares, y luego siempre sostuvo que los alemanes habían salido muy bien parados. En París se aseguró, junto con otros banqueros, de proteger los intereses de la banca Morgan.[131]

Aunque las indemnizaciones y la «cláusula de culpabilidad» dieron pie a un clima hostil e inestable en la Alemania de posguerra, muchas veces se ha exagerado su impacto. Las indemnizaciones eran más gravosas sobre el papel que en la práctica. A principios de 1921, los pagos se revisaron a la baja en virtud de la capacidad de pago de Alemania. Y en la «cláusula de culpabilidad de la guerra» —artículo 231 del tratado— en realidad no se menciona la culpa por ninguna parte. Sí dice que Alemania era responsable de abonar indemnizaciones «por las pérdidas y daños causados» a resultas de «una guerra impuesta a otros países por la agresión de Alemania y sus aliados».[132] Pero es cierto, no obstante, que Hitler y otros políticos de la derecha alemana explotaron la victimización surgida a raíz de la derrota y del castigo impuesto por los aliados. El hecho de que en suelo alemán apenas hubiera habido combates y de que la propaganda indujera a los alemanes a creer en una victoria inminente dificultó todavía más la digestión de los pactos y prestó credibilidad a los argumentos de Hitler.



Como ilustra esta caricatura de diciembre de 1919, el hecho de que el Senado rechazase la adhesión de Estados Unidos en la

Sociedad de Naciones era una zancadilla definitiva a la eficacia de la institución. Al silenciar durante la guerra a los antiimperialistas norteamericanos, potenciales aliados en la formación de la sociedad, Wilson había contribuido a su propia derrota.

La inestabilidad económica, social y política también afectó a la Italia de la posguerra, donde *fascisti* armados —los partidarios de Mussolini— se enfrentaban repetidamente a huelguistas y manifestantes de izquierdas. Robert Johnson, embajador de Estados Unidos en Italia, advirtió del peligro de que los grupos de extrema derecha de Benito Mussolini tomaran el poder. En junio de 1921 su embajada informó: «Los *fascisti* parecen los agresores, mientras que los comunistas [...] han revertido las acusaciones de anarquía y violencia del partido de la revolución "roja" y se han constituido en el partido de "la ley y el orden"». Más tarde Richard Child, tras ser nombrado por el presidente Warren G. Harding, sustituyó a Johnson y cambió radicalmente de opinión para elogiar a Mussolini y castigar a los comunistas. Child y otros funcionarios de la embajada no supieron calibrar el extremismo de Mussolini y ensalzaron su antibolchevismo y su voluntad de aplicar mano dura para aplacar a los trabajadores descontentos. Estados Unidos siguió apoyando a Mussolini incluso después de que este impusiera una dictadura fascista. Entre sus defensores estaban Andrew Mellon, secretario del Tesoro, Thomas Lamont, de la banca Morgan, y Ralph Easley, de la National Civic Federation.[133]

Los historiadores han desacreditado hace tiempo el mito de que en los años veinte la guerra y los enredos de la política europea llevaron a Estados Unidos al aislacionismo. En realidad, la Primera Guerra Mundial marcó el final del liderazgo de Europa y la ascensión de Estados Unidos y Japón, los verdaderos vencedores de la guerra. La década de 1920 fue testigo de una rápida expansión de las empresas estadounidenses en todo el mundo y Nueva York sustituyó a Londres como epicentro de las finanzas internacionales. La era del dominio estadounidense en la economía mundial había comenzado. Y entre sus principales protagonistas se encontraban las grandes compañías petrolíferas.

La guerra demostró que el control de los yacimientos petrolíferos era fundamental para conseguir y conservar poder. Gran Bretaña y Alemania trataron de interrumpirse mutuamente las fuentes de suministro durante la contienda. Gran Bretaña, herida por los ataques alemanes contra sus cargueros, manifestó por primera vez su preocupación ante la escasez de crudo a principios de 1916. Los Aliados bloquearon a su vez el acceso de Alemania al petróleo y, a finales de ese año, el coronel John Norton-Griffiths intentó destruir los yacimientos rumanos cuando Alemania acababa de hacerse con ellos. Para subrayar la importancia del nuevo combustible, lord Curzon, ministro de Exteriores, diría al poco del armisticio: «La causa aliada ha flotado hasta la victoria sobre una ola de petróleo». Estados Unidos fue clave en esa victoria, porque cubrió el 80 por ciento de las necesidades aliadas de petróleo durante el conflicto.[134] Pero en cuanto terminó la guerra, las petroleras se aprestaron a apropiarse de todas las regiones ricas en petróleo que pudieran. «No podemos dejar que nadie nos tome la delantera en la lucha por conseguir nuevos territorios [...], nuestros geólogos se encuentran allí donde haya una posibilidad de éxito», decía la Royal Dutch Shell en su informe anual de 1920.[135]

Entre otros lugares, la Shell puso los ojos en Venezuela, donde el gobierno del general Juan Vicente Gómez le ofreció estabilidad y condiciones muy generosas, más aún cuando México se encontraba en una situación política mucho más volátil y la producción había empezado a descender.[136] Preocupadas por la primacía de Gran Bretaña en Venezuela y creyendo que la producción durante la Primera Guerra Mundial había mermado las reservas estadounidenses, las empresas norteamericanas no tardaron en sumarse a la disputa por el petróleo venezolano.[137] En *Historia del petróleo*, libro pionero sobre la industria petrolífera, Daniel Yergin describe a Gómez como un hombre «cruel, astuto y avaricioso; un dictador que durante veintisiete años gobernó Venezuela para

su enriquecimiento personal».[138] De hecho, según el historiador Steven Rabe, básicamente Gómez convirtió el país en «su hacienda particular», «amasó una fortuna de doscientos millones de dólares y se apropió de diez millones de hectáreas de tierra». Como era de esperar, la muerte del dictador en 1935 fue recibida «con un espontáneo estallido de rabia popular» en que manifestantes dieron rienda suelta a su odio destruyendo «edificios y retratos y estatuas [de Gómez]» y mataron a algunos de sus aduladores.[139]

El poder de Gómez se sustentaba en los caciques locales, un ejército de fieles y una red nacional de espías. Sus detractores padecieron una dura persecución. John Campbell White, encargado de negocios de la embajada norteamericana en Caracas, informó a su gobierno de que en Venezuela se trataba a los presos con «severidad medieval». No obstante, Estados Unidos siempre estuvo dispuesto a intervenir si era necesario. En 1923 el gobierno envió un escuadrón de Servicios Especiales para apoyar a Venezuela ante lo que finalmente resultaron ser rumores infundados de una revolución inminente.[140]

Con una economía cada vez más dependiente de los ingresos del petróleo, Gómez facilitó a las compañías petrolíferas la redacción de una parte de la Ley del Petróleo de 1922. Y las petroleras cosecharon ingentes beneficios. A sus trabajadores y al entorno, sin embargo, no les fue tan bien. Vertidos y accidentes se sucedían. En 1922 reventó un pozo y casi un millón de barriles acabaron en el lago de Maracaibo, donde se formó una mancha de casi cuarenta kilómetros.[141]

Mientras Gómez disfrutaba de sus riquezas y, según se decía, engendraba a sus noventa y siete hijos ilegítimos, su familia y adláteres, los llamados «gomecistas», compraron las mejores propiedades para luego venderlas a empresas extranjeras y así hacerse con una inmensa fortuna para ellos y para su patrón mientras sus compatriotas seguían sumidos en la pobreza. Entretanto, la producción petrolífera pasó de un millón cuatrocientos mil de barriles en 1921 a ciento treinta y siete millones en 1929 y Venezuela se convirtió en el primer exportador mundial de crudo y en el segundo país productor solo por detrás de Estados Unidos. De las tres compañías que dominaban el mercado venezolano, dos eran de titularidad estadounidense: Gulf y Pan American, que la Standard Oil de Indiana había adquirido en 1925.[142] En 1928 las dos juntas sustituyeron a la británica Royal Dutch Shell como mayores productores de crudo venezolano y para cuando murió Gómez acaparaban el 60 por ciento de la producción total del país.[143]

Pero la oposición de izquierdas a las dictaduras de Juan Vicente Gómez y sus sucesores era cada día mayor. De vez en cuando, los trabajadores de los yacimientos petrolíferos iban a la huelga para pedir un aumento de sueldo y una mejora de las condiciones laborales y en 1928 los estudiantes de la Universidad Central de Caracas, los de la llamada Generación del 28, organizaron una revuelta para condenar la dictadura y pedir un gobierno más democrático. En 1945, al cabo de muchos años de lucha, el partido de izquierdas Acción Democrática de Rómulo Betancourt logró derrocar al régimen de Isaías Medina Angarita. Betancourt forjó una estrecha relación con las petroleras más beneficiosa para Venezuela. Pero en 1948 su gobierno cayó, víctima de un golpe de Estado de los militares. Aunque admitían que la inversión extranjera era necesaria, estos progresistas legaron a Venezuela un nacionalismo radical y su resistencia antiimperialista a la explotación de los recursos del país en aras de las compañías petrolíferas.[144]



El brutal y rapaz reinado de Juan Vicente Gómez, dictador de Venezuela, convirtió a su país en favorito de las petroleras norteamericanas y británicas. Mientras amasaba una fortuna, Gómez recurrió a los caciques locales, un ejército de fieles seguidores y una red nacional de espías para garantizar a los productores de petróleo extranjeros un país estable y hospitalario.

En 1920 los norteamericanos empezaban a estar hartos del *idealismo* de Woodrow Wilson. Estaban listos para lo que Warren G. Harding llamó «vuelta a la normalidad», que, por lo que luego se vio, según los dos primeros presidentes de la década, republicanos, quería decir vuelta a la mediocridad. Las administraciones de Harding, Calvin Coolidge y Herbert Hoover buscaron la forma de ampliar los intereses económicos estadounidenses en Latinoamérica sin recurrir a la llamada diplomacia de las cañoneras que había caracterizado las presidencias de Roosevelt, Taft y Wilson. Durante la campaña para las presidenciales de 1920, Harding aprovechó un comentario del candidato a la vicepresidencia Franklin D. Roosevelt, que había asegurado que siendo secretario de Marina había redactado personalmente la Constitución de Haití, para garantizar a sus oyentes que, como presidente, él, Warren Harding, no otorgaría a ningún secretario de Marina la competencia de «redactar una constitución para los infelices vecinos de las Antillas» y se la haría tragar «a punta de bayoneta, una bayoneta empuñada por un marine norteamericano». Y enumeró otras cosas que Wilson había hecho y él no volvería a repetir: «Ni abusaré del poder ejecutivo para cubrir con un velo de secretismo repetidos actos de injerencia injustificada en los asuntos de pequeñas repúblicas del hemisferio occidental que en los últimos años solo han servido para que quienes deberían ser nuestros aliados sean nuestros enemigos y nos han desacreditado justificadamente de tal manera que ya no nos ven como ese vecino de quien te puedes fiar».[145]

De hecho, Warren Harding y sus sucesores republicanos hicieron más amistades entre los banqueros que con los habitantes de las mencionadas pequeñas repúblicas. En mayo de 1922, *The Nation* informó de que los revolucionarios habían alentado una revuelta contra «el extraordinariamente impopular presidente de Nicaragua de Brown Bros», por la conocida inmobiliaria estadounidense. Cuando los rebeldes tomaron un fuerte cercano a la capital, el comandante de los marines norteamericanos les advirtió que recurriría a la artillería si no se rendían. Para *The Nation* todo el incidente se trataba de un gesto representativo de lo que estaba ocurriendo en el conjunto de Latinoamérica, donde los banqueros norteamericanos manejaban los países por medio de gobiernos títeres respaldados por tropas de Estados Unidos. La publicación renegaba de tan deplorable situación:

> Hay, o había, veinte repúblicas independientes al sur de nuestro país. Cinco de ellas al menos —Cuba, Panamá, Haití, Santo Domingo y Nicaragua— ya se han visto reducidas a la condición de colonias con diversos grados de autogobierno ficticio. Otras cuatro —Guatemala, Honduras, Costa Rica y Perú— parecen en proceso de sometimiento a la misma situación. El señor Hughes no trata a México como estado independiente y soberano. ¿Adónde vamos a llegar? [...]. ¿Va a crear Estados Unidos un gran imperio en este hemisferio, un imperio sobre el que ni el Congreso ni el pueblo norteamericano tengan autoridad alguna?, ¿un imperio gobernado por un grupo de banqueros de Wall Street a cuya disposición los departamentos de Estado y de Marina ceden graciosamente sus recursos? Son preguntas que la gente, la gente corriente

cuyos hijos mueren de fiebres tropicales o por la bala de un patriota, tiene derecho a hacer.[146]

Tras la Primera Guerra Mundial y lejos de abrazar el aislacionismo, Estados Unidos encontró vías más eficaces que la guerra para expandir su imperio. En realidad, la guerra había dejado un regusto amargo a la mayoría de norteamericanos. Aunque la participación en la Gran Guerra duró relativamente poco y, en todos los aspectos, resultó muy satisfactoria, la naturaleza de la lucha, marcada por el empleo de armas químicas y la guerra de trincheras, y los frágiles pactos de posguerra se combinaron para minar la gloria del triunfo. Al poco tiempo de firmarse la paz, los estadounidenses estaban desilusionados. El propósito de la guerra, salvar al mundo e instaurar la democracia, no se había logrado. Tampoco había esperanza en que el conflicto hubiera puesto fin a todas las guerras. Aunque, pese a todo, algunos se aferraban a la idea de que Estados Unidos se había embarcado en una gran cruzada por la libertad y la democracia, para otros esto no era más que una frase hueca. La literatura de la época habla de decepción, como se percibe en las obras de E. E. Cummings, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Ezra Pound, Thomas Boyd, William Faulkner, Laurence Stallings, Irwin Shaw, Ford Madox Ford, Dalton Trumbo y otros autores. Porque la nación se había percatado una vez más de que la euforia bélica inicial se borraba de un plumazo ante lo que en la lucha se había en realidad conseguido. En la novela de John Dos Passos *Tres soldados*, publicada en 1921, su herido protagonista, John Andrews, recibe la visita de un representante de la Young Men's Christian Asociation, YMCA [Asociación Cristiana de Jóvenes], que para animarlo le dice: «Supongo que estás impaciente por volver al frente a matar más hunos [...]. Es maravilloso sentir que cumples con tu deber [...]. [Los hunos] son bárbaros, enemigos de la civilización». Andrews se espanta ante la idea de que «lo mejor que ha pensado» se reduce a eso. Y el narrador comenta: «La furia, la irritación, la desesperanza lo consumían [...]. En el mundo tiene que haber algo más que codicia, odio y crueldad».[147]

Algunos expresaban su ira ante la guerra. Otros solo un profundo malestar en la posguerra. En 1920, en *A este lado del paraíso*, Francis Scott Fitzgerald escribió sobre Amory Blaine y sus jóvenes amigos: «Había nacido una nueva generación [...] que al crecer se había dado cuenta de que habían muerto todos los dioses, se habían librado todas las guerras, se había tambaleado toda fe en el hombre».[148] Gertrude Stein vio la misma desesperanza en Ernest Hemingway y sus borrachos amigos y comentó: «Todos vosotros, los jóvenes que luchasteis en la guerra, todos vosotros sois una generación perdida».[149]

Por no ser menos, Hollywood produjo varias películas antibelicistas. Algunas han pasado a ser clásicos, como *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1921), de Rex Ingram, que de la noche a la mañana convirtió en estrella a Rodolfo Valentino; *El gran desfile*, de King Vidor, que fue la película más taquillera de 1925; *Alas* (1927), de William A. Wellman, que fue el primer filme en ganar el Oscar a la Mejor Película, y la poderosa *Sin novedad en el frente* (1930), de Lewis Milestone, que es uno de los grandes alegatos antibelicistas del cine de todos los tiempos.

Pero la guerra también fue desmoralizante en un sinfín de aspectos más sutiles. La fe en la civilización previa al conflicto se basaba en un progreso paulatino que ahora la guerra, ese escaparate de barbarie y depravación, había hecho añicos. Dicho en pocas palabras: la fe en la capacidad del hombre y en la decencia y bondad humanas se había esfumado, había desaparecido a ambas orillas del Atlántico. Sigmund Freud, que se convirtió en una celebridad en Estados Unidos en los años veinte, es un caso emblemático. Antes de la guerra insistía en la tensión entre el principio del placer y el principio de realidad. Luego cedió al pesimismo por la naturaleza humana propio de la posguerra y se centró en el instinto de muerte.

La visión negativa del hombre se reflejaba en una pérdida de fe en la humanidad en general. El

ejército ofreció a los psicólogos un inmenso laboratorio en que llevar a cabo experimentos sobre la inteligencia humana y tres millones de reclutas suponían una extraordinaria reserva de conejillos de indias humanos. Con la colaboración del propio ejército, que a tal fin había formado personal en Fort Oglethorpe, Georgia, los psicólogos hicieron tests de inteligencia a un millón setecientos veintisiete mil soldados, cuarenta y un mil oficiales incluidos. Los datos de nivel educativo recogidos resultaron reveladores. Un 30 por ciento de los reclutas eran analfabetos.[150] Y, dependiendo del grupo al que pertenecieran, la media de años de escolarización variaba mucho: 6,9 para los blancos nativos, 4,7 para inmigrantes y 2,6 para los negros del sur. Los resultados de los tests de inteligencia daban todavía más que pensar. Según los tests, que no obstante eran rudimentarios y culturalmente sesgados, el 47 por ciento de los reclutas blancos y el 89 por ciento de los negros eran «retrasados mentales».[151]

Nada evidenció más la degradada visión de la inteligencia humana después de la guerra que la publicidad. Para algunos, los años veinte fueron la edad dorada de los anuncios, la década en que la industria publicitaria realmente se convirtió en la principal forma de arte capitalista. Como Merle Curti demostró en su estudio de *Printer's Ink*, el boletín de la industria publicitaria, hasta 1910 el anunciante en general daba por hecho que los consumidores actuaban llevados por la racionalidad y el interés y se les podía influir sobre esa base. La mayoría de los especialistas señalan que, sin embargo, entre 1910 y 1930 el anunciante empieza a pensar que el consumidor actúa de forma irracional y, en consecuencia, los anuncios dejan de apelar a la razón y a los porqués de una compra e invocan a las emociones y fantasías del consumidor.[152] En una convención de publicistas celebrada en Atlantic City en 1923, al menos uno de los ponentes parecía comprender el mecanismo: «Apelad a la razón con vuestros anuncios y llegaréis a eso de un 4 por ciento de la especie humana».[153] Esta sensación se convirtió en ley. William Esty, de la agencia J. Walter Thompson, siempre decía a sus colegas que, según todos los expertos, «es inútil seducir a la masa desde lo intelectual, o desde la lógica».[154] En 1927 John Benson, presidente de la American Association of Advertising Agencies [Asociación Americana de Agencias Publicitarias], observó: «Decir la cruda verdad puede no resultar muy atractivo. Quizá sea necesario engañar a la gente por su propio bien. Los médicos, y hasta los predicadores, lo saben bien. La inteligencia del ciudadano medio es sorprendentemente escasa. Es mucho más eficaz guiarlo por medio de sus instintos e impulsos subconscientes que a través de la razón».[155]

El autor que mejor reflejó el pesimismo de posguerra fue Walter Lippmann, que, en muchos aspectos, fue el intelectual norteamericano más eminente de la década de 1920. Destacado socialista y progresista en la preguerra, su fe en la racionalidad del hombre descendió palpablemente tras el conflicto. En *La opinión pública*, un clásico de 1922, introdujo el término «estereotipo» para describir esas imágenes en la mente de las personas que no guardan relación con la realidad. Y propuso sustituir a expertos científicos bien formados por un pueblo democrático, aunque el mundo se hubiera vuelto demasiado complejo para ellos. Para cuando, dos años después, publicó *El público fantasma*, Lippmann ya no tenía la misma fe en la democracia. Lo mejor que el ciudadano podía hacer, creía, era elegir a un buen líder que lo guiara. Más tarde, en 1929, en otro libro clásico, *A Preface to Morals* [*Un prólogo a la moral*], se desesperaba ante la idea de que la existencia tuviera en verdad un propósito en medio de un universo carente de sentido, punto de vista que reflejaba la gran crisis existencial de Estados Unidos en 1929 y 1930.

Pero el crítico más cáustico de la democracia fue sin duda Henry Louis Mencken, «el sabio de Baltimore». Mencken decía que el hombre corriente, preso de la religión y otras supersticiones, era el miembro «bobo» de la especie *bobus americanus* y despreciaba a los pequeños granjeros de quienes Jefferson había dicho que eran la columna vertebral de la democracia. «Nos piden que veneremos a este retrasado —escribió—, el ciudadano medio por excelencia, ¡la piedra angular del

Estado! [...]. ¡Al infierno con él! ¡Ojalá le vaya mal!».[156]

En los primeros años de la década, la América de Jefferson, Lincoln, Whitman y el joven William Jennings Bryan había dejado de existir. La había sustituido la de los William McKinley, Teddy Roosevelt, J. Edgar Hoover y Woodrow Wilson. En muchos sentidos, los fracasos de Wilson fueron el oportuno corolario a un periodo en que una singular mezcla de idealismo, militarismo, codicia y pragmatismo político hizo que Estados Unidos se convirtiera en una potencia mundial. Wilson proclamó: «América es la única nación idealista del mundo»; y actuó como si creyera que era cierto.[157] Esperaba difundir la democracia, acabar con el colonialismo y cambiar el mundo. Pero su legado fue mucho menos positivo. Respaldaba la autodeterminación y se oponía a los imperios, pero intervino repetidamente en los asuntos internos de otros países como Rusia y México y muchos de Centroamérica. Al mismo tiempo que alentaba la reforma, desconfiaba de ese cambio fundamental, y quizá revolucionario, que habría podido mejorar la vida del ciudadano. Mientras se erigía en adalid de la justicia social, creía que la propiedad privada era sacrosanta y los derechos de propiedad no se podían infringir jamás. Aunque suscribía la idea de la humanidad como fraternidad, creía que las personas que no eran de raza blanca eran inferiores y aumentó la segregación del gobierno federal. Ensalzaba la democracia y el Estado de derecho, pero dio carta blanca a notorias violaciones de las libertades civiles. Condenó el imperialismo, pero sancionó el orden imperial existente. Y mientras proclamaba un tratado de paz no punitivo, dio su conformidad a una paz dura y de castigo que finalmente contribuyó a crear las condiciones para la llegada al poder de Hitler y los nazis. Su pasmosamente inepta participación en Versalles y su combativa intransigencia tras su retorno a Washington se saldaron con la negativa del Senado a aprobar el tratado de paz y a que Estados Unidos se uniera a la Sociedad de Naciones.

La guerra, por todo ello, tendría consecuencias que irían mucho más allá de los horrores del campo de batalla. Estados Unidos no llegaría a unirse a la Sociedad de Naciones, de tal modo que esta institución se vería impotente ante las agresiones fascistas de los años treinta. La revelación de que había entrado en la guerra con falsos pretextos y de que banqueros y fabricantes de munición —a quienes luego alguien llamó «mercaderes de la muerte»— habían recogido grandes beneficios dio pie al escepticismo en la participación en guerras extranjeras cuando debió intervenir contra un verdadero eje del mal: Alemania, Italia y Japón. Y cuando por fin se decidió a actuar, era demasiado tarde. La necesidad de combatir el fascismo, sin embargo, le proporcionó la oportunidad de reclamar parte de ese patrimonio democrático e igualitario sobre el que descansaban su anterior grandeza y liderazgo moral. Aunque tardía, su entrada en la Segunda Guerra Mundial contribuyó de manera crucial al fin del fascismo y fue decisiva en la derrota del Japón militarista. Pero al final de la guerra, con el lanzamiento de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, Estados Unidos demostró una vez más que no estaba preparado para ofrecer el liderazgo que el mundo pedía a gritos.

[1] William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, W. W. Norton, Nueva York, 1988, p. 72.

[2] Richard Slotkin, *Gunfighter Nation: The Myth of the Frontier in Twentieth-Century America*, HarperPerennial, Nueva York, 1992, p. 240.

[3] Richard Hofstadter, *The American Political Tradition and the Men Who Made It*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1949, pp. 237-241.

[4] Lloyd C. Gardner, *Wilson and Revolutions: 1913-1921*, J. B. Lippincott, Nueva York, 1976, p. 12.

[5] Walter LaFeber, *The American Age: United States Foreign Policy at Home and Abroad Since 1750*, W. W. Norton, Nueva York, 1989, p. 262; Lloyd C. Gardner, Walter F. LaFeber y Thomas J. McCormick, *Creation of the American Empire*, vol. 2: *U.S. Diplomatic History Since 1893*, Rand McNally, Chicago, 1976, p. 305.

[6] George C. Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*, Oxford University Press, Nueva York, 2008, p. 390.

[7] Gardner, LaFeber y McCormick, *Creation of the American Empire*, vol. 2, pp. 306-307; LaFeber, *The American* Age, p. 278.

[8] Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, p. 70.

[9] Lars Schoultz, *Beneath the United States: A History of U.S. Policy Toward Latin America*, Harvard University Press, Cambridge (Massachussetts), 1998, p. 246.

[10] Nicholas D. Kristof, «Our Broken Escalator», *The New York Times*, 17 de julio de 2011.

[11] Howard Zinn, *A People's History of the United States*, Harper Colophon, Nueva York, 1980, p. 350. [*Una historia popular del imperio Americano*, Ediciones Sinsentido, Madrid, 2010].

[12] Nell Irvin Painter, *Standing at Armageddon: The United States, 1877-1919*, W. W. Norton, Nueva York, 1987, p. 293.

[13] Ray Ginger, *The Bending Cross: A Biography of Eugene Victor Debs*, Rutgers University Press, New Brunswick (Nueva Jersey), 1949, p. 328.

[14] Herring, *From Colony to Superpower*, p. 399.

[15] Kathryn S. Olmsted, *Real Enemies: Conspiracy Theories and American Democracy, World War I to 9/11*, Oxford University Press, Nueva York, 2009, p. 34.

[16] «Notes Linking Wilson to Morgan War Loans», *The Washington Post*, 8 de enero de 1936.

[17] Herring, *From Colony to Superpower*, pp. 403, 409-410.

[18] «Scene in the Senate as President Speaks», *The New York Times*, 23 de enero de 1917.

[19] «Amazement and Bewilderment Caused by Proposal of Wilson for Peace Pact for theWorld», *The The Atlanta Constitution*, 23 de enero de 1917.

[20] LaFeber, *The American Age*, p. 278; Carter Jefferson, *Anatole France: The Politics of Skepticism*, Rutgers University Press, New Brunswick (Nueva Jersey), 1965, p. 195.

[21] Thomas J. Knock, *To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order*, Oxford University Press, Nueva York, 1992, p. 118.

[22]*Ibid.*, p. 120.

[23]*Ibid.*, pp. 121-131.

[24] David M. Kennedy, *Over Here: The First World War and American Society*, Oxford University Press, Nueva York, 1992, pp. 184-185.

[25]*Ibid.*, pp. 60-62.

[26] William Graebner, *The Engineering of Consent: Democracy and Authority in Twentieth-Century America*, University of Wisconsin Press, Madison, 1987, p. 42.

[27] Victor S. Clark, «The German Press and the War», *Historical Outlook*, nº 10, noviembre de 1919, p. 427.

[28] «Shows German Aim to Control World», *The New York Times*, 3 de diciembre de 1917.

[29] Stewart Halsey Ross, *Propaganda for War: How the United States Was Conditioned to Fight the Great War of 1914-1918*, McFarland & Co., Jefferson (Carolina del Norte), 1996, p. 241.

[30] «Documents Prove Lenin and Trotzky Hired by Germans», *The New York Times*, 15 de septiembre de 1918.

[31] Ross, *Propaganda for War*, p. 241.

[32] «Creel Upholds Russian Exposure»,*The New York Times*, 22 de septiembre de 1918.

[33] «Spurns Sisson Data», *The Washington Post*, 22 de septiembre de 1918.

[34] Ross, *Propaganda for War*, pp. 241, 242.

[35] «The Sisson Documents», *The Nation*, 23 de noviembre de 1918; en Philip Sheldon Foner, *The Bolshevik Revolution: Its Impact on American Radicals, Liberals, and Labor*, International Publishers, Nueva York, 1967, p. 137.

[36] George F. Kennan, «The Sisson Documents», *Journal of Modern History*, nº 28, junio de 1956, pp. 130-154.

[37] Charles Angoff, «The Higher Learning Goes to War», *The American Mercury*, mayo-agosto de 1927, p. 178.

[38] Harold D. Lasswell, *Propaganda Technique in the World War*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1927, pp. 14, 15.

[39] «Oust Traitors, Says Butler», *The New York Times*, 7 de junio de 1917.

[40] «Columbia Ousts Two Professors, Foes of War Plans», *The New York Times*, 2 de octubre de 1917.

[41] «The Expulsions at Columbia», *The New York Times*, 3 de octubre de 1917.

[42] «Quits Columbia; Assails Trustees», *The New York Times*, 9 de octubre de 1917.

[43]*Ibid.*

[44] Horace Cornelius Peterson and Gilbert Courtland Fite, *Opponents of War, 1917-1918*, University of Wisconsin Press, Madison, 1957, pp. 104-112.

[45] Carol S. Gruber, *Mars and Minerva: World War I and the Uses of the Higher Learning in America*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1975, pp. 213-214.

[46] «War Directed College Course to be Intensive», *The Chicago Tribune*, 1 de septiembre de 1918.

[47] Gruber, *Mars and Minerva*, pp. 217, 218, 237-244; Kennedy, *Over Here*, pp. 57-59.

[48] «Bankers Cheer Demand to Oust Senator La Follette; "Like Poison in Food of Army"», *The Chicago Tribune*, 28 de septiembre de 1917.

[49] Gruber, *Mars and Minerva*, p. 208.

[50] Zinn, *A People's History of the United States*, p. 356.

[51] Painter, *Standing at Armageddon*, p. 335; Kennedy, *Over Here*, p. 76.

[52] «Sedition Act of 1918», *www.pbs.org/wnet/supremecourt/capitalism/sourcesdocu ment1.html*.

[53] Nick Salvatore, *Eugene V. Debs: Citizen and Socialist*, Urbana, University of Illinois Press, 1982, p. 292.

[54] Zinn, *A People's History of the United States*, p. 358.

[55]*Ibid.*, pp. 358-359.

[56]*Ibid.*, p. 359.

[57] «The I.W.W.», *The New York Times*, 4 de agosto de 1917.

[58] Kennedy, *Over Here*, pp. 67, 68; Knock, *To End All Wars*, p. 133; Alan Axelrod, *Selling the GreatWar: The Making of American Propaganda*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2009, pp. 181-182.

[59] Painter, *Standing at Armageddon*, p. 335.

[60] «Stamping Out Treason», *The Washington Post*, 12 de abril de 1918.

[61] Zinn, *A People's History of the United States*, pp. 355-356.

[62] Painter, *Standing at Armageddon*, p. 336.

[63] John D'Emilio y Estelle B. Freedman, *Intimate Matters: A History of Sexuality in America*, University of Chicago Press, Chicago, 1998, pp. 212-213.

[64] Barbara Meil Hobson, *Uneasy Virtue: The Politics of Prostitution and the American Reform Tradition*, University of Chicago Press, Chicago, 1990, pp. 169, 176, 177; Mark Thomas Connelly, *The Response to Prostitution in the Progressive Era*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980, pp. 143-145.

[65] Allan M. Brandt, *No Magic Bullet: A Social History of Venereal Disease in the United States Since 1880*, Oxford University Press, Nueva York, 1987, pp. 59, 60, 101; Connelly, p. 140; Kennedy, *Over Here*, p. 186.

[66] Brandt, *ibid.*, pp. 101-106; Kennedy, *Over Here*, pp. 186-187.

[67] Brandt, *ibid.*, pp. 116-119.

[68] Randolph Bourne, «Unfinished Fragment on the State», *Untimely Papers*, James Oppenheim (ed.), B. W. Huebsch, Nueva York, 1919, p. 145.

[69] Jonathan B. Tucker, *War of Nerves: Chemical Warfare from World War I to Al-Qaeda*, Pantheon Books, Nueva York, 2006, p. 10.

[70] Wyndham D. Miles, «The Idea of Chemical Warfare in Modern Times», *Journal of the History of Ideas*, nº 31 (abril-junio de 1970), pp. 300-303.

[71] «Declaration (IV, 2) Concerning Asphyxiating Gases», documento nº 3; en Adam Roberts y Richard Guelff (eds.), *Documents on the Laws of War*, 3ª ed., Oxford University Press, Nueva York, 2000, p. 60.

[72] «Crazed by Gas Bombs», *The Washington Post*, 26 de abril de 1915.

[73] «New and Peculiar Military Cruelties Which Arise to Characterize Every War», *The Washington Post*, 30 de mayo de 1915.

[74] «Topics of the Times», *The New York Times*, 8 de mayo de 1915.

[75] James Hershberg, *James B. Conant: Harvard to Hiroshima and the Making of the Nuclear Age*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1993, p. 44.

[76] David Jerome Rhees, «The Chemists' Crusade: The Rise of an Industrial Science in Modern America, 1907-1922» (tesis doctoral), University of Pennsylvania, 1987, p. 169; Hershberg, *James B. Conant*, pp.45-49.

[77] Hershberg, *James B. Conant*, p. 42.

[78] James A. Tyner, *Military Legacies: A World Made by War*, Routledge, Nueva York, 2010, pp. 98-99.

[79] Robert A. Millikan, «The New Opportunities in Science», *Science*, nº50, 26 de septiembre de 1919, p. 292.

[80] John D. Moreno, *Undue Risk: Secret State Experiments on Humans*, Routledge, Nueva York, 2001, pp. 38-39; Andy Sagar, «"Secret, Deadly Research": Camp AU Scene of World War Training Trenches, Drill Field», *Eagle*, American University, 15 de enero de 1965.

[81] Sagar, ídem.

[82] Moreno, *Undue Risk*, pp. 38-39; Sagar, ídem.

[83] Martin K. Gordon, Barry R. Sude, Ruth Ann Overbeck y Charles Hendricks, «A Brief History of the American University Experiment Station and U.S. Navy Bomb Disposal School, American University», Office of History, U.S. Army Corps of Engineers, junio de 1994, p. 12.

[84] Hershberg, *James B. Conant*, pp. 46-47.

[85] Richard Barry, «America's Most Terrible Weapon: The Greatest Poison Gas Plant in theWorld Ready for Action When the War Ended», *Current History* (enero de 1919), pp. 125-127.

[86] Robert Harris y Jeremy Paxman, *A Higher Form of Killing: The Secret History of Chemical and Biological Warfare*, Random House, Nueva York, 2002, p. 35.

[87] Barry, «America's Most Terrible Weapon», pp. 127-128.

[88] Dominick Jenkins, *The Final Frontier: America, Science, and Terror*, Verso, Londres, 2002, p. 38.

[89] Tucker, *War of Nerves*, pp.19-20.

[90] Barry, «America's Most Terrible Weapon», p. 128.

[91] Yuki Tanaka, «British "Humane Bombing" in Iraq during the Interwar Era», en Yuki Tanaka y Marilyn B. Young (eds.), *Bombing Civilians: A Twentieth-Century History*, New Press, Nueva York, 2009, pp. 8-11.

[92] Spencer Tucker (ed.), *Encyclopedia of World War I: A Political, Social and Military History*, Santa Bárbara (California), ABC-CLIO, 2005, p. 57.

[93] Tanaka, «British "Humane Bombing" in Iraq», pp. 13-29.

[94] Jenkins, *The Final Frontier*, pp. 2-3.

[95]*Ibid.*, p. 12.

[96] Will Irwin, *«The Next War»: An Appeal to Common Sense*, E. P. Dutton & Co., Nueva York, 1921, pp. 37-38 (citas del original).

[97] «The Chemical Industry Show», *The New York Times*, 26 de septiembre de 1917.

[98] Daniel P. Jones, «American Chemists and the Geneva Protocol», *Isis*, septiembre de 1980, pp. 432-438.

[99]*Ibid.*, pp. 433-438; Tucker, *War of Nerves*, pp. 21-22.

[100] Tucker, *War of Nerves*, p. 20.

[101] Gardner, LaFeber y McCormick, *Creation of the American Empire*, p. 336.

[102] «President Wilson's Message to Congress on War Aims», *The Washington Post*, 9 de enero de 1918.

[103] Gardner, LaFeber y McCormick, *Creation of the American Empire*, p. 343.

[104] Ídem; Herring, *From Colony to Superpower*, p. 423.

[105] Robert David Johnson, *The Peace Progressives and American Foreign Relations*, Harvard University Press, Cambridge

(Massachusetts), 1995, pp. 82-83.

[106] «Our Men in Russia at Foch's Demand», *The New York Times*, 10 de enero de 1919.

[107] Johnson, *The Peace Progressives and American Foreign Relations*, pp. 84, 320 (Tabla A.1, «Votes on Anti-imperialist Issues», sección J).

[108] H. G. Wells, *The Shape of Things to Come*, Macmillan, Nueva York, 1933, p. 82. [*Una historia de los tiempos venideros*, Transversal, Madrid, 2012; archivo de Internet].

[109] Donald Kagan, *On the Origins of War: And the Preservation of Peace*, Doubleday, 1995, p. 285.

[110] LaFeber, *The American Age*, p. 297.

[111]*Ibid*., p. 299.

[112] Ídem.

[113] Woodrow Wilson, *Woodrow Wilson: Essential Writings and Speeches of the Scholar-President*, Mario DiNunzio (ed.), New York University Press, Nueva York, 2006, p. 36.

[114] Paul F. Boller, Jr., *Presidential Anecdotes*, Oxford University Press, 1981, p. 220.

[115] Gardner, LaFeber y McCormick, *Creation of the American Empire*, pp. 340-341.

[116] Herring, *From Colony to Superpower*, pp. 418, 426.

[117] Gardner, LaFeber y McCormick, *Creation of the American Empire*, p. 341.

[118] Knock, *To End All Wars*, pp. 223, 224 y 329, nota 76.

[119] Boller, *Presidential Anecdotes*, pp. 220-221.

[120] John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, Harcourt, Brace and Howe, Nueva York, 1920, pp. 36, 37, 268. [*Las consecuencias económicas de la paz*, trad. de Juan Uña, Folio, Barcelona, 1997].

[121] John Lewis Gaddis, *Russia, The Soviet Union, and the United States: An Interpretive History*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1978, p. 77; John M. Thompson, *Russia, Bolshevism, and the Versailles Peace*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1966, p. 2; Herring, *From Colony to Superpower*, p. 422.

[122] Gardner, *Wilson and Revolutions*, pp. 341-342.

[123]*Ibid.*, pp. 338-339.

[124] Robert K. Murray, *Red Scare: A Study in National Hysteria, 1919-1920*, McGraw-Hill, Nueva York, 1955, pp. 124-129.

[125] Jeremy Brecher, *Strike!*, 1972; reimpresión: Boston, South End Press, 1977, p. 126.

[126] Olmsted, *Real Enemies*, p.19.

[127] 66º Congreso, 1ª sesión, *Senate Documents: Addresses of President Wilson*, 11, 120 (mayo-noviembre de 1919), p. 206.

[128] Leroy Ashby, *The Spearless Leader: Senator Borah and the Progressive Movement in the 1920's*, University of Illinois Press, Urbana, 1972, p. 101.

[129] Herring, *From Colony to Superpower*, p. 429.

[130] Knock, *To End All* Wars, p. 186.

[131] Ron Chernow, *The House of Morgan: An American Banking Dynasty and the Rise of Modern Finance*, Simon & Schuster, Nueva York, 1990, pp. 206-208.

[132] Sally Marks, *The Illusion of Peace: International Relations in Europe, 1918-1933*, St. Martin's Press, Nueva York, 1976, pp. 13, 38, 39.

[133] David F. Schmitz, *Thank God They're on Our Side: The United States and Right-Wing Dictatorships, 1921–1965*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999, pp. 31-45.

[134] Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money, and Power*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991, pp. 176-183. [*Historia del petróleo*, trad. de Mª Elena Aparicio Aldazábal, Actualidad y Libros, Barcelona, 1992].

[135]*Ibid.*, p. 233.

[136] Darlene Rivas, «Patriotism and Petroleum: Anti-Americanism in Venezuela from Gómez to Chávez», en *Anti-Americanism in Latin America and the Caribbean*, Alan L.McPherson (ed.), Berghahn Books, Nueva York, 2006, p. 87.

[137] Stephen G. Rabe, *The Road to OPEC: United States Relations with Venezuela, 1919-1976*, University of Texas Press, Austin, 1982, p. 22.

[138] Yergin, *The Prize*, p. 233.

[139] Rabe, *The Road to Opec*, pp. 17, 38, 43.

[140]*Ibid*., pp. 17-18, 36, 38.

[141] Nikolas Kozloff, *Hugo Chávez: Oil, Politics, and the Challenge to the U.S.*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2007, p. 15.

[142] Yergin, *The Prize*, pp. 233-236.

[143] B. S. McBeth, *Juan Vicente Gómez and the Oil Companies in Venezuela, 1908-1935*, Cambridge University Press, Nueva York, 1983, p. 70.

[144] Rivas, «Patriotism and Petroleum», p. 93; Rabe, *The Road to OPEC*, pp. 94-116; Yergin, *The Prize*, p. 436.

[145] «Favors Body with Teeth», *The New York Times*, 29 de agosto de 1920.

[146] «The Republic of Brown Bros.», *The Nation*, 7 de junio de 1922, p. 667.

[147] John Dos Passos, *Three Soldiers*, George H. Doran, Nueva York, 1921, pp. 209–211. [*Tres soldados*, trad. de Mary Rowe, Plaza & Janés, Barcelona, 1985].

[148] F. Scott Fitzgerald, *This Side of Paradise*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1920, p. 282. [*A este lado del paraíso*, trad. de Juan Benet, Alianza Editorial, Madrid, 2012].

[149] Ernest Hemingway, *A Moveable Feast: The Restored Edition*, Scribner, Nueva York, 2009, p. 61. [*París era una fiesta*, trad. de Gabriel Ferrater i Soler, Seix Barral, Barcelona, 2001].

[150] Kennedy, *Over Here*, pp. 187-189; Loren Baritz, *The Servants of Power: A History of the Use of Social Science in American Industry*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1974, pp. 43-46.

[151] Kennedy, *Over Here*, p. 188.

[152] Merle Curti, «The Changing Concept of "Human Nature" in the Literature of American Advertising», *The Business History Review*, nº 41 (invierno), 1967, pp. 337-353.

[153] Noble T. Praigg, *Advertising and Selling: By 150 Advertising and Sales Executives*, Doubleday, Nueva York, 1923, p. 442.

[154] Roland Marchand, *Advertising the American Dream: Making Way for Modernity*, University of California Press, Berkeley, 1985, p. 69.

[155]*Ibid.*, p. 85.

[156] H. L. Mencken, «The Husbandman», en H. L. Mencken, *A Mencken Chrestomathy*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1967, pp. 360, 361. [*Prontuario de la estupidez humana*, Martínez Roca, Madrid, 1992].

[157] Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Cycles of American History*, Houghton Mifflin Co., Nueva York, 1986, p. 16. [*Los ciclos de la historia americana*, trad. de Néstor Míguez, Alianza Editorial, Madrid, 1988].

CAPÍTULO 2. EL NEW DEAL. «BIENVENIDO SEA SU ODIO»

Puede parecer sorprendente, pero el mundo que Franklin Delano Roosevelt encontró cuando fue investido presidente el 4 de marzo de 1933 no se parecía casi en nada al de trece años antes, cuando se presentó como candidato a la vicepresidencia. En 1920 todos los países que habían intervenido en la Gran Guerra estaban en pleno proceso de reparación. En 1933, en cambio, esa reparación se antojaba imposible. Estados Unidos en particular estaba metido de lleno en el cuarto año de la peor depresión de su historia, con un paro del 25 por ciento, el PIB reducido a la mitad y una bajada de la renta agraria del 60 por ciento. La producción industrial también había descendido a la mitad y el sistema bancario estaba quebrado. En los pueblos y ciudades, los pobres formaban largas colas para recibir comida regalada por las instituciones de caridad y las calles se llenaban de indigentes. La pobreza era omnipresente; la desesperación, una epidemia.[1]

Pero la mayor parte del resto del mundo estaba aún peor. Al contrario que Estados Unidos, que había experimentado un periodo de relativa prosperidad en los años veinte, los países beligerantes no se habían recobrado plenamente de la devastación y la ciudadanía no tenía ningún colchón para amortiguar el impacto del desastre económico global. Las dificultades acuciaban en todos los frentes.

En Italia, tras once años de dictadura, Benito Mussolini estaba cómodamente instalado en el poder. Adolf Hitler y sus nacionalsocialistas acababan de hacerse con él en Alemania tras explotar en su beneficio los agravios de posguerra y la penuria económica. Solo una semana antes de la investidura de Roosevelt, además, Hitler se había valido del incendio del Reichstag para consolidar su yugo dictatorial y había desatado virulentos ataques contra comunistas, socialdemócratas, sindicalistas e intelectuales de izquierdas.

En Asia también acuciaban los problemas. En septiembre de 1931, tropas japonesas tomaron Manchuria, región rica en recursos que se disputaban la Unión Soviética, China y Corea y que en 1932 los japoneses rebautizaron con el nombre de Manchukuo. En 1933, en respuesta a las protestas de la comunidad internacional por la invasión, Japón abandonó la Sociedad de Naciones.

Por su parte, pese al cataclismo de la Depresión, Estados Unidos empezaba a levantar cabeza. El día de la toma de posesión de Roosevelt, un editorial de *The New York Times* supo captar la emoción de los norteamericanos ante el cambio de gobierno:

> El norteamericano es un pueblo de inquebrantable esperanza [...], pero rara vez su entusiasmo por asistir a la investidura de un presidente igualó el de este año [...]. Ha dado muestras de una paciencia extraordinaria y soportado penurias que ahora millones de ciudadanos creen mitigadas por el mero hecho de la llegada del señor ROOSEVELT a la Casa Blanca [...]. El señor ROOSEVELT [...] da impresión de tomarse con enorme optimismo los complejos e intrincados problemas que le aguardan [...]. Hasta los estadounidenses sumidos en el pesimismo [...] conservan un poso de admiración ante un presidente que empieza la legislatura creyendo que «nada es imposible para Estados Unidos» [...]. Ningún presidente gozó de semejante oportunidad en medio de tal efusión de fe y esperanza.[2]

Roosevelt decidió actuar con determinación. El país le respaldaba. Los demócratas dominaban las dos cámaras y la gente quería acción. Tras los primeros días de gobierno, el periodista Will Rogers comentó: «Si [Roosevelt] quemase el Capitolio, le aplaudiríamos y nos diríamos: “Da igual, por fin alguien enciende el fuego”».[3]

En su esperado discurso de investidura, Roosevelt llamó al país a la lucha. Leída hoy, su declaración «lo único a lo que hay que tener miedo es al miedo mismo» parece fuera de la realidad dada la magnitud de los problemas. Pero el flamante presidente supo conectar con otra realidad más

profunda: la desesperada necesidad de los norteamericanos de una fe y confianza renovadas. Y se propuso recuperarlas.



Franklin Delano Roosevelt y Herbert Hoover de camino al Capitolio para la ceremonia de investidura del primero el 4 de marzo de 1933. La llegada de Roosevelt al poder despertó gran optimismo. Will Rogers, famoso periodista, comentó a propósito de sus primeros días de gobierno: «Si quemase el Capitolio, le aplaudiríamos y nos diríamos: "Da igual, por fin alguien enciende el fuego"».

Roosevelt identificó a los responsables de la lamentable situación. «Los banqueros —dijo— han huido de sus poltronas en el templo de la civilización. Ahora podremos restaurar las antiguas verdades de ese templo. El alcance de la recuperación depende de en qué medida apliquemos valores sociales más nobles que el mero beneficio pecuniario». Y apeló a una «estricta supervisión de todos los créditos e inversiones bancarias» y al «fin de la especulación con el dinero de los demás».[4]

Hasta asumir la presidencia, apenas había dado indicios de la política que aplicaría. En campaña, atacó a veces al presidente Herbert Hoover desde posiciones conservadoras por desequilibrar el presupuesto con un exceso de gasto. Otras, desde una postura contraria, admitió el sufrimiento del ciudadano y pidió un *new deal*, un «nuevo pacto». Recién llegado al gobierno, tuvo que resolver problemas reales, prácticos. Hoover le acusó de empeorar deliberadamente una situación de por sí mala por no colaborar en el traspaso de poderes en los cuatro meses transcurridos entre las elecciones de noviembre y la toma de posesión a primeros de marzo. Pero la espera había terminado. Y lo primero que había que abordar era la reforma del sistema bancario.

Entre 1930 y 1932 quebraron una quinta parte de los bancos estadounidenses. Y otros muchos se tambaleaban al borde del abismo. El 31 de octubre de 1932, cuando el gobernador se encontraba en Washington pidiendo un préstamo al gobierno, Morley Grisworld, vicegobernador de Nevada, declaró doce días de vacaciones para los bancos para evitar que los impositores acudieran en tropel a las ventanillas y retirasen todos sus depósitos. Alcaldes y gobernadores de todo el país, que observaban con expectación, pensaron en seguir su ejemplo. El 14 de febrero, Michigan declaró también ocho días de vacaciones bancarias y cerró quinientos cincuenta bancos nacionales y estatales. *The New York Times* aseguró a sus nerviosos lectores que no había motivos para que lo ocurrido en Michigan sentara precedente. Pero Maryland, Tennessee, Kentucky, Oklahoma y Alabama encontraron razones suficientes para actuar cuando entre los ahorradores cundió el pánico y se formaron colas para retirar los depósitos mientras aún se podía.[5] El día de la investidura de Roosevelt, la actividad bancaria se había interrumpido por completo o sufría grandes restricciones en todo el país.

Se daban, pues, las condiciones necesarias para introducir cambios drásticos en el sistema. La ira contra los banqueros venía creciendo desde el *crack* de la bolsa en el 29. En febrero de 1932, Anne

O'Hare McCormick, reportera de *The New York Times*, habló de la extendida antipatía hacia los banqueros de Wall Street: «En un país donde el año pasado quebraron más de dos mil bancos [...] existe una tendencia a culpar a los banqueros de casi todo lo que ha ocurrido aquí y fuera [...]. Hacía por lo menos una generación que no había tanto resentimiento contra los barones del capital [...]. El ciudadano medio siempre sospechó de la moral de la jerarquía financiera. Ahora sus suspicacias van más allá. Ahora duda de su inteligencia».[6]

Un año después, la falta de confianza en los banqueros de Wall Street llegó a cotas desconocidas. Contribuyeron a ello las investigaciones del Senado para determinar el papel de los bancos en la crisis. Peter Norbeck, presidente del Committee on Banking and Currency [Comité de Banca y Moneda] de la cámara alta, puso a cargo de las sesiones a Ferdinand Pecora, ayudante del fiscal del distrito del condado de Nueva York, y Pecora interrogó a los banqueros más importantes del país. Cuando anunció que a primeros de febrero llamaría a testificar a Charles E. Mitchell, el poderoso presidente del consejo del National City Bank, el mayor banco del mundo, Norbeck, republicano de Dakota del Sur, hizo la siguiente declaración: «Hasta la fecha, la investigación demuestra que algunos grandes bancos tienen una gran responsabilidad en la formación de la burbuja del mercado de valores [...]. Algunos bancos intervinieron en el plan de promoción [...]. No fue más que una forma civilizada de robar al ciudadano». Y añadió que cuando la Federal Reserve Board [Junta de la Reserva Federal] de Washington había querido ralentizar el crecimiento del mercado bursátil, Charles E. Mitchell, presidente del New York Federal Reserve Bank, «le plantó cara y aceleró la burbuja. Era como si le estuviera diciendo a la comisión: "Vete al infierno", antes de que siguiera adelante con sus planes».[7]

Las noticias sobre las sesiones llenaron las primeras páginas de todos los periódicos. Pecora sacó a la luz las malas prácticas y los fraudes de los bancos más importantes, incluidos emolumentos escandalosos, evasión de impuestos, bonos secretos, préstamos poco éticos, etcétera. Mitchell, uno de los hombres más poderosos del país, se vio obligado a renunciar a su cargo de presidente del National City Bank, aunque antes logró que lo absolvieran de la acusación de fraude de ochocientos cincuenta mil dólares de impuestos y evitó una sentencia que podría haber llegado a diez años de cárcel.



Los ciudadanos forman cola a las puertas de un banco en febrero de 1933. Entre 1930 y 1932 quebraron una quinta parte de los bancos norteamericanos. Cuando Roosevelt ganó las elecciones, la actividad bancaria se había interrumpido o sufría importantes restricciones en todo Estados Unidos.

Las revistas empezaron a llamar *banksters*, por gánsteres, a los banqueros. *The Nation* publicó: «Si robas veinticinco dólares, eres un ladrón; si robas doscientos cincuenta mil, un estafador; si robas dos millones y medio, un banquero».[8] En este clima, Roosevelt tenía las manos libres y podría haber hecho lo que hubiera querido. Raymond Moley, uno de los ideólogos del New Deal, señaló: «Si

en algún momento la situación pendió de un hilo, fue el 5 de marzo de 1933, cuando la ideología heterodoxa podría haber fagocitado hasta la última gota del sistema capitalista y acabado con él». El senador Bronson Cutting opinaba que Roosevelt pudo haber nacionalizado los bancos «sin una sola protesta». En realidad, Rexford Guy Tugwell, director de la Agricultural Adjustment Administration [Administración de Regulación Agraria], y otros consejeros le instaron a que lo hiciera.

Pero el presidente optó por un rumbo más conservador. Decretó el cierre de los bancos por cuatro días, habló con los principales banqueros de la nación en su primer día en la Casa Blanca, convocó una sesión extraordinaria del Congreso para aprobar una legislación de emergencia y tranquilizó a la ciudadanía con la primera de sus charlas a pie de chimenea. El Congreso aprobó la Ley de Emergencia Bancaria, redactada mayormente por los propios banqueros, y él le estampó su firma. El sistema bancario quedó restablecido sin cambios importantes. El congresista William Lemke señaló: «El 4 de marzo el presidente echó a los prestamistas del Capitolio… y el 9 volvieron a entrar todos juntitos».[9] La solución de Roosevelt a la crisis bancaria señaló el camino. Así solucionaría la mayoría de los problemas. Por instinto, era fundamentalmente conservador. Pretendía salvar al capitalismo de los propios capitalistas. Frances Perkins, secretaria de Trabajo y primera mujer ministra de la historia de Estados Unidos, explicaría más tarde que dudaba tan poco «del statu quo de nuestro sistema económico como de su familia […]; estaba satisfecho con él».[10] No obstante, para salvar al capitalismo, el presidente empleó medios audaces, visionarios y humanos que transformarían la vida de los norteamericanos durante varias décadas, o quizá más.

Aunque, como hemos visto, no era un radical, Roosevelt aprobó un ambicioso programa de recuperación en sus primeros cien días de gobierno. Fundó, por ejemplo, la Agricultural Adjustment Administration, para recuperar el campo; el Civilian Conservation Corps, CCC [Cuerpo de Conservación Civil], para dar empleo a los jóvenes en la conservación de bosques y parques; la Federal Emergency Relief Administration, FERA [Administración de Auxilio en Emergencias Federales], que dirigía Harry Hopkins y tenía como finalidad ayudar a los estados en caso de emergencia; la Public Works Administration, PWA [Administración de Obras Públicas], dirigida por Harold Ickes, para coordinar los grandes proyectos de obras públicas. Aprobó la Glass-Steagall Banking Act [Ley de Banca de Glass-Steagall], que separó la banca comercial de la de inversiones e instituyó el seguro federal para los depósitos bancarios, y creó la National Recovery Administration, NRA [Administración de Recuperación Nacional], para reflotar la industria.

Fundada bajo los auspicios de la National Industrial Recovery Act, o NIRA [Ley de Recuperación de la Industria Nacional], que Roosevelt consideraba «la legislación más importante y ambiciosa jamás aprobada por el Congreso de Estados Unidos», la NRA se acomodó en buena parte a las directrices de la War Industries Board, WIB [Junta de Industrias de Guerra], que Bernard Baruch había dirigido durante la Primera Guerra Mundial.[11] La NRA dejó en suspenso las leyes antimonopolio, lo que supuso el toque de difuntos del capitalismo *laissez-faire*. La planificación centralizada serviría para revitalizar a partir de entonces la maltrecha economía. Amparados por la NIRA, todos los sectores de la industria dictaron códigos propios para precios, salarios, producción y condiciones de trabajo. Las grandes corporaciones dominaron el proceso de regulación y los sindicatos y, en menor grado, las organizaciones de consumidores desempeñaron un papel menos relevante.

La NIRA fue redactada apresuradamente y no ofrecía directrices claras para el futuro. Muchos liberales la aplaudieron. *The Nation*, revista de izquierdas por excelencia, le dio su beneplácito. Le parecía, consideró, un paso hacia una «sociedad colectivizada».[12] Fue el general Hugh Johnson, a quien Roosevelt designó para aplicarla, quien le dio su peculiar matiz. Johnson era uno de los hombres de Bernard Baruch. Habían colaborado estrechamente en la WIB. Tras retirarse del ejército, Johnson asesoró a Baruch en sus negocios particulares. Por su forma de aplicar la NRA, algunos han

tachado el programa del New Deal de fascista, idea absurda y peligrosa que luego difundió Ronald Reagan y más recientemente el autor conservador Johan Goldberg. Reagan tocó materia sensible cuando, en la campaña presidencial de 1976, dijo: «En realidad, el fascismo fue la base del New Deal».[13]

Pero Johnson fue la excepción más que la regla. No ocultaba sus simpatías fascistas y en septiembre de 1933 pasó revista a los dos millones de hombres de la NRA, que desfilaron por la Quinta Avenida de Nueva York. La revista *Time* publicó: «El general Johnson, exhibiendo continuamente el saludo fascista, declaró que el desfile sería "la manifestación más maravillosa" que se hubiera visto jamás».[14] Johnson regaló a Frances Perkins *The Corporate State* [*El estado corporativo*], un folleto fascista de Raffaello Viglione. Roosevelt acabó por apartarlo de la administración por su errático comportamiento y hosco carácter y porque bebía demasiado y se oponía continuamente a los sindicatos. En su emotiva despedida, el general elogió el «resplandeciente nombre» de Benito Mussolini.[15]





ARRIBA: Trabajadores de la PWA (Public Works Administration) cargando ladrillos al hombro durante la construcción de un instituto de enseñanza secundaria en Nueva Jersey. SUPERIOR: Trabajadores del CCC (Civilian Conservation Corps) en el bosque nacional de Boise de Idaho. La PWA y el CCC formaban parte del ambicioso plan de recuperación que Franklin D. Roosevelt puso en marcha en sus primeros cien días de presidente.

Nadie sabía adónde quería llevar Roosevelt al país. Ciertos observadores compararon Estados Unidos con la Italia fascista. En otoño de 1933, *Quarterly Review of Commerce* dijo: «Algunos ven en este programa un movimiento hacia una forma de fascismo en Estados Unidos. En realidad, la tremenda concentración de poder en manos del presidente, los códigos por los cuales la NIRA regula la competencia, la estipulación de un salario mínimo y una jornada laboral máxima para la industria, así como la política de planificación económica y organización de la producción recuerdan rasgos esenciales del programa político de la Italia fascista». El autor del mismo artículo habla también de la animosidad del general Johnson con los sindicatos y menciona su discurso del 10 de octubre: «Una advertencia al trabajador en términos nada equívocos: "Las huelgas son innecesarias" con el programa de Roosevelt y no se va a tolerar ningún tipo de oposición».[16]

Aunque en los años treinta surgieron infinidad de grupos y asociaciones de derechas, la amenaza fascista de que Sinclair Lewis advertía en su novela *Eso no puede pasar aquí* (1935) no llegó a concretarse. Lo cual, sin embargo, no quiere decir que a Hitler y a Mussolini les faltaran admiradores. Las revistas *Time* y *Fortune* apoyaron al italiano sin ambages. En 1934 *Fortune* ensalzó el fascismo italiano porque encarnaba «antiguas virtudes raciales como la disciplina, el deber, el valor, la gloria y el sacrificio».[17] Muchos integrantes de la American Legion, asociación de veteranos de guerra, coincidían con *Fortune*. Alvin Owsley, su comandante, había declarado en 1923 que «los *fascisti*» eran para Italia lo que la Legión era para Estados Unidos y en 1930 invitó a Mussolini a la convención nacional del grupo.[18] Cargos electos como el senador por Pensilvania David Reed —que proclamó: «Si este país ha necesitado alguna vez un Mussolini, es en estos momentos»— también elogiaron al líder italiano.[19]



Fundada al amparo de la NIRA, Ley de Recuperación de la Industria Nacional, que para Roosevelt era «la legislación más importante y ambiciosa jamás aprobaba por el Congreso de Estados Unidos», la NRA dio el toque de difuntos de un capitalismo laissez-faire *con la suspensión de las leyes antimonopolio y la planificación centralizada de la economía.*

El propio Hitler tuvo muchos seguidores en Estados Unidos. Entre los más notorios se encontraba Louis T. McFadden, otro congresista republicano por Pensilvania. En mayo de 1933 tomó la palabra ante la cámara para denunciar la conspiración internacional de los judíos. Cogió *Los protocolos de los sabios de Sion*, bazofia antisemita que aspiraba a demostrar la existencia de una conspiración judía para conquistar el mundo, y leyó algunos pasajes, que luego figurarían en el Libro de Sesiones. A continuación anunció que abandonar el patrón oro —como había hecho el presidente— era lo mismo que «entregar el oro y el dinero legítimo de este país a los banqueros judíos internacionales, de quien Franklin D. Roosevelt es pariente». «Este país está en manos de los prestamistas internacionales —acusó—. ¿No es verdad que hoy en Estados Unidos son los gentiles los que compran las papeletas y los judíos los que cobran el premio? ¿Y no es verdad también que este proyecto de ley de repudio ha sido redactado por prestamistas judíos internacionales y está diseñado para perpetuar su poder?».[20]

Charles Coughlin, el tristemente famoso «cura de la radio» de Royal Oak, Michigan, propagó a través de las ondas sus chovinistas ideas, cada vez más antisemitas. Su semanal *Social Justice* publicó *Los protocolos de Sion* en varias entregas mientras instaba a sus simpatizantes a unirse a la milicia armada del Frente Cristiano. Según una encuesta realizada por Gallup, en 1938 el 10 por ciento de las familias norteamericanas con radio escuchaban los sermones de Coughlin con asiduidad y el 25 por ciento lo hacían de vez en cuando. El 83 por ciento de los oyentes más fieles, por lo demás, comulgaban con las ideas de ese cura.[21] En 1940 *Social Justice* todavía superaba los doscientos mil lectores semanales.[22]

Más a la derecha de Coughlin se situaban los llamados *shirt movements*, inspirados en los camisas negras de Mussolini y los camisas pardas de Hitler. La Silver Legion [Legión de Plata] de Dudley Pelley llegó a contar con veinticinco mil seguidores en 1933. En Kansas Gerald Winrod, «el

Jaykawk[23] nazi», editor del diario *Defender*, que llegó a contar con cien mil lectores, concentró el 21 por ciento del voto republicano en las primarias al senado de Kansas de 1938.[24] Con los Knights of the White Camelia [Caballeros de la Blanca Camelia] de West Virginia, los Khaki Shirts [Camisas Kaki] de Filadelfia, los Crusader White Shirts [Camisas Blancas de Cruzado] de Tennessee y los Christian Mobilizers [Movilizadores Cristianos] de Nueva York daba la impresión de que Estados Unidos se iba llenando de extremistas.[25] De todas estas organizaciones, la Black Legion [Legión Negra] del Medio Oeste, escindida del Ku Klux Klan en 1925, era una de las más violentas. En 1935 esta *legión*, que vestía como el Ku Klux Klan solo que con túnicas negras en vez de blancas, sumaba entre sesenta mil y cien mil simpatizantes. En 1937 el gobierno disolvió esta asociación, pero antes su cabecilla, el electricista Virgil Effinger, hablaba abiertamente de la necesidad de exterminar en masa a los judíos norteamericanos.[26] Con anterioridad, y aunque finalmente no llegara a formar parte de ningún grupo de *camisas*, un mercero fracasado llamado Harry Truman pensó en afiliarse al Klan. Por fortuna se lo pensó dos veces y no lo hizo.

En realidad, la influencia de Hugh Johnson en el New Deal fue breve y pasajera y la extrema derecha apenas tuvo ningún peso. El New Deal no solo rechazaba soluciones fascistas, sino que se resistía a todo intento por imponer una filosofía coherente, unificada. Fue más una mezcolanza de organismos. Raymond Moley escribió que considerar que el New Deal era producto de un plan bien organizado era «lo mismo que pensar que la colección de animales disecados, los cromos de béisbol, los banderines escolares, las viejas zapatillas de tenis, las herramientas de marquetería, los libros de geografía y los tubos de ensayo de la clase de química que se acumulan en el dormitorio de un niño responden al diseño de un decorador de interiores». Roosevelt no era un hombre de ideas, sino más bien un pragmático. Y quería que el gobierno desempeñara un papel mucho más importante del que cualquiera de sus antecesores llegó a concebir.[27]

Roosevelt centró su política en el despegue de la economía y la recuperación del empleo. Los problemas internacionales quedaron relegados a un segundo término. Lo dejó manifiestamente claro en la Conferencia Económica Mundial de Londres de julio de 1933. En abril había dado órdenes de liberar la política monetaria norteamericana de las restricciones del patrón oro, pero albergaba la esperanza de que Estados Unidos y, si era posible, el resto del mundo volvieran a ese patrón. En verano, sin embargo, cambió de opinión. Cuando tuvo que elegir entre un programa nacional de recuperación económica basado en la inflación y aceptar la petición de Europa en favor de una estabilización monetaria y la restauración del antiguo patrón oro internacional, optó por lo primero. Los cincuenta y cuatro dirigentes que asistían a la cumbre de Londres se llevaron una sorpresa mayúscula cuando, el 3 de julio, el presidente norteamericano anunció que Estados Unidos no tomaría parte en la estabilización de los tipos de cambio y no volvería al patrón oro. La conferencia se disolvió y la mayoría de participantes europeos se llevaron una amarga decepción. Muchos, incluido Hitler, sacaron la conclusión de que Roosevelt había tomado la decisión de no intervenir en los asuntos internacionales.

En Estados Unidos se produjeron todo tipo de reacciones. Grandes magnates de la empresa y de la banca como Frank A. Vanderlip, J. P. Morgan e Irénée du Pont respaldaron la medida, al menos públicamente.[28] Raymond Moley calculaba que nueve de cada diez banqueros —«hasta los de la parte baja de Manhattan», es decir, los de Wall Street— apoyaron la decisión de Roosevelt de no volver al patrón oro.[29] En cambio Al Smith, excandidato demócrata a la Casa Blanca reconvertido en crítico del New Deal, rechazó la política monetaria de Roosevelt calificándola de compromiso con el «dinero de vellón» en lugar de con el «dólar de oro». Manifestó así su asombro: «El Partido Demócrata está condenado a ser el partido de los defensores del patrón plata, del dinero de papel, de los aficionados a extender cheques sin fondos y de los chiflados».[30]

Pese a las garantías dadas por Moley, la banca se opuso a las medidas de Roosevelt. El comité

asesor de la Reserva Federal, del que formaban parte banqueros de toda la nación, advirtió a la Junta de la necesidad de volver al patrón oro para consumar la recuperación. «La inflación monetaria y la subsiguiente inflación crediticia —aseguró— se basan en una argumentación que una y otra vez ha demostrado no ser más que una trágica ilusión».[31] La condena más rotunda tanto de Roosevelt como de sus decisiones en política monetaria provino, sin embargo, de la Cámara de Comercio. Tras rechazar una resolución en apoyo del presidente, la Cámara de Comercio del estado de Nueva York aplaudió a Leonor F. Loree, propietaria de varios ferrocarriles, cuando declaró: «La renuncia al patrón oro ha minado nuestra confianza y niega la letra de la ley tanto como, en la guerra, la invasión alemana negó la neutralidad belga».[32] En el mes de mayo, y tras verse coaccionado por un aluvión de críticas, Roosevelt se vio obligado a enviar una carta a la convención anual de la Cámara de Comercio de Estados Unidos en la que pedía a sus miembros que dejaran de «sembrar la alarma» y cooperasen «en la recuperación».[33] Pero arreciaron los ataques del mundo de la empresa a Roosevelt y su New Deal.

En octubre de 1934, la revista *Time* señaló que los empresarios empezaban a sentir por Roosevelt una animosidad personal: «El conflicto ya no es "La Empresa contra el Gobierno", ahora se trata de "La Empresa contra Franklin Delano Roosevelt"».[34]

Que a Roosevelt le preocupaba sobre todo la política interior era obvio y evidente. Se retractó de su anterior apoyo a la participación de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones y sacrificó de buena gana el comercio exterior para estimular la recuperación interna. Dio incluso pasos para reducir un ejército ya escaso —ciento cuarenta mil hombres— y motivó una apresurada visita del secretario de Guerra, Georges Dern. Dern llegó a la Casa Blanca acompañado del general Douglas MacArthur, quien dijo al presidente que estaba poniendo en peligro la seguridad nacional. En sus memorias, MacArthur recordaba:

> El presidente me convirtió en el blanco de su sarcasmo. Era abrasivo cuando se enfadaba. La tensión iba en aumento [...]. Yo perdí los nervios y dije algo así como que deseaba que, cuando perdiésemos la próxima guerra y algún muchacho norteamericano tendido en el barro y con el vientre atravesado por una bayoneta y el cuello bajo la bota de un soldado enemigo escupiera su última maldición, no me la dedicara a mí sino a él. Roosevelt se puso lívido. «¡Esas no son formas de hablarle a su presidente!», bramó.

Con los nervios a flor de piel, MacArthur se disculpó, ofreció su dimisión como jefe del Estado Mayor y se marchó precipitadamente. Al llegar a la escalinata de la Casa Blanca, vomitó.[35]

Para oponerse abiertamente a Wall Street y al ejército, en los Estados Unidos de los años treinta hacía falta gran habilidad política, algo de lo que Roosevelt no carecía. Las elecciones al Congreso y al Senado de 1934 demostraron hasta qué punto el país se había desplazado ideológicamente hacia la izquierda. En realidad, una gran parte del electorado había ido mucho más allá del propio New Deal. En una sorprendente desviación de las habituales costumbres de voto, el partido en el poder vapuleó a la oposición. Los demócratas consiguieron veintiséis escaños en el Senado de los treinta y cinco en litigio y obtuvieron una ventaja de sesenta y nueve a veinticinco sobre los republicanos en esa cámara. Por lo demás, el Partido Progresista y el Partido Agrario-Laborista obtuvieron un escaño cada uno. En el Congreso, los demócratas triplicaron a los republicanos, con trescientos veintidós representantes frente a ciento tres. La cámara baja se completó con siete progresistas y tres agrario-laboristas. *The New York Times* publicó: «Es la victoria más aplastante de la historia política de Estados Unidos [...]. El mandato del electorado es claro [...]. El ala derecha del partido republicano ha quedado literalmente borrada del mapa».[36]

Considerando que el resultado de las elecciones era una llamada de atención para su partido, William Borah, senador republicano por Idaho, comentó ante la prensa: «A menos que se deshaga de

sus líderes más reaccionarios y se reorganice de acuerdo con los principios liberales que antaño le animaron, el Partido Republicano, como ya le sucedió al partido *whig*, fenecerá por cobardía política». Borah criticó a los dirigentes de su partido por oponerse al New Deal «sin ofrecer ningún programa alternativo». También se quejó de que cuando en el país entero los republicanos solicitaban a la dirección de su partido esa alternativa al programa de Roosevelt, siempre se les remitía a la Constitución. «Pero la Constitución no se come».[37]

La ideología radical prosperaba. Upton Sinclair, autor de *La jungla*, estuvo a punto de ser elegido gobernador de California con una campaña llamada «Pon fin a la pobreza de California», que proponía el reparto de la tierra no cultivada entre los campesinos y entregar las fábricas inactivas a los trabajadores. Francis Townsend, un médico de California, pedía una pensión universal de doscientos dólares para los mayores de sesenta años a fin de estimular la economía, una propuesta con muchos partidarios. Huey Long, gobernador de Luisiana, sugirió un plan llamado «Comparte la riqueza» que, con un nuevo sistema de impuestos destinado a «clavar a los ricos», ofrecía un nuevo punto de vista sobre la redistribución de la riqueza en aras de una sociedad más justa e igualitaria.

La Unión Soviética, que más tarde, una vez que salió a la luz la insondable crueldad del régimen estalinista, se convertiría en la gran rémora de la izquierda norteamericana, era en aquella época el espejo en que mirarse y un atractivo reclamo. Daba la impresión de que del comunismo soviético estaba naciendo una sociedad dinámica y equitativa, sin duda una alternativa viable a la moribunda economía capitalista. Los dirigentes soviéticos suscitaron el interés de los intelectuales estadounidenses en 1928 al anunciar su primer Plan Quinquenal, promesa de una economía racional y centralizada capaz de crear riqueza mediante la ciencia y la tecnología. Socialistas y progresistas llevaban tiempo defendiendo una planificación inteligente de la economía frente a un sistema en apariencia anárquico en que el individuo tomaba decisiones basándose únicamente en la maximización del beneficio. El concepto de planificación había inspirado obras tan dispares como *Mirando atrás* (1888), de Edward Bellamy, obra maestra del socialismo, y *Drift or Mastery* (1914), de Walter Lippmann, biblia del movimiento progresista. Muchos intelectuales coincidían con Oswald Garrison Villard, director de *The Nation*, que a finales de 1929 dijo: «[la Unión Soviética es] el experimento más grandioso que el ser humano haya emprendido jamás».[38]

Los resultados, por lo demás, parecían darle la razón. Mientras Estados Unidos y el resto del mundo capitalista se hundían en la depresión cada día más, la economía soviética parecía en plena ebullición. A principios de 1931, *Christian Science Monitor* aseguraba que la Unión Soviética no solo era el único país que se había librado de la Gran Depresión, sino que el año anterior su producción se había incrementado de forma espectacular, en más de un 25 por ciento. A finales de ese año, el corresponsal de *The Nation* en Moscú aseguraba que la frontera soviética era «como un círculo mágico» que la crisis mundial no podía traspasar: «Mientras en el extranjero los bancos quiebran, en la Unión Soviética continúa la explosión de desarrollo y obras públicas».[39] El comentario podría parecer sesgado, por el excesivo progresismo de *The Nation*, pero *The New York Times*, *Barron's* y *Business Week* opinaban en el mismo sentido. Cuando la tasa de paro llegaba en Estados Unidos al 25 por ciento, un reportaje del *Times* aseguró que Moscú se proponía contratar mano de obra extranjera. Los abatidos parados norteamericanos acudieron en tropel a los consulados soviéticos. *Business Week* publicó luego, a pesar de los desmentidos oficiales, que los rusos planeaban contratar a seis mil estadounidenses: se presentaron cien mil solicitudes. Al parecer, la Unión Soviética atravesaba una increíble transformación y de sociedad agraria atrasada se estaba convirtiendo a ojos vistas en una moderna nación industrial.[40]

Muchos intelectuales empezaban también a verla como un lugar de efervescente actividad cultural, artística y científica en comparación con la idiotizante sociedad burguesa norteamericana. En 1931 el economista Stuart Chase escribió: «Para los rusos, el mundo es emocionante y estimulante: un

desafío». Y un año después se preguntaba: «¿Por qué han de gozar los rusos de todo cuanto hay digno de diversión en este mundo?».[41] Edmund Wilson, a la sazón redactor literario de *The New Republic*, confesó que al visitar la Unión Soviética tuvo la sensación de que se había erigido en «cima moral del universo, un sitio donde nunca se apaga la luz». Atención sanitaria universal, notables avances científicos, asombroso crecimiento económico... para muchos estadounidenses el progreso soviético eclipsaba el de los competidores capitalistas, que siempre estaban luchando.[42]

Las noticias de los triunfos soviéticos redundaban en el enorme atractivo del Partido Comunista de los Estados Unidos en un momento en que muchos norteamericanos buscaban alternativas. A lo largo de los años treinta, la pujanza del Partido Comunista contribuyó significativamente al crecimiento del radicalismo, pero solo se trataba de una pieza más dentro de un complejo rompecabezas. Porque fueron muchos los grupos que se radicalizaron en esos años y algunos no tenían nada que ver con el Partido Comunista. El primero fue el de los parados. El 6 de marzo de 1930, cientos de miles de estadounidenses se manifestaron en todo el país pidiendo empleo y asistencia. Les siguieron los intelectuales, que rechazaban el superficial materialismo de la Norteamérica de los años veinte y una hostilidad generalizada que se había traducido en el traslado de muchos de ellos a vivir a Europa en busca de salvación cultural. Edmund Wilson recogió el sentir de todos ellos en 1932:

> Para los escritores y artistas de mi generación, que han crecido en la era de la gran empresa y siempre se resintieron de su barbarie [...], estos años no suponen ninguna depresión, sino un estímulo. Uno no puede dejar de carcajearse ante el súbito e inesperado estallido de tan gigantesco fraude. Nos da una nueva sensación de libertad y de poder darnos cuenta de que aún podemos seguir adelante mientras, para variar, los banqueros reciben un buen varapalo.[43]

El recrudecimiento de la protesta sindical se inició en 1933, cuando la economía ya daba las primeras señales de recuperación, y prosiguió toda la década. En 1934 hubo huelgas masivas en Toledo (Ohio), Minneapolis y San Francisco, y una huelga general de los trabajadores del sector textil liderada por grupos comunistas, trotskistas y *musteítas*.[44] En lugar de actuar como esquiroles y sustituir a los huelguistas, los grupos y asociaciones de trabajadores desempleados apoyaron las protestas. Con amplio respaldo de todos los sectores de la clase trabajadora, las huelgas se extendieron a menudo a otras industrias y a veces bloquearon ciudades enteras, como ocurrió en San Francisco. *Los Angeles Times* publicó: «La expresión “huelga general” no describe correctamente la situación en San Francisco. Lo que en realidad está sucediendo es una insurrección, una revuelta inspirada y liderada por los comunistas contra un gobierno organizado».[45] *The Oregonian*, de Portland, pidió la intervención del presidente: «San Francisco, paralizada, se encuentra al borde de una insurrección violenta. Portland se enfrenta con una certidumbre prácticamente absoluta a una huelga general dentro de unos días que también paralizará esta ciudad». *The San Francisco Chronicle* se quejaba: «Los radicales no quieren ningún acuerdo. Quieren la revolución».[46]



Manifestación de trabajadores en paro en Camden, Nueva Jersey. En 1934 hubo grandes huelgas en San Francisco, Minneapolis y Toledo (Ohio) y una huelga general del sector textil. Los trabajadores buscaban liderazgo en grupos radicales y los parados no

actuaban como esquiroles. Al contrario, apoyaban las huelgas.

Después de trece años de reveses y de un descenso constante y significativo de afiliaciones, los sindicatos acogieron de buen grado la nueva situación. Gracias a la reciente legislación del New Deal, que contribuía al equilibrio de fuerzas entre empresa y trabajadores, el movimiento sindical consiguió introducirse también en la industria pesada. En 1935 se llevó a cabo el primer Congreso de Organizaciones Industriales, en cuya preparación los comunistas desempeñaron un papel muy importante. La oposición empresarial daba pie con frecuencia a una confrontación violenta y a veces sangrienta. Pero los trabajadores militantes adoptaron nuevas tácticas, como huelgas de brazos caídos, que demostraron ser particularmente eficaces en las circunstancias adecuadas.



Aparceros desahuciados en la carretera 60, condado de New Madrid (Misuri). Durante la Gran Depresión, el racismo y la discriminación acentuaron las penalidades de los afroamericanos.

El racismo y la discriminación acentuaron la penuria económica de los afroamericanos. El paro entre la población de color alcanzó proporciones desmesuradas, porque la Gran Depresión suprimió categorías enteras de los llamados «trabajos de negros». En 1932, el desempleo entre los afroamericanos llegó a superar el 50 por ciento en las ciudades del sur. Y en el norte las cosas no iban mucho mejor: en Filadelfia el paro en ese sector de la población llegó al 56 por ciento. Muchos individuos de color opinaban que, en la lucha por el empleo y los derechos civiles, el enfoque legalista de la National Association for the Advancement of Colored People, NAACP [Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color], era una equivocación a tenor del espíritu de los tiempos y buscaron el apoyo del Partido Comunista. Es posible que la dirección nacional del partido siguiera las órdenes dictadas directamente desde Moscú, pero las bases no lo sabían.

También la comunidad científica, que a comienzos de la década era una de las más conservadoras del país —en 1933 el sociólogo Read Bain dijo que los científicos eran «los peores ciudadanos de la república» por su apatía e irresponsabilidad social—, optó por posturas más radicales y se situó al frente del movimiento antifascista, preguntándose si el capitalismo no estaría frustrando una aplicación socialmente beneficiosa de la ciencia y la tecnología.[47] En diciembre de 1938 hubo elecciones a la presidencia de la American Association for the Advancement of Science [Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia], la organización que concentraba al mayor número de científicos del país. Los cinco candidatos más votados eran cabezas visibles del movimiento científico social, de izquierdas, y el ganador, el renombrado fisiólogo de Harvard Walter Cannon, uno de sus activistas más abiertamente radicales.[48]

En aquellos años turbulentos, muchos empezaron a decir de sí mismos que habían dejado de ser liberales para convertirse en socialistas o radicales. Floyd Olson, gobernador de Minnesota,

proclamó: «Yo no soy liberal. Soy radical».[49] Para muchas personalidades de la izquierda, el liberalismo tenía una connotación moderada que rozaba la cobardía. En 1934 Lillian Symes escribió en *The Nation*: «En tiempos como estos, no hay peor insulto [que te llamen liberal]».[50] Muchos tenían la misma sensación sobre los afiliados a las agrupaciones socialistas cuando el Partido Comunista parecía ofrecer una alternativa más viable y radical. John Dos Passos explicó su apoyo a los comunistas en 1932 así: «Hacerse socialista hoy es lo mismo que beberse una cerveza de ayer».[51]

Resulta irónico, pero durante el periodo del Frente Popular, de 1935 a 1939, que fue cuando los comunistas concitaron mayores apoyos, los socialistas de Norman Thomas estaban ideológicamente aún más a la izquierda que ellos, porque los comunistas habían rebajado su retórica de manera deliberada con la esperanza de formar una gran coalición contra el fascismo. Centenares de miles de norteamericanos se unieron al Partido Comunista o cooperaron con sus filiales. Entre ellos se encontraban muchos de los mejores escritores del país, como Ernest Hemingway, Erskine Caldwell, John Dos Passos, Edmund Wilson, Malcolm Cowley, Sinclair Lewis, Langston Hughes, Sherwood Anderson, James Farrell, Clifford Odets, Richard Wright, Henry Roth, Lillian Hellman, Theodore Dreiser, Thomas Mann, William Carlos Williams, Nelson Algren, Nathanael West y Archibald MacLeish.

Sin embargo, a medida que avanzaba la década de 1930, el temprano entusiasmo de los intelectuales de Occidente por el comunismo soviético empezó a menguar. Rodeado de naciones capitalistas hostiles y ante el temor a una nueva guerra, Josif Stalin se embarcó en una política de industrialización acelerada que se cobraría un gran número de víctimas. Desde la Unión Soviética se filtraron noticias sobre hambrunas, represión y procesos políticos y también sobre una burocracia mastodóntica, la ortodoxia ideológica y las brutales prisiones de la policía secreta. Los *kulaks*, los campesinos, morían asesinados por resistirse a la colectivización forzosa de la agricultura. Bajo el despótico gobierno de Stalin habían muerto más de trece millones de personas. La religión organizada fue suprimida. Se habían producido purgas militares.[52] Hasta aquellos que se negaban a creer los espantosos informes llegados de la Unión Soviética se quedaron de piedra cuando, traicionando evidentemente los principios del comunismo, Stalin firmó un pacto de no agresión con Alemania en 1939. Una vez se hizo público, multitud de comunistas abandonaron su partido. Los más acérrimos, en cambio, culparon del pacto a las naciones capitalistas de Occidente por haber denegado su ayuda a la Unión Soviética para detener a Hitler pese a las insistentes peticiones de socorro de Stalin en aras de una defensa colectiva.

La combinación de un Congreso de izquierdas, una ciudadanía progresista, y llena de vigor, y un presidente sensible a sus demandas dieron pie al periodo más largo de experimentación social de la historia de Estados Unidos, sobre todo tras la difusión del radicalismo que, a mediados de la década, inclinó el New Deal todavía más hacia la izquierda. En diciembre de 1935, Harold Ickes le dijo a Roosevelt: «El país es en general mucho más radical que el gobierno». Roosevelt, que coincidía con él, redobló sus ataques a los empresarios. Reservó la artillería pesada para su discurso de Año Nuevo y el 3 de enero de 1936 se dirigió por radio a toda la nación. Antes, tan solo en una ocasión se había dirigido un presidente al conjunto de los ciudadanos: el 2 de abril de 1917, cuando Wilson anunció a la cámara su intención de entrar en guerra. Roosevelt maltrató a sus adversarios de la derecha: «Nos hemos ganado el odio de la más arraigada codicia. Quieren recuperar su poder, el poder del egoísmo [...]. Dejémosles hacer y seguirán el rumbo de todas las autocracias del pasado: el poder para ellos, la esclavitud para los demás».[53]

Tras verse empujado a la izquierda por los derroteros del país, Roosevelt mantuvo sus ataques a la empresa en la campaña a las presidenciales de 1936. No dejó de pregonar los avances de su gobierno: el programa Works Progress Administration, WPA [Administración para el Desarrollo de Obras

Públicas], y otros muchos que dieron trabajo a millones de parados; la reforma de los sistemas económico y bancario. El gobierno se había puesto por primera vez de parte del trabajador frente al patrón y había favorecido a los sindicatos; la Seguridad Social garantizaba un mínimo de atención a los ancianos, de lo que antes muy pocos jubilados se habían beneficiado; la carga impositiva se había desplazado cada vez más hacia los más adinerados.

La víspera del día de los comicios, Roosevelt repitió su desafiante mensaje ante los simpatizantes congregados en el Madison Square Garden de Nueva York:

> Tenemos que luchar contra los viejos enemigos de la paz: el monopolio empresarial y financiero, la especulación, la oposición de la implacable clase de los banqueros, las facciones, los beneficios obtenidos con las guerras. Para ellos, el Gobierno de los Estados Unidos no es más que un mero apéndice de sus asuntos. Pero a estas alturas ya nos hemos enterado de que el gobierno del dinero organizado es tan peligroso como el gobierno del crimen organizado [...]. En el odio que me tienen son unánimes. Pues bienvenido sea su odio.[54]

El día de las elecciones, los demócratas dieron a los republicanos la paliza de su vida a todos los niveles. Roosevelt derrotó a Alf Landon, gobernador de Kansas, por quinientos veintitrés a ocho en número de delegados, y obtuvo la victoria en todos los estados salvo en Maine y Vermont.[55] Los demócratas, además, ya controlaban el Congreso con trescientos treinta y uno representantes frente a ochenta y nueve y el Senado con setenta y seis frente a dieciséis, una vez que los agrario-laboristas y los demócratas del grupo de George Norris se hubieron pasado al grupo independiente.

Para *The Chicago Tribune*, la aplastante mayoría del presidente suponía un respaldo inequívoco de su política. «El resultado de las elecciones es un voto de confianza para Roosevelt y el New Deal [...]; iniciará su segundo mandato con el cheque en blanco que una abrumadora mayoría del pueblo americano le entregó ayer». El *Tribune*, un periódico conservador, apuntaba con inquietud a la coalición que el presidente ya había formado con agrario-laboristas, laboristas, socialistas y comunistas: «De qué manera se librará el señor Roosevelt de sus obligaciones con sus radicales socios es cuestión de enorme interés».[56]

Pero los errores de cálculo políticos y económicos del presidente, por lo demás siempre astuto, acabarían frustrando una esperanza casi universal de nuevas reformas. Roosevelt perdió fuelle tras las elecciones a causa de su desafortunado plan de llenar el Tribunal Supremo de jueces progresistas por pura frustración ante los continuados vetos de este organismo a los programas del New Deal. Pero si es verdad que el New Deal tropezó a menudo en el Tribunal Supremo, no cayó del todo hasta toparse con la crisis de 1937, que los críticos no tardaron en llamar «la recesión de Roosevelt». En la creencia, errónea, de que el progreso económico era independiente y sostenible y la Gran Depresión había quedado atrás, los técnicos del gobierno decidieron recortar el gasto y equilibrar el presupuesto. Roosevelt en particular fue quien puso el punto de mira en los programas WPA y PWA para aplicar severos recortes. La economía se derrumbó casi de la noche a la mañana. En realidad, la caída fue tan brutal que Roosevelt y alguno de sus subordinados creyeron que había sido orquestada por el mundo de la empresa para desalojarle del poder. Las bolsas perdieron un tercio de su valor y los beneficios de las empresas descendieron un 80 por ciento. El paro volvió a subir de forma espectacular. Millones de trabajadores perdieron su empleo.

Los reformistas tuvieron entonces que actuar a la defensiva. Pese a todo, muchos se daban cuenta de que existía una necesidad que era imprescindible cubrir y se pusieron manos a la obra. Los norteamericanos casi hemos olvidado que en 1938 y 1939 Estados Unidos estuvo a punto de fundar un programa federal de seguridad social. El Committee of Physicians for the Improvement of Medical Care [Comité de Facultativos para la Mejora de la Atención Médica], grupo de médicos progresistas recién organizado en las facultades de Medicina más prestigiosas del país, en claro

desafío a la conservadora American Medical Association, AMA [Asociación Médica Estadounidense], se puso en marcha a fin de crear un sistema de asistencia sanitaria de alcance nacional. La administración apoyó la iniciativa argumentando que la salud era un derecho y no un privilegio, postura que apoyaron sin dobleces los sindicatos y un amplio número de organizaciones progresistas. La apuesta de la administración era tan fuerte que los redactores de *The Nation* afirmaron: «Ningún gobierno [...] [movilizaría así a la opinión pública], ni invertiría tanto tiempo, esfuerzo y técnicos, amén de la dedicación de la mitad de los miembros del gabinete, a desarrollar un programa para más tarde abandonarlo».[57] A finales de febrero de 1939, Robert Wagner, senador por Nueva York, presentó, con el beneplácito de la administración, su ley de creación de un sistema nacional de salud. A su parecer, declaró, ninguna legislación había recibido nunca «mayor respaldo» de la ciudadanía.[58] Pero ante la vehemente oposición de la AMA y por evitar un amargo debate con las elecciones tan cerca, Roosevelt optó por renunciar. Las reformas del New Deal habían terminado de una vez y para siempre.[59]

Los cambios progresistas que los defensores del programa político de Roosevelt sí habían aplicado suscitaron una férrea oposición entre la pese a todo poderosa comunidad empresarial. Roosevelt y su asesor Rexford Guy Tugwell, secretarios como Harry Hopkins y David Lilienthal y miembros progresistas del gabinete como Henry Wallace, Harold Ickes y Frances Perkins fueron objeto de las iras de una gran parte de la banca y de la empresa. Algunos empresarios, como Joseph Kennedy, dieron las gracias al presidente por rescatar el capitalismo de colegas tan cortos de miras, pero, para la mayoría, Roosevelt era el principal adversario y había que poner trabas a su programa reformista. Según una encuesta, por ejemplo, el 97 por ciento de los miembros de la Cámara de Comercio se oponían a la filosofía del New Deal.[60]

Los empresarios más extremistas se propusieron demostrar que el obituario de *The New York Times* por el ala derecha del Partido Republicano era prematuro y anunciaron la formación de la American Liberty League [Sociedad por la Libertad de Estados Unidos] en agosto de 1934, pocos meses antes de las elecciones al Congreso y al Senado, aunque llevaban haciendo acopio de fuerzas desde mucho antes.

La American Liberty League era creación de la familia Du Pont, más concretamente de los hermanos Irénée, Pierre y Lammot, y de uno de sus parientes políticos, Robert *Ruly* [Pulcro] Carpenter, alto ejecutivo de las empresas del grupo. Carpenter sostenía que a Roosevelt lo manejaban «[Felix] Frankfurter y sus treinta y ocho perros calientes, una pandilla de catedráticos judíos, fanáticos y comunistas». Reclutó para la causa a John Raskob, expresidente del Democratic National Committee. Raskob, ferviente defensor de desplazar la carga impositiva de los ricos a la clase trabajadora, había organizado la compra por los Du Pont de General Motors y trabajado simultáneamente de financiero para ambas corporaciones. A la nueva sociedad se unieron también Alfred Sloan, presidente de General Motors, Al Smith y John Davis, excandidatos del Partido Demócrata a la presidencia, Ernest Weir presidente de National Steel Corporation, J. Howard Pew, presidente de Sun Oil Company, y E. F. Hutton, presidente de General Foods. A Charles Lindbergh le ofrecieron la presidencia de la organización, pero la rechazó.[61]

La American Liberty League anunció públicamente sus intenciones el 22 de agosto de 1934. Se proponía combatir el radicalismo, defender el derecho de propiedad y preservar la Constitución. Encabezado por Jouett Shouse, antiguo presidente del Democratic Executive Committee, del comité rector de la nueva sociedad también formaban parte Irénée du Pont, Al Smith, John Davis, Nathan Miller, exgobernador republicano de Nueva York, y James Wadsworth, Jr., congresista republicano por el estado de Nueva York. Shouse aspiraba a conseguir dos o tres millones de afiliados y centenares de miles de aportaciones. Puso en marcha una ambiciosa aunque mayormente ineficaz campaña de «educación» que abarcaría varios años en un esfuerzo concertado por detener la oleada

de liberalismo que recorría el país. El comité no consiguió, sin embargo, tantas afiliaciones como deseaba y la sociedad no superó los ciento veinticinco mil miembros y las veintisiete mil aportaciones. La mayoría de esos miembros, por otro lado, no desempeñaban ninguna actividad en absoluto y la mayor parte de las aportaciones provenían de la familia Du Pont y de un puñado de empresarios simpatizantes. La reputación de la sociedad, además, se vio empañada tras dos investigaciones del Congreso en 1934 y 1935.[62]

La primera de esas investigaciones fue muy breve, pero dio resultados concluyentes. En noviembre de 1934, Smedley Butler, condecorado general del cuerpo de marines retirado, confesó ante un comité especial de la cámara para actividades antiaestadounidenses que William Boyle, comandante de la American Legion en Massachusetts, y Gerald MacGuire, otra importante figura de las asociaciones de veteranos, se habían puesto en contacto con él para organizar un golpe militar contra la administración Roosevelt. Paul Comly French, reportero de *The New York Evening Post* y de *The Philadelphia Record*, corroboró el testimonio de Butler y aseguró que en cierta ocasión había oído decir a MacGuire: «Este país necesita un gobierno fascista que nos salve de los comunistas, que quieren aniquilarlo, acabar con todo lo que hemos construido. Los únicos bastante patriotas para llevarlo a cabo son los militares, y Butler es su líder ideal. En una sola noche podría convencer a un millón de hombres». MacGuire había viajado a Francia para estudiar los movimientos de veteranos fascistas, que en su opinión debían servir de modelo para los grupos que Smedley Butler podría organizar en Estados Unidos.

Pero el general Butler rechazó la proposición de MacGuire. «Si consigues medio millón de soldados para defender algo, cualquier cosa, que huela a fascismo —le advirtió—, yo conseguiré otro medio millón para hacerte la vida imposible; y entonces sí que vamos a tener una auténtica guerra civil en este país». En el curso de la investigación, nuevos testimonios revelaron que Doyle y MacGuire daban en realidad la cara por muchos banqueros e industriales vinculados con las familias Morgan y Du Pont, fundadores de la American Liberty League. MacGuire rechazó todos los cargos. Fiorello LaGuardia, el alcalde de Nueva York, se burló de todo el episodio y lo llamó «*putsch* de la coctelería».[63] Thomas Lamont, socio de Morgan, dijo: «¡[Las acusaciones son] pamplinas ridículas que no merecen ningún comentario!». Pero James Van Zandt, comandante nacional de la American Legion y futuro congresista, refrendó el testimonio de Butler y reveló que también a él le habían abordado «unos agentes de Wall Street».[64]

Tras escuchar a todos los testigos, el comité del Congreso, que presidía John McCormack, representante por Massachusetts, anunció que había podido «verificar todas las afirmaciones del general Butler» excepto la de que MacGuire había solicitado directamente sus servicios, aunque la daba por cierta. El tribunal llegaba a la conclusión de que se habían «discutido, planeado y quizá ejecutado tentativas de fundar una organización fascista en Estados Unidos [...] cuando las personas que la apoyaban económicamente lo estimaban oportuno».[65] Por motivos desconocidos, el comité prefirió no llamar al estrado a muchos de los implicados, como el coronel Grayson Murphy, el general Douglas MacArthur, Al Smith, Hanford MacNider, excomandante de la American Legion, John Davis, Hugh Johnson y Thomas Lamont. Butler denunció que sus nombres fueran omitidos en las conclusiones finales.

El segundo proceso, que comenzó antes pero duró mucho más, fue presidido por Gerald Nye, senador por Dakota del Norte. Nye había ingresado en el Senado tras la muerte de su predecesor y había sido reelegido dos veces. Se identificó de inmediato con progresistas como George Norris, William Borah y Robert La Follette, con quienes compartía el mismo deseo de evitar complicaciones en ultramar que podrían terminar con la intervención de Estados Unidos en guerras extranjeras y el mismo rechazo a recurrir al Ejército para proteger las inversiones norteamericanas en el exterior. En febrero de 1934, Nye propuso la que llegaría a ser una de las más notables investigaciones del

Congreso de toda la historia de Estados Unidos. Pidió al Comité de Relaciones Exteriores del Senado que estudiase a los individuos y corporaciones que intervenían en la fabricación y venta de armas, municiones y otros pertrechos de guerra. Entre sus objetivos se encontraban las industrias del acero, la aviación y el automóvil, los astilleros y los fabricantes de armas. Centrarse en el comercio de armas en lugar de en la banca era apartarse del punto de vista de Harry Elmer Barnes y otros historiadores revisionistas que habían criticado con rotundidad la intervención de Estados Unidos en la Gran Guerra. En 1934 Barnes escribió que los fabricantes de armas no habían tenido nunca «una influencia tan terrible en el fomento de la guerra como los banqueros de Norteamérica entre 1914 y 1917».[66]

La idea de investigar a los fabricantes de armas provenía en realidad de Dorothy Detzer, incansable activista por la paz que había sido secretaria general de la sección estadounidense de la Women's International League for Peace and Freedom [Asociación Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad] y cuyo hermano gemelo había sido una de las víctimas mortales del gas mostaza en la Primera Guerra Mundial. Como para concretar su propuesta necesitaba que alguien la apadrinara, se puso en contacto con veinte senadores. George Norris le sugirió que hablase con Nye, que accedió a actuar en su nombre. Grupos pacifistas de todo el país se organizaron para apoyar la formación de un comité. En abril el Senado dio su permiso para investigar al «trust de la munición». La investigación se centraría en los beneficios obtenidos con la guerra, la incidencia de la propaganda de los fabricantes de armas en la decisión del gobierno de ir a la guerra y en si el gobierno debía monopolizar la fabricación de todo tipo de armas para excluir el beneficio económico como causa en cualquier intervención armada. El senador Arthur Vandenberg, que también apoyaba la investigación, defendió la necesidad de averiguar si Estados Unidos podría «vivir en paz consigo mismo y con sus vecinos, sin alentar artificialmente las fricciones y los malentendidos, y luego el conflicto, y por último el desastre». Vandenberg se proponía saber si «las sórdidas intrigas» cuya existencia en otros lugares los senadores, en su opinión, conocían, se daban también en Estados Unidos.[67]

Nye, Vandenberg y el vicepresidente John Nance Garner escogieron a cuatro senadores demócratas —Homer Bone, senador por Washington, Bennett Champ Clark, representante de Misuri, Walter George, de Georgia, y James Pope, senador por Idaho— y a tres republicanos —los propios Nye y Vandenberg, además de W. Warren Barbour, representante de New Jersey—. Clark nombró a Nye presidente del Special Committee Investigating the Munitions Industry [Comité Especial para la Investigación de la Industria Armamentística], y Pope secundó la designación. Las sesiones se aplazaron para que el nuevo comité tuviera tiempo de comenzar sus pesquisas, que coordinó Stephen Rauschenbusch, hijo del célebre predicador Walter Rauschenbusch, defensor de causas sociales. Como asesor legal del comité nombraron a Alger Hiss, joven licenciado en Derecho por la Universidad de Harvard que anteriormente había trabajado para Jerome Frank en la Agricultural Adjustment Administration.[68]

Los progresistas acudieron en tropel en apoyo de la causa. Un artículo de *The Railroad Telegrapher* se hacía eco de la enconada rabia que muchos trabajadores sentían por los fabricantes de armas, aunque ya hubieran transcurrido más de quince años del final de la Primera Guerra Mundial: «El pueblo norteamericano da muestras crecientes de despertar y empieza a comprender el funcionamiento de un sistema que alienta guerras y mata y tortura a millones de personas con el fin de henchir la fortuna de unos pocos mientras la mujer y el hombre corrientes sufren bajo el peso aplastante de sus deudas [...]. Son millones los trabajadores llamados a combatir en todas las guerras y a padecer el barro, los piojos y la sangre de las trincheras mientras los patronos hacen acopio de dólares y sus hijos se convierten en oficiales. Y cuando la guerra termina, los trabajadores pagan, pagan, pagan y siguen pagando». En un editorial titulado «Asesinato S. A.», *The New Republic* pidió a

los investigadores que siguieran «la tortuosa y sangrienta pista del dinero»: «Los indicios están ahí; los beneficios, que gotean sangre, están ahí, una inmensa red mundial de asesinato organizado está ahí».[69]

Mientras la nación aguardaba el comienzo de las sesiones del comité, aparecieron muy oportunamente dos libros importantes que añadieron más pruebas y contribuyeron al aumento general de la ira: *Merchants of Death* [*Mercaderes de la Muerte*], de H. C. Engelbrecht y F. C. Hanighen, y *Iron, Blood, and Profits* [*Hierro, sangre y beneficios*], de George Seldes, que salieron al mercado el mismo día de abril de 1934. Estas obras no solo relataban con detalle los sórdidos pactos de los fabricantes de municiones, sino los de otros norteamericanos en diversos rincones del mundo. La editorial Doubleday reimprimió también, esta vez en forma de panfleto, asombrosas revelaciones sobre la industria de armas europea publicadas anteriormente como artículo en el número de marzo de la revista *Fortune*. El artículo se titulaba «Armas y hombres» y también borboteaba ira visceral. Comenzaba así:

> Según cifras contables más fidedignas, durante la guerra mundial matar a un soldado costaba alrededor de veinticinco mil dólares. Hay una clase, la de los grandes hombres de negocios europeos, que nunca levantó un dedo para denunciar a sus gobiernos, para señalar que, cuando la muerte campa por sus respetos, cuando no depende más que de la iniciativa individual de unos gánsteres, apenas cuesta unos cien dólares. Las razones del silencio de esos grandes hombres de empresa son muy sencillas: matar es su negocio. El armamento es su trabajo y los gobiernos son sus clientes. Históricamente, los clientes últimos de sus productos son tanto sus compatriotas como sus enemigos. Porque no es esa la cuestión. La cuestión es que cada vez que un trozo de metralla se abre paso hasta el cerebro, el corazón o las tripas de un combatiente, una gran parte de esos veinticinco mil dólares, una gran parte del beneficio, se abre a su vez paso hasta el bolsillo de un fabricante de armas.[70]

Roosevelt se hizo eco de la buena recepción que en general tenían las investigaciones y dio pasos en organismos internacionales para atajar lo que llamaba «loca carrera armamentista»: «Si permitimos que siga adelante —dijo—, bien podría acabar en guerra». «Esta grave amenaza para la paz del mundo se debe en no pequeña parte a las actividades no controladas que los fabricantes y comerciantes de esa maquinaria de destrucción».[71]



En 1934 el senador republicano por Dakota del Norte, Gerald Nye, encabezó una investigación de la industria armamentística que reveló las nefandas prácticas de este sector y los enormes beneficios obtenidos por los fabricantes de munición. «El comité escuchaba todos los días a hombres que se esforzaban por defender unas actividades que los convertían en poco más que estafadores internacionales dominados por el beneficio que les reporta un juego que consiste en armar al mundo para que se pelee entre sí», dijo. El proceso reveló hechos irrefutables y condenatorios, como que algunas empresas norteamericanas habían contribuido al rearme de la Alemania nazi.

Ochenta investigadores y contables peinaron los libros de las mayores corporaciones de Estados Unidos. Lo que descubrieron dejó atónitos a los senadores miembros del comité. James Pope dijo: «[La ciudadanía] se va a quedar de piedra al conocer la historia de codicia, intrigas, presiones y exagerada propaganda bélica que vamos a hacer pública [a lo largo del proceso]». Y añadió que los datos dejarían «estupefacta a toda la nación».[72] Justo antes de comenzar las sesiones, *The New York Times* publicó que la mayoría de los siete miembros del comité estaban a favor de que el gobierno gestionara unilateralmente la fabricación de armas. Pope manifestó su optimismo. Las pruebas eran tan inquietantes, dijo, que el clamor en ese sentido sería «casi universal».[73]

El 12 de septiembre, Felix, Irénée, Lammot y Pierre du Pont subieron juntos al estrado y el comité los acribilló a preguntas a propósito de los enormes beneficios de sus empresas durante la guerra. Entre 1915 y 1918 habían recibido encargos por valor de 1,245 billones de dólares, lo que les había supuesto un 1.130 por ciento más de beneficios que en los cuatro años anteriores a la guerra.[74] Durante el conflicto, los dividendos por acción de las empresas Du Pont habían subido un 458 por ciento. Las sesiones de ese día revelaron también que en 1932 el jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Douglas MacArthur, había viajado a Turquía y una vez allí, según cierta carta de un ejecutivo de la Curtis Wright Corporation, había «puesto por las nubes el material militar norteamericano en conversaciones con el Estado Mayor turco». Al oír esto, el senador Nye comentó: «Me da la impresión de que MacArthur actuaba más como vendedor que como general. Empiezo a preguntarme si el Ejército y la Marina no serán los representantes comerciales de la industria privada».[75]

A lo largo de las sesiones, revelaciones preocupantes se iban sucediendo. Los fabricantes de armas norteamericanos y extranjeros se habían repartido el mercado como carteles empresariales y habían compartido secretos y beneficios mientras diseñaban los submarinos alemanes que tantos barcos aliados habían hundido durante la Gran Guerra. Más recientemente, algunas empresas estadounidenses habían contribuido al rearme de la Alemania nazi. Directivos de la United Aircraft y de Pratt and Whitney declararon haber vendido aviones y material aéreo a Alemania, aunque, aseguraron, exclusivamente para uso comercial, y no militar. Nye lo dudaba. «¿Quieren ustedes decir —preguntó— que a lo largo de todas esas negociaciones no se les ha pasado a ustedes por la cabeza la idea de que Alemania compraba sus productos con fines militares?».[76] Desde 1921, reiteró Cordell Hull, el secretario de Estado, Estados Unidos se venía oponiendo rotundamente a la venta de cualquier tipo de material militar a Alemania.

El apoyo a las sesiones provenía de todo el espectro político y el comité asestaba golpe tras golpe a los encausados. A finales de septiembre, John Thomas Taylor, representante legal de la American Legion, anunció que apoyaba el plan de la War Policies Commission [Comisión de Política de Guerra] para que el gobierno recogiese el 95 por ciento de los beneficios anormales de las empresas en tiempos de guerra.[77] Nye anunció que presentaría una nueva legislación para recaudar un 98 por ciento de todos los ingresos superiores a diez mil dólares desde el día de la entrada de Estados Unidos en una guerra a fin de suprimir por completo los beneficios durante los conflictos armados.[78] Y añadió que, en caso de que hubiera otra guerra, otros dos miembros del comité y él preferirían nacionalizar la industria armamentística en su conjunto.[79]

La opinión pública demostró un interés enorme por las sesiones. El Reino Unido pensó en llevar a cabo su propia investigación y, espoleados por las turbadoras revelaciones de los inicuos pactos entre sus gobiernos y los fabricantes de armas, varios países latinoamericanos emprendieron las suyas. Nye recibió más de un millar de cartas y telegramas de felicitación y las preguntas por escrito inundaron su despacho. Ante tantos elogios, *The Washington Post* mostró cierto nerviosismo y en un editorial aseguró que tan apabullante respaldo no suponía ninguna sorpresa. «La investigación ha revelado datos sensacionales —dijo— y el ciudadano medio se hace ahora idea de las fuerzas

incontroladas que se oponen de facto, cuando no a propósito, a los esfuerzos por garantizar la paz mundial. Dar publicidad a lo que hasta ahora no han sido, básicamente, más que tratos secretos ha suscitado todo un coro de respuestas entre quienes desean un orden mundial mejor». A continuación, aunque de mala gana, el *Post* elogiaba el «excelente trabajo» del comité.[80]

A primeros de octubre, Nye pronunció un discurso retransmitido por radio a toda la nación en el que defendió su idea de nacionalizar la industria armamentista e incrementar sobremanera los impuestos en tiempos de guerra: «Hagámoslo y veremos cómo disminuye el número de patrioteros». Si se tomaban esas medidas, prosiguió, quizá la guerra no fuera «tan inevitable como se decía». Resumió las conclusiones de la investigación del siguiente modo: «El comité escuchaba diariamente a hombres que se esforzaban por justificar unas actividades que los convertían en poco más que estafadores internacionales doblegados ante el beneficio pecuniario que les reporta un juego que consiste en armar al mundo para que el mundo se enfrente entre sí».[81]

Las llamadas a la nacionalización de Nye y de otros miembros del comité suscitaron un vigoroso debate en todo el país a finales de 1934. En diciembre *The Washington Post* menospreció las propuestas del senador y se dirigió en un editorial a sus lectores para insistir en que Ginebra llevaba quince años vetando el tema y afirmar que era «un hecho incontrovertible» que «la opinión ilustrada» estaba en contra. Los Du Pont y otras familias se manifestaron en términos similares.[82] La opinión especializada apuntó los inconvenientes del plan. En caso de nacionalización de la industria armamentística, se preguntaba Walter Lippmann, ¿qué ocurriría con la exportación de armas a otros países? Si Estados Unidos nacionalizaba definitivamente la fabricación de armas, ¿qué harían otras naciones? ¿Seguirían su ejemplo o no? En caso afirmativo, ¿qué ocurriría con los países que carecían de industria armamentística? ¿Qué ocurriría, además, con los muchos productos de uso militar y también comercial? *The Chicago Tribune* apuntó concretamente a la compra por Japón de chatarra en Estados Unidos y citó la salvedad que habían hecho los Du Pont: una bala de algodón también puede ser material de guerra. Otros se preguntaban qué ocurriría con la industria de guerra en tiempo de paz. Y, si las fábricas se quedaban obsoletas por falta de uso, ¿sería el país capaz de prepararse con la rapidez suficiente en caso de emergencia?[83]

Con la opinión pública pidiendo medidas rotundas, Roosevelt decidió tomar la iniciativa y rebajar la tensión. El 12 de diciembre hizo público que había pedido a un grupo de altos funcionarios del gobierno y de dirigentes de la industria la elaboración de un plan para acabar de una vez por todas con la acumulación de beneficios económicos en tiempos de guerra. Comentó a los periodistas: «Ha llegado el momento de que la guerra no dé beneficios». A las pocos horas del anuncio, el mencionado grupo se reunía en la Casa Blanca y se puso a trabajar. Hombro con hombro llegaron a la reunión el presidente de la comisión, Bernard Baruch, y Hugh Johnson, su director ejecutivo. Otros pidieron acudir con un borrador de la legislación. Entre ellos se encontraban Joseph B. Eastman, MacArthur, jefe del Estado Mayor del Ejército, Roosevelt, subsecretario de Marina, Tugwell, subsecretario de Agricultura, Edward F. McGrady, subsecretario de Trabajo y George Peck, presidente del Export-Import Bank. Los miembros del comité de Nye estallaron. Acusaban a la administración de torpedear las investigaciones antes de que hubieran concluido.[84]

Otros también manifestaron su escepticismo ante los motivos de Roosevelt. Raymond Clapper, columnista de *The Washington Post*, enumeró diversas explicaciones que circulaban por Washington. Según una, el presidente deseaba atraer sobre sí más atención que Nye y Vandenberg, los senadores republicanos que llenaban titulares gracias a la investigación. Según otra, que los intereses de los fabricantes de munición habían alcanzado «a la administración y la administración deseaba que dejaran de concentrar la atención de la opinión pública».[85]

Nye, por su parte, no esperaba nada bueno del presidente. «En realidad, los distintos departamentos de nuestro gobierno comparten el banquillo de los acusados con la industria armamentística y los

especuladores», dijo. Hacía muy poco se había dado cuenta del grado de complicidad del Estado con el comercio internacional de armas.[86]

El comité, por tanto, se negó a que el gobierno le robase el protagonismo y consiguió acaparar más primeras páginas. Los Du Pont continuaban en el punto de mira. Alger Hiss aportó nuevas pruebas de su ilimitada codicia. *The Washington Post* tituló el 1 de diciembre de 1934 en su primera página: «Se investigan beneficios de guerra del 800 por ciento; los Du Pont al descubierto». Hiss publicó una lista de empresas involucradas en diversos aspectos de la producción bélica y habló de sus fastuosos beneficios. También reveló el nombre de los ciento ochenta y un individuos que en 1917 declararon ingresos superiores al millón de dólares y señaló que cuarenta y uno de ellos aparecían en ese grupo por primera vez. En la lista estaban seis Du Pont, cuatro Dodge, tres Rockefeller, tres Harkness, dos Morgan, dos Vanderbilt, dos Whitneys y solo un Mellon.[87]

Cuanta más sangre hacia Nye, más virulentos eran los ataques contra el comité. *The Chicago Tribune* condenó sus métodos ante los testigos por «injustos, deshonrosos y repugnantes».[88] El respaldo a las investigaciones, sin embargo, no se resintió. Nye se reunió con Roosevelt a finales de diciembre. El comité había recibido más de ciento cincuenta mil cartas de apoyo. Poco después, Nye comentó a los periodistas que se había equivocado al sospechar del presidente. Roosevelt apoyaba sin fisuras la labor del comité, dijo, y no aparecería ninguna legislación nueva hasta el final de las investigaciones.[89]

Los miembros del comité advirtieron a la ciudadanía de que, en su opinión, una nueva guerra europea era inminente. A Pope le parecía «paradójico» que los gobiernos del mundo prestasen ayuda a los fabricantes de municiones. Los países, se lamentaba, «parecen estar en garras de un monstruo que los arrastra a la destrucción. Los preparativos de la próxima guerra están en marcha, febrilmente. Todos asumen que el conflicto es inevitable».[90]

A primeros de febrero de 1935, John McSwain, congresista por Carolina del Sur, presentó una nueva legislación que defendía la congelación de precios el día mismo de la declaración de guerra. Baruch y Johnson le apoyaron públicamente y se opusieron a la propuesta de nacionalización de Nye, mucho más tajante.

Entretanto, en las sesiones del comité, Eugene Grace, presidente de Bethlehem Steel Corporation y de Bethlehem Shipbuilding Corporation, admitió que los beneficios de sus empresas habían pasado de seis millones de dólares antes de la guerra a cuarenta y ocho millones en cuanto comenzó el conflicto y que había recibido dos bonos personales de un millón quinientos setenta y cinco mil y un millón trescientos ochenta y seis mil de dólares respectivamente en 1917 y 1918. El senador Bone le interrogó incisivamente por las acusaciones del Departamento del Tesoro, que había manifestado: «Los beneficios de Bethlehem [...] fueron desorbitados, desvergonzados e injustos»; dichos beneficios, además, fueron objeto de una demanda judicial por valor de once millones de dólares; aunque llevaba atascada en los tribunales varios años.[91]

En febrero el comité sopesó la posibilidad de abrir una nueva línea de investigación. La convención anual de la National Education Association, NEA [Asociación Nacional de Educación], tuvo que oír la feroz acusación de que había sido objeto de la «insidiosa influencia» del magnate de la prensa William Randolph Hearst. La víctima de tales manejos había sido Charles Beard, expresidente de la American Historical Association [Asociación Histórica Estadounidense], quien afirmaba que Hearst «había degenerado en gustos depravados» y se había convertido «en enemigo de lo más noble y mejor de la tradición americana». Según *The New York Times*, cuando Beard terminó su alocución, el millar de profesores presentes «se puso en pie y estuvo varios minutos aplaudiendo». La asociación aprobó una resolución que declaraba que sus miembros estaban «estupefactos y escandalizados ante la inicua codicia de los fabricantes de munición norteamericanos, que el comité de Nye ha revelado en toda su enormidad y corrupción». En la misma resolución, la asociación pedía

al comité que también investigase «la propaganda aparecida en los periódicos, colegios, cines y radios, que no tenía otro propósito que incrementar el miedo a la guerra y promover la venta de municiones», y aludía concretamente a los diversos periódicos propiedad de Hearst. Nye respondió que el tema entraba dentro de las competencias de su comité y solicitó más información. Pero, tras sopesar el asunto, tomó la decisión de no seguir esa línea de investigación.[92]

A finales de marzo, en el Senado empezó a tomar forma una propuesta de ley para prohibir los beneficios empresariales en tiempos de guerra. En opinión de *The New York Times* se trataba del «plan más radical en la historia del gobierno». *The Washington Post* estaba de acuerdo y aseguraba que el plan era «tan drástico en sus medidas confiscatorias» que seis meses atrás habría sido motivo de escarnio: «El plan va más allá de lo que el senador Gerald P. Nye, pulcro presidente y miembro más radical del comité, pensó jamás recomendar». John Flynn, trasladó el proyecto de ley a los miembros del comité, que se reunieron con el presidente para ponerlo en común. Roosevelt sorprendió a todos con una respuesta positiva. Cordell Hull, el secretario de Estado, sin embargo, le advirtió de que era mejor no defender ninguna legislación para impedir la acumulación de beneficios en tiempos de guerra.

Pero, en vistas del respaldo del presidente, los miembros del comité decidieron dar a sus propuestas forma de ley. En principio, dicha ley propondría una tasa impositiva del cien por cien para todos los ingresos superiores a diez mil dólares y tasas elevadas para ingresos inferiores, una tasa del 50 por ciento al primer 6 por ciento de beneficio empresarial y del cien por cien a los beneficios superiores a ese 6 por ciento, la incorporación de funcionarios al ejército, clausurar todas las bolsas durante la guerra, prohibir toda especulación y, por último, requisar todos los servicios e industrias esenciales. Flynn comentó ante el comité: «Los beneficios de la guerra, la espiral de precios, la incivilizada disputa por los vergonzosos frutos de una catástrofe nacional solo se pueden evitar de una forma, y esa forma consiste en contrarrestar la inflación desde un principio. En 1917 y 1918 libramos una guerra, pero serán nuestros hijos y nuestros nietos quienes paguen la factura. Para la próxima guerra debemos conseguir, en tanto que seres inteligentes y civilizados, que mientras una parte de la población —el ejército— lucha en el campo de batalla, otra parte, la que se queda aquí, pague las facturas».[93]

A principios de abril, la propuesta de Flynn fue introducida en la Emergency Wartime Act [Ley de Emergencia en Tiempos de Guerra]. En virtud de ella, el Estado recaudaría todos los beneficios empresariales superiores al 3 por ciento y todos los ingresos personales por encima de diez mil dólares. Nye comentó: «Es una ley drástica porque la guerra es drástica. El recaudador de impuestos que acude en busca del dinero de un hombre no es, ni de cerca, tan solemne y temible como el oficial de reclutamiento que llama a la puerta de otro hombre y pregunta por su joven hijo».[94]

Cuando la cámara se preparaba para votar la ley de McSwain, mucho más moderada, se abrió la caja de Pandora. La oposición arreció desde todos los frentes. *The New York Times* publicó: «El antibelicismo se adueñó hasta tal punto de la cámara que la propuesta original de McSwain fue llenándose de enmiendas hasta quedar irreconocible». Entre esas enmiendas había una tasa impositiva del cien por cien a todos los beneficios obtenidos con la guerra, el control por parte del Estado de todos los recursos económicos y materiales del país y la introducción de funcionarios de reclutamiento en la industria, el comercio, el transporte y las comunicaciones.[95] La cámara aprobó dicha ley con una nueva enmienda, el reclutamiento de todos los varones entre veintiuno y cuarenta y cinco años, con la excepción de los que ocupaban puestos directivos. Todo quedaba a la espera, sin embargo, de la introducción de nuevas y más radicales enmiendas por parte de Nye.

Arthur Krock criticó severamente ambas leyes en *The New York Times*. «La ley de McSwain está teñida de pacifismo, la ley de Nye, de sindicalismo, socialismo o comunismo [...]. Ambas pretenden apartarnos de la guerra con la intención de que, cuando se declare un conflicto, las clases

acomodadas se arruinen. Solo los trabajadores y los objetores pasivos son tratados con cierta consideración. Todos los artículos de ambas leyes están pensados para evitar la subida de salarios o las huelgas de los primeros y el reclutamiento de los segundos».[96] Baruch también cargó contra ciertos aspectos de la ley de Nye. En su opinión, causaría inflación, paralizaría la producción bélica y dejaría al país indefenso ante cualquier amenaza importante. Nye le acusó de haberse convertido en portavoz de la empresa y de no tener verdadera intención de suprimir los beneficios económicos de la guerra.[97]

Nye presentó sus medidas en el Senado a primeros de mayo como enmienda del proyecto de ley de McSwain. Prometió que sería solo la primera de varias propuestas salidas del comité. Explicó: «En nuestra opinión, el pueblo americano nos respalda. Creemos que, cuando el mundo entero se inquieta ante nuevos rumores de guerra, ha llegado el momento de anunciar a nuestra ciudadanía y al mundo que Estados Unidos no pretende aprovechar otra guerra como el fútil y estúpido intento de que un puñado de personas se enriquezcan».[98]

El comité presentó tres resoluciones en el Senado. Una prohibía los préstamos a naciones beligerantes o a sus ciudadanos. La segunda proponía negar el pasaporte a todo ciudadano norteamericano que pretendiera viajar a una zona de guerra. Y la tercera defendía el embargo de los cargamentos de armas de las naciones beligerantes si ello suponía la intervención de Estados Unidos en un conflicto armado. El comité de Relaciones Exteriores del Senado dio su aprobación a las dos primeras medidas y debatía la tercera cuando Cordell Hull convenció a sus miembros de que Estados Unidos debía tener manos libres para negociar con otros países. Pensando en la crisis de Etiopía, que se estaba produciendo en aquellos momentos, el comité decidió reconsiderar las tres medidas antes de tomar una decisión definitiva.

Cuando el Congreso reanudó sus sesiones en el mes de septiembre, aún no había resuelto sus diferencias con el Senado a propósito de las leyes sobre beneficios empresariales en tiempos de guerra. Para *The Chicago Tribune* esto no suponía ningún alivio. La nueva proposición de ley era «una legislación defensiva propia de comunistas» que en caso de que estallara una guerra permitiría que el presidente «convertir la nación norteamericana al comunismo tan completamente como Lenin hizo con Rusia».[99]

Llegados a este punto y cuando la presión general exigía decisiones, Newton Baker, exsecretario de Estado de Woodrow Wilson, quiso obstaculizar el proceso. En respuesta a una carta dirigida a *The New York Times* por William Floyd, líder de Peace Patriots, negó que antes de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial ningún miembro del gobierno hubiera hablado de los posibles intereses económicos o comerciales de la nación y aseguró que era imposible garantizar «la seguridad del país de cara a futuras guerras atando de pies y manos a los banqueros o inhabilitando a los fabricantes de munición».[100] Cuatro días más tarde, el banquero Thomas Lamont escribió al periódico desautorizando las pruebas de Floyd y culpando a Alemania de la entrada en la guerra y no a los intereses norteamericanos.[101]

Tales disputas constituían el meollo de los renovados esfuerzos del comité a principios de 1936. ¿Era verdad que la Banca Morgan y otras empresas de Wall Street habían arrastrado al país a la guerra para recuperar las enormes sumas prestadas a los Aliados? Ambos bandos se aprestaron a la batalla. El previsto estallido de las hostilidades se produjo el 7 de enero con la llegada de J. P. Morgan al comité en compañía de sus socios Thomas Lamont y George Whitney, y también de Frank Vanderlip, expresidente del National City Bank. John W. Davis se presentó asimismo ante el comité en calidad de ayudante de Morgan. El comité trasladó las sesiones a la Caucus Room del Senado a fin de poder alojar a una cifra récord de invitados. Los investigadores del comité de Nye llevaban casi un año examinando con lupa los libros y archivos del gigante de la banca. Habían estudiado más de dos millones de cartas, telegramas y demás documentos. La noche antes de comenzar, Morgan citó a los

periodistas en las cuarenta habitaciones de que disponía su empresa en el Shoreham Hotel para que mantuvieran una charla informal con Lamont y Whitney. Nye habló por la radio para manifestar su postura a toda la nación. «Tras estirar la política de neutralidad a fin de acomodarnos a nuestros intereses comerciales hasta el extremo de autorizar nuevos préstamos —argumentó—, las potencias aliadas no dudaron en ningún momento de qué haría finalmente Estados Unidos. Sabían algo que, al parecer, nosotros no sabíamos, es decir, que nuestros corazones estarían allí donde estuviera nuestro bolsillo».

Morgan hizo una declaración de nueve páginas para negar todas las acusaciones. Decía así: «Queremos llamar en particular la atención sobre la seguridad de dichos préstamos, porque ciertos círculos quieren dar la impresión de que nuestros préstamos a los Aliados carecían de valor si Estados Unidos no entraba en guerra, o lo que es lo mismo, que los tenedores de esos préstamos instaron con urgencia a nuestro gobierno a unirse al conflicto "para validar nuestros empréstitos". No existe ningún hecho que justifique ni remotamente tan fantasiosa hipótesis. Nunca corrimos el riesgo de que no nos devolvieran esos préstamos. Nadie temió por ellos. Siempre fueron seguros». Morgan sostenía que las empresas norteamericanas prosperaban gracias a los suministros que entregaban a los Aliados y que la entrada de Estados Unidos en la guerra no les reportó ningún beneficio.[102]

Perder el debate habría tenido enormes consecuencias. Nye y Clark se daban cuenta de que las pruebas aportadas sobre la entrada de Estados Unidos en la última guerra decidirían el destino de la importante legislación sobre neutralidad que aquella misma semana presentaban en el Senado.

En aquella primera sesión, el comité hizo públicos ciertos documentos que demostraban que el presidente Wilson se había aliado con Robert Lansing, el secretario de Guerra, en contra de William, el secretario de Estado, para autorizar préstamos a los países beligerantes ya en 1914, es decir, mucho antes de que el gobierno anunciase públicamente su cambio de postura en política internacional. Justo antes de aplazar la sesión, el senador Clark hizo una última pregunta a Vanderlip: «¿Cree usted que Gran Bretaña habría saldado sus deudas de haber perdido la guerra?». Vanderlip respondió: «Sí, aunque hubiera perdido la guerra, habría saldado sus deudas».[103]

En sesiones posteriores, Nye y otros miembros del comité se esforzaron por demostrar que Estados Unidos nunca había actuado como país neutral y que la guerra submarina de Alemania solo fue el pretexto al que Wilson se aferró para intervenir. Nye soltó una última bomba: Wilson estaba al corriente de los tratados secretos de los aliados antes de la declaración de guerra y luego incurrió en «falso testimonio» al declarar ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado que solo los conoció más tarde, en Versalles.

Las investigaciones del comité de Nye demostraron que, en efecto, Wilson mintió porque quería llevar a Estados Unidos a la guerra. Traicionó la estricta neutralidad de la nación autorizando préstamos a los Aliados y brindándoles apoyo también en otros aspectos, exagerando deliberadamente las atrocidades alemanas y ocultando su conocimiento de tratados secretos entre los Aliados. Lejos de ser una contienda para extender la democracia, la Primera Guerra Mundial fue más bien un conflicto para repartirse los despojos de un imperio.

Poner en duda la integridad de Woodrow Wilson fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de muchos senadores demócratas, que denunciaron airadamente al presidente del comité en lo que *The Washington Post* llamó «tornado de protestas y resentimiento». Tom Connally, senador por Texas, encabezó la carga. Y declaró: «No me importa la forma en que han llegado a formularse esas acusaciones; son una infamia. La trastienda de algún tugurio inmundo donde se bebe cerveza y se juega a las damas es el único lugar posible para el lenguaje empleado por el senador de Dakota del Norte. El presidente del comité, ese hombre que nos va a conducir a la paz, habla ante la cámara de un difunto, de un gran hombre, de un buen hombre, de un hombre que, cuando estaba vivo, tuvo el

coraje de enfrentarse a sus enemigos cara a cara y mirándolos a los ojos». Connally acusó a Nye y al comité de «esfuerzo casi escandaloso por mancillar la historia de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial». La controversia dividió al propio comité. Dos de sus miembros, los senadores James Pope y Walter George, abandonaron la sala en señal de protesta. Más tarde, Pope volvió para leer una declaración firmada por él y por George en la que expresaban su disconformidad con «cualquier iniciativa por impugnar los motivos de Woodrow Wilson» y por desacreditar al «gran personaje». Lamentaban que las investigaciones se hubieran desviado de su propósito original y temían perder la oportunidad de aprobar una legislación que pusiera remedio a los problemas del pasado: «Los esfuerzos por denigrar a Wilson y a Robert Lansing [...] ponen al descubierto que la investigación se está llevando a cabo con parcialidad y prejuicios». Ambos senadores manifestaron que, sin embargo, no tenían intención de abandonar el comité y volverían para ofrecer su voto una vez presentado el informe definitivo. Otro miembro del comité, el senador Vanderberg, añadió que también él admiraba a Wilson, pero que había quedado demostrado que los motivos económicos habían dado «un inevitable e irresistible» impulso a la intervención norteamericana en la guerra. Deseaba asimismo estar seguro de que eso no volviera a ocurrir y declaró su orgullo por los logros del comité: «En las últimas cuarenta y ocho horas hemos reescrito la historia. Es importante revelarla en toda su crudeza, sin importar lo que nos muestre». Nye dio a Pope y a George su palabra de que no había actuado con mala intención con respecto a Wilson, que incluso lo había votado en 1916, y prometió perseverar en tanto existiera la más pequeña oportunidad de «disminuir nuestras posibilidades de vernos arrastrados a otra guerra».[104]

La sangría continuó al día siguiente en el Senado. Carter Glass, senador por Virginia de setenta y ocho años que había sido secretario del Tesoro en el gabinete de Wilson sus últimos meses de gobierno, acusó a Nye de «infamia y calumnia», de «innombrable acusación contra un presidente difunto, de mancillar el sepulcro de Woodrow Wilson». Dando en la mesa unos golpes tan fuertes que los papeles que había encima se mancharon de sangre, Carter bramó: «¡Ah, cuánta miserable demagogia, qué miserable y mendaz sugerencia! ¿Qué es eso de que la banca Morgan hizo que Woodrow Wilson abandonase la política de neutralidad?». Nye tuvo por fin la oportunidad de responder en la cámara alta. Dijo que lo que le sorprendía era que hasta entonces no se había producido ningún «esfuerzo concertado» por interrumpir los trabajos del comité y que la hostilidad había empezado con la comparecencia de Morgan y sus socios. No se disculpó. En vez de ello leyó varias cartas y documentos que reiteradamente demostraban que «Estados Unidos entró en guerra sabiendo que se había acordado el reparto del botín. Pero la noticia de que hubo tratados secretos cayó como una bomba en la conferencia de paz».[105]

Dos días después, Nye informó a Morgan y a sus socios de que a la semana siguiente no tendrían que comparecer. El comité se había dado de bruces con un obstáculo casi insalvable: el Senado quizá no recibiera los nueve mil dólares necesarios para seguir adelante con las investigaciones. Nye acusó a sus detractores de servirse de Wilson como «cortina de humo». Su verdadera intención, insistió, era «recurrir a todo tipo de armas y subterfugios para acabar con la legislación que amenaza los siniestros beneficios económicos de la guerra».[106]

Para sorpresa de todos y satisfacción de Nye, las sesiones continuaron. El 30 de enero, el Senado aprobó unánimemente la asignación de 7.369 dólares. Hasta Tom Connally modificó su postura previa y votó por la financiación. Eso sí, instó al comité a ceñir sus pesquisas al ámbito de los vivos y no invadir «cementerios y catacumbas».[107] *The New York Times* explicó el cambio de opinión del Senado: «Cuando los republicanos, hartos de ver cómo se mancillaba a su caudillo en la Primera Guerra Mundial, amenazaron con poner fin al proceso privando de fondos al comité, las sacas de correos que llegaban al Capitolio empezaron a rebosar de cartas pidiendo toda la verdad sobre lo ocurrido entre 1914 y 1918. Esta demostración de antibelicismo explica por qué han seguido adelante

las investigaciones que más amargura han causado en muchos años». El *Times* admitió que el comité había logrado «reformas notables». «Ha contribuido a la redacción de una ley que requiere que los fabricantes de municiones obtengan licencias y tengan que informar al Departamento de Estado de todas sus transacciones. Esa ley permitirá que las industrias armamentística y naviera dejen de obtener beneficios exorbitantes y todos esperan que la ley se concrete en breve. Pero el mayor logro consiste en introducir en la opinión pública el tema de la guerra, la paz y el beneficio económico». [108]

En las últimas sesiones, los representantes de la banca Morgan se esforzaron por demostrar que los préstamos de los Aliados no habían influido en absoluto en la participación norteamericana en la guerra. El 5 de febrero, *The New York Times* tituló uno de sus artículos: «Morgan feliz: “limpio” gracias a su amigo Nye». El diario suspiraba de alivio. Su editorial del 9 de febrero se titulaba: «Una investigación que termina bien». La intención del comité de demostrar que Morgan había obtenido «enormes beneficios de la venta de municiones» y había «aprovechado su poderosa influencia» para garantizar la entrada de Estados Unidos en el conflicto había quedado en nada: «La investigación terminó con una especie de cordial tarjeta de felicitación entre el SEÑOR MORGAN y su “amigo” NYE». Y el editorial concluía: «Este resultado redunda en beneficio de todos […]. Es fácil imaginar las perturbadoras consecuencias que lo contrario habría deparado. La ciudadanía habría llegado a la desesperante conclusión de que algo podrido habría en el negocio bancario».[109]

Nye discrepaba con la crónica del *Times*. «No hay un solo miembro del comité del Senado que crea que la banca Morgan ha salido bien parada tras nuestra investigación». Aunque no podía, decía Nye, culparse a Morgan de la entrada de Estados Unidos en guerra para proteger sus inversiones, si era acertado «afirmar que los banqueros» estaban «en el centro y núcleo de un sistema que hizo inevitable dicha entrada». En cuanto Wilson permitió que Morgan se convirtiera en el banquero de los Aliados, «la senda de la guerra quedó pavimentada y engrasada para nuestra nación».[110]

El 7 de marzo un sondeo de Gallup revelaba que las sesiones del comité habían tenido el deseado impacto. A la pregunta: «¿Habría que prohibir la manufactura y venta de municiones para la guerra cuando benefician a la empresa privada?», el 82 por ciento de los norteamericanos respondieron que sí y solo el 18 por ciento que no. Los más rotundos fueron los habitantes de Nevada: un 99 por ciento favorecían la supresión de los beneficios en tiempos de guerra. Los menos, los de Delaware, centro de operaciones de los Du Pont, con solo un 63 por ciento de respuestas afirmativas. George Gallup declaró que desde que su empresa había empezado a realizar encuestas —el mes de octubre anterior —, solo las pensiones de jubilación habían recibido más apoyo. Y citó el comentario de un tendero de Pensilvania: «Que la fabricación de municiones dé tantos beneficios es lo que nos ha llevado a la guerra desde hace generaciones».[111] Hasta a Nye le habría parecido una exageración diecisiete meses antes, cuando las investigaciones del comité todavía no habían empezado. «Yo creía —admitió — que nacionalizar la fabricación de municiones era la idea más descabellada que se nos había ocurrido».[112] *The Washington Post*, entre otros, felicitó a Nye y a su comité por ilustrar a los ciudadanos y revelarles «los abusos del comercio de municiones y […] la relación entre la guerra y el acceso a las armas».[113] Al día siguiente, Eleanor Roosevelt pidió públicamente en Grand Rapids, Michigan, la prohibición de cobrar beneficios por fabricar municiones. *The New York Times*, que hacía tan poco había salido en defensa de Morgan y de los fabricantes de municiones, ni siquiera se hizo eco del sondeo de Gallup.

En abril el comité de Nye publicó su esperado tercer informe. Concluía: «Si bien las pruebas presentadas ante este Comité no demuestran que las guerras hayan empezado únicamente debido a las actividades de los fabricantes de municiones y sus representantes, lo cierto es que los conflictos armados rara vez tienen una sola causa, y el Comité opina que va en detrimento de la paz mundial que algunas organizaciones egoístas e interesadas tengan libertad para, por medio del temor, incitar a las

naciones a ir a la guerra».[114] Cuatro de los siete miembros del comité —Nye, Clark, Pope y Bone— pidieron que el Estado asumiera en propiedad la industria de municiones. Una minoría —George, Barbour y Vandenberg— apelaron a un «control estricto y definitivo de las municiones».[115] Pero la propuesta de ley para suprimir los beneficios de las empresas en tiempos de guerra había sido asignada a un subcomité presidido por Connally, uno de los mayores críticos de Nye. Y en ese subcomité languideció. Cuando, muy aguada, fue finalmente presentada en la cámara, no consiguió los votos necesarios. En los cinco años siguientes Nye y otros presentaron leyes similares que tampoco alcanzaron el mínimo de votos.

Uno de los asuntos que más inquietaban a los investigadores, y continuamente salía a colación en las sesiones, era el de la contribución de los empresarios norteamericanos a la revitalización económica y militar de Alemania mucho después de saber la repugnante naturaleza del régimen nazi. Hitler llevaba encarcelando y asesinando a comunistas, socialdemócratas y sindicalistas desde 1933. Y, aunque para la campaña de exterminio de los judíos aún quedaba algún tiempo, su perverso antisemitismo era evidente. En realidad, los lazos entre empresarios y banqueros estadounidenses y alemanes se habían forjado en los años previos a la llegada de los nazis al poder. Los préstamos norteamericanos, gestionados en su mayoría por las bancas Morgan y Chase, habían servido para apuntalar la débil economía alemana en los años veinte. Siendo su presidente Thomas Watson, IBM había adquirido una importante participación de la firma alemana Dehomag. General Motors compró al fabricante de coches alemán Adam Opel entre 1929 y 1931. Ford incrementó sus inversiones en su filial alemana, Ford Motor Company Aktiengesellschaft, y declaró que así tendía puentes entre Alemania y Estados Unidos.[116] Watson compartía la idea: «¡Paz mundial gracias al comercio mundial!», le gustaba proclamar.[117]

Pero la paz mundial, noble propósito, no era la principal preocupación de los capitalistas. Adquirir riqueza y poder con un mercado de libre competencia sí lo era. Por medio de una cifra mareante de pactos empresariales oficiales y no oficiales, una red de corporaciones multinacionales con sede en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania se confabuló para captar mercados y controlar los precios. En marzo de 1939 fue anunciado en Düsseldorf un acuerdo entre la Federation of British Industries y la Reichsgruppe Industrie que decía: «Es esencial sustituir allí donde se encuentre la destructiva competencia por una cooperación constructiva diseñada para fomentar el comercio mundial en aras del mutuo beneficio de Gran Bretaña, Alemania y todos los países».[118] Solo después de la guerra se percataron la mayoría de observadores de las dimensiones de la confabulación. Como Theodore Kreps, profesor de la Universidad de Stanford, dijo en mayo de 1945, «El término “cartel” ha sido catapultado recientemente de su oscuro lugar entre la jerga técnica de los manuales de economía a las primeras páginas de los periódicos».[119] Como suele ser habitual en este tipo de alianzas, Edsel Ford pasó a formar parte del consejo de administración de la filial norteamericana de la química alemana IG Farben, General Aniline and Film, y Carl Bosch, director general de Farben, del de la filial europea de Ford. Farben llegó a acuerdos similares con Du Pont, Standard Oil y Chase Bank.

Tras reunirse con Hitler en 1937, Watson, ingenuo y sumiso, trasladó a los norteamericanos el mensaje del Führer sobre la creación de una cámara internacional de comercio con sede en Berlín: «No habrá guerra. Ningún país la quiere, ningún país se la puede permitir».[120] Poco después, el día de su septuagésimo quinto cumpleaños, aceptó la Gran Cruz del Águila de Alemania, que Hitler le concedió por la ayuda que las máquinas de tarjetas perforadas habían proporcionado en la elaboración del censo de Alemania en 1930 y, por tanto, en la identificación de los judíos. Las máquinas calculadoras de Dehomag representaban un avance sin precedentes en la gestión de datos y más tarde, una vez los nazis se hicieron con el control de la empresa, contribuyeron a que los trenes de Auschwitz llegaran siempre a su hora.

Henry Ford también dio fe de las pacíficas intenciones de Hitler. El 28 de agosto de 1939, es decir,

cuatro días antes de la invasión de Polonia, aseguró al *Boston Globe* que el canciller alemán solo estaba echando un farol. Los alemanes no se atreverían «a librar una guerra, y lo saben». Una semana después, cuando ya había estallado el conflicto, tuvo la temeridad de comentarle a un amigo: «Todavía no han disparado un solo tiro. Es todo una invención de los banqueros judíos».[121]

Tanto Ford como Watson debieron ser más cautos. En 1937 la filial alemana de Ford fabricaba camiones pesados y otros vehículos de transporte para la Wehrmacht. En julio de 1939 cambió de nombre y pasó a llamarse Ford-Werke. Farben, que más tarde fue acusada de crímenes contra la humanidad por gestionar la planta de caucho de Buna en Auschwitz y producir las tristemente famosas pastillas de gas Zyklon-B, que se usaron en el exterminio de los judíos, era propietaria del 15 por ciento. Cuando estalló la guerra, Ford y General Motors todavía controlaban sus filiales de Alemania, que dominaban la industria automovilística de ese país. A pesar de los posteriores desmentidos, ambas corporaciones se negaron a desprenderse de sus fábricas en Alemania y hasta accedieron a la petición del gobierno nazi de adaptar su producción a las necesidades bélicas mientras al mismo tiempo rechazaban las peticiones del gobierno norteamericano de modificar sus empresas en Estados Unidos. Sloan justificó esta decisión en marzo de 1939 al poco de que los alemanes ocuparan Checoslovaquia basándose en que en Alemania la actividad industrial resultaba «extraordinariamente rentable». La política interna alemana, insistió, no era asunto de General Motors. Opel modificó la planta de Russelsheim para fabricar aviones para la Luftwaffe, y de allí salió el 50 por ciento de los sistemas de propulsión de los bombarderos de alcance medio JU-88 y allí se desarrolló en parte el ME-262, primer caza a reacción del mundo, capaz de alcanzar velocidades varios cientos de kilómetros superiores a las de los norteamericanos P-51. En agradecimiento por su esfuerzo y cooperación, el gobierno nazi otorgó la Gran Cruz del Águila de Alemania a Henry Ford en 1938, cuatro meses antes de la anexión de Austria, y poco después se la concedió a James D. Mooney, director general de GM en el extranjero. La casa matriz de Ford perdió el control real de la empresa durante la guerra, cuando Ford-Werke suministró armas al régimen hitleriano y utilizó prisioneros del campo de concentración de Buchenwald, próximo a sus instalaciones. Elsa Iwanova, una de las prisioneras, demandó a la empresa en 1998 y Ford Motor Company recurrió a un pequeño ejército de investigadores y abogados para lavar su poco escrupulosa conducta y reforzar su imagen favorita, la de «arsenal de las democracias». Justo después de la guerra, sin embargo, Henry Schneider, investigador del Ejército norteamericano, llamó a Ford-Werke «arsenal del nazismo».[122] Y, como Bradford Snell descubrió durante una investigación del Congreso sobre las prácticas monopolistas del sector del automóvil, gracias a «su dominio multinacional de la producción de vehículos, GM y Ford se convirtieron en los principales proveedores de los ejércitos fascistas y de los ejércitos de las democracias».[123]

Henry Ford hizo algo más que suministrar camiones al Ejército alemán; también ayudó a los nazis a acendrar su odiosa ideología. En 1921 publicó una colección de artículos antisemitas titulada *The International Jew* [*El judío internacional*] que se hizo muy popular entre los futuros dirigentes nazis. También patrocinó la publicación de medio millón de ejemplares de *Los protocolos de los sabios de Sion* —que distintos foros ya hubieran demostrado que este libro era pura falacia no le disuadió—. Baldur von Schirach, antiguo líder de las Juventudes Hitlerianas y gobernador de Viena durante la guerra, ofreció este testimonio en Núremberg:

> En aquellos años resultó decisiva la lectura de un libro antisemita: *The International Jew*, de Henry Ford. Lo leí y me hice antisemita. Ese libro causó [...] y me causó gran impresión, y a mis amigos también, porque, para nosotros, Henry Ford representaba el éxito, representaba una política social progresista. En la Alemania mísera y asolada por la pobreza de aquel tiempo, los jóvenes teníamos la vista puesta en Estados Unidos y [...] a nuestros ojos, Henry Ford representaba a Estados Unidos [...]. Si él decía que había que echar la culpa a los judíos, había que echar la culpa a los judíos.[124]

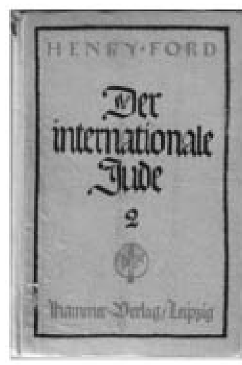
En el despacho de Hitler en Múnich colgaba un retrato de Henry Ford. En 1923 confesó a un reportero de *The Chicago Tribune*: «Ojalá pudiera mandar a mis tropas de asalto a Chicago y otras ciudades norteamericanas para ayudar en las elecciones. Para nosotros, Heinrich Ford es el líder de un futuro Partido Fascista norteamericano que cada vez cuenta con más seguidores». En 1931 declaró a los dirigentes del *Detroit News*: «Henry Ford es mi inspiración».[125]

Los alemanes también se inspiraron en el nefando flirteo del Estado norteamericano con la eugenesia y la «higiene racial» de los años veinte y treinta. California allanó el camino con esterilizaciones forzadas, con más de un tercio de las sesenta mil programadas, pero otros estados no le anduvieron a la zaga.[126] El dinero de las familias Carnegie y Rockefeller ayudó a financiar las investigaciones que dieron a estas iniciativas su pátina de respetabilidad. En Alemania toda esta actividad no pasó desapercibida. En *Mi lucha*, Hitler elogió el liderazgo estadounidense en el campo de la eugenesia. Más tarde informó a sus colegas del partido nazi: «He estudiado con gran interés las leyes de varios estados norteamericanos concernientes a la prevención de la reproducción de personas cuya progenie, con toda probabilidad, no tendría ningún valor o resultaría perjudicial para la reserva racial».[127]

Entre dichos estados se encontraba Virginia, cuya decisión de esterilizar a una «débil mental» dio pie a la intervención del Tribunal Supremo en el famoso caso Buck contra Bell de 1927. Haciéndose eco de la opinión mayoritaria, el juez Oliver Wendell Holmes, veterano de la Guerra de Secesión de ochenta y seis años, sostuvo que el hecho de que Buck perdiera su capacidad de procrear era un sacrificio equiparable al de los soldados que daban su vida en tiempo de guerra: «Más de una vez hemos sido testigos de que el bien público reclama la vida de nuestros mejores ciudadanos. Resultaría extraño que no pidiese también a aquellos que ya debilitan la fuerza del Estado uno de estos sacrificios menores [...] a fin de evitar que nos domine la incompetencia». Holmes concluyó: «Es mejor para el mundo entero que, en lugar de ejecutar a los vástagos degenerados por los crímenes cometidos o dejar que mueran de hambre por su imbecilidad, evitemos que los manifiestamente inadaptados continúen multiplicándose [...]. Con tres generaciones de imbéciles tenemos bastante».[128] Aunque solo California superaba a Virginia en número de esterilizaciones forzadas, algunos virginianos no estaban satisfechos. Con la intención de llevar al límite la legislación estatal sobre esterilización, el doctor Joseph DeJarnette protestó en 1934: «Los alemanes nos están dando una paliza en nuestro propio terreno».[129]

Aunque la mayoría de las empresas que desarrollaban parte de su actividad en la Alemania de Hitler devolvieron a Estados Unidos a todos los empleados norteamericanos en 1939 o 1940, muchas veces el control del negocio siguió en manos de los mismos empresarios alemanes que habían dirigido las filiales estadounidenses. Los beneficios, entretanto, se acumulaban en cuentas bancarias bloqueadas.

Entre los capitalistas norteamericanos con mayores lazos con los nazis se encontraba Prescott Bush, padre del primer presidente Bush y abuelo del segundo. Los investigadores llevan años intentando determinar la naturaleza concreta de las relaciones de Prescott Bush con Fritz Thyssen, rico industrial alemán que financió a Hitler, tal y como él mismo confesó en sus memorias, *I paid Hitler* [*Yo pagué a Hitler*], publicadas en 1941. Thyssen acabó por repudiar al dictador nazi y fue encarcelado.



Edición alemana de The International Jew*, de Henry Ford, colección de artículos antisemitas muy difundida entre futuros dirigentes nazis.*

Mientras estuvo en prisión, las enormes riquezas de Thyssen estaban a buen recaudo en ultramar. Una gran parte estaba en manos de la firma de inversiones Brown Brothers Harriman, que la gestionaba por medio del *holding* Union Banking Corporation. Quien se ocupaba de tan jugosa cuenta era uno de los socios de la firma: Prescott Bush. En 1942 el gobierno norteamericano se incautó de Union Banking Corporation en virtud de la Trading with the Enemy Act [Ley de Comercio con el Enemigo] por su asociación con Bank voor Handel en Sheepvaart NV, entidad bancaria de Rotterdam propiedad de Thyssen. El gobierno se hizo también con otras cuatro compañías relacionadas con el grupo Thyssen, cuyas cuentas también gestionaba Bush: Holland-American Trading Company, Seamless Steel Equipment Corporation, Silesian-American Corporation y la naviera Hamburg-Amerika Line.[130]

Después de la guerra, el gobierno liberó la mayor parte de esos fondos —un dinero mancillado por los nazis—. Bush recuperó las acciones de Union Banking Corporation, IBM los beneficios congelados de Dehomag, y Ford y GM reabsorbieron sus filiales alemanas —e incluso recibieron indemnizaciones porque los bombarderos aliados habían destruido sus fábricas en Europa: hasta treinta y tres millones de dólares en el caso de GM.[131]

Pero esos empresarios no actuaban solos. Muchas compañías norteamericanas siguieron haciendo negocios con la Alemania nazi hasta el ataque japonés a Pearl Harbor. Como Ford Motor Company señaló con satisfacción tras las investigaciones que por su cuenta llevó a cabo de su filial Ford-Werke, al empezar la guerra, doscientas cincuenta empresas estadounidenses poseían activos en Alemania por valor de más de cuatrocientos cincuenta millones de dólares, de los cuales un 58,5 por ciento pertenecían a las diez más importantes. Entre esas compañías las había tan conocidas como Standard Oil, Woolworth, IT&T, Singer, International Harvester, Eastman Kodak, Gillette, Coca-Cola, Kraft, Westinghouse y United Fruit. Ford solo ocupaba el decimosexto lugar, con un 1,9 por ciento del total de inversiones. Standard Oil y GM encabezaban la lista con un 14 y un 12 por ciento respectivamente.[132]

Muchas de esas compañías estaban representadas por el poderoso bufete de abogados Sullivan and Cromwell, encabezado por John Foster Dulles, futuro secretario de Estado. Su hermano Allen Dulles, futuro director de la CIA, era también socio de la firma. Entre sus clientes se contaba Bank for International Settlement, BIS, fundado en Suiza en 1930 para gestionar las indemnizaciones de guerra entre Estados Unidos y Alemania.

Después de declararse la guerra, este banco continuó ofreciendo servicios financieros al Tercer Reich. La mayoría del oro saqueado durante la invasión nazi de Europa acabó en los sótanos del BIS y, gracias a determinadas transferencias de capital, los nazis tuvieron acceso a unos fondos que normalmente estarían estancados en cuentas bancarias bloqueadas en virtud de la Ley de Comercio con el Enemigo. Varios nazis y algunos de sus partidarios participaron en las operaciones al más alto

nivel, por ejemplo, Hjalmar Schacht y Walther Funk, que terminarían en el banquillo de los acusados de Núremberg —aunque Schacht fue declarado inocente—. Thomas McKittrick, abogado norteamericano y presidente del banco, facilitó el proceso y, aunque hablaba de «neutralidad», en realidad ayudó a los nazis. Las operaciones del BIS fueron tan infames que Henry Morgenthau, el secretario del Tesoro, dijo que doce de los catorce directores de la entidad «eran nazis o estaban manejados por los nazis».[133]

Chase, Morgan, Union Banking Corporation y Bank for International Settlements consiguieron ocultar que habían colaborado con los alemanes. Chase siguió operando con la Francia de Vichy, Estado cliente e intermedario del Tercer Reich. Sus depósitos se duplicaron durante la guerra. En 1998 unos supervivientes del Holocausto demandaron a la entidad asegurando que tenía cuentas de aquella época bloqueadas.

Mientras los capitalistas norteamericanos acumulaban ganancias de sus inversiones en Europa y hacían todo lo posible por congraciarse con el Gobierno germano,[134] Gerald Nye y su fabuloso equipo de investigadores consiguieron brillantemente revelar la sórdida verdad de la influencia y las maquinaciones de bancos y fabricantes de armas y sacar a la luz la fea realidad oculta tras los elevados lemas que hacían marchar a los soldados al frente. Pero las sesiones del comité de Nye tuvieron también otras consecuencias que, en retrospectiva, no podemos dejar de lamentar. En primer lugar, simplificaron en exceso las causas de la guerra. En segundo lugar, reforzaron la tendencia aislacionista de Estados Unidos en el peor momento imaginable, cuando su influencia pudo contribuir a evitar el desastre. Los trabajos del tribunal justificaron la extendida creencia de que Estados Unidos debía evitar alianzas comprometidas y complicarse en los asuntos mundiales. Quizá por única vez en la historia de Norteamérica y a la luz de la amenaza que para la humanidad representaban los fascistas y otros movimientos peligrosos, los estadounidenses equivocaron el objeto de su poderoso sentimiento antibelicista. Cordell Hull diría más tarde que las sesiones del comité de Nye habían tenido «consecuencias desastrosas», porque habían catalizado «un sentimiento aislacionista que iba a atar las manos de la administración en un momento en que debíamos tenerlas libres para que todo el peso de nuestra influencia cayera en el lugar adecuado».[135] En enero de 1935, *Christian Century* observó: «Noventa y nueve norteamericanos de cada cien tomarían hoy por idiota a cualquiera que sugiriese que, en caso de una nueva guerra en Europa, Estados Unidos tendría que intervenir otra vez».[136]

Pronto, ante los acontecimientos de Europa, muchos reconsiderarían su postura. En primer lugar, Hitler se saltó los acuerdos de limitación de armas impuestos en Versalles. Más tarde, en octubre de 1935, Mussolini invadió Etiopía. Entorpecido el gobierno por la reciente legislación sobre neutralidad, que prohibía la venta de armas a todo país beligerante, y por una población con lealtades muy divididas —los italoamericanos apoyaban en general a Italia; los afroamericanos, a Etiopía—, Estados Unidos permaneció pasivo. La comunidad internacional tampoco condenó la invasión con demasiada firmeza. La Sociedad de Naciones denunció la agresión italiana y quiso imponer un embargo de crudo que habría tenido importantes consecuencias. El Comité de Coordinación pidió colaboración a los países miembros. En aquellos momentos, Estados Unidos producía más de la mitad del petróleo mundial, de modo que una respuesta afirmativa por su parte habría podido disuadir a la Italia fascista. Pero, plegándose al aislacionismo imperante en la opinión pública, Roosevelt optó por no tomar parte y anunció un «embargo moral» de todos los cargamentos de crudo y otros recursos importantes. Este embargo moral, sin embargo, resultó totalmente ineficaz y al cabo de unos meses los envíos del mismo Estados Unidos a Italia casi se habían multiplicado por tres.[137] La Sociedad de Naciones aprobó la imposición de unas sanciones de alcance limitado a la postre ineficaces nacidas de la timidez de británicos y franceses y del temor a provocar a Italia.

Mussolini ganó la apuesta y Hitler y los japoneses sacaron la conclusión de que Gran Bretaña,

Francia y Estados Unidos no tenían estómago para la guerra y preferían ceder a cualquier tipo de acción militar. En enero de 1936, Japón abandonó la Conferencia Naval de Londres y comenzó un ambicioso programa de militarización. En marzo de 1936, tropas alemanas ocuparon Renania. Fue la mano más arriesgada de Hitler y su mayor farol. Más tarde admitiría que cualquier resistencia armada le habría obligado a retroceder. «Las cuarenta y ocho horas posteriores a la entrada en Renania fueron las más angustiosas de mi vida —confesaría—. Si los franceses hubieran enviado tropas en esos momentos, habríamos tenido que retirarnos con el rabo entre las piernas, porque los recursos militares de que disponíamos eran totalmente inadecuados para ofrecer una resistencia siquiera moderada».[138]

La débil respuesta internacional a la guerra civil española fue todavía más descorazonadora. La contienda estalló en julio de 1936 cuando las tropas de Francisco Franco se rebelaron para derribar el gobierno democráticamente elegido e instaurar un régimen fascista. La República se había creado enemigos entre políticos y empresarios norteamericanos por su agresiva política y la férrea regulación de la actividad empresarial. Algunos alegaban que estaba influida por el comunismo y expresaban su temor a que una victoria republicana se saldara con un gobierno comunista en España. El clero estadounidense y los ciudadanos católicos, furiosos por el abierto anticlericalismo de la República, apoyaron a Franco sin ambages, y lo mismo hicieron Hitler y Mussolini, que proporcionaron a los rebeldes mucha ayuda, incluidos aviones, pilotos y millares de soldados. Alemania aprovecharía la contienda para probar las armas y tácticas que más tarde desplegaría contra Polonia y el resto de Europa. Stalin envió aviones y tanques a las fuerzas democráticas, pero sin llegar a aproximarse al respaldo masivo de Berlín y Roma. Roosevelt, sin embargo, no hizo nada por ayudar a la República. Ni tampoco Gran Bretaña o Francia. Siguiendo precisamente el ejemplo británico y francés, Estados Unidos prohibió envíos de armas a los dos bandos, pero la medida solo sirvió para debilitar a las acosadas fuerzas gubernamentales, a las que los rebeldes superaban en material. Ford, General Motors, Firestone y otras empresas norteamericanas suministraron a los fascistas camiones, neumáticos y maquinaria. Texaco Oil Company, que a la sazón dirigía el coronel Thorkild Rieber, un profascista, prometió a Franco todo el petróleo que necesitara, y a crédito. Roosevelt, colérico, amenazó con embargar los cargamentos y multó a la empresa, pero Rieber insistió en su postura, envió el crudo a Hitler y fue tratado como una celebridad en las páginas de la revista *Life*.[139]

Los estadounidenses progresistas apoyaron sin fisuras a la República. Para gran sorpresa de algunos, en el Senado fue el acérrimo antibelicista Gerald Nye quien encabezó la lucha para mandar las armas que tan desesperadamente necesitaban las tropas republicanas. Unos tres mil bravos voluntarios viajaron a España para combatir a los fascistas: llegaban a Francia y cruzaban los Pirineos furtivamente. Cuatrocientos cincuenta hombres formaron la legendaria Brigada Abraham Lincoln, respaldada por los comunistas, que sufrió ciento veinte muertos y ciento setenta y cinco heridos. Paul Robeson, afroamericano de extraordinario talento —era atleta, intelectual, actor y cantante—, acudió al campo de batalla para entretener a los soldados.

La guerra duró tres años. La República cayó en la primavera de 1939, y con ella no solo cien mil soldados republicanos y cinco mil voluntarios extranjeros, sino los sueños y esperanzas de una gran parte de la humanidad. En 1938 Roosevelt se percató de la futilidad de su postura hasta entonces y empezó a mandar ayuda encubierta al bando republicano. Demasiado poca y demasiado tarde. Su política había sido «un grave error», confesó al gabinete, y advirtió que muy pronto todos pagarían las consecuencias.[140]



Ceremonia durante la primera reunión de veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, el legendario grupo de voluntarios que lucharon contra los fascistas de Franco en España. Sufrió ciento veinte muertos y ciento setenta y cinco heridos.

El mundo hizo muy poco para impedir la agresión japonesa a China en 1937 aunque muchos testigos la contemplaron horrorizados. Tras empezar con el incidente del puente de Marco Polo en el mes de julio, la lucha se extendió a otras regiones. Con las fuerzas de Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek) en retirada, Japón torturó a la población civil china. Cabe destacar sobre todo las atrocidades cometidas en Shanghái y Nankín, con orgías de violaciones, saqueos y asesinatos.

Con las fuerzas fascistas y militaristas en marcha, el mundo se precipitaba rápidamente hacia la guerra. Motivadas en algunos casos por simpatía por los fascismos, en otros por el odio al comunismo soviético y en otros distintos por el temor a hundirse en los mismos abismos que habían motivado el sufrimiento de la contienda anterior, las democracias occidentales observaban con pasividad cómo Italia, Japón y Alemania se preparaban para inclinar por la fuerza la balanza del poder mundial.

[1] David M. Kennedy, *Freedom from Fear: The American People in Depression and War, 1929-1945*, Oxford University Press, Nueva York, 1999, pp. 163-164.

[2] «Looking to Mr. Roosevelt», *The New York Times*, 4 de marzo de 1933.

[3] Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Coming of the New Deal, 1933-1935*, Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 2003, p. 13.

[4] «Text of New President's Address at Inauguration», *Los Angeles Times*, 5 de marzo de 1955.

[5] «The Michigan "Bank Holiday"», *The New York Times*, 16 de febrero de 1933; «More States Move to Protect Banks», *The New York Times*, 1 de marzo de 1933; «Banks Protected in 5 More States», *The New York Times*, 2 de marzo de 1933.

[6] Anne O'Hare McCormick, «Main Street Reappraises Wall Street», *The New York Times*, 28 de febrero de 1932.

[7] «Mitchell Called in Senate Inquiry», *The New York Times*, 2 de febrero de 1933.

[8] Liaquat Ahamed, *Lords of Finance: The Bankers Who Broke the World*, Penguin, Nueva York, 2009, p. 441; Jonathan Alter, *The Defining Moment: FDR's Hundred Days and the Triumph of Hope*, Simon & Schuster, Nueva York, 2007, p. 150.

[9] Barton J. Bernstein, «The New Deal: The Conservative Achievements of Liberal Reform», en *Towards a New Past: Dissenting Essays in American History*, Barton J. Bernstein (ed.), Pantheon, Nueva York, 1968, p. 268.

[10] Frances Perkins, *The Roosevelt I Knew*, Harper Colophon, Nueva York, 1946, p. 328.

[11] Stephen K Shaw, William D. Pederson y Frank J. Williams (eds.), *Franklin D. Roosevelt and the Transformation of the Supreme Court*, vol. 3, M. E. Sharpe, Armonk (Nueva York), 2004, p. 83.

[12] Robert S. McElvaine, *The Great Depression: America, 1929-1941*, Times Books, Nueva York, 1983, p. 158; Gary Orren, «The Struggle for Control of the Republican Party», *The New York Times*, 17 de agosto de 1976.

[13] «The Nation: I've Had a Bum Rap», *Time*, 17 de mayo de 1976, p. 19.

[14] «National Affairs: Not Since the Armistice», *Time*, 25 de septiembre de 1933, p. 12.

[15] Hugh S. Johnson, *Blue Eagle, from Egg to Earth*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1935, p. 405; Perkins, p. 206; McElvaine, p. 161.

[16] Arthur G. Dorland, «Current Events: The Break Down of the London Economic Conference»,*Quarterly Review of Commerce*, otoño de 1933, pp. 36-37.

[17] Michael Augspurger, «Henry Luce, *Fortune*, and the Attraction of Italian Fascism», *American Studies*, nº 41, primavera de 2000, p. 115.

[18] «Cites Harm to U.S. in "Patriot Racket"», *The Baltimore Sun*, 9 de marzo de 1931.

[19] Philip Jenkins, *Hoods and Shirts: The Extreme Right in Pennsylvania, 1925-1950*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1997, p. 91.

[20]*Ibid*., p. 118; «Ballot on Gold 283-5», *The New York Times*, 30 de mayo de 1933.

[21] Peter H. Amann, «A "Dog in the Nighttime" Problem: American Fascism in the 1930s», *The History Teacher*, nº 19, agosto de

1986, p. 572; Alan Brinkley, *Voices of Protest: Huey Long, Father Coughlin, and the Great Depression*, Vintage Books, Nueva York, 1983, pp. 266-277.

[22] Michael Kazin, *The Populist Persuasion*, Cornell University Press, Ithaca (Nueva York), 1998, p. 130.

[23]*Jaykawk*, ave legendaria de los relatos míticos de la conquista de Kansas. *(N. del T.)*.

[24] Alan J. Lichtman, *White Protestant Nation: The Rise of the American Conservative Movement*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2008, p. 76; Leo P. Ribuffo, *The Old Christian Right*, Temple University Press, Filadelfia, 1983, pp. 25-79, 80-127.

[25] Lichtman, *White Protestant Nation*, p. 76; Jenkins, *Hoods and Shirts*, pp.101-104; Ribuffo, *The Old Christian Right*, pp. 184-185.

[26] Amann, «A "Dog in the Nighttime" Problem», p. 566.

[27] Kennedy, *Freedom from Fear*, p.154; Raymond Moley, *After Seven Years*, Harper & Brothers, Nueva York, 1939, pp. 369-370.

[28] «Defends Current Policy», *The New York Times*, 10 de noviembre de 1933; Franklyn Waltman, Jr., «Morgan Call on President Is Surprise», *The Washington Post*, 17 de noviembre de 1933; «More Loans Urged by Irénée DuPont», *The New York Times*, 31 de diciembre de 1933.

[29] «Moley Says Banks Back Gold Policy», *The New York Times*, 4 de diciembre de 1933.

[30] «Smith Hurls Broadside Against Gold Program», *Los Angeles Times*, 25 de noviembre de 1933.

[31] Howard Wood, «Fears for Nation's Future Lead Bankers to Speak Out», *The Chicago Tribune*, 29 de septiembre de 1934.

[32] «Business Body Demands U.S. Return to Gold», *The Washington Post*, 4 de noviembre de 1933.

[33] «Time to Stop Crying Wolf», *The New York Times*, 4 de mayo de 1934.

[34] «Business: Reassurance», *Time*, 8 de octubre de 1934, p. 56.

[35] Kennedy, *Freedom from Fear*, pp. 388-389; Douglas MacArthur, *Reminiscences*, McGraw-Hill, Nueva York, 1964, p. 101. [*Memorias*, trad. de Francisco Elías, Altaya, Barcelona, 2008].

[36] Arthur Krock, «Tide Sweeps Nation», *The New York Times*, 7 de noviembre de 1934.

[37] «Borah Demands a Rebuilt Party», *The New York Times*, 9 de noviembre de 1934.

[38] Oswald Garrison Villard, «Russia from a Car Window», *The Nation*, 6 de noviembre de 1929, p. 517.

[39] Louis Fischer, «Russia and the World Crisis», *The Nation*, 25 de noviembre de 1931.

[40] «6.000 Artisans Going to Russia, Glad to Take Wages in Roubles», *Business Week*, 2 de septiembre de 1931; «Amtorg Gets 100,000 Bids for Russia's 6,000 Skilled Jobs», *Business Week*, 7 de octubre de 1931.

[41] Stuart Chase, «The Engineer as Poet», *The New Republic*, 20 de mayo de 1931; Stuart Chase, *A New Deal*, Macmillan, Nueva York, 1932, p. 252.

[42] Edmund Wilson, *Travels in Two Democracies*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1936, p. 321.

[43] Edmund Wilson, «The Literary Consequences of the Crash», *The Shores of Light: A Literary Chronicle of the Twenties and Thirties*, Farrar, Straus & Young, Nueva York, 1952, p. 408; Peter J. Kuznick, *Beyond the Laboratory: Scientists as Political Activists in 1930s America*, University of Chicago Press, Chicago, 1987, pp. 106-143.

[44] Seguidores de A. J. Muste (1885-1967), clérigo defensor de los derechos civiles. *(N. del T.)*.

[45] «The Beleaguered City», *Los Angeles Times*, 17 de julio de 1934.

[46] «Strike Condemned by Coast Papers»,*The New York Times*, 17 de julio de 1934.

[47] Read Bain, «Scientist as Citizen», *Social Forces*, n.11, marzo de 1933, pp. 413-414.

[48] Kuznick, *Beyond the Laboratory*, pp. 101-102.

[49] Bernstein, «The New Deal», p. 271.

[50] Frank A. Warren, *Liberals and Communism: The Red Decade Revisited*, Indiana University Press, Bloomington (Indiana), 1966, p. 6.

[51] John Dos Passos, «Whither the American Writer», *Modern Quarterly* 6, verano de 1932, pp. 11-12.

[52] Para un relato estremecedor de las sanguinarias políticas de Hitler y Stalin, *véase* Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin*, Basic Books, Nueva York, 2010. [*Tierras de sangre*, trad. de Jesús de Cos, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2011]. Millones de personas murieron durante la hambruna de Ucrania, que Stalin indujo a propósito en 1932 y 1933, y miles se vieron obligadas a recurrir al canibalismo.

[53] Kennedy, *Freedom from Fear*, pp. 278-279.

[54] «Text of Roosevelt's Closing Campaign Speech at Madison Square Garden», *The Baltimore Sun*, 1 de noviembre de 1936.

[55] Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 286.

[56] «President Sets a Record with Electoral Vote», *The Chicago Tribune*, 4 de noviembre de 1936.

[57] «Politics and Health», *The Nation*, 30 de julio de 1938, p. 101.

[58] «National Health Program Offered by Wagner in Social Security Bill», *The New York Times*, 1 de marzo de 1939.

[59] Peter Kuznick, «Healing the Well-Heeled: The Committee of Physicians and the Defeat of the National Health Program in 1930's America» (1989), no publicado; *véase* también Kuznick, *Beyond the Laboratory*, pp. 86-87.

[60] Lichtman, *White Protestant Nation*, p. 68.

[61]*Ibid.*, pp. 60-62.

[62]*Ibid.*, pp. 69-70.

[63] La expresión remite al «*putsch* de la cervecería», un golpe de Estado fallido de Hitler llevado a cabo en una cervecería de Múnich en 1923. *(N. del T.)*.

[64] Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Politics of Upheaval*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1960, p. 83. «Gen. Butler Bares Fascist Plot to Seize Government by Force», *The New York Times*, 21 de noviembre de 1934.

[65] Lichtman, *White Protestant Nation*, p. 70.

[66] Kathryn S. Olmsted, *Real Enemies: Conspiracy Theories and American Democracy, World War I to 9/11*, Oxford University Press, Nueva York, 2009, p. 30.

[67] «Probing War's Causes», *The Washington Post*, 14 de abril de 1934.
[68]*Wayne Cole, Senator Gerald P. Nye and American Foreign Policy*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1962, pp. 71-73.
[69] John E. Wilz, *In Search of Peace,The Senate Munitions Inquiry, 1934-36*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1963, p. 37.
[70] «Arms and the Men», *Fortune*, marzo de 1934, p. 53.
[71] «Congress Gets Message», *The New York Times*, 19 de mayo de 1934.
[72] «Greed, Intrigue Laid to War Materials Ring», *The Washington Post*, 23 de junio de 1934.
[73] «Munitions Control by the Government Favored by Senatorial Inquiry Group», *The New York Times*, 30 de agosto de 1934.
[74] «$1,245,000,000 Work to Du Ponts in War», *The New York Times*, 13 de septiembre de 1934.
[75] Robert C. Albright, «Du Ponts Paid 458 Per Cent on War Profits», *The Washington Post*, 13 de septiembre de 1934.
[76] Robert Albright, «Reich Builds Big Air Force with U.S. Aid, Inquiry Hears», *The Washington Post*, 18 de septiembre de 1934.
[77] «Plan of Legion to Curb Profits of War Hailed», *The Washington Post*, 25 de septiembre de 1934.
[78] «Nye Plans to Abolish War Profit», *Los Angeles Times*, 27 de septiembre de 1934.
[79] «Arms Inquiry Just Starting, Nye Declares», *The Washington Post*, 29 de septiembre de 1934.
[80] «Look Before Leaping», *The Washington Post*, 1 de octubre de 1934.
[81] «Nye Asks 98% Tax for War Incomes», *The New York Times*, 4 de octubre de 1934.
[82] Constance Drexel, «State Ownership Not Arms Problem Remedy», *The Washington Post*, 4 de diciembre de 1934.
[83] «The Problem of Munitions», *The Chicago Tribune*, 18 de diciembre de 1934; Walter Lippmann, «Today and Tomorrow», *Los Angeles Times*, 16 de diciembre de 1934.
[84] «Roosevelt Asks Laws to Remove Profit from War», *Los Angeles Times*, 13 de diciembre de 1934.
[85] Raymond Clapper, «Between You and Me», *The Washington Post*, 14 de diciembre de 1934.
[86] Cole, *Senator Gerald P. Nye and American Foreign Policy*, pp. 80, 82.
[87] «800% War Profit Told at Inquiry; Du Pont Deal Up», *The Washington Post*, 14 de diciembre de 1934.
[88] «Senator Nye's Third Degree», *The Chicago Tribune*, 24 de diciembre de 1934.
[89] «Roosevelt Backs Munitions Inquiry», *The New York Times*, 27 de diciembre de 1934.
[90] «Urge Continuing Munitions Inquiry», *The New York Times*, 11 de enero de 1935.
[91] «Grace Challenges 100% War Tax Plan», *The New York Times*, 26 de febrero de 1935; «Huge War Profits Laid to Bethlehem», *The New York Times*, 27 de febrero de 1935.
[92] Eunice Barnard, «Educators Assail Hearst "Influence"», *The New York Times*, 25 de febrero de 1935; Eunice Barnard, «Nye Asks for Data for Press Inquiry», *The New York Times*, 28 de febrero de 1935.
[93] L. C. Speers, «Issue of War Profits Is Now Taking Form», *The New York Times*, 24 de marzo de 1935; Robert C. Albright, «President Hears Drastic Plan to Take Profit Out of War», *The Washington Post*, 24 de marzo de 1935; Cole, *Senator Gerald P. Nye and American Foreign Policy*, p. 85.
[94] «House and Senate Clash on Drastic Bills to End All Profiteering in War», *The New York Times*, 3 de abril de 1935.
[95] «Hostility to War Rules House Votes as Army Parades», *The New York Times*, 7 de abril de 1935.
[96] Arthur Krock, «In the Nation», *The New York Times*, 11 de abril de 1935.
[97] «Hedging on Aims Denied by Baruch», *The New York Times*, 17 de abril de 1935.
[98] «Nye Submits Bill for Big War Taxes», *The New York Times*, 4 de mayo de 1935.
[99] «The Communistic War Bill», *The Chicago Tribune*, 18 de septiembre de 1935.
[100] Newton D. Baker, «Our Entry into the War», *The New York Times*, 13 de noviembre de 1935.
[101] Thomas W. Lamont, «Mr. Lamont Excepts», *The New York Times*, 25 de octubre de 1935.
[102] «2 Morgan Aides Deny Blocking Arms Inquiry», *The Washington Post*, 7 de enero de 1936.
[103]*Ibid.*; «Morgan Testifies as Nye Bares Data on War Loans Curbs», *The New York Times*, 8 de enero de 1936.
[104] Felix Bruner, «Nye Assailed as Senators Leave Arms Investigation», *The Washington Post*, 17 de enero de 1936.
[105] «Southerner Shakes with Rage as He Defends Chief in Senate», *The Washington Post*, 18 de enero de 1936.
[106] «Funds Spent, Nye Declares Arms Inquiry Is Postponed», *The Washington Post*, 20 de enero de 1936.
[107] «Senate Votes Funds for Nye Wind-up», *The New York Times*, 31 de enero de 1936.
[108] Ray Tucker, «Hard Road to Peace Revealed by Inquiry», *The New York Times*, 9 de febrero de 1936.
[109] «An Inquiry Ends Well», *The New York Times*, 9 de febrero de 1936.
[110] «Nye Denies Inquiry "Cleared" Morgan», *The New York Times*, 10 de febrero de 1936.
[111] George Gallup, «82% Majority Votes to End Profit of War», *The Washington Post*, 8 de marzo de 1936.
[112] «Munitions Report May Challenge Arms Industry», *The Atlanta Constitution*, 8 de marzo de 1936.
[113] «On Nationalizing Munitions», *The Washington Post*, 9 de marzo de 1936.
[114] Cole, *Senator Gerald P. Nye and American Foreign Policy*, pp. 91-92.
[115] «Nye Group Urges U.S. Set Up Its Own Gun Plants», *The Chicago Tribune*, 21 de abril de 1936.
[116] Max Wallace, *The American Axis: Henry Ford, Charles Lindbergh, and the Rise of the Third Reich*, St. Martin's Press, Nueva York, 2003, p. 226.
[117] Richard S. Tedlow, *The Watson Dynasty: The Fiery Reign and Troubled Legacy of IBM's Founding Father and Son*, HarperCollins, Nueva York, 2003, p. 129.
[118] «British, Nazi Trade Groups Reach Accord», *The Chicago Tribune*, 17 de marzo de 1939.
[119] Theodore J. Kreps, «Cartels, a Phase of Business Haute Politique», *American Economic Review*, nº 35 (mayo de 1945), p. 297.
[120] Kevin Maney, *The Maverick and His Machine: Thomas Watson Sr. and the Making of IBM*, John Wiley & Sons, Nueva

York, 2003, p. 206.

[121] «Ford Says It's All a Bluff», *The New York Times*, 29 de agosto de 1939; Wallace, *The American Axis*, p. 219.

[122] John Mueller, portavoz de GM, afirmó que la compañía perdió el control diario de sus operaciones en Alemania en septiembre de 1939. *Véase* Michael Dobbs, «Ford and GM Scrutinized for Alleged Nazi Collaboration», *The Washington Post*, 30 de noviembre de 1998; Wallace, *The American Axis*, p. 332; Bradford Snell, «American Ground Transport», Committee on the Judiciary, Senado de Estados Unidos, 26 de febrero de 1974, pp. 17-18.

[123] Snell, *ibid.*, p. 16.

[124] Edwin Black, *Nazi Nexus: America's Corporate Connections to Hitler's Holocaust*, Dialog Press, Washington, D. C., 2009, p. 9.

[125]*Ibid*., p. 10; Dobbs, «Ford and GM Scrutinized».

[126] Paul A. Lombardo, *A Century of Eugenics in America*, Indiana University Press, Bloomington, 2011, p. 100; Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine Under the Nazis*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1988.

[127] Black, *Nazi* Nexus, pp. 34-35.

[128] Daniel J. Kevles, *In the Name of Eugenics: Genetics and the Uses of Human Heredity*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1985, p. 111; Black, *Nazi* Nexus, p. 25.

[129] Kevles, *In the Name of Eugenics*, p. 16.

[130] Ben Aris and Duncan Campbell, «How Bush's Grandfather Helped Hitler's Rise to Power», *The Guardian*, 25 de septiembre de 2004; Wallace, *The American Axis*, p. 349.

[131] Black, *Nazi Nexus*, p.119; Snell, *The American Axis*, p. 22.

[132]*Research Findings About Ford-Werke Under the Nazi Regime*, Ford Motor Company, Dearborn (Michigan), 2001, pp. i, 121-122, *http://media.ford.com/events/pdf/ 0_Research_Finding_Complete.pdf*.

[133] Jason Weixelbaum, «The Contradiction of Neutrality and International Finance: The Presidency of Thomas H. McKittrick at the Bank for International Settlements in Basle, Switzerland 1940-1946», *http://jasonweixelbaum.wordpress.com/ #_ftn85*.

[134] Dobbs, «Ford and GM Scrutinized».

[135] Robert David Johnson, *The Peace Progressives*, p. 292.

[136] George C. Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*, Oxford University Press, Nueva York, 2008, pp. 503-504.

[137] Kennedy, *Freedom from Fear*, pp. 395-396.

[138] William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany*, Simon & Schuster, Nueva York, 1960, p. 293.

[139] Dominic Tierney, *FDR and the Spanish Civil War: Neutrality and Commitment in the Struggle that Divided America*, Duke University Press, Durham (Carolina del Norte), 2007, pp. 68-69.

[140] Kennedy, *Freedom from Fear*, pp. 398-400.

CAPÍTULO 3. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. ¿QUIÉN DERROTÓ EN REALIDAD A ALEMANIA?

Para la mayoría de norteamericanos la Segunda Guerra Mundial es, quizá por nostalgia, la «guerra buena» en que Estados Unidos y sus aliados triunfaron sobre el nazismo alemán, los fascismos y el militarismo japonés. El resto del mundo la recuerda, sin embargo, como el conflicto más sangriento de la historia de la humanidad. Cuando terminó, más de sesenta millones de personas habían perdido la vida, es decir, veintisiete millones de rusos, entre diez y veinte millones de chinos, seis millones de judíos, cinco millones y medio de alemanes, tres millones de polacos no judíos, dos millones y medio de japoneses y un millón y medio de yugoslavos. Austria, Reino Unido, Francia, Italia, Hungría, Rumanía y Estados Unidos habían perdido entre doscientos cincuenta mil y trescientos treinta y tres mil ciudadanos.

A diferencia de la Gran Guerra, la Segunda Guerra Mundial empezó poco a poco y fue a más. Los primeros tiros se dispararon en 1931, cuando el Ejército japonés de Kwantung arrolló a las tropas chinas de Manchuria.

Mientras las potencias occidentales ampliaban sus imperios coloniales a finales del siglo XIX, Japón, embarcado en su rápida modernización e industrialización, buscaba su sitio entre las principales naciones del mundo. Ya había demostrado su capacidad militar al derrotar recientemente a China en la guerra chino-japonesa de 1894-1895 y con la sorprendente victoria ante Rusia en la guerra ruso-japonesa una década después. Era la primera vez en casi setecientos años —desde Gengis Kan— que un país oriental vencía a una nación occidental. Esa derrota fue devastadora para el régimen ruso y en 1905 estallaron una serie de revueltas que, alimentadas por la injusticia zarista y las numerosas bajas sufridas ante Alemania en la Primera Guerra Mundial, culminarían en la Revolución rusa de 1917. La guerra ruso-japonesa enrareció las relaciones entre Rusia y Japón durante décadas.

Entretanto, Alemania, sedienta de venganza tras el devastador descalabro de la Gran Guerra, se puso en marcha en Occidente. Hitler y Mussolini formaron el Eje en 1936 y a continuación ayudaron al general Francisco Franco a acabar con la República española. Ante la blanda reacción de las democracias occidentales a la agresión fascista en Etiopía y España, Hitler se envalentonó y llegó a creer que podría llevar a cabo su plan de conquistar el resto de Europa. Además, convenció a Stalin de que Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos no tenían interés en actuar conjuntamente para detener el avance nazi.

En 1937 la guerra chino-japonesa se convirtió en un conflicto a gran escala y el poderoso Ejército japonés fue tomando una ciudad tras otra. En diciembre de 1937, tropas niponas castigaron cruelmente a los habitantes de Nankín: asesinaron a doscientos o trescientos mil y violaron a unas ochenta mil mujeres. Japón no tardó en tener bajo control la costa oriental de China y a sus doscientos millones de habitantes.

La situación internacional se deterioró todavía más en 1938, cuando los alemanes se anexionaron Austria y los aliados capitularon ante Hitler en Múnich con la cesión de los Sudetes checoslovacos. Neville Chamberlain, el primer ministro británico, hizo entonces su tristemente famosa declaración: el pacto de Múnich suponía para él «la paz de nuestros tiempos».*[1]* Roosevelt, sin embargo, era más consciente de lo que en realidad estaba ocurriendo. Los británicos y los franceses, insistía, habían abandonado a su suerte a los indefensos checos y tendrían que «lavar la sangre de sus manos de Judas Iscariote».[2] Pero Roosevelt sabía también que el apoyo que Estados Unidos ofrecía a todos los que se oponían al dictador nazi era mínimo. Estados Unidos, en efecto, no hacía lo suficiente para ayudar a las desesperadas comunidades judías de Austria y Alemania. En 1939 cubrió con veintisiete mil

trescientos la cuota de inmigrantes alemanes y austriacos, pero ese fue el único año que lo hizo. Con centenares de miles de judíos en busca de refugio, la ayuda norteamericana resultaba tristemente escasa. Y Roosevelt no hizo el menor esfuerzo por ampliar la pequeña cuota que habían establecido las discriminatorias leyes de inmigración de 1924.[3]



Hitler y Mussolini formaron el Eje en 1936 y dieron comienzo a una campaña de agresión en España y Etiopía. Al principio, las democracias occidentales hicieron muy poco por entorpecer sus planes.

Hitler asestó un nuevo golpe en marzo de 1939 con la invasión de Checoslovaquia. Stalin comprendió que pronto le llegaría el turno a la Unión Soviética. El dictador bolchevique llevaba años implorando a Occidente un pacto frente a Hitler y Mussolini. La Unión Soviética llegó incluso a unirse a la Sociedad de Naciones en 1934, pero las súplicas soviéticas para adoptar medidas de seguridad conjuntas frente a los agresores fascistas fueron repetidamente desoídas. Tras la invasión de Checoslovaquia, Stalin volvió a urgir a Inglaterra y a Francia a unirse en defensa de Europa Oriental, pero una vez más los occidentales hicieron oídos sordos.

Temiendo que Hitler se aliara con Polonia para atacarle, Stalin decidió ganar tiempo. En agosto la Unión Soviética firmó un acuerdo contra natura con su mortal enemigo. Hitler y Stalin dejaron atónito al mundo al firmar un pacto de no agresión con disposiciones secretas para repartirse Europa Oriental. En realidad, el dictador soviético había propuesto una alianza similar a Francia y Gran Bretaña, pero ninguno de estos países aceptó su intención de enviar tropas a suelo polaco con efectos disuasorios. Hitler invadió Polonia el 1 de septiembre. Los Aliados declararon la guerra a Alemania, la Unión Soviética invadió Polonia el 17 de septiembre y pronto se hizo con el control de los estados bálticos —Lituania, Letonia y Estonia— y atacó Finlandia.

En abril de 1940, tras un breve respiro, Hitler desató su furiosa *blitzkrieg*. Dinamarca, Noruega, Holanda y Bélgica fueron cayendo en rápida sucesión. El 22 de junio, Francia, cuya generación más joven había sido diezmada en la Primera Guerra Mundial y que adolecía de una clase dirigente conservadora y antisemita hasta el tuétano, se rindió tras solo seis semanas de lucha. Gran Bretaña se quedó sola. En el verano de 1940, durante la batalla de Inglaterra, las perspectivas eran desoladoras. Pero Alemania no logró destruir la Royal Air Force británica y así la invasión a través del canal de la Mancha, planeada para septiembre, resultaba imposible. Pese a todo, la Luftwaffe siguió castigando las ciudades británicas.

Roosevelt deseaba ayudar, pero con las leyes de neutralidad vigentes, un ejército poco preparado y el aislacionismo imperante, poco podía hacer. Se topó asimismo con la oposición de algunos miembros del gabinete y de varios militares, que creían que Gran Bretaña estaba perdida y era necesario concentrar todos los recursos en defender la patria. Arriesgándose a la acusación de saltarse la legalidad, evitó consultar al Senado y decidió de forma unilateral proporcionar a Gran

Bretaña cincuenta viejos destructores a cambio de noventa y nueve años de préstamo de bases navales y aéreas en ocho territorios británicos del hemisferio occidental. Con la batalla de Inglaterra aún en marcha, deseaba en realidad ser objeto de dicha acusación a fin de reforzar la determinación de los británicos.[4]

El mundo entero prácticamente condenó la agresión japonesa de China, pero apenas hizo nada para evitar el implacable bombardeo de las ciudades. En julio de 1939, Estados Unidos tensó la cuerda alrededor de la economía japonesa al dar por concluido el tratado comercial con Japón de 1911, que interrumpía la afluencia de materias primas vitales al país nipón y prohibía exportaciones cruciales para su maquinaria de guerra. Mientras tanto, en Manchuria, los ejércitos soviéticos libraban una disputa fronteriza que se saldó con la primera victoria del general soviético Gueorgui Zhukov. La tensión iba en aumento.

En septiembre de 1940, Alemania, Italia y Japón firmaron oficialmente el Pacto Tripartito, alianza de las tres «potencias del Eje». Hungría, Rumanía, Eslovaquia y Bulgaria se sumarían al acuerdo poco después.

Con las nubes de la guerra en el horizonte, Roosevelt decidió romper todo precedente y presentarse a un tercer mandato presidencial. Los republicanos nombraron candidato a un fiscal de Indiana, Wendell Willkie, un moderado que había apoyado casi toda la legislación del New Deal y defendía la ayuda militar a Gran Bretaña. El hecho de que Willkie, reciente converso al Partido Republicano, se hubiera impuesto a otros candidatos suscitó las iras del ala dura, compuesta por exaltados como el exsenador James Watson, que comentó: «Si una ramera se arrepintiese y quisiera unirse a la Iglesia, yo personalmente le daría la bienvenida y la conduciría a uno de los bancos que están cerca del altar. Pero, por Dios Santo, no se me ocurriría pedirle que dirigiera al coro en su primera noche».[5]

Roosevelt sopesó enormemente la elección del candidato a la vicepresidencia. Había mucho en juego. El país podría entrar en guerra muy pronto. Consideró todas sus opciones y eligió a su secretario de Agricultura: Henry A. Wallace. Sabía que la elección resultaría muy polémica. Wallace provenía de una antigua familia de eminentes republicanos de Iowa. Su abuelo fue el fundador de *Wallace's Farmer*, conocido boletín para granjeros especializado en agricultura científica. Su padre había sido secretario de Agricultura con Harding y Coolidge hasta su fallecimiento en 1924. Aunque en 1928 había apoyado a Smith —y a Roosevelt en 1932—, no cambió oficialmente de partido hasta 1936. Por ese motivo, muchos demócratas cuestionaban su lealtad —igual que los republicanos cuestionaban la de Willkie.

Roosevelt no tenía tantas dudas. Conocía la postura de Wallace en cuestiones básicas. Como secretario de Agricultura había desempeñado una magnífica labor, la de supervisar el extraordinario retorno a la prosperidad. Los agricultores, que en 1933 todavía suponían una cuarta parte de la población norteamericana, se encontraban en una situación miserable cuando Wallace asumió su cargo. Los productos agrícolas habían inundado los mercados y, por tanto, los precios estaban por los suelos. El problema, que perduró a lo largo de todos los años veinte, se agudizó tras la crisis de 1929. En 1932 la renta agrícola era un tercio de la de 1929. En 1933 en la Norteamérica rural cundía la desesperación. Roosevelt comprendió que el éxito del New Deal dependía de la recuperación del campo. Wallace sugirió una solución muy controvertida. Propuso pagar a los agricultores por reducir la producción. Pensaba que una disminución de la oferta incrementaría la demanda y, por consiguiente, los precios. Pero en 1933 se vio obligado a tomar medidas aún más drásticas. El precio del algodón había bajado diez céntimos por kilo. Los graneros estaban a rebosar, los mercados de exportación se habían evaporado y la nueva cosecha estaba en flor. De modo que tomó la decisión de pagar a los agricultores por destruir el 25 por ciento de los cultivos ya plantados. Para él, que había pasado años perfeccionando una variedad híbrida de maíz y creía que el excedente alimentario era la

base de un mundo pacífico, era una idea casi inconcebible. «Tener que destruir la siembra en crecimiento —se lamentó— es una sorprendente paradoja de nuestra civilización». Ese mes de agosto, el arado enterró casi cinco millones de hectáreas sembradas de algodón.

Poco después tomó una medida todavía más difícil de entender, referida al excedente de ganado porcino. Siguiendo el consejo de los granjeros, respaldó un programa que se proponía sacrificar seis millones de lechones de menos de cincuenta kilos, es decir, la mitad del peso de un cerdo adulto en el mercado. Muchos le masacraron por aquel «infanticidio porcino», por ese «control de natalidad para cochinos». Wallace respondió: «No me cabe duda de que es tan inhumano matar a un cerdo adulto como a un lechón [...]. Oyes hablar a esa gente y parece que criamos a los cerdos para que sean mascotas». Por su parte, se propuso sacar el máximo provecho del programa y distribuyó medio millón de kilos de carne de cerdo, manteca y jabón entre los más necesitados. «Pocos se dieron cuenta entonces de hasta qué extremo se trataba de una medida radical —reflexionó más tarde— que el Estado comprara a los que tenían demasiado para repartir entre los que tenían demasiado poco».

Las muy criticadas medidas de Wallace produjeron el efecto deseado. El precio del algodón se multiplicó por dos. La renta agrícola subió un 30 por ciento en un solo año. Pese a todo, Wallace seguía lamentando el desgraciado mensaje que podía deducirse de sus medidas: «Enterrar cinco millones de hectáreas de algodón en agosto de 1933 y la matanza de seis millones de lechones en septiembre del mismo año no podían considerarse gestos muy idealistas en ninguna sociedad sana. Eran medidas de emergencia, necesarias ante la insensata falta de sagacidad política del mundo durante el periodo transcurrido entre 1920 y 1932».[6] Aun con sus explicaciones, la destrucción en apariencia gratuita de cultivos y cabezas de ganado en una época de hambre y pobreza revolvió las vacías tripas de los ciudadanos y cargó al New Deal con una imagen de insensibilidad y la reputación de abrazar la filosofía de la recuperación gracias a la escasez.

Considerando su gestión en conjunto, escribió más tarde Arthur Schlesinger, Jr., «Wallace fue un gran secretario de Agricultura [...]. Amplió a tiempo la perspectiva y dejó de ocuparse solo de la agricultura desde un punto de vista comercial para solucionar el problema de la agricultura de subsistencia y la pobreza rural. En las ciudades, proporcionó a los pobres cupones de comida y acceso a comedores escolares. Aplicó programas de explotación agraria, conservación del suelo y lucha contra la erosión. Y siempre fomentó la investigación para combatir las enfermedades de plantas y animales, descubrir cultivos capaces de resistir las sequías y desarrollar semillas híbridas para incrementar la productividad».[7]

Durante sus ocho años al frente de la Secretaría de Agricultura, Wallace no solo consolidó sus credenciales de visionario del New Deal en política interior, sino que se labró reputación de antifascista declarado. En 1939 prestó apoyo al American Committee for Democracy and Intellectual Freedom, ACDIF [Comité Norteamericano para la Democracia y la Libertad Intelectual], organizado por Franz Boas, el antropólogo más importante de Estados Unidos, y otros personajes afines. A finales de 1938, Boas publicó su «Manifiesto por la libertad de la ciencia». Firmado por mil doscientos ochenta y cuatro científicos, condenaba el racismo de los nazis y el trato dispensado a los científicos en Alemania y pedía una vigorosa defensa de la democracia y la libertad intelectual en Estados Unidos. La comunidad científica tenía a Wallace en muy alta estima y le consideraba el miembro más formado en cultura científica del gobierno de Roosevelt y su mayor aliado. En octubre de 1939, lo invitaron a participar en una mesa redonda de ACDIF titulada «Cómo podemos los científicos ayudar a combatir el racismo», que se celebró en la Feria Mundial de Nueva York. Wallace definió así el racismo: «El intento de determinados individuos de ciertos grupos de dominar a otros por medio de la elaboración de falsas teorías raciales que apoyen sus reivindicaciones». Basándose en su experiencia en transgénicos, se centró en «el papel que los científicos pueden desempeñar para combatir dichas falsas teorías y evitar que las usen para destruir la libertad del hombre». Pidió a los

científicos que liderasen la lucha:

> Para combatir el «racismo» antes de que hinque sus venenosos colmillos en nuestro cuerpo político, el científico tiene tanto un motivo especial como una especial responsabilidad. Su motivo proviene del hecho de que cuando la libertad individual desaparece, la libertad científica desaparece también. Su responsabilidad se origina en la circunstancia de que solo puede dar al ciudadano la verdad. Solo él puede limpiar de falsedades nuestras universidades, nuestros institutos y nuestras imprentas. Solo él puede demostrar cuán infundada es esa idea de que Dios ha otorgado a una sola raza, a una sola nación o una sola clase el derecho a dominar.[8]

En aquellos momentos en que la vida de la democracia en Europa pendía de un hilo, Roosevelt pidió como compañero de candidatura a un campeón de la democracia y la libertad. Los mandamases del partido y sus bases más conservadoras se opusieron a Wallace por las mismas razones por las que Roosevelt le quería. Temían sus opiniones radicales. Desconfiaban de su devoción por los principios, de que los antepusiera a la política. Daba la impresión de que el nombramiento de Wallace no se produciría. Roosevelt, molesto y frustrado, escribió una carta notable a los delegados, una misiva que los demócratas de hoy harían bien en releer. En ella rechazaba de plano la candidatura a la presidencia y lo razonaba así:

> El Partido Demócrata [debe] enarbolar la bandera [...] de la política y los principios liberales y progresistas [...]. El partido ha fracasado cuando [...] ha caído bajo el control de aquellos que piensan más en dólares que en valores humanos [...]. Hasta que el Partido Demócrata [...] no se sacuda los grilletes que le han puesto las fuerzas del conservadurismo, la reacción y la política de apaciguamiento [...], no podrá continuar su marcha hacia la victoria [...]. El Partido Demócrata [...] no puede avanzar en ambas direcciones al mismo tiempo. [Por tanto, yo] rechazo el honor de ser candidato a la presidencia.[9]

Eleanor Roosevelt resolvió el problema. Se convirtió en la primera esposa de un candidato que se dirigía a la convención de un partido. «Nos enfrentamos a una situación muy grave», dijo a los descontentos delegados recordándoles que corrían «tiempos extraordinarios».[10] Sometidos a fuertes presiones, los máximos dirigentes del Partido Demócrata, que eran quienes dominaban el proceso de elección de candidatos, y los delegados de la convención plegaron velas y aceptaron a Wallace. Más tarde, sin embargo, se cobrarían cumplida venganza.

En noviembre Roosevelt y Wallace derrotaron cómodamente a Wendell Willkie y Charles McNary con un 55 por ciento de los votos. Antes de las elecciones, Roosevelt había prometido que mantendría a Estados Unidos fuera de la guerra. En un acto multitudinario en el Boston Garden declaró: «Lo he dicho ya, pero lo voy a repetir. No vamos a mandar a vuestros hijos a ninguna guerra extranjera».[11] Estados Unidos, no obstante, se acercaba poco a poco al conflicto y se preparaba ya para satisfacer gran parte de las necesidades militares británicas, incluido el envío de artillería, tanques, ametralladoras, fusiles y miles de aviones.

Los primeros días de enero de 1941, Roosevelt subió las apuestas y propuso una ley de préstamo y arriendo de material de guerra a Gran Bretaña muy patrióticamente denominada H. R. 1776. Así podría ayudar discretamente a los cada día más desesperados británicos, que ya no tendrían que preocuparse del «tonto y estúpido símbolo del dólar».[12] La reacción da idea del desafío que suponía convencer al país de que la guerra era lo que más le convenía. En la rueda de prensa ofrecida al día siguiente de la presentación del proyecto, Eleanor Roosevelt dijo que estaba «triste y asombrada» ante la frialdad con que los republicanos se habían tomado el mensaje del presidente.[13]

En realidad, el ala crítica del Partido Republicano estaba furibunda. Thomas Dewey, futuro candidato a la presidencia, advirtió que la nueva ley supondría «el fin del libre gobierno en Estados

Unidos», que aboliría las facultades «del Congreso a efectos prácticos». Alf Landon comentó que se trataba «del primer paso hacia la dictadura del señor Roosevelt».[14] Landon tenía sus sospechas: «Nos está llevando poco a poco a la guerra», acusó. Gerald Nye afirmó que, si se aprobaba esa ley, la entrada en la guerra sería «casi inevitable». «Wheeler Sees War in Bill», *Los Angeles Times*, 13 de enero de 1941.

Los más críticos temían que, como ya había sucedido en 1917, los préstamos y otro tipo de lazos con el Reino Unido arrastraran a Estados Unidos. En el Congreso, el debate fue acalorado. Burton Wheeler, senador demócrata por Montana, rechazaba de plano la idea de que Hitler pudiera llegar algún día a declarar la guerra a Estados Unidos y dijo que el programa de préstamo y arriendo era «la política exterior del New Deal, metida con calzador a uno de cada cuatro muchachos de este país».[15] Roosevelt contraatacó diciendo que el comentario de Wheeler era «de lo más falaz […], de lo más vil y antipatriótico […], de lo más podrido» que se hubiera dicho en público en toda su generación.[16]

Los defensores de Roosevelt coincidían con él en que ayudar a Gran Bretaña era lo mejor que Estados Unidos podía hacer para no verse arrastrado a la guerra. Joshua Lee, senador por Oklahoma, salió en defensa del presidente: «Hitler es un loco y tiene en su poder el botón de la maquinaria más poderosa y destructiva que la mente humana haya podido concebir. Las ruinas calcinadas de todo un continente son la siniestra prueba de que no le importa apretarlo […]. Estados Unidos solo tiene una oportunidad de evitar la guerra total, y esa oportunidad se llama Inglaterra. Inglaterra es el único obstáculo entre Estados Unidos y un bautismo de sangre».[17]

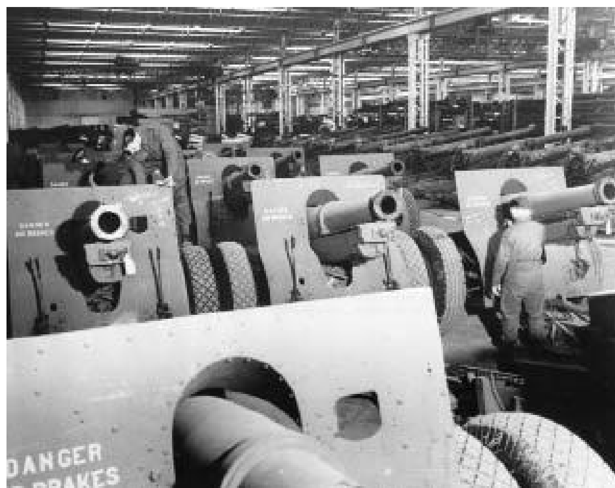
La Lend-Lease Act [Ley de Préstamo y Arriendo] fue aprobada a principios de marzo con una enmienda que prohibía a la Marina ofrecer protección a los convoyes de transporte. El Congreso refrendó también los primeros siete mil millones de dólares de un fondo de ayuda para material de guerra que finalmente totalizaría cincuenta mil millones. El senador Arthur Vandenberg se desahogó así: «Hemos tirado a la basura ciento cincuenta años de política exterior. Hemos renunciado a los principios del discurso de despedida de Washington. Nos hemos lanzado de cabeza a la política del poder y las guerras por el dominio de Europa, Asia y África. Hemos dado el primer paso en un camino del que ya no podremos echarnos atrás».[18]

Churchill dio las gracias a los norteamericanos con efusión. Telegrafió al presidente diciéndole: «Nuestras bendiciones de parte de todo el imperio británico». Los británicos pronto se percataron, sin embargo, de que la generosidad de Roosevelt y su apoyo a la perpetuación de su imperio tenía sus límites. La Lend-Lease Act incluía ciertas disposiciones que permitirían que Estados Unidos se introdujera en la esfera comercial del imperio británico e impedir su rehabilitación una vez concluida la guerra. A los británicos no les hacía muy felices la perspectiva de una venta obligada de sus activos. Churchill protestó: «No solo nos quieren despellejar, nos van a dejar en los huesos». Al mismo tiempo, sin embargo, comprendía lo que la mayoría de los críticos de Roosevelt temían, que Estados Unidos había iniciado la senda de la guerra. «Me gustaría que hubieran mordido un poco más el anzuelo —confesó—, pero están en camino».[19]

Resultó, pese a todo, que el pueblo norteamericano estaba deseoso de morder el anzuelo con más fuerza cada vez. Todas sus simpatías estaban con los Aliados. En octubre de 1939, una encuesta de Gallup reveló que el 84 por ciento de los norteamericanos deseaban que Gran Bretaña y Francia ganaran la guerra. Solo el 2 por ciento apoyaban a Alemania. Aun así, el 95 por ciento todavía deseaba que Estados Unidos permaneciese neutral.[20]

Resulta irónico, pero fue Hitler quien contribuyó a terminar con la soledad de Gran Bretaña, porque el 22 de junio de 1941 la historia dio un vuelco espectacular. Desdiciéndose del pacto firmado en 1939, Alemania puso en marcha la Operación Barbarroja, es decir, la invasión a gran escala de la Unión Soviética. Stalin, que previamente había eliminado mediante purgas a gran parte de su Estado Mayor, hizo caso omiso de las repetidas advertencias de que el ataque era inminente y los alemanes,

que avanzaron con tres millones doscientos mil soldados a lo largo de un frente de casi tres mil kilómetros, cogieron a sus fuerzas completamente desprevenidas.[21] El Ejército alemán progresó rápidamente. La Luftwaffe destruyó la aviación soviética y la Wehrmacht rodeó a muchas unidades soviéticas infligiéndoles pérdidas terribles. Los nazis alcanzaron Leningrado, Smolensko y Kiev. El brutal golpe de la *blitzkrieg* alemana al Ejército Rojo desató los recelos de Londres y Washington, que temían que Stalin firmase por separado la paz con Hitler como Lenin había hecho con la Alemania de Guillermo II en 1918.



Obuses de fabricación norteamericana listos para ser llevados a Gran Bretaña en 1941. Formaban parte del programa de préstamo y arriendo para ayudar al esfuerzo de guerra británico. Con dicho programa, Estados Unidos aumentaba su implicación en la guerra europea, con la oposición en el Congreso, eso sí, del Partido Republicano, que era aislacionista.

Ciertamente, en la Unión Soviética no se sentían vinculados por ninguna lealtad a Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos, porque, cada una a su manera, habían puesto trabas a la Revolución rusa. A principios de 1925, con la publicación de *Mi lucha*, Hitler había expresado repetidamente su enemistad con los bolcheviques. Cuando, a mediados de los años treinta, sus intenciones expansionistas quedaron claras, Stalin solicitó una alianza militar a Inglaterra y Gran Bretaña y nadie le escuchó. Más tarde, cuando ayudó a los republicanos de España, que se habían enfrascado en un cruento combate con las tropas del general Franco, a quien apoyaban alemanes e italianos, los conservadores británicos, Winston Churchill incluido, manifestaron sus simpatías por los rebeldes fascistas de Franco. Los soviéticos, por otra parte, deploraban la cobarde actitud de los aliados en Múnich, donde dejaron a Hitler las manos libres para destruir la Unión Soviética.

Pocos creían que los soviéticos pudieran detener el avance alemán. El Ejército norteamericano calculaba que no podrían resistir más de tres meses y que tal vez cayeran en cuatro semanas. Roosevelt y Churchill se esforzaron hasta la extenuación para que la Unión Soviética no se rindiera, la supervivencia de Gran Bretaña dependía de ello. Tragándose su eterno odio al comunismo, Churchill pidió el apoyo de los británicos para los soviéticos e instó a sus aliados a hacer lo mismo. Prometió «destruir a Hitler y todo vestigio del régimen nazi».[22] Sumner Welles, secretario de Estado interino, declaró en nombre del presidente que Estados Unidos no tardaría en enviar ayuda material a la Unión Soviética, pero dejó en el aire la posibilidad de concederle préstamos. Algunos, sin embargo, trataron de truncar esta idea de raíz. Harry Truman, por aquel entonces senador por Misuri, alimentó las llamas de la desconfianza con la siguiente recomendación: «Si vemos que Alemania va ganando, debemos ayudar a Rusia, pero si vemos que es Rusia la que va ganando, debemos ayudar a Alemania. Que se maten entre ellos; y cuantos más mueran, mejor».[23]

Prescindiendo del consejo de Truman, Roosevelt pidió al embajador soviético una lista de

productos que Estados Unidos pudiera proporcionar a la URSS. Más tarde, en julio, envió a Harry Hopkins a Moscú para tomar el pulso de la situación y valorar la capacidad de resistencia de los soviéticos. A Stalin le trasladó que hablase a Hopkins «con la misma confianza» con que le hablaría a él. Stalin reconoció la superioridad militar alemana, pero aseguró que el Ejército Rojo aprovecharía el parón invernal para preparar las batallas de primavera. «Dennos artillería antiaérea y aluminio [para fabricar aviones] y podremos seguir luchando tres o cuatro años», dijo. Hopkins le creyó.[24] En agosto Roosevelt ordenó el envío de los primeros cien aviones de caza. Y había más pertrechos ya en camino.

Los generales, más preocupados por la defensa nacional, pusieron trabas al presidente. Los británicos tampoco querían compartir material. Con mayor amplitud de miras, en cambio, Roosevelt pidió a Henry Stimson, secretario de Guerra, y a otros ministros que acelerasen el proceso. Cuando anunció que mandaba a Moscú una delegación encabezada por W. Averell Harriman para tratar la entrega de más material militar, provocó reacciones muy airadas. Robert McCormick, columnista de derechas de *The Chicago Tribune*, comentó:

> Ni en caso de emergencia nacional tendría una misión norteamericana que visitar el maldito Kremlin para valorar las necesidades del mayor bárbaro de la era moderna. Ni los intereses nacionales ni el peligro que podamos correr nos obligan a estrechar la mano a un sistema de gobierno que profesa desprecio eterno a nuestro estilo de vida, y a todo cuanto nosotros consideramos necesario para mantenerlo, y que planea una guerra total y sin tregua contra las personas que constituimos la nación norteamericana.[25]

Roosevelt era consciente del profundo sentimiento antisoviético de sus conciudadanos y sabía que, para enviar suministros al gobierno soviético, debía proceder con cautela. Según un sondeo de Gallup, solo el 35 por ciento de los norteamericanos estaban a favor de proporcionar ayuda a los soviéticos en las mismas condiciones que se le había proporcionado a los británicos tres meses antes. El 7 de noviembre de 1941, vigésimo cuarto aniversario de la Revolución rusa, Roosevelt anunció que Estados Unidos ampliaba las ayudas de la Ley de Préstamo y Arriendo a la Unión Soviética y ofreció un crédito de mil millones de dólares sin intereses pagadero a cinco años a contar a partir del día del fin de la guerra.

Cuando, sin embargo, la prometida ayuda se retrasó, la euforia de los soviéticos se tornó amargura. *The New York Times* publicó que los envíos de los meses de octubre y noviembre se habían quedado «muy, muy cortos», y no alcanzaban «el tonelaje estipulado». Arthur Krock lo atribuía a ciertas circunstancias especiales, pero no mencionaba los obstáculos de quienes desde un principio habían desaprobado la medida.[26] Al no recibir los suministros prometidos, y con Moscú y Leningrado en estado de sitio, Ucrania ocupada y las enormes bajas del Ejército Rojo, que tanto le habían debilitado, la situación de los soviéticos se antojaba muy lóbrega y en el Kremlin empezaban a poner en duda la supuesta buena voluntad de Estados Unidos.



La caballería alemana abandona una aldea rusa en llamas en plena Operación Barbarroja, invasión de la Unión Soviética a gran escala en 1941.

Roosevelt quería entrar ya en la contienda y, como Woodrow Wilson antes que él, maniobró en la sombra para conseguirlo. En su opinión, Hitler quería dominar el mundo y había que pararle los pies. A principios de 1941, los Estados Mayores norteamericano y británico se reunieron para diseñar una estrategia para derrotar primero a Alemania y a continuación acabar con Japón. La aplicarían tras la entrada en guerra de Estados Unidos. Mientras, la guerra submarina se cobraba un número inaudito de barcos británicos y mermaba la ayuda norteamericana. En abril Roosevelt dio su autorización para que las embarcaciones estadounidenses proporcionasen información vital a los británicos sobre la situación de los buques y aviones enemigos y pronto, para precipitar el enfrentamiento directo con los submarinos alemanes, permitió el transporte de suministros al Ejército inglés del Norte de África. Se produjo, finalmente, el deseado enfrentamiento y un comunicado alemán acusó a Roosevelt: «Emplea todos los medios a su disposición para provocar incidentes con el propósito de que el pueblo norteamericano muerda el anzuelo y vaya a la guerra».[27] En septiembre, después de uno de esos incidentes, Roosevelt anunció que a partir de entonces sus buques podrían «disparar sin previo aviso» contra todo barco alemán o italiano que surcase aguas estadounidenses.[28]

En agosto de 1941, Roosevelt se reunió en secreto con Churchill en Terranova. Elaboraron la Carta del Atlántico, que, al igual que los Catorce Puntos de Wilson, articulaba una solución progresista y democrática para los objetivos bélicos. El futuro desvelaría si esta vez Estados Unidos conseguiría llevar sus propósitos a buen término. La Carta del Atlántico suponía la renuncia a las conquistas y modificaciones territoriales sin el consentimiento de los gobernados. Defendía el autogobierno, el libre acceso a las rutas comerciales y a los recursos de vencedores y vencidos, una paz que diera lugar a «una libertad sin miedo ni codicia», la libre circulación por los mares, el desarme y un sistema permanente de seguridad. Anticipando que la redacción propuesta por Roosevelt amenazaba las colonias británicas, Churchill añadió una cláusula para estipular que el libre acceso a los recursos de todas las naciones solo quedaba garantizado «con el debido respeto a [...] los compromisos existentes».

Roosevelt rechazó la petición de Churchill, que deseaba la incorporación inmediata de Estados Unidos al conflicto. Pero en su crónica de las conversaciones, Churchill revela las verdaderas intenciones del presidente norteamericano: «[Roosevelt comentó a sus ministros] que entraría en guerra, aunque no la declararía, y que sus provocaciones irían en aumento. Si los alemanes no estaban contentos con la situación, que atacasen. Había que hacer todo lo posible por forzar un "incidente" que condujera a la guerra».[29] Aunque algunos podrían justificar el fingido comportamiento de Roosevelt por considerar que la intervención en la guerra era una causa justa que hacía necesaria la manipulación de la opinión pública, muchos futuros presidentes norteamericanos jugarían también con la verdad para manipular a la nación y llevarla a la guerra —eso mismo, en

realidad, había hecho Woodrow Wilson un cuarto de siglo antes—. La misma política en manos de presidentes menos clarividentes y escrupulosos supondría una grave amenaza a la nación y al sistema republicano de gobierno. (En realidad, ya en época de Roosevelt, en los años de la Segunda Guerra Mundial hubo violación de las libertades civiles).



Churchill y Roosevelt a bordo del Prince of Wales *durante la reunión en que se redactó la Carta del Atlántico (agosto de 1941). La Carta del Atlántico suponía la renuncia a determinadas prácticas imperialistas y defendía asuntos como el autogobierno y el desarme. Temiendo que la redacción propuesta por Roosevelt amenazara las colonias, Churchill añadió una cláusula para estipular que el libre acceso a los recursos de todas las naciones solo quedaba garantizado «con el debido respeto a [...] los compromisos existentes».*

Finalmente, el presidente había visto cumplidos sus deseos, pero no gracias a un incidente en Europa, como la mayoría anticipaba. El 7 de diciembre de 1941, que Roosevelt pronto bautizaría como un día que viviría «en la infamia», la Marina japonesa atacó la base naval norteamericana de Pearl Harbor, en las islas Hawái. Causó casi dos mil quinientos muertos y hundió o inutilizó a una gran parte de la flota estadounidense. El ataque se produjo un domingo por la mañana y a los norteamericanos los pilló, literalmente, dormidos. Sabían que Japón atacaría, pero no imaginaron que lo haría en Hawái. Fue un fallo de los servicios de información de escala colosal. Teniendo en cuenta las muchas señales de advertencia y la extraordinaria ineptitud de los servicios de inteligencia —como en los atentados del 11 de septiembre de 2001—, muchos creyeron entonces —y muchos siguen creyendo hoy— que Roosevelt provocó y permitió el ataque a fin de llevar a Estados Unidos a la guerra. Las pruebas existentes, sin embargo, no apoyan esa conjetura.[30]

Al día siguiente de Pearl Harbor, Gran Bretaña y Estados Unidos declararon la guerra a Japón. Tres días más tarde, Alemania e Italia se la declararon a Estados Unidos. Pronto, todo el planeta se vería sumido en la carnicería y el caos.



La base naval norteamericana de Pearl Harbor durante el ataque japonés del 7 de diciembre de 1941.

Estados Unidos se había entrometido en los planes de conquista de Japón. El Gobierno nipón tenía desde hacía tiempo los ojos puestos en las ricas colonias francesas y holandesas que, después de que Alemania sometiera a la Europa continental, parecían maduras para la recogida. Aunque algunos generales sostenían que Japón debía unirse a Alemania y noquear primero a Rusia, su viejo enemigo del norte, prevaleció otra estrategia. En consecuencia, Japón invadió la Indochina francesa en julio de 1941. Buscaba los recursos y las bases necesarias para fortalecer su presencia en la región. Estados Unidos respondió con el embargo total de las exportaciones de petróleo. Con tan importante mengua de suministros, los gobernantes japoneses decidieron asegurar el petróleo de las Indias Orientales Holandesas. Temían, sin embargo, que la flota norteamericana fondeada en Pearl Harbor pudiera interferir en sus propósitos.

Con Estados Unidos y sus aliados centrados en el teatro europeo, Japón prosiguió sus conquistas prácticamente sin obstáculos: Tailandia, la península de Malaca, Java, Borneo, las Filipinas, Hong Kong, Indonesia, Birmania, Singapur. A menudo, los ciudadanos de esos países recibían a los japoneses como libertadores, porque, pensaban, los liberaban de sus opresores europeos. El presidente Roosevelt comentó en privado: «Ni un solo norteamericano estaría muriendo en el Pacífico [...] de no ser por la miope codicia de franceses, británicos y holandeses...».[31] Pero el feliz recibimiento de los pueblos sometidos a sus «libertadores» japoneses duraría poco.

Japón no pudo asestar en Pearl Harbor el golpe definitivo a la flota estadounidense que con tanto ahínco buscaba. Los Aliados iniciaron una contraofensiva liderada por el general Douglas MacArthur y el almirante Chester Nimitz. En junio de 1942, la Marina norteamericana derrotó a los japoneses en Midway e inició la estrategia de ir saltando de isla en isla hasta reconquistar todo el Pacífico.

En cierto sentido, el conflicto cambiaría la faz de la tierra todavía más drásticamente que la Primera Guerra Mundial. Anticipando la creación de un nuevo orden mundial, norteamericanos muy influyentes empezaron a ofrecer ideas, cosmovisiones, de ese nuevo orden y del futuro papel de Estados Unidos. Una de las visiones más atractivas fue la del magnate del sector de la edición Henry Luce, que a principios de 1941 publicó un editorial en la revista *Life* y luego también apareció en *Time* y *Fortune*. Luce, al parecer recobrado de su anterior encaprichamiento con Mussolini, preveía que el siglo XX sería «el siglo americano» —así lo bautizó—. Decía: «Debemos aceptar con todas las consecuencias nuestro deber y oportunidad como nación más vital y poderosa del mundo y, por consiguiente, ejercer sobre ese mundo todo el poder de nuestra influencia en pos del mejor propósito y con los medios que entendamos más adecuados».[32]

Algunos aplaudieron esta declaración por considerarla una afirmación de los valores democráticos dentro de un mercado capitalista internacional en evolución. Raymond Moley, antiguo administrador del New Deal, supo interpretarla mejor e instó a los estadounidenses a no caer en «la tentación de derivar hacia el imperio».[33]

El vicepresidente Henry Wallace deploraba todos los imperios, británico, francés, alemán o norteamericano. En mayo de 1942, Wallace repudió la visión nacionalista y posiblemente imperial de Luce y propuso una alternativa progresista e internacionalista:

> Algunos han hablado de «siglo americano». Y yo digo [...]: el siglo [...] que saldrá de esta guerra puede y debe ser el siglo del hombre corriente [...]. Ninguna nación tendrá el derecho presuntamente divino de explotar a otras naciones [...], no puede existir ningún imperialismo militar ni económico [...]. Los carteles internacionales que sirven a la codicia norteamericana y a la ambición de poder alemana deben desaparecer [...]. La marcha hacia la libertad de los pasados ciento cincuenta años ha sido una [...] gran revolución del pueblo. Hemos vivido ya la Revolución americana de 1775, la

> Revolución francesa de 1792, las revoluciones latinoamericanas de la época bolivariana, la Revolución alemana de 1848 y la Revolución rusa de 1917. Todas hablan para el hombre corriente [...]. Algunas incurrieron en excesos, pero [...] la gente se abrió paso como pudo hacia la luz [...]. La ciencia moderna, que es consecuencia y parte esencial de la revolución del pueblo, ha hecho que sea posible ver a todos los habitantes de la tierra tener suficiente alimento para comer [...]. No descansaremos hasta que todos los que padecen el yugo nazi estén libres [...]. La revolución del pueblo está en marcha.[34]

Cuando, tres años después, la guerra más sangrienta de la historia de la humanidad estaba por fin a punto de terminar, los norteamericanos tendrían que elegir entre dos visiones diametralmente opuestas: la del siglo americano de Henry Luce y la del hombre corriente de Henry A. Wallace.

La entrada de Estados Unidos en la guerra tras el ataque a Pearl Harbor solo sirvió para complicar las disputas por unos recursos escasos. Si Estados Unidos atendía sus propias necesidades defensivas, cumplir sus compromisos con la Unión Soviética se antojaba mucho más difícil. A finales de diciembre, Averell Harriman calculaba que Estados Unidos había mandado solo una cuarta parte de los suministros prometidos y la mayor parte de lo enviado era defectuoso. A finales de febrero, Edward Stettinius, encargado de la aplicación de la Ley de Préstamo y Arriendo, remitió la siguiente carta a John McCloy, ayudante del secretario de Guerra: «Como usted sabe, las relaciones entre nuestro gobierno y el gobierno soviético se han visto constantemente entorpecidas por el fracaso de este gobierno en el cumplimiento de sus compromisos». Roosevelt comprendía la complicada posición en que quedaba la Unión Soviética tras los errores en las entregas de material y lo que podría significar para las futuras relaciones de los dos países. En marzo confesó sus aprensiones sobre el «derrumbamiento de Rusia» ante la negligencia de los norteamericanos: «No quiero hacer lo mismo que los ingleses, que prometieron a los rusos dos divisiones y no se las dieron; que les prometieron ayudarles en el Cáucaso y no les ayudaron. Los ingleses no han cumplido ninguna de las promesas que han hecho a los rusos».[35]

En mayo de 1942, Roosevelt comentó al general MacArthur: «Me parece difícil [...] obviar el simple hecho de que los ejércitos rusos matan más soldados y destruyen más material del Eje que todas las otras veinticinco Naciones Unidas juntas. Por tanto, parece totalmente lógico apoyar a los rusos en su enorme esfuerzo en 1942 y hacer todo lo posible por proporcionarles todas las municiones que podamos».[36] Roosevelt sabía que los retrasos en la entrega del equipo militar prometido le habían costado la confianza de Stalin. Pero pronto habría otras oportunidades. Stalin hizo otras dos peticiones a los aliados. Si accedían, quizá Estados Unidos recuperase la iniciativa.

Stalin quería concesiones territoriales. Pretendía conservar los territorios tomados por el Ejército Rojo en 1939 tras el pacto germano-soviético: Lituana, Letonia y Estonia, Polonia Oriental y partes de Rumanía y Finlandia. Los británicos parecían dispuestos a aceptar, pero estaban entre la espada y la pared, es decir, entre los intereses norteamericanos y los soviéticos. Porque necesitaban a Rusia para sobrevivir a la guerra y a Estados Unidos para conservar su imperio después del conflicto. Churchill presionó a Roosevelt. Le advirtió de que la ruptura con los soviéticos acarrearía la caída del gobierno de Londres, que sería sustituido por un gabinete «comunista, favorable a Moscú». Los estadounidenses, empero, se negaban a ceder y pidieron a Anthony Eden, ministro de Exteriores británico, que en su viaje a Moscú a finales de diciembre de 1941 no adquiriese ningún compromiso para después de la guerra. Stalin reaccionó con acritud a las negativas de Eden y Churchill se vio obligado a hablar de nuevo con Roosevelt. «La Carta del Atlántico —insistió— no es óbice para que Rusia no recupere las fronteras que tenía cuando Alemania atacó».[37]

Al no recibir ni concesiones territoriales ni la ayuda prometida, Stalin presionó más a sus aliados en pos de su tercera y más importante petición: la pronta apertura de un segundo frente en Europa que aliviase la enorme carga que soportaban sus tropas. Apremió a los británicos para que invadieran el norte de Francia. En septiembre de 1941 les pidió que mandaran veinticinco o treinta divisiones a la

Unión Soviética. Cuestionando la sinceridad del compromiso de Londres, dijo: «Con su pasividad, Gran Bretaña está ayudando a los nazis. ¿Comprenden los británicos lo que quiero decir? Yo diría que sí. Entonces, ¿qué es lo que quieren? Según parece, quieren que nos debiliten».[38]

La falta de apoyo del exterior podía sin duda debilitar a los soviéticos, pero se negaban a caer. Pese a sufrir bajas catastróficas al comienzo de la invasión, el Ejército Rojo derrotó al alemán en la batalla por Moscú en el otoño de 1941 y el invierno posterior. La poderosa maquinaria de guerra alemana había sido detenida por primera vez.

A Roosevelt las concesiones territoriales le recordaban los pactos secretos de la Primera Guerra Mundial, que tuvieron atado a Wilson de pies y manos. Contradecían el espíritu de la Carta del Atlántico. Prefería una invasión de Europa lo antes posible. A primeros de 1942, el general Dwight D. Eisenhower, que trabajaba para el general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército, elaboró un plan para desembarcar en Europa en la primavera de 1943 como muy tarde, o en septiembre de 1942 si era preciso, para evitar la derrota soviética, que todavía parecía posible. Eisenhower declaró con énfasis en julio de 1942: «No debemos olvidar que nuestro premio será mantener a ocho millones de rusos en la guerra».[39] Para él, y para Marshall y Stimson, era la única forma de derrotar a Alemania. Y Roosevelt estaba de acuerdo. Envió a Harry Hopkins y al general Marshall a convencer a Churchill y le escribió: «Su pueblo y el mío —decía la carta— exigen la apertura de un nuevo frente para quitar presión a los rusos y son pueblos lo bastante inteligentes para comprender que los rusos están matando más alemanes y destruyendo más material que usted y yo juntos».[40] Churchill comprendió cuán importante era aquel plan para Roosevelt y sus asesores. Y respondió por cable al presidente: «Estoy totalmente de acuerdo con su propuesta por principios, y también lo están los jefes de Estado Mayor».[41]

Convencido de que contaba con el apoyo británico, Roosevelt pidió a Stalin que le mandase a Washington a su ministro de Asuntos Exteriores, Viacheslav Molotov, y a algún general de su confianza para debatir una propuesta que paliaría la presión en el frente oriental. Molotov hizo escala en Londres y Churchill le garantizó la apertura de un segundo frente. El ministro de Exteriores ruso llegó a la capital de Estados Unidos a finales de mayo de 1942. Allí le preguntó directamente a Roosevelt si Estados Unidos tenía de verdad intención de abrir otro frente ese verano. Roosevelt desvió la pregunta a Marshall, que aseguró a Molotov que, en efecto, así era. Ambos países emitieron un comunicado conjunto que decía: «En el transcurso de nuestras conversaciones hemos llegado a un entendimiento total en lo que se refiere a las tareas urgentes para crear un segundo frente en Europa en 1942».[42] Roosevelt expuso también un plan sorprendente de colaboración para después de la guerra. Los vencedores, explicó, conservarían su armamento y organizarían «una fuerza de policía internacional».[43] Los «cuatro policías» —Estados Unidos, Reino Unido, la Unión Soviética y China — derrotarían a los alemanes y a sus aliados y «preservarían la paz por la fuerza». A Stalin el plan le encantaba, pero no le agradaba tanto la insistencia de Roosevelt en que, para preparar el segundo frente, necesitaba recortar la ayuda originalmente prometida a la Unión Soviética en un 60 por ciento. Pese a todo, el segundo frente era su mayor prioridad y Roosevelt deseaba complacerle. Escribió a Churchill: «Estoy convencido de que la posición de los rusos es precaria y puede empeorar en las próximas semanas. Por tanto, estoy más impaciente que nunca por que pasemos definitivamente a la acción con BOLERO [la primera fase de la operación] a principios de 1942».[44]

El pueblo soviético recibió la noticia con júbilo. El *New York Herald Tribune* publicó que los rusos se reunían todas las mañanas en torno al aparato de radio esperando oír que la invasión había empezado solo para sentir una gran decepción al descubrir que no era así.[45] Leland Stowe, corresponsal en Moscú y ganador de un premio Pulitzer, comentó que, si la apertura del frente se posponía, la «desilusión» de la mayoría del pueblo ruso sería «casi inconmensurable». «La presente, creciente e inestimable cooperación entre los gobiernos y máximos dirigentes soviéticos y

norteamericanos sufriría un revés que, desde cualquier punto de vista diplomático, material y psicológico, constituiría un enorme desastre para la causa aliada».[46] El embajador estadounidense en Moscú advirtió en el mismo sentido que un aplazamiento haría que el pueblo ruso dudara de la sinceridad de los norteamericanos y causaría «un perjuicio incalculable».[47]

Aunque habían llegado a un acuerdo similar con Molotov sobre el segundo frente, los británicos no tenían ninguna intención de llevar a cabo los planes previstos. Argumentando que les faltaban tropas por la crisis en Oriente Próximo —en Tobruk, Libia, treinta y tres mil ingleses se habían rendido hacía poco de forma humillante ante una fuerza enemiga con solo la mitad de esos efectivos — y que no podían reunir embarcaciones suficientes para transportar a la fuerza de invasión a través del canal de la Mancha, Churchill convenció a Roosevelt de que había que posponer el prometido desembarco y, en su lugar, organizar una invasión del Norte de África ocupado por la Francia de Vichy —que era la llave del petróleo de Oriente Próximo, donde los británicos tenían importantes intereses coloniales amenazados en esos momentos por los ejércitos de Hitler—. Los dirigentes soviéticos reaccionaron con furia a este cambio de actitud que a decir de muchos formaba parte de una estrategia consciente para dejar que la Unión Soviética se desangrara luchando contra los nazis mientras sus aliados capitalistas se aseguraban sus intereses globales para más tarde, hacia el final de la guerra, intervenir y dictar las condiciones de la paz. Para empeorar las cosas desde el punto de vista soviético, durante su escala en Londres, Molotov, por gratitud ante la promesa del deseado segundo frente, no había insistido en ninguna demanda territorial. En aquellas circunstancias, los soviéticos tenían la impresión de que les habían negado sus peticiones más importantes. Las relaciones entre soviéticos, norteamericanos y británicos tocaron fondo en el otoño de 1942 con el avance alemán sobre Stalingrado. Sintomático de la profunda desconfianza de los soviéticos hacia sus aliados occidentales es el hecho de que, en sus viajes por Occidente, Molotov siempre durmiera con una pistola debajo de la almohada.[48]

Furioso por el cambio de planes impuesto por los británicos, el general Marshall insistió sin éxito en contra de la invasión del Norte de África, que despreciaba por considerar que no era más que «un picotazo en la periferia». Estados Unidos había retrasado importantes operaciones en el Pacífico para acelerar la victoria en Europa. Ahora esa estrategia se abandonaba, al parecer para asegurar los intereses «imperiales» británicos en Oriente Próximo, el Sudeste Asiático y el sur de Europa. Marshall estaba tan contrariado que propuso un cambio de objetivos y enfrentarse a los japoneses antes que a los alemanes. El almirante Ernest King, jefe de Operaciones Navales, acogió la idea con entusiasmo. Los británicos nunca invadirían Europa, aseguró con desdén, «salvo detrás de una banda de gaiteros escoceses». El disgusto de Marshall se trasladó a sus filas. El general Albert Wedemeyer le comentó que los planes de guerra británicos habían sido «diseñados para conservar la integridad del imperio británico». El general Henry *Hap* Arnold, comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas, le sugirió al jefe de Estado Mayor que los norteamericanos tal vez debían empezar a tratar a los británicos como los alemanes a los italianos. Los generales estadounidenses creían que, a diferencia de los soviéticos, los británicos temían el enfrentamiento directo con los alemanes. Henry Stimson, el secretario de Guerra, diría un año después: «La sombra de Passchendale y Dunkerque pende aún sobre el imaginario del Gobierno británico».[49]

Eisenhower, Stimson, Hopkins y los generales siguieron presionando en favor de un segundo frente. Pero sin éxito. En junio de 1942, los jefes del Estado Mayor norteamericano se plegaron de mala gana a la Operación Torch en el Norte de África, cuyo mando recayó en Eisenhower. Aunque se podía aducir que, en efecto, los Aliados no contaban con suficientes lanchas de desembarco, ni con cobertura aérea, ni tropas suficientes para abrir un segundo frente a finales de 1942 o principios de 1943, estas razones no convencían a los soviéticos ni, en realidad, a los generales estadounidenses. Eisenhower predijo que el día que se decidieran a llevar adelante la Operación Torch sería «el más

negro de la historia».[50]

Tanto si fue el miedo lo que les disuadió como si no, lo cierto es que los británicos nunca tuvieron intención de enfrentarse directamente a la poderosa Wehrmacht y diseñaron en su lugar una estrategia basada en el poder naval y en atacar el vulnerable flanco sur de Hitler, que estaba guarnecido por el débil ejército italiano. Gran Bretaña decidió, por tanto, asegurar el Norte de África, el Mediterráneo y Oriente Próximo para proteger las reservas de petróleo de Persia e Irak y mantener abiertas las rutas a la India y al resto del imperio a través de Gibraltar y el canal de Suez. El descubrimiento poco antes de la guerra de enormes yacimientos de crudo en Arabia Saudí, Kuwait y Qatar elevó la importancia de la región, donde se habían producido la mayor parte de los combates entre británicos, alemanes e italianos. Gran Bretaña tenía tanto interés en que las potencias del Eje se mantuvieran alejadas de Oriente Próximo que destinó allí buen número de tropas de infantería y tanques a pesar de que los necesitara desesperadamente en la metrópoli en prevención de un ataque inminente de la Wehrmacht.

En aquellos meses, la actitud del pueblo norteamericano con la Unión Soviética experimentó un cambio importante. A muchos estadounidenses, el pacto germano-soviético les confirmó sus peores sospechas sobre los bolcheviques y el sentimiento anticomunista se disparó entre 1939 y 1941. Esta actitud cambió en su mayor parte, sin embargo, gracias a la valiente resistencia de los soviéticos frente a los nazis, que conquistó las simpatías y la imaginación de los norteamericanos. La resultante buena disposición hacia la Unión Soviética sería la base, o así lo esperaban muchos, de una relación amistosa y de cooperación una vez terminada la guerra.

A los pocos días del ataque a Pearl Harbor, el diplomático soviético Maxim Litvinov visitó el Departamento de Estado. El secretario, Cordel Hull, aprovechó la ocasión para elogiar la «heroica lucha» de la Unión Soviética contra los nazis.[51] Antes de no mucho, el concepto de «heroísmo soviético» se hizo omnipresente. En abril de 1942, Ralph Parker, corresponsal de *The New York Times*, felicitó al pueblo soviético «por lo bien y lo rápido» que se había adaptado a las condiciones de vida que imponía la guerra. Aplaudió también su espíritu de sacrificio y su extraordinaria ética del trabajo. «Arrebata al pueblo entero una pasión entusiasta por lograr algo positivo para el bien común». Y proclamó: «Haría falta un Tolstoi para describir la heroica resistencia de los hombres y mujeres que han hecho todo esto posible».[52] En junio de 1942, cuando se cumplía un año de resistencia ante los invasores alemanes, Orville Prescott, el más eminente crítico literario de *The New York Times*, concedía ya al Ejército Rojo el papel protagónico en la victoria en la guerra y en la salvación de la humanidad. «Es posible que el numeroso armamento, la destreza en el combate y el magnífico valor del Ejército Rojo sean factores decisivos en la salvación de la especie humana de la esclavitud nazi —comentaba con entusiasmo—. Nuestra deuda de gratitud con los millones de soldados rusos que han combatido y fallecido en esta guerra, y con los que seguirán haciéndolo, está más allá de cuanto podamos sentir o expresar».[53] El general MacArthur concedió al Ejército Rojo el honor de haber conseguido «una de las hazañas militares más grandes de todos los tiempos».[54]

Hollywood también arrimó el hombro. Aunque hasta entonces había evitado escrupulosamente rodar películas sobre la Unión Soviética, en julio de 1942 estaban en fase de producción o de análisis al menos nueve filmes gestionados por grandes estudios como MGM, Columbia, United Artists, Twentieth Century-Fox y Paramount.[55] Finalmente llegaron a rodarse cinco películas de entidad: *Mission to Moscow, Song of Russia, Three Russian Girls, La estrella del norte* y *Días de gloria*.

Comenzaba a coger cuerpo la opinión de que, sin la apertura del segundo frente, no podría ganarse la guerra. Tras reconocer que los rusos habían «librado la mayor parte de la lucha y puesto la mayor parte de los muertos», *The Atlanta Constitution* sostenía que, aunque un segundo frente llevaría la tragedia a muchos hogares norteamericanos, era «necesario» si de lo que se trataba era de «ganar la guerra». Leland Stowe recordó a los lectores que la Unión Soviética no podría resistir sola siempre:

«En trece meses, los rusos han sufrido más de cuatro millones y medio de bajas entre muertos, heridos y prisioneros [...], unas seis o siete veces más que los británicos en tres años de guerra [...], veinte veces más que los norteamericanos en la Primera Guerra Mundial».[56] Stowe hizo hincapié en que la Rusia soviética era la única gran potencia que para Estados Unidos era «un aliado indispensable», si es que querían «ganar la guerra». «Si los millones de rusos que están combatiendo —aseguró— se retirasen súbitamente del teatro de operaciones, nadie podría reemplazarlos».[57]

Con el constante aluvión de opiniones prosoviéticas y de peticiones en favor de un segundo frente, la opinión pública estadounidense se unió en torno a la causa. En julio de 1942, Gallup informó de que el 48 por ciento de los norteamericanos querían que Estados Unidos y Gran Bretaña intervinieran ya, mientras que solo el 34 por ciento preferían esperar a que los Aliados estuvieran más fuertes.[58] Los norteamericanos llevaban pegatinas en los parachoques de los coches que decían «Segundo frente ya». Los lectores inundaron los periódicos con cartas que apelaban a un ataque inmediato contra los ejércitos de Hitler en Europa. Entre las muchas publicadas por *The Washington Post* se encontraba una inspirada por el «espectáculo de un valeroso aliado que ha resistido en solitario a las hordas nazis y las ha obligado a retroceder», que pedía que Gran Bretaña y Estados Unidos dividieran «las fuerzas de Hitler con la apertura de un frente occidental» y, junto con el aliado ruso, acabasen con «la amenaza a la civilización y la libertad del mundo».[59]

Los apoyos llegaban desde todos los sectores de la sociedad. Treinta y ocho altos oficiales del Congress of Industrial Organizations, CIO [Congreso de Organizaciones Industriales], trasladaron a Roosevelt la idea de que «solo una invasión inmediata de Europa Occidental» garantizaba la victoria final.[60] Cinco días después, esta organización encabezó una manifestación en pro del segundo frente en el Madison Square Park de Nueva York.[61] Varios afiliados de la American Federation of Labor, AFL [Federación Norteamericana del Trabajo], les prestaron su apoyo. Los políticos se subieron al carro; entre ellos, los senadores por Nueva York y Florida James Mead y Claude Pepper, el alcalde de Nueva York Fiorello LaGuardia y Vito Marcantonio, congresista por el estado de Nueva York.[62] En septiembre el novelista Dashiell Hammett dio a conocer los nombres de quinientos escritores que, bajo el auspicio de la League of American Writers [Asociación de Escritores Norteamericanos], declararon su «entusiasta apoyo al presidente Roosevelt para la inmediata apertura de un segundo frente».[63] Veinticinco mil personas se manifestaron en Union Square, en Nueva York, donde Vito Marcantonio y Earl Browder, máximo dirigente del Partido Comunista, se dirigieron a la multitud.[64] Wendell Willkie, el candidato a la presidencia por el Partido Republicano, se sumó a la opinión general tras haberse reunido en Moscú con Stalin.[65]




Observadores norteamericanos tomaron buena nota de la «heroica» lucha del Ejército Rojo y de los civiles soviéticos para repeler a los invasores nazis. Desde arriba en el sentido de las agujas del reloj: un grupo de mujeres y ancianos cavan una fosa para entorpecer el avance alemán hacia Moscú; mujeres desesperadas durante el ataque nazi a Kiev, Ucrania; unos niños asustados asoman la cabeza desde un refugio antiaéreo también en Kiev; soldados del Ejército Rojo.

A pesar de la petición casi unánime de apertura de un segundo frente en Europa, los ejércitos norteamericano y británico pusieron sus miras en el Norte de África. Abandonado a su suerte, un renacido Ejército Rojo invirtió el curso de la guerra al derrotar a los nazis en Stalingrado. Más de un millón de soldados de cada bando se enfrentaron en esa batalla. Los alemanes, al mando del general Friedrich Paulus, querían hacerse con los ricos yacimientos petrolíferos soviéticos del Cáucaso. Los soviéticos, al mando del mariscal Gueorgui Zhukov, tomaron la determinación de impedírselo a toda costa. La batalla, que duró seis meses, fue feroz; su coste en vidas humanas, espantoso. Hubo más de un cuarto de millón de bajas por ambos bandos y murieron unos cuarenta mil civiles. Tras tan colosal derrota, el Ejército alemán emprendió la retirada en todo el frente oriental. Hitler, sorprendido por la rendición de veintitrés generales y de los noventa y un mil soldados del Sexto Ejército, se lamentó: «El dios de la guerra ha cambiado de bando».[66]

Cuando Roosevelt y Churchill se reunieron en Casablanca en 1943, habían cambiado las tornas. El Ejército Rojo había pasado a la ofensiva y avanzaba hacia el oeste. La estrategia de Roosevelt de no ceder a las demandas territoriales soviéticas y de sustituirlas por envíos masivos de material y la pronta apertura de un segundo frente había fracasado. A partir de entonces, norteamericanos y británicos actuarían a la defensiva, tratando siempre de restar importancia a la ayuda que les había prestado Stalin con su resistencia. Para empeorar las cosas, Roosevelt y Churchill decidieron desembarcar en Sicilia, posponiendo de nuevo la apertura del segundo frente y relegando por tanto a sus naciones prácticamente a la irrelevancia en lo referido al resultado de la guerra.

Como otros muchos en todo el país, veinticinco mil ciudadanos se manifestaron en Union Square, Nueva York, el 24 de septiembre de 1942 para exigir la apertura de un segundo frente en Europa a fin de aliviar parte de la tremenda presión que soportaba Rusia en su lucha contra Alemania.

El Ejército Rojo proseguía su avance, pero a costa de grandes bajas. En noviembre de 1943, Stalin conmemoró el aniversario de la Revolución rusa con un discurso dedicado a la celebración de su supervivencia y al futuro resurgimiento del Estado soviético. Denunció los asesinatos y el pillaje perpetrados por los nazis y prometió venganza: «En las regiones ocupadas, los alemanes han exterminado a cientos de miles de ciudadanos. Como los bárbaros de las hordas de Atila en la Edad Media, los demonios germanos han arrasado los campos, quemado ciudades y aldeas y demolido factorías e instituciones culturales [...]. Nuestro pueblo no perdonará a los demonios germanos los crímenes que han cometido».[67]

El presidente norteamericano y el líder soviético se reunieron por primera vez en Teherán en noviembre de 1943. Roosevelt había dicho a Churchill en marzo de 1942: «Yo personalmente puedo manejar mejor a Stalin que su Foreign Office o que mi Departamento de Estado. Stalin no puede ver ni en pintura a esa gente suya de la alta sociedad. Yo le caigo mejor, y espero que siga siendo así».[68] Después de intentar sin éxito dejar a Churchill fuera de la reunión, Roosevelt aceptó la oferta de Stalin y se alojó en la embajada soviética. Previamente, Roosevelt le había comentado de manera informal que estaba dispuesto a establecer la frontera oriental de Polonia en la Línea Curzon. Pese a estos gestos, los tres primeros días de reuniones Stalin estuvo frío, distante. Roosevelt, temiendo no lograr el ambiente cordial que deseaba, decidió trabar relación desde lo humano. De modo que, para establecer un vínculo, recurrió al encanto y al humor, señas de identidad de su forma de entender la diplomacia. Le explicó a Frances Perkins, secretaria de Trabajo:

> Le estuve dando vueltas al asunto toda la noche y llegué a la conclusión de que había que actuar a la desesperada [...]. Tenía la sensación de que a los rusos no les gustaría vernos [a Winston y a mí] conversando en un idioma que ellos no entendían. De camino a la sala de reuniones aquella mañana, nos encontramos con Winston y tuve un momento para decirle: «Winston, espero que no te enfades conmigo por lo que voy a hacer». Winston se cambió el puro de lado de la boca y gruñó [...]. Yo empecé mi teatralización casi de inmediato, nada más entrar en la sala. Hablé en privado con Stalin. No dije nada que no le hubiera dicho ya antes, pero lo hice con un tono amigable y confidencial, el adecuado para que otros rusos se acercaran a nosotros. Pero no logré ni una sonrisa. Entonces, tapándome la boca con la mano como para susurrar una confidencia (que por supuesto el intérprete tenía que traducir), dije: «Winston está de mal humor, hoy se ha levantado con el pie izquierdo». Una vaga sonrisa se dibujó en los ojos de Stalin, tuve la impresión de que iba por buen camino. En cuanto me senté a la mesa, empecé a bromear con Churchill sobre lo muy británico que era, sobre John Bull, sobre sus puros y costumbres. Y mi buen humor empezó a calar en Stalin. Winston se puso colorado y fruncía el ceño. Cuanto más enfadado se ponía, más sonreía Stalin. Finalmente, Stalin soltó una estentórea carcajada y, por primera vez en tres días, vi la luz. Seguí igual hasta que Stalin empezó a reírse conmigo, y fue entonces cuando lo llamé «Tío Joe». El día anterior se lo habría tomado como una impertinencia, pero en ese momento se echó a reír, se acercó y me estrechó la mano. A partir de entonces, mantuvimos una relación personal, y también él soltaba alguna ocurrencia de vez en cuando. Habíamos roto el

hielo y conversábamos como hombres y como hermanos.[69]

Roosevelt ganó mucho terreno en Teherán. Estados Unidos y Gran Bretaña prometieron abrir el tan postergado segundo frente la primavera siguiente. Stalin accedió a declarar la guerra a Japón en cuanto hubieran aplastado a Alemania. Roosevelt dio su visto bueno a los cambios territoriales deseados por los soviéticos en Europa Oriental, aunque pidió a Stalin que los aplicase juiciosamente, sin ofender a la opinión pública mundial. También le propuso plebiscitos en los estados bálticos, a lo que Stalin se negó. Roosevelt prometió laxitud con los soviéticos en lo referente al futuro de esas naciones y salió de las reuniones convencido de que la relación de confianza lograda con Stalin era sólida. Gracias a ella, pensaba, conseguiría moderar las demandas del gobernante soviético y convencerlo para celebrar elecciones libres en Europa Oriental, aunque se saldaran con gobiernos amistosos con la Unión Soviética.

El Ejército Rojo entró en Polonia en enero de 1944. Ese mes Stimson discutió el futuro de los polacos con Cordel Hull, el secretario de Estado, para quien el principio de «no adquisición por la fuerza» era irrenunciable. Stimson argumentaba: «Creo que tenemos que ser más realistas y recordar qué piensa Rusia, qué la impulsa, y no olvidar: a) que nos ha salvado de perder la guerra, y b) que antes de 1914, toda Polonia, incluida Varsovia, estaba en su poder y llegaba hasta la frontera alemana y que no está pidiendo la restitución de esos territorios».[70]

La Unión Soviética no tardó en instaurar en la ciudad polaca de Lublin una administración adepta que no contaba con ningún representante del Gobierno polaco en el exilio de Londres. Meses más tarde, el Ejército Rojo entró en Rumanía, Bulgaria y Hungría. Cuando Estados Unidos y Gran Bretaña protestaron por su papel meramente simbólico en la ocupación, Stalin respondió que la Unión Soviética también había tenido un papel meramente simbólico en la ocupación de Italia.

Por último, el 6 de junio de 1944 llegó, con año y medio de retraso, el tan esperado segundo frente. Más de cien mil soldados y treinta mil vehículos aliados desembarcaron en las playas de Normandía. Ese mismo día cayeron nueve mil hombres. Para entonces, los soviéticos, pese a haber sufrido grandes bajas, ocupaban gran parte de Europa Central. Ahora los Aliados se acercarían a Alemania por el este y por el oeste. Y pronto alcanzarían la victoria.

Hasta ese momento, la Unión Soviética había plantado cara casi en solitario a los alemanes. Hasta la invasión de Normandía, el Ejército Rojo se enfrentaba a más de doscientas divisiones enemigas mientras que, en general, a norteamericanos y británicos no se oponían más de diez. Churchill admitía que la maquinaria militar alemana había empezado «a chirriar» por culpa de los rusos. Alemania perdió más de seis millones de hombres en el frente oriental y aproximadamente un millón en el occidental y en el Mediterráneo.[71]

A medida que la lucha se intensificaba en el campo de batalla, en las salas de juntas la planificación se aceleraba. Estados Unidos invitó a los gobiernos amigos a Bretton Woods, New Hampshire, a diseñar el orden económico capitalista de posguerra. Allí se aprobaron los planes norteamericanos de instaurar dos importantes instituciones económicas: el Banco Mundial, con vistas al desarrollo económico y un fondo inicial de siete mil seiscientos millones de dólares, y el Fondo Monetario Internacional, más centrado en la financiación, que empezó su actividad con sietemil trescientos millones de dólares. Estados Unidos, que controlaba dos terceras partes del oro mundial, insistió en que el sistema de Bretton Woods se apoyara tanto en el oro como en el dólar, de manera que lo más lógico era la hegemonía norteamericana en la economía mundial en un futuro previsible y pensar que Estados Unidos sería el banquero del mundo. Los representantes soviéticos asistieron a las reuniones, pero más tarde se negaron a ratificar los acuerdos definitivos con el argumento de que las nuevas instituciones eran meras «sucursales de Wall Street».[72] Un alto funcionario soviético comentó: «A

primera vista, [los organismos de Bretton Woods] parecían una sabrosa seta, pero tras examinarlos con detenimiento resultaron ser un hongo venenoso».[73] Los británicos comprendieron que el nuevo orden acabaría erosionando su esfera de influencia. Aunque a finales de 1942 Churchill hubiera declarado con rotundidad: «No me he convertido en primer ministro de Su Majestad para presidir la liquidación del imperio británico», el equilibrio de poder había cambiado de forma irrevocable.[74]

Algunos habían cuestionado la sinceridad de las iniciativas anticoloniales de Roosevelt, pero aunque no fuera un cruzado anticolonialista tan apasionado como el vicepresidente Wallace, denunció en repetidas ocasiones el injusto e inhumano trato que los colonizadores reservaban a los pueblos sometidos. Elliott Roosevelt revelaría más tarde las severas palabras que su padre dirigió a un encolerizado Churchill en 1941: «No me puedo creer que estemos librando una guerra contra la esclavitud fascista y que, al mismo tiempo, no nos esforcemos por liberar a los ciudadanos del mundo de una política colonial desfasada». Roosevelt insistió a Churchill en que había que poner fin al dominio británico en la India y otros territorios.[75] En febrero de 1944 vilipendió en rueda de prensa al Gobierno colonial británico en Gambia, que había visitado el año anterior. «Es lo más horrible que he visto en mi vida —declaró—. Los nativos sufren un atraso de cinco mil años [...]. Los británicos llevan allí dos siglos, pero, por cada dólar que han invertido, se han llevado diez. Simple y llanamente, están explotando a los gambianos».[76]

Roosevelt mencionó muchas veces la posibilidad de un sistema de administración tutelada que preparase la independencia de las colonias. Una de las primeras beneficiadas sería Indochina, que él insistía en no devolver a los franceses después del conflicto, como pedían Churchill y Charles de Gaulle. «Indochina no debe volver a Francia —le comentó al secretario de Estado Cordel Hull en octubre de 1944—. Ese país, de treinta millones de habitantes, ha estado casi un siglo en manos de Francia y el pueblo está peor ahora que al principio [...]. Los indochinos tienen derecho a algo mejor».[77] Churchill temía que Roosevelt utilizara ese país asiático como cuña para forzar una descolonización generalizada y dejó claro que no contemplaba tal posibilidad. A finales de 1944 le dijo a Anthony Eden: «No vamos a tolerar que por la fuerza o la seducción nos obliguen a hacer ninguna declaración sobre la soberanía británica en los dominios o las colonias [...]. “No toquéis el imperio británico” es nuestra máxima y no puede perder vigor ni la podemos empañar o debilitar por los caprichos de mercaderes llorones aquí en Inglaterra o por extranjeros del tipo que sea». Aunque contaba con el respaldo de Stalin para la descolonización, Roosevelt prefería evitar toda presión por temor a poner en peligro su alianza bélica con Gran Bretaña. Con menor justificación y consecuencias más trágicas a largo plazo, se desdijo de su postura previa sobre Indochina. No obstante, el 5 de abril en Warms Springs, Georgia, es decir, una semana exacta antes de su muerte, en la que a la postre sería su última rueda de prensa, acompañado del presidente filipino Sergio Osmeña, prometió que una vez que hubieran expulsado de las Filipinas a las tropas japonesas, Estados Unidos garantizaría a los filipinos su «inmediata» independencia.[78] Churchill aguantó la presión de los norteamericanos y no quiso conceder la independencia a la India después de la guerra, pero incluso esa victoria sería efímera cuando el pueblo indio quiso ocuparse directamente de sus asuntos.

Aunque el mundo de los imperios formales y de las esferas comerciales cerradas tenía los días contados, el gigante económico norteamericano no encontraría rivales entre las maltrechas economías de Europa y Asia, destrozadas por la guerra. Además, para conservar la reciente fortaleza del dólar podía contar con el enorme potencial de su maquinaria militar. Roosevelt permitió que sus asesores militares desempeñaran un papel esencial en la planificación política. A principios de 1942 creó el Joint Chiefs of Staff [Estado Mayor Conjunto]. En el mes de julio nombró al almirante William Leahy jefe de ese órgano. Leahy sería su asesor personal y le serviría de enlace con los jefes de Estado Mayor de los tres ejércitos. Roosevelt confiaba también enormemente en los consejos del

jefe del Estado Mayor del Ejército, el general George C. Marshall.

El Departamento de Guerra necesitaba una nueva sede que simbolizara el nuevo papel de Estados Unidos en el mundo y su enorme poder militar. En el verano de 1941, los veinticuatro mil funcionarios civiles y militares del departamento trabajaban en diecisiete edificios separados. El general de brigada Brehon Burke Somervell dijo a Stimson que si estuvieran bajo el mismo techo, su eficacia mejoraría entre un 25 y un 40 por ciento.[79] La construcción de un nuevo cuartel general en Arlington, Virginia, empezó el 11 de septiembre de 1941. Los arquitectos se atuvieron a la planta pentagonal elegida originalmente, aunque el emplazamiento hubiera cambiado. Sus primeros ocupantes se mudaron en abril de 1942, aunque el edificio no estuvo terminado hasta enero del año siguiente. El hombre a cargo de ese masivo proyecto de construcción, el coronel Leslie Groves, dejaría tiempo después una huella aún más profunda en el esfuerzo de guerra. Cuando estuvo terminado, el Pentágono, que prácticamente no tiene ventanas, era el edificio de oficinas más grande de Estados Unidos con casi quince hectáreas de superficie y más de treinta kilómetros de pasillos. Los visitantes solían perderse y dicen que algún repartidor estuvo tres días vagando por sus corredores antes de ser rescatado.[80]

Después de recorrer medio mundo, Churchill y Stalin se reunieron en Moscú en octubre de 1944. La reunión llevaba el nombre en código de «Tolstoi». Churchill esperaba resolver por fin el problema de Polonia, que parecía estancado. Averell Harriman, embajador norteamericano en la Unión Soviética, se sumó a las conversaciones como «observador», aunque no estuvo presente cuando los dos dirigentes debatían los asuntos más importantes. Sentado frente a una chimenea del Kremlin, Churchill contó sus chistes de polacos favoritos. Los dos líderes empezaron entonces a definir las esferas de influencia británica y soviética en los Balcanes y sentaron las bases del reconocimiento por los occidentales de los intereses soviéticos en Polonia. En el reverso de un trozo de papel impreso, Churchill propuso las esferas de influencia de cada nación: la Unión Soviética se quedaría con el 90 por ciento de Rumanía y el 75 por ciento de Hungría y Bulgaria; el Reino Unido con el 90 por ciento de la energía. Yugoslavia se la repartirían al 50 por ciento. Stalin cogió el trozo de papel, meditó un momento e hizo una gran señal con un lápiz azul antes de devolverle la hoja a Churchill, que comentó: «¿No podría alguien pensar que somos unos cínicos por nuestra manera de afrontar estos asuntos, por disponer del destino de millones de personas de una manera tan informal? Vamos a quemar este papel». Stalin, por su parte, le instó a atenerse a la histórica hojita, de la que Churchill dijo que era «un travieso documento».[81]

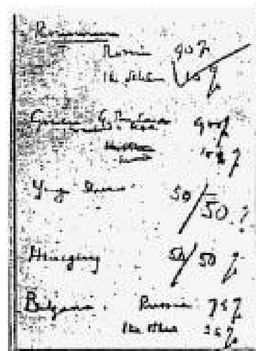
Era precisamente el tipo de acuerdo que Roosevelt quería evitar. Hull lamentaba la formación de «esferas de influencia». Churchill censuró la hipocresía de los norteamericanos: «¿No es contar con una armada el doble de fuerte que la de cualquier otro país “política imperial”? [...]. ¿No es tener todo el oro del mundo enterrado en una cueva “política imperial”? Si eso no es “política imperial”, ¿qué lo es?».[82]

Stalin cumplió de inmediato su parte del plan. En diciembre de 1944 se mantuvo al margen cuando tropas británicas reprimieron brutalmente una revuelta de izquierdas en Grecia, donde los comunistas, que habían encabezado la resistencia clandestina a los nazis, se disputaban el poder con fuerzas reaccionarias que deseaban restaurar la monarquía. Gran Bretaña respaldó a los monárquicos. Stalin negó su apoyo a los comunistas a pesar de que contaban con las simpatías de la mayoría de la población griega. La opinión pública norteamericana reaccionó con estupor a la intervención británica.

Roosevelt, Stalin y Churchill se reunieron por segunda vez en Yalta, a orillas del mar Negro, a primeros de febrero de 1945. Aunque en Bélgica todavía se libraba la batalla de las Ardenas y en el Pacífico los combates eran cruentos, la guerra estaba claramente decidida en favor de los Aliados. Había llegado la hora de perfilar definitivamente los planes de posguerra. La Unión Soviética estaba

en una posición de fuerza. El Ejército Rojo ocupaba Polonia, Rumanía, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Yugoslavia y se aproximaba a Berlín. Aparecieron profundas fisuras entre los Aliados. Reflejaban concepciones geopolíticas y estratégicas radicalmente distintas. A la Unión Soviética le preocupaba la seguridad. Gran Bretaña quería conservar su imperio. Estados Unidos quería que los soviéticos le ayudasen a terminar la guerra del Pacífico y a modelar una economía mundial abierta a las inversiones norteamericanas y el comercio y fundar las Naciones Unidas para preservar la paz.

La Unión Soviética había pagado un precio muy alto por repeler la invasión germana. Muchos millones de soldados y ciudadanos soviéticos habían entregado la vida y gran parte del país estaba en ruinas. Estados Unidos y Gran Bretaña habían contribuido a la derrota, pero sus esfuerzos, y sus bajas, palidecían en comparación con los del aliado soviético. En realidad, Estados Unidos había salido de la guerra más fuerte militar y económicamente que nunca. Pero su influencia diplomática se veía debilitada por no haber proporcionado a Stalin la ayuda prometida en la hora más oscura de la guerra. Sin embargo, todavía le quedaba una importante carta que jugar, una nueva promesa, la de ayudar económicamente a los soviéticos a reconstruir en la posguerra su maltrecha nación. La de los antaño poderosos británicos era la posición más débil y ya no podían exigir nada unilateralmente. Ahora Gran Bretaña, para conservar su estatus de gran potencia en el mundo de posguerra, dependía de la buena voluntad y generosidad de Estados Unidos. Los conflictos que salieron a la luz en Yalta acabarían por hacer pedazos la alianza. Las tensiones, sin embargo, no se trasladarían a la imagen pública de unidad ni a la entusiasta reacción de los ciudadanos del mundo, desesperados por recibir buenas noticias después de tantos años de guerra.



En Moscú, durante una reunión secreta en octubre de 1944, Churchill y Stalin se repartieron las esferas de influencia de británicos y soviéticos en la Europa de posguerra y consignaron el acuerdo en un trozo de papel.

Las diferencias afloraron en las discusiones sobre Polonia, que fue el tema de siete de las ocho sesiones plenarias de Yalta. Stalin hizo la siguiente declaración: «La cuestión polaca no es solo un asunto de honor, sino de seguridad. A lo largo de su historia, Polonia ha sido el corredor por el que el enemigo ha entrado en Rusia». Dominar Polonia era «cuestión de vida o muerte» para la Unión Soviética.[83]

Stalin quería que se reconociera el gobierno provisional de mayoría comunista que operaba en Lublin, al este de Polonia. Su campaña contra la oposición interna había prendido la chispa de la guerra civil. Roosevelt y Churchill respaldaban al gobierno en el exilio de Londres, constituido en su mayoría por anticomunistas acérrimos. Stalin los acusaba de terroristas y, para debilitarlos, perpetró dos atrocidades: matar a miles de oficiales polacos en el bosque de Katyn en 1940 y detener al Ejército Rojo a orillas del Vístula en 1944 dando tiempo así a los alemanes a sofocar el Levantamiento de Varsovia.

Los tres líderes acordaron la instauración de un gobierno provisional de unidad nacional. El pacto decía: «El gobierno provisional que ahora opera en Polonia debería, por tanto, organizarse sobre una

base democrática más amplia con la participación de dirigentes democráticos de la propia Polonia y de los polacos del exilio». Luego los embajadores británico, norteamericano y soviético fueron a consultar a los mandatarios polacos y se convocaron elecciones libres a las que podían presentarse «todos los partidos democráticos y antinazis».[84] Los embajadores aceptaron la Línea Curzon como frontera oriental del país pese a las objeciones del gobierno en el exilio de Londres, pero la frontera occidental daba más problemas y su demarcación se pospuso. El acuerdo fue voluntariamente laxo. El almirante Leahy, un veterano de la guerra con España en el Caribe y de la Primera Guerra Mundial que había estado destinado en las Filipinas, China, Panamá y Nicaragua antes de volver del retiro para convertirse en jefe del Estado Mayor de Roosevelt, advirtió a este: «Es un acuerdo tan elástico que los rusos lo pueden estirar de Yalta a Washington sin que, técnicamente, llegue a romperse». Roosevelt estaba de acuerdo: «Ya lo sé, Bill, ya lo sé. Pero es cuanto puedo hacer por Polonia de momento».[85]

En Teherán, Roosevelt escribió a Stalin una nota personal con la siguiente promesa: «Estados Unidos nunca prestará ningún tipo de apoyo a ningún gobierno provisional de Polonia contrario a sus intereses».[86] Sin embargo, el gobierno polaco en el exilio, compuesto por anticomunistas convencidos, era claramente contrario a los intereses soviéticos tal y como Stalin los percibía.

Roosevelt comprendió cuán poca influencia podía ejercer en Yalta. Prefería que Stalin participara en la «Declaración de la Europa Liberada», que apoyaba la instauración de gobiernos de amplia representación elegidos democráticamente.

Aunque no actuaron ojo por ojo con Alemania, los Tres Grandes pactaron la división del país conquistado en cuatro zonas militares, una de las cuales sería controlada por Francia. Incapaces de alcanzar un acuerdo sobre las indemnizaciones de guerra a imponer a Alemania, decidieron organizar una comisión de estudio. Hablaron de veinte mil millones de indemnización, la mitad de los cuales serían para la Unión Soviética. Stalin accedió a entrar en guerra con Japón tres meses después de terminar la guerra en Europa. A cambio, Estados Unidos prometió concesiones económicas y territoriales en Asia con las que Rusia recuperaría la mayor parte de los territorios cedidos en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

Las noticias llegadas de Yalta infundieron un optimismo desconocido en décadas. El expresidente Herbert Hoover dijo que la Conferencia era «una gran esperanza para el mundo». William Shirer, corresponsal de guerra de la CBS, que más tarde escribió un célebre superventas, *Auge y caída del Tercer Reich*, comentó que se trataba de un «hito en la historia de la humanidad».[87] Roosevelt se dirigió al pleno del Congreso a su vuelta y dijo:

> La conferencia de Crimea ha sido decisiva, crucial, espero, para nuestra historia y, por tanto, para la historia del mundo [...]. Tendremos que asumir la responsabilidad de un mundo que colabore, o cargar con la responsabilidad de otra contienda mundial [...]. Y confío en que el Congreso y el pueblo norteamericano acepten los resultados de esta conferencia, porque suponen el inicio de un sistema de paz permanente sobre el cual empezar a erigir, Dios mediante, un mundo mejor donde nuestros hijos y nietos, los suyos y los míos, los hijos y nietos del mundo entero, vivan y puedan vivir. Y eso, amigos míos, es el único mensaje que les puedo dar, porque creo en él muy sinceramente, y sé que todos ustedes también creen en él y van a seguir creyendo en el futuro.[88]

Harry Hopkins, su asesor y confidente, compartía el entusiasmo posterior a Yalta:

> En el fondo del corazón estábamos convencidos de que había sido el alba de un nuevo día por el que todos llevábamos rezando, y del que todos llevábamos hablando, muchos años. Teníamos la absoluta certeza de que habíamos conseguido la primera gran victoria de la paz; al decir «nosotros», quiero decir todos nosotros, todo el mundo civilizado. [Los soviéticos demostraron] ser juiciosos y tener amplitud de miras, y ni el presidente ni ninguno de nosotros teníamos la menor duda de que podríamos convivir con ellos y llevarnos pacíficamente en el futuro hasta donde nos era posible imaginar. Pero tengo que hacer una salvedad. Creo que todos teníamos un temor: no poder prever qué sucedería si le

ocurría algo a Stalin. Estábamos seguros de poder contar con que sería razonable, sensato, comprensivo, pero no estábamos seguros de quién o qué le aguardaba en el Kremlin.[89]

Los soviéticos compartían el entusiasmo por Yalta, pero desconfiaban: no sabían quién sucedería a Roosevelt. Todo el que asistió al discurso del presidente en el Congreso pudo darse cuenta del rápido deterioro de su salud. Agotado tras el viaje, por primera vez se dirigió a la cámara sentado. En las siguientes semanas salieron a la luz sus desacuerdos con los soviéticos a propósito de Polonia y otros asuntos, y tuvo que contestar preguntas comprometidas sobre el futuro de las relaciones diplomáticas. Pero nunca perdió la esperanza de que las tres naciones continuaran trabajando conjuntamente en pos de la paz y la amistad. En su último cable a Churchill, Roosevelt escribió: «Yo minimizaría el problema soviético todo lo posible, porque me da la impresión de que, de una u otra forma, problemas como estos aparecen todos los días y la mayoría terminan solucionándose».[90]

El 12 de abril de 1945, Harry Truman, que había sucedido a Wallace como vicepresidente tras las elecciones de 1944, fue al despacho en el Capitolio de Sam Rayburn, presidente de la cámara alta, a jugar una partida de póquer y consumir buena parte de la última remesa de whisky. Al llegar le dijeron que llamara a Steve Early a la Casa Blanca. Early le pidió que acudiera de inmediato. En la Casa Blanca, Eleanor Roosevelt le informó de que el presidente había muerto. Tras recobrarse de la noticia, Truman expresó sus condolencias y ofreció su ayuda: si había algo que él pudiera hacer, cualquier cosa... La señora Roosevelt contestó: «¿Hay algo que nosotros podamos hacer? Ahora los problemas los tiene usted».[91]



Febrero de 1945, los Tres Grandes en Yalta, donde superaron sus diferencias sobre el futuro de Polonia y del resto de Europa y llegaron a diversos acuerdos que llenaron de optimismo a los ciudadanos de Estados Unidos y la Unión Soviética.

Aunque parezca mentira, Truman no estaba en absoluto preparado para ese momento. Solo se había reunido dos veces con Roosevelt en sus ochenta y dos días como vicepresidente y no habían tratado ninguno de los asuntos que más acuciaban a la nación. En realidad, y esto es todavía más asombroso, ni Roosevelt ni ningún otro le habían informado de la fabricación de la bomba atómica. En su primer día en el cargo, el nuevo presidente se dirigió a un grupo de reporteros a las puertas del Capitolio. Uno le preguntó qué tal estaba discurriendo su primer día. Y Truman respondió: «Chicos, si rezáis alguna vez, estos días rezad por mí. No sé, chicos, si alguna vez se os ha caído el mundo encima, pero cuando ayer me dijeron lo que había ocurrido, se me cayeron encima la luna, las estrellas y todos los planetas juntos. No sé de ningún hombre que haya tenido nunca una tarea de tanta

responsabilidad». Un reportero le deseó, a voces: «¡Buena suerte, señor presidente!». Y él contestó: «Ojalá no tuvierais que llamarme así».[92] No era falsa modestia. Tenía la sincera impresión de que la situación le superaba y decía a todo el que se cruzaba con él que todo era un error y que no estaba preparado para ser presidente.



Harry S. Truman jura el cargo de presidente en la Casa Blanca tras la muerte de Roosevelt. Aunque parezca mentira, Truman no estaba en absoluto preparado para asumirlo.

Stimson, Wallace y otros temían que Truman, en vista de sus propias inclinaciones y falta de preparación, solo sería una marioneta en manos de políticos más avezados. Stimson anticipaba que las mayores presiones provendrían de Churchill y advirtió a Marshall de que debían «estar alerta ahora que había un nuevo hombre al timón para ver si estaba al corriente de las causas de las pasadas diferencias entre Gran Bretaña y Estados Unidos en esos temas».[93]

En la reunión del gabinete del 16 de marzo, Roosevelt había manifestado la fricción quizá más importante con los británicos. James Forrestal, el secretario de Marina, no estuvo presente aquel día, pero el subsecretario de Marina, H. Struve Hensel, sí, y tomó unas notas que Forrestal incluyó en su diario: «El presidente nos reveló su complicada relación con los británicos. Nos dijo medio en broma que, en realidad, Gran Bretaña deseaba que Estados Unidos acabara librando una guerra con Rusia en algún momento y que, en su opinión, si se obstinaban en seguir el programa propuesto por Churchill, la tendrían».[94]

El primero en reunirse con Truman, el 13 de abril, fue Edward Stettinius, secretario de Estado. Stettinius, que anteriormente se había encargado de administrar los fondos de la Ley de Préstamo y Arriendo, se quedó de piedra cuando el presidente le pidió que le pusiera al corriente de lo que estaba pasando en el mundo. Con Roosevelt, Stettinius apenas había tenido predicamento. De hecho, muchos le tenían por una figura menor. Un amigo de Roosevelt comentó: «Un secretario de Estado tendría que poder leer, escribir y hablar. Y podría no hacer alguna de esas cosas, pero es que Stettinius no sabe hacer ninguna de las tres».[95] Stettinius habló de la perfidia de los soviéticos. Los describió como personajes falaces. Desde Yalta, explicaba en un informe de ese mismo día, habían «adoptado una postura firme e inflexible en todos los temas importantes». Los acusó de actuar por su cuenta, sin consultar con nadie, en las zonas liberadas y comentó que Churchill estaba todavía más contrariado que él.[96] Churchill no perdió el tiempo y confirmó el punto de vista de Stettinius en varios mensajes telegráficos y con la pronta visita a Washington de Anthony Eden, el ministro de Asuntos Exteriores. Lord Halifax, embajador británico en Estados Unidos, estudió a Truman y sacó la siguiente conclusión: «[El presidente es un hombre] honrado y diligente, pero mediocre [...] un *amateur* torpe aunque bien intencionado [...] [rodeado de amigos que parecen salidos] de un tribunal

del condado de Misuri».[97]

Esa misma tarde, Truman se reunió con James F. *Jimmy* Byrnes, su viejo mentor en el Senado. Tras admitir su deplorable ignorancia, le imploró que le dijera todo lo que sabía «de Teherán a Yalta» y «todo lo que sabía de todo».[98] Como Byrnes había formado parte de la delegación norteamericana en Yalta, Truman dio por supuesto que tenía un conocimiento exacto de lo sucedido. Pasarían muchos meses antes de que descubriese que no era ni mucho menos así. En esa y en posteriores reuniones, Byrnes reforzó la imagen de los soviéticos que ya había transmitido Stettinius al presidente, la de que los soviéticos no estaban cumpliendo con los acuerdos de Crimea y, por tanto, había que ser firme e inflexible con ellos. También dio a Truman el primer informe digno de ese nombre sobre la bomba atómica, que, conjeturó, bien podría ponerles en disposición de «dictar» sus propias condiciones al término de la guerra.[99] No concretó a quién iban a dictar esas condiciones. Truman confiaba tanto en Byrnes que le confesó su deseo de designarle secretario de Estado en cuanto Stettinius hubiera hecho despegar las Naciones Unidas. Más tarde, Matthew Connelly, amigo personal y colaborador de Truman, escribiría: «El señor Byrnes llegó de Carolina del Sur, se entrevistó con el señor Truman y de inmediato decidió que se haría cargo. Me temo que, para el señor Byrnes, el señor Truman era una nulidad, porque creía estar dotado de una inteligencia superior».[100] Inteligencia superior quizá, pero, en esta inopinada pareja, que tan influyente sería en la modelación del mundo de la posguerra, Truman tenía más formación académica. Él al menos había terminado el instituto. Byrnes había dejado los estudios a los catorce años.

El embajador Harriman visitó a Stalin en el Kremlin y lo encontró muy apenado por la muerte de Roosevelt. El dirigente soviético sostuvo la mano de Harriman y lamentó la gran pérdida que para la humanidad suponía el fallecimiento del presidente. Luego le pidió que transmitiera su más sentido pésame a la señora Roosevelt y a sus hijos. Harriman garantizó a Stalin que forjaría una relación igualmente estrecha con el presidente Truman, a quien describió como «un hombre de acción y no de palabras». Stalin respondió: «Roosevelt ha muerto, pero su causa debe vivir. Apoyaremos al presidente Truman con todas nuestras fuerzas y la mejor voluntad».[101] Harriman, habitualmente escéptico, se conmovió ante la honda emotividad de Stalin.



Truman con James Byrnes (izquierda) y Henry Wallace en el funeral de Roosevelt. Byrnes, que había sido el mentor de Truman en el Senado, se convirtió en su mano derecha en política exterior. Más tarde le convencería de la conveniencia de expulsar a Wallace del gabinete.

Molotov hizo escala en Washington antes de encaminarse a San Francisco para la sesión inaugural de las Naciones Unidas. Estaba impaciente por entrevistarse personalmente con el nuevo presidente. Harriman también voló a Washington en cuanto pudo con la intención de ver a Truman antes de su reunión con Molotov. Llegó a tiempo y advirtió al presidente de que Estados Unidos se enfrentaba a

una «invasión de los bárbaros de Europa» y le instó a mantenerse firme y decirle a Molotov que no toleraría «ninguna presión en la cuestión polaca».[102] Harriman hizo hincapié, por tanto, en la idea que Truman ya se había ido formando gracias a Churchill y Eden: en cuanto la Unión Soviética extendía su control sobre un país e imponía su régimen, dijo, entraba la policía secreta y acababa con la libertad de expresión. Estaba convencido de que los soviéticos no se arriesgarían a romper con Estados Unidos porque necesitaban desesperadamente la ayuda para la reconstrucción de posguerra que Roosevelt les había prometido. Stettinius y James Forrestal coincidían en general con esa valoración. Y los tres aconsejaban una postura firme sobre el futuro de Polonia.

El 23 de abril, Truman convocó a sus asesores en política exterior para una última reunión antes de recibir a Molotov. Stimson, Marshall y Leahy le ofrecieron otro punto de vista. Leahy le recordó la opaca elasticidad del Acuerdo de Yalta y la dificultad de, sobre esa base, alegar mala fe. En realidad, dijo, tras lo hablado en Yalta, le habría sorprendido que los soviéticos actuasen de forma distinta a como lo habían hecho. El estimado Marshall, a quien la revista *Time* había nombrado Hombre del Año en 1943, sostenía que la ruptura con los soviéticos sería desastrosa, porque Estados Unidos dependía de ellos para derrotar a Japón. Stimson era quien mejor comprendía la complicada situación de los soviéticos y pidió mayor prudencia al inexperto presidente. Adujo que la Unión Soviética había sido un aliado leal y que a menudo había dado más de lo que había recibido, especialmente en importantes asuntos militares. Recordó al presidente la importancia de Polonia para ella y que «los rusos eran quizá más realistas que nosotros [el gobierno] en lo que respectaba a su seguridad». Añadió que aparte de Estados Unidos y Gran Bretaña, y algunos, solo algunos, países bajo influencia norteamericana, pocas naciones compartían la idea de los estadounidenses de lo que eran unas elecciones libres.[103] Truman, como de costumbre, quiso ocultar su limitada comprensión de ciertos asuntos con fanfarronerías y bravatas. Prometió plantar cara a Molotov y exigir el cumplimiento de los acuerdos de Yalta. En cuanto a las Naciones Unidas, Estados Unidos seguiría adelante con los planes para la reunión de San Francisco, y si «los rusos» no querían suscribirlos, «podían irse al infierno».[104] A Harriman le reconoció que no esperaba conseguir el cien por cien de lo que deseaba de los soviéticos, pero sí, al menos, el 85 por ciento.[105]

No es de extrañar, tal vez, que los más ruidosos críticos de los soviéticos compartieran un pasado semejante que les inclinaba a sospechar de sus motivos e intenciones y a injuriar cualquier cosa que oliera a socialismo. Harriman, hijo de un empresario ferroviario millonario, había fundado Brown Brothers Harriman. Forestal había hecho una fortuna en Wall Street. Stettinius había sido presidente del consejo de administración de U. S. Steel, la empresa más grande de Estados Unidos. Se unirían, además, a ricos banqueros internacionales que también habían hecho o heredado su fortuna en el periodo de entreguerras y contribuirían a forjar la política de posguerra. Entre esos hombres se encontraban Dean Acheson, de Covington and Burling; Robert Lovett, de Brown Brothers Harriman; John McCloy, de Swainand Moore; Allen y John Foster Dulles, de Sullivan and Cromwell; Nelson Rockefeller, magnate del petróleo y de la banca; Paul Nitze y Ferdinand Eberstadt, de Dillon, Read and F. Eberstadt and Co.; y el presidente de General Motors, Charles E. Wilson, que en 1944, siendo director de la War Production Board [Junta de Producción de Guerra], comunicó a la Army Ordnance Board [Junta de Intendencia del Ejército] que, para no volver a la Gran Depresión, Estados Unidos necesitaba «una economía de guerra permanente».[106] Aunque las personas citadas también habían prestado servicios en la administración Roosevelt, en esta habían ejercido mucho menos influencia, porque Roosevelt actuaba en gran medida como si él mismo fuera su secretario de Estado.

En la reunión con Molotov de ese mismo día, Truman recurrió a uno de sus personajes, el de hombre duro. No perdió el tiempo y acusó a los soviéticos de romper los acuerdos de Yalta, particularmente en lo referente a Polonia. Cuando Molotov intentó explicar que Polonia, por tener frontera con la Unión Soviética, era vital para su seguridad y que los acuerdos hablaban de convocar

a polacos leales y no al grupo de Londres, virulentamente hostil al gobierno de Lublin, Truman despreció con brusquedad su aclaración. Luego Molotov sacó a colación otros asuntos y Truman le espetó: «Eso es todo, señor Molotov. Le agradecería que transmitiera mi punto de vista al mariscal Stalin».[107] Molotov contestó: «No me habían hablado así en toda mi vida». Y Truman replicó: «Cumpla con los acuerdos a los que se compromete y no volverán a hablarle de esta manera».[108] El ministro de Exteriores soviético, indignado con el trato recibido, salió de la sala hecho una furia. Años más tarde recordaría el «tono autoritario» de Truman y su «estúpido empeño» en demostrar «quién era el jefe».[109]

Poco después, Truman se jactaba ante Joseph Davies, exembajador de Estados Unidos en la Unión Soviética: «He sido muy claro con él. Se lo he dicho tal cual. Ha sido un directo a la mandíbula».[110]

Stalin no perdió tiempo en responder al muy poco diplomático rapapolvo a Molotov. Tras haber sido invadido por Alemania a través de Polonia y de Europa Oriental dos veces en los últimos veinticinco años, insistió en que contar con gobiernos amigos en su flanco occidental y especialmente en su frontera era de vital importancia. Telegrafió a Truman al día siguiente para detallarle lo que en realidad había ocurrido en Yalta y le aseguró que Roosevelt había accedido a que el gobierno de Lublin fuera el núcleo del nuevo Gobierno polaco. Como «Polonia tiene frontera con la Unión Soviética», recordó una vez más, los soviéticos tenían derecho a contar con un gobierno amigo en ese país. Él no sabía, decía el cable también, si los gobiernos de Bélgica o de Grecia eran en realidad democráticos, pero no tenía intención de protestar lo más mínimo, porque el asunto resultaba vital para la seguridad de los británicos. «Estoy dispuesto a satisfacer su petición —escribió— y hacer todo lo posible para llegar a una solución armoniosa, pero me está pidiendo demasiado [...]. Me está pidiendo que renuncie a una cuestión vital para la seguridad de la Unión Soviética, y yo no puedo volverme contra los intereses de mi país».[111]

Stalin creía que Roosevelt y él habían alcanzado un acuerdo respecto a Polonia que respetaba las necesidades de seguridad de la Unión Soviética. De hecho, cuando Averell Harriman quiso tratar la cuestión polaca en la reunión de ministros de Exteriores de Moscú de octubre de 1943, Cordel Hull, el secretario de Estado, le reprendió y le recordó las verdaderas prioridades de Estados Unidos: «No me interesan asuntillos sin importancia como este. Ocupémonos de los temas principales».[112] Pero con Truman eran los antisoviéticos más intransigentes quienes dictaban la política exterior. Stalin se sintió traicionado.

La sesión inaugural de las Naciones Unidas en San Francisco el 25 de abril debía ser una ocasión para celebrar una nueva era de paz y reconciliación internacional. En vez de ello, las primeras sesiones se vieron empañadas por la tensión entre los principales aliados de la guerra. El primer día, Harriman se reunió con miembros de la delegación norteamericana para asegurarse, según sus propias palabras, de que todo el mundo entendiera que los soviéticos no respetarían los acuerdos de posguerra. Al contrario, recurrirían a todos los medios a su disposición, por arteros que pudieran ser, para hacerse con el control de Europa Oriental. Luego repitió lo mismo ante los periodistas, aunque *off the record*, y varios reporteros salieron de la sala acusándole de «belicista».[113] Los delegados norteamericanos no eran tan escépticos. Rechazaron la petición de Molotov de sentar al gobierno de Lublin en representación de Polonia. Pero congregaron a los representantes latinoamericanos para que apoyasen al Gobierno argentino a pesar de sus simpatías con los nazis.

Dándose cuenta de que su dureza con la Unión Soviética no había producido los resultados deseados, Truman se reunió dos veces con Joseph Davies para pedirle consejo. Como embajador de la Unión Soviética, Davies, fiscal de mentalidad conservadora, sorprendió a los críticos liberales por sus simpatías hacia el experimento soviético. Truman le confesó que, tras su diatriba, Molotov «estaba visiblemente afectado, se le demudó el rostro y se puso pálido». Había llegado a la conclusión de que, evidentemente, «el método duro» funcionaba, porque los soviéticos se habían

mostrado menos tajantes en San Francisco y no habían exigido el reconocimiento del gobierno de Lublin. Al poco tiempo, sin embargo, las relaciones se habían deteriorado. «¿Qué te parece? —preguntó—. ¿Lo he hecho bien?».

Davies contó a Truman que Molotov le había hecho una visita antes de la reunión del 23 de abril en la Casa Blanca y le había preguntado si él, Truman, estaba al corriente de lo hablado en Yalta. Molotov le había dicho entonces que la muerte de Roosevelt era «una gran tragedia» para ellos, porque «Stalin y él se entendían bien». Davies explicó que los soviéticos siempre habían insistido en el concepto de «reciprocidad entre aliados». Por ese motivo habían aceptado los gobiernos que los británicos habían impuesto en África, Italia y Grecia, por mucho que contaran con representación de los movimientos antifascistas de esos países. Porque entendían que se trataba de asuntos «de vital interés» para Estados Unidos y Gran Bretaña. Esperaban, por tanto, la misma consideración de sus aliados con Polonia, de vital importancia para la URSS por cuestiones de seguridad. Davies recordó a Truman que mientras Estados Unidos y Gran Bretaña planificaban la estrategia global, la Unión Soviética soportaba el peso de la guerra. A Truman le sorprendió saber que los soviéticos habían aceptado incluso no tratar sus demandas territoriales con Churchill «por consideración a Roosevelt» y prometió «librarse» de los funcionarios del Departamento de Estado, tan excesivamente antisoviéticos, que le habían inducido al malentendido. Davies señaló hasta qué extremo habían cambiado las relaciones con los soviéticos en las últimas seis semanas y que los británicos habían sido los instigadores.

Davies advirtió a Truman de que, si sacaban la conclusión de que Estados Unidos y Gran Bretaña se habían «aliado en su contra», los soviéticos responderían con mayor dureza que su adversario, que era lo que habían hecho al firmar el pacto germano-soviético de 1939 tras comprender que Occidente no les prestaría ninguna ayuda para detener a los nazis. Davies, no obstante, aseguró al presidente que, cuando a los soviéticos se les trataba «con generosidad, de forma amistosa», respondían «con mayor generosidad aún. Ante la “dureza”, sin embargo, ellos reaccionan rápida y rotundamente y con una “dureza superior” contra todo aquel a quien consideran hostil». El exembajador accedió a concertar una reunión entre el presidente y Stalin. Truman admitió que había malinterpretado la situación y que no había sabido manejarla. Davies tomó nota en su diario de los comentarios del presidente, que se culpabilizaba: «Con razón me preocupo tanto. La responsabilidad es terrible, y no hay hombre menos capaz de salir adelante. Ha tenido que caerme a mí en suerte. Pero haré todo lo posible». «Aquí yace Fulano; lo hizo lo mejor que pudo. El hombre no podía hacer más. Era demasiado lento desenfundando», bromeó Truman. Resulta revelador.[114]

El almirante William H. Standley, otro antiguo embajador en la Unión Soviética —en 1942 y 1943—, hizo unas declaraciones públicas para contrarrestar a quienes pensaban que Stalin estaba tramando algo. En un artículo de la revista *Collier’s*, insistió en que Stalin deseaba sinceramente cooperar con Estados Unidos para que el mundo pudiera gozar de una paz duradera. No solo la Unión Soviética necesitaba una paz estable «desesperadamente», creía Standley, también el propio Stalin la deseaba «sincera y fervientemente». «Es muy sencillo —añadía el almirante—, el mundo no podría soportar otra guerra».[115]

En los campos de batalla de Europa, la guerra había ido bien. El 26 de abril, soviéticos y norteamericanos se encontraron a orillas del Elba, cerca de Torgau, a siete mil kilómetros de las costas de Estados Unidos y a más de dos mil de las ruinas de Stalingrado. Fue un día feliz. La comida y la bebida corrieron en abundancia; hubo champán, vodka, coñac, vino, cerveza y whisky. El soldado de primera clase Leo Kasinsky escribió: «En mi vida me lo había pasado mejor [...]. [Los soviéticos] nos dieron una fiesta maravillosa y debimos de brindar unas sesenta veces. Chico, ni siquiera en Brooklyn beben así».[116] *The New York Times* habló de «brindis, canciones y esperanza en un futuro compartido por Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña en aras de una paz duradera».

[117]

El 7 de mayo de 1945, Alemania se rindió. Hitler y Eva Braun se habían suicidado en el búnker de Berlín una semana antes. Un diplomático norteamericano escribió que el júbilo del pueblo soviético era «indescriptible». La multitud se agolpó ante la embajada estadounidense de Moscú para gritar: «¡Hurra por Roosevelt!».[118] Stalin se dirigió a los dos o tres millones de personas que abarrotaban la Plaza Roja.

Los norteamericanos, reconociendo la inmensidad de su sacrificio y sufrimientos, recuperaron las simpatías y compasión por los soviéticos. En junio, C. L. Sulzberger escribió en *The New York Times* que su número de bajas superaba lo imaginable. «En términos de penalidades y sufrimiento, de enfermedad y desastre, de horas de esfuerzo en una tierra donde el trabajo es sagrado, las pérdidas son incalculables. Los ciudadanos de Estados Unidos, a quienes la guerra apenas ha tocado, no se pueden hacer idea. Tampoco el tristemente castigado pueblo de Inglaterra. Tal vez, ni siquiera la masa del pueblo ruso tenga plena conciencia de lo que ha padecido». Sulzberger comprendía que tanta devastación tendría consecuencias perdurables: «Este terrible sufrimiento, esta destrucción sin precedentes, dejará huella no solo en los pueblos y tierras de la URSS, sino en futuras decisiones y políticas, y en las actitudes psicológicas». Esto significaba que los soviéticos exigirían «los más fieles aliados» en Europa Oriental, el debilitamiento permanente de Alemania como potencia militar y forjar relaciones de amistad con las naciones de Asia Central y del Lejano Oriente que compartían frontera con la Unión Soviética. Sulzberger predijo que, a pesar de estar impacientes por volver a probar «las mieles de la vida», los ciudadanos soviéticos sacrificarían pacientemente muchas comodidades por recuperar la sensación de seguridad que la guerra les había arrebatado.[119]

Las iniciativas de caridad por aliviar las privaciones de los soviéticos proliferaron ese año. El día de Año Nuevo de 1945, los editores de *The Washington Post* habían pedido a los norteamericanos que se acordaran de los niños rusos y les mandaran «una muestra de buena suerte [de la buena suerte de que gozaban los propios norteamericanos]» para conmemorar «la sensación de comunidad» que habían llegado a sentir por ellos.[120] Hasta Bess Truman, la primera dama, echó una mano. En julio la nombraron presidenta honoraria de la English Classics Collection of Books for Russian War Relief [Colección de Clásicos Ingleses para la Ayuda de Guerra a Rusia], que puso en marcha un programa de recogida de un millón de libros a escala nacional para sustituir a los destruidos por los nazis. Cada volumen donado luciría las banderas de los dos países junto con una inscripción en el frontispicio donde podría leerse: «Al heroico pueblo de la Unión Soviética de parte del pueblo de Estados Unidos».[121]

Circularon numerosas anécdotas sobre el valor y generosidad de los soldados y ciudadanos soviéticos. *The Washington Post* contó en detalle la historia de lo que le sucedió al capitán Ernest M. Gruenberg, cirujano paracaidista, después del Día D. Tras escapar de un campo de prisioneros, el capitán Gruenberg y otros dos oficiales viajaron hasta Moscú en solo catorce días. «Casi no tuvimos que andar. Siempre encontrábamos un camión o un tren que nos llevaba y nadie nos pidió nunca dinero ni los billetes. Éramos norteamericanos y nada, al parecer, era demasiado bueno para nosotros. Éramos bien recibidos en todas partes. Viajamos en camiones y camionetas e hicimos una entrada triunfal en Moscú en un coche reservado a oficiales rusos. Y sin pagar un centavo, por supuesto». Soviéticos y polacos compartían sus magras raciones con tan buena voluntad que Gruenberg tuvo la sensación de que había recuperado los doce kilos perdidos mientras estuvo prisionero.[122]

La camaradería durante la guerra se tradujo en optimismo sobre la relación de Estados Unidos y la Unión Soviética en la posguerra. En marzo de 1945, una encuesta de Gallup reveló que el 55 por ciento de los norteamericanos opinaban que se podía confiar en que la Unión Soviética cooperaría después de la guerra.[123]

Aunque muchos asesores de Truman daban por hecho que Stalin impondría regímenes comunistas en los países ocupados por el Ejército Rojo, Stalin no tenía ninguna prisa por poner en marcha un cambio revolucionario. Se daba cuenta de que los comunistas no eran más que una minoría en la mayor parte de esos países, por mucho que hubieran desempeñado un papel muy importante en los grupos de resistencia. En cierta ocasión había dicho que a Polonia el comunismo le sentaba igual que una silla de montar a una vaca.[124]



Empezando por la Ayuda de Guerra a Rusia, los norteamericanos fueron muy generosos en sus donativos a sus aliados soviéticos.

Y los soldados soviéticos no hicieron precisamente mucho por congraciarse con el pueblo alemán. En venganza por los estragos, la devastación y las humillaciones que los alemanes habían causado en su país, su comportamiento con los vencidos fue brutal. Las alemanas pagaron un precio particularmente alto por los crímenes de su gobierno. En unas pocas semanas, más de cien mil necesitaron atención médica por violación.

Aunque ese comportamiento fue monstruoso e inexcusable, se puede entender que fue algo más que la simple «invasión de los bárbaros» de que hablaba Harriman. Los soldados soviéticos no solo habían sido testigos de las atrocidades cometidas por los alemanes en su tierra; también alimentaba su furia lo que de camino a Berlín habían visto al liberar campos de concentración como Majdanek, Sobibor, Treblinka y Auschwitz. Como dijo el corresponsal de guerra Alexander Werth, «a medida que el Ejército Rojo avanzaba hacia el oeste, iba oyendo esas historias de terror, humillación y deportación; veía ciudades destruidas; veía fosas comunes donde yacían prisioneros de guerra que habían sido asesinados o habían muerto de hambre [...]; para los soldados rusos, el verdadero rostro de la Alemania nazi, con sus Hitler y Himmler y su filosofía sobre los *untermensch* y su inefable sadismo, iba haciéndose espantosamente tangible».[125] Esos soldados hablaron de los horrores de que fueron testigos. V. Letnikov escribió a su mujer en 1945:

> Ayer recorrimos un campo de concentración para ciento veinte mil prisioneros. Estaba cercado con postes de dos metros y alambradas electrificadas. Además, los alemanes habían puesto minas por todas partes. Cada cincuenta metros había una torre de vigilancia con ametralladoras para guardias armados. No muy lejos de los barracones de la muerte hay un

> crematorio. ¿Te imaginas a cuántas personas han podido quemar los nazis en ese sitio? Junto al crematorio, que han hecho saltar por los aires, hay huesos y montones de zapatos de varios metros de alto. También hay zapatos de niño. Es el horror absoluto. Imposible describirlo.[126]

Los diarios soviéticos, incluidos los que leían los soldados, abandonaron su línea habitual para publicar la siniestra crónica de esos horrores. Cuando llegaron a tierras alemanas, las tropas soviéticas apenas podían reprimir la cólera. Stalin ni dio su consentimiento ni condenó a sus soldados y no hizo nada por detenerlos.

Lejos de imponer desde un principio regímenes comunistas, Stalin intentó contener a los defensores de un cambio revolucionario en toda Europa, instándoles a formar coaliciones de amplio espectro. Más nacionalista que revolucionario internacional, pensaba ante todo en los intereses de la Unión Soviética. Esperaba el apoyo de Estados Unidos para la reconstrucción de posguerra y necesitaba la cooperación de los Aliados para evitar la recuperación militar de Alemania, que para él era todavía la principal amenaza de la Unión Soviética. Pidió, por tanto, a sus aliados comunistas que no siguieran el modelo bolchevique, sino que avanzaran hacia el socialismo bajo «otros sistemas políticos como, por ejemplo, la democracia, una república parlamentaria o, incluso, una monarquía constitucional».[127] Por nada quería echar a perder su alianza con Estados Unidos y Gran Bretaña. Por ese motivo en la Europa liberada por los soviéticos instauró gobiernos afines a la Unión Soviética, pero sin predominio de los comunistas.

Truman empezaba también a ser más conciliador. Tras sus reuniones con Davies y algunas conversaciones con Harry Hopkins y Henry Wallace, que era a la sazón secretario de Comercio, hizo un esfuerzo por mejorar las relaciones con los soviéticos. Tanto él como sus asesores militares resistieron las presiones de Churchill por mantener tropas en posiciones avanzadas hasta arrancar ciertas concesiones a Moscú. Poco a poco fue descubriendo que la interpretación de Stalin de los acuerdos de Yalta se atenía más a la verdad que la suya. Byrnes reconoció que había abandonado Yalta antes del último acuerdo y que no había participado en muchas reuniones decisivas. Truman supo también que en realidad Roosevelt había accedido a ceder a los soviéticos una esfera de influencia en Europa Oriental y que no veía base para exigir un gobierno distinto en Polonia. Enviado personalmente por el presidente, Harry Hopkins se entrevistó con Stalin a finales de mayo y ambos elaboraron una fórmula para Polonia similar a la ya acordada para Yugoslavia. En el nuevo gabinete participaría el antiguo primer ministro Stanislaw Mikolajczyk, ahora en calidad de viceprimer ministro, y otros tres políticos no comunistas, amén de otros diecisiete ministros designados por los comunistas y sus aliados. Truman dijo a los periodistas que eso demostraba un «grato cambio de actitud, más flexible» por parte de Stalin, lo cual era un buen augurio para una futura colaboración entre Estados Unidos y la Unión Soviética.[128]

Cuando Truman salió hacia Potsdam en el mes de julio, el optimismo por una alianza en la posguerra era mucho mayor que hacía dos meses. Pero algunos preferían la cautela. La revista *Life* advertía ese mismo mes —solo dos años después de que Stalin apareciera en su portada retratado como un héroe—: «Rusia es el problema número uno para Estados Unidos porque es el único país del mundo con poder suficiente para plantar cara a nuestra concepción de la verdad, la justicia y la vida».[129]

Aunque amistosa en apariencia, la conferencia de Potsdam supuso un revés para las esperanzas de cooperación a largo plazo. Los resultados positivos de las pruebas de la bomba atómica convencieron a Truman de que Estados Unidos podría seguir su camino solo, prescindiendo de los intereses soviéticos, y ese era el mensaje que dejaba entrever su manera de comportarse con Stalin. Tras la reunión, volviendo a Washington a bordo del *USS Augusta*, comentó a un grupo de oficiales que la obstinación de los soviéticos importaba poco, «porque Estados Unidos ha desarrollado un

arma totalmente nueva, de tal potencia y naturaleza que ya no necesita a los rusos ni a ningún otro país».[130]

[1] «The Debate in Commons», *The New York Times*, 4 de octubre de 1938.

[2] David Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor: Roosevelt's America and the Origins of the Second World War*, Ivan R. Dee, Nueva York, 2001, pp. 42-49.

[3] United States Holocaust Memorial Museum, *http://www.ushmm.org/wlc/en/ article.php?ModuleId=10007411*.

[4] Frank L. Kluckhohn, «Line of 4,500 Miles», *The New York Times*, 4 de septiembre de 1940.

[5] David M. Kennedy, *Freedom from Fear: The American People in Depression and War, 1929-1945*, Oxford University Press, Nueva York, 1999, p. 456. [*Entre el miedo y la libertad: los EE.UU. de la gran depresión al fin de la Segunda Guerra Mundial (1929-1945)*, trad. de. Eduardo Hojman, Edhasa, Barcelona, 2005].

[6] John C. Culver y John Hyde, *American Dreamer: The Life and Times of Henry A. Wallace*, W. W. Norton, Nueva York, 2000, pp. 123-125.

[7] Arthur Schlesinger, Jr., «Who Was Henry A. Wallace? The Story of a Perplexing and Indomitably Naïve Public Servant», *Los Angeles Times*, 12 de marzo de 2000.

[8] Peter J. Kuznick, *Beyond the Laboratory: Scientists as Political Activists in 1930s America*, University of Chicago Press, Chicago, 1987, pp. 184-186, 205-206.

[9] Samuel I. Rosenman, *Working with Roosevelt*, Harper & Brothers, Nueva York, 1952, p. 218.

[10] Culver y Hyde, *American Dreamer*, pp. 222-223.

[11] Charles Hurd, «President Moves», *The New York Times*, 31 de marzo de 1940.

[12] George Bookman, «President Says Program Would Eliminate "Silly Foolish Dollar Sign"», *The Washington Post*, 18 de diciembre de 1940.

[13] «Mrs. Roosevelt Rebukes Congressmen of G.O.P.», *Los Angeles Times*, 8 de enero de 1941.

[14] «Hoover Scores Surrender of Congress», *The Washington Post*, 11 de enero de 1941.

[15]*Ibid*.

[16] Robert C. Albright, «President Calls Senator's 'Plow Under [...] Youth' Remark "Rotten"», *The Washington Post*, 15 de enero de 1941.

[17] «Wheeler Asserts Bill Means War», *The New York Times*, 13 de enero de 1941.

[18] George C. Herring, *Aid to Russia 1941–1946: Strategy, Diplomacy, the Origins of the Cold War*, Columbia University Press, Nueva York, 1973, p. 5.

[19] Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 475.

[20] «Basic Fear of War Found in Surveys», *The New York Times*, 22 de octubre de 1939.

[21] David Kennedy eleva la cifra a tres millones seiscientos mil; cf., Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 482.

[22] «Text of Pledge by Churchill to Give Russia Aid», *The Chicago Tribune*, 23 de junio de 1941.

[23] Turner Catledge, «Our Policy Stated», *The New York Times*, 24 de junio de 1941.

[24] Herring, *Aid to Russia 1941-1946*, p. 12.

[25] «Our Alliance with Barbarism», *The Chicago Tribune*, 2 de septiembre de 1941, p. 14.

[26] Arthur Krock, «US Aid to Soviet Is Found Lagging», *The New York Times*, 3 de diciembre de 1941.

[27] Charles A. Beard, *President Roosevelt and the Coming of the War*, Archon Books, Hamden (Connecticut), 1968, p. 139.

[28]*Ibid*., pp. 41-42.

[29] Walter LaFeber, *The American Age: United States Foreign Policy at Home and Abroad Since 1750*, W. W. Norton, Nueva York, 1989, pp. 381-382.

[30] Justus D. Doenecke and John E. Wilz, *From Isolation to War, 1931-1941* (American History Series), Harlan Davidson, Arlington Heights (Illinois), 1991, pp. 159-161, 168-176.

[31] Ronald H. Spector, *In the Ruins of Empire: The Japanese Surrender and the Battle for Postwar Asia*, Random House, Nueva York, 2007, p. 95.

[32] Henry R. Luce, «The American Century», *Life*, febrero de 1941, pp. 61-65.

[33] LaFeber, *The American Age*, p. 380.

[34] Henry A. Wallace, *The Price of Vision: The Diary of Henry A. Wallace 1942-1946*, John Morton Blum (ed.), Houghton Mifflin, 1973, pp. 635-640.

[35] Herring, *Aid to Russia 1941-1946*, pp. 56-58.

[36] Herbert Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin: The War They Waged and the Peace They Sought*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1957, p. 42.

[37] Lloyd C. Gardner, Walter F. LaFeber y Thomas J. McCormick, *Creation of the American Empire*, vol. 2: *U.S. Diplomatic History Since 1893*, Rand McNally, Chicago, 1976, p. 425.

[38] John Lewis Gaddis, *Russia, The Soviet Union, and the United States*, McGraw-Hill, Nueva York, 1990, p. 149.

[39] Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 573.

[40] Allan M. Winkler, *Franklin D. Roosevelt and the Making of Modern America*, Longman, Nueva York, 2006, p. 235.

[41] Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 574.

[42] Edward T. Folliard, «Molotov's Visit to White House, Postwar Amity Pledge Revealed», *The Washington Post*, 12 de junio de 1942.

[43] «US Pledges Europe Attack», *Los Angeles Times*, 12 de junio de 1942.

[44] Kennedy, *Freedom from Fear*, pp. 575-576.

[45] Mark Sullivan, «A Military Question», *The Washington Post*, 5 de agosto de 1942.

[46] Mark Sullivan, «Mark Sullivan», *The Washington Post*, 12 de julio de 1942.

[47] John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941–1947*, Columbia University Press, Nueva York, 1972, p. 69.

[48] George C. Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*, Oxford University Press, Nueva York, 2008, p. 547.

[49] Mark A. Stoler, *The Politics of the Second Front: American Military Planning and Diplomacy in Coalition Warfare, 1941-1943*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1977, pp. 55-58, 110.

[50] Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 570.

[51] «Hull Lauds Soviet Stand», *The New York Times*, 12 de diciembre de 1941.

[52] Ralph Parker, «Russian War Zeal Lightens Big Task», *The New York Times*, 4 de abril de 1942.

[53] Orville Prescott, «Books of the Times», *The New York Times*, 22 de junio de 1942.

[54] Barnett Nover, «Twelve Months», *The Washington Post*, 22 de junio de 1942.

[55] Robert Joseph, «Filmland Salutes New Tovarichi», *The New York Times*, 5 de julio de 1942.

[56] Leland Stowe, «Second Front Held Vital», *Los Angeles Times*, 7 de julio de 1942.

[57] Leland Stowe, «Second Front Decision Held Imperative Now: All Signs Point to Powerful Resistance in West if Allies Wait Until Spring», *Los Angeles Times*, 25 de agosto de 1942.

[58] George Gallup, «Allied Invasion of Europe Is Urged», *The New York Times*, 17 de julio de 1942.

[59] June Austin, «Letter to the Editor», *The Washington Post*, 10 de julio de 1942.

[60] «C.I.O. Leaders Ask President to Open Second Front at Once», *Los Angeles Times*, 18 de julio de 1942.

[61] «C.I.O. Rally to Ask 2d Front», *The New York Times*, 13 de julio de 1942.

[62] «Moscow's Newspapers Highlight Second Front», *The The Atlanta Constitution*, 2 de agosto de 1942; «Sees Stand Vindicated», *The New York Times*, 13 de junio de 1942.

[63] «500 Writers Ask 2d Front», *The New York Times*, 15 de septiembre de 1942.

[64] «2nd Front Demand Made at Red Rally», *The New York Times*, 25 de septiembre de 1942.

[65] «43 May Be Too Late for 2nd Front-Wilkie», *The Chicago Tribune*, 27 de septiembre de 1942.

[66] A. J. P. Taylor, *The Second World War: An Illustrated History*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1975, p. 168.

[67] Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Hill and Wang, Nueva York, 2007, p. 26. [*La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, trad. de Ferrán Steve Gutiérrez, Crítica, Barcelona, 2008].

[68] Susan Butler (ed.), *My Dear Mr. Stalin: The Complete Correspondence of Franklin D. Roosevelt and Joseph V. Stalin*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2005, p. 63. [*Querido Mr. Stalin: la correspondencia entre Franklin D. Roosevelt y Josef V. Stalin*, trad. de Marta Pino Moreno, Paidós Ibérica, Barcelona, 2007].

[69] Frances Perkins, *The Roosevelt I Knew*, Harper & Row, Nueva York, 1946, pp. 83-85.

[70] Lloyd C. Gardner, *A Covenant with Power: America and World Order from Wilson to Reagan*, Oxford University Press, Nueva York, 1984, p. 63.

[71] Winston Churchill, *Triumph and Tragedy: The Second World War*, vol. 6, Houghton Mifflin Company, Boston, 1953, pp. 214-215 [*La Segunda Guerra Mundial*, trad. de María A. Devoto Carnicero, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009]; Gaddis, *Russia, The Soviet Union, and the United States*, p. 154.

[72] Edward S. Mason y Robert E. Asher, *The World Bank Since Bretton Woods: The Origins, Policies, Operations, and Impact of the International Bank for Reconstruction*, Brookings Institution, Washington, D. C., 1973, p. 29.

[73] Elizabeth Borgwardt, *A New Deal for the World: America's Vision for Human Rights*, Belknap Press, Cambridge (Massachusetts), 2005, p. 252.

[74] Warren F. Kimball, *Forged in War: Roosevelt, Churchill, and the Second World War*, William Morrow, Nueva York, 1997, p. 140.

[75] Elliott Roosevelt, *As He Saw It*, Duell, Sloan and Pearce, Nueva York, 1946, p. 37.

[76] Warren F. Kimball, *The Juggler: Franklin Roosevelt as Wartime Statesman*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1991, p. 144.

[77] Lloyd C. Gardner, *Approaching Vietnam: From World War II through Dienbienphu*, W. W. Norton, Nueva York, 1988, p. 25.

[78] Kimball, *The Jugler*, pp. 149, 154.

[79] Stephen F. Vogel, *The Pentagon: A History: The Untold Story of the Wartime Race to Build the Pentagon and to Restore It Sixty Years Later*, Random House, Nueva York, 2007, p. 42.

[80] Para *The New York Times* era «un gran donut de cemento». *Newsweek* criticó su fachada, «propia de una cárcel». Años más tarde, Norman Mailer diría que el edificio de «pálidos muros amarillos», que en su opinión es «el gran y verdadero templo del complejo militar-industrial», daba la impresión de ser «una clavija de plástico inserta en la carne, la cicatriz de una inconfesable operación». *Véase* «Mammoth Cave, Washington, D. C.», *The New York Times*, 27 de junio de 1943; Vogel, *The Pentagon: A History*, p. 306; Norman Mailer, *The Armies of the Night: History as a Novel, the Novel as History*, Signet, Nueva York, 1968, pp. 116-132. [*Los ejércitos de la noche: la historia como novela: la novela como historia*, trad. de Jesús Zulaika, Anagrama, Barcelona, 2013].

[81] Churchill, *Triumph and Tragedy*, pp.227-228; Paul Johnson, *Modern Times: The World from the Twenties to the Nineties*, Perennial, Nueva York, 2001, p. 434. [*Tiempos modernos*, trad. de Aníbal Leal Fernández, Homo Legens, Madrid, 2007].

[82] LaFeber, *The American Age*, p. 413.

[83] Howard Jones, *Crucible of Power: A History of American Foreign Relations from 1897*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2008, p. 219.

[84] Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 338.

[85] Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, p. 163.

[86] H. W. Brands, *The Devil We Knew: Americans and the Cold War*, Oxford University Press, Nueva York, 1993, p. 6.

[87] Kenneth W. Thompson, *Cold War Theories: World Polarization, 1943-1953*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1981, p. 103.

[88] «Report of President Roosevelt in Person to the Congress on the Crimea Conference», *The New York Times*, 2 de marzo de 1945.

[89] Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History*, Harper & Brothers, Nueva York, 1950, p. 870.

[90] Tsuyoshi Hasegawa, *Racing the Enemy: Stalin, Truman, and the Surrender of Japan*, Harvard University Press, Cambridge (Maryland), 2005, p. 43.

[91] William E. Leuchtenberg, *In the Shadow of FDR: From Harry Truman to George W. Bush*, Cornell University Press, Ithaca (Nueva York), 1983, p. 1.

[92] Harry S. Truman, *Memoirs by Harry S. Truman: 1945: Year of Decisions*, New American Library, Nueva York, 1955, p. 31. [*Memorias*, trad. de José Casán, Argos Vergara, Cerdanyola (Barcelona), 1956].

[93] Lloyd C. Gardner, *Architects of Illusion: Men and Ideas in American Foreign Policy, 1941-1949*, Quadrangle Books, Nueva York, 1970, p. 56.

[94] Walter Millis (ed.), *The Forrestal Diaries*, The Viking Press, Nueva York, 1951, pp. 36-37.

[95] LaFeber, *The American Age*, pp. 417-418.

[96] Truman, *Memoirs by Harry S. Truman: 1945*, pp. 25-26.

[97] Donald C. Watt, *Succeeding John Bull: America in Britain's Place, 1900-1975*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984, p. 105.

[98] Robert H. Ferrell (ed.), *Off the Record: The Private Papers of Harry S. Truman*, University of Missouri Press, Columbia, 1980, p. 17.

[99] Truman, *Memoirs by Harry S. Truman*, pp. 21, 104.

[100] Gar Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb and the Architecture of an American Myth*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1995, p. 197.

[101] Hasegawa, *Racing the Enemy*, p. 57.

[102] Truman, *Memoirs by Harry S. Truman*, p. 86; Gardner, *Architects of Illusion*, pp. 58-59.

[103] Truman, *ibid*., p. 95.

[104] «Memorandum by Mr. Charles E. Bohlen, Assistant to the Secretary of State, of a Meeting at the White House, April 23, 1945», en *Foreign Relations of the United States*, 1945, vol. 5, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1967, p. 253.

[105] Truman, *Memoirs by Harry S. Truman*, p. 87.

[106] «WPB Aide Urges U.S. to Keep War Set-up», *The New York Times*, 20 de enero de 1944.

[107] Robert H. Ferrell, *Harry S. Truman: A Life*, University of Missouri Press, Columbia, 1994, p. 200.

[108] Truman, *Memoirs by Harry S. Truman*, p. 99.

[109] Arnold A. Offner, *Another Such Victory: President Truman and the Cold War, 1945-1953*, Stanford University Press, Stanford (California), 2002, p. 33.

[110] Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, p. 205.

[111] Truman, *Memoirs by Harry S. Truman*, pp.102-103.

[112] Gaddis, *Russia, The Soviet Union, and the United States*, p. 157.

[113] Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, p. 227.

[114] Martin J. Sherwin, *A World Destroyed: Hiroshima and the Origins of the Arms Race*, Vintage, Nueva York, 1987, pp. 172-174, 180-183; Elizabeth Kimball MacLean, *Joseph E. Davies: Envoy to the Soviets*, Praeger, Nueva York, 1992, pp. 136-140; Walter Isaacson y Evan Thomas, *The Wise Men: Six Friends and the World They Made: Acheson, Bohlen, Harriman, Kennan, Lovett, McCloy*, Simon & Schuster, Nueva York, 1986, p. 279.

[115] «Durable World Peace Fervent Aim of Stalin», *The Atlanta Constitution*, 22 de junio de 1945; «Russia Seen Eager for Lasting Peace», *The New York Times*, 22 de junio de 1945.

[116] Don Whitehead y John Beals Romeiser, *Beachhead Don: Reporting the War from the European Theater, 1942-1945*, Fordham University Press, Nueva York, 2004, pp. 355-356.

[117] Harold Denny, «First Link Made Wednesday by Four Americans on Patrol», *The New York Times*, 28 de abril de 1945.

[118] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 35.

[119] C. L. Sulzberger, «What the Russians Want and Why», *The New York Times*, 20 de junio de 1945.

[120] «Russia's Children», editorial, *The Washington Post*, 1 de enero de 1945.

[121] «First Lady Gathers Books for Russians», *The New York Times*, 1 de julio de 1945.

[122] «"I Am an American" Is Powerful Password in Poland or Russia», *The Washington Post*, 4 de marzo de 1945.

[123] George Gallup, «New Confidence in Russian Aims Shown in Poll», *Los Angeles Times*, 11 de marzo de 1945.

[124] Melvyn P. Leffler, «Inside Enemy Archives: The Cold War Reopened», *Foreign Affairs*, nº 75 (julio-agosto de 1996), p. 123.

[125] Alexander Werth, *Russia at War*, Dutton, Nueva York, 1964, p. 768. [*Rusia en la Guerra*, trad. de Jorge de Lórbar, Grijalbo, Barcelona, 1967].

[126] Anita Kondoyanidi, «The Liberating Experience: War Correspondents, Red Army Soldiers, and the Nazi Extermination Camps», *Russian Review*, nº 69, julio de 2010, p. 438.

[127] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 29.

[128] Offner, *For the Soul of Mankind*, p. 54.

[129] «America and Russia», *Life*, 30 de julio de 1945, p. 20.

[130] Gardner, *Architects of Illusion*, p. 58.

Cuando era subteniente y estaban a punto de trasladarle de Europa al Pacífico, Paul Fussell se enteró del lanzamiento de la bomba atómica de Hiroshima. En 1998 publicó Thank God for the Atom Bomb [Gracias, Dios, por la bomba atómica]. «Tras tantas imposturas, liberándonos de nuestra falsa hombría —escribió—, gritamos de alivio y alegría. Después de todo íbamos a vivir, íbamos a llegar a viejos».[1]

A varias generaciones de norteamericanos se les ha dicho que Estados Unidos lanzó casi por obligación, con renuencia, las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki porque solo así podría poner fin a la Segunda Guerra Mundial, y que esas bombas salvaron la vida de centenares de jóvenes que, como Fussell, estaban condenados a morir si invadía Japón. Pero la verdadera historia es mucho más complicada. Y mucho más inquietante.

Con la vista puesta primero en derrotar a los nazis, Estados Unidos dedicó la mayor parte de sus recursos a la guerra europea. Roosevelt había insistido en la estrategia «primero Europa». Se oponía a un «esfuerzo total en el Pacífico». La derrota de Japón, sostenía, no significaba la derrota de Alemania, pero la derrota de Alemania sí significaría la de Japón: «Probablemente, sin disparar un solo tiro ni perder una sola vida».[2]

Tras el ataque por sorpresa a Pearl Harbor, los japoneses tomaron la iniciativa los primeros meses de la guerra. Pero en junio de 1942, Estados Unidos logró una crucial victoria en Midway y puso en marcha su estrategia de ir saltando de isla en isla, que se prolongaría más de tres años. Los nipones combatían encarnizadamente. Por tanto, la victoria norteamericana tendría un enorme coste. La producción industrial concedía enormes ventajas a las tropas. En 1943 las factorías estadounidenses fabricaban casi cien mil aviones al año, lo cual convertía los setenta mil que produjo Japón en todo el conflicto en una cifra casi irrisoria. En el verano de 1944, Estados Unidos ya había botado casi cien portaaviones, muchos más que los veinticinco de que dispuso Japón en toda la guerra.

La ciencia también desempeñó una función muy importante. La invención del radar y la espoleta de proximidad contribuyeron de modo decisivo a la victoria aliada. Pero fue el desarrollo de la bomba atómica lo que cambió el curso de la historia.

Autores de ciencia ficción y científicos llevaban tiempo pergeñando la posibilidad de emplear energía atómica con propósitos civiles y militares. Ya en 1896 una serie de descubrimientos científicos, los de Henri Becquerel y Marie y Pierre Curie, y los de Frederick Soddy y Ernest Rutherford, suscitaron el interés de la opinión pública por la radiactividad. A principios del siglo XX, los comentarios de Rutherford, Soddy y otros acerca de la enorme energía encerrada en la materia y el peligro de que el planeta pudiera saltar por los aires provocaban aprensión, una aprensión casi futurista. Pero ellos y otros fantaseaban sobre los usos positivos de ese tipo de energía y las sociedades utópicas a que podrían dar lugar.

Mientras esperaban el advenimiento de la energía atómica para crear un nuevo jardín del Edén, muchos se enamoraron de los poderes curativos del radio y otros elementos radiactivos. Los fabricantes anunciaban que sus productos podían sanar todo tipo de problemas, desde la alopecia hasta el reumatismo, desde la dispepsia hasta la hipertensión. Se elaboró una lista con ochenta medicamentos patentados hechos a base de componentes radiactivos que se podían inhalar, inyectar o tomar en pastillas y se produjeron sales de baño, linimentos, supositorios y tabletas de chocolate. William Bailey llegó a afirmar que los artículos fabricados en sus Bailey Radium Laboratories, de East Orange, Nueva Jersey, lo curarían todo, desde la flatulencia hasta la impotencia. Entre esos artículos figuraba el Radioendocrinator, que podía llevarse colgado del cuello para rejuvenecer el

tiroides, alrededor del tronco para estimular las glándulas suprarrenales y los ovarios, o debajo del escroto, en un suspensorio especial. Bailey hizo mucho dinero, sobre todo con su Radithor, en presentación líquida, cuya víctima más conocida fue el rico industrial y *playboy* de Pittsburgh Eben Byers. Fue un caso muy triste el suyo. Su médico le recomendó Radithor para la lesión de un brazo y en diciembre de 1927 empezó a beber varios frascos al día. El Radithor no solo le había curado la lesión del brazo, afirmó el paciente, sino que le proporcionaba una nueva vitalidad y gran energía sexual. Creyendo que era afrodisíaco, Byers también dio a probar el producto a muchas de sus amigas. En 1931 había consumido entre mil y mil quinientos frascos, y comenzó a sentirse mal. Perdió peso, tenía migrañas y empezaron a caérsele los dientes. Los médicos concluyeron que su organismo se estaba descomponiendo. Le sacaron la mandíbula superior y la mayor parte de la inferior, pero luego le salieron agujeros en el cráneo. El final se precipitó rápidamente y murió al poco por envenenamiento radiactivo.[3]

Entre quienes advirtieron de las posibilidades distópicas de la energía atómica se encontraba H. G. Wells, autor de la primera novela sobre la guerra atómica, *El mundo liberado* (1914). Wells profetizaba una contienda con armas atómicas entre Alemania y Austria por un lado y Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos por otro. El conflicto se saldaba con la destrucción de más de doscientas ciudades arrasadas por las «inextinguibles deflagraciones púrpura de bombas atómicas».[4] Tiempo después, Wells escribió su propio epitafio: «Dios os maldiga a todos. Ya os lo dije», rezaba.

A un físico húngaro brillante y estrafalario llamado Leo Szilard la novela de Wells le impresionó. Szilard, que dejó Alemania poco después de la llegada al poder de los nazis, dedicó mucho tiempo a estudiar la posibilidad de crear energía atómica. Quiso debatir la factibilidad de la idea con Ernest Rutherford, pero a este le pareció «una pura quimera» y acabó echándolo de su despacho.[5] Sin desanimarse, el científico húngaro registró en 1934 la patente de una cadena de reacciones nucleares donde el berilio era el elemento primordial, en vez del uranio.



En 1914 H. G. Wells escribió la primera novela sobre la guerra atómica: El mundo liberado. *Profetizaba una contienda con armas atómicas entre Alemania y Austria por un lado y Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos por otro. El conflicto se saldaba con la destrucción de más de doscientas ciudades arrasadas por las «inextinguibles deflagraciones púrpura de bombas atómicas». Wells escribió su propio epitafio: «Dios os maldiga a todos. Ya os lo dije», rezaba.*

En diciembre de 1938, dos físicos alemanes dejaron perpleja a la comunidad científica con la fisión del átomo de uranio, que convertía la fabricación de bombas atómicas en una posibilidad teórica. En Estados Unidos quienes más se alarmaron ante ese descubrimiento fueron los científicos huidos de la Europa ocupada por los nazis, que temían que Hitler pudiera hacerse con un arma tan poderosa. Propusieron al gobierno la fabricación de su propia bomba atómica como medida

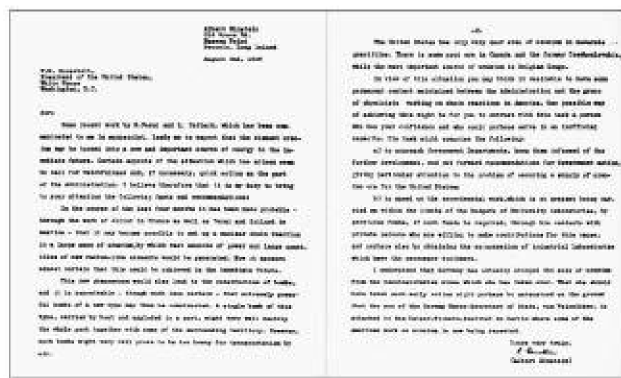
disuasoria, pero no lograron captar su interés. Desesperados, en julio de 1939, Szilard y Eugene Wigner, otro físico húngaro, solicitaron la ayuda del universalmente admirado Albert Einstein, que accedió a escribir al presidente Roosevelt para pedirle la puesta en marcha de un programa de investigación atómica. Más tarde, Einstein lamentaría su iniciativa y, ante el químico Linus Pauling, confesaría: «Solo he cometido un error garrafal en mi vida, el de firmar aquella carta al presidente Roosevelt recomendando la fabricación de bombas atómicas».[6] En realidad, Einstein remitió a Roosevelt no una sino tres misivas.

Los científicos tenían razón. Alemania había puesto en marcha un programa de investigación atómica. Pero, sin que los norteamericanos lo supieran hasta bien avanzada la guerra, Hitler lo abandonó en su fase inicial para concentrarse en armas más factibles como los proyectiles V-1 y V-2. Ni él ni Albert Speer deseaban dedicar recursos humanos y materiales a un arma que quizá no pudieran utilizar durante el conflicto.

Pese al compromiso de Roosevelt, en Estados Unidos las investigaciones avanzaban a paso de tortuga. Apenas hubo progresos hasta el otoño de 1941, cuando las autoridades norteamericanas recibieron oficialmente un documento británico, el informe MAUD, que enmendaba la errónea creencia de que para fabricar una bomba quizá hicieran falta quinientas toneladas de uranio puro. De ser eso cierto, el programa atómico se habría interrumpido en seco. En realidad, al responsable económico de todos los programas científicos de la guerra, James Conant, le parecía poco aconsejable comprometer tantos recursos en un solo proyecto. Arthur Holly Compton, premio Nobel de Física, reveló posteriormente que en el verano de 1941 «los representantes del gobierno estuvieron [...] a punto de abandonar las investigaciones sobre fisión atómica durante la guerra».[7] Por aquel entonces, sin embargo, nuevos cálculos demostraban que solo harían falta entre cinco y diez kilos de uranio para fabricar una bomba y que todo el proceso podría culminarse en un par de años.

Con ese nuevo informe en la mano, Vannevar Bush, el otro gestor económico de la ciencia oficial más relevante del país, fue a reunirse con Roosevelt y el vicepresidente Henry Wallace el 9 de octubre. En vista de los últimos hallazgos, Roosevelt concedió a Bush los fondos solicitados.

Bush encargó a Compton el diseño de la bomba y Compton montó el llamado Metallurgical Laboratory en la Universidad de Chicago. Su objetivo era producir una reacción en cadena sostenida en una pila atómica. Compton pidió a J. Robert Oppenheimer, el brillante y carismático especialista en física teórica, que formara un equipo para solventar un número nada desdeñable de dificultades. Entre las «luminarias» que encontró Oppenheimer —así las llamaba él— figuraban Edward Teller y Hans Bethe, que viajaron en el mismo compartimento de tren de camino a Berkeley, donde en el verano de 1942 se reunieron todos. En el tren, Teller se sinceró con Bethe, que luego recordaría: «Me dijo que la fabricación de la bomba de fisión iba por buen camino y que, en ese momento, las investigaciones eran sólidas. En realidad, sin embargo, no habíamos hecho más que empezar. A Teller le gustaba extraer conclusiones demasiado pronto. Dijo que en realidad debíamos pensar en la posibilidad de quemar deuterio con un arma de fisión: la bomba de hidrógeno».[8] A Teller, por otra parte, le entusiasmaba tanto la posibilidad de inventar una bomba de fusión que a sus colegas les resultó muy difícil que se centrara en el problema que tenían entre manos: la construcción de una bomba atómica. Da la impresión de que los principales científicos eran conscientes de que lo que les aguardaba al final del camino no era solo la bomba atómica, que multiplicaría la capacidad de destrucción del hombre, sino la bomba de hidrógeno, que, además, amenazaría la vida en todo el planeta.



Una de las tres cartas que Albert Einstein escribió al presidente Roosevelt instándole a autorizar el programa atómico. Más tarde, Einstein lamentaría su iniciativa y confesaría a Linus Pauling: «Solo he cometido un error garrafal en mi vida, el de firmar aquella carta al presidente Roosevelt recomendando la fabricación de bombas atómicas».

Ese verano les entró un miedo cerval y optaron por detener el proyecto. Durante las deliberaciones posteriores, los físicos se percataron de pronto de que una detonación atómica podría quemar el hidrógeno de los océanos o el nitrógeno de la atmósfera e incendiar el planeta. En su libro sobre Oppenheimer y el físico Ernest Lawrence, Nuel Pharr Davis describe cómo el pánico se apoderó de la estancia donde se encontraban: «Oppenheimer se quedó mirando la pizarra con estupor, el rostro de los demás, incluido Teller, fue reflejando el mismo pavor [...]. Los cálculos de Teller sobre el calor que produciría una bomba de fisión eran correctos. Oppenheimer se dio cuenta de que, con o sin cubierta de deuterio, la atmósfera podría incendiarse; y ninguno de los presentes pudo demostrar que estuviera equivocado».[9] Oppenheimer se trasladó a continuación a la costa Este para hablar con Compton. En sus memorias, *Atomic Quest* [*La investigación atómica*], Compton explicaba que Oppenheimer y él coincidieron: «A no ser que diéramos con una solución estable y fiable y nuestras bombas atómicas no destruyesen el aire o el mar —escribió—, no debíamos fabricarlas». Se hacía la siguiente reflexión: «Mejor la esclavitud nazi que correr el riesgo de echar el telón a la humanidad».[10] Al volver a Berkeley, Bethe hizo algunos cálculos adicionales y descubrió que Teller no había tenido en cuenta el calor que sería absorbido por radiación, que hacía que las probabilidades de destruir el mundo disminuyeran a tres entre un millón —un riesgo que sí estaban dispuestos a correr.

El 2 de diciembre de 1942, los científicos del Met Lab lograron la primera reacción nuclear en cadena de cierta duración. Teniendo en cuenta que no tomaron las debidas precauciones, fue un milagro que no destruyeran Chicago. Szilard y Enrico Fermi se estrecharon la mano ante los reactores mientras, en vasos de papel con Chianti, todos brindaban a la salud del expatriado italiano, que marcaba el camino a seguir. Szilard, no obstante, era consciente de que, en realidad, era un momento muy amargo y le dijo a Fermi que aquel 2 de diciembre pasaría a la historia como «el día más negro de la historia de la humanidad».[11] Y tenía razón.

Aunque había emprendido la carrera atómica con retraso, Estados Unidos inició un programa de urgencia, el Proyecto Manhattan, que desde finales de 1942 se encargó de dirigir el general de brigada Leslie Groves. Este general puso a Oppenheimer al frente de la organización y dirección del principal laboratorio del proyecto, el de Los Álamos, en los hermosos montes Sangre de Cristo de Nuevo México. La mayoría de los testigos aseguraban que la relación entre Oppenheimer y Groves era la de un matrimonio celebrado en el infierno. Eran polos opuestos en todo. Groves duplicaba en corpulencia a Oppenheimer, que, flaco como un galgo y de más de uno noventa de estatura, pesaba sesenta kilos al comienzo del proyecto y poco más de cincuenta a su conclusión. Groves venía de familia pobre, Oppenheimer de familia rica. No compartían creencias religiosas, ni el gusto por fumar y por beber; no disfrutaban con las mismas comidas. Diferían en política: Groves era un conservador convencido, Oppenheimer un izquierdista irredento, la mayoría de cuyos familiares,

amigos y alumnos eran comunistas. Admitía ser miembro de todos los grupos importantes del Partido Comunista de la Costa Oeste y durante un tiempo estuvo entregando el 10 por ciento de su salario al partido para financiar a las tropas republicanas de España.



Interpretación pictórica de la primera reacción nuclear en cadena de cierta duración el 2 de diciembre de 1942 en el Met Lab de la Universidad de Chicago. Leo Szilard y Enrico Fermi se estrecharon la mano ante los reactores mientras, en vasos de papel con Chianti, todos brindaban a la salud del expatriado italiano, que había trazado el rumbo. Szilard, no obstante, era consciente de que, en realidad, era un momento muy amargo y le dijo a Fermi que aquel día pasaría a la historia como «el más negro de la historia de la humanidad».

También eran temperamentos opuestos. Mientras la mayoría de quienes le conocían sentían aprecio por Oppenheimer, Groves caía mal allí donde iba. Su asistente, el teniente coronel Kenneth Nichols, dijo que era «el mayor hijo de puta» con quien había trabajado. Y le describió así: era «exigente», «crítico», «cáustico y sarcástico», «inteligente» y «el hombre más egocéntrico» que había conocido; y admitía que no le podía ver: «ni yo ni nadie».[12] Pero el bronco y despótico estilo de Groves —podría decirse que «no hacía prisioneros»— era en realidad el complemento perfecto de la capacidad de liderazgo de Oppenheimer y ambos consiguieron que sus colegas dieran lo mejor de sí y llevaran el proyecto a término.

Eso no quiere decir que científicos y militares no chocaran en cuestiones de seguridad y otros aspectos. Siempre que le era posible, Oppenheimer interfería en favor de los primeros y aflojaba el sofocante yugo de la supervisión de los militares. A veces, Oppie —así lo llamaban sus amigos— exponía sus argumentos con humor. En cierta ocasión, Groves le dijo que no quería que se pusiera su acostumbrado sombrero de ala flexible porque le hacía demasiado reconocible. Cuando fue a verlo a su despacho unos días después, se lo encontró con un tocado indio. Lo luciría hasta que terminara la guerra, dijo Oppenheimer, y Groves se dio por vencido.



Oppenheimer y Groves en la zona cero de la Prueba Trinity. Los dos directores del Proyecto Manhattan eran polos opuestos en todo: constitución física, creencias religiosas, gusto por la bebida y el tabaco, y especialmente en política. También eran temperamentos opuestos. Mientras la mayoría de quienes le conocían sentían aprecio por Oppenheimer, Groves caía mal allí donde iba. Pero el bronco y despótico estilo de Groves —podría decirse que «no hacía prisioneros»— era en realidad el complemento perfecto de la capacidad de liderazgo de Oppenheimer y ambos consiguieron que sus colegas dieran lo mejor de sí y llevaran el proyecto a término.

El proyecto de fabricación de la bomba atómica progresaba a buen paso y también el avance aliado en el Pacífico. En 1944 Estados Unidos capturó buen número de islas y territorios ocupados por los japoneses hasta que el territorio metropolitano nipón estuvo al alcance de los bombarderos estadounidenses. En julio el Estado Mayor Conjunto, al mando del general George Marshall, futuro secretario de Estado y futuro premio Nobel, adoptó una estrategia de tenaza para ganar la guerra: primero había que estrangular a Japón con un bloqueo por mar y aire al tiempo que lo martilleaban con «bombardeos aéreos intensivos»[13] y luego, cuando Japón estuviera militar y moralmente muy debilitado, había que proceder a la invasión.

En junio de 1944, mientras las fuerzas aliadas avanzaban en los escenarios de operaciones de Europa y del Pacífico, Churchill y Roosevelt abrieron por fin el muy demorado segundo frente con el desembarco de cien mil soldados en las playas de Normandía. Las tropas alemanas, en retirada en el frente oriental, tendrían, ahora sí, que librar una guerra en dos frentes.

El 9 de julio, los norteamericanos tomaron Saipán. Pagaron por ello una costosa factura. Treinta mil soldados y veintidós mil civiles japoneses murieron o se suicidaron en los combates. Tres mil estadounidenses murieron y diez mil fueron heridos en menos de un mes. Era el mayor peaje en bajas de la guerra del Pacífico hasta entonces. Para la mayoría de dirigentes japoneses, la calamitosa derrota era la prueba definitiva de que la victoria militar era inalcanzable. El 18 de julio, el primer ministro, Hideki Tojo, y su gabinete dimitieron en pleno.

Al día siguiente, con las primeras noticias de la dimisión de Tojo se iniciaba en Chicago la Convención Nacional del Partido Demócrata. Franklin D. Roosevelt consiguió la designación para una cuarta legislatura, un hecho sin precedentes. La verdadera pugna estuvo en la candidatura a la vicepresidencia. Henry Wallace había sido objeto de las iras del ala más conservadora del partido por pedir una «revolución popular» en todo el mundo en pos de la cual Estados Unidos y la Unión Soviética cooperarían[14] y por sumarse a la causa de sindicatos, mujeres, afroamericanos y víctimas del colonialismo europeo. Entre sus enemigos había banqueros de Wall Street y empresas contrarias a los intereses de los trabajadores, segregacionistas y defensores del colonialismo francés y británico.

William Stephenson, director de los servicios de inteligencia británicos en Nueva York, reclutó a Roald Dahl para que espiase a Wallace cuando el futuro escritor era teniente de la RAF y estaba destinando en Washington. En 1944 Dahl se hizo con el borrador de un panfleto de Wallace que no tardaría en hacerse público: «Nuestra labor en el Pacífico». Lo que leyó, diría Dahl, le puso «los pelos de punta». Wallace pedía la «emancipación de […] los súbditos de las colonias» de la India, península de Malaca y Birmania, territorios de dominio británico, y de la Indochina francesa, las Indias Orientales Holandesas y de muchas pequeñas islas del Pacífico. Dahl sacó el manuscrito furtivamente de casa de unos amigos de Wallace e hizo que lo copiaran y transmitieran a los servicios de inteligencia británicos y a Churchill. «Más tarde me dijeron —recordaría el escritor— que Churchill no podía creer lo que estaba leyendo». Wallace consignó en su diario que «el servicio secreto británico y el Foreign Office al completo» ardían de indignación. Los dirigentes británicos presionaron a Roosevelt para que censurase a su vicepresidente y se distanciara de él. Stephenson señaló: «En mi opinión, Wallace suponía una amenaza, así que tomé medidas para que la Casa Blanca supiera que el Gobierno británico veía con preocupación su candidatura a la vicepresidencia en

1944». Dahl, cuya principal tarea en Washington consistía en vigilar las actividades de Wallace —paseaban y jugaban juntos al tenis—, dijo que su «amigo» era «un hombre encantador, pero demasiado inocente e idealista para este mundo».[15]

En realidad, Wallace era una amenaza tan grande porque la mayoría de los países del mundo no coincidían con la valoración de Dahl. En marzo de 1943 se embarcó en una gira de cuarenta días por siete naciones de Latinoamérica. Cuando hablaba en español, la reacción de sus oyentes era eléctrica. Se dirigió primero a Costa Rica, donde le recibieron sesenta y cinco mil personas, el 15 por ciento de la población del país. «La recepción dispensada al señor Wallace ha sido la mayor en la historia de Costa Rica», publicó *The New York Times*. Y eso solo fue el principio. Trescientas mil personas acudieron al aeropuerto en Santiago de Chile. Más de un millón le aclamaron cuando paseaba por las calles de esa ciudad del brazo del presidente Juan Antonio Ríos. Cien mil abarrotaron un estadio con capacidad para veinte mil para oírle. Claude Bowers, el embajador norteamericano, informó a Washington: «En toda la historia de Chile no han recibido a un extranjero con tanto fervor y sincero entusiasmo […]. Su sencillez de trato, que se mezcle con personas de todas clases, su discreta visita a los barrios obreros […] y que inspeccionara los proyectos de vivienda han dejado atónitas a las masas, cuya respuesta ha rozado la histeria».

En Ecuador habló con emoción de la futura posguerra en la Universidad de Guayaquil: «Si la liberación del pueblo por el que hoy se desarrolla la lucha en que se derrama la sangre de la juventud y el sudor de los trabajadores da pie mañana al imperialismo y la opresión, esta guerra terrible habrá sido en vano. Si el sacrificio de sangre y vigor vuelve a deparar una gran concentración de riqueza en las manos de unos pocos, grandes fortunas para unos privilegiados y pobreza para el pueblo en general, la democracia habrá fracasado y tanto sacrificio habrá sido en vano». Doscientas mil personas le aplaudieron en Lima. Aquel viaje no fue solo un triunfo personal, fue un *tour de force* diplomático. Al concluir, una docena de países latinoamericanos le habían declarado la guerra a Alemania y veinte habían roto relaciones diplomáticas con ella.[16]

Wallace era igualmente popular en Estados Unidos. Durante la gira por Latinoamérica, Gallup hizo una encuesta entre los votantes demócratas y les preguntó su punto de vista sobre los cuatro candidatos a suplir a Roosevelt en caso de que este no se presentase finalmente a las elecciones. El 57 por ciento de los encuestados prefería a Wallace. Su competidor más cercano no llegaba ni a la mitad de esa cifra.[17]

Ante las simpatías que suscitaba Wallace, sus detractores se vieron obligados a actuar con urgencia. Sabiendo que la salud de Roosevelt le impediría concluir una cuarta legislatura, el aparato del partido tomó la decisión de apartar a Wallace de la vicepresidencia y sustituirle por alguien más aceptable para las facciones conservadoras. En 1944 escenificó lo que los militantes llamaron «el golpe de Pauley», por Edwin Pauley, magnate del petróleo y tesorero del partido.[18] En cierta ocasión, Pauley comentó en broma que había entrado en política al darse cuenta de que era mucho más barato renovar el Congreso que comprar al existente. Entre quienes colaboraron en la conspiración se encontraban Edward Flynn, del Bronx, Edward Kelly, alcalde de Chicago, Frank Hague, alcalde de Jersey City, Frank Walker, director general de Correos y expresidente del Partido Demócrata, George Allen, secretario general del partido, y Robert Hannegan, presidente nacional del partido en aquellos momentos.



Harry Truman (aquí a los trece años) superó una infancia complicada que acabó dejando huella. Siempre se esforzó por conseguir el afecto de su tosco padre. Se vio obligado a llevar gafas con cristales de culo de vaso y no podía practicar deporte ni complicarse en ninguna pelea con otros chicos, que se metían con él. «La verdad es que yo era un poco mariquita», recordaría.

Tras elaborar una lista de potenciales candidatos a la vicepresidencia, esas personas eligieron para sustituir a Wallace al mediocre senador por Misuri Harry Truman, y lo eligieron no porque destacara por algo en especial, sino porque como senador había resultado lo bastante inocuo para no hacerse ningún enemigo y se podía contar con que no haría demasiado ruido. Tenía pocos —o ninguno— de los atributos necesarios para liderar Estados Unidos y el mundo en los complicados tiempos que se avecinaban, cuando habría que tomar decisiones que cambiarían el curso de la historia. Su llegada a la presidencia, como gran parte de su carrera, fue por tanto consecuencia de pactos bajo cuerda de los corruptos caciques del Partido Demócrata.

Aunque Harry Truman dejó el cargo con tan escasa valoración ciudadana que solo ha conseguido acercársele George W. Bush, en la actualidad se le recuerda casi como un gran presidente al que rutinariamente elogian tanto demócratas como republicanos. Cuando la revista *Time* le preguntó por su «hombre del siglo», la exconsejera de Seguridad Nacional y secretaria de Estado Condoleezza Rice, de quien George W. Bush dijo que le había «enseñado todo lo que sabía» de la Unión Soviética, le citó a él.[19] Algunos historiadores han caído en la misma trampa; aunque ninguno como David McCullough, cuya hagiografía le valió el premio Pulitzer.

Pero el auténtico Harry Truman es mucho más interesante que la fantasía creada por McCullough. Truman superó una infancia complicada que acabó dejando huella. Creció en la granja de su familia en Misuri y siempre se esforzó por conseguir el afecto de su padre. John *Peanuts* [«Cacahuetes»] Truman medía poco más de uno setenta y disfrutaba enzarzándose en trifulcas con hombres mucho más corpulentos que él, para demostrar de lo que era capaz. De sus hijos esperaba la misma dureza y la encontró en Vivian, el hermano pequeño de Harry. Este, sin embargo, tenía hipermetropía y estaba por tanto condenado a llevar gafas con cristales gruesos, de culo de vaso, y, por eso mismo, a no practicar deporte ni implicarse en ninguna pelea con otros chicos. «Cuando empezaban los empujones y los revolcones, me daba miedo que me dieran un puñetazo en las gafas —contaría más tarde—. La verdad es que yo era un poco mariquita».[20] Se metían con él, abusaban, le llamaban «cuatro ojos» y «mariquita», y a la salida del colegio le perseguían. Para empeorar las cosas, cuando llegaba a su casa, tembloroso y sin aliento, a su madre no se le ocurría otra cosa que consolarle diciéndole que no tenía por qué preocuparse, que, de todas formas, antes de que naciera, ella y su padre esperaban una niña. En 1912 describió cierto incidente en una carta: «Suena muy femenino, ¿a que sí? Mamá dice que, de todas formas, querían una niña. Me da mucha rabia cuando me llaman así, pero supongo que en parte es cierto». Más tarde reflexionó: que le llamen «mariquita», se dijo, «es duro para un niño. Hace que me sienta solo y que tenga complejo de inferioridad. Y cuesta superarlo».[21] No es de extrañar que las cuestiones de género lo atormentaran durante años. Aludía con frecuencia a sus rasgos y atributos femeninos. Finalmente demostraría que no solo no era ningún mariquita, sino que era capaz de plantar cara al mismísimo Stalin y demostrarle quién mandaba más.

Truman pasó también por dificultades económicas. Aunque era buen estudiante y tenía cierto interés por la historia, no pudo ir a la universidad por circunstancias familiares. Tras graduarse en el instituto, estuvo dando tumbos una buena temporada antes de volver a la granja de sus padres a trabajar. Más tarde se embarcó en tres negocios y los tres se fueron a pique. No consiguió nada reseñable hasta que prestó servicio en la Primera Guerra Mundial. Le enviaron a Francia y combatió con valentía y honor.

Su última aventura como empresario, una mercería que acabó cerrando en 1922, le dejó, con treinta y ocho años, con una esposa que mantener y escasas perspectivas de futuro. Fue entonces cuando Tom Pendergast, uno de los caciques del Partido Demócrata, le planteó presentarse a las elecciones al juzgado del condado de Jackson. Durante la campaña mandó un cheque de diez dólares al Ku Klux Klan —siempre fue intolerante y antisemita—, pero le impidieron afiliarse porque se negó a prometer que no contrataría a más trabajadores católicos.[22]

Fue en cambio leal miembro del famoso aparato de Pendergast durante la década de los veinte y primeros años treinta. Pese a ello, en 1933 tenía la sensación de que no iba a ninguna parte y la víspera de su cuadragésimo noveno cumpleaños se dijo: «Mañana cumplo cuarenta y nueve años, pero teniendo en cuenta lo que he hecho en la vida, bien podrían quitarme el “cuarenta”».[23] Al año siguiente, cansado del aparato del partido y cuando sopesaba muy seriamente la idea de volver a la granja familiar, el *Boss* Pendergast le escogió para la candidatura al Senado —el «Jefe» se la había propuesto antes a otras cuatro personas y las cuatro la habían rechazado— y consiguió que saliera elegido. Cuando le preguntaron por qué se había decantado por alguien tan poco cualificado como Truman, Pendergast contestó: «Quería demostrar que con una maquinaria bien engrasada se puede colocar en el Senado a cualquier chupatintas».[24] Sus colegas del Capitolio lo miraban por encima del hombro: «el senador de Pendergast», le llamaban. Pero aunque la mayoría le daba de lado, él se esforzó por lograr el respeto de todos. Y lo consiguió en su segunda legislatura.



Sin el apoyo de Roosevelt, en 1940 Truman consiguió la reelección al Senado por un margen muy estrecho con la ayuda del aparato de dos políticos demócratas de San Luis, Robert E. Hannegan y Bernard F. Dickmann. Tom Pendergast, su antiguo jefe político, languidecía mientras tanto en una prisión federal. El futuro presidente debía favores, pues, a ciertos corruptos.

En realidad, sin embargo, estuvo a punto de no llegar a esa segunda legislatura. Sin el apoyo de Roosevelt, en 1940 consiguió la reelección por un margen muy estrecho con la ayuda de dos políticos demócratas de San Luis, Robert E. Hannegan y Bernard F. Dickmann. Tom Pendergast, mientras tanto, languidecía en una prisión federal. Ahora Truman debía favores a tres políticos relacionados con la corrupción urbanística. Roosevelt, por su parte, se jugaba su propio futuro político al preferir como candidato a la vicepresidencia a Henry Wallace, un político brillante cuyas ideas progresistas contribuirían a que el país pudiera manejar con éxito las muchas dificultades que tendría que superar.

A este respecto, el pueblo norteamericano demostró mucho más juicio que los caciques del Partido Demócrata. En un sondeo de Gallup entre los simpatizantes de ese partido publicado el 20 de julio de

1944 en plena Convención Nacional en Chicago, el 65 por ciento de los encuestados declararon preferir a Henry Wallace como vicepresidente. Jimmy Byrnes, de Carolina del Sur, que más tarde ejercería una enorme influencia en la decisión de lanzar la bomba atómica y en la concepción de Guerra Fría de Truman, no obtuvo más que un 3 por ciento de los votos, y en su propia región, el Sur, Wallace le destrozó por una diferencia de seis a uno. Truman fue el octavo de ocho candidatos: solo se decantó por él el 2 por ciento de los encuestados. Esta vez Roosevelt, sin embargo, cansado, enfermo y dependiente del aparato para su reelección, no tenía ni deseos ni fuerzas para luchar por Wallace como en 1940 y se limitó a decir que, si él fuera delegado, votaría por él.

Los dirigentes del partido ejercieron un control férreo en la convención. Pero las bases no claudicaron fácilmente. Al contrario, se rebelaron. El respaldo a Wallace entre delegados y asistentes era tan grande que, a pesar de que el aparato manejaba el procedimiento con tácticas autoritarias, los partidarios del vicepresidente estuvieron a punto de salirse con la suya tras una ruidosa manifestación en su favor en el mismo recinto de la convención. En mitad de la protesta, el senador por Florida, Claude Pepper, se dio cuenta de que, si conseguía introducirle en la lista de candidatos aquella misma noche, se llevaría la convención de calle. Pepper se abrió paso entre los delegados y, cuando estaba a punto de alcanzar el micrófono, el alcalde de Chicago, Edward Kelly, casi histérico, gritó que había peligro de incendio y consiguió que el senador Samuel Jackson, presidente de la convención, aplazara las votaciones. Si Pepper hubiera podido avanzar un metro más y lograr la designación de Wallace antes de que los dirigentes del partido forzaran un aplazamiento contra la voluntad de los delegados, Wallace se habría convertido en presidente en 1945 y el curso de la historia habría cambiado. De hecho, si eso hubiera ocurrido, quizá Estados Unidos no habría lanzado ninguna bomba atómica, ni habría habido carrera armamentística ni Guerra Fría. En las primeras votaciones, la ventaja de Wallace era enorme, pero el aparato del Partido Demócrata modificó los requisitos e hizo los pactos secretos pertinentes. Truman venció en la tercera votación. Hubo reparto de embajadas, direcciones generales y demás cargos. También hubo pagos en efectivo. Los caciques llamaron por teléfono a todos los presidentes regionales del partido, les dijeron que se había alcanzado un acuerdo y que Roosevelt deseaba que el senador de Misuri se presentara con él a las elecciones presidenciales. A petición del propio Roosevelt, Wallace se conformó con la secretaría de Comercio y siguió en el gabinete.

Samuel Jackson pidió disculpas a Pepper al día siguiente. «Yo sabía que si presentabas la moción —le dijo—, la convención designaría a Henry Wallace. Hannegan me dio órdenes estrictas de que la convención no nombrara al vicepresidente anoche y tuve que aplazarla delante de tus narices. Espero que lo comprendas». «Lo que yo comprendo —escribiría luego Pepper en su autobiografía— es que, para bien o para mal, aquella noche en Chicago se cambió el curso de la historia».[25]

Entretanto, el proyecto de la bomba progresaba a buen paso. Los científicos, preocupados aún por que los alemanes pudieran ir por delante, trabajaban febrilmente en dos tipos de bombas: una de uranio y otra de plutonio. Hasta finales de 1944 no descubrieron los aliados que Alemania había interrumpido su programa atómico en 1942. Aunque el motivo original del proyecto, disuadir a los alemanes de fabricar su propia bomba, había desaparecido, solo un científico, Joseph Rotblat, de origen polaco, abandonó el Proyecto Manhattan. El resto, fascinados por las investigaciones y confiados en que podrían adelantar el fin de la guerra, se esforzaron con mayor ahínco si cabe en terminar lo que habían empezado.

Si evitar que Wallace repitiese como vicepresidente fue el primer revés importante a las esperanzas de gozar de un mundo pacífico en la posguerra, el destino le tenía reservado a Estados Unidos otro golpe devastador. Cuando la rendición alemana era inminente, la nación perdió a su amado líder de tiempos de guerra. Franklin Delano Roosevelt falleció el 12 de abril de 1945 tras más de doce años de presidencia. El presidente más longevo de la historia de Estados Unidos había dirigido al país en

sus épocas más duras: la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Mientras guardaban luto, los norteamericanos se preguntaban quién sería el sucesor.

Los acontecimientos se sucedieron a un ritmo vertiginoso los cuatro meses siguientes y el nuevo presidente tuvo que tomar alguna de las decisiones más importantes de la historia de la nación. Tras la reunión de un gabinete de crisis el mismo 12 de abril, Henry Stimson, el secretario de Guerra, le puso al corriente de la bomba secreta. Al día siguiente, recibió un informe detallado de Jimmy Byrnes, su viejo mentor en el Senado, a quien James Forrestal, el secretario de Marina, había llevado desde Carolina del Sur a Washington en su avión privado. Byrnes, antiguo juez del Tribunal Supremo, era uno de los demócratas que se habían presentado a la candidatura de vicepresidente en la convención del partido de 1944, pero los dirigentes demócratas pensaron que sus opiniones inflexiblemente segregacionistas supondrían un hándicap insuperable. En la reunión de aquel día en Washington, dijo a Truman que Estados Unidos estaba fabricando un explosivo «lo suficientemente potente para destruir el mundo».[26]



El físico polaco Joseph Rotblat fue el único científico que abandonó el Proyecto Manhattan. Lo hizo cuando, a finales de 1944, se descubrió que Alemania había abandonado la investigación atómica en 1942. Aunque la justificación original para fabricar la bomba —que fuera un elemento disuasorio de la bomba fabricada por los alemanes— ya no tenía razón de ser, fascinados por las investigaciones y creyendo que podía acelerar el final de la guerra, otros científicos se esforzaron aún más en terminar lo que habían empezado.

El 25 de abril, Truman recibió por boca de Stimson y del general Groves un informe más exhaustivo sobre la bomba. Le explicaron que en cuatro meses esperaban tener lista «el arma más terrible de la historia de la humanidad, un arma capaz de destruir una ciudad entera». Muy pronto, otras naciones desarrollarían sus propias bombas. «El mundo, en su presente estado de progreso moral, incomparable con su estado de progreso técnico, estará a merced de esas armas. Dicho de otra manera, la civilización podría quedar destruida por completo».[27] Stimson y Groves advirtieron al presidente de que el destino de la humanidad podía depender del uso o no de dichas bombas y de lo que posteriormente se hiciera para controlarlas. En un relato de aquella reunión publicado póstumamente por su hija, Truman escribió: «Stimson me dijo, con gesto grave, que no sabía si podíamos o debíamos lanzar la bomba. Temía que fuese tan potente que acabara por destruir el mundo. Y ese era también mi miedo».[28]

Atrapada entre las tropas soviéticas, que habían entrado en Berlín desde el este, y las fuerzas aliadas, que se aproximaban por el oeste, Alemania se rindió el 7 de mayo. Eso significaba que la Unión Soviética, según se había acordado en Yalta, se incorporaría a la guerra del Pacífico alrededor del 7 de agosto, es decir, casi tres meses antes de la invasión de Japón, prevista para el 1 de noviembre.

Los soldados japoneses luchaban con fiereza y valor. Eran muy pocos los que se rendían. Creían

que la muerte en el campo de batalla les depararía el mayor de los honores: el reposo eterno en el santuario de Yasukuni. En Tarawa, de los dos mil quinientos defensores de la isla, solo ocho quedaron con vida. En Iwo Jima, en tan solo cinco semanas, la Marina y la Infantería de Marina norteamericanas sufrieron muchas bajas, con seis mil doscientos ochenta y un muertos y casi diecinuevemil heridos. En Okinawa, la mayor batalla de la guerra del Pacífico, los estadounidenses perdieron a trece mil hombres entre muertos y desaparecidos y hubo treinta y seis mil heridos. Además, murieron setenta mil soldados y cien mil civiles japoneses, muchos de ellos quitándose la vida.[29] Por otra parte los norteamericanos observaron estupefactos cómo, oleada tras oleada, los pilotos kamikazes se estrellaban contra sus buques en un último y desesperado intento por hundirlos.

En 1945 las perspectivas eran cada vez más sombrías y algunos dirigentes japoneses pidieron públicamente llegar a los «cien millones de muertos con honor». Preferían que la nación combatiera hasta la muerte antes que rendirse. En Estados Unidos, sin embargo, altas personalidades como el general Marshall y Henry Stimson restaban importancia a esos alegatos, convencidos de que, una vez derrotado, Japón se rendiría. El «Proposed Program for Japan», que Stimson presentó a Truman a primeros de julio, declaraba que, a pesar de que Japón tenía una «fanática capacidad de resistencia» que le podría permitir «repeler una invasión [...] [sería] susceptible de entrar en razón si llegaba a una situación de crisis mucho mayor». Los japoneses, decía el documento, eran más razonables de lo que en aquellos momentos decían la prensa y otras corrientes de opinión en Norteamérica. «Japón no es solo una nación de locos fanáticos. Su mentalidad no es tan completamente distinta de la nuestra».[30]

El Gobierno estadounidense llevaba décadas discutiendo el coste humano de una invasión de Japón. Los estrategas del Estado Mayor Conjunto prepararon un documento para la reunión del 18 de junio entre los jefes de Estado Mayor y el presidente. Calculaban que sufrirían ciento noventa y tres mil quinientas bajas entre muertos y heridos. Había, no obstante, estimaciones mayores, y también menores, que esa. Truman declaró inicialmente que perderían miles de soldados y luego fue incrementando las cifras paulatinamente. Más tarde aseguró que Marshall le había hablado de medio millón de muertos, pero nunca se ha sabido en qué basaban todos esos cálculos. Los que dio a conocer el propio general Marshall eran muy inferiores, y también los del general MacArthur, que era el encargado de planificar la invasión.

Pese a todo, a medida que la guerra proseguía, con su cruento peaje en vidas humanas, las perspectivas de invasión disminuían. Hacia finales de 1944, la armada japonesa ya estaba muy diezmada: había perdido siete de doce acorazados, diecinueve de veinticinco portaaviones, ciento tres de ciento sesenta submarinos, treinta y uno de cuarenta y siete cruceros y ciento dieciocho de ciento cincuenta y ocho destructores. El Ejército del Aire también estaba muy debilitado. Con la red ferroviaria hecha añicos, escaso abastecimiento alimentario y la moral por los suelos, algunos dirigentes japoneses temían un levantamiento popular. El príncipe Fumimaro Konoe, que entre 1937 y 1941 había sido primer ministro en tres ocasiones, envió en febrero de 1945 un memorándum al emperador Hirohito: «Lamento decir que la derrota de Japón es inevitable». «Lo que ahora debe preocuparnos es la revolución comunista que podría acompañarla»,[31] advirtió. Al menos desde el mes de agosto anterior, tras la victoria norteamericana en Saipán, Japón había comenzado a estudiar la manera de terminar la guerra. La desesperación del gobierno crecía cada día que pasaba. Al magnate del sector editorial Henry Luce, que en la primavera de 1945 visitó el Pacífico para ver las consecuencias de la guerra con sus propios ojos, la situación le pareció evidente. «Pocos meses antes de Hiroshima —escribiría—, yo me encontraba con la flota del almirante Halsey, que se preparaba para el asalto a la metrópoli japonesa. Dos cosas me parecieron obvias, y también se lo parecían a muchos generales y almirantes con quienes hablé: en primer lugar, que Japón estaba vencido; en segundo lugar, que los japoneses eran conscientes de ello y todos los días daban muestras de una voluntad creciente de abandonar la lucha».[32] Hasta Richard Frank, cuya obra, *Downfall* [*Caída*],

constituye la defensa más autorizada del lanzamiento de las bombas atómicas, observa: «Es razonable suponer que, incluso sin bombas atómicas, la destrucción de la red ferroviaria y los efectos acumulados de la estrategia de bloqueo y bombardeo suponían una grave amenaza para el orden público y, por tanto, habrían obligado al emperador a pedir el fin de la guerra».[33]

¿Por qué, entonces, si Japón no era un país de fanáticos suicidas y sus posibilidades de victoria militar se habían esfumado, su gobierno no se rindió para así ahorrar sufrimientos al ejército y la población civil? La respuesta hay que buscarla en gran medida en las condiciones para la rendición impuestas por los norteamericanos, aunque, evidentemente, el emperador y sus consejeros cargan con su parte de culpa.

En la reunión de Casablanca de enero de 1943, el presidente Roosevelt solicitó la «rendición incondicional» de Alemania, Italia y Japón.[34] Más tarde aseguró que se trataba de una petición espontánea que había cogido por sorpresa incluso a Churchill. En una carta a su biógrafo, Robert Sherwood, el primer ministro británico lo confirmaba: «Oí la expresión “rendición incondicional” en boca del presidente por primera vez en aquella rueda de prensa».[35] Aunque el término «incondicional» no había sido incluido en el comunicado oficial de la conferencia de Casablanca, es evidente que sí lo habían debatido de antemano y que tanto Roosevelt como Churchill se habían puesto de acuerdo. Las consecuencias de aferrarse a esa exigencia serían muy graves.

Los japoneses dieron por supuesto que la «rendición incondicional» era la sentencia de muerte del *kokutai*, o régimen imperial, y tal vez supondría someter al emperador a un juicio por crímenes de guerra para luego ejecutarlo. Para la mayoría del pueblo japonés, esa era una perspectiva inaceptable. Los japoneses adoraban a su monarca casi como un dios desde la llegada al poder del primer emperador, Jimmu, en el año 660 a. C. Un estudio elaborado por el Southwest Pacific Command [Mando del Sudoeste del Pacífico], del general MacArthur, decía: «Destronar o ahorcar al emperador induciría una reacción violenta de todos los japoneses. Para ellos, la ejecución del emperador equivale a la crucifixión de Cristo para nosotros. Todos lucharían hasta la muerte como fieras».[36] Conscientes de esto, altos cargos del gobierno instaron a Truman a ofrecer unas condiciones de rendición aceptables. En abril de 1945, Joseph Grew, secretario de Estado provisional y exembajador en Japón —conocía, por tanto, mejor a los japoneses que ningún otro alto funcionario de la administración norteamericana—, escribió: «La rendición de Japón es muy improbable con independencia de que sufra una derrota militar si el presidente no garantiza públicamente que el término “rendición incondicional” no supone la supresión de la dinastía imperial actual en el caso de que el pueblo japonés desee que siga reinando».[37] Grew se sumó a la petición de Stimson, Forrestal y John McCloy, subsecretario de Guerra, e instó a Truman a modificar las condiciones de rendición. Los generales estadounidenses coincidían también en la importancia de ofrecer a los japoneses garantías sobre el futuro de su emperador. En el mes de junio, el almirante Leahy confesó en una reunión del Estado Mayor Conjunto su temor de que insistir en la rendición incondicional solo sirviera «para desesperar a los japoneses y, por tanto, para incrementar las listas de bajas».[38]

El Gobierno norteamericano comprendía cuánta importancia daban los japoneses a las condiciones de su rendición porque el servicio de inteligencia había desencriptado los códigos japoneses antes incluso de la entrada en guerra de Estados Unidos y tenía pinchadas todas las comunicaciones niponas. Y los japoneses no dejaban de hablar de rendición. En mayo, el Consejo Supremo de Guerra japonés se reunió en Tokio. También llamado los Seis Grandes, ese consejo estaba integrado por el primer ministro, Kantaro Suzuki, el ministro de Exteriores, Shigenori Togo, el ministro del Ejército, Korechika Anami, el jefe del Estado Mayor del Ejército, Yoshijiro Umezu, el ministro de la Marina, Mitsumasa Yunai, y el jefe del Estado Mayor de la Marina, Soemu Toyoda. Los Seis Grandes decidieron pedir la mediación de la Unión Soviética para que les ayudara a mejorar las condiciones de rendición que pudiera dictar Estados Unidos. A cambio, ofrecerían a los soviéticos algunas

concesiones territoriales. Bastaron los primeros contactos para que los emisarios soviéticos se convencieran de que los japoneses eran sinceros y deseaban poner fin a la lucha. Esta constatación, sin embargo, no fue del agrado de los dirigentes soviéticos, que temían por los compromisos suscritos con los Aliados a cambio de su entrada en la guerra del Pacífico —para la que solo quedaban un par de meses—. El 18 de junio, el emperador informó al Consejo de Guerra Supremo de que estaba a favor de una pronta restauración de la paz. El consejo se mostró de acuerdo y decidió comprobar si de verdad los soviéticos estarían dispuestos a negociar una rendición que salvaguardase el régimen imperial y al propio Hirohito.

En julio una serie de telegramas del ministro de Exteriores, Togo, al embajador en Moscú, Naotake Sato, dejaron la situación meridianamente clara. El 12 de julio, Togo cablegrafió a Sato: «Su Majestad desea con todo su corazón que la guerra termine cuanto antes [...]. [Sin embargo], mientras Estados Unidos y Gran Bretaña insistan en la rendición incondicional, nuestra nación no tiene otra alternativa que la de un esfuerzo supremo por la supervivencia y el honor de la patria».[39] Al día siguiente, Togo envió un nuevo telegrama: «Su Majestad el Emperador, consciente de que la presente guerra acarrea cada día mayores males y sacrificios a los pueblos de todas las potencias beligerantes, desea con todo su corazón que esa guerra termine con la mayor celeridad posible».[40]

Aunque se acumulaban las pruebas de que, con un cambio en las condiciones de rendición, la guerra acabaría pronto, Truman prefirió escuchar a James Byrnes, que insistía en que la opinión pública norteamericana no toleraría una rendición condicional y advirtió al presidente de que lo crucificarían políticamente si la aceptaba.[41]

Si lanzar dos bombas atómicas sobre una nación ya derrotada para evitar repercusiones políticas dentro de Estados Unidos podría parecer moralmente reprobable en cualquier circunstancia, en realidad apenas había motivos para pensar que Truman habría pagado un precio político importante por permitir que el emperador de Japón permaneciera en el trono. De hecho, los dirigentes del Partido Republicano le habían ofrecido el respaldo político necesario. El 2 de julio de 1945, Wallace White, líder de la minoría republicana en el Senado, se dirigió a sus colegas de la cámara alta para pedir al presidente que aclarase a qué se refería al decir «rendición incondicional», con la esperanza de contribuir con ello a acelerar la derrota de Japón. Si Japón hacía caso omiso de la oferta del presidente de rendirse en condiciones más favorables o la rechazaba de plano, la causa de Estados Unidos, razonaba White, no se vería perjudicada en absoluto ni se incrementaría tampoco el número de bajas. «Con una declaración de ese tipo no perderíamos nada —concluyó—, pero podríamos ganar mucho». El senador republicano por Indiana, Homer Capehart, organizó ese mismo día una rueda de prensa para apoyar la petición de White. Capehart informó a los periodistas de que la Casa Blanca había recibido una oferta de rendición de Japón con la única condición de que el emperador Hirohito pudiera seguir en el trono. «La cuestión no es si odiamos a los *japos* o no. Yo los odio, eso por descontado. Pero ¿qué ganamos si proseguimos con una guerra a la que podemos poner fin ahora mismo y en las mismas condiciones que dentro de un par de años?».[42] En un editorial del mes de junio, *The Washington Post* calificaba «rendición incondicional» de «expresión poco afortunada» que evocaba tales miedos entre la población japonesa que no podía por menos de ser un impedimento para interrumpir definitivamente la contienda.[43]

La rendición condicional no era la única forma de lograr la derrota japonesa sin recurrir a la bomba atómica. Los japoneses temían la entrada de la Unión Soviética en el conflicto más que ninguna otra cosa. A primeros de abril de 1945, la Unión Soviética informó a Tokio de que no renovaría el Pacto de Neutralidad de 1941, lo que acentuó el temor de los japoneses a una declaración de guerra soviética. Todos los países beligerantes comprendían lo que eso podría significar. El 11 de abril, los jefes de los servicios de inteligencia del Estado Mayor Conjunto hicieron la siguiente predicción: «Si la Unión Soviética entrase en la guerra del Pacífico, todo japonés comprendería que

la derrota sería inevitable».[44] En mayo el Consejo de Guerra supremo de Japón llegó a una conclusión similar: «En estos momentos en que el Japón libra un combate a vida o muerte contra Estados Unidos y Gran Bretaña, la entrada de los soviéticos en la guerra supondría un golpe fatal para el imperio».[45] El 6 de julio, el Comité de Inteligencia Combinado entregó a los jefes del Estado Mayor Combinado, que se reunirían en Potsdam, un informe secreto que evaluaba «la situación del enemigo». A la hora de sopesar las «posibilidades de rendición», dicho comité calculaba las consecuencias que la incorporación de los soviéticos a la guerra del Pacífico tendrían en los ya muy debilitados japoneses:

> Las clases dirigentes de Japón son conscientes de que la situación militar es desesperada y es cada vez mayor su deseo de firmar la paz, pero la rendición incondicional les sigue pareciendo inaceptable. Básicamente, la política del gobierno actual consiste en seguir luchando mientras sea posible y tan desesperadamente como sea posible con la esperanza de evitar la derrota total y de conseguir una posición más favorable para negociar la paz [...]. En nuestra opinión, una parte considerable de la población japonesa piensa hoy que la derrota militar total es probable. Los efectos cada día mayores del bloqueo naval y la devastación que han ido acumulando los bombarderos estratégicos, que han dejado a millones de personas sin hogar y destruido de un 25 a un 50 por ciento de las áreas urbanizadas de las ciudades más importantes de Japón, deberían lograr que esta valoración sea generalizada. La entrada de la Unión Soviética en la guerra convencería definitivamente a los japoneses de que la derrota total es inevitable. Aunque los ciudadanos japoneses se sacrifican de buena gana por servir a su nación, nosotros dudamos de que la nación en su conjunto esté predispuesta a un suicidio nacional [...]. Los japoneses creen, sin embargo, que la rendición incondicional condenaría a su país a la extinción.*[46]*

La estrategia *ketsu-go* de los japoneses consistía en prepararse para la invasión e infligir tantas bajas al enemigo que este, cansado de combatir, se mostrara dispuesto a ofrecer unas condiciones de paz más benevolentes. Los generales japoneses habían identificado correctamente el lugar del desembarco, la isla de Kyushu, y habían reunido allí muchas tropas. Los civiles, armados con afiladas lanzas de bambú, recibieron órdenes de luchar hasta la muerte codo a codo con los soldados.

Evidentemente, los dirigentes norteamericanos eran conscientes de que la posición del emperador era el mayor obstáculo a la rendición japonesa y de que la temida entrada en guerra de los soviéticos estaba cada día más próxima. ¿Por qué en esas circunstancias utilizaría Estados Unidos dos bombas atómicas contra una población prácticamente indefensa? Para responder a esa pregunta, hay que comprender el clima moral en que se tomó la decisión.

Los estadounidenses aborrecían profundamente a los japoneses. El historiador Alan Merrill Lyn, ganador del premio Pulitzer, escribiría después de la guerra: «Probablemente, no haya habido en toda nuestra historia un enemigo más detestado que el japonés».[47] Si la propaganda de guerra norteamericana se tomaba la molestia de diferenciar entre los malvados dirigentes nazis y los «buenos alemanes», en el caso de Japón tal distinción no existía. Como la revista *Newsweek* publicó en enero de 1945, Estados Unidos no había librado nunca una guerra en la que sus soldados sintieran tanto odio por el enemigo y desearan tanto matarlo.[48]

John W. Dower, otro historiador, ha demostrado que, para los norteamericanos, los japoneses no eran más que sabandijas, cucarachas, ratas y serpientes de cascabel. La imaginería simiesca abundaba. El almirante William Halsey, comandante en jefe de la Flota del Pacífico Sur, era célebre a este respecto e instaba a sus hombres a matar a los «monos amarillos» y a acumular «más carne de mono». El ciudadano corriente se preguntaba si los japoneses eran realmente humanos. La revista *Time* llegó a publicar: «el *japo* común es ignorante, incapaz de razonar. Tal vez sea humano. Nada lo indica». La embajada británica en Washington comunicó a Londres que los norteamericanos veían a los japoneses como una «masa de sabandijas sin nombre», y el embajador describía «la universal sensación “de exterminio” de los japoneses» por parte de la población norteamericana. Cuando el conocido corresponsal de guerra Ernie Pyle se trasladó de Europa al Pacífico en febrero de 1945,

observó: «En Europa teníamos la sensación de que nuestros enemigos, por horribles y mortíferos que fuesen, eran personas. Aquí, no he tardado en comprender que a los japoneses se les considera subhumanos y repulsivos, que provocan la sensación que a muchas personas les dan las cucarachas o los ratones».[49]

Parte de esos sentimientos se pueden atribuir sin ninguna duda al racismo. Pero el odio a los japoneses se debe también a otras razones poderosas. Ya antes de la entrada en guerra de Estados Unidos, los norteamericanos ya conocían los bombardeos, violaciones y brutalidades en general perpetrados por los japoneses contra los chinos, especialmente en Nankín. Su rencor a Japón se multiplicó con su «vil ataque» sobre Pearl Harbor. Luego, a principios de 1944, el gobierno hizo públicas ciertas informaciones sobre el sádico trato dispensado a los prisioneros estadounidenses y filipinos durante la marcha de la muerte de Bataan dos años antes. Pronto empezaron a circular rumores de la indescriptible crueldad japonesa. La prensa habló de torturas, crucifixiones, castración, descuartizamientos, decapitaciones, de quemar y enterrar vivas a las víctimas, de vivisección, de clavar a los prisioneros a los árboles para practicar con las bayonetas, etcétera. A partir de entonces, la ira se convirtió en odio. Entretanto, las operaciones militares de Estados Unidos contra Japón en el Pacífico proseguían.[50]



Los norteamericanos aborrecían profundamente a los japoneses. Newsweek *publicó en enero de 1945 que Estados Unidos no había librado nunca una guerra en la que sus soldados sintieran tanto odio por el enemigo y desearan matarlo. Si la propaganda de guerra estadounidense se tomaba la molestia de diferenciar entre los malvados dirigentes nazis y los «buenos alemanes», en el caso de Japón tal distinción no existía. Se comparaba a los japoneses con sabandijas, cucarachas, ratas y serpientes de cascabel. La imaginería simiesca abundaba.*

Pero la intolerancia del presidente Truman con los asiáticos era muy anterior a las noticias de las brutalidades perpetradas por los japoneses. De joven, mientras cortejaba a su futura esposa, escribió: «Creo que un hombre es tan bueno como cualquier otro en tanto sea honrado y decente y no sea ni negro ni chino. El tío Will dice que el señor hizo al hombre blanco del polvo y al negro del barro, y que luego tiró lo que le sobraba y de ahí salió un chino. Odia a los chinos y a los japoneses. Como yo. Supongo que son prejuicios racistas».[51] Truman llamaba normalmente a los judíos *kikes* en tono peyorativo, a los mexicanos, *greasers* [«sudacas»], y empleaba denominaciones igualmente despectivas para otros grupos étnicos. Merle Miller, su biógrafo, escribió: «En privado, el señor Truman siempre dice *nigger*; o, al menos, lo ha hecho siempre que ha hablado conmigo».[52]

Más allá del racismo de Truman, es justo criticar el inconcebible comportamiento de los japoneses durante la guerra. No obstante, es también necesario señalar que los norteamericanos tuvieron conductas indefendibles. Edgar Jones, corresponsal de guerra en el Pacífico, detalló las atrocidades cometidas en un artículo publicado en febrero de 1946 en *The Atlantic Monthly*: «De todas formas, ¿qué clase de guerra creen los civiles que estamos librando? Matamos prisioneros a sangre fría, vaciamos hospitales, ametrallamos botes salvavidas, asesinamos a civiles enemigos o los maltratamos, rematamos a muchos enemigos heridos, echamos a moribundos a las fosas de los muertos, y en el Pacífico hervíamos cráneos, les quitábamos la piel y hacíamos con ellos adornos para el mueble aparador de nuestras novias o con los huesos fabricábamos abrecartas».[53]

El racismo mostró también su rostro más cruel en el trato dispensado a los norteamericanos de origen japonés que vivían en Estados Unidos en el momento de estallar la guerra. Sufrieron la discriminación en el voto y a la hora de buscar empleo y colegios para sus hijos durante décadas. La ley de inmigración de 1924 negaba a los nipones llegados a Estados Unidos a partir de 1907 el derecho a nacionalizarse y prohibía la entrada de nuevos inmigrantes desde Japón. Antes incluso de Pearl Harbor, en la costa Oeste muchos imaginaban fantasiosos sabotajes por parte de los norteamericanos de origen japonés en el caso de que se llegase a la guerra. Un periodista escribió: «Cuando la hora cero sacuda el océano Pacífico, los estadounidenses de origen japonés se pondrán a trabajar al unísono. Sus botes de pesca sembrarán de minas la entrada de nuestros puertos. Misteriosas explosiones destruirán los astilleros de la Marina y los aeródromos y parte de nuestra flota […]. Los granjeros japoneses, que prácticamente tienen el monopolio de la producción de verduras de California, pondrán arsénico en guisantes, patatas y naranjas y los mandarán al mercado». Después de Pearl Harbor, corrieron rumores y las groserías de mal gusto proliferaron. Una barbería de California ofrecía «afeitado gratis a los *japos*», aunque, eso sí, si se producía algún accidente, la casa no se hacía responsable. Una funeraria anunciaba: «Prefiero hacer negocios con un *japo* que con un americano».[54]

Earl Warren, fiscal general de California, encabezó la carga para alejar a los norteamericanos de origen japonés de los estados occidentales. Warren opinaba que los japoneses del sur de California podrían ser «el talón de Aquiles de todo el sistema de defensa civil».[55] El teniente general John L. DeWitt, comandante del 4º Ejército y jefe del Western Defense Command [Mando de Defensa Occidental], que había participado en la estrategia elaborada en 1921 por la War Plans Division [División de Planes de Guerra] para internar a todos «los enemigos extranjeros» en las islas Hawái, apoyó al fiscal. El 9 de diciembre anunció que aviones de guerra japoneses habían sobrevolado San Francisco la noche anterior y el peligro de ataque era inminente. En una reunión del Civil Defense Council [Consejo de Defensa Civil] dijo: «Es muy probable que la muerte y la destrucción se abatan sobre esta ciudad en cualquier momento». El contraalmirante John Berger informó a los presentes de que se habían «salvado de una terrible catástrofe por la gracia de Dios». «¿Por qué no lanzaron sus bombas? —se preguntó De Witt—. Pues no lo sé». Pues porque la incursión japonesa no llegó a producirse, lo que también podría explicar por qué las tropas norteamericanas jamás derribaron ningún avión en San Francisco y por qué cuando los aviones del Ejército y la Marina salían en busca de portaaviones japoneses, volvían con las manos vacías. Pero De Witt estaba furioso con los ciudadanos de San Francisco porque no se tomaban la orden de apagón defensivo demasiado en serio. Los habitantes de San Francisco le parecían «necios, idiotas y estúpidos», y amenazó: «Si estos hechos no se les meten en la cabeza con palabras, tendré que echarles encima a la policía para que entren a base de porra».[56]

La desconfianza de DeWitt hacia los habitantes de San Francisco era inofensiva. Su desconfianza hacia los japoneses era patológica. En principio, la evacuación masiva de ciudadanos norteamericanos de origen japonés le pareció «una soberana tontería». Pero la presión de la opinión

pública aumentó con la publicación del informe del gobierno sobre el ataque a Pearl Harbor preparado por el juez del Tribunal Supremo Owen Roberts. El espionaje, alegaba ese informe, había facilitado la operación japonesa. Si la mayoría de la información relevante para el ataque la había proporcionado la oficina del cónsul japonés, algunos hawaianos de ascendencia japonesa habían desempeñado un papel importante. Ese informe reforzó las dudas ya existentes sobre la lealtad de los norteamericanos de origen japonés. El clamor resultante transformó según parece a DeWitt en un apasionado defensor de las expulsiones. En su opinión, el hecho de que los japoneses, de origen norteamericano o no, todavía no hubieran llevado a cabo ningún sabotaje demostraba que se habían conjurado para atacar en el futuro. Otras personalidades, como Stimson y McCloy, también se manifestaron públicamente para pedir a Roosevelt que tomase medidas antes de que fuera demasiado tarde.[57]

Quienes no defendían la idea «No podemos fiarnos de los *japos*» contaban también con un inopinado aliado: el director del FBI J. Edgar Hoover. Hoover dijo al fiscal general Francis Biddle que no le parecía necesario llevar a cabo evacuaciones masivas. Todos los riesgos para la seguridad se habían sopesado. Biddle, por tanto, comunicó a Roosevelt que «no había motivos para emprender evacuaciones masivas».[58]

Roosevelt, sin embargo, hizo caso omiso de ese consejo. Aunque no existía ninguna prueba de sabotajes perpetrados por ciudadanos de origen japonés, el 19 de febrero de 1942, Roosevelt firmó la Orden Ejecutiva 9066 y a partir de ese momento se pusieron en marcha los preparativos para evacuar y recluir a los japoneses y norteamericanos de origen japonés de los estados de California, Oregón y Washington, dos tercios de los cuales eran ciudadanos estadounidenses de nacimiento. Aunque esa orden no mencionaba expresamente raza o etnia alguna, era evidente a qué sector de la población iba dirigida.

Las autoridades, sin embargo, renunciaron a la evacuación de la numerosa población japonesa de Hawái cuando los ricos propietarios de las plantaciones de ananás y caña de azúcar protestaron porque no querían perder su mano de obra. Aun así, el gobierno impuso la ley marcial, suspendió el hábeas corpus y encerró a unos dos mil *kibei*, los ciudadanos de ascendencia japonesa que habían visitado Japón por motivos educativos y de aculturación.



A pesar de que no existían pruebas de ningún sabotaje, el 19 de febrero de 1942 Roosevelt firmó la Orden Ejecutiva 9066 y a partir de ese momento se pusieron en marcha los preparativos para evacuar y recluir a los japoneses y norteamericanos de origen japonés de los estados de California, Oregón y Washington, dos tercios de los cuales eran ciudadanos estadounidenses de nacimiento. Aunque esa orden no mencionaba expresamente raza o etnia alguna, era evidente para qué sector de la población se había elaborado.

En el continente, y en especial en California, donde los japoneses solo representaban poco más que el 2 por ciento de la población, la situación era muy distinta. La Orden Ejecutiva 9066 obligaba a

evacuar de sus hogares a unas ciento veinte mil personas y a darles alojamiento fuera de las zonas de defensa. Pero los estados circundantes les prohibían la entrada. Chase Clark, gobernador de Idaho, realizó la siguiente declaración: «Los *japos* viven como ratas, se crían como ratas y actúan como ratas. Aquí no los queremos». El gobernador de Wyoming advirtió que si los japoneses se desplazaban a su estado, verían «a un *japo* colgando de cada pino». El fiscal General de Idaho recomendaba «meter a todos los japoneses en campos de concentración [...]. Queremos que este siga siendo un país de hombres blancos».[59]

El 25 de febrero de 1942, el FBI ya había encarcelado a todos los varones adultos de ascendencia japonesa en Terminal Island, California. La Marina dio a todos los residentes de origen japonés cuarenta y ocho horas para abandonar su domicilio. Entre marzo y octubre de 1942, la Wartime Civil Control Administration, WCCA [Administración de Control Civil en Tiempo de Guerra], abrió provisionalmente algunos campos, conocidos como centros de reunión, para internar a ciudadanos de origen japonés a quienes se designaba con un número y se introducía en un registro. En Santa Anita y Tanforan, California, las autoridades alojaron a familias enteras en cuadras donde en un solo pesebre podían acomodarse cinco o seis personas. Más tarde las trasladaron a centros de realojamiento permanentes denominados «campos de concentración». En estos campos, las condiciones de vida eran deplorables. Con frecuencia faltaba agua corriente, baños, escuelas decentes, bungalós bien aislados y con tejados apropiados. Los campos contaban, eso sí, con buenas alambradas, puestos de ametralladoras y torres de vigilancia. Espantado por el trato dispensado a los prisioneros, Milton Eisenhower dimitió como director de la War Relocation Authority, WRA [Dirección de Realojamiento de Guerra].[60]

Algunos norteamericanos respaldaron las evacuaciones por pura codicia. Como a los refugiados solo se les permitía llevarse sus efectos personales, sus antiguos vecinos adquirían apresuradamente sus casas por una pequeña parte de su valor real o se quedaban con lo que los nuevos apestados habían dejado, incluidas las parcelas abandonadas. Uno de los dirigentes de la Grower-Shipper Vegetable Association of Central California [Asociación de Agricultores y Distribuidores Hortícolas del Centro de California] admitió: «Se nos acusa de querer librarnos de los *japos* por motivos egoístas. Y podríamos hablar con franqueza: es verdad. La cuestión es quién habita la costa del Pacífico: ¿el hombre blanco o el amarillo?». Se calcula que los japoneses perdieron unos cuatrocientos millones de dólares en bienes muebles que hoy tendrían un valor de cinco mil cuatrocientos millones de dólares.[61]

A partir de marzo de 1942, la War Relocation Authority empezó a trasladar a los internos a diez centros de realojamiento erigidos apresuradamente en Arizona, Arkansas, California, Colorado, Idaho, Utah y Wyoming. Los centros de Poston y Gila River, en Arizona, no tardaron en contar con una población de diecisiete mil ochocientas catorce y trece mil trescientas cuarenta y ocho personas respectivamente, lo que, de la noche a la mañana, las convertía en la tercera y cuarta ciudades más pobladas del estado. Hart Mountain pasó a ser la tercera población de Wyoming.[62]

Dentro de estos campos, los japoneses trabajaban bajo un sol abrasador en Arizona y California, en un entorno pantanoso en Arkansas y en mitad de un frío helador en Wyoming, Idaho y Utah, y todo por un miserable salario de doce dólares al mes para los trabajadores no especializados y diecinueve para los especializados. Un médico japonés ganaba trescientos veintiocho dólares al año, mientras su homólogo blanco ganaba cuatro mil seiscientos. Las enfermeras blancas que ganaban ochenta dólares al mes en el Yellow County Hospital percibían ciento cincuenta en Hart Mountain, es decir, entre ocho y diez veces más que sus homólogas japonesas.[63] Las autoridades federales mandaron a los fotógrafos Ansel Adams y Dorothea Lange a captar imágenes de la vida cotidiana en los campos. Aunque recibieron instrucciones de no mostrar las alambradas de espino, las torres de vigilancia ni a soldados armados, Adams, Lange y un interno japonés, Toyo Miyatake, dedicaron

algunas fotografías a los temas prohibidos.[64]

En febrero de 1943, el gobierno norteamericano dio un descarado giro de ciento ochenta grados. Ante la necesidad de contar con más personal para la guerra, Roosevelt pidió a los *nisei*, ciudadanos estadounidenses de origen japonés nacidos en Estados Unidos, que se unieran al Grupo de Combate Regimental 442, unidad segregada que se uniría al 100º Batallón de Hawái ya acantonado en Camp Shelby, Misisipi. La «One PukaPuka», como los componentes hawaianos de la unidad la llamaban, era una unidad de voluntarios organizada en los primeros meses de guerra que durante mucho tiempo tuvo que esforzarse para que la reconocieran como digna de prestar servicio. El 442º Regimiento se convirtió en una de las unidades más condecoradas de la historia de Estados Unidos. Combatió con valor en Italia y en Francia y sufrió mil setenta y dos bajas, con doscientos dieciséis muertos en octubre de 1944.[65]

Según parece, que los norteamericanos de origen japonés pudieran sacrificarse a tal extremo por su país resultaba incomprensible para los jefes del Western Defense Command. En abril de 1943, DeWitt comunicó al Naval Affairs Subcommittee [Subcomité de Asuntos Navales] de la cámara que ni los alemanes ni los italianos le inquietaban, «pero los *japos* no dejarán de preocuparnos hasta que los borremos del mapa. Un *japo* es un *japo*», declaró, tanto si era ciudadano norteamericano como si no. Los comentarios racistas de DeWitt molestaron a *The Washington Post*, que contraatacó diciendo: «Habría que decirle a ese general que la democracia norteamericana y la Constitución de Estados Unidos son demasiado importantes para que cualquier militar fanático las ignore o incumpla [...]. Si alguna vez hubo alguna excusa para evacuar y retener indiscriminadamente a los estadounidenses de origen japonés, ahora ya no la hay».[66]



Norteamericanos de origen japonés llegan al centro de reunión de Santa Anita en San Pedro, California, donde los alojaban en establos antes de trasladarlos a centros de realojamiento definitivos.

Muchos norteamericanos coincidían. Algunos hacían comparaciones con ciertas políticas nazis, aunque reconocieron que las diferencias eran mucho mayores que las similitudes. En junio de 1942, *Christian Century* publicó: «Toda la política de campos de concentración se encamina [...] a la destrucción de los derechos constitucionales [...] y a la consolidación de la discriminación racial como principio de gobierno en Norteamérica. Nos movemos en la misma dirección que Alemania». Eugene V. (Victor Debs) Rostow publicó en 1945 un artículo mordaz en *The Yale Law Journal*. Sostenía: «Creemos que el pueblo alemán comparte cierta responsabilidad política por las atrocidades cometidas en secreto por la Gestapo y las SS. Por nuestra parte, ¿qué podemos pensar de un programa que viola todos los valores sociales y democráticos y que pese a ello ha sido aprobado por el Congreso, el presidente y el Tribunal Supremo?».[67]



Dentro de los centros de realojamiento, los japoneses trabajaban bajo un sol abrasador en Arizona y California, en un entorno pantanoso en Arkansas y en mitad de un frío helador en Wyoming, Idaho y Utah, y todo por un salario miserable.

En junio de 1943, el Tribunal Supremo fue unánime y falló a favor del gobierno en los dos primeros casos pertinentes. Aunque el veredicto en el caso Hirabayashi contra Estados Unidos no abordaba asuntos fundamentales como la evacuación y el internamiento, la opinión del juez Frank Murphy tampoco los obviaba:

> Afirmar que no todos los grupos de población son asimilables es admitir que el gran experimento americano ha fracasado [...]. Hoy es la primera vez, en lo que a mí respecta, que hemos sustanciado una restricción importante de la libertad personal de los ciudadanos de Estados Unidos basándonos en el accidente de la raza o los ancestros [...]. En este sentido, nos recuerda tristemente al trato que se da a los miembros de la raza judía en Alemania y otras partes de Europa.[68]

El 2 de enero de 1945, la WRA «acabó» con el internamiento forzoso, pero proporcionó poca ayuda a los prisioneros que intentaban reconstruir su destrozada vida. Algunos decidieron emigrar lo más lejos posible de la costa Oeste. Según el mencionado Park Service [Servicio de Parques Nacionales], los japoneses solo recibían «veinticinco dólares por persona y un billete de tren, y aquellos que tenían menos de quinientos dólares en efectivo, las comidas para el viaje».[69]

Hasta que no se aprobó la Immigration and Naturalization Act [Ley de Inmigración y Nacionalización], de 1952, a muchos *issei*, los ciudadanos japoneses de mayor edad, no se les consideró «adecuados para convertirse en ciudadanos». Además, los supervivientes de los campos de internamiento tardaron más de cuarenta años en recibir una disculpa del gobierno y las pertinentes compensaciones monetarias, por valor de mil quinientos millones de dólares.[70]

En Estados Unidos, el umbral de moral, y en particular la indiferencia hacia las cifras de bajas civiles a escala masiva, había descendido drásticamente tras años de bombardear poblaciones, sobre todo en la guerra aérea contra Japón. Los bombardeos de ciudades habían comenzado en la Primera Guerra Mundial. Alemanes, británicos, franceses, italianos y australianos bombardearon núcleos urbanos, una medida brutal que no se interrumpió en el periodo de entreguerras. En su favor hay que decir que Estados Unidos condenó rotundamente los bombardeos japoneses de ciudades chinas en 1937. Cuando, en 1939, empezó la guerra en Europa, Roosevelt imploró a los beligerantes que se abstuvieran de caer en la «inhumana barbarie» de bombardear a civiles indefensos.[71]

Alemania hizo caso omiso y bombardeó varias poblaciones británicas. Por su parte, Londres respondió ordenando incursiones aéreas de hasta mil bombarderos sobre las ciudades alemanas. A mediados de la década, grandes ciudades como Barcelona, Madrid, Shanghái, Pekín, Nankín, Varsovia, Londres, Rotterdam, Stalingrado, Leningrado, Colonia, Hamburgo, Berlín y otras muchas habían padecido fuertes bombardeos.

Estados Unidos, por el contrario, se concentró casi por entero en los bombardeos de precisión de

industrias vitales y de redes de transporte hasta finales de la guerra en Europa. En agosto de 1942, el capitán Paul Tibbets, que más tarde pilotaría el B-29 que lanzó la bomba atómica de Hiroshima, manifestó su aprensión ante la posibilidad de causar bajas civiles mientras se preparaba para encabezar la primera incursión diurna de bombarderos norteamericanos contra objetivos alemanes en la Francia ocupada. Dijo a un reportero que le daba «náuseas pensar en los civiles que podían sufrir las bombas» que soltaría su avión. Al observar caer las bombas, pensó: «¡Dios mío, van a morir mujeres y niños!».[72] Pero la guerra proseguía y los norteamericanos tenían cada vez menos escrúpulos. El bombardeo indiscriminado de Münster en octubre de 1943 fue un punto de inflexión. La excepción más trágica a la estrategia inicial fue la participación de Estados Unidos en el bombardeo aliado de Dresde en febrero de 1945.

Estados Unidos adoptó una estrategia de bombardeo mucho más implacable en Japón. Cuando el mayor general Haywood Hansell, jefe del 21º Mando de Bombarderos, se negó a acatar la orden de lanzar bombas incendiarias contra grandes poblaciones urbanas, el general de la fuerza aérea Henry *Hap* [«Afortunado»] Arnold le sustituyó por el general Curtis LeMay. Apodado *Iron Ass* [«Culo de hierro» o «Asno de hierro»] por sus hombres debido a su crueldad y exigencia, LeMay había forjado su reputación en la guerra aérea de Europa. En Japón revolucionó las tácticas y adoptó el llamado «bombardeo de terror», que elevó la destrucción a un nivel superior.

La noche del 9 al 10 de marzo de 1945, mandó contra Tokio trescientos treinta y cuatro aviones cargados con bombas incendiarias compuestas por napalm, termita, fósforo blanco y otros materiales inflamables. Se destruyeron cuarenta kilómetros cuadrados, murieron unas cien mil personas y un número quizá mucho mayor resultaron heridas. Aquel infierno de fuego hizo que hirviera el agua de los canales, se derritiera el metal y muchas personas se abrasaran por combustión espontánea. Las víctimas, informó LeMay, «se abrasaban, hervían y se asaban hasta morir». En el mes de mayo un 75 por ciento de las bombas lanzadas sobre Japón eran incendiarias. Estaban diseñadas para convertir en cenizas las «ciudades de papel» japonesas. Según el historiador japonés Yuki Tanaka, Estados Unidos lanzó bombas incendiarias sobre más de un centenar de poblaciones japonesas.[73] Cuando el 99,5 por ciento de la ciudad de Toyama fue pasto de las llamas, Henry Stimson fue a hablar con Truman. «No quería —dijo— que nadie pensara que Estados Unidos superaba las atrocidades de Hitler». El secretario de Guerra, sin embargo, apenas hizo nada para detener la carnicería. Prefirió engañarse y creer en la promesa del general Arnold de limitar los daños de la población civil.[74] El futuro secretario de defensa Robert S. McNamara, que en 1945 formaba parte del Estado Mayor de Curtis LeMay, coincidía con su superior cuando este comentó que, si Estados Unidos perdía la guerra, todos ellos serían juzgados como criminales de guerra y merecerían ser condenados.[75]

El odio a los japoneses estaba tan arraigado que casi nadie puso objeciones a la matanza en masa de civiles. Oppenheimer recordaría más tarde la decepción de Stimson ante la indiferencia de los norteamericanos: «Recuerdo que el señor Stimson me comentó que le parecía espantoso que nadie protestase por las incursiones aéreas contra Japón, que en el caso de Tokio causaban una pérdida de vidas extraordinariamente onerosa. No llegó a decir que no debíamos seguir con los bombardeos, pero sin duda pensaba que algo andaba mal en un país donde nadie los cuestionaba».[76] El general de brigada Bonner Fellers dijo que se trataba de «una de las matanzas de no combatientes más crueles y bárbaras de la historia».[77] Arnold tenía la sensación de que «el 90 por ciento de los norteamericanos habrían querido aniquilar a toda la población japonesa».[78]

El comité designado por el general Groves para estudiar los posibles objetivos de las bombas atómicas decidió lanzarlas sobre instalaciones militares rodeadas de barriadas de trabajadores en ciudades no bombardeadas previamente. Decidió también una primera explosión espectacular para que el mundo entero valorase las dimensiones de las nuevas armas. Cuando otro comité provisional

organizado por Stimson para estudiar diversas cuestiones relacionadas con el empleo de las bombas atómicas planteó alternativas, como, por ejemplo, una demostración, James Byrnes, representante personal del presidente en ese comité, las rechazó.

En su reunión del 31 de mayo, este comité provisional abordó también el futuro de las armas nucleares. Muchos científicos comprendían que las que se estaban fabricando en aquellos momentos no eran más que prototipos primitivos y rudimentarios de las bombas del futuro. Y ese futuro les aterraba. Oppenheimer informó a las principales figuras políticas y militares de la nación de que, transcurridos unos tres años, Estados Unidos contaría con bombas atómicas de entre diez y cien megatones, es decir, con una potencia, en teoría, siete mil veces superior a la de la bomba que pronto lanzarían en Hiroshima.[79]



ARRIBA Y EN LA PÁGINA SIGUIENTE: *La noche del 9 al 10 de marzo de 1945, el general Curtis LeMay mandó trescientos treinta y cuatro aviones a atacar Tokio con bombas incendiarias hechas con napalm, termita, fósforo blanco y otros materiales inflamables. Esos explosivos destruyeron cuarenta kilómetros cuadrados, dejaron ochenta mil muertos y casi un millón de heridos. Aquel infierno de fuego hizo que hirviera el agua de los canales, se derritiera el metal y muchas personas murieran por combustión espontánea. Las víctimas, informó LeMay, «se abrasaban, hervían y se asaban hasta morir».*





Por esos mismos días, Szilard, el premio Nobel de química Harold Urey y el astrónomo Walter Bartky intentaron entrevistarse con Truman para aconsejarle que no emplease la bomba. Los desviaron a Spartanbourg, Carolina del Sur, para hablar con Byrnes, cuya respuesta dejó estupefacto a Szilard: «El señor Byrnes no argumentó la necesidad de utilizar la bomba contra las ciudades

japonesas para ganar la guerra. Era consciente, como el resto del gobierno, de que Japón estaba derrotado [...]. En aquellos momentos, al señor Byrnes le inquietaba mucho más la influencia rusa en Europa e insistió en que, gracias a que nosotros poseíamos la bomba y la utilizaríamos, Rusia sería mucho más manejable en ese continente».[80] Groves admitió también que, en el fondo, para él, el enemigo siempre había sido la Unión Soviética: «Aproximadamente a las dos semanas de encargarme de este proyecto, dejé de hacerme ilusiones y comprendí que nuestro enemigo era Rusia y que esta idea había impulsado todo nuestro trabajo».[81] El general dejó perplejo a Joseph Rotblat cuando, mientras cenaban juntos en marzo de 1944, le dijo: «Doy por hecho que tú ya sabes que el principal objetivo de este proyecto es amansar a los rusos».*[82]* Los comentarios de Byrnes y Groves revelan sin la menor sombra de duda el significado de las palabras que el 13 de abril el primero le dirigió a Truman a propósito de la bomba atómica: «[Con la bomba] bien podríamos estar en disposición de dictar nuestras condiciones una vez termine la guerra».[83]

Mientras en Los Álamos unos científicos trabajaban febrilmente para terminar la bomba, otros empezaban a dudar de haber hecho lo correcto. En junio los empleados del Met Lab de Chicago organizaron varios comités para estudiar los diversos aspectos de la energía atómica. El que se encargaba de analizar sus consecuencias sociales y políticas, que presidía el premio Nobel James Franck, redactó un informe, muy influido por Leo Szilard, que cuestionaba la conveniencia de recurrir a la bomba atómica durante la guerra.[84][85] Este informe señalaba también que, puesto que tras la fabricación de la bomba no se ocultaba ningún principio científico secreto, la Unión Soviética pronto contaría con sus propias armas atómicas.

Szilard comprendía los peligros mejor que nadie e intentó desesperadamente evitar el uso de las bombas. Envió el informe del comité presidido por James Franck a otros laboratorios y, cuando los funcionarios militares encargados de la seguridad del proyecto lo declararon secreto y vetaron su circulación, elevó una petición de cautela al presidente:

> Las bombas atómicas que tenemos a nuestra disposición solo representan el primer paso en una nueva dirección. En el curso de su futuro desarrollo, su poder de destrucción prácticamente no tendrá límite. Por tanto, la nación que marque el precedente de usar esas fuerzas de la naturaleza recientemente liberadas con propósitos destructivos tendrá que cargar con la responsabilidad de abrir las puertas a una época de devastación de una escala inimaginable.[86]

Ciento cincuenta y cinco científicos del Met de Chicago y de la planta de uranio de Oak Ridge firmaron la petición. Oppenheimer prohibió su circulación en Los Álamos y puso al corriente al general Groves, que tomó las medidas necesarias para que no les llegase ni a Stimson ni a Truman hasta que ya fuera demasiado tarde para evitar el lanzamiento de la bomba. Los encargados de seguridad de Groves mantenían bajo estrecha vigilancia a Szilard desde el principio de la guerra. En aquellos momentos, Groves llegó al extremo de redactar una carta para el fiscal general donde llamaba a Szilard «enemigo extranjero» y pedía «su internamiento hasta el fin de la contienda». Por fortuna, Compton le convenció de que no la enviase. El general solicitó un sondeo entre los científicos y comprobó con pesar que el 83 por ciento estaban a favor de hacer una demostración de la bomba antes de utilizarla contra Japón.[87] Pero ocultó los resultados del sondeo.

Hubo otros que también intentaron evitar el uso de las bombas pero, tristemente, tuvieron tan poco éxito como Szilard. El 27 de junio, Ralph Bard, subsecretario de Marina y representante de esta en el comité provisional organizado por Stimson, escribió al secretario de Guerra un memorándum que decía: «Desde hace algunas semanas yo también tengo la firme impresión de que el Gobierno japonés quizá esté esperando una oportunidad a la que poder recurrir para rendirse». Instaba a Estados Unidos, «en tanto que gran nación humanitaria», a advertir a Japón de la próxima entrada de la Unión

Soviética en la guerra y de la fabricación de la bomba atómica y pedía una aclaración de las condiciones de rendición. Algunos historiadores opinan que, tras dejar el gobierno pocos días después, Bard se entrevistó con el presidente para insistir en esos puntos, pero los documentos existentes son ambiguos. Es evidente, sin embargo, que cuando Truman asistió a la reunión de jefes del Estado Mayor Conjunto del 18 de junio, John McCloy, el subsecretario de Guerra, le recomendó que se pusiera en contacto con los japoneses para decirles que se les permitiría «conservar a su emperador y la forma de gobierno que eligiesen» y que Estados Unidos contaba «con un arma nueva de terrible poder destructivo» que se vería obligado a emplear si no se rendían.[88]

La situación alcanzó un punto crítico cuando los dirigentes aliados se reunieron en Potsdam, barrio residencial del bombardeado Berlín. Para la fecha de lanzamiento de la primera bomba atómica quedaba menos de un mes. Truman llegó a Potsdam el 15 de julio, nervioso ante la perspectiva de su primera reunión con Churchill y Stalin. Era cada vez mayor el número de informes que confirmaban el deseo de los japoneses de poner fin a la contienda con ciertas condiciones. Las pruebas de que muchos altos cargos norteamericanos conocían las señales emitidas por Tokio son innegables. Truman había leído un cable interceptado el 18 de julio que decía: «La rendición incondicional es el único obstáculo para la paz» y que sin lugar a dudas identificó como «el telegrama del emperador japonés pidiendo la paz».[89] Forrestal habló de «pruebas del deseo japonés de acabar con la guerra», Stimson de «maniobras de los japoneses para alcanzar la paz» y Byrnes de «los sondeos de paz de los japoneses».*[90]* En su libro *The Secret Surrender* [*La rendición secreta*], publicado en 1966, Allen Dulles, a la sazón funcionario de la Office of Strategic Services [Oficina de Servicios Estratégicos] y futuro director de la CIA, recordaba: «Asistí a la conferencia de Potsdam, donde informé al secretario Stimson de lo que sabía de Tokio: que deseaban rendirse si podían conservar al emperador y la constitución como base para mantener la disciplina y el orden en Japón cuando el pueblo japonés conociera la devastadora noticia de la rendición».[91] El Pacific Strategic Intelligence Summary [Resumen de Informaciones Secretas de la Estrategia en el Pacífico] elaborado la semana de la reunión de Potsdam señalaba: «Puede decirse que hoy Japón, de forma oficial aunque no pública, reconoce su derrota. Dando por imposible el objetivo de la victoria, que llevaba deseando tanto tiempo, busca ahora un doble objetivo: a) conciliar su orgullo nacional con la derrota, y b) encontrar una forma de salvar los restos del naufragio de sus ambiciones».[92] El coronel Charles *Tick* [Tic] Bonesteel, que era comandante de la War Department Operations Division Policy Section [Sección Política de la División de Operaciones del Departamento de Guerra], recordaría: «Los pobres japoneses lanzaban señales a mansalva».[93]

El principal motivo de que Truman acudiera a Potsdam, según él mismo declaraba, era asegurarse de que los soviéticos combatirían contra Japón tal como habían prometido. Sabiendo que su entrada en la guerra asestaría el golpe definitivo, se alegró cuando Stalin le garantizó, según el propio presidente escribió en su diario el 17 de julio, que declararía la guerra a Japón «el 15 de agosto. Y será el fin de los *japos* cuando eso ocurra».[94] Al día siguiente, Truman escribió a Bess para decirle: «Ahora podremos poner fin a la guerra un año antes, ¡piensa en todos los chicos que ya no van a morir!».[95]

Al presidente le quedaba una carta por jugar, pero tenía que marcar bien los tiempos. Stimson, por su parte, era muy consciente. En la entrada del 15 de mayo de su diario escribió que la bomba constituía una herramienta diplomática de primer orden, pero que no podían probarla antes de Potsdam: «Creemos estar en disposición de probarla poco después, pero me parece espantoso hacer una apuesta tan alta en el juego de la diplomacia sin tu mejor carta en la mano».[96]

Truman había insistido en retrasar la fecha de la cumbre dos semanas con la esperanza de probar la bomba antes de las negociaciones con Stalin. Posteriormente, Oppenheimer confesó: «Estábamos sometidos a una presión increíble para hacerlo antes de la conferencia de Potsdam».[97] En opinión

de Truman, la espera mereció la pena.

El 16 de julio, mientras el presidente recorría Berlín y se preparaba para la reunión del día siguiente con Stalin, los científicos detonaron la primera bomba atómica en el desierto de Alamogordo, Nuevo México. La Prueba Trinity superó todas las expectativas. Viendo el enorme poder de la conflagración, 18,6 kilotones, y el fulgor del cielo, algunos científicos temieron que, después de todo, hubieran prendido fuego a la atmósfera. Oppenheimer diría luego que le vino a la cabeza una frase del Bhagavad Gita: «Me convertí en la muerte, destructora de mundos». Kenneth Bainbridge, director adjunto del proyecto, lo expresó de manera mucho más sencilla: «Ya somos todos unos hijos de puta».[98]

Groves cablegrafió con los primeros resultados a Stimson, que de inmediato se reunió con Truman y Byrnes. Estaban eufóricos. El 21 de julio, el general envió un informe mucho más completo y triunfal que decía: «La prueba ha superado con creces las expectativas más optimistas». Calculaba que la energía liberada por el explosivo equivalía a quince o veinte kilotones de TNT, lo cual excedía hasta tal punto la potencia de cualquier explosivo conocido que resultaba casi inconcebible. Stimson leyó el informe al presidente y al secretario de Estado. Con el informe de Groves llegó otro del general de brigada Thomas Farrell, que hablaba de «un rugido formidable, imponente y duradero que nos avisa del día del juicio».[99] Cuando Churchill lo leyó, exclamó: «Es el segundo Advenimiento. Esta vez en forma de ira».[100]

Truman, Byrnes y Groves sabían ya que contaban con un elemento capaz de acelerar la rendición japonesa con las condiciones impuestas por ellos sin recurrir a la ayuda soviética y, por consiguiente, sin hacer a la Unión Soviética las prometidas concesiones territoriales y económicas. Stimson observó: «El presidente estaba extraordinariamente animado [tras leer el informe] y no dejaba de hablarme de él. Decía que le había proporcionado una sensación de confianza completamente nueva».[101] Truman, que había permitido que Churchill y Stalin llevaran la voz cantante en las primeras sesiones de la conferencia de Potsdam, se saltó el procedimiento. Churchill describiría lo sucedido en la siguiente sesión plenaria: «Yo no daba crédito. Cuando entró en la sala tras haber leído el informe, parecía otro. Les dijo a los rusos lo que tenían que hacer y, en general, dominó toda la reunión».[102] McCloy también advirtió los efectos de la bomba en la confianza de Truman: «La “gran bomba” está desempeñando un papel en toda la conferencia. El primer ministro y el presidente se sienten más fuertes. Después de leer el informe de Groves, entraron en la reunión como niños en posesión de un gran secreto».[103]

Aunque nunca fue capaz de enfrentarse a su padre ni al jefe Pendergast ni a los niños abusones de su infancia, ahora Truman era capaz de plantarle cara al mismísimo Stalin. Si, como suele decirse, con un revólver en la mano todos los hombres miden uno noventa, el éxito de la prueba atómica convirtió al pequeño Truman en un gigante mayor que los dictadores más temibles del mundo. No obstante, sus bravatas enmascaraban una comprensión más profunda del mundo que estaba a punto de inaugurar con el empleo de la bomba atómica. En el diario escrito en Potsdam, recogió el siguiente comentario: «Hemos descubierto la bomba más terrible de la historia del mundo. Puede tratarse del fuego destructivo profetizado en la época del valle del Éufrates, después de Noé y su fabulosa arca».[104] Por desgracia, a pesar de sus presagios apocalípticos, no buscó alternativas cuando el momento de ajustar cuentas se aproximaba.

A diferencia de otras figuras importantes en el proceso de toma de decisiones —Truman, Byrnes y Groves—, Stimson tenía serias dudas sobre el uso de la bomba atómica. Se refería a ella como «lo espantoso», «lo terrible», «lo funesto», «lo horrible» y «lo diabólico». No la consideraba una simple arma, sino «un cambio revolucionario en las relaciones del hombre con el universo […] que puede incluso significar el fin de la civilización […]; podría ser un Frankenstein capaz de devorarnos».[105] En repetidas ocasiones trató de convencer a Truman y a Byrnes de que dieran garantías a los

japoneses de que podrían conservar a su emperador. Pero era inútil. En cierto momento, en Potsdam, comentó al presidente que, a ese respecto, se sentía postergado. Truman respondió a su anciano y frágil secretario de Guerra que si la situación no le gustaba, podía hacer las maletas y volverse a casa.

En Potsdam precisamente fue donde informó al general Dwight Eisenhower, comandante supremo aliado, del inminente lanzamiento de la bomba. Eisenhower se quedó conmocionado. Posteriormente describió su respuesta en una entrevista concedida a *Newsweek*: «Y entonces me dijo que la iban a lanzar contra los japoneses. Lo escuche y no dije nada. Al fin y al cabo, mi guerra en Europa había terminado y ya no dependía de mí. Pero me quedé pensando en el asunto y cada vez más abatido. Luego me pidió mi opinión y le dije que estaba en contra de la bomba por dos motivos. En primer lugar, los japoneses ya estaban dispuestos a rendirse y no era necesario golpearles con aquel espanto. En segundo lugar, odiaba la idea de que nuestro país fuera el primero en utilizar un arma de tal naturaleza».[106] Eisenhower dijo posteriormente al historiador Stephen Ambrose que manifestó su oposición a la bomba directamente a Truman y a sus más altos consejeros. Barton Bernstein, otro historiador, encuentra motivos para dudar de esas palabras, pero el general Omar Bradley apoya la versión de Ike.[107]

Ahora que la bomba había sido probada con éxito, Truman, Byrnes y Stimson ya no deseaban la entrada de la Unión Soviética en la guerra, porque en ese caso los soviéticos tendrían derecho a las concesiones prometidas por Roosevelt en Yalta. El 23 de julio, Churchill observó: «Es evidente que, en las presentes circunstancias, Estados Unidos no desea la participación de Rusia en la guerra contra Japón».[108] Byrnes admitiría: «Ni el presidente ni yo deseábamos su entrada en la guerra tras saber que la prueba había sido un éxito». A su ayudante Walter Brown le comentó que quería ganar tiempo, porque, en su opinión, tras usar la bomba atómica, Japón se rendiría y Rusia no se uniría a la matanza.[109] Para Truman y sus asesores, la forma de conseguir que la Unión Soviética no participase en la guerra era obvia: lanzar la bomba atómica. Truman lo expresó así: «Creo que los *japos* van a hincar la rodilla antes de que Rusia entre en guerra. Estoy seguro de que lo harán cuando Manhattan se eleve sobre su patria».[110]

Antes de que terminase la conferencia, Truman se acercó a Stalin para mencionarle como por casualidad que Estados Unidos había fabricado «un arma nueva de inusual potencia destructiva». Como no sabía que el servicio de inteligencia soviético mantenía informado a Stalin de todo lo relativo al proyecto Manhattan, la falta de interés de este le sorprendió y se preguntó si el dirigente soviético le habría entendido. Le había entendido mucho mejor de lo que él suponía. Stalin ya sabía que los norteamericanos tenían intención de probar la bomba. Tras el comentario de Truman, extrajo la conclusión de que lo habían hecho y de que la prueba había salido bien. Telefoneó de inmediato a Lavrenti Beria, jefe de seguridad y de la policía secreta, y le increpó por no estar al corriente de que los estadounidenses ya habían realizado la prueba. Andréi Gromiko diría luego que, al volver a su villa de veraneo, Stalin hizo hincapié en que los norteamericanos utilizarían su monopolio de la bomba atómica para dictar las condiciones de paz en Europa, pero que él no pensaba ceder al chantaje.[111] En efecto, de inmediato ordenó acelerar los preparativos para entrar en guerra y dio instrucciones a sus científicos de apresurar las investigaciones.

Truman nunca dio la orden directa de lanzar la bomba. El 25 de julio en Potsdam aprobó una directiva firmada por Marshall y Stimson para ordenar el lanzamiento de las bombas a partir del 3 de agosto y tan pronto como el tiempo lo permitiera. Sabía que existían pocas probabilidades de que la Declaración de Potsdam, que no contenía ninguna modificación significativa de las condiciones de rendición, ni ninguna advertencia sobre la bomba, ni mencionaba la entrada de los soviéticos en la guerra, fuera aceptada por Japón. Es importante señalar, no obstante, que al contrario de lo que posteriormente dijeron él y Stimson, la autorización la dieron antes, y no después, de que los

japoneses rechazasen dicha declaración. Por otra parte, el presidente no invitó a Stalin a que la firmase, aunque Stalin tenía intención de hacerlo e incluso llevaba su propio borrador. Al ver la firma de Stalin, los japoneses habrían dado por hecho que la Unión Soviética estaba a punto de entrar en la guerra. A falta de esa firma prosiguieron en su fútil esfuerzo por conseguir que los soviéticos les ayudaran a mejorar las condiciones de paz. Entretanto, el reloj seguía corriendo y quedaba poco tiempo para que la bomba estuviese preparada.



Stalin y Truman con el secretario de Estado James F. Byrnes y Viacheslav Molotov, ministro de Exteriores soviético, en la Conferencia de Potsdam en julio de 1945. Mientras se encontraban allí, Truman y sus asesores conocieron los resultados positivos de Trinity, la prueba de la bomba atómica. Equipados con la nueva arma y con la intención de negar a los soviéticos las concesiones territoriales y económicas prometidas, Truman, Byrnes y Henry Stimson, el secretario de Guerra, ya no deseaban la entrada de la Unión Soviética en la guerra del Pacífico.

El comportamiento de Truman en Potsdam reforzó a Stalin en su creencia de que Estados Unidos tenía intención de acabar con la guerra cuanto antes para poder desdecirse de sus promesas. Durante la conferencia, comentó a Truman que las tropas soviéticas estarían preparadas para atacar a mediados de agosto. Alexéi Antonov, jefe del Estado Mayor soviético, informó a sus homólogos norteamericanos de que, sin embargo, finales de mes era una fecha más probable. Stalin dio órdenes al mariscal Alexander Vasilevski de adelantar la invasión en diez o quince días.[112]

Aunque Truman siempre asumió la responsabilidad de la decisión, el general Groves, que redactó el memorándum del 25 de julio, sostenía que en realidad no fue el presidente quien tomó la decisión, que Truman se limitó a dar el visto bueno. «En lo que a mí respecta —escribiría luego—, su decisión consistió más bien en la no injerencia, es decir, decidió no poner trabas a planes ya existentes [...]. No fue tanto un decir que sí como un no decir que no». Groves describió a Truman de forma un poco jocosa; le parecía «un niño en un tobogán».[113]

Truman dejó Potsdam el 2 de agosto. Al día siguiente, el secretario Byrnes anotó en su diario: «A bordo del *Augusta*. El presidente, Leahy, JFB [James F. Byrnes] coinciden en que los *japos* quieren la paz».[114] Truman también quería la paz. Pero primero quería usar la bomba atómica.

El general Douglas MacArthur, comandante supremo de las fuerzas aliadas en el escenario del Pacífico y segundo oficial en activo de mayor graduación del Ejército norteamericano, opinaba que la bomba era «completamente innecesaria desde un punto de vista militar» y saber que el gobierno iba a utilizarla le entristeció y enfureció al mismo tiempo. La mañana del 6 de agosto, antes de que se anunciara el lanzamiento de la bomba, convocó una rueda de prensa para comunicar a los periodistas que los japoneses ya estaban vencidos y que, por su parte, pensaba en «las posibilidades de una próxima guerra que multiplique los horrores por diez mil».[115]



Paul Tibbets (en el centro, con pipa), piloto del Enola Gay*, con su tripulación.*

El 6 de agosto a las 2.45 horas de la madrugada, tres bombarderos B-29 despegaron de la isla de Tinián, en el archipiélago de las Marianas, rumbo a Japón, que se encontraba a más de dos mil kilómetros. El avión que lideraba la formación, el *Enola Gay*, transportaba una bomba de uranio, *Little Boy*, que explotó a las 8.15 de la mañana con una potencia hoy estimada en dieciséis kilotones de TNT. Los habitantes de Hiroshima —trescientos mil civiles, cuarenta y tres mil militares, cuarenta y cinco mil trabajadores esclavos coreanos y varios miles de norteamericanos de origen japonés, en su mayoría niños cuyos padres estaban recluidos en Estados Unidos— daban comienzo a su jornada. El blanco era Aoi, un puente en forma de «T» próximo al centro de la ciudad. A pesar de su puerto y de que en ella se encontraba el segundo cuartel general del ejército, Hiroshima no había sido considerada un objetivo militar prioritario en anteriores bombardeos. La bomba destruyó por completo un área de aproximadamente seis kilómetros de diámetro. Al ver desaparecer la ciudad ante sus ojos, la tripulación del *Enola Gay* se quedó horrorizada. El piloto, Paul Tibbets, que había bautizado el avión con el nombre de su madre, describió la escena que transcurría a sus pies: «El hongo gigante de color púrpura se había elevado ya hasta una altura de unos quince mil metros, cinco mil por encima de nuestra propia altitud, y seguía subiendo como un horrible ser vivo en ebullición. Más espantoso aún era mirar a tierra. Brotaban incendios por todas partes, entre una masa turbulenta de humo con aspecto de burbujas de alquitrán hirviendo».[116] En otra ocasión, reflexionó: «Si Dante hubiera ido con nosotros en aquel avión, habría sentido escalofríos. La ciudad que tan nítida había aparecido ante nuestros ojos bajo el sol pocos minutos antes se había convertido en un feo manchurrón. Había desaparecido completamente bajo aquella horrible cortina de fuego y humo». Bob Caron, el artillero de cola, comentó que era como «ver el infierno». Robert Lewis, el copiloto, anotó en el diario de vuelo: «¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?».[117]

El radio, Abe Spitzer, observó la explosión desde uno de los aviones escolta, el *Great Artiste*, y creyó que tenía alucinaciones. Suya es la descripción más gráfica y aterradora de lo que las tripulaciones vieron aquel día, y merece la pena citarla ampliamente:

> A nuestros pies, casi hasta donde abarcaba la vista, se extendía un gran incendio, un incendio como no habíamos visto nunca. Tenía una docena de colores y todos nos obligaban a cerrar los ojos. Más colores de los que yo imaginaba que existieran. Y en el centro, más brillante que cualquier otra cosa, una gigantesca bola de fuego que parecía más grande que el sol. En realidad, teníammos la impresión de que, sin saber cómo, el sol se había caído del cielo y tras tocar el suelo empezaba a ascender otra vez, directamente hacia nosotros, muy deprisa.
>
> Al mismo tiempo, esa bola se dispersaba hasta cubrir toda la ciudad. La bola estaba envuelta por todos lados, semioculta bajo una gruesa e impenetrable columna de humo blanquecino que se extendía hasta la falda de los montes que rodeaban la ciudad y estallaba y se elevaba hacia nosotros a una velocidad inconcebible.
>
> La nave volvió a dar un bandazo. Oímos explosiones; como de cañones gigantes que nos disparasen desde todas direcciones alcanzándonos.
>
> La luz púrpura cambió de color y se volvió azul verdoso con bordes amarillentos, y, por debajo de la bola de fuego,

> como un sol vuelto del revés, el humo, que parecía seguirla, avanzando hacia nosotros a una velocidad inconcebible —aunque a nosotros, al mismo tiempo, no nos lo pareciera— y alejándose de lo que quedaba de la ciudad.
>
> De repente, nos encontramos a la izquierda de la columna de humo, que continuaba elevándose hacia el cielo, hasta alcanzar una altura estimada, según supe después, de dieciocho mil metros. Parecía una especie de inmenso poste que se iba estrechando hacia el cielo y alcanzaba la estratosfera. Más tarde, los científicos nos dijeron que creían que dicha columna tenía siete u ocho kilómetros de diámetro en la base y unos dos kilómetros o algo más en su parte alta.
>
> Mientras observaba, hipnotizado por aquella visión, la columna de humo iba cambiando de color. De blanquecina pasó primero a ser marrón, luego ámbar y luego los tres colores a la vez, mezclándose en un arco iris brillante y en ebullición. Por un segundo pareció que perdería furia, pero casi de inmediato una especie de champiñón salió a borbotones de su parte alta y se elevó hasta una distancia que según algunos llegó a los veinte mil o veintidós mil metros [...]. Toda la columna hervía y borboteaba, y la parte alta del hongo estallaba en todas direcciones, como olas gigantes en una tempestad.
>
> Y entonces, de pronto, el hongo se desprendió de la columna como si lo hubieran cortado con una espada muy afilada y siguió subiendo. Hasta dónde llegó no lo sé; nadie lo supo entonces ni lo sabe ahora. No aparece en ninguna fotografía y ninguno de nuestros aparatos de medición lo registró con exactitud. Los hay que dicen que llegó hasta los veinticinco mil metros de altitud, algunos que hasta treinta mil, otros que incluso más [...]. Después, otro hongo, más pequeño, se separó de la columna a borbotones.[118]

Spitzer oyó decir a alguien: «Me pregunto si no estaremos enredando con asuntos que no son de nuestra incumbencia».[119]

En tierra, el panorama era muy distinto, y mucho más desolador que en ningún sitio en el hipocentro de la explosión, donde la temperatura superó los cinco mil grados. La bola de fuego asó a sus víctimas en una fracción de segundo convirtiéndolas «en bultos carbonizados y humeantes con los órganos internos reducidos por ebullición».[120] Decenas de miles de personas murieron instantáneamente. Se calcula que hacia finales de año habían muerto ciento cuarenta mil y en 1950, doscientas mil. Estados Unidos informó oficialmente de que solo murieron tres mil doscientos cuarenta y tres soldados japoneses. Entre las víctimas de Hiroshima había aproximadamente un millar de ciudadanos norteamericanos de origen japonés, en su mayoría de segunda generación, y veintitrés prisioneros de guerra, algunos de los cuales no fallecieron con la explosión pero luego fueron apaleados hasta la muerte por los supervivientes.



Una nube de humo en forma de hongo se eleva de Hiroshima tras el lanzamiento de la bomba atómica el 6 de agosto de 1945. En tierra el panorama era muy distinto y mucho más aterrador. En el hipocentro de la explosión, la temperatura superó los cinco mil grados y una bola de fuego asó a las víctimas en una fracción de segundo, convirtiéndolas «en bultos carbonizados y humeantes y reduciendo sus órganos internos por ebullición».

Por su parte, los supervivientes, heridos y abrasados, padecieron inmensamente. Los *hibakusha* (supervivientes de la bomba) decían que habían bajado al infierno. Las calles de Hiroshima se convirtieron en una procesión de espectros con espantosas quemaduras, con frecuencia desnudos y con la piel a tiras. Buscando ayuda desesperadamente, buscando también a sus familiares e intentando escapar de los incendios que los rodeaban, pisoteaban cadáveres que más parecían amasijos de

carbón y a los que, con frecuencia, la explosión había sorprendido andando, dando un paso. Hiroshima dejó algunos poetas que escribieron sobre la bomba atómica. El más célebre, Sankichi Toge, que murió en 1953 a los treinta y siete años, escribió un poema titulado «6 de agosto». Algunos de sus versos proclaman:

¡Cómo olvidar aquel resplandor!
En un instante, treinta mil personas desaparecieron de las calles;
los gritos de otras cincuenta mil
trituradas bajo la oscuridad [...].

Luego, pieles colgando como harapos,
manos sobre torsos,
caminando sobre sesos humanos destrozados [...].
La multitud abarrotaba la ribera y, en balsas amarradas a la orilla,
poco a poco se fue convirtiendo en cadáveres bajo un sol abrasador [...].
La deflagración se mueve [...]
sobre montones de niñas tendidas como despojos
hasta que solo Dios sabe quiénes eran [...].

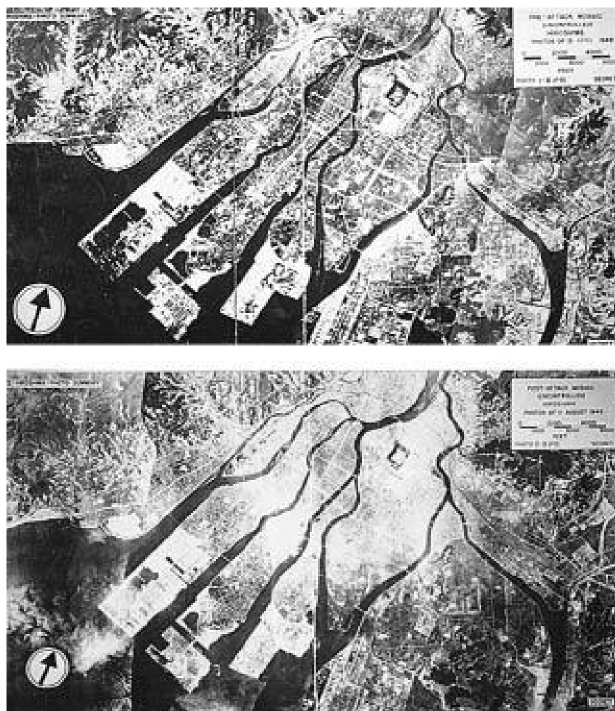
Cómo olvidar aquel silencio
que descendió sobre una ciudad de trescientos mil.
La calma.
Cómo olvidar las súplicas
de una mujer moribunda y su hijo,
que profería por la blancura de sus ojos
y taladraba los oídos y el alma.[121]



Los supervivientes, heridos y quemados, padecieron fuertes dolores. Los hibakusa *(víctimas del bombardeo atómico) decían que había sido como dar un paseo por el infierno.*

En el vuelo de regreso a Tinián, las tripulaciones guardaban silencio. Algunos se consolaban con la idea de que habían sido testigos de algo horrible que acabaría definitivamente con la guerra. El artillero de cola del *Great Artiste*, Al *Pappy* DeHart, deseó no haber visto lo que había presenciado y añadió: «No pienso contárselo a mis nietos. No lo contaré nunca. No creo que sea una de esas cosas que hay que contar a los niños. Lo que vimos no se cuenta».[122]

Truman estaba cenando a bordo del *USS Augusta*, de regreso de la conferencia de Potsdam, cuando recibió la noticia. Se puso en pie de un salto y dijo: «Es el mayor acontecimiento de la historia».[123] Poco después comentaría que el anuncio del bombardeo de Hiroshima fue la noticia «más feliz» que jamás tuvo que dar.



Fotos previa y posterior al bombardeo de Hiroshima tomadas por una unidad del Ejército norteamericano. Demuestran la magnitud de la destrucción que arrasó la ciudad.

Cuando conocieron la alegría de Truman, hubo personas que se sintieron incómodas. Un miembro del Partido Demócrata le reprendió por telegrama dos días después: «Ningún presidente de los Estados Unidos puede alegrarse por un ingenio capaz de matar a seres humanos inocentes. Por favor, deje claro que la causa de su júbilo no es la destrucción, sino el fin de la destrucción».*[124]*

Los dirigentes soviéticos distaban mucho de estar alegres. Conscientes de que la bomba no era necesaria para derrotar a una nación al borde de la muerte, llegaron a la conclusión de que el verdadero blanco del nuevo explosivo eran ellos, la Unión Soviética. Los norteamericanos, se figuraron, querían acelerar la rendición japonesa para así evitar que ellos ganaran terreno en Asia. Todavía más desconcertante era que los estadounidenses, al emplearla en Hiroshima cuando, evidentemente, no hacía ninguna falta, quisieran subrayar así que Estados Unidos no vacilaría en utilizar la bomba contra ellos si amenazaban sus intereses.

La población rusa también captó el mensaje. Alexander Werth, corresponsal de *The Sunday Times* destinado en Moscú entre 1941 y 1948, observó: «La noticia [del bombardeo de Hiroshima] causó profunda desolación. Todos comprendieron la nueva realidad de la política mundial, que la bomba constituía una amenaza para Rusia, y algunos pesimistas con los que hablé aquel día comentaban en tono sombrío que la difícil victoria sobre Alemania no tenía a partir de ese momento ningún valor».[125]

Años después, el mariscal Zhukov seguía perplejo ante la naturaleza gratuita del bombardeo, de cuya verdadera intención no tenía la menor duda. «En aquel entonces —reflexionaría—, resultaba ya evidente que el Gobierno norteamericano había recurrido al arma atómica para conseguir sus objetivos imperialistas desde una posición de fuerza en “la Guerra Fría”. Este hecho se vio corroborado ampliamente el 6 y el 8 de agosto de 1945, cuando, sin que ninguna necesidad militar lo

exigiera, los estadounidenses lanzaron las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, dos ciudades japonesas pacíficas y muy pobladas». También otros generales estaban espantados. El hijo de Andréi Gromiko, Anatoli, recuerda que su padre le dijo que Hiroshima «volvió loca a la cúpula militar soviética. En el Kremlin, el Estado Mayor General se volvió completamente neurótico, la desconfianza hacia los aliados se multiplicó rápidamente. Algunos hablaban de la necesidad de conservar un gran Ejército de tierra, de establecer controles en territorios muy amplios para disminuir las víctimas potenciales de bombardeos atómicos».[126]

Los líderes políticos, incluidos Stalin y el ministro de Exteriores Viacheslav Molotov, estaban igualmente alarmados. El físico Yuli Jariton recordaría luego que «el Gobierno soviético en su conjunto pensaba que Hiroshima fue un chantaje atómico a la Unión Soviética, la amenaza de una nueva guerra todavía más terrible y devastadora». Todos los físicos nucleares fueron convocados al Kremlin y a partir de entonces tenían que informar diariamente de sus progresos. Al cabo de unos días, Stalin puso en marcha el programa atómico soviético.[127]

Después de Hiroshima, los gobernantes japoneses instaron a los soviéticos a que respondieran cuanto antes si deseaban mediar en su nombre ante Estados Unidos o no. La respuesta fue taxativa. A primera hora del 9 de agosto, el poderoso Ejército Rojo atacó en masa a las tropas japonesas en Manchuria, Corea, Sajalín y las Kuriles y encontró muy poca resistencia.

Ese mismo día, la cúpula del Ministerio de Exteriores japonés se dirigió a la residencia del primer ministro Suzuki para darle la mala noticia. «Lo que temíamos ha sucedido», contestó Suzuki.[128]

Unas horas más tarde, antes de que Japón tuviera tiempo de reaccionar a la invasión soviética, Estados Unidos lanzó una bomba implosiva de plutonio apodada *Fat Man* sobre la ciudad de Nagasaki. La escasa visibilidad sobre el blanco inicial, Kokura, obligó al piloto, Charles Sweeney, a dirigirse al centro de Nagasaki. La bomba cayó a tres kilómetros del objetivo, en el barrio de Urakami. Estalló sobre la catedral católica más grande de Asia con una potencia de veintiún kilotones. Cuarenta mil personas murieron al instante, incluidos doscientos cincuenta soldados. A finales de 1945, habían muerto otras setenta mil, y al cabo de cinco años tal vez ciento cuarenta mil. Spitzer comentó que, junto con otros miembros de la tripulación del *Great Artiste* y tras observar la desaparición de Hiroshima, no se podía creer que hubieran borrado de la faz de la tierra otra ciudad: «No había ninguna necesidad de más misiones, más bombas, más miedo y más muertos. ¡Santo Dios, cualquier idiota se habría dado cuenta!».[129] Telford Taylor, fiscal jefe en los juicios de Núremberg, observó: «Se puede debatir la pertinencia de la bomba de Hiroshima, pero jamás he oído una explicación plausible que justifique Nagasaki». Para él, el bombardeo de Nagasaki era un crimen de guerra.[130]

El Gobierno japonés, derrotado absolutamente tras recibir noticias del ataque soviético, mantuvo una reunión de urgencia en la que se enteró de lo sucedido en Nagasaki. Pero ni la noticia de la segunda bomba atómica ni el fantasioso informe del ministro del Ejército, Korechika Anami, que aseguraba que Estados Unidos disponía de otro centenar de armas atómicas y Tokio sería su siguiente objetivo, hicieron que los japoneses se mostraran más partidarios de la rendición incondicional. La mayoría apenas veía diferencia entre que Estados Unidos barriese ciudades enteras con trescientos aviones y miles de bombas a que lo hiciera con un solo avión y una sola bomba. Que los norteamericanos podían arrasar todas las ciudades de Japón y lo harían era un hecho que no ponían en duda. Fue la invasión soviética lo que acabó por completo con los deseos de resistencia de los dirigentes japoneses. El ataque demostraba que las conversaciones diplomáticas con los soviéticos no habían servido de nada y que la estrategia *ketsu-go* de resistir una invasión estadounidense a toda costa tampoco valdría. Las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki resultaron importantes para que los japoneses contemplaran la rendición incondicional, pero no eran el factor decisivo —para algunos dirigentes japoneses, fueron, sin embargo, una conveniente excusa—. El emperador anunció

su voluntad de rendirse y aceptar la Declaración de Potsdam, pero solo si con ello no perjudicaba «las prerrogativas de Su Majestad como Monarca Soberano».[131]





Ruinas de Nagasaki. Cuarenta mil personas murieron ipso facto en el bombardeo, otras setenta mil lo habían hecho hacia finales de 1945 y ciento cuarenta mil a los cinco años. Telford Taylor, fiscal general en Núremberg, observó: «Se puede debatir la pertienencia de la bomba de Hiroshima, pero jamás he oído una explicación plausible que justifique Nagasaki».

Suzuki reconoció que no tenían elección: Japón debía rendirse de inmediato, declaró; en caso contrario, la Unión Soviética no solo ocuparía «Manchuria, Corea y Karafuto, sino también Hokkaido. Y eso destruiría los cimientos de Japón. Debemos poner fin a la guerra ahora que aún podemos llegar a un pacto con Estados Unidos».[132] En cuanto la decisión del emperador fue definitiva, los tres miembros más recalcitrantes de los Seis Grandes, que llevaban tiempo insistiendo en tres demandas adicionales —autodesarme, no a la ocupación y no a los juicios por crímenes de guerra—, dejaron de oponerse a la rendición. Con el Ejército Rojo aproximándose rápidamente a la metrópoli, el Gobierno japonés decidió rendirse a los norteamericanos, pensando que así tendría más probabilidades de conservar al emperador. Temían también que el avance del Ejército Rojo fuera la espoleta de revueltas procomunistas, como ya había sucedido en ciertas partes de Europa.

Truman y sus asesores sopesaron la oferta de rendición japonesa. Byrnes señaló que respetar el trono supondría «la crucifixión del presidente». Stimson no estaba de acuerdo: «Aunque los japoneses no hubieran planteado la cuestión —sostuvo—, teníamos que respetar al emperador [...] para conseguir la rendición de los muchos ejércitos dispersos que no acatarían ninguna otra autoridad y [...] para evitar un montón de cruentas Iwo Jimas y Okinawas». En su diario, Stimson consignó su frustración con Byrnes: «Hemos sufrido no poca y desinformada agitación contra el emperador [...] por parte de personas que no saben mas de Japón de lo que han aprendido viendo *Mikado*, el musical de Gilbert y Sullivan, y hoy me resulta curioso hasta qué punto esa obra ha calado hondo en personas muy influyentes del Departamento de Estado».[133] Prosiguieron los debates y

dieron pie a una vaga declaración de compromiso. «En consonancia con la Declaración de Potsdam —decía—, la forma definitiva de gobierno quedará establecida mediante la libre voluntad del pueblo japonés».[134]

Después de la guerra, los dirigentes japoneses atribuyeron la rendición tanto a las bombas atómicas como a la invasión soviética. Aunque fueron las autoridades de ocupación quienes llevaron a cabo las entrevistas, muchos entrevistados concedían mayor importancia a dicha invasión que a las bombas de Hiroshima y Nagasaki o a cualquier otra operación o acción de Estados Unidos. El general Torashiro Kawabe, vicecomandante del Estado Mayor, explicó:

> Fuimos conociendo la espantosa catástrofe de Hiroshima solo de manera gradual [...]. En cambio, la entrada de los soviéticos en la guerra nos conmocionó nada más producirse. A Tokio llegaban informes que hablaban de que las tropas soviéticas «nos invadían como gusanos». Nos causó, en efecto, conmoción y alarma, porque llevábamos tiempo temiéndola, con viva imaginación, y en ese momento «las muy numerosas fuerzas del Ejército Rojo de Europa se volvían contra nosotros».[135]

El almirante Toyoda era de la misma opinión: «Creo que, más que las bombas atómicas, fue la entrada de los rusos en la guerra lo que aceleró la rendición». El teniente general Sumihisa Ikeda, director de la Agencia de Planificación General de Japón, comentó: «Al saber que los soviéticos habían entrado en guerra, comprendí que ya no teníamos ninguna posibilidad». El ministro del Ejército respondió en el mismo sentido a una pregunta directa del cuartel general: «La entrada de los soviéticos en la guerra tuvo un efecto directo en la decisión de rendirse».[136] Un estudio del Departamento de Guerra norteamericano en enero de 1946 llegaba a la misma conclusión: «Poca mención se hizo [...] de la bomba atómica en las discusiones que desembocaron en la [...] decisión [...]. Es prácticamente una certidumbre que los japoneses habrían capitulado tras la incorporación de Rusia a la guerra».[137]

Convencidos, erróneamente, de que las armas atómicas habían puesto fin a la guerra, el 85 por ciento de los norteamericanos aprobaron su uso. Casi un 23 por ciento deseaba que los japoneses no se hubieran rendido tan rápidamente para que Estados Unidos pudiera haberles lanzado más bombas. Pero lo que la mayoría de la opinión pública desconocía es que buen número de integrantes de la cúpula militar consideraban que las bombas habían sido militarmente innecesarias o moralmente reprobables. El jefe del Estado Mayor de Truman, el almirante William Leahy, que era quien presidía las reuniones del Estado Mayor Conjunto, fue quien más rotundamente se opuso. Para él, la bomba y las armas químicas y bacteriológicas suponían una violación «de toda la ética cristiana y de todas las leyes de la guerra conocidas». Leahy afirmó que «los japoneses ya estaban derrotados y dispuestos a rendirse [...]. El empleo de esa arma bárbara en Hiroshima y Nagasaki no fue ninguna ayuda material en nuestra guerra contra Japón. Al ser los primeros en utilizarla, nos rebajamos a un nivel moral semejante al de los bárbaros de la Edad Media». «No me enseñaron a hacer la guerra así. No se puede ganar una guerra matando a mujeres y niños».[138] En 1949 Leahy confesó enfadado al periodista Jonathan Daniels: «Truman me dijo que habían llegado a la conclusión de que la utilizarían [...] solo contra objetivos militares. Por supuesto, siguieron adelante y mataron tantas mujeres y tantos niños como pudieron, que era lo que pretendían desde un principio».*[139]*

El general Douglas MacArthur siempre sostuvo que la guerra podría haber terminado varios meses antes si Estados Unidos hubiera modificado las condiciones de rendición. En 1960 dijo a Herbert Hoover que si Truman hubiera hecho caso al «sabio memorándum, digno de un estadista» que él, el expresidente, le envió el 30 de mayo de 1945 abogando por un cambio en las condiciones de la rendición, «podrían haberse evitado las matanzas de Hiroshima y Nagasaki y buena parte de la destrucción [...] que causaron nuestros bombarderos. Los japoneses lo habrían aceptado de buena

gana. De eso no tengo ninguna duda».[140]

El general Henry *Hap* Arnold escribió: «En todo momento tuvimos la impresión de que con bomba atómica o sin ella, los japoneses estaban a punto de derrumbarse».*[141]* Poco después de la guerra, el general Curtis LeMay argumentó lo siguiente: «Incluso sin la bomba atómica y sin la entrada de Rusia en la guerra, Japón se habría rendido en dos semanas». «La bomba atómica no tiene nada que ver con el fin de la guerra».[142] El general Carl *Tooey* Spatz, comandante de la fuerza aérea estratégica en el Pacífico, escribió en su diario dos días después del bombardeo de Nagasaki: «Cuando me hablaron por primera vez de la bomba atómica en Washington, yo comenté que no estaba a favor. De igual modo que nunca he estado a favor de destruir ciudades porque sí matando a todos sus habitantes».*[143]*

Muchos almirantes coincidían con los generales de las Fuerzas Aéreas. Ernest King, almirante en jefe de la Marina, comentó a su ayudante: «Creo que esta vez no deberíamos hacerlo. No es necesario». Y a un periodista le dijo: «A mí no me gustaba ni la bomba atómica ni nada que tuviera que ver con ella».[144] El almirante Chester Nimitz, comandante en jefe de la Flota del Pacífico, comentó en una manifestación celebrada ante el Monumento a Washington poco después de la guerra: «En realidad, los japoneses ya habían pedido la paz antes de que el mundo conociera la existencia de la bomba atómica con la destrucción de Hiroshima y Nagasaki y antes de que los rusos entraran en guerra».[145] El almirante William *Bull* [Toro] Halsey, comandante de la Flota del Sur del Pacífico, comentó al año siguiente: «La primera bomba atómica fue un experimento innecesario […]. Lanzarla fue un error […]. Mató a muchos *japos*, pero anteriormente y muchas veces, los *japos* habían sugerido a través de Rusia que querían la paz».[146]

El general de brigada Carter Clarke, encargado de preparar los resúmenes de los cables diplomáticos interceptados, comentó: «Para llevarlos a la más absoluta derrota, nos bastaron el rápido hundimiento de su flota mercante y el hambre que provocó. Y cuando no necesitábamos hacerlo y sabíamos que no necesitábamos hacerlo y ellos sabían que nosotros sabíamos que no necesitábamos hacerlo, los utilizamos para probar dos bombas atómicas».[147]

Seis de los siete generales y almirantes de cinco estrellas de Estados Unidos que recibieron su quinta estrella en la Segunda Guerra Mundial —los generales MacArthur, Eisenhower y Arnold y los almirantes Leahy, King y Nimitz— no estaban de acuerdo con que las bombas atómicas fueran necesarias para poner fin a la guerra. Por desgracia, sin embargo, apenas existen pruebas de que le manifestaran su opinión a Truman antes de los lanzamientos.

El general Groves, sin embargo, sí estaba al corriente de su opinión. Antes de Hiroshima, preparó una orden pidiendo a todos los comandantes de campo que conciliasen las declaraciones sobre la bomba atómica con el Departamento de Guerra, porque, como él mismo reconocía, no tenían ninguna intención de que MacArthur y los demás manifestaran «que la guerra podría ganarse sin la bomba».*[148]*

A finales de agosto, incluso Jimmy Byrnes admitía que no hacía falta la bomba para acabar la guerra. *The New York Times* publicó que había «citado lo que llamó "la prueba rusa", es decir, que los japoneses ya eran conscientes de su derrota antes del lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima».[149]

El Vaticano no tardó en condenar los bombardeos. *Catholic World* calificó el uso de la bomba atómica de «atroz y abominable […]. El peor golpe que jamás le hayan asestado a la civilización cristiana y a las leyes morales». John Foster Dulles, presidente del Federal Council of Churches [Consejo Federal de Iglesias] y futuro secretario de Estado del presidente Eisenhower —político de línea dura, además—, manifestó su preocupación: «Si nosotros, una nación declaradamente cristiana, nos sentimos moralmente libres de emplear la energía atómica de esa manera, los demás países pensarán que no hay ningún tipo de reparos. Considerarán que las armas atómicas son una parte

normal del arsenal de guerra y habremos creado las condiciones para la súbita y definitiva destrucción de la humanidad».[150]

Otras personalidades también condenaron los bombardeos atómicos. Robert Hutchins, rector de la Universidad de Chicago, participó en una mesa redonda organizada por su universidad titulada «La energía atómica, su significado para la humanidad», que la cadena televisiva NBC retransmitió el 12 de agosto, es decir, solo tres días después del bombardeo de Nagasaki. Declaró: «Es el tipo de arma que solo se debería utilizar, si es que se debiera utilizar alguna vez, como último recurso y en defensa propia. Ha sido lanzada en un momento en que las autoridades norteamericanas sabían que Rusia iba a participar en la guerra. Se decía, además, que Japón estaba aislado y sus ciudades habían sido arrasadas. Todo lo que sabemos apunta al hecho de que el uso de la bomba era innecesario. Por lo tanto, Estados Unidos ha perdido su prestigio moral».[151]

Norteamericanos jóvenes y valientes como Paul Fussell y sus equivalentes soviéticos y británicos derrotaron a Japón en la Segunda Guerra Mundial y muchos perdieron la vida en la empresa. Pero Truman, Stimson y otros difundieron el mito de que la bomba atómica fue la causante de la victoria aliada y de que salvó la vida a centenares de miles de soldados estadounidenses al permitir que la guerra terminase sin una invasión. En 1991 el expresidente George Herbert Walker Bush llegó al extremo de defender la decisión «dura y calculada» de Truman, porque «salvó la vida a millones de norteamericanos».[152] Los hechos, sin embargo, demuestran otra cosa. Aunque no hay duda de que las bombas atómicas contribuyeron a la rendición japonesa, no fueron en realidad más que un complemento de la estrategia que había permitido conquistar isla tras isla, de los bombardeos y el bloqueo naval y del profundo impacto sobre los japoneses de la invasión soviética del 9 de agosto, que convenció al Gobierno nipón de que aferrarse a la opción de una última batalla decisiva en territorio metropolitano no era viable. En realidad, tampoco lo era para los norteamericanos. El almirante Leahy confesó: «Desde el punto de vista de la defensa nacional, yo me veía incapaz de justificar una invasión de un país ya plenamente derrotado».*[153]*

Por otra parte, las bombas de Hiroshima y Nagasaki no lograron que la Unión Soviética se volviera más flexible. Sirvieron, simplemente, para que Stalin se convenciera de que Estados Unidos no se detendría ante nada e impondría su voluntad y de que tenía que acelerar la fabricación de su propia bomba atómica para disuadir a los agresivos norteamericanos.

Y, en lo que para muchos no es más que una cruel ironía, Estados Unidos permitió que Japón mantuviera al emperador, cuya figura, según creía la mayoría de expertos, era esencial para conservar la estabilidad social en la posguerra. Al contrario de lo que le había advertido Byrnes, además, la decisión no tuvo ninguna repercusión política para Truman.

La carrera nuclear que Leo Szilard y otros tantos se habían temido había comenzado. Truman había contribuido a que su espeluznante visión de un mundo al borde de la aniquilación se hiciera realidad. En 1947, al defender los bombardeos, Stimson abundaba en ello: «Con esta última gran acción de la Segunda Guerra Mundial obtuvimos la prueba definitiva de que la guerra es la muerte. A lo largo del siglo XX, la guerra se ha ido acercando paulatinamente cada vez más a la barbarie, a la destrucción y a la degradación en todos sus aspectos. Hoy, con la liberación de la energía atómica, la capacidad del hombre para destruirse es casi absoluta».*[154]*

Truman afirmó siempre que no sentía ningún remordimiento. Se jactaba incluso de que la decisión no le había «quitado el sueño en ningún momento».[155] Cuando el célebre periodista televisivo Edward R. Morrow le preguntó: «¿Algún remordimiento?», contestó: «Ninguno. Ninguno en absoluto».*[156]* Cuando otro entrevistador le preguntó si, desde un punto de vista moral, la decisión había resultado difícil, respondió: «¡Demonios, no! Fue tan fácil como esto», dijo, chascando los dedos.[157]



El general Douglas MacArthur con el emperador Hirohito. En lo que para muchos era una cruel ironía, Estados Unidos permitió a Japón conservar a su emperador, que para los expertos era esencial para mantener la estabilidad social en la posguerra. Pese a los augurios de James Byrnes, la decisión no tuvo ninguna consecuencia política para Truman.

Truman no conoció en persona a Oppenheimer hasta el 25 de octubre de 1945. Le preguntó en qué fecha, según su opinión, tendrían los soviéticos su propia bomba atómica. Cuando Oppenheimer admitió que no lo sabía, Truman contestó que él sí lo sabía: «Nunca», dijo. A Oppenheimer semejante demostración de ignorancia le molestó. Luego, en cierto momento, confesó: «Señor presidente, tengo la sensación de que mis manos están manchadas de sangre». Truman respondió de mal humor. «Le dije que si había sangre en mis manos, era asunto mío». Poco después, Truman le dijo a Dean Acheson: «No quiero volver a ver a ese hijo de perra en este despacho nunca más». A partir de entonces decía que Oppenheimer era «ese científico que llora como un bebé».[158]

Ante los horrores y el abundante derramamiento de sangre de la Segunda Guerra Mundial, muchos se volvieron insensibles a los sufrimientos de los demás. El físico Freeman Dyson, que llegaría a ser muy célebre, y que cuando terminó la guerra estaba a punto de ser destinado en Okinawa como parte de la Tiger Force, una flota aérea británica de trescientos bombarderos, intentó arrojar algo de luz sobre lo que en realidad ocurría:

> A mí, la prolongada matanza de japoneses indefensos me resultaba todavía más nauseabunda que la matanza de alemanes, que poseían buenas defensas. Aun así, no abandoné. Por aquel entonces llevábamos tanto tiempo en guerra que ya casi no me acordaba de cómo era la paz. Ningún poeta vivo ha encontrado palabras que describan aquel vacío del alma que me permitía seguir matando sin odio ni remordimientos. Shakespeare sí lo comprendió. Lo expresó por boca de Macbeth: «Estoy tan bañado en sangre que ya no tengo que avanzar más, pues volver me resultaría tan tedioso como seguir adelante».[159]

El sociólogo Dwight Macdonald percibía esa deshumanización ya antes de Hiroshima. Describió la transformación que se había obrado desde el «estupor, el horror y la indignación» suscitados por los ataques de los aviones de Franco que causaron centenares de muertos entre civiles españoles en 1938 hasta la perversa indiferencia ante las centenares de miles de víctimas de los bombardeos de Tokio: «Nos hemos vuelto insensibles a la masacre. Cuentan que el rey Mitrídates se volvió inmune al veneno a base de pequeñas dosis que iba incrementando cada día. Los horrores de la última década han ido aumentando gradualmente hasta que cada uno de nosotros nos hemos transformado, hasta cierto punto, en Mitrídates a nivel moral, inmunizados frente a la compasión por los demás».[160]

No todos se volvieron inmunes a la compasión. Muchos científicos del proyecto Manhattan se convirtieron en activistas antinucleares. Leo Szilard, que cambió la física por la biología y fundó el Council for a Livable World [Consejo por un Mundo Habitable], fue uno de ellos. Albert Einstein,

por ejemplo, fue presidente del Emergency Committee of Atomic Scientists en 1946 y Joseph Rotblat, que recibió el premio Nobel en 1955, emprendió una infatigable campaña por la abolición de la energía nuclear hasta que murió, a los noventa y seis años.

Hasta el primer ministro británico Winston Churchill admitió la dificultad de defender el lanzamiento de bombas atómicas. Visitó a Truman cuando este estaba a punto de dejar la presidencia. Truman había organizado una cena íntima a la que invitó a Robert Lovett, Omar Bradley, Averell Harriman y Dean Acheson. Margaret, su hija, relató más tarde la escena: «Todo el mundo estaba de muy buen humor, especialmente mi padre. De pronto, sin que nadie lo esperase, Churchill se inclinó hacia él y dijo: "Señor presidente, espero que tenga ya preparada su respuesta para ese momento en que usted y yo nos presentemos ante san Pedro y nos diga: 'Tengo entendido que ustedes dos son los responsables del lanzamiento de aquellas bombas atómicas. ¿Qué tienen ustedes que decir en su defensa?'"».[161] Pero Truman y Churchill no solo tendrían que responder por las bombas atómicas, sino también por la confrontación con la Unión Soviética a que habían encaminado a Estados Unidos y Gran Bretaña.

Quien más hizo por detener dicha confrontación, Henry Wallace, llevaba largo tiempo perdido para la historia. Pocos recuerdan que faltó poco para que se convirtiera en candidato a la vicepresidencia aquella calurosa noche de julio de 1944 en Chicago. ¿Qué habría sido de Estados Unidos si el envés de Truman hubiera heredado la presidencia de Roosevelt en abril de 1945? ¿Se habrían usado bombas atómicas en la Segunda Guerra Mundial? ¿Se podrían haber evitado la carrera nuclear y la Guerra Fría? ¿Se habrían impuesto los derechos civiles y los derechos de la mujer ya inmediatamente después de la guerra? ¿Habría terminado el colonialismo varias décadas antes? ¿Se habrían difundido los frutos de la ciencia y la tecnología más equitativamente en todo el mundo? Nunca lo sabremos.

[1] Paul Fussell, «Thank God for the Atom Bomb: Hiroshima: A Soldier's View», *The New Republic*, 26 y 29 de agosto de 1981, pp. 28-30.

[2] Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History*, Harper & Brothers, Nueva York, 1950, p. 605.

[3] Roger M. Macklis, «The Great Radium Scandal», *Scientific American*, nº 269 (1993), pp. 94-99; Spencer R. Weart, *Nuclear Fear: A History of Images*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1988, pp. 50-52.

[4] H. G. Wells, *The World Set Free*, E. P. Dutton, Nueva York, 1914, p. 152.

[5] Barton J. Bernstein, «Introducción» de *Toward a Livable World: Leo Szilard and the Crusade for Nuclear Arms Control*, Helen S. Hawkins, G. Allen Greb, and Gertrud Weiss Szilard (eds.), MIT Press, Cambridge (Massachusetts), 1987, p. XXVI.

[6] Allan M. Winkler, *Life Under a Cloud: American Anxiety About the Atom*, Oxford University Press, Nueva York, 1993, p. 36.

[7] Arthur Holly Compton, *Atomic Quest: A Personal Narrative*, Oxford University Press, Nueva York, 1956, p. 49.

[8] Jeremy Bernstein, *Hans Bethe, Prophet of Energy*, Basic Books, Nueva York, 1980, p. 73.

[9] Nuel P. Davis, *Lawrence and Oppenheimer*, Da Capo Press, Nueva York, 1986, p. 130.

[10] Compton, *Atomic Quest*, p. 128.

[11] William Lanouette y Bela Silard, *Genius in the Shadows: A Biography of Leo Szilard, the Man Behind the Bomb*, University of Chicago Press, Chicago, 1992, p. 245.

[12] Kai Bird y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer*, Vintage Books, Nueva York, 2005, p. 185.

[13] Michael S. Sherry, *The Rise of American Air Power: The Creation of Armageddon*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1987, pp. 172, 236.

[14] Henry A. Wallace, «The Price of Free World Victory», en Henry A. Wallace, *The Price of Vision: The Diary of Henry A. Wallace, 1942-1946*, John Morton Blum (ed.), Houghton Mifflin, Boston, 1973, p. 636.

[15] Anthony Cave Brown, *«C»: The Secret Life of Sir Stewart Graham Menzies*, Macmillan, Nueva York, 1987, pp. 481-484; Wallace, *The Price of Vision*, p. 385. En octubre de 1945, Wallace consignó en su diario las siguientes palabras sobre Dahl: «Es un muchacho muy simpático y le tengo en gran aprecio, pero examina los problemas desde el punto de vista de la política británica, y la política británica pretende, claramente, provocar la máxima desconfianza entre Estados Unidos y Rusia para allanar el camino de la tercera guerra mundial». Wallace, *The Price of Vision*, pp. 492-493.

[16] Culver y Hyde, *American Dreamer*, pp. 298-300; «Costa Ricans Mass to Cheer Wallace», *The New York Times*, 19 de marzo de 1943; «Wallace Sees Evil If Few Hold Riches», *The New York Times*, 20 de abril de 1943.

[17] George Gallup, «The Gallup Poll», *The Washington Post*, 19 de marzo de 1943.

[18] Edwin W. Pauley, «Why Truman Is President» (lo que Pauley le contó a Richard English). Existe una copia en Harry S. Truman Library, Papers of Harry S. Truman, White House Central Files, Confidential Files. Bajo el título de «The Pauley Conspiracy», el propio Pauley comenta: «Si hubo una conspiración, estoy orgulloso de haberla organizado».

[19] Steve Kettmann, «Politics 2000», *www.salon.com/politics2000/feature/2000/ 03/20/rice*.

[20] Robert J. Lifton y Greg Mitchell, *Hiroshima in America: A Half Century of Denial*, Avon Books, Nueva York, 1995, pp. 196-197.

[21] Harry S. Truman, *Dear Bess: The Letters from Harry to Bess Truman, 1910-1959*, Robert H. Ferrell (ed.), University of Missouri Press, Columbia, 1998, pp. 80, 83; Ronald Takaki, *Hiroshima: Why America Dropped the Atomic Bomb*, Little, Brown, Boston, 1995, pp. 109-111; Merle Miller, *Plain Speaking: An Oral Biography of Harry S. Truman*, pp. 34–35, 51. Uno de los niños vecinos de Truman, Morton Chiles, recordaba: «Solíamos llamarle mariquita. Llevaba gafas y no jugaba con nosotros. Él llevaba un libro bajo el brazo y nosotros un bate de béisbol». Cuando, años después, un niño le preguntó si era popular cuando era «pequeño», Truman contestó: «Pues no, no lo fui nunca. A los niños populares se les daban bien los deportes y tenían puños grandes y fuertes. Yo nunca fui así. Cuando me quitaba las gafas, no veía ni tres en un burro, y, la verdad, yo era un poco mariquita. Si alguna vez había riesgo de pelea, yo siempre salía corriendo».

[22] Arnold A. Offner, *Another Such Victory: President Truman and the Cold War, 1945-1953*, Stanford University Press, Stanford (California), 2002, p. 8.

[23]*Ibid*., p. 9.

[24] Arthur Sears Henning, «How Boss Rule and Roosevelt Named Truman», *The ChicagoTribune*, 25 de julio de 1944.

[25] Culver and Hyde, *American Dreamer*, p. 364.

[26] Harry S. Truman, *Memoirs of Harry S. Truman*, vol. 1, Signet/New AmericanLibrary, Nueva York, 1955, p. 21.

[27] Henry L. Stimson y McGeorge Bundy, *On Active Service in Peace and War*, Harper & Brothers, 1948, pp. 635-636.

[28] Harry S. Truman, «Why I Dropped the Bomb», *Parade*, 4 de diciembre de 1988. Bart Bernstein, que fue quien nos recomendó el artículo de Truman, nos advirtió que Margaret Truman pudo alterar las palabras exactas de su padre al editarlo.

[29] Barton J. Bernstein, «A Postwar Myth: 500,000 U.S. Lives Saved», *Bulletin of the Atomic Scientists*, junio-julio de 1986, p. 38; David M. Kennedy, *Freedom from Fear: The American People in Depression and War, 1929-1945*, Oxford University Press, Nueva York, 1999, p. 834.

[30] Henry L. Stimson, «The Decision to Use the Atomic Bomb», *Harper's Magazine*, febrero de 1947, pp. 97-107.

[31] Tsuyoshi Hasegawa, *Racing the Enemy: Stalin, Truman, and Japan's Surrender in the Pacific War*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2005, p. 37.

[32] Gar Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb and the Architecture of an American Myth*, Vintage Books, Nueva York, 1996, p. 328.

[33] Richard B. Frank, *Downfall: The End of the Imperial Japanese Empire*, Penguin, Nueva York, 1999, p. 354.

[34] «Roosevelt in North Africa: The President Interrupts Historical Conference of Anglo-American High Command to Review U.S. Troops», *Life*, 8 de febrero de 1943.

[35] Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 696.

[36] John W. Dower, *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, pp. 282-283.

[37] Hasegawa, *Racing the Enemy*, pp. 52-53.

[38] U.S. Department of Defense, *The Entry of the Soviet Union into the War Against Japan*, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1955, p. 84.

[39] John W. Dower, *Cultures of War: Pearl Harbor/Hiroshima/9-11/Iraq*, W. W. Norton, Nueva York, 2010, p. 227.

[40] Magic Diplomatic Summary SRS-1727, 13 de julio de 1945, Records of the National Security Agency, Magic Files, Box 18, RG 457, National Archives.

[41] Barton J. Bernstein, «The Perils and Politics of Surrender: Ending the War with Japan and Avoiding the Third Atomic Bomb», *Pacific Historical Review*, febrero de 1977, p. 5.

[42] «Senator Urges Terms to Japs Be Explained», *The Washington Post*, 3 de julio de 1945.

[43] «Fatal Phrase», *The Washington Post*, 11 de junio de 1945.

[44] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 20.

[45] Hasegawa, *Racing the Enemy*, pp. 72-73.

[46] Combined Chiefs of Staff, 643/3, «Estimate of the Enemy Situation (as of 6 July)», 8 de julio de 1945, RG 218, Central Decimal Files, 1943-1945, CCS 381 (6/4/45), sec. 2, parte 5.

[47] Allan Nevins, «How We Felt About the War», en *While You Were Gone: A Report on Wartime Life in the United States*, Jack Goodman (ed.), Simon & Schuster, Nueva York, 1946, p. 13.

[48] Lisle Abbott Rose, *Dubious Victory: The United States and the End of World War II*, Kent State University Press, Kent (Ohio), 1973, p. 58.

[49]49 John W. Dower, *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Pantheon, Nueva York, 1986, pp. 54, 78, 79, 85; «World Battlefronts, THE ENEMY: Perhaps He Is Human», *Time*, 5 de julio de 1943, p. 29.

[50]50 Dower, *War Without Mercy*, pp. 51–52.

[51] Truman, *Dear* Bess, p. 39.

[52] Peter Kuznick, «We Can Learn a Lot from Truman the Bigot», *Los Angeles Times*, 18 de julio de 2003; Miller, *Plain Speaking*, p. 183.

[53] Edgar Jones, «One War's Enough», *Atlantic Monthly*, febrero de 1946, p. 49.

[54] Greg Robinson, *By Order of the President: FDR and the Internment of Japanese Americans*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2001, pp. 89-90; John Morton Blum, *V Was for Victory: Politics and American Culture During World War II*, Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 1976, p. 158.

[55] Lillian Baker, *The Concentration Camp Conspiracies, A Second Pearl Harbor*, AFHA Publications, Lawndale (California), 1981, p. 156.

[56] Harry N. Scheiber, *Earl Warren and the Warren Court: The Legacy in American and Foreign Law*, Lexington Books, 2007, p.

41; Roger Daniels, Sandra C. Taylor, Harry H. L. Kitano y Leonard J. Arrington, *Japanese Americans, from Relocation to Redress*, University of Washington Press, Seattle, 1991, p. 242; «Bay City Warned Raid Peril Real», *Los Angeles Times*, 10 de diciembre de 1941; Lawrence E. Davies, «Carrier Is Hunted off San Francisco», *The New York Times*, 10 de diciembre de 1941.

[57] Kennedy, *Freedom from Fear*, pp. 749-751.

[58] Robert Asahina, *Just Americans: How Japanese Americans Won a War at Home and Abroad*, Gotham, Nueva York, 2006, p. 20.

[59] «Epilogue to a Sorry Drama», *Life*, 28 de abril de 1967, p. 6; Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 753.

[60] John Howard, *Concentration Camps on the Home Front: Japanese Americans in the House of Jim Crow*, University of Chicago Press, Chicago, 2008, p. 120; Dower, *War Without* Mercy, p. 82.

[61] Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 751.

[62] Eddie Yamaoka, «Sport Tidbits», *Heart Mountain Sentinel*, 7 de julio de 1945.

[63] Susan Lynn Smith, «Women Health Workers and the Color Line in the Japanese American "Relocation Centers" of World War II», *Bulletin of the History of Medicine*, nº 73 (invierno de 1999), pp. 585-586.

[64] Linda Gordon and Gary Y. Okihiro, *Impounded: Dorothea Lange and the Censored Images of Japanese American Internment*, W. W. Norton, 2008, pp. 19-20.

[65] Asahina, *Just Americans*, pp. 43, 161-193.

[66] «A Jap's a Jap», *The Washington Post*, 15 de abril de 1943.

[67] Blum, *Victory*, pp. 163, 166; Charles McClain, *The Mass Internment of Japanese Americans and the Quest for Legal Redress*, Taylor & Francis, 1994, p. 189.

[68]*Hirabayashi v. United States*, 320 U. S. 81, 1943, *http://supreme.justia.com/us/ 320/81/case.html*.

[69] J. Burton, M. Farrell, F. Lord y R. Lord, «Closing the Relocation Centers», *www.nps.gov/history/history/online_books/anthropology74/ce3o.htm*.

[70] Michi Nishiura Weglyn, *Years of Infamy: The Untold Story of America's Concentration Camps*, University of Washington Press, Seattle, 1996, pp. 268, 281-282.

[71] Dower, *War Without Mercy*, p. 39.

[72] Greg Mitchell, «On the Death of "Hiroshima Bomb" Pilot Paul Tibbets», *Editor and Publisher*, 1 de noviembre de 2007, *http://editorandpublisher.com/Article/UP DATE-Onthe-Death-of-Hiroshima-Bomb-Pilot-Paul-Tibbets*. Para un estudio en mayor profundidad de Tibbets, *véase* Peter J. Kuznick, «Defending the Indefensible: A Meditation on the Life of Hiroshima Pilot Paul Tibbets, Jr.», *The Asia Pacific Journal: Japan Focus*, 22 de enero de 2008, *http://japanfocus.org/-Peter_ J_-Kuznick/2642*.

[73] Yuki Tanaka y Marilyn B. Young, *Bombing Civilians: A Twentieth-Century History*, New Press, 2009, pp. 5, 84-85, 117.

[74] Lifton y Mitchell, *Hiroshima in America*, p. 133; Sherry, *The Rise of American Air Power*, p. 295.

[75] Robert S. McNamara, «We Need International Rules for War», *The Gazette*, Montreal, Quebec, 9 de agosto de 2003.

[76] Bird y Sherwin, *American Prometheus*, p. 291.

[77] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 352.

[78] Ronald Schaffer, *Wings of Judgment: American Bombing in World War II*, Oxford University Press, 1985, p. 154.

[79] Sherwin, *A World Destroyed*, p. 298.

[80] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic* Bomb, p. 147.

[81] Sherwin, *A World Destroyed*, p. 62.

[82] Bird and Sherwin, *American Prometheus*, p. 284.

[83] Truman, *Memoirs by Harry S. Truman: 1945*, p. 104.

[84] Advertía que un ataque sorpresa sobre Japón no sólo acabaría con la postura moral de Estados Unidos, sino que también incitaría a Rusia a iniciar la carrera armamentística nuclear buscando así la destrucción mutua total.

[85] Para el informe completo, *véase* el apéndice de Alice Kimball Smith, *A Peril and A Hope: The Scientists' Movement in America: 1945-47*, University of Chicago Press, Chicago, 1965, pp. 560-572.

[86] Lanouette with Silard, *Genius in the Shadows*, p. 273.

[87]*Ibid*., pp. 527–528, nota 42. El 72 por ciento de los encuestados estaban a favor de una demostración antes de usarla y el 11 a favor de la demostración y de no lanzarla después.

[88] Bird and Sherwin, *American Prometheus*, p. 300.

[89] Sherwin, *A World Destroyed*, p. 235; Harry S. Truman, *Off the Record: The Private Papers of Harry S. Truman*, Robert H. Ferrell (ed.), Harper & Row, Nueva York, 1980, p. 53.

[90] Hasegawa, *Racing the Enemy*, pp. 133-134.

[91] Allen Dulles, *The Secret Surrender*, Harper & Row, Nueva York, 1966, pp. 255-256.

[92] «Russo-Japanese Relations (13–20 July 1945)», Publication of Pacific Strategic Intelligence Section, Commander-in-Chief United States Fleet and Chief of Naval Operations, 21 de julio de 1945, SRH-085, Record Group 457, Modern Military Branch, National Archives.

[93] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 27.

[94] Truman, *Off the Record*, p. 53.

[95] Truman, *Dear Bess*, p. 519.

[96] Henry L. Stimson, diario, 15 de mayo de 1945, Sterling Memorial Library, Yale University.

[97] Bird y Sherwin, *American Prometheus*, p. 304.

[98]*Ibid*., p. 309.

[99] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, pp. 250-251.

[100] Stimson, diario, 21 de julio de 1945.

[101] Ídem.

[102] Stimson, diario, 22 de julio de 1945.
[103] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 259.
[104] Truman, *Off the Record*, p. 55.
[105] Stimson, diario, 31 de mayo de 1945.
[106] «Ike on Ike», *Newsweek*, 11 de noviembre de 1963, p. 107.
[107] Barton J. Bernstein, «Ike and Hiroshima: Did He Oppose It?», *Journal of Strategic Studies*, 10 de septiembre de 1987, pp. 377-389.
[108] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 271.
[109] Robert L. Messer, *The End of an Alliance: James F. Byrnes, Roosevelt, Truman and the Origins of the Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982, p. 105.
[110] Truman, *Off the Record*, p. 54.
[111] Andréi Gromiko, *Memoirs*, Doubleday, Nueva York, 1989, p. 110. [*Memorias*, trad. de Pedro Barbadillo, Aguilar, Madrid, 1989].
[112] Hasegawa, *Racing the Enemy*, p. 177.
[113] Fletcher Knebel y Charles W. Bailey, «The Fight over the Atom Bomb», *Look*, 13 de agosto de 1963, p. 20. Aunque Groves negó ante Truman haberlo dicho: *véase* Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 780, nota 39.
[114] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 415.
[115] Dorris Clayton James, *The Years of MacArthur: 1941-1945*, vol. 2, Houghton Mifflin, Boston, 1975, p. 774.
[116] Richard Goldstein, «Paul W. Tibbets Jr., Pilot of Enola Gay, Dies at 92», *The New York Times*, 2 de noviembre de 2007.
[117] Kuznick, «Defending the Indefensible».
[118] Merle Miller y Abe Spitzer, *We Dropped the A-Bomb*, Thomas Y. Crowell, Nueva York, 1946, pp. 42-45.
[119]*Ibid*., p. 45.
[120] Hasegawa, *Racing the Enemy*, pp. 179-180.
[121] Robert Jay Lifton, *Death in Life: Survivors of Hiroshima*, Random House, Nueva York, 1967, pp. 441-442.
[122] Miller y Spitzer, *We Dropped the A-Bomb*, p. 47. Para una discusión más extensa con los miembros de la tripulación y su reacción ante los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki *véase* Kuznick, «Defending the Indefensible».
[123] Truman, *Memoirs by Harry S. Truman: 1945*, p. 465.
[124] Lifton y Mitchell, *Hiroshima in America*, pp. 169-170.
[125] David Holloway, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy 1939–1956*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1994, p. 127.
[126] Georgui Konstantinovich Zhukov, *The Memoirs of Marshal Zhukov*, Delacorte Press, Nueva York, 1971, pp. 674-675; Vladislav M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007, p. 27, 354, notas 120 y 121.
[127] Ralph B. Levering, Vladimir O. Pechatnov, Verena Botzenhart-Viehe y C. Earl Edmondson, *Debating the Origins of the Cold War: American and Russian Perspectives*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2001, p. 105; Zubok, 354 (notas 120 y 121).
[128] Hasegawa, *Racing the Enemy*, p. 197.
[129] Miller y Spitzer, *We Dropped the A-Bomb*, pp. 57-59.
[130] Lifton y Mitchell, *Hiroshima in America*, p. 162.
[131] Sherwin, *A World Destroyed*, p. 237.
[132] Hasegawa, *Racing the Enemy*, p. 237.
[133] Stimson, diario, 10 de agosto de 1945.
[134] Dower, *Cultures of War*, p. 239.
[135] Tsuyoshi Hasegawa, «The Atomic Bombs and the Soviet Invasion: What Drove Japan's Decision to Surrender?», *The Asia-Pacific Journal: Japan Focus, www.japan focus.org/-Tsuyoshi-Hasegawa/2501*.
[136]*Ibid*.
[137] Memorandum for Chief, Strategic Policy Section, S&P Group, Operations Division, War Department General Staff, from Ennis, Subject: Use of Atomic Bomb on Japan, April 30, 1946, «ABC 471.6 Atom (17 August 1945), Sec. 7», Entry 421, RG 165, National Archives.
[138] William D. Leahy, *I Was There: The Personal Story of the Chief of Staff to Presidents Roosevelt and Truman Based on His Notes and Diaries Made at the Time*, Whittlesey House, Nueva York, 1950, p. 441.
[139] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 326.
[140] Douglas MacArthur, memorandum to Herbert Hoover, December 2, 1960, Herbert Hoover Presidential Library, Post-Presidential Papers, Individual File Series, Box 129 G, Douglas MacArthur 1953-1964, folder [3212 (3)]. La insistencia de Mac Arthur en este punto nunca disminuyó. Tras un largo paseo con él en mayo de 1946, Hoover escribió en su diario: «Le hablé a MacArthur en mi memorándum a Truman de mediados de mayo de 1945 de que podíamos obtener la paz de Japón y así lograr nuestros principales objetivos. MacArthur me dijo que eso era correcto y que habríamos evitado todas las bajas, la bomba atómica y la entrada de Rusia en Manchuria». Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, pp. 350-351.
[141] H. H. Arnold, *Global Mission*, Harper & Brothers, Nueva York, 1949, p. 598.
[142] «Giles Would Rule Japan a Century», *The New York Times*, 21 de septiembre de 1945; Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic* Bomb, p. 336.
[143] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 343.
[144]*Ibid*., p. 329.
[145] Sidney Shalett, «Nimitz Receives All-Out Welcome from Washington», *The New York Times*, 6 de octubre de 1945.
[146] Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 331. Al testificar al ante el Congreso en 1949, Halsey dijo: «Creo que

los bombardeos sobre civiles, y en especial el atómico, son moralmente indefendibles». Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, p. 720, nota 52.

[147]*Ibid*., p. 359.

[148] Lifton y Mitchell, *Hiroshima in America*, p. 11.

[149] «Japan Beaten Before Atom Bomb, Byrnes Says, Citing Peace Bids», *The New York Times*, 30 de agosto de 1945.

[150] «Oxnam, Dulles Ask Halt in Bomb Use», *The New York Times*, 10 de agosto de 1945.

[151] Gerald Wendt y Donald Porter Geddes (eds.), *The Atomic Age Opens*, Pocket Books, Nueva York, 1945, p. 207.

[152] Sadao Asada, «The Mushroom Cloud and National Psyches», en *Living with the Bomb*, Laura Hein y Mark Selden (eds.), M. E. Sharpe, Armonk (Nueva York), 1997, p. 182.

[153] Leahy, *I Was There*, pp. 384-385.

[154] Stimson, «The Decision», p. 107.

[155] Asada, «The Mushroom Cloud and National Psyches», p. 179.

[156] Wayne Phillips, «Truman Disputes Eisenhower on ’48», *The New York Times*, 3 de febrero de 1958.

[157] John Toland, *The Rising Sun: The Decline and Fall of the Japanese Empire, 1936–1945*, Random House, Nueva York, 1970, p. 766 nota.

[158] Bird y Sherwin, *American Prometheus*, p. 332.

[159] Freeman J. Dyson, *Weapons and Hope*, Harper & Row, Nueva York, 1985, p. 121.

[160] Dwight McDonald, *Memoirs of a Revolutionist: Essays in Political Criticism*, Farrar, Straus, and Cudahy, Nueva York, 1957, p. 97.

[161] Margaret Truman, *Harry S. Truman*, William Morrow, Nueva York, 1973, p. 555.

«Es muy probable que dentro de un siglo a todos los hombres y mujeres del mundo la Guerra Fría les resulte tan oscura e incomprensible como hoy nos resulta a nosotros la Guerra de los Treinta Años, aquel conflicto terrible que devastó gran parte de Europa no hace tanto tiempo. Al estudiar el siglo XX —observó muy sabiamente Arthur Schlesinger, Jr.—, es muy posible que nuestros descendientes se queden perplejos ante la desproporción entre las causas de la Guerra Fría, que bien podrían parecer triviales, y sus consecuencias, que habrían podido desembocar en el fin de la historia».[1] ¿Tuvo que librarse la Guerra Fría como se libró cuando las armas nucleares de norteamericanos y soviéticos amenazaban con la destrucción mutua de ambos y con acabar con el resto de la humanidad a modo de daño colateral? ¿Se pudo evitar? ¿Había estadistas capaces de ofrecer un punto de vista radicalmente distinto del mundo de posguerra, una visión basada en una competencia pacífica y amistosa que mejoraría al conjunto de la humanidad?

En principio, la Guerra Fría estalló por el choque entre dos concepciones diametralmente opuestas del papel de Estados Unidos en el mundo: la perspectiva hegemónica de Henry Luce, que imaginaba el siglo XX como «el siglo americano»; y la visión utópica de Henry Wallace, que soñaba con que el XX fuera «el siglo del hombre corriente». Era mucho lo que había en juego.

El 2 de septiembre de 1945, la Segunda Guerra Mundial terminó de forma oficial. Aunque en todo el mundo los norteamericanos celebraron la noticia con júbilo, sobre la nación pendía una extraña sensación de amenaza: todos temían que el futuro fuera un reflejo de las abrasadas ruinas de Hiroshima y Nagasaki. El 12 de agosto, Edward R. Murrow, célebre presentador de noticias de la cadena CBS, observó: «Muy raramente, si es que ha llegado a ocurrir alguna vez, ha terminado una guerra dejando en los vencedores semejante sensación de incertidumbre y miedo, al comprender que les aguarda un futuro sombrío y que la supervivencia no está asegurada». Los comentarios de la opinión pública estaban trufados de presagios apocalípticos. Entre los norteamericanos cundía eso que el historiador Paul Boyer llamó «miedo primario a la extinción».[2] Al *St. Louis Post-Dispatch* le inquietaba que la ciencia pudiera haber firmado «la sentencia de muerte del planeta de los mamíferos». John Campbell, director de la revista *Astounding Science Fiction*, admitió que llevaba quince años contemplando esa posibilidad y añadió: «Francamente, tengo miedo». La bomba atómica no era solo un nuevo explosivo, además, tenía «el poder de destruir a la especie humana».[3] *The New York Times* se lamentó de que ahora los seres humanos pudieran «destruirse a sí mismos y, tal vez, convertir el planeta en una nube de polvo».[4] *The Washington Post* se quejaba de que la expectativa de vida de la especie humana hubiera «menguado de forma inconmensurable en el curso de dos breves semanas».[5]

El fin de la guerra dejó gran parte de Europa y de Asia reducidas a cenizas. Habían muerto setenta millones de personas, dos terceras partes de ellas, civiles. El número de víctimas soviéticas no tenía parangón, las tropas alemanas en retirada habían destruido todo a su paso. Años más tarde, el presidente John F. Kennedy dijo: «En la historia de la guerra, ninguna nación ha sufrido tanto como la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. Al menos veinte millones de rusos perdieron la vida. Muchos más perdieron a su familia y sus casas fueron quemadas o saqueadas. Una tercera parte del territorio soviético, incluidos dos tercios de su base industrial, se convirtió en un erial; una pérdida equivalente a la destrucción de todo este país al este de Chicago».[6]

Solo Estados Unidos escapó a la devastación. La economía norteamericana estaba en estado de ebullición. Las exportaciones y el PIB duplicaban o más los niveles previos a la guerra. La producción industrial se disparó durante el conflicto a un ritmo récord: el 15 por ciento anual.

Estados Unidos poseía dos terceras partes de las reservas de oro del mundo y concentraba tres cuartas partes de las inversiones de capital. Producía un fabuloso 50 por ciento de los productos y servicios del planeta. Pero los empresarios y políticos estaban preocupados: el fin de la contienda y de los gastos bélicos auguraban un regreso a las condiciones previas a la guerra, a la Depresión. Temían particularmente las consecuencias de que Europa se decantara por esferas de actividad económica cerradas a la inversión y el comercio norteamericanos.

Con Franklin Roosevelt al timón, Estados Unidos se había situado hábilmente entre Gran Bretaña y la Unión Soviética. La mayoría de los norteamericanos observaba con recelo el imperialismo británico y desaprobaba las represivas políticas británicas en Grecia y la India, y en todas partes. Muchos desconfiaban también del socialismo soviético y censuraban la política de mano dura en Europa del Este. Al terminar la guerra, Estados Unidos concedió a Gran Bretaña un crédito de tres mil setecientos cincuenta millones de dólares para rescatar al imperio británico, que obtendría así acceso a los bienes y al capital estadounidenses. Canceló asimismo la deuda contraída por Gran Bretaña con la Ley de Préstamo y Arriendo. Pero la Unión Soviética estaba decepcionada. No le habrían dispensado el mismo trato aunque Estados Unidos hubiera dejado caer la posibilidad de un gran crédito en las conversaciones previas al final de la guerra. Harry Truman, por desgracia, no poseía la destreza de Roosevelt para trazar un rumbo independiente y se desvió cada vez más hacia el modo de hacer británico haciendo caso omiso de las necesidades soviéticas en una época de máxima fuerza para Estados Unidos y relativa debilidad para la URSS.







Ruinas de Londres, Varsovia y Kiev. El final de la Segunda Guerra Mundial dejó gran parte de Europa y Asia destrozadas y un número de víctimas superior quizá a los setenta millones, un 60 por ciento de ellas no combatientes.

A mediados de septiembre de 1945, el secretario de Estado James Byrnes viajó a Londres para entrevistarse con Viacheslav Molotov y otros ministros de Exteriores. Antes de partir, dejó clara su

intención de aprovechar el monopolio atómico para obligar a los soviéticos a plegarse a las exigencias norteamericanas. Pero cuando insistía en que los soviéticos dieran pie a una política aperturista en Europa Oriental, Molotov señaló que, en Italia, Grecia y Japón, Estados Unidos llevaba a cabo un programa exclusivista. Cansado de la belicosidad del secretario de Estado, Molotov le preguntó finalmente si llevaba escondida una bomba atómica en el bolsillo del abrigo, a lo cual Byrnes respondió: «No conoce usted bien a los sureños. Llevamos, en efecto, nuestra artillería en el bolsillo. O se deja de evasivas [...], o saco una bomba atómica del bolsillo y se la tiro».[7]

La diplomacia «atómica» de Estados Unidos en esta primera interacción fracasó rotundamente y no obtuvo los resultados deseados. El secretario de Guerra, Henry Stimson, puso objeciones a la tosca táctica de la intimidación. En un memorándum de septiembre, advirtió a Truman de que amenazando a los soviéticos con armas atómicas solo conseguiría que el tiro le saliera por la culata. Hacerlo serviría únicamente, dijo, para que la Unión Soviética hiciera aún mayores esfuerzos por reunir su propio arsenal atómico:

> Nuestras satisfactorias relaciones con Rusia no solo guardan relación con [...] el problema de la bomba atómica, sino que están prácticamente dominadas por él [...]. Si hacemos ostentación de esta arma sin pensar con la cabeza, sus suspicacias y su desconfianza en nuestros propósitos y motivos aumentarán [...]. La mayor lección que he aprendido en mi ya larga vida es que la única manera de que un hombre sea fiable es confiar en él; y la manera más segura para que no lo sea es desconfiar de él y darle muestras de ello.[8]

Stimson apeló audazmente a la interrupción del programa atómico si Gran Bretaña y la Unión Soviética accedían a interrumpir el suyo y las tres potencias incautaban las armas atómicas que Estados Unidos ya había fabricado. Truman dedicó la reunión del gabinete del 21 de septiembre a la petición urgente de Stimson de reforzar los lazos de amistad con la Unión Soviética antes de que esta contase con su propia bomba atómica. Aquella reunión, que tuvo lugar el día del septuagésimo octavo cumpleaños de Stimson, sería la última para el estadista, que se jubilaba. El gabinete se dividió marcadamente en dos mitades: los que estaban a favor de la propuesta de Stimson, con el secretario de Comercio Henry Wallace a la cabeza, y los que estaban en contra, encabezados por el secretario de Marina, James Forrestal. Forrestal desempeñaría un papel crucial en el recrudecimiento de la política norteamericana con la Unión Soviética. Había ganado una fortuna en Wall Street y estaba casado con una corista de Broadway. Tiempo después, en 1939 se incorporó a la Casa Blanca. Como otros muchos financieros de Wall Street, sentía una honda desconfianza por la Unión Soviética. Filtró a la prensa un relato inventado de las conversaciones del gabinete. Al día siguiente, *The New York Times* publicó que Wallace se proponía compartir «el secreto de la bomba atómica» con la URSS.[9] Aunque Truman desmintió de inmediato tan flagrante falsedad y zanjó el asunto de un plumazo, Wallace supo a partir de entonces lo que le esperaba.

Asistió a una convención sobre energía atómica en la Universidad de Chicago y comprendió lo que en verdad estaba en juego mejor que Truman y otros funcionarios de la administración. Los técnicos coincidían en que todo el secreto de las investigaciones atómicas se había esfumado después del lanzamiento de la bomba de Hiroshima. Sabían también que, como el comité dirigido por James Franck había advertido ya en junio, la Unión Soviética no tardaría en desarrollar su propio arsenal. Los científicos empezaban a aceptar el hecho de que la generación de armas atómicas conocidas palidecía ante la que pronto aparecería. Por tanto, concluían, era esencial y urgente dar los pasos necesarios para frenar la carrera armamentística. Wallace declaró ante los asistentes a la convención: «Más pronto o más tarde, cualquier nación que viole la ley moral internacional tiene problemas. Ya les ha sucedido a los británicos con los pueblos de sus colonias y Estados Unidos corre el riesgo de que le suceda lo mismo con la bomba atómica». Trasladó el mismo mensaje a los demás miembros

del gabinete.[10]

Pocos días después, recibió una carta del físico Arthur Holly Compton, que le alertaba de los ominosos progresos de los laboratorios de fabricación de armas. «Existe la posibilidad razonable —decía la carta— de que el esfuerzo técnico y científico concentrado, comparable al realizado para desarrollar la bomba actual, nos lleve finalmente a dar con una superbomba» de escalofriante poder destructivo. Compton también se hacía eco de una opinión generalizada entre los miembros del panel científico del Interim Comittee de Stimson. «En nuestra opinión —decía—, [la fabricación de esa superbomba] no debería llevarse a cabo [...]; preferimos una derrota a una victoria obtenida a costa de la inmensa catástrofe humana que causaría su [...] uso». Luego Compton ofrecía cifras esclarecedoras sobre la potencia de la futura bomba: «una bomba atómica destruye por completo un área de doce kilómetros cuadrados; mil bombas atómicas, en una futura guerra, destruirían doce mil kilómetros cuadrados. Pues bien, mil superbombas destruirían alrededor de tres millones de kilómetros cuadrados. Área continental de Estados Unidos: diez millones de kilómetros cuadrados». Le preocupaba que «a la base teórica de la superbomba han llegado espontáneamente cuatro personas distintas de este proyecto, que me han trasladado la idea independientemente, sin saber que las demás la estaban desarrollando también. Eso significa que lo mismo puede ocurrir en todas las naciones inmersas en la misma búsqueda. Si nosotros podemos desarrollar la superbomba, otras grandes potencias también pueden hacerlo». Tanto Wallace como Compton tenían la sensación de que únicamente alguna forma de gobierno mundial podría abordar un reto semejante.[11]

Wallace cargó por la retaguardia contra las poderosas fuerzas que estaban llevando al país a una guerra con la Unión Soviética. Por lo demás, cada día estaba más aislado, porque Truman echó del gabinete a los pocos defensores del New Deal que aún quedaban. Stimson ya no era secretario de Guerra y, como advirtieron los servicios de inteligencia soviéticos, el sesgo a la derecha de los asesores de política exterior y economía de Truman era innegable.

Wallace, incansable, convencido de su postura, se reunió con Truman el 15 de octubre y le insistió en que suavizara el tono con la Unión Soviética. Le entregó un informe, elaborado por él, titulado «El significado de la era atómica». Truman lo leyó con atención en su presencia. Decía: «Cuando muchos países cuenten con bombas atómicas, la más mínima chispa prenderá una conflagración que puede destruir a la humanidad. Es hora de que demos los pasos necesarios para suprimir todas las armas ofensivas, pongamos en común los aspectos positivos de la energía atómica y adoptemos un principio de tutela internacional en ciertas zonas del mundo». Truman se mostró completamente de acuerdo. Y le dijo a Wallace: «Es justo lo que llevo tanto tiempo queriendo decir». Señaló asimismo, con no poca generosidad, que «Stalin era un buen hombre que quería hacer lo correcto». Hasta coincidía con Wallace en que «el propósito de Gran Bretaña era promover la ruptura definitiva» entre Rusia y Estados Unidos.[12] Los esfuerzos de Wallace dieron sus frutos. En el otoño de 1945, Truman manifestó en rueda de prensa: «Nuestros intereses no chocan con los de Rusia. Nunca lo han hecho. Siempre hemos sido países amigos y espero que siempre lo seamos».[13]

Con el problema nuclear pendiendo, amenazante, sobre sus cabezas, un grupo de científicos viajó a Washington para abogar por el control internacional de la energía atómica y que no quedara supeditado a los militares. Wallace los apoyó ante el Special Committee on Atomic Energy [Comité Especial de Energía Atómica] del Senado. La propuesta de ley de May-Johnson, que defendía la supervisión militar en tiempo de paz de las investigaciones sobre energía nuclear, sería «la disposición más antidemocrática y territorial» que se hubiera «presentado nunca en el Congreso en forma de medida legislativa de calado».[14] La aprobación de tal ley amenazaría con entregar al pueblo norteamericano al «fascismo del ejército».[15] Wallace insistió posteriormente al presidente para que retirase el control de las armas atómicas estadounidenses a Leslie Groves y para que a partir de entonces para utilizarlas hiciera falta la autorización del propio presidente, del secretario de

Estado, del secretario de Guerra y del secretario de Marina. Temía que, con el arsenal nuclear en sus manos, el general, enemigo declarado de la Unión Soviética, pudiera ordenar un ataque atómico por su cuenta.

Y no era un temor tan descabellado como podría parecer. A principios de 1945, Groves defendió abiertamente un ataque preventivo contra los soviéticos. En su opinión, Estados Unidos tenía dos opciones. En primer lugar podía llegar a un acuerdo rápido con la Unión Soviética para garantizar que ninguna de las dos naciones recurriese a la bomba atómica bajo ninguna circunstancia. Pero tal acuerdo, sostenía, conllevaría necesariamente «la renuncia a todo derecho de privacidad en el hogar, en los laboratorios y en las factorías del mundo entero, incluido Estados Unidos». Si no se alcanzaba tal acuerdo, sin embargo, Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética contarían con bombas atómicas. En tal caso, argumentaba el general, Estados Unidos debería conservar siempre «una absoluta supremacía en número, tamaño, potencia, eficacia y facultad de uso inmediato ofensivo y defensivo de las armas atómicas». Debería contar también con un «servicio de inteligencia global» que en todo momento le mantuviera informado «de cualesquiera actividades de otras naciones en el terreno atómico y de sus intenciones militares». Pero esta era la mejor receta para la carrera atómica. Aunque el general opinaba que «el mundo podría [...] sobrevivir mucho tiempo a esa carrera». Por todo lo dicho, concluía Groves, Estados Unidos no debería permitir que otro rival potencial fabricase o poseyese bombas atómicas. «Si dicho país empezase a fabricarlas, acabaríamos con sus medios de elaboración antes de que hubiera progresado lo bastante para suponer una amenaza».[16]

En sus esfuerzos para conseguir un control internacional de la energía atómica a escala mundial y para que, dentro de Estados Unidos, los militares cedieran ese control a los civiles, Wallace fue siempre el más fiel aliado de la comunidad científica en el seno de la administración. Oppenheimer lo visitó en octubre para transmitirle la inquietud de dicha comunidad por la creciente tensión con la Unión Soviética y ante el hecho de que Byrnes utilizase «la bomba a modo de pistola para conseguir lo que se proponía en el terreno de la diplomacia internacional». Sabía que los rusos responderían rápidamente, fabricando su propia bomba, y repitió las lamentaciones de sus colegas científicos: «Ya solo están atentos a su corazón. Les desborda el sentimentalismo [...]. Ahora solo piensan en las consecuencias sociales y económicas de la bomba». A Wallace le conmovió ver a Oppenheimer tan agitado: «En mi vida he visto a un hombre en semejante estado de nervios. Era como si pensase que la destrucción de la especie humana era cuestión de días». Wallace compartía las preocupaciones del científico por la precaria naturaleza de la situación internacional y le animó a hablar directamente con Truman. Inquieto tras el encuentro con Oppenheimer, comentó: «El sentimiento de culpa de los científicos que inventaron la bomba atómica es de las cosas que más me han impresionado en mi vida».[17]

Oppenheimer siguió el consejo de Wallace y se entrevistó con Truman seis días después. La conversación no pudo discurrir peor. El presidente hizo hincapié en la importancia de aprobar la nueva ley de energía atómica; Oppenheimer insistió en el control internacional de esa energía. La reunión acabó en desastre cuando Oppenheimer confesó sus sentimientos de culpa por haber fabricado la bomba.

Wallace perseveró en sus esfuerzos por mitigar la influencia de los consejeros más conservadores de Truman, que preferían una confrontación con la Unión Soviética a mantener la alianza surgida en la guerra. Veían una intención maligna en cualquier medida tomada por los soviéticos. Wallace pidió a Truman, en cambio, que pensase en cómo se tomaban los dirigentes soviéticos sus propias medidas y declaraciones. Tras la reunión del gabinete el día posterior al infortunado encuentro de Truman con Oppenheimer, Wallace se quedó para charlar a solas con el presidente. Le instó una vez más en favor de un trato ecuánime con Gran Bretaña y la Unión Soviética y a ofrecer a este país un préstamo en las mismas condiciones que el que ya habían negociado con Londres. Le comentó que Estados Unidos

había gestionado los resultados electorales en Cuba y México de la misma forma que los soviéticos habían manejado los estados balcánicos. Truman, como siempre, estaba completamente de acuerdo con el análisis de Wallace.

Pero los efectos de las repetidas intervenciones del exvicepresidente eran de corta duración. A otros asesores de Truman, la política soviética les parecía mucho más amenazante y lograron que el presidente viera el mundo con sus mismos ojos. Hacia el mes de noviembre, llamaban «rojos» a Wallace y a los amigos progresistas de Truman y decían al presidente: «No preste ninguna atención a esos "rojos". No haga lo que quieren que haga».[18]

Entretanto, los dirigentes soviéticos cumplían con su agenda: asegurar los territorios ganados en Europa Oriental y Asia, reconstruir su maltrecha economía y conseguir que ni Alemania ni Japón volvieran a suponer nunca una amenaza para su seguridad. Estaban bien posicionados para defender tales intereses. Como los comunistas habían desempeñado un papel fundamental en los movimientos de resistencia antifascistas, la maltrecha ciudadanía europea recibió a las tropas soviéticas como si fueran libertadores. Los partidos comunistas de toda Europa crecieron de forma exponencial. En Francia, Italia y Finlandia consiguieron más del 20 por ciento de los votos en 1945. Con muchas poblaciones desplazadas, sin empleo y sin hogar, hambrientas, la situación parecía adecuada para mejorar aún más su situación. En Italia, donde el partido contaba con un millón setecientos mil afiliados, el salario real en 1945 apenas suponía un 25 por ciento del de 1913 y el PIB estaba en niveles de 1911. Al subsecretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, le preocupaba que Europa virase hacia el socialismo, dejando aislado a Estados Unidos: «Han sufrido tanto y tienen tanta fe en que sus gobiernos tomen medidas que palíen sus sufrimientos que cada vez van a exigir mayor injerencia y control del Estado».[19]

Pero, respetando los pactos de la guerra y con la esperanza de conservar las alianzas de entonces, la Unión Soviética contuvo a sus frustrados aliados comunistas en China, Italia, Francia y Grecia. A principios de 1946 y según un sondeo de Gallup, solo el 26 por ciento de los norteamericanos pensaba que los soviéticos ansiaban dominar el mundo. El 13 por ciento opinaba que los británicos también deseaban dominarlo.[20]

Durante aquellos meses, los primeros de la posguerra, Truman tuvo con Stalin una actitud vacilante. El dirigente soviético le recordaba a *Boss* Pendergast, su mentor de Kansas City. Otros políticos tampoco sabían a qué atenerse. Incluso Averell Harriman, crítico feroz y embajador durante la guerra, que colaboró en muchas ocasiones con Stalin, reconocía que era una persona compleja:

> Me resulta difícil conciliar la cortesía y consideración que siempre me demostró con la espantosa crueldad de sus ejecuciones indiscriminadas. Quienes no le conocieron personalmente, ven solo al tirano. Yo también veo en él la otra cara: su extraordinaria inteligencia, su fabulosa atención a los detalles, su astucia y la sorprendente sensibilidad humana que era capaz de demostrar [...]. Me pareció que estaba mejor informado que Roosevelt, que era más realista que Churchill y que, en cierto sentido, era el más eficaz de los tres, al menos en tiempos de guerra [...]. Stalin sigue siendo para mí el personaje más inescrutable y contradictorio que he conocido.[21]

En cuanto se relajaron las tensiones sobre Polonia, Alemania se convirtió en la primera prueba de la cooperación en la posguerra. Tras la rendición, los aliados la dividieron en cuatro zonas de influencia: una soviética, otra norteamericana, otra británica y una cuarta francesa. Roosevelt defendió en principio el Plan Morgenthau de «pastoralización» de Alemania para asegurarse de que nunca más fuera una amenaza para sus vecinos. «Hemos de ser duros con Alemania —le comentó a Morgenthau en agosto de 1944—. O castramos a los alemanes o los tratamos de tal manera que les sea imposible reproducir personas que deseen continuar igual que en el pasado».[22] El Gobierno norteamericano, no obstante, cambió de intenciones en cuanto se convenció de que la recuperación de

la economía alemana era clave para la recuperación de Europa. Esta postura enemistó a las potencias europeas con los soviéticos, que temían la revitalización de Alemania y se ocupaban ya de despojar a la zona oriental de todos sus activos y de enviarlos a la Unión Soviética. Este conflicto de intereses impidió la creación de una Alemania unificada y, por tanto, plantó las semillas del conflicto posterior. Mientras tanto, los alemanes trataban de ganarse la vida con independencia de la zona en que vivían.

El primer conflicto importante entre las dos superpotencias, pese a todo, no se produjo en Europa sino en Oriente Próximo, cuando Stalin quiso expandir la influencia soviética a Irán y Turquía a expensas de una Gran Bretaña en declive. La importancia estratégica de Oriente Próximo había aumentado tras la construcción del canal de Suez en 1869 y la apertura de rutas aéreas de larga distancia a principios del siglo XX. Para el historiador inglés Arnold Toynbee, el canal era «la ruta más corta entre los dos principales núcleos de población y poder del mundo en el siglo XX»: la India, el este de Asia y el Pacífico, por una parte, y Europa, América y el Atlántico por otra. «Quien domine Oriente Próximo —decía Toynbee— podrá tener abiertas las rutas directas entre esos dos polos geográficos, o podrá cerrarlas, o volver a abrirlas cuando quiera por la fuerza».[23] La Unión Soviética codiciaba desde hacía mucho los estrechos de Turquía, que le darían acceso al Mediterráneo, y Stalin opinaba que era una concesión que se había ganado de Roosevelt y Churchill en la guerra. De modo que presionó a Turquía para tener bases militares conjuntas en dichos estrechos. El segundo conflicto, como cualquier cosa en Oriente Próximo, giró en torno al petróleo. Al empezar la guerra, Estados Unidos producía el 61 por ciento del petróleo mundial, pero del producido en Oriente Próximo solo controlaba el 10 por ciento y Gran Bretaña el 72. Estados Unidos, sin embargo, pretendía ampliar su porción. Arabia Saudí era la llave de sus ambiciones. En 1943 amplió sus ayudas de préstamo y arriendo al emirato y al año siguiente el rey saudí, Ibn Saud, le permitió instalar una base aérea en Dhahran.[24]

En 1944, en una reunión con lord Halifax, el embajador británico, Roosevelt sacó un mapa de Oriente Próximo, señaló los yacimientos petrolíferos y le dijo a Halifax que el petróleo iraní les pertenecía a los británicos, el saudí, a Estados Unidos y el iraquí y el kuwaití, a ambos. Al año siguiente, Roosevelt llegó a un pacto con el rey Saud, que pidió el apoyo de Estados Unidos a cambio del acceso exclusivo de los norteamericanos al crudo saudí. Truman comprendió la importancia de que Estados Unidos mantuviera el control de un recurso tan vital. En agosto de 1945, Gordon Merriam, jefe de la Near East Division [División de Oriente Próximo] del Departamento de Estado, puso al corriente a Truman de que el petróleo saudí era «una estupenda fuente de poder estratégico y uno de los mayores premios materiales de la historia de la humanidad».[25]

Irán era otro premio. En septiembre de 1941 y cansadas del errático comportamiento y dudosas lealtades del sah Reza Pahlevi, Gran Bretaña y la Unión Soviética invadieron y ocuparon el país, obligaron al sah a exiliarse y lo sustituyeron por su hijo de veintiún años.[26]

Habiéndose fijado en las ricas reservas de petróleo iraníes desde los años veinte, Estados Unidos maniobró entonces para ampliar su influencia y ofreció a Irán su inclusión en las ayudas de préstamo y arriendo y le envió asesores civiles y militares. En 1943 el secretario de Estado, Cordell Hull, explicó a Roosevelt por qué era esencial poner límites a los poderes británico y soviético: «No conviene que ninguna gran potencia se consolide en el Golfo Pérsico ante los importantes intereses petrolíferos norteamericanos en Arabia Saudí».[27]

Al igual que Gran Bretaña y Estados Unidos, la Unión Soviética tenía la vista puesta en el crudo de Irán. Stalin quería desarrollar los yacimientos petrolíferos del norte del país y le preocupaba la seguridad de las prospecciones soviéticas en Bakú, que se encontraba a tan solo ciento cincuenta kilómetros al norte de la frontera de Rusia con Irán. Presionó, por tanto, al Gobierno iraní y pidió concesiones comparables a las otorgadas a Gran Bretaña y Estados Unidos y, teniendo aún en suelo

iraní a las tropas llegadas en la Segunda Guerra Mundial, apoyó una revuelta separatista en las provincias septentrionales con la intención de forzar el acuerdo.



Churchill y Truman saludan desde el tren que les lleva a Fulton, Misuri, donde el primero pronunció su célebre y belicoso discurso sobre el «Telón de acero». Primeros de marzo de 1946.

Churchill, entretanto, ansiaba la confrontación con los soviéticos. Rabioso anticomunista e imperialista declarado, ya en 1918 había intentado arrastrar a Estados Unidos a la guerra contra los soviéticos. Obligado a diferir el enfrentamiento durante la reciente contienda, volvió a la carga tan pronto como se presentó la oportunidad. Los contactos soviéticos con los Gobiernos turco e iraní suponían una amenaza para la influencia británica en Oriente Próximo y el Mediterráneo en un momento en que, además, el dominio sobre la India se antojaba precario. Cuando se descubrió, a principios de febrero, que los soviéticos habían organizado en Canadá una red de espionaje del programa atómico, las advertencias y avisos de Forrestal, Leahy y otros políticos de línea dura ganaron credibilidad. Ese mismo mes, por lo demás, un discurso de Stalin aumentó los recelos — aunque, en realidad, fue mucho menos incendiario de lo que el experto en asuntos soviéticos George Kennan y otros sostuvieron.

A primeros de marzo, el sentimiento antisoviético estaba claramente en línea ascendente cuando Churchill pronunció en presencia de Truman su célebre discurso de Fulton, Misuri. Sus belicosas palabras asestaron un golpe contundente, quizá fatídico, a las posibilidades de entendimiento en la posguerra:

> Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, sobre el continente ha caído un telón de acero [...]. Los gobiernos policiales prevalecen [...] en gran número de países [...]. Los partidos comunistas o la quinta columna constituyen un creciente desafío, un peligro para la civilización cristiana [...]. No creo que la Rusia soviética desee la guerra. Desea los frutos de la guerra y la expansión infinita de su poder y doctrina.[28]

Stalin respondió con enfado y acusó a Churchill de acostarse con los «belicistas» defensores de la «teoría racial», que afirmaban que solo los ciudadanos angloparlantes podían «decidir el destino del mundo».[29]

El discurso de Churchill provocó pasiones en todas partes. La reacción de los grandes periódicos fue diversa. *The New York Times* aplaudió la áspera retórica del estadista británico, que, le parecía, había hablado «con la energía del profeta que ya antes ha demostrado tener razón».[30] *The Washington Post* también encontró elementos para aplaudir las palabras de Churchill, pero criticó su «ilógica» apelación en favor de una «fuerza de policía internacional», porque había puesto «demasiado énfasis en “fuerza”».[31]

The Chicago Tribune coincidía con el análisis del primer ministro británico a propósito de lo que

estaba ocurriendo en Europa Oriental, pero estaba en franco desacuerdo con el remedio propuesto y se oponía rotundamente al imperialismo británico: «Propone una alianza, mitad para esclavos, mitad para ciudadanos libres; y el imperio británico representa la esclavitud. Viene en realidad como suplicante. Suplica ayuda para su viejo y malvado imperio y, francamente, espera conseguirla según sus condiciones». Tal alianza habría exigido que Estados Unidos aceptase «la esclavitud y explotación de millones de súbditos británicos». El *Tribune* aconsejaba en tono severo que Estados Unidos no aprovechase su poder «para mantener la tiranía británica en todo el mundo. No podemos convertirnos en socios de un *holding* esclavista».[32]

Varios políticos denunciaron enérgicamente la defensa de Churchill del imperio británico. Owen Brewster, senador republicano por el estado de Maine, declaró: «No podemos asumir el patrimonio que supone la política colonial que abanderan los departamentos de Exteriores y Colonias británicos. Nueve décimas partes del mundo no son anglosajonas. Debemos pensar cómo vamos a ganarnos la confianza del mundo que no es ni eslavo ni anglosajón. Me temo que una alianza con Gran Bretaña sería el catalizador que precipitaría al planeta contra nosotros. Debemos seguir una política independiente junto con los rusos». El senador por Florida, Claude Pepper, señaló: «Empleó bellas palabras a propósito del imperialismo… del imperialismo británico. Creo que sus ideales conservadores, *tories*, hacen que se oponga tanto a Rusia como a un gobierno laborista en su país. Queremos una cooperación angloamericana, pero no a costa de excluir al resto del mundo». Más tarde, Pepper se sumó a la opinión de sus colegas demócratas Harley Kilgore, senador por Virginia Occidental, y Glen Taylor, por Idaho, que defendieron una declaración de rechazo a la propuesta de Churchill de «una alianza militar y política, de poder, a la antigua usanza, entre Gran Bretaña y Estados Unidos» que «le rebanase el gaznate a la ONU».[33] El senador por Florida comentó ante la prensa: «Resulta chocante ver al señor Roosevelt […] alinearse con los viejos *tories* de Chamberlain, que apoyaron a los nazis por mantener su cruzada antisoviética […]. Los pueblos del mundo que de verdad desean la paz […] [deben] tomar buena nota de este clamor *tory* que en Gran Bretaña y Estados Unidos defiende la guerra. El nuevo imperialismo británico-americano que el señor Churchill propone y defiende traiciona los ideales por los que nuestras dos naciones lucharon».[34]

En realidad, no existía tal clamor público en apoyo de la beligerante petición de Churchill. Como un lector de *The Washington Post* dijo, «el senador Pepper y sus colegas deberían congratularse de su valiente respuesta al belicista discurso de Churchill. ¿Quién es el presidente de Estados Unidos, Truman o Churchill? ¿Por qué iba a dictar Churchill nuestra política cuando hasta el pueblo británico la ha repudiado en las últimas elecciones? Churchill es un belicista y es hora de que el senador Pepper se lo diga a la cara. Necesitamos una segunda declaración de independencia del dominio británico».[35]

En el tren que les conducía a Misuri, Truman leyó el discurso que Churchill iba a dar en Fulton y aprobó el contenido en su totalidad. Luego, a la luz de las protestas por la agresividad del primer ministro, negó saber nada con antelación. Pero la prensa descubrió al poco tiempo tan descarada mentira.

Encabezados por miembros de la familia Roosevelt, progresistas del New Deal condenaron las palabras de Churchill y pidieron a Truman un cambio de rumbo antes de que fuera demasiado tarde. Eleanor Roosevelt deploraba los incendiarios discursos del primer ministro británico. James Roosevelt, su hijo mayor, hizo lo mismo en una reunión del Independents Citizens’ Committee of the Arts [Comité de las Artes de Ciudadanos Independientes]. Declaró: «Dejemos claro al mundo entero que el muy recto y honorable señor Churchill, que visita nuestro país como invitado, habla en su propio nombre únicamente cuando ataca la paz mundial, cuando propone, una vez más, que la humanidad se divida en dos bandos. En el pasado, con demasiada frecuencia, sus colegas de este país y de fuera han sido francamente reaccionarios. De nosotros y de toda mujer y todo hombre amantes

de la paz de todo el mundo depende. Hoy podemos plantar cara y repudiar las palabras y los proyectos del honorable Winston Churchill y de sus aliados». James Roosevelt sabía qué podía hacer Truman para rebajar la tensión: «Me gustaría ver al secretario de Comercio, Henry Wallace, coger un avión con dirección a Rusia». Por su reputación de lucha «por la justicia y la integridad», explicó James Roosevelt, una misión encabezada por él podría hacer más por la paz y el entendimiento con Stalin «que todas esas declaraciones y comunicados tan ásperos».[36]

Fue Harold Ickes quien presentó a James Roosevelt a los asistentes aquel día. Había sido el eterno secretario de Interior de su padre y, por ser leal baluarte del New Deal, Truman lo había ido postergando hasta librarse definitivamente de él el mes anterior —tras denigrarle ante la prensa llamándole «grano en el trasero»—.[37] Ickes tuvo que dimitir por haberse opuesto a que Truman nombrase secretario de Marina a Edwin Pauley, multimillonario californiano del sector del petróleo a cuyas nefandas actividades debía el presidente su elección. Había acusado a Pauley de mentir al testificar que no había utilizado sus influencias contra la ley de nacionalización del petróleo encontrado en las costas. Ickes declaró que Pauley le había hecho «la proposición más directa» de que nunca había sido objeto: los magnates del petróleo contribuirían con trescientos mil dólares a la campaña del Partido Demócrata en las elecciones de 1944 si el gobierno retiraba la ley de bajamar elaborada por el propio Ickes. Además, Ickes declaró que, en una reunión especial del gabinete la semana anterior, Truman le había implorado que fuese «todo lo amable» que pudiera con «Ed Pauley», y que Robert Hannegan, el presidente del partido, había «removido cielo y tierra» para confirmar el apoyo de Pauley. Ickes prefirió la integridad a la amabilidad. Y soltó: «Prefiero no formar parte de un gobierno donde esperan que cometa perjurio por el bien del partido». E hizo públicas las cáusticas cartas que se había cruzado con Truman a raíz de su dimisión. Advirtió también que, a no ser que el gobierno modificase su sucio proceder, se produciría un escándalo parecido al de Teapot Dome.[38] El Departamento de Interior, le recordó a Truman, «debe siempre estar en guardia contra cualquier tipo de asociación entre el dinero y la política»; y dijo a los periodistas que no debería permitirse que ningún magnate del petróleo respaldara económicamente a un gobierno que tuviera que gestionar la política petrolífera.[39] *Los Angeles Times* tituló en primera página: «Ickes sacude la capital como una bomba atómica», para dar paso a un artículo sobre la que el reportero Bill Henry calificó como la «más importante rueda de prensa en la historia de Washington».[40]

Al presentar a James Roosevelt, Ickes ofreció a su antiguo jefe algunos consejos para lidiar con los soviéticos. «Los ciudadanos —dijo— quieren que el presidente Truman prolongue fielmente la política exterior del presidente Roosevelt. No se sienten cómodos oponiéndose a Rusia, por la que tanto afecto sentimos. Saben que sin Rusia la guerra aún no habría terminado. No pueden vislumbrar un futuro pacífico sin un entendimiento con Rusia».

Al mes siguiente, en el primer aniversario del fallecimiento de Franklin D. Roosevelt, Wallace pronunció un discurso en el ayuntamiento de Nueva York. Rechazó las ideas de Churchill y aportó un nuevo punto de vista sobre la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética:

> La única competencia que deseamos con los soviéticos es para demostrar que podemos elevar nuestro nivel de vida más deprisa que ellos en los próximos veinte años. Competiremos con Rusia en la satisfacción de las necesidades físicas y espirituales del hombre corriente [...]. La única manera de derrotar al comunismo es maximizar la producción y optimizar la distribución mejor y con más calma que ellos [...]. Que la carrera sea limpia, que la carrera sea competitiva, pero sobre todo, por el bien de la humanidad, que sea una carrera pacífica [...]. Rusia no puede pisotear Europa Oriental y salir bien parada, y nosotros tampoco podemos hacer lo mismo con Latinoamérica, ni Inglaterra con la India y con África [...]. El miedo es la causa de todos nuestros errores [...]. Rusia teme el cerco anglosajón. Nosotros tememos la penetración comunista. Si no vencemos esos miedos, llegará un día en que nuestros hijos y nuestros nietos tengan que pagar el precio con ríos de sangre [...]. Por miedo, las grandes naciones actúan como animales acorralados, pensando solo en su supervivencia [...]. Hace un mes, el señor Churchill hablaba del siglo anglosajón. Hace cuatro años, yo rechacé la idea del siglo americano. Hoy rechazo la idea del siglo anglosajón con mayor energía si cabe. Los hombres corrientes del mundo no tolerarán el

> recrudecimiento del imperialismo ni siquiera si lo llevan a cabo ilustrados anglosajones... bajo los auspicios de la bomba atómica. El destino de los pueblos de habla inglesa es servir al mundo, no dominarlo.[41]

Tras el discurso de Churchill, las relaciones entre norteamericanos y soviéticos se deterioraron a pasos agigantados. Estados Unidos ejerció presiones en las Naciones Unidas buscando una confrontación por Irán pese a que la Unión Soviética había accedido a retirar sus tropas. Luego, el 2 de marzo, fecha límite de la retirada, cuando aún quedaban algunos soldados en suelo iraní, Truman amenazó con la guerra. Escribió: «Si los rusos controlasen el crudo iraní directa o indirectamente, el equilibrio mundial en materias primas sufriría un grave perjuicio y la economía occidental una grave pérdida». Más tarde, James Forrestal comentaría: «Quien tiene el grifo del petróleo de Oriente Próximo tiene en sus manos el destino de Europa». Truman decidió enviar un mensaje inequívoco: Estados Unidos manejaría dicho grifo, no la Unión Soviética.[42]

Nicholas Murray Butler, antiguo rector de la Universidad de Columbia, premio Nobel de la Paz de 1931 y presidente de la Carnegie Endowment for International Peace [Beca Carnegie para la Paz Internacional], dejó claro que el fondo del asunto era el petróleo y no la democracia. «La cuestión de Irán tiene que ver única y exclusivamente con el petróleo —explicó—. Hemos propuesto y adquirido grandes compromisos con Gran Bretaña. Hay que encontrar la manera de que Rusia obtenga una parte de ese petróleo sin conmociones políticas y militares». Esta última sugerencia era para algunos muy afortunada. En un editorial dedicado a la crisis, *The Washington Post* propuso lo siguiente: «Es posible que Rusia tenga derechos legítimos sobre Irán. A propósito del petróleo, por ejemplo, desde estas páginas hemos repetido muchas veces que un plan conjunto para explotar los recursos petrolíferos de Oriente Próximo resultaría muy conveniente».[43]

Claude Pepper se hizo una idea cabal de la crisis en su gira por Oriente Próximo, que incluyó una entrevista con Stalin. A su regreso a Estados Unidos se dirigió al Senado y exoneró de culpa a la Unión Soviética para condenar la excesiva ambición imperial británica: «Es propia, por desgracia, de cierta potencia mundial con ciudadanos apostados en todos los países desde Egipto hasta Singapur la actitud de convertir en conflagración mundial la incursión de unos cuantos soldados unos pocos kilómetros en algún territorio vecino para oponer resistencia a cierto monopolio petrolífero que ellos disfrutan». «Si la política exterior estadounidense se convierte en el chivo expiatorio de ese imperialismo, dicho imperialismo es más estúpido de lo que yo creía que podía llegar a ser». *The Washington Post* informó de que, cuando Pepper terminó su intervención, varios senadores y congresistas se acercaron a él para estrecharle la mano y felicitarle.[44]

La ciudadanía no demostraba demasiado entusiasmo por enfrentarse a la Unión Soviética por el crudo iraní. *The Washington Post* publicó una carta particularmente esclarecedora que identificaba lo que había en juego en Irán y desautorizaba la intervención militar:

> No creo que el destino de los yacimientos petrolíferos de Irán sea justificación suficiente para una guerra con Rusia. Si ese petróleo estuviera en Norteamérica o América del Sur, Estados Unidos lo protegería para poder aprovecharlo en una guerra futura y se aseguraría de que ninguna otra potencia pudiera apropiarse de él. Si el crudo iraní se encontrara cerca de cualquiera de los dominios británicos, a una distancia semejante a la que en realidad se encuentra de los estados soviéticos, creo que Gran Bretaña tomaría las medidas oportunas para protegerlo [...]. Nadie ha sugerido nunca que el apoyo a la libertad de Irán justifique que los norteamericanos vayamos a la guerra en ultramar. En Irán la libertad tal y como nosotros la entendemos nunca ha existido, de manera que aquellos que sugieren que vayamos a la guerra para proteger dicha libertad carecen en realidad de argumentos realistas [...]. Estoy totalmente convencido de que la inmensa mayoría de los estadounidenses no quiere enfrentarse a Rusia por ninguna de las causas que hasta ahora se han esgrimido. Opino también que la mayoría de los norteamericanos creen que, si dejamos que garantice una seguridad razonable en sus fronteras, Rusia contribuirá a la paz mundial y a desarrollar sus propios y grandes recursos naturales durante varias generaciones.[45]

Ante la presión de Estados Unidos y Gran Bretaña, los soviéticos retiraron sus tropas de Irán. Más tarde, Truman le comentó al senador Henry *Scoop* [«Pelotazo»] Jackson que había convocado al embajador soviético Andréi Gromiko a la Casa Blanca para decirle que si sus soldados no abandonaban Irán en cuarenta y ocho horas, le «soltarían» la bomba. Y en menos de veinticuatro horas, se jactó, se habían marchado.[46] Aunque lo que realmente ocurrió es mucho más complicado. Truman sacó la conclusión de que cuando se enfrentaban a una fuerza superior, los soviéticos daban marcha atrás, y decidió aprovechar su ventaja. En mayo interrumpió el envío de material para reparaciones desde Alemania Occidental, que los soviéticos necesitaban desesperadamente. En julio decidió dejar tropas en Corea del Sur y en agosto, tener presencia naval en el Mediterráneo oriental.

Mientras Truman amenazaba con lanzar la bomba, la opinión pública temblaba ante la perspectiva de la guerra atómica. A principios de 1946, *Ladies' Home Journal* daba a sus lectoras las siguientes instrucciones: «Por encima de todo, con independencia de lo que hagas, la idea con la que debes despertarte, irte a la cama y cargar todo el día es» la prevención de una guerra nuclear.[47] Henry Wallace, que estaba de acuerdo en esto, insistió con mayor firmeza a Truman sobre la necesidad de un control internacional de las armas atómicas. En enero de 1946, Truman encargó a Dean Acheson, que había manifestado preocupaciones similares, la dirección de un comité que abordase el problema. Acheson nombró a David Lilienthal presidente de una junta de asesores científicos. Acheson le confesó a Lilienthal posteriormente que Truman y Byrnes no conocían los datos ni comprendían las implicaciones y consecuencias del descubrimiento de la energía atómica, «la nube más negra que se cierne sobre el mundo». Se adquirieron ciertos compromisos y, estando Byrnes en Londres, se formalizaron otros «sin la menor idea de lo que iba el asunto: ¡así de claro!». Acheson lamentaba el siguiente hecho: «El Departamento de Guerra, en realidad un solo hombre de ese departamento, el general Groves, por el poder de veto que se le ha concedido en virtud de la “seguridad militar”, ha sido determinante en nuestra política exterior y casi la ha decidido».

El informe Acheson-Lilienthal elaborado por el nuevo comité, que el pragmático Acheson calificó de «documento brillante y profundo», era mayormente obra de Oppenheimer.[48] Planteaba la creación de una autoridad atómica internacional que supervisará la prospección, el refinado y la utilización de todas las materias primas atómicas del mundo y desnaturalizara todo el material fisionable para aprovecharlo únicamente para usos pacíficos. En Estados Unidos toda actividad relacionada con ese material «peligroso» sería ilegalizada. El proyecto minimizaba intencionadamente las necesarias inspecciones para aumentar las posibilidades de que la Unión Soviética lo aceptase.

Toda esperanza de alcanzar un acuerdo internacional se esfumó cuando Truman y Byrnes encargaron el cometido de presentar el proyecto ante las Naciones Unidas a un amigo de Carolina del Sur del segundo, el financiero Bernard Baruch, de setenta y cinco años. Por saldar otra vieja deuda política, Truman dio a Baruch facultades para revisar el plan como creyera conveniente. Baruch había financiado la campaña de reelección al Senado de Truman en 1940, cuando el futuro presidente necesitaba fondos desesperadamente. Todas las personas relacionadas con el proyecto, Acheson, Lilienthal y Oppenheimer, montaron en cólera. Sabían que Baruch, anticomunista confeso para quien la bomba era el «arma ganadora» de Estados Unidos, reformularía el plan hasta tal punto que los soviéticos acabarían rechazándolo en su totalidad. Lilienthal consignó en su diario: «Cuando leí la noticia aquella noche, me dieron ganas de vomitar [...]. Necesitábamos a un hombre joven y vigoroso, y no a un vanidoso de quien los rusos pensarían que solo pretendía empujarlos al agujero y a quien la cooperación internacional en realidad no le importaba lo más mínimo. Baruch no era el hombre adecuado para aquella labor». Que Baruch escogiera como asesores a empresarios amigos enfureció todavía más a quienes tanto se habían esforzado por esbozar un plan factible. El financiero no incluyó a ningún científico en su equipo porque, como más tarde explicaría, y les explicaría a ellos, llegó a la

conclusión de que él mismo «ya sabía todo lo que había que saber. A ellos el experimento se les fue de las manos y acabó con la vida de millones de personas». Vannevar Bush, que había formado parte del comité Acheson-Lilienthal, despachó a los asesores de Baruch llamándolos «gente de Wall Street». Además, hizo saber a Baruch que consideraba que ni él ni el resto de su equipo estaban en absoluto capacitados para la labor. Baruch anunció que pediría consejo al general Groves y a la industria en todo lo referente a las cuestiones técnicas. Enfrentado a las generalizadas críticas, Baruch finalmente se ablandó y solicitó a Oppenheimer que fuera su asesor científico principal. «Que esos socios míos no le preocupen —le dijo—. Hancock es muy de derechas, pero [guiñando un ojo] yo me encargo de vigilarlo. Searls es listo como el hambre, pero ve rojos hasta en la sopa». Añadió que tendría que empezar a «preparar al pueblo norteamericano para la negativa de Rusia». Oppenheimer rechazó la invitación.[49]

Baruch procedió a enmendar la propuesta original adornándola con inspecciones y demás detalles que sin duda los soviéticos rechazarían. No solo Acheson y Lilienthal intentaron convencerlo de que retirase aquellas disposiciones, también Truman lo hizo. Pero Baruch se mostró inflexible y amenazó con dimitir si no se aceptaba su proyecto. Truman, en uno de los fracasos más colosales de liderazgo presidencial, cedió. Un día antes de que Baruch presentase su plan ante las Naciones Unidas, el 14 de junio, Byrnes admitió ante Acheson que designar a Baruch había sido «el peor error» que había cometido. Más tarde, en privado, Truman también confesó que nombrar a Baruch era su «error más grave».[50]



El financiero Bernard Baruch (aquí en una foto de 1920), a quien Truman encargó la presentación del plan de control de armas atómicas ante la ONU. Rechazó la ayuda de los científicos y enmendó la propuesta original lastrándola con inspecciones y otras exigencias que los rusos, nadie tenía la menor duda, no aceptarían.

Los dirigentes soviéticos esperaron diez días para empezar a despotricar de la propuesta norteamericana. El diario *Pravda* declaró que el plan de Baruch era «producto de la diplomacia atómica» y reflejaba «una tendencia evidente a la dominación del mundo». El plan, aseguraba *Pravda*, era una prueba más de que Estados Unidos pretendía «consolidar su monopolio» de la producción de «armas atómicas». Según el diario oficial soviético, el Gobierno norteamericano había firmado contratos con «empresas monopolísticas privadas como E. I. du Pont de Nemours, cuya red de contactos antes de la guerra se extendía por un millar de canales hasta la alemana I. G. Farbenindustrie».[51] Los soviéticos presentaron ante la ONU un plan propio según el cual habría que prohibir la fabricación, almacenamiento y uso de armas atómicas. Las reservas existentes, además, debían destruirse en el plazo de tres meses.

Luego los norteamericanos decidieron seguir adelante con una prueba atómica el 1 de julio en el atolón de Bikini, en las islas Marshall. Fue para los soviéticos otro mensaje evidente de las intenciones de Estados Unidos. La Asamblea General de la Iglesia Universalista denunció dichas pruebas calificándolas de «ofensivas al propósito mismo del espíritu cristiano».[52] Para Ickes, la

prueba de Bikini era «diplomacia mediante intimidación», y señaló que, si hubieran sido los soviéticos quienes las hubieran llevado a cabo, «los estadounidenses tendrían motivos para preocuparse por la paz mundial». Raymond Gram Swing dijo a sus oyentes de ABC Radio que muchos ciudadanos, miembros del Congreso y científicos que habían fabricado la bomba atómica entre ellos, habían censurado la decisión. «Por un lado nos esforzamos abnegadamente por liberar al mundo de un arma que puede revertir el progreso de la civilización varios siglos [...]. Por otro, nos entrenamos en el uso de esta arma. De modo que hacemos todo lo posible por salvar la civilización y al mismo tiempo aprendemos a destruirla. Y todo en el mismo fin de semana». Los soviéticos, como era de esperar, respondieron de manera similar. Borís Izakov, periodista del *Pravda*, se preguntaba por qué si realmente deseaban el desarme, los norteamericanos se tomaban tantas molestias por perfeccionar la bomba.[53]

La incipiente carrera nuclear estaba teñida en verdad de una locura que nadie expresó mejor que Lewis Mumford cuando recibió noticias de que el test del atolón de Bikini iba a llevarse a cabo. En un artículo publicado en *Saturday Review* titulado «Caballeros, ¡están ustedes locos!» escribió:

> Aquí, en Estados Unidos, vivimos entre locos. Locos nos gobiernan en nombre del orden y la seguridad. Los mayores locos lucen los títulos de general, almirante, senador, científico, administrador, secretario de Estado y hasta presidente. El síntoma definitivo de su locura es el siguiente: han llevado a cabo una serie de actos que a su debido tiempo conducirán a la destrucción de la humanidad, y lo han hecho con la solemne convicción de que son personas normales, responsables, de que están cuerdos y trabajan en pos de unos fines razonables.
>
> Con mucha seriedad, un día después de otro, los locos repiten los ademanes constantes propios de la locura. Son movimientos tan estereotipados, tan corrientes, que parecen normales y hechos por personas normales y no el amasijo de compulsiones de unas personas inclinadas a la muerte total. Sin mandato público de ninguna clase, los locos han asumido la responsabilidad de conducirnos por etapas, gradualmente, a ese último acto de locura que contaminará la faz de la tierra, borrará de un plumazo las naciones de los hombres y posiblemente ponga fin a toda la vida del planeta.[54]

Henry Wallace intentó detener esa locura. En julio de 1946, redactó un largo memorándum para Truman en el que lamentaba «la creciente sensación» de que se avecinaba «otra guerra» y de que la única forma de abordar el problema era armarse «hasta los dientes». «Toda la historia pasada —proseguía— indica que una carrera armamentística no conduce a la paz, sino a la guerra». Y añadía: «Los meses siguientes serán muy posiblemente un periodo crucial que decidirá si el mundo civilizado se embarca en la destrucción cuando, transcurridos los cinco o diez años necesarios, varias naciones se hayan armado con bombas atómicas». Instaba, además, a Truman a pensar en el modo en que se tomaban las medidas que habían adoptado los norteamericanos «desde el día de la Victoria» y recordaba «los trece mil millones de dólares de presupuesto de los departamentos de Guerra y Marina, las pruebas atómicas del atolón de Bikini, la ininterrumpida producción de bombas atómicas, el plan de armar a Latinoamérica, la producción de bombarderos B-29, la futura producción de bombarderos B-36 y la iniciativa de instalar bases aéreas en una mitad del planeta desde las cuales poder bombardear la otra mitad [...]. Por esos motivos podría parecer que o bien 1) nos estamos preparando para ganar una guerra que consideramos inevitable, o bien 2) intentamos conseguir la supremacía de la fuerza intimidando al resto de la humanidad. ¿Qué pensaríamos si Rusia dispusiera de la bomba atómica y nosotros no?, ¿y si Rusia tuviera bombarderos de más de quince mil kilómetros de autonomía y bases aéreas a poco más de mil kilómetros de nuestras costas y nosotros no?».



Explosión atómica en el atolón de Bikini durante unas pruebas atómicas en el marco de lo que Harold Ickes llamó «diplomacia de la intimidación», que estaba diseñada para impresionar a la URSS.

Wallace pedía un recorte drástico de los gastos de defensa, porque mantener la paz «mediante la primacía de la fuerza» ya no era posible. En 1938 Estados Unidos gastaba menos de mil millones de dólares en defensa. En 1946, según calculaba Wallace, los Departamentos de Guerra y de Marina, la liquidación de las deudas de los veteranos (de la Segunda Guerra Mundial y de otras guerras) y los intereses de la deuda pública consumían veintiocho mil millones, es decir, el 80 por ciento del presupuesto nacional: treinta y seis mil millones. Wallace reiteró la advertencia de los científicos en el sentido de que la guerra atómica era «barata» y que contar con diez veces más bombarderos que el enemigo no suponía una ventaja decisiva. «Y lo más importante, el hecho de que varias naciones tengan bombas atómicas desembocará inevitablemente en una mentalidad neurótica que hará que, dominados por el miedo, todos estén prestos a apretar el gatillo [...]. En un mundo armado con bombas atómicas, cualquier incidente puede desencadenar su uso». El ministro desautorizaba también a todos aquellos que defendían «la guerra preventiva», «una idea que no solo es inmoral, sino estúpida». La única solución, concluía, consistía «en la confianza mutua entre todas las naciones, el desarme atómico y un plan eficaz para llevar a cabo el desarme».[55]

Ese verano la ofensiva por la paz de Wallace recibió la ayuda de dos publicaciones importantes. A finales de agosto, *The New Yorker* dedicó un número entero al artículo «Hiroshima», de John Hersey, que hizo más por humanizar a las víctimas de los bombardeos atómicos que ningún otro publicado en lengua inglesa. En septiembre la revista *Look* empezó a publicar una serie de cuatro artículos de Elliott Roosevelt donde el hijo del expresidente contaba que Truman y Churchill habían desbaratado los planes de su padre y de Stalin para colaborar en la posguerra y preservar la paz. Más tarde, Truman haría un comentario despectivo del hijo de Roosevelt: era, dijo, «producto de una erección de orina».

Wallace comprendía la urgencia de la situación y preparó una intervención de calado para el 12 de septiembre en el Madison Square Garden de Nueva York. Antes de ese día repasó su discurso con Truman, que le dio su conformidad varias veces, y así se lo comunicó después a los periodistas. Las palabras de Wallace coincidían plenamente, les dijo, con su propia impresión. En Nueva York y ante veinte mil personas, Wallace compartió estrado con Paul Robeson mientras Claude Pepper se dirigía a la multitud: «Hoy en día son los demócratas conservadores y los republicanos reaccionarios los que dictan la política exterior, de modo que todo cuanto podemos hacer es impedir que los estúpidos nos arrastren a una *blitzkrieg* como la de Hitler y lancen nuestras bombas atómicas sobre el pueblo ruso».[56] Cuando le llegó el turno a Wallace, pronunció un firme y vigoroso alegato por la paz:

> Esta noche quiero hablar de paz... y de cómo conseguir esa paz. La gente corriente de todas las tierras del mundo nunca ha deseado tanto la paz. Y sin embargo, nunca [...] ha temido tanto la guerra [...]. Por el hecho de haber inventado la bomba atómica, no podemos confiarnos [...]. Quien confía en la bomba atómica perecerá a causa de la bomba atómica más tarde o más temprano [...]. La política imperialista británica en Oriente Próximo bastaría, combinada con las represalias rusas, para llevar a Estados Unidos directamente a la guerra [...]. Contamos con una fuerza que no se puede gestionar con éxito con esa

política que dice: «Hay que ser duros con Rusia» [...]. Eso no significa caer en el apaciguamiento. Queremos compromisos [...]. Y, en mi opinión, podemos llegar a la cooperación en cuanto Rusia comprenda que nuestro objetivo primordial no es ni salvar al imperio británico ni adquirir el petróleo de Oriente Próximo a costa de la vida de los soldados norteamericanos. No podemos permitir que las rivalidades nacionales por el petróleo nos fuercen a ir a la guerra [...] No tenemos mayor interés en los asuntos políticos de Europa del Este del que Rusia pueda tener en los asuntos de Latinoamérica, Europa Occidental y Estados Unidos. Su reforma agraria, la expropiación de las industrias y la supresión de las libertades básicas ofenden a la gran mayoría del pueblo norteamericano [...]. Pero, al mismo tiempo, debemos reconocer que los Balcanes están más cerca de Rusia que de nosotros y que Rusia no puede permitir que ni Inglaterra ni Estados Unidos dicten la política en esa región [...]. La idea de justicia social y económica de los rusos dominará casi una tercera parte del mundo. Nuestras ideas sobre la democracia y la libre empresa dominarán gran parte del resto. Hemos de esforzarnos por demostrar que ambas ideas pueden reportarle al hombre corriente grandes satisfacciones en sus respectivas áreas de influencia política [...]. Dentro de una competencia pacífica y amistosa, el mundo ruso y el mundo americano se irán semejando poco a poco cada vez más. Los rusos se verán obligados a otorgar más libertades personales y a nosotros nos absorberán cada día más los problemas relacionados con la justicia económica y social. Rusia debe convencerse de que no estamos planeando ir a la guerra contra ella y nosotros debemos creer que Rusia no está embarcada en ninguna expansión territorial ni en la dominación mundial [...]. Estados Unidos debería [...] controlar las bases aéreas estratégicas con las que, junto con Gran Bretaña, tiene presencia en todo el mundo. Y no solo debería prohibirse que una nación fabrique bombas atómicas, misiles teledirigidos y aviones militares para bombardeo, además, no debería permitirse que el gasto militar de ninguna nación superase quizá el 15 por ciento de su presupuesto [...]. Nosotros, los que consideramos que el rumor de que habrá guerra con Rusia es una estupidez de carácter criminal, debemos trasladar nuestro mensaje directamente al pueblo... por mucho que nos llamen comunistas por el simple hecho de atrevernos a decirlo en voz alta.[57]

Era un discurso absolutamente incendiario. El senador republicano Robert Taft acusó a Truman de traicionar a Byrnes, a quien el repudio público tenía indignado. James Reston, de *The New York Times*, escribió que el presidente era la única persona de Washington que no veía la diferencia entre las propuestas de Wallace y las de Byrnes y él mismo.[58] El Departamento de Estado filtró que la situación era más embarazosa para Byrnes que si a alguien se le hubiera ocurrido bajarle los pantalones en mitad de la Conferencia de París. Los dignatarios británicos estaban furiosos. Los técnicos del Foreign Office dijeron: «Estados Unidos no tiene nada digno de llamarse gobierno». La prensa londinense se burlaba: la política exterior norteamericana aún se encontraba «en fase embrionaria».[59]



El secretario de Comercio Henry Wallace a su llegada a la Casa Blanca. Tras apelar a una actitud más conciliadora con la Unión Soviética en un discurso del 6 de septiembre en el Madison Square Garden, Truman lo expulsó del gobierno. Defensores de una política de línea dura en la Guerra Fría como James Byrnes contribuyeron a convencer al presidente de esa medida.

Fueron muchos los que salieron en defensa de Wallace. Eleanor Roosevelt ratificó sus comentarios: «Ha querido dejar claro que desaprobamos tanto el imperialismo británico como la agresión soviética. Ha confirmado que deseamos una relación amistosa con Rusia, que deseamos llegar a un entendimiento, pero que los rusos deben tener la misma buena disposición».[60]

Tras convertirse en objeto internacional de irrisión, Truman quiso convencer a los reporteros de que solo quería defender el derecho de Wallace a la libre manifestación de sus opiniones, no el contenido de su alocución. Posteriormente negó haber leído el discurso con antelación y haberle dado su visto bueno.

En mitad de la controversia, alguien filtró el memorándum del 23 de julio dirigido a Truman en el que Wallace identificaba el «error fatal» del plan de Baruch. Varios periódicos soviéticos lo publicaron íntegramente.

> El problema es [...] llegar a acuerdos internacionales mediante «pasos sencillos», o pedir que otras naciones adopten compromisos vinculantes y renuncien a investigar los usos militares de la energía atómica y revelen sus yacimientos de torio y uranio mientras Estados Unidos mantiene su derecho a no compartir sus conocimientos técnicos sobre energía atómica hasta que exista un sistema internacional de control e inspección que funcione a su entera satisfacción.
>
> ¿Es de extrañar que los rusos no hayan demostrado demasiado entusiasmo por nuestro plan? [...].Yo creo que nosotros habríamos reaccionado igual. Habríamos presentado una contrapropuesta solo para cubrir el expediente, pero, en realidad, nos esforzaríamos al máximo por conseguir la bomba, para equilibrar la balanza en la mesa de negociaciones [...].
>
> [...]. Siendo realistas, Rusia tiene dos cartas que jugar a la hora de negociar con nosotros: 1) nuestra falta de información sobre sus progresos técnicos y científicos en energía atómica; y 2) que no sabemos cómo se abastece de torio y uranio. No son cartas tan buenas como las nuestras —un arsenal de bombas, plantas de fabricación en funcionamiento, bombarderos B-29 y B-36 y bases en la mitad del planeta—, pero le estamos pidiendo que nos las muestre ahora mismo; y, además, le estamos diciendo que solo cuando nos las haya mostrado decidiremos si queremos seguir jugando a este juego o no.[61]

Truman insistió en que Wallace dejara de hablar en público sobre política exterior mientras se desarrollaba la Reunión de Ministros de Exteriores. Byrnes le había telegrafiado desde París para decirle que el discurso y el memorándum de Wallace habían convertido la reunión en un caos. Tanto Byrnes como Baruch amenazaron con la dimisión. Truman temía que, además, Forrestal y Robert Patterson, el secretario de Guerra, dimitieran también. De modo que decidió sustituir a Wallace y le escribió una carta feroz para pedirle la dimisión. Wallace telefoneó al presidente de inmediato para decirle que aquella carta no le dejaría a él, al presidente, en muy buen lugar si llegaba a salir a la luz. Truman mandó a alguien a recogerla y no se ha conservado ninguna copia. La entrada del diario de Truman de esa noche, sin embargo, puede dar una idea de lo que decía aquella misiva. Para él, Wallace era:

> [...] pacifista al cien por cien. Quiere licenciar las fuerzas armadas, revelar a Rusia el secreto de la bomba atómica y que confiemos en la pandilla de aventureros del Politburó. No comprendo cómo se puede ser tan «soñador». La Liga Germano-Americana de Fritz Kuhn no era ni la mitad de peligrosa. Parece que los rojos, los farsantes y los bolcheviques de pacotilla han organizado una banda y son un peligro para el país. Me temo que sean el frente de sabotaje del tío Joe Stalin.[62]

Con la salida de Wallace del gobierno desapareció la última oportunidad de evitar la Guerra Fría y la carrera nuclear. Esa noche, la del 20 de septiembre de 1946, Wallace dijo en un programa de radio nacional:

> Ganar la paz es más importante que todos los cargos, más importante que cualquier política de partido. Del éxito o fracaso de nuestra política exterior dependen la vida y la muerte de nuestros hijos y nietos, la vida y la muerte de la civilización, la supervivencia o la extinción del hombre y del mundo. Es por tanto de suprema importancia, y todos deberíamos considerarlo un deber sagrado, unirnos a la lucha por ganar la paz [...]. Quiero dejar claro una vez más que estoy en contra de todo tipo de imperialismo y de agresión, provengan de Rusia, Gran Bretaña o Estados Unidos [...]. El éxito de cualquier política reside en última instancia en la confianza y la voluntad del ciudadano. La única base de ese éxito es que el ciudadano conozca y comprenda los problemas, sepa los hechos y tenga oportunidad de tomar parte en la formulación de la política exterior a través de un debate intenso y abierto. Dentro de ese debate hemos de respetar los derechos e intereses de otros pueblos, de igual manera que nosotros esperamos que se respeten los nuestros. La forma de

resolver este debate, como dije en el discurso que di en Nueva York, no determinará que vivamos en «un solo mundo», sino, simplemente, que vivamos. Tengo intención de seguir adelante en esta lucha por la paz.[63]

Tanta controversia sirvió para que a Wallace le llovieran los apoyos. Albert Einstein escribió: «No puedo dejar de expresarle mi enorme e incondicional admiración por su carta del 23 de julio al presidente. Transmite usted una profunda comprensión de los hechos y situación psicológica y tiene un sagaz punto de vista sobre la presente política exterior norteamericana. Su valiente intervención merece toda la gratitud de quienes observamos la presente actitud de nuestro gobierno con honda preocupación».[64]

Sin Wallace en el gobierno, Estados Unidos se zambulló de cabeza en la Guerra Fría tanto en el exterior como en el interior del país. El 24 de septiembre se hizo público el esperado informe de Clark Clifford, asesor de la Casa Blanca, y George Elsey, su ayudante. La exhaustiva enumeración de las acciones, intenciones y potencial soviéticos pretendía demostrar que Moscú había incumplido sistemáticamente todos sus compromisos. El informe ofrecía también una atrevida descripción de las medidas tomadas por los soviéticos «para debilitar la posición de Estados Unidos e Europa, Asia y Sudamérica, y destruir su prestigio», para poder dominar el mundo y sembrar la discordia entre los propios norteamericanos por medio del Partido Comunista. Era necesaria, por tanto, una respuesta contundente: aumentar el arsenal atómico, ampliar la red de bases en el extranjero, fortalecer la capacidad militar y movilizar recursos para «ayudar a todas las democracias a las que la URSS amenaza o pone en peligro de la forma que sea». En lo relativo a los compromisos adquiridos por Moscú, los autores del informe no documentaban la perfidia soviética: «Es difícil aducir pruebas directas de violaciones literales [de los acuerdos]», admitían.[65]

En una aguda crítica al distorsionado informe, el historiador Melvyn Leffler escribió: «Clifford y Elsie ignoran hechos que podrían haber inyectado matices de gris en su caracterización en blanco y negro de la política exterior soviética», como, por ejemplo, las numerosas ocasiones en que los soviéticos habían honrado sus compromisos o se habían excedido en su cumplimiento retirando sus tropas, permitiendo elecciones libres e impidiendo la actividad insurreccional. «Clifford y Elsey incurren repetidamente en el doble rasero y en el autoengaño», afirmaba Leffler y añadía:

Los asesores de Truman no se preguntan de qué modo la cuestionable crónica de cumplimiento de sus acuerdos ha afectado al comportamiento de los soviéticos. Tampoco reconocen que [el general Lucius] Clay y otros mandatarios del Departamento de Guerra han señalado en diversas ocasiones que Francia y no Rusia es la fuente principal de los problemas de Estados Unidos en Alemania. Sospechan que los intereses soviéticos en la unificación de Alemania enmascaran las intenciones del Kremlin de tener mayor autoridad en todo el territorio alemán, pero olvidan muy convenientemente el deseo de los norteamericanos de que la influencia soviética en el Este se diluya y de occidentalizar a Alemania en su conjunto. Asimismo, Clifford y Elsey señalan que el hecho de que los rusos retuvieran tropas en Irán es la prueba irrefutable de que desean dominar ese país y tener mayor control del petróleo de Oriente Próximo. No dicen (y quizá no sepan) que, en el preciso momento en que estaban redactando su informe, altos cargos del Departamento de Estado y estrategas del ejército debatían la posibilidad de que tropas estadounidenses permanecieran en Islandia, las Azores, Panamá, las islas Galápagos y otros territorios más allá de la fecha estipulada para su retirada a fin de que Washington tuviera mayor peso para negociar la red de bases de la posguerra y los derechos de tránsito de tropas.

Leffler acusó también a Clifford y Elsey de ofrecer «una interpretación engañosa del potencial soviético». Más tarde, el propio Clifford admitió que su informe respondía al tipo de análisis «en blanco y negro» que a Truman le gustaba.[66]

El informe, en definitiva, desaconsejaba proseguir las negociaciones con los soviéticos. «El del poder militar —decía— es el único idioma que entienden». Por eso, advertía en tono grave, «Estados Unidos debe estar preparado para poder librar una guerra atómica y biológica» contra la Unión

Soviética.[67] Truman dio instrucciones a Clifford de atar las diez copias de su informe y encerrarlas bajo llave. «Si esto se sabe —afirmó—, la Casa Blanca saltaría por los aires, ¡el Kremlin saltaría por los aires!». Si el informe salía a la luz, se demostraría también que Wallace, a quien Truman había apartado del gobierno cuatro días antes, tenía razón y todas sus advertencias contra la política de línea dura y confrontación directa del gobierno eran correctas.[68]

Respondiendo a las preguntas de Clifford, el almirante Leahy les proporcionó a él y a Truman una copia del testamento de Pedro el Grande. El zar instaba a los rusos a conquistar grandes regiones de Asia y Europa y a mantenerse en pie de guerra constantemente. Nadie cuestionó la veracidad de aquella notable falsificación del siglo XVIII. Truman lo citó a partir de entonces en varias ocasiones para establecer paralelismos entre las políticas zaristas y las estalinistas.[69]

Mientras los soviéticos imponían gobiernos de izquierdas con los que poder mantener buenas relaciones dentro de su esfera, los británicos imponían gobiernos de derechas dentro de la suya. En Grecia tropas británicas hicieron caer al gobierno del Frente de Liberación Nacional, popular y de izquierdas, y restauraron la monarquía y la dictadura de derechas. Metieron en la cárcel a los más críticos y, ante la aplicación de nuevas medidas represivas, se produjo un levantamiento liderado por los comunistas. Los yugoslavos les prestaron apoyo, pero los soviéticos no. Stalin se atenía a su pacto de guerra con Churchill: Grecia pertenecía a la esfera de influencia británica.

Tras el frío invierno de 1946-1947, Gran Bretaña, atada de pies y manos en lo financiero, pidió a Estados Unidos que liderase la batalla contra los insurgentes griegos y modernizase al Ejército turco. Más tarde un cargo del Departamento de Estado comentaría: «De buenas a primeras, Gran Bretaña cedió el trabajo de líder mundial […] a Estados Unidos».[70] Pero la ciudadanía, cansada de guerras, y el Congreso, de mayoría republicana, que se proponía reducir los impuestos y restringir los compromisos internacionales, se interpusieron en el camino de Truman. Los republicanos habían vapuleado a los demócratas en las elecciones de noviembre de 1946 recurriendo a las mismas tácticas —poniendo como cebo para el votante la peligrosa amenaza roja— que tan familiares se harían en la siguiente década. El presidente del Republican National Committee [Comité Nacional Republicano] declaró que aquellas elecciones suponían escoger entre «comunismo y republicanismo» y acusó a los «radicales de mentalidad extranjera» de haberse hecho con el control del Partido Demócrata.[71]

El Congreso era reacio a aprobar la moción de apoyo a las gravosas iniciativas de Truman en Grecia y Turquía. Habían cesado hacía tiempo las pruebas militares de los soviéticos en el Mediterráneo y la tensión entre Washington y Moscú también había disminuido. El senador Arthur Vandenberg dijo a Truman que haría bien en «asustar al país» si quería la aprobación de la campaña global contra el comunismo que transformaría la política exterior «de arriba abajo». Dean Acheson fue el encargado de transmitir el mensaje de la administración, enmarcándolo en la lucha superior entre la libertad y el totalitarismo. Solo unos meses antes había lamentado el respaldo al «reaccionario régimen» griego. La crisis turca, sin embargo, le hizo cambiar de opinión.[72] Hijo de un clérigo, Acheson creía que la vida es «un peregrinaje del nacimiento a la muerte por el campo de batalla del bien y del mal».[73] A un grupo de líderes del Congreso les dijo: «Como manzanas en un barril donde hay una podrida, de la corrupción de Grecia se contagiarán primero Irán y luego todo el Oriente. Luego la infección pasará a África a través de Asia Menor y Egipto, y a Europa a través de Italia y de Francia, ya amenazadas por los partidos comunistas más fuertes de Europa Occidental». Habló de «Armagedón».[74]

A George Kennan, jefe de la oficina de planificación del Departamento de Estado, y a otros como, por ejemplo, George C. Marshall, a quien Truman eligió para sustituir a James Byrnes en la Secretaría de Estado, George Elsey y Chip Bohlen, experto en la Unión Soviética, les parecía una idea descabellada. Frente a quienes le aconsejaban rebajar el tono, Truman se puso del lado de Acheson. En su alocución ante ambas cámaras, Truman solicitó cuatrocientos millones para financiar

su política en Grecia y Turquía y declaró que Estados Unidos debía apoyar «a los pueblos libres que resisten el sojuzgamiento de minorías armadas o las presiones del exterior»,[75] formulación que a partir de ese momento se conoció como Doctrina Truman.

Tras un acalorado debate, el Congreso dio su conformidad a los planes del presidente. A muchos de sus miembros, sin embargo, les inquietaba su llamada a las armas y su respaldo a gobiernos antidemocráticos y manifiestamente antidemocráticos. Para Bernard Baruch, aquel discurso equivalía a «una declaración [...] de guerra religiosa».[76] Marshall criticó las exageraciones. Walter Lippmann estaba tan enojado ante la desproporcionada retórica de la Doctrina Truman y su aparente compromiso de intervención que estuvo a punto de llegar a las manos con Dean Acheson durante una cena en Washington. Algunos, incluido Kennan, rechazaban las razones del presidente para ayudar a Turquía, a la que los soviéticos no amenazaban abiertamente, y temían que Stalin respondiera como lo haría Truman si la URSS ayudaba militarmente a México.



Truman en una sesión conjunta de ambas cámaras en marzo de 1947. El presidente pidió cuatrocientos millones de dólares para financiar a Grecia y Turquía. Dentro de lo que luego se llamaría Doctrina Truman, declaró que Estados Unidos debía apoyar «a los pueblos libres que resisten el sojuzgamiento de minorías armadas o las presiones del exterior».

Una vez más, fue Henry Wallace quien lideró la oposición. El día posterior a la intervención de Truman en el Congreso, habló en la cadena de radio NBC y denunció que era una «soberana tontería» afirmar que los Gobiernos turco y griego eran democráticos, y acusó a Truman de «traicionar» la idea de paz mundial de Roosevelt. «Cuando el presidente Truman proclama el conflicto mundial entre Oriente y Occidente —advirtió—, está diciendo a los dirigentes soviéticos que nos estamos preparando para una posible guerra». En el mundo entero abundaban el hambre y la inseguridad y se pedía un cambio. Querer abortar ese cambio no solo era inútil, sino también contraproducente. «En cuanto Estados Unidos opte por la oposición al cambio —profetizó—, estamos perdidos. Nos convertiremos en el país más odiado del mundo». La ayuda militar no era la respuesta. «La política de Truman —predijo— difundirá el comunismo por Europa y por Asia. Cuando Truman ofrece ayuda incondicional al rey Jorge de Grecia, se convierte en el mejor vendedor del comunismo en toda su historia».[77]

Los soviéticos reaccionaron con rabia. *Pravda* acusó a Estados Unidos de «expansionismo imperialista disfrazado de caridad» y de «ampliar la Doctrina Monroe al Viejo Continente».[78] Howard K. Smith, que se encontraba en Moscú para cubrir para la CBS la conferencia de la Reunión de Ministros de Exteriores, escribió que el discurso de Truman había alterado la atmósfera de la cita y de toda Europa del Este. A finales de mayo, los soviéticos patrocinaron un golpe de Estado comunista para derribar al gobierno electo de Hungría. *The New York Times* opinó: «El golpe de Hungría es la respuesta rusa a nuestra intervención en Grecia y Turquía».[79]

La guerra civil griega se hizo más cruenta y, en junio de 1947, empezó a llegar personal militar norteamericano a la zona. El ejército aprovechó Grecia para probar tácticas nuevas y antiguas que luego emplearía en Vietnam, como el aniquilamiento de los sindicatos, torturas, destrucción de

pueblos con napalm, deportaciones en masa a campos de concentración sin juicio ni acusaciones, encarcelamiento masivo de las mujeres e hijos de los subversivos, ejecuciones en masa ordenadas por cortes marciales y censura de la prensa. Y así se consiguió que Grecia quedase en manos de los monárquicos y de acaudalados empresarios que, en muchos casos, habían colaborado con los nazis. La mayoría de las víctimas, en cambio, eran trabajadores y campesinos que habían opuesto resistencia a las tropas hitlerianas.

La lucha se prolongó otros dos años. Para el historiador George Herring fue «un conflicto especialmente salvaje con atrocidades por ambos bandos y donde los niños hicieron de meros peones».[80] Amén de mandar un gran contingente de «asesores», Estados Unidos armó a la monarquía griega, de derechas, hasta los dientes.

Durante un tiempo, la Unión Soviética prestó ayuda a las fuerzas de izquierdas, pero luego dejó de hacerlo. En febrero de 1948, Stalin ordenó a Josip Broz *Tito*, mariscal de Yugoslavia, que dejara de apoyar al «movimiento de guerrilla» de Grecia, y precipitó así un abierto enfrentamiento con su más estrecho aliado. Cuando los yugoslavos insistieron en seguir con la asistencia militar, Stalin bramó: «[Los comunistas de Grecia] no tienen ninguna posibilidad. ¿Qué se cree usted, que Gran Bretaña y Estados Unidos (¡Estados Unidos, la nación más poderosa del mundo!) van a permitir que usted interrumpa su línea de comunicaciones en el Mediterráneo? ¡Es una locura! Y no tenemos flota. Hay que detener el levantamiento de Grecia lo antes posible». Cuando Tito se negó a plegarse a las exigencias soviéticas, el Cominform expulsó a Yugoslavia.[81] El Departamento de Estado informó: «La comunidad internacional cuenta, quizá por primera vez en la historia, con un estado comunista [...] independiente de Moscú [...]. En el movimiento comunista mundial aparece un nuevo factor de profundo y fundamental significado al demostrarse que uno de sus secuaces puede plantar cara al Kremlin y salir bien parado».[82] Aunque proporcionó ayuda encubierta a Tito, Estados Unidos nunca modificó su retórica para reflejar el hecho de que la internacional comunista no fuera tan monolítica como antaño se había creído.

Más tarde, Churchill le dijo a un periodista norteamericano: «Stalin nunca rompió la palabra que me dio. Llegamos a un acuerdo sobre los Balcanes. Yo le dije que podía quedarse con Rumanía y Bulgaria y él respondió que nosotros podíamos quedarnos con Grecia [...]. Firmó en un trozo de papel y nunca rompió su palabra. Así salvamos a Grecia».[83]

Cuando Stalin dejó de prestarles apoyo, los rebeldes estaban condenados, y Truman anunció la victoria de Estados Unidos. Los griegos, sin embargo, no estaban tan de acuerdo. Hubo más de cien mil muertos y ochocientos mil refugiados. La intervención en Grecia tuvo, además, consecuencias preocupantes. Aunque se trataba mayormente de un conflicto surgido en el interior del país, Truman lo trató como si fuera parte de un plan soviético para dominar del mundo y se preparó para ayudar a otros gobiernos de derechas en nombre del anticomunismo. Estados Unidos sustituyó la diplomacia por la fuerza, abrazó el unilateralismo en vez de las Naciones Unidas y la represión en detrimento de la lucha contra las causas socioeconómicas del descontento popular. El historiador Arnold Offner extrajo la siguiente conclusión: «La intervención norteamericana dejó un legado: durante unas tres décadas, los sucesivos gobiernos griegos se valieron del aparato del Estado (poder legislativo, policía, ejército y un Servicio Central de Información organizado a imagen de la CIA) para perseguir sistemáticamente a sus viejos enemigos y negarles el sustento y los derechos básicos».[84]

Marshall enfocó la crisis desde un punto de vista más positivo e invitó a los países europeos a elaborar un plan de recuperación económica y desarrollo que financiaría Estados Unidos. Diecisiete naciones de Europa solicitaron veintisiete mil millones de dólares. Estados Unidos acabó gastando trece mil entre 1948 y 1952.[85] Gran Bretaña, Francia y Alemania fueron los que más se beneficiaron, aunque con ello se reavivó el miedo de los soviéticos a la recuperación de Alemania como potencia y a la formación de un bloque occidental. Invitaron a participar en el plan a la Unión

Soviética y los países del este de Europa, pero con condiciones que sabían que Stalin rechazaría. Los soviéticos se dieron cuenta de que sus antiguas expectativas de que la unidad de Occidente encallara en los bajíos de la rivalidad imperialista no se iban a hacer realidad.



Junio de 1948, operario trabajando en Berlín dentro de un proyecto financiado por el Plan Marshall (según indica el cartel colgado en el muro). Estados Unidos gastó trece mil millones de dólares en la recuperación de Europa entre 1948 y 1952. Con Gran Bretaña, Francia y Alemania como mayores beneficiarios, el plan exacerbó los temores soviéticos de una Alemania rearmada y de verse rodeados por naciones capitalistas.

Truman dijo que su nueva doctrina y el Plan Marshall eran las «dos caras de la misma moneda».[86] Abandonando toda esperanza de colaboración prolongada con Europa Occidental y Estados Unidos, Moscú ofreció a Europa Oriental su Plan Molotov. Además, tomaron otras medidas enérgicas. En Bulgaria expulsaron del gobierno a los últimos no comunistas. A principios del año siguiente, el Ejército Rojo contribuyó a acabar con el Gobierno checo poniendo fin a la democracia en ese país.

George Kennan dio la justificación teórica de la nueva política norteamericana. Su artículo «The Sources of Soviet Conduct» [«Los orígenes de la conducta soviética»] apareció en el número de julio de *Foreign Affairs* bajo el pseudónimo «X». Kennan, experto en la Unión Soviética que había trabajado en Moscú en las décadas de 1930 y 1940, hizo hincapié en el apetito globalizador de la URSS y elaboró un plan para «contener» su expansión con el objetivo de debilitarla y preservar la hegemonía de Estados Unidos. El mes de octubre anterior había sido menos rotundo. Escribió: «Creo que es un error afirmar que los dirigentes soviéticos desean establecer regímenes comunistas en el anillo de países que rodean a la Unión Soviética por el oeste y por el sur. Lo que sí desean es consolidar en esos estados gobiernos permeables a su influencia y autoridad. Lo principal es que dichos gobiernos acepten el liderazgo de Moscú [...]. En ciertos países que ya se hallan bajo influencia soviética, como, por ejemplo, Polonia, Moscú todavía no ha intentado establecer lo que podría llamarse una forma de gobierno comunista».[87]



George F. Kennan, experto en la URSS que trabajó en la embajada norteamericana en Moscú en los años treinta y cuarenta, aportó los argumentos que justificaban la política «de moderación» de Washington.

Es crucial diferenciar ambas interpretaciones de cuáles eran los objetivos de la Unión Soviética en la posguerra. Moscú no solo carecía de proyecto para sovietizar Europa del Este, sino que esperaba mantener relaciones de amistad y colaboración con sus aliados de la guerra. Además, lo último que quería era una confrontación con Occidente. Como luego explicaron los historiadores Vladislav Zubok y Constantin Pleshakov, «el Kremlin no tenía ningún plan maestro y las ambiciones de Stalin siempre se vieron muy limitadas por la terrible devastación que asoló la URSS en la Segunda Guerra Mundial y porque los norteamericanos monopolizaran el arma atómica».[88]

Por desgracia, el artículo de Kennan en *Foreign Affairs* era un análisis monocromático de una Unión Soviética inclinada a la conquista. Kennan lamentaría luego mucho tiempo que todos interpretasen que con sus palabras pretendía brindar su apoyo a una respuesta militar, cuando más tarde abominó de ella. Al volver la vista atrás, sin embargo, lo que más le consternaba era el comedido mensaje de su telegrama, que le parecía escrito «por las Hijas de la Revolución Americana» durante una encendida diatriba anticomunista.[89] Walter Lippmann criticó a Kennan por hablar de soluciones militares en lugar de pactos pacíficos y por la falta de matices de su propuesta, la política de contención, que no diferenciaba entre intereses vitales y periféricos. Temía que esa política significase «una interminable intervención en todos los países que, supuestamente, tendrían que "contener" a la Unión Soviética». Pero socavaría los principios de la Constitución al conferir demasiado poder al presidente en su calidad de comandante en jefe de todos los ejércitos.[90]

Mientras Truman metía miedo a los norteamericanos con los comunistas del exterior, los republicanos los asustaban con los comunistas del interior. Pero el presidente quiso para sí toda la atención y, nueve días después de haber apelado a una cruzada internacional contra el comunismo, desveló un complejo programa para desenmascarar a los «elementos subversivos» que trabajaban para el gobierno federal, por mucho que, como posteriormente admitió Clark Clifford, uno de sus asesores, «el presidente no daba demasiada importancia a la llamada amenaza comunista. Creía que se decían muchas tonterías al respecto. Las presiones políticas, sin embargo, eran tan fuertes que tuvo que admitir su existencia [...]. En nuestra opinión, no era un problema real, sino una invención, un problema "fabricado". Algunos estaban histéricos».[91] Truman pidió pruebas de lealtad a todos los empleados del gobierno. Los acusados no podían mantener un cara a cara con sus acusadores ni confirmar la base de la acusación. Si uno tenía opiniones poco ortodoxas sobre raza, religión, sexualidad o política exterior, podía cargar con la etiqueta de desleal. El presidente de la Interior Department Loyalty Board [Junta de Lealtad del Departamento de Interior] observó: «Por descontado, el hecho de que una persona crea en la igualdad racial no demuestra que sea comunista, pero, desde luego, hace que la mires con más cuidado, ¿o no?». El FBI investigó a los funcionarios sospechosos. Hasta Truman se temía que, bajo la dirección de J. Edgar Hoover, la organización se convirtiera en

una especie de «Gestapo americana». Clifford creía que Hoover «estaba muy cerca de ser un fascista americano».[92] El gobierno organizaba reuniones multitudinarias donde los empleados cantaban «God Bless América» y juraban lealtad a su país. Entre 1947 y 1951, las llamadas «juntas de lealtad» despidieron aproximadamente a trescientos funcionarios sin darles explicaciones y obligaron a unos tres mil a dimitir. Así se institucionalizó el sentimiento de culpa y se alentó una conformidad entontecedora de acuerdo a la cual gran parte de la nación equiparaba disensión con deslealtad.

En octubre de 1947, el House Un-American Activities Committee, HUAC [Comité de la Cámara de Actividades Antiamericanas], organizó unas sesiones públicas sobre la influencia comunista en Hollywood. Este comité convocó a once testigos hostiles, entre quienes se encontraban algunos de los más reputados guionistas y directores. Invocando la Primera Enmienda, diez de ellos se negaron a responder a la pregunta de si pertenecían al Partido Comunista, que era un partido legal, y fueron citados ante un tribunal por desacato al Congreso. El undécimo miembro del grupo, el dramaturgo Bertolt Brecht, que había llegado a Hollywood huyendo de los nazis, negó ser comunista y se marchó a Alemania Oriental. En lugar de defender a sus empleados, los ejecutivos de los estudios denunciaron a los «Diez de Hollywood» y se comprometieron a no contratar a ninguna persona de filiación sospechosa. Entre los testigos que confirmaron la existencia de la amenaza comunista en Hollywood se encontraba el presidente del Screen Actors Guild [Gremio de Actores de Cine], el futuro presidente Ronald Reagan. Robert Taylor, Gary Cooper y Walt Disney también testificaron afirmativamente. Fueron, en cambio, muchas más las celebridades de Hollywood que denunciaron la caza de brujas del Congreso; entre ellas, Humphrey Bogart, Gregory Peck, Gene Kelly, William Wyler, Lucille Ball, Frank Sinatra, Burt Lancaster, Edward G. Robinson, Lauren Bacall, Orson Welles, Katharine Hepburn, Pete Seeger, Henry Fonda, Ethel Barrymore, Benny Goodman y Groucho Marx. A pesar de las protestas, los Diez de Hollywood fueron condenados por desacato al año siguiente y sentenciados a prisión.

En julio de 1947, tras cinco meses de sesiones y acalorados debates, el Congreso aprobó la mayor reforma militar de la historia de Estados Unidos. Mediante la National Security Act se creó el National Military Establishment [Órgano Militar Nacional], que posteriormente pasaría a constituir el Departamento de Defensa. Estaba compuesto por los departamentos del Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas, y dirigido por el secretario de Defensa y por el Estado Mayor Conjunto. James Forrestal, antisoviético de línea dura, fue el primer secretario de Defensa designado por Truman. La creación de una nueva fuerza aérea separada del Ejército confirmaba la importancia de la guerra atómica en la planificación estratégica.

La nueva ley suponía también la creación del National Security Council, NSC [Consejo de Seguridad Nacional], del War Council [Consejo para la Guerra], de la National Security Resources Board [Junta de Recursos de Seguridad Nacional] y de la Central Intelligence Agency, CIA [Agencia Central de Inteligencia]. El secretario de Estado, el general Marshall, se opuso a todos esos órganos porque, en su opinión, concedían a los militares demasiada influencia en la política exterior y recortaban la autoridad constitucional del presidente y de la Secretaría de Estado. El propio Truman temía que la CIA se convirtiera en una «Gestapo» o «dictadura militar».[93] La naturaleza clandestina de la agencia preocupaba a Dean Acheson, que escribió: «Yo albergaba los peores presagios sobre esta organización y advertí al presidente de que, una vez en funcionamiento, ni él ni el Consejo de Seguridad Nacional ni nadie estarían en disposición de conocer sus actividades ni de controlarla». Aunque la ley solo autorizaba en concreto a la agencia a reunir, analizar y difundir información, también le otorgaba competencias para llevar a cabo «otras funciones y tareas propias de los servicios de inteligencia relacionadas con la seguridad nacional». La agencia se valió de tan vaga redacción para llevar a cabo centenares de operaciones encubiertas, incluidas las ochenta y una que completó solo durante la segunda legislatura de Truman.

A finales de septiembre de 1947, George Kennan pidió a Forrestal la formación de un «cuerpo de guerra de guerrillas» —sugerencia que el secretario de Defensa aceptó de muy buena gana—, aunque el Estado Mayor Conjunto se manifestó en contra de crear «una escuela y una unidad autónoma para guerra de guerrillas». En diciembre Truman aprobó el anexo secreto NSC 4-A, que daba autorización a la CIA para llevar a cabo operaciones encubiertas. En septiembre de 1945 había desmantelado las unidades de operaciones paramilitares encubiertas de la Oficina de Servicios Estratégicos y ahora reactivaba ese tipo de operaciones. En el verano de 1948 aprobó el NSC 10/2, que apelaba a «la guerra económica y de propaganda; la acción directa preventiva, incluidos el sabotaje, el antisabotaje y medidas de demolición y evacuación; la subversión contra estados hostiles, incluida la ayuda a movimientos de resistencia clandestinos, guerrillas y grupos de liberación de refugiados; y el apoyo a los elementos anticomunistas nativos en países amenazados del mundo libre». Tales actividades debían llevarse a cabo de manera que el Gobierno de Estados Unidos pudiera negarlas de manera plausible. En agosto de 1948, Truman autorizó el NSC 20, que daba luz verde a operaciones de guerrilla en la Unión Soviética y Europa del Este.[94]

Incluso el tan aparentemente benigno Plan Marshall demostró ser una tapadera para la subversión. La mitad del 10 por ciento de los fondos del Plan destinados a gastos administrativos se desvío para financiar las operaciones encubiertas de la Office of Policy Coordination [Oficina de Coordinación Política] de la CIA, cuyo director, Frank Wisner, informaba de dichas operaciones directamente a los secretarios de Defensa y de Estado. Tim Weiner, de *The New York Times*, habló de «red global de lavado de dinero». El coronel R. Allen Griffin, director de la División del Lejano Oriente del Plan Marshall, confesó: «Miraremos para otro lado y les prestaremos ayuda. Les diremos que nos metan la mano en el bolsillo». Kennan, artífice de toda esta estructura, dijo que se trataba del primer acto de «guerra política organizada». Con los fondos desviados, la CIA organizó una red de falsas organizaciones que reclutaba agentes extranjeros como vanguardia belicista de las guerras propagandísticas que se avecinaban. A veces se iba más allá de la propaganda y esos agentes se infiltraban en sindicatos y otros grupos e instituciones y creaban células clandestinas. Forrestal y el Pentágono deseaban unos programas todavía más ambiciosos, con «movimientos de guerrilla [...], ejércitos clandestinos [...], sabotajes y asesinatos».[95]

Parte del dinero del Plan Marshall fue a parar a la guerrilla de Ucrania, «Ruiseñor», que la Wehrmacht había creado en la primavera de 1941 con ayuda de Stephan Bandera, jefe de la OUN-B, ala más radical de la Organización Nacional Ucraniana. Al año siguiente, Mikola Lebed fundó el brazo terrorista de la organización, el Ejército Insurgente de Ucrania. Estaba compuesto por ultranacionalistas y colaboracionistas (nazis) que habían causado estragos en la región: llevaron a cabo el asesinato de miles de judíos, soviéticos y polacos directamente o ayudaron a que se produjeran, y más tarde se enfrentaron a los alemanes, que se oponían al plan de OUN-B de creación de un estado ucraniano independiente. En 1944 Lebed participó en la formación del Consejo Supremo para la Liberación de Ucrania, CSLU, sección política del Ejército Insurgente.

Al terminar la guerra, Lebed huyó a Roma y se puso en contacto con los Aliados. El Counterintelligence Corps [Unidad de Contraespionaje] del Ejército norteamericano empezó a trabajar con él en 1947 y lo introdujo de forma clandestina en Múnich, donde empezó a colaborar con la CIA al año siguiente. En junio de 1949, la CIA se lo llevó a Estados Unidos. Cuando, más tarde, el Departamento de Justicia quiso deportarlo, Allen Dulles afirmó que tenía «un valor inestimable» para la agencia y dijo que colaboraba en «operaciones de primordial importancia».[96]

Entre esas operaciones, los «Proyectos Especiales» de Wisner, hubo una ideada por Steve Tanner, el oficial de la CIA destinado en Múnich, que a finales de 1948 empezó a trabajar para el CSLU. Al año siguiente preparó a varios agentes para que se infiltraran en Ucrania y el 5 de septiembre la CIA lanzó a los primeros en paracaídas en la región. La operación duró cinco años, pero tuvo escaso

éxito. Los soviéticos no tardaron en atrapar a la mayoría de infiltrados, pero las operaciones indicaron a las claras hasta qué extremos estaba dispuesta a llegar la administración norteamericana para acabar con el control soviético sobre Europa Oriental.[97]

Los soviéticos tensaron la cuerda. Los últimos no comunistas habían sido expulsados de los Gobiernos búlgaro y checo. La muerte de Jan Masaryk, ministro de Exteriores checo, llegó a obsesionar a Forrestal —Masaryk cayó por la ventana del cuarto de baño de su apartamento, o lo empujaron—. Cuando Moscú impuso un gobierno títere en Checoslovaquia, las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos se congelaron. Las brutales dictaduras de Europa Oriental durarían cuatro décadas más.

La primera operación encubierta de la CIA contribuyó a amañar las elecciones italianas de 1948 para asegurar la victoria de los democristianos frente a los comunistas. Como en muchos otros casos de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, a tal punto llegaba el compromiso de Estados Unidos con la «democracia». Kennan dijo a Marshall que una victoria comunista habría minado «en su conjunto» la posición norteamericana en el Mediterráneo. El general prefería que el gobierno declarase ilegal al Partido Comunista y precipitase una guerra civil, para que Estados Unidos tuviera una excusa para la intervención militar.[98]

La democracia tampoco importó demasiado cuando la CIA asumió la responsabilidad de que el ejército controlase la Organización Gehlen alemana. El general Reinhard Gehlen, un nazi que había dirigido los servicios de inteligencia de Hitler en Europa Oriental y la Unión Soviética, reclutó una red de criminales de guerra nazis que en su mayoría habían sido agentes de la Sicherheitsdienst (SD), la Gestapo y las Waffen-SS. La Gehlen Org, como solían llamarla, ofreció abundante información sobre Europa Oriental, pintando el peor cuadro posible de las iniciativas y amenazas soviéticas. Un oficial retirado de la CIA reconocería: «La agencia estaba encantada con Gehlen, porque nos daba lo que queríamos. Nos valíamos de su material constantemente y se lo transmitíamos a todo el mundo: al Pentágono, a la Casa Blanca, a la prensa. Y también estaban encantados. Pero no eran más que exageraciones, basura sobre el monstruo ruso que le hizo mucho daño a este país».[99]

Nada más firmarse la paz, los encargados de la planificación política norteamericana decidieron impedir el deterioro de su preciosa maquinaria militar e industrial. En 1948 el 62 por ciento de todos los proyectos de investigación y desarrollo de la administración federal estaban relacionados con lo militar. Las Fuerzas Aéreas requerían una porción mayor. El general Carl Spaatz testificó ante el Congreso: «La próxima guerra —dijo— será, más que nada, una guerra aérea».[100] Estados Unidos empezó la investigación en misiles y dio trabajo a muchos centenares de científicos alemanes que sacó en secreto de Europa —como, por ejemplo, casi todos los colaboradores de Wernher von Braun en Peenemünde—. Algunos de ellos habían colaborado en experimentos con seres humanos y en programas con mano de obra esclava. Igualmente inquietante resulta que, en los juicios de Tokio por crímenes de guerra, las autoridades norteamericanas garantizaran en secreto la inmunidad a oficiales e investigadores japoneses envueltos en la tristemente famosa Unidad 731 a cambio de compartir los resultados de experimentos letales con tres mil prisioneros en Manchuria. Entretanto, las Fuerzas Aéreas, en competencia con el Ejército y la Marina por mayor financiación y prestigio, emplearon a su propio grupo de expertos para diseñar una estrategia que facilitara su primacía. En 1948 este grupo se transformó en la RAND Corporation, una organización independiente. Durante esos años, los planes de guerra confiaban cada vez más en el uso de armas atómicas y en la guerra aérea, al parecer mucho más baratos que la guerra convencional. A mediados de la década, el presupuesto de las Fuerzas Aéreas era tan alto como el de la Marina y el Ejército juntos.

La evolución de la estrategia militar norteamericana realzaba la importancia estratégica de Oriente Próximo. En 1947 se trazaron planes para bombardear objetivos soviéticos desde las bases en esa región —y desde Okinawa y Gran Bretaña—. De particular importancia era la base de El Cairo-Suez,

desde la que los bombarderos británicos podían alcanzar un equivalente al 84 por ciento de las refinerías soviéticas. Como parte de esta estrategia, Estados Unidos reforzó su presencia militar en Turquía, mejorando la capacidad de Ankara para impedir una ofensiva soviética en la región.[101]

En el año 1948, el conflicto entre palestinos e israelíes alcanzó su punto crítico —y en ese punto permanecería, da la impresión, seis décadas más—. La situación se complicó porque, a pesar de los denodados esfuerzos por adaptar la realidad a sus deseos de los responsables de planificación política de Estados Unidos, ninguna de las cuestiones relacionadas con Oriente Próximo encajaba bien en el paradigma de la Guerra Fría. Esos responsables trataban de navegar entre varios grupos y etnias con intereses básicamente distintos: dirigentes árabes reaccionarios que controlaban inmensos recursos petrolíferos y las bases y rutas estratégicas de la región; la masa nacionalista de población, que a menudo vivía en condiciones lamentables; las víctimas palestinas de la política israelí; las víctimas judías del Holocausto, desesperadas por encontrar una patria; los votantes judíos, y luego conservadores, del propio Estados Unidos, incluidos los cristianos del credo evangélico, que defendían sin ambages las acciones de Israel; y un mundo islámico unido que se oponía a la política israelí y a veces a la existencia misma de un estado judío en sus territorios. Y el problema se había enquistado ya cuando la región estaba bajo control británico.

En 1915, recurriendo a su habitual estrategia, «dividir y conquistar», los británicos prometieron a los árabes un estado independiente con la intención de fomentar una rebelión árabe contra el imperio otomano. Luego, en 1917, Arthur Balfour, el secretario de Estado de Asuntos Extranjeros, pidió apoyos para la fundación de una patria judía en Palestina, donde vivían setecientos cincuenta mil árabes y solo sesenta y cinco mil judíos. Arthur Koestler, el autor británico, resumió así el proceso: una nación promete a otra la tierra de una tercera.[102]

En 1919, en Versalles, los delegados ratificaron la Declaración Balfour y Palestina se convirtió en un mandato de Gran Bretaña. En 1922 el Congreso norteamericano también ratificó la declaración. En los años iniciales del siglo, los judíos europeos en busca de un país nuevo solían elegir Estados Unidos, no Palestina, a la que, antes de la década de 1930, solo emigraba un 30 por ciento de ellos. El 68 por ciento se desplazaba a Estados Unidos. Pero la emigración a Norteamérica se redujo drásticamente en virtud de las restrictivas leyes de inmigración de 1921 y 1924. En los años treinta, con los que huían de los nazis, la llegada de judíos a Palestina se incrementó notablemente. Y los árabes se molestaron. Los atentados contra colonos judíos aumentaron cuando la población judía llegó al medio millón, es decir, para entonces, el 30 por ciento de la total. Las represalias de los judíos no se hicieron esperar.

Roosevelt vacilaba. No sabía si apoyar la creación de una patria judía. No quería ofender a los saudíes, a quienes cortejaba por su petróleo, y por afianzar su posición en Oriente Próximo; para competir con Gran Bretaña llegó a pactos contradictorios con árabes y judíos. De camino a Yalta se citó con el rey saudí Ibn Saud y le sorprendió su firme oposición a que los judíos tuvieran una patria. Saud le dijo que podían fundar la patria judía en Alemania: «Es el criminal quien tiene que compensar a la víctima, no un pobre testigo inocente». Roosevelt renunció a sus compromisos anteriores y prometió a Saud «no hacer nada para ayudar a los judíos en contra de los árabes y [...] no adoptar ninguna medida hostil al pueblo árabe».[103] Asimismo, hizo poco por ayudar a los judíos ante la persecución nazi. Le puso trabas un Departamento de Estado insensible a la tragedia de las víctimas incluso en 1942, cuando comenzaron a circular rumores de la política de exterminio. Estados Unidos solo admitió la entrada de ciento sesenta mil judíos europeos entre 1933 y 1942, lo que supuso un incremento mínimo de la población judía norteamericana, que pasó del 3,6 al 3,7 por ciento.[104]

Al terminar la guerra, los británicos seguían dominando la región, con doscientos mil hombres en la base del canal de Suez, bases aéreas en Irak y Sudán e instalaciones aéreas en la población palestina de Lydda, bases navales en Bahréin y Adén y presencia naval en Haifa, y el mando de la Legión Árabe

en Transjordania, con otros ocho mil hombres. Decididos a no hacer nada que incomodase más a los árabes y pusiera en peligro sus intereses, y con la vista puesta también en el petróleo de Irak e Irán, reanudaron la política de Neville Chamberlain en 1939 y primero limitaron la inmigración judía y luego la impidieron totalmente. Eso, sin embargo, no impidió la afluencia de supervivientes del Holocausto y otros refugiados judíos que, después de la guerra, llegaron «ilegalmente» a Palestina. Cuando los británicos tomaron medidas y, por ejemplo, arrestaron a dos mil de ellos, Irgún, la organización terrorista judía, bombardeó el secretariado y el cuartel general británicos en el hotel Rey David de Jerusalén y murieron noventa y una personas.

A mediados de 1946, Truman decidió respaldar un plan que llevaría a cien mil refugiados europeos a Palestina, pero, en lugar de crear un estado judío independiente, apostó por la formación de un solo estado con dos provincias separadas: una judía y otra árabe. Los dirigentes judíos se opusieron rotundamente y Truman dedicó una comida del gabinete a discutir el problema palestino. Acheson y Forrestal le instaron a seguir adelante con el plan. Henry Wallace no estaba de acuerdo. Una entrada de su diario arroja luz sobre la discusión y la actitud de Truman: «El presidente Truman dijo estar muy "enojado" con los judíos. Aseguró: "Si cuando bajó a la tierra, Jesucristo no les pareció bien, ¿por qué iba yo a tener más suerte?". Truman ha dicho que no sabe qué hacer con ellos y que no le importa lo que les pase». Wallace le refrescó la memoria: «Tiene que recordar que a ellos les es fácil compartir ese mismo estado de ánimo, porque casi todos los judíos de Palestina tienen parientes en Europa y saben que han asesinado a cinco de seis millones y saben que ningún otro pueblo ha sufrido tanto». «Jim Forrestal —proseguía Wallace— ha dicho previamente que los polacos han sufrido más. Luego sacó a colación el crudo de Arabia Saudí y dijo que, en caso de que hubiera otra guerra, lo necesitaríamos. El presidente Truman ha dicho que no quería abordar este asunto desde el punto de vista del petróleo, sino desde el punto de vista de lo que está bien».[105]

A principios de 1947, Gran Bretaña anunció que, junto con el recorte de gastos en Grecia y Turquía, quería poner fin a su protectorado en Palestina y discutió el problema con Estados Unidos sin aportar ninguna solución. En mayo los soviéticos sorprendieron a los norteamericanos cuando Andréi Gromiko, secretario de Estado en funciones, expuso la postura de Moscú ante la Asamblea General de la ONU. Citando los horrores del Holocausto, el hecho de que tanto judíos como árabes adujeran reivindicaciones históricas y de que la mala gestión de los británicos había exacerbado las tensiones, Gromiko dijo que los soviéticos preferían un estado federal, o binacional. Sin embargo, si eso no era posible, apoyarían la solución de los dos estados, que los judíos preferían y a la que los árabes se oponían vehementemente. A finales de 1947, Estados Unidos, pese a la feroz oposición de los árabes, aprobó la partición de Palestina en dos estados independientes. Los soviéticos, pues, apoyaban los dos estados; los británicos y los árabes se oponían; y Estados Unidos dudó, hasta que finalmente se subió al carro. En Palestina la violencia árabe estalló en cuanto se anunció el voto favorable a la partición.

El 14 de mayo de 1948 se proclamó el Estado de Israel. Once minutos después, Estados Unidos ofreció su reconocimiento diplomático. Horas después, las naciones árabes iniciaron una guerra a gran escala con la esperanza de acabar con la nueva nación antes de que hubiera iniciado su andadura. Con armas sobre todo soviéticas y checas, los israelíes, muy inferiores en número, derrotaron a los árabes en seis meses. Al reconocer el Estado de Israel, Truman desoía los consejos de Marshall, Forrestal y Robert Lovett, que temían la ruptura con los países productores de petróleo, aliados de Estados Unidos en la región. Los tres temían también perder el acceso a las bases de Oriente Próximo, cruciales para atacar la Unión Soviética en caso de guerra. El 12 de mayo, en el Despacho Oval, Clifford planteó los problemas morales y estratégicos del reconocimiento del Estado de Israel. Imaginaba al nuevo país como aliado de valor incalculable en una región muy volátil. Marshall, sin embargo, contrarrestó con vehemencia sus argumentos e insistió en que se basaban en objetivos

exclusivamente electorales: con el reconocimiento de Israel, Truman esperaba conseguir el voto de los judíos norteamericanos. El general dijo a Truman sin rodeos que si reconocía el nuevo Estado, no le votaría en las elecciones presidenciales de 1948.

Había cierta verdad en la postura de Marshall. Truman, desde luego, era consciente de las consecuencias electorales de sus actos. «En todos los años que llevo en política —le dijo a un amigo—, no recuerdo que el voto árabe haya inclinado jamás unas elecciones ajustadas».[106] Y las elecciones de 1948 fueron en efecto muy ajustadas. Cada voto contó. Pero Truman, a pesar de sus frecuentes comentarios antisemitas y del desprecio que le inspiraban los activistas judíos, sentía también una sincera compasión por las víctimas del Holocausto.

Marshall había defendido la administración tutelada de Palestina bajo los auspicios de las Naciones Unidas, que judíos y árabes compartieran el mismo país. Como tantos otros, le preocupaban también los estrechos lazos entre Israel y la Unión Soviética, que reconoció al nuevo Estado el 15 de mayo. Los servicios de inteligencia norteamericanos informaban de las conexiones soviéticas con el Irgún y la Stern Gang y advirtieron también de la influencia de los comunistas judíos en la región. Estados Unidos y Gran Bretaña, en su intento por limar asperezas con los árabes, implantaron un embargo de armas sobre ambos bandos y Estados Unidos maniobró para anticiparse a la resolución de las Naciones Unidas condenando la agresión árabe. Los politólogos norteamericanos, temiendo la intervención militar soviética bien de forma unilateral o como parte de una fuerza de paz internacional, presionaron en favor de una rápida resolución del asunto.

A pesar de las amenazas de Ibn Saud de cancelar las concesiones a la petrolera Aramco, que Texaco y Standard Oil de California habían fundado en Arabia saudí, Washington no temía excesivamente las represalias árabes. Según un informe de primeros de julio del Departamento de Estado, con la excepción de Irán, Oriente Próximo solo aportaba el 6 por ciento del petróleo que consumía Occidente, una pérdida que se podía asumir «sin consecuencias sustanciales para ningún grupo de consumidores».[107]

Aunque Israel firmó acuerdos de armisticio con Egipto, Líbano, Jordania y Siria en 1949, la amargura de los árabes por la creación de un estado judío en Oriente Próximo persiste aún hoy y las diferencias que provocó la guerra de 1948 todavía no se han resuelto. El problema de los refugiados acentuó las dificultades, porque muchos árabes huyeron del territorio que ocuparía el futuro Israel: algunos siguiendo los consejos de los dirigentes árabes, otros expulsados por los israelíes. Este problema, el de los refugiados, continúa siendo una fuente de constante tensión en la actualidad.

Mientras árabes e israelíes se enfrentaban en Oriente Próximo, Estados Unidos y la Unión Soviética casi llegaron a las manos en Alemania. En la primavera de 1948, Estados Unidos y Gran Bretaña dieron los primeros pasos hacia la consolidación de un gobierno independiente en la Alemania Occidental, superando la oposición de Francia y de otras naciones europeas, que temían una Alemania poderosa y con capacidad para remilitarizarse. Muchos políticos alemanes de las zonas occidentales se resistían también a esa medida. Temían la interrupción de las relaciones económicas, políticas y personales con la parte oriental de su país.

A finales de junio, Estados Unidos, con audacia y provocación, aplicó una reforma monetaria en los tres sectores occidentales del Berlín ocupado, que se encontraba incrustado en la zona soviética, a más de ciento cincuenta kilómetros de las zonas occidentales. Considerando que esta medida no solo era un paso importante hacia la instauración de un estado alemán occidental independiente y remilitarizado tan solo tres años después de la derrota de Hitler, sino una traición de la promesa norteamericana de que las regiones occidentales, más prósperas, aportaran una compensación tan desesperadamente necesaria, los soviéticos cortaron los accesos por ferrocarril y carretera a Berlín. Stalin adujo que tales accesos se basaban en los acuerdos de guerra, según los cuales habría que establecer una comisión de control aliada tripartita como autoridad suprema de una Alemania unida.

Las potencias occidentales hacían añicos con la nueva medida ese marco de consenso, razonaba, y, por tanto, perdían todo derecho de paso. Los observadores occidentales censuraron la salvaje crueldad del «bloqueo de Berlín» impuesto por los soviéticos. Para Fran Howley, comandante del sector norteamericano en la ciudad, se trataba de un «ambicioso plan criminal para separar la zona oriental de Alemania Occidental y aislar por completo los tres sectores occidentales de Berlín». La decisión, acusaba, era «malvada, la acción más bárbara de la historia desde Gengis Kan». Los soviéticos, bramaron los dirigentes occidentales, intentaban matar de hambre a los habitantes de Berlín Occidental para poder someterlos. Las imágenes de las crueldades soviéticas calarían en la conciencia global, una percepción de aquella crisis que hoy todavía pervive.

Sin embargo, contrariamente a esta imagen tan difundida, los soviéticos, con todas sus faltas, no intentaron nada semejante. En realidad, garantizaron a todos los habitantes de Berlín carbón y alimentos, llegados de la parte oriental de la ciudad o directamente de la Unión Soviética. En octubre de 1948, los analistas de los servicios de inteligencia del Gobierno norteamericano informaron de que «el bloqueo de Berlín por carretera, ferrocarril y vías fluviales» no significaba «el completo bloqueo económico, ni por su intención ni por sus consecuencias».[108]

Lo que todos recordamos, sin embargo, es que en los once meses siguientes, Estados Unidos estableció un puente aéreo a través del cual suministró más de millón y medio de toneladas de comida y combustible a Berlín Occidental para alimentar a sus más de dos millones de habitantes. Truman situó también sesenta bombarderos B-29, en teoría con capacidad para lanzar la bomba atómica, en bases de Alemania y Gran Bretaña. También garantizó a Forrestal que, si se daban las condiciones necesarias, daría su aprobación al uso de armas atómicas. «Estamos muy cerca de la guerra», escribió en septiembre.[109] Cuando Forrestal pidió a George Kennan un análisis del bloqueo soviético, este ofreció una valoración de lo más alarmante: «La ideología comunista y la conducta soviética demuestran bien a las claras que el objetivo último de los dirigentes de la URSS es dominar el mundo».[110] Aunque era consciente de los riesgos, el Gobierno norteamericano prolongó la crisis hasta lograr una ley que perfilaba un nuevo estado alemán en Occidente y la creación, en abril de 1949, de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, por la que, por primera vez en su historia, Estados Unidos se comprometía a firmar una alianza militar en tiempo de paz con Europa Occidental. En mayo de 1949, tras conseguir sus objetivos, el gobierno accedió a mantener conversaciones sobre el futuro de Alemania, y solo entonces la Unión Soviética levantó el bloqueo, poniendo fin a la confrontación de posguerra más peligrosa hasta esa fecha. Estados Unidos había apostado a que el monopolio atómico le permitiría conseguir sus propósitos sin tener que ir a la guerra. Y había ganado.

Una vez fuera del gobierno, Henry Wallace asumió la dirección de *The New Republic*, una publicación liberal, y siguió criticando la política de Truman. El 29 de diciembre de 1947 anunció que llevaría la lucha por la paz un paso más allá y desafiaría a Truman en las elecciones presidenciales del año siguiente. «En todo Estados Unidos, miles de personas piden que me comprometa en esta gran lucha —declaró—. El pueblo está en marcha. Hemos reunido un ejército de Gedeón, reducido en número, poderoso en convicciones, presto para la acción [...]. La paz del pueblo abrirá paso al siglo del hombre corriente». «Cuantos más votos por la paz saquemos en 1948, antes sabrá el mundo que Estados Unidos no está detrás de una política de guerra reaccionaria y de dos bandos que dividen al mundo en dos ejércitos armados y hace inevitable el día en que los soldados norteamericanos yazcan embutidos en uniformes de invierno entre las nieves de Rusia».[111]

Para plantar cara a Wallace, Clifford sugirió que Truman adoptase una estrategia progresista en asuntos económicos y sociales, haciendo caso omiso a los ataques desde una ideología izquierdista a su política exterior, dejando que otros hicieran el trabajo de desacreditar al exvicepresidente. Escribió: «Debemos hacer todos los esfuerzos posibles [...] para que el votante corriente lo

identifique con los comunistas y lo deje al margen [...]. La administración debe persuadir a liberales y progresistas eminentes (*y a nadie más*) de que se unan públicamente a la lucha. Deben decir que a Wallace le respaldan sobre todo los comunistas y sus compañeros de viaje» (la cursiva es del original). Personas que se identificaban sin ambages con la ideología liberal echaron el cebo de la amenaza roja casi de inmediato. Acusaban a Wallace y al partido progresista de no ser más que una herramienta de Moscú. Truman no pudo resistirse y se unió al coro general: «No deseo ni aceptaré el apoyo de Henry Wallace y sus comunistas», dijo a los asistentes a una cena por el día de San Patricio.[112]

Wallace negó en repetidas ocasiones cualquier relación con el Partido Comunista de Estados Unidos y advirtió de que las acusaciones de anticomunismo eran utilizadas para socavar muchas libertades. De poco sirvió. Grupos organizados desbarataban sus mítines, las universidades le negaban el derecho a hablar en los campus y algunos de sus partidarios perdieron su empleo. El *Pittsburgh Press* publicó nombre, dirección y lugar de trabajo de más de mil personas de la parte occidental del estado de Pensilvania que habían firmado la solicitud a la presidencia de Wallace. Glen Taylor, senador por Idaho, compañero de candidatura, fue arrestado en Birmingham, Alabama, y recibió una paliza de la policía por incumplir una ordenanza municipal que prohibía los mítines no racialmente segregados y fue denunciado por insultos al entrar en una reunión del Southern Negro Youth Congress [Congreso de la Juventud Negra del Sur] por una puerta que decía «de color». Wallace le envió el siguiente telegrama: «Es un ejemplo de la hipocresía que supone gastar miles de millones en armas en el nombre de la defensa de la libertad en el exterior, mientras aquí, en nuestra casa, la libertad se pisotea».*[113]*

El cebo de la amenaza roja, el maltrato que dispensaron a Wallace los periódicos más importantes, el desplazamiento de Truman hacia la izquierda en política interior y el apoyo de última hora de muchos votantes demócratas que temían la victoria del republicano Thomas Dewey se saldaron con un desastre electoral para el nuevo candidato. A principios de año, un sondeo de Gallup le daba un 7 por ciento de los votos. Algunos observadores predijeron que conseguiría más de diez millones de sufragios y el propio Wallace predecía de tres a cinco. En octubre las encuestas le daban un 4 por ciento del voto. El resultado definitivo le dejó en cuarto lugar, con 1.157.063 votos, casi doce mil menos que el sudista Strom Thurmond. Al final, tan solo sumó un 2,38 por ciento de los sufragios. *The Wall Street Journal* ofreció en un editorial una interesante interpretación de la campaña: «Dicen los comentaristas políticos que el señor Wallace ha obtenido unos malos resultados porque ha conseguido pocos votos. Se olvidan de que, excepto en política exterior, al señor Wallace ha conseguido que se adopten sus ideas. Desde el momento en que el señor Wallace anunció que se presentaría a la presidencia, el señor Truman se aprestó a restarle apoyos haciendo suyo, cada día un poco más, su programa en política interior».[114] Pero en las cuestiones cruciales de la campaña de Wallace, que cambiarían la forma de operar de Estados Unidos en el mundo, el votante norteamericano respaldó al candidato que había llevado a la nación por el camino del imperio, la carrera armamentística nuclear y la confrontación global. Fue el triste capítulo final de la trayectoria de un nombre que nunca encajó bien en el molde del político estadounidense y sin embargo abrazó una visión moral del papel que un Estados Unidos ilustrado podría desempeñar en el mundo.

En un memorándum secreto de 1948, George Kennan expresó el dilema de los responsables de la política norteamericana. Esclarece por qué la alternativa que representaba Wallace fue rechazada con tanto desprecio:

> Poseemos alrededor de un 50 por ciento de la riqueza del planeta, pero solo un 6,3 por ciento de su población [...]. No podemos evitar ser objeto de envidia y resentimiento. Nuestra verdadera tarea en el periodo venidero es diseñar un modelo de relación que nos permita conservar esta disparidad [...]. Para lograrlo, tenemos que desprendernos de todo

sentimentalismo, de toda ensoñación [...]. Deberíamos dejar de hablar de vaguedades y [...] de objetivos irreales como los derechos humanos, el aumento del nivel de vida y la democratización [...]. Vamos a tener que enfrentarnos directamente a ideas de poder. Cuanto menos las mezclemos con eslóganes idealistas, mejor.[115]

La exitosa resolución de la crisis de Berlín y la fundación de la OTAN en 1949 mejoraron temporalmente el ánimo de la población occidental, pero, tras dos reveses colosales, regresaron los malos presagios. En primer lugar, el Partido Comunista chino, liderado por Mao Zedong, derrotó definitivamente al Kuomintang de Chiang Kai-shek y tomó el poder de la nación más poblada del mundo. *The New York Times* dijo que la victoria comunista era «una enorme tragedia de consecuencias imprevisibles para el mundo occidental».[116] Hacia finales de año, el mismo periódico concluía: «La evolución de los acontecimientos en China representa una derrota inesperada de la tradicional política norteamericana en Extremo Oriente y una victoria igualmente inesperada de la Rusia soviética».[117]

Perder el país con más habitantes del planeta en favor del comunismo fue tal golpe que para algunos supuso el principio del fin de la presencia norteamericana en Asia. El mayor general Claire Chenault, excomandante de los famosos Flying Tigers, predijo una «tercera y más horrible guerra mundial» si Estados Unidos permitía que el comunismo conquistase China. «Tendremos mil millones de enemigos».[118] Pekín temía una reacción militar norteamericana. Los republicanos culparon a Truman de «perder» China y exigieron más apoyo para Chiang Kai-shek.

Aunque la noticia cogió totalmente por sorpresa a la opinión pública, muchos altos cargos del gobierno habían anticipado una victoria comunista más por la incompetencia y corrupción de los nacionalistas que por la brillantez de Mao. Truman comentó: «Hemos apostado por un mal caballo». El gobierno de Chiang Kai-shek, dijo, «era uno de los más corruptos e ineficientes que hayan intentado dirigir un país en toda la historia».[119] Chiang huyó con el rabo entre las piernas y se estableció en Taiwán, aunque el Gobierno norteamericano esperaba que los comunistas tomaran la isla en el plazo de un año. Más preocupados por su seguridad que por la revolución mundial, los soviéticos habían proporcionado poca ayuda y menos apoyo a los comunistas chinos. Aunque Mao y Stalin firmaron una alianza en febrero de 1950, los soviéticos instaron a los dirigentes chinos a mantener relaciones cordiales con el Gobierno norteamericano, y el comercio entre China y Estados Unidos continuó varios meses. Pero el compromiso de China con la revolución y la negativa de Estados Unidos a reconocer la legitimidad del nuevo gobierno condenaron toda iniciativa de aproximación.

El 23 de septiembre de 1949, el presidente Truman transmitió un mensaje que dejó conmocionada a la nación: «Tenemos pruebas de que en las últimas semanas se ha producido una explosión atómica en la URSS».[120] La mayoría de la comunidad científica lo esperaba, de modo que se tomó la noticia con calma. A principios de 1946, el periódico *Los Angeles Times* se hizo eco de las palabras del químico Harold Urey y de otros científicos, que declararon que los soviéticos tendrían la bomba en un plazo de cinco años —para desacreditar la afirmación del general Leslie Groves de que tardarían otros veinte en estar en disposición de fabricarla—. Los expertos se habían dado cuenta hacía mucho tiempo de que el reto de la fabricación tenía más que ver con la técnica que con la ciencia. El *Times* acusó a Groves de «condenar al pueblo norteamericano a un paraíso de idiotas» promoviendo la fantasiosa idea de que Estados Unidos poseía un «secreto» que merecía la pena preservar e instó sabiamente a las autoridades a aprovechar «sus cinco años de gracia no para hacer acopio de bombas atómicas y portarse como la zorra en el gallinero, sino para llevar a cabo una política constructiva, propia de estadistas», punto de vista que la comunidad científica compartía en su mayoría.[121] En 1948 J. Robert Oppenheimer había declarado a la revista *Time*: «El monopolio atómico de que disfrutamos es como una tarta helada puesta al sol: se derrite».[122] Las Fuerzas

Aéreas habían augurado asimismo que los soviéticos tardarían muchos años en poder hacer pruebas atómicas. Truman, que anteriormente le había comentado a Oppenheimer que los soviéticos nunca podrían fabricar la bomba, no creyó al principio los informes que le trasladaron, pero luego dio crédito a los que confirmaban que muchos científicos alemanes estaban trabajando en la Unión Soviética.

Los científicos soviéticos suspiraron de alivio. El físico Yuli Khariton comentó: «Con la posesión de un arma de esta naturaleza, hemos acabado con la posibilidad de que la usen contra la URSS con impunidad». La bomba, creía, permitía a su país «defenderse de un peligro acuciante y verdaderamente mortal». El también físico Igor Golovin escribió que las noches en vela y los hercúleos esfuerzos de todos merecían la pena porque le habían «robado el comodín a la Norteamérica de la diplomacia atómica».[123]

Los estadounidenses se sintieron más vulnerables que nunca. El *Bulletin of the Atomic Cientists* adelantó las manecillas del Reloj del Juicio de los siete minutos antes de la medianoche a los tres minutos.[124] Scott Lucas, líder de la mayoría en el Senado, temía hallarse ante «la última etapa de una gran civilización, el periodo final antes de la guerra colosal y la desintegración de la sociedad tal como la conocemmos».[125] *The New York Times* se preguntó lo siguiente: «¿Quién se atreve ahora a decir qué país está ganando la Guerra Fría?».[126]

Por otra parte, algunos vislumbraron un rayo de esperanza. Al periodista William Laurence le parecía razonable suponer que los soviéticos fabricarían una bomba a la semana y en el plazo de un año tendrían, por tanto, cincuenta que podrían destruir otras tantas ciudades norteamericanas y matar a cuarenta millones de personas. Pero pensaba también que el hecho de que la Unión Soviética tuviera la bomba en su poder podría dar paso a ese acuerdo de control internacional tanto tiempo esperado, porque los tratos entre iguales eran mucho más productivos que los que pudieran hacer dos potencias inequívocamente desiguales.[127] Una vez más, las cabezas «calientes» se impusieron. El programa nuclear recibió una buena inyección de fondos para aumentar el arsenal norteamericano. El senador Brien McMahon, presidente del Joint Comittee in Atomic Energy [Comité Conjunto de la Energía Atómica], dijo a David Lilienthal que a partir de ese momento Estados Unidos tenía que «golpear a los soviéticos en toda la faz de la tierra», y debía hacerlo rápido.[128]

James Forrestal no vivió para contar lo que para él habría sido una pesadilla. Los detalles de su muerte, sin embargo, son turbios. Durante años fue uno de los anticomunistas más feroces de los pasillos de la capital. Sus ideas contribuyeron a envenenar la atmósfera de Washington cuando el gobierno de Truman atribuía repetidamente los motivos más perversos a todas las medidas que tomaban los soviéticos. Pero había estado en el bando perdedor en varias batallas políticas con Truman, como el reconocimiento del Estado de Israel, el control civil o militar de las armas atómicas, los gastos de defensa, la financiación de las nuevas empresas alemanas y la venta de armas a países latinoamericanos. En octubre de 1948, cuando aún no estaba claro que Truman saldría reelegido, la prensa informó de que Forrestal se había puesto en contacto con Dewey para manifestarle su interés por seguir en el gabinete cuando se convirtiera en presidente.[129]



James Forrestal, primer secretario de Defensa de Estados Unidos, sufrió un ataque de nervios y, atormentado por su paranoia anticomunista, se suicidó saltando al vacío desde su habitación, en la planta dieciséis del Hospital Naval de Bethesda.

Todo ello deterioró su relación con Truman. El 1 de marzo de 1949, el presidente solicitó su dimisión y le dejó «hecho trizas». Se retiró oficialmente el 28 de marzo. Al día siguiente, uno de sus asistentes lo encontró sentado en su despacho con la vista fija en la pared. Lo mandaron a Hobe Sound, Florida, para que estuviera con su mujer, que se encontraba de visita en la casa del exsubsecretario de Estado Robert Lovett, ya retirado de la política. «Bob, me persiguen», dijo Forrestal a Lovett nada más llegar. Si se refería a judíos y «agentes sionistas» o a los comunistas jamás se ha sabido. El 2 de abril se trasladó en un barco de la Marina de Florida al distrito de Columbia, donde fue ingresado en el Hospital Naval de Bethesda tras sufrir «un ataque de nervios». El periodista radiofónico Drew Pearson informó a su audiencia de que había «perdido el juicio»: lo habían encontrado en pijama por la calle gritando: «¡Que vienen los rusos! ¡Que vienen los rusos!». Creía que los rusos habían invadido Estados Unidos. Pearson informó más tarde de que durante su breve estancia en Florida había intentado suicidarse cuatro veces con somníferos, ahorcándose y cortándose las venas.[130]

Los países comunistas exprimieron hasta la saciedad la noticia del trastorno mental de James Forrestal, el antisoviético feroz. Marquis Childs, columnista de *The Washington Post*, describió en un artículo a cinco columnas una caricatura del *Pravda* con la leyenda «Club de los Agresores». «En el dibujo aparece Forrestal con camisa de fuerza enseñando la lección a Winston Churchill, John Foster Dulles y otros [...]. Un auxiliar del hospital le regaña porque se ha subido a un pedestal y está a cuatro patas. Una frase dice que no es la camisa de fuerza, sino la voluntad de quienes no desean la guerra lo que le priva de libertad de acción». El periódico comunista polaco *Tryhbuna Ludu* publicó: «Demencia. Diagnóstico: manía persecutoria. Paciente: James Forrestal, ministro de la Guerra de Estados Unidos que dimitió de su cargo hace dos semanas. Síntomas: hace unos días, al oír la sirena de un camión de bomberos, el paciente salió de su cama en paños menores gritando: "¡Los rusos nos invaden! ¡Los rusos nos invaden!". Los médicos declaran que el paciente sufre problemas psíquicos desde hace tiempo, también cuando se encontraba en el cumplimiento de los deberes propios de su cargo». Y este periódico polaco mencionaba los comentarios de Drew Pearson sobre que Truman había ordenado una revisión de los últimos informes, recomendaciones y decisiones del exsecretario de Defensa para saber «si el señor Forrestal se había vuelto loco a causa de la propaganda de la Guerra Fría, de la que él mismo fue responsable varios años», o si, por el contrario, toda esa propaganda era consecuencia de la «locura» que se había apoderado de él «hacía mucho, mucho tiempo».[131]

Para rebajar la apariencia de que se encontraba en un estado muy grave, y para evitar sospechas, los médicos lo trasladaron de la primera planta del pabellón psiquiátrico del hospital a la planta dieciséis. A solas en su habitación, tenía constantes pesadillas. Pensaba que sufriría el mismo destino que Jan Masaryk, el ministro de Exteriores checo al que tiraron por una ventana. Y experimentó cierta mejoría. Pero la noche del 22 de mayo de 1949, cuando se encontraba copiando «El coro de Áyax», de Sófocles, en el que el héroe, lejos de su patria, reflexiona sobre su destino, al llegar a la palabra «ruiseñor» dejó la pluma en la mesa y se tiró por la ventana.

En un extraño, y revelador, giro de los acontecimientos, Frank Wisner, el hombre encargado de los contactos con Ruiseñor, y de otras muchas operaciones encubiertas, también sufriría de paranoia y psicosis. En 1965, tras repetidos internamientos en centros psiquiátricos y continuadas terapias de electrochoque, se voló la tapa de los sesos.

El 1 de enero de 1950, el mundo dijo felizmente adiós a los años cuarenta. Para Estados Unidos, la

década terminó con una nota amarga con el triunfo comunista en China y la primera prueba atómica rusa. A pesar de su inmenso poder, se sentía sitiado por enemigos en el interior y en el exterior. En pocos años, el optimismo del final de la guerra había dado paso a un nuevo miedo y a una nueva angustia.

[1] Arthur Schlesinger, Jr., «Some Lessons from the Cold War», *Diplomatic History*, nº 16 (enero de 1992), pp. 47-53.

[2] Paul Boyer, *By the Bomb's Early Light: American Thought and Culture at the Dawn of the Atomic Age*, Pantheon, Nueva York, 1985, pp. 7-15.

[3] Gerald Wendt y Donald Porter Geddes (ed.), *The Atomic Age Opens*, Pocket Books, Nueva York, 1945, p. 159.

[4] «Everyman», *The New York Times*, 18 de agosto de 1945.

[5] «Last Judgment», *The Washington Post*, 8 de agosto de 1945.

[6] «Text of Kennedy's Address Offering "Strategy of Peace" for Easing the Cold War», *The New York Times*, 11 de junio de 1963.

[7] Gregg Herken, *The Winning Weapon: The Atomic Bomb in the Cold War*, Vintage Books, Nueva York, 1982, p. 48.

[8]*Henry L. Stimson and McGeorge Bundy, On Active Service in Peace and War*, Harper & Brothers, Nueva York, 1948, pp. 643-644.

[9] Felix Belair, Jr., «Plea to Give Soviet Atom Secret Stirs Debate in Cabinet», *The New York Times*, 22 de septiembre de 1945.

[10] «The Reminiscences of Henry Agard Wallace», *Columbia University Oral History*, p. 4.379.

[11] Arthur Compton a Henry A. Wallace, 27 de septiembre de 1945, *Arthur Compton Papers*, Washington University in St. Louis Archives; Arthur Holly Compton, *The Cosmos of Arthur Holly Compton*, Marjorie Johnston (ed.), Alfred A. Knopf, Nueva York, 1967, p. 440.

[12] Henry A. Wallace, *The Price of Vision: The Diary of Henry A. Wallace, 1942-1946*, John Morton Blum (ed.), Houghton Mifflin, Boston, 1973, pp. 489-490.

[13] «Harry S. Truman, Press Conference, Oct. 8, 1945», *www.presidency.ucsb.edu /ws/index.php?pid=12319#axzz1aJSeeAQ2*.

[14] Samuel A. Tower, «Truman for Civil Control over Atomic Energy in U.S.», *The New York Times*, 1 de febrero de 1946.

[15] «Secretary of Commerce Warns of Danger of Fascism Under Army», *The Washington Post*, 13 de marzo de 1946.

[16] Memorandum by the Commanding General, Manhattan Engineer District (Groves), January 6, 1946, *Foreign Relations of the United States, 1946*, vol. 1, Washington, D. C.: U.S. Government Printing Office, 1972, pp. 1.197-1.198.

[17] Wallace, *The Price of Vision*, pp. 496-497.

[18]*Ibid*., pp. 502-503, 517.

[19] Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*, Stanford University Press, Stanford (California), 1992, p. 6.

[20] Fraser J. Harbutt, *The Iron Curtain: Churchill, America, and the Origins of the Cold War*, Oxford University Press, Nueva York, 1986, p. 152.

[21] Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Hill and Wang, Nueva York, 2007, pp. 55-56.

[22] John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, Columbia University Press, Nueva York, 1972, p. 119.

[23] Arnold Joseph Toynbee, *Survey of International Affairs*, vol. 2: *The Middle East in the War*, Oxford University Press, Nueva York, 1954, p. 1.

[24] Geoffrey Wawro, *Quicksand: America's Pursuit of Power in the Middle East*, Penguin, Nueva York, 2010, p. 5; Michael T. Klare, *Blood and Oil: The Dangers and Consequences of America's Growing Dependency on Imported Petroleum*, Owl Books, Nueva York, 2004, p. 33; Edward W. Chester, *United States Oil Policy and Diplomacy: A Twentieth Century Overview*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1983, p. 234.

[25] Klare, *Blood and Oil*, p. 32.

[26] James A. Bill, *The Eagle and the Lion: The Tragedy of American-Iranian Relations*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1988, p. 18.

[27]*Ibid*., p. 19.

[28] «Text of Churchill Plea for Alliance», *Los Angeles Times*, 6 de marzo de 1946.

[29] «Soviet Chief Calls Churchill Liar, Warmonger», *The Chicago Tribune*, 14 de marzo de 1946.

[30] «Mr. Churchill's Warning», *The New York Times*, 7 de junio de 1946.

[31] «Testament», *The Washington Post*, 6 de marzo de 1946.

[32] «Mr. Churchill's Plea», *The Chicago Tribune*, 7 de marzo de 1946.

[33] «Senators Shy from Churchill Alliance Plan», *The Chicago Tribune*, 6 de marzo de 1946; «Senators Cold to Churchill's Talk of Alliance», *Los Angeles Times*, 6 de marzo de 1946.

[34] «Churchill Plea Is "Shocking" to 3 Senators», *The Washington Post*, 7 de marzo de 1946.

[35] John D. Eddy, «Churchill's Speech», *The Washington Post*, 8 de marzo de 1946.

[36] Francis M. Stephenson, «Churchill's "Attack on Peace" Denounced by James Roosevelt», *New York Herald Tribune*, 15 de marzo de 1946.

[37] Marquis Childs, *Witness to Power*, McGraw-Hill, Nueva York, 1975, p. 45.

[38] Warren Harding, presidente de Estados Unidos entre 1920 y 1923, organizó un gabinete formado casi en su totalidad por amigos suyos de Ohio, algunos incompetentes y otros corruptos. Albert Fall, secretario de Interior, se hizo con el rico yacimiento petrolífero de Teapot Dome, el cual pertenecía a la Marina y que dio nombre al escándalo que se produjo al conocerse los manejos de Harding. *(N. del T.)*.

[39] «Ickes, Truman Feud Flames Hotter in Two New Letters», *The Chicago Tribune*, 14 de febrero de 1946; «Ickes Flays Truman as He Quits», *Los Angeles Times*, 14 de febrero de 1946; Thomas J. Hamilton, «Ickes Resigns Post, Berating Truman in Acid Farewell», *The New York Times*, 14 de febrero de 1946.

[40] Bill Henry, «Ickes Blowup Rocks Capital like Atom Bomb», *Los Angeles Times*, 14 de febrero de 1946.

[41] Henry Wallace, April 12, 1946, RG 40 (Department of Commerce); Entry 1, General Records of the Department of Commerce, Office of the Secretary, General Correspondence; Box 1074, File «104251/6» (2 of 7), National Archives, Washington, D.C.

[42] «Dr. Butler Urges Iran Oil Sharing», *Los Angeles Times*, 25 de marzo de 1946.

[43] «Russia and Iran», *The Washington Post*, 7 de marzo de 1946.

[44] Robert C. Albright, «Pepper Urges Big 3 to Meet on "Confidence"», *The Washington Post*, 21 de marzo de 1946.

[45] E. Brook Lee, «Relations with Russia», *The Washington Post*, 20 de marzo de 1946.

[46] «Nation: Good Old Days», *Time*, 28 de enero de 1980, p. 13.

[47] Boyer, *By the Bomb's Early Light*, p. 30.

[48] David E. Lilienthal, *The Atomic Energy Years, 1945-1950*, vol. 2, *The Journals of David E. Lilienthal*, Helen M. Lilienthal (ed.), Harper & Row, Nueva York, 1964, pp. 10-27.

[49]*Ibid*., p. 30; Herken, *The Winning Weapon*, pp. 160-162.

[50] Lilienthal, *The Atomic Energy Years, 1945-1950*, vol. 2, p. 59; Robert C. Grogin, *Natural Enemies: The United States and the Soviet Union in the Cold War*, Lexington Books, Nueva York, 2001, p. 95.

[51] Drew Middleton, «Baruch Atom Plan Spurned by Pravda», *The New York Times*, 25 de junio de 1946.

[52] Lloyd J. Graybar, «The 1946 Atomic Bomb Tests: Atomic Diplomacy or Bureaucratic Infighting?», *Journal of American History*, nº 72 (1986), p. 900.

[53] «Red Sees Atom Test as Effort to Better Bomb», *The Chicago Tribune*, 4 de julio de 1946.

[54] Lewis Mumford, «Gentlemen: You Are Mad!», *Saturday Review of Literature*, 2 de marzo de 1946, p. 5.

[55] Wallace, *The Price of Vision*, pp. 589-601.

[56] James A. Hagerty, «Wallace Warns on "Tough" Policy Toward Russia», *The New York Times*, 12 de septiembre de 1946.

[57] Henry A. Wallace, «The Way to Peace», 12 de septiembre de 1946, en Wallace, *The Price of Vision*, pp. 661-668.

[58] James Reston, «Wallace Speech Is Seen Embarrassing to Byrnes», *The New York Times*, 13 de septiembre de 1946.

[59] «Hillbilly Policy, British Reaction», *Los Angeles Times*, 15 de septiembre de 1946.

[60] Eleanor Roosevelt, «My Day», 17 de septiembre de 1946, *www.gwu.edu/~er papers/myday/displaydoc.cfm?_y=1946&_f=md0 00445*.

[61] Wallace, *The Price of Vision*, p. 593.

[62] Robert J. Donovan, *Conflict and Crisis: The Presidency of Harry S Truman*, W. W. Norton, Nueva York, 1977, p. 227.

[63] Wallace, *The Price of Vision*, p. 630.

[64] Richard J. Walton, Henry Wallace, *Harry Truman, and the Cold War*, Viking, Nueva York, 1976, p. 114.

[65] Clifford-Elsey Report, September 24, 1946, Conway Files, Truman Papers, Truman Library.

[66] Leffler, *A Preponderance of Power*, pp. 130-138; Offner, *Another Such Victory*, pp. 178-182.

[67] Clifford-Elsey Report.

[68] Walter Isaacson y Evan Thomas, *The Wise Men: Six Friends and the World They Made*, Simon & Schuster, Nueva York, Nueva York, 1986, p. 376.

[69] Offner, *Another Such Victory*, pp. 180-181.

[70] Lloyd C. Gardner, *Three Kings: The Rise of an American Empire*, New Press, Nueva York, 2009, p. 48.

[71] «Plan to Split U.S. Charged», *The Baltimore Sun*, 29 de mayo de 1946.

[72] Robert L. Beisner, *Dean Acheson: A Life in the Cold War*, Oxford University Press, Nueva York, 2006, pp. 53-57.

[73] Gardner, *Architects of Illusion*, p. 204.

[74] Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, Signet, Nueva York, 1969, p. 293.

[75] «Text of President Truman's Speech on New Foreign Policy», *The New York Times*, 13 de marzo de 1947.

[76] Lawrence S. Wittner, *Cold War America: From Hiroshima to Watergate*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1978, p. 34.

[77] «Henry Wallace Answers President Truman [advertisement]», *The New York Times*, 18 de marzo de 1947; «Truman Betraying U.S. Wallace Says», *The New York Times*, 14 de marzo de 1947; Culver and Hyde, American Dreamer, pp. 436-437.

[78] «Pravda Opens Bitter Attack on U.S. Loans», *The Washington Post*, 16 de marzo de 1947.

[79] Gardner, *Architects of Illusion*, p. 221; Anne O'Hare McCormick, «Open Moves in the Political War for Europe», *The New York Times*, 2 de junio de 1947.

[80] Herring, *From Colony to Superpower*, p. 616.

[81] Lawrence S. Wittner, *American Intervention in Greece, 1943-49*, Columbia University Press, Nueva York, 1982, pp. 262-263.

[82] Lorraine M. Lees, *Keeping Tito Afloat: The United States, Yugoslavia and the Cold War*, Pennsylvania State University Press, University Park (Pensilvania), 1993, p. 54; John Lewis Gaddis, *Russia, The Soviet Union, and the United States: An Interpretive History*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1978, p. 192.

[83] Lloyd C. Gardner, *Spheres of Influence: The Great Powers Partition Europe, From Munich to Yalta*, I. R. Dee, Chicago, 1993, p. 265.

[84] Offner, *Another Such Victory*, pp. 209-211.

[85] Walter LaFeber, *The American Age: United States Foreign Policy at Home and Abroad Since 1750*, W. W. Norton, Nueva York, 1989, pp. 479-480.

[86] Offner, *Another Such Victory*, p. 213.

[87] Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War*, pp. 322–323.

[88] Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, Harvard University

Press, Cambridge (Massachusetts), 1996, pp. 276-277; Melvyn P. Leffler, «Inside Enemy Archives: The Cold War Reopened», *Foreign Affairs*, nº 75 (julio-agosto de 1996).

[89] Gary Wills, *Bomb Power: The Modern Presidency and the National Security State*, Penguin, Nueva York, 2010, p. 63.

[90] Walter Lippmann, *The Cold War: A Study in U.S. Foreign Policy*, Harper & Brothers, Nueva York. 1947, pp. 15-16, 19, 44.

[91] Ellen Schrecker, *Many Are the Crimes: McCarthyism in America*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1998, p. 287; Wills, Bomb Power, p. 74.

[92] Offner, *Another Such Victory*, p. 202.

[93]*Ibid*., p. 192.

[94] Mark Perry, *Four Stars*, Houghton Mifflin, Boston, 1989, p. 88; Townsend Hoopes y Douglas Brinkley, *Driven Patriot: The Life and Times of James Forrestal*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1992, pp. 310-312; «NSC 10/2», 18 de junio de 1948, en William M Leary (ed.), *The Central Intelligence Agency: History and Documents*, University of Alabama Press, Birmingham (Alabama), p. 133.

[95] Colonel R. Allen Griffin, entrevista grabada por James R. Fuchs, entrevistador del personal, 15 de febrero de 1974, Harry S. Truman Library, Oral History Program; Wills, *Bomb Power*, pp. 78, 88-89; Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2007, pp. 28-29. [*Legado de cenizas: la historia de la CIA*, trad. de F. J. Ramos Mena, Debate, Barcelona, 2008].

[96] Norman J. W. Goda, «Nazi Collaborators in the United States: What the FBI Knew», en *U.S. Intelligence and the Nazis*, Richard Breitman, Norman J. W. Goda, Timothy Naftali y Robert Wolfe, Cambridge University Press, Nueva York, 2005, pp. 249-253.

[97] Weiner, *Legacy of Ashes*, pp. 43-45.

[98] Wills, *Bomb Power*, p. 87.

[99] Christopher Simpson, *Blowback: America's Recruitment of Nazis and Its Effects on the Cold War*, Weidenfeld & Nicholson, Nueva York, 1988, p. 65.

[100] Walter A. McDougall, *The Heavens and the Earth: A Political History of the Space Age*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1997, p. 88.

[101] Leffler, *A Preponderance of* Power, pp. 238-239.

[102] Avi Shlaim, «The Balfour Declaration and Its Consequences», en *Yet More Adventures with Britannia: Personalities, Politics and Culture in Britain*, W. Roger Lewis (ed.), I. B. Tauris, Londres, 2005, p. 251.

[103] Herring, *From Colony to Superpower*, p. 569.

[104] Wawro, *Quicksand*, pp. 37-38.

[105] Wallace, *The Price of Vision*, p. 607.

[106] Steven M. Gillon, *The American Paradox: A History of the United States Since 1945*, Wadsworth, Boston, 2012, p. 25.

[107] Daniel Yergin, *The Prize*, p. 408.

[108] William Stivers, «The Incomplete Blockade: Soviet Zone Supply of West Berlin, 1948–1949», *Diplomatic History*, nº 21 (otoño de 1997), pp. 569-570; Carolyn Eisenberg, «The Myth of the Berlin Blockade and the Early Cold War», en Ellen Schrecker (ed.), *Cold War Triumphalism: The Misuse of History After the Fall of Communism*, New Press, Nueva York, 2004, pp. 174-200.

[109] Carolyn Woods Eisenberg, *Drawing the Line: The American Decision to Divide Germany, 1944-1949*, Cambridge University Press, Nueva York, 1998, p. 440.

[110] James Carroll, *House of War: The Pentagon and the Disastrous Rise of American Power*, Houghton Mifflin, Nueva York, 2006, p. 148.

[111] John C. Culver y John Hyde, *American Dreamer: The Life and Times of Henry A. Wallace*, W. W. Norton, Nueva York, 2000, pp. 456-457.

[112]*Ibid*., pp. 466-467.

[113]*Ibid*., pp. 464-470.

[114]*Ibid*., p. 502.

[115] PPS/23, «Review of Current Trends: U.S. Foreign Policy», February 24, 1948, *Foreign Relations of the United States, 1948*, vol. 1, Part 2, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1975, pp. 524-525.

[116] «The Tragedy of China», *The New York Times*, 24 de enero de 1949.

[117] «Duel for Asia», *The New York Times*, 18 de diciembre de 1949.

[118] «Chennault Sees War in Loss of China», *The Washington Post*, 26 de junio de 1949.

[119] Margaret Truman, *Harry S. Truman*, William Morrow, Nueva York, 1973, p. 412.

[120] Harry Truman, «Statement by the President on Announcing the First Atomic Explosion in the U.S.S.R., September 23, 1949», *Public Papers of the Presidents: Harry S. Truman*, *1945-1953*, Truman Library.

[121] «Groves of Illusion», *Los Angeles Times*, 28 de febrero de 1946.

[122] Kai Bird y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer*, Vintage Books, Nueva York, 2005, p. 417.

[123] Gerard J. DeGroot, *The Bomb: A Life*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2005, pp. 145-147.

[124] «Public Was Deluded on Bomb, Dewey Says», *The New York Times*, 24 de septiembre de 1949.

[125] «Lucas Blasts Gutter Politics over Red Atom», *The Chicago Tribune*, 10 de octubre de 1949.

[126] «Who Is Winning?», *The New York Times*, 9 de octubre de 1949.

[127] William Laurence, «Russ Bomb Heralds New Atom Era as Predicted», *Los Angeles Times*, 25 de septiembre de 1949.

[128] Lilienthal, *The Atomic Energy Years, 1945-1950*, vol. 2, pp. 584-585.

[129] «Forrestal Hopes to Keep His Job», *Los Angeles Times*, 10 de octubre de 1948; Drew Pearson, «Pearson Replies», *The Washington Post*, 30 de mayo de 1949.

[130] «Four Forrestal Suicide Bids, Says Pearson», *Los Angeles Times*, 23 de mayo de 1949; Carroll, House of War, p. 151.

[131] Marquis Childs, «Washington Calling: Food for Propaganda», *The Washington Post*, 5 de mayo de 1949.

CAPÍTULO 6. EISENHOWER. AL FINAL, LA FOTO NO SALIÓ TAN BONITA

El 4 de marzo de 1953, los norteamericanos se despertaron con la noticia de que el premier soviético Josif Stalin sufría una parálisis generalizada a consecuencia de una hemorragia cerebral. El dictador, que tenía setenta y cuatro años, murió al día siguiente. Estados Unidos contuvo la respiración. La Unión Soviética estaba en estado de shock. A pesar de la brutalidad extraordinaria de Stalin, la mayoría de los soviéticos le reverenciaban por haber liberado a la nación en la victoria sobre los nazis y por convertir a la Unión Soviética en un estado industrial moderno. Mientras el pueblo guardaba luto, los gobernantes decidieron en secreto aflojar la tensión con el Occidente capitalista para poder centrarse en mejorar las condiciones en el interior. Gueorgui Malenkov, sucesor de Stalin, apeló en el funeral de este a la «cooperación internacional» y al establecimiento de relaciones económicas con todos los países, a una paz basada en «unas prolongadas coexistencia y competencia pacíficas» entre capitalismo y socialismo.1[1] La nueva cúpula soviética mostraba, pues, una rama de olivo. ¿La aceptarían el recientemente elegido presidente norteamericano Dwight David Eisenhower y su secretario de Estado, John Foster Dulles?

Después del final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos fue aumentando poco a poco su arsenal de bombas atómicas. De las trece con que contaba a mediados de 1947, de las cuales solo una habría podido estar operativa en dos semanas, pasó a tener trescientas a mediados de 1950. Al mismo tiempo, aumentó su capacidad de lanzarlas. La era atómica revolucionó la estrategia militar. El poder aéreo se convirtió en rey supremo. La United States Air Force, USAF [Fuerza Aérea de Estados Unidos], se independizó del resto del ejército en 1947. Una de las tres unidades de la USAF, el Strategic Air Command, SAC [Mando Aéreo Estratégico], asumió la responsabilidad de los lanzamientos. En 1948 el teniente general Curtis LeMay, ideólogo de los bombardeos sobre las ciudades japonesas en la Segunda Guerra Mundial —con el único propósito de sembrar el pánico—, asumió el mando de esta unidad y se propuso convertirla en una fuerza de combate de primer orden, lista para intervenir en la batalla contra los soviéticos en el momento que fuera preciso. «¡Ya estamos en guerra!», declaró. Su intención, una vez empezada la lucha, era aplastar las defensas soviéticas soltando ciento treinta y tres bombas atómicas sobre setenta ciudades para acabar con el 40 por ciento de la industria soviética y matar a dos millones setecientas mil personas. El Emergency War Plan [Plan de Emergencia de Guerra] del SAC, que él diseñó, defendía el empleo de todo el arsenal atómico «en un solo ataque masivo».[2]



Funerales por la muerte de Stalin en Dresde, Alemania Oriental.

Tanto el Ejército como la Marina cuestionaron desde un punto de vista ético los bombardeos deliberados y generalizados sobre la población civil. Los encontraban contrarios a los principios morales de Estados Unidos. Pero el Estado Mayor Conjunto se puso del lado de las Fuerzas Aéreas y aprobó el plan a finales de año. Aunque con ciertas reservas, Truman ratificó la decisión, en parte por razones presupuestarias: era menos gravoso tener armas atómicas que reunir y mantener las fuerzas convencionales necesarias para defender Estados Unidos y Europa Occidental de una posible agresión soviética.

Un informe encargado por el secretario de Defensa James Forrestal arrojaba serias dudas sobre las perspectivas de derrotar a la Unión Soviética en una guerra basada únicamente en armamento atómico. En realidad, la destrucción causada palidecería en comparación con los espantosos padecimientos que los soviéticos habían soportado en la reciente contienda. De hecho, advertía el comité, los bombardeos atómicos «darían la razón a la propaganda soviética [...], estimularían el resentimiento contra Estados Unidos, unirían al pueblo y afianzarían su voluntad de lucha». Supondrían, además, un peligroso ejemplo para el uso futuro de «cualquier arma de destrucción masiva». Pero cuando el estudio llegó a su despacho, hacía mucho tiempo que Forrestal no estaba allí, y su sucesor, Louis Johnson, lo retuvo y no se lo entregó a Truman.[3]



El teniente general Curtis LeMay, artífice del bombardeo con explosivos incendiarios de las ciudades japonesas en la Segunda Guerra Mundial. En 1948 asumió el cargo del Mando Aéreo Estratégico, que se propuso convertir en una unidad de primera línea lista para atacar a los soviéticos en cualquier momento.

En agosto de 1949, la URSS probó con éxito una bomba atómica, asestando con ello un golpe brutal a la sensación de superioridad militar e invulnerabilidad de Estados Unidos. La sorprendente noticia cogió por sorpresa a la mayoría de estrategas norteamericanos. Truman no quiso creer lo evidente. Una vez convencido, sin embargo, aprobó con celeridad nuevos planes para ampliar el arsenal atómico.

El Estado Mayor Conjunto, respaldado por los físicos Edward Teller, Ernest Lawrence y Luis Álvarez, pidió el desarrollo de una bomba de hidrógeno. La Atomic Energy Commission, AEC [Comisión de Energía Atómica], bajo la dirección de David Lillienthal, declaró de los defensores de la «superbomba»: «Babean ante la idea y están “sedientos de sangre”».[4] En sesión secreta, el general James McCormack, director de la Division of Military Application [División de Usos Militares] de la AEC, dijo a los miembros del Congreso que esa bomba sería «infinita. Del tamaño que sea, hasta el sol».[5]

La perspectiva de una bomba semejante espantaba a Lilienthal y a muchos científicos importantes. En octubre, los ocho pertenecientes al comité asesor de la AEC, encabezados por J. Robert Oppenheimer, manifestaron su oposición unánime a la fabricación de la bomba de hidrógeno porque su consecuencia principal sería «el exterminio de la población civil». La mayoría consideraban que

esta arma pertenecería a «una categoría completamente distinta de la bomba atómica» y «podría ser una herramienta de genocidio». Con su ilimitada capacidad de destrucción, representaría «una amenaza para el futuro de la especie humana». Los miembros del comité Enrico Fermi e I. I. Rabi declararon que supondría «un peligro para la humanidad en su conjunto [...], un invento malvado bajo cualquier punto de vista».[6]

Entre quienes rechazaban de plano la producción de la bomba de hidrógeno se encontraba George Kennan, el especialista en asuntos soviéticos del Departamento de Estado, que opinaba que la URSS quizá estuviera dispuesta a llegar a un acuerdo para un control exhaustivo de las armas nucleares, e instó a Dean Acheson, nuevo secretario de Estado, a trabajar para lograrlo. Acheson respondió con desdén: «Dimite de tu cargo del Departamento de Estado, ponte un hábito de monje, coge una escudilla, plántate en la calle y grita: "¡El fin del mundo está cerca!"».[7] Disgustado por el sesgo cada vez más militarista de la política norteamericana, Kennan, en efecto, dimitió como director de planificación política del Departamento de Estado el 31 de diciembre de 1949.

El 31 de enero de 1950, Truman anunció su decisión de proseguir con las investigaciones de la bomba de hidrógeno. Dos semanas más tarde, Albert Einstein apareció en el programa de televisión de Eleanor Roosevelt para advertir: «Si esas investigaciones se saldan con éxito, el envenenamiento radiactivo de la atmósfera y, por tanto, la aniquilación de toda la vida del planeta entrará en el ámbito de lo que es técnicamente factible».[8] El físico Leo Szilard hizo comentarios todavía más aterradores al declarar en una emisora de radio de alcance nacional que la fusión de quinientas toneladas de deuterio en una bomba de hidrógeno-cobalto bastaría para «aniquilar a todos los habitantes de la tierra».[9]

Tales advertencias se cobraron un tremendo peaje en la psique humana. William Faulkner observó en diciembre de 1950, en su discurso de recepción del Nobel: «Hoy nuestra tragedia consiste en un miedo físico generalizado, universal y reprimido desde hace tanto tiempo que ya casi ni podemos soportarlo. Los problemas del espíritu han dejado de existir. Ahora solo una pregunta tiene sentido: ¿cuándo saltaré por los aires?».[10]



El senador por Wisconsin Joseph McCarthy, un desconocido, se convirtió en el rostro más célebre de la política anticomunista de los años cincuenta.

El sustituto de Kennan, Paul Nitze, protegido de Forrestal, era vicepresidente del poderoso banco de inversión Dillon Read cuando Forrestal era su presidente. Nitze tomó de inmediato la iniciativa de preparar la NSC 68, documento que transformaría de arriba abajo los presupuestos defensivos de la nación. Dicho documento proponía como principio que la Unión Soviética, armada con bombas atómicas y «una nueva y fanática fe», pretendía «imponer su autoridad absoluta al resto del mundo». Enfrentado a una amenaza existencial, Estados Unidos no debería basar su respuesta en lo que la Unión Soviética probablemente haría, sino en lo que, en sus momentos más malignos, podría ser capaz de hacer: «a) invadir Europa Occidental [...], atacar las regiones petrolíferas de Oriente Próximo y Oriente Próximo y consolidar los nuevos territorios comunistas en Extremo Oriente; b)

lanzar ataques aéreos contra las islas británicas y ataques aéreos y navales contra las líneas de comunicación de las potencias occidentales en el Atlántico y en el Pacífico; c) atacar objetivos concretos con armas atómicas en […] Alaska, Canadá y Estados Unidos». Ningún área se encontraba fuera del perímetro defensivo de Estados Unidos porque, como señalaba el documento, «el asalto a las instituciones libres es generalizado, y […] una derrota de las instituciones libres en alguna parte es una derrota en todas partes». Así pues, a partir de ese momento, la seguridad nacional y la seguridad global serían la misma cosa. El documentó proseguía: «[Si la Unión Soviética] calcula que tiene suficiente potencial atómico para llevar a cabo un ataque por sorpresa contra nosotros, invalidar nuestra superioridad atómica y crear una situación militar decisiva en su favor, el Kremlin podría tener la tentación de atacar con celeridad y sigilo».[11]

Frente a un enemigo tan peligroso, concluía Nitze, la supervivencia de Estados Unidos dependía sobre todo del incremento de sus arsenales de armas nucleares y convencionales, de reforzar sus fuerzas armadas, de afianzar las alianzas militares y de ampliar las operaciones encubiertas y la guerra psicológica. En los cinco años siguientes, el gasto militar se cuadriplicó y alcanzó los cincuenta mil millones de dólares, o, lo que es lo mismo, el 20 por ciento del PIB. Truman coincidía con la valoración estratégica general de la NSC 68 y hacía suyas sus conclusiones, pero palideció ante los costes que supondría su aplicación cuando ya había anunciado su intención de recortar los gastos de defensa a partir del siguiente año fiscal. Acheson y Nitze adujeron que cuadriplicar los gastos militares supondría una estimulación para la economía y la salvaguarda frente a una nueva Depresión. Los especialistas en la Unión Soviética del Departamento de Estado George Kennan y Charles Bohlen se oponían al cambio con el argumento de que Stalin no tenía ni la voluntad ni los medios de llevar a cabo la conquista mundial que Acheson y Nitze imaginaban. Para decepción de los dos últimos, a principios de 1950, tan extraordinario aumento de los gastos militares parecía descartado.

La escalada en el exterior, no obstante, catapultó un nuevo avance del cebo de la amenaza roja dentro del propio Estados Unidos. En 1947 se puso en marcha el programa de seguridad-lealtad de Truman. Acusaciones públicas de espionaje y traición dieron pie a la histeria colectiva. En enero de 1950, Alger Hiss, ex alto cargo del Departamento de Estado a quien el congresista Richard Nixon había acosado sin descanso, fue encarcelado por perjurio. Ese mismo mes, el físico Klaus Fuchs fue detenido por revelar secretos nucleares a la Unión Soviética. Fuchs anunció entonces la existencia de una red de espionaje más amplia que condujo a los arrestos en el mes de julio de Ethel y Julius Rosenberg.

En febrero de 1950, el desconocido senador por Wisconsin Joseph McCarthy se hizo famoso por declarar ante miembros del Ohio County Women’s Republican Club de Wheeling, Virginia Occidental: «Tengo aquí, en la mano, una lista con doscientos cinco nombres, que ya le han entregado el secretario de Estado, de afiliados del Partido Comunista que, pese a ello, siguen trabajando en el Departamento de Estado y planificando su política»[12]. Al día siguiente, en Salt Lake City, redujo la lista a cincuenta y siete nombres. Aunque las cifras siguieron fluctuando, el senador logró buen número de titulares gracias a disparatadas acusaciones que provocaron una nueva ronda de sesiones para investigar a personajes conocidos. Entre sus víctimas se encontraban los especialistas en Asia del Departamento de Estado, a los que acusó de contribuir a la victoria de Mao en China. Su expulsión supuso para el departamento un descalabro —la comprensión de la situación en China se resintió notablemente— del que no se recuperaría en varias décadas.

Aunque el senador por Wisconsin, hasta ese momento jocosamente conocido como «artillero de cola Joe» por haberse inventado hazañas de guerra que no llevó a cabo, y quien de forma vergonzosa se valió de todo aquel proceso para darse publicidad, se convirtiera en el rostro más antipático de la represión, el poder estaba en realidad en manos del director del FBI J. Edgar Hoover, que llevaba un

archivo de pruebas incriminatorias de todos los miembros del Congreso al que recurría siempre que era necesario para mantener a raya a quien fuera. Uno de los colaboradores más estrechos de Hoover reveló su forma de actuar: «La otra noche nos enteramos de que cierto senador, estando borracho y con una mujer de muy buen ver, tuvo un accidente y se dio a la fuga. Hacia el mediodía del día siguiente, dicho senador sabía ya que contábamos con esa información y a partir de entonces no hemos tenido el menor problema con él en los casos de apropiación».[13]

Los políticos y los medios advirtieron a la población de que comunistas despiadados y fanáticos que deseaban destruir el modo de vida americano acechaban a la vuelta de cada esquina. El fiscal general declaró: «Hoy en día hay muchos comunistas en Estados Unidos. Están por todas partes: en las fábricas, en las oficinas, en las carnicerías, en las tiendas y en las calles».[14] De hecho, científicos, escritores, actores, directores de cine, pintores, profesores y personas de todos los ámbitos de la vida fueron perseguidos por sus ideas políticas y un clima de miedo generalizado se apoderó de la nación. Varios centenares de personas fueron encarceladas y unas doce mil perdieron su empleo. Durante la guerra de Corea, sin amparo político y bajo la custodia de la Guardia Costera, casi tres mil estibadores y marinos fueron despedidos de acuerdo con los criterios de un programa de seguridad portuaria que presuntamente servía para proteger de saboteadores todos los muelles del país. En realidad, este plan sirvió para acabar con los sindicatos marítimos, dominados por comunistas.[15]



El gobierno y los medios advertían a los ciudadanos de que peligrosos comunistas deseosos de destruir su estilo de vida acechaban por las esquinas. Counterattack*, un diario de derechas, publicó «Red Channels», denuncia del control comunista de la industria del cine y los medios.*

Muchos sospechosos comparecieron ante diversos comités del Congreso donde los investigadores les exigían que señalaran con el dedo a otros comunistas y compañeros de viaje. La escritora Mary McCarthy observó que el propósito de dichos comités no era combatir la subversión, sino convencer a los norteamericanos de que aceptaran «el *principio* de delación como norma de buena ciudadanía».[16] El periodista I. F. Stone condenó la «tendencia a convertir a toda una generación de norteamericanos en chivatos».[17] Muchos se negaban a testificar, pero entraban en la lista negra y eran despedidos o encarcelados. Más de cien profesores universitarios fueron despedidos por negarse a cooperar. Dashiell Hammett, uno de los guionistas más reputados de Hollywood, acabó en la cárcel porque no quiso nombrar a las personas que habían financiado el Congreso sobre Derechos Civiles, del que había sido administrador honorario. Más tarde, la escritora Lillian Hellman revelaría que Hammett «no conocía el nombre de un solo colaborador», pero no lo confesó ante el tribunal porque negaba el derecho del gobierno a exigir tal información.[18]

En 1947 los llamados Diez de Hollywood fueron acusados de desacato al Congreso y, a pesar de una serie de peticiones del estamento judicial y de la opinión pública, fueron sentenciados a un año de cárcel. Junto con otros nueve radicales de Hollywood que también fueron citados ante el HUAC en

1947, pero no acudieron al estrado, los Diez de Hollywood se convirtieron en las primeras víctimas de la lista negra de la industria del cine. Otros importantes progresistas de Hollywood engrosaron las filas de esa lista negra. El HUAC retomó las investigaciones de la industria cinematográfica en 1951 y en 1954 la lista negra incluía a doscientos doce hombres y mujeres que se habían negado a cooperar con el comité. Ningún estudio contrató a miembros de esa lista. Muchos se quedaron sin trabajo. Solo el 10 por ciento de las personas expulsadas de la industria volvieron a trabajar en ella. Otras personas escaparon a ese destino delatando a sus compañeros. Cincuenta y ocho de los ciento diez hombres y mujeres convocados por el HUAC en la primavera de 1951 «dieron algún nombre». [19]



Nueve de los Diez de Hollywood, que en 1947 fueron acusados de desacato al Congreso por negarse a señalar con el dedo a compañeros radicales y, en consecuencia, entraron en la lista negra de la industria del cine.

Cuando por fin terminó, el macartismo había logrado diezmar a la izquierda norteamericana. El movimiento comunista había sido destruido. El propio partido sobrevivía, pero muchos grupos que le pertenecían o le eran afines simplemente habían desaparecido del mapa. El «miedo rojo» cercenó los sindicatos, las organizaciones políticas y las asociaciones culturales que habían impulsado las reformas de los años treinta y cuarenta. Con la excepción de los movimientos en pro de los derechos civiles y en contra de las armas nucleares, los disidentes de izquierdas y los defensores de una reforma progresista permanecerían inactivos más de una década, aunque reemergerían con vigor renovado en los años sesenta. El movimiento sindical, en cambio, jamás se repondría del golpe y los trabajadores norteamericanos quedaron relegados en muchos aspectos con relación a sus homólogos europeos.[20]

El movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos también se resintió. Bajo la intensa presión de la época, muchas organizaciones expulsaron a sus miembros de izquierdas aunque algunos llevaran toda la vida luchando por la justicia racial. En 1948 la NAACP llegó al extremo de expulsar a un pionero en la lucha por los derechos civiles, W. E. B. Du Bois, por apoyar activamente la campaña de Henry Wallace a la presidencia y pedir que la ONU se ocupara del racismo en Estados Unidos. Paul Robeson se vio igualmente marginado. Muchos grupos de izquierdas con los que acabó el macartismo habían establecido una relación entre racismo y problemas de clase y política exterior. La amenaza roja también sirvió de excusa para disolver alianzas entre las organizaciones en pro de los derechos civiles y los sindicatos, rebajar la defensa de la igualdad racial de los sindicatos y entorpecer la batalla de estos por la subida de los salarios y la mejora de los derechos laborales. Tras la tormenta del macartismo, los dirigentes más influyentes del movimiento renunciaron a las ambiciosas metas del pasado para centrarse en reformas legales de menor calado y abandonaron el impulso de un cambio estructural más profundo de la economía por la denuncia de los estragos del

imperialismo en el extranjero. Es importante recordar, no obstante, que, a lo largo de todo este periodo, los afroamericanos desempeñaron un papel fundamental en los esfuerzos por detener la carrera nuclear y tomar medidas para que los norteamericanos nunca perdieran de vista los peligros de una guerra atómica.[21]

Pero los radicales y los movimientos por la justicia social, económica y racial no fueron las únicas víctimas del violento azote de represión política de mediados del siglo XX. El miedo rojo coexistió con el «miedo lavanda», que dio pie a la purga de homosexuales del gobierno federal. Bajo el disfraz de la seguridad nacional —porque, según cierta argumentación, los «pervertidos sexuales» eran particularmente susceptibles al chantaje de subversivos norteamericanos y extranjeros—, los organismos gubernamentales despedían a gays y lesbianas o los obligaban a dimitir. El historiador David Johnson calcula que unos cinco mil empleados federales pudieron perder su empleo en el periodo inicial de la Guerra Fría. En 1953 el subsecretario de Estado Donald B. Lourie declaró ante un comité del Congreso que solo en su departamento estaban despidiendo a homosexuales a un ritmo de «uno al día». Estas cifras no suponen más que una pequeña fracción de los trabajos que se perdieron por culpa del miedo lavanda. A veces, los documentos existentes no registran las razones del despido, en teoría para proteger al empleado y evitarle el bochorno. Otras veces, los afectados preferían dimitir a dejar al descubierto su orientación sexual. Asimismo, miles de aspirantes a trabajar para el Estado fueron rechazados por su sexualidad. Como sucedió con el miedo rojo, la purga de los homosexuales se extendió al sector privado. Algunas empresas llegaron al extremo de contratar detectives para dar con los «indeseables», incluidos, por supuesto, gays y lesbianas.[22]



Aunque el nombre de James McCarthy se convirtió en sinónimo de «miedo rojo», el verdadero poder estaba en manos del director del FBI, J. Edgar Hoover. En 1960 el FBI investigaba a más de cuatrocientas treinta mil asociaciones y personas. Hoover usó también sus contactos en los medios para avivar el fuego de la histeria anticomunista.

A lo largo de los años, el FBI estuvo muy ocupado en diversos frentes. Alimentó las llamas de la histeria anticomunista filtrando información de sus «activos» en la prensa, es decir, datos de personas como Walter Winchell, Drew Pearson, Westbrook Pegler, Fulton Lewis, Jr. y los jefes de las oficinas en Washington de la United Press y *The Chicago Tribune*. Su programa de alerta a los patronos sobre la filiación política de sus trabajadores costó el empleo a centenares de ellos. Todo aquel que tuviera una opinión política disidente era sometido a vigilancia. En 1960 el FBI investigó a más de cuatrocientos treinta mil grupos y personas. Los veintiséis que en 1954 eran considerados de mayor riesgo, miembros del Partido Comunista en su mayoría, entraron en el Security Index de Hoover, que los condenaba a ser detenidos si se daba una situación de emergencia. En 1956 el FBI lanzó su Counterintelligence Program, COINTELPRO [Programa de Contraespionaje], panoplia de trucos sucios diseñados para desbaratar a las organizaciones de izquierdas embarcadas en actividades absolutamente legales y amparadas por la Constitución.[23]

El 24 de junio de 1950, Corea del Norte invadió Corea del Sur y la Guerra Fría se puso de pronto

al rojo vivo. Encajada entre Japón, China y la Unión Soviética, Corea se había convertido desde hacía mucho tiempo en un muro de contención entre las tres potencias asiáticas. Japón la había ocupado y gobernado entre 1910 y 1945, año en que fue dividida por el paralelo 38, con una zona soviética al norte y una zona norteamericana al sur. Preparado apresuradamente por el coronel Dean Rusk el día después del lanzamiento de la bomba atómica de Nagasaki, el acuerdo solo iba a ser provisional hasta que el país pudiera recuperar su independencia. En el norte, los soviéticos colocaron al general Kim Il Sung, que había comandado a las guerrillas que lucharon contra los japoneses en Manchuria durante la guerra; los estadounidenses, por su parte, instalaron en el poder a Syngman Rhee. En la frontera se produjeron frecuentes escaramuzas. El Estado Mayor Conjunto había advertido en repetidas ocasiones de los riesgos de dejarse arrastrar a una guerra en Corea, un lugar de escasa importancia estratégica que tenía fronteras con China y la Unión Soviética, y recomendaba su exclusión del perímetro defensivo de Estados Unidos. Acheson excluyó también a Corea de un importante discurso en enero de 1950 después del cual algunos críticos le acusaron de solicitar así deliberadamente el ataque.

Los soviéticos observaron con inquietud cómo Estados Unidos reforzaba a Japón militar y económicamente, destinaba tropas en este país y emprendía avances hacia un tratado de paz sin contar con ellos. Los generales norteamericanos advirtieron de que excluir a Moscú de dicho tratado podría provocar el ataque a Japón. Los soviéticos, sin embargo, atacaron Corea.

Las represivas políticas de Rhee y sus graves errores económicos le convirtieron en una figura muy impopular en Corea del Sur. Bajo presiones de Estados Unidos, permitió la celebración de unas elecciones en 1950. Sus partidarios obtuvieron unos resultados paupérrimos. A pesar del revés, sin embargo, continuó con sus planes de unificar militarmente Corea bajo su mando en pocos meses. Kim también habló de reunificación, pero bajo control comunista. Con la derrota electoral de Rhee y su impopularidad, Kim encontró la justificación que estaba buscando.[24]

En la primavera de 1950, a raíz de las repetidas súplicas del líder norcoreano, Stalin dio luz verde a la invasión del sur y, creyendo inminente el ataque de Rhee, decidió golpear primero. Había recuperado la confianza. Contaba ahora con la bomba atómica y acababa de firmar una alianza con Mao. Kim, por otra parte, prometía una victoria fulminante.

Truman se encontraba en Misuri cuando le dieron la noticia de la invasión. De inmediato sacó la conclusión de que marcaba una nueva fase en la agresión comunista y decidió responder militarmente. *The New York Times* le instó a actuar de modo decisivo a riesgo de «perder medio mundo».[25] La intervención decisiva, además, silenciaría a los republicanos, que culpaban al presidente de la pérdida de China. Truman impulsó sin más dilación una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, que los soviéticos boicoteaban continuamente porque Estados Unidos se negaba a reconocer a la China comunista. Aunque desplegó decenas de miles de soldados, Truman no quiso calificar la intervención de «guerra» y en su lugar se apropió del término empleado por un reportero que le preguntó si sería «posible llamar a lo que va a ocurrir una acción política bajo los auspicios de las Naciones Unidas».[26] Aunque, en efecto, nominalmente se trataba de una iniciativa de la ONU, Estados Unidos aportaba la mitad de las fuerzas terrestres y casi todas las fuerzas aéreas y navales. La mayor parte de las demás fuerzas de tierra pertenecían a Corea del Sur. Truman tampoco quiso pedir la pertinente autorización al Congreso, sentando así un precedente para futuros conflictos.



Sentados, Truman y Clement Attlee, primer ministro británico. De pie, Dean Acheson, secretario de Estado, y George Marshall, secretario de Defensa.

En un memorándum que escribió un mes antes del ataque, John Foster Dulles ofrecía una visión pesimista de la declinante posición estratégica norteamericana. «La situación de Japón puede hacerse insostenible —escribió— y posiblemente suceda lo mismo con las Filipinas. Indonesia, con sus inmensos recursos naturales, se puede perder y el petróleo de Oriente Próximo tal vez se encuentre en peligro. Ninguno de esos lugares estará a salvo si sus ciudadanos llegan a creer que el comunismo es la ola del futuro». Pero ofrecía un halo de esperanza: «Es probable que esta serie de desastres se pueda evitar si en algún momento, no se cuál, damos un paso firme y rotundo que demuestre nuestra confianza y resolución. Es probable también que esta serie de desastres no se pueda evitar de ninguna otra forma».*[27]*

Estados Unidos daría ese paso en Corea. Truman se dirigió del siguiente modo a un grupo de importantes congresistas: «Si abandonamos Corea, los soviéticos se creerán con derecho a ir tragándose un trozo de Asia tras otro. En algún momento debemos plantarnos, en caso contrario toda Asia se nos escapará de las manos. Si lo permitimos, Oriente Próximo se derrumbaría, por no hablar de lo que podría ocurrir en Europa. Por lo tanto [...], he ordenado que nuestras tropas apoyen a Corea [...]. Y es igualmente necesario para nosotros plantar cara en Indochina, las Filipinas y Formosa».[28]

Truman temía particularmente una incursión soviética en Irán. El 26 de junio se refirió a Corea como «la Grecia del Lejano Oriente». Dio vueltas a un globo terráqueo y puso el dedo sobre Irán para decir a algunos colaboradores: «Es aquí donde ellos empezarán a causarnos problemas si no tenemos cuidado [...]. Si ahora actuamos con la suficiente dureza, si les plantamos cara como hicimos en Grecia hace tres años, no seguirán avanzando. Pero si nos limitamos a quedarnos a la expectativa, entrarán en Irán y se apoderarán de todo Oriente Próximo».[29]

La victoria comunista en China había elevado las apuestas en China. Habiendo perdido el mercado chino, Japón tenía ahora la vista puesta en Corea y el Sudeste Asiático, pero ambos se encontraban en una situación muy volátil. En Vietnam las fuerzas comunistas de Ho Chi Minh desafiaban a su vez al Gobierno francés. Un poderoso movimiento insurgente luchaba por hacerse con el poder en las Filipinas. Los británicos también veían peligrar sus intereses en la península de Malaca. Acheson explicaría: «En Washington nos parecía evidente que debíamos adoptar una postura firme en el Lejano Oriente»; sobre todo porque «los gobiernos de muchas naciones europeas» podían sentir el pánico y estaban «pendientes de la intervención, o no, de Estados Unidos».[30]

Más de cien mil soldados norcoreanos bien equipados superaron a las fuerzas estadounidenses y surcoreanas y las acorralaron en los alrededores de Pusán. MacArthur había ignorado las advertencias de la CIA —y demás pruebas—, que le había avisado de un ataque inminente.

Al borde de la derrota, el general solicitó permiso, y lo obtuvo, para cruzar el paralelo 38 y atacar

el norte. Planeó una operación anfibia por sorpresa y en septiembre diecisiete mil soldados desembarcaron en Inchon. Truman alabó la «brillante maniobra» de MacArthur y declaró que «muy pocas operaciones de la historia militar» estaban a su altura.[31] Truman agachó la cabeza para aplacar al susceptible general. Los republicanos se aferraban a cualquier vacilación suya sobre el cruce de la frontera para sugerir «apaciguamiento».



El general Douglas MacArthur durante la operación anfibia por sorpresa de Inchon en septiembre de 1950 que Truman calificó de «brillante maniobra».

MacArthur aseguró al presidente que los chinos no entrarían en combate, pero, pese a ello, accedió a emplear solo tropas coreanas en su avance hacia la frontera china. Acheson también desechó la posibilidad de la intervención china tachándola de «locura absoluta».*[32]* MacArthur llegó a hablar de terminar las operaciones para el día de Acción de Gracias y del regreso de las tropas hacia Navidad. Hizo caso omiso de las repetidas advertencias de Zu Enlai, ministro de Asuntos Exteriores chino, que amenazaba con ir a la guerra si Estados Unidos insistía en avanzar hacia el norte. La campaña, liderada por Estados Unidos, para negar a China representación en la ONU y la decisión de Washington de defender Formosa con la Séptima Flota también indignó a los chinos. Mao quería mandar tropas, pero en el Politburó de Pekín había división de opiniones. Stalin les mandó ánimos. Dijo a Mao que China y la URSS eran más fuertes que Estados Unidos, Gran Bretaña y otros aliados europeos, especialmente en aquellos momentos, antes del rearme de Alemania y Japón. Stalin ya había dicho a Kim que empezar la guerra era una forma de vengarse del «pérfido, deshonesto y arrogante comportamiento de Estados Unidos en Europa, los Balcanes y Oriente Próximo, y, sobre todo, de la decisión de fundar la OTAN».[33]

MacArthur despreció alegremente su pacto de utilizar solo soldados coreanos y ordenó bombardear una zona próxima a la frontera china. Cuando el Estado Mayor Conjunto le prohibió bombardear a menos de cinco millas de la frontera, respondió: «No puedo dejar de subrayar los desastrosos efectos físicos y psicológicos que resultarán de las restricciones que ustedes nos están imponiendo».[34]

Tropas chinas atacaron a las fuerzas de las Naciones Unidas en Unsán el 25 de octubre. El 8 de noviembre, el Estado Mayor Conjunto telegrafió a MacArthur pidiéndole que reconsiderara la misión. MacArthur contestó que las presiones de británicos y franceses, y de muchos norteamericanos, para que se detuviera en el paralelo 38 encontraban su «precedente histórico en las medidas tomadas en Múnich». «Ceder cualquier región de Corea del Norte a los chinos comunistas agresores —respondió, tajante— supondría la mayor derrota del mundo libre en época reciente».*[35]*

Truman y el Estado Mayor accedieron a las demandas de MacArthur. El 24 de noviembre, el general lanzó la ofensiva masiva que en su opinión pondría fin a la guerra. Pero, de pronto, centenares de miles de soldados chinos cruzaron el río Yalú y las tropas norteamericanas y aliadas se retiraron en desbandada. Fue un golpe devastador. MacArthur anunció solemnemente que estaban ante «una guerra enteramente nueva».[36] Acheson declaró ante el Congreso que Estados Unidos estaba al borde de la tercera guerra mundial. Y Truman coincidía con él. «Al parecer, la tercera guerra mundial está aquí», anotó en su diario. El general Omar Bradley dijo: «Es el mayor desastre militar de la historia de Estados Unidos».[37] La revista *Time* publicó: «[Es] la peor derrota que haya sufrido Estados Unidos».[38]

El portavoz chino en el Consejo de Seguridad de la ONU anunció el resurgimiento de movimientos de liberación en toda la región: «Con independencia del salvajismo y la crueldad de los agresores imperialistas norteamericanos, la dura lucha del pueblo de Japón, el victorioso avance del pueblo de Vietnam, el pueblo de Corea, que tan heroicamente resiste, el pueblo de las Filipinas, que nunca ha bajado los brazos, y todos los pueblos y naciones oprimidas se unirán sin la menor duda en prieta solidaridad [...]. Combatirán, intrépidos, hasta obtener la victoria final en su lucha por la independencia nacional».[39] El Gobierno británico quería acabar con la guerra lo antes posible en la creencia, según *The Chicago Tribune*, de que había sido «dirigida al borde de la histeria y con pródigo derroche».[40] Pero los dirigentes norteamericanos, en cambio, decidieron antes arrasar pródigamente Corea del Norte.

Al empezar la guerra, MacArthur y otros habían defendido el uso de bombas atómicas para apoyar las operaciones de tierra. «La situación me pide el empleo de la bomba atómica, asestar un golpe definitivo del que solo podrían recuperarse con seis meses de obras de reparación. Denme mi unidad de bombarderos B-29», solicitó, con entusiasmo. El general Charles Bolte suponía que podrían emplearse de diez a veinte bombas atómicas. En julio Truman mandó a Gran Bretaña y a Guam varios bombarderos con capacidad nuclear. El Estado Mayor Conjunto decidió, sin embargo, que, en vista del pequeño tamaño de la mayoría de las ciudades coreanas, bastaría con bombardeos convencionales. Expresó también su preocupación ante las posibles represalias soviéticas y el rechazo ciudadano a las armas atómicas. Pero en aquellos momentos, tras la entrada de los chinos en la guerra, Washington estaba desesperado y los chinos parecían un blanco más apropiado.[41] Truman dejó boquiabierta a la prensa a finales de noviembre de 1950 al anunciar que consideraba todas las opciones disponibles y mencionó explícitamente la devastación atómica:

> Si la agresión triunfa en Corea, podemos esperar que se extienda por Asia y Europa, y hasta este hemisferio. En Corea combatimos por nuestra propia seguridad nacional y supervivencia [...].
>
> *Pregunta: ¿Incluiría eso la bomba atómica?*
>
> El presidente: Incluiría todas las armas de que disponemos.
>
> *Pregunta: ¿Significa eso que están sopesando la posibilidad de usar la bomba atómica?*
>
> El presidente: Siempre hemos sopesado esa posibilidad [...].
>
> *Pregunta: ¿Significa eso, señor presidente, que se podría utilizar contra objetivos militares, civiles...?*
>
> El presidente: Es un tema que el Ejército tendrá que valorar [...]. El comandante en jefe a cargo de las operaciones decidirá qué armas hay que usar, como siempre hemos hecho.[42]

El mismo día, el general de las Fuerzas Aéreas George Stratemeyer ordenó al comandante del SAC, general Hoyt Vandenberg, que mandase grupos de bombardeo atómico al Lejano Oriente. Curtis LeMay se ofreció voluntario para dirigir los ataques. Mendel Rivers, congresista por Carolina del Sur, declaró: «Si alguna vez ha habido un momento adecuado para utilizar la bomba-A, es este».[43] El senador por Maine, Owen Brewster, propuso utilizar la bomba atómica contra los chinos. Tom Steed, senador por Oklahoma, prefería atacar «el Kremlin». Joseph Bryson, congresista por

Carolina del Sur, solo quería asegurarse de que la lanzaran, contra quien fuera: «Es el momento de utilizar todas las armas conocidas, incluida la bomba atómica».[44] Lloyd Bentsen, de Texas, futuro candidato a la vicepresidencia con los demócratas, propuso que el presidente aconsejara «al comandante de las tropas de Corea del Norte la retirada […] más allá del paralelo 38 en menos de una semana, o utilizase esa semana para evacuar a los civiles de una lista concreta de ciudades norcoreanas sobre las que la USAF lanzaría bombas atómicas».[45]

Según un sondeo de Gallup, el 52 por ciento de los norteamericanos apoyaba el uso de bombas atómicas frente a un 38 por ciento que no lo hacía, lo cual contradecía los resultados de encuestas anteriores. Los delegados de las Naciones Unidas advirtieron de que los pueblos asiáticos se sentirían «horrorizados» ante el uso de bombas atómicas.[46] Tras la visita de Clement Attlee, primer ministro británico, Truman declaró ante un grupo de congresistas que sería un error golpear a los subalternos de Moscú cuando los auténticos culpables estaban en el Kremlin, pero que utilizar bombas atómicas contra la Unión Soviética provocaría represalias contra Londres, Berlín y París.

El 9 de diciembre de 1950, MacArthur pidió autorización para usar bombas atómicas a su discreción. El 24 elaboró una lista de veintiséis objetivos. Pidió también el lanzamiento de cuatro bombas sobre las fuerzas invasoras y otras cuatro sobre «concentraciones críticas de la fuerza aérea enemiga». Calculaba que lanzando entre treinta y cincuenta bombas atómicas «en el cuello de Manchuria» conseguiría «un cinturón de cobalto radiactivo» que le permitiría ganar la guerra en diez días. Pero ese solo era el efecto a corto plazo. Dicho cinturón se extendería «desde el mar de Japón hasta el mar amarillo». Por consiguiente, suponía, «durante al menos sesenta años», que Corea del Norte no volvería a invadir por tierra Corea del Sur.[47]

Mientras MacArthur soñaba con ese Armagedón atómico, otros lamentaban el tremendo perjuicio causado al prestigio internacional de Estados Unidos por la debacle. Los corresponsales de *The New York Times* en las capitales europeas y asiáticas hablaban de «falta de confianza en Washington». En Francia, «el declive del prestigio de Estados Unidos ha sido poco menos que trágico». En la India, donde ese prestigio «se resintió enormemente», muchas personas «se congratulaban en secreto de la derrota de Occidente ante unos asiáticos».[48] Tras el pobre rendimiento de las tropas norteamericanas contra China, algunos cuestionaban la capacidad de Estados Unidos para impedir que los soviéticos ocupasen Europa.

Con el número de bajas aumentando a pasos agigantados, MacArthur hizo en Tokio varias declaraciones culpando a otros de la debacle militar y defendiendo la guerra total contra China. El 10 de marzo de 1951, pidió un «Día D atómico» para responder al aumento de la presencia aérea soviética en Corea y Manchuria y a la acumulación de tropas chinas junto a la frontera coreana. «Finletter y Lovett dieron la alerta sobre el debate atómico. Créanme que todo está decidido», escribió Hoyt Vandenberg el 14 de marzo.[49] El 24 de marzo de 1951, sabiendo que Truman presionaba en favor de un alto el fuego, MacArthur transmitió su propio ultimátum a China. Truman montó en cólera —«Voy a demostrarle a ese hijo de puta quién manda aquí»—, pero dejó a un lado el incidente.[50] Sin embargo, cuando Joe Martin, congresista republicano, leyó ante la cámara una carta escrita por MacArthur donde el general declaraba que, en caso de perder aquella guerra contra el comunismo en Asia, la caída de Europa era «inevitable»,[51] el Estado Mayor Conjunto recomendó unánimemente que MacArthur fuera relevado del mando. El 11 de abril, la Casa Blanca anunció su destitución.



Soldier Field, Chicago, 1951. El general MacArthur durante su gira de despedida después de que Truman lo relevara del mando.

La impaciencia del general por usar bombas atómicas no fue el factor decisivo. Solo una semana antes, el Estado Mayor había ordenado atacar con bombas atómicas las bases de Manchuria si los chinos enviaban nuevos contingentes. El 6 de abril, Truman aprobó esa orden y autorizó el traslado de nueve armas atómicas de la AEC a Guam y Okinawa.[52]

El relevo de MacArthur resultó calamitoso para Truman, cuya popularidad descendió por debajo del 30 por ciento. «Rara vez un hombre más impopular ha echado a la calle a otro tan popular», publicó *Time*.

Los dirigentes republicanos del Congreso y del Senado se reunieron para discutir la destitución del presidente. El senador William Jenner acusó al gobierno de traición: «Este país está en manos de una camarilla secreta dirigida por agentes de la Unión Soviética. Solo tenemos una posibilidad: la destitución del presidente Truman».[53] Joseph McCarthy también deseaba destituir a aquel «hijo de puta» por relevar del mando a MacArthur y comentó que el presidente debía de estar borracho cuando tomó la decisión, «de *bourbon* y Bénédictine». Luego acusó a Truman de firmar «la sentencia de muerte de la civilización occidental».[54]

La opinión pública se puso del lado de MacArthur. Siete millones y medio de personas acudieron a vitorearle a un desfile en Nueva York. En Washington, Boston, San Francisco y Chicago recibió una acogida digna de un héroe. El general defendió apasionadamente su forma de dirigir la guerra ante una sesión conjunta del Congreso y dio su último adiós:

> Se ha dicho [...] que soy un belicista. Nada podría estar más lejos de la realidad. Conozco la guerra como muy pocos hombres vivos la conocen y nada podría repugnarme más. Defiendo desde hace mucho su completa abolición. Por la destrucción que causa en uno mismo y en el adversario se ha convertido en un medio inútil para zanjar disputas internacionales [...]. El mundo ha cambiado muchas veces desde que presté juramento [...] en West Point, pero aún recuerdo lo que decía una de las canciones que más cantábamos en el cuartel en aquellos días en que, orgullosos, proclamábamos que «los viejos soldados no mueren nunca, solo se apagan». Como el viejo soldado de la canción, doy ahora por terminada mi carrera militar, como un viejo soldado que intentó cumplir con su deber mientras Dios le dio luz suficiente para comprender cuál era. Adiós.[55]

El discurso fue transmitido por radio a toda la nación. «Hemos visto a una magnífica criatura de Dios encarnada y hemos oído la voz de Dios», dijo, obnubilado, el congresista por Misuri Dewey Short.[56] Truman, sin embargo, comentó que «los malditos congresistas lloraron como un puñado de plañideras» por lo que era «un montón de mierda».[57]

La referencia de MacArthur a la balada «Old Soldiers Never Die» despertó el furor por la música popular. Para el ejecutivo de Remick Music Corporation, que poseía los derechos del tema, la reacción fue un «terremoto», de modo que ordenó la edición de cincuenta mil copias de la canción.

El cantante Gene Autry abandonó pitando el rodaje de una película para grabar una versión para Columbia Records de la que se vendieron veinticinco mil copias en un solo día. Decca publicó apresuradamente dos versiones, una de Red Foley y otra de Herb Jeffries. RCA Victor también publicó otra versión, cantada esta vez por Vaughn Monroe. Capitol Records se subió al carro con otra versión más, la de Jimmy Wakely. Bing Crosby cantó el tema en directo en su programa de radio. Columbia y RCA Victor editaron el discurso de MacArthur, que se vendía en cuanto llegaba a las tiendas.

En el Congreso, las sesiones dedicadas a la destitución de MacArthur y a la política en Asia se prolongaron dos meses. Los demócratas y los generales, sin embargo, rechazaron con solidez la argumentación de MacArthur. El general Bradley negó la utilidad de la guerra con China que proponía MacArthur y dijo que se trataba de «una guerra equivocada, en un lugar equivocado, en un momento equivocado y contra un enemigo equivocado». Después de esa declaración, el brillo de MacArthur se fue apagando rápidamente. Truman, pese a ello, nunca recuperó la popularidad, que batió registros a la baja hasta quedar en un pobre 22 por ciento. Acheson declararía luego que la guerra de Corea «fue una derrota incalculable para la política exterior norteamericana y destruyó el gobierno de Truman».[58]

MacArthur fue sustituido por el general Matthew Ridgway, que solicitó treinta y ocho bombas atómicas en mayo de 1951. Pero aquella primavera y aquel verano, sin embargo, y con ayuda de Stalin, Estados Unidos, China y las dos Coreas iniciaron conversaciones de paz —que se prolongarían otros dos años—. La guerra aérea, no obstante, proseguía sin interrupción con una campaña de bombas incendiarias similar a la de Japón cinco años antes. En esta ocasión, el arma escogida fue el napalm. George Barrett, reportero de *The New York Times*, describió los efectos de un ataque con napalm contra una aldea de doscientos habitantes al norte de Anyang, que calificó de «macabro tributo a la guerra moderna en su totalidad»:

> Todos los habitantes que se encontraban en el pueblo y los campos fueron sus víctimas. Murieron y se quedaron en la postura exacta que tenían cuando cayó el napalm: un hombre a punto de subir a una bicicleta, cincuenta niños y niñas jugando en un orfanato, un ama de casa que, curiosamente, no tenía ningún rasguño con una página de un catálogo de Sears-Roebuck donde había escrito a lápiz la referencia de su encargo: 3.811.294; 2,98 dólares, «una colcha preciosa, verde coral».[59]

Casi todas las poblaciones importantes de Corea del Norte fueron arrasadas. Los supervivientes se refugiaron en cuevas. A los surcoreanos les fue un poco mejor. El anuario del Ejército británico de 1951 decía: «La guerra se libró sin tener en cuenta a los surcoreanos y su infortunado país se convirtió en la arena de un coliseo más que en una nación que había que liberar. Como consecuencia, los combates fueron implacables, y no es exagerado decir que Corea del Sur ya no existe como país. Sus ciudades han sido destruidas, la mayor parte de sus medios de producción han sido aniquilados, el pueblo se ha visto reducido a una lúgubre masa que depende de la caridad. Por desgracia, a los surcoreanos se les ha tomado por “chinitos”, como a sus primos, los que viven al norte del paralelo 38».[60] El número de bajas varía mucho según los cálculos, pero murieron entre tres y cuatro millones de coreanos de una población total de treinta millones, y también murieron un millón de chinos y treinta y siete mil norteamericanos.



Un avión norteamericano lanza napalm en Corea del Norte. Incluso después del comienzo de las negociaciones de paz en la primavera de 1951, Estados Unidos prosiguió con la guerra aérea y usó sobre todo napalm. Casi todas las ciudades de Corea del Norte fueron calcinadas.



Mujeres y niños revolviendo escombros en Seúl. La guerra costó la vida a entre tres y cuatro millones de coreanos de un total de treinta millones. También murieron más de un millón de chinos y treinta y siete mil norteamericanos.

En febrero de 1951, solo el 39 por ciento de los estadounidenses apoyaba el conflicto, que finalmente terminó en punto muerto. Washington se preguntaba cómo era posible que su ejército, moderno y poderoso, no pudiera derrotar a un ejército formado por campesinos chinos y coreanos mal equipados.

El general LeMay lamentó las restricciones impuestas a los militares, recordando que al empezar la guerra:

> [Estos habían] deslizado una amable nota por debajo de la puerta del Pentágono. Esa nota decía: «Miren, vamos para allá [...]: quemamos cinco de las mayores ciudades de Corea del Norte —que en realidad no son muy grandes— y con eso paramos todo este asunto». Pues bien, la respuesta a esa nota consistió en cuatro o cinco aspavientos: «Vais a matar a muchos no combatientes», «es espantoso». Luego, a lo largo de los tres años siguientes, más o menos [...] hemos quemado *todas* las poblaciones de Corea del Norte y Corea del Sur [...]. Pero hacer eso a lo largo de tres años resulta digerible. Eso sí, matar a unos pocos para impedir que esto ocurriera... mucha gente no tiene estómago para soportarlo.[61]

Corea era solo una pieza más del rompecabezas de Asia, que rápidamente se iba desentrañando. Estados Unidos había decidido aumentar su apoyo a los franceses en Indochina, lo cual supuso la entrega de diez millones de dólares a Bao Dai, emperador títere de París en Vietnam. En las Filipinas también se acumulaban los problemas. Estados Unidos respaldaba al presidente Manuel Roxas y a su sucesor, Elpidio Quirino, que habían combatido a la población campesina insurgente. Tras colaborar con los japoneses durante la guerra, Roxas se puso del lado de los grandes terratenientes y de la Iglesia católica. Estados Unidos creó el Ejército filipino y puso en marcha una exitosa campaña contra los insurgentes encabezada por el mayor Edward Lansdale, que contó con el apoyo aéreo de la

aviación norteamericana. Flamante ejecutivo del mundo de la publicidad que había trabajado para la OSS y la CIA, y fue inmortalizado en dos famosas novelas, Lansdale encabezaría posteriormente operaciones de contrainsurgencia en Vietnam y Cuba, aunque, sin duda, con peores resultados. En realidad, incluso en las Filipinas el éxito por haber vencido a los Huk no hay que concedérselo a él, sino al presidente Ramón Magsaysay, que emprendió una reforma agraria y atrajo a los Huk de nuevo al seno del sistema político.

La guerra de Corea allanó el camino a la espectacular remilitarización de la sociedad norteamericana. Truman aprobó el documento NSC 68 y el presupuesto de defensa del año fiscal 1951 casi cuadruplicó al anterior, pasando de trece mil quinientos a cuarenta y ocho mil doscientos millones de dólares. A los seis meses de haber empezado la guerra, el gasto en defensa se elevó a cincuenta y cuatro mil millones, lo cual supuso un tremendo impulso para los sectores armamentístico y aeroespacial en todo el país y particularmente en California. En el condado de Los Ángeles, ciento sesenta mil personas trabajaban en las fábricas de aviones y los sectores mencionados daban empleo al 55 por ciento de los residentes del condado de Los Ángeles. En San Diego el sector de la defensa acaparaba casi el 80 por ciento de la producción total.[62] La OTAN se transformó en una organización militar estable con un comandante supremo norteamericano y tropas estadounidenses acantonadas en Europa.

A causa de dos decisiones de Washington, rearmar a Alemania y firmar un tratado de paz con Japón sin contar con ellos, la enemistad con los soviéticos aumentó. Y lo hizo hasta el punto de que el recién nombrado embajador en Moscú, George Kennan, diría más tarde: «Habíamos contribuido [...], a raíz de la sobremilitarización de nuestra política y declaraciones, a que Moscú creyera que nuestra intención era ir a la guerra».[63]

Dada la hipermilitarización de la vida en Estados Unidos, no resultaba extraño que uno de los grandes generales de la nación se presentara a las elecciones a la presidencia. Las elecciones de 1952 enfrentaron al gobernador de Illinois Adlai Stimson con el general Dwight Eisenhower. Eisenhower escogió como compañero de candidatura a un esbirro anticomunista de California: el senador Richard Nixon. Durante la campaña, Nixon le hizo el trabajo sucio: denunció al «conciliador de Adlai», que se había «doctorado en la cobarde universidad de la política de moderación con el comunismo con Dean Acheson».[64] El senador Joseph McCarthy abundaba en la misma línea y llamaba «Alger», por Alger Hiss, al candidato demócrata.[65] McCarthy deseaba cobrarse su particular venganza contra el general George Marshall, a quien culpaba de «perder» China mientras fue secretario de Estado de Truman. Eisenhower defendió a su amigo y mentor de las calumnias de que fue objeto en Wisconsin, el estado de McCarthy. Pero Eisenhower se abstuvo de una confrontación con el demagogo anticomunista y, de forma pusilánime, quitó un párrafo de elogio a Marshall de su discurso inaugural. Al parecer era consciente de que una pasmosa mayoría de congresistas republicanos (ciento ochenta y cinco de doscientos veintiuno) habían pedido su inclusión en el Comité de Actividades Antiamericanas.[66]

Eisenhower, que denunció la corrupción de los demócratas, llegó a su nadir en septiembre cuando su campaña se tambaleó al conocerse que varios hombres de negocios conservadores habían beneficiado a Nixon con una donación secreta de dieciocho mil dólares. Los asesores de Eisenhower se hicieron eco del clamor ciudadano y pidieron la expulsión de Nixon. En un último esfuerzo por recuperarse, Nixon pronunció el famoso discurso «Del juego de las damas» ante cincuenta y cinco millones de telespectadores.

Su sentimentalismo le salvó. Eisenhower, sin embargo, le dejó en la cuerda floja un poco más. Le pidió que se reuniera con él en Virgina Occidental. Nixon redactó una carta de renuncia, pero lamentó ante un ayudante: «¿Qué más quiere? No pienso arrastrarme, ni hincarme de rodillas delante de él». Al día siguiente, Eisenhower se reunió con él en un aeropuerto y le dijo: «Dick, tú eres mi

chico».[67] Nixon se echó a llorar.

Eisenhower ganó las elecciones con holgura, consiguiendo la mayoría en treinta y nueve estados. Las relaciones con los soviéticos pasaban por un momento de extraordinaria tensión cuando asumió el cargo en enero de 1953. Ni él ni John Foster Dulles, su nuevo secretario de Estado, habían hecho apenas nada por rebajar la temperatura durante la campaña. Al contrario, habían avivado las llamas de lo antisoviético con su llamada a pasar de la «contención» de los demócratas a la «liberación» de los republicanos.

Pero Eisenhower no siempre fue un anticomunista convencido. Había defendido con insistencia la apertura del segundo frente en 1942 y posteriormente desarrolló una relación de amistad con el mariscal Gueorgui Zhukov. Después de la guerra siguió confiando en que las relaciones amistosas con la Unión Soviética se prolongarían. Stalin, que le tenía en alta estima, comentó de él al embajador Averell Harriman: «El general Eisenhower es un gran hombre. No solo por lo que militarmente ha conseguido, sino por cómo es: humano, amable, amigable, franco».[68] Eisenhower visitó Moscú en agosto de 1945 y lo recibieron como a un héroe. Stalin le concedió el honor de ser el primer extranjero en contemplar un desfile en la Plaza Roja desde el estrado situado sobre la tumba de Lenin. Más tarde, en su último informe como jefe del Estado Mayor del Ejército, el general rechazó, por simplista, la ecuación «potencia militar igual a seguridad nacional»:

> Seguridad nacional no equivale a militarismo bajo ningún concepto. No se puede medir la seguridad por el tamaño de los arsenales ni por el número de hombres en armas o el monopolio de un arma invencible. Esa era la idea del poder de alemanes y japoneses, y la prueba de la guerra ha demostrado que es falsa. Incluso en tiempos de paz, la jerarquía de la riqueza material de los países es poco fiable, porque las armas envejecen y se vuelven inútiles; los grandes ejércitos decaen, y debilitan la potencia de las naciones que las apoyan; el monopolio de un arma pronto se rompe.[69]

Mientras estuvo en el cargo, Eisenhower se vio, en repetidas ocasiones, en la tesitura de poder revertir el curso de la carrera armamentística. Desde la presidencia de la nación más poderosa del mundo en el periodo quizá más tenso de su historia, podría haber tomado iniciativas valientes que tal vez hubieran cambiado el rumbo del planeta. De Moscú llegaban señales que indicaban que posiblemente el Kremlin podía tener la misma disposición al cambio. Pero por ideología, cálculos políticos, las exigencias de un estado militarizado y la falta de imaginación, desaprovechó cuantas oportunidades se le presentaron. Y aunque hay que reconocer que evitó la guerra con la URSS en un momento en el que parecía muy posible, al abandonar el cargo, el mundo era un lugar mucho más peligroso que cuando lo asumió.

No tuvo que esperar mucho para que surgiera una oportunidad extraordinaria para revertir el curso de la Guerra Fría. El 5 de marzo de 1953, cuando apenas llevaba un mes en la presidencia, Josif Stalin murió. Algunos de sus asesores personales le instaron a aprovechar el consiguiente caos en Moscú y «metiera todo el miedo del mundo al enemigo». El Consejo de Seguridad Nacional, NSC, pidió la «explotación psicológica del acontecimiento», y C. D. Jackson, asesor del presidente sobre la guerra psicológica, propuso «una ofensiva bélica política generalizada».[70] Los nuevos dirigentes soviéticos actuaron con presteza y limaron asperezas con Estados Unidos y dieron a China y Corea instrucciones de comprometerse con la posibilidad del armisticio. El 15 de marzo, Gueorgui Malenkov declaró en público: «No hay disputa o asunto sin resolver que no se pueda solucionar pacíficamente».[71] Allen Dulles, nuevo director de la CIA, sabía que la cúpula soviética deseaba muy en serio «rebajar el riesgo de guerra global».[72] Incluso habían dado pasos preliminares hacia la liberalización dentro de la propia Unión Soviética. Churchill, reelegido primer ministro de Gran Bretaña en 1951, estaba cansado de la amenaza nuclear e instó a Washington a aprovechar aquella oportunidad sin precedentes y poner fin a la Guerra Fría. De modo que presionó en favor de una

cumbre con los soviéticos.[73] Eisenhower se mordió la lengua seis semanas mientras sus asesores pergeñaban una respuesta. Finalmente rompió su silencio con una de las declaraciones más lúcidas de un presidente sobre el precio de la Guerra Fría para la nación:

> Con cada cañón que fabricamos, cada buque de guerra que botamos, cada cohete que disparamos es como si robásemos a quienes se mueren de hambre y no tienen qué comer, a quienes pasan frío y no tienen qué ponerse. Este mundo [...] derrocha el sudor de sus trabajadores, el genio de sus científicos, la esperanza de sus niños. Un bombardero moderno vale tanto [...] como un colegio nuevo en treinta pueblos distintos, como dos centrales eléctricas para sendas ciudades de sesenta mil habitantes, como dos hospitales completamente equipados. Equivale a ochenta kilómetros de carretera. Un solo avión de caza equivale a medio millón de fardos de trigo, un solo destructor; a nueve con capacidad para más de ocho mil personas [...]. Esto no es forma de vivir [...]. Bajo la nube de la guerra que nos amenaza, es la humanidad quien cuelga de una cruz de hierro.[74]

En lo que parecía la ruptura definitiva con la política anterior, Eisenhower pedía paz, desarme y la tercera guerra mundial. En otros aspectos igualmente importantes, sin embargo, seguía siendo un *cold warrior* [firme defensor de la política de bloqueos] y libraba la Guerra Fría culpando a los soviéticos del atribulado estado del mundo.

Para *The New York Times* fue un discurso «magnífico y muy conmovedor».[75] *The Washington Post* esperaba que marcara el fin del «estilo provocador» de Truman, de sus gestos «beligerantes», «de la militarización», y el comienzo de las ayudas a todo aquel que se volviera anticomunista. Eisenhower, decía el *Post*, no tenía por qué rechazar esa teoría que decía: «Cuando Moscú hace restallar el látigo, sus estados satélite, la China roja y el Asia infestada de comunistas obedecen de inmediato».[76]

Los soviéticos difundieron el discurso de Eisenhower y tomaron algunas medidas esperanzadoras. Pero el optimismo duró poco. Dos días después, Dulles se mofó de la «ofensiva de paz» de Malenkov diciendo que era una «defensiva de paz» para responder a la pujanza de Estados Unidos. También acusó a los comunistas de «conspirar eternamente por derrocar desde el interior a todos los auténticos gobiernos libres del mundo».[77]

Perplejos, los soviéticos se preguntaban si Eisenhower o Dulles estarían en verdad hablando en nombre del gobierno. Alabaron que el presidente ofreciera detalles de los costes del militarismo, pero le amonestaron por no mencionar el astronómico precio de acumular un inmenso arsenal nuclear y mantener centenares de bases en todo el mundo.

Tampoco los pasos dados en Corea para poner fin a la guerra auguraban un buen futuro para las relaciones bilaterales. A pesar de progresar en las negociaciones, Eisenhower amenazó con extender la guerra y pensó en utilizar armas atómicas tácticas —las habían probado en el mes de enero—. En febrero, durante una reunión del NSC, Eisenhower dijo que la región norcoreana de Kaesong era el lugar ideal para utilizar la nueva arma. En mayo, cuando el general J. Lawton Collins, jefe del Estado Mayor del Ejército, declaró que era «muy escéptico sobre la eficacia de las armas atómicas tácticas en Corea», Eisenhower reaccionó de forma tajante: «Es posible que sea más barato, mejor desde un punto de vista económico, usar armas atómicas en Corea que continuar empleando armas convencionales».[78] Ese mes el Estado Mayor Conjunto recomendó, con el respaldo del NSC, ataques atómicos en China. Eisenhower y Dulles dieron fe de que los dirigentes comunistas estaban al corriente de dichas amenazas.

Estados Unidos bombardeó las presas cercanas a Piongang, causó grandes inundaciones y destruyó la cosecha de arroz. El tribunal de Núremberg había condenado acciones similares de los nazis en Holanda en 1944 calificándolas de crímenes de guerra. Finalmente, en junio, ambos bandos firmaron un acuerdo para solucionar el problema de los prisioneros de guerra y pactaron una frontera para el

alto el fuego. La moral de las tropas de Naciones Unidas se derrumbó. Aumentaron las deserciones. El número de heridas autoinfligidas alcanzó proporciones de epidemia. El 27 de julio de 1953, dos años y diecisiete días después de iniciarse las conversaciones, China, Corea del Norte y Estados Unidos firmaron el armisticio. Corea del Sur, empero, todavía no lo ha firmado. En agosto Eisenhower aumentó las presiones y dio instrucciones a LeMay de enviar veinte bombarderos nucleares B-36 a la base aérea de Kadena, en Okinawa, como parte de la Operación Big Stick. Le May invitó a la prensa a verlos aterrizar.

Eisenhower utilizó la bomba atómica muchas veces a lo largo de su presidencia, porque, como Daniel Ellsberg ha sostenido, quien le pone una pistola en la sien a otra persona está utilizando el arma tanto si aprieta el gatillo como si no. Entre quienes aprendieron la lección de que las amenazas nucleares asustaban al enemigo y le hacían capitular se encontraba Richard Nixon. En 1968 Nixon explicó su estrategia de negociación con Vietnam del Norte a Bob Haldeman: «Yo la llamo la teoría del loco, Bob. Quiero que los norvietnamitas crean que, llegado a un punto, haría cualquier cosa para acabar con la guerra. Haremos correr el siguiente rumor: "Por el amor de Dios, ya sabéis que a Nixon le obsesionan los comunistas. Es imposible pararle los pies cuando está furioso… y tiene el dedo puesto en el botón…". Y ya verás, en dos días Ho Chi Minh se presenta en París y pide la paz».

Haldeman explicaría que Nixon «veía analogías en la actitud del presidente Eisenhower […]. Cuando Eisenhower llegó a la Casa Blanca, la guerra de Corea estaba en un punto muerto […]. Filtró en secreto a los chinos su palabra de que lanzaría bombas atómicas […]. A las pocas semanas, los chinos pidieron una tregua y la guerra de Corea se acabó».

«Ha funcionado —insistía Nixon—. Y ha sido gracias a la bomba». Decía que Eisenhower le había enseñado el valor de ser impredecible. «Si el adversario tiene la sensación de que eres impredecible, incluso temerario —escribió—, evitará presionarte demasiado. Y aumentarán las posibilidades de que se eche atrás. Y así, el presidente impredecible habrá vuelto a ganar otra mano».[79] Eisenhower no era ningún «loco», pero no le importaba lo más mínimo que alguien como Nixon pudiera imitarlo.

En la guerra de Corea hubo vencedores y vencidos. Los vacilantes regímenes de Rhee y Jiang sobrevivieron. Japón obtuvo ciertos beneficios. China, que había plantado cara a los norteamericanos, consiguió reforzar su prestigio internacional. El de la Unión Soviética, sin embargo, se resintió, así que se abrieron fisuras entre una y otra. Por su parte, Churchill comprendió el verdadero significado de Corea para Estados Unidos: «Ahora Corea no importa. No había oído hablar de ese lugar tan cruento […] hasta los setenta y cuatro años. Su importancia reside en el hecho de que ha derivado en el rearme de Estados Unidos».[80]

Ethel y Julius Rosenberg, acusados de espionaje en favor de los comunistas, también fueron víctimas de la guerra. Tras condenarlos a muerte en un proceso muy controvertido, el juez declaró: «Su conducta ya ha motivado la agresión comunista de Corea, que ha causado la muerte de más de cincuenta mil norteamericanos».[81]

Víctima, aunque de otro tipo, también fue Henry Wallace. Las filas del Partido Progresista, su partido, menguaron enormemente tras la debacle electoral de 1948 y la dirección quedó en manos de comunistas que, en su mayoría, jamás criticaron a la Unión Soviética. Wallace, en cambio, conocía del estalinismo lo suficiente para saber cuán aborrecible era. En la convención del partido de finales de febrero de 1950 declaró: «Hoy Estados Unidos y Rusia son las dos grandes bestias del mundo. De acuerdo con su propio criterio, ambos países actúan llevados por elevados principios morales, pero, a ojos de las demás naciones, los guía la fuerza y nada más que la fuerza».

La invasión norcoreana de Corea del Sur fue la gota que colmó el vaso de Henry Wallace. Cuando los dirigentes del Partido Progresista se opusieron a la intervención de Naciones Unidas, él emitió su propio «comunicado de conciencia» e insistió en que los soviéticos podrían, en primer lugar, haber

impedido la invasión y, en segundo lugar, en que, una vez llevada a cabo, habrían podido ponerle fin: «No soy partidario de las medidas tomadas en el pasado ni por Estados Unidos ni por Rusia, pero cuando mi país está en guerra y las Naciones Unidas aprueban esa guerra, me pongo del lado de mi país y de las Naciones Unidas». Instó, además, a los dirigentes norteamericanos a romper con sus recientes políticas, que seguía deplorando: «Estados Unidos perderá la batalla de Asia mientras apoye y sostenga regímenes feudales basados en los exorbitantes tributos recaudados por los caudillos del dinero y de la tierra. Rusia se vale ahora de una fuerza más poderosa que la bomba atómica, porque ayuda a la liberación del pueblo de sus antiguos agresores. En Estados Unidos, empero, contamos con una fuerza todavía más poderosa. Lo único que hace falta es emplearla a favor del pueblo». Tres semanas más tarde, dimitió de todos sus cargos en el partido. Después de varios años de librar una batalla a veces solitaria y siempre valerosa frente a fuerzas muy superiores, el indomable visionario ya había tenido bastante. Las traiciones de Stalin, combinadas con la creciente influencia de los soldados de la Guerra Fría interna, lo habían agotado. Se retiró a su granja del estado de Nueva York y allí pasó los años que le quedaban cuidando de sus campos y sus gallinas, que daban de comer a una gran parte de la humanidad.

La última víctima de la guerra, temían algunos, fue la hombría norteamericana. Según un estudio posterior, el 70 por ciento de los prisioneros de guerra se habían derrumbado y habían colaborado con sus captores. Algunos dijeron que los comunistas les habían lavado el cerebro. Otros apuntaron una explicación más preocupante. Un médico del ejército que recorrió los campos de internamiento comentó: «Los fuertes solían robarles comida a los débiles [...]. Muchos estaban enfermos y los demás, en lugar de atenderlos, los descuidaban o algo peor [...]. Las noches de invierno, sus compañeros arrastraban a los enfermos de disentería, que no podían defenderse, fuera de las chozas y los dejaban a la intemperie hasta que morían de frío». El 38 por ciento de los prisioneros falleció. La mayoría se volvían retraídos y no hacían el menor esfuerzo por comer o asearse. El médico daba la siguiente explicación: «Es un nuevo fracaso del trato que en la infancia y la adolescencia damos a nuestros jóvenes [...], es una nueva debilidad».[82]

Pero no importaba: si los soldados se ablandaban, la tecnología compensaría tanto ablandamiento. Tres días antes de la elección de Eisenhower, Estados Unidos probó su primera bomba de hidrógeno en Elugelab, una isla del atolón de Enewetak, archipiélago de las Marshall. La isla estuvo ardiendo seis horas bajo una nube en forma de hongo de ciento cincuenta kilómetros de diámetro y luego desapareció. La explosión, de más de diez megatones, rebasó todas las expectativas. Un marino comentó: «Era como si el mundo entero estuviera en llamas».[83] El físico Harold Agnew se encontraba en un barco a cuarenta kilómetros de distancia: «Nunca olvidaré el calor. En la explosión [...] el calor no dejaba de llegar. Estábamos muy asustados».[84] En su discurso de toma de posesión, Eisenhower reconoció que la situación había cambiado: «La ciencia —advirtió— parece preparada para darnos [...] el poder de eliminar la vida del planeta».[85] En los ocho años posteriores, sin embargo, sus decisiones políticas solo contribuyeron a refrendar y aumentar la amenaza. Se diría que, en 1946, Lewis Mumford escribió su brillante ensayo sobre la locura de los dirigentes norteamericanos pensando en el futuro gobierno de Eisenhower.

Al igual que con el anticomunismo, Eisenhower abrazó la carrera nuclear solo en la última parte de su vida. Se había opuesto al lanzamiento de bombas atómicas sobre Japón por motivos morales y militares. Se encontraba en Moscú cuando supo lo de la bomba de Hiroshima. Y dijo a un periodista: «Antes de lanzar la bomba atómica [...] estaba seguro de que podríamos mantener la paz con Rusia. Ahora ya no lo sé. Yo esperaba que la bomba no llegara a formar parte de esta guerra. Yo diría que, hasta ahora, los tres, Gran Bretaña [...], Estados Unidos [...] y Rusia, podían garantizar la paz por mucho tiempo. Pero ya no estoy seguro La gente está asustada, preocupada. Todo el mundo tiene miedo, otra vez».[86]

Después de la guerra apoyó las iniciativas de control internacional y deseaba que las bombas atómicas fueran entregadas a las Naciones Unidas y destruidas. Defendió insistentemente el control civil y no militar del arma atómica y planteó los dilemas morales de su uso. En 1947, en un almuerzo, dijo: «Censuro a quienes hablan a la ligera, y a veces con empacho, del grado de seguridad implícita en un arma que podría acabar con millones de personas de la noche a la mañana».[87]

David Rosenberg advirtió: «Cuando Dwight D. Eisenhower llegó a la presidencia en enero de 1953 tenía un conocimiento más profundo de las armas nucleares que ningún otro presidente anterior o posterior a él». Como jefe del Estado Mayor del Ejército, presidente temporal del Estado Mayor Conjunto y comandante supremo de la OTAN, había estado directamente implicado en la planificación de la guerra nuclear. Pero para entonces ya no aborrecía tanto las armas nucleares. En marzo de 1953 advirtió a sus ministros de que nadie podía pensar que la bomba era «una forma barata de resolver las cosas»; y les recordó: «Qué triste consuelo para cualquier ciudadano de Europa Occidental saber que, cuando su país haya sido arrasado y esté criando malvas, algún superviviente lance una bomba sobre el Kremlin».[88]

Eisenhower había decidido que Estados Unidos liderase la carrera nuclear. En el verano de 1953, la CIA aseguraba que los soviéticos no habían iniciado el proceso de fabricación de ninguna bomba de hidrógeno. Pero el 12 de agosto, para gran disgusto de la agencia, los soviéticos hicieron estallar lo que parecía una bomba de hidrógeno de cuatrocientos kilotones en Kazajstán. Aunque mucho menos potente que la norteamericana, la bomba soviética no solo se podía lanzar, sino que era «seca», no necesitaba refrigeración. El *Bulletin of the Atomic Scientists* desplazó las manecillas del Reloj del Día del Juicio hasta dos minutos antes de la medianoche. Estaba tres minutos antes el día de la primera prueba atómica soviética en 1949.[89] Pero Moscú se acercaba a Washington a pasos agigantados.

The New York Times se consolaba pensando que Estados Unidos todavía llevaba la delantera en la carrera atómica y contaba con la bomba de hidrógeno, pero reconocía que la ventaja iría menguando con el paso del tiempo. El *Times* advertía también de algo que hasta el secretario de Estado había declarado: «El problema principal ahora es evitar la extinción de la especie humana».[90]

La familia Dulles había contribuido a diseñar el imperio americano. John W. Foster, abuelo materno de John Foster Dulles, y su tío Robert Lansing habían sido secretarios de Estado. John W. se esforzó por educar a su nieto mayor en la infancia e insufló en él la fe en el papel global de Estados Unidos. El abuelo paterno de John Foster Dulles y su padre fueron presbíteros, y el primero, además, misionero en la India. Su hermano pequeño, Allen, fue nombrado director de la CIA. Su tío Lansing fue secretario de Estado con Woodrow Wilson en la Primera Guerra Mundial y después, y Dulles secretario del Tesoro de la nueva Oficina Rusa del gobierno, cuya tarea principal consistía en ayudar a las fuerzas antibolcheviques a acabar con la revolución. El financiero Bernard Baruch, viejo amigo de la familia, intentó convencer al joven abogado de que trabajara como asesor legal de la delegación norteamericana en la Inter-Allied Reparations Commission en Versalles, después de lo cual volvió a la práctica de la abogacía en la firma Sullivan and Cromwell, donde supervisaba las cuentas de empresas muy importantes, pilares del emergente imperio: J. P. Morgan & Company; Brown Brothers Harriman; Dillon, Read; Goldman Sachs; United Fruit Company; International Nickel Company; United Railways of Central America; y Overseas Securities Corporation.[91]

Aunque los testimonios periodísticos de la desvergonzada afección de Dulles al régimen nazi en los primeros años de gobierno de Hitler son difíciles de verificar, no hay duda de que tuvo cierta relación con muchas empresas alemanas. Participó activamente en la amplia cartelización del periodo de entreguerras, que era una forma de estabilizar la vacilante economía norteamericana, reducir la competencia y garantizarse los beneficios. En el marco de los carteles químico y del níquel, Dulles tuvo tratos con I. G. Farben. A pesar de su vehemente negativa posterior de haberse relacionado con el régimen nazi, se sabe que visitó Berlín en 1934, 1935, 1936, 1937 y 1939.[92] Al valorar la

participación de Dulles, Steven Kinzer, corresponsal extranjero de *The New York Times* y de *The Boston Globe*, citó el «exhaustivo estudio» de Nancy Lisagor y Frank Lipsius sobre Sullivan & Cromwell, que dice: «La empresa floreció gracias a sus carteles y connivencia con el régimen nazi»; y «Dulles apoyó públicamente a Hitler» durante la mayor parte de 1934, hasta el punto de que a sus socios les sorprendió que pudiera despreciar con tanta facilidad «los tratados y la legalidad internacionales solo por justificar la represión nazi».[93]

Dulles nunca renunció al compromiso personal de mantener la supremacía de Estados Unidos y proteger los intereses de las empresas norteamericanas, ni al de combatir a su odiado comunismo. A pesar de las apariencias, el rígido y beligerante secretario de Estado y el afable presidente apenas disentían en las cuestiones políticas sustantivas. Eisenhower opinaba que, aunque los impuestos a las grandes fortunas habían llegado a un 90 por ciento, el creciente presupuesto militar era insostenible y acabaría por llevar a la bancarrota: «La acumulación de gastos militares puede acabar ahogando a este país».[94] Y tomó la decisión de reducir el gasto confiando sobre todo en las armas nucleares, mucho más baratas y fáciles de mantener que un gran ejército estable. A finales de octubre de 1953 aprobó el documento NSC 162/1, la Política de Seguridad Nacional Básica, núcleo de la «Nueva Perspectiva» en política de defensa. Declaraba que, «en caso de hostilidades, Estados Unidos consideraría el empleo de armas nucleares tanto como otras opciones».[95] Basada en la presuposición de que todo conflicto con la Unión Soviética evolucionaría hasta convertirse rápidamente en un conflicto nuclear a gran escala, la Nueva Perspectiva restaba importancia a las armas convencionales y confiaba sobre todo en las represalias nucleares de un Mando Aéreo Estratégico reforzado. De modo que el ahorro derivado de la reducción del ejército quedaba contrarrestado en gran parte por el incremento de las Fuerzas Aéreas y la Marina. Eisenhower terminó finalmente recortando el presupuesto de defensa de Truman y lo redujo de cuarenta y un mil trescientos millones a treinta y seis mil millones de dólares.

Eisenhower se sentía atado porque ni la opinión pública norteamericana ni sus aliados británicos eran tan optimistas como Dulles y él sobre el empleo de armas nucleares. Y se propuso borrar la línea que separaba las armas convencionales de las nucleares. Según las actas de un debate del NSC de finales de marzo de 1953 sobre el empleo de armas nucleares en Corea, «el presidente y el secretario Dulles estaban por completo de acuerdo en que había que acabar con el tabú que rodeaba el uso de armas nucleares».[96]

Dulles apeló a una ruptura «de la falsa distinción» entre armas convencionales y armas nucleares, que atribuía a las campañas de propaganda soviéticas.[97] El almirante Arthur Radford, que presidía el Estado Mayor Conjunto, explicó a los asistentes a una conferencia del Naval War College en mayo de 1954 que las fuerzas atómicas serían «las principales», mientras que «las de tierra, mar o aire» se verían relegadas «a un papel secundario»; y aseguró que se utilizarían en la siguiente guerra importante «armas nucleares de fisión y fusión».[98]

En diciembre de 1953, en una reunión en las Bermudas con Churchill y Joseph Daniel, el premier francés, Eisenhower pidió apoyo a sus aliados para utilizar armas atómicas en caso de reanudación de la guerra de Corea. Churchill manifestó sus reparos por medio de Jock Colville, su ministro de Exteriores, a quien la respuesta de Eisenhower le dejó de piedra: «Si para Winston la bomba atómica era algo totalmente nuevo y terrible, para él no era más que el último avance en artefactos militares. Insinuó que no existía ninguna diferencia entre armas nucleares y armas convencionales: empleada de la forma correcta, decía, toda arma es un arma convencional».[99] Más tarde, Colville escribiría: «No podía creer lo que estaba oyendo». Eisenhower abundó en lo mismo con Anthony Eden: «El desarrollo de armas atómicas más pequeñas y el uso de artillería atómica impide que siga existiendo una diferencia».[100]

En 1955 Eisenhower respondió a un periodista a propósito del empleo de armas atómicas tácticas:

«Sí, claro que podríamos utilizarlas. En una batalla donde pudiéramos usarlas sobre blancos estrictamente militares y con un propósito estrictamente militar, no veo razón para no utilizarlas igual que utilizamos una bala o cualquier otro proyectil».[101]

Al día siguiente de estas declaraciones, Nixon subrayó ese punto de vista: «Los explosivos atómicos tácticos se han convertido en armas convencionales y se pueden utilizar contra cualquier fuerza de agresión».[102] Pocas semanas más tarde, Ike le dijo al Congreso que «una amplia variedad» de armas atómicas tácticas tenían ya «categoría de armas convencionales en los arsenales de las fuerzas armadas norteamericanas».[103]

El presidente transfirió el control del arsenal atómico de la Comisión de Energía Atómica al ejército. Truman había transferido nueve armas atómicas a Guam en 1951, pero insistiendo en que estuvieran a cargo de autoridades civiles. No quería, manifestó, que «ningún intrépido teniente coronel» decidiera cuándo lanzar la bomba.[104] Eisenhower no tenía tantos escrúpulos. En junio de 1953 empezó a trasladar bombas atómicas de la AEC al Departamento de Defensa para facilitar su uso en caso necesario y protegerlas de algún ataque por sorpresa soviético. En diciembre de 1954, ordenó el despliegue del 42 por ciento de las bombas atómicas y del 36 por ciento de las de hidrógeno en ultramar, muchas de ellas, a modo de amenaza, peligrosamente cerca de la URSS. En 1959 el ejército custodiaba más del 80 por ciento del arsenal nuclear de Estados Unidos.

A los aliados europeos de Estados Unidos les aterraba que Washington pudiera iniciar una guerra nuclear, de modo que presionaron a Eisenhower para que rebajara la tensión. El presidente norteamericano respondió el 8 de diciembre de 1953 y sedujo a los tres mil quinientos delegados de la ONU con su discurso «Átomos para la paz», en el que declaró que Estados Unidos se dedicaría «de todo corazón y con toda su inteligencia» a que el hombre encontrase un camino en el que no dedicara «su milagrosa inventiva» a la muerte y consagrara su vida a difundir las ventajas de una energía atómica pacífica en su país y en todos los demás.[105]

Los medios norteamericanos repicaron a toda página. El redactor de *The New York Times* de asuntos militares, Hanson Baldwin, escribió que Eisenhower había sido «elocuente» en «su conmovedor argumento en favor de la paz», que era «un esfuerzo honrado por poner fin a la carrera atómica». Baldwin lamentaba, sin embargo, que las perspectivas de éxito siguieran siendo tan escasas, porque «la Unión Soviética en su conjunto, la idea que la sostiene, se basa en la lucha global y, en última instancia, en el dominio del mundo».[106]

Eisenhower estaba tan desesperado por ponerle una sonrisa a la bomba que hizo caso omiso de los peligros de su proliferación. Henry Smith, el único físico nuclear de la AEC, tachó «Átomos por la paz» de «propuesta francamente deshonesta» que ignoraba los riesgos del aumento del arsenal nuclear y exageraba el poder de la energía atómica.[107] Otros se hicieron eco de esa crítica.

A los dirigentes soviéticos les inquietaban particularmente los riesgos de la carrera nuclear. Cinco científicos de renombre, como el físico nuclear Igor Kurchatov, aseguraban que el desarrollo del uso industrial de la energía atómica no solo no excluía el incremento del potencial atómico, sino que conducía directamente a él. Molotov, el ministro de Exteriores, reiteró este punto en las reuniones con Dulles y declaró en una nota que era posible «que la misma aplicación de la energía atómica con propósitos pacíficos» se utilizara para incrementar la producción de armas atómicas. Cuando Molotov volvió a plantear los riesgos de la proliferación en su reunión del 1 de mayo, Dulles aprovechó la oportunidad y le dijo que «le buscaría un científico que le pusiera al día».[108]

Si el discurso de Eisenhower ante la ONU suscitó alguna esperanza de que las tensiones internacionales se aflojaran un poco, el del 12 de enero de Dulles ante el Council of Foreign Relations [Consejo de Relaciones con el Extranjero] acabó con ella de un plumazo. Dulles advirtió de que la defensa nacional frente al comunismo se vería respaldada por un «enorme poder de represalia» desplegado «en los lugares y con los medios» que el Gobierno estadounidense tuviera a

bien.[109]

Confiar la defensa nacional sobre todo a las armas nucleares representaba una desviación fundamental de toda política anterior. Si tras Hiroshima y Nagasaki Truman había considerado que solo había que utilizar las bombas atómicas en circunstancias desesperadas, Eisenhower las convirtió en los cimientos de la estrategia de defensa. *The Wall Street Journal* dijo: «Casi todos presuponen que se daba paso a una política temeraria por la que todo conflicto menor se transformaría en un Armagedón atómico».[110] James Reston, de *The New York Times*, estaba asombrado de que Eisenhower y Dulles pusieran en marcha una «"nueva estrategia" potencialmente más dañina que cualquier propuesta anterior del Gobierno de Estados Unidos» y de que ni un solo congresista hubiera cuestionado su compromiso con la «represalia atómica inmediata». A Reston le preocupaba también el excesivo poder concentrado en manos del presidente y se preguntaba si tanta acumulación en una sola persona sería constitucional. Si los chinos entraban en Indochina y los soviéticos en Irán, ¿quién, se preguntaba, daría la orden de desplegar la «enorme capacidad de represalia» de Estados Unidos contra Pekín o Moscú? ¿Cómo iba el presidente a pedir «consentimiento al Congreso sin que el Kremlin se diera cuenta y, por tanto, por qué iba a arriesgarse a sufrir un ataque atómico por sorpresa»?[111]

A Joseph Loftus, analista de RAND, laboratorio de ideas muy consultado por las fuerzas armadas norteamericanas, le preocupaba que el nuevo Plan de Emergencia de Guerra del SAC tuviera por blancos las ciudades soviéticas, es decir, a la población civil. Cuando visitó el cuartel general del SAC en Omaha, el general James Walsh, director de Inteligencia de la unidad, le invitó a su casa a tomar unos cócteles y, después de aleccionarle sobre la necesidad de maximizar la destrucción, estalló: «¡Maldita sea, Loftus! Solo hay una manera de atacar a los rusos y es soltarles todo lo que tenemos —dijo el general levantando la voz y dando un palmetazo en la enorme Biblia que tenía en la mesa— ¡y arrancarles las pelotas!».[112]

En la primavera de 1954, según el plan de guerra del SAC, había que atacar la URSS con seiscientas o setecientas bombas y convertirla «en una ruina radiante y humeante en espacio de dos horas».[113] Dicho plan acarrearía la matanza del 80 por ciento de la población de ciento dieciocho ciudades importantes y de sesenta millones de personas. Ese mismo año, Estados Unidos desplegó armas nucleares en Europa Occidental. Y luego lo siguió haciendo. En 1958 contaba allí con cerca de tres mil.

Entretanto, el arsenal norteamericano seguía creciendo a ritmo vertiginoso: cuando Eisenhower llegó a la presidencia, acumulaba mil bombas atómicas; ocho años después, cuando la dejó, contaba con veintidós mil.

Las represalias masivas quizá asustasen a los soviéticos, pero de poco sirvieron para contener revoluciones en los países en vías de desarrollo, donde la Unión Soviética se había propuesto sacar ventaja del descontento generalizado. Los líderes más importantes del tercer mundo —Gamal Abdel Nasser de Egipto, Josip Broz de Yugoslavia y Jawaharlal Nehru de la India— tomaron una vía intermedia entre los bloques capitalista y comunista. Para ellos era obsceno gastar miles de millones de dólares o de rublos en armas cuando el capital para la recuperación económica era un recurso tan escaso. En su primer viaje al extranjero en mayo de 1953, Dulles conoció de primera mano cuánta hostilidad suscitaba Estados Unidos en Oriente Próximo y también en Asia, donde, en cambio, el sistema soviético tenía mucho atractivo. Escribió a Eisenhower para comentarle la «amargura» del mundo árabe, donde vinculaban a Estados Unidos «con el imperialismo británico y francés»[114] y rechazaban su apoyo ciego a Israel.

Dulles no podía asegurar que Estados Unidos pudiera conseguir alguna vez la lealtad del tercer mundo. Advertía que pedir a los países subdesarrollados que abrazaran el capitalismo era como pedir a una persona que padecía desnutrición y raquitismo que jugara al rugby: «Les dices "Instaurad un

sistema de libre competencia” y responden: “¡Dios mío, tiene que haber una forma mejor de hacer las cosas!”».[115] También a Eisenhower le preocupaba la profunda animosidad contra Estados Unidos de los pobres del mundo. En marzo de 1953, en una reunión del NSC, preguntó por qué no era posible «que parte de esas gentes de los países oprimidos» los apreciara en lugar de odiarlos.[116]

Habría podido encontrar la respuesta en el papel de Estados Unidos en el conflicto iraní. Al llegar al cargo, Eisenhower se dio de bruces con la crisis de Irán, porque el gobierno de Mohamed Mossadeq rechazaba de plano el monopolio de la petrolera británica Anglo-Iranian Oil Company, precursora de British Petroleum, BP, y tercera productora de crudo del mundo. La empresa, propiedad del Gobierno británico en un 51 por ciento, había establecido relaciones con Reza Pahlevi, que llegó al poder después de la Primera Guerra Mundial y se convirtió en sah en 1925, y con su hijo Mohamed Reza Pahlevi, que sustituyó a su padre en 1941, cuando las simpatías del padre con los nazis provocaron la ocupación conjunta de Irán por parte de británicos y soviéticos.

Anglo-Iranian se reservaba el 84 por ciento de los ingresos, dejando un mísero 16 por ciento para los iraníes. Además, pagaba impuestos en Gran Bretaña. En realidad, dichos impuestos suponían más del doble de los *royalties* que recibían los iraníes.[117] Mientras los británicos se hacían ricos gracias al petróleo iraní, los iraníes vivían sumidos en la pobreza. Los operarios de los yacimientos ganaban menos de cincuenta céntimos de dólar al día, no tenían vacaciones y no recibían suplemento dinerario alguno. Los iraníes comprendieron la explotación a que les estaban sometiendo cuando, en 1950, ARAMCO, petrolera norteamericana, firmó un contrato con Arabia Saudí por el que los saudíes recibirían el 50 por ciento de los beneficios. Anglo-Iranian ofreció entonces una mejora. Pero Mossadeq aborrecía tanto el colonialismo británico que se negó a considerarla. El Parlamento iraní, reflejando sin duda una antipatía casi universal a Anglo-Iranian, votó unánimemente la nacionalización de la industria petrolífera y una compensación a los británicos por su inversión. El gobierno laborista británico no estaba en condiciones de poner ninguna objeción —había nacionalizado el carbón, la electricidad y los ferrocarriles en la metrópoli.

Mossadeq, antiguo ministro de Exteriores y Economía, era, a pesar de sus legendarias excentricidades, enormemente popular en Irán y una figura muy respetada internacionalmente. Fue el primer iraní en obtener un doctorado en Derecho en una universidad europea, asistió a la Conferencia de Versalles en un intento fútil por impedir el dominio británico de su país y tuvo que liderar la descolonización en las décadas posteriores. *Time* le nombró Hombre del Año en 1951. El embajador norteamericano dijo de él: «Cuenta con el respaldo del 95 por ciento de su pueblo».[118] Cuando retó a los amos coloniales, se ganó a los árabes de toda la región.

Como Irán producía el 40 por ciento del crudo de Oriente Próximo, Estados Unidos comprendió la necesidad de rebajar la tensión en la zona. En realidad llevaba desde 1948 presionando a los británicos para que mejorasen su oferta y así evitar la crisis. Truman se mofaba de sir William Fraser. El director de Anglo-Iranian era para él «el típico explotador colonial del siglo XIX».[119]

Miembros del gabinete británico respondieron como cualquier explotador colonial decimonónico y sopesaron los pros y contras de una invasión. Quedó claro, sin embargo, que cualquier operación de ese tipo resultaría muy gravosa y, además, estaba expuesta al fracaso. Pero capitular ante los iraníes sería, para algunos al menos, como poner el último clavo al ataúd del imperio. «Si dejamos que Persia se salga con la suya, Egipto y otros países de Oriente Próximo creerán que también pueden hacerlo —se temía Emanuel Shinwell, ministro de Defensa—, y nos saldrán con la nacionalización del canal de Suez». Winston Churchill, a la sazón líder de la oposición, dijo a Clement Attlee, el primer ministro, que le sorprendía la actitud de Estados Unidos, porque no parecía comprender «la importancia de la vasta región que se extiende del Caspio al Golfo Pérsico», y que para él era mucho más relevante que Corea. Herbert Morrison, ministro de Exteriores, también deploraba esa política que consistía en «escabullirse y darse por vencido».[120]

Dean Acheson intentó mediar. Temía que cualquier operación militar de Gran Bretaña en el sur provocara la intervención soviética en el norte. Aunque la inflexibilidad de Mossadeq le frustraba, comprendía su posición. De modo que convenció a Averell Harriman para que viajase a Teherán a acercar posturas. Harriman le informó de que la situación era un «trágico ejemplo de gestión absentista combinada con crecimiento mundial del nacionalismo en los países en vías de desarrollo».[121] Los británicos retrasaron la invasión y, a cambio, iniciaron una guerra económica. Embargaron todo el crudo de exportación que salía de Irán y todos los productos de importación que llegaban. Con el visto bueno de Washington, el Banco de Inglaterra congeló las relaciones financieras y el comercio con Persia. La economía iraní, por tanto, entró en recesión.

Winston Churchill y su Partido Conservador volvieron al poder en octubre de 1951. Y nada más hacerlo, incrementaron la presión en favor de la intervención militar. Previamente, Churchill había escrito a Truman para decirle que *Mussy Duck*[122] era «un viejo lunático con ganas de arruinar su país y entregarlo al comunismo».[123] Nada más saber Mossadeq que los británicos planeaban acabar con él mediante un golpe de Estado, cerró la embajada británica y expulsó a sus empleados.

Cuando Eisenhower asumió el cargo, los hermanos Dulles se entrevistaron con Kermit *Kim* Roosevelt, nieto de Theodore y máximo experto de la CIA en Oriente Próximo, para estudiar la posible eliminación «de ese loco de Mossadeq».[124] John Foster Dulles reconocía que Mossadeq no era comunista, pero temía que el partido Tudeh, que sí lo era, se hiciera con el poder y entregara el petróleo iraní a Moscú. Pronto, argumentó, todo el crudo de Oriente Próximo podía caer en manos de los soviéticos. Mossadeq, además, había acercado posturas con el Tudeh a medida que avanzaba la crisis. Para el nuevo Gobierno norteamericano, el iraní era un extremista inestable, «no muy cuerdo», según Loy Henderson, el embajador estadounidense.[125]

Entre bastidores, la CIA se puso a trabajar y lanzó la Operación Áyax, que dirigía *Kim* Roosevelt. El MI6, servicio de inteligencia británico, prestó su apoyo. Pero las cosas se torcieron, porque el jefe de la agencia en Teherán se oponía a la operación: le parecía burda y la consideraba perjudicial para los intereses norteamericanos a largo plazo. Allen Dulles le despidió de inmediato. Mossadeq descubrió que el sah colaboraba con los golpistas y este último se vio obligado a huir del país.

La CIA, entretanto, había estado comprando a periodistas, clérigos, oficiales del ejército y de la policía iraníes y a miembros del Parlamento de Teherán, que recibieron instrucciones de fomentar la oposición al gobierno. La agencia compró también los servicios de Guerreros del Islam, un grupo extremista, o «una banda terrorista» según la crónica que luego haría del golpe la propia CIA.[126] En agosto Roosevelt empezó, con la ayuda de grupos de agitación, a sembrar el caos en la capital. También difundió el rumor de que Mossadeq era judío y comunista. Los matones de la calle que había contratado —fingían ser miembros del partido Tudeh— atentaban contra los mulás y destruyeron una mezquita. Entre los agitadores se encontraba el ayatolá Ruhollah Musavi Jomeini, futuro líder del país. El 19 de agosto de 1953, cuando reinaba la anarquía, Roosevelt sacó al general Fazlollah Zahedi del refugio secreto donde lo tenía la CIA. Zahedi anunció que el sah, que se encontraba en Italia, le había nombrado primer ministro y, tras un enfrentamiento armado, los golpistas arrestaron a Mossadeq y a miles de sus partidarios. Algunos fueron ejecutados. Mossadeq fue acusado de alta traición y encarcelado. El sah volvió a Teherán y, durante una reunión con Roosevelt, pronunció el siguiente brindis: «Le debo mi trono a Dios, a mi pueblo, a mi ejército… y a usted».[127]



Irán, manifestación de apoyo a Mossadeq en 1953. Muy popular en su país y muy respetado en el extranjero, Mossadeq perdió el poder en 1953 por la intervención de la CIA.

Las petroleras norteamericanas también estaban muy agradecidas. Del crudo iraní, cuya producción se había congelado previamente, cinco de ellas recibieron el 40 por ciento del nuevo consorcio del sector. Estados Unidos, además, abrió sus arcas al sah: a las dos semanas del golpe, le ofreció un fondo de ayuda de sesenta y ocho millones al que pronto se sumarían otros cien. Washington había conseguido un aliado y el acceso a inmensos recursos petrolíferos, pero, a cambio, había soliviantado a los ciudadanos de una nación orgullosa que años después vengaría la expulsión de un primer ministro muy popular y la imposición de un régimen opresor. El sah gobernó más de cinco lustros con el firme apoyo de Estados Unidos. Entretanto, amañó elecciones y confió en la máquina represora del SAVAK, su nuevo servicio de inteligencia.

La CIA, que había sido capaz de derrocar el anterior gobierno, creía ahora también posible erradicar otras amenazas, y lo intentaría en años sucesivos. Los soviéticos veían por tanto que, en lugar de suavizar su política tras la muerte de Stalin, los norteamericanos imponían un nuevo gobierno títere en un país con el que ellos compartían mil kilómetros de frontera. Les parecía un nuevo paso dentro de una estrategia general que se proponía cercarlos.

Al poco de su «éxito» en Irán, el gobierno de Eisenhower puso el punto de mira en la pequeña y pobre nación guatemalteca. Guatemala había sufrido la brutal dictadura de Jorge Ubico, también apoyado por Washington, a quien habían echado del poder en 1944. Antes de que el gobierno reformista llegara a la presidencia, el 2 por ciento de la población poseía el 60 por ciento de la tierra y el 50 tenía que conformarse con el 3. La mitad india de la población sobrevivía a duras penas con cincuenta céntimos de dólar al día. En 1950 los guatemaltecos eligieron al apuesto y carismático coronel Jacobo Árbenz Guzmán, de treinta y ocho años, en un proceso caracterizado por su limpieza. En su discurso de toma de posesión, en 1951, Árbenz confirmó su compromiso con las reformas y la justicia social:

> Todas las riquezas de Guatemala no son tan importantes como la vida, la libertad, la dignidad, la salud y la felicidad del más humilde de sus habitantes [...]; debemos distribuir esas riquezas para que quienes menos tienen, la inmensa mayoría, se beneficien más, y quienes tienen más, tan solo unos pocos, se beneficien también, pero no tanto. ¿Cómo podría ser de otra manera dada la pobreza, mala salud y falta de educación de nuestro pueblo?[128]

Los medios norteamericanos tardaron poco en denunciar la «tiranía» comunista de Guatemala y empezaron su asalto mucho antes de que Árbenz tuviera tiempo de empezar siquiera a aplicar su programa. En junio *The New York Times* denunció «el cáncer de Guatemala» y habló de «profunda decepción y descorazonamiento ante la tendencia de la política guatemalteca» en los dos meses

escasos que llevaba el coronel Árbenz en la presidencia. Los directores de los periódicos demostraron un particular resentimiento ante el aumento de la influencia comunista y lamentaron que la política del Gobierno guatemalteco corriera «paralela al imperialismo ruso en Centroamérica», o supusiera un «nuevo frente» de dicho imperialismo.[129] Pocos meses después, *The Washington Post* publicó un editorial titulado «Cédula Roja en Guatemala», que decía que el nuevo presidente del Congreso de Guatemala era «partidario de la línea justa» del partido y despachaba a Árbenz como poco más que una herramienta de Moscú.[130]

Prestando oídos sordos a las críticas, Árbenz se propuso modernizar la industria y la agricultura de Guatemala y desarrollar sus recursos minerales. Hacerlo era plantar cara a la poderosa United Fruit Company, que dominaba la economía del país. Llamada «el pulpo» por los guatemaltecos, la United Fruit extendía sus tentáculos a los ferrocarriles, los puertos, las navieras y, en especial, a las plantaciones de bananos. Árbenz anunció su intención de poner en marcha una profunda reforma agraria que empezaría con la nacionalización de más de cien mil hectáreas de la United Fruit, aunque la compañía no cultivaba más del 90 por ciento de esos terrenos. En conjunto, las doscientas cincuenta mil hectáreas de la empresa representaban aproximadamente una quinta parte de la tierra cultivable de Guatemala. Árbenz, basándose en la propia valoración, muy depreciada, de las tierras guatemaltecas en declaraciones previas, ofreció compensar a la empresa con seiscientos mil dólares. Pero la United Fruit pidió más. Árbenz planteó entonces la expropiación de otras ochenta mil hectáreas. Edward Bernays, sobrino de Sigmund Freud, pionero de las relaciones públicas y maestro de la propaganda, ya había lanzado una campaña para etiquetar a Árbenz de comunista. Encontró aliados bien dispuestos en *The New York Times*. Bernays visitó a Arthur Hays Sulzberger, editor del *Times*, y el *Times*, cumplidamente, empezó a publicar artículos sobre la amenaza comunista de Guatemala. Congresistas de primera línea como el senador Henry Cabot Lodge, cuya familia tenía intereses en la United Fruit desde hacía décadas, también habló de creciente amenaza comunista.[131]

Truman tenía muy presente a Guatemala, que también para él formaba parte de la amenaza comunista. En abril de 1952 organizó una cena a la que invitó a Anastasio Somoza, dictador de Nicaragua, que en Washington siempre había sido persona non grata. Somoza garantizó a los altos cargos del Departamento de Estado que si Estados Unidos le proporcionaba armas, él y el coronel Carlos Castillo, exiliado guatemalteco, se librarían de Árbenz. El gobierno de Truman decidió deshacerse del presidente de Guatemala en septiembre. Luego, sin embargo, en cuanto la decisión salió a la luz, tuvo que invertir el rumbo.[132]

Eisenhower no tenía tantos escrúpulos. Nombró como embajador en Guatemala a Jack Peurifoy. Este, que no hablaba una palabra de español, había prestado servicio en Grecia, donde por su papel en la restauración de la monarquía se ganó el sobrenombre de «carnicero de Atenas» —todavía adornaba su despacho una foto de la familia real griega—, aunque su mujer tenía otro apodo para él: «Enfunda la pistola Peurifoy», por su afición a llevar una pistola al cinto.[133] Antes de trasladarse a Grecia había ayudado a purgar el Departamento de Estado de liberales e izquierdistas. Árbenz invitó al nuevo embajador norteamericano y a su esposa a cenar. Estuvieron seis horas discutiendo sobre la influencia comunista en el Gobierno guatemalteco, la reforma agraria y el trato dado a la United Fruit. Peurifoy mandó al secretario de Estado Dulles un largo telegrama donde le relataba la discusión. Terminaba así: «Estoy convencido de que si no lo es ya, el presidente se hará comunista en cuanto pase por aquí el primer comunista».[134]

De acuerdo con la forma de pensar del embajador, era lo mismo que convertirse en una marioneta en manos de Moscú: «El Kremlin dirige el comunismo del mundo; y quien piense lo contrario no sabe de qué está hablando».[135] En realidad, el comunismo guatemalteco era autóctono y el Partido Guatemalteco del Trabajo era independiente de la Unión Soviética. Los comunistas solo tenían cuatro de los cincuenta y seis escaños del Congreso y ningún cargo en el gabinete. El partido comunista

tenía unos cuatro mil afiliados, Guatemala tres millones y medio de habitantes.

Sugerir que la United Fruit Company contaba con amistades en las altas esferas de la administración de Eisenhower es quedarse muy corto. Sullivan & Cromwell, el bufete de los hermanos Dulles, había redactado los contratos de 1930 y 1936 de la compañía con Guatemala; el subsecretario de Estado, Walter Bedell Smith, predecesor de Allen Dulles en la dirección de la CIA, se convertiría en vicepresidente de la empresa en 1955; John Moors Cabot, subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, era uno de los mayores accionistas de la compañía; su hermano Thomas Dudley, director de asuntos relacionados con la seguridad internacional del Departamento de Estado, había sido su presidente; el general Robert Cutler, director del NSC, había sido presidente de su consejo de administración; John J. McCloy había formado parte de ese consejo; y Robert Hill, embajador en Costa Rica, se integraría en él algo más tarde.

Los intereses de la United Fruit reforzaron el arraigado anticomunismo de la administración de Eisenhower. En agosto de 1953 se decidió acabar con el gobierno de Árbenz por medio de una operación encubierta. Un alto cargo, sin embargo, advirtió: «Si llegara a saberse que Estados Unidos intenta convertir a Guatemala en una especie de Checoslovaquia, las consecuencias en nuestras relaciones en este hemisferio, y probablemente en todo el mundo [...], serían desastrosas».[136] Impertérrito, Allen Dulles pidió al instigador del golpe de Irán, Kim Roosevelt, que dirigiese la Operación Éxito. Roosevelt, sin embargo, se negó. No confiaba en que el nombre de la acción se correspondiera con sus posibilidades reales. Dulles escogió entonces al coronel Albert Haney, exdirector de la delegación de la CIA en Corea del Sur. Él sería el comandante operativo, mientras que Tracy Barnes se ocuparía de la guerra política. Como Tim Weiner señala en su historia de la agencia, Barnes presumía del clásico currículum de la CIA en aquel entonces. Criado en la propiedad de los Whitney en Long Island, que hasta tenía un campo de golf particular, había estudiado en Groton, Yale y en la Facultad de Derecho de Harvard. Perteneció a la OSS durante la Segunda Guerra Mundial y capturó una guarnición alemana, lo que le valió la estrella de plata. Pero como tenía fama de torpe, Walter Bedell Smith, exdirector de la CIA, y protegido de Dulles, recibió el encargo de supervisar la operación.[137]

A finales de enero de 1954 corrió el rumor de que Estados Unidos colaboraba con el coronel Castillo Armas en la organización de una fuerza invasora. El Gobierno guatemalteco solicitó entonces un cargamento de armas a Checoslovaquia. Y Estados Unidos denunció a voz en grito la injerencia soviética en el hemisferio. Alexander Wiley, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, dijo que el cargamento presuntamente «masivo» formaba «parte de un plan maestro del comunismo mundial».[138] El presidente de la cámara habló de bomba atómica en el patio trasero de Estados Unidos.[139]



Jacobo Árbenz Guzmán, presidente de Guatemala, se dirige a sus partidarios en 1954. Cuando sus iniciativas reformistas importunaron a la United Fruit Company, lo tacharon de comunista y tuvo que ceder el gobierno a una junta militar tras el golpe de

Estado orquestado por la CIA en 1954.

En un sorprendente cambio de rumbo, Sydney Gruson, corresponsal de *The New York Times*, se ocupó de cubrir la crisis de Guatemala y captó con fidelidad la sensación de ultraje de los ciudadanos de ese país ante las presiones norteamericanas. En febrero el Gobierno guatemalteco había expulsado del país a Gruson por «indeseable», pero ahora le permitía regresar.[140] El 21 de mayo escribió que a Estados Unidos la coacción se le había vuelto en contra, porque había dado pie a «un grado de unidad nacional» como Guatemala no había experimentado hacía mucho tiempo. Hasta la prensa, que «normalmente» siempre se posicionaba en contra del gobierno, cerraba filas «en defensa de las medidas del gabinete». Todos los periódicos criticaron lo que llamaban «voluntad de Estados Unidos de armar a los dictadores de derechas del hemisferio» mientras se negaba a «cubrir las necesidades legítimas de Guatemala».[141] Al día siguiente, en otro artículo de primera página, Gruson relataba cómo el ministro de Exteriores de Guatemala había cargado contra el Departamento de Estado norteamericano por ayudar en el extranjero a los exiliados y en el interior del país a los disidentes que trataban de echar abajo al gobierno. Informó, además, de que el Departamento de Estado había presionado al Gobierno guatemalteco para que elevara la compensación a la United Fruit a dieciséis millones y citó al ministro de Exteriores: «Guatemala —había dicho— no es ni una colonia ni un estado asociado de Estados Unidos y, por lo tanto, no necesita el permiso del Gobierno norteamericano para adquirir artículos indispensables para su defensa y seguridad, y repudia su pretensión de supervisar las legítimas medidas de un gobierno soberano».[142] El 24 del mismo mes, Gruson insistió en que Estados Unidos había elegido un mal asunto para convertirlo en cuestión de principios y solo había conseguido suscitar «un gran estallido de nacionalismo» y antiamericanismo.[143] Sus días como reportero del *Times* en Guatemala, por supuesto, estaban contados. La misma noche del 24, Allen Dulles llamó a su amigo Julius Adler, miembro del equipo de dirección del periódico, y este trasladó la queja a Arthur Hays Sulzberger, el editor. Gruson tuvo que salir para Ciudad de México casi sin tiempo para hacer las maletas.[144]

Entretanto, Peurifoy y demás funcionarios del Gobierno norteamericano libraban una enérgica campaña de desinformación y propaganda en Guatemala y en los estados vecinos a fin de desacreditar al gobierno de Árbenz y debilitarlo para que perdiera el poder. En junio de 1954, mercenarios entrenados por la CIA atacaron desde bases de Honduras y Nicaragua y recibieron apoyo aéreo de Estados Unidos. Cuando el impulso inicial del ataque se diluyó, Eisenhower proporcionó más aviones a Castillo Armas. Británicos y franceses dudaban si apoyar una agresión tan descarada. Henry Cabot Lodge, embajador norteamericano en las Naciones Unidas, se entrevistó con sus homólogos británico y francés y amenazó con retirar el apoyo de Estados Unidos a Gran Bretaña en Chipre y Egipto, y a Francia en Túnez y Marruecos, si no lo respaldaban en Guatemala.[145]

El 27 de junio, Árbenz, comprendiendo que toda resistencia era inútil, entregó el poder a una junta militar encabezada por el jefe del Estado Mayor del Ejército. Esa misma noche dirigió su último discurso por radio a la nación. «La United Fruit Company —acusó—, en connivencia con los círculos dirigentes de Estados Unidos, es la responsable de todo lo que nos ocurre». Y advirtió de la posible llegada de «veinte años de cruenta tiranía fascista».[146] Esa misma noche, el jefe de la delegación de la CIA y otro agente fueron a ver al nuevo jefe de la junta y le dijeron: «Usted no se aviene a las exigencias de la política exterior norteamericana».[147] Cuando el jefe se negó a apearse del carro, la CIA bombardeó el patio de armas del cuartel principal del país y la emisora de radio estatal. Castillo Armas, que había recibido instrucción militar en Fort Leavenworth, Kansas, volvió al país en un avión de la embajada norteamericana y se puso al frente del nuevo gobierno. Dulles se

dirigió a los norteamericanos el 30 de junio para celebrar la victoria de la «democracia» sobre el «comunismo soviético». Afirmó que habían sido los propios guatemaltecos quienes habían «puesto remedio a la situación».[148] Un alto cargo británico, riéndose de la mendacidad de Dulles, observó que algunos pasajes de su discurso casi podrían pasar por «frases de Molotov sobre Checoslovaquia, o de Hitler sobre Austria».[149]

Poco después, Castillo Armas visitó Washington y dio fe de su lealtad a Richard Nixon. «Usted dígame lo que quiere que haga y lo haré», prometió.[150] Recibió noventa millones de dólares en concepto de ayuda en dos años, ciento cincuenta veces más de lo que el gobierno reformista había obtenido en una década. Implantó una brutal dictadura militar y fue asesinado tres años después. La United Fruit recuperó sus tierras.

Dulles había dicho que el país se había salvado del «comunismo imperialista» y declaró la adición de «un nuevo y glorioso capítulo a la ya gran tradición de los Estados americanos».[151] Un coronel de marines retirado que participó en la operación para derribar a Árbenz diría: «Nuestro “éxito” condujo a treinta y un años de gobierno militar represivo y a la muerte de más de cien mil guatemaltecos».[152] Pero el precio en vidas humanas duplicó esa cifra. Árbenz fue muy optimista en sus predicciones. Los «veinte años de cruenta tiranía fascista» se convirtieron en realidad en cuarenta.

Mientras los mandatarios del gobierno de Eisenhower celebraban su victoria convencidos de que las operaciones encubiertas podían servir para deshacerse de gobiernos reformistas populares, otros extraían conclusiones muy distintas. Entre los testigos del «cambio de régimen» de Guatemala se encontraba un joven médico argentino llamado Ernesto *Che* Guevara que estaba en la capital para observar las reformas de Árbenz. Escribió a su madre desde la embajada argentina, donde se había refugiado durante la matanza posterior al golpe. En su opinión, Árbenz había cometido un grave error: «Podría haber entregado armas al pueblo, pero no quiso, y ya hemos visto los resultados». El Che no cometería el mismo error cuando, años después, llegara el momento de proteger la revolución cubana.[153] La revolución cubana tuvo que hacer frente a su propia contrarrevolución cuando, con el apoyo de Estados Unidos, una fuerza de invasión de exiliados fue aplastada en la bahía de Cochinos en 1961. Varios personajes que desempeñaron un papel importante en la caída del Gobierno guatemalteco intervinieron también en el fiasco de 1961, como, por ejemplo, el embajador William Pawley y los miembros de la CIA E. Howard Hunt, Richard Bissell, Tracy Barnes y Allen Dulles.

Al mismo tiempo, en Vietnam se producían acontecimientos de mayor calado. En abril de 1954, el ejército de liberación de campesinos de Ho Chi Minh, comandado por el general Vo Nguyen Giap, y sus partidarios atravesaron con pesados vehículos de artillería antiaérea, morteros y obuses terreno montañoso y una jungla aparentemente intransitable y plantaron sitio a las desesperadas tropas francesas en Dien Bien Phu. Aunque resulte increíble, Estados Unidos sufragaba entonces el 80 por ciento de los costes de Francia por mantener a los colonialistas en el poder. En agosto de 1953, Eisenhower explicó: «Cuando Estados Unidos vota a favor de contribuir a esa guerra con cuatrocientos millones de dólares, no vota por regalar el dinero, vota por la forma más económica de evitar que ocurra algo que podría tener las peores consecuencias para nosotros, para nuestra seguridad, nuestro poder y nuestra posibilidad de cubrir ciertas necesidades que encontramos en las riquezas de Indonesia y del Sudeste Asiático».[154] Desde su punto de vista, los países de la región podían ir cayendo uno tras otro como fichas de dominó hasta, en última instancia, perder quizá Japón. Nixon estaba de acuerdo: «Si Indochina cae, Tailandia quedará en una posición casi insostenible. Y lo mismo puede decirse de la península de Malaca, con todo su estaño y su caucho. Con Indonesia sucede lo mismo. Si toda esta parte del Sudeste Asiático cae bajo el dominio o la influencia de los comunistas, Japón, que comercia y necesita comerciar con la región para poder subsistir, se orientará inevitablemente hacia el régimen comunista».[155] *U.S. News & World Report*

prescindía de la retórica de la lucha por la libertad de los pueblos oprimidos y admitía: «Una de las regiones más ricas del mundo abrirá sus puertas al vencedor de Indochina. Por eso Estados Unidos está cada vez más preocupado [...]; estaño, caucho, arroz... se trata en realidad de una guerra por materias primas estratégicas. En nuestra opinión, es una zona que hay que conservar a toda costa». [156]

Los franceses solicitaron ayuda. Aunque Eisenhower descartó el envío de fuerzas de tierra, Dulles y él sopesaron diversas opciones para evitar una inminente derrota francesa. El Pentágono ideó la Operación Vulture, campaña aérea contra las posiciones del Viet Minh. También se habló de la posibilidad de usar dos o tres bombas atómicas. Más tarde, el general Nathan Twining, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, comentaría:

> [Radford, jefe del Estado Mayor Conjunto, y yo] opinábamos, y seguimos opinando, que había que lanzar tres pequeñas bombas-A tácticas. Se trata de una región bastante aislada [...]. Te puedes tomar todo el día para lanzar una bomba, asegurarte de que caerá en el lugar adecuado. Sin oposición. Y limpiar de *commies* la zona. Y luego que una banda tocase «La marsellesa» y los franceses habrían salido desfilando de Dien Bien Phu con la cabeza bien alta. Y los *commies* [comunistas] habrían dicho: «Vaya, esos tíos podrían volver a hacernos lo mismo. Será mejor que nos andemos con cuidado».[157]

Eisenhower debatió el uso de bombas atómicas con Nixon y Robert Cutler, del NSC, el 30 de abril de 1954. George Bidalt, ministro de Exteriores francés, y algunos colaboradores dijeron que Dulles les ofreció dos bombas atómicas una semana después. Eisenhower y Dulles negarían tal circunstancia algo más tarde, pero lo cierto es que el empleo de bombas atómicas habría sido coherente con la política de Washington en la época. Ni a franceses ni a británicos, por otro lado, les parecía inteligente o factible. Las pruebas existentes sugieren también que se vetaron las «nuevas armas» porque en Dien Bien Phu el Viet Minh estaba demasiado próximo a los soldados franceses, que habrían corrido peligro. Eisenhower confesó a Walter Cronkite en 1961: «No queríamos emplear unas armas que habrían destruido varios kilómetros cuadrados y, probablemente, la ciudad de Dien Bien Phu».[158]

Muchos especialistas creen los desmentidos de Eisenhower y Dulles, pero la oferta de Estados Unidos aparece mencionada en los diarios de los generales franceses Paul Ely y Jean Chauvel, viceministro de Exteriores, y de George Bidault. El ministro del Interior francés, por otro lado, pidió al premier Joseph Laniel que solicitase las bombas.[159] McGeorge Bundy opinaba, además, que era muy probable que Dulles comentase el asunto con Bidault —como afirma el propio Bidault—, en parte porque la presunta oferta coincidía punto por punto con los comentarios de Dulles a la OTAN sobre considerar las bombas atómicas armas convencionales. A finales de abril, el Policy Planning Staff [Estado Mayor de Planificación Política] del NSC volvió a debatir el uso de armas nucleares. Las actas de la reunión indican que, cuando Robert Cutler trató el asunto con Eisenhower y Nixon, una vez más se planteó la posibilidad de ceder «nuevas armas» a los franceses. Años más tarde, Eisenhower recordaba las cosas de forma bien distinta. A Stephen Ambrose, su biógrafo, le dijo que a Cutler le contestó: «¿Os habéis vuelto locos o qué? ¿Cómo vamos a lanzar esas cosas tan horribles contra los asiáticos por segunda vez en menos de diez años? ¡Por Dios Santo!».[160]

Aunque finalmente, en efecto, en aquella ocasión no se emplearon bombas atómicas, Eisenhower aprobó la recomendación del Estado Mayor Conjunto de que, si los chinos intervenían, Estados Unidos respondería con armas atómicas y no con tropas de tierra.[161]

Un día antes de la rueda de prensa en que Eisenhower habló de las fichas de dominó, el senador por Massachusetts, John F. Kennedy, se había pronunciado en la cámara contra la intervención militar. Censuró los disparates con los que altos mandatarios norteamericanos y franceses habían estado

regalando los oídos de la ciudadanía los tres últimos años, disparates como el reciente de Arthur Radford y el secretario de Estado Dulles al dar por segura la victoria francesa: «Los estadounidenses no podemos ofrecer en Indochina ayuda militar suficiente para vencer a un enemigo que está en todas partes y en ninguna al mismo tiempo, a "un enemigo del pueblo" que cuenta con las simpatías y el apoyo encubierto del pueblo».[162] El senador Lyndon Johnson había dicho recientemente que estaba en contra de «enviar soldados norteamericanos al barro y la mugre de Indochina en una orgía de sangre que perpetúa el colonialismo y la explotación de Asia por el hombre blanco».[163]

El 7 de mayo, al cabo de cincuenta y seis días de batalla, cayó la guarnición francesa. Representantes de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, la Unión Soviética y China se reunieron en Ginebra. Dulles se quedó en la reunión el tiempo suficiente para manifestar su disgusto. Se negó a estrechar la mano de Zu Enlai, ministro de Exteriores chino, y a sentarse cerca de los delegados comunistas. Además, puso objeciones a todas las propuestas, hasta el extremo de que Anthony Eden, ministro de Exteriores británico, dijo que su actitud rayaba con «una ira y un pesimismo casi patológicos».[164] Aunque el Viet Minh controlaba la mayor parte del país y creía que merecía gobernarlo en su totalidad, sus negociadores cedieron a las presiones de Pekín y Moscú y aceptaron una propuesta que en breve postergaría la toma del país y permitiría que Francia salvara el tipo. Ambos bandos decidieron la división provisional de Vietnam por el paralelo 17 con la retirada de las tropas de Ho al norte y de las que recibían el apoyo de Francia al sur. La declaración final decía: «La línea de demarcación militar es provisional y de ningún modo puede interpretarse como frontera política o territorial».[165] El acuerdo estipulaba también que ninguno de los dos bandos permitiría el establecimiento de bases extranjeras en su territorio ni se uniría a ninguna alianza militar.

El Viet Minh aceptó esta declaración sobre todo porque en julio de 1956 estaba previsto celebrar unas elecciones nacionales para unificar el país. Estados Unidos se negó a firmar los acuerdos, pero prometió no interferir en su implementación. En realidad, sin embargo, traicionaba ya esa promesa desde el mismo instante en que esas palabras salían de boca del general Walter Bedell Smith.



Eisenhower y John Foster Dulles reciben al presidente vietnamita Ngo Dinh Diem en el Washington National Airport. El Gobierno norteamericano maniobró para sustituir el Gobierno títere de Bao Dai, que respondía ante los franceses, por el de Diem, que no perdió el tiempo y aplastó a sus rivales con una oleada de represión contra antiguos miembros del Viet Minh. Hubo miles de ejecuciones.

Mientras Bao Dai siguiera al mando en el sur, Estados Unidos prácticamente no tenía la menor posibilidad de conservar Vietnam. Los campesinos le desconocían y los intelectuales se mofaban de él tachándolo de títere de los franceses. Ho, en cambio, era para todos el líder nacionalista por excelencia y todos le consideraban el salvador del pueblo.[166] Cuando las tropas francesas se aprestaban a abandonar el país, los norteamericanos maniobraron para sustituir a Bao Dai por Ngo

Dinh Diem, católico conservador recién llegado tras cuatro años en el exilio a quien Bao había nombrado primer ministro. Con la ayuda de Edward Lansdale, Diem no perdió el tiempo en acabar con sus rivales y desatar una oleada de represión contra antiguos miembros del Viet Minh en el sur. Miles de ellos fueron ejecutados.

En 1955 Diem convocó un referéndum para pedir a los sudvietnamitas que eligieran entre Bao Dai y él. Con la ayuda de Lansdale, Diem «obtuvo» el 98 por ciento de los votos. Sus partidarios en Estados Unidos formaron la asociación American Friends of Vietnam. Entre quienes lo respaldaban se encontraban el cardenal Francis Spellman y Joseph Kennedy, y también los senadores Mike Mansfield, Hubert Humphrey y John F. Kennedy. Cegados por su anticomunismo y la confianza en que aquel nacionalista ascético podía invertir el rumbo de los acontecimientos cuando todo estaba en contra, hacían caso omiso de lo que era obvio para observadores independientes como Hans Morgenthau, politólogo de la Universidad de Chicago experto en relaciones internacionales. Tras visitar Vietnam a principios de 1956, Morgenthau describió así a Diem: «Se mueve con una astucia y una implacabilidad digna de un sátrapa de Oriente [...] que como político vive gracias a su oposición al comunismo, pero que está inmerso en la construcción, hasta en sus más mínimos detalles, de una réplica fiel del régimen totalitario al que se enfrenta». Según Morgenthau, nueve de los once partidos de la oposición no se atrevían a operar abiertamente: «No hay libertad de prensa [...], nadie sabe cuántas personas ejecutan al día las fuerzas armadas del régimen, ni en qué circunstancias».[167]

Con el apoyo de Estados Unidos, Diem subvirtió la disposición más importante del pacto de Ginebra y canceló las elecciones de 1956, que habrían dado el poder a los comunistas. Tiempo después, Eisenhower comentó: «Nunca he hablado ni intercambiado correspondencia con ningún experto en Indochina que no dijera que, de haberse celebrado aquellas elecciones, posiblemente el 80 por ciento de la población habría votado por el comunista Ho Chi Minh en lugar de por Bao Dai, el jefe del Estado».[168] La insurgencia se reavivó enseguida.

La creciente presencia norteamericana en Vietnam se producía ante el telón de fondo de una fuerte tensión nuclear. A finales de febrero de 1954, las autoridades norteamericanas evacuaron a todos los isleños y despejaron de embarcaciones una enorme región del Pacífico en preparación de una nueva serie de pruebas con bombas de hidrógeno. Aunque cambió el viento y pese al peligro que así tal vez corriera mucha gente, decidieron seguir adelante con la prueba Bravo del 1 de marzo. Para empeorar las cosas, la bomba en cuestión tenía el doble de la potencia prevista. Con quince megatones, era mil veces más potente que la de Hiroshima. La nube de coral radiactivo se desplazó hacia Rongelap, Rongerik y Utrik, en las islas Marshall, y contaminó a doscientos treinta y seis isleños y a veintiocho norteamericanos. Ajenos al peligro, algunos niños salieron a jugar en mitad de la lluvia radiactiva. No se evacuó a muchos nativos hasta tres días después del estallido, cuando ya daban señales de envenenamiento. Los veintitrés tripulantes del pesquero japonés *Daigo Fukuryu Maru* [*Dragón de la Suerte nº 5*] sufrieron el mismo destino: los cubrió una mortífera lluvia de ceniza blanca de tres horas de duración. Cuando, trece días después, llegaron a puerto con su cargamento de atún contaminado, ya daban muestras de avanzado envenenamiento. Algunos murieron unos meses después.

El mundo observó con estupor la negligencia de Estados Unidos y el increíble poder de destrucción de las armas nucleares de última generación. Cundió el pánico cuando se supo que el atún contaminado del pesquero japonés había sido vendido en cuatro ciudades importantes y quizá miles de personas lo habían consumido. Muchos no volvieron a probar el pescado. Se destruyeron cuatrocientas cincuenta y siete toneladas de atún. Lewis Strauss, presidente de la AEC, contó al secretario de prensa de la Casa Blanca que el barco era en realidad un «buque espía» de la Unión Soviética, falsedad manifiesta que la CIA hizo circular de inmediato.[169] En rueda de prensa con Eisenhower, Strauss subrayó la contribución de la prueba nuclear a la «posición militar» de Estados Unidos, culpó a los pescadores por no prestar atención a las advertencias de la AEC y restó

importancia a los daños.[170] Los habitantes de Utrik pudieron volver a sus hogares a los dos meses. Los de Rongelap no pudieron hacerlo hasta 1957. Y allí seguían en 1987, cuando ciertos hallazgos científicos confirmaron todas las sospechas: la isla seguía contaminada.

La comunidad internacional estaba consternada. El diplomático belga Paul-Henri Spaak advirtió: «Si no se hace algo por reavivar la idea del discurso del presidente, es decir, que Estados Unidos desea la energía atómica para propósitos pacíficos, Estados Unidos será para Europa sinónimo de horror y barbarie». Jawaharlal Nehru, primer ministro indio, dijo públicamente que los dirigentes norteamericanos eran «lunáticos egocéntricos y peligrosos» que harían «saltar por los aires a cualquier pueblo o país» que se interpusiera «en el camino de su política».[171]

Eisenhower comentó ante el NSC en mayo de 1954: «Al parecer, todo el mundo nos toma por canallas, fanfarrones y belicistas».[172] Dulles añadió: «Todos los días perdemos simpatías en Inglaterra y en otros países aliados porque todos insisten en que somos militaristas. Llegan a comparar nuestra maquinaria militar con la de Hitler».[173]

La prueba Bravo tuvo otras consecuencias imprevistas. El terrorífico poder de las bombas de hidrógeno y la amenaza ligeramente velada de la guerra nuclear empezaron a figurar entre las primeras preocupaciones de la diplomacia internacional. La amenaza nuclear influyó en la actitud de los principales participantes de la Conferencia de Ginebra más de lo que la mayoría comprendió. Poco después de la prueba de las islas Marshall, Churchill confesó ante el Parlamento que ningún otro tema le preocupaba más. Dulles se reunió con él a primeros de mayo y luego contó a Eisenhower que los británicos, y Churchill en particular, le parecían «muertos de miedo ante la idea de los rusos con bombas nucleares». Anthony Eden relacionó tal miedo con lo sucedido en la conferencia. «Fue la primera reunión internacional —escribió— en la que fui plenamente consciente del poder disuasorio de la bomba de hidrógeno. Di gracias por ello. Porque creo que, sin la bomba, no habríamos superado la conferencia ni podido evitar una guerra importante».[174]

El incidente del *Daigo Fukuryu Maru* catalizó también un movimiento mundial contra las pruebas nucleares y popularizó un concepto previamente oscuro: «lluvia radiactiva». Dio pie también a la renovada vigencia de la Nueva Perspectiva de Eisenhower.

En ningún sitio fue la reacción tan importante como en Japón, donde las iniciativas de posguerra para censurar todo debate sobre los bombardeos atómicos no consiguieron acabar con el recuerdo de Hiroshima y Nagasaki. Unas amas de casa de Tokio lanzaron una petición pública para prohibir las bombas de hidrógeno y lograron treinta y dos millones de firmas, o lo que es lo mismo, el apoyo de una tercera parte de los habitantes de Japón.

Para contrarrestar la generalizada atmósfera antinuclear, la Operations Coordinating Board [Junta de Coordinación de Operaciones] del NSC propuso el lanzamiento de «una ofensiva sobre los usos pacíficos de la energía atómica» y planteó la construcción en Japón de un reactor nuclear experimental.[175] Thomas Murray, comisionado de la AEC, aplaudió este «gesto teatral pero cristiano» en la creencia de que elevaría «a todos muy por encima del recuerdo de las carnicerías» de Hiroshima y Nagasaki.[176] *The Washington Post* ofreció su propia, y asimismo efusiva, interpretación. Para este diario, el proyecto era una forma de «distraer la atención del hombre de su presente obsesión con la carrera armamentista»; y añadía, en una confesión extraordinaria: «Muchos norteamericanos no saben [....] que el lanzamiento de las bombas atómicas de Japón no fue necesario [...]. Qué mejor para enmendarse que ofrecer a Japón los medios necesarios para utilizar la energía atómica pacíficamente. Qué mejor, en realidad, que dar en toda Asia la impresión de que para Estados Unidos los orientales son algo más que carne de cañón».

En lo que habría supuesto la ironía más cruel, Thomas Murray y Sidney Yates, el representante de Illinois, propusieron la construcción de la primera central nuclear en Hiroshima, a principios de 1955, Yates propuso ante el Congreso la construcción de una planta generadora de sesenta mil

kilowatios en la ciudad que menos de una década antes se había convertido en el primer blanco de una bomba atómica.

En años siguientes, la embajada norteamericana, la CIA y la Information Agency [Agencia de Información] libraron una campaña pedagógica y propagandística a gran escala para revertir la profunda aversión del pueblo japonés a la energía nuclear. El diario *Mainichi* la denunció: «Primero el bautismo con lluvia radiactiva, luego un artero comercialismo con la careta: “átomos por la paz”». [177]

Transcurrido un mes de la potente prueba Bravo, *The New York Times* informó de que otras pruebas habían confirmado el temor de Szilard y Einstein y, en efecto, la construcción de una bomba de cobalto ya era posible, lo cual condujo a un generalizado debate por revisar los cálculos de Szilard según los cuales cuatrocientas bombas de deuterio-cobalto de una tonelada liberarían radiactividad suficiente para acabar con toda la vida del planeta».[178]

Dos días después, un artículo de primera página de *Los Angeles Times* ofrecía la aleccionadora noticia de que el científico nipón Tsunesaburo Asada había informado a la Sociedad Farmacológica de Japón de que los soviéticos estaban produciendo una bomba de nitrógeno —una bomba de hidrógeno envuelta en helio y nitrógeno— tan peligrosa que «si treinta de ellas» se detonaban a la vez, «toda la humanidad perecería en el transcurso de unos años».[179] Y por si eso no fuera lo bastante aterrador, en el mes de febrero, el Nobel Otto Hahn, el físico que había dividido el átomo de uranio, bajó la cifra de cuatrocientas bombas de cobalto a diez en un discurso radiado que se pudo oír en la mayor parte de Europa.[180]

Aunque la bomba de cobalto no llegó a construirse nunca, la posibilidad de su existencia culminó las peores pesadillas de la década. La tripulación del *Daigo Fukuryu Maru* siguió más de un año hospitalizada. Cuando todavía no se habían recuperado, uno de los marineros lanzó una solemne advertencia: «De nosotros pende el destino de toda la humanidad. Díganselo a los responsables. Dios se ocupará de que escuchen».[181]

[1] Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Hill and Wang, Nueva York, 2007, p. 91.

[2] Gerard J. DeGroot, *The Bomb: A Life*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2005, p. 153.

[3] Gregg Herken, *The Winning Weapon: The Atomic Bomb in the Cold War,* Vintage Books, Nueva York, 1982, pp. 279, 293-297.

[4] David E. Lilienthal, *The Atomic Energy Years, 1945–1950*, vol. 2: *The Journals of David E. Lilienthal,* Helen M. Lilienthal (ed.), Harper & Row, Nueva York, 1964, p. 582.

[5] Priscilla J. McMillan, *The Ruin of J. Robert Oppenheimer and the Birth of the Modern Arms Race*, Viking, Nueva York, 2005, p. 24.

[6] «USAEC General Advisory Committee Report on the “Super”, October 30, 1949», en *The American Atom: A Documentary History of Nuclear Policies from the Discovery of Fission to the Present, 1939-1984*, Robert C. Williams y Philip L. Cantelon (eds.), University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1984, pp. 124-127.

[7] Kai Bird y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer*, Vintage Books, Nueva York, 2005, p. 427.

[8] Albert Einstein, *Einstein on Politics: His Private Thoughts and Public Stands on Nationalism, Zionism, War, Peace, and the Bomb*, David E. Rowe y Robert Schulmann (eds.), Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2007, p. 404.

[9] Leo Szilard, *Toward a Livable World*, Helen S. Hawkins, G. Allen Greb y Gertrud Weiss Szilard (eds.), MIT Press, Cambridge (Massachusetts), 1987, p. 84.

[10] William Faulkner, discurso por la obtención del premio Nobel, 10 de diciembre de 1950, *http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1949/faulkner-speech.html.*

[11] «NSC 68: United States Objectives and Programs for National Security (April 14, 1950)», en *American Cold War Strategy: Interpreting NSC 68*, Ernest R. May(ed.), St. Martin’s Press, Nueva York, 1993, pp. 25, 28, 38, 55.

[12] Robert Griffith, *The Politics of Fear: Joseph R. McCarthy and the Senate*, University Press of Kentucky, Lexington, 1970, p. 49.

[13] Ellen Schrecker, *Many Are the Crimes: McCarthyism in America*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1998, p. 206.

[14] Michael S. Sherry, *In the Shadow of War: The United States Since the 1930s*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1995, p. 174.

[15] Schrecker, *Many Are the Crimes*, pp. XIII, 267-268.

[16] Mary McCarthy, «Naming Names: The Arthur Miller Case», en Mary McCarthy, *On the Contrary*, Farrar, Straus and Cudahy, Nueva York, 1961, p. 154.

[17] I. F. Stone, «Must Americans Become Informers?», en I. F. Stone, *The Truman Era*, 1953; reimpresión: Random House, Nueva York, 1972, p. 99.

[18] Richard H. Pells, *The Liberal Mind in a Conservative Age: American Intellectuals in the 1940s and 1950s*, Wesleyan University Press, Middletown (Connecticut), 1989, p. 322.

[19] Larry Ceplair y Steven Englund, *The Inquisition in Hollywood: Politics in the Film Community, 1930-1960*, Anchor Press/Doubleday, Nueva York, 1980, pp. 386-388, 403-407, 418-422.

[20] Schrecker, *Many Are the Crimes*, pp. 369-370.

[21] Vincent Joseph Intondi, «From Harlem to Hiroshima: African Americans and the Bomb, 1945-1968», (tesis doctoral), American University, 2009.

[22] David K. Johnson, *The Lavender Scare: The Cold War Persecution of Gays and Lesbians in the Federal Government*, University of Chicago Press, Chicago, 2004, pp. 166-168.

[23] Schrecker, *Many Are the Crimes*, pp. 208, 212, 216, 227.

[24] Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*, Stanford University Press, Stanford (California), 1992, p. 365.

[25] «War in Korea», *The New York Times*, 26 de junio de 1950.

[26] David Halberstam, *The Coldest Winter: America and the Korean War*, Hyperion, Nueva York, 2007, p. 2.

[27] Lloyd C. Gardner, «The Dulles Years: 1953-1959», en *From Colony to Empire: Essays on the History of American Foreign Relations*, William Appleman Williams (ed.), John Wiley & Sons, Nueva York, 1972, pp. 375-376.

[28]*Ibid*., pp. 371-372.

[29] Halberstam, *The Coldest Winter*, pp. 92-93.

[30] Deborah Welch Larson, «Bandwagon Images in American Foreign Policy: Myth or Reality?», en *Dominoes and Bandwagons*, Robert Jervis y Jack Snyder (eds.), Oxford University Press, Nueva York, 1991, p. 96.

[31] «Truman Lauds "Brilliant" Victory by MacArthur», *Los Angeles Times*, 30 de septiembre de 1950.

[32] Robert L. Beisner, *Dean Acheson: A Life in the Cold War*, Oxford University Press, Nueva York, 2006, p. 404.

[33] Vladislav M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007, p. 78.

[34] Harry S. Truman, *Memoirs: Years of Trial and Hope*, Doubleday, Nueva York, 1956, p. 375.

[35] Halberstam, *The Coldest Winter*, pp. 14-16, 386, 390-391.

[36] «Statement by Gen. MacArthur», *The New York Times*, 29 de noviembre de 1950.

[37] Bruce Cumings, *Korea's Place in the Sun*, W. W. Norton, Nueva York, 1997, p. 272; Joseph Gerson, *Empire and the Bomb: How the U.S. Uses Nuclear Weapons to Dominate the World*, Pluto Press, Londres, 2007, p. 288; Drew Pearson, «Korea Briefing Startled British», *The Washington Post*, 8 de diciembre de 1950.

[38] Alan Brinkley, *The Publisher: Henry Luce and His American Century*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2010, p. 365.

[39] «Speeches by Warren Austin of U.S. and Wu Hsiu-chuan of Red China in Security Council», *The New York Times*, 29 de noviembre de 1950.

[40] Arthur Veysey, «Attlee to Tell Truman: Don't Use Atom Bomb», *The Chicago Tribune*, 2 de diciembre de 1950.

[41] Cumings, *Korea's Place in the* Sun, p. 272; Gerson, *Empire and the Bomb*, p. 81; Bruce Cumings, *The Origins of the Korean War*, vol. 2: *The Roaring of the Cataract, 1947-1950*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1990, pp. 749-750.

[42] Michael H. Hunt, *Crises in U.S. Foreign Policy*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1996, pp. 217–218.

[43] «Rivers Urges A-Bomb Against Reds», *Miami Daily News*, 28 de noviembre de 1950.

[44] «Congressmen Split on Use of Atom Bomb», *The Chicago Tribune*, 1 de diciembre de 1950.

[45] Richard Lee Miller, *Under the Cloud: The Decades of Nuclear Testing*, Two Sixty Press, The Woodlands (Texas), 1991, p. 101.

[46] A. M. Rosenthal, «U.N. Circles Wary on Atom Bomb Use», *The New York Times*, 1 de diciembre de 1950.

[47] Cumings, *The Origins of the Korean War*, p. 750.

[48] C. L. Sulzberger, «U.S. Prestige Ebbs on Korea, Europe-Asia Survey Shows», *The New York Times*, 7 de diciembre de 1950.

[49] Bruce Cumings, *The Korean War: A History*, Modern Library, Nueva York, 2010, p. 156.

[50] Arnold A. Offner, *Another Such Victory: President Truman and the Cold War, 1945-1953*, Stanford University Press, Stanford (California), 2002, p. 402.

[51] Max Hastings, *The Korean War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1987, p. 201.

[52] Cumings, *The Origins of the Korean War*, pp. 750-751.

[53] Halberstam, *The Coldest Winter*, p. 607.

[54] «McCarthy Charges Treason with Bourbon», *Los Angeles Times*, 13 de abril de 1951.

[55] Richard H. Rovere y Arthur Schlesinger, Jr., *General MacArthur and President Truman: The Struggle for Control of American Foreign Policy*, 1951: reimpresión: New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction Publishers, 1992, pp. 276-277.

[56] Halberstam, *The Coldest Winter*, p. 609.

[57] Beisner, *Dean Acheson*, p. 432.

[58]*Ibid*., pp. 433-446.

[59] George Barrett, «Radio Hams in U.S. Discuss Girls, So Shelling of Seoul Is Held Up», *The New York Times*, 9 de febrero de 1951.

[60] I. F. Stone, *The Hidden History of the Korean War*, Monthly Review Press, Nueva York, 1969, p. 313.

[61] Bruce Cumings, «American Airpower and Nuclear Strategy in Northeast Asia Since 1945», en *War and State Terrorism: The United States, Japan, and the Asia-Pacific in the Long Twentieth Century*, Mark Selden y Alvin Y. So (eds.), Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2004, p. 76.

[62] Bruce Cumings, *Dominion from Sea to Sea: Pacific Ascendancy and American Power*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2009, pp. 340-341.

[63] John Lewis Gaddis, *Russia, The Soviet Union, and the United States: An Interpretive History*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1978, 212.

[64] Thomas C. Reeves, *The Life and Times of Joe McCarthy*, 1982; reimpresión: Madison Books, Lanham (Maryland), 1997, p. 451.

[65]*Ibid*., p. 436.

[66] Stephen E. Ambrose, *Eisenhower: The President*, vol. 2, Simon & Schuster, Nueva York, 1984, p. 55.

[67] Samuel Shaffer, «Behind Nixon's Speech», *Newsweek*, 6 de octubre de 1952, p. 25.

[68] Stephen E. Ambrose, *Eisenhower: Soldier and President*, Simon & Schuster, Nueva York, 1990, p. 218.

[69] Dwight D. Eisenhower, «The Long Pull for Peace: Extracts from the Final Report of the Chief of Staff General of the Army Dwight D. Eisenhower», *The Army Information Digest*, abril de 1948, p. 41.

[70] Ira Chernus, *Apocalypse Management: Eisenhower and the Discourse of National Security*, Stanford University Press, Stanford (California), 2008, pp. 30-31.

[71] Walter LaFeber, *America, Russia, and the Cold War, 1945-2006*, McGraw-Hill, Boston, 2008, p. 147.

[72] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 104.

[73] Klaus Larres, *Churchill's Cold War: The Politics of Personal Diplomacy*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2002, pp. 189-193.

[74] «Text of Speech by Eisenhower Outlining Proposals for Peace in World», *The New York Times*, 17 de abril de 1953.

[75] «Highway of Peace», *The New York Times*, 17 de abril de 1953, p. 24.

[76] «Eisenhower's Peace Program», *The Washington Post*, 17 de abril de 1953, p. 26.

[77] Lloyd Gardner, «Poisoned Apples: John Foster Dulles and the "Peace Offensive"», en *The Cold War After Stalin's Death*, Klaus Larres y Kenneth Osgood (eds.), Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2006, p. 85.

[78] Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Cycles of American History*, Houghton Mifflin, Boston, 1999, p. 399.

[79] H. R. Haldeman y Joseph DiMona, *The Ends of Power*, Dell, Nueva York, 1978, pp. 121-122; Richard Nixon, *The Real War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1990, p. 255.

[80] Jon Halliday y Bruce Cumings, *Korea: The Unknown War*, Penguin, Nueva York, 1990, p. 203.

[81]*Ibid*., p. 204.

[82] Dwight MacDonald, «America! America!», en *50 Years of Dissent*, Nicolaus Mills y Michael Walzer (eds.), Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2004, p. 50.

[83] McMillan, *The Ruin of J. Robert Oppenheimer*, p. 142.

[84] DeGroot, *The Bomb*, p. 179.

[85] «Text of Eisenhower Inaugural Address Pledging Search for Peace», *The New York Times*, 21 de enero de 1953.

[86] Edgar Snow, *Journey to the Beginning*, Random House, Nueva York, 1958, pp. 360-361.

[87] «Ike Scouts Bomb as Full Defense», *The Baltimore Sun*, 25 de febrero de 1947.

[88] David Alan Rosenberg, «The Origins of Overkill: Nuclear Weapons and American Strategy 1945-1960», *International Security*, nº 7 (primavera de 1983), p. 27.

[89] Peter J. Kuznick, «Prophets of Doom or Voices of Sanity? The Evolving Discourse of Annihilation in the First Decade and a Half of the Nuclear Age», *Journal of Genocide Research*, nº 9 (2007), p. 424.

[90] «The Central Problem», *The New York Times*, 19 de septiembre de 1953.

[91] Richard H. Immerman, *Empire for Liberty: A History of American Imperialism from Benjamin Franklin to Paul Wolfowitz*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2010, pp. 164-172.

[92] Ronald W. Pruessen, *John Foster Dulles: The Road to Power*, Free Press, Nueva York, 1982, pp. 123-132.

[93] Stephen Kinzer, *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*, Times Books, Nueva York, 2006, p. 114.

[94] Sherman Adams, *Firsthand Report: The Story of the Eisenhower Administration*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1974, p. 364.

[95] John Prados, *The Sky Would Fall: Operation Vulture: The U.S. Bombing Mission in Indochina, 1954*, Dial Press, Nueva York, 1983, p. 30.

[96] Memorandum of Discussion at a Special Meeting of the National Security Council on Tuesday, March 31, 1953, *Foreign Relations of the United States, 1952–1954: Korea*, vol. 15, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1984, p. 827.

[97] Appu K. Soman, *Double-edged Sword: Nuclear Diplomacy in Unequal Conflicts: The United States and China, 1950-1958*, Praeger, Nueva York, 2000, p. 88.

[98] Fred Kaplan, *The Wizards of Armageddon*, 1983; reprimpresión, Stanford University Press, Stanford (California), 1991, pp. 183-184.

[99] Schlesinger, *Cycles of History*, p. 401.

[100] Chernus, *Apocalypse* Management, p. 96.

[101] Edward T. Folliard, «U.S. to Use A-Weapons in Any War», *The Washington Post*, 17 de marzo de 1955; «President Says Atom Bomb Would Be Used like "Bullet"», *The New York Times*, 17 de marzo de 1955.

[102] «Record Shows U.S. Stands Ready to Use Its Nuclear Weapons Against Aggressor», *The New York Times*, 2 de enero de 1956.

[103] Chernus, *Apocalypse Management*, pp. 78-79.

[104] William Lanouette, «Looking Back: Civilian Control of Nuclear Weapons», *Arms Control Today*, mayo de 2009, p. 45.

[105] «Text of Eisenhower's Address to the U.N. Assembly», *The New York Times*, 9 de diciembre de 1953.

[106] Hanson W. Baldwin, «Eisenhower's Bid Hailed», *The New York Times*, 19 de diciembre de 1953.
[107] Shane J. Maddock, *Nuclear Apartheid: The Quest for American Atomic Supremacy from World War II to the Present*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2010, p. 91.
[108] David Holloway, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1939–1956*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1994, pp. 349-350.
[109] John Foster Dulles, «The Evolution of Foreign Policy», *Department of State Bulletin* 30, nº 761 (25 de enero de 1954), p. 108.
[110] William Henry Chamberlin, «The New Strategy», *The Wall Street Journal*, 22 de marzo de 1954.
[111] James Reston, «Washington: "Massive Atomic Retaliation" and the Constitution», *The New York Times*, 17 de enero de 1954.
[112] Kaplan, *The Wizards of Armageddon*, p. 212.
[113] DeGroot, *The Bomb*, p. 190.
[114] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 112.
[115] Gardner, «The Dulles Years», p. 391.
[116] Kinzer, *Overthrow*, p. 122.
[117] Beisner, *Dean Acheson*, p. 538; Kinzer, pp. 117-118.
[118] The Ambassador in Iran (Grady) to the Department of State, July 1, 1951, *Foreign Relations of the United States, 1952-1954*, vol. 10, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1989, p. 80.
[119] Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money, and Power*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991, p. 457.
[120]*Ibid*., p. 458.
[121] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge University Press, Nueva York, 2007, p. 121.
[122]*Mussy Duck*, algo así como «pato desaliñado», se pronuncia en inglés casi igual que «Mossadeq». Es, evidentemente, el mote burlón que Churchill pone al dirigente iraní. *(N. del T.)*.
[123] Beisner, *Dean Acheson*, p. 546.
[124] Christopher Andrew, *For the President's Eyes Only: Secret Intelligence and the American Presidency from Washington to Bush*, HarperCollins, Nueva York, 1995, p. 203.
[125] «The Ambassador in Iran (Henderson) to the Department of State, July 28, 1952», *Foreign Relations of the United States, 1952-1954*, vol. 10, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1989, p. 417.
[126] Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2007, p. 86.
[127] LaFeber, *America, Russia, and the Cold War, 1945-2006*, p. 162.
[128] Piero Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1991, p. 150.
[129] «The Guatemalan Cancer», *The New York Times*, 8 de junio de 1951.
[130] «Red Cell in Guatemala», *The Washington Post*, 4 de marzo de 1952.
[131] Kinzer, *Overthrow*, pp. 134-135.
[132] Nick Cullather, *Secret History: The CIA's Classified Account of Its Operations in Guatemala 1952-1954*, Stanford University Press, Stanford (California), 1999, p. 28.
[133] Peter Chapman, *Bananas: How the United Fruit Company Shaped the World*, Canongate, Nueva York, 2007, pp. 131-132.
[134] Richard H. Immerman, *The CIA in Guatemala: The Foreign Policy of Intervention*, University of Texas Press, Austin, 1982, p. 181; Stephen C. Schlesinger y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala*, Doubleday, Nueva York, 1982, pp. 137-138.
[135] Cullather, *Secret History*, p. 26.
[136] John W. Young, «Great Britain's Latin American Dilemma: The Foreign Office and the Overthrow of 'Communist' Guatemala, June 1954», *International History Review*, nº 8 (noviembre de 1986), p. 575.
[137] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 461.
[138] Walter H. Waggoner, «U.S. Wants Rio Pact Inquiry on Arms Sent to Guatemala», *The New York Times*, 19 de mayo de 1954.
[139] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 98.
[140] «Guatemala Lifts Ban; Allows *Times* Correspondent to Re-enter Country», *The New York Times*, 21 de mayo de 1954.
[141] Sydney Gruson, «U.S. Stand on Arms Unites Guatemala», *The New York Times*, 21 de mayo de 1954.
[142] Sydney Gruson, «Guatemala Says U.S. Tried to Make Her Defenseless», *The New York Time*, 22 de mayo de 1954.
[143] Sydney Gruson, «U.S. Arms Stand Alienates Guatemalan Foes of Reds», *The New York Times*, 24 de mayo de 1954.
[144] Kinzer, *Overthrow*, p. 140.
[145] Young, «Great Britain's Latin American Dilemma», p. 584.
[146] Kinzer, *Overthrow*, p. 145.
[147] Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, p. 206.
[148] «The Text of Dulles' Speech on Guatemalan Upset», *The New York Times*, 1 de julio de 1954.
[149] Young, «Great Britain's Latin American Dilemma», p. 588.
[150] Stephen Kinzer, «Revisiting Cold War Coups and Finding Them Costly», *The New York Times*, 30 de noviembre de 2003.
[151] Kinzer, *Overthrow*, p. 147; «Dulles Hails Upset of Reds», *The Chicago Tribune*, 1 de julio de 1954.
[152] Philip C. Roettinger, «For a CIA Man, It's 1954 Again», *Los Angeles Times*, 16 de marzo de 1986.
[153] Westad, *The Global Cold War*, p. 149.
[154] «Text of Talk by President Eisenhower at Governors' Conference», *The New York Times*, 5 de agosto de 1953.
[155] «Speech by Vice-President Nixon, December 23, 1953», transcrito en *Conflict in Indo-China and International Repercussions: A Documentary History, 1945-1955*, Allan B. Cole (ed.), Cornell University Press, Ithaca (Nueva York), 1956, p. 171.

[156] «Why U.S. Risks War for Indochina: It's the Key to Control of All Asia», *U.S. News & World* Report, 4 de abril de 1954, p. 21.

[157] McGeorge Bundy, *Danger and Survival: Choices About the Bomb in the First Fifty Years,* Vintage, Nueva York, 1990, p. 267.

[158] Prados, *The Sky Would Fall*, 145-157; Fawn M. Brodie, *Richard Nixon: The Shaping of His Character,* W. W. Norton, Nueva York, 1981, p. 322.

[159] Frederick W. Marks, *Power and Peace: The Diplomacy of John Foster Dulles*, Praeger, Nueva York, 1993, p. 197, nota 41.

[160] Bundy, *Danger and Survival*, p. 78.

[161] Schlesinger, *Cycles of History*, p. 400.

[162] «Cat in the Closet», *The Chicago Tribune*, 13 de abril de 1954.

[163] Chalmers M. Roberts, «Our 25 Years in Vietnam», *The Washington Post*, 2 de junio de 1968.

[164] Richard H. Immerman, *John Foster Dulles: Piety, Pragmatism, and Power in U.S. Foreign Policy*, Scholarly Resources, Washington, D. C., 1999, p. 93.

[165] Walter Lippmann, «Surrender Demands by Both Sides Make Vietnam Settlement Difficult», *Los Angeles Times*, 4 de abril de 1965.

[166] William L. Ryan, «Real Leader Needed to Rally Vietnamese», *The Washington Post*, 24 de abril de 1954.

[167] Hans Morgenthau, «Vietnam Chief a Multi-Paradox», *The Washington Post*, 26 de febrero de 1956.

[168] Dwight D. Eisenhower, *Mandate for Change: The White House Years*, Doubleday, Nueva York, 1963, p. 372.

[169] Wittner, *Resisting the Bomb*, p. 147.

[170] Robert T. Hartmann, «AEC Chief Bares Facts on H-Bomb», *Los Angeles Times*, 1 de abril de 1954; «Text of Statement and Comments by Strauss on Hydrogen Bomb Tests in the Pacific», *The New York Times*, 1 de abril de 1954.

[171] Chernus, *Apocalypse Management*, p. 87.

[172] Maddock, *Nuclear Apartheid*, p. 96.

[173] Chernus, *Apocalypse Management*, p. 88.

[174] Bundy, *Danger and Survival*, pp. 271-273.

[175] John Swenson-Wright, *Unequal Allies: United States Security and Alliance Policy Toward Japan, 1945-1960*, Stanford University Press, Stanford (California), 2005, p. 181. Para una discusión más extensa, *véase* Peter J. Kuznick, «Japan's Nuclear History in Perspective: Eisenhower and Atoms for War and Peace», *Bulletin of the Atomic Scientists*, 13 de abril de 2011, *http://www.thebulletin.org/web-edition/features/japans- nuclear-history-perspectiveeisenhower-and-atoms-war-and-peace*, o Toshiyuki Tanaka y Peter Kuznick, *Genpatsu to hiroshima: genshiryoku heiwa riyo no shinso (Nuclear Power and Hiroshima: The Truth Behind the Peaceful Use of Nuclear Power)*, Iwanami Shoten, Tokio, 2011.

[176] Stanley Levey, «Nuclear Reactor Urged For Japan», *The New York Times*, 22 de septiembre de 1954, p. 14.

[177] «A Reactor for Japan», *The Washington Post*, 23 de septiembre de 1954, p. 18; Foster Hailey, «Tokyo Press Stirs Ire of Americans», *The New York Times*, 8 de junio de 1956.

[178] William L. Laurence, «Now Most Dreaded Weapon, Cobalt Bomb, Can Be Built; Chemical Compound That Revolutionized Hydrogen Bomb Makes It Possible», *The New York Times*, 7 de abril de 1954.

[179] «Russ Reported Making Deadly Nitrogen Bomb», *Los Angeles Times*, 9 de abril de 1954.

[180] «Cobalt Bomb's Peril to All Life Stressed», *The Washington Post*, 14 de febrero de 1955.

[181] DeGroot, *The Bomb*, p. 198.

CAPÍTULO 7. JFK. «EL MOMENTO MÁS PELIGROSO DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD»

En octubre de 1962 Estados Unidos y la Unión Soviética se encontraban al borde de la guerra, los misiles nucleares de uno apuntaban a las instalaciones militares y las ciudades del otro y viceversa. El mundo llegó a estar más cerca de la destrucción nuclear de lo que la mayoría supo. Durante décadas a los norteamericanos se les ha dicho que John F. Kennedy, gracias a sus cualidades de estadista y a su resolución, y Nikita Kruschev, con su sobrio realismo, evitaron el holocausto. Los líderes de las dos naciones más poderosas del mundo hicieron cuanto estaba en su mano para solucionar pacíficamente la crisis de los misiles cubanos, pero su capacidad de influir en los acontecimientos era muy limitada en un momento en que el mundo se encaminaba hacia el desastre. Las lecciones que ambos dirigentes extrajeron de aquel angustioso conflicto les convencieron de que los seres vivos de la Tierra podrían no sobrevivir a una Guerra Fría prolongada. Sus esfuerzos por poner fin a aquel conflicto peligroso e inútil quizá los condenasen personalmente, pero tal vez abrieran una rendija de esperanza para el resto de una humanidad amenazada.

Nikita Kruschev tenía mucho en común con Dwight Eisenhower, el predecesor de Kennedy. Los dos eran de origen humilde. En la foto que Ike se hizo en Abilene, Kansas, con sus compañeros de quinto curso, es el único con mono de trabajo entre niños que llevan puesta la ropa de los domingos. Kruschev, nieto de siervos e hijo de campesinos, trabajó en su juventud como pastor, minero y operario. Aunque como zar del partido en Ucrania en los años treinta y cuarenta tuvo un comportamiento brutal, como fue también brutal la supresión de la revuelta húngara de 1956, podía ser divertido, encantador, campechano y obsequioso. Había tomado la determinación de marcar un rumbo nuevo en la Unión Soviética. En 1956, en el marco del Vigésimo Congreso del Partido, acusó a Stalin de haber impuesto un reinado dictatorial donde imperaban «la sospecha, el miedo y el terror».[1] Censuró el culto a la personalidad e inició el tan necesario proceso de desestalinización. Como Eisenhower, conoció la Segunda Guerra Mundial de primera mano y aborrecía los conflictos armados. Asimismo, creía tan profundamente en las bondades del régimen soviético como Eisenhower en las del sistema capitalista. Para demostrar la superioridad del socialismo sobre el capitalismo se propuso reducir significativamente el gasto militar y dedicar mayores recursos a mejorar el nivel de vida de los soviéticos, sacrificado desde hacía tanto a las exigencias de la defensa nacional y la supervivencia ante enemigos formidables.



Dwight Eisenhower y Nikita Kruschev tenían mucho en común. Eran de familia humilde y creían en la superioridad de su régimen político.

En agosto de 1957, la Unión Soviética probó con éxito el primer ICBM, misil balístico intercontinental en sus siglas en inglés. En teoría, era una forma de contrarrestar la enorme ventaja militar de Estados Unidos, derivada de los bombarderos destinados en las bases de la OTAN en Europa. Menos de dos meses después, el 4 de octubre de 1957, en plena crisis de Little Rock, Arkansas, por la desegregación de un colegio, noticia que copaba los diarios y las televisiones, un cohete R-7 ICBM puso en órbita el primer satélite artificial. El Sputnik Zemlya, es decir, el «compañero de la Tierra», el «amigo viajero», pesaba menos de cien kilos y solo tenía medio metro de diámetro. Daba una vuelta completa a la Tierra cada noventa y seis minutos y diecisiete segundos y transmitía una serie de señales que los soviéticos podían escuchar. Moscú anunció a bombo y platillo el triunfo de la ciencia y la tecnología soviéticas, triunfo que, en opinión del Gobierno soviético, demostraba la superioridad general de la Unión Soviética y de la nueva sociedad socialista.



En agosto de 1957, la Unión Soviética probó con éxito el primer misil balístico intercontinental. Para la URSS, estos misiles podían compensar su enorme desventaja militar con Estados Unidos, debida a los bombarderos de las bases de la OTAN en Europa. Cuando los soviéticos emplearon un misil para poner en órbita el Sputnik *en octubre de ese mismo año, a algunos norteamericanos les entró el pánico.*

En efecto, los soviéticos habían pinchado el globo de la sofisticación de la tecnología norteamericana y el atraso de la URSS, garantías de una victoria segura en la Guerra Fría para los estadounidenses. El escritor John Gunther comentó: «Toda una generación de norteamericanos llevaba años creyendo que los soviéticos casi ni sabían conducir un tractor». Radio El Cairo anunció que el *Sputnik* haría que todos se lo pensaran «dos veces antes de vincularse a la política imperialista liderada por Estados Unidos». Kruschev se mofó: «Cualquier idiota sabe [...] que lo mismo les daría llevar sus cazas y bombarderos a un museo».[2] Llamando la atención al mismo tiempo sobre los avances soviéticos y los problemas raciales de Norteamérica, Radio Moscú, con muy mala uva, daba la noticia cada vez que el *Sputnik* sobrevolaba Little Rock.

A algunos norteamericanos les entró pánico. Suponían que la Unión Soviética tenía misiles intercontinentales con cabeza nuclear que apuntaban directamente contra objetivos estadounidenses. El anuncio, tres días después del lanzamiento del *Sputnik*, de que las pruebas soviéticas de misiles con cabeza termonuclear habían sido un éxito alimentó ese pánico. Lyndon Johnson, a la sazón portavoz del Partido Demócrata en el Senado, advirtió que muy pronto los soviéticos podrían lanzar bombas «igual que los niños tiran piedras a los coches desde los puentes de las autopistas».[3] Edward Teller lamentó que Estados Unidos hubiera perdido «una batalla mucho mayor e importante que Pearl Harbor».[4] Un humorista sentenció: «El general LeMay tiene pensado mandar un escuadrón de bombarderos por todo el mundo para impresionar a los rusos. Y seguro que lo consigue... si se molestan en mirar».[5]

Que los soviéticos llevaran la delantera en la carrera espacial abrió grandes fisuras en la fachada de confianza de Norteamérica cuando la guerra de Corea y las crisis exterior e interior de primera mitad de los cincuenta ya la habían resquebrajado. Surgieron las críticas. Muchos empezaron a

censurar el superficial materialismo y la falta de propósito del estilo de vida estadounidense, a enumerar las carencias del sistema educativo. El senador republicano Styles Bridges instó a todos sus compatriotas a «estar menos preocupados por el grosor de la nueva moqueta o la altura de la aleta trasera del coche y a prepararse para derramar sangre, sudor y lágrimas» si de verdad querían la supervivencia del país y del mundo libre.[6] Leonid Sedov, reputado científico espacial soviético, le comentó a un homólogo estadounidense de ascendencia alemana: «Vosotros, los norteamericanos, tenéis un nivel de vida más alto que el nuestro. Pero el estadounidense ama su coche, su casa y su nevera, y nosotros, los rusos, amamos nuestro país».[7] La congresista Clare Boothe Luce declaró que el característico pitido del *Sputnik* era como «una pedorreta intercontinental llegada del espacio a una década de presunción en la que Norteamérica creyó que el estilo de vida americano era la dorada garantía de su superioridad como nación».[8]

El gobierno rebajó deliberadamente la amenaza de la tecnología soviética para no inquietar a la ciudadanía. «Ese satélite [...] no me da ningún miedo —declaró Eisenhower—. No ha sucedido nada importante [...]. Simplemente, han puesto en órbita una bolita».[9] Para dar fe de sus palabras, jugó cinco partidos de golf la semana del lanzamiento del *Sputnik*. No podía confesar por qué estaba tan tranquilo. Varios U-2, aviones espía que volaban a más de veinte mil metros de altitud, llevaban un año cruzando el espacio aéreo soviético y haciendo fotografías que revelaban que la URSS se estaba quedando atrás en la carrera armamentística. Los norteamericanos desconocían esas misiones secretas y provocadoras a pesar de que Moscú elevó una protesta formal en julio de 1957. Más tarde, Allen Dulles se reiría alegremente: «Podía ver hasta la última brizna de hierba de la Unión Soviética».[10] En realidad, habrían de pasar todavía algunos años antes de que eso fuera cierto.

El 3 de noviembre, los soviéticos lanzaron el *Sputnik II*, un enorme satélite de seis toneladas en el que viajaba una perrita llamada *Laika*. Moscú se refocilaba. Pero Kruschev aprovechó la ocasión para pedir a los dirigentes norteamericanos una competencia pacífica en el espacio y el fin de la Guerra Fría:

> Nuestros satélites esperan [...] la llegada de los satélites norteamericanos y de otros países para que todos juntos formen una comunidad internacional de satélites. Una comunidad de este tipo [...] sería mucho mejor que competir en la carrera de las armas letales [...]. A nosotros nos gustaría un encuentro entre representantes de alto nivel de países capitalistas y socialistas [...] para poder llegar a un acuerdo basado en [...] la exclusión de la guerra como método para resolver los problemas internacionales, el fin de la Guerra Fría y la interrupción de la carrera armamentística, y la consolidación de relaciones entre estados sobre la base de una coexistencia pacífica que permita la resolución de las disputas [...] por medio de una competencia pacífica en la cultura y a mayor satisfacción de los requerimientos y necesidades de las personas.[11]

Pero prefiriendo mantenerse a la defensiva, Eisenhower no hizo nada por estrechar la mano tendida de Kruschev y optó por ensalzar la gran superioridad militar de Estados Unidos e insistir en su objetivo de mantener la delantera en la carrera armamentística:

> Las fuerzas de respuesta estratégica de nuestro país tienen [...] poder suficiente para llevar al borde de la aniquilación a cualquier ejército que pueda reunir cualquier otro país. Hemos fabricado submarinos atómicos [...]. Contamos con enormes portaaviones equipados con las armas nucleares más potentes y con bombarderos capaces de transportarlas. Hemos iniciado la construcción de un portaaviones propulsado con energía atómica [...]. Centrándonos en las cifras, nuestro arsenal de armas nucleares es tan numeroso y crece tan rápido que [...] vamos muy por delante de los soviéticos [...] en cantidad y en calidad. Nuestra intención es mantener la ventaja.[12]

Eisenhower sabía, no obstante, que las palabras no bastaban. Decidido a batir a los soviéticos en su terreno, el 6 de diciembre Estados Unidos intentó lanzar un satélite con un cohete *Vanguard*. Duró en

el aire dos segundos y estuvo a punto de alcanzar una altura de un metro. Los periódicos llamaron a aquella esfera del tamaño de un pomelo «Kaputnik», «Flopnik» y «Stayputnik». Eisenhower sacó de su guarida a Wernher von Braun, constructor de cohetes de los nazis, y a su equipo, Redstone, y los puso a trabajar. El 31 de enero pusieron en órbita el Explorer, un satélite de quince kilos de peso.

Para recuperar el prestigio perdido, Estados Unidos llegó incluso a considerar la detonación en la Luna de una bomba atómica como la de Hiroshima. La nube de polvo resultante se habría divisado con claridad desde la Tierra. El proyecto lo estudió de mayo de 1958 a enero de 1959 un equipo de diez personas que contaba con, entre otros, el joven astrónomo Carl Sagan, que trabajó para el Special Weapons Center [Centro de Armas Especiales] de las Fuerzas Aéreas en Albuquerque. Finalmente, los científicos se unieron a otras personalidades y convencieron a los científicos de que no tenía «el menor sentido arruinar el prístino entorno de la Luna».[13]

Años más tarde, pero esa misma década, las Fuerzas Aéreas diseñaron planes todavía más grandiosos. En febrero de 1958, en declaraciones ante el Armed Services Committee [Comité de las Tres Armas] del Congreso, el teniente general Donald Putt desveló la existencia de un programa para situar instalaciones para misiles en la Luna. «Se podrían lanzar desde catapultas enterradas en la superficie del satélite», lo cual supondría «un poder de represalia que daría considerable ventaja a los norteamericanos sobre las naciones más centradas en la Tierra» en el caso de que Estados Unidos fuera destruido por algún ejército enemigo. Y si alguno de esos enemigos quería eliminar las bases de la Luna antes de atacar la Tierra, tendría que «lanzar una ofensiva nuclear total contra ellas uno o dos días antes de atacar el territorio continental de Estados Unidos», con lo cual, evidentemente, estaría revelando sus intenciones. Richard Horner, subsecretario del Ejército del Aire, testificó más tarde ante el mismo comité que dichas bases podrían resolver el empate a fuerzas en la Tierra y restaurar la capacidad de Estados Unidos de asestar el primer golpe. Y añadió que si los soviéticos instalaban en la Luna sus propias bases para neutralizar la ventaja de los norteamericanos, Estados Unidos instalaría bases en otros planetas desde las que atacar las bases soviéticas en la Luna y en la Unión Soviética. Valorando estos planes, el periodista independiente I. F. Stone recordó sagazmente la relación semántica entre «Luna» y «lunático» y sugirió la organización de una cuarta división, de guerra espacial, que podría denominarse Department of Lunacy [Departamento de Locura].[14]

Llevado por un miedo irracional a que Estados Unidos se viera superado por los soviéticos, el servicio de inteligencia avanzó cálculos absurdos del potencial militar de la URSS. En diciembre de 1957, un informe hablaba de un centenar de ICBM operativos en dos años y de medio millar en 1960.[15]

Eisenhower encargó un informe secreto a un equipo encabezado por H. Rowan Gaither, de la Ford Foundation. Dicho informe predecía que en 1959 la Unión Soviética «podría lanzar un ataque con ICBM armados con cabezas nucleares de varios megatones contra el que el Mando Aéreo Estratégico sería completamente vulnerable» de acuerdo a los programas de defensa vigentes.[16] Se recomendaba un aumento inmediato del presupuesto militar para poder alcanzar a los rusos y desplegar, ya en 1959, seiscientos misiles Titán y Atlas en lugar de los ochenta previstos y doscientos cuarenta Tor y Júpiter de alcance intermedio —en Europa— en lugar de los sesenta programados. Se pedía también un plan de construcción de refugios atómicos dotado con veinticinco mil millones de dólares. El informe fue filtrado a la prensa. *The Washington Post* pintó un panorama funesto:

> El Informe Gaither, que a día de hoy sigue siendo alto secreto, retrata a unos Estados Unidos ante el más grave peligro de su historia. Describe el temible rumbo de la nación, que acabará siendo una potencia de segunda clase. Muestra una Norteamérica expuesta a la amenaza casi inmediata de una Unión Soviética erizada de misiles. Revela un futuro catastrófico a largo plazo frente a un poder militar soviético cada día mayor, refrendado por una economía y una tecnología eficaces y en crecimiento [...]. Para evitar lo que no puede sino ser un inevitable cataclismo, el Informe Gaither solicita con urgencia un enorme incremento del gasto militar, desde ahora mismo hasta 1970.[17]

El *Sputnik* supuso para el Partido Demócrata una tremenda oportunidad política. Un subordinado informó a Lyndon Johnson de que, si gestionaban aquel asunto «de la manera adecuada», podrían echar a los republicanos de la Casa Blanca y lograr que él fuera elegido presidente.[18] Consciente de esto, el Senado inició una investigación de los programas de defensa de Eisenhower.

Entre quienes se subieron alegremente al carro de «la desventaja en misiles» se encontraba el joven senador por Massachusetts John F. Kennedy. A finales de 1957, Kennedy advirtió de que Estados Unidos podría encontrarse varios años por detrás de los soviéticos en número de misiles de largo alcance y alcance intermedio. Incitado por su amigo el columnista Joseph Alsop, adoptó un tono todavía más alarmista al año siguiente. Alsop había acusado a la administración Eisenhower de «faltar groseramente a la verdad» en todo lo referente a la defensa nacional. Y concretó la desventaja en misiles: en 1959 Estados Unidos tendría cero ICBM y los soviéticos, cien; en 1960 Estados Unidos tendría treinta y los soviéticos, quinientos; en 1961 la diferencia aumentaría: setenta frente a mil; en 1962, ciento treinta y mil quinientos; en 1963, ciento treinta y dos mil.[19]

Basándose sobre todo en los datos de Alsop, Kennedy habló de la «gran desventaja en misiles» ante el Senado, desventaja que pronto podría traducirse «en el mayor peligro» que Estados Unidos hubiera conocido jamás «aun en tiempos de guerra», con un aumento de las posibilidades de ataque nuclear soviético y la necesidad, «más urgente que nunca», de un desarme nuclear.[20] Eisenhower, cuyos aviones espía no habían conseguido identificar un solo silo en suelo soviético, no tenía paciencia con los arribistas que trataban de explotar la desventaja en misiles en su propio beneficio. Para él no eran más que «santurrones hipócritas y bastardos».[21]

Los intereses y el prestigio de Estados Unidos sufrieron otro varapalo cuando los revolucionarios liderados por Fidel Castro y el Che Guevara se hicieron con el poder en Cuba el día de Año Nuevo de 1959 en detrimento de un fiel aliado, el dictador Fulgencio Batista. Las empresas norteamericanas dominaban la isla desde 1898. En 1959 controlaban más del 80 por ciento de las minas cubanas y el 40 por ciento de la industria azucarera. Estados Unidos conservaba, sin embargo, la base naval de la bahía de Guantánamo. Castro emprendió de inmediato la redistribución de la tierra y la reforma del sistema educativo. El Estado confiscó más de medio millón de hectáreas de la United Fruit y de otras dos grandes corporaciones norteamericanas. Cuando Estados Unidos quiso estrangular económicamente al nuevo régimen, Castro pidió ayuda a la Unión Soviética. El 17 de marzo de 1960, Eisenhower dio instrucciones a la CIA de organizar «una fuerza paramilitar» de exiliados cubanos para acabar con Fidel.



Fidel Castro en una reunión de la Asamblea General de la ONU en septiembre de 1960. Castro encabezó la revolución que acabó con el régimen de Fulgencio Batista, dictador que mantenía buenas relaciones con Washington, el día de Año Nuevo de 1959. Cuando Estados Unidos intentó estrangular al nuevo gobierno económicamente, Castro pidió ayuda a la URSS.

Los meses siguientes, el Gobierno norteamericano, siempre con el beneplácito de Eisenhower, ordenó el asesinato de Patrice Lumumba, primer ministro democráticamente elegido del Congo, un territorio muy rico en recursos, a quien Allen Dulles llamaba el Fidel Castro africano. Lumumba fue asesinado el mes de enero siguiente, pero la mayor parte de la culpa se la llevaron los belgas, antiguos colonizadores del Congo. La CIA respaldó a Joseph Mobutu y, tras varios años de conflictos, Mobutu se hizo con el poder. En *Legado de cenizas*, crónica de la agencia que le valió el premio Pulitzer, Tim Weiner valoró así su régimen: «Durante tres décadas fue uno de los dictadores más brutales y corruptos del mundo. Robó miles de millones de dólares de las arcas públicas procedentes de enormes yacimientos de diamantes, minerales y metales estratégicos. Asesinó a miles de personas para conservar el poder». En todo ese tiempo fue el aliado más leal de la CIA en África. [22]

Por indefendible que sea, la alianza de Eisenhower con dictadores del tercer mundo no fue nada en comparación con el aspecto más potencialmente perturbador y letal de su presidencia: el aumento del número de armas nucleares y su peligrosa confianza en el chantaje nuclear para obtener ventaja en la Guerra Fría. Borró deliberadamente la línea que diferenciaba las armas convencionales de las armas nucleares y estaba en vías de autorizar el aumento del arsenal norteamericano con terroríficas armas termonucleares.

No existe documento que condene más su política que el Manifiesto Russell-Einstein de 1955. Impulsado por el filósofo y matemático Bertrand Russell y respaldado con entusiasmo por Albert Einstein, cuya firma llegó con la última carta que escribió antes de morir, el manifiesto fue firmado por once de los científicos más eminentes del planeta —nueve de ellos premios Nobel—. Redactado por Joseph Roblat, futuro Nobel, era una súplica llena de pasión y urgencia: «Hablamos en la presente ocasión no como personas pertenecientes a tal o cual nación, credo o continente, sino como seres humanos, miembros de la especie humana, cuya existencia está en peligro». Los firmantes instaban a los lectores a pensar en sí mismos «únicamente en tanto componentes de una especie biológica que ha tenido una historia notable y cuya desaparición nadie puede desear». Y explicaban: «Todos, sin distinción, nos hallamos en peligro, pero si nos hacemos cargo de ese peligro, aún hay esperanzas de que entre todos evitemos el desastre». Los autores de la carta expresaban su preocupación por el hecho de que la mayoría de las personas hablase de «arrasar ciudades». La demolición de ciudades en una guerra con bombas-H, advertían, era «uno de los menores desastres» a los que habría que hacer frente. «Si Londres, Nueva York y Moscú perdieran todos sus habitantes, en el curso de unos siglos el mundo podría recuperarse». Pero en esos momentos, cuando ya se podían fabricar bombas dos mil quinientas veces más potentes que la de Hiroshima y cuando se sabía de la dispersión de las «letales partículas radiactivas», «las más altas autoridades» aseguraban unánimemente que una guerra con bombas-H podría suponer «el fin de la especie humana» y temían que, si se empleaban muchas, la muerte fuera total y universal, «instantánea solo para una minoría, una lenta tortura de enfermedades y desintegración para la mayoría». Los firmantes de la carta preguntaban: «¿Renunciará la humanidad a la guerra, o pondremos fin a la especie humana?»; y concluían: «Como seres humanos que somos os pedimos a todos los seres humanos que recordéis vuestra condición humana y olvidéis el resto. Si podéis hacerlo, ante nosotros se abre el camino de un nuevo paraíso; si no, corremos un peligro de muerte universal».[23]

Menos de una semana después, un grupo de científicos reunidos en Lindau, Alemania, publicó la Declaración de Mainau, firmada por dieciocho premios Nobel. Dirigido de nuevo «a todos los hombres del mundo», este comunicado advertía de que «en una guerra total, la Tierra sufriría tanta radiactividad que naciones enteras quedarían destruidas». Esas naciones tenían o bien que «renunciar a la fuerza» o bien «dejar de existir».[24]

Eisenhower y el secretario de Estado John Foster Dulles reclamaron su derecho a disentir y se

opusieron a la opinión del resto de la humanidad insistiendo en que las amenazas nucleares temerarias no solo eran defendibles sino eficaces. A primeros de enero de 1956, Dulles declaró a la revista *Life* que la administración Eisenhower se había visto «al borde de la guerra nuclear» en tres ocasiones y había obligado a los comunistas a echarse atrás. La determinación del gobierno, aseguró, había frustrado maniobras de agresión de los comunistas en Corea, Indochina y el estrecho de Formosa.[25]

La inclinación de Dulles a «hacerse el gallito» motivó una oleada de controversia. Sam Rayburn, demócrata presidente de la Cámara de Representantes, deploró su «lamentable actitud».[26] Adlai Stevenson le acusó de «jugar a la ruleta rusa con la vida» de la nación.[27] El diario indio *Hindustan Standard* cargó contra la política del riesgo: «Condena a millones de hombres a vivir con un miedo y un dolor perpetuos».[28] Doce importantes figuras de la religión protestante y directores de publicaciones religiosas escribieron a Eisenhower para expresar su «profunda consternación» ante la «imprudente e irresponsable política de Dulles». «El señor Dulles tiene el dudoso honor de haber revelado al mundo que el Gobierno de Estados Unidos ha estado tres veces "al borde" de aniquilar a la especie humana en un Armagedón atómico».[29]

Como el historiador Richard Immerman ha demostrado, en privado Dulles tenía opiniones algo más complicadas. Comprendía el riesgo de unas armas nucleares cada vez más destructivas, el reto de la paridad atómica con los soviéticos, el creciente clamor internacional contra una política que amenazaba con la aniquilación del hombre y, como le confesó a Eisenhower en abril de 1958, dudaba si fiarlo todo a una estrategia de represalia total que «invocaba el ataque nuclear masivo en caso de conflicto, en cualquier lugar del mundo, entre los ejércitos norteamericano y soviético».[30] Pero nada de esto impidió que el gobierno volviera a amenazar a China con una ofensiva nuclear en el segundo conflicto sobre las disputadas islas de Quemoy y Matsu en 1958 —como ya había hecho en 1955—, ni de amenazar a la URSS con la represalia nuclear durante la crisis de Suez de 1956, cuando Israel, Gran Bretaña y Francia invadieron Egipto después de nacionalizar Nasser el canal de Suez. El vicepresidente Richard Nixon extrajo peligrosas conclusiones del éxito de la mencionada estrategia contra los soviéticos en Suez: «En 1956 pensamos en usar la bomba en Suez, y la usamos, en el terreno diplomático [...]. Eisenhower hizo que Al Gruenther, el comandante en jefe de la OTAN, ofreciese una rueda de prensa en la que el general declaró que si Kruschev concretaba su amenaza de emplear misiles contra las islas Británicas, ellos destruirían Moscú, "tan seguro como que el día sucede a la noche". A partir de ese momento, Estados Unidos ha desempeñado un papel dominante en Oriente Próximo».[31] Nixon quiso repetir la misma política en la guerra civil de Jordania de 1970 cuando el rey Hussein, su aliado, expulsó del país a la Organización para la Liberación de Palestina.

Adlai Stevenson, candidato demócrata a la presidencia en las elecciones de 1956, hizo hincapié durante la campaña en la amenaza nuclear. No podía aceptar, dijo, «la postura del gobierno: que no podemos hacer nada por detener esta carrera inevitable hacia la extinción»; y habló de la «locura» que suponía el rearme nuclear de la administración Eisenhower.[32] «El primer asunto a resolver de su agenda» sería, si resultaba elegido, llegar a un acuerdo para interrumpir las pruebas nucleares.[33] En la primavera de 1957, no obstante, Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña llevaron a cabo nuevas pruebas, que suscitaron una airada reacción internacional. Jawaharlal Nehru, el primer ministro de la India, exigió el fin de todos los tests. Temía que acabaran con «la vida humana tal y como la conocemos».[34] *The New York Times* habló de «preocupación generalizada»: «El mundo teme que proseguir con las pruebas sea una amenaza para la futura existencia de todos los seres vivos de la Tierra».[35]

En noviembre de 1957, tras una nueva serie de pruebas, el National Committee for a Sane Nuclear Policy [Comité para una Política Nuclear Sensata] publicó un anuncio en *The New York Times* —escrito en su mayor parte por el político y periodista Norman Cousins—. Firmado por cuarenta y

ocho ciudadanos eminentes, pedía el fin de las pruebas nucleares como primer paso hacia el control de armas. La inesperada respuesta ciudadana al anuncio catapultó la formación de una importante organización antinuclear popularmente llamada SANE.[36]

SANE fue solo una de las diversas iniciativas que se pusieron en marcha en 1957. En el mes de julio se celebró en Nueva Escocia la primera Conferencia de Pugwash sobre ciencia y tecnología. Con la participación de personalidades de la ciencia del mundo entero, incluidos cinco científicos norteamericanos y tres soviéticos, pidió la abolición de la guerra, el fin de la carrera armamentista y la interrupción de todas las pruebas nucleares.[37]

Reaccionando al clamor ciudadano, Eisenhower inició una campaña dentro y fuera de Estados Unidos para promover lo que llamó «el átomo pacífico», aprovechando el impulso iniciado con su discurso ante las Naciones Unidas de diciembre de 1953. La AEC publicitó la energía nuclear no solo como protección frente al ateo comunismo, sino como mágico elixir que serviría de combustible para el transporte, para iluminar las ciudades, curar a los enfermos, excavar el planeta y dar de comer al hambriento. El Servicio de Correos editó un sello que decía: «Atoms for Peace [Átomos por la paz]: para encontrar la manera de que la capacidad de invención del hombre se consagre a una vida nueva».

A finales de 1955, Eisenhower reveló su intención de botar un barco mercante propulsado con energía atómica que visitaría puertos de todo el mundo para demostrar el compromiso de Estados Unidos con «una paz justa y duradera». En el mes de julio, Estados Unidos generó la primera energía nuclear comercial. En octubre de 1956, Eisenhower anunció la buena marcha de Atoms for Peace. Estados Unidos había suscrito acuerdos con Japón y otros treinta y seis países para fabricar reactores atómicos y estaba en negociaciones con otros catorce. Entretanto, el gobierno había dado su autorización para fabricar un avión atómico. Un rompehielos atómico de sesenta millones de dólares le pareció sin embargo demasiado caro y Eisenhower se opuso a su construcción.

En 1958 los norteamericanos se entusiasmaron ante un proyecto todavía más ambicioso, grandilocuente y absurdo: el Project Plowshare, un plan de excavación planetaria. En septiembre de 1957, la AEC hizo detonar una bomba de dos kilotones en el interior de una montaña de Nevada. En diciembre Willard Libby, que había sustituido al independiente Henry Smith como único científico de la comisión en 1954, informó de que la lluvia radiactiva producida como consecuencia de la explosión se había quedado dentro de la montaña, lo cual podía dar pie a un abanico muy amplio de usos de las reacciones atómicas. Libby estaba exultante: «Es lo más emocionante que he visto en muchos años».[38] Lewis Strauss, presidente de la AEC, comprendió el verdadero objetivo del programa. En febrero admitió que Plowshare pretendía «destacar las aplicaciones pacíficas de los explosivos nucleares y, por tanto, crear un clima más favorable a las pruebas y al desarrollo de nuevas armas».[39]

El 14 de marzo, *The New York Times* publicó en primera página que «explosiones diez veces superiores a la de la bomba de Hiroshima» podrían ser en dos años «nuestro pan de cada día en casi todo el país en virtud de un programa a favor del cual presionan los científicos de la Comisión de la Energía Atómica».[40] En julio la AEC anunció el proyecto Chariot, plan para crear en Alaska un puerto de cien metros al norte del Círculo Ártico con cuatro bombas de hidrógeno. Se dijo que se utilizarían las bombas para liberar depósitos de petróleo inaccesibles encerrados en alquitrán y formaciones de esquisto. Explosiones similares podrían también crear enormes estanques subterráneos, producir vapor, desalinizar agua marina, descubrir vetas de cobre y otros minerales y producir isótopos radiactivos para su empleo en la medicina y la biología, la agricultura y la industria.

Algunos expertos querían abrir un nuevo canal de Panamá mejor y más ancho. Otros querían cambiar los modelos climáticos. Jack Reed, del Sandia Laboratory de Albuquerque, propuso

explosionar una bomba de veinte megatones en el ojo de un huracán para invertir su curso. Confiaba en que la radiactividad liberada no fuera perjudicial. Harry Wexler, científico del US Weather Bureau [Instituto Meteorológico de Estados Unidos], elaboró un plan para acelerar el derretimiento de los casquetes polares con la detonación de diez bombas de diez megatones cerca del Círculo Ártico, porque así, según sus cálculos, la temperatura de las regiones polares subiría seis o siete grados centígrados.

La AEC duplicó el presupuesto de Plowshare en 1960. Unos cien profesionales del Lawrence Livermore National Laboratory fueron asignados al proyecto. El físico Edward Teller, director de ese laboratorio, se mostró extraordinariamente entusiasta. Pero el proyecto se topó con ciertos obstáculos. En septiembre de 1958, Eisenhower había cedido a presiones nacionales e internacionales y anunciado que Estados Unidos aceptaba la moratoria de pruebas nucleares propuesta por la URSS. Para que el proyecto siguiera su curso, Eisenhower habría tenido que saltarse dicha moratoria. Propuso a los soviéticos un nuevo acuerdo para permitir pruebas de menor potencia y cuando ya pensaba que Moscú aceptaría, aprobó una explosión de diez kilotones en una cuenca salina de Carlsbad, Nuevo México, para el verano de 1959. El llamado proyecto Gnome exploraría la posibilidad de crear un depósito subterráneo de calor sellado por sal derretida y capaz de producir energía eléctrica. La explosión liberaría también valiosos isótopos radiactivos que Estados Unidos intentaría recuperar con propósitos médicos. Un portavoz de Interior —una de sus instituciones, el National Park Service, gestionaba el Carlsbad Cavern National Park— declaró que el proyecto había dejado «pasmado» a todo el departamento.[41]

En el verano de 1960 debía ponerse en marcha el proyecto Chariot. Algunos ciudadanos aportaron incluso sugerencias para ampliar el Plowshare. Una mujer sugirió que la AEC utilizara bombas de hidrógeno para acabar con todas las serpientes de África.[42]

A pesar de los muchos esfuerzos de la administración para publicitar los usos pacíficos de la energía atómica, la ciudadanía era cada día más consciente de los riesgos de las pruebas nucleares. En abril de 1957, el Nobel Albert Schweitzer se sumó al coro internacional que pedía su cese definitivo. Schweitzer retransmitió su «Declaración de Conciencia» a casi cincuenta países.[43] *The New York Times* se hizo eco de la «inquietud mundial ante la continuación de unas pruebas que ponen en peligro la existencia futura de todos los seres vivos de la Tierra».[44] En mayo un sondeo de Gallup decía que el 63 por ciento de los norteamericanos estaba a favor de interrumpir las pruebas, es decir, más del doble del 27 por ciento que prefería que continuaran. El otoño anterior, solo el 24 por ciento defendía su prohibición.[45]

La publicación pocos meses después de *La hora final*, la apasionante novela de Nevil Shute que apareció por entregas en *The Washington Post*, *Los Angeles Times* y otros diarios, echó más leña al fuego. La obra describía los días posteriores a una guerra nuclear de cinco semanas en la que habían estallado cuatro mil bombas de cobalto cuando los únicos supervivientes de la especie humana, un grupo de habitantes de Melbourne, aguardaban que la nube radiactiva se echara sobre ellos. Earle Brown tituló su reseña en *The Washington Post* «Hacer frente a una muerte cierta», y le puso como antetítulo: «Armagedón atómico en los años sesenta». «Nevil Shute —decía— ha escrito la novela más importante y dramática de la era atómica. Si no lee más que un libro al año, que sea este». «Espero que el libro de Nevil Shute quede guardado en algunos rincones o cápsulas de tiempo, para que si alguna vez se produce el Armagedón atómico, las civilizaciones futuras sepan que esta generación avanzó por el camino de la destrucción con los ojos bien abiertos. Una lectura necesaria... a ambos lados del telón de acero».[46]

Winston Churchill asistía a una fiesta en la villa de lord Beaverbrook en Cap d’Ail, Francia, en septiembre de 1957, cuando los invitados empezaron a comentar la escalofriante novela de Shute. Churchill dijo a todos que tenía intención de mandarle un ejemplar a Kruschev. Alguien le preguntó

si le enviaría otro a Eisenhower y contestó: «Sería tirar el dinero. Está atravesando un periodo muy confuso [...]. No creo que la Tierra tarde mucho en destruirse [...]. Y si yo fuera el Todopoderoso, no la volvería a crear, no fuera a ser que la próxima vez me destruyeran a mí también».[47]

La versión cinematográfica del libro, dirigida por Stanley Kramer, se estrenó simultáneamente en todas las grandes capitales del mundo en diciembre de 1959 con gran repercusión. Bosley Crowther, el crítico de cine de *The New York Times*, concluyó su lúcido comentario de la película con la siguiente observación: «El gran mérito de este filme, aparte de que resulta muy entretenido, reside en el hecho de que nos transmite la profunda convicción de que, después de todo, salvar al hombre merece la pena».[48] El gabinete de Eisenhower debatió maneras de contrarrestar el potente mensaje antinuclear de la película. Diversos cargos del gobierno, la AEC y el Departamento de Estado intentaron desacreditar la obra de Kramer alegando que contenía graves errores que invalidaban sus premisas básicas.[49] La US Information Agency creó un archivo titulado «Preguntas posibles y respuestas sugeridas a propósito de la película *On the Beach*».[50] Pero a los numerosos espectadores, muchos de los cuales salían de la sala con los ojos bañados en lágrimas, probablemente les impresionara más el simple y franco repudio de la teoría disuasoria que exponía Julian, el científico tan magníficamente interpretado por Fred Astaire, cuando le preguntan quién en su opinión empezó la guerra y responde: «¿Quién iba a pensar que los seres humanos serían lo bastante idiotas para borrarse a sí mismos de la faz de la Tierra?». Otro personaje insiste, y Julian prosigue:

> La guerra empezó cuando la gente aceptó el estúpido principio de que se podía mantener la paz defendiéndose con armas que era imposible usar sin suicidarse. Todo el mundo tenía una bomba atómica. Y una antibomba atómica. Y una anti-antibomba atómica. Nos vimos superados por la tecnología. Y no la pudimos controlar. Sé lo que me digo. Yo ayudé a fabricar esas bombas. Que Dios me perdone. Un pobre hombre, en algún sitio, miró el radar y le pareció ver algo. Creyó que si vacilaba una milésima de segundo, borrarían su país del mapa [...]. Así que apretó un botón y el mundo se volvió loco. Y... y...

Quizá la película flojeara en algunos detalles, pero describía a la perfección el mundo que Eisenhower había contribuido a crear. Se podría pintar un retrato más benigno de su política nuclear. Al fin y al cabo, resistió las presiones del Estado Mayor Conjunto y no recurrió a las armas nucleares; recortó los gastos de defensa civil y limitó el presupuesto general de Defensa; quiso restringir las pruebas nucleares; resistió las presiones cuando le pidieron un esfuerzo para ponerse a la altura de los soviéticos tras el lanzamiento del *Sputnik*; se enfrentó a la poderosa y a veces hostil Unión Soviética mientras trataba de mantener unida la OTAN; y fue a veces la voz de la moderación frente a asesores mucho más tajantes y extremistas.

Pero con él Estados Unidos pasó de tener poco más de mil armas nucleares a contar con aproximadamente veintidós mil, que apuntaban a dos mil quinientos objetivos en territorio soviético. Sin embargo, incluso esa cifra, veintidós mil bombas nucleares, induce a error. Los planes que puso en práctica seguían en vigor en los años sesenta, de modo que puede decirse que es responsable de las más de treinta mil armas nucleares con que contaba la administración Kennedy. Entre 1959 y 1961, Estados Unidos añadió diecinueve mil quinientas armas nucleares a su arsenal. Producía setenta y cinco al día, y a precios de saldo. Richard Rhodes, autor galardonado con el premio Pulitzer, escribió: «Cada cabeza nuclear le costaba a Estados Unidos unos doscientos cincuenta mil dólares: menos que un cazabombardero, menos que un misil, menos que una patrullera, menos que un tanque».[51] El número total de megatones se multiplicó por sesenta y cinco en cinco años, hasta alcanzar veinte mil cuatrocientos noventa y uno en 1960, el equivalente a un millón trescientas sesenta mil bombas de Hiroshima. Aunque el número de megatones empezó a descender en 1961 con el desmantelamiento definitivo de novecientas cincuenta bombas B36 de diez megatones, la capacidad

de destrucción en realidad aumentó con la introducción de misiles balísticos, mucho más precisos. Doblar la precisión del lanzamiento permitió reducir por ocho la capacidad explosiva sin por ello sacrificar la capacidad destructiva de las bombas.[52]

Es menos sabido que Eisenhower delegó la autoridad de lanzar un ataque nuclear en los comandantes de teatro de operaciones y otros jefes, como los del Mando Aéreo Estratégico y del NORAD, si lo estimaban necesario en virtud de las circunstancias y no podían comunicarse con el presidente o el presidente había sido incapacitado. Con el visto bueno de Eisenhower y en las mismas circunstancias, algunos comandantes en jefe delegaron a su vez su autoridad en sus subcomandantes, de modo que muchos comandantes de flota, flota aérea y unidades terrestres podían dar la orden. Había, pues, demasiados dedos prestos a apretar el gatillo. Según Daniel Ellsberg, analista de RAND, que descubrió las peligrosas vicisitudes que rodeaban la delegación y subdelegación de la autoridad para ordenar un ataque atómico durante su estudio del mando y el control nuclear para el Pentágono, «el botón de la maquinaria del Día del Juicio estaba en manos de delegados y subdelegados».[53] Además, dado que las armas nucleares no tenían clave de activación, eran en realidad muchas más personas las que tenían el poder, aunque no la autoridad, de desencadenar un ataque nuclear: pilotos, jefes de escuadrón, comandantes de base y capitanes de portaaviones. En la siguiente década, todas las armas nucleares de Europa llevarían una clave de activación, y luego también las armas nucleares tácticas. Las de los bombarderos del SAC llegarían mucho después. Los misiles de los submarinos no la llevarían hasta los años ochenta, lo cual significaba que cualquier capitán de submarino tenía poder para borrar del mapa a la URSS.

En agosto de 1960, el presidente Eisenhower aprobó la preparación de una National Strategic Target List [Lista de Blancos Estratégicos de la Nación] y del Single Integrated Operational Plan, SIOP [Plan Operativo Integrado Único]. El primer SIOP preveía el despliegue de las fuerzas nucleares estratégicas en un ataque simultáneo contra el bloque chino-soviético en las primeras veinticuatro horas de guerra. Su objetivo era causar la mayor destrucción posible. Entre sus blancos había fuerzas nucleares soviéticas, centros gubernamentales y la base urbana e industrial de la URSS y de China. Cuando le informaron de la magnitud y redundancia de la destrucción que podría causar, Eisenhower admitió al capitán E. P. Aurand, su asistente naval: «Me asusta hasta lo inimaginable».[54] No es de extrañar. El Estado Mayor Conjunto tuvo que calcular el número de víctimas. Las cifras son espeluznantes: trescientos veinticinco millones de muertos en la URSS y China, cien millones en Europa Oriental, un número similar en Europa Occidental a consecuencia de la radiactividad y otros cien millones en los países cercanos como Finlandia, Suecia, Austria, Afganistán, Pakistán y Japón. Y en esas cifras no están incluidas las muertes causadas por las armas nucleares soviéticas ni por las armas convencionales de Estados Unidos.[55] Tampoco se contaba con el hecho entonces desconocido de que un ataque de tal magnitud daría lugar casi con toda seguridad a un invierno nuclear, es decir, a la posible extinción de la especie humana. Aunque aterrado ante tan funesta perspectiva, Eisenhower aprobó el SIOP sin modificarlo y lo dejó en manos del nuevo gobierno.

Eisenhower justificaba el tan difícilmente justificable —y se diría que desquiciado— incremento del arsenal nuclear alegando que no era conveniente aumentar el presupuesto de Defensa, de tal manera que en 1960 los presupuestos generales del Estado solo habían subido un 20 por ciento con respecto a los de su primer año en el cargo cuando, en el mismo periodo, el PIB se había incrementado en un 25 por ciento.

Los años de gobierno de Eisenhower fueron relativamente prósperos y pacíficos, pero muchos norteamericanos temían el estancamiento y ansiaban un nuevo dinamismo. El Partido Demócrata se fijó en un joven bostoniano, John F. Kennedy, que provenía de una familia eminente y con grandes ambiciones políticas. El padre de John, el controvertido Joseph Kennedy, era un especulador de Wall Street de gran éxito y había prestado un importante apoyo financiero a Franklin Roosevelt. Su cargo

de embajador en Gran Bretaña duró poco por defender la política de apaciguamiento con Hitler y por su franco pesimismo sobre las perspectivas británicas en la guerra.

Elegido senador en 1952, la trayectoria de John Kennedy en la cámara alta en nada presuponía las cumbres a las que más tarde se elevaría. Mantuvo posiciones liberales con respecto a la Guerra Fría y apoyó la campaña de la amenaza roja de Nixon frente a la demócrata progresista Helen Gahagan Douglas. Por un problema de salud, en 1954 no pudo asistir al voto de censura del Senado contra Joseph McCarthy, viejo amigo de la familia, a quien siempre evitó criticar. En alusión a *Profiles in Courage* [*Retratos en el valor*], el libro con el que Kennedy ganó el premio Pulitzer, Eleanor Roosevelt comentó que preferiría que Kennedy tuviera «un poquito menos de perfil y un poquito más de coraje».[56] Robert Kennedy, hermano de John, llegó incluso a formar parte del equipo de McCarthy. John intentó conseguir el apoyo del ala liberal del partido, la que encabezaban Eleanor Roosevelt y Adlai Stevenson, pero no llegó a ganarse su confianza. Que escogiera a Lyndon Johnson como compañero de candidatura, una decisión oportunista y políticamente astuta, solo sirvió para confirmar todas sus sospechas.

Kennedy derrotó a Nixon por un margen muy estrecho en 1960. Nixon pregonaba su experiencia como vicepresidente y su gran contribución al gobierno de Eisenhower. Pero cuando un periodista pidió al general que mencionase una decisión importante de Nixon, Eisenhower respondió que quizá se le ocurriera alguna si le daban una semana.[57]

Kennedy se postuló como el candidato del cambio. Pero no solo prometió cambios positivos. Junto a políticos de línea dura, criticó al gobierno Eisenhower-Nixon por tolerar la llegada al poder de Fidel Castro en Cuba y permitir que los soviéticos llevaran la delantera en número de misiles.

En el mismo ámbito, Eisenhower comprendió que había dado pie a una coyuntura potencialmente catastrófica y lamentó la mortífera maquinaria que había legado a su sucesor. Frustrado por no haber podido concretar un tratado de prohibición de pruebas nucleares ante las presiones de asesores militares y científicos demasiado conservadores, se despidió del cargo con un extraordinario discurso que advertía del auge de un «complejo militar-industrial» cada vez más poderoso y amenazante, por mucho que él personalmente hubiera ideado dicho auge y ese fuera uno de los rasgos definitorios de su legislatura.

Ese discurso, el más recordado de su presidencia, tuvo su origen en sus conversaciones con Malcolm Moos, politólogo de la Universidad Johns Hopkins y principal autor de todos sus discursos, y con Ralph Williams, capitán de Marina retirado que pertenecía asimismo al equipo de escritores del presidente. Moos y Williams se reunieron el 31 de octubre de 1960 para poner en común sus ideas para el discurso de despedida y llegaron a la conclusión de que era necesario hablar del «problema del militarismo». Más tarde, Williams expondría su preocupación con toda claridad:

> [...] por primera vez en su historia, Estados Unidos cuenta con una industria de guerra permanente [...]. Y no solo eso. Almirantes y generales retirados a corta edad ocupan cargos en un complejo industrial basado en la guerra, concretan sus objetivos y deciden su rumbo. Así corremos el peligro de que lo que los comunistas siempre han dicho de nosotros se haga realidad. Debemos tener cuidado y asegurarnos de que «los mercaderes de la muerte no lleguen a dictar la política nacional».[58]

La expresión «complejo militar-industrial», inmortalizada en el discurso, la sugirió al parecer el físico Herbert York, exdirector del Lawrence Livermore National Laboratory. En el verano de 1971, mientras trabajaba para el Instituto de Investigación por la Paz Internacional de Estocolmo, York le comentó a un joven colega norteamericano que había sido él quien había sugerido el término al presidente Eisenhower para que lo introdujera en su discurso.[59] Eisenhower se mostró de acuerdo e hizo sonar la voz de alarma:

> La conjunción de una inmensa institución militar y una gran industria armamentística es nueva en la historia de Norteamérica. Su influencia absoluta —económica, política e incluso espiritual— se deja sentir en todas las ciudades, en todos los organismos, en todos los despachos del gobierno federal [...]. Debemos comprender sus graves consecuencias. Nuestros esfuerzos, nuestros recursos, nuestra forma de vida dependen de ello, la estructura misma de nuestra sociedad depende de ello. Los órganos de gobierno deben guardarse de la injustificada influencia, pretendida o no, que ha ido adquiriendo el complejo militar-industrial [...]. No debemos permitir que el peso de dicho complejo ponga en peligro nuestras libertades y procesos democráticos [...]. Solo una ciudadanía atenta e informada puede lograr que los engranajes de esa enorme maquinaria militar e industrial actúe en consonancia con nuestros métodos y objetivos de paz, para que la seguridad y la libertad puedan ir de la mano.[60]

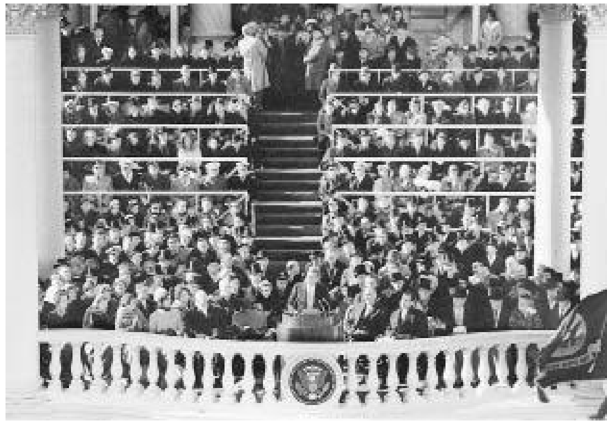
La mayoría de norteamericanos no comprenderían el verdadero significado de estas palabras hasta mucho después. Pero hubo notables excepciones. Con gran perspicacia, Walter Lippmann comparó las palabras de Eisenhower con el discurso de despedida de George Washington. Si Washington advirtió de la «amenaza extranjera al poder civil», Eisenhower llamó la atención sobre la amenaza militar interior.[61] Eisenhower consideraba a Washington su «héroe». En *At Ease* [*A gusto*], confiesa que el «discurso de despedida [de Washington] [...] ejemplificaba las cualidades del hombre que yo idolatraba con toda sinceridad».[62]

Jack Raymond, de *The New York Times*, analizó el complejo militar-industrial en un artículo a página completa lleno de gráficos que detallaban el desorbitado gasto en Defensa de Estados Unidos, que acaparaba el 59 por ciento de los ochenta y un mil millones de dólares de los presupuestos generales. Amén de acumular la mitad del presupuesto federal, señalaba, el Pentágono controlaba también propiedades inmobiliarias por valor de treinta y dos mil millones de dólares, bases aéreas y arsenales incluidos. Jack Raymond explicaba que la industria y el ejército trabajaban codo con codo. El desmesurado militarismo de Estados Unidos, añadía, dañaba la imagen del país en el exterior: «Estados Unidos, que lleva el palo en la mano, parece haber olvidado la segunda parte de la sentencia de Theodore Roosevelt, la que dice que hay que “hablar con suavidad”».[63]

Theodore Sorensen, asesor y biógrafo de Kennedy, reflexionaría años más tarde: «En mi opinión, Kennedy se presentó a las elecciones sobre todo porque pensaba que la política de represalia masiva de Eisenhower y Dulles estaba llevando al país a una guerra nuclear. Kennedy creía que esa política, según la cual manteníamos la paz a base de decir “como pongas un pie en Berlín Occidental, o en cualquier otra parte, te voy a machacar con mis armas atómicas”, era una locura».[64] Sin embargo, la campaña presidencial de 1960 apenas dejó traslucir nada que indujera a los observadores a creer que Kennedy iba a reducir el riesgo de guerra nuclear o que el nuevo gobierno dejaría de apoyar la tendencia militarista del Estado. Al contrario, Kennedy criticó la «actitud de Eisenhower de anteponer la seguridad fiscal a la seguridad nacional», especialmente en un momento en que los soviéticos pronto lograrían una proporción de «dos o tres a uno» en número de misiles.[65] En campaña Kennedy reconoció que no esperaba que los soviéticos aprovecharan su ventaja «para amenazar a Estados Unidos o lanzar un ataque», pero prefería no correr ningún riesgo. Tras pedir un aumento del gasto en Defensa, declaró: «Los que se oponen al aumento del gasto ponen en peligro nuestra misma supervivencia como nación».[66]

La investidura de Kennedy brilló por su simbolismo. Robert Frost, que ya tenía ochenta y seis años, se convirtió en el primer poeta en tomar parte en una ceremonia similar. Marian Anderson, la talentosa intérprete a quien la organización Daughters of the American Revolution había vetado del Constitution Hall a causa de su raza, cantó el himno nacional. El propio Kennedy pronunció un encendido discurso dirigido tanto a la Unión Soviética, con la esperanza de entablar una relación de amistad «antes de que toda la humanidad se hunda en las oscuras fuerzas de destrucción desatadas por la ciencia», como a una generación que tenía ante sí la oportunidad de «defender la libertad en la hora de mayor peligro» y que pagaría el precio que fuera, soportaría la carga más pesada y sufriría los

padecimientos necesarios para conseguirlo.[67]



John F. Kennedy pronunció un encendido discurso de posesión que apelaba a la Unión Soviética con la esperanza de trabar relaciones de amistad y a la voluntad de su generación «de defender la libertad» en aquel momento «de máximo peligro». Afirmó que pagaría el precio que fuera, soportaría la carga más pesada y sufriría los padecimientos necesarios para lograrlo.

El nuevo gobierno reclutó a buen número de trabajadores de las principales fundaciones, corporaciones y empresas de Wall Street e imbuyó de progresía las capas intermedias de la administración. David Halberstam dijo que eran «los mejores y más brillantes» y escribió la crónica de su inteligencia, su positivismo y sus logros, y de cómo las tres cosas se combinaron con un orgullo desmesurado y una profunda ceguera moral y condujeron al país a la guerra de Vietnam. McGeorge Bundy, consejero de Seguridad Nacional, decano de la Facultad de Artes y Ciencias de Harvard y primero en sacar las máximas calificaciones en las tres pruebas de acceso a Yale, y Robert McNamara, célebre por su privilegiado intelecto y su brillante capacidad de gestión, los encarnaron mejor que nadie. En una reunión con el comandante en jefe del Mando del Pacífico dedicada a los materiales del oleoducto a Vietnam, McNamara detuvo el proyector de diapositivas y se lamentó de que los datos de la filmina número 869 contradijeran los de la filmina número 11, que había visto siete horas antes. La inteligencia de los asesores de Kennedy está fuera de duda. Su sentido común no. John Kenneth Galbraith, que fue embajador de Kennedy en la India, se lamentó de que la política exterior siguiera en manos de la gente del Council on Foreign Relations [Consejo de Relaciones con el Extranjero]: «Sabíamos que sus conocimientos no servían de nada [...]. Solo sabían diferenciar a un comunista de un anticomunista [...]; esa era su mística, y todavía funcionaba, y quienes la poníamos en duda [...] éramos como los indios que atacan con flechas un campamento de caravanas».[68] Como resultado de esa extraña mezcla de arrogancia e ignorancia, el nuevo gobierno cometió errores de bulto en política exterior casi desde un principio.





El nuevo gobierno de Kennedy estaba compuesto por «los mejores y más brillantes», según la expresión del periodista David

Halberstam. Entre ellos figuraban McGeorge Bundy (con Kennedy, a la izquierda), decano de la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Harvard y consejero de Seguridad Nacional, y Robert McNamara (derecha), secretario de Defensa, célebre por su inteligencia y capacidad de gestión.

Kennedy siguió adelante con el plan de Eisenhower y la CIA entrenó en secreto una fuerza de invasión de mil quinientos exiliados cubanos en Guatemala. Al principio manifestó sus dudas, pero Allen Dulles le aseguró que, gracias a la invasión, los cubanos anticastristas se rebelarían y echarían abajo al gobierno. Chester Bowles, Arthur Schlesinger, Jr., y Richard Goodwin, todos ellos altos cargos del gobierno, se opusieron abiertamente el plan, y J. William Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, pidió al presidente que lo abandonara. Pero el bisoño presidente temía vetar una operación que habían respaldado Eisenhower y el Estado Mayor Conjunto. Tres días antes de la fecha fijada para la invasión, ocho bombarderos B-26 destruyeron o dejaron inutilizada la mayor parte de la aviación de Castro. La fuerza invasora llegó a la bahía de Cochinos en siete buques, dos de los cuales pertenecían a la United Fruit Company. El Ejército cubano rechazó con facilidad a los invasores, que suplicaron la ayuda directa del Ejército norteamericano.



Contrarrevolucionarios cubanos tras ser capturados en la bahía de Cochinos. Creyendo que una invasión alentaría un levantamiento anticastrista en Cuba, Kennedy dio luz verde a un plan de Eisenhower. La CIA entrenó en secreto a mil quinientos cubanos en Guatemala, pero el ejército castrista repelió fácilmente a los atacantes, que suplicaron ayuda a Estados Unidos. Kennedy se la negó y el prometido levantamiento no se produjo. Murieron ciento catorce hombres y mil ciento ochenta y nueve cayeron prisioneros.

La prometida rebelión popular no se materializó. Bundy, Dean Rusk y el propio Kennedy dejaron claro a la CIA en varias ocasiones que el ejército no prestaría apoyo aéreo. Sabían que una acción así perjudicaría la imagen de Estados Unidos en el exterior y sería como una invitación a los soviéticos a tomar medidas similares contra Berlín Occidental. Poco antes de la medianoche del 18 de abril, Kennedy, Johnson, McNamara y Rusk, el secretario de Estado, se reunieron en la Casa Blanca con el general Lyman Lemnitzer, jefe del Estado Mayor Conjunto, Arleigh Burke, almirante en jefe de la Marina, y Richard Bissell, jefe de servicios clandestinos de la CIA. Burke y Bissell estuvieron tres horas tratando de convencer a Kennedy de que prestara apoyo aéreo y terrestre a los cubanos. Sabían ya que era la única posibilidad de victoria y esperaban que Kennedy diera su brazo a torcer. El presidente diría: «Estaban seguros de que yo acabaría cediendo y daría la orden».[69] «Les resultaba inconcebible —escribió Walt Rostow, otro asesor de Kennedy— que el presidente permitiera el fracaso de la operación teniendo en sus manos todo el poder militar de los norteamericanos».[70] Lemnitzer acusó a Kennedy: «Retirarles nuestro apoyo [era] [...] inconcebible [...], totalmente reprensible, casi criminal». Pero Kennedy se mantuvo firme. Luego explicó a un viejo amigo: «No vamos a embarcarnos en una operación irresponsable solo porque un grupo de fanáticos antepone el

orgullo nacional a la razón nacional».[71] Murieron ciento catorce hombres y mil ciento ochenta y nueve fueron capturados. Entre las bajas se encontraban cuatro pilotos estadounidenses de la Guardia Nacional de Alabama contratados por la CIA.

La opinión pública hizo balance de inmediato. *The Chicago Tribune* fue sucinto: «La consecuencia más importante de la presunta "invasión" de Cuba es que la dictadura de Castro se ha afianzado. Los comunistas están de enhorabuena en todo el mundo y Estados Unidos ha recibido una buena patada en los morros».[72] *The Wall Street Journal* declaró: «Estados Unidos se encuentra con un lamentable embrollo [...]. Este país recibe insultos de todo el mundo [...]. Pero sospechamos que lo que impera, especialmente en las capitales de los países comunistas, es el asombro ante la debilidad de Norteamérica».[73] *The New York Times* temía que la «hegemonía estadounidense [...] en el hemisferio occidental» se viera amenazada «por primera vez en el siglo», porque la Revolución cubana era un «modelo» para el resto de América Latina.[74]

Ciertamente, el mundo sintió estupor ante la ineptitud y la falta de cálculo de los norteamericanos. Dean Acheson comentó desde Europa que el fiasco de la bahía de Cochinos había dejado «confundidos a los europeos», a quienes toda la operación les parecía «algo irresponsable, insólito. Albergaban grandes expectativas sobre el nuevo gobierno y [...] fallaron el blanco por varios kilómetros, y se estrellaron».[75] Chester Bowles anotó en su diario: «El fiasco de Cuba demuestra cuánto puede llegar a equivocarse un hombre tan brillante y bien intencionado como Kennedy cuando le falta algo tan básico como un punto de referencia moral».[76] Bowles no tardó en ser despedido sin ceremonias del Departamento de Estado. Kennedy asumió toda la responsabilidad de la maltrecha invasión, pero juró redoblar sus esfuerzos para combatir al comunismo:

> Somos conscientes de la insidiosa naturaleza de esta nueva y complicada lucha. Somos conscientes de la nueva mentalidad, de la nueva urgencia, de los nuevos instrumentos necesarios para combatir, sea en Cuba o en Vietnam del Sur [...]. El mensaje que nos dejan Cuba, Laos, el creciente estruendo de los comunistas de Asia y Latinoamérica... es siempre el mismo. Las sociedades autocomplacientes, autoindulgentes, las sociedades blandas desaparecen, pasan a formar parte de los despojos de la historia [...]. Permítanme que, como presidente de Estados Unidos, deje claro que he tomado la determinación de que nuestro sistema sobreviva y triunfe con independencia de los costes y los riesgos que haya que correr.[77]

El senador demócrata Al Gore, Sr., que era miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, apeló a la «renovación completa del Estado Mayor Conjunto. Hay que sustituir a todos sus miembros por personas más jóvenes, más sabias y más capaces». *The New York Times* acusó del desastre sobre todo a la CIA y pidió su «total reorganización».[78]

Los exiliados cubanos culparon del fracaso de la misión a Kennedy por negarse a prestar apoyo aéreo. La mayoría nunca le perdonarían. Pero, a pesar de las numerosas críticas por su gestión del problema, las cifras de popularidad de Kennedy nunca fueron más altas en toda su presidencia. «Igual que Eisenhower —comentaría—: cuanto peor lo hago, más popular soy».[79]

El sórdido asunto tuvo profundas consecuencias en el poco experimentado presidente. Kennedy desarrolló un saludable escepticismo con los asesores militares y los oficiales de inteligencia. Dijo a Schlesinger: «Si alguien viene a decirme algo sobre, por ejemplo, la legislación del salario mínimo, hago caso omiso sin vacilar. Pero damos por sentado que los militares y el personal de inteligencia tienen habilidades secretas fuera del alcance de los pobres mortales».[80] Y al periodista Ben Bradlee le comentó: «El primer consejo que voy a darle a mi sucesor es que vigile a los generales y evite la sensación de que por el hecho de ser militares hay que prestar atención a su opinión en asuntos militares».[81] Como vemos, los comentarios de Kennedy después de la invasión parecen revelar que empezaba a comprender la sentida advertencia de Eisenhower. Pero su entendimiento tendría que

haber sido mucho más rápido y mayor para haber escapado de la mentalidad de la Guerra Fría, que era como una trampa de acero.

Tras la bochornosa invasión de Cuba, Kennedy decidió limpiar a «los hijos de perra» del Estado Mayor Conjunto y «los cabrones de la CIA». Amenazó con «hacer añicos la agencia y esparcir los trocitos a los cuatro vientos».[82] Nombró al general Maxwell Taylor jefe del Estado Mayor Conjunto en sustitución de Lemnitzer, pero, con la esperanza de aplacar a los críticos del ala dura, eligió a Curtis LeMay jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, decisión que no tardaría en lamentar. En cuanto a la CIA, sustituyó a Dulles por John McCone, un empresario republicano y conservador. Además, forzó la dimisión de los subdirectores Richard Bissell y Charles Cabell y colocó a todos los agentes de la CIA y a otro personal exterior bajo la supervisión de la embajada correspondiente y dio los pasos necesarios para recortar el presupuesto de la agencia con la intención de que en 1966 fuera un 20 por ciento menor.

Asimismo, puso a su hermano Robert a cargo de un número importante de operaciones encubiertas, nuevo cometido que mantuvo muy ocupado al joven fiscal general. Bajo su vigilancia, la CIA puso en marcha ciento sesenta y tres operaciones de ese tipo en tres años, es decir, solo siete menos que las que había emprendido la administración de Eisenhower en ocho años.[83]

Antes de asumir su nuevo cargo, el general Taylor llevó a cabo una investigación para elucidar los errores de la invasión de Cuba. El general Walter Bedell Smith declaró: «Una democracia no puede empezar una guerra. Cuando vas a la guerra, apruebas una ley y le concedes poderes extraordinarios al presidente. El ciudadano da por hecho que, cuando la emergencia ha pasado, los derechos y poderes que se delegaron temporalmente en el jefe del ejecutivo tienen que volver a los estados, a las regiones y al pueblo». Para Smith, la CIA quizá ya no resultara útil y era necesaria una nueva agencia encubierta. «Es hora de vaciar el orinal y cambiarle la tapa».[84]

Por su creciente desconfianza en sus asesores militares y servicios de inteligencia, a Kennedy no le resultó difícil aguantar las presiones para que mandase tropas a Laos, una medida que, como Eisenhower le advirtió, podría ser necesaria para derrotar al comunista Pathet Lao. De no ser por la bahía de Cochinos, confesó Kennedy a Ted Sorensen y Arthur Schlesinger, Jr., probablemente lo habría hecho. El Estado Mayor Conjunto insistió en que Kennedy diera prioridad a una fuerza de invasión de gran escala y diera su aprobación a una guerra con China si fuera necesario y aun en el caso de que implicara el uso de armas nucleares. Kennedy se opuso a estas exigencias y se enemistó con los generales por optar por una solución neutral. «Después de lo de la bahía de Cochinos —le dijo Schlesinger a David Talbot—, Kennedy empezó a sentir desprecio por el Estado Mayor Conjunto [...]. Los tachaba de pandilla de viejos. Lemnitzer le parecía un imbécil».[85]

Afectado aún por el fiasco de Cuba, Kennedy preparó meticulosamente su reunión de junio con Kruschev en Viena. Kruschev se había puesto en contacto previamente con el recién elegido presidente con la esperanza de limar asperezas y llegar a un acuerdo sobre Laos, Berlín y las pruebas nucleares. Pero las relaciones habían empeorado. Durante la cumbre, el premier soviético lanzó numerosas acusaciones. Kruschev amonestó al joven presidente por el imperialismo global norteamericano y declaró que las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética dependían de la solución del problema alemán y criticó la remilitarización de Alemania y la relevancia de la OTAN. Exigía también un tratado que reconociera a las dos Alemanias hacia finales de año. Berlín sería una «ciudad libre desmilitarizada» bajo la jurisdicción de Alemania Oriental, aunque los occidentales tendrían el acceso garantizado. Kennedy se despidió de Kruschev con el siguiente comentario: «Me temo que el invierno va a ser muy frío».[86] Y dijo a un periodista: «Si Kruschev quiere restregármelo por las narices, todo ha terminado».[87] Para George Kennan, Kennedy estuvo «extrañamente retraído» toda la cumbre.[88] El presidente, ceñudo, se sentó más tarde a conversar con James Reston, que le preguntó: «¿Ha sido duro?». Kennedy respondió: «Lo más duro de mi

vida». Y explicó:

> Tengo dos problemas. El primero, averiguar por qué lo ha hecho, y por qué ha sido tan agresivo. Y el segundo, averiguar qué podemos hacer nosotros al respecto. Creo [...] que lo ha hecho por lo de la bahía de Cochinos [...]; él pensaba que a alguien tan joven y con tan escasa experiencia para meterse en un lío semejante no se le podía tomar en serio y que alguien que a pesar de todo se metía en tal lío y no salía bien parado no tenía redaños. Así que me las ha hecho pasar canutas. Y tengo un gran problema [...] porque debo conseguir que nuestro poder sea creíble, y Vietnam parece el lugar apropiado.[89]

A Kennedy le habría resultado más fácil comprender la actitud beligerante de Kruschev si hubiera entendido cuánta importancia daban los soviéticos al problema alemán. El asunto iba más allá de que los norteamericanos emplazasen misiles balísticos de alcance intermedio (ICBM) en territorio alemán y más allá de la riada de alemanes que escapaban de los comunistas a través de Berlín Occidental. Lo que en verdad aterrorizaba a Kruschev era la posibilidad de que Alemania Occidental llegara a controlar sus propias armas nucleares. Amenazó con firmar por separado un tratado de paz con Alemania del Este y bloquear el acceso a Berlín a norteamericanos, ingleses y franceses.

A un periodista estadounidense le explicó lo siguiente:

> Puedo entender por qué para los norteamericanos Alemania no es lo mismo que para nosotros [...]. Nuestra historia con Alemania es mucho más larga. Nosotros hemos visto con qué rapidez cambian los gobiernos alemanes y con qué facilidad Alemania se convierte en instrumento de asesinatos en masa. Nosotros ni siquiera podemos concretar a cuántos soviéticos mató Alemania en la última guerra [...]. En Rusia tenemos un dicho: «Dale una pistola a un alemán y antes o después apuntará contra un ruso». Y no soy el único que piensa así. No creo que haya nada que preocupe más al pueblo ruso que el rearme de Alemania. A ustedes los norteamericanos les gusta pensar que nosotros no tenemos opinión pública. No estén tan seguros. Sobre el problema alemán, nuestro pueblo tiene las ideas muy claras. No creo que ningún gobierno soviético pudiera sobrevivir si intentara ir contra ellas. Se lo dije a uno de sus gobernadores y me contestó que le sorprendía que la Unión Soviética, con todos sus misiles y bombas atómicas, temiera a Alemania. Yo le repliqué a su gobernador que no había entendido nada. Los soviéticos podríamos aplastar a Alemania, es cierto; podríamos aplastarla en unos minutos. Lo que tememos es que una Alemania rearmada ponga en un compromiso a Estados Unidos con alguna acción determinada. Tememos que Alemania tenga capacidad para empezar una guerra atómica mundial. Lo que más me sorprende, de todas formas, es que los norteamericanos no se den cuenta de que en Alemania hay mucha gente deseosa de destruir a la Unión Soviética. ¿Cuántas veces hay que quemarse para tenerle respeto al fuego?[90]



En la cumbre de junio de 1961 en Viena, Kruschev amonestó a Kennedy por el imperialismo global de Estados Unidos. Declaró también que las relaciones soviético-norteamericanas dependían de la resolución de la cuestión alemana. Kennedy se marchó de Viena frustrado. «Me temo que el invierno va a ser muy frío», dijo al despedirse del dirigente soviético.

La imposibilidad de salvar las diferencias sobre asuntos vitales en Viena dio paso a uno de los veranos más tensos de la Guerra Fría. Dean Acheson, que había preparado los documentos sobre Alemania para la cumbre, aconsejó a Kennedy mantener una postura firme e inflexible sobre Berlín y

que evitara las negociaciones. Para él merecía la pena correr el riesgo de una guerra nuclear. En caso de confrontación, Estados Unidos pensaba mandar algunas brigadas a Berlín. Si el Pacto de Varsovia oponía resistencia, Estados Unidos estaba listo para lanzar un ataque nuclear masivo. George Bundy le explicó a Kennedy: «Según el plan actual, atacaríamos con todo lo que tenemos al mismo tiempo. Se ha elaborado de tal forma que hace muy difíciles medidas más flexibles».[91]

El 20 de julio, en reunión extraordinaria, Lemnitzer y otros generales informaron a Kennedy de los planes para una guerra nuclear y sus consecuencias. Lemnitzer habló de un programa para «atacar por sorpresa» la Unión Soviética a finales de 1963. Kennedy preguntó qué pasaría si lanzaran el ataque a finales de 1962. Allen Dulles respondió que dispondrían de suficientes misiles hasta diciembre de 1963. Kennedy preguntó cuánto tiempo, en la eventualidad de una guerra nuclear, tendrían que quedarse los ciudadanos norteamericanos en los refugios atómicos. Dos semanas, le respondieron. Dio órdenes de que ninguno de los presentes revelara jamás el contenido de la reunión. Roswell Gilpatric, el subsecretario de Defensa, dijo que Lemnitzer resumió los informes «como si estuviera hablando con unos niños de guardería [...]. Al final, Kennedy se levantó, cruzó la sala en mitad de todos y dio por terminada la reunión».[92]

En sus memorias, escritas en 1990, Dean Rusk describió la reacción de Kennedy del siguiente modo: «El presidente Kennedy había comprendido perfectamente el significado de una guerra nuclear y estaba consternado. En las muchas conversaciones que mantuvimos nunca me trasladó preocupación alguna por la posibilidad de que le asesinaran, pero de vez en cuando le daba vueltas al hecho de que su destino pudiera ser apretar el botón de la guerra nuclear».[93] En septiembre, Lemnitzer puso al corriente a Kennedy, McNamara y Rusk del SIOP-62, que incluía la opción de un ataque preventivo contra la Unión Soviética. Al poco, Kennedy le dijo a Rusk, con disgusto: «Y todavía nos seguimos llamando la especie humana».[94]

A pesar de sus reservas, Kennedy intensificó la crisis. El 25 de julio se dirigió a toda la nación:

> La amenaza más inmediata a los ciudadanos libres se produce hoy en Berlín Occidental. Pero ese lugar aislado no es un problema aislado. La amenaza es mundial [...]. No queremos ir a la lucha, pero ya lo hemos hecho en otras ocasiones. Y otros, en tiempos pasados, han cometido el mismo y peligroso error de presumir que Occidente es demasiado egoísta y demasiado blando y que está demasiado dividido [...]. El origen de todos los problemas y tensiones del mundo está en Moscú, no en Berlín. Si llega a empezar, la guerra habrá empezado en Moscú, no en Berlín.

Kennedy anunció tres mil cuatrocientos cincuenta millones de dólares adicionales para el presupuesto de Defensa, un aumento de las levas para incrementar en un 25 por ciento el tamaño del ejército, la activación de una reserva escogida y de unidades de la Guardia Nacional y un programa de construcción de refugios nucleares públicos y privados. Hizo hincapié en la necesidad de estar preparados para la guerra nuclear y recordó a los ciudadanos: «Hoy, en la era termonuclear, un error de cálculo de cualquiera de los dos bandos sobre las intenciones del otro puede desencadenar mayor devastación en unas horas que la causada por todas las guerras de la historia de la humanidad».[95]

Los miembros del Pacto de Varsovia respondieron con celeridad y pusieron en práctica cambios que llevaban debatiendo varios meses. El 13 de agosto, soldados de Alemania Oriental empezaron a levantar barricadas de alambre de espino y barreras de hormigón para interrumpir la oleada de ciudadanos que huían. Poco tiempo después, obreros de la construcción sustituyeron el alambre de espino por un muro de cemento. Kennedy mandó a Berlín Occidental mil quinientos soldados por carretera desde Alemania Occidental. En Berlín fueron recibidos por el vicepresidente Johnson. El mundo se tambaleó nerviosamente al borde de la guerra. James Carroll, que tenía a la sazón dieciocho años, se acercó a las puertas del Pentágono para recoger a su padre, Joseph Carroll, recientemente designado director de la nueva Defense Intelligence Agency [Agencia de Inteligencia

de la Defensa]. Carroll, que años más tarde obtendría el National Book Award por su vigoroso libro de memorias, *An American Requiem: God, My Father, and the War That Came Between Us* [*Un réquiem norteamericano: Dios, mi padre y la guerra que se interpuso entre nosotros*], recordaba las inquietantes palabras de su padre.

> Esta noche papá está serio, sombrío —escribió— [...], fuma y tira la ceniza por la ventana. No ha dicho una palabra. Por fin aplasta la colilla en el cenicero del coche y se vuelve hacia mí.
>
> —Hijo, tengo que decirte algo. Solo lo voy a decir una vez y no quiero que me hagas preguntas, ¿de acuerdo? Tú lees la prensa y sabes lo que está pasando. Berlín. El bombardero que derribaron la semana pasada. Puede que una de estas noches no vuelva a casa. Quizá tenga que marcharme. Todo el Estado Mayor del Aire tendrá que irse. Si eso pasa, dependo de ti para que me sustituyas con mamá y tus hermanos.
>
> —¿Qué quieres decir?
>
> —Mamá sabe a qué me refiero. Y tú también lo sabrás. Quiero que subáis todos al coche. Quiero que vayáis al sur. Tienes que coger la carretera número uno en dirección a Richmond. Pero no pares en Richmond, sigue hasta que ya no puedas más.
>
> No dijo nada más. Y yo tampoco. Seguimos hasta casa en silencio. Lo recuerdo muy bien... qué sentí... mi miedo [...]. A pesar de que se hablaba mucho de la guerra, yo pensaba que mi padre y otros como él —Curtis LeMay, Tommy White, Pearre Cabell, Butch Blanchard, nuestros vecinos del barrio de los Generales— nos protegerían de ella. Ahora me doy cuenta de que mi padre había dejado de creer que podían. Sentí el miedo de mi padre, y hasta entonces me había parecido imposible que mi padre sintiera miedo. Esa noche yo empecé a sentir miedo, y lo seguí sintiendo muchos años. Primero de lo que haría el enemigo, luego de lo que haríamos nosotros.[96]

Cuarenta años después, en una conferencia en Washington sobre la amenaza nuclear, Carroll, al contarla una vez más, concluyó su historia con las palabras: «Y desde entonces conduzco hacia el sur y aún no he parado».

El Muro de Berlín redujo la tensión, el riesgo de guerra inmediato y permitió a Kruschev retirar su amenaza de firmar el provocativo tratado con Alemania Oriental. Kennedy confesó a sus asesores: «No es una solución perfecta, pero un muro es mucho mejor que una guerra».[97] Kruschev comprendió la vulnerabilidad de Occidente en Berlín, que para él eran «los testículos de Occidente. Cada vez que quiero que Occidente grite —dijo—, le aprieto en Berlín».[98]

En agosto de 1961, Kruschev encontró otra manera de hacer gritar a Kennedy: reanudó las pruebas nucleares. Cuando Kennedy lo supo, estalló: «¡Ya estamos otra vez jodidos!». Sus asesores le aconsejaron que no respondiera con la misma moneda, para lograr una victoria propagandística, pero Kennedy les echó con cajas destempladas: «Pero ¿qué demonios sois vosotros? ¿Unos pacifistas de mierda? Acaban de darme una patada en los huevos. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Actuar como si no hubiera pasado nada?».[99]

Las advertencias de Kennedy durante la crisis de Berlín revistieron el debate de los refugios atómicos con una nueva sensación de urgencia. En los años cincuenta, la recomendación de construir ese tipo de refugios había caído mayormente en oídos sordos. En marzo de 1960, el congresista Chet Holifield, presidente del Government Operations Subcommittee [Subcomité de Operaciones del Gobierno], declaró que la defensa civil se encontraba «en un estado deplorable», con solo mil quinientos sesenta y cinco refugios particulares en treinta y cinco estados.[100] Pocas personas podían gastarse varios miles de dólares en un refugio, o querían gastarlos. Willard Libby, experto en temática nuclear de la Universidad de California en Los Ángeles y futuro premio Nobel amén de excomponente de la Comisión de Energía Atómica, propuso una solución. Con grandes alharacas se construyó un refugio en su casa de Bel Air, California, por treinta dólares, y dijo: «Si tu vida no vale más de treinta dólares, este es el refugio que te puedes permitir». Libby excavó un agujero de un metro sesenta de ancho, un metro sesenta de profundo y dos metros de largo en la ladera de un monte. Llenó los lados con cien sacos terreros y lo cubrió con dieciséis traviesas de seis metros de largo. Por desgracia para los Libby, en febrero de 1961 un incendio arrasó los montes de Santa

Mónica y destruyó su casa. La señora Libby solo tuvo tiempo de salvar dos artículos: el premio Nobel de su marido y un abrigo de visón. Tras saber que el refugio estaba intacto, *The Washington Post* informó, con tristeza: «El fuego destruye el refugio atómico de Libby en Bel Air».[101] Resultó muy inoportuno. Otros periódicos publicaban ya la serie en varias entregas titulada «Se puede sobrevivir a un ataque atómico». El físico Leo Szilard comentó: «Esto no solo demuestra que Dios existe, sino que tiene sentido del humor».[102]

En el verano y el otoño de 1961, cualquier observador habría dicho que los norteamericanos habían perdido el juicio en un momento en que el país se había enfrascado en un largo diálogo sobre la ética de matar a vecinos y amigos a fin de resguardar la santidad, la seguridad y los limitados recursos del propio refugio atómico. En agosto la revista *Time* publicó un artículo titulado «Dispare a su vecino», que recogía las declaraciones de un habitante de una zona residencial de Chicago que decía: «Cuando termine mi refugio, voy a colocar una ametralladora en la escotilla para que ningún vecino se acerque si tiran la bomba. Lo digo totalmente en serio. Si el estúpido pueblo norteamericano no hace lo que tiene que hacer para salvarse, yo no pienso correr el riesgo de no poder usar el refugio que me he tomado la molestia de procurarme para salvar a mi familia».[103]

En las reuniones, en las fiestas, quien tenía un refugio decía a su vecino de al lado y a sus mejores amigos que, llegado el caso, podrían matarlos. Las instituciones religiosas consideraban el asunto indistintamente desde ambos puntos de vista: el del propietario del refugio y el de su vecino. El reverendo L. C. McHugh, antiguo profesor de ética en Georgetown, animó la controversia con un artículo en *America*, una publicación jesuita: «Piénseselo dos veces antes de ofrecer, temerariamente, sitio a sus vecinos y amigos, o a algún viandante desconocido, en el refugio familiar […] y a otros que intenten entrar […] se les puede rechazar con los medios necesarios […]. ¿Dicta la prudencia que su kit de supervivencia tenga también “artilugios de protección” como, por ejemplo, un revólver para disolver atascos ante la puerta de su refugio? Pues depende de usted, a usted le toca decidir a la luz de sus particulares circunstancias».[104]



Modelo de refugio atómico propuesto por la Oficina de Movilización Militar y Civil de Estados Unidos. La crisis de Berlín de 1961 dio al debate de los refugios atómicos un nuevo carácter de urgencia.

El reverendo Angus Dun, obispo episcopaliano de Washington, denunció la postura «que cada familia se ocupe de sí misma» por «inmoral, injusta y contraria al interés nacional» y afirmó: «Con toda probabilidad, la persona más desesperadamente necesaria en una posguerra nuclear es la que ha preferido no esconderse en su particular escondrijo de topo donde no hay sitio para su vecino».[105]

Mucha gente tomó nota de las tristes costumbres de la Guerra Fría y de la amenaza de aniquilación que pervirtió la conciencia de la nación norteamericana. Eugene Rabinowitch, director de *Bulletin of the Atomic Scientists*, dijo que los refugios atómicos eran «patéticos» y que las conversaciones sobre

la posibilidad de matar a los vecinos eran «una demostración de la depravación del hombre». El historiador Gabriel Kolko afirmó que el silencio del gobierno en el debate de los refugios particulares daba pie a pensar que «no habría queja cuando los vecinos sin refugio quitasen los filtros a los refugios de sus vecinos armados» o «pusieran una bolsa de plástico en las tomas de aire».[106] *The New York Times* recogió una tira cómica en la que alguien anima a los dueños de un refugio a disparar sobre sus vecinos antes de que estos intenten entrar en la guarida. Bob Dylan grabó una canción para su álbum *The Freewheelin' Bob Dylan*, «Let Me Die in My Footsteps» [«Déjame morir en mis pisadas»], que finalmente no salió al mercado. Comenzaba: «No pienso meterme bajo tierra / porque alguien diga que se acerca la muerte. / No pienso enterrarme para morir. / Cuando me dirija a la tumba, lo haré con la cabeza bien alta»; y el estribillo decía: «Déjame morir sobre mis pisadas /antes de meterme bajo tierra». En la que quizá fuera la reacción más creativa a aquellas complicadas circunstancias, un lector se presentó en las oficinas de la publicación jesuita antes mencionada con un paraguas en el que ponía «Refugio antiatómico portátil» y, apuntando a la punta metálica del extremo una frase que decía: «Para ensartar a los vecinos sin refugio».[107] A pesar de las presiones del gobierno, en realidad muy pocos norteamericanos se construyeron un refugio atómico. Es posible que se dieran cuenta de que cualquier refugio ofrecería una protección muy escasa en caso de guerra nuclear, o de que, si una guerra así llegaba a producirse, tal vez no mereciera la pena sobrevivir.

Aun así, el escalofriante fantasma de la guerra nuclear pendió sobre Estados Unidos los dos primeros años de presidencia de Kennedy. Tras ganar las elecciones en parte por haber explotado el miedo a la desventaja en número de misiles con la Unión Soviética, en cuanto llegó al cargo, Kennedy le pidió a McNamara una evaluación precisa y fiable de esa desventaja. McNamara tardó tres semanas en confirmarle que la muy publicitada diferencia no existía.

Kennedy quiso hurtarle tal información a la opinión pública y optó por explotar la falsa desigualdad para justificar el importante incremento del presupuesto de defensa. Pero el 6 de febrero su bisoño secretario de Defensa dejó estupefactos a los periodistas al anunciar: «La desventaja en número de misiles no es tal». Tras tamaño paso en falso, McNamara ofreció su dimisión al presidente. Kennedy explicó que todo cálculo era «prematuro» y el asunto fue poco a poco pasando a segundo plano.

Pero en octubre de 1961, Kennedy decidió aclarar públicamente la pasmosa disparidad de potencial militar entre Estados Unidos y la URSS y dio a Roswell Gilpatric, el subsecretario de Defensa, autorización para alardear de la superioridad norteamericana en una intervención ante el Business Council en Hot Springs, Virginia. El discurso de Gilpatric fue cuidadosamente ideado por Daniel Ellsberg, joven consultor de RAND. Declaraba que Estados Unidos contaba con una «fuerza de represalia tan letal que cualquier movimiento del enemigo supondría su autodestrucción [...]. Contamos con decenas de miles de vehículos capaces de realizar bombardeos nucleares tácticos y estratégicos». McNamara confirmó públicamente que Estados Unidos poseía «un potencial nuclear varias veces superior al de la Unión Soviética».[108] Pero era una valoración muy, muy modesta. Estados Unidos contaba con unos cuarenta y cinco ICBM,[109] los soviéticos solo con cuatro, y eran muy vulnerables a un ataque. Estados Unidos contaba con tres mil cuatrocientas cabezas nucleares en submarinos y bombarderos. Estados Unidos tenía más de mil quinientos bombarderos pesados y la URSS solo ciento noventa y dos. Estados Unidos poseía unos ciento veinte misiles de alcance intermedio entre Turquía, Gran Bretaña e Italia, mil cazabombarderos tácticos con capacidad para alcanzar la Unión Soviética y misiles nucleares en submarinos Polaris. En conjunto, Estados Unidos contaba con unas veinticinco mil armas nucleares; los soviéticos solo con la décima parte.[110]

Al general Thomas Power, jefe del Mando Aéreo Estratégico, no le gustaron las declaraciones de Gilpatric. Había basado sus peticiones de financiación, muy ambiciosas, en la presuposición de que Estados Unidos se enfrentaba a una crisis grave y no quería dar su brazo a torcer. Veía misiles

soviéticos por todas partes, ocultos en silos de grano, campanarios e incluso un monumento a los caídos de Crimea. Power, un protegido de LeMay que había dirigido el lanzamiento de bombas incendiarias sobre Tokio en la Segunda Guerra Mundial, se opuso a todas las iniciativas de reducción del SAC. En diciembre de 1960, cuando William Kaufmann, de RAND, le hablaba de la necesidad de evitar objetivos civiles, estalló: «¿Por qué nos pide moderación? ¡Moderación! ¿Por qué le interesa tanto salvar vidas? ¡Todo gira en torno a una sola idea: acabar con esos cabrones!»; y añadió: «Escúcheme. Cuando acabe la guerra, si solo quedan dos norteamericanos y un ruso, ¡habremos ganado!». Kaufmann respondió con exasperación: «Pues más le vale asegurarse de que sean hombre y mujer».[111]

Pese a que la superioridad nuclear de Estados Unidos era inmensa e iba en aumento, las Fuerzas Aéreas deseaban incrementar su número de misiles hasta tres mil. Y el SAC quería diez mil. Los análisis de McNamara demostraban que Estados Unidos no necesitaba más de cuatrocientos, pero, dadas las circunstancias, fijó el mínimo en mil.[112]

Rodión Malinovski, ministro de Defensa soviético, interpretó las declaraciones de Gilpatric en octubre del siguiente modo: «Los imperialistas están planeando [...] un ataque nuclear por sorpresa contra la Unión Soviética y los países socialistas».[113] Los soviéticos, que no habían querido sacar provecho de su ventaja en un área, la tecnología de misiles, en que iban por delante de Estados Unidos, respondieron con el estallido de una bomba de treinta megatones, la mayor detonada jamás, dos días más tarde. A la semana siguiente detonaron otra de cincuenta megatones. Podrían haberla fabricado de cien megatones, solo que decidieron no hacer explotar la tercera fase. Más tarde, McNamara reconoció que, en efecto, un ataque por sorpresa era una de las opciones del SIOP. El general Curtis LeMay hablaba de ello abiertamente.[114] En realidad, llegó a defender sarcásticamente la fabricación de una única bomba capaz de destruir toda la Unión Soviética.[115]

La guerra pareció espantosamente próxima el último trimestre de 1961. El poeta Robert Lowell escribió: «Todo el otoño, los roces y empujones /de la guerra nuclear; hemos hablado de nuestra extinción, de nuestra muerte».[116]

La inquebrantable decisión de Kennedy de acabar con el gobierno revolucionario cubano echó más leña al fuego de las tensiones con la Unión Soviética. En enero de 1962, Robert Kennedy le dijo a John McCone, director de la CIA, que acabar con Castro constituía «la mayor prioridad del Gobierno de Estados Unidos». Dos meses antes, los Kennedy habían puesto en marcha la Operación Mongoose, una campaña de terror en Cuba bajo los auspicios de la CIA. Robert Kennedy trazó la política a seguir: «Hay que remover las cosas [...], recurrir al espionaje, al sabotaje, sembrar el caos, y siempre con operaciones dirigidas y llevadas a cabo por los propios cubanos».[117] Había que desbaratar la economía cubana y asesinar a Castro. Kennedy puso al mando a Edward Landsdale, experto en contrainsurgencia y trucos sucios. La CIA reunió un inmenso grupo operativo de seiscientos agentes en el sur de Florida, con cerca de cinco mil colaboradores y la tercera mayor armada del Caribe.[118] En marzo Lansdale pidió a el Estado Mayor Conjunto «una serie de pretextos» para justificar «una intervención militar de Estados Unidos en Cuba». El brigadier general William Craig, oficial de programación de la Operación Mongoose, elaboró de inmediato una lista sorprendente a la que el Estado Mayor dio su aprobación y que el general Lemnitzer promovió activamente.

El general Craig había sugerido recientemente que si el vuelo orbital de John Glenn en el Mercury fallaba, Estados Unidos tendría que fabricar pruebas incriminatorias echando la culpa del fracaso a interferencias electrónicas de los cubanos. Y había dado un nombre muy apropiado a la operación: Dirty Trick (Truco Sucio). Pero tenía para Lansdale nuevas sugerencias que concretó en la Operación Northwoods. Entre tales sugerencias se contaban «Remember the *Maine*», un incidente inspirado en el hundimiento del barco que provocó la guerra con España en 1898; una «campaña de terror» contra refugiados cubanos que incluía el hundimiento de un barco lleno de los que escapaban a Florida;

intentos de secuestro de aviones norteamericanos de cuya organización acusarían al Gobierno cubano; el derribo de un avión de pasajeros («los pasajeros podrían ser un grupo de estudiantes universitarios de vacaciones»); «un accidente en que pareciera que un MIG cubano había destruido un avión de la USAF en aguas internacionacionales»; y «una serie de incidentes bien coordinados [...] en y alrededor de Guantánamo, y que parezca que han sido llevados a cabo por fuerzas cubanas hostiles». Entre estos últimos los había, por ejemplo, que consistían en hacer estallar municiones dentro de la base, provocar incendios, quemar un avión en la base, lanzar misiles de mortero, incitar alguna revuelta y sabotear algún barco.[119]

En 1962, a causa de las acciones emprendidas por los norteamericanos, los soviéticos se convencieron de que la invasión de Cuba era inminente. En enero Estados Unidos aplicó coerciones a algunos países norteamericanos para que votaran por la expulsión de Cuba de la OEA. En abril cuarenta mil soldados norteamericanos intervinieron en unas maniobras de quince días que culminaban con el desembarco en una isla del Caribe. Dos ejercicios del mismo tipo, aunque de menor envergadura, se llevaron a cabo en mayo. En verano y otoño, Estados Unidos aumentó las iniciativas que anticipaban una invasión. En octubre de 1962, Estados Unidos anunció la Operación Ortsac, importantes maniobras en las que siete mil quinientos marines invadían una isla caribeña y derrocaban a su gobierno. El mensaje era claro: «Ortsac» es «Castro» al revés. Como su comienzo estaba previsto para el 15 de octubre, la incipiente crisis obligó a cancelarla.

Kennedy también tenía intención de plantar cara a los comunistas de Vietnam, aunque comprendía las dificultades que Estados Unidos tenía que afrontar en la región. Tras su visita a Vietnam en 1951, desaconsejó la prestación de ayuda a los franceses y comentó la necesidad de conseguir el apoyo de árabes, africanos y asiáticos, que «odiaban [...] al hombre blanco, que les ha chupado la sangre, apalizado, explotado y dominado».[120] Apuntó asimismo la contradicción de oponerse a los soviéticos en Hungría y Polonia y respaldar a los franceses en Vietnam, Argelia, Túnez y Marruecos. Pero pronto defendió que Diem hubiera cancelado las elecciones y pedido apoyo para la URSS y para el gobierno sudvietnamita. El «prestigio de Estados Unidos en Asia» estaba en juego. «Vietnam —insistía ahora— es la piedra angular del mundo libre en el Sudeste Asiático, la clave de bóveda, el dedo en la presa. Birmania, Tailandia, Japón y las Filipinas, y obviamente Laos y Camboya, verían amenazada su seguridad si la marea roja del comunismo inunda Vietnam».[121]

A finales de los años cincuenta, el represivo régimen de Diem había incitado la resistencia armada en el sur. En diciembre de 1960, y con la bendición de Hanoi, el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, FLN, se convirtió en una amplia coalición unida por la común oposición a Diem. Tenía un programa de diez puntos que pedía la expulsión de todos los asesores norteamericanos, pasos hacia la reunificación pacífica del país y reformas sociales radicales. Diem hizo caso omiso de las presiones del Gobierno estadounidense para que democratizase el país y prohibió los partidos políticos, las manifestaciones y las demostraciones públicas de júbilo. En lugar de utilizar tales medidas como excusa para reducir la intervención estadounidense, Kennedy aumentó el número de personal militar norteamericano en el país, contraviniendo conscientemente lo acordado en Ginebra, y amplió el apoyo a los programas de contrainsurgencia.

En mayo de 1961 mandó al vicepresidente a Vietnam como muestra de determinación. A Johnson, Diem le pareció «el Winston Churchill del Sudeste Asiático»,[122] e instó a los norteamericanos a no dar un solo paso atrás. En octubre Kennedy envió a Maxwell Taylor, que en aquel tiempo era su asesor militar personal, y a Walt Rostow, alto cargo de Asuntos de Seguridad Nacional. Pintaron un panorama desolador y presionaron en favor de una mayor intervención. Taylor era parte del coro creciente de asesores que insistían en el despliegue de tropas de combate. McNamara y el Estado Mayor Conjunto le apoyaron: solo con tropas se podía evitar la victoria comunista. Al igual que Taylor, admitían que el despliegue inicial probablemente diera pie a un despliegue posterior más

numeroso, mucho más numeroso. Kennedy comprendía esta dinámica y se resistió. A Schlesinger le explicó: «Llegarán los soldados, tocarán bandas de música, habrá vítores; y cuatro días después todo el mundo se habrá olvidado. Luego nos dirán que tenemos que mandar más tropas. Es como tomar una copa. Cuando se pasan los efectos, te tienes que tomar otra».[123]

Kennedy dio su aprobación a otras recomendaciones de Taylor y aumentó la implicación de Estados Unidos. Cuando llegó a la presidencia, el personal militar norteamericano en Vietnam constaba de ochocientos individuos, en 1963, de dieciséis mil. Estados Unidos empezó a realojar a campesinos a punta de pistola tras campos de asentamiento rodeados de alambre de espino y a usar herbicidas para desfoliar las regiones donde operaban las guerrillas. A largo plazo, los efectos para el medio ambiente fueron desastrosos, y para vietnamitas y norteamericanos por igual.

Pero fue la crisis de los misiles cubanos de octubre de 1962 lo que en verdad consiguió que Kennedy se percatara de las repercusiones potencialmente catastróficas de una política de línea dura en la Guerra Fría. El domingo 14 de octubre, un avión de vigilancia U-2 hizo unas fotografías sorprendentes desde los cielos de Cuba. Al día siguiente, los analistas determinaron que los soviéticos tenían en la isla misiles balísticos de alcance medio SS-4, con capacidad para armar cabezas nucleares de un megatón y caer en el territorio continental de Estados Unidos.

Kennedy estaba atado de pies y manos. Importantes dirigentes del Partido Republicano y su director de la CIA le habían advertido de que algún día los soviéticos instalarían armas ofensivas en Cuba. El presidente, además, había asegurado repetidamente a sus críticos que, si los soviéticos hacían tal cosa, él respondería de inmediato.



Un avión norteamericano suelta herbicidas sobre un bosque de Vietnam para defoliar una zona infestada de guerrilleros. Los efectos a largo plazo para el medio ambiente y para la salud de vietnamitas, y de los soldados norteamericanos, serían catastróficos.

En 1962 lo último que los soviéticos querían era una confrontación militar directa con los norteamericanos. Con poco más de diez misiles intercontinentales con fiabilidad suficiente para alcanzar Estados Unidos y entre trescientas y quinientas cabezas nucleares, no tendrían la menor oportunidad frente a los bombarderos, las cinco mil bombas nucleares y los casi dos mil misiles intercontinentales de Norteamérica.[124] Temiendo que Washington diera el primer golpe, los soviéticos jugaron la carta de los misiles de Cuba con la doble intención de evitar un ataque a la URSS y de, al mismo tiempo, proteger Cuba de la invasión que auguraban. A Kruschev, además, le parecía una manera barata de aplacar a los halcones del Kremlin. Tras engañar a Kennedy con la repetida promesa de que no instalaría misiles en Cuba, aseguró que deseaba darles a los norteamericanos «un poquito de su propia medicina» y demostrarles que había pasado mucho tiempo desde que podían «darles unas bofetaditas como a un niño pequeño» y que ahora podían «darles a ellos un buen azote en el culo».[125] Kruschev equiparaba los misiles de Cuba con los que Estados

Unidos tenía en Turquía y Europa Occidental, cerca en ambos casos de la frontera de la Unión Soviética. Tenía intención de anunciar su instalación el 7 de noviembre en el cuadragésimo quinto aniversario de la Revolución bolchevique.[126]

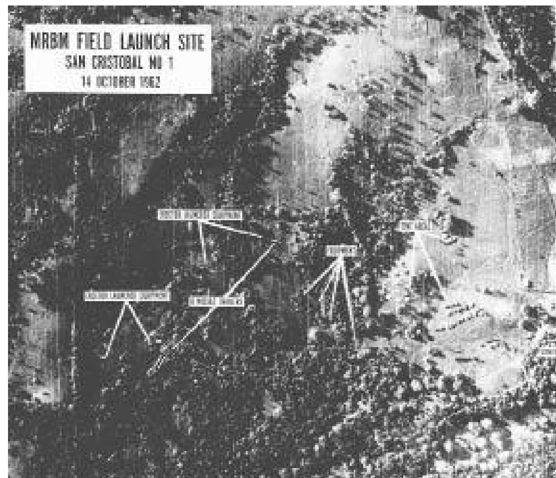


Foto de Cuba tomada por un U-2, el avión espía, el 14 de octubre de 1962. La imagen revela que los soviéticos habían instalado en la isla misiles balísticos de alcance intermedio con capacidad para armar una cabeza nuclear de un megatón. El descubrimiento dio pie a la llamada crisis de los misiles.

El 16 de octubre, Kennedy se preguntó los motivos de los soviéticos. «¿Cuál es la ventaja de instalar misiles balísticos en Cuba? [...] Es como si nosotros colocásemos un gran número de misiles en Turquía. Pero, en mi opinión, sería algo espantosamente peligroso». Los presentes guardaron silencio, hasta que McGeorge Bundy respondió: «Pues eso precisamente es lo que hemos hecho, señor presidente».[127]

Kennedy tenía la esperanza de detener a los soviéticos antes de que completaran la instalación de los misiles. Se reunió con sus asesores para sopesar las opciones. El 19 de octubre convocó al Estado Mayor Conjunto. La mayoría de jefes, con LeMay a la cabeza, estaban a favor de una incursión aérea para destruir los misiles. LeMay advirtió: «El oso ruso siempre ha querido plantar sus garras en las aguas de Latinoamérica. Y ha caído en la trampa. Arranquémosle la pierna hasta los testículos. Aunque, pensándolo bien, vamos a arrancarle también los testículos».[128] El general aseguró a Kennedy que los soviéticos no responderían al ataque. Kennedy replicó que se verían obligados a hacerlo, si no en Cuba, en Berlín. A LeMay no le asustaba tal posibilidad. Opinaba que ahora tenían la oportunidad no solo de barrer del mapa a Castro, sino también a la Unión Soviética. Kennedy sintió consternación por la arrogancia de LeMay ante la posibilidad de una guerra nuclear. Tras la reunión le comentó a Kenneth O'Donnell, uno de sus ayudantes: «¿Puedes creer que haya dicho una cosa así? Además, estos gerifaltes juegan con ventaja. Si les hacemos caso, no quedará nadie vivo para decirles que se han equivocado».[129]

La mayoría de generales y otros asesores defendían un bombardeo seguido de una invasión. Los menos dispuestos a correr el riesgo de iniciar una guerra preferían un bloqueo. McNamara sostuvo que la presencia de misiles soviéticos en Cuba no modificaba la balanza de poder estratégico. Kennedy se mostró de acuerdo, pero opinaba que permitir su existencia tendría devastadoras consecuencias políticas especialmente en Latinoamérica. Le confesó además a su hermano Robert que, si no adoptaba una postura firme, los republicanos pedirían su destitución. En días sucesivos, pese a todo, rechazó el consejo de los militares, de Dean Acheson y Paul Nitze, partidarios de la línea dura, y del expresidente Eisenhower y optó por el bloqueo, al que quiso bautizar como «cuarentena» para restar importancia al hecho de que, en realidad, se trataba de una acción de guerra. LeMay estaba

colérico. «Es casi tan malo como la política de apaciguamiento de Múnich», estalló en la reunión del 19 de octubre.[130] El 22 el presidente anunció solemnemente al pueblo norteamericano lo que sabía. «El propósito de esas bases —dijo— no puede ser otro que disponer de armas nucleares de ataque contra el hemisferio occidental». En términos que difícilmente podían resultar tranquilizadores, declaró: «No correremos prematura ni innecesariamente el riesgo de entrar en una guerra nuclear en la que incluso el fruto de la victoria nos llenaría de cenizas la boca, pero tampoco nos encogeremos si en algún momento debemos hacer frente a dicho riesgo».[131]

La tensión subía a diario a medida que avanzaba la crisis. El 25 de octubre, los dirigentes soviéticos tomaron la decisión de retirar los misiles, pero deseaban sacar el mayor provecho de la situación antes de hacerlo. Esperaban un intercambio de los misiles cubanos por los Júpiter norteamericanos instalados en Turquía. Antes de anunciar dicha decisión, sin embargo, Kruschev recibió la noticia de que la invasión norteamericana de Cuba era inminente. Mandó a Kennedy lo que McNamara calificó como «el mensaje diplomático más extraordinario» que había visto jamás. El mensaje advertía que Estados Unidos y la URSS se encaminaban inexorablemente hacia la guerra: «Si la guerra llega a producirse, no estará en nuestro poder detenerla […], una guerra termina cuando ha rodado sobre pueblos y ciudades sembrando en todas partes la destrucción y la muerte».[132]

En aquella carta, Kruschev sencillamente pedía el compromiso de los norteamericanos de no invadir Cuba. Incluso haciendo caso omiso de las informaciones erróneas sobre el comienzo de la invasión, tenía abundantes razones para estar preocupado. Se produjeron una serie de «incidentes», cualquiera de los cuales podría haber iniciado el holocausto nuclear que Kennedy y él trataban desesperadamente de evitar. Desde la base aérea de Vandenburg, en las islas Marshall, el Mando Aéreo Estratégico puso en marcha unas pruebas de misiles y, por otro lado, algunos funcionarios informaron por error de que Tampa y Minnesota estaban sufriendo un ataque.

El 22 de octubre, el SAC se puso en DEFCON 3. A las diez y media de la mañana del 24 de octubre, por primera vez en su historia, el SAC se puso en DEFCON 2 e hizo los preparativos necesarios para atacar objetivos en suelo soviético. La decisión de despeñarse por el precipicio de la guerra nuclear la tomó el general Power por su propia cuenta y sin consultar al presidente. Para empeorar las cosas, en lugar de dictar la orden cifrada, como cabía esperar, la cursó sin codificar, para asegurarse de que los soviéticos estuvieran al corriente. Al poco, la flota aérea del SAC, parte de la cual permanecía en el aire —repostaba en vuelo—, se dispuso a atacar con cerca de tres mil armas nucleares que, según las previsiones, acabarían con la vida de centenares de millones de personas.

La escalada continuó. El 27 de octubre se produjo otro incidente que Schlesinger calificó con acierto «no solo como el momento más peligroso de la Guerra Fría. Fue el momento más peligroso de la historia de la humanidad».[133] Un grupo de la Marina encabezado por el portaaviones *USS Randolph* lanzó cargas de profundidad cerca del submarino soviético B-59 llegado para proteger a los buques soviéticos que se aproximaban a Cuba. El personal de los destructores desconocía que el submarino soviético llevaba armas nucleares. Vadim Orlov, el oficial de señales soviético, describió así la escena: «Las cargas de profundidad explotaban muy cerca del casco. Era como estar sentado en un barril de metal mientras alguien da martillazos con una maza. Era una situación inusual, por no decir espeluznante, para la tripulación».

La temperatura subió rápidamente, sobre todo en la sala de máquinas del submarino. El buque se quedó a oscuras, solo con las luces de emergencia. El dióxido de carbono del aire alcanzó niveles letales. Los marineros rusos apenas podían respirar. «Uno de los oficiales perdió el conocimiento y se cayó redondo. Luego otra persona le siguió, y luego una tercera […]. Caían como fichas de dominó. Pero seguíamos resistiendo, tratando de escapar. Padecimos aquel martirio unas cuatro horas». Y entonces «los americanos nos dieron con algo más fuerte […]. Nos dijimos: “Ya está, es el fin”».

Cundió el pánico. El comandante del submarino, el capitán Valentín Savitski, trató sin conseguirlo de ponerse en contacto con el Estado Mayor General. A continuación dio órdenes al oficial encargado de los torpedos nucleares de aprestarse para la batalla y gritó: «Puede que la guerra ya haya empezado ahí arriba mientras nosotros no dejamos de dar saltos mortales aquí abajo. ¡Los vamos a hacer saltar en pedazos ahora mismo! Vamos a morir, pero los vamos a hundir a todos. No vamos a deshonrar a la Marina». El capitán habló con los otros dos oficiales a bordo. Por fortuna, el comandante Vasili Arjipov consiguió tranquilizarlo y le convenció de que no iniciara por su cuenta una guerra nuclear preventiva.[134]

En medio de tan angustiosa confrontación, el comité ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional supo que un avión U-2 había sido derribado sobre Cuba. El Estado Mayor Conjunto, creyendo que los soviéticos pretendían cegar los ojos de Estados Unidos, pidió a Kennedy autorización para lanzar una incursión aérea y una invasión. Cuando las misiones de reconocimiento echaban chispas, llegaron ciertos informes de que los cubanos estaban colocando los misiles en las lanzaderas. Kennedy se percató de que «se le acababa el tiempo».[135] Estados Unidos terminó sus preparativos: movilizó a doscientos cincuenta mil soldados que se aprestaron para la invasión de Cuba. Se hicieron planes para instalar un nuevo gobierno en La Habana. Los bombarderos se prepararon para hacer dos mil salidas. La invasión parecía inminente.

Previendo el desembarco en un plazo de entre veinticuatro y setenta y dos horas, Castro instó a Kruschev a lanzar una ofensiva nuclear contra los imperialistas norteamericanos antes de que Estados Unidos atacase la Unión Soviética. Para complicar más las cosas, Kennedy, entretanto, recibió una segunda carta de Kruschev. A diferencia de la primera, personal, esta parecía redactada por un comité. Algunos sospechaban que los militares habían dado un golpe de Estado y acabado con el gobierno de Kruschev. La carta exigía tanto el compromiso de no invadir Cuba como la retirada de los misiles de Turquía. El subsecretario de Estado George Ball y Adlai Stevenson ya habían sugerido el intercambio de los misiles cubanos por los turcos y Kennedy, antes de la crisis, había aprobado la retirada de los obsoletos Júpiter de Turquía. En esos momentos, sin embargo, Kennedy rechazaba un canje de misiles. Temía que ceder ante los soviéticos en esas circunstancias pudiera perjudicar las relaciones con Turquía y destruir la OTAN.

Kennedy tomó la decisión de responder únicamente a la primera carta y se comprometió a no invadir Cuba. En el momento álgido de la crisis, un avión U-2 se perdió accidentalmente en territorio soviético protegido por cazas armados con misiles nucleares aire-aire y, sin que los norteamericanos se percataran, los soviéticos colocaron una batería de misiles nucleares a veinticinco kilómetros de la base de Guantánamo para hacerla pedazos si se daba el caso. La guerra estaba cada vez más cerca. En un último y desesperado esfuerzo, Robert Kennedy se reunió con el embajador Anatoli Dobrinin el sábado 27 de octubre y le dijo que Estados Unidos estaba a punto de atacar a no ser que los soviéticos se comprometieran de inmediato a cerrar sus bases en Cuba. A cambio prometió retirar los misiles Júpiter de Turquía en el plazo de cuatro o cinco meses, pero solo si los dirigentes soviéticos no revelaban públicamente ese acuerdo secreto. Mientras esperaba la respuesta con impaciencia, el presidente Kennedy, muy alterado, confesó a una joven compañera de cama: «Prefiero que mis hijos sean rojos a que estén muertos». Por suerte para todos, esta herejía se apartaba profundamente del punto de vista a la sazón más convencional de Eisenhower, que en cierta ocasión dijo al embajador británico que «prefería ser atomizado que convertirse al comunismo». Al irse a la cama, McNamara pensó que quizá no viviera para ver otra noche de sábado.[136] Afortunadamente, Kruschev, que en 1953 pasó varias noches sin dormir cuando por primera vez le informaron de las consecuencias de una guerra nuclear,[137] decidió que no merecía la pena guardar el tipo a costa de la vida de cientos de millones de personas. A la mañana siguiente, los soviéticos anunciaron su decisión de retirar los misiles de Cuba. En sus memorias, escritas en 1970, el mandatario soviético aseguraba que el

mensaje de Robert Kennedy al embajador Dobrinin había sido más desesperado de lo que habían dejado traslucir. «Aunque el propio presidente está en contra de iniciar una guerra por Cuba, podría desencadenarse una irreversible sucesión de acontecimientos en contra de su voluntad —había advertido— [...]. El presidente no está seguro de que, si la situación se prolonga mucho más, los militares no le depongan y tomen el poder. El Ejército americano podría llegar a estar fuera de control».[138]

La crisis había pasado. ¿O no? Aunque en todo el mundo la gente dio un profundo suspiro de alivio, en realidad la tensa situación se prolongó otras tres semanas. Kennedy exigió también a los soviéticos la retirada de sus bombarderos Il-28 de Cuba, sobre la base de que podían transportar armas nucleares, y que redujesen su personal militar en la isla a un máximo de tres mil personas. Para Kruschev, acceder a tales demandas era complicado porque los aviones habían pasado a pertenecer a Cuba. El 11 de noviembre, Kruschev hizo una oferta similar a la de Robert Kennedy a Dobrinin: dio su «palabra de caballero» de que retiraría los Il-28 al cabo de un tiempo.[139] Kennedy rechazó esta oferta de plano y exigió la retirada inmediata y su anuncio público. Estados Unidos estuvo en DEFCON 2 durante toda aquella dura prueba, escupiéndoles a la cara su debilidad a los soviéticos. La crisis concluyó por fin el 20 de noviembre, cuando los soviéticos accedieron a las demandas de Washington.



Kennedy reunido durante la crisis de los misiles con el Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional, EXCOMM.

Estados Unidos había estado a punto de invadir Cuba. Finalmente resultó que los mandatarios norteamericanos apenas tenían idea de lo que en tal caso se habrían encontrado. Los aviones de reconocimiento habían logrado fotografiar solo treinta y tres de cuarenta y dos misiles balísticos de alcance medio SS-4 y no encontraron cabezas nucleares, aunque también había. Tampoco habían localizado misiles de alcance intermedio SS-5, con una autonomía de más de tres mil kilómetros y capacidad para caer en casi todo el territorio continental de Estados Unidos. El Gobierno norteamericano ignoraba por completo el hecho de que los soviéticos habían emplazado aproximadamente cien armas nucleares tácticas en Cuba para repeler un posible desembarco.[140] Entre esas armas había ochenta misiles de crucero FKR armados con cabeza nuclear de doce kilotones, doce cohetes Luna tierra-tierra con cabeza nuclear de dos kilotones y seis bombas de doce kilotones para bombarderos Il-28 con una autonomía de mil doscientos kilómetros. Suponiendo que sus tropas se enfrentarían a cien mil soldados cubanos armados y a diez mil militares soviéticos, en caso de invasión, Estados Unidos preveía dieciocho mil bajas, con cuatro mil quinientos muertos. Cuando, más tarde, McNamara supo que el personal militar soviético contaba en realidad con cuarenta y tres mil efectivos y el Ejército cubano con doscientos cincuenta mil, elevó su cálculo de bajas y habló de veinticinco mil muertos. En 1992, es decir, treinta años después de la crisis, McNamara supo también que los soviéticos habían activado armas nucleares tácticas y que muy probablemente las habrían empleado contra sus invasores. Palideció y dijo que en esas circunstancias

habrían muerto cien mil norteamericanos y el gobierno habría respondido barriendo del mapa a Cuba con «elevado riesgo» de guerra nuclear contra los soviéticos. Habrían perecido cientos de millones de personas, quizá toda la humanidad. Hace poco se ha descubierto también que en la isla de Okinawa un gran contingente de misiles Mace con cabeza nuclear de 1,1 megatones y cazabombarderos F-100 armados con bombas de hidrógeno estaban preparados para intervenir. Y probablemente su objetivo no fuera la Unión Soviética, sino China.[141]

Como Daniel Ellsberg ha señalado certeramente, Kruschev cometió un error de proporciones épicas al no divulgar el hecho de que las cabezas nucleares estaban ya en Cuba antes del bloqueo y más tarde, y lo que es todavía más desconcertante, al no anunciar que también había desplegado misiles balísticos y tácticos de crucero. Al mantener en secreto estos hechos, había despreciado el efecto disuasorio de las armas nucleares. Si los dirigentes norteamericanos hubieran sabido que los misiles balísticos ya estaban equipados con su cabeza nuclear, habrían dudado si atacar y poner en marcha una operación disuasoria. De igual modo, de haber sabido que los cubanos disponían de misiles nucleares tácticos para utilizarlos contra los soldados desembarcados, es probable que hubieran renunciado a la invasión. De hecho, el Kremlin dio en un principio a los comandantes soviéticos de campo autoridad para lanzar los misiles tácticos según su criterio en caso de desembarco. Más tarde retiró esa autorización, pero eso no evitó el riesgo de un lanzamiento no autorizado. Aunque en otras circunstancias, este temible escenario de catastróficas consecuencias se parecía mucho al que Stanley Kubrick planteó prácticamente un año después en su obra maestra de la sátira *Teléfono rojo, ¿volamos hacia Moscú?*

Los generales norteamericanos recibieron con furia el final de la crisis porque había terminado sin un ataque a Cuba. Acusaron a Kennedy en varias ocasiones de cobardía por oponerse a sus recomendaciones. McNamara recordaba su acritud en la reunión que tuvieron con Kennedy el día después de que los soviéticos accedieran a retirar sus misiles: «El presidente llamó a los jefes a su despacho para darles las gracias por el apoyo prestado durante la crisis y se montó una escena de mil demonios. Curtis LeMay saltó y dijo: “Hemos perdido. ¡Tendríamos que entrar en guerra hoy mismo y acabar con ellos!”».[142] Kennedy veía las cosas de otra forma. En privado se jactaba de haberle «arrancado las pelotas» personalmente a Kruschev.[143] Kruschev fue vilipendiado por su exceso de moderación. Los chinos lo acusaron de cobardía por haberse plegado a las exigencias de Estados Unidos. Algunos altos cargos del Kremlin coincidían y dijeron que Kruschev se había «cagado en los pantalones».[144] Creyendo que la firme voluntad de Estados Unidos de ir a la guerra había obligado a los soviéticos a dar media vuelta con el rabo entre las piernas, muchos políticos norteamericanos opinaban que su superioridad de fuerzas bastaría también en otros lugares, incluido Vietnam. Los soviéticos extrajeron la conclusión opuesta: tomaron la decisión de no volver a humillarlos de esa manera ni forzarlos a capitular por pura debilidad y pusieron en marcha un ambicioso programa nuclear para alcanzar la paridad con Estados Unidos. Debilitado por la crisis, Kruschev se vería obligado a dimitir al año siguiente.

Consternado por lo cerca que había estado el mundo del holocausto nuclear, Kruschev escribió a Kennedy otra larga carta el 30 de octubre. «El mal nos ha deparado algún bien —decía—. Ese bien consiste en que ahora la gente ha sentido de manera más tangible el aliento de las llamas ardientes de la guerra termonuclear y se da perfecta cuenta de la amenaza que se cierne sobre ella si no detenemos la carrera armamentística». Daba por supuesto, además, que los norteamericanos sentían «la misma inquietud y ansiedad de otros pueblos ante la perspectiva de que en cualquier momento pudiera estallar un conflicto termonuclear». A la luz de ese temor, Kruschev lanzaba una serie de audaces propuestas para eliminar «todos los elementos de nuestra relación que pudieran generar una nueva crisis». Sugería un tratado de no agresión entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. Aun mejor, decía, ¿por qué no «desmantelar los bloques militares»? Deseaba emprender de inmediato la redacción de

un tratado que supusiera el cese de las pruebas nucleares… en la atmósfera, en el espacio, bajo el agua, bajo tierra. Supondría una transición hasta completar el desarme. Proponía, además, una fórmula para resolver la cuestión alemana, todavía más peligrosa: la aceptación formal de las dos Alemanias basándose en las fronteras existentes. Instaba a Estados Unidos a reconocer a China y a permitir que ocupara su legítimo lugar en las Naciones Unidas. Animaba a Kennedy a ofrecer propuestas propias para avanzar hacia una resolución pacífica de los problemas que amenazaban a la humanidad.[145] Pero la tibia respuesta de Kennedy y su insistencia en inspecciones adicionales antes de suscribir el tratado de prohibición de pruebas nucleares frustró al dirigente soviético.

Norman Cousins, director de *Saturday Review* y activista antinuclear, ayudó a romper el *impasse*. Kruschev le había invitado —Cousins asistía a menudo a las reuniones entre norteamericanos y soviéticos— a visitarlo en diciembre de 1962. Antes de viajar, Kennedy le pidió que hiciera cuanto pudiese por convencer a Kruschev de que era sincero cuando decía que deseaba mejorar las relaciones bilaterales y firmar el tratado de prohibición de pruebas. En una reunión que duró más de tres horas, Kruschev le dijo: «La paz es el objetivo más importante del mundo. Si no tenemos paz y empiezan a caer bombas nucleares, ¿qué importará que seamos comunistas, católicos, chinos, rusos o americanos? ¿Quién será capaz de diferenciar a unos de otros? ¿Quién quedará para poder diferenciarnos a unos de otros?».[146]

Kruschev confirmó su impaciencia por firmar cuanto antes el tratado de prohibición de pruebas y confiaba en que norteamericanos y soviéticos pudieran «acordar el tipo de inspección» que satisficiera a ambos bandos, sin que los primeros se sintieran engañados y los segundos, espiados.[147] Las perspectivas de firmar un tratado parecían buenas hasta que las negociaciones encontraron un escollo: Kennedy, bajo presiones de los halcones de Washington, dobló el número de inspecciones en suelo soviético. Con la esperanza de salvar el acuerdo, Cousins regresó a la URSS en abril de 1963 y mantuvo una entrevista de seis horas con el premier soviético. Kruschev le habló de las presiones de los halcones del Kremlin. Cuando Cousins estaba informando a Kennedy de las quejas de Kruschev, el presidente observó: «Una de las mayores ironías de toda esta situación es que el señor Kruschev y yo prácticamente ocupamos la misma posición política en el seno de nuestros gobiernos. A él le gustaría evitar una guerra nuclear, pero sufre las fuertes presiones de su ala dura, que interpreta como debilidad cada paso en esa dirección. Y yo tengo problemas muy similares».[148] Ese mes de abril, el subsecretario de Estado Averell Harriman, antiguo embajador en Moscú, habló también con Kruschev y luego telegrafió a Kennedy para decirle que el dirigente soviético «hablaba muy en serio y tenía verdadera intención de lograr la coexistencia pacífica».[149] Harriman y Kruschev interrumpieron sus reuniones para asistir en el Estadio Lenin a una reunión atlética entre un equipo soviético y un equipo *amateur* norteamericano. Cuando los atletas de ambas naciones que tan recientemente se habían visto al borde de la guerra nuclear desfilaron cogidos del brazo, la multitud se volvió loca de contento. Harriman y Kruschev se pusieron en pie en medio de una gran ovación. Harriman dijo luego que había visto que Kruschev tenía los ojos llenos de lágrimas.[150]

Tras sus dos visitas a Kruschev, Cousins informó a Kennedy de que el dirigente soviético era sincero al pedir un nuevo tipo de relación con Estados Unidos, pero que la falta de respuesta del presidente le dejaba un rastro de amargura. Kennedy preguntó a Cousins qué podía hacer para superar el punto muerto. Cousins le sugirió que pronunciara un discurso ofreciendo al pueblo ruso «una asociación totalmente nueva, pidiendo el fin de la Guerra Fría y que las relaciones entre los dos países empezaran de cero». Cousins le mandó incluso un borrador de dicho discurso y Ted Sorensen incorporó una gran parte a la histórica versión definitiva que Kennedy leyó en la apertura del año escolar de la American University.[151] Aunque más vacilante al principio que su homólogo soviético, Kennedy daba muestras de que también él estaba dispuesto a abordar una reestructuración fundamental de las relaciones entre los bloques capitalista y comunista.

Para Kennedy, Vietnam no era el sitio para dar un paso atrás en la política de confrontación, pero sabía que la situación era complicada. Entre los primeros cargos de la administración que cuestionaron la intervención en Vietnam se encontraba John Kenneth Galbraith, a la sazón embajador en la India. Tras leer un informe de Galbraith, a primeros de 1962 Kennedy dio instrucciones a Harriman y a Michael Forrestal, miembro de la plantilla del Consejo de Seguridad Nacional, de «aprovechar cualquier momento favorable para reducir nuestro nivel de compromiso». El Estado Mayor Conjunto rechazó con rotundidad las sugerencias de Galbraith. McNamara pidió al general Paul Harkins un plan para completar la instrucción de tropas sudvietnamitas y retirar las unidades norteamericanas hacia finales de 1965. Es importante darse cuenta de que, según los planes del secretario de Defensa, la retirada se produciría con victoria o sin ella. En su relato oral para la Oficina de la Secretaría de Defensa, declaró: «En mi opinión, debíamos formar esas tropas en la medida en que en efecto podíamos, pero, habiéndolo hecho, debíamos abandonar el país. Y si esas tropas bien entrenadas no podían solventar el problema, la subversión de Vietnam del Norte, no debíamos, en mi opinión, mandar a nuestro ejército en apoyo de los sudvietnamitas, aunque a estos les esperara "la derrota"».[152]

Kennedy manifestó dudas poco después. A finales de 1962 pidió al senador Mike Mansfield que visitase Vietnam para evaluar la situación. Mansfield regresó con una valoración muy pesimista y recomendó la retirada de las tropas. O'Donnell describe la reacción del presidente: «Al presidente la inesperada argumentación del senador le dejó tan perplejo que no pudo responder. Luego, comentando la conversación, me dijo: "Estaba enfadado con Mike por disentir tan completamente de nuestra política y estaba enfadado conmigo porque me di cuenta de que estaba de acuerdo con él"».[153] En abril de 1963, Kennedy dijo al periodista Charles Barlett: «No tenemos ninguna posibilidad en Vietnam. No tenemos ninguna posibilidad de imponernos en ese país. Esa gente nos odia. Antes o después nos vamos a tener que marchar con el rabo entre las piernas. Pero no puedo entregarles tanto territorio a los comunistas así sin más y pretender que el pueblo americano me reelija».[154]

McNamara, entretanto, empezó a presionar al reacio Estado Mayor en favor de un plan de retirada en varias fases. Kennedy dio su aprobación a ese plan en mayo de 1963. A finales de ese año había que retirar al primer millar de hombres. En septiembre Kennedy envió al secretario de Defensa y a Maxwell Taylor en un viaje de diez días por Vietnam para que pudieran sopesar la situación. El 2 de octubre recibió su informe. Pedía el comienzo de la retirada antes de terminar 1963 y el final para últimos de 1965. Kennedy insistió en que el comunicado de prensa incluyera dichas fechas y formalizó su compromiso en el NSAM 263, que firmó el 11 de octubre de 1963.[155]

El debate de las verdaderas intenciones de Kennedy en Vietnam a veces se ha tornado muy agrio. Las propias contradicciones del presidente y sus señales en sentidos opuestos han contribuido a la confusión. Evidentemente, Kennedy se encontraba bajo una presión enorme y en Vietnam era muy difícil cambiar el rumbo. El Estado Mayor Conjunto daba escalofriantes señales de que la pérdida de Vietnam del Sur se saldaría con el dominio comunista de todo el Sudeste Asiático, y de otras regiones, y pedía el envío de tropas de tierra. Kennedy hizo todo lo posible por convencer a los ciudadanos de que era esencial que Estados Unidos prevaleciera. En julio de 1963 dijo en rueda de prensa: «Para nosotros, retirarnos, abandonar ese esfuerzo, sería derrumbarnos no solo en Vietnam, sino en el Sudeste Asiático».[156] El hecho de que, al hablar de la retirada, la hiciera depender de llevarla a cabo de forma victoriosa alimenta también la opinión de que no tenía ninguna intención de cambiar de política.

Kennedy demostró su determinación de retirar las tropas de Vietnam con rotunda claridad en privado, en conversaciones con varios de sus confidentes y asesores más estrechos. Pero, por consideraciones políticas, decidió posponer la medida hasta pasadas las elecciones de 1964. En varios casos, dichas consideraciones convencieron también a sus amigos de que convenía aplazar todo

comentario hasta pasado el tiempo en que divulgar lo que sabían quizá habría contribuido a evitar la pesadilla posterior. Kennedy explicó a Kenneth O'Donnell los cálculos políticos de su a la postre lamentable táctica dilatoria: «Si intentase abandonar Vietnam ahora, nos veríamos ante un nuevo "pánico Joe McCarthy", pero puedo hacerlo después de la reelección».[157]

Entre quienes más tarde confirmaron las intenciones de Kennedy de retirarse de Vietnam se encontraban Robert Kennedy, Robert McNamara, Arthur Schlesinger, Jr., Ted Sorensen, Mike Mansfield, Tip O'Neill y el subsecretario de Estado Roger Hilsman. Cuando Daniel Ellsberg le entrevistó en 1967 antes de la Ofensiva del Tet y del cambio generalizado de la opinión pública respecto de la guerra, Robert Kennedy explicó que su hermano «había tomado la determinación de no mandar unidades de tierra». Ellsberg le preguntó a continuación si el presidente habría aceptado, como consecuencia de la retirada de las tropas, una derrota a manos de los comunistas y el antiguo fiscal general contestó: «Habríamos disfrazado todo el asunto. Habríamos conseguido un gobierno que nos pidiera que nos fuésemos, o que hubiera negociado con el otro bando. Habríamos hecho lo mismo que en Laos». Respondiendo a la pregunta de Ellsberg de por qué el presidente comprendía tan bien la situación cuando la mayoría de sus asesores estaban convencidos de que había que insistir en el problema de Vietnam, Robert Kennedy fue tan tajante que Ellsberg saltó de su asiento: «¡Porque habíamos estado allí! Estuvimos en Vietnam en 1951 y vimos lo que pasaba con los franceses. Con nuestros propios ojos. Y mi hermano tomó la determinación, la absoluta determinación, de que a nosotros nunca nos sucedería algo así».[158] El presidente Kennedy llegó a decirle a Wayne Morse, el más activo opositor a la guerra en el Congreso, que tenía «toda la razón» en sus críticas a la política del propio Kennedy en Vietnam. «He decidido salir de allí. ¡Definitivamente!», le aseguró.[159]

Kennedy nunca respondió de forma más elocuente a la petición de paz de Kruschev que en su discurso de junio de 1963 ante los alumnos y profesores de la American University. Con la ayuda de sus asesores redactó aquel discurso sin injerencias ni del Estado Mayor Conjunto, ni de la CIA, ni del Departamento de Estado. Quizá se trate del discurso más lúcido de todos los presidentes norteamericanos del siglo XX:

> He elegido [...] este momento y este lugar para hablar de un asunto sobre el que abunda la ignorancia y la verdad rara vez se comprende, y, sin embargo, es el asunto más importante que pueda existir: la paz mundial. ¿A qué tipo de paz me refiero? ¿A qué tipo de paz aspiramos? No a una Pax Americana impuesta por la fuerza en todo el mundo por medio de las armas americanas [...]. Estoy hablando de una paz genuina, de esa paz que hace que la vida merezca la pena, de esa paz que permite a ciudadanos y naciones crecer con la esperanza de que sus hijos van a tener una vida mejor; de una paz no solo para los americanos, sino de una paz para todos los hombres y mujeres; de una paz no solo para nuestro tiempo, sino de una paz para todos los tiempos. Hablo de paz por el nuevo rostro que ha adquirido la guerra. La guerra total no tiene sentido en una época en que las grandes potencias pueden contar con un número ingente de armas nucleares prácticamente invulnerables y prefieren recurrir a ellas antes que rendirse. No tiene sentido en unos momentos en que una sola bomba nuclear acumula tanta potencia explosiva como todas las bombas lanzadas por todas las fuerzas aéreas aliadas durante toda la Segunda Guerra Mundial multiplicadas por diez. No tiene sentido cuando los letales venenos que dejaría un conflicto atómico contaminarían el aire, el agua y la tierra y se dispersarían hasta el último confín del mundo y afectarían a las generaciones venideras [...]. Segundo: vamos a reexaminar nuestra actitud con la Unión Soviética [...]; es triste [...] comprobar las dimensiones del abismo que nos separa. Pero hay también [...] una advertencia al pueblo americano para que no vea solo [...] una imagen distorsionada y pésima del otro bando, para que no vea solo el conflicto como algo inevitable, los acuerdos como algo imposible y la comunicación como poco más que un intercambio de amenazas [...]. Si volviera a estallar una guerra total [...] todo lo que hemos construido, todo por lo que nos hemos esforzado, quedaría destruido en las primeras veinticuatro horas [...]. En resumen, tanto Estados Unidos y sus aliados como la Unión Soviética y sus aliados tienen un gran y mutuo interés en lograr una paz justa y genuina y en detener la carrera armamentística [...]. Y si ahora no podemos solventar nuestras diferencias definitivamente, al menos podemos contribuir a que el mundo sea un lugar seguro en toda su diversidad. Porque, al final, apenas compartimos lazos más básicos que el hecho de que todos habitamos el mismo planeta, todos respiramos el mismo aire, a todos nos preocupa el futuro de nuestros hijos y todos somos mortales. Tercero: vamos a reexaminar nuestra actitud en la Guerra Fría [...]; nosotros también debemos cumplir con nuestro deber en la construcción de un mundo de paz donde los débiles estén seguros y los fuertes sean justos. No es una tarea imposible, y tampoco carecemos de esperanzas de que llegue a buen puerto. Con confianza y sin miedo, trabajamos... no en pos de una

estrategia de aniquilación, sino por una estrategia de paz.[160]



La respuesta más rotunda de Kennedy a las veladas iniciativas de paz de Kruschev fue su extraordinario discurso de apertura del curso académico de la American University en 1963. Junto con sus más estrechos colaboradores lo redactó sin la menor injerencia de la CIA, el Departamento de Estado o el Estado Mayor Conjunto.

McNamara estaba convencido de que Kennedy estaba a punto de cambiar el rumbo de la historia. El secretario de Defensa comentó a un periodista que le hizo una entrevista: «En el discurso de la American University, Kennedy reveló sus intenciones con toda claridad. De haber vivido, el mundo habría sido distinto. Estoy convencido de ello».[161]

En ningún sitio fue este discurso más apreciado y difundido que en la Unión Soviética. A Kruschev le pareció el mejor de cualquier presidente norteamericano desde Roosevelt. Alentado por él, respaldó públicamente la firma de un tratado de prohibición de pruebas nucleares en la atmósfera para el próximo encuentro internacional.[162] El 25 de julio, representantes soviéticos, norteamericanos y británicos pusieron en marcha el histórico tratado. Fue el primer acuerdo de control de armas nucleares de la historia.

Su aprobación por el Senado norteamericano, sin embargo, quedaba lejos. El Estado Mayor Conjunto sostuvo en abril de 1963 que «solo mediante un enérgico programa de pruebas en todos los entornos puede Estados Unidos lograr o mantener la superioridad en todas las áreas de la tecnología de armas nucleares».[163] La opinión pública parecía de acuerdo. Quince de cada dieciséis cartas que llegaban al Congreso estaban en contra del tratado.

Kennedy temía un futuro de enorme proliferación de las armas nucleares. Previó «la posibilidad de que [...] en los años setenta Estados Unidos tuviera que hacer frente a un mundo en el que quince, veinte o veinticinco naciones contaran con esas armas. Y ese me parece —comentó ante unos periodistas en una rueda de prensa en el mes de marzo— el mayor peligro al que podamos enfrentarnos».[164] Con el fin de evitar esa eventualidad, luchó hasta la extenuación por aprobar el nuevo tratado, y aseguró a sus ayudantes que renunciaría «de buena gana» a la reelección si era el precio que había que pagar por la aprobación del acuerdo.[165]

Sus esfuerzos fueron recompensados. El Senado aprobó el Tratado de Prohibición Parcial de Pruebas Nucleares el 24 de septiembre por ochenta votos a favor y diecinueve en contra. Ted Sorensen opinaba que «fue la victoria de la Casa Blanca de la que más satisfecho se sintió Kennedy».[166] El tratado fue ratificado el 7 de octubre de 1963, día del setenta y cinco cumpleaños de Henry Wallace. En reconocimiento a este logro monumental, los directores de *Bulletin of the Atomic Scientists* atrasaron las agujas del Reloj del Juicio Final hasta doce minutos antes de la medianoche.

Kennedy quería acabar con todas las fuentes de tensión importantes que desde hacía tiempo enfrentaban a Estados Unidos y la Unión Soviética. Andréi Gromiko, ministro de Exteriores soviético, visitó Nueva York en septiembre para asistir a las reuniones de la Asamblea General de la ONU y Dean Rusk se acercó a verlo. Gromiko recordaría tiempo después:

> —El presidente quiere encontrar la manera de reducir las tensiones y mejorar las relaciones con la URSS —me dijo y prosiguió—: ¿Qué le parece si damos un paseo por la ciudad mientras hablamos?
>
> Comprendí que se trataba de algo importante y, por supuesto, acepté.
>
> Salimos de Nueva York y, allí, Rusk me trasladó el mensaje del presidente: «Kennedy está pensando en reducir el número de tropas estadounidenses en Europa».
>
> Hablamos del asunto mientras paseábamos por la acera.
>
> Me dio la impresión de que, por fin, el sentido común se había impuesto en las altas instancias de Washington. El asunto había estado presente, literal o tácitamente, en casi todas las cumbres Estados Unidos-Unión Soviética desde la guerra y siempre que se discutía la política de la OTAN y la remilitarización de Alemania Occidental. Para nosotros, las tropas y las bases norteamericanas en Europa representaban un obstáculo para la paz. La idea de Kennedy, por tanto, captó nuestra atención.
>
> Le comenté a Kruschev lo que me había dicho Rusk.
>
> —Si el presidente tiene fuerza política suficiente para poner en práctica su idea —dijo—, hará algo grande por Europa, por el mundo y por Estados Unidos. En fin, habrá que esperar a ver.
>
> Por desgracia, el presidente tenía los días contados.[167]

En la creencia de que Kruschev y él podían poner fin a la Guerra Fría, Kennedy les confesó a dos amigos que tenía intención de firmar otro tratado de control de armas y luego convertirse en el primer presidente norteamericano en visitar la Unión Soviética. El pueblo soviético, estaba convencido, le acogería como a un héroe.

Kennedy llegó incluso a anunciar que estaba dispuesto a cancelar la carrera espacial con la Unión Soviética para sustituir competición por cooperación. Era otro cambio de rumbo asombroso. En la campaña electoral de 1960 había señalado que los triunfos soviéticos en el espacio habían restado importancia a Estados Unidos en el extranjero:

> Los ciudadanos del mundo respetan los logros. Durante la mayor parte del siglo XX han admirado la ciencia y la cultura norteamericanas porque estaban a la altura de cualesquiera otras. Pero ya no saben qué nos deparará el futuro. El primer vehículo lanzado al espacio fue el *Sputnik*, no el *Vanguard*. El primer país en colocar su enseña nacional en la Luna fue la Unión Soviética, no Estados Unidos. Los primeros pasajeros caninos que viajaron al espacio y volvieron sanos y salvos se llamaban *Strelka* y *Belka*, no *Rover* o *Fido*, ni siquiera *Checkers*.[168]

Los soviéticos cosecharon frutos políticos imprevistos de sus victorias espaciales. El 12 de abril de 1961, cinco días antes de la invasión de la bahía de Cochinos, el cosmonauta soviético Yuri Gagarin se convirtió en el primer humano en orbitar alrededor de la Tierra. Al pasar sobre África mandó un saludo a los nativos que luchaban contra el colonialismo. El vuelo suborbital de Alan Shepard tres semanas después pareció un logro menor en comparación. Después de ambas misiones, el 40 por ciento de los ciudadanos de Europa Occidental creían que los soviéticos iban por delante de los estadounidenses en avances científicos y potencial militar. Preocupado por el prestigio norteamericano, Kennedy convocó una sesión conjunta de ambas cámaras, cosa que era muy rara, y anunció: «Para ganar la batalla [...] entre la libertad y la tiranía [...], esta nación debería comprometerse a alcanzar, antes del final de esta década, el objetivo de hacer llegar un hombre a la Luna y lograr que vuelva a la Tierra sano y salvo».[169] Prácticamente un año después, en febrero de 1962, John Glenn se convirtió en el primer norteamericano en orbitar alrededor de la Tierra. Aunque su vuelo, en el que dio tres vueltas al planeta, casi acabó en desastre, los estadounidenses recobraron

el orgullo. En agosto, sin embargo, los soviéticos lanzaron el *Vostok III*, que dio diecisiete vueltas a la Tierra y al que al día siguiente se unió el *Vostok IV*. En junio de 1963 captaron la atención del mundo entero con una misión de una semana de duración en la que participó Valentina Tereshkova, la primera mujer que viajó al espacio.

Kennedy se había jugado el prestigio del país y el suyo a la victoria por poner a un hombre en la Luna y su cambio súbito de parecer en septiembre de 1963 pilló a todo el mundo por sorpresa.

> Finalmente, en un campo en que Estados Unidos y la Unión Soviética tienen singular capacidad, el espacio, hay posibilidades de cooperar, para aunar esfuerzos en la regulación y exploración del espacio. Entre dichas posibilidades incluyo una expedición conjunta a la Luna. En el espacio no hay problemas de soberanía. Por resolución de esta Asamblea, los miembros de las Naciones Unidas han vetado toda reclamación de derechos territoriales del espacio exterior o de los cuerpos celestes y declarado que se aplicará la legislación internacional y la Carta de las Naciones Unidas. ¿Por qué, por tanto, iba a ser el primer vuelo de un hombre a la Luna materia para una competencia nacional? ¿Por qué, en los preparativos de dichas expediciones, iban Estados Unidos y la Unión Soviética a tener que duplicar investigaciones, construcción y gastos? Sin duda haríamos bien en estudiar si los científicos y astronautas de nuestros dos países, en realidad, de todo el mundo, no podrían colaborar en la conquista del espacio, para mandar a la Luna en esta década no a los representantes de una sola nación, sino a los representantes de todas.[170]

Durante las últimas, y decisivas, semanas de su vida, Kennedy contempló incluso un cambio de política con Fidel Castro, una relación en la que personalmente había invertido mucho y en la que todas sus iniciativas fueron una y otra vez descaminadas. Pero al igual que en Vietnam seguía aferrándose a la esperanza de la victoria mientras daba pasos hacia la retirada de las tropas, en Cuba dio su aprobación a una nueva campaña de sabotaje de la CIA mientras confiaba en reconciliarse con Castro y ganarse su amistad. Su ambivalencia con el dirigente cubano representa, a pequeña escalas su ambivalencia con toda Latinoamérica, donde hablaba de reformas y democracia al tiempo que seguía prestando ayuda a dictadores represivos y, por ejemplo, apoyaba el golpe militar de Guatemala en marzo de 1963.

Pero incluso con Latinoamérica daba en 1963 señales de estarse replanteando la política oficial. En abril de 1963, Lisa Howard, corresponsal de ABC News, entrevistó a Castro y el dictador manifestó su deseo de normalizar relaciones si Estados Unidos estaba interesado en hacerlo. Los servicios de inteligencia sabían que Castro estaba algo decepcionado con la URSS tras la capitulación durante la crisis de los misiles y deseaba depender menos de su aliado. En septiembre de 1963, Kennedy pidió al periodista y diplomático William Attwood que estudiase con los dirigentes cubanos la posibilidad de un acercamiento. Aunque el embajador de las Naciones Unidas, Adlai Stevenson, dio a Attwood autorización para «establecer un contacto discreto» con Carlos Lechuga, el embajador de Cuba, para ver si era posible dialogar con Castro, añadió, con frustración: «La CIA sigue encargándose de Cuba»; así que no cabía que la iniciativa llegara demasiado lejos.[171]

Attwood y Lechuga mantuvieron varias y productivas conversaciones, pero cuando Attwood pidió una reunión con Castro, Lechuga la rechazó aduciendo que «en esos momentos» no resultaría productiva. Kennedy probó otra vía. El periodista francés Jean Daniel, viejo amigo de Attwood, estaba a punto de viajar a Cuba para entrevistar a Castro. Attwood consiguió que viera a Kennedy antes de su viaje y, durante la entrevista, Kennedy ofreció un retrato extraordinariamente comprensivo de la Revolución cubana:

> No creo que haya país en el mundo, incluidas todas las regiones africanas, incluidos todos los países bajo dominio colonial, donde la colonización económica, la humillación y la explotación fueran peores que en Cuba, cuyos males se debían en parte a las políticas de mi país durante el régimen de Batista [...]. Apruebo la proclamación de Fidel Castro en Sierra Maestra, donde con toda razón pidió justicia y, en especial, que Cuba se librase de la corrupción. Y voy más allá: hasta cierto punto es como si Batista encarnara varios pecados de Estados Unidos. Vamos a tener que pagar por esos

pecados. En el asunto del régimen de Batista, estoy de acuerdo con los primeros revolucionarios cubanos. Eso está totalmente claro.[172]

Jean Daniel pasó tres semanas en Cuba, pero sus esfuerzos por ver a Castro no dieron ningún fruto. Cuando estaba a punto de marcharse, Castro se presentó inesperadamente en su hotel. Estuvieron seis horas hablando y Castro quiso oír todos los detalles de la entrevista con Kennedy. Aunque Castro criticó tanto la conducta de Kennedy como Kennedy había criticado la de Castro, también él confiaba en el cambio. Dos días antes del asesinato de Kennedy, declaró:

> No puedo evitar la esperanza de que aparezca en Norteamérica un nuevo líder (¿por qué no Kennedy? ¡Tiene muchas cosas a su favor!) dispuesto a abrazar la impopularidad, a enfrentarse a los *trusts*, a decir la verdad y, lo más importante, a permitir que varias naciones actúen como crean conveniente. Kennedy podría ser ese hombre. Todavía tiene posibilidades de convertirse, a ojos de la historia, en el mayor presidente de Estados Unidos, en el líder que puede por fin comprender que capitalistas y socialistas pueden coexistir, incluso en América. En tal caso se convertiría en un presidente aún más grande que Lincoln.[173]

En poco más de un año desde que terminó la crisis de los misiles, Jack Kennedy, el viejo *cold warrior*, había experimentado una apreciable transformación. Nikita Kruschev y él habían dado pasos suficientes para aflojar las tensiones de la Guerra Fría, algo que en octubre de 1962, o en cualquier momento de los dieciséis años anteriores, parecía inconcebible. Los dos se habían hecho enemigos prestos a abalanzarse sobre ellos. El 7 de noviembre de 1963, Nelson Rockefeller, gobernador de Nueva York, había anunciado públicamente que se presentaba a las presidenciales por el Partido Republicano. Las dos semanas siguientes lanzó un ataque sin tregua a todas las políticas de Kennedy. El presidente, acusó, era blando con los comunistas. Era lo bastante ingenuo para creer que los dirigentes soviéticos serían «razonables, [estarían] dispuestos al compromiso y deseosos de llegar a un pacto importante con Occidente». Como consecuencia de ello, siguió Rockefeller, «los cimientos de la sociedad norteamericana» se habían «debilitado». Kennedy no había detenido la agresión comunista en Laos; tampoco había proporcionado apoyo aéreo en la bahía de Cochinos y contempló «de brazos cruzados la construcción del Muro de Berlín». Más tarde, el Tratado de Prohibición Parcial de Pruebas Nucleares causó «profunda consternación» entre los aliados europeos de Estados Unidos.[174]

Pero la furia de Rockefeller no podía ni compararse con la de la CIA y el Estado Mayor Conjunto, a los que Kennedy había provocado sistemáticamente desde los primeros días de legislatura. En el verano de 1962, Kennedy leyó un ejemplar de muestra de la novela *Siete días de mayo*, de Fletcher Knebel y Charles Bailey, que pronto se convertiría en un superventas, que trata de un golpe militar ocurrido en Estados Unidos. A Knebel se le ocurrió la idea tras entrevistar al general Curtis LeMay. Kennedy le dijo a un amigo:

> Es posible. Podría pasar en este país [...]. Si, por ejemplo, el país tuviera un presidente joven, y el presidente se tuviera que enfrentar a una bahía de Cochinos, se produciría cierta inquietud. Puede que los generales le criticaran un poco a sus espaldas, pero se hablaría de ello como de la típica incomodidad de los militares ante el control civil. Luego, si se produjera otra bahía de Cochinos, el país reaccionaría: «¡Es demasiado joven! ¡Tiene muy poca experiencia!». Los generales pensarían que casi por obligación patriótica debían estar preparados para preservar la integridad de la nación, y sabe Dios qué segmento de la democracia querrían defender si optaban por echar abajo al *establishment*. Luego, si se produjera una tercera bahía de Cochinos, podría ocurrir.[175]

Para algunos líderes de la comunidad militar y de los servicios de inteligencia, Kennedy era

culpable de más de tres traiciones: era culpable de no apoyar lo suficiente la operación de la bahía de Cochinos, de restarle poder a la CIA y de despedir a sus jefes, de evitar mayor intervención y de optar por una solución neutral en Laos, de firmar el tratado de restricción parcial de pruebas nucleares, de los planes de retirada de Vietnam, de flirtear con el final de la Guerra Fría, el abandono de la carrera espacial, alentar el nacionalismo en el tercer mundo y, lo que tal vez fuera más condenable, de aceptar una solución negociada en la crisis de los misiles cubanos.

El 22 de noviembre de 1963, antes de que el joven presidente tuviera oportunidad de hacer realidad los sueños de reforma del mundo que Kruschev y él habían compartido, las balas de uno o más asesinos le mataron en las calles de Dallas. Es posible que nunca sepamos quién fue el responsable o por qué motivo lo asesinaron. La Comisión Warren llegó a la conclusión de que Lee Harvey Oswald fue el único asesino. John McCloy, uno de sus miembros, insistió en que las conclusiones fueran unánimes por mucho que cuatro de sus siete componentes —Richard Russell, Hale Boggs, John Sherman Cooper y el propio McCoy— albergaban serias dudas sobre las teorías del francotirador solitario y la bala mágica. Lyndon Johnson, el gobernador John Connally, que también resultó herido en el atentado, y Robert Kennedy pusieron igualmente en duda la investigación. A la opinión pública el informe final le pareció poco convincente.

Lo que sí sabemos es que Kennedy tenía muchos enemigos que deploraban el cambio y el progreso tanto como quienes impidieron el ascenso de Henry Wallace en 1944 en un momento en que intentaba liderar a Estados Unidos y al mundo por un sendero de paz y prosperidad. Kennedy desafió con valentía las poderosas fuerzas que habrían empujado a Estados Unidos a una guerra con la Unión Soviética. Kruschev, por su parte, tuvo tanto o más valor que él. Las generaciones futuras deben mucho, quizá su propia existencia, al hecho de que aquellos dos hombres se asomasen al abismo y, al verlo, dieran un paso atrás. Y tienen una deuda muy especial con el desconocido capitán de un submarino soviético que solo y sin ayuda impidió una guerra nuclear. En su discurso de investidura, Kennedy dijo que la antorcha estaba en manos de una nueva generación. Con su muerte, la antorcha volvió a manos de la vieja generación: la de Johnson, Nixon, Ford y Reagan, dirigentes que, aunque no mucho mayores que Kennedy, destruirían sistemáticamente sus prometedores años de gobierno y devolverían a Estados Unidos a la guerra y la represión.

[1] «Shedding New Light on the Stalin Regime», *The Manchester Guardian*, 17 de marzo de 1956.

[2] Gerald J. DeGroot, *Dark Side of the Moon: The Magnificent Madness of the American Lunar Quest*, New York University Press, Nueva York, 2006, pp. 64, 67-68.

[3]*Ibid*., p. 69.

[4] Martin Walker, *The Cold War: A History*, Macmillan, Nueva York, 1995, p. 114.

[5] Lloyd C. Gardner, «The Dulles Years: 1953-1959», en *From Colony to Empire*, William Appleman Williams (ed.), John Wiley & Sons, Nueva York, 1972, p. 418.

[6] DeGroot, *Dark Side of the* Moon, p. 73.

[7] «Science: Sputnik's Week», *Time*, 21 de octubre de 1957, p. 51.

[8] Fred Kaplan, *The Wizards of Armageddon*, 1983; reimpresión; Stanford University Press, Stanford (California), 1991, p. 135.

[9] Mathew Brzezinski, *Red Moon Rising: Sputnik and the Hidden Rivalries that Ignited the Space Age,* Macmillan, Nueva York, p. 180.

[10] David Halberstam, *The Fifties,* Villard, Nueva York, 1993, p. 621.

[11] «Khrushchev Speakson Economic and Technical Progress», *Bulletin of the Atomic Scientists*, diciembre de 1957, p. 360.

[12] Dwight D. Eisenhower, *Public Papers of the President of the United States: Dwight D. Eisenhower*, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1961, pp. 789-792.

[13] William J. Broad, «U. S. Planned Nuclear Blast on the Moon, Physicist Says», *The New York Times*, 16 de mayo de 2000.

[14] Keay Davidson y Carl Sagan, *Carl Sagan: A Life,* John Wiley & Sons, Nueva York, 1999, p. 86.

[15] Special National Intelligence Estimate Number 11-10-57, «The Soviet ICBM Program», 10 de diciembre de 1957, National Security Archive, Digital Collection, Soviet Estimate, p. 2.

[16] Richard Rhodes, *Arsenals of Folly: The Making of the Nuclear Arms Race*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2007, p. 109.

[17] Chalmers M. Roberts, «Enormous Arms Outlay Is Held Vital to Survival», *The Washington Post*, 20 de diciembre de 1957.

[18] DeGroot, *Dark Side of the Moon*, p. 69.

[19] Joseph Alsop, «Matter of Fact: Untruths on Defense», *The Washington Post*, 1 de agosto de 1958.

[20] John G. Norris, «Power Shifts to Soviet, Kennedy Warns», *The Washington Post*, 15 de agosto de 1958.

[21] Michael S. Sherry, *The Rise of American Air Power: The Creation of Armageddon*, Yale University Press, New Haven

(Connecticut), 1987, p. 218.
[22] Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2007, pp. 162-163.
[23] «Texts of Appeal by Noted Scientists for Abolition of War», *The New York Times*, 10 de julio de 1955.
[24] Otto Nathan y Heinz Norden (eds.), *Einstein on Peace*, Schocken Books, Nueva York, 1960, pp 681.
[25] «Policies Averted 3 Wars, Dulles Quoted as Saying», *The New York Times*, 12 de enero de 1956.
[26] William S. White, «Rayburn Assails Stand by Dulles», *The New York Times*, 12 de enero de 1956.
[27] «Dulles Risking U.S. Safety, Adlai Charges», *The Washington Post*, 15 de enero de 1956; Richard J. H. Johnston, «Stevenson Bids President Repudiate or Oust Dulles», *The New York Times*, 18 de enero de 1956.
[28] Chalmers M. Roberts, «Political Pot-Shots Beset Dulles», *The Washington Post*, 17 de enero de 1956.
[29] «Protest to Ike over Dulles' Step to the Brink», *The Chicago Tribune*, 29 de enero de 1956.
[30] John Lewis Gaddis, «The Unexpected John Foster Dulles: Nuclear Weapons, Communism, and the Russians», en *John Foster Dulles and the Diplomacy of the Cold War*, Richard H. Immerman (ed.), Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1990, pp. 53-58.
[31] «What the President Saw: A Nation Coming into Its Own», *Time*, 29 de julio de 1985, p. 50.
[32] Warren Unna, «Atoms and Politics», *The Washington Post*, 10 de octubre de 1956; Bradford Jacobs, «Stevenson», *The Baltimore Sun*, 27 de octubre de 1956.
[33] Bradford Jacobs, «Democrat Again Urges Testing Ban», *The Baltimore Sun*, 16 de octubre de 1956.
[34] Henry R. Lieberman, «Nehru Again Asks End of Bomb Tests», *The New York Times*, 18 de mayo de 1957.
[35] «Focus on Atoms», *The New York Times*, 19 de mayo de 1957.
[36] Lawrence S. Wittner, *Resisting the Bomb: A History of the World Nuclear Disarmament Movement, 1954-1970*, Stanford University Press, Stanford (California), 1997, pp. 52-53.
[37]*Ibid*., pp. 35-36.
[38] Warren Unna, «Libby Believes Man Can Tap Energy Sealed in Mountain by A-Bomb Blast», *The Washington Post*, 3 de diciembre de 1957.
[39] Richard G. Hewlett y Jack M. Holl, *Atoms for Peace and War, 1953-1961: Eisenhower and the Atomic Energy Commission*, University of California Press, Berkeley, 1989, p. 529.
[40] Gladwin Hill, «A.E.C. Considers Deep A-Blasting for Oil and Ore», *The New York Times*, 14 de marzo de 1958.
[41] «Underground Atom Blast Planned for U.S. for 1961», *The New York Times*, 17 de marzo de 1960.
[42] «"Plowshare" Seeks Uses for H-Bomb Explosions», *The Washington Post*, 23 de agosto de 1959.
[43] «Excerpts from Message by Schweitzer», *The New York Times*, 24 de abril de 1957; «Schweitzer Urges World Opinion to Demand End of Nuclear Tests», *The New York Times*, 24 de abril de 1957.
[44] «Focus on Atoms», *The New York Times*, 19 de mayo de 1957.
[45] George Gallup, «Public Favors H-Tests' Halt, If», *The Washington Post*, 19 de mayo de 1957.
[46] Earle P. Brown, «The Facing of Certain Death», *The Washington Post*, 28 de julio de 1957.
[47] Gerard J. De Groot, *The Bomb: A Life*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2005, p. 211.
[48] Bosley Crowther, «Screen: On the Beach», *The New York Times*, 18 de diciembre de 1959.
[49] Spencer R. Weart, *Nuclear Fear: A History of Images*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1988, pp. 218-219.
[50] Kenneth D. Rose, *One Nation Underground: The Fallout Shelter in American Culture*, New York University Press, Nueva York, 2001, p. 43.
[51] Rhodes, *Arsenals of Folly*, p. 101.
[52] Robert S. Norris y William M. Arkin, «Estimated U.S. and Soviet/Russian Nuclear Stockpiles, 1945–94», *Bulletin of the Atomic Scientists*, noviembre-diciembre de 1994, pp. 58-59; Robert S. Norris y William M. Arkin, «Global Nuclear Stockpiles, 1945-2006», *Bulletin of the Atomic Scientists*, julio-agosto de 2006, p. 66.
[53] Daniel Ellsberg, conversación personal con Peter Kuznick.
[54] David A. Rosenberg, «The Origins of Overkill: Nuclear Weapons and American Strategy, 1945-1960», *International Security*, nº 7 (primavera de 1983), p. 8.
[55] Daniel Ellsberg, *Secrets: A Memoir of Vietnam and the Pentagon Papers*, Viking, Nueva York, 2002, pp. 58-59.
[56] David Talbot, *Brothers: The Hidden History of the Kennedy Years*, Free Press, Nueva York, 2007, p. 36.
[57] W. H. Lawrence, «President Describes Nixon Role in Administration's Decisions», *The New York Times*, 25 de agosto de 1960.
[58] Charles J. G. Griffin, «New Light on Eisenhower's Farewell Address», *Presidential Studies Quarterly*, nº 22 (verano de 1992), p. 472.
[59] Milton Leitenberg, conversación con Peter Kuznick, diciembre de 2010.
[60] «Text of Eisenhower's Farewell Address», *The New York Times*, 18 de enero de 1961.
[61] Walter Lippmann, «Today and Tomorrow: Eisenhower's Farewell Warning», *The Washington Post*, 19 de enero de 1961.
[62] Griffin, «New Light on Eisenhower's Farewell Address», p. 475.
[63] Jack Raymond, «The "Military-Industrial Complex": An Analysis», *The New York Times*, 22 de enero de 1961.
[64] Talbot, *Brothers*, pp. 35-36.
[65] Desmond Ball, *Politics and Force Levels: The Strategic Missile Program of the Kennedy Administration*, University of California Press, Berkeley, 1980, pp. 18-19.
[66] Christopher A. Preble, «Who Ever Believed in the "Missile Gap"?: John F. Kennedy and the Politics of National Security», *Presidential Studies Quarterly*, nº 33 (diciembre de 2003), pp. 805-806.
[67] «Text of President Kennedy's Inaugural Address», *The Washington Post*, 21 de enero de 1961.
[68] David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Random House, Nueva York, 1972, p. 60.

[69] Kenneth P. O'Donnell y David F. Powers, *«Johnny, We Hardly Knew Ye»: Memories of John Fitzgerald Kennedy*, Little, Brown, Boston, 1970, p. 14.

[70] Talbot, *Brothers*, p. 45.

[71] Ídem, pp. 50-51.

[72] «Curtains for Now in Cuba», *The Chicago Tribune*, 22 de abril de 1961.

[73] «The Collapse in Cuba», *The Wall Street Journal*, 21 de abril de 1961.

[74] «A Policy on Cuba», *The New York Times*, 27 de abril de 1961.

[75] Douglas Brinkley, *Dean Acheson: The Cold War Years*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1994, p. 127; Jim Heath, *Decade of Disillusionment: The Kennedy-Johnson Years*, Indiana University Press, Bloomington (Indiana), 1975, p. 83.

[76] Halberstam, *The Best and the Brightest*, p. 69.

[77] «Kennedy's Address», *The Baltimore Sun*, 21 de abril de 1961.

[78] Jack Raymond, «Gore Would Oust the Joint Chiefs», *The New York Times*, 20 de mayo de 1961; «C.I.A. Under the Microscope», *The New York Times*, 9 de mayo de 1961.

[79] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1965, p. 292. [*Los mil días de Kennedy*, Barcelona, Aymá, 1966].

[80]*Ibid*., p. 258.

[81] Benjamin C. Bradlee, *Conversations with Kennedy*, W. W. Norton, Nueva York, 1975, p. 122.

[82] Talbot, *Brothers*, pp. 50-51.

[83] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 180.

[84]*Ibid*., pp. 178-179.

[85] Talbot, *Brothers*, p. 51.

[86] W. J. Rorabaugh, *Kennedy and the Promise of the Sixties*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002, p. 24.

[87] Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 391.

[88] T. Christopher Jespersen (ed.), *Interviews with George F. Kennan*, University Press of Mississippi, Jackson, 2002, p. 88.

[89] Halberstam, *The Best and the Brightest*, p. 76.

[90] Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Hill and Wang, Nueva York, 2007, pp. 163-164.

[91] Kaplan, *The Wizards of Armageddon*, p. 297.

[92] Heather A. Purcell y James K. Galbraith, «Did the U.S. Military Plan a Nuclear First Strike for 1963?», *American Prospect*, nº 19 (otoño de 1994), pp. 88-96.

[93] Dean Rusk, *As I Saw It*, W. W. Norton, Nueva York, 1990, pp. 246-247.

[94] Roger Hilsman, *From Nuclear Military Strategy to a World Without War: A History and Proposal*, Praeger, Nueva York, 1999, p. 52.

[95] «Text of Kennedy Appeal to Nation for Increases in Spending and Armed Forces», *The New York Times*, 26 de julio de 1961.

[96] James Carroll, *An American Requiem: God, My Father, and the War That Came Between Us*, Houghton Mifflin, Boston, 1996, pp. 82-83.

[97] Michael R. Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev 1960–1963*, Edward Burlingame Books, Nueva York, 1991, p. 278.

[98] Shane J. Maddock, *Nuclear Apartheid: The Quest for American Atomic Supremacy from World War II to the Present*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2010, p. 131.

[99]*Ibid*., pp. 162-163.

[100] «Fallout Defense Seen in "Deplorable Shape"», *The Washington Post*, 29 de marzo de 1960.

[101] «Fire Wrecks Libby's Bel Air Fallout Shelter», *The Washington Post*, 10 de noviembre de 1961.

[102] Rose, *One Nation Underground*, p. 190; «Atom Shelter Builders Finding Business Poor», *Los Angeles Times*, 4 de junio de 1961.

[103] Rose, *One Nation Underground*, pp. 97, 94.

[104] L. C. McHugh, «Ethics at the Shelter Doorway», *America*, 30 de septiembre de 1961, p. 826.

[105] Louis Cassels, «Private A-Shelters Held "Unjust" by Bishop Dunn», *The Washington Post*, 14 de octubre de 1961.

[106] Rose, *One Nation Underground*, p. 98.

[107] Arthur Gelb, «Political Satire Invades Capital», *The New York Times*, 30 de enero de 1962; Emma Harrison, «Priest Unmoved on Shelter View», *The New York Times*, 22 de noviembre de 1961.

[108] «U.S. Bares Atomic Might», *The Chicago Tribune*, 22 de octubre de 1961; Beschloss, *The Crisis Years*, p. 331.

[109] Estados Unidos contaba con un Titán y sesenta y dos Atlas el 31 de diciembre de 1961, según el informe del SAC «Alert Operations and the Strategic Air Command, 1957-1991», del 7 de diciembre de 1991.

[110] Roy F. Houchin, *US Hypersonic Research and Development: The Rise and Fall of Dyna-Soar, 1944-1963*, Routledge, Nueva York, 2006, p. 140; Robert S. Norris y William M. Arkin, «Global Nuclear Stockpiles, 1945-2006», *Bulletin of the Atomic Scientists*, julio-agosto de 2006, p. 66.

[111] Kaplan, *The Wizards of Armageddon*, p. 246.

[112]*Ibid*., pp. 254-257.

[113] James G. Blight y Philip Brenner, *Sad & Luminous Days: Cuba's Struggle with the Superpowers after the Missile Crisis*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2002, p. 8.

[114]*Ibid*.

[115] Gregg Herken, *Counsels of War*, Oxford University Press, Nueva York, 1987, p. 37.

[116] Allan M. Winkler, *Life Under a Cloud: American Anxiety About the Atom*, Oxford University Press, Nueva York, 1993, p.

175.

[117] Talbot, Brothers, p. 95.

[118] Weiner, *Legacy of Ashes*, pp. 184-185.

[119] «Justification for U.S. Military Intervention in Cuba», 13 de marzo de 1962, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/news/20010430/doc1.pdf*.

[120] John F. Kennedy, «Remarks of Senator John F. Kennedy at the Fourth Annual Rockhurst Day Banquet of Rockhurst College in Kansas City, Missouri, Saturday, June 2, 1956», *www.findingcamelot.net/speeches/1956/remarks-of-senator-john-f-kennedy-at-the-fourth-annual-rockhurst-day-banquet-of-rockhurst-college-in-kansas-city-missouri-Sat urday-June-2-1956/*.

[121] Douglas A. Borer, *Superpowers Defeated: Vietnam and Afghanistan Compared*, Frank Cass Publishers, Nueva York, 1999, p. 102.

[122] Halberstam, *The Best and the Brightest*, p. 135.

[123] Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 547.

[124] A pesar de contar con una ventaja de diecisiete a uno en armas nucleares en la crisis de Cuba, Kennedy opinaba que el hecho de que uno o dos misiles soviéticos cayeran en alguna ciudad de Norteamérica, una posibilidad real, era un precio demasiado alto por mucho que, como represalia, los norteamericanos pudieran borrar del mapa a la URSS.

[125] Maddock, *Nuclear Apartheid*, p. 197.

[126] Blight y Brenner, *Sad & Luminous Days*, p. 36. Nuestro agradecimiento a Phil Brenner por aclarar la referencia a la «visita de diciembre» de Kruschev.

[127] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 201.

[128] Richard Rhodes, *Dark Sun: The Making of the Hydrogen Bomb*, Simon & Schuster, Nueva York, 1995, p. 574.

[129] O'Donnell y Powers, *«Johnny, We Hardly Knew Ye»*, p. 318.

[130] Ernest R. May y Philip D. Zelikow, *The Kennedy Tapes: Inside the White House During the Cuban Missile Crisis*, Belknap Press, Cambridge (Massachusetts), 1997, p. 178.

[131] «Text of Kennedy's Address on Moves to Meet the Soviet Build-up in Cuba», *The New York Times*, 23 de octubre de 1962.

[132] Robert S. McNamara, *Blundering into Disaster: Surviving the First Century of the Nuclear Age*, Pantheon, Nueva York, 1987, p. 10; Dobbs, *One Minute to Midnight*, p. 163.

[133] Marion Lloyd, «Soviets Close to Using A-Bomb in 1962 Crisis, Forum Is Told», *The Boston Globe*, 13 de octubre de 2002.

[134] Alexander Mozgovoi, «The Cuban Samba of the Quartet of Foxtrots: Soviet Submarines in the Caribbean Crisis of 1962», *Military Parade*, Moscow, 2002, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/nsa/cuba_mis_cri/020000%20Recollections;%20of%20Vadim%20Orlov.pdf*.

[135] «Khrushchev Note», *Los Angeles Times*, 2 de noviembre de 1962.

[136] Mimi Alford, *Once Upon a Secret: My Affair with President John F. Kennedy and Its Aftermath*, Random House, Nueva York, 2012, p. 94; Andreas Wegner, *Living with Peril: Eisenhower, Kennedy, and Nuclear Weapons*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 1997, p. 201; J. Anthony Lukas, «Class Reunion», *The New York Times*, 30 de agosto de 1987.

[137] William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, W. W. Norton, Nueva York, 2003, p. 347. [*Kruschev: el hombre y su época*, trad. de Paloma Gil Quindós, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005].

[138] Nikita S. Khrushchev, *Khrushchev Remembers*, Little, Brown, Boston, 1970, p. 552. [*Kruschev recuerda*, Prensa Española, Madrid].

[139] Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *Khrushchev's Cold War: The Inside Story of an American Adversary*, W. W. Norton, Nueva York, 2006, p. 500.

[140] El 25 de octubre Kennedy supo que los soviéticos habían instalado misiles Luna, que podían usar como armas nucleares tácticas o como armas convencionales. Sus asesores dieron por sentado que no estaban equipados con cabezas nucleares. Cuando el almirante George Anderson pidió permiso para equipar sus barcos con misiles nucleares, Kennedy se negó porque creía que esos Luna no tenían, en efecto, cabezas nucleares.

[141] Robert S. McNamara, *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*, Vintage, Nueva York, 1996, pp. 338–342; Jon Mitchell, «Okinawa's First Nuclear Missile Men Break Silence», *The Japan Times*, 8 de julio de 2012.

[142] J. Anthony Lukas, «Class Reunion», *The New York Times*, 30 de agosto de 1987.

[143] Maddock, *Nuclear Apartheid*, p. 198.

[144]*Ibid*.

[145] «Message from Chairman Khrushchev to President Kennedy, October 30, 1962», *Foreign Relations of the United States, 1961-1963*, vol. 11, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1997, pp. 309-317.

[146] Wittner, *Resisting the Bomb*, p. 416.

[147] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 161.

[148] Arthur M. Schlesinger, Jr., *Robert Kennedy and His Times*, Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 2002, p. 596.

[149] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 184.

[150] Beschloss, *The Crisis Years*, p. 624.

[151] Para un estudio más amplio del Tratado de Prohibición de Pruebas en la Atmósfera, *véase* Wittner, *Resisting the Bomb*, pp. 416-421.

[152] Gareth Porter, *Perils of Dominance: Imbalance of Power and the Road to War in Vietnam*, University of California Press, Berkeley, 2005, pp. 169-170.

[153] John M. Newman, *JFK and Vietnam: Deception, Intrigue, and the Struggle for Power*, Warner Books, Nueva York, 1992, pp. 319-320.

[154] James W. Douglass, *JFK and the Unspeakable: Why He Died and Why It Matters*, Orbis, Maryknoll/Nueva York), 2008, p. 181.

[155] Para un estudio más extenso de las maniobras de Kennedy y McNamara, *véase* Porter, *Perils of Dominance*, pp. 165-179.
[156] Tad Szulc, «Crisis in Vietnam: Repercussions Are Felt Throughout Asia», *The New York Times*, 25 de agosto de 1963.
[157] Kai Bird, *The Color of Truth: McGeorge and William Bundy: Brothers in Arms*, Touchstone, Nueva York, 1988, p. 261.
[158] Ellsberg, *Secrets*, pp. 195-196.
[159] Douglass, *JFK and the Unspeakable*, p. 182.
[160] John F. Kennedy, *Public Papers of the Presidents of the United States: John F. Kennedy, 1963*, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1964, pp. 459-464.
[161] Talbot, *Brothers*, p. 206.
[162] Wittner, *Resisting the Bomb*, pp. 421–422.
[163] Memorandum from the Joint Chiefs of Staff to Secretary of Defense McNamara: Nuclear Test Ban Issue, April 20, 1963, *Foreign Relations of the United States, 1961-1963*, vol. 7, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1995, p. 684.
[164] «Transcript of President Kennedy's News Conference», *The Washington Post*, 22 de marzo de 1963.
[165] Beschloss, *The Crisis Years*, p. 632.
[166] Talbot, *Brothers*, p. 213.
[167] Andréi Gromiko, *Memoirs*, Doubleday, 1989, p. 137.
[168] Walter A. McDougall, *The Heavens and the Earth: A Political History of the Space Age*, Basic Books, Nueva York, 1985, pp. 221-222.
[169] «Transcript of Kennedy Address to Congress on U.S. Role in Struggle for Freedom», *The New York Times*, 26 de mayo de 1961.
[170] «Excerpts from the Speech of President John F. Kennedy Before the United Nations General Assembly, September 20», *Bulletin of the Atomic Scientists*, noviembre de 1963, p. 45.
[171] Douglass, *JFK and the Unspeakable*, pp. 69-70; William Attwood, *The Twilight Struggle: Tales of the Cold War*, Harper & Row, Nueva York, 1987, pp. 257-262.
[172] Jean Daniel, «Unofficial Envoy: An Historic Report from Two Capitals», *The New Republic*, 14 de diciembre de 1963, p. 16.
[173] Douglass, *JFK and the Unspeakable*, pp. 84-89.
[174] Jules Dubois, «Kennedy Soft on Reds: Rocky», *The Chicago Tribune*, 14 de noviembre de 1963; Donald Janson, «Rockefeller Says Kennedy's Policy Imperils Peace», *The The New York Times*, 17 de noviembre de 1963; Foster Hailey, «Governor Scores U.S. on Atom Use», *The New York Times*, 21 de noviembre de 1963.
[175] Talbot, *Brothers*, p. 151.

Fidel Castro cenaba con Jean Daniel cuando le comunicaron el asesinato de Kennedy. «¡Qué mala noticia!», exclamó tres veces. El día anterior le había dicho a Daniel que Kennedy podía llegar a ser el mejor presidente de Estados Unidos. Ahora todo había cambiado. Y esta fue su predicción: «Espere y verá. Los conozco, intentarán echarnos la culpa». Al saber que los medios etiquetaban a Oswald de «marxista y procastrista», se inquietó. Preguntó a Daniel qué opinaba Johnson sobre la invasión de la bahía de Cochinos: «¿Tiene alguna autoridad sobre la CIA?».[1]

Cuando Kruschev se enteró de la muerte de Kennedy, se echó a llorar. Se vino abajo, tardó varios días en reanudar la actividad. Un empleado de la embajada soviética le contó a Pierre Salinger, secretario de prensa de la Casa Blanca: «Pasó varios días deambulando por su despacho como un fantasma».[2] Kruschev visitó la embajada norteamericana para firmar en el libro de condolencias y mandó al funeral a Anastás Mikoyan, su vicepresidente, para que lo representase personalmente. En la cola para dar el pésame, Mikoyan se acercó a Jacqueline Kennedy temblando. Jacqueline, muy conmovida, le cogió las manos. Hay dos versiones de lo que le dijo. La de ella: «Por favor, dígale al señor presidente que sé que mi marido y él trabajaban conjuntamente en pos de un mundo pacífico. Ahora, usted y él deben seguir adelante con esa misma tarea, la tarea de mi marido»; y la de Dean Rusk: «Mi marido ha muerto. Ahora la paz depende de ustedes».[3] Más tarde, Jacqueline Kennedy escribiría a Kruschev para decirle que, aunque hubieran sido «adversarios», su marido y él habían sido aliados en la decisión de que el mundo no saltase por los aires.[4]



Lyndon Johnson presta juramento tras el asesinato de John Kennedy el 22 de noviembre de 1963. El nuevo presidente no tenía nada en común con su predecesor.

Lyndon Johnson estaba a años luz de su difunto predecesor en todos los aspectos imaginables. Nacido en Stonewall, Texas, en 1908, sus padres eran maestros; su padre, además, ocupó un escaño en la Cámara de Representantes de Texas durante cinco legislaturas. Tras graduarse en el Southwest Texas State Teachers College, Lyndon fue ascendiendo en la política texana y en 1937 ganó las elecciones a la Cámara de Representantes y en 1948 al Senado. Prosperó como líder de su grupo en la cámara alta, donde el trato que daba a sus subordinados, el «trato Johnson», llegó a hacerse célebre. Los columnistas Rowland Evans y Robert Novak señalaron: «Podía durar cuatro horas o diez minutos [...]. [Lo aplicaba] siempre que tenía a tiro a un senador afín. Podía hablar en tono de súplica o de acusación, decantarse por la seducción, la verborrea, la mofa, la queja o la amenaza [...]. Dominaba toda la amplia gama de las emociones humanas [...]. Era raro que su víctima llegara a proferir siquiera una interjección. Él se anticipaba antes de que el otro pudiera decir nada».[5] Era egoísta, autoritario, inseguro y extraordinariamente áspero. Le encantaba pasar con sus colegas al

cuarto de baño para poder seguir con la conversación sentado en el inodoro. No tenía ideas demasiado elaboradas sobre política exterior, pero era un anticomunista convencido. Le gustaba decir: «Si dejas que un matón se plante en el jardín de tu casa, al día siguiente lo tendrás en el porche y al siguiente violará a tu mujer en tu propia cama».[6]



Johnson dispensa al senador Richard Russell su célebre «tratamiento». Egoísta, autoritario, inseguro y extraordinariamente áspero, Johnson no tenía una idea muy meditada de lo que quería en política exterior.

No tardó mucho tiempo en declarar que no pensaba «renunciar a Vietnam».[7] Pero con lo que de verdad se comprometió no fue con guerras lejanas, sino con sacar adelante reformas sociales dentro de Estados Unidos. «No quiero que digan que fui el presidente que construyó imperios, o que buscó la grandeza, o que extendió nuestros dominios. Quiero ser el presidente que mejoró la educación de los niños [...], que ayudó a dar de comer al hambriento [...], que ayudó a los pobres a encontrar su camino y protegió el derecho de todos los ciudadanos a votar en todas las elecciones». Averell Harriman opinaba que, de no ser por Vietnam, «habría sido el mejor presidente de todos los tiempos». Por desgracia, nunca estuvo ni siquiera cerca.[8]

El segundo día en el cargo garantizó a sus asesores que estaba dispuesto a defender como fuera los intereses norteamericanos en Vietnam. John McCone, el director de la CIA, se dio cuenta de inmediato de que no estaba de acuerdo con Kennedy en «la importancia de las reformas sociales [en Vietnam]; no le gustaba que hubiéramos ido de “bienhechores” tanto tiempo».[9] Tampoco apoyaba la idea de Kennedy de retirar a las tropas de Vietnam en 1965, aunque al principio no tenía ninguna intención de mandar más tropas de combate, ni de bombardear Vietnam del Norte en año de elecciones. Por su parte, el impopular, represivo y corrupto gobierno que respaldaba Estados Unidos siguió cediendo el terreno que iba ganando el Frente de Liberación Nacional.

A los cuatro días de la muerte de Kennedy, Johnson emitió el NSAM 273, Memorándum de Acción de la Seguridad Nacional, que fue el principio de una implicación más directa en Vietnam. Los memorandos anteriores se habían limitado a indicar acciones encubiertas de las fuerzas de Vietnam del Sur contra las fuerzas del norte. El NSAM 273, en cambio, dejaba la puerta abierta a acciones encubiertas también de las tropas norteamericanas.[10]

Johnson cometió desde el principio un error fatídico, el de creer los fantasiosos informes sobre lo bien que iba la guerra en lugar de los análisis más sobrios sobre lo fallidas que estaban resultando las campañas políticas y militares. Cuando McCone, el director de la CIA, quiso advertirle de que la situación de Vietnam del Sur era mucho peor de lo que él pensaba, le despachó con cajas destempladas. McCone dejó de ser bien recibido en el Despacho Oval y a partir de entonces tuvo que comunicarse mediante informes escritos que el presidente quizá no leyera.[11]

Al principio Johnson cuestionó el sentido de perseverar en Vietnam. En mayo de 1964 discutió con McGeorge Bundy. Le preguntó: «¿Para qué demonios me vale Vietnam?».[12] En 1954 él mismo

había respondido a esta pregunta en un boletín informativo en el que decía que, por sus yacimientos de estaño y manganeso, Indochina era «un premio gordo».[13] El embajador Henry Cabot Lodge tenía un punto de vista más amplio: «Quien posea Vietnam o tenga influencia allí puede modificar el futuro de las Filipinas y Formosa en el este, de Tailandia y Birmania, con sus ricos excedentes de arroz, en el oeste, y de Malasia e Indonesia, que tienen caucho, cobre y estaño, en el sur. Vietnam no está en un vacío geográfico. Desde ese país podemos ejercer una gran influencia en regiones con grandes reservas en recursos y población».[14] Arthur Tunnell, empleado de la oficina del Servicio de Inversión Extranjera de Saigón, predijo: «Después de la guerra, las empresas norteamericanas tendrán un gran futuro aquí».[15] Charles Murphy escribió en *Fortune*: «Hectárea por hectárea, la región de Vietnam, hoy tan convulsa, es tan rica como cualquier otra en toda la faz de la tierra». Para el senador Gale McGee, el Sudeste Asiático era «la última gran región rica en recursos» que todavía no controlaba ninguna de las grandes potencias. Y admitía: «Las condiciones de vida del pueblo vietnamita tienen una importancia "secundaria"».[16]

Johnson temía también las consecuencias políticas de perder la guerra. Tenía una pesadilla recurrente de lo que sucedería si la perdía o mostraba vacilación:

> Se me aparecía Robert Kennedy [...] y le decía a todo el mundo que yo había traicionado los planes de su hermano John en Vietnam [...]. Que soy un cobarde, que no soy lo bastante hombre, que no tengo aguante [...]. Todas las noches nada más meterme en la cama me veía atado al suelo en mitad de un gran espacio abierto. Se oían voces en la distancia, las voces de miles de personas. Corrían hacia mí gritando: «¡Cobarde! ¡Traidor! ¡Pelele!».[17]

Johnson adoptó la estrategia de McNamara, consistente en ejercer una presión gradual sobre Vietnam del Norte. Los generales se revolvían. La política de contención les resultaba incómoda.

En agosto de 1964, Johnson y McNamara se valieron de un incidente inventado en el golfo de Tonkín, el ataque contra unos destructores norteamericanos, como excusa para proseguir la escalada. McNamara y otros altos cargos de la administración dijeron que los supuestos ataques habían sido «deliberados, en absoluto provocados»,[18] y la prensa lo repitió hasta la saciedad.

A las elecciones de 1964, Johnson todavía se presentó como el candidato de la paz; y vapuleó en las urnas a Barry Goldwater, senador por Arizona que amenazaba con emplear armas nucleares en Vietnam. En campaña Johnson dio garantías a los votantes: «No vamos a mandar a nuestros chicos a quince mil kilómetros de aquí para hacer algo que los chicos de Asia ya deberían estar haciendo». La inmensa mayoría de la opinión pública estaba de acuerdo con él. En enero de 1965 se realizó un sondeo en el Senado: de los ochenta y tres senadores que respondieron, solo siete estaban a favor de bombardear Vietnam del Norte y de desplegar tropas en Vietnam del Sur. Hubert Humphrey, el vicepresidente, instó a Johnson a evitar la escalada. El presidente respondió marginándole de las discusiones políticas, excluyéndolo del Consejo de Seguridad Nacional durante un año a pesar de que, como vicepresidente, fuera por ley uno de sus miembros permanentes.[19]

Después de las elecciones, Johnson inició la escalada paulatina hacia la guerra. En diciembre de 1964, U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, puso a Dean Rusk sobre aviso de la voluntad de Hanói de iniciar negociaciones en secreto. Pero el Gobierno de Estados Unidos prefirió hacer caso omiso. En febrero, U Thant declaró:

> Estoy seguro de que, si estuviera al corriente de lo que en verdad está ocurriendo en el sur de Vietnam, el gran pueblo norteamericano coincidiría conmigo en que es innecesario más derramamiento de sangre; y en que solo el diálogo, la diplomacia y la negociación pueden crear las condiciones que permitan que Estados Unidos se retire con dignidad de esa parte del mundo. Pero como ustedes saben, la primera víctima de la guerra es la verdad.[20]

Johnson, por su parte, no estaba interesado en soluciones pacíficas. En marzo le dijo al subsecretario de Estado George Ball que «se pondría enfermo y dejaría Washington» si Thant y Harold Wilson, el primer ministro británico, seguían haciendo más propuestas de paz.[21]

Entretanto, Estados Unidos amplió las «zonas de fuego a discreción», en las que los soldados tenían permiso para disparar sobre todo lo que se moviera. Además, el nuevo arsenal de armas aceptables incluía napalm, bombas de racimo y fósforo blanco, un material que quemaba la piel y penetraba directamente hasta el hueso provocando la muerte entre espantosos dolores.

Pero tales tácticas no impedían que el FLN siquiera ganando terreno en la selva y las zonas rurales; era cada día más obvio. Johnson, que hasta entonces había resistido las presiones para bombardear el norte del país, finalmente cedió. Antes, sin embargo, necesitaba un pretexto, de modo que decidió inventar uno: «demostrar», con la colaboración de la CIA, que Vietnam del Norte instigaba la insurgencia en Vietnam del Sur. Ralph McGehee, que llevaba veinticinco años trabajando en la agencia, revelaría más tarde cómo engañaron a la opinión pública. «La CIA —contaba— sacó de sus depósitos toneladas de armas fabricadas en países comunistas y cargó con ellas un barco vietnamita. Luego fingió un tiroteo y llamó a los periodistas [...] para “demostrar” que Vietnam del Norte estaba ayudando al Viet Cong».[22] A continuación intervino el Departamento de Estado y publicó un documento de siete páginas sobre la falsa prueba. El 7 de febrero de 1965, el FLN atacó una base de helicópteros norteamericana en Pleiku y mató a ocho soldados estadounidenses e hirió a otros cien. Bundy, que se encontraba en Saigón, dijo a Johnson y a sus asesores que Hanói les estaba «retando», [23] pero le confesó a David Halberstam que, en realidad, el de Pleiku no se diferenciaba en nada de otros episodios: «Los Pleikus son nuestros atropellos de tranvía».[24]

Johnson inició una nueva fase, más brutal, de la guerra. Dio órdenes de poner en marcha Rolling Thunder, ininterrumpida campaña de bombardeo contra Vietnam del Norte.

Pese a la nueva ofensiva, sin embargo, las perspectivas de éxito seguían siendo muy escasas. A primeros de abril, al despedirse de su cargo de director de la CIA, John McCone le dijo al presidente que había emprendido un camino que era una locura: «Acabaremos enfangados, luchando en la jungla, en operaciones militares que no podremos ganar y que nos resultará extraordinariamente difícil abandonar».[25]

Johnson, por su parte, rechazaba todos los informes de los servicios de inteligencia que no se correspondían con lo que quería oír. Más tarde comentaría: «Dejen que les diga cómo funcionan nuestros agentes. Cuando yo era pequeño teníamos en Texas una vaca llamada Bessie. Pues bien, un día llevé a Bessie al establo y, sentado en una banqueta, la ordeñé y logré sacarle un buen balde de leche fresca. Al día siguiente y con mucho esfuerzo conseguí otro balde a rebosar, pero, ay, me distraje un momento y la vieja Bessie metió la cola en la leche... y la manchó de mierda. Pues así son esos chicos de Inteligencia. Tú te esfuerzas, trabajas hasta la extenuación y elaboras un buen programa político, y luego van ellos, meten la cola y lo manchan de mierda».[26]

El Estado Mayor Conjunto siguió presionándole para mandar más tropas a Vietnam e intensificar la campaña de bombardeos. En abril envió a otros cuarenta mil soldados, que, sumados a los que ya había allí, hacían setenta y cinco mil. Johnson se daba cuenta de que, una vez que se comprometiera a enviar tropas de combate, el despliegue inicial solo sería el primero de muchos. En junio preguntó al general Earle Wheeler, jefe del Estado Mayor, cuántos efectivos harían falta para ganar. Wheeler respondió: «Si lo que pretende es expulsar hasta al último Vietcong del país, setecientos u ochocientos mil, quizá un millón de hombres, y unos siete años».[27]

McNamara dejó caer en público que Estados Unidos estaba considerando la posibilidad de emplear armas nucleares. La comunidad internacional fue un clamor y el secretario de Defensa tuvo que matizar sus declaraciones. Nikolái Fedorenko, embajador soviético en las Naciones Unidas, no quedó satisfecho:

> Los militaristas norteamericanos no descartan el uso de armas nucleares en Vietnam del Sur, y me remito a las declaraciones de hoy del señor McNamara [...] sobre que en las presentes circunstancias, solo en las presentes circunstancias, no hay necesidad de usar armas atómicas. Esto significa que, para Estados Unidos, en Vietnam podrían darse circunstancias que podrían hacer que su gobierno recurriera a esas armas de destrucción masiva. Estados Unidos ha llegado a tales extremos en su deseo de sofocar el movimiento de liberación nacional que incluso está dispuesto a amenazar a la humanidad con una guerra nuclear.

Fedorenko recordó a los delegados de la Comisión de Desarme de la ONU que, en caso de que Estados Unidos recurriese a las armas atómicas, no sería la primera vez: «Estados Unidos no descarta utilizar [...] explosivos nucleares contra los ciudadanos de un país asiático porque ya lo ha hecho antes, porque ya se ha manchado con una indeleble huella de vergüenza para los siglos venideros».[28] El embajador soviético condenó también el uso de armas químicas contra el VietCong y advirtió que las generaciones futuras sentirían «un estremecimiento al recordar» este «crimen, este acto ilegal, la violación más cruel de las leyes de la política internacional, un gesto que pisotea los principios más elementales de la moral».[29]





Bombas de napalm (arriba) y fósforo blanco (abajo) en Vietnam. Con Johnson, el arsenal de armas admisibles de Estados Unidos aumentó para incluir napalm, bombas de racimo y fósforo blanco, un material que quemaba la piel y penetraba directamente hasta el hueso provocando la muerte entre espantosos dolores.

En mayo de 1965 tomó el poder un nuevo gobierno —el quinto desde la caída de Diem año y medio antes—. Lo encabezaban el mariscal del aire Nguyen Cao Ky y el general Nguyen Van Thieu. El subsecretario de Estado William Bundy comentaría más tarde que a todos los miembros del gabinete norteamericano les pareció que, con el nuevo régimen, la situación política en Vietnam «tocaba fondo. Era imposible caer más bajo». El compromiso de Ky con los ideales democráticos era tenue, en el mejor de los casos. Comentó: «La gente me pregunta quiénes son mis héroes y yo solo tengo uno: Hitler». Más tarde daría muestras de su forma de entender la democracia: antes de las

elecciones de 1967, comentó que, si el presidente elegido era «comunista o neutral», él recurriría al ejército para deponerle: «Uno tiene derecho en cualquier país democrático a disentir de la opinión de los demás». No obstante, incluso él admitiría a James Reston, de *The New York Times*, que los comunistas estaban «más cerca de cumplir los deseos de justicia social del pueblo, y de regalarle una vida independiente», que su gobierno.[30] Su antiguo asesor militar John Paul Vann, que había vuelto a colaborar con el Gobierno vietnamita en el marco del programa de pacificación, estaba de acuerdo:

> En este país hay una revolución en marcha. El bando contrario está mucho más cerca de los principios, metas y deseos del pueblo de lo que los norteamericanos creen [...]. Estoy convencido de que, aunque el FLN esté dominado por comunistas [...], la gran mayoría del pueblo lo apoya. Lo hace porque el FLN constituye su única esperanza de cambio y mejora de oportunidades y condiciones de vida. Si yo tuviera dieciocho años y me viera en esa encrucijada, la de apoyar al Gobierno de Vietnam del Sur o al FLN, y además viviera en el campo, seguramente optaría por el FLN.[31]

Ante una situación política que se les iba de las manos, Johnson y sus asesores decidieron, otra vez, mandar más tropas. En una reunión del 22 de julio calcularon que a largo plazo necesitarían entre medio millón y seiscientos mil hombres, y eso suponiendo que China siguiera sin intervenir. Si los chinos entraban en la guerra, harían falta otros trescientos mil hombres. A corto plazo, coincidían todos, sería necesario contar en Vietnam con cien mil efectivos hacia finales de 1965 y con otros cien mil en enero de 1966, y aun así solo para evitar el empeoramiento de la situación y una posible derrota. En el gobierno y el ejército todos sintieron gran alivio al comprobar que el presidente accedía por fin a poner al corriente a la ciudadanía de que Estados Unidos se disponía a embarcarse en una guerra de calado. Johnson se dirigió a la nación el 28 de julio. Anunció que enviaría de inmediato cincuenta mil efectivos a Vietnam, lo cual haría un total de ciento veinticinco mil soldados norteamericanos en ese país. Como más tarde haría falta mandar nuevas tropas, además, ordenaría un incremento del número de reclutas del reemplazo mensual, que pasaron de diecisiete mil a treinta y cinco mil. De momento, sin embargo, dijo, prefería no llamar a los reservistas.



El mariscal del Aire Nguyen Cao Ky con Johnson (detrás) y el general Nguyen Van Thieu con Robert McNamara (delante). Ky y Thieu encabezaban el Gobierno de Vietnam del Sur que tomó el poder en mayo de 1965. El subsecretario de Estado William Bundy comentaría más tarde que a todos los miembros del gabinete norteamericano les pareció que, con el nuevo régimen, la situación política en Vietnam «tocaba fondo».

El Congreso aplaudió la moderación de Johnson y se consoló con el modesto número de tropas que enviaría a Vietnam. En el Pentágono, sin embargo, los asesores civiles y militares recibieron con consternación la decisión del presidente de ocultar deliberadamente a los ciudadanos la verdadera situación y que en realidad Estados Unidos se estaba comprometiendo a librar una guerra importante

destinada a durar varios años. El general Wheeler, jefe el Estado Mayor Conjunto, explicaría más tarde: «Teníamos la impresión de que lo deseable era convocar a los reservistas, para que los ciudadanos comprendieran por fin que estábamos inmersos en una guerra y no en cualquier aventurilla militar de tres al cuarto».[32]

Nadie estaba más furioso que el jefe del Estado Mayor del ejército, el general Harold Johnson, que se vistió de gala para ir a ver al presidente. En el coche que lo conducía a la Casa Blanca se quitó las estrellas de general del uniforme. Pero cuando estaba a punto de llegar, cambió de opinión y volvió a colocarlas en su sitio, una decisión que más tarde lamentaría profundamente. A un amigo le confesó: «Tendría que haber hablado ese día con el presidente. Tendría que haberme presentado ante él sin las estrellas. Tendría que haber renunciado a mi cargo. Seguir fue la peor decisión que he tomado nunca, la más inmoral».[33]

El despliegue de tropas siguió aumentando sin cesar. Johnson envió con rapidez los cien mil soldados que le pedían. Entretanto, el FLN continuaba ganando terreno en todo Vietnam.

En el Gobierno norteamericano no todos apoyaban el envío de tropas. Clark Clifford intentó en repetidas ocasiones convencer al presidente y a Robert McNamara. Y la misma postura compartían, al menos en privado, Hubert Humphrey, Chester Bowles, William Bundy, George Ball, John Kenneth Galbraith, el subcretario de Defensa John McNaughton, el miembro del Consejo Nacional de Seguridad Chester Cooper, Bill Moyers, secretario de Prensa de la Casa Blanca, y Adam Yarmolinsky, asistente de la Subsecretaría de Defensa.

Johnson prefería la catástrofe a la capitulación. Pero una catástrofe gradual, no súbita y repentina, como le habría gustado al Estado Mayor Conjunto. El mayor Charles Cooper, asistente del almirante David McDonald, jefe de operaciones navales, acompañó a su superior a la reunión del Estado Mayor Conjunto de noviembre de 1965 en la que el general Wheeler manifestó sus «importantes discrepancias» sobre la dirección de la guerra y solicitó el uso de «un poder aéreo y naval avasallador», con el minado del puerto de Haiphong y el bloqueo naval y el bombardeo aéreo de Vietnam del Norte, Hanói incluido. Todos los generales apoyaron a Wheeler. Cooper recordaría la respuesta del presidente:

> Johnson estalló [...]. Empezó a decir obscenidades [...]. Dijo cosas como: «Malditos gilipollas de mierda. Lo que queréis es que os dé permiso para empezar la tercera guerra mundial con todas esas memeces, con todo ese saber militar vuestro». Fue insultando a los generales uno por uno. «Hatajo de mamones. ¿Acaso esperáis que me crea toda esa basura? Todo el peso del mundo libre recae sobre mis hombros, ¿y queréis que empiece la tercera guerra mundial?». Los llamó cretinos, tontos del culo, pomposos; soltó más tacos que un marine en el campamento de instrucción. Los insultó con desprecio, echó pestes de todos ellos. Y entonces, de pronto, guardó silencio y recuperó la calma [...]. «Pónganse en mi lugar, imaginen que son ustedes el presidente de Estados Unidos y que cinco incompetentes se plantan en su despacho e intentan convencerle de que empiece la tercera guerra mundial [...]. ¿Qué harían? ¿Qué harían ustedes?». El general Wheeler contestó: «Eso es algo que yo no puedo hacer, señor presidente [...]. La decisión es suya y nada más que suya [...]». Johnson volvió a estallar: «Hay demasiados riesgos. ¿Es que, malditos gilipollas, no se les ha ocurrido pensar lo que podría hacer China? Estáis contaminando mi despacho, cretinos, mamones. ¡Fuera de mi vista ahora mismo!».

«Los recuerdos se van borrando con el tiempo, ocurre siempre, lo sé —le comentó Cooper al periodista que lo entrevistaba—. Pero ese no se ha borrado. Mi recuerdo de Lyndon Johnson en aquella discusión es nítido como la luz del día».[34]

Estados Unidos incrementó de forma gradual los bombardeos de Vietnam del Norte y amplió la lista de objetivos para presionar más a Hanói. Muchos asesores estaban preocupados, no querían provocar a China, pero el presidente pensaba que con su estrategia gradual se reducían las posibilidades de que los chinos entrasen en guerra. En su opinión:

> La lenta escalada de la guerra aérea en el norte y el incremento de la presión sobre Ho Chi Minh más parecían una seducción que una violación. Si China reaccionaba de pronto a esa escalada lenta, como una mujer podría reaccionar ante un hombre que la quiere seducir, amenazando con tomar represalias (una bofetada, por seguir con la metáfora), Estados Unidos tendría tiempo de sobra para reducir los bombardeos. Por el contrario, si Estados Unidos desataba una ofensiva masiva, total, sobre el norte —si optaba por la violación en vez de por la seducción—, no habría vuelta atrás y la reacción de los chinos podría ser instantánea y también total.[35]

Cuando el senador George McGovern advirtió que los bombardeos podrían provocar una respuesta contundente tanto de Vietnam del Norte como de China, Johnson le respondió: «Lo tengo muy en cuenta. Iré subiendo por la pierna centímetro a centímetro […]. Llegaré a la raja antes de que se dé cuenta de lo que está pasando».[36]

Los bombardeos de Vietnam del Norte suscitaron reacciones adversas en todo el mundo. En marzo de 1965, estudiantes y profesores de la Universidad de Michigan pasaron toda la noche en sus aulas en señal de protesta. En abril Students for a Democratic Society, SDS [Estudiantes por una Sociedad Democrática], organizó en Washington una manifestación contra la guerra a la que acudieron veinticinco mil personas.

Convencida de que los gobiernos comunistas andaban detrás del creciente movimiento antibelicista, la CIA emprendió operaciones de vigilancia y recopilación de datos de los activistas. Johnson le pidió pruebas de la relación del movimiento con los comunistas. Chaos, nombre en clave de la operación de vigilancia ilegal de ciudadanos, estaba dirigida por el grupo de operaciones especiales, de reciente creación. En sus siete años de duración, este grupo reunió una lista informatizada de trescientos mil ciudadanos y organizaciones y extensos archivos de siete mil doscientas personas.[37] Johnson, pese a todo, reprendió a Richard Helms, director de la CIA, porque no conseguía demostrar que tuvieran relación alguna con los comunistas.

Entre los objetivos principales del FBI se encontraba el premio Nobel de la Paz Martin Luther King, Jr., quien dijo: «[El gobierno] es el mayor proveedor de violencia en el mundo a día de hoy».[38]

Altos cargos de la administración como Robert McNamara empezaron a manifestar sus dudas. En junio de 1967, McNamara pidió a la CIA un cálculo de las fuerzas enemigas y encargó a Leslie Gelb, funcionario del Departamento de Defensa, la compilación de la historia secreta del conflicto desde 1954; llegaría a ser conocida como *Los papeles del Pentágono*. Cuando estuvo terminada y la leyó, McNamara le comentó a un amigo: «Podrían ahorcar a ciertas personas solo por lo que se dice en esas páginas».[39] El secretario de Defensa trasladó sus dudas al presidente, que, en agosto de 1967, montó en cólera porque McNamara declaró ante un comité del Senado que con los bombardeos de Vietnam del Norte no conseguirían sentar a Hanói a la mesa de negociaciones. Johnson no soportaba insubordinaciones de ningún tipo. «Yo no quiero solo lealtad. Quiero una lealtad con mayúsculas —le comentó a un ayudante—. Quiero que me den un beso en el trasero ante el escaparate de Macy's a las doce de la mañana y luego me digan que me huele el culo a rosas. Quiero que me den la picha y llevarla guardada en el bolsillo».[40] En noviembre, Johnson anunció la designación de McNamara como presidente del Banco Mundial. La noticia pilló por sorpresa al secretario de Defensa, que muy pronto dejaría de serlo.

Para entonces, la mayor parte del equipo de Kennedy, ahora que la política exterior de Johnson se había desplazado definitivamente a la derecha, había dejado de formar parte del gobierno. Robert Kennedy había abandonado el ejecutivo hacía mucho. McGeorge Bundy lo dejó en 1966 para presidir la Ford Foundation. El anodino Dean Rusk, en cambio, perseveró. Johnson le permitió desempeñar un papel mucho más importante que con Kennedy, aunque el presidente tenía en escasa consideración el aparato burocrático del Departamento de Estado. A J. Edgar Hoover le dijo que los funcionarios de dicho departamento eran «una panda de maricas» y que no valían «un pimiento».[41] Rusk presentaba

la dimisión cada cierto tiempo, y también lo hizo en el verano de 1967 tras informar a Johnson de que su hija se iba a casar con un negro. Pero permaneció al lado del presidente hasta el final y nunca dejó de apoyar la guerra.



Peter Kuznick dirigiéndose a la multitud en una manifestación contra la guerra en el campus de la Universidad de Rutgers de New Brunswick, Nueva Jersey. El movimiento antibelicista fue creciendo a medida que las atrocidades de Vietnam se iban conociendo en Estados Unidos.

Rusk quizá le tuviera a Johnson la lealtad que este exigía, pero un número cada día mayor de norteamericanos habían tenido ya bastante de aquella guerra atroz y de su perturbador impacto en la sociedad. La América negra estaba al borde de la rebelión. Si antes la mayoría de la población contemplaba pasiva los acontecimientos, ahora los altercados eran cada vez más numerosos. En el verano de 1967 estallaron veinticinco disturbios distintos de dos días de duración o más y treinta de menor importancia. Se produjeron incendios provocados y corrió la sangre por las calles. Agentes de la policía y de la Guardia Nacional mataron a veintiséis afroamericanos en Newark y a cuarenta y tres en Detroit.[42]



En 1967 Oliver Stone (centro) se alistó en el ejército y se presentó voluntario para combatir en Vietnam, donde prestó servicio quince meses y le hirieron en dos ocasiones. Fue condecorado con la Estrella de Bronce al valor en combate y con el Corazón Púrpura con Hojas de Roble.

Los campus universitarios también eran un hervidero de activistas. En febrero de 1977, después de que se conocieran las operaciones de infiltración manifiestamente ilegales de la CIA y que la agencia

financiaba organizaciones en apariencia liberales tanto en Estados Unidos como en el extranjero, los estudiantes estadounidenses se volvieron más radicales. La revista *Ramparts* hizo saltar chispas al revelar que la CIA financiaba la National Student Association. *The New York Times* y *The Washington Post* mencionaron también a otros grupos que no eran más que tapaderas de la agencia. Esos periódicos y otros descubrieron que la CIA había entregado dinero a profesores, periodistas, trabajadores de los servicios de ayuda, misioneros, sindicalistas y activistas en pro de los derechos civiles, todos ellos anticomunistas, para que le hicieran el trabajo sucio. Entre las organizaciones desacreditadas se encontraban Congress for Cultural Freedom, la Ford Foundation, Radio Free Europe y Radio Liberty.



Johnson, visiblemente molesto, con Robert McNamara en una reunión del Consejo de Ministros en febrero de 1968. Cuando McNamara suscitó las iras del presidente por expresar sus dudas sobre la guerra, Johnson le sorprendió con su designación como director del Banco Mundial.

Estalló un clamor popular. Walter Lippmann señaló que para el pueblo norteamericano las actividades encubiertas de la CIA tenían «olor a pozo negro».[43]

El reportaje de *Ramparts* daba escalofríos. Los servicios de inteligencia se temían la revelación pública de otras operaciones de la agencia. Bajo la supervisión de James Angleton, que dirigió las operaciones de contrainteligencia entre 1954 y 1974, la CIA se había visto envuelta en la creación y utilización de fuerzas de policía y de seguridad y de unidades contraterroristas en diversos países. La obsesión de Angleton con una Unión Soviética amenazante e inclinada al dominio, la conquista y el espionaje salió a la luz en la historia interna de la CIA desclasificada en el año 2007. El Overseas Internal Security Program [Programa de Seguridad Interna en el Extranjero], como se llamaba; había servido para entrenar a setecientos setenta y un mil doscientos diecisiete militares y agentes de policía de veinticinco países distintos y ayudado a crear las policías secretas de Camboya, Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Irán, Irak, Laos, Perú, las Filipinas, Corea del Sur, Vietnam del Sur y Tailandia. Muchos de ellos habían recibido instrucción en la School of Americas de Panamá, entre ellos futuros cabecillas de los escuadrones de la muerte de Honduras y El Salvador. A Robert Armory, director de inteligencia de la CIA con los gobiernos de Eisenhower y Kennedy, le preocupaba que esas operaciones y las «tácticas tipo Gestapo» pusieran en peligro a la agencia.[44]



El secretario de Estado Dean Rusk conversa con Johnson. Cuando la política de Johnson se desplazó a la derecha ideológica, la mayor parte del viejo equipo de Kennedy dejó el gobierno. Rusk se quedó y desempeñó un papel mucho más importante que con Kennedy. Aunque ofrecía su dimisión al presidente cada cierto tiempo, permaneció a su lado hasta el amargo final y nunca dejó de apoyar la guerra de Vietnam.

En abril de 1967, cuando el número de soldados norteamericanos en Vietnam ascendía a quinientos veinticinco mil, cientos de miles de personas se manifestaron contra la guerra en Nueva York. El ataque vietnamita a Khe Sanh empezó a últimos de enero de 1968 con empleo masivo de cohetes y misiles. Estados Unidos respondió con las mayores incursiones aéreas de la historia de la guerra. Los bombarderos B-52 soltaron cien mil toneladas de bombas, cohetes y explosivos. Un dirigente del FLN describió el terror que causaban:

> El ruido de las bombas que lanzaban los B-52 reventaba los tímpanos a un kilómetro. Muchos habitantes de la selva se quedaron sordos para siempre. A un kilómetro, la onda expansiva tumbaba a las víctimas y las dejaba sin sentido. En medio kilómetro a la redonda, cualquier bomba era capaz de derribar los muros de un búnker no reforzado y la gente que había dentro moría enterrada viva. Las bombas dejaban cráteres gigantescos, de diez metros de ancho y casi lo mismo de profundidad [...]. Los primeros ataques de B-52 que viví [...] eran como si llegara el Apocalipsis. Era el terror absoluto. Se perdía el control de las funciones corporales y la cabeza gritaba órdenes incomprensibles. ¡Sal corriendo de aquí ahora mismo!, te pedía.[45]



Johnson y Walt Rostow, consejero de Seguridad Nacional, estudian un plano de Khe Sanh. Estados Unidos respondió a la incursión del FLN con uno de los mayores bombardeos aéreos de la historia. Los B-52 lanzaron cien mil toneladas de bombas, cohetes y explosivos sobre esa población sudvietnamita.

Cuando el asedio de Khe Sanh llevaba setenta y siete días y era el blanco de todas las miradas, el FLN desencadenó la Ofensiva del Tet, que cogió a Estados Unidos completamente por sorpresa. El FLN sufrió muchas bajas, pero, aunque para los norvietnamitas acabara en derrota militar, el Tet fue una victoria política para Hanói y sus aliados del sur. Washington y Saigón pasaron del optimismo a la desesperanza. Era duro comprobar que, como habían supuesto, la victoria no estaba al alcance de

la mano. Los norteamericanos en general se dieron cuenta de que quedaba muy lejos, de que tal vez no pudieran obtenerla en las circunstancias en que se encontraban.

En Estados Unidos volvió a estallar la controversia sobre el uso de armas nucleares. En una cena en la Casa Blanca, el primer ministro británico Harold Wilson aprovechó el brindis para vituperar la temeridad de esa táctica. Luego, en su aparición televisiva en *Face the Nation*, fue rotundo: «Todo intento de elevar la intensidad de la guerra sería extraordinariamente peligroso [...]. En cuanto a la propuesta de emplear armas atómicas tácticas, es una auténtica locura. No solo resultaría desastroso para Estados Unidos, sino que correríamos el riesgo de padecer una escalada bélica en todo el mundo».[46]



Una manifestación contra la guerra a las puertas del Pentágono en 1967. Cuando la oposición popular a la guerra de Vietnam se desbordó, el FBI trató de desbaratar el movimiento antibelicista.

Johnson logró poner freno a las especulaciones. El general William Westmoreland, comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas en Vietnam entre 1964 y 1968, se lamentaría más tarde de no haber empleado armas nucleares. En sus memorias escribió: «Los altos cargos de Washington querían "mandar un mensaje" a Hanói. Pues bien, el uso de armas nucleares habría sido una buena forma de hacerlo».[47]

Entretanto, la oposición ciudadana a la guerra se desbordó. El FBI de Hoover, como llevaba años haciendo con el movimiento pro derechos civiles, hizo cuanto pudo por dividirla y acabar con ella. Cientos de agentes del FBI se infiltraron en organizaciones antibelicistas y de nueva izquierda. En 1968 aumentaron su actividad con la inclusión de organizaciones de izquierda en el programa COINTELPRO. El Church Committee [Comité de la Iglesia] informó a la prensa de la forma en que el FBI aprovechaba organizaciones de ideología afín como fuentes de información.[48] En 1965 contaba con veinticinco periodistas en la zona de Chicago y veintiocho en New Haven.[49] La CIA tenía sus propios periodistas. Sus voceros y los del FBI se esforzaron hasta la extenuación por movilizar a los partidarios de la guerra y marginar a sus críticos poniendo en tela de juicio su patriotismo.



La sala del gabinete de la Casa Blanca durante una cumbre de los «hombres sabios». En marzo de 1967, tras dos días de reuniones de este grupo de políticos veteranos, Dean Acheson resumió el consenso alcanzado sobre Vietnam con las siguientes palabras: «El país no podrá cumplir con la tarea que se ha propuesto en un principio y debe iniciar la retirada».



Johnson en la rueda de prensa del 31 de marzo de 1968 en que anunció que no se presentaría a la reelección. El presidente no sería la última víctima de la guerra de Vietnam.

Tras la Ofensiva del Tet, el general Westmoreland solicitó otros doscientos seis mil soldados. Johnson pidió a Clark Clifford, que el 1 de marzo de 1968 había sustituido a McNamara en la Secretaría de Defensa, que presidiera un grupo de trabajo para valorar la situación. Daba por sentado que, como pertenecía al ala dura, apoyaría la intesificación de la guerra, pero Clifford reunió a un grupo de «hombres sabios» y, al cabo de dos días de trabajo, Dean Acheson, que era el encargado de anunciar el dictamen de ese grupo, declaró que todos esos hombres sabios estaban de acuerdo en que el país no podría «cumplir» con la tarea que se había propuesto en un principio y debía «iniciar la retirada».[50] Johnson, muy sorprendido, montó en cólera. «Todo el mundo recomienda la rendición», se lamentó.[51]

Tras el Tet, la popularidad de Johnson cayó en picado. El 31 de marzo anunció que no se presentaría a la reelección. No era más que otra baja de la guerra, pero distaba mucho de ser la última.

Vietnam no fue el único lugar en que la política exterior norteamericana de los años sesenta fue un desastre. John Gerassi, antiguo director de *Newsweek* y corresponsal de *Time*, describió la pobreza extrema de Perú como ejemplo de la situación general de Latinoamérica:

> Más de la mitad de los ciudadanos viven al margen de la economía monetaria [...]. De la otra mitad, el 80 por ciento gana cincuenta y tres dólares al año, mientras que cien familias acumulan el 90 por ciento de la riqueza del país [...]. De ese 90 por ciento, el 80 por ciento está en manos de solo treinta familias. Además, el 65 por ciento de la población es analfabeta y el 45 por ciento nunca ha ido al médico. En Lima, cuyas mansiones coloniales adornadas de galerías de madera nos recuerdan que se trata de una de las ciudades más hermosas del mundo, la mitad de sus 1,3 millones de habitantes viven en barriadas infestadas de ratas. Una de ellas, El Montón, está construida alrededor, sobre y dentro del vertedero de la ciudad. Allí vi, cuando estuve, niños desnudos, algunos tan pequeños que ni sabían andar. No sabían andar,

pero les disputaban a los cerdos un pedacito de comida que los basureros dejaron caer [...]. Mastican hojas de coca para aliviar sus dolores y consumen una media de quinientas calorías al día. Allí donde hay hierba, el indio de los Andes peruanos se la come, y también las ovejas, a las que mata cuando están tan hambrientas que llegan a arrancar la lana a otras ovejas por echarse algo al estómago. Los peones que trabajan la tierra de los blancos suelen ganar un sol (cuatro céntimos de dólar) al día. Faenan de la mañana a la noche y de entre ellos salen los criados de la hacienda o de la casa en Lima del señor.[52]

A medida que el malestar se extendía por el continente, los políticos norteamericanos temían más revoluciones como la de Fidel Castro y pedían ejércitos y cuerpos de policía mejor formados. Así sucedió en Brasil. Aliado desde antiguo, Brasil quizá fuera la nación más importante de Latinoamérica desde un punto de vista estratégico. Era el quinto mayor país del mundo —sus setenta y cinco millones de habitantes ocupaban un territorio más grande que el de Estados Unidos— y muy rico en recursos. En agosto de 1961, el presidente de la nación dejó las riendas del gobierno a João Goulart, vicepresidente democráticamente electo. Goulart impulsó la reforma económica y agraria, la ampliación de los derechos democráticos y la legalización del Partido Comunista. Y Estados Unidos empezó a planificar la forma de expulsarlo.

Washington aplicó una serie de medidas destinadas a desestabilizar el gobierno y a precipitar la toma del poder por los militares. *The Wall Street Journal* engrasó la maquinaria. Para ese periódico, Goulart era «una persona ambiciosa y taimada» cuyo único objetivo era «tomar el poder e instaurar un estado fascista». En junio de 1963, el Gobierno norteamericano interrumpió todas las ayudas al gobierno central, pero aumentó las destinadas a los militares. La Alianza por el Progreso ofreció fondos a los estados que se opusieran a Goulart. Según un informe de los servicios de inteligencia, «con Goulart, los comunistas y sus simpatizantes» habían «conseguido mayor influencia en la política brasileña», lo cual podía llevar en última instancia a la «proclamación de un régimen de extrema izquierda de carácter profundamente antiamericano».[53]

Johnson se reunió con John McCone, director de la CIA, el 25 de noviembre de 1963 y dejó claro que su política en Latinoamérica, como su política en Vietnam, iba a diferir de la de Kennedy. En diciembre designó a Thomas Mann subsecretario de Estado de Asuntos Interamericanos. Con Mann, Estados Unidos abandonó toda idea de promover reformas. En opinión de Mann, los generales latinoamericanos eran «un grupo bastante decente».[54] Para él, la ayuda militar daba más réditos que la ayuda económica. La política norteamericana acabó reflejando esas prioridades. El 18 de marzo, en una sesión secreta, el Departamento de Estado desveló el contenido de la «Doctrina Mann» a todos los embajadores y jefes de misiones de ayuda estadounidenses en Latinoamerica. Mann anunció que no cabía juzgar a los países sudamericanos por su intención de defender los intereses de su pueblo, sino por su valor como promotores de los intereses norteamericanos. Estados Unidos no discriminaría nunca más a los dictadores de derechas o a los gobiernos surgidos de golpes militares. Estados Unidos protegería con empeño las inversiones en Latinoamérica, que ascendían a nueve mil millones de dólares. Si Kennedy había querido fomentar la democracia, Johnson simplemente quería fomentar el anticomunismo.

En 1964 Estados Unidos exigió a João Goulart que impusiera austeridad a sus angustiados ciudadanos. Goulart insistió en cambio en un programa de reforma agraria y control del capital extranjero. Además, reconoció al Gobierno cubano. Para desestabilizar la economía brasileña, Estados Unidos restringió las ayudas. La inflación se disparó. Goulart nacionalizó las propiedades estadounidenses. Agentes de la embajada estadounidense se pusieron en contacto con militares brasileños de derechas para expulsar a Goulart. El 27 de marzo, el embajador, Lincoln Gordon, instó a varios altos cargos como John McCone, Dean Rusk y Robert McNamara a respaldar al general Humberto Castelo Branco, jefe del Estado Mayor del Ejército brasileño, para «evitar un desastre mayor [...] que podría convertir Brasil en la China de los sesenta».[55] La CIA empezó a trabajar entre

bastidores.



João Goulart, presidente de Brasil, en Nueva York en abril de 1962. Tras negarse a imponer medidas de austeridad a su pueblo e instituir en su lugar un programa de reforma agraria y de control del capital extranjero, y de reconocer a Cuba, Goulart fue expulsado del gobierno mediante un golpe de Estado auspiciado por Estados Unidos.

Cuando cayó el gobierno de Goulart, Gordon telegrafió a Washington para informar de que los generales habían llevado a cabo «una rebelión democrática»,[56] que suponía «una gran victoria para el mundo libre».[57] Se había evitado «la pérdida definitiva [...] de todas las democracias de Sudamérica» y mejorado el clima para «la inversión privada». Johnson mandó sus «más cordiales saludos» al nuevo jefe de Estado y le aplaudió por haber resuelto el problema «dentro del marco democrático institucional y sin disputas civiles». Mann le dijo a su presidente: «Espero que lo de Brasil le haya hecho tan feliz como a mí». «Así es», le aseguró Johnson.[58] Ese mismo día, Rusk anunció al NSC y a varias figuras importantes del Congreso que Estados Unidos no había intervenido. Se trataba de «una iniciativa enteramente autóctona».[59]

Transcurridos unos días, el nuevo gobierno declaró el estado de sitio, recortó los poderes del Congreso Nacional y dio poder al presidente para negar los derechos de ciudadanía a cualquiera que pudiera suponer una amenaza. Esta última medida les fue aplicada rápidamente a tres expresidentes, dos jueces del Tribunal Supremo, seis gobernadores, cincuenta y seis diputados y otros trescientos políticos en activo. El 11 de abril, Castelo Branco tomó el poder. Johnson le dijo a Bundy que quería mandarle un mensaje de buenos deseos el día de la investidura. Bundy le recordó que el general estaba tomando ya medidas muy represivas. Y el presidente respondió: «Lo sé y me importa un comino. En mi opinión [...] hay personas [...] a las que es necesario encerrar, allí y aquí».[60] El nuevo régimen brasileño detuvo a más de cincuenta mil ciudadanos solo en su primer mes de gobierno. En años sucesivos llegarían a Brasil enormes sumas de dinero de la United States Agency for International Development, USAID [Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional], el Banco Mundial, el Banco de Desarrollo Interamericano y diversas empresas norteamericanas. Entre 1964 y 1966, Brasil recibiría casi la mitad de los fondos de ayuda de USAID. El régimen militar gobernaría veinte años, respaldado por los dólares estadounidenses. En Brasil se abriría la mayor brecha entre ricos y pobres del mundo. Pero los dictadores brasileños seguirían entre los aliados más estrechos de Estados Unidos, siempre presto a intervenir militarmente para aplastar movimientos progresistas en otras naciones de Latinoamérica.

En Perú se dio la situación contraria: el gobierno, deseando mejorar las condiciones de vida de sus ciudadanos pobres, intentó hacerse con el control de la mayor petrolera de Perú, subsidiaria de la

Standard Oil, de Nueva Jersey. Pero Estados Unidos disminuyó las ayudas a la economía y siguió financiando a los militares. Comparando Perú con Brasil, el senador Robert Kennedy señaló: «¿En qué se ha convertido la Alianza para el Progreso cuando puedes cerrar periódicos, clausurar el Congreso, encarcelar a la oposición religiosa [...] y sigues recibiendo una ayuda ingente pero, si tonteas con una petrolera norteamericana, no recibes ni un céntimo?».[61]

La República Dominicana planteaba un problema completamente distinto. Tras llegar al cargo, Johnson reconoció el régimen militar que hacía poco había echado del poder a Juan Bosch, llegado al gobierno por medio de unas elecciones democráticas en diciembre de 1962. En 1965 una revuelta popular respaldada por oficiales de nivel intermedio, liberales y personajes de la izquierda política quiso restaurar el orden constitucional y devolver al poder a Bosch. La revuelta estalló precisamente el primer día de William Red Radborn como director de la CIA. Johnson había elegido a este almirante retirado, otro paisano de Texas, pese a las objeciones de sus asesores. Un antiguo colega describió luego la ceremonia de juramento de su cargo del almirante: «Cuando el presidente habló de él en tono amable y dijo que había peinado el país entero hasta encontrar al único hombre realmente capaz de dirigir la agencia y ese era él, a Red Raborn se le saltaron las lágrimas y le resbalaron por las mejillas y a cada poco le caía una por la barbilla».[62]

Raborn apenas duraría un año en el cargo, tiempo suficiente en cualquier caso para aplastar la democracia dominicana. Le dijo a Johnson: «No tengo la menor duda de que es el comienzo de la expansión de Castro». Johnson preguntó: «¿Cuántos terroristas tiene Castro en la República?». Ocho, contestó Raborn, sin mencionar que el memorándum de la CIA que daba por bueno ese dato también decía: «No existen pruebas de que el régimen de Castro esté implicado directamente en la insurrección». «No hay duda de que se trata de Castro —le comentó Johnson a Abe Fortas, su abogado—. Se están desplazando a otros lugares del hemisferio. Puede ser parte de un plan general de los comunistas relacionado con Vietnam».[63]

McNamara dudaba de la veracidad del informe de la CIA, pero Jack Valenti, ayudante especial del presidente, le advirtió: «Que tipos como Castro se hicieran con la República Dominicana supondría el mayor desastre político que esta o cualquier otra administración pueda padecer».[64] Johnson mandó veintitrés mil soldados y puso a otros diez mil en estado de alerta. Luego le habló al país: «Los dirigentes comunistas, muchos de los cuales se han formado en Cuba, buscan una oportunidad para fomentar el caos, poner pie en ese país y unirse a la revolución. Ejercen un control cada día mayor, y lo que empezó siendo una revolución popular comprometida con la democracia y la justicia social al poco tiempo [...] se ha pervertido y está en manos de una banda de conspiradores comunistas [...]. Las naciones americanas no pueden ni deben permitir, y no lo van a hacer, la consolidación de otro gobierno comunista en el hemisferio occidental».[65]



Tropas hondureñas en ruta hacia la República Dominicana para apoyar la invasión norteamericana de 1965. Estados Unidos aplastó una revuelta popular que pretendía restaurar el orden constitucional y devolver al poder a Juan Bosch, el presidente democráticamente elegido a quien recientemente habían echado los militares.

Ante el Consejo de Seguridad de la ONU, el representante soviético dijo que la intervención suponía una «grosera violación» de la Carta de las Naciones Unidas. Deploró las excusas del Gobierno norteamericano calificándolas de «sucias y vergonzosas», dijo que «superaban la obra de Goebbels y de todos los de su ralea», y se preguntó si los norteamericanos no serían capaces de mandar tropas a la República Dominicana «con mucha mayor libertad» que a Alabama, un estado «gobernado por racistas».[66] Un diplomático latinoamericano denunció a Estados Unidos por volver a «la diplomacia de las cañoneras».[67]

El presidente Bosch denigró la «sucia propaganda» de Estados Unidos y dijo que la intervención era tan inmoral como la invasión soviética de Hungría. «Una revolución democrática», declaró, había sido «aplastada por la primera democracia del mundo».[68] Incluso después de que los militares se hicieran con el poder, los reformistas se negaron a aceptar la restauración de un régimen represivo. Después de que las iniciativas de McGeorge Bundy para negociar un acuerdo fracasaran, Johnson envió a Abe Fortas a Puerto Rico para presionar a Bosch. Fortas, que luego sería juez del Tribunal Supremo, se lamentó: «Ese tío, Bosch, es el típico poeta-héroe latino y siente verdadero fervor por su maldita Constitución».[69] Finalmente resultó que, de los rebeldes, solo menos de cincuenta eran comunistas.

Pocas naciones tenían más importancia estratégica que Indonesia. Consistente en un inmenso archipiélago de media docena de islas grandes y millares de islas diminutas, se trataba del país musulmán más poblado del mundo. Además, se encontraba en mitad de las principales rutas marítimas de Asia y exportaba petróleo, caucho, estaño y otras materias primas de gran importancia. En 1948 George Kennan escribió: «El problema de Indonesia [es] […] el más crucial del momento en nuestra lucha contra el Kremlin. Indonesia es el ancla en la cadena de islas que se extiende entre Hokkaido y Sumatra, el lugar donde tendríamos que erigir una barrera frente al comunismo». En 1949 Indonesia expulsó por fin a los colonos holandeses poniendo fin a cuatro siglos de dominio interrumpidos únicamente por la ocupación japonesa durante la Segunda Guerra Mundial. Sukarno, líder del movimiento por la descolonización, tomó la presidencia y pronto se convirtió en una china en el zapato de Estados Unidos.[70]

En 1955 Sukarno acogió a los máximos dirigentes de veinticinco naciones de Ásia, África y Oriente Próximo en Bandung en la conferencia inaugural del movimiento de los países no alineados, que apelaba a la neutralidad entre los dos mastodontes que libraban la Guerra Fría. Ese movimiento apoyaba la descolonización y animaba a las naciones del Tercer Mundo a ejercer mayor control sobre sus recursos.

El secretario de Estado John Foster Dulles le tenía particular inquina a Sukarno por liderar esa iniciativa. En 1955 el muy adecuadamente llamado Health Alteration Committee [Comité de Alteración de la Salud] de la CIA contempló la posibilidad de asesinar al dirigente indonesio. «Se llegó a pensar en tal posibilidad», reconocería Richard Bissell, subdirector de la agencia. Tras la conferencia, Sukarno dio los pasos necesarios para acercarse al bloque comunista: visitó la Unión Soviética y China y compró armas en Europa Oriental. El Partido Comunista de Indonesia empezó, además, a desempeñar un papel relevante en su gobierno de coalición. La CIA intentó debilitarlo difundiendo el rumor de que mantenía relaciones con una bella rusa rubia que le tenía dominado. Se planeó el rodaje de un filme pornográfico sobre la historia de la pareja, pero no pudiendo encontrar a nadie parecido a Sukarno, intentaron colocarle una máscara al actor. La película, si es que llegó a rodarse, nunca se estrenó.[71]

Con el visto bueno de Eisenhower, la CIA apoyó un golpe de Estado de oficiales rebeldes ideado a finales de 1957. Unos pilotos de la agencia facilitaron suministros a los rebeldes y bombardearon objetivos militares y civiles. A finales de mayo, Estados Unidos se vio en una situación comprometida cuando uno de esos pilotos, Allen Pope, fue derribado y el gobierno de Sukarno lo

dio a conocer al mundo en una conferencia de prensa. Años después, Pope comentaría: «Me encantaba matar comunistas. Disfrutaba matando comunistas de la forma que fuera».[72] Eisenhower negó públicamente relación alguna con la tentativa de golpe y *The New York Times*, siempre tan cumplidor, dio fe de ello.[73]

El intento de golpe de Estado tuvo tanto éxito como la película pornográfica. La CIA hizo circular la noticia de que sus equipos en Indonesia no eran más que grupos de cazadores en busca de buenas piezas y entomólogos a quienes las revueltas habían sorprendido en plena tarea. Entre las víctimas de tan chapucera operación se encontraba Frank Wisner, jefe del Directorio de Planes (clandestinos, por supuesto) de la CIA, que acabó por volverse loco. Después de que le diagnosticaran «manía psicótica», estuvo seis meses en terapia de electroshock, lo que no fue óbice para que, más tarde, acabara de director de la delegación de la agencia en Londres. Sukarno respondió al golpe eliminando la mayoría de los partidos de la oposición y con manifestaciones mucho más duras sobre la política exterior norteamericana, especialmente en Vietnam.[74]

Tras el fallido golpe de Estado, el número de afiliados al Partido Comunista de Indonesia y su influencia crecieron exponencialmente. En parte como reacción, Indonesia afianzó sus relaciones con la China comunista. La CIA, por su parte, siguió haciendo planes para expulsar del poder a Sukarno. Bissell llegó a equipararlo con Patrice Lumumba: «Son dos de los peores personajes públicos que existen [...], perros rabiosos [...], un peligro para Estados Unidos».[75] Pero el presidente Kennedy obligó a cambiar de política. Sukarno visitó la Casa Blanca en 1961 y Robert Kennedy devolvió el favor viajando a Indonesia al año siguiente. Entretanto, el presidente colaboró en el acuerdo entre Indonesia y los Países Bajos —el antiguo colonizador— que evitó una guerra entre ambas naciones. Antes de la visita de Sukarno en 1961, Kennedy había dicho, al menos según el subsecretario de Estado Roger Hilsman: «Cuando reflexionas sobre asuntos como el apoyo de la CIA a la rebelión de 1958, el insistente antiamericanismo de Sukarno es comprensible». Sukarno tuvo noticia del comentario y lo valoró enormemente. Instó al presidente a visitar Indonesia y le prometió «la mayor recepción que se haya disfrutado nunca aquí». El 19 de noviembre, tres días antes de su asesinato, Kennedy decidió que visitaría Indonesia a primeros de 1964.[76]

Johnson invirtió el rumbo. Pero cuando amenazaba con interrumpir la ayuda económica a Indonesia, Sukarno le amonestó: «No amenace en público a Sukarno como si fuera un niño mimado al que se le niega un caramelo cuando no es bueno. Porque Sukarno no tendrá más remedio que decir: "Al infierno con su ayuda"».[77] Johnson se echó atrás temiendo que disminuir esa ayuda empujara a Indonesia al bando comunista y pusiera en peligro las jugosas inversiones norteamericanas. Decidió esperar un momento más propicio.

En octubre de 1964 se produjeron dos acontecimientos casi consecutivos de enorme repercusión en la política internacional. El 16 de octubre, el mundo se despertó con la noticia de que Nikita Kruschev ya no gobernaba la Unión Soviética. Su cargo se lo habían repartido dos de sus principales lugartenientes: Leónidas Breznev, nuevo secretario general del Partido Comunista, y Alexéi Kosiguin, nuevo primer ministro. Washington se llevó una sorpresa mayúscula. El relevo era consecuencia del empeoramiento de la situación económica y de una serie de fracasos en política exterior como la temeridad de emplazar misiles en Cuba y la humillación de tener que retirarlos. Kruschev, además, fue muy criticado por poner demasiado interés en la coexistencia pacífica con Estados Unidos. La expulsión, por otro lado, era también un guiño a los chinos, que la pedían como primer paso para reparar las relaciones entre los dos países.

El mismo día que llegaron las noticias de Moscú, los chinos hicieron estallar una bomba atómica en el campo de pruebas de Lop Nor. Las autoridades norteamericanas llevaban mucho tiempo anticipándolo. En realidad, Kennedy había sondeado varias veces a Kruschev ante la posibilidad de que se uniera a Estados Unidos en un ataque preventivo contra el campo de pruebas chino. Johnson,

en cambio, se resistió a las presiones del Pentágono para actuar unilateralmente y no quiso proseguir los contactos con la URSS sobre el ataque preventivo. Dos semanas antes, Dean Rusk había alertado a la opinión pública de la posibilidad de una prueba nuclear en China, pero eso no sirvió para amortiguar el golpe cuando finalmente se produjo. Los expertos calcularon que la bomba tenía entre diez y veinte kilotones. Johnson insistió en que pasarían muchos años antes de que los chinos contasen con «un arsenal de armas fiables con sistemas de lanzamiento eficaces».[78] El Gobierno norteamericano, no obstante, temía que, gracias al éxito de la prueba, China ganase prestigio y adoptara una postura más enérgica en el Sudeste Asiático.

Esa circunstancia motivó un cambio en Indonesia. En 1965, con tres millones y medio de afiliados, el PKI se convirtió en el tercer partido comunista más numeroso del mundo tras el soviético y el chino. Sukarno, envalentonado, repitió en numerosas ocasiones que Indonesia pronto llevaría a cabo pruebas atómicas, presumiblemente con la ayuda de China. Mientras, los activistas tomaron al asalto una biblioteca de la US Information Agency y saquearon el consulado norteamericano y el gobierno expropió ochenta mil hectáreas de las plantaciones de la United States Rubber Company y de Caltex, que era propiedad de Texas Company y de Standard Oil de California. El Gobierno estadounidense contempló la posibilidad de provocar un incidente que pusiera al ejército en contra del PKI. Para el embajador Howard Jones, un golpe fallido del PKI sería el catalizador más eficaz. Su sucesor, Marshall Green, llegó a Yakarta en julio. En su primer informe a Washington advirtió: «Sukarno promueve deliberadamente la causa del comunismo en Indonesia».

El 1 de octubre de 1965, un grupo de oficiales encabezados por el jefe de la guardia de palacio de Sukarno mató a seis generales tras acusarlos de conjura para acabar con Sukarno con el respaldo de la CIA. Misteriosamente, sin embargo, el general Abdul Haris Nasution, ministro de Defensa, y el general Suharto, comandante de la reserva estratégica del ejército, consiguieron escapar. Antes de acabar el día, Suharto se había hecho con las riendas del ejército y aplastado a los seguidores de Sukarno. Suharto acusó al PKI de estar detrás del incidente. El subsecretario de Estado George Ball expresó sus esperanzas de que el ejército quisiera «seguir adelante y purgar al PKI». El embajador Green instó a los militares a tomar medidas enérgicas. Estados Unidos echó al fuego toda la leña que pudo, aunque en realidad no existieran pruebas de la intervención del PKI.[79]

Los nuevos jefes militares pusieron en circulación fotos de los generales asesinados asegurando que los comunistas, y particularmente mujeres comunistas, los habían castrado y arrancado los ojos. Estados Unidos ayudó a difundir estas acusaciones. Más tarde, la autopsia reveló que eran completamente falsas. Pero el daño estaba hecho.

Incitados por los nuevos gobernantes, grupos organizados atacaron a miembros y simpatizantes del PKI en lo que *The New York Times* calificó como «una de las matanzas en masa más salvajes de la historia política moderna». Extremistas musulmanes formaron escuadrones de la muerte y a menudo desfilaban con la cabeza de sus víctimas clavada en una estaca. El *Times* describió así un incidente: «Llevaron a casi un centenar de comunistas, o presuntos comunistas, al jardín botánico y los barrieron con una ametralladora [...], clavaron en un palo la cabeza del director del colegio y la pasearon entre sus antiguos alumnos». Más tarde, la diplomacia norteamericana admitiría que había facilitado al Ejército indonesio los nombres de millares de personas de filiación comunista para que las eliminasen. Británicos y australianos dieron más nombres. Robert Martens, miembro de la embajada norteamericana en Yakarta, confesó sin arrepentirse: «Al ejército le fue de gran ayuda. Probablemente mataran a mucha gente, y probablemente yo tenga las manos manchadas de sangre, pero no es tan malo. Hay momentos en que tienes que apostar fuerte». El embajador Green reconoció que Estados Unidos tenía muchos más datos del PKI que los militares indonesios, que confiaron en la información proporcionada por los norteamericanos. Howard Federspiel, técnico del Departamento de Estado de Indonesia, afirmó: «Mientras fueran comunistas, a nadie le importaba que se los

cargasen. Nadie se molestó demasiado por todo aquel asunto». Estados Unidos se esforzó por cultivar relaciones más estrechas con los militares indonesios. Quizá una tercera parte de los generales y casi la mitad de los oficiales del Ejército indonesio habían recibido formación de los norteamericanos. McNamara defendió la intervención en la posterior investigación del Senado. «La ayuda —dijo a sus interlocutores— estaba más que justificada». Y rindió suculentos dividendos.[80]





ARRIBA: Sukarno, presidente de Indonesia, visitó Estados Unidos en 1956.

ABAJO: El presidente Nixon recibe al presidente Suharto, que tomó el poder en Indonesia tras masacrar, con ayuda de Norteamérica, a entre medio millón y un millón de comunistas y otros militantes de izquierda en lo que luego la CIA llamaría «uno de los peores asesinatos en masa del siglo XX».

En los meses siguientes se produjo la masacre de entre medio millón y un millón de comunistas y otros militantes de izquierdas. Muchos de ellos murieron víctimas de armas norteamericanas. Tal vez otro millón de personas fueran encarceladas, algunas durante varias décadas. McGeorge Bundy le comentó a Johnson que los acontecimientos posteriores al primero de octubre constituían «una enérgica vindicación de la política norteamericana».[81]

Con sus bases diezmadas, Sukarno se vio obligado a abandonar el poder en 1967. Le sustituyó Suharto. Los empresarios norteamericanos sintieron alivio. En diciembre de 1965, la embajada de Estados Unidos en Yakarta envió a Washington el siguiente telegrama: «Las presiones para evitar que los extranjeros ejerzan un control directo sobre la extracción de materias primas duran años». Sin Suharto, «la expulsión de las petroleras extranjeras sería un hecho».[82] Entre los extranjeros que ambicionaban concesiones se encontraba H. L. Hunt, petrolero de ideología marcadamente derechista. Hunt proclamó que Indonesia era la única victoria verdaderamente brillante de Estados Unidos en toda la Guerra Fría y dijo que la expulsión de Sukarno suponía «el mayor triunfo de la libertad desde la última batalla decisiva de la Segunda Guerra Mundial». A finales de 1968, un informe de los servicios de inteligencia decía lo siguiente a propósito de Indonesia:

> Parte esencial del programa económico del gobierno de Suharto [...] consiste en acoger de buen grado el regreso del capital extranjero a Indonesia. Unas veinticinco empresas europeas y norteamericanas han recuperado el control de minas,

propiedades y empresas nacionalizadas por Sukarno. Además, Suharto ha aprobado una legislación liberal con el fin de atraer a más inversores. Se ofrecen incentivos fiscales y ahora están garantizados los derechos a un control de la gestión, a la repatriación de beneficios y a compensaciones en caso de expropiación. Las perspectivas de la inversión privada extranjera en los sectores minero y petrolero son bastante buenas [...], en materias primas relativamente poco explotadas como el níquel, el cobre, la bauxita y la madera son muy buenas. Desde el punto de vista tanto del capital extranjero como del crecimiento económico de Indonesia, el sector más prometedor es el del petróleo. La producción de crudo, principalmente en los yacimientos de Caltex 5 de Sumatra central, ha alcanzado un promedio de seiscientos mil barriles al día; y en los próximos tres años es muy probable que se llegue al millón de barriles.[83]



Johnson, agotado, escucha una cinta llegada de Vietnam en julio de 1968. En detrimento de su presidencia y de la nación, antepuso Vietnam a su idea de la Gran Sociedad.

En 1968 la CIA reconoció: «Por número de muertos, las masacres anti-PKI de Indonesia constituyen uno de los peores asesinatos en masa del siglo XX».[84] El embajador Green dijo durante una sesión secreta del Comité de Relaciones Exteriores del Senado que, en realidad, nadie conocía a ciencia cierta el número de víctimas: «Lo calculamos simplemente a partir del número de pueblos y aldeas que quedaron despoblados».[85]

Suharto y otros dictadores militares siguieron en el poder varias décadas. A pesar de la enorme riqueza natural del país, el indonesio medio siguió estancado en la pobreza. En 1993 *The New York Times*, que tan pródigo fue siempre en elogios a Suharto, decía: «El sueldo medio en Indonesia es solo de dos o tres dólares diarios. El indonesio medio cree que la luz eléctrica y la canalización de agua son lujos inalcanzables».[86] Las empresas norteamericanas, sin embargo, florecieron en el amigable clima posterior que forjó la ayuda de los asesores estadounidenses y protegía un ejército brutal que reprimió con virulencia hasta los últimos vestigios de oposición.

Johnson, terco, vanidoso, basto y estrecho de miras, sacrificó su sueño de reformar Estados Unidos en aras de su obsesión anticomunista, escenificada en Vietnam, Indonesia y el resto del mundo. En 1970, recordando, le dijo a la historiadora Doris Kearns que se había visto ante una elección imposible y había terminado por sacrificar «a la mujer que amaba, la Gran Sociedad, por enrollarse con una puta guerra al otro extremo del mundo». Pero de no haberlo hecho, le habrían tachado de «cobarde» y a los Estados Unidos, de «blando pacificador».[87] Aseguraba, además, que tomó la decisión a sabiendas de las consecuencias que tendría para él y comprendiendo que guerras anteriores habían acabado con los sueños y esperanzas de otras generaciones:

Me daba cuenta, claro que me daba cuenta. Hay en la historia demasiados casos en que el ruido de los sables arranca de cuajo los sueños y esperanzas de los mejores reformistas: la guerra con España de 1898 sofocó el espíritu popular; la Primera Guerra Mundial acabó con la New Freedom de Woodrow Wilson; la Segunda Guerra Mundial puso fin al New

Deal. La guerra, en cuanto empieza... todos los conservadores del Congreso la utilizan como arma contra la Gran Sociedad [...]; en mi caso la aprovecharon para decir que estaban contra mis programas, no porque estuvieran en contra de los pobres [...], sino porque primero había que ocuparse de la guerra. Primero teníamos que vencer a esos impíos comunistas, luego ya podríamos ocuparnos de los pobres. Y luego estaban los generales... Ah, a los generales les encanta la guerra. Es complicado convertirse en héroe sin una guerra. Los héroes necesitan batallas, bombas y balas para ser héroes. Por eso soy tan suspicaz con los militares. Tienen una valoración muy estrecha de cualquier cosa. Todo lo ven desde un punto de vista militar.

Cuando las circunstancias le obligaron, Johnson tomó su decisión... y las consecuencias siempre definirán su legado y mancillarán a la nación cuyas tropas comandaba. «Perder la Gran Sociedad —se lamentaba— es un pensamiento horrible, pero no tan horrible como la idea de ser responsable de que Estados Unidos pierda una guerra contra los comunistas. No puede haber nada peor».[88]

Algunos dirían que Estados Unidos vendió su alma en las junglas de Vietnam. Y al hacerlo pagó un doble precio. La guerra, que Estados Unidos perdería ignominiosamente pese a los esfuerzos de Johnson, también supuso el principio del fin del último periodo de reformas sociales y políticas importantes de que Estados Unidos haya sido testigo. Estados Unidos prometió cañones y mantequilla, y solo llegaron los cañones. La prosperidad de la posguerra primero aminoró el paso y luego se paró en seco.

[1] Jean Daniel, «When Castro Heard the News», *New Republic*, 7 de diciembre de 1963, pp. 7-8.

[2] David Talbot, *Brothers: The Hidden History of the Kennedy Years*, Free Press, NYC, 2007, p. 33.

[3] James W. Douglass, *JFK and the Unspeakable: Why He Died and Why It Matters*, Orbis, Maryknoll (Nueva York), 2008, p. 381.

[4] Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Hill and Wang, NYC, 2007, p. 192; Michael Dobbs, *One Minute to Midnight: Kennedy, Khrushchev and Castro on the Brink of Nuclear War*, Random House, NYC, 2009, p. 350.

[5] Jim F. Heath, *Decades of Disillusionment: The Kennedy-Johnson Years*, Indiana University Press, Bloomington (Indiana), 1975, p. 36.

[6] Doris Kearns Goodwin, *Lyndon Johnson and the American Dream*, Harper & Row, NYC, 1976, p. 95.

[7] David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Random House, NYC, 1972, p. 298.

[8] Goodwin, *Lyndon Johnson and the American Dream*, pp. 230, 251.

[9] John McCone, Memorandum, November 24, 1963, *http://www.presidency. ucsb.edu/vietnam/showdoc.php?docid=7*.

[10] Gareth Porter, *Perils of Dominance: Imbalance of Power and the Road to War in Vietnam*, University of California Press, Berkeley, 2005, pp. 182-183.

[11] Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, NYC, 2007, pp. 237-239.

[12] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 213.

[13] John Prados, *The Hidden History of the Vietnam War*, Ivan R. Dee, NYC, 1995, p. 15.

[14] Sidney Lens y Howard Zinn, *The Forging of the American Empire*, Pluto Press, Londres, 2003, p. 422.

[15] Carl Oglesby y Richard Shaull, *Containment and Change*, Macmillan, Nueva York, 1967, p. 116.

[16] Jeffrey P. Kimball (ed.), *To Reason Why: The Debate About the Cause of U.S. Involvement in the Vietnam War*, Temple University Press, Filadelfia, 1990, p. 271.

[17] Lloyd Gardner, *Pay Any Price: Lyndon Johnson and the Wars for Vietnam*, Ivan R. Dee, Nueva York, 1995, p. 233.

[18] Marilyn B. Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, HarperPerennial, NYC, 1991, p. 120.

[19] John Prados, *Vietnam: The History of an Unwinnable War, 1945-1975*, University Press of Kansas, Lawrence, 2009, p. 114.

[20] Young, *op. cit.*, p. 129.

[21] Fredrik Logevall, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of War in Vietnam*, University of California Press, Berkeley, 1999, p. 357.

[22] Loren Baritz, *Backfire: A History of How American Culture Led Us into Vietnam and Made Us Fight the Way We Did*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1998, p. 156.

[23] Prados, *The Hidden History of the Vietnam War*, p. 296.

[24] Halberstam, *The Best and the Brightest*, p. 533.

[25] Gardner, *Pay Any Price*, p. 203.

[26] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996, p. 566.

[27] Daniel Ellsberg, *Secrets: A Memoir of Vietnam and the Pentagon Papers*, Viking, Nueva York, 2002, p. 92.

[28] «Russia Says U.S. Claims Right to Start A-War», *The Washington Post*, 27 de abril de 1965.

[29] «Red Raps U.S. in U.N.», *Chicago Daily Defender*, 27 de abril de 1965.

[30] Rupert Cornwell, «Obituary: William Bundy», *Independent*, 12 de octubre de 2000; «Ky Warns of Fight If "Reds" Win Vote», *The New York Times*, 14 de mayo de 1967; «Ky Is Said to Consider Hitler a Hero», *The Washington Post*, 10 de julio de 1965; James Reston, «Saigon: The Politics of Texas and Asia», *The New York Times*, 1 de septiembre de 1965.

[31] Neil Sheehan, *A Bright Shining Lie: John Paul Vann and America in Vietnam*, Random House, Nueva York, 1988, p. 524.

[32] Ellsberg, *Secrets*, p. 96.

[33]*Ibid*., p. 97.

[34] Christian G. Appy, *Patriots: The Vietnam War Remembered from All Sides*, Viking, Nueva York, 2003, pp. 122-123. [*La guerra de Vietnam: una historia oral*, trad. de Martín Aldalur, Crítica, Barcelona, 2008].

[35] Rowland Evans y Robert D. Novak, *Lyndon B. Johnson: The Exercise of Power*, New American Library, Nueva York, 1966, p. 539.

[36] Young, *The Vietnam Wars*, p. 141.

[37] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 285.

[38] David J. Garrow, *Bearing the Cross: Martin Luther King, Jr. and the Southern Christian Leadership Council*, William Morrow, Nueva York, 1986, p. 560.

[39] Halberstam, *The Best and the Brightest*, p. 633.

[40]*Ibid*., p. 434.

[41] John Dumbrell, *President Lyndon Johnson and Soviet Communism*, Manchester University Press, Manchester (Reino Unido), 2004, p. 12.

[42] En conjunto, las revueltas de los guetos de 1967 dejaron 88 muertos, 1.397 heridos, 16.389 detenidos y 2.157 convictos, y unas pérdidas económicas de 665 millones de dólares, *véase* Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 286.

[43] Walter Lippmann, «Today and Tomorrow: The CIA Affair», *The Washington Post*, 21 de febrero de 1967.

[44] Weiner, *Legacy of Ashes*, pp. 278-280; Tim Weiner, «Angleton's Secret Policy», *The New York Times*, 26 de junio de 2007.

[45] Nhu Tang Tru'o'ng, David Chanoff y Van Toai Doan, *A Vietcong Memoir: An Inside Account of the Vietnam War and Its Aftermath*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1985, p. 167.

[46] «Wilson Warns Against Use of Nuclear Arms», *Los Angeles Times*, 12 de febrero de 1968.

[47] General William C. Westmoreland, *A Soldier Reports*, Doubleday, Nueva York, 1976, p. 338.

[48] Jules Boykoff, *The Suppression of Dissent: How the State and Mass Media Squelch US American Social Movements*, Routledge, Nueva York, 2006, p. 202.

[49] Jules Boykoff, *Beyond Bullets: The Suppression of Dissent in the United States*, AK Press, Oakland (California), 2007, pp. 180-181.

[50] Walter LaFeber, *The Deadly Bet: LBJ, Vietnam and the 1968 Election*, Rowman & Littlefield, Lanham, (Maryland), 2005, p. 60.

[51] Robert D. Schulzinger, *A Time for War: The United States and Vietnam, 1941-1975*, Oxford University Press, Nueva York, 1997, p. 266.

[52] John Gerassi, *The Great Fear in Latin America*, Collier, Nueva York, 1965, pp. 19-20, 129. [*El gran miedo de América Latina*, trad. de Ramón Gil Novales, Edicions 62, Barcelona, 1970].

[53] Britta H. Crandall, *Hemispheric Giants: The Misunderstood History of U.S.-Brazilian Relations*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2011, p. 98; David F. Schmitz, *Thank God They're on Our Side: The United States and Right-Wing Dictatorships, 1921-1965*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999, pp. 272-273.

[54] Schmitz, *Thank God They're on Our Side*, p. 265.

[55] Joseph Smith, *Brazil and the United States: Convergence and Divergence*, University of Georgia Press, Athens, 2010, p. 161.

[56] Noam Chomsky, *Hegemony or Survival: America's Quest for Global Dominance*, Henry Holt, Nueva York, 2003, p. 92. [*Hegemonía o supervivencia: la estrategia imperialista de Estados Unidos*, trad. de Miguel Izquierdo, Ediciones B, Barcelona, 2004].

[57] William Blum, *Killing Hope: U.S. Military and CIA Interventions Since World War II*, Common Courage Books, Monroe (Maine), 1995, p. 168.

[58] James N. Green, *We Cannot Remain Silent: Opposition to the Brazilian Military Dictatorship in the United States*, Duke University Press, Durham (Carolina del Norte), 2010, p. 22.

[59] H. W. Brands, *The Wages of Globalism: Lyndon Johnson and the Limits of American* Power, Oxford University Press, Nueva York, 1995, p. 49.

[60] Guian A. McKee, ed. *The Presidential Recordings: Lyndon B. Johnson*, vols. 4-6, W. W. Norton, Nueva York, 2007, p. 18.

[61] Ronald G. Hellman y H. Jon Rosenbaum, *Latin America: The Search for a New International Role*, Wiley, Nueva York, 1975, p. 80.

[62] Michael Wines, «William F. Raborn Is Dead at 84; Led Production of Polaris Missile», *The New York Times*, 13 de marzo de 1990.

[63] Weiner, *Legacy of Ashes*, pp. 250-251.

[64] Schmitz, *Thank God They're on Our Side*, p. 284.

[65] «Text of Johnson's Address on U.S. Moves in the Conflict in the Dominican Republic», *The New York Times*, 3 de mayo de 1965.

[66] Thomas J. Hamilton, «Sharp U.N. Clash», *The New York Times*, 4 de mayo de 1965.

[67] «Dominican Issues», *The New York Times*, 9 de mayo de 1965.

[68] Homer Bigart, «Bosch Gives His Version of Revolt», *The New York Times*, 8 de mayo de 1965.

[69] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005, p. 152.

[70] Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration and the Cold War*, Stanford University Press, Stanford (California), 1992, p. 260.

[71] Blum, *Killing Hope*, p. 102.

[72] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 151.

[73] Blum, *Killing Hope*, p. 103; «Aid to Indonesian Rebels», *The New York Times*, 9 de mayo de 1958.

[74] Weiner, *Legacy of Ashes*, pp. 142-154.

[75] Douglass, *JFK and the Unspeakable*, p. 259; Evan Thomas, *The Very Best Men: Four Who Dared: The Early Years of the CIA*, Touchstone, Nueva York, 1995, pp. 232-233.

[76] Douglass, *JFK and the Unspeakable*, pp. 257-259, 376.

[77] Westad, *The Global Cold War*, p. 186.

[78] Samuel B. Griffith, *The Chinese People's Liberation Army*, McGraw-Hill, Nueva York, 1967, p. 286.

[79] David F. Schmitz, *The United States and Right-Wing Dictatorships, 1965-1989*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006, p. 45.

[80] Blum, *Killing Hope*, pp. 193-196.

[81] Schmitz, *The United States and Right-Wing Dictatorships*, p. 48.

[82] Bradley R. Simpson, *Economists with Guns: Authoritarian Development and U.S.-Indonesian Relations, 1960-1968*, Stanford University Press, Stanford (California), 2008, p. 171.

[83] Edward C. Keefer (ed.), *Foreign Relations of the United States, 1964-1968: Indonesia, Malaysia-Singapore, Philippines*, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 2001, p. 571.

[84] Schmitz, *The United States and Right-Wing Dictatorships, 1965-1989*, p. 48.

[85] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 261.

[86] Philip Shenon, «Indonesia Improves Life for Many but the Political Shadows Remain», *The New York Times*, 27 de agosto de 1993.

[87] Young, *The Vietnam Wars*, p. 106.

[88] Goodwin, *Lyndon Johnson and the American Dream*, pp. 251-252, 259-260.

CAPÍTULO 9. NIXON Y KISSINGER. EL LOCO Y EL PSICÓPATA

Richard Nixon y Henry Kissinger dominaron su época como pocos hombres lo han hecho. Sus audaces iniciativas acercaron al mundo a la paz. Pero, asimismo, impulsaron políticas crueles y vengativas que empañaron cuanto habían logrado. Constituían una pareja tan improbable como se haya visto jamás entre altos mandatarios de cualquier país. A Kissinger Nixon le parecía «un hombre muy raro [...], desagradable [...], nervioso [...], artificial [...]. Y aborrece conocer gente nueva». Le extrañaba que alguien tan solitario se hubiera hecho político: «La gente no le gusta», concluyó.[1] El jefe de gabinete de su gobierno, Bob Haldeman, que compartió muchas horas con él, dijo: «Nixon nunca me vio como persona. No me veía [...] como ser humano [...]. Es hoy, y no sabe cuántos hijos tengo, ni sabe nada de mi vida privada».[2]

Kissinger y Nixon en el fondo se despreciaban. Se peleaban sin cesar por ver quién se llevaría el mayor mérito. Kissinger menospreciaba a Nixon, lo llamaba «ese loco», «nuestro borracho amigo» y «cabeza de albóndiga». Pero en su presencia le lisonjeaba. Nixon llamaba a Kissinger su «chico judío» y «psicópata».[3] Pero el *loco* y el *psicópata* compartían la misma idea de Estados Unidos como líder del mundo. Woodrow Wilson había sido para Nixon «el mayor presidente del siglo» por tener «la visión más grandiosa del papel de Estados Unidos en la política internacional». Wilson proclamó que Estados Unidos habría de ser el salvador del mundo. Kissinger dijo: «La experiencia nos demuestra que tanto nosotros mismos como lo que hemos hecho tenemos una importancia universal, una relevancia que va más allá de las fronteras y abarca el bienestar de toda la humanidad. Estados Unidos no sería el mismo si no tuviera significado más allá de sí mismo. Por eso los norteamericanos siempre han visto su papel en el mundo como la manifestación externa de un estado de gracia interno».[4] Sin embargo, ni Kissinger ni Nixon comprendieron que el ejercicio del poder de Estados Unidos debía basarse en la honradez.

Lawrence Eagleburger, que colaboró estrechamente con Kissinger muchos años, observó: «Henry piensa en términos de balanza de poder. Cree profundamente en la estabilidad. Y son objetivos que no casan con la historia de Estados Unidos. Los norteamericanos [...] persiguen un conjunto de principios morales. Henry no tiene una idea intrínseca del sistema político norteamericano y no parte de sus mismos valores y presunciones básicos».[5] A Nixon y a Kissinger les aguardaba un destino muy distinto. Nixon cayó por mezquino, venal, suspicaz y ambicioso. Kissinger, que tenía tantos defectos como él, obtuvo el premio Nobel de la Paz. Pero acusaciones muy feas y la amenaza de un proceso por crímenes de guerra lo perseguirían el resto de sus días.

El año 1968 fue uno de los más extraordinarios del siglo xx. Estados Unidos y el planeta entero bullían de energía. El cambio se palpaba. Unas elecciones cruciales enfrentaron al republicano Richard Nixon con el demócrata Hubert Humphrey, cuya imagen, desde su cargo de vicepresidente, había quedado mancillada por años de defensa obsequiosa de la política de Johnson en Vietnam. Sorprendentemente, un mes antes de los comicios, las encuestas decían que George Wallace, gobernador segregacionista de extrema derecha de Alabama que compartía candidatura con el general Curtis LeMay, obtendría el 21 por ciento de los votos. Su mensaje, ley y orden ante todo, resonó entre muchos votantes blancos preocupados por las revueltas de los guetos, las protestas en los campus universitarios y el aumento de la criminalidad.



Nixon y Kissinger dan un paseo por los jardines de la parte sur de la Casa Blanca. En privado se despreciaban y eran la pareja más inopinada que jamás compartió presidencia y política exterior. Su audacia acercó al mundo a la paz, pero también iniciaron políticas crueles y vengativas que empañaron sus logros.

Los niños del *baby boom* de posguerra habían empezado a llenar las aulas universitarias en 1964. Imbuidos del idealismo de la juventud, inspirados por el movimiento pro derechos civiles y los dogmas contra la Guerra Fría, sus protestas recorrieron el país de punta a cabo. En abril de 1968, los alumnos de la Universidad de Columbia ocuparon varios edificios del campus en abierto desafío al trato que la Universidad daba a la comunidad negra del barrio circundante y al apoyo académico a la investigación con fines militares. Grayson Kirk, el rector, declaró: «Un número alarmante de nuestros jóvenes parecen rechazar toda figura de autoridad [...] y se han refugiado en un nihilismo tácito y turbulento que solo tiene metas destructivas. No conozco ningún otro momento de nuestra historia en que el abismo generacional haya sido tan profundo y potencialmente peligroso».[6]

Kirk se encontraba en lo cierto con respecto al abismo generacional, pero en lo referente al nihilismo no podía estar más lejos de la verdad. Al cabo de ocho días, la policía de Nueva York sacó violentamente a los manifestantes del campus de Columbia. Hubo ochocientos detenidos y más de cien heridos. De las protestas, Nixon dijo que se trataba de «la mayor escaramuza revolucionaria. Quieren tomar las universidades de este país y transformarlas en santuarios para radicales y vehículos para lograr metas revolucionarias en lo político y lo social».[7] La virulencia de la represión pareció confirmar la opinión de los estudiantes radicales en el sentido de que, cuando la presión resultara excesiva, los políticos recurrirían a la violencia contra sus conciudadanos, que era lo mismo que hacían por defender los intereses empresariales y geopolíticos de Norteamérica en Vietnam e Indonesia.



Agosto de 1968, convención nacional del Partido Demócrata en Chicago. Unos policías armados con porras cargan

indiscriminadamente no solo contra los manifestantes, sino también contra los transeúntes y la prensa en lo que posteriormente una comisión especial llamaría «los disturbios de la policía».

Las revueltas estudiantiles y de jóvenes trabajadores convulsionaron todas las naciones industriales. Hubo manifestaciones masivas en Praga, París, Tokio, Berlín Occidental, Madrid, Roma, Turín y Ciudad de México, donde policía y militares, equipados por los norteamericanos, masacraron a los estudiantes.

En Estados Unidos, el movimiento antibelicista plantó cara al *establishment* del Partido Demócrata y prestó su apoyo a Robert Kennedy y Eugene McCarthy. En junio Robert Kennedy fue asesinado minutos después de su victoria en las primarias de California. Las esperanzas de alternativa progresista a la insípida «política de la alegría» de Hubert Humphrey acabaron de un plumazo. En agosto todos los delegados contrarios a la guerra y diez mil manifestantes se congregaron en la convención nacional del Partido Demócrata en Chicago. Tuvieron que enfrentarse a doce mil agentes de la policía de la ciudad, seis mil miembros de la Guardia Nacional y un millar de agentes del FBI. Además, el gobierno desplegó a siete mil quinientos soldados para vigilar a la comunidad negra. Las cámaras de televisión mostraron a policías armados con porras cargando indiscriminadamente no solo contra los manifestantes, sino también contra los transeúntes y la prensa en lo que posteriormente una comisión especial llamaría «los disturbios de la policía».



Nixon durante la campaña electoral de 1968. Tras valerse del resentimiento de la que llamaba «mayoría silenciosa» con los manifestantes contra la guerra de Vietnam y asegurar que tenía un plan secreto para poner fin al conflicto, Nixon derrotó a Hubert Humphrey por escaso margen.

Por una apabullante diferencia de dos a uno, sin embargo, la opinión pública se puso del lado de la policía frente a los manifestantes. Para Nixon, esa opinión pública constituía «la mayoría silenciosa» y se valió de su resentimiento para llegar a la Casa Blanca derrotando a Humphrey por muy escaso margen. Los altercados acabaron definitivamente con la esperanza de Johnson de que, en el último momento, una convención muy reñida le apoyara. Porque pese a todo seguía dominando el aparato del partido y pudo bloquear la plataforma moderada sobre Vietnam que Humphrey necesitaba desesperadamente. Clark Clifford afirmó que la derrota de dicha plataforma supuso «un desastre para Humphrey».[8] Tampoco ayudó mucho a Humphrey esperar hasta finales de septiembre para distanciarse de la impopular política de Johnson en Vietnam. Nixon, en cambio, insistía en que tenía un plan secreto para poner fin a la guerra, aunque se negaba a divulgar los detalles. En realidad, ese «plan», como luego admitiría el secretario de Defensa Melvin Laird, se reducía a poco más que una estrategia para sojuzgar a Vietnam del Norte.[9]

Las últimas semanas de campaña, Johnson reanudó las conversaciones de paz, estancadas desde hacía tiempo, y ordenó la interrupción de los bombardeos de Hanói y la vuelta a la mesa de

negociaciones. Temiendo precisamente esa «sorpresa de octubre», Nixon sumó a su equipo para mediar con el Gobierno sudvietnamita a Anna Chennault, viuda del afamado general Claire Chennault, héroe de la Segunda Guerra Mundial. Johnson la puso bajo vigilancia y a finales de octubre supo que había recomendado al presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu, que se retirase de las conversaciones porque con Nixon obtendría mejores condiciones. Para Johnson, Nixon se portó como un traidor. Pero a falta de pruebas concluyentes, Hubert Humphrey, un tanto estúpidamente, se negó a sacar a la luz sus maquinaciones. «Johnson estaba furioso», comentaría Joseph Califano, un empleado de la Casa Blanca. No revelar la «traición» de Nixon fue, en opinión del presidente, «la mayor tontería del mundo» y demostraba que Humphrey no tenía «pelotas, aguante, ni firmeza». Y tal vez ese silencio le costase la presidencia.[10]

A menos de una semana de las elecciones, Thieu y el vicepresidente Ky se levantaron finalmente de la mesa de negociaciones, sellando el destino de Humphrey —años después, Anna Chennault, ya copresidenta de la organización Republican Women for Nixon [Mujeres Republicanas con Nixon], confesó cuál había sido su papel—. Hasta ese día, Johnson en realidad apenas intervino a favor de Humphrey. Que Nixon continuase con su política en Vietnam parecía lo más probable. Humphrey, en cambio, buscaría, o eso declaró, la paz a cualquier precio. Johnson obligó incluso al FBI a pinchar los teléfonos del candidato demócrata para saber si pensaba oponerse a la guerra.

Nixon tenía otra fuente de información. Henry Kissinger, a la sazón profesor en Harvard, que había sido asesor de Nelson Rockefeller, gobernador de Nueva York y adversario del propio Nixon en las primarias del Partido Republicano. Cuando Nixon consiguió la designación, Kissinger se echó a reír: «Ese hombre es [...] un desastre [...]; si sale elegido, el país entero se convertirá también en un desastre». Y añadió: «Ese hombre no vale para presidente».[11] Esa opinión, sin embargo, no le impidió ofrecerle información secreta sobre las conversaciones de paz de París, información que Nixon utilizó para sabotearlas. A primeros de octubre, además, le alertó de que avanzaban por buen camino y de que, gracias a eso, la interrupción de los bombardeos era inminente. La delegación de Estados Unidos en París, le dijo, estaba «descorchando champán».[12]

Kissinger colaboraba al mismo tiempo con la candidatura de Humphrey. Dijo a Zbigniew Brzezinski: «Mire, hace años que odio a Nixon»; y le ofreció ver «esos archivos con toda la mierda [de Rockefeller]» que estaban en manos de Nixon.[13] Humphrey creía, ingenuamente, que Kissinger trabajaba para él. Luego diría que, en caso de ganar las elecciones, le nombraría consejero de Seguridad Nacional.

Nixon apenas se interesaba por la política interior, que en cierta ocasión desdeñó diciendo que era como «hacer retretes en Peoria» [la pequeña ciudad de Illinois].[14] Su programa en ese aspecto siempre fue moderado y marginó a los conservadores más acérrimos. Pero donde esperaba dejar huella era en política exterior. Kissinger y él decidieron prescindir de los «imposibles bujarrones»[15] del Departamento de Estado y gestionarla desde la Casa Blanca exclusivamente. Nixon escogió a su secretario de Estado atendiendo a este criterio y eligió al abogado William Rogers, que le había confesado que apenas sabía nada de la materia. Nixon dijo luego: «Por su ignorancia le di el cargo»;[16] y Kissinger montó en cólera: «Pocos secretarios de Estado habrán sido elegidos por la fe ciega de su presidente en su ignorancia»[17] y se aseguró de que Rogers quedase al margen del grupo que estaba al tanto de los datos básicos de los servicios de inteligencia y, por tanto, se encargaba de las decisiones cruciales. La política de la pareja Nixon/Kissinger, finalmente, fue menos ideológica de lo esperado. «La democracia de estilo americano —declaró el presidente en 1967— no tiene por qué ser necesariamente la mejor forma de gobierno para los pueblos de Asia, África y Latinoamérica, con una historia y unas circunstancias completamente distintas a las nuestras»,[18] y aconsejó a Kissinger que se despreocupara de África. «Henry —le dijo —, deja que Rogers se ocupe de los negritos, que ya nos ocuparemos nosotros del resto del mundo».

[19]

Durante el traspaso de poderes, Kissinger encargó a RAND Corporation, la organización independiente dedicada a diseñar estrategias, que pensara en varias opciones para Vietnam. RAND asignó el trabajo a Daniel Ellsberg, que acababa de terminar un estudio secreto para Robert McNamara sobre la intervención norteamericana en la guerra que acabaría llamándose *The Pentagon Papers* [*Los papeles del Pentágono*]. Al elaborar el nuevo encargo, Ellsberg se negó por principio a incluir la opción nuclear, o la opción de la victoria, porque la victoria le parecía inalcanzable.

El segundo informe de Ellsberg, NSSM 1, planteaba una serie de interrogantes. Como respuesta, el Estado Mayor Conjunto declaró que, como mucho, Estados Unidos podía pensar en tener el control de Vietnam del Sur en ocho o trece años, pero a costa de un altísimo precio en vidas y en dólares. Ante dicha perspectiva, Nixon tomó la decisión de salir de Vietnam lo antes posible, pero insistió en hacerlo con sus condiciones —«con honor»—, aunque significara asolar el Sudeste Asiático en tanto se alcanzaba la paz.[20]

Poco a poco, Nixon fue trasladando el peso de la lucha de las tropas del Ejército estadounidense, que contaban con quinientos cuarenta y tres mil hombres, a los soldados vietnamitas entrenados y equipados por los norteamericanos, si bien dejó claro a Hanói que eso no significaba que tuviera menos interés en la victoria. Primero intensificó los bombardeos de Vietnam del Sur y Laos, y luego, en marzo de 1969, empezó a bombardear campamentos norvietnamitas en Camboya. Era la manera de anunciar que no se detendría ante límites establecidos y que podía actuar de modo irracional en caso de ser provocado. Al explicarle la «teoría del loco» a Bob Haldeman en 1968, destacó la importancia de la amenaza nuclear.[21]

Tampoco está claro que solo fuera un farol. J. Robert Oppenheimer se entrevistó con Nixon siendo este vicepresidente de Eisenhower y al poco tiempo le dijo a un amigo: «Acabo de tener una reunión con el hombre más peligroso que he conocido en mi vida».[22] Nixon, de hecho, apoyó el empleo de bombas atómicas para ayudar a los franceses en Dien Bien Phu.



Soldados sudvietnamitas de instrucción en 1970. En abril de 1969, Nixon aprobó los planes de retirada de las tropas estadounidenses y su sustitución por soldados vietnamitas bien entrenados y equipados por norteamericanos. Si esto no funcionaba, siempre podía jugar «la carta del loco»: amenazar a Vietnam del Norte con un ataque nuclear.

Temiendo protestas generalizadas por el bombardeo de Camboya, la administración ideó un elaborado sistema de blancos duales destinado a borrar todas las pruebas. Cada noche, el mayor Hal Knight, comandante del emplazamiento de radares de la base aérea de Bien Hoa, recibía blancos alternativos para marcárselos a los pilotos, que habían jurado guardar secreto. Ni siquiera el operador de radio que recibía los informes de la operación ni los oficiales del servicio de inteligencia que los archivaban sabían que los objetivos originales, en Vietnam, no habían sido bombardeados. Knight, que era consciente de que sus acciones violaban el código de justicia militar,

informó finalmente al Congreso en 1973.[23]

Cuando, en abril de 1969, *The New York Times* reveló los bombardeos de Camboya, Kissinger llamó a Melvin R. Laird, nuevo secretario de Defensa, «hijo de puta» y lo acusó de filtrar la noticia. Nixon, igualmente furioso, ordenó a J. Edgar Hoover poner micrófonos a tres de los principales ayudantes de Kissinger, a un alto cargo de Defensa y a cuatro periodistas. Más tarde, otras personas se sumarían a esa lista.[24]

En caso de que ni con amenazas ni con bombardeos Nixon lograra que el FLN y Vietnam del Norte hincaran la rodilla, Kissinger y él se prepararon para asestar otro golpe, el definitivo. El presidente y el almirante Thomas Moorer, jefe de operaciones navales, redactaron en secreto el plan de la Operación Duck Hook sin que Laird lo supiera.[25] Kissinger dio instrucciones a un comité especial del Consejo de Seguridad Nacional de evaluar el plan: «Me niego a creer que una potencia de cuarta categoría como Vietnam del Norte no tenga puntos débiles [...]. El cometido de este grupo consiste en examinar la posibilidad de asestar un golpe brutal y definitivo a Vietnam del Norte. Su análisis no tiene, por otra parte, ningún tipo de condicionamientos».[26]

Roger Morris, coordinador de investigación del grupo de planificación, fue testigo de una discusión sobre unos planes de bombardeo nuclear en la zona norte. Y señaló: «No dejaban de emplear la palabra "brutal" [...], un golpe brutal e ininterrumpido sobre Vietnam del Norte para acabar con ellos».[27] Haldeman le dijo a Charles Colson, consejero especial de Presidencia, que Kissinger había apoyado la opción nuclear «en la primavera y el otoño de 1969». Laird declaró que la amenaza nuclear «siempre fue una opción» para Kissinger.[28] Incluso sin armas nucleares, Duck Hook sería incomparablemente brutal. Incluía diversas opciones como la invasión de Vietnam del Norte, bombardeos de saturación de Hanói y Haiphong, el minado del puerto de Haiphong y bombardear las presas de Vietnam del Norte para destruir la base alimentaria de este país. Kissinger se entrevistó en secreto con los vietnamitas en París a primeros de agosto y les trasladó el ultimátum previsto: «Si el 1 de noviembre no se han hecho grandes progresos en aras de una solución, nos veremos obligados, con gran pesar y renuencia, a tomar drásticas medidas de terribles consecuencias».[29] El 2 de octubre, Kissinger envió a Nixon un memorándum alto secreto que decía: «Debemos estar preparados para tirar del hilo que sea necesario [...]. Para conseguir los mayores efectos en la mentalidad de Hanói, la acción ha de ser contundente».[30]



Una bomba explota en O Dar, Camboya, en noviembre de 1970. Nixon y Kissinger iniciaron en secreto los bombardeos de Camboya en marzo de 1969. Nixon declaró que aplastarían el país, mandarían tropas de tierra y no revelarían la operación ni al Congreso ni a los pacifistas.

A finales de septiembre, Kissinger estaba reunido con el embajador soviético Anatoli Dobrinin cuando le interrumpió una llamada —acordada de antemano— del presidente Nixon. Tras colgar el

teléfono, Kissinger advirtió a Dobrinin: «Es una pena que todos nuestros esfuerzos por negociar hayan fracasado. El presidente me ha dicho que el tren acaba de abandonar la estación y ya avanza por las vías».[31]

Por fortuna, el tren regresó a la estación. Por diversos motivos, entre ellos la oposición de Laird y Rogers, la preocupación por la eficacia, el aumento de la mentalidad antibélica y las multitudinarias manifestaciones en contra de la guerra, finalmente Nixon desconvocó Duck Hook. «La única posibilidad de que mi ultimátum saliera bien —razonó— se cifraba en convencer a los comunistas de que siempre contaría con apoyo en mi país si ellos optaban por descubrir mi juego. Pero a medida que la intensidad del movimiento contrario a la guerra crecía, disminuían las posibilidades de que yo contara con dicho apoyo».[32] Aun así, temerariamente se dejó llevar por su dureza y resolución.

El 13 de octubre de 1969, Nixon transmitió al ejército la orden secreta de permanecer en alerta nuclear. Los bombarderos del SAC, equipados con armamento nuclear, se dispersaron por bases militares y aeródromos civiles esperando la orden de ataque. Treinta y dos B-58, ciento cuarenta y cuatro B-52 y ciento ochenta y nueve KC-135, aviones cisterna, se aprestaron para entrar en combate. Nixon quería indicar a los soviéticos que más les valía aumentar las presiones para que Hanói aceptara volver a la mesa de negociaciones.[33] A Laird le parecía un gesto fútil de cara a Vietnam y una imprudencia, porque Moscú podía malinterpretar las intenciones del presidente. Sin inmutarse, Estados Unidos prosiguió la intensificación el 25 de octubre y equipó a más bombarderos y los situó en las pistas de despegue del SAC. Al día siguiente, el SAC hizo volar a varios B-52 con armamento nuclear sobre el casquete polar, ominosamente cerca de la URSS. Lo que Washington desconocía —o no conocía en toda su gravedad— es que en esos momentos la Unión Soviética y China se encontraban al borde de la guerra por una disputa fronteriza. Los soviéticos habían llegado incluso a sondear a Washington sobre la posibilidad de colaborar en un ataque preventivo contra las instalaciones nucleares chinas, como Kennedy y Johnson habían hecho diez años antes. China había movilizado a casi un millón de hombres y estaba preparada para responder con armas nucleares a cualquier ataque soviético. Los soviéticos, por tanto, podrían haber interpretado la provocación de Nixon no como una señal para Hanói, sino como un ataque real en coordinación con China.

Más tarde, Roger Morris reconoció que Duck Hook era un plan de locos: «El Estado Mayor Conjunto llevaba años pergeñando aquella basura. Era una vía rápida más en una guerra donde no podía haber vías rápidas [...]. Era un fiasco político y bélico hecho realidad en [...] el Pentágono, donde, por decirlo suavemente, ciertas mentes poco privilegiadas se empeñaban en resolver el problema por medios militares».[34] Hasta a Edward Teller, adscrito al ala dura del Partido Republicano, la opción nuclear el parecía «irracional». Más tarde diría a un periodista: «Solo un puñado de idiotas, y en verdad eran idiotas, se habría atrevido a sugerir el empleo de armas nucleares en Vietnam».[35]

Nixon llegó a extremos inimaginables para que la asistencia a las marchas antibelicistas de octubre y noviembre fuera mínima. La Casa Blanca difundió el rumor de que en ellas intervenían comunistas. Grupos a favor de la guerra orquestados por la Casa Blanca surgieron de la nada y condenaron las manifestaciones. Los servicios secretos infiltraron grupos contrarios a la guerra y espiaron a algunos congresistas. El acuciado presidente quiso incluso aplacar al movimiento antibelicista anunciando una nueva retirada de tropas, con la suspensión temporal de los reemplazos y despidiendo a Lewis Hershey, odiado director de la Selective Service Board [Junta de Servicio Selectivo], cuyo anuncio de que las juntas de reclutamiento revisarían los archivos de los manifestantes lo convirtió en blanco de las iras de todos los activistas.

A pesar de semejantes esfuerzos, unos dos millones de personas se congregaron en pueblos y ciudades de toda la nación el 15 de octubre. Nixon recordaría luego: «Aunque en público seguí sin hacer la menor mención al debate contrario a la guerra, tuve que enfrentarme al hecho de que

probablemente hubiera destruido la credibilidad de mi ultimátum a Hanói».[36]

La sociedad norteamericana se polarizó tanto sobre la guerra y otros temas que algunos empezaron a hablar de guerra civil. Los campus se convirtieron en frente de batalla. En ellos se sucedieron las marchas, las huelgas y las manifestaciones. Cuando portavoces del gobierno y la industria ponían el pie en una universidad, se estaban jugando el pellejo.

Los activistas condenaban el empleo poco ético de la ciencia, que ampliaba los recursos militares de la nación. Los científicos, tras prender también la chispa del movimiento antibelicista, se convirtieron a menudo en el blanco de las críticas. La American Association for the Advancement of Science, AAAS [Asociación Estadounidense para el Avance de la Ciencia], la mayor institución científica del país, con más de cien mil afiliados, fue la primera organización profesional que aprobó una resolución contraria a la guerra en 1965. Declaraba:

> La prolongación de la guerra de Vietnam, cuyo riesgo de catástrofe universal es cada vez mayor, no solo amenaza la vida de millones de personas, sino los valores y metas humanitarios que luchamos por conservar [...]. Además de esta inquietud, que compartimos con todos los ciudadanos, es nuestra particular responsabilidad como científicos señalar los enormes costes de la guerra para el continuado vigor de la investigación científica. Como todo saber, la ciencia no puede prosperar plenamente, y puede resultar muy perjudicada, en una sociedad que dedica una parte cada vez mayor de sus recursos a fines militares.[37]

La oposición a la guerra de la comunidad científica solo creció en años posteriores. En enero de 1966, veintinueve científicos de Harvard, el Massachussetts Institute of Technology, MIT [Instituto Tecnológico de Massachussetts], y otras instituciones parecidas condenaron el empleo de agentes químicos para destruir cultivos. Esta declaración, que leyó el bioquímico de Harvard John Edsall, reprobaba el «bárbaro» uso de dicha arma de efectos indiscriminados. «Que en estos momentos estemos recurriendo a tales métodos —sostenían los científicos— demuestra un pasmoso deterioro de nuestros principios morales. Esos ataques resultan también aborrecibles para los principios en general de toda sociedad civilizada y su empleo nos deparará el odio de toda Asia y el resto de la humanidad».[38] La AAAS pidió a McNamara que detuviera de inmediato las fumigaciones y Johnson recibió una petición de unos cinco mil científicos, incluidos algunos premios Nobel, en el mismo sentido.

En abril de 1967, *Science*, una publicación de la AAAS, informó de que varios altos cargos del Departamento de Defensa tenían dificultades para reclutar científicos para investigación militar. Harold Adams, que había trabajado para Defensa desde la Universidad de Stanford, explicó: «A la comunidad académica le repulsa Vietnam muy especialmente. La universidad prefiere apoyar a las fuerzas de la vida que a las de la muerte».[39] En años posteriores, los científicos recurrirían cada vez más a «elegir las fuerzas de la vida» frente a «las fuerzas de la muerte» para explicar su rechazo de la investigación militar.

En abril de 1968, Johnson anunció que no se presentaría a la reelección y la comunidad científica apoyó en masa al candidato antibelicista Eugene McCarthy. En mayo se fundó Scientists and Engineers for McCarthy [Científicos e Ingenieros con McCarthy], formada por cinco mil afiliados entre quienes había más de ciento quince miembros de la prestigiosa National Academy of Sciences y doce premios Nobel. Los frustrados partidarios de Humphrey confesaron que renunciaban a organizar un grupo de apoyo de científicos. En el bando republicano, ni Richard Nixon ni Nelson Rockefeller se molestaron en hacer el esfuerzo.

En enero de 1969, profesores y licenciados del MIT pidieron la interrupción de las investigaciones científicas para el día 4 de marzo como forma de alertar a la opinión pública de que «el mal uso de los saberes científicos y técnicos» representaba una «gran amenaza para la existencia de la

humanidad».[40] Unas treinta universidades participaron en el parón. Fue el punto álgido de las protestas científicas. En el MIT, distintos participantes incidieron en la necesidad de que los científicos asumieran la responsabilidad de las consecuencias sociales de su trabajo. No hubo discurso más apasionado —el *Boston Globe* dijo que quizá se tratase del «discurso más importante de nuestra época»— que el de George Wald, biólogo de Harvard, que aseguró que el verdadero propósito del gobierno es preservar la vida, pero «nuestro gobierno está más ocupado con la muerte y la preparación de la muerte». Y dijo: «Nosotros, los científicos, optamos por la vida».[41]

Los acontecimientos de aquella primavera exacerbaron la desconfianza de la opinión pública en la ciencia. Los estudiantes tomaron durante nueve días el Applied Electronics Laboratory de Stanford y el furor contra las armas químicas y biológicas iba en aumento en tal grado que el gobierno se vio obligado a anunciar el cese parcial de su uso en Vietnam.

Entretanto, Nixon prosiguió con sus amenazas. Ni Moscú ni Hanói, sin embargo, se las tomaban en serio. Nguyen Co Thach, ministro de Exteriores de Vietnam del Norte, dijo haber leído los libros de Kissinger: «Kissinger piensa que conviene amenazar en falso al enemigo y que el enemigo crea que la amenaza es auténtica. Es malo amenazar al enemigo de verdad y que el enemigo crea que no vamos en serio. Yo le he dicho a Kissinger: “A los vietnamitas no nos importa que la amenaza sea verdadera o falsa. Tiene que haber una tercera categoría: la de aquellos a quienes no les importa que la amenaza sea verdadera o falsa”». Thach rebatía incluso que Kissinger hubiera planteado un ultimátum en agosto: «Kissinger nunca nos ha amenazado durante las conversaciones secretas. Porque si nos amenaza, le daríamos la espalda, interrumpiríamos las conversaciones. No pueden amenazarnos porque sabemos que no se pueden quedar para siempre en Vietnam y, sin embargo, Vietnam sí se quedara para siempre en Vietnam».[42]

Thach, a diferencia de los dirigentes norteamericanos, había comprendido una verdad esencial: el factor determinante de la guerra de Vietnam era el tiempo, no el territorio ni el número de bajas. Estados Unidos causó una destrucción inconcebible, ganó todas las batallas importantes; pero no podía ganar la guerra. El tiempo estaba del lado de los vietnamitas, que no tenían que derrotar a los norteamericanos, sino, sencillamente, sobrevivirlos. Pagarían un alto precio por la independencia y la libertad. Pero finalmente vencerían. Vo Nguyen Giap, general norvietnamita, explicó, en retrospectiva:

> Ganamos la guerra porque preferíamos morir a vivir como esclavos. Nuestra historia lo demuestra. Nuestra mayor aspiración siempre ha sido la autodeterminación. Ese espíritu nos ayudaba a resistir, nos infundía valor y nos volvía creativos frente a un enemigo temible.
>
> Desde un punto de vista militar, los norteamericanos eran mucho más poderosos que nosotros. Pero cometieron el mismo error que los franceses: subestimar la resistencia de los vietnamitas. Cuando los norteamericanos iniciaron los bombardeos, el Tío Ho dijo: «Los norteamericanos pueden mandar cientos de miles, incluso millones de soldados; la guerra puede durar diez años, veinte años, tal vez más; pero nuestro pueblo seguirá luchando hasta la victoria. Pueden destruir nuestras ciudades, nuestros pueblos, nuestras casas, pero no nos van a intimidar. Y cuando recuperemos la independencia, reconstruiremos el país desde cero y será todavía más hermoso».[43]

Con enorme arrogancia, los políticos dieron por supuesto que la superioridad de Estados Unidos en recursos, tecnología y potencia de fuego prevalecería, causaría tales sufrimientos que los vietnamitas recurrirían al cálculo racional y deducirían que el precio de la victoria excedía a los beneficios. En realidad, los norteamericanos ignoraban completamente la historia y la cultura de Vietnam, y Nixon tenía cierto grado de responsabilidad. Como miembro fundador del *lobby* chino en Washington —fanáticos anticomunistas del Congreso, el ejército, la prensa y el mundo empresarial que culpaban al Departamento de Estado de la «pérdida» de China en 1949—, en la década de 1950 Nixon reunió a los mayores expertos en China y Lejano Oriente del Departamento de Estado. Más

tarde, al explicar los errores de Estados Unidos en Vietnam, Robert McNamara dijo:

> Yo ni había visitado Indochina, ni comprendía ni apreciaba su historia, idioma, cultura o valores. Y lo mismo puede decirse, en diverso grado, de Kennedy, Dean Rusk, McGeorge Bundy, Maxwell Taylor y otros muchos [...]. En lo referente a Vietnam, nos encontramos dictando la política de una región que era *terra incognita*.
>
> Peor aún, a nuestro gobierno le faltaban expertos a los que consultar que pudieran compensar nuestra ignorancia [...]. La ironía estriba en que esa laguna se debía en parte a que los técnicos especializados en China y Lejano Oriente del Departamento de Estado —John Patton Davies, Jr., John Stewart Service y John Carter Vincent— fueron purgados durante los histéricos años del macartismo en los cincuenta [...]. Ninguno de nosotros, y mucho menos yo, supimos ver los objetivos de China y malinterpretamos su belicosa retórica pensando que solo pretendía la hegemonía regional. Además, subestimamos totalmente el carácter nacionalista del movimiento de Ho Chi Minh.[44]

La completa ignorancia sobre el enemigo afectaba también a suboficiales y soldados. Los vietnamitas, en cambio, se esforzaron con denuedo por comprender a los norteamericanos. Larry Heinemann, soldado de infantería que obtendría el National Book Award por su novela *La historia de Paco*, ofreció en 1990 en Hanói una conferencia en la que departió con Nguyen Lien, profesor de Literatura Norteamericana de la Universidad de Hanói. Más tarde recordaría la conversación:

> Le pregunté qué había hecho durante la guerra [...]. Me contó que su trabajo consistió en marcharse a Pekín a aprender inglés y luego en viajar a la Universidad de Moscú para leer y estudiar literatura norteamericana. Más tarde regresó a Hanói y a lo largo de la Ruta Ho Chi Minh —carretera por la que circulaban los suministros desde la capital hasta el sur— se dedicó a dar charlas sobre literatura norteamericana a las tropas que se dirigían a enfrentarse al enemigo [...]. Les hablaba de Whitman, de Jack London, de Hemingway, Faulkner y Fitzgerald.
>
> Muchos soldados vietnamitas llevaban traducciones de novelas norteamericanas en la mochila. Le Minh Khue —una joven que trabajaba en la Ruta Ho Chi Minh desactivando bombas— cargaba con una obra de Ernest Hemingway. El profesor Lien me hizo la siguiente pregunta: «¿Qué literatura vietnamita le enseñaron a usted en el Ejército norteamericano?». Solté tal carcajada que casi trago cerveza por la nariz.[45]

Mientras los dirigentes norteamericanos y sus soldados no sabían nada del país que estaban invadiendo, el pueblo norteamericano iba descubriendo el espanto de la guerra que estaba financiando con sus impuestos. A medida que se aproximaba la movilización del 15 de noviembre, Seymour Hersh, periodista *freelance*, informó de que las tropas norteamericanas habían masacrado a cinco mil civiles en el pueblo sudvietnamita de My Lai, al que los soldados estadounidenses llamaban *Pinkville* [Villarrosa] por sus fuertes lazos con el Viet Cong. Violaron a muchísimas mujeres. La matanza se prolongó tanto tiempo que los soldados tuvieron que interrumpir los asesinatos y las violaciones con descansos para comer y fumar. A todo esto, la infantería norteamericana no recibió un solo disparo.

Las tropas estadounidenses se encontraban ese día en una rutinaria misión de búsqueda y destrucción en la aldea de Son My. Al llegar, se encontraron con una aldea en la que, con escasas excepciones, solo había niños, mujeres y ancianos. La mayor parte de la matanza la llevaron a cabo soldados del primer pelotón, comandado por el teniente William Calley. Cuando Hugh Thompson posó su helicóptero en medio de aquel atropello de soldados desquiciados y vietnamitas que huían para no ser masacrados, la matanza se interrumpió. Thompson ordenó a los dos miembros de su tripulación, Larry Colburn y Glenn Andreotta, que abrieran fuego sobre las tropas norteamericanas si alguien intentaba herir a los vietnamitas a los que estaba rescatando del búnker. Más tarde, Colburn recordaría: «Allí había ancianos, madres, niños y bebés [...]. Llegaron al pueblo y violaron a las mujeres, mataron a los bebés, mataron a todo el mundo [...]. Y no solo mataban a los civiles. Fue una carnicería. Lo único que no hicieron fue meterlos en una olla y comérselos. ¿Cómo se puede traspasar el límite y llegar a esos extremos?».[46]



Cadáveres de ciudadanos vietnamitas tras la matanza de My Lai. En noviembre de 1969, los norteamericanos se enteraron por el periodista Seymour Hersh de que el mes de noviembre anterior sus tropas habían matado a unos quinientos civiles en una aldea donde prácticamente no había más que mujeres, niños y ancianos.

El espantoso incidente le fue escamoteado a la opinión pública más de un año. Y la verdad no habría salido nunca a la luz de no ser por la insistencia del veterano Ron Ridenhour, tan preocupado por lo que había oído de la masacre que al regresar a Estados Unidos escribió una carta de dos mil palabras y la envió a treinta congresistas y a altos cargos del ejecutivo y del ejército.

Antes de aquella carta, el ejército consiguió ocultar los hechos a pesar de que al menos cincuenta oficiales, incluidos algunos generales, tenían conocimiento de la masacre y de su encubrimiento. Los principales medios de comunicación hicieron caso omiso hasta que finalmente Seymour Hersh publicó la noticia en Dispatch News Service, una agencia de noticias de poca importancia —las publicaciones de mayor tirada no habían demostrado el menor interés—.

Los norteamericanos quedaron consternados y escandalizados ante la innegable inhumanidad de la guerra. La madre de uno de los soldados que participaron en la matanza, una granjera del estado de Indiana, le dijo a un periodista: «Les di un buen chico y me han devuelto un asesino».[47]

Nixon lamentó la publicidad negativa a consecuencia de la noticia y en repetidas ocasiones comentó a su ayudante Alexander Butterfield: «Son esos sucios y asquerosos judíos de Nueva York los que andan detrás de todo esto».[48]

My Lai fue un caso extremo, pero el asesinato indiscriminado de civiles se producía todos los días. Tom Glen, especialista de cuarta clase que prestó servicio en un pelotón de morteros, describió la rutinaria brutalidad del frente en una carta dirigida al general Creighton Abrams, comandante en jefe de las tropas norteamericanas en Vietnam:

> En general, la actitud y el trato al pueblo vietnamita por parte del soldado norteamericano consiste demasiadas veces en la absoluta negación de todo cuanto nuestro país intenta conseguir [...] y desdice su presunta humanidad [...].
>
> [Los norteamericanos,] simplemente por placer, disparan de forma indiscriminada sobre las casas, y, sin provocación ni justificación alguna, disparan también a las personas [...]. Disparan con una euforia que surge de un odio inconsciente. Y, armados con un vocabulario que se reduce al «¡Tú, VC [Vietcong]!» suelen «interrogar» al enemigo con [...] fuertes palizas y torturas a punta de cuchillo.

Glen dirigió su carta al mayor Colin Powell, que estaba destinado en Chu Lai y restó importancia a sus quejas. «Como refutación directa al retrato que usted ofrece —contestó Powell—, le recuerdo el hecho de que las relaciones entre los soldados de la División Americana y el pueblo vietnamita son excelentes».[49]

El movimiento antibelicista siguió creciendo. Setecientas cincuenta mil personas acudieron a Washington para la marcha de noviembre de 1969, ciento cincuenta mil se manifestaron en San Francisco. Pese a la magnitud de las protestas, las consecuencias embrutecedoras de la guerra se

extendieron más allá del campo de batalla endureciendo el corazón de la masa. Según una encuesta, al 65 por ciento de los norteamericanos no les molestó la masacre de My Lai. La paulatina deshumanización que Dwight Macdonald describió de forma tan elocuente al hablar del bombardeo de ciudades japonesas en la Segunda Guerra Mundial volvió a infectar a la mayor parte de la nación.

Al conocerse la matanza de My Lai se abrió la puerta a un torrente de noticias terribles. La opinión pública supo de las «zonas de fuego a discreción», donde los soldados podían disparar a todo lo que se movía. Supo también de las decenas de miles de personas que había matado la CIA como pare del Phoenix Program y supo de las «jaulas de tigre» en que se encarcelaba y torturaba a presos políticos. Supo que entre la población campesina de Vietnam había cinco millones de desplazados que habían sido reubicados en campos de refugiados con alambradas. Supo que la tortura era generalizada y gratuita, y supo de otros delitos que hirieron la sensibilidad de al menos algunos norteamericanos y suscitaron la petición de juicios por crímenes de guerra.

La explosión del sentimiento antibelicista tal vez le forzara a cancelar Duck Hook, pero el 30 de abril de 1970 Nixon anunció la invasión de Camboya por tropas norteamericanas y sudvietnamitas con el objetivo de destruir bases norvietnamitas en la frontera; e insistió en que Estados Unidos no actuaría «como un gigante lastimoso e impotente».[50]

Nixon buscó valor para tomar la decisión en la bebida y con el repetido y obsesivo visionado de la película *Patton*. Parecía particularmente agitado cuando a la mañana siguiente se dirigió al Pentágono para asistir a la cita prevista. Primero dijo que los estudiantes que se manifestaban eran unos «maricones» que estaban «reventando» las universidades y «quemando los libros».[51] Luego interrumpió de pronto la reunión, a la que había convocado a los jefes de Estado Mayor, y declaró en repetidas ocasiones que iba a «asaltar todos esos santuarios». Y añadió: «Hay que epatar a la gente con decisiones audaces. La historia se hace a base de decisiones audaces. Como la carga de Teddy Roosevelt en la colina de San Juan, un acontecimiento menor pero espectacular. La gente tomó nota». Y concluyó su diatriba, salpicada de tacos, con un «¡Vamos a mandarlos al infierno!»; y los generales y Kissinger se le quedaron mirando con pasmo y estupor.[52]

Los campus eran un hervidero. Alumnos y profesores iban a la huelga. Más de una tercera parte de las facultades y universidades del país suspendieron las clases. Estalló la violencia. La Guardia Nacional de Ohio abrió fuego sobre los manifestantes en la Kent State University con el resultado de cuatro muertos y nueve heridos. La policía estatal de Misisipi disparó sobre la multitud en Jackson State College matando a dos personas e hiriendo a otras doce.

Las protestas y los enfrentamientos se sucedieron en más de setecientas universidades. *The Washington Post* publicó: «El torrente de emociones era casi incontenible. La nación ha sido testigo de lo que ha resultado ser una huelga general virtual y descoordinada de sus universitarios».[53] Centenares de miles de personas marcharon sobre Washington. Kissinger dijo que la capital era «una ciudad sitiada» y que «el mismo tejido gubernamental» se estaba deshilachando.[54] Warren Hickel, el secretario de Interior, instó por carta a Nixon a acceder a las peticiones de los manifestantes. Cuando la misiva se filtró a la prensa, Nixon lo echó del gobierno.

Más de doscientos agentes del Foreign Service [Servicio Exterior] firmaron una protesta por la invasión de Camboya. Nixon dio órdenes a un subsecretario de despedirlos «¡a todos!». Cuatro de los principales ayudantes de Kissinger dimitieron en señal de protesta, y lo mismo hizo Morton Halperin, asesor del Consejo de Seguridad Nacional. Morris lamentó no haberse dirigido a la prensa con documentos porque creía que Kissinger tenía una influencia disuasoria en los diarios. A Daniel Ellsberg le dijo: «Tendríamos que haber abierto las cajas fuertes y habernos revelado a voz en grito, porque aquello no tenía nombre».[55] Más tarde diría que la crueldad de Kissinger no tenía límites.

Una delegación de amigos de Kissinger de Harvard le comunicó que no volverían a asesorarle. Thomas Schelling explicó: «Tal como nosotros lo vemos, solo hay dos posibilidades: una, o el

presidente no se dio cuenta de que al invadir Camboya estaba invadiendo otro país, o dos, se daba cuenta. Y no sabemos cuál da más miedo».[56]



Nixon en la conferencia de prensa del 30 de abril de 1970 donde anunció la invasión de Camboya. La decisión del presidente suscitó protestas en todas las universidades del país y dio pie a una oleada de manifestaciones.

La conducta de Nixon era cada vez más errática. Su mayordomo y él visitaron el monumento a Lincoln a las cinco de la madrugada para dialogar con los estudiantes en huelga. Kissinger temía que sufriera un ataque de nervios. Bajo presiones cada día mayores, Nixon anunció que todas las tropas de combate estarían fuera de Camboya a finales de junio. El almirante Thomas Moorer, nuevo jefe del Estado Mayor Conjunto, admitió: «Siempre tuvimos en cuenta las reacciones de los grupos radicales más ruidosos. Nos inhibían a la hora de tomar decisiones, nos limitaban».[57] Y, sin embargo, la campaña de bombardeos se intensificó y arrasó una gran parte de Camboya.

La Casa Blanca hizo declaraciones difusas a propósito de su autoridad para violar la legalidad con el fin de ponerle freno a la disidencia. Al testificar en el Senado, Tom Huston, que estaba a cargo de la seguridad interna de la residencia presidencial, explicó: «En aquel entonces yo opinaba que la Cuarta Enmienda no se le podía aplicar al presidente en materias relativas a la seguridad interna o a la seguridad nacional».[58] Cuando, más tarde, el periodista David Frost preguntó a Nixon sobre aquella violación de la ley, Nixon simplemente respondió: «Cuando el presidente lo hace, no es ilegal»,[59] argumento muy similar al empleado por George W. Bush años más tarde para justificar sus propias medidas ilegales.

Nixon justificó también el derrocamiento del gobierno popular de Salvador Allende. Chile, una rareza en Latinoamérica, era una democracia desde 1932. Nixon y Kissinger pronto cambiarían esa circunstancia. La importancia de Chile quedaba magnificada porque era el primer país productor de cobre del mundo y porque la producción estaba en manos de Kennecott y Anaconda, dos empresas norteamericanas. En 1964 la CIA, que llevaba inmiscuyéndose en los asuntos de Chile desde 1958, ayudó al moderado Eduardo Frei a derrotar al socialista Allende en las elecciones a la presidencia. A partir de entonces, en unos cuantos años, Estados Unidos gastó millones de dólares en apoyo a los grupos anticomunistas y dio al Gobierno chileno ciento sesenta y tres millones de dólares en ayuda militar, lo cual puso a Chile, en este aspecto, en el segundo lugar entre todos los países latinoamericanos solo por detrás de Brasil, cuyo gobierno reformista Estados Unidos había ayudado a derribar en 1964. Entretanto, el Ejército norteamericano instruyó a unos cuatro mil oficiales chilenos en métodos de contrainsurgencia en bases norteamericanas y en la U. S. Army School of the Americas de la zona del canal de Panamá.[60]

Si Kennedy y, hasta cierto punto, Johnson habían intentado colaborar con los elementos democráticos de la región, Nixon y Kissinger optaron por el uso directo de la fuerza. Nixon informó

al Consejo de Seguridad Nacional de que «nunca» estaría de acuerdo «con la política de rebajar a los militares latinoamericanos. Son centros de poder sometidos a nuestra influencia. Los demás, los intelectuales, no se someten a nuestra influencia».[61]

Allende volvió a presentarse a las elecciones en 1970 con la promesa de redistribuir la riqueza y nacionalizar las empresas norteamericanas que, como ITT, controlaban la economía chilena. Aguijoneado por David Rockefeller, del Chase Manhattan Bank, y por John McCone, miembro del consejo de dirección de ITT y exdirector de la CIA, Kissinger dio instrucciones al embajador Edward Korry y al jefe de la delegación de la CIA, Henry Hecksher, de parar en seco a Allende. Hecksher reclutó al empresario Agustín Edwards, propietario de minas de cobre, de una planta embotelladora de Pepsi-Cola y de *El Mercurio*, el periódico más importante de Chile. La CIA llevó a cabo una importante campaña propagandística para convencer al pueblo chileno de que Allende quería acabar con la democracia. Más tarde, Korry deploraría la incompetencia de la agencia: «En mi vida he visto una campaña peor hecha. Dije que los idiotas de la CIA que ayudaron a crear aquella “campaña de terror” [...] tendrían que ser despedidos de inmediato por no comprender ni Chile ni a los chilenos».[62] A pesar de las intenciones de Washington, Allende venció, aunque por un margen muy estrecho, a sus dos rivales. Cuando Kissinger le dijo a Nixon que Rogers quería ver qué podían «maquinar» con Allende, Nixon le replicó: «Que no lo intenten».[63]

El 15 de septiembre, en una reunión en la que también se encontraban presentes Kissinger y el fiscal general John Mitchell, Nixon dio instrucciones a Helms de «evitar que Allende» llegara al poder, o de «desalojarle» de él. Le pidió, además, que utilizase a sus mejores hombres y que no se preocupase de los riesgos. «Que chirríe la economía», dijo. Comentó también que ni Rogers, ni Laird ni el Comité 40 —grupo de cinco miembros presidido por Kissinger que daba autorización a todas las operaciones clandestinas de la CIA y las supervisaba— debían saber nada de la operación. McCone informó a Kissinger de que Harold Geneen, director general de ITT, había ofrecido un millón de dólares para la misión.[64]

Nixon dio instrucciones a la CIA de llevar a cabo una operación, por así decirlo, de dos vías. La primera vía tenía dos componentes: difusión de propaganda para atemorizar a los chilenos con las consecuencias de que Allende llegase a la presidencia y soborno de cargos electos para que el Congreso chileno no confirmase a Allende en caso de salir elegido. La segunda vía consistía en un golpe de Estado. Charles Meyer, subsecretario de Estado de Asuntos Interamericanos, Hecksher y Viron Vaky, principal asesor de Kissinger sobre Lationamérica, se oponían al golpe. Razonando con Nixon, Vaky argumentó: «Lo que estamos proponiendo constituye una violación de nuestros principios políticos [...]. Si dichos principios significan algo, normalmente solo prescindimos de ellos para hacer frente a una amenaza muy grave, por ejemplo, una amenaza a nuestra supervivencia. ¿Supone Allende una amenaza mortal para nosotros? Es difícil defender esto».[65]

Evidentemente, Allende no suponía ninguna «amenaza mortal» para el pueblo norteamericano. Las conclusiones de un informe encargado por Kissinger rezaban: «Estados Unidos no tiene intereses vitales en Chile»; y decían también que la presidencia de Allende no alteraría de modo significativo el equilibrio de poder.[66] El propio Kissinger había despachado ya a Chile del siguiente modo: «Es una daga apuntando al corazón de la Antártida».[67] Ahora, sin embargo, temía que el triunfo de un gobierno democrático y socialista inspirase cambios similares en otros países. «Lo que ocurra en Chile [...] [afectará] al resto de Latinoamérica y a los países en vías de desarrollo [...] y, dentro del panorama global [...], a las relaciones con la URSS».[68]

A Kissinger le preocupaban muy poco las tradiciones democráticas de Chile y la voluntad libremente expresada de su pueblo. Cuando presidía una reunión del Comité 40, comentó: «No sé por qué tenemos que quedarnos mirando como pasmarotes cómo un país se hace comunista por la pura irresponsabilidad de sus ciudadanos».[69]

Helms eligió al director de la delegación de la CIA en Brasil, David Atlee Phillips, para que se pusiera al frente del grupo de trabajo de Chile. Phillips estaba preparado para la tarea: había contribuido a acabar con un gobierno democrático en Guatemala y a sofocar una sublevación democrática en la República Dominicana. A pesar de contar con veintitrés corresponsales extranjeros en nómina, tenía muchas dudas sobre la eficacia de la primera vía. Simplemente, los cargos electos chilenos eran demasiado honrados y no se dejarían sobornar. Pero Phillips también dudaba de la segunda vía. El Ejército chileno, comandado por el general René Schneider, firme partidario de la Constitución, no intervenía en política.

La propaganda de la CIA, por lo demás, tenía más impacto en Estados Unidos que en Chile. En la portada del número del 19 de octubre de la revista *Time* aparecía Allende sobre un fondo rojo y un titular que decía: «Amenaza marxista en las Américas: el Chile de Salvador Allende». *Time* repetía la idea de la CIA y advertía que si llegaba a reconocerse que Allende había ganado los comicios, cosa que la semana anterior todos daban por segura, Chile quizá no gozara de otras elecciones libres en mucho tiempo. Peor aún, opinaba *Time*, si el Congreso reconocía la victoria de Allende, los comunistas se harían con el poder inevitablemente.[70]

En un número posterior, en cambio, Michael Dodge, astuto lector de Saint Paul, Minnesota, cuestionaba el sesgado punto de vista de *Time*:

> Señor director:
>
> Intrigado por su maravilloso titular, tan de la Guerra Fría, «Amenaza marxista en las Américas», leí el artículo en cuestión por ver quién está amenazado. Al parecer, algunas empresas del cobre norteamericanas, la compañía telefónica y varias juntas militares. La verdad: yo no estoy demasiado asustado. Si estoy, sin embargo, irritado por su insistente presunción de que cualquier forma de marxismo que disfrute de cualquier forma de éxito en cualquier parte del mundo supone, *ipso facto*, una amenaza. Esta manera de pensar nos condujo a Vietnam. E ignora lo evidente: en general, los políticos no marxistas no han logrado satisfacer las necesidades de los pueblos. Sugiero que dejemos que nuestra humanidad trascienda nuestros reflejos de Guerra Fría y confiemos en que los pueblos de Latinoamérica encuentren la solución a sus problemas. Nosotros no hemos servido de gran ayuda.[71]

Como la ineficacia de la primera vía era obvia, la CIA se centró en la segunda vía. Con la ayuda de aliados como Edwards, Washington procedió a desestabilizar Chile política y económicamente. «Nos han pedido que sembremos el caos en Chile», reconoció Hecksher en un telegrama a Langley. El embajador Korry advirtió a Sergio Ossa, ministro de Defensa chileno: «Haremos cuanto esté en nuestra mano por condenar a Chile y al pueblo chileno a las mayores privaciones, a la pobreza». Pero hasta Korry telegrafió luego a Kissinger para decirle que estaba «consternado» por el golpe. Kissinger, sin inmutarse, pidió a Helms que respondiera a la delegación de la agencia en Santiago: «Pónganse en contacto con los militares y háganles saber que USG [US Government] quiere una solución militar, y que todos los apoyaremos ahora y después [...]. Creen al menos cierto clima favorable al golpe [...]. Patrocinen una iniciativa militar».[72]

El 13 de octubre, tras una reunión con Kissinger, Thomas Hercules Karamessines, director de servicios clandestinos de la CIA, telegrafió a Hecksher: «Nuestra política, firme y continuada, consiste en desalojar del poder a Allende mediante un golpe de Estado». Karamessines dio instrucciones al jefe de la delegación de la CIA en Santiago de animar al general Roberto Viaux a unir sus fuerzas con el general Camilo Valenzuela para llevar a cabo el golpe. La CIA proporcionó armas y fondos a dos secuaces de Valenzuela como parte de un plan para secuestrar al general Schneider, que era el primer paso para el golpe. Pero el 22 de octubre, los hombres de Viaux primero fueron a buscar a Schneider y luego lo asesinaron. Una semana después exactamente, Nixon aseguró a Korry que iba a «aplastar» a «ese hijo de puta de Allende».[73]



Salvador Allende a las puertas de su casa el 24 de octubre de 1970 tras conocer su elección a la presidencia de Chile. El nuevo presidente ocupó el cargo el 3 de noviembre. Dos días más tarde, Nixon pidió su expulsión.

Allende asumió la presidencia el 3 de noviembre de 1970 tras recibir el apoyo de ciento cincuenta y tres congresistas frente a veinticuatro. Dos días después, Nixon dio instrucciones al Consejo de Seguridad Nacional de hacerlo caer: «Si permitimos […] que los potenciales dirigentes de Sudamérica crean que pueden hacer lo mismo que Chile […], vamos a tener problemas […]. Latinoamérica no puede llevarse la impresión de que van a salir adelante con esto, que lo pueden hacer impunemente». [74]

Encolerizado por el fracaso de la CIA para impedir que Allende llegase al poder y por la tibia respuesta a su idea del golpe, Nixon decidió hacer limpieza. Incitado por Alexander Haig, segundo de Kissinger, que le instó a eliminar «a los subordinados de izquierdas de Helms» y remodelar toda la sección de operaciones encubiertas, Nixon amenazó con reducir el presupuesto de la agencia y con despedir a Helms si no llevaba a cabo una purga sistemática. Haig sabía que iba a ser «la purga más controvertida» de la historia. Helms cortó la cabeza de seis de sus subordinados. Nixon le pidió que pusiera la agencia en manos de su segundo, el general Robert Cushman, y siguiera de director, pero como mera figura decorativa. Helms se negó. Y se negó también a aceptar la responsabilidad por la irrupción en las oficinas del Partido Demócrata en el complejo Watergate. Nixon acabó por echarlo. [75]

El banco Export-Import, o Eximbank, la Agencia Internacional de Desarrollo y el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial, que ahora dirigía Robert McNamara, recortaron los préstamos y las ayudas económicas a Chile. Los intereses de las empresas norteamericanas en Chile contribuyeron a que Washington desestabilizara el gobierno de Allende. La CIA financió a los partidos de la oposición, organizó campañas de propaganda y desinformación y puso en marcha manifestaciones y actos violentos. El Congreso Nacional chileno respondió en julio de 1971 con la nacionalización de Kennecott, Anaconda y Cerro Mining, y asumió la dirección de ITT. Las autoridades chilenas calculaban que, a la luz de los exorbitantes beneficios de Kennecott y Anaconda en los últimos años, no tenían derecho a compensación alguna. Uno de los abogados de Anaconda declaró: «Antes éramos nosotros los que jodíamos a los demás. Ahora nos están jodiendo a nosotros».[76] Tampoco podía ITT ponerse a la cola de las indemnizaciones desde que el columnista Jack Anderson reveló las iniciativas de la empresa por evitar la elección de Allende y desestabilizar Chile.

El 4 de diciembre de 1972, Allende elevó su denuncia contra Estados Unidos y las multinacionales a las Naciones Unidas. En una enérgica exposición de noventa minutos que suscitó los vítores y aplausos de una abarrotada Asamblea General, el presidente chileno detalló la concertada tentativa de «evitar la toma de posesión de un gobierno libremente elegido por el pueblo y […] de acabar con él desde entonces». «Son medidas —acusó— que intentan aislarnos del resto del mundo, estrangular nuestra economía, paralizar nuestro principal sector exportador, el del cobre, y privarnos de acceso a

fuentes de financiación internacional». Luego habló Allende del sufrimiento de todos los países subdesarrollados, cruelmente explotados por las multinacionales:

> Nuestra economía no podía tolerar por más tiempo una subordinación que suponía tener más del 80 por ciento de sus exportaciones en manos de un reducido grupo de grandes compañías extranjeras, que siempre han antepuesto sus intereses a las necesidades de los países en los cuales se lucran [...]. Estas mismas empresas, que explotaron el cobre chileno durante muchos años, solo en los últimos cuarenta y dos años se llevaron más de cuatro mil millones de dólares cuando su inversión inicial no ascendió ni a treinta millones [...]. Nos encontramos frente a fuerzas que operan en la penumbra, sin bandera, con armas poderosas, apostadas en los más variados lugares de influencia [...]. Somos países potencialmente ricos, vivimos en la pobreza. Deambulamos de un lugar a otro pidiendo créditos, ayuda, y sin embargo somos —paradoja propia del sistema económico capitalista— grandes exportadores de capitales.[77]

Como Chile había «tomado la decisión de recuperar sus propios recursos básicos», afirmó Allende, los bancos internacionales le habían negado el acceso a los créditos. «En una palabra —declaró el presidente chileno—, es lo que llamamos la insolencia imperialista». Allende denunció además la escandalosa conducta de ITT, «cuyo capital es mayor que el presupuesto nacional de varios países latinoamericanos juntos», y de Kennecott Copper, que, dijo, entre 1955 y 1970 había obtenido unos ingresos medios anuales del 52,8 por ciento con respecto a sus inversiones. Y criticó que corporaciones «trasnacionales» que no rendían cuentas a nadie estuvieran librando una guerra contra naciones soberanas. «Toda la estructura política del mundo —advirtió— está minada».[78]

Allende habló por boca de millones de latinoamericanos a los que las empresas norteamericanas llevaban décadas explotando sin compasión con el respaldo del ejército, el cuerpo diplomático y los servicios de inteligencia de Estados Unidos. Era la misma acusación que con tanta elocuencia hicieron el general Smedley Butler y Henry Wallace décadas antes.

George H. W. Bush, embajador a la sazón en las Naciones Unidas que, según *The Chicago Tribune*, se había puesto en pie y unido a la ovación a Allende de la Asamblea, repuso, débilmente: «No nos consideramos imperialistas». «La acusación de que la empresa privada en el extranjero es imperialista me molesta. Es una de las cosas que nos hace grandes y poderosos». Tampoco, aseguró, participaba Estados Unidos en ningún boicot contra Chile. Todo lo que Estados Unidos quería era que las empresas nacionalizadas recibieran una compensación justa.

La respuesta de ITT fue igualmente inversosímil. Un portavoz de la compañía dijo: «ITT nunca ha intervenido ni interferido en los asuntos internos de Chile de ninguna manera [...]. ITT siempre ha respetado los deseos de los países anfitriones de nacionalizar propiedades de la empresa».[79]

Al pronunciar su valiente discurso ante las Naciones Unidas, Allende firmó su propia sentencia de muerte. A primeros de 1973, la CIA instó a sus agentes en Chile a «persuadir a la mayor parte posible del Ejército chileno, si no a todo, de tomar la iniciativa y desbancar al gobierno de Allende».[80] Las huelgas y las protestas se multiplicaron. Los generales chilenos, liderados por Augusto Pinochet, comandante del ejército, fijaron el golpe para el 11 de septiembre. Cuando Allende se enteró de que los militares se habían sublevado en todo el país, se dirigió por radio a la nación desde el despacho presidencial: «Yo no voy a renunciar [...]. El capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las fuerzas armadas rompieran su tradición [...]. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición».[81] Allende se quitó la vida con un fusil que le habían regalado. En la culata llevaba una plaquita dorada con una inscripción: «Para mi buen amigo Salvador Allende, de Fidel Castro».[82]

Pinochet tomó el poder. Tras el golpe, Nixon y Kissinger valoraron los daños potenciales. Por teléfono, Kissinger, que se disponía a asistir al primer partido de la temporada de los Washington

Redskins, un equipo de fútbol americano, se lamentó de que la prensa «llorara el derrocamiento de un gobierno procomunista». Nixon masculló: «¿No te parece importante? ¿No te parece importante?». Kissinger contestó: «Deberían aplaudirlo, celebrarlo. En la época de Eisenhower seríamos héroes». A lo que Nixon replicó: «Bueno, nosotros no… ya sabes… en esta no hemos intervenido». Kissinger le enmendó: «No lo hemos hecho. Quiero decir que les hemos ayudado… a crear las mejores condiciones posibles». Y Nixon respondió: «Exacto […], en lo que se refiere a la gente […] esta vez no se van a tragar la basura liberal […]. Era un gobierno procomunista y no hay más que hablar». Kissinger estuvo de acuerdo: «Exacto. Y procastrista». Y Nixon añadió: «Bueno, lo principal… Olvidemos eso de procomunista. Era un gobierno antiamericano. Totalmente». Kissinger asintió: «Completamente». Kissinger le dijo a Nixon que solo se refería a las críticas. Y que no le molestaban. Nixon respondió: «Ya, aludes a las críticas porque son típicas de la basura a la que nos enfrentamos». Y Kissinger concluyó: «Y esa increíble y sucia hipocresía».[83]

Pinochet asesinó a más de tres mil doscientos oponentes y encarceló y torturó a decenas de miles más en un reinado de terror del que fue punta de lanza la Caravana de la Muerte, el particular escuadrón de la muerte del Ejército chileno. Kissinger procuró que Estados Unidos reconociera de inmediato aquel régimen criminal y le prestara ayuda. En junio de 1976 hizo una visita al dictador chileno y le aseguró: «Comprendemos lo que está usted tratando de hacer aquí».[84]

Pinochet no limitó la matanza a Chile. Tres meses después de la visita de Kissinger, sus sicarios mataron a Orlando Letelier, embajador de Allende en la ONU, y a Ronni Moffitt, su colega en el Institute for Policy Studies. El atentado con bomba se produjo a catorce manzanas de la Casa Blanca y se llevó a cabo en el marco de la Operación Condor, asesinatos ejecutados por varios servicios de inteligencia de varios países latinoamericanos organizados desde Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia, Paraguay y Brasil. Como mínimo, Estados Unidos facilitó las comunicaciones entre los jefes de esos servicios. El ideólogo de la operación fue el coronel Manuel Contreras, director del servicio de inteligencia chileno, que estaba en nómina de la CIA. Muchas de las víctimas eran líderes de la guerrilla de izquierdas. Pero Harry Shlaudeman informó a Kissinger de que entre los objetivos se encontraba «prácticamente cualquiera» que se opusiera a la política del gobierno.[85]



Augusto Pinochet saluda a Kissinger en junio de 1976. Tras acabar con Allende mediante un golpe de Estado en el que colaboró la CIA por expreso deseo de Nixon, Pinochet tomó el poder y asesinó a más de tres mil doscientos opositores y encarceló y torturó a decenas de miles más. Kissinger reconoció cuanto antes al régimen asesino del general chileno y le prestó ayuda.

Kissinger pudo impedir la Operación Condor y, por supuesto, los asesinatos de Orlando Letelier y Ronni Moffitt. El 30 de agosto de 1976, Shlaudeman le envió un informe que decía: «Lo que nos proponemos es una serie de asesinatos de figuras de la política internacional que podrían causar graves perjuicios al estatus internacional y la reputación de los países implicados».[86] Kissinger ya había aprobado el envío de cartas de protesta a los Gobiernos de Chile, Argentina y Uruguay para

expresar su «profunda preocupación», por los «planes de asesinato de subversivos y de figuras de la sociedad y la política dentro y fuera de las fronteras nacionales de ciertas naciones del Cono Sur». Pero nunca las mandó. El 16 de septiembre canceló el envío y en su lugar telegrafió a Shlaudeman dándole instrucciones de que no emprendiera «más acciones en dicho sentido».[87]

Bajo la Operación Condor varios escuadrones de la muerte siguieron la pista y mataron a más de trece mil disidentes fuera de sus países y centenares de miles de personas acabaron en campos de concentración.[88]

Aunque Nixon y Kissinger fueron justamente condenados por su perversa política en Vietnam, Laos, Camboya y Chile, también podrían haberse jactado de relajar la tensión internacional en otras áreas. La normalización de las relaciones con China fue su éxito más relevante.

Tras su triunfal visita a China en febrero de 1972, Nixon visitó la URSS en el mes de mayo. Recelosos de la reciente amistad de los norteamericanos con China, los soviéticos le brindaron una bienvenida muy calurosa. En Moscú firmó con Leónidas Breznev, secretario general del PCUS, el Strategic Arms Limitation Treaty, SALT [Tratado de Limitación de Armas Estratégicas], primer acuerdo sobre armas nucleares estratégicas que restringía a ambos bandos a sus sistemas de defensa antimisiles balísticos y reducía el número de misiles intercontinentales y submarinos. Ese tratado, sin embargo, no consiguió aminorar la producción de cabezas nucleares porque no puso límites a los *multiple independently targetable reentry vehicles* (MIRV) —misiles capaces de equipar varias bombas dirigidas contra varios objetivos distintos—. Tampoco logró reducir los arsenales ya existentes, que habrían permitido a ambos bandos destruirse mutuamente varias veces. Pero, como primer paso, el SALT tenía una importancia simbólica mayúscula. Nixon y Breznev iniciaron asimismo el proceso que desembocó en el reconocimiento de las fronteras de Europa Oriental a cambio del compromiso de respetar los derechos humanos según los Acuerdos de Helsinki de 1975. Emitieron un comunicado conjunto y una declaración de «Principios Básicos». El primero de esos principios declaraba: «[Ambos países] procederán con la común determinación de que en la era nuclear no hay otra base para formalizar sus relaciones que la coexistencia pacífica».[89] A su regreso de Moscú, Nixon se dirigió en sesión conjunta al Congreso y al Senado, y dijo:

> En todas partes surgen nuevas esperanzas de un mundo ya no ensombrecido por el miedo, la necesidad y la guerra [...]. En el último cuarto de siglo, a millones de norteamericanos el Kremlin nos ha parecido un lugar hostil e implacable para todo cuanto nosotros apreciamos y para millones de rusos la bandera norteamericana era el símbolo del mal. Nadie habría creído hasta hace muy poco tiempo que esos dos símbolos en apariencia irreconciliables se unirían, como unidos los hemos visto durante unos pocos días [...]. Tres quintas partes de los ciudadanos del mundo han pasado toda su vida bajo la amenaza de la guerra nuclear [...]. El viernes pasado en Moscú fuimos testigos del fin de esa era.[90]

Nikita Kruschev, que había contribuido a allanar el camino para un cambio tan monumental, no pudo verlo: había muerto de un ataque al corazón el mes de septiembre anterior. Desde la cabaña de madera en que vivía, se había convertido en un crítico del Gobierno soviético y de su férrea represión de toda disidencia. Los nuevos dirigentes del Kremlin montaron en cólera al ver que sacaba ilegalmente del país sus memorias y las publicaba en el extranjero. Publicadas en efecto en Occidente con el título *Kruschev recuerda*, se convirtieron en un superventas. En ellas reflexionaba con tristeza acerca del mundo pacífico que Kennedy y él querían. El Comité Central del PCUS decidió rebajarle los honores y optó por un funeral modesto y por enterrarle en un rincón de un cementerio de Moscú. En cuatro años, además, no se erigió ningún monumento en su memoria.

El 17 de junio de 1971, Estados Unidos y Japón firmaron un tratado que permitió la devolución de Okinawa a los japoneses en mayo de 1972. Los nipones se habían negado, como deseaban los ciudadanos de Okinawa, a que la isla sirviera de base de operaciones para Vietnam y como almacén

de armas nucleares. Según el nuevo tratado, en cambio, Estados Unidos devolvía la isla a Japón, a cambio de cierta cantidad de dinero, y conservaba las bases para, en un futuro, si era necesario, emplearlas solo en la región. Japón no solo abonaría a Estados Unidos una suma desorbitada por recuperar la isla, sino que aceptaba el pago de una inmensa cantidad anual para costear las bases —en el resto del mundo, Estados Unidos pagaba a los países anfitriones por las bases o, cuando menos, compartía los gastos—. Para empeorar las cosas, Eisaku Sato, el primer ministro japonés, subvirtió el acuerdo permitiendo en secreto que Estados Unidos volviera a introducir armas nucleares en la isla.

La controversia por Okinawa se remontaba al menos diez años. En 1960 Estados Unidos y Japón firmaron el Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua, más conocido como AMPO, que sancionaba la ocupación de Okinawa y las bases norteamericanas en otros lugares de Japón. Pero la oposición fue tan rotunda y las protestas tan numerosas que el gobierno del primer ministro Nobusuke Kishi, hermano mayor de Sato, se vio obligado a dimitir. Kishi, además, había cometido el grave error de declarar ante la Dieta, el Parlamento japonés, que la Constitución japonesa no prohibía el desarrollo de armas nucleares cuando el desarrollo de armas nucleares era anatema para la mayoría de japoneses. Douglas MacArthur, el embajador norteamericano, había protestado por la «latente neutralidad alimentada de antimilitarismo, pacifismo, confusión, neurosis nuclear y sesgo marxista de intelectuales y educadores». El año anterior, MacArthur había presionado al presidente del Tribunal Supremo japonés para anular un dictamen del Tribunal de Tokio que decía que las tropas norteamericanas en Japón eran «potencial bélico» y, por tanto, infringían el artículo 9, antimilitarista, de la Constitución de Paz de Japón que el general Douglas MacArthur, tío del embajador, había contribuido a elaborar en los tiempos de la ocupación. «El pueblo japonés —decía dicho artículo— renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación [...] [y a tener] fuerzas de tierra, mar y aire u otro tipo de potencial militar». En esa época, sin embargo, Tokio concluyó el primero de una serie de «acuerdos secretos» con Estados Unidos en virtud de los cuales el gobierno apoyaba la estrategia nuclear y los preparativos militares de los norteamericanos. La más egregia ofensa al pueblo japonés fue un «acuerdo tácito» según el cual no era necesaria ninguna «consulta previa» a Tokio para que buques norteamericanos «con armas nucleares» surcasen aguas territoriales de Japón o atracasen en sus puertos.[91]

La tensión latente entre Estados Unidos y Japón estalló con Nixon. Japón recibió con sorpresa y consternación la apertura norteamericana a China. Las prolongadas y postergadas diferencias sobre asuntos económicos y militares entre ambos países se exacerbaron. Washington presionaba de continuo a Tokio para que revocase el mencionado artículo 9 y desempeñase un papel más activo en la defensa de la región. Amenazaba, además, con imponer cuotas de importación en Estados Unidos a los productos textiles nipones, aumentar las importaciones, en Japón, de artículos norteamericanos y abrir los mercados nipones a los inversores de Estados Unidos. En privado, Nixon lamentaba la «traición de los *japos*» y expresaba su impaciencia por «clavársela».[92]



Nixon y el primer ministro japonés Eisaku Sato. Socio bien dispuesto de Estados Unidos para la remilitarización de Japón, Sato traicionó el tratado de junio de 1971 de devolución de Okinawa permitiendo que Estados Unidos introdujera en secreto armas nucleares en la isla.

Sato había sido socio bien avenido de la remilitarización deseada por Estados Unidos —quizá demasiado bien avenido—. Era primer ministro desde noviembre de 1964, es decir, desde un mes antes de la primera prueba atómica china. Se había entrevistado con Lyndon Johnson en enero de 1965 y había declarado: «Si los *chicoms* [chinos comunistas] tuvieran armas nucleares, los japoneses también deberíamos tenerlas». Y añadió: «En estos momentos, la opinión pública no lo admitiría, pero creo que a la ciudadanía, y en especial a la generación más joven, se la puede “educar”». Los dirigentes japoneses del Partido Democrático Liberal, el suyo, coincidían en su mayor parte con él. Por encargo de Yasuhiro Nakasone, su director y futuro primer ministro, la Agencia de Defensa del Japón elaboró un informe que concluía: «Desde un punto de vista legal podríamos disponer de armas nucleares tácticas puramente defensivas y de corto alcance sin violar la Constitución». Asimismo, sin embargo, la agencia recomendaba posponer el asunto, y Johnson estaba completamente de acuerdo. [93]

Pero Sato trató de engatusar a los japoneses haciéndoles creer que, cuando en diciembre de 1967 propuso ante la Dieta sus «Tres Principios No Nucleares», era completamente sincero. Según tales principios, Japón no fabricaría ni poseería armas nucleares en su territorio ni permitiría su introducción. En realidad, luego Sato incumpliría sistemáticamente dicho compromiso, que además, según le comentó a Alexis Johnson, el embajador norteamericano, le parecía una «tontería». En 1970, cuando hubo firmado el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, Tokio consiguió de Washington la promesa de que no «interferiría en el propósito de desarrollar un programa nuclear civil propio con capacidad de procesamiento independiente».[94] Dada la capacidad tecnológica de Japón y sus reservas de combustible nuclear gastado, siempre estaría «a una vuelta de tuerca» de disponer de armas atómicas.

No todos aplaudieron el acercamiento de Nixon a China y a la Unión Soviética. Los norvietnamitas temían quedarse aislados hasta morir de inanición. Como señaló un editorial de *The New York Times*: «El presidente Mao recibió al presidente Nixon poco después de la reanudación de la campaña de bombardeo de Vietnam del Norte; el secretario general Breznev lo recibió poco después de que Estados Unidos minara los puertos norvietnamitas. Pocas palabras le harán falta a Hanói para comprender que chinos y soviéticos anteponen sus propios intereses a los de Vietnam».[95]

Aunque una mayoría de norteamericanos acogió de buen grado sus audaces iniciativas, Nixon tuvo que hacer frente a la «revuelta» de antiguos aliados de la derecha que se tomaron como una traición la visita a China, los tratados de control de armas nucleares que permitían a la Unión Soviética alcanzar la paridad atómica, la retirada de la mayoría de las tropas de Vietnam, la salida del país del

patrón oro, la regulación de precios y salarios y el hecho de abrazar una política económica de corte keynesiano. También les molestó la fundación de la Occupational Safety and Health Administration, OSHA [Administración de Salud y Seguridad Ocupacional] y la Environmental Protection Agency, EPA [Agencia de Protección Medioambiental], la instauración de una renta mínima anual para todas las familias, el apoyo a la Equal Right Amendment [Enmienda por la Igualdad de Derechos] y la Endangered Species Act [Ley de Especies en Peligro de Extinción], y el refuerzo de la Voting Rights Act [Ley de Derecho al Voto].

Quienes se oponían a la distensión y al control de armas contraatacaron espoleados por Albert Wohlstetter, experto nuclear que había colaborado con RAND Corporation, el órgano consultivo de estrategia militar. Aplicando la teoría de juegos y el análisis de sistemas a la política de defensa, Wohlstetter basó sus proyecciones no en lo que era probable que los soviéticos hicieran, sino en lo que eran capaces de hacer —por irracional o destructivo que fuera—. Le preocupaba que los bombarderos del SAC y los misiles intercontinentales fueran vulnerables a un ataque nuclear soviético por sorpresa y apostó por un sistema de misiles antibalísticos (ABM), para defenderse. McNamara había abandonado los planes de un sistema ABM a gran escala al saber que las armas defensivas eran cinco veces más caras que los misiles que neutralizaban y que el lanzamiento de más misiles podía eliminar sus cualidades defensivas. Todos los científicos del país se movilizaron contra esta propuesta. Les parecía cara, innecesaria, poco operativa y, con mucha probabilidad, susceptible de acelerar la carrera armamentística. McNamara sabía que la capacidad disuasoria de Estados Unidos era más que adecuada. Cuando, en 1964, declaró que una fuerza nuclear de cuatrocientos megatones bastaría para destruir la Unión Soviética, el arsenal norteamericano multiplicaba por 42,5 esa cifra y continuaba creciendo.

Albert Wohlstetter y Paul Nitze, veterano halcón de Washington, organizaron el Committee to Maintain a Prudent Defense Policy [Comité para el mantenimiento de una Política Defensiva Prudente] y emprendieron iniciativas para anular el tratado de limitación de misiles. Reclutaron a Richard Perle, Edward Luttwak, Peter Wilson y Paul Wolfowitz. Llevado por el entusiasmo, Dean Acheson, uno de los componentes de dicho comité, los llamaba «nuestros cuatro mosqueteros».[96] Wilson y Wolfowitz habían estudiado con Wohlstetter en la Universidad de Chicago, donde este enseñaba Ciencias Políticas. Perle se convirtió en su discípulo cuando todavía estaba en el instituto.

Cuando no pudieron impedir la firma del tratado, Perle empezó a trabajar en el poderoso Permanent Subcommittee on Investigations [Subcomité Permanente de Investigaciones] del senador demócrata Henry *Scoop* Jackson. Operando desde lo que llamaban «The Bunker», el equipo de política exterior de Jackson acabó por integrar a una auténtica manada de neoconservadores. A Jackson y a sus acólitos se les ponían los pelos de punta pensar que el SALT permitía a los soviéticos una ventaja temporal en tamaño y número de misiles. Preferían ignorar que Estados Unidos llevaba la delantera en tecnología y número de cabezas nucleares, amén de una proporción de tres a uno en bombarderos. Jackson acusó a los negociadores norteamericanos de ceder ante sus homólogos soviéticos. Quiso añadir al SALT una enmienda que estipulara que, en el futuro, ningún tratado pudiera permitir que Estados Unidos no guardara paridad numérica en algún aspecto armamentístico con la URSS. Jackson presionó a la Casa Blanca para que despidiera a una cuarta parte de los miembros de la Arms Control and Disarmament Agency, ACDA [Agencia de Desarme y Control de Armas], incluidos los que habían intervenido en las negociaciones del SALT —alrededor de una docena—. Fred Ikle, el nuevo director de la ACDA, mucho más conservador, reclutó a Wolfowitz para cubrir una de las vacantes. En 1974 los partidarios de Jackson aprobaron la Enmienda Jackson-Vanik, que negaba beneficios comerciales a toda nación comunista que restringiera el derecho de sus ciudadanos a emigrar con libertad. Kissinger estaba furioso. Dicha enmienda, según sus palabras, «perjudicó las relaciones con los soviéticos a partir de entonces», que era precisamente lo que

Jackson, Perle y sus acólitos pretendían.[97]

En junio de 1971, *The New York Times* empezó a publicar *Los papeles del Pentágono*, la historia secreta de la guerra de Vietnam escrita por el Departamento de Defensa que demostraba que el gobierno había mentido sistemáticamente a la opinión pública desde que empezó el conflicto. Daniel Ellsberg, analista de RAND, era una de las pocas personas que tuvieron acceso a esos documentos en el verano de 1969. Cuanto más leía la historia de las invasiones, primero de los franceses y luego de los norteamericanos, más comprendía que la postura de Washington era indefendible. En septiembre extrajo varias conclusiones definitivas: la guerra era «norteamericana casi desde el principio»; era una «lucha de los vietnamitas [...] contra la política norteamericana y la financiación e injerencia norteamericanas y los técnicos, armas, soldados y pilotos norteamericanos». Solo el dinero, el armamento y la presencia de tropas de Estados Unidos desde 1954 hicieron que la violencia política condujera a la «guerra». Y, lo más importante, Ellsberg comprendió que:

> Desde 1955 o 1960, la contienda ya no era una «guerra civil». Y tampoco lo fue previamente, cuando los franceses, con el apoyo estadounidense, se lanzaron a una reconquista colonial. La guerra, en la que un bando había sido equipado y financiado *por completo* por una potencia extranjera —que dictaba la naturaleza del régimen local de acuerdo con sus propios intereses—, no era una guerra civil. Decir que hemos «intervenido» en una «verdadera guerra civil», que es lo que la mayoría de los autores especializados y hasta los críticos de la guerra vienen diciendo y dicen aún hoy, simplemente enmascara una realidad más dolorosa y tiene tanto de mito como esa versión oficial que dice que «la agresión vino del Norte». Según la Carta de las Naciones Unidas y nuestros ideales declarados, la guerra de Vietnam surge por la agresión de un país extranjero, por la agresión de Estados Unidos.

Ellsberg recordaba que John McNaughton, su antiguo jefe en el Pentágono, había comentado a los analistas de RAND: «Si lo que decís es cierto, estamos luchando en el bando equivocado». Ellsberg comprendió también que, al enunciarlo de esa manera, McNaughton «malinterpretaba lo que verdaderamente estaba ocurriendo desde 1954: nosotros *éramos* el bando equivocado». Por tanto, en su opinión, la guerra era un «crimen», un «mal», un «asesinato en masa». Y sabía, además, que Nixon mentía cuando hablaba de llevarla a término. En realidad, mediante su estrategia de bombardeos, el presidente quería demostrar a Vietnam del Norte que estaba dispuesto a traspasar cualquier límite con tal de alcanzar la «victoria».[98]

Inspirado por los jóvenes activistas que preferían la cárcel a abstenerse de protestar contra la guerra y cada vez más impaciente y desesperado por ver el fin de la matanza, Ellsberg fotocopió los cuarenta y siete volúmenes del estudio encargado por Robert McNamara. Luego intentó convencer a varios senadores de que dejaran constancia del estudio en los archivos públicos del Senado. Ante su negativa, se dirigió a Neil Sheehan, de *The New York Times*. El domingo 13 de junio de 1971, el *Times* publicó la primera entrega de *Los papeles del Pentágono*. El martes 15, el Departamento de Justicia presentó una demanda judicial en el Tribunal Federal del Distrito de Nueva York. La demanda conllevaba una orden temporal restrictiva contra el diario. Era una medida sin precedentes. Era la primera vez que en Estados Unidos se presentaba una demanda judicial para impedir la publicación de un periódico.

Para burlar la demanda, Ellsberg entregó los documentos a *The Washington Post*, que prosiguió con la publicación de los papeles donde el *Times* la había dejado. No obstante, previendo lo que podía suceder, Ellsberg había entregado copias de los documentos a otros diecisiete diarios. Después de que el *Post* se sumara a la tarea, aparecieron párrafos de los papeles de Ellsberg en *The Boston Globe* primero y después en el *St. Louis Post-Dispatch*. Diecinueve periódicos acabaron publicando algún capítulo de la historia secreta de la guerra de Vietnam. Entretanto, el FBI emprendió la caza de Ellsberg, que se había ocultado. *The Detroit News* entrevistó al padre de Daniel Ellsberg, un

republicano que había votado dos veces por Nixon. Ellsberg *senior* defendió con orgullo lo que había hecho su hijo: «Daniel lo ha dejado todo para dedicarse a detener esa estúpida carnicería [...]. Si les ha entregado esos informes, si el gobierno le acusa de algún delito... bueno, puede que así salve a algunos chicos a los que ya no van a mandar a la guerra».[99]

El 28 de junio, las fuerzas de seguridad encontraron a Ellsberg. Cuando lo ponían en manos de la justicia, un periodista le preguntó: «¿Qué siente al pensar que va a entrar en prisión?»; y él contestó: «¿No iría usted a la cárcel por ayudar a parar la guerra?».[100] El 29 de junio, Mike Gravel, senador demócrata por Alaska, intentó sin conseguirlo leer los documentos del Pentágono en las dependencias del Congreso. Más tarde, sin embargo, pudo hacerlo, y consiguió que quedara constancia de ellos en el diario de sesiones, en una apresurada convocatoria vespertina de un subcomité. Además, distribuyó entre periodistas un gran número de documentos «alto secreto» que nadie había publicado hasta entonces. Al día siguiente, el Tribunal Supremo dictó sentencia a favor del *Times* y este periódico y el *Post* reanudaron la publicación de los pepeles. Ellsberg, en cambio, fue acusado de delitos de gravedad y se expuso a una condena de ciento quince años de cárcel.

En realidad, Nixon agradeció la filtración de Ellsberg, que exponía años de embustes sobre Vietnam de los gobiernos demócratas anteriores al suyo. Y se le hacía la boca agua pensando en filtrar a la prensa aún más documentos para demostrar la intervención de Kennedy en el asesinato de Ngo Dinh Diem. Kissinger habló de «mina de oro», pero vaciló y no quiso hacerse cargo de la filtración. Nixon, entonces, dio instrucciones a Charles Colson.



Tras comprender que la guerra de Vietnam era moralmente indefendible e indignado ante las muchas mentiras del gobierno, Daniel Ellsberg, analista del grupo RAND, especializado en estudios estratégicos, fotocopió los cuarenta y siete volúmenes que más tarde todos llamarían Los papeles del Pentágono *y se los entregó a* The New York Times *y a otros dieciocho periódicos. Acusado por ello de delitos muy graves, se expuso a una condena de ciento quince años de cárcel.*

Nixon y Kissinger decidieron destruir a Ellsberg. Kissinger le dijo a Nixon: «Daniel Ellsberg es el hombre más peligroso de América. Hay que pararle los pies cueste lo que cueste». A finales de julio, Kissinger le comentó a Nixon: «Ese hijo de puta... En primer lugar, yo esperaría... Le conozco bien [...]. Estoy seguro de que tiene más información [...]. Apostaría a que tiene más datos y se los está guardando para el juicio. Los crímenes de guerra que le llevaron a descubrir todo el pastel...».[101]

En julio Nixon aprobó la constitución de la White House Special Investigations Unit [Unidad de Investigaciones Especiales de la Casa Blanca]. G. Gordon Liddy, exagente del FBI, y E. Howard Hunt, exagente de la CIA, fueron los encargados de dirigirla. Colgaron en la puerta de su despacho un cartel que decía «Fontaneros» y se aprestaron a arreglar las goteras. En septiembre entraron en la consulta psiquiátrica de Ellsberg con la esperanza de encontrar algo para taparle la boca antes de que, como Nixon temía, sacara a la luz documentos que revelaran que él, el presidente, había amenazado

con emplear armas nucleares en Vietnam. Se fueron, sin embargo, con las manos vacías, lo cual les llevó a elaborar otros planes para silenciar a Ellsberg, auténtica colección de trucos sucios y actos delictivos que finalmente acabaría saliendo a la luz y sumándose a las múltiples acusaciones que llevaron a la ignominiosa dimisión de Nixon.

Con su ofensiva de primavera de 1972, Hanói pulverizó al Ejército sudvietnamita. Desesperado por evitar la derrota antes de las elecciones, Nixon contempló medidas tan extremas que hasta Kissinger puso objeciones: «[…] centrales eléctricas […], los muelles […]. Y yo sigo pensando que tendríamos que reventar las presas ya. ¿Moriría ahogada mucha gente?». «Unas doscientas mil personas», respondió Kissinger. «No, no, no […], preferiría usar la bomba atómica», dijo Nixon. Kissinger dudó: «Yo creo que eso sería pasarse». «La bomba atómica ¿te molesta? —preguntó Nixon—. A mí lo que me gustaría es que pensases a lo grande, Henry, ¡por Dios!».[102]

Nixon bombardeó poblaciones norvietnamitas por primera vez desde 1968 y diversos emplazamientos de Vietnam del Sur, y minó Haiphong. Quería bombardear Hanói hasta «reducirlo a escombros» y afirmó: «A esos cabrones no les han caído nunca tantas bombas como les van a caer ahora».[103] El número de víctimas civiles se disparó. Nixon no tenía ningún remordimiento. Le comentó a Kissinger: «Lo único en que tú y yo no estamos de acuerdo […] es en los bombardeos. A ti te preocupan un huevo los civiles y a mí me importan un bledo. Me dan igual». Kissinger le aseguró que sus reparos procedían del mero cálculo político, no de ninguna razón humanitaria: «Me preocupan los civiles porque no quiero que el mundo te tome por un carnicero y se movilice contra ti».[104]

En octubre las conversaciones de paz de París, que habían llegado a un punto muerto, cobraron de pronto nueva vida. Kissinger anunció: «La paz está al alcance de la mano».[105] Tras conseguir la reelección, sin embargo, Nixon desencadenó la campaña Bombardeos de Navidad de doce días de duración contra Hanói y Haiphong, la peor de la guerra. El clamor internacional fue ensordecedor. Las conversaciones de paz se volvieron a reanudar. El 23 de enero de 1973, Nixon anunció un acuerdo que pondría «fin a la guerra» y traería «una paz honrosa».[106] Los Acuerdos de Paz de París se firmaron el 27 de enero. Estados Unidos cesó toda actividad militar y retiró al último de sus soldados el 29 de marzo. Unos ciento cincuenta mil soldados norvietnamitas seguían en el sur, pero respetaron el alto el fuego. Thieu conservaría el poder dependiendo de los resultados de unas elecciones con participación de todos los partidos. En realidad, sin embargo, no tomó la menor iniciativa para celebrar los comicios. Nixon le tranquilizó prometiéndole un aumento de la ya masiva ayuda militar y la reanudación de los bombardeos si los comunistas intentaban una nueva ofensiva.

En abril, a las pocas semanas de que las tropas norteamericanas abandonaran el país, Nixon y Kissinger ordenaron la reanudación de los bombardeos en el norte y el sur, que fueron más intensos que en ningún otro momento de la guerra. Revocaron la orden, sin embargo, según informó la revista *Time*, cuando Nixon conoció las condenatorias confesiones de John Dean a los fiscales del caso Watergate. El presidente decidió no incendiar la opinión pública en un momento en que se disponía a enfrentarse al Congreso, cosa que tendría que hacer el resto de sus días en el cargo.

La guerra prosiguió a duras penas otros dos años. El 30 de abril de 1975, los norvietnamitas tomaron Saigón. La guerra por fin había terminado. Para entonces, Estados Unidos había arrojado más bombas sobre el pequeño Vietnam que todos los bandos de todas las guerras de la historia, el triple de las que lanzaron todas las naciones combatientes durante la Segunda Guerra Mundial. El campo quedó sembrado de muchas sin explotar. Más de cuarenta millones de litros de herbicida envenenaban el entorno natural. En el sur, Estados Unidos destruyó nueve mil de las quince mil aldeas del país. En el norte había destruido por completo sus seis ciudades industriales y arrasado veintiocho de sus treinta ciudades de provincias y noventa y seis de sus ciento dieciséis capitales de distrito. Le Duan, que en 1969 tomó el relevo de Ho Chi Minh a la muerte de este, le dijo a un periodista que

Estados Unidos le había amenazado con utilizar armas nucleares en trece ocasiones distintas. El número de víctimas era espeluznante. Fallecieron más de cincuenta y ocho mil norteamericanos, pero esta cifra palidece comparada con los vietnamitas muertos y heridos. Ante los alumnos de la American University, Robert McNamara diría que los vietnamitas habían perdido a tres millones ochocientos mil compatriotas.[107]

Los horrores de Camboya excedieron a los de Vietnam. En diciembre de 1972, Nixon dio instrucciones a Kissinger: «Quiero que mandemos allí todo lo que pueda volar y los hundamos en el infierno. No hay límite de distancia y no hay límite de presupuesto. ¿Queda claro?».[108]

Kissinger trasladó la orden a su ayudante, el general Alexander Haig: «Desea una campaña de bombardeo masivo de Camboya. No quiere escuchar a nadie. Es una orden y hay que cumplirla. Todo lo que vuele, todo lo que se mueva. ¿Has entendido?».[109]

Los bombardeos continuaron hasta el 15 de agosto de 1973, fecha en que el Congreso recortó la partida de gastos de la guerra. Más de tres millones de toneladas de bombas habían caído sobre más de cien mil objetivos dejando centenares de civiles muertos. La economía de Camboya estaba hecha jirones. La inflación se disparó, sobre todo en alimentación. La producción bajó de forma drástica. La de arroz, por ejemplo, se redujo a una sexta parte de la que era antes de la guerra. El hambre campaba por sus respetos. Pero no todos sufrieron: las élites vivían en la opulencia. Phnom Penh se llenó de refugiados, con la consiguiente crisis sanitaria y social. Aproximadamente un 95 por ciento de la renta procedía de Estados Unidos. A principios de 1974, la ayuda humanitaria norteamericana ascendía a dos millones y medio de dólares; la militar, a quinientos dieciséis millones y medio.

Los jemeres rojos, que eran un grupo débil antes de los bombardeos, aprovecharon esas atrocidades para reclutar partidarios como mucho más tarde harían, a raíz de varias atrocidades semejantes, otros grupos en Irak y Afganistán. Según Chhit Do, oficial jemer:

> Cada vez que había un bombardeo nos llevábamos a la gente a ver los cráteres, a ver lo grandes y profundos que eran, a ver cómo habían reventado y calcinado la tierra [...]. La gente normal se cagaba literalmente en los pantalones cuando caían las bombas más potentes. Se quedaban en blanco, aturdidos, y estaban tres o cuatro días dando vueltas sin decir palabra. Aterrorizados y medio locos, estaban dispuestos a creer cualquier cosa. Cooperaban con los jemeres rojos por su miedo a los bombardeos. Por los bombardeos se unían a los jemeres y nos mandaban a sus hijos [...]. A veces, las bombas mataban a los niños, y sus padres eran capaces de hacer de todo por los jemeres rojos.[110]

El número de jemeres rojos creció exponencialmente. Empezaron a circular informes espeluznantes del fanatismo de su joven camarilla. En 1975 tomaron el poder. No perdieron el tiempo y desataron nuevos horrores contra su propio pueblo. Se produjo un genocidio que costó la vida a más de millón y medio de personas —que hay que sumar al medio millón que habían perecido en la guerra contra Estados Unidos—. Debido a su nueva alianza con China, principal aliado de Camboya, Washington mantuvo relaciones amistosas con el brutal régimen de Pol Pot. A finales de 1975, Kissinger comentó al ministro de Exteriores de Tailandia: «Debería usted decirle [...] a los camboyanos que vamos a mantener buenas relaciones. Son unos matones, unos asesinos, pero no vamos a dejar que eso se interponga en nuestro camino».[111]

Por fortuna, Hanói no dejó de prestar atención a lo que estaba sucediendo. En 1978 alentó a los camboyanos a sublevarse contra los dirigentes de un gobierno que les parecían «los más repugnantes asesinos de la segunda mitad del siglo XX»; e invadió Camboya ese mismo año para acabar con el atroz régimen de Pol Pot. «En Camboya —declararon—, que antaño fue una isla de paz [...], hoy nadie sonríe. El suelo está empapado de sangre y de lágrimas [...]. Camboya es el infierno en la tierra».[112] Es posible que durante el breve régimen de los jemeres rojos perecieran una cuarta parte de los habitantes de Camboya.

Si Estados Unidos no causó una devastación similar en Laos no fue porque no lo intentara. Llevaba bombardeándolo «en secreto» desde 1964. Pero para los ciudadanos de Laos no era ningún secreto. Los bombardeos empezaron en 1967 y siempre fueron a más, como los padecimientos de la población. En cuanto llegó al poder, Nixon prescindió de toda moderación. Georges Chapelier, asesor belga de las Naciones Unidas, detalló la situación tras entrevistar a los supervivientes:

> Antes de 1967, los bombardeos eran leves y siempre se realizaban lejos de zonas pobladas. En 1968 fueron tan intensos que en las aldeas era imposible cualquier asomo de vida organizada. Los pueblos se trasladaron a las afueras y luego a la selva, donde se internaban cada vez más. Los bombardeos alcanzaron su punto álgido en 1969, cuando todos los días llegaban aviones a reacción y destruían construcciones muy sólidas. No quedaba nada en pie. Los aldeanos vivían en trincheras y agujeros, o en cuevas. Labraban la tierra por las noches. Todos, absolutamente todos los interlocutores sin excepción, venían de pueblos arrasados. En la última fase, los bombardeos buscaban la destrucción sistemática de la base material de la sociedad civil. Quemaban las cosechas y el arroz escaseaba.[113]

Entre 1965 y 1973, Estados Unidos lanzó 2.756.941 toneladas de bombas en 230.516 misiones sobre 113.716 objetivos.

La llanura de las Jarras, controlada por el Pathet Lao, movimiento nacionalista y comunista, fue una de las zonas más castigadas. La mayoría de los jóvenes dejaban los pueblos para unirse a ese grupo. Los soldados meo, aliados de Estados Unidos, llegaban y se llevaban al resto de habitantes. En septiembre de 1969, la llanura se había quedado mayormente despoblada. Fred Branfman, que entrevistó a más de un millar de refugiados, escribió: «Tras una historia de setecientos años, la llanura de las Jarras desapareció». La mayor parte de Laos sufrió un destino similar.[114]

Nixon apenas tuvo tiempo de saborear su victoria en las elecciones de 1972. Enseguida, el escándalo Watergate enfangó su gobierno. Las investigaciones del Congreso revelaron el alcance de la corrupción y los abusos de poder. Su destino quedó sellado cuando Alexander Butterfield reveló las cintas de la Casa Blanca, sin las que Nixon habría evitado el *impeachment*, el proceso de destitución. Butterfield declaró que esperaba que no le preguntaran por las cintas y que, si lo hacían, no quería cometer perjurio. Más tarde, en privado, admitió que esperaba que los miembros del comité del Congreso le preguntaran por estas declaraciones. Dijo que, mientras estaba reunido con Nixon, John Ehrlichman y Bob Haldeman para decidir a quién se ponía micrófonos, se dio cuenta de que eran personas crueles y despreciables y tomó la decisión de no protegerlos con su silencio.[115] La opinión pública no tardó en descubrir lo que el fiscal general John Mitchell llamó «los horrores de la Casa Blanca».[116]

En octubre de 1973, Spiro Agnew, el vicepresidente, se vio obligado a dimitir por los sobornos recibidos cuando era gobernador de Maryland. Nixon designó para sustituirle al agradable y anodino Gerald Ford, líder de la minoría republicana en la cámara. Un observador señaló: «Son pocos los hombres más preparados que Ford para un trabajo que no exige prácticamente nada al hombre que lo tiene que hacer».[117]

El House Judiciary Committee [Comité Judicial de la Cámara] elaboró tres artículos para destituir a Nixon por obstrucción a la justicia, abuso de poder en el desempeño de la presidencia y negarse a proporcionar al comité la información requerida. De todas partes llegaban presiones a favor de la dimisión. Muchos tenían la impresión de que Nixon se estaba volviendo peligrosamente paranoico. Por miedo a lo que pudiera hacer, James Schlesinger, el secretario de Defensa, se reunió con el jefe del Estado Mayor Conjunto y le dio instrucciones de que ninguna unidad militar respondiera a las órdenes de la Casa Blanca sin antes consultar con él. A primeros de agosto de 1974, Nixon se quedó sin apoyos en el Congreso. Sin tiempo ni salida, dimitió el día 9.

Gerald Ford anunció: «La larga pesadilla de esta nación ha terminado»; más tarde concedió al

«loco» Nixon un perdón controvertido. Cuarenta altos cargos del gobierno de Nixon y de su comité de reelección fueron condenados por delitos graves. Entre los sentenciados a penas de cárcel se encontraban colaboradores del expresidente como John Dean, John Mitchell, Bob Haldeman y John Ehrlichman, ayudantes como Charles Colson, Egil Krogh y Jeb Stuart Magruder, y su abogado, Herbert Kalmbach. David Frye, imitador de Nixon, tuvo una buena salida: «Watergate tiene un lado bueno: mi gobierno ha sacado la delincuencia de las calles y la ha metido toda en la Casa Blanca, para que yo pueda tenerla controlada».[118]

Kissinger, el «psicópata», salió ileso del caso Watergate. En octubre de 1973 recibió junto con Le Duc Tho, representante de Vietnam del Norte en los Acuerdos de Paz de París, el Nobel de la Paz. Tom Lehrer, el caricaturista político más brillante de Estados Unidos, anunció que el galardón dejaba, de un plumazo, caduca la caricatura política y no volvió a dibujar. A diferencia de Kissinger, y sabiendo que todavía no se había conseguido la paz, Le Duc Tho tuvo la dignidad de rechazar el premio.

La historiadora Carolyn Eisenberg señaló muy acertadamente: «Richard Nixon ha sido el único presidente de la historia de Estados Unidos que, sin el beneplácito popular, ni de la prensa, ni de los burócratas del gobierno, ni de los principales actores de la comunidad internacional, ha llevado a cabo acciones militares continuadas contra tres países distintos».[119]

[1] Stephen E. Ambrose, *Nixon: Ruin and Recovery, 1973-1990*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991, p. 488; Lawrence Martin, *The Presidents and the Prime Ministers: Washington and Ottawa Face to Face*, Doubleday, Toronto, 1982, p. 259.

[2] H. R. Haldeman y Joseph Dimona, *The Ends of Power*, Dell Books, Nueva York, 1978, pp. 108, 111. [*La agonía del poder*, trad, de J. Álvarez, Grijalbo, Barcelona, 1978].

[3] Robert Dallek, *Nixon and Kissinger: Partners in Power*, HarperCollins, Nueva York, 2007, pp. 93, 250.

[4] Walter LaFeber, *The American Age: United States Foreign Policy at Home and Abroad Since 1750*, W. W. Norton, Nueva York, 1989, p. 602; Henry A. Kissinger, *American Foreign Policy*, W. W. Norton, Nueva York, 1974, p. 183.

[5] Walter Isaacson, *Kissinger: A Biography*, Simon & Schuster, Nueva York, 2005, p. 764.

[6] «Dr. Kirk Urges U.S. to Leave Vietnam», *The New York Times*, 13 de abril de 1968.

[7] Rick Perlstein, *Nixonland: The Rise of a President and the Fracturing of America*, Scribner, Nueva York, 2008, p. 265.

[8] Dallek, *Nixon and Kissinger*, p. 68.

[9] John Prados, *Vietnam: The History of an Unwinnable War, 1945-1975*, University Press of Kansas, Lawrence, 2009, p. 288.

[10] Joseph A. Califano, Jr., *The Triumph and Tragedy of Lyndon Johnson*, Simon & Schuster, Nueva York, 1992, p. 328; Jules Witcover, *The Making of an Ink-Stained Wretch: Half a Century Pounding the Political Beat*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2005, p. 131.

[11] Isaacson, *Kissinger*, pp. 127-128.

[12] Seymour M. Hersh, *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House*, Summit Books, Nueva York, 1983, p. 20.

[13]*Ibid.*, p. 14.

[14] Dallek, *Nixon and Kissinger*, p. 99.

[15] Carolyn Eisenberg, «Remembering Nixon's War», en *A Companion to the Vietnam War*, Marilyn B. Young y Robert Buzzanco (eds.), Blackwell, Maiden (Massachusetts), 2002, p. 263.

[16] Anne Hessing Cahn, *Killing Détente: The Right Attacks the CIA*, Pennsylvania State University Press, University Park, 1998, p. 21.

[17] Henry Kissinger, *White House Years*, Boston: Little, Brown, 1979, p. 26.

[18] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge University Press, Nueva York, 2007, p. 196.

[19] Hersh, *The Price of Power*, p. 111.

[20] Isaacson, *Kissinger*, p. 160.

[21] Haldeman y DiMona, *The Ends of Power*, p. 122.

[22] Fawn M. Brodie, *Richard Nixon: The Shaping of His Character*, W. W. Norton, Nueva York, 1981, p. 322.

[23] William Shawcross, *Sideshow: Kissinger, Nixon and the Destruction of Cambodia*, Simon & Schuster, Nueva York, 1979, pp. 30-32.

[24] Isaacson, *Kissinger*, p. 213.

[25] Jeffrey Kimball, *Nixon's Vietnam War*, University Press of Kansas, Lawrence, 1998, p. 159.

[26]*Ibid*., p. 163; Young, *Vietnam Wars*, p. 239.

[27] Hersh, *The Price of Power*, p. 127.

[28] Kimball, *Nixon's Vietnam War*, p. 163; Hersh, *The Price of Power*, pp. 126-129.

[29] Hersh, *The Price of Power*¸ p. 124.

[30] Henry A. Kissinger, Memorandum for the President, «Contingency Military Operations Against North Vietnam», 2 de octubre de 1969, *http://www.gwu.edu/ ~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB195/VN-2.pdf*.

[31] «Editorial Note», *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 7, Vietnam, enero 1969-julio 1970, documento 125,

http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v06/d125.

[32] Richard Nixon, *RN: The Memoirs of Richard Nixon*, Grosset & Dunlap, Nueva York, 1978, p. 398.

[33] Hersh, *The Price of Power*, pp. 124-125.

[34] Tom Wells, *The War Within: America's Battle over Vietnam*, University of California Press, Berkeley, 1994, p. 358.

[35] Gregg Herken, *Counsels of War*, Oxford University Press, Nueva York, 1987, p. 217.

[36] Nixon, *RN*, p. 401.

[37] AAAS, Minutes of the Meeting of the AAAS Council, December 30, 1965, AAAS Archives, Washington, D. C.

[38] «Scientists Protest Viet Crop Destruction», *Science*, 21 de enero de 1966, p. 309.

[39] Bryce Nelson, «Military Research: A Decline in the Interest of Scientists?», *Science*, 21 de abril de 1967, p. 365.

[40] Bryce Nelson, «Scientists Plan Research Strike at M.I.T. on 4 March», *Science*, 25 de enero de 1969, p. 373.

[41] Max Tishler, «The Siege of the House of Reason», *Science*, 3 de octubre de 1969, p. 193; Bryce Nelson, «M.I.T's March 4: Scientists Discuss Renouncing Military Research», *Science*, 14 de marzo de 1969, pp. 1.175-1.178.

[42] Hersh, *The Price of Power*, p. 134.

[43] Christian G. Appy, *Patriots: The Vietnam War Remembered from All Sides*, Viking, Nueva York, 2003, pp. 122-123.

[44] Robert S. McNamara, *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*, Vintage, Nueva York, 1996, pp. 32-33.

[45] Appy, *Patriots*, pp. 243-244.

[46]*Ibid*., pp. 348-349.

[47] Hersh, *The Price of Power*, p. 135.

[48] Ídem.

[49] Robert Parry y Norman Solomon, «Colin Powell's My Lai Connection», 1996, *www.consortiumnews.com/2009/120209b.html*.

[50] Thomas S. Langston (ed.), *The Cold War Presidency: A Documentary History*, Congressional Quarterly Press, Washington, D. C., 2007, p. 297.

[51] Perlstein, *Nixonland*, p. 482.

[52] Isaacson, *Kissinger*, p. 269.

[53] Bernard D. Nossiter, «Thousands of Students Protest War», *The Washington Post*, 6 de mayo de 1970.

[54] Kissinger, *White House Years*, pp. 511, 513.

[55] Deseamos dar las gracias a Daniel Ellsberg por esta información.

[56] Isaacson, *Kissinger*, p. 280.

[57] Wells, *The War Within*, p. 579.

[58] Testimonio de Tom Charles Huston, *Hearings before the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities of the United States Senate*, 94th Cong., 1st Sess., «Huston Plan», 23 de septiembre de 1975, p. 20.

[59] Ambrose, Nixon, p. 508.

[60] Stephen Kinzer, *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*, Times Books, Nueva York, 2006, pp. 175-176.

[61]*Ibid*., p. 176.

[62] Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2007, pp. 307-308.

[63] «New Kissinger "Telecons" Reveal Chile Plotting at Highest Levels of U.S. Government», National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/ NSAEBB255/index.htm*.

[64] Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, New Press, Nueva York, 2003, pp. 1-2, 18, 36; Westad, *The Global Cold War*, p. 201; Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 309.

[65] Kornbluh, *The Pinochet File*, p. 11.

[66]*Ibid*., p. 8.

[67] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 355.

[68] Westad, *The Global Cold War*, p. 201.

[69] Seymour M. Hersh, «Censored Matter in Book About C.I.A. Said to Have Related Chile Activities», *The New York Times*, 11 de septiembre de 1974.

[70] «World: Chile: The Expanding Left», *Time*, 19 de octubre de 1970, p. 23.

[71] Michael Dodge, carta al editor, *Time*, 16 de noviembre de 1970, p. 13.

[72] Kornbluh, *The Pinochet File*, pp. 17, 20-21, 58-59.

[73]*Ibid*., pp. 25-26, 28-29, 64, 72.

[74]*Ibid*., pp. 79, 119.

[75] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 364.

[76] Kinzer, *Overthrow*, p. 187.

[77]*Ibid*., p. 189; *http://es.wikisource.org/wiki/Discursos_oficiales_de_Salvador_Allende/ 1972/Ante_la_Asamblea_General_de_las_Naciones_Unidas*.

[78] James D. Cockcroft y Jane Carolina Canning (ed.), *Salvador Allende Reader: Chile's Voice of Democracy*, Melbourne, Australia: Ocean Press, 2000, pp. 201-220.

[79] Robert Alden, «Allende, at U.N., Charges Assault by U.S. Interests», *The New York Times*, 5 de diciembre de 1972; Kinzer, *Overthrow*, p. 189; Joseph Zullo, «Allende Hits U.S., I.T.T.», *The Chicago Tribune*, 5 de diciembre de 1972; Don Shannon, «Chile President Accuses U.S. Firms of "Indirect Aggression"», *Los Angeles Times*, 5 de diciembre de 1972.

[80] Kinzer, *Overthrow*, p. 190.

[81]*Ibid*., p. 194; *http://es.wikisource.org/wiki/Última_alocución_de_Salvador_Allende*.

[82] Tim Weiner, «Word for Word/Covert Action», *The New York Times*, 13 de septiembre de 1998.

[83] «TelCon: 9/16/73 (Home) 11:50, Mr. Kissinger/The President», National Security Archive,

www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB123/Box%2022, %20File%203,%20Telcon,%209-16-73%2011,50%20Mr.%20Kissinger-The %20Pres%20 2.pdf.

[84] Kornbluh, *The Pinochet File*, p. 265.

[85] ARA Monthly Report (julio), «The “Third World War” and South America», 3 de agosto de 1976, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/ NSAEBB125/condor05.pdf.*

[86] Ambassador Harry W. Shlaudeman to Secretary Kissinger, action memorandum, «Operation Condor», 30 de agosto de 1976, Department of State, National Security Archive, *www.gwu .edu/~nsarchiv /NSAEBB/NSAEBB312/1_19760830_ Operation_Condor.PDF.*

[87] FM USDEL Secretary in Lusaka to Henry Kissinger, cable, «Actions Taken», 16 de septiembre de 1976, Department of State, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB312/2_19760916_Actions_Taken.pdf.*

[88] John Dinges, «Pulling Back the Veil on Condor», *Nation*, 24 de julio de 2000, *www.thenation.com/article/pulling-back-veil-condor*.

[89] Raymond L. Garthoff, *Détente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*, Brookings Institution, Washington, D. C., 1985, p. 290.

[90] Richard Nixon, «Address to a Joint Session of the Congress on Return From Austria, the Soviet Union, Iran and Poland», 1 de junio de 1972, *www.presidency. ucsb.edu/ws/index.php?pid=3450#axzz1aJSeeAQ2*.

[91] Para un debate sobre Okinawa, *véase* Gavan McCormack, «Ampo’s Troubled 50th: Hatoyama’s Abortive Rebellion, Okinawa’s Mounting Resistance and the U.S.-Japan Relationship (Part 1)», *The Asia-Pacific Journal: Japan Focus*, 22-3-10, 31 de mayo de 2010, *www.japanfocus.org/-Gavan-McCormack/3365/;* Gavan McCormack y Satoko Oka Norimatsu, *Resistant Islands: Okinawa Confronts Japan and the United States*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2012, pp. 55-57.

[92] Herring, *From Colony to Superpower*, pp. 783-784.

[93] Kurt M. Campbell y Tsuyoshi Sunohara, «Japan: Thinking the Unthinkable», en *The Nuclear Tipping Point: Why States Reconsider Their Nuclear Choices*, Kurt M. Campbell, Robert J. Einhorn y Mitchell B. Reiss (eds.), Brookings Institution, Washington, D. C., 2004, pp. 221-222.

[94]*Ibid*., p. 225.

[95] «The New Equilibrium», *The New York Times*, 3 de junio de 1972.

[96] Jacob Heilbrunn, *They Knew They Were Right: The Rise of the Neocons*, Anchor Books, Nueva York, 2009, p. 122.

[97] Henry Kissinger, *Years of Upheaval*, Little, Brown, Boston, 1982, p. 249.

[98] Daniel Ellsberg, *Secrets: A Memoir of Vietnam and the Pentagon Papers*, Viking, Nueva York, 2002, pp. 255-256, 258-260.

[99]*Ibid*., p. 398.

[100]*Ibid*., p. 408.

[101]*Ibid*., pp. 434, 440.

[102]*Ibid*., p. 418.

[103] Herring, *From Colony to Superpower*, p. 793.

[104] Ellsberg, *Secrets*, p. 419.

[105] Isaacson, *Kissinger*, p. 459.

[106] «Transcript of the Speech by President on Vietnam», *The New York Times*, 24 de enero de 1973.

[107] Lección de Robert McNamara a la clase de Peter Kuznick en la American University, 21 de octubre de 1999.

[108] Mr. Kissinger/The President (*tape*) [conversación teléfonica], 9 de diciembre de 1970, 20.45, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/ NSAEBB123/Box%2029,%20File%202,%20Kissinger%20%96%20President%20Dec%209,%201970%208,45% 20pm%20%200.pdf.*

[109] Mr. Kissinger/General Haig (*tape*) [conversación teléfonica], 9 de diciembre de 1970, 20.50, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/ NSAEBB/ NSAEBB123/Box%2029,%20File%202,%20Kissinger%20%96%20Haig,%20Dec%209,%201970%208,50%20pm%20106-10.pdf.*

[110] Ben Kiernan, *The Pol Pot Regime: Race, Power and Genocide Under the Khmer Rouge*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2003, p. 23.

[111] Kiernan, *The Pol Pot Regime*, p. XI, nota 3.

[112] Shawcross, *Sideshow*, p. 389.

[113] Georges Chapelier and Joysane Van Malderghem, «Plain of Jars: Social Changes Under Five Years of Pathet Lao Administration», *Asia Quarterly*, nº 1, 1971, p. 75.

[114] Marilyn B. Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, HarperPerennial, Nueva York, 1991, pp. 234-236; Fred Branfman, *Voices from the Plain of Jars: Life Under an Air War*, Harper & Row, Nueva York, 1972, pp. 3, 18-20.

[115] Daniel Ellsberg, conversación privada con Peter Kuznick.

[116] «Excerpts from Mitchell’s Testimony», *Los Angeles Times*, 11 de julio de 1973.

[117]*The New Yorker*, vol. 49, 1973, p. 173.

[118] Mark H. Lytle, *America’s Uncivil Wars: The Sixties Era from Elvis to the Fall of Richard Nixon*, Oxford University Press, Nueva York, 2006, p. 1.

[119] Eisenberg, «Remembering Nixon’s War», p. 263.

CAPÍTULO 10. FIN DE LA DISTENSIÓN. UN SOMBRÍO MEDIODÍA

Jimmy Carter ha sido un expresidente maravilloso. Quizá, como él mismo ha dicho, el mejor de la historia —aunque John Quincy Adams, que volvió al Congreso para librar un combate tenaz contra la esclavitud, podría perfectamente disputarle ese honor—, y puede aducir en su favor un buen puñado de argumentos. En 1982 fundó el Carter Center, con el que ha fomentado la democracia en todo el mundo, mejorado la atención sanitaria en países subdesarrollados, ayudado a poner en libertad a presos políticos, contribuido a devolver a su cargo a Jean-Bertrand Aristide —presidente electo de Haití— e instado desde la televisión cubana a Washington a levantar el embargo sobre Cuba y a Castro, a ampliar las libertades civiles. En 1994 negoció un pacto nuclear con Kim Il Sung que redujo significativamente el ritmo de crecimiento del arsenal nuclear de Corea del Norte. En 2004, en el marco de su labor de supervisión de procesos electorales en todo el mundo, desautorizó las denuncias de fraude de la oposición y sancionó la victoria en las urnas de Hugo Chávez. Además, ha tratado de aportar juicio al largo y enconado conflicto árabe-israelí —y, como consecuencia, se ha ganado la antipatía de todos los contendientes, incluidos los israelíes—, rechazó la invasión de Irak de George W. Bush, defendió el cierre de la prisión de Guantánamo y declaró que el gobierno Bush-Cheney era «el peor de la historia».[1] También ha pedido la abolición de las armas nucleares y sigue siendo el único presidente de Estados Unidos que ha visitado Hiroshima. Por sus valientes opiniones y su influencia en todo el mundo fue recompensado con el premio Nobel de la Paz en 2002.

Pero Carter, cuyo ejercicio de la expresidencia ha sido tan ejemplar, fue un inepto en la presidencia; porque decepcionó a sus partidarios, traicionó sus convicciones y abandonó el cargo con la aprobación de un escaso 34 por ciento del electorado. Su legado más perdurable como presidente no fue su prolongada e hipócrita campaña en pro de los derechos humanos, sino el hecho de haber abierto la puerta al lado oscuro y, con ello, haber legitimado la política a menudo brutal de su sucesor, Ronald Reagan, que resucitó la Guerra Fría y dejó un reguero de víctimas inocentes que va de Guatemala a Afganistán, pasando por las Torres Gemelas. ¿Qué sucedió para llegar a eso? ¿Actuaron en los años de Carter las mismas fuerzas que desde la sombra socavaron los gobiernos de otros presidentes demócratas como Wilson, Truman, Johnson y Clinton y siguen socavando la administración de Obama?

La dimisión de Nixon en agosto de 1974 y la retirada de las tropas norteamericanas de Vietnam deberían haber servido para allanar el camino a una valoración seria de los errores cometidos y contribuido a revertir la política exterior y la interior cuando la nación estaba en la cuerda floja. Pero no sucedió tal cosa, o solo en contadas ocasiones; nunca, en cualquier caso, durante la presidencia del muy cordial y bien intencionado pero extraordinariamente limitado Gerald Ford, de quien Lyndon Johnson dijo que no podía andar y mascar chicle al mismo tiempo. Ford emitió, desde el principio, malas vibraciones.

Primero anunció que Kissinger seguiría siendo consejero de Seguridad Nacional y secretario de Estado. Kissinger, por su parte, se daba cuenta de que Estados Unidos hacía frente a difíciles retos en política y economía. Tras setenta años con la balanza comercial en positivo, en 1971 el país entró en déficit. Y ese déficit creció. Los países exportadores de petróleo, que habían constituido la OPEP, decidieron castigar a Estados Unidos, Europa Occidental y Japón por su apoyo a Israel en la guerra árabe-israelí de 1973. En 1974 el precio del crudo se cuadruplicó. Estados Unidos, que en la década de 1950 producía todo el que necesitaba, importaba ahora una tercera parte de lo que consumía y era, por tanto, muy vulnerable a las presiones. Además, puesto que el dinero y el poder se inclinaban hacia Oriente Próximo, varios de sus aliados se decantaron por mejorar sus relaciones con los

árabes, algo que Kissinger tachó de «despreciable».[2] Él, junto con otros altos cargos, contemplaba otro tipo de respuesta. Consideraba, por ejemplo, la posibilidad de invadir Arabia Saudí.





Arriba: Gerald Ford jura el cargo de presidente tras la dimisión de Nixon en agosto de 1974. Abajo: Ford con Henry Kissinger. Ford emitió malas vibraciones desde un principio. Por ejemplo, al anunciar que Kissinger seguiría siendo secretario de Estado y consejero de Seguridad Nacional.

Pero ¿de verdad quería Estados Unidos otra guerra? Aún se lamía las heridas de la humillante derrota de Vietnam, un país del que Kissinger había dicho que era «una potencia de cuarta categoría».[3] No es de extrañar su pesimismo respecto al futuro del imperio americano. Al cabo de dos meses en el gobierno de Ford, le confesó a James Reston, de *The New York Times*: «Como historiador hay que ser consciente del hecho de que todas las civilizaciones han acabado por derrumbarse. La Historia es una crónica de esfuerzos fracasados, de aspiraciones que no se concretaron, de deseos cumplidos y convertidos en otra cosa. Como historiador, digo, hay que convivir con la sensación de que la tragedia es inevitable».[4]

Vietnam del Norte inició la ofensiva definitiva en marzo de 1975. El sur ofreció poca resistencia. Sin unos norteamericanos que libraran sus batallas y reforzaban su determinación, el Ejército sudvietnamita huyendo simplemente se derrumbó. Un oficial habló de derrota aplastante, «única en los anales de la historia militar». Con las tropas sudvietnamitas huyendo en desbandada, el caos se apoderó de la mayor parte del país. Los soldados mataban a los oficiales, a otros soldados y a civiles. James Schlesinger, el secretario de Defensa, le dijo a Ford que la derrota solo se podía evitar con armas nucleares tácticas. Ford resistió la tentación. El periodista Jonathan Schell comprendió que aquella caída revelaba «la verdadera naturaleza de la guerra». De Vietnam del Sur escribió: «Era una sociedad sin la menor cohesión, sostenida únicamente por armas extranjeras, dinero extranjero, la voluntad política de un país extranjero. Una vez privada de ese sostén, se enfrentó sola a su adversario y el espejismo se desvaneció».[5]

A raíz de las presiones de Washington, Nguyen Van Thieu dimitió el 21 de abril de 1975. El 30 el general Duong Van Minh se rindió al coronel Bui Tin. Le dijo: «Llevo esperándole desde esta mañana temprano para entregarle el poder». Bui Tin respondió: «No se puede entregar lo que no se tiene».[6] La imagen de los soldados sudvietnamitas abriéndose paso a tiros para subirse a unos aviones y de

los marines golpeando a ciudadanos desesperados que trataban de escapar subiéndose a los últimos helicópteros que despegaban del tejado de la embajada han quedado indeleblemente grabadas en la memoria colectiva de Estados Unidos. Dos años antes, en la Conferencia de Paz de París, Nixon había firmado un protocolo secreto en el que prometía entre cuatro mil doscientos cincuenta y cuatro mil setecientos cincuenta millones de dólares en ayudas de posguerra «sin ninguna condición política». Nixon y William Rogers, a la sazón secretario de Estado, negaron la existencia de dicho protocolo. «No hemos adquirido ningún compromiso para la reconstrucción o rehabilitación [de Vietnam]», aseguró Rogers.[7] Ford citó la victoria de los norvietnamitas como prueba de que Hanói había renegado de los Acuerdos de París e impidió el envío de la ayuda prometida. Además, impuso un embargo sobre toda Indochina, congeló los activos vietnamitas en Estados Unidos y vetó el ingreso de Vietnam en las Naciones Unidas.



Henry Kissinger habla por teléfono desde el despacho de Bret Scowcroft, viceconsejero de Seguridad Nacional, durante la caída de Vietnam del Sur. Desde un principio, nada más sumarse al gobierno de Ford, Kissinger se mostró pesimista acerca del futuro del imperio americano. A James Reston, de The New York Times, *le confesó: «Como historiador hay que ser consciente del hecho de que todas las civilizaciones han acabado por derrumbarse. La Historia es una crónica llena de esfuerzos fracasados, de aspiraciones que no se concretaron, de deseos cumplidos y luego convertidos en otra cosa. Como historiador, digo, hay que convivir con la sensación de que la tragedia es inevitable».*

Los vietnamitas, que tanto habían sufrido durante la invasión norteamericana, tuvieron que levantar su país, arrasado por la guerra, de cero y totalmente solos. Cerca de cuatro millones de compatriotas habían perdido la vida, el terreno estaba devastado, de sus maravillosos bosques de triple cúpula no quedaba nada. En 2009 las minas antipersona y las bombas sin explotar contaminaban una tercera parte del territorio de seis provincias del centro del país. Los esfuerzos del gobierno vietnamita, de Vietnam Veterans of America Foundation y de Vietnam Veterans of America, a veces dirigidos directamente por veteranos entregados a la labor como Chuck Searcy, que trabajó en la provincia de Quang Tri, han servido para limpiar mil quinientas hectáreas. Pero quedan ocho millones por repasar. Más allá del terrible precio que se cobró la guerra cuando se produjo, más de cuarenta y dos mil vietnamitas, muchos niños entre ellos, han muerto víctimas de esas minas y explosivos después del conflicto. Los veteranos estadounidenses también han sufrido.[8] Según algunos cálculos, el número de ellos que luego se suicidaron supera los más de cincuenta y ocho mil que perdieron la vida en combate.



Vietnam del Norte inició la ofensiva definitiva en marzo de 1975. Sin la ayuda de las fuerzas norteamericanas, el ejército del sur sencillamente se vino abajo. La imagen de los soldados sudvietnamitas abriéndose paso a tiros para subir a unos aviones y de unos marines golpeando a los desesperados vietnamitas que trataban de escapar subiéndose a los últimos helicópteros de la Marina que despegaban del tejado de la embajada han quedado indeleblemente grabadas en la memoria colectiva de Estados Unidos.

En vez de contribuir a que el pueblo norteamericano aprendiera de tan execrable episodio de su historia, Ford animó a los norteamericanos a recuperar «el orgullo previo a Vietnam».[9] El hecho de que Estados Unidos no hubiera aprendido la lección de que no debía volver a apoyar a dictaduras corruptas resueltas a silenciar los gritos de justicia de un pueblo oprimido volvería a obsesionar al país repetidamente en años futuros.

Aún tambaleante tras la derrota de Vietnam, Estados Unidos siguió fiel a su política de cultivar aliados anticomunistas en la región. Ford y Kissinger visitaron al general Suharto, dictador de derechas de Indonesia, a primeros de diciembre de 1975. El mismo día de su partida, el Ejército indonesio invadió Timor Oriental, antigua colonia portuguesa que había conseguido su independencia hacía poco. Suharto había pedido a sus invitados que «comprendieran» que tal vez fuese «necesario tomar medidas drásticas o rápidas» para acabar con el gobierno de izquierdas de Timor Oriental. Ford le dio garantías: «Comprendemos y no le presionaremos en este asunto». Kissinger instó a Suharto a posponer la invasión hasta que Ford y él hubieran vuelto a Estados Unidos y a terminar cuanto antes la tarea. La invasión fue sangrienta y la ocupación prolongada. Se calcula que los combates, más el hambre y las enfermedades que se produjeron a continuación, causaron entre cien mil y doscientos mil muertos. Trescientas mil personas, más de la mitad de la población de ese pequeño país, fueron realojadas en campos de internamiento vigilados por el ejército de Suharto. Estados Unidos siguió proporcionando ayuda militar a Indonesia hasta 1999. Timor Oriental no recuperó su plena independencia hasta 2002.[10]

Tras la dimisión de Nixon, los conservadores iniciaron la purga de los analistas de la CIA que no creían que la URSS estaba preparándose para conquistar el mundo. Liderados por el mayor general George Keegan, director de Inteligencia de las Fuerzas Aéreas, convencieron a George H. W. Bush, en aquel entonces director de la agencia, para que diera a un grupo de antisoviéticos acérrimos llamados Team B [Equipo B] acceso a las informaciones secretas más delicadas y que así pudieran cuestionar los hallazgos de la CIA sobre la Unión Soviética, un hecho que no tenía precedentes. A ojos de los analistas de la agencia, Keegan ya se había desacreditado con sus fantasiosos informes sobre un programa de energía soviético que daría a la Unión Soviética una enorme ventaja sobre Estados Unidos. Tras el desprecio de especialistas en inteligencia y del ejército, cuando se retiró, Keegan difundió en público sus estrafalarias hipótesis y convenció a los directores de *Aviation Week & Space Technology* de que en mayo de 1977 escribieran lo siguiente: «La Unión Soviética ha logrado tales avances en aplicaciones de la física de altas energías que pronto dispondrá de un rayo de energía dirigida capaz de neutralizar todo el arsenal de misiles balísticos norteamericano y dar con ello jaque mate a la doctrina estratégica de este país [...]. La carrera por perfeccionar las armas de

energía dirigida es una realidad».[11] Aunque tal proyecto no existía, la Defense Advanced Research Projects Agency, DARPA [Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados para la Defensa], puso en marcha su programa de armas láser espaciales en 1978, que con el tiempo conduciría a la Strategic Defense Initiative, SDI [Inciativa de Defensa Estratégica], mucho más enloquecida y todo un desperdicio de tiempo y dinero. Keegan, por su parte, insistió, también sin base, en que los soviéticos estaban organizando un sistema de defensa civil a gran escala diseñado para proteger a una gran parte de la población soviética ante la posibilidad de que se produjera una guerra nuclear. Howard Stoertz, supervisor de los National Intelligence Estimates [Cálculos de Inteligencia Nacional] sobre la Unión Soviética, explicó por qué él y otros miembros de la CIA ponían objeciones a ese tipo de análisis externos: «La mayoría nos oponíamos a esas auditorías porque nos parecían más una incursión política, ideológica, que un ejercicio intelectual. Sabíamos perfectamente quiénes las pedían».[12]

Richard Pipes, inmigrante polaco, historiador de Harvard especializado en Rusia y furibundo antisoviético, se puso al frente del Equipo B y reclutó de inmediato a Paul Nitze y a Paul Wolfowitz. Según Anne Cahn, que trabajó en la Arms Control and Disarmament Agency con Carter, los miembros del Equipo B compartían una «colérica animosidad hacia la Unión Soviética».[13] Sobreestimaron en gran medida los gastos y capacidad militares de la URSS. Según sus previsiones, los soviéticos contarían con unos quinientos bombarderos Backfire para 1984, más del doble de los que ya tenían. En su opinión, las intenciones de Moscú eran malignas y se valía de la disuasión como treta para conseguir la hegemonía. No estaban de acuerdo con las valoraciones de la CIA y no creían que el arsenal nuclear soviético fuera ante todo defensivo, diseñado, según la agencia, para la defensa y no para el ataque.

Pipes criticó los análisis de la CIA. «Daba la casualidad de que favorecían la disuasión —dijo— y atribuían su éxito sobre todo a Estados Unidos». Se debía, aseguraba, a que «los analistas [de la CIA] [...] comparten la opinión del mundo académico norteamericano, inclinado al positivismo filosófico, el agnosticismo cultural y el liberalismo político». La actitud de los soviéticos, sin embargo, indicaba «más allá de toda duda razonable que sus dirigentes [...] piensan que las armas nucleares son herramientas de guerra que, con un uso adecuado [...] se convierten en una promesa de victoria».[14]

Según su informe, la URSS iba muy por delante de Estados Unidos en todos los aspectos estratégicos. Para la CIA tales cálculos, en cambio, eran «pura ficción». La conclusión de Anne Cahn era: «Si revisas la mayoría de sus estimaciones sobre sistemas de defensa [...], el Equipo B se equivocaba en todo».[15]

El 5 de noviembre, el Equipo B tuvo un careo con los analistas de la CIA especializados en la URSS, la mayoría de los cuales eran más jóvenes y, por tanto, tenían menos experiencia que ellos. Uno de estos recordaba: «Nos abrumaron. Personas como Nitze nos querían comer con patatas». Un oficial de la agencia comentó: «Era como un partido de fútbol americano entre profesionales y chicos de instituto». La CIA había cometido el gran error, se relamió Pipes, de mandar a «una tropa de jóvenes analistas, algunos recién salidos de la universidad», a enfrentarse a «veteranos funcionarios del gobierno, oficiales del ejército y catedráticos de universidad». Cuando el «campeón» del Equipo A, el joven analista Ted Cherry, empezó a criticar los hallazgos del Equipo B, Nitze «contraatacó con una pregunta que le dejó petrificado, catatónico. Nos quedamos todos mirándole y él seguía allí inmóvil, con la boca abierta, incapaz de pronunciar palabra. Fueron unos segundos interminables y muy incómodos».[16]

Aunque coincidía con su sucesor, Stansfield Turner, y con Kissinger y los tres disentían de las conclusiones del Equipo B, Bush incorporó las opiniones y la valoración de Nitze y sus colegas a los informes de la agencia.

La funesta injerencia en los asuntos de la CIA se volvió más ominosa aún en septiembre de 1978,

cuando un oficial de alta graduación de la agencia, John Paisley, se perdió en el mar mientras navegaba. Paisley, exdirector de investigaciones estratégicas, era un experto en programas soviéticos de armamento nuclear y convencional con autoridad para solicitar el lanzamiento de satélites espía. Había sido el nexo de unión entre el Equipo B y la CIA. Su hijo aseguró luego que fue responsable de filtrar a la prensa la existencia del Equipo B.[17]

Una semana después apareció en la bahía de Chesapeake un cuerpo en avanzado estado de descomposición y la policía de Maryland lo identificó como el cadáver de Paisley. Tenía un disparo en la cabeza. El forense sacó una rápida conclusión: suicidio. Un suicidio muy extraño, en verdad. El cuerpo tenía dos cinturones de buceo de diez kilos de peso cada uno abrochados al torso, medía diez centímetros menos que el de Paisley —que medía uno ochenta— y, como dijo Nicholas Thompson, autor de *The Hawk and the Dove: Paul Nitze, George Kennan and the History of the Cold War* [El halcón y la paloma: Paul Nitze, George Kennan y la historia de la Guerra Fría], «si era su cuerpo, y si se quitó la vida, eligió un método ciertamente raro: primero se ató los lastres, luego se lanzó por la borda y por último se pegó un tiro en la sien, como en las ejecuciones. Además, la bala había penetrado por la sien izquierda y Paisley era diestro».[18]

Además de la policía de Maryland, también investigaron la CIA, el FBI y el Comité de Inteligencia del Senado. Entretanto, la CIA filtró distintas noticias falsas como tapadera, pero pronto fueron desmentidas. Según la agencia, Paisley había dejado de formar parte de su plantilla en 1974 y era «asesor a tiempo parcial con acceso muy limitado a la información clasificada», descripción «chocante» para un importante miembro de la President’s Foreign Intelligence Advisory Board, PFIAB [Junta Asesora del Presidente sobre Información Secreta del Extranjero]. «No hay duda de que, en el momento de su muerte, Paisley sí tenía acceso a información clasificada como alto secreto», le dijo a *The Baltimore Sun*, que durante tres meses llevó a cabo su propia investigación del asunto.

Otro antiguo miembro del PFIAB reveló: «Fue Paisley quien elaboró la lista de las personas que compondrían el Equipo B. Fue él quien se encargó de acreditarlas [...], quien discutió con nosotros su currículo. Luego, una vez hecha la selección, programaba las reuniones. Él llevó a cabo todo el proceso». El *Sun* publicó que, en el momento de su muerte, Paisley estaba escribiendo un «análisis retrospectivo» del Equipo B para un documento interno de la agencia. Entre los papeles encontrados en la embarcación estaban las notas de Paisley sobre el proyecto. Paisley tenía también documentos clasificados sobre los gastos en defensa de la URSS y el estado de preparación de sus ejércitos.[19]

Abundaron las especulaciones: todos temían que había ocurrido algo abominable. Desde la propia CIA, algunos agentes filtraron a los periodistas que a Paisley le había asesinado la KGB. Otros sostuvieron que era un «topo» soviético al que la agencia había desenmascarado.[20] La mujer del difunto afirmaba que el cuerpo encontrado no era el de su marido y contrató a un abogado y a un detective. «Tengo la sensación de que está ocurriendo algo siniestro», dijo y acusó a la CIA de «mentir». Dos conocidas compañías de seguros se negaron en principio a pagarle aludiendo que había dudas sobre la muerte de su esposo. Tras una larga investigación, el Comité de Inteligencia del Senado decidió mantener en secreto sus conclusiones. El misterio sigue sin resolverse.[21]

Entretanto, las reaccionarias fuerzas de la antidisuasión agitaban las aguas en diversos frentes. En marzo de 1976, Paul Nitze, James Schlesinger y el exsubsecretario de Estado Eugene Rostow pusieron en marcha lo que en noviembre se convertiría en el Committe on the Present Danger, CPD [Comité sobre el Peligro Actual]. Solo había existido un comité con ese nombre una vez, en 1950, para respaldar el NSC 68 de Nitze. Tres miembros del Equipo B —Richard Pipes, William Van Cleave y el propio Nitze— formaron parte de la junta ejecutiva. Entre sus primeros defensores se encontraba Richard Mellon Scaife, heredero de las industrias Mellon, y William Casey, futuro director de la CIA, y contaba entre sus miembros con Norman Podhoretz, director de la revista

Commentary, Richard Perle, Dean Rusk y Ronald Reagan. La declaración de principios fundacional de dicho comité advertía de que la Unión Soviética pretendía el dominio mundial por medio de «un crecimiento militar sin parangón» y de que, bajo el disfraz del control de armamentos, se estaba preparando para librar y ganar una guerra nuclear.[22]

El Equipo B y el CPD, en su empeño por subvertir la comunidad de inteligencia y arrastrarla a posiciones ideológicas de la derecha, fueron jaleados por toda una red de fundaciones recientes y de grupos de expertos financiados en parte por las familias Scaife y Coors, así como por William Simon, presidente de la John M. Olin Foundation. Entre quienes se beneficiaron de la generosidad de esas instituciones se encontraban la Heritage Foundation, el American Enterprise Institute, el Hudson Institute, el Manhattan Institute, la Federalist Society, la Washington Legal Foundation, el Institute for Justice, el Hoover Institute, la Freedom House y el Ethics and Public Policy Center. También hubo apoyo económico para publicaciones de derechas como *National Interest/Public Interest*, *Commentary* y *The American Spectator*.

Tan pujante entramado era de poco valor para una persona relativamente moderada como Gerald Ford. Sus miembros querían en la Casa Blanca a un verdadero político de derechas como Ronald Reagan. Para aplacar las críticas, Ford y su jefe de personal, Donald Rumsfeld, organizaron una remodelación importante del gabinete en octubre de 1975. Tan drástico fue el cambio de cromos que llegó a conocerse como «Masacre del día de Halloween». El propio Rumsfeld sustituyó a Schlesinger en Defensa, el general Brent Scowfrot a Kissinger como consejero de Seguridad Nacional, Bush a William Colby en la dirección de la CIA y Dick Cheney, el segundo de Rumsfeld, pasó a ocupar el cargo de este como jefe de personal de la Casa Blanca. Nelson Rockefeller, el vicepresidente, supo por boca del presidente que no podría presentarse a la reelección en 1976. Kissinger, furioso con su destitución, redactó una carta de dimisión que no llegó a enviar. Muchos vieron la mano de Rumsfeld en aquella sacudida brutal. Para Nixon, el nuevo secretario de Defensa no era más que «un pequeño y despiadado cabrón».[23] Más tarde, Kissinger diría que Rumsfeld era el hombre más despiadado que había conocido en su vida.



Con la intención de aplacar las iras de la derecha, Ford y su jefe de gabinete, Donald Rumsfeld, organizaron una importante remodelación del gobierno en octubre de 1975. Fue tan drástica que la llamaron «Masacre del día de Halloween». Entre otros cambios, Rumsfeld sustituyó a James Schlesinger en la Secretaría de Defensa. Para muchos era él, a quien Nixon había calificado de «pequeño e implacable cabrón», el verdadero artífice de esa remodelación. Desde su nuevo cargo en el Pentágono, lanzó la advertencia de que los soviéticos amenazaban con rebasar a los norteamericanos en potencia militar y de que la política de disuasión iba contra los intereses de Estados Unidos.

Con una vuelta de tuerca a sus opiniones, antaño moderadas, Rumsfeld se había ido desplazando poco a poco a la derecha y en esos momentos se posicionaba como firme defensor del Equipo B y enemigo de la política de disuasión de Kissinger. A principios de 1976 contribuyó a bloquear las negociaciones de un nuevo SALT. «La oposición partió del secretario de Defensa Don Rumsfeld y del Estado Mayor Conjunto, y reconozco que eran ellos los que tenían un as en la manga», escribiría más

tarde Ford.[24] Rumsfeld empezó por advertir que los soviéticos amenazaban con rebasar a los norteamericanos en potencia militar y que la política de disuasión iba contra los intereses de Estados Unidos. Ford captó el mensaje y en marzo de 1976 anunció: «Vamos a olvidarnos de la palabra “disuasión”».[25]

El cambio no bastó para tranquilizar al ala derecha del partido, que resurgía con fuerza. Ronald Reagan censuró con acritud la «moderada» política de Nixon, Ford y Kissinger. En su opinión, debilitaba a Estados Unidos en la lucha contra sus mortales enemigos comunistas. A finales de marzo acusó a Kissinger de haber asegurado: «El día de Estados Unidos ha pasado y hoy es el día de la Unión Soviética [...]. Mi labor como secretario de Estado consiste en negociar el mejor segundo puesto posible».[26] Como es lógico, Kissinger negó haber dicho nunca tal cosa.[27]



Izquierda: Jimmy Carter sale de una iglesia de Jacksonville, Florida, durante la campaña electoral. Derecha: Uno de sus seguidores sostiene un cartel en la Convención Nacional del Partido Demócrata celebrada en Nueva York en 1976. Millonario cultivador de cacahuetes y durante mucho tiempo profesor de la escuela dominical de Plains, Georgia, Carter derrotó a Ford por muy escaso margen. Se presentó como un populista independiente y agrupó el voto de negros y agricultores y de la juventud desafecta. Prometió restaurar la confianza en el gobierno y restañar las heridas abiertas con el caso Watergate, la guerra de Vietnam y los años de discordias raciales, generacionales y de género.

Ford consiguió evitar las arremetidas de los personajes más conservadores de su partido —imbuidos de la mentalidad *neocon*—, pero fue derrotado en las elecciones de noviembre por el exgobernador Jimmy Carter, millonario cultivador de cacahuetes y durante mucho tiempo profesor de la escuela dominical de Plains, Georgia. Carter, baptista evangélico, era un populista independiente que se hizo con el voto de negros y agricultores y de la juventud desafecta. Más hombre de negocios del Nuevo Sur que pequeño granjero, Carter, como ha dicho el historiador Leo Ribuffo, recuperó los ideales de los progresistas de antes de la Primera Guerra Mundial, que incidían en el progreso científico y en la moralidad pública, más que los del New Deal y de los reformistas de la Gran Sociedad, que buscaban afianzar el estado de bienestar.[28] Carter prometió restaurar la confianza en el gobierno y restañar las heridas abiertas con el caso Watergate, la guerra de Vietnam y los años de discordias raciales, generacionales y de género.

Lo poco que Carter sabía de política exterior lo había aprendido en las reuniones de la Comisión Trilateral fundada en 1972 por David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank, que también presidía el influyente Council on Foreign Relations, CFR [Consejo de Relaciones Exteriores]. Rockefeller y muchos de sus colegas del *establishment* estaban preocupados por la evolución de la política exterior. Estados Unidos no solo había sufrido una derrota monumental en Vietnam, sino que afrontaba una crisis económica que lo estaba desestabilizando. Para muchos, la respuesta de Nixon solo había servido para empeorar las cosas. Con el abandono del patrón oro, el control de precios y salarios y la imposición de aranceles a las importaciones, Nixon renunciaba al liberalismo que había

dominado la política internacional del país desde 1945. Al mismo tiempo, el Congreso y los sindicatos pidieron una limitación de las importaciones y una penalización a las corporaciones multilaterales que reducían sus plantillas para contratar trabajadores en el extranjero, de modo que algunos miembros del CFR se temían una revitalización del nacionalismo económico y hasta una guerra comercial entre naciones.[29]

En busca de un instrumento de estabilización del orden internacional —el CFR se había demostrado ineficaz por las disensiones internas sobre Vietnam—, David Rockefeller se apropió de las opiniones de Zbigniew Brzezinski. En su *Between Two Ages* [*Entre dos épocas*], publicado en 1970, este profesor de la Universidad de Columbia defendía la formación de una «comunidad de naciones desarrolladas» que, constituida por Europa Occidental, Estados Unidos y Japón, ejerciera de guía del orden internacional.[30] Rockefeller y Brzezinski, neoyorquinos ambos, asiduos veraneantes también de Seal Harbor, idearon el tipo de organización que pudiera lograrla.

En el encuentro anual que en junio de 1972 celebró el secreto Grupo de Bilderberg —así llamado por el lugar de reunión, hotel de Bilderberg, Oosterbeek, Países Bajos—, Rockefeller propuso la creación de una sociedad que potenciase el mundo capitalista reforzando los vínculos entre los dirigentes de América, Europa y Asia. Brzezinski, que era miembro del Grupo de Bilderberg y del CFR, secundó con entusiasmo la propuesta. Diecisiete personas asistieron a una reunión para planificar dicha sociedad en la casa de Rockefeller en Nueva York en el mes de julio. Con sesenta miembros, al menos al principio, la organización abrió oficinas en Nueva York, París y Tokio. La mayoría rechazaban el férreo y ciego anticomunismo del CPD y en su lugar esperaban seducir a los soviéticos para que se sumaran a un sistema internacional que promoviera la interdependencia económica, el libre comercio y la libre circulación de capitales. Los problemas políticos y económicos del Tercer Mundo se abordarían fuera del marco de la Guerra Fría.[31]

Brzezinski trabajó como director ejecutivo de la sucursal del grupo en Nueva York. Era hijo de un diplomático polaco y, tal vez por eso, el más recalcitrante anticomunista de los miembros fundadores de la sociedad. Y pidió la inclusión de Carter.[32] Creía junto con Rockefeller que Carter era un gobernador sureño aún poco conocido pero impaciente por aprender cómo era el mundo. Siempre confiado y ambicioso, el gobernador de Georgia discutía entonces con sus asesores la posibilidad de presentarse a la presidencia. Pero a escala nacional era todavía un desconocido. Cuando en diciembre de 1973 apareció en el programa de televisión *What's My Line?*, ni Arlene Francis, ni Gene Shalit, ni Soupy Sales, los contertulios, sabían cómo se ganaba la vida. Quizá a Brzezinski le impresionase que Carter hubiera votado al senador Henry *Scoop* Jackson como candidato a la presidencia en la Convención Nacional Demócrata de 1972.

Brzezinski y Rockefeller vieron en él algo que les convenció de que merecía la pena dedicarle tiempo y se sumaron a su candidatura desde muy pronto. Peter Bourne, subdirector de campaña de Carter, contaría: «David y Zbig coincidían. Para ellos, Carter era el neófito ideal. En política, ningún novato era más fiable que él».[33] En campaña, Brzezinski fue el asesor de Carter en política exterior y le escribía los discursos. Carter introdujo en su gobierno a veintiséis colegas de la Comisión Trilateral, incluido el vicepresidente Walter Mondale, el secretario de Estado Cyrus Vance, el secretario de Defensa Harold Brown, el secretario del Tesoro Michael Blumenthal y el presidente de la Reserva Federal Paul Volcker. En la CIA, Carter sustituyó a Bush, que también formaba parte de la Comisión Trilateral, por otro de sus miembros: Stansfield Turner. Otros componentes de esa comisión como Warren Christopher, Anthony Lake y Richard Holbrooke, ocuparon altos cargos. Lo más importante, sin embargo, fue la elección de Brzezinski como consejero de Seguridad Nacional. Kissinger, otro miembro de la Comisión Trilateral, quedó excluido del gobierno.

A pesar de su inexperiencia, sus contactos con la Comisión Trilateral y tendencia hacia el centro, Carter asumió la presidencia con una idea moderadamente progresista del futuro Estados Unidos. En

campaña había denunciado la hipocresía imperante en las armas atómicas: «Al exigir a países soberanos que renuncien a las armas nucleares, pedimos una forma de negación que nosotros no hemos sido capaces de aceptar». Con su rechazo del doble rasero que normalmente las naciones poderosas imponen a las más débiles, Carter reconocía que Estados Unidos no tenía derecho a pedir a los demás que renunciasen a esas armas a no ser que tomase medidas para eliminar su propio arsenal nuclear. «El mundo aguarda, pero no lo hará por mucho tiempo —comprendió—. Cuanto más pospongamos la reducción de armamento, más probabilidades habrá de que otras naciones desarrollen su potencial nuclear».[34]

Tal sinceridad resultaba novedosa, como su promesa de que Estados Unidos aprendiera de Vietnam y recuperase su prestigio moral. «Nuestro país no debería volver a intervenir militarmente —declaró— en los asuntos internos de otra nación a no ser que se dé una amenaza obvia y directa a la seguridad de Estados Unidos o de sus ciudadanos».[35] Juró no volver a repetir «las declaraciones en falso y, a veces, los palmarios embustes» a que habían recurrido sus predecesores para justificar la invasión de Vietnam. Despertó las esperanzas de la humanidad anunciando que Estados Unidos contribuiría a alcanzar «un mundo más justo, pacífico y verdaderamente humano [...], a limitar los armamentos» y a dar, ese mismo año, «un paso hacia el objetivo último: la supresión de todas las armas nucleares de este planeta». «Instamos a todos los pueblos —declaró— a unirse a nosotros, porque el éxito en esto puede suponer el triunfo de la vida sobre la muerte».[36]



Jimmy Carter y Leónidas Breznev firmando el SALT II. Pese a que fue anunciado a bombo y platillo, ese tratado solo fue un éxito a medias, porque permitía que los arsenales nucleares de Estados Unidos y la URSS siguieran aumentando, aunque fuera a menor ritmo.

Es complicado valorar, sin embargo, si los comentarios de Carter sobre Vietnam eran francos. Representaban, claramente, una saludable desviación de las disculpas de anteriores y posteriores presidentes. Pero tal vez solo fueran una medida destinada a que pareciera mucho más progresista de lo que en realidad era o de lo que su currículum como presidente a la postre sugeriría. En 1976 respondió en campaña a la pregunta de un periodista sobre Vietnam del siguiente modo: «Yo pedí la retirada total [en marzo de 1971]», tras haber adoptado previamente, en la línea de los senadores del Sur, una postura favorable al conflicto. En agosto de ese mismo año escribió una columna manifestando que había apoyado el despliegue inicial en Vietnam «para combatir la agresión comunista», pero en esos momentos, puesto que Estados Unidos no iba «a hacer lo necesario para vencer», era hora de volverse a casa. Al año siguiente apoyó el bombardeo y el minado de puertos e instó a los norteamericanos a «prestar apoyo y respaldo al presidente Nixon» estuvieran o no de acuerdo con su decisión. Incluso en abril de 1975, cuando Saigón estaba a punto de caer ante los comunistas y sus partidarios, dijo ante los periodistas que defendía la concesión de quinientos o seiscientos millones de dólares en ayuda militar para contribuir a estabilizar la situación un año más.

[37]

Por tanto, es posible que Carter nunca fuera tan progresista en política exterior como algunos presumen. No obstante, irritó a muchos halcones del CPD al escoger a Paul Warnke, un «blando», como director de la Arms Control and Disarmament Agency, al designar al afroamericano Andrew Young, alcalde de Atlanta, como embajador en la ONU y al sumarse, al menos al principio, al pragmatismo y el apego a la norma de Cyrus Vance y con su compromiso con la disuasión frente al tóxico anticomunismo de Brzezinski. Y eso le permitió conseguir ciertos éxitos: renegociar el Tratado del Canal de Panamá y, en 1978, contribuir a los Acuerdos de Camp David —que condujeron a la retirada de Israel del territorio de Egipto conquistado en la guerra de 1967 y a la reanudación de las relaciones diplomáticas entre ambos países—. Además, hizo grandes avances en el control de armas. Warnke negoció el SALT II con los soviéticos, ordenó la reducción del número de aviones y misiles nucleares y contribuyó a convencer a Carter de que resistiera las presiones del Pentágono para fabricar el bombardero B-1. Pese a que fue anunciado a bombo y platillo en junio de 1979, sin embargo, el SALT II solo fue un triunfo a medias que permitió que ambos países continuasen acrecentando sus arsenales, aunque, eso sí, a menor ritmo. Permitía, por ejemplo, que ambos países pudieran disponer de otras cuatro mil cabezas nucleares más en 1985 y desplegar un nuevo sistema de defensa durante sus cinco años de validez. El CPD lo denunció afirmando que daría a los soviéticos «superioridad estratégica» y abriría «una puerta vulnerable».[38] Sus miembros pedían un aumento importante de los presupuestos de defensa y defensa civil. Gracias a los trescientos mil dólares de financiación de la Scaife Foundation para el CPD, los que rechazaban el SALT II superaban a los que lo defendían en una proporción de quince a uno.

Pero la falta de experiencia de Carter en política exterior se volvería en su contra y su creciente confianza en Brzezinski y otros halcones iría empañando progresivamente su agenda y dejando su estrategia de gobierno a merced de los ortodoxos de la Guerra Fría. Brzezinski instituyó rápidamente un cambio significativo en el procedimiento que le permitía ejercer una influencia desmesurada en el presidente. Si hasta entonces era un alto oficial de la CIA el encargado de informar diariamente al presidente, el nuevo consejero de Seguridad Nacional lo haría a partir de ese momento y, además, sin que ninguna otra persona estuviera presente. «Desde el primer día de Carter en el cargo —escribió—, insistí en que el informe de inteligencia de todas las mañanas tenía que dárselo yo personalmente al presidente y nadie más. La CIA quería que me acompañara un oficial, pero yo pensé que eso nos inhibiría, evitando una conversación sin tapujos». Brzezinski hizo caso omiso de las objeciones de Turner.[39]

En sus memorias, Brzezinski desveló el deliberado y sistemático proceso mediante el cual moldeó el pensamiento de Carter en política exterior:

> En realidad, a la hora del informe matinal tocábamos las bases de la política exterior y yo aguijoneaba al presidente para que reflexionase sobre los problemas que a mi juicio necesitaban más atención. También trazábamos las líneas básicas y —especialmente en sus primeros meses de presidencia— debatíamos en profundidad asuntos conceptuales o estratégicos. Resultó particularmente importante al principio, porque fue entonces cuando definimos nuestros objetivos en un sentido amplio y establecimos las prioridades. De vez en cuando, además, yo aprovechaba aquellas sesiones para sugerirle los puntos en que debía incidir en sus intervenciones públicas y también posibles fórmulas y maneras de hablar. Tenía una memoria prodigiosa para recordar expresiones. Con frecuencia me sorprendía, y asombraba, que, después de uno de aquellos informes recurriera, en alguna rueda de prensa o aparición pública, a casi las mismas palabras que los dos habíamos empleado horas antes.

Aunque afirmaba ser poco más que el ventrílocuo de Carter, en realidad Brzezinski diseñó los pasos a seguir para asegurarse de que sus lecciones calaban. Además de esas conversaciones diarias, empezó a mandarle al presidente un informe semanal del NSC con la intención de que fuera «un

documento estrictamente privado y personal para el presidente». Solía empezar con una introducción del propio Brzezinski en que comentaba «en tono desenvuelto las medidas del gobierno, alertaba de posibles dificultades, trasladaba en alguna ocasión ciertas críticas e intentaba transmitir una perspectiva global».[40]

Brzezinski se daba cuenta de que, a veces, Carter disentía de su análisis y esos informes le «irritaban». Pero los archivos del gobierno demuestran que su obsesivo anticomunismo —se jactaba de ser «el primer polaco en trescientos años con poder suficiente para hacerles daño a los rusos»— fue haciendo mella y que Carter acabó por adoptar sus puntos de vista.[41]



Carter con Zbigniew Brzezinski, cuyo cargo de consejero de Seguridad Nacional le permitía concretar la agenda exterior del presidente. Hijo de un diplomático polaco y anticomunista obcecado, se propuso modelar deliberada y sistemáticamente el pensamiento de Carter en política internacional.

Carter llegó al gobierno con el compromiso de promover los derechos humanos, pero se valió de ellos para atacar a Moscú. Las relaciones entre la URSS y Estados Unidos se enfriaron. Los soviéticos, orgullosos de haber ampliado las libertades civiles y reducido el número de presos políticos, respondieron aduciendo que sus ciudadanos gozaban de derechos de los que los norteamericanos carecían. El Kremlin dio instrucciones al embajador Anatoli Dobrinin de preguntar a Cyrus Vance cómo se sentirían los suyos si ellos vincularan la política de disuasión con el fin de las discriminaciones raciales, o del paro, en Estados Unidos.[42]

Carter reaccionó de forma exagerada cuando los soviéticos demostraron su apoyo a Mengistu Haile Mariam en Etiopía. Mengistu había llegado al poder en 1974 mediante un golpe de estado que derrocó al emperador Haile Selassie. En aquellos años, la URSS sacaba provecho de las turbulencias del continente africano y del resto del Tercer Mundo y se aliaba con fuerzas progresistas para impulsar modelos de desarrollo socialistas. Pero, con esta inmersión en los países subdesarrollados, los soviéticos se complicaban en problemas económicos, políticos y militares, que fue lo que sucedió en Etiopía. A finales de 1977, Moscú, alentado por Castro y su apoyo a los movimientos de liberación de África, respondió a las demandas de Mengistu, que tenía que hacer frente a una invasión de la vecina Somalia y a la oposición de un movimiento de independencia de Eritrea apoyado por los somalíes. A pesar de censurar la actitud a menudo brutal de Mengistu, los soviéticos aumentaron de forma importante su apoyo al movimiento de liberación de Etiopía con el envío de mil asesores militares y de equipos por un valor superior a los mil millones de dólares. Ayudaron también al transporte de diecisiete mil soldados y técnicos cubanos. La mayoría de las naciones africanas aplaudieron la intervención soviética. Les parecía una respuesta legítima a la agresión somalí.

A la respuesta inicial de Carter le faltó vigor: compartía con los dirigentes soviéticos la impresión de que el control de armas y la disuasión eran prioritarios. Brzezinski, en cambio, instó al presidente a abandonar toda «debilidad» y plantar cara a Moscú. «A un presidente no solo lo tienen que querer y

respetar, también lo tienen que temer», arguyó. Carter debía «elegir un asunto controvertido y actuar deliberadamente con rabia, aspereza incluso, para ser impactante».[43] Y a Carter, Etiopía le pareció un buen asunto para empezar. A pesar de las fuertes objeciones de Vance, acusó a los soviéticos de «ampliar su influencia en el extranjero» por medio de su «potencial y ayuda militar».[44] Brzezinski se alegró sobremanera de que Carter denunciase a los soviéticos. Más tarde, y en varias ocasiones, señalaría: «El SALT yace enterrado bajo las arenas del desierto de Ogaden [una región de Somalia]».[45] La derecha, sin embargo, atacó con mayor estridencia las aventuras soviéticas en África. Reagan advirtió:

> Si los soviéticos triunfan, y cada vez parece más posible que lo hagan, todo el Cuerno de África quedará bajo su influencia, si no bajo su control. A partir de ahí pueden amenazar las rutas marítimas por las que llega petróleo a Europa y Estados Unidos, cuando y como quieran. Y, a corto plazo, el control del Cuerno de África permitiría a Moscú desestabilizar a los gobiernos de la península arábiga que han demostrado un fuerte anticomunismo [...]; a los pocos años podemos vernos ante un imperio de dominios y protectorados soviéticos desde Addis Abeba hasta Ciudad del Cabo.[46]

Los dirigentes soviéticos no anticipaban semejantes consecuencias tras las acciones similares de los norteamericanos en su esfera de influencia. Sí sobrestimaron, en cambio, la predisposición de los estadounidenses de tratarlos en condiciones de igualdad. Entre la clase dirigente e intelectual soviética, no obstante, muchos cuestionaban ya si era conveniente intervenir en países como Afganistán, Angola, Etiopía, Mozambique, Somalia y Yemen del Sur dada la repetida renuencia de sus represivos líderes a aceptar consejos en asuntos políticos y económicos.

Ante la lucha de Carter en pro de los derechos humanos, los soviéticos contraatacaron. En julio de 1978, el presidente norteamericano quiso «condenar» y «deplorar» la sentencia del disidente Anatoli Sharanski a trece años de cárcel porque, presuntamente, había espiado para la CIA. Las acusaciones de Carter molestaron particularmente a los dirigentes soviéticos porque Brzezinski y él habían flirteado con China, cuya falta de respeto por los derechos humanos era mucho más flagrante. Brzezinski le reconoció al presidente que China ejecutaba a unos veinte mil presos al año. Pese a todo, Andrew Young, embajador ante la ONU, suavizó en cierta medida las declaraciones de Carter al asegurar ante un diario francés, refiriéndose a las cárceles norteamericanas: «Yo también podría decir que encierran a cientos, quizá a miles de personas que podría calificar de presos políticos».[47]

Criticar los pecados del régimen soviético en el cumplimiento de los derechos humanos mientras se apoyaba a otros que los violaban sistemáticamente era un juego peligroso y, a veces, se volvió en contra del presidente. En 1967 el Reino Unido anunció un plan para retirar sus fuerzas del este de Suez. Estados Unidos decidió llenar el vacío. Construyó una base militar en la isla de Diego García, en el océano Índico, de la que los británicos habían expulsado a casi dos mil nativos entre 1968 y 1973. Estados Unidos la utilizaría como rampa de lanzamiento para proteger sus intereses en el Golfo Pérsico.[48] Además, estrechó lazos con el sah de Irán, que, junto con Israel, se convirtió en el principal defensor de los intereses económicos y geopolíticos de Estados Unidos en el Golfo Pérsico, que contenía el 60 por ciento de las reservas de petróleo conocidas de todo el mundo. En esos años, los países del Golfo, ricos en crudo, empezaban a desempeñar un papel muy importante en la economía mundial con la importación de productos de Estados Unidos y la inversión de miles de millones de petrodólares en bancos norteamericanos.

Durante los años sesenta y setenta, Estados Unidos suministró a Irán todo un arsenal de armamento muy sofisticado. En lo que a la generación posterior quizá le parezca una cruel ironía, le instó incluso a poner en marcha un ambicioso programa nuclear para proteger sus abundantes reservas de petróleo. Que el Gobierno norteamericano hubiera respaldado al represivo sah después de que la CIA hubiera echado del poder a un dirigente mucho más popular enfureció a la mayoría de iraníes. Uno

de los principales opositores del régimen, y de su programa de modernización, el ayatolá Ruhollah Jomeini, declaró: «Que el presidente norteamericano sepa que, a ojos del pueblo iraní, es hoy el miembro más repulsivo de la especie humana por la injusticia que ha impuesto a nuestra nación musulmana».[49] Por este y otros comentarios, el gobierno del sah exilió a Jomeini en 1964. En los quince años siguientes este religioso siguió lanzando desde Irak y París una larga serie de invectivas contra el sah y contra los estadounidenses, que lo apoyaban.

Entretanto, en Irán el descontento, espoleado por la ralentización económica de los años setenta, siguió aumentando. A pesar del sombrío panorama de los derechos humanos en ese país, Carter firmó nuevos contratos armamentísticos —cuando Irán ya recibía de Estados Unidos más armas que ningún otro país—. Los lazos entre él y el sah —de quien *The New York Times* dijo: «Es el dirigente más parecido a un monarca absoluto que existe en la actualidad»— se fortalecían cada día que pasaba, lo cual sirvió a muchos para denunciar la hipocresía de Carter en el asunto de los derechos humanos.[50] Los monarcas iraníes visitó a los Carter en noviembre de 1977 y se alojó en la Casa Blanca. El sah y el presidente mantuvieron conversaciones y Carter aprobó la venta a Irán de ocho reactores nucleares de agua ligera. Combinados con los dieciséis que el sah iba a comprar a Francia y Alemania, Irán podría disponer de un importante programa nuclear.

Con la intención de mostrar su apoyo a su hostigado amigo, el señor y la señora Carter compartieron un muy suntuoso y espléndido día de Año Nuevo con el sah en Teherán mientras allí y en Washington se convocaban manifestaciones. Cinco copas de cristal adornaban el sitio de cada uno de los cuatrocientos invitados. Carter elogió efusivamente a su anfitrión: «Nuestras charlas tienen para mí un valor incalculable. Nuestra amistad es insustituible. Quiero dar las gracias al sah, quien, en su sabiduría y experiencia, tanto me ha ayudado a mí, un dirigente recién llegado. No hay líder político a quien tenga mayor gratitud, con quien tenga una amistad más personal».[51]

En los meses siguientes, en Irán se sucedieron las protestas. Es septiembre, el sah impuso la ley marcial. Brzezinski pidió a Carter que apoyase o bien al sah de una forma más agresiva o bien un golpe de Estado, y por el temor a que los soviéticos aprovechasen la oportunidad para tener presencia en el Golfo Pérsico, pidió además al Pentágono un plan para ocupar los yacimientos petrolíferos de Irán. En diciembre advirtió a Carter de que Estados Unidos se enfrentaba «a la peor derrota desde el comienzo de la Guerra Fría», a una derrota que podía tener «peores consecuencias que el revés de Vietnam».[52] Y luego maniobró en la sombra para comprobar la viabilidad de un golpe de Estado. El embajador William Sullivan señaló: «He recibido una llamada telefónica y me han trasladado un mensaje de Brzezinski, que pregunta si yo podría organizar un golpe militar contra la revolución [...]. Lamento decir que mi respuesta no se puede publicar».[53]

En enero de 1979, el sah huyó del país. Brzezinski temía un golpe, pero de los comunistas. En lo que resultaría ser un colosal fallo de los servicios de inteligencia, ni la CIA ni el Departamento de Estado supieron valorar hasta qué punto el fundamentalismo islámico representaba una amenaza. Henry Precht, funcionario del Departamento de Estado especializado en Irán, recordaría luego cómo se dio cuenta de lo que se estaba cociendo:

> A últimos de noviembre de 1978 convocamos a todos los expertos en Irán [...] para debatir qué haríamos con ese país y lo que iba a ocurrir allí [...]; la noche anterior yo había dado una conferencia en la American University. Había muchos estudiantes iraníes [...]. Cuando les pregunté qué pensaban que sucedería en su país, todos dijeron: gobernarán los islamistas. Al día siguiente en nuestra reunión fuimos hablando por turnos sobre qué creíamos que pasaría y la gente decía cosas como: «Los liberales llegarán al gobierno, con el Frente Nacional, y Jomeini tendrá que volverse a Qom». Cuando tuve que hablar yo, dije: «Gobernarán los islamistas». Fui el único.[54]

En febrero el ayatolá Jomeini, con setenta y siete años cumplidos, volvió a Teherán como un héroe

y emprendió la fundación de una república basada en la *sharia*, la ley islámica. La meta última era instaurar un nuevo califato. El jefe de la sección de Irán en Langley, cuartel general de la CIA, aseguró a sus superiores: «No se preocupen, no atacarán la embajada. Solo lo harían si damos asilo al sah en Estados Unidos y no hay nadie en Washington tan tonto como para hacer algo así».[55] Nadie menos Carter, que cedió a las presiones de Kissinger, David Rockefeller, Brzezinski y otros amigos del sah. En Irán estalló la ira. En noviembre unos estudiantes irrumpieron en la embajada norteamericana y tomaron cincuenta y dos rehenes que retendrían cuatrocientos cuarenta y cuatro días. Por temor a que fueran los soviéticos quienes sofocaran al fundamentalismo islámico, Carter envió veinticinco buques de guerra al Golfo, incluidos tres portaaviones nucleares, y mil ochocientos marines. Además, bloqueó activos iraníes en Estados Unidos y suprimió las exportaciones a Irán.



A pesar del sombrío panorama de los derechos humanos en Irán, Jimmy Carter no cejó nunca en su apoyo al sah, con lo que se ganó la enemistad de la mayoría de iraníes. En 1978, en una suntuosa y espléndida celebración de Año Nuevo con el sah en Teherán mientras allí y en Washington se convocaban manifestaciones, elogió efusivamente a su anfitrión: «Nuestras charlas tienen para mí un valor incalculable. Nuestra amistad es insustituible. Quiero dar las gracias al sah, quien, en su sabiduría y experiencia, tanto me ha ayudado a mí, un dirigente recién llegado. No hay líder político a quien tenga mayor gratitud, con quien tenga una amistad más personal». Poco después de que los Carter volvieran a Estados Unidos, estallaron las revueltas. El sah abandonó Irán en enero de 1979.



Manifestaciones contra el sah durante la revolución islámica. En lo que resultaría ser un colosal fallo de los servicios de inteligencia, ni la CIA ni el Departamento de Estado calibraron bien la amenaza del fundamentalismo islámico.

Pero ninguna medida sirvió para solucionar la situación. En Estados Unidos todos se inquietaron. Hamilton Jordan, jefe del Estado Mayor Conjunto, alertó al presidente: «El pueblo norteamericano está frustrado porque nuestro país es incapaz de hacer nada para liberar a los rehenes y responder a esta ofensa de forma tal que nos sintamos mejor con nosotros mismos».[56] Pero Carter siguió fiel a su política de moderación. Por su parte, Jomeini desconfiaba de la Unión Soviética, aunque sus aliados de izquierdas aseguraban que los soviéticos no querrían aprovecharse del conflicto. Cuando, en diciembre de 1979, la URSS invadió Afganistán, la desconfianza de Jomeini aumentó. Más tarde, en septiembre de 1980, Irak, aliado de Moscú, invadió Irán.

Con relación a Irán, sin embargo, había un aspecto en que los norteamericanos tuvieron suerte. Como parte del programa «Átomos para la paz» de Eisenhower, Estados Unidos vendió decenas de reactores a países del mundo entero, incluido Irán, a los que venía suministrando también uranio

enriquecido. Algunos de esos reactores necesitaban uranio enriquecido al 93 por ciento. Poco antes del derrocamiento del sah, Estados Unidos había vendido a Irán uranio de uso armamentístico. Por fortuna, ese uranio aún no había sido enviado cuando el gobierno revolucionario tomó el poder. Y la venta, por supuesto, se suspendió.[57]

Estallaban crisis por todas partes. Como en Centroamérica, tras décadas de pobreza y gobiernos dictatoriales respaldados por Washington. En Nicaragua, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, así llamado por uno de los mártires de la revolución, el líder guerrillero Augusto Sandino, amenazaba con echar del gobierno al presidente Anastasio Somoza Debayle. La brutal y corrupta dominación de la familia Somoza unió a los empobrecidos ciudadanos en su contra. El gobierno de Carter temía que la victoria sandinista animase a las fuerzas revolucionarias de los países vecinos, especialmente en Guatemala, Honduras y El Salvador. Brzezinski solicitó la intervención militar aduciendo la humillación que suponía parecer «incapaz de lidiar con los problemas» del «patio trasero» de Estados Unidos.[58] En julio de 1979, mientras Carter sopesaba sus opciones, los sandinistas tomaron el poder —era la primera revolución que triunfaba en Latinoamérica desde la cubana, hacía veinte años— e iniciaron un ambicioso programa de reformas: agrarias, educativas y sanitarias. Sondearon la posibilidad de mejorar las relaciones con Estados Unidos y el Congreso respondió con setenta y cinco millones de dólares en ayudas al nuevo gobierno. Pero cuando, en enero de 1981, se supo que Nicaragua llevaba armas de Cuba a El Salvador, Carter interrumpió la ayuda —doce días antes de la toma de posesión de Ronald Reagan—.

Carter tuvo también que hacer frente a otra revolución en El Salvador, donde un pequeño grupo de terratenientes —las Cuarenta Familias— llevaban gobernando cien años y recurriendo a todos los medios a su disposición para someter a los ciudadanos. Los escuadrones de la muerte se multiplicaron en los años setenta para sofocar la resistencia, que iba en aumento. Tras el asesinato en 1980 del arzobispo Óscar Romero, los diversos grupos insurgentes se coaligaron para formar el Frente Faribundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN. Hacia finales de 1980, con los revolucionarios de este grupo a punto de vencer, Carter, presionado por Brzezinski, optó por reanudar la ayuda militar a la dictadura.

En Afganistán, una nación atrasada con una renta per cápita en 1974 de solo setenta dólares, también amenazaba tormenta. En 1976 el Departamento de Estado informó de que Estados Unidos no se había comprometido ni se comprometería «a “proteger” a Afganistán bajo ningún concepto».[59] Pero la situación cambió cuando rebeldes prosoviéticos liderados por Nur Mohamed Taraki y Jafizulá Amín se hicieron con el poder en abril de 1978. Taraki, nuevo jefe de Estado, proclamó: «El futuro de este pueblo parece brillante». William Borders, de *The New York Times*, discrepaba: «Medido por el mismo rasero que cualquier otro país del mundo, el futuro no parece tan brillante. No en una tierra donde la esperanza de vida es de solo cuarenta años, donde la mortalidad infantil es del 18 por ciento y donde solo una persona de cada diez sabe leer». «Afganistán —proseguía— tiene pocas carreteras y ni un solo kilómetro de ferrocarril, y la mayoría de su población está compuesta por nómadas o campesinos pobres que viven en aldeas de adobe detrás de altos muros, es decir, prácticamente igual que hace más de dos mil años, cuando Alejandro Magno cruzó estas tierras».[60]

La Unión Soviética, que había mantenido relaciones de amistad con el gobierno anterior, se opuso al golpe a pesar de la represión emprendida contra los comunistas afganos. Las políticas reformistas del nuevo gobierno —y más en particular sus programas de educación para mujeres, la reforma agraria y los planes de industrialización— y sus tácticas ásperas y autoritarias animaron el crecimiento de la insurgencia de los muyahidines, guerreros santos que operaban desde Pakistán. La guerra civil no tardó en estallar.

Estados Unidos unió su destino al de los muyahidines. Carter, incómodo con el fanatismo religioso y las ideas reaccionarias de los insurgentes, rechazó en un principio los planes de Brzezinski para

llevar a cabo operaciones encubiertas contra el nuevo gobierno. Brzezinski, en cambio, trabajó con la CIA en el entrenamiento de rebeldes y garantizó que les llegara financiación. En febrero extremistas islámicos secuestraron en Kabul al embajador norteamericano Adolph *Spike* «Punta» Dubs, que murió cuando la policía afgana y sus asesores soviéticos irrumpieron en el hotel donde le tenían preso. A partir de ese momento, Estados Unidos aumentó su presencia en el país.

Para Brzezinski, el crecimiento del fundamentalismo islámico era más una oportunidad que un peligro. Estados Unidos llevaba varios años colaborando con los servicios de inteligencia iraníes y paquistaníes para desarrollar un movimiento fundamentalista islámico de extrema derecha en el interior de Pakistán para plantar cara a los gobiernos afines a la URSS. Más tarde, Brzezinski reconocería que Estados Unidos apoyaba a los muyahidines ya antes de la invasión soviética: «El 3 de julio de 1979 el presidente Carter firmó la primera directiva de ayuda secreta a los adversarios del régimen prosoviético de Kabul. Y ese mismo día yo le escribí a él una nota en la que le explicaba que, en mi opinión, esa ayuda induciría la intervención militar soviética».[61]

Brzezinski comprendía el temor de los soviéticos a que la insurgencia afgana diera pie a un levantamiento de los cuarenta millones de musulmanes de Asia Central. Los dirigentes afganos presionaron a Moscú para que les mandase tropas para sofocar el levantamiento, pero los soviéticos se negaron. Breznev les instó a rebajar la presión sobre sus enemigos políticos. Moscú sacó la conclusión correcta: los norteamericanos instigaban la insurrección junto con elementos extremistas de Irán y Pakistán. Imaginaban, además, que China también colaboraba. Pero vacilaban, no sabían si intervenir o no. Andréi Gromiko resumió así sus preocupaciones: «La intervención acabaría con todo lo que con tanto esfuerzo hemos logrado: particularmente la política de disuasión. El SALT II saltaría por la borda, no llegaríamos a ningún acuerdo (cuando tal cosa constituye nuestra principal prioridad política), Breznev no se entrevistaría con Carter [...] y estropearíamos nuestras relaciones con los países occidentales, y en especial con la RFA».[62]

Los soviéticos optaron en vez de ello por acabar con Amín, el motor de la represión, y sustituirle por Taraki. Pero les salió el tiro por la culata: Taraki acabó muerto y Amín vio reforzada su posición. Amín, entonces, no solo agudizó la represión, sino que pidió ayuda a Estados Unidos. Por temor a un régimen proamericano repleto de tropas estadounidenses y misiles Pershing II al otro lado de sus fronteras, Moscú decidió sustituir a Amín por Babrak Karmal, a pesar de que sabían que la inestabilidad resultante exigiría el envío de tropas. Los generales se oponían a la intervención por miedo a una reacción conjunta de todos los musulmanes que les empantanaría durante años en una región donde la presencia soviética no tenía ningún sentido. Pero, absurdamente, Breznev insistió en que la guerra duraría tres o cuatro semanas. Facilitó su decisión de mandar tropas el hecho de que las buenas relaciones con Occidente ya habían empezado a deteriorarse con la resistencia de Estados Unidos a ratificar el SALT II y los planes de la OTAN de desplegar más misiles de alcance intermedio en Europa. Aun así, como el historiador Melvyn Leffler recuerda a sus lectores, «cuando tomaron la decisión de intervenir, para los dirigentes soviéticos Afganistán era más una amenaza que una oportunidad».[63]

Desoyendo la opinión de sus asesores militares, Breznev ordenó el despliegue de ochenta mil soldados para el día de Navidad de 1979. Hasta la víspera, la CIA venía asegurándole a Carter que la intervención no se produciría. El mundo se rio de Moscú, que aseguraba que solo quería defenderse de los esfuerzos encubiertos de Estados Unidos por desestabilizar a un gobierno aliado en la mismísima frontera de la URSS. Brzezinski se alegró de la invasión. Creía que Moscú se había metido solito en su Vietnam particular.

Con la mentalidad de la Guerra Fría, Carter declaró que la invasión de Afganistán era «la mayor amenaza a la paz desde la Segunda Guerra Mundial», afirmación tan exagerada que Russell Baker, de *The New York Times*, se vio en la obligación de recordarle el bloqueo de Berlín, la guerra de Corea,

la crisis de Suez, la crisis de los misiles cubanos y la guerra de Vietnam.[64] En el discurso sobre el estado de la Unión del 23 de enero de 1980, el presidente dijo:

> La región que hoy amenazan las tropas soviéticas que se encuentran en Afganistán tiene gran importancia estratégica: contiene más de dos terceras partes del petróleo exportable del mundo. Por su intención de hacerse con el control de Afganistán, los soviéticos tienen tropas a menos de quinientos kilómetros del océano Índico y cerca del estrecho de Ormuz, por el que fluye la mayor parte del petróleo mundial. Así pues, la Unión Soviética pretende consolidar una posición estratégica y supone una grave amenaza a la libre circulación del crudo de Oriente Próximo [...].
>
> Vamos a aclarar nuestra postura: cualquier intento por parte de cualquier fuerza militar exterior de controlar la región del Golfo Pérsico será considerada un ataque a los intereses vitales de los Estados Unidos de América y ese ataque será repelido con los medios que sean necesarios, incluida la fuerza militar.[65]

Para el Kremlin, la última frase, que quedó consagrada como la «Doctrina Carter», equivalía a una evidente amenaza de guerra —incluso de guerra nuclear—. Cyrus Vance quería quitarla y la eliminó del borrador del discurso que el Departamento de Estado envió a la Casa Blanca. Brzezinski, en cambio, quería conservarla y persuadió a Jody Powell, secretario de Prensa de la Casa Blanca, de que sin ella el discurso carecía de contenido. Powell convenció a Carter de que su consejero de Seguridad Nacional tenía razón.[66]

Al mes siguiente, en una entrevista a NBC News, el subsecretario de Estado William Dyess reiteró la amenaza y señaló: «Los soviéticos saben que esa arma terrible ha sido usada contra seres humanos dos veces en la historia y que fue un presidente norteamericano quien dio la orden en ambas ocasiones».[67]

Al Kremlin, las acusaciones de agresión en Oriente Próximo le parecían ridículas, pero Carter llamó a consultas a su embajador en Moscú y anuló el SALT II. Además, interrumpió las relaciones comerciales entre Estados Unidos y la URSS, prohibió la participación de deportistas en los Juegos Olímpicos de Moscú, incrementó los gastos de defensa y mandó al secretario de Defensa Harold Brown a China para sondear entre los dirigentes de Pekín la posibilidad de establecer lazos militares.



Zbigniew Brzezinski con soldados paquistaníes en marzo de 1980. Aunque Carter había interrumpido las ayudas al represivo gobierno de Mohamed Zia-ul-Haq en 1977 por su desprecio de los derechos humanos y su programa de armas nucleares, en 1980 Estados Unidos le ofreció muchos millones de dólares en ayuda económica y militar a cambio de apoyar a los insurgentes islámicos que se oponían a los soviéticos en Afganistán. Bzezinski visitó Pakistán y Arabia Saudí para concretar las condiciones de esa ayuda.

Como muchos de los asesores de Breznev habían advertido, la intervención de su ejército motivó una reacción mucho más fuerte de los islamistas tanto dentro como fuera de Afganistán. Grupos de resistencia con base en Peshawar se unieron a musulmanes fanáticos entrenados en madrasas de Arabia Saudí y el propio Pakistán con el propósito de ayudar a la resistencia afgana. En Islamabad treinta y cinco naciones musulmanas condenaron la agresión. Brzezinski buscó la manera de avivar

el descontento de la población musulmana en el Asia Central soviética. En décadas anteriores, Estados Unidos había recurrido al fundamentalismo islámico como arma contra el nacionalismo secular árabe. Ahora emplearía el extremismo islámico contra la Unión Soviética. Pero eso significaba tener que cooperar con el presidente de Pakistán, el general Mohamed Zia-ul-Haq. Carter interrumpió las ayudas a su represivo gobierno en 1977 por su desprecio a los derechos humanos y su programa de armas nucleares. Ahora, a los pocos días de la invasión soviética, le ofreció cientos de millones de dólares en ayuda económica y militar a cambio de que respaldara a los insurgentes islámicos. En febrero de 1980, Brzezinski viajó a Pakistán y Arabia Saudí para concretar las condiciones de la colaboración financiera y militar. El príncipe saudí Turki al Faisal dijo a un oficial de la CIA: «Nosotros no montamos operaciones, no sabemos cómo hacerlo. Lo único que sabemos hacer es extender cheques». Los saudíes accedieron a igualar la aportación norteamericana.[68]

Pese a los alardes de Carter, Estados Unidos no habría sido capaz de repeler una invasión soviética del Golfo sin el riesgo de empezar una guerra nuclear. De modo que se tomaron medidas. El presidente ordenó la formación de una fuerza de intervención rápida con nuevas bases en Somalia, Kenia y Omán desde las que desplegar miles de soldados en caso de crisis en el Golfo. Reforzó los lazos con gobiernos aliados de la región, como Arabia Saudí, y modificó la estrategia nuclear por medio de una directiva presidencial, la número 59: ya no se librarían conflictos en los que la destrucción mutua estaba asegurada, sino guerras nucleares «flexibles» y «limitadas» que se pudieran ganar. No solo renunció así a sus iniciativas por reducir las armas nucleares, sino que dio luz verde a un incremento masivo de las armas convencionales. Con la Directiva 59, Estados Unidos se preparaba para librar una guerra nuclear prolongada cuyos primeros objetivos ya no serían las ciudades de la URSS, sino los gobernantes soviéticos.

La nueva estrategia dio al traste de una vez para siempre con las esperanzas de Carter de lograr un mundo más pacífico y seguro. Durante su tiempo en la presidencia apoyó las investigaciones de la bomba de neutrones, autorizó el despliegue de misiles nucleares en Europa, encargó el primer submarino Trident y duplicó el número de cabezas nucleares apuntando a la Unión Soviética. Por tanto, a pesar de su presencia en la Casa Blanca, la campaña del CPD por acabar con el SALT II e incrementar los gastos de defensa triunfó más allá de lo que sus impulsores habían llegado a soñar. En realidad, al terminar su legislatura, Carter había dado un giro de ciento ochenta grados y hecho suya la opinión del CPD de una Unión Soviética agresiva que había que frenar a toda costa. La política de disuasión había pasado a la historia. Carter llegó incluso a repudiar su rechazo previo de la guerra de Vietnam. Los veteranos se habían convertido en guerreros de la libertad que «fueron a Vietnam sin el menor deseo de capturar ningún territorio ni imponer su voluntad a otro pueblo».[69] A pesar de sus buenas intenciones, plantó la semilla del extremismo de Ronald Reagan. Como Anne Cahn resumió en su obra *Killing Détente* [*Acabar con la política de disuasión*]:

> En las elecciones presidenciales de 1980, había dos opciones en política exterior y de defensa: por un lado Carter, con los misiles MX, el submarino Trident, una Fuerza de Intervención Rápida, un bombardero «invisible», los misiles crucero, una estrategia nuclear basada en atacar objetivos de interés militar y en ser el primero en golpear y un aumento del 5 por ciento del presupuesto de defensa, y, por otro, los republicanos de Ronald Reagan, que querían eso mismo *más* la bomba de neutrones, los misiles antibalísticos, el bombardero B-1, la defensa civil y un aumento del 8 por ciento del presupuesto de defensa.[70]

Carter no solo incumplió su promesa de reducir drásticamente los gastos de defensa, sino que los incrementó de modo muy significativo: su primer presupuesto fue de ciento quince mil millones de dólares, el último, de ciento ochenta mil millones.[71] Y pidió disculpas por haber cambiado. Durante la campaña electoral entró en disputa con los republicanos por este asunto. En *Today*, un programa

televisivo, el secretario de Defensa Harold Brown criticó al Partido Republicano por haber recortado los gastos de defensa más de un 35 por ciento entre 1969 y 1976 mientras que la administración de Carter lo aumentó en un 10 por ciento y pensaba elevarlo otro 25 por ciento en la segunda legislatura. El exsecretario de Defensa Melvin Laird puso en duda las matemáticas de Brown, pero admitió que el gasto en defensa había subido más con Carter que con Nixon o Ford.[72]

Para Moscú, la actitud de Washington era alarmante. Como el futuro director de la CIA Robert Gates admitiría más tarde, «en 1980 los soviéticos veían en Carter a una persona muy distinta de la que veíamos los norteamericanos; distinta y además hostil y amenazante».[73] Porque llegado cierto punto, los dirigentes soviéticos ya no sabían a qué atenerse con Carter. A finales de 1979 y principios de 1980, el sistema de alerta temprana de Estados Unidos funcionó de forma defectuosa en cuatro ocasiones y las fuerzas de defensa estratégica se pusieron en guardia innecesariamente. El KGB, sin embargo, no se creyó que fueran fallos de funcionamiento, sino argucias del Pentágono para que su propio ejército se relajara y rebajase la atención y capacidad de respuesta en futuras alertas, haciéndolo más vulnerable a los ataques por sorpresa. Pero dichos episodios no solo inquietaron a los soviéticos. En sus memorias, Gates recordaba cómo le relató Brzezinski el incidente del 9 de noviembre de 1979:

> A las tres de la mañana le despertó [William] Odom, su ayudante en asuntos militares, para decirle que los soviéticos habían lanzado unos doscientos veinte misiles contra Estados Unidos. Brzezinski sabía que, en casos así, el presidente solo disponía de tres a siete minutos desde el momento del lanzamiento de los misiles soviéticos para dar la orden de responder. De modo que le dijo a Odom que, antes de avisar a Carter, esperaría a que le confirmaran por teléfono el ataque soviético y la lista de objetivos. Brzezinski, no obstante, estaba convencido de que había que contraatacar y pidió a Odom que le confirmase que el Mando Aéreo Estratégico había hecho despegar a sus aviones. Cuando Odom volvió a llamar, le informó de que, en efecto, tenía la confirmación del ataque, pero que los soviéticos habían lanzado no doscientos veinte misiles, sino dos mil doscientos, se trataba de un ataque masivo. Un minuto antes de que Brzezinski llamase al presidente, Odom telefoneó por tercera vez para decirle que algunos sistemas de alerta no informaban de ningún ataque soviético. Solo, en mitad de la noche, Brzezinski no había despertado a su esposa. Suponía que, transcurrida media hora, estarían todos muertos. Pero solo había sido una falsa alarma. Alguien había introducido por error grabaciones de ejercicios militares en el sistema informático. Cuando todo pasó, Zbig volvió a meterse en la cama. Dudo que pudiera conciliar el sueño.[74]

Tan peligroso incidente, que alguien filtró a la prensa, causó alarma en el Kremlin. El embajador Dobrinin transmitió al gobierno la «extrema preocupación» de Breznev por lo ocurrido. Brzezinski y el Departamento de Defensa redactaron la respuesta que Marshall Shulman, asesor del Departamento de Estado, calificó de «innecesario e inapropiado insulto al canal Carter/Breznev». Para él, eran «cosas de niños, indignas de Estados Unidos», y se preguntaba: «¿Por qué tienen que ser tan gratuitamente infantiles y presuntuosos?».[75]



Brzezinski y el secretario de Estado Cyrus Vance. Aunque era el miembro más reputado de la administración, Vance fue marginado cuando el punto de vista imperial de Brzezinski se impuso a su preferencia por la diplomacia. En abril de 1980, Vance dimitió en señal de protesta por el chapucero intento de rescate de rehenes norteamericanos en Teherán, que dejó ocho muertos en el desierto iraní tras el accidente de un helicóptero al chocar con un avión de repostaje.

Castigado por una economía en dificultades y varias crisis de política exterior mal gestionadas, Carter se presentó a las elecciones de 1980 débil y fuera de foco. En el mes de abril, durante una operación de rescate de los rehenes de Teherán, un helicóptero chocó con un avión de repostaje y murieron ocho norteamericanos. El incidente terminó de rematarlo. El Gobierno iraní abundó en la humillación mostrando al mundo los ocho cadáveres calcinados. Cyrus Vance, que se había opuesto rotundamente a aquella operación tan mal concebida, dimitió en señal de protesta, un gesto insólito en un secretario de Estado desde William Jennigs Bryan. En realidad había escrito su carta de dimisión cuatro días antes del fallido rescate. Mary McGrory, columnista de *The Baltimore Sun*, advirtió que Vance había formado parte del gobierno de Lyndon Johnson durante otra guerra a la que también se opuso y era consciente de que su dimisión causaría división de opiniones en un momento crítico. En realidad, escribió, «parece que esa es su intención. Descubrió hace tiempo que mantener la boca cerrada en época de locura puede causar grandes perjuicios a tu país».[76] Carter cayó en picado en las encuestas: solo un 40 por ciento de los norteamericanos daban por buena su gestión.

Aunque siempre había sido el ministro más respetado del gobierno, Cyrus Vance se había ido viendo más marginado a medida que el punto de vista de Brzezinski, más radical y de línea dura, iba desplazando su opción por una política exterior más diplomática. Su influencia no dejó de disminuir y, a finales de la década de 1970, era prácticamente nula. *The Washington Post* observó: «El señor Vance y el presidente ya no están en la misma onda. El secretario y el primer Carter hablaban de un mundo benevolente y racional en el que Estados Unidos, acomodando ciertos imperativos legítimos, encontraría su sitio. El mundo al que el señor Carter, mucho más que el señor Vance, quiere adaptarse últimamente está más dominado por el poder y la perversidad».[77] Como advirtió *The Wall Street Journal*, la decisión de Vance venía motivada por «la incidencia cada día mayor de los halcones en la política exterior del gobierno», que había empezado en 1978 cuando el presidente había «aceptado las ideas de [...] Brzezinski».[78] Pocos días después, Vance se sinceró en una entrevista. En su opinión, el papel del consejero de Seguridad Nacional debería ser el de coordinar distintos puntos de vista «y no el de moldear la política exterior y el de expresar en público dicha política».[79]

El propio Carter se sumó a la discusión pocos días después. En lo que pareció una reacción mezquina, dijo durante un acto oficial en Filadelfia que Edmund Muskie, su nuevo secretario de Estado, sería «más estadista, más fuerte, una figura ciudadana más capaz de sugerir con mayor fidelidad la política de nuestra nación». Fue su intervención pública más relevante fuera de Washington en seis meses. Cual rehén simbólico, había estado refugiado en la Casa Blanca durante toda la crisis de los rehenes de Irán.[80]

Tras la revolución de Irán, el Gobierno norteamericano cortejó al dictador iraquí Sadam Husein, a quien veía como contrapeso en la región del hostil régimen iraní. Se temía que el fundamentalismo islámico pudiera amenazar los regímenes proamericanos de Kuwait, Jordania y Arabia Saudí. Brzezinski trazó una estrategia para evitar que Irak cayese en la órbita soviética. En septiembre de 1980, Sadam, con, como poco, el visto bueno tácito de Washington, invadió Irán, su país vecino, a través del canal de Shatt al Arab, que conducía al Golfo Pérsico. Irak, sin embargo, no logró la fácil victoria que los servicios de inteligencia norteamericanos presagiaban. Al cabo de una semana, las Naciones Unidas solicitaron el alto el fuego. A finales de octubre, Carter, jugando a dos bandas, anunció que, si los iraníes liberaban a los rehenes, Estados Unidos les mandaría las armas que, por valor de trescientos a quinientos millones de dólares, había adquirido el régimen del sah. Los partidarios de Reagan se olían una «sorpresa en octubre» que permitiría a Carter ganar las elecciones. En lo que Gary Sick, asesor sobre Irán de Carter en la Casa Blanca y profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia, llamó «un golpe de Estado político», supuestamente un grupo de acólitos de Reagan frustró un acuerdo con el Gobierno iraní. En ese momento, la carrera por la presidencia era todavía muy reñida. Algunas encuestas de mediados de octubre incluso daban

la victoria a Carter. Los detalles son confusos y es imposible confirmarlos, pero, al parecer, miembros del equipo de campaña del Partido Republicano se reunieron con algunos dirigentes iraníes y prometieron permitir que Israel les vendiera armas si retenían a los rehenes hasta el triunfo de Reagan. En 1992, respondiendo a una petición del congresista por Indiana Lee Hamilton, el Comité de Defensa y Seguridad del Sóviet Supremo le entregó un informe que confirmaba que en 1980 habían tenido lugar en Europa reuniones secretas entre dirigentes iraníes e importantes miembros del equipo de campaña de Reagan. El informe mencionaba a William Casey, futuro director de la CIA, a George Bush, exdirector de la agencia y candidato a la vicepresidencia, y a Robert Gates, otro futuro director de la CIA, y decía que habían ofrecido mucha más ayuda militar a Irán que el equipo de Carter.[81] Los iraníes liberaron a los rehenes el 21 de enero de 1981, primer día de Reagan en el cargo. Durante varios años, Estados Unidos siguió vendiendo armas a Irán a través de Israel, con frecuencia mediante traficantes particulares. Entretanto, el Gobierno norteamericano desperdició la oferta de poner fin al conflicto que Sadam planteó a cambio de mantener el control del canal de Shatt al Arab y de la promesa de Irán de no intervenir en sus asuntos. Así, con la ayuda de Estados Unidos, la guerra de Irán e Irak se prolongó otros ocho años. Según algunos cálculos, costó más de un billón de dólares y la vida a más de un millón de personas.

[1] «Carter Criticizes Bush and Blair on War in Iraq», *The New York Times*, 20 de mayo de 2007.

[2] Walter LaFeber, *America, Russia and the Cold War, 1945-2006*, McGraw-Hill, Boston, 2008, p. 293.

[3] Marilyn B. Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, HarperPerennial, Nueva York, 1991, p. 239.

[4] Gregory D. Cleva, *Henry Kissinger and the American Approach to Foreign Policy*, Bucknell University Press, Lewisburg (Pensilvania), 1989, p. 40.

[5] Jonathan Schell, *The Real War: The Classic Reporting on the Vietnam War*, Da Capo Press, Nueva York, 2000, p. 53.

[6]*Ibid*., p. 55.

[7] Graham Hovey, «He Calls '73 Pledge of Aid to Hanoi Invalid», *The New York Times*, 20 de mayo de 1977.

[8] «Vietnam Report Details Unexploded Ordnance», *The New York Times*, 1 de agosto de 2009.

[9] Douglas Brinkley, *Gerald R. Ford*, Macmillan, Nueva York, 2007, p. 91.

[10] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge University Press, Nueva York, 2007, p. 247; Clair Apodaca, *Understanding U.S. Human Rights Policy: A Paradoxical Legacy*, Routledge, Nueva York, 2006, p. 60.

[11] Robert Hotz, «Beam Weapon Threat», *Aviation Week & Space Technology*, 2 de mayo de 1977, p. 11.

[12] Anne Hessing Cahn, *Killing Détente: The Right Attacks the CIA*, Pennsylvania State University Press, University Park (Pensilvania), 1998, p. 138.

[13]*Ibid*., p. 152.

[14] Richard Pipes, «Team B: The Reality Behind the Myth», *Commentary*, octubre de 1986, pp. 29, 33.

[15] Thom Hartmann, «Hyping Terror for Fun, Profit and Power», *www.common dreams.org/views04/1207-26.htm*.

[16] Cahn, *Killing Détente*, p. 158.

[17] Nicholas Thompson, *The Hawk and the Dove: Paul Nitze, George Kennan and the History of the Cold War*, Henry Holt, Nueva York, 2009, p. 260.

[18]*Ibid*., pp. 260-261.

[19] Tom Nugent y Steve Parks, «New Evidence Clouds Paisley "Suicide" Verdict», *The Baltimore Sun*, 2 de abril de 1979; «Paisley's Death Believed Linked to CIA, Majority Security Breach», *The Baltimore Sun*, 26 de enero de 1979; James Coates, «CIA Spy Mystery: How Did He Die and Why?», *The Chicago Tribune*, 8 de octubre de 1978.

[20] Coates, «CIA Spy Mystery».

[21] Nugent y Parks, «New Evidence Clouds Paisley "Suicide" Verdict»; «Wife Probing Death of Ex-CIA Official», *Los Angeles Times*, 26 de noviembre de 1978; «The Paisley Mystery», *The Baltimore Sun*, 22 de mayo de 1979; Timothy S. Robinson, «Full Report on Paisley to Be Secret», *The Washington Post*, 24 de abril de 1980.

[22] Cahn, *Killing Détente*, p. 188.

[23] Alexander Cockburn, *Rumsfeld: His Rise, Fall and Catastrophic Legacy*, Simon & Schuster, Nueva York, 2007, p. 20, nota 18.

[24] Gerald R. Ford, *A Time to Heal: The Autobiography of Gerald R. Ford*, Harper & Row, Nueva York, 1979, p. 357.

[25] Sean Wilentz, *The Age of Reagan: A History, 1974-2008*, HarperCollins, Nueva York, 2008, p. 64.

[26] Westad, *The Global Cold War*, pp. 247-248.

[27]*Ibid*, p. 443, nota 102.

[28] Leo P. Ribuffo, «Writing About Jimmy Carter as if He Was Andrew Jackson: The Carter Presidency in (Deep) Historical Perspective», conferencia pronunciada en enero de 2007 en la Universidad de Georgia, *http://gwu.academia.edu/leoribuffo/Papers/168463/*.

[29] John B. Judis, «Twilight of the Gods», *Wilson Quarterly*, otoño de 1991, pp. 46-47.

[30] Zbigniew Brzezinski, *Between Two Ages: America's Role in the Technetronic Era*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1982, p. 297.

[31] Judis, «Twilight of the Gods», pp. 47-50.

[32] Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977–1981*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1983, p. 5.

[33] Howard Zinn, *A People's History of the United States*, Harper Colophon, Nueva York, 1980, p. 551. [*Una historia popular del imperio americano*, Sinsentido, Madrid, 2010].

[34] Jimmy Carter, *A Government as Good as Its People*, Simon & Schuster, Nueva York, 1977, pp. 99-100.

[35] Walter L. Hixson, *The Myth of American Diplomacy: National Identity and U.S. Foreign Policy*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2008, p. 258, nº. 23.

[36] Lawrence S. Wittner, *Towards Nuclear Abolition: A History of the World Nuclear Disarmament Movement, 1971-Present*, Stanford University Press, Stanford (California), 2003, p. 41.

[37] Rowland Evans and Robert Novak, «Jimmy Carter: No Apology on Vietnam», *The Washington Post*, 7 de julio de 1976.

[38] Alan Lichtman, *White Protestant Nation: The Rise of the American Conservative Movement*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2008, p. 334.

[39] Brzezinski, *Power and Principle*, p. 64.

[40]*Ibid*., pp. 65-66.

[41] LaFeber, *America, Russia*, p. 300.

[42] Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Hill and Wang, Nueva York, 2007, pp. 268-269.

[43]*Ibid*., p. 284.

[44] «Speech of the President on Soviet-American Relations at the U.S. Naval Academy», *The New York Times*, 8 de junio de 1978.

[45] Brzezinski, *Power and Principle*, p. 189.

[46] Westad, *The Global Cold War*, p. 283.

[47] John Drumbell, *The Carter Presidency: A Re-evaluation*, Manchester University Press, Manchester, 1995, p. 102.

[48] David Vine, *Island of Shame: The Secret History of the U.S. Military Base on Diego Garcia*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2009.

[49] Westad, *The Global Cold War*, p. 292.

[50] «Tears and Sympathy for the Shah», *The New York Times*, 17 de noviembre de 1977; *véase también* Ronald Lee Ridenhour, «America Since My Lai: 10 Years on a Tightrope», *Los Angeles Times*, 19 de marzo de 1978.

[51] Lloyd C. Gardner, *The Long Road to Baghdad: A History of U.S. Foreign Policy from the 1970s to the Present*, New Press, Nueva York, 2008, p. 51.

[52] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 301.

[53] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, pp. 54-55.

[54] Robert Dreyfuss, *Devil's Game: How the United States Helped Unleash Fundamentalist Islam*, Henry Holt, Nueva York, 2005, p. 221.

[55] Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2007, p. 371.

[56] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 308.

[57] «Nuclear Know-how: A Close Call», *Los Angeles Times*, 12 de marzo de 1979.

[58] Robert A. Pastor, *Condemned to Repetition: The United States and Nicaragua*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1987, p. 148.

[59] Steve Galster, «Afghanistan: The Making of U.S. Policy, 1973-1990», National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB57/essay.html*.

[60] William Borders, «Afghanistan Vows "Active Neutrality"», *The New York Times*, 5 de mayo de 1978.

[61] Chalmers Johnson, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Henry Holt, New York, 2004, p. XIII.

[62] Leffler, *For the Soul of Mankind*, pp. 310-311.

[63]*Ibid*., p. 33.

[64] Russell Baker, «A Bone in the Throat», *The New York Times*, 3 de mayo de 1980.

[65] Jimmy Carter, State of the Union Address 1980, 23 de enero de 1980, *www.jimmycarterlibrary.gov/documents/speeches/su80jec.phtml*.

[66] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996, p. 113.

[67] Robert J. Lifton y Greg Mitchell, *Hiroshima in America: A Half Century of Denial*, Avon Books, Nueva York, 1995, pp. 220, 402.

[68] Geoffrey Wawro, *Quicksand: America's Pursuit of Power in the Middle East*, Penguin, Nueva York, 2010, p. 382.

[69] «Transcript of President's News Conference on Foreign and Domestic Affairs», *The New York Times*, 25 de marzo de 1977.

[70] Cahn, *Killing Détente*, p. 49.

[71] David Walsh, *The Military Balance in the Cold War: US Perception and Policy*, Routledge, Abingdon, 2008, p. 183.

[72] Melvin R. Laird, «Defense Secretaries Shouldn't Play Politics», *The Washington Post*, 17 de agosto de 1980.

[73] Gates, *From the Shadows*, p. 113.

[74]*Ibid*., pp. 114-115.

[75] Cable 295771 del Departamento de Estado a la Embajada en Moscú, «Brezhnev Message to President on Nuclear False Alarm,», 14 de noviembre de 1979; memorándum de Marshal Shulman al secretario de Estado Cyrus Vance, 16 de noviembre de 1979; memorándum de Marshal Shulman a Cyrus Vance, 21 de noviembre de 1979, National Security Archive Electronic Briefing Book nº 371, 1 de marzo de 2012, *http://www.gwu.edu/~nsarchiv/nukevault/ebb371/index.htm*.

[76] Mary McGrory, «Vance Departs Knowing the Full Implications», *The Baltimore Sun*, 30 de abril de 1980.

[77] «The Vance Resignation,», *The Washington Post*, 29 de abril de 1980.

[78] «Leaving Well», *The Wall Street Journal*, 29 de abril de 1980.

[79] «Vance Says National Security Adviser Should Stop Making Foreign Policy», *The Washington Post*, 5 de mayo de 1980.

[80] Steven R. Weisman, «Carter Sees Muskie as "Much Stronger" in the Job than Vance», *The New York Times*, 10 de mayo de 1980.

[81] Robert Parry, «The Crazy October Surprise Debunking», 6 de noviembre de 2009, *www.consortiumnews.com/2009/110609.html*.

CAPÍTULO 11. LOS AÑOS DE REAGAN. ESCUADRONES DE LA MUERTE PARA LA DEMOCRACIA

En 1987 el presidente Ronald Reagan volvió a arrojar el guante a los rusos en Berlín: «Presidente Gorbachov —dijo—, si quiere usted la paz, si quiere usted la prosperidad de la Unión Soviética y de Europa Oriental, si quiere usted la liberalización, ¡acérquese usted a esta puerta, señor Gorbachov! ¡Abra esta puerta, señor Gorbachov! ¡Tire el Muro!».

El 9 de noviembre de 1989, menos de dos años y medio después de que Ronald Reagan pronunciase esta encendida petición, caía el Muro de Berlín. El imperio soviético en Europa Occidental muy pronto le seguiría y en 1991 se derrumbaría la propia Unión Soviética, dando por terminada la Guerra Fría. Muchos conceden todo el mérito a Reagan y algunos le consideran uno de los más grandes presidentes de Estados Unidos. Pero ¿fue Reagan el heroico adalid de la libertad y la democracia que puso fin a una de las épocas más peligrosas de la historia universal? ¿O escondían el hombre y su gobierno un lado oscuro que desdecía todos los elogios? ¿Qué ocultaba la sonriente máscara del presidente que menos probabilidades tenía de serlo?

Ronald Reagan, el llano y folclórico actor reconvertido en rostro visible de General Electric, fue gobernador de California de 1967 a 1975. Presumía de firmes valores familiares, pero vivía distanciado de sus hijos y fue el primer presidente divorciado. De limitados conocimientos pero profundas creencias religiosas y sólidas convicciones conservadoras, apenas aportó ideas en política y no tenía interés por los detalles o no se fijaba siquiera en ellos. Su vicepresidente, George H. W. Bush, confesó al embajador soviético Anatoli Dobrinin que al principio las opiniones de Reagan sobre las relaciones internacionales le parecían «casi increíbles». Bush, escribió Dobrinin, estaba «sencillamente estupefacto de ver hasta qué extremo Reagan se había imbuido de los clichés de Hollywood y de las ideas de sus ricos pero escasamente cultos amigos de California».[1] Richard Pipes, experto en la Unión Soviética del Consejo de Seguridad Nacional, admitió que en las reuniones de este órgano el presidente parecía «verdaderamente perdido, confuso, incómodo». Al poco de llegar al gobierno, Reagan pidió información a Anthony Quainton, coordinador de contraterrorismo del gobierno. Y Quainton dijo luego: «Presenté el informe al presidente en presencia del vicepresidente, el director de la CIA, el director del FBI y varios miembros del Consejo de Seguridad Nacional. Tras tomarse un par de caramelos, el presidente empezó a dar cabezadas [...]. Resultaba muy enervante».[2]

Jimmy Carter estaba muy preocupado por la falta de curiosidad de Reagan cuando ponía al presidente electo al día de los retos a los que tendría que enfrentarse, le daba sus valoraciones de los dirigentes mundiales y le informaba de los mecanismos de gestión y control de las armas nucleares. Jody Powell, su ayudante, recordaría: «Al jefe le parecía importante que Reagan supiera todos esos particulares antes de jurar el cargo y no podía creer que, cuando se lo contó, no hiciera una sola pregunta. Se le ocurrió que quizá Reagan no tomaba notas porque no tenía papel y lápiz, así que le ofreció un cuaderno, pero Reagan contestó: “No, gracias” y dijo que se acordaría de todo. Pero eso era imposible».[3]

A muchos colaboradores de Reagan les asombraba su extraordinaria ignorancia. Tras volver de su gira por Latinoamérica a finales de 1982, el presidente comentó a los periodistas: «Pues he aprendido mucho [...]. Les sorprenderá, pero se trata de varios países distintos».[4] Pierre Trudeau, primer ministro de Canadá, llegó a preguntarse: «Pero ¿de qué planeta ha salido este hombre?» cuando el presidente le dijo que los soviéticos se habían «llevado a un sacerdote americano a Moscú con la intención de mandarlo de vuelta para que fuera portavoz del sindicato Actors Equity».[5] Tip O’Neill,

presidente de la Cámara de Representantes, se quedó de piedra cuando Reagan, al contemplar con admiración su escritorio, que había pertenecido a Grover Cleveland, le dijo que él había interpretado a Cleveland en la película *Su última victoria*. O'Neill le recordó que el escritorio había sido de Grover Cleveland el presidente, no de Grover Cleveland el jugador de béisbol. Más tarde comentaría que, tras treinta y cuatro años en la cámara, Reagan era el presidente más ignorante que había conocido.[6]



Ronald Reagan fue uno de los hombres menos curiosos intelectualmente que jamás pisó la Casa Blanca. Anthony Quainton, coordinador de contraterrorismo del gabinete, acudió a varias reuniones los primeros días de gobierno y recordaba: «Presenté el informe al presidente en presencia del vicepresidente, el director de la CIA, el director del FBI y varios miembros del Consejo de Seguridad Nacional. Tras tomarse un par de caramelos, el presidente empezó a dar cabezadas [...]. Resultaba bastante enervante».

La simplista cosmovisión de Reagan parecía un pastiche directamente salido de las postales de las papelerías Hallmark, las litografías de Currier e Ives, los aforismos de Benjamin Franklin, las epopeyas de Hollywood y las galletas de la suerte chinas. Escribió: «Siempre he pensado que todos deben saber que, por nuestros logros, los norteamericanos somos un pueblo moral [...] que siempre hemos utilizado nuestro poder para hacer el bien en todo el mundo».[7]

A menudo daba muestras de una pasmosa incapacidad para distinguir realidad de fantasía. A finales de 1983, durante una reunión en el Despacho Oval, contó al primer ministro israelí Isaac Shamir que siendo miembro de un equipo de filmación en la Segunda Guerra Mundial había fotografiado la liberación de los campos de concentración nazis y quedó tan impresionado que decidió conservar una copia de la película por si algún día se topaba con un escéptico del Holocausto. Shamir, conmovido, repitió el relato de Reagan a los miembros de su gabinete y el periódico israelí *Ma'ariv* lo publicó. Reagan repitió más tarde otra versión de la historia a Simon Wiesenthal y al rabino Marvin Hier. Les dijo que había pertenecido al Cuerpo de Señales del Ejército, que se encargaba de las filmaciones oficiales y que le había enseñado las películas a cierta persona un año después del fin de la guerra. Al conocer la anécdota, Lou Cannon, reportero de *The Washington Post*, recordó que Reagan no había salido de Estados Unidos ni durante ni inmediatamente después de la guerra. Su historia era una completa invención.[8]

Los periodistas investigaron entonces otras mentiras del presidente. Mike Royko, columnista de *The Chicago Tribune*, tal vez disipara la idea de que las fantasías del presidente eran producto de la edad o de una disminución de su capacidad mental al contar que se dio cuenta de su hábito de alterar la verdad en 1968, cuando, por subrayar lo violenta que se estaba volviendo la sociedad, Reagan afirmó que recientemente habían muerto asesinados ocho agentes de la policía de Chicago en un solo mes. Royko, curioso, descubrió que en Chicago no había muerto ningún policía los meses anteriores y solo uno o dos en todo el año.[9] Reagan repetía a menudo la historia de la «reina de la asistencia social» de Chicago, que había dado ochenta nombres, treinta domicilios y doce carnés de la Seguridad Social que le reportaban ciento cincuenta mil dólares libres de impuestos. Las cifras

podían variar —a veces la «reina de la asistencia social» tenía ciento veintisiete nombres y recibía más de cien cheques distintos—, pero la intención de la anécdota —atacar la codicia de negros poco honrados que hurtaban los dineros del esforzado contribuyente— siempre era la misma.1[10]

Repasar la lista de «reaganismos» se convirtió en pasatiempo nacional. Reagan tenía afición a las citas apócrifas de personajes célebres como Winston Churchill o el poeta Oliver Wendell Holmes. Quizá resultara apropiado, por tanto, que su jefe de prensa, Larry Speakes, admitiera que era él quien buscaba las citas y luego se las daba al presidente, como si anticipase lo que quería decir.[11]

Reagan preparaba las reuniones con sus visitas, e incluso con su gabinete, en unas fichas de ocho por doce centímetros que le escribían unos funcionarios. Pero a veces se equivocaba, cogía por error un grupo de fichas que no correspondía, y las visitas se incomodaban y lo pasaban mal. Además, su idea del mundo se basaba en anécdotas de su vida personal, y cuando los hechos contradecían dicha idea, o simplemente no la refrendaban, prescindía de los hechos. William Clark, antiguo juez del Tribunal Supremo de California y consejero de Seguridad Nacional en 1982 y 1983, se quedó perplejo al descubrir cuán poco sabía Reagan del mundo. Al comprobarlo, dio instrucciones al Pentágono y a la CIA de elaborar para el presidente documentales sobre cuestiones de seguridad básicas y, a veces, semblanzas biográficas de los dirigentes extranjeros con los que se entrevistaba.[12]

El estilo desenfadado, y desocupado, de Reagan y su falta de experiencia en política exterior dejaban la puerta abierta a intrigas palaciegas entre subordinados ansiosos por llenar el vacío de poder que dejaba el presidente. El vicepresidente Bush, por ejemplo, solía presumir de sus firmes aunque nefandas credenciales con el *establishment*, de sus lazos familiares con los Rockefeller, los Morgan y los Harriman. Tras licenciarse en Yale se había mudado a Texas y, convertido en productor de petróleo, se había presentado sin éxito al Senado en 1970. Richard Nixon fue quien logró su designación a la presidencia del Partido Republicano.



Reagan con Jeane Kirkpatrick, embajadora de Estados Unidos ante la ONU. Kirkpatrick era politóloga en la Universidad de Georgetown y demócrata, aunque conservadora, pero se alineó con Reagan por el rotundo anticomunismo de ambos. Proporcionó a los simpatizantes del presidente una justificación para apoyar a las dictaduras de derechas: se trataba de regímenes «autoritarios», no «totalitarios».

Jeane Kirkpatrick también desempeñó un papel importante en el diseño de la política exterior. Era politóloga de la Universidad de Georgetown y demócrata, aunque del ala conservadora, y partidaria de Reagan por su rotundo anticomunismo. Reagan premió su apoyo nombrándola embajadora ante las Naciones Unidas. Kirkpatrick proporcionó a los simpatizantes de Reagan la justificación necesaria para respaldar dictaduras de derechas: se trataba de regímenes «autoritarios», no «totalitarios». Junto con su colega Ernest Lefever, director del Ethics and Public Policy Center [Centro de Ética y Política Pública] de la Universidad de Georgetown, descalificó sin rubor la preocupación de Jimmy Carter por los derechos humanos y su programa reformista. Lefever,

defensor de regímenes represivos como los de El Salvador o Sudáfrica, fue nombrado subsecretario de Estado de Derechos Humanos. Para *The New York Times* se trataba de un «ultraconservador» que tachaba la política de Carter de «sentimentalismo barato» y opinaba: «Es un error abochornar con nuestro hábeas corpus a países aliados, por muy represivos que sean». No le preocupaban las torturas de Chile ni de Argentina, le parecían «una práctica residual de tradición ibérica». El Centro de Ética fue censurado por aceptar elevadas aportaciones de Nestlé tras apoyar una campaña de esta empresa que pretendía convencer a las madres de la conveniencia de sustituir la leche materna por leche artificial a pesar de que existieran pruebas de que dicha práctica había contribuido a triplicar la desnutrición infantil en algunos países subdesarrollados.[13] En junio el Comité de Relaciones Exteriores del Senado rechazó la designación de Lefever por considerarle poco capacitado para el cargo. Cinco de los nueve republicanos de ese comité sumaron su voto al de los ocho demócratas. Y Reagan sustituyó a a su favorito por el igualmente objetable Elliott Abrams.

No todos aprovecharon la oportunidad de medrar gracias a la laxa autoridad de Ronald Reagan. El general Colin Powell, adjunto del consejero de Seguridad Nacional Frank Carlucci, recordaría: «El estilo pasivo del presidente era una carga para nosotros. Hasta que nos acostumbramos, fue complicado poner en práctica sus recomendaciones porque no había decisiones claras [...]. Una mañana [...] Frank se quejó [...]: "¡Por Dios, no somos nosotros los que nos hemos comprometido a dirigir este país!"». James Baker, director de campaña de Reagan, jefe de gabinete de la Casa Blanca y secretario del Tesoro, admitió que, como consecuencia, la política exterior era «un batiburrillo de intrigas [...] y agendas y planes inconexos».[14] Los colaboradores de Reagan estuvieron a punto de llegar a las manos muchas veces, pero todos compartían un mismo entusiasmo por las operaciones encubiertas. Junto con el secretario de Estado Alexander Haig y con el vicepresidente Bush, las defendieron y llevaron a cabo en África y Centroamérica en el marco del National Security Planning Group [Grupo de Planificación de la Seguridad Nacional] mientras respaldaban a disidentes del bloque soviético y ampliaban la política de Carter en Afganistán.

Las dificultades económicas del mundo les facilitaron la tarea. El rápido crecimiento económico experimentado por países del Tercer Mundo ricos en recursos naturales en los años sesenta y principios de los setenta se interrumpió a mediados de esa segunda década cuando el frenazo económico global disminuyó los ingresos por exportación de materias primas. La deuda de esos países se disparó, truncando sus perspectivas de desarrollo y con resultados devastadores para poblaciones ya muy pobres. Los estados revolucionarios que habían acabado con los regímenes coloniales y se habían sumado al experimento socialista fueron los que más sufrieron, hasta el punto de que muchos se cuestionaron la viabilidad de los modelos de izquierdas. Para Reagan, la incertidumbre resultante era una oportunidad para echar abajo gobiernos hostiles y demostrar la superioridad del capitalismo.

La economía soviética también patinó a finales de la década de 1970 con el comienzo de un periodo de estancamiento y declive que la caída de los precios del petróleo en 1982 no hizo más que empeorar. Los gastos militares, que absorbían casi una cuarta parte del PIB, la debilitaron aún más. Y Reagan decidió sacar provecho. El 29 de enero de 1981, en su primera rueda de prensa, desató un vocabulario anticomunista que anulaba casi dos décadas de progresos en la distensión:

> Hasta ahora la distensión ha sido una calle de dirección única que la Unión Soviética ha utilizado en su propio beneficio [...] para la promoción de la revolución mundial y un mundo socialista o un solo estado comunista, como quieran ustedes llamarlo [...]; al mismo tiempo, han declarado pública y abiertamente que la única moral que reconocen es la que reafirma su causa, es decir, se reservan el derecho a cometer crímenes, a mentir, a engañar, con el fin de lograr sus fines, y a eso lo llaman moral, no inmoral. Pero nosotros actuamos de acuerdo a unos principios bien distintos.[15]

La CIA, a la que Carter había mantenido a raya, desempeñó un papel muy importante en la nueva cruzada anticomunista. Sus analistas siempre se habían jactado de profesionalismo y de distanciarse de las secciones operativas de la organización. El equipo de Reagan, sin embargo, no estaba de acuerdo. El asalto al poder en el seno de la agencia, que había empezado con el Equipo B de Bush, se concretó bajo la dirección de William Casey. Los representantes del ala dura del gobierno deseaban unos servicios de inteligencia que compartieran su punto de vista de la Unión Soviética como país peligroso, hostil y en expansión por mucho que tal punto de vista tuviera poco que ver con la realidad. Casey, multimillonario abogado de Wall Street y católico devoto irlandés, llegó a la CIA, según Robert Gates, su segundo, «para librar la guerra contra la Unión Soviética». «Para los acérrimos de Reagan —aclaró Gates también—, su llegada fue como una OPA hostil».[16] Casey había leído *El mundo en poder de las mafias: la nueva red mundial del crimen organizado*, de Claire Sterling, y estaba convencido de que la URSS era el vivero de todo el terrorismo internacional. Según Melvin Goodman, director de la oficina de análisis de asuntos soviéticos de la agencia, fueron varios agentes los que se reunieron con Casey «para convencerle de que gran parte de lo que Sterling llamaba "pruebas" no era en realidad más que "propaganda negra" de la CIA, alegatos anticomunistas deslizados a la prensa europea». A lo que Casey respondió «con desprecio» que había «aprendido más de Sterling que de todos los agentes juntos». Pero no solo Casey se adscribió a los argumentos de Sterling. También lo hicieron Alexander Haig, Paul Wolfowitz, Michael Ledeen, asesor del Departamento de Estado, y Robert *Bud* [Colega] McFarlane,[17] alto cargo de ese mismo departamento. El personal especializado de la CIA, sin embargo, sabía que, con todos sus defectos, los soviéticos no apoyaban a los terroristas.



Reagan con el director de la CIA William Casey, multimillonario abogado de Wall Street y devoto católico irlandés que, según Robert Gates, el subdirector, llegó al cargo «para librar la guerra contra la Unión Soviética». Con él la agencia dio una imagen de la URSS como país hostil y expansionista que no se correspondía con la realidad.

William Casey y Robert Gates empezaron la purga de los analistas que se negaban a agachar la cabeza. Si un informe no confirmaba la línea del gobierno, Casey ponía por escrito sus propias conclusiones. Melvin Goodman, que de 1966 a 1986 fue uno de los analistas de la política soviética de la agencia, hizo la siguiente observación: «La caricatura hecha por la CIA de una URSS militarista y en forma de pulpo cuyos tentáculos abarcaban el mundo entero reflejaba perfectamente el punto de vista de la administración sobre el "imperio del mal"». Goodman echaba la culpa «de que la CIA no anticipara el acontecimiento más importante de su historia, la caída del imperio soviético y de la propia URSS» sobre todo a «la mentalidad y al modelo de gestión impuestos por Gates en su época de director adjunto».[18]

Mientras el gobierno desmantelaba los equipos de analistas de la CIA, los equipos operativos

tenían más trabajo que nunca. El coronel John Waghelstein, jefe del grupo de asesores militares norteamericanos en El Salvador, declaró: «Las técnicas de contrainsurgencia son un retroceso hacia una estrategia primitiva». Y lo mismo podría haber dicho de las iniciativas emprendidas en Guatemala y Nicaragua. Los «soldados de la libertad», como los llamaba Reagan, violaban, castraban, decapitaban y descuartizaban rutinariamente a sus víctimas.[19] Para endurecer a los soldados guatemaltecos que entre 1981 y 1983 asesinaron a cien mil campesinos mayas, cuando eran reclutas recibían palizas, eran denigrados, los sumergían en aguas residuales y les obligaban a pasar un periodo prolongado enterrados en excrementos. Deshechos y deshumanizados, ya estaban preparados para perpetrar cualquier barbaridad. En diciembre de 1982, en el pueblo de Dos Erres, el ejército mató a más de ciento sesenta personas. A los sesenta y cinco niños que había entre ellas, los cogieron por los pies, les dieron vueltas en el aire y les estamparon la cabeza contra unas piedras. El día antes de que esto sucediera, Ronald Reagan visitó Honduras dentro de una gira por Latinoamérica y lamentó que el presidente de Guatemala, el general Efraín Ríos Montt, cristiano evangélico que hacía poco se había hecho con el poder mediante un golpe de Estado, hubiera sido «víctima de falsas acusaciones». Aseguró a los periodistas que Ríos Montt era un hombre «totalmente comprometido con la democracia» y subrayó su «gran integridad y compromiso».[20] En realidad, añadió, a la luz de cuánto había mejorado el respeto a los derechos humanos en Guatemala, consideraba la posibilidad de reanudar la ayuda militar que Carter había interrumpido en 1977. Aparentemente, a Reagan le bastaron las declaraciones del presidente guatemalteco: «No practicamos una política de tierra quemada, practicamos una política de comunistas quemados».[21] Frederic Chapin, el embajador norteamericano, anunció: «Han cesado los asesinatos [...]. El Gobierno guatemalteco ha salido de la oscuridad y está en la luz».[22]

El mismo día, Reagan se entrevistó con el presidente hondureño, Roberto Suazo Córdova, que libraba su propia guerra contra los grupos insurgentes. Según *Los Angeles Times*, la entrevista transcurrió en un «edificio anodino» de «un aeródromo militar fuertemente custodiado del este de Honduras. Unos soldados ocupaban sus puestos en los antiaéreos que bordeaban la pista y los helicópteros patrullaban los cielos [...]. Hacía calor y había mucha humedad, y los trajes de raya diplomática de los funcionarios de la Casa Blanca parecían conspicuamente fuera de lugar». George Shultz, el secretario de Estado, le susurró a un periodista: «Es el sitio más raro que he visto en mi vida».

La gira tuvo su buena ración de momentos inesperados. En Costa Rica, Sergio Erick Ardón, máximo dirigente del Movimiento Revolucionario del Pueblo, se asomó al balcón del Teatro Nacional, señaló al presidente y le acusó de la «militarización de América Central».[23]

En Colombia Reagan cayó en la trampa de Belisario Betancur, que aprovechó el brindis para criticar las medidas del presidente norteamericano para «aislar» y «excluir» a Cuba y Nicaragua de las iniciativas de paz y desarrollo en el continente al tiempo que toleraba las matanzas de los gobiernos de derechas: «Nuestra responsabilidad de jefes de Estado no nos permite quedarnos impávidos ante la diaria apertura de sepulturas en nuestro territorio común: treinta mil tumbas en El Salvador, por mencionar solo una nación, sacuden la adormilada conciencia de los gobernantes». El equipo de Reagan estaba furioso. Tampoco le gustaron las manifestaciones en el centro de Bogotá, ni la multitud que llenó las aceras y saludó el veloz paso de la comitiva de Reagan al grito de «¡Fuera!» o «¡Yanqui, *go home*!».[24] Incapaz de asimilar que Latinoamérica eran «varios países distintos», Reagan insultó a sus anfitriones brasileños con su saludo «al pueblo de Bolivia».[25]

Que Reagan diese la absolución a dictadores asesinos era un lamentable espectáculo que no pasó inadvertido. Anthony Lewis, columnista de *The New York Times*, puso a un editorial el apropiado título «¡Salve, Gengis!» y escribió: «Amparado en lo que llama “anticomunismo”, el presidente de Estados Unidos acaba de mantener una amistosa reunión con un tirano cuya política consiste,

básicamente, en el asesinato en masa. ¿Qué habrá sido, con el gobierno de Ronald Reagan, de los norteamericanos que creían que su país era un firme defensor de la honradez y la decencia en el mundo?». Lewis mencionaba informes que hablaban de soldados guatemaltecos llegando a pueblos en helicóptero para matar a las mujeres a machetazos, quemar las chozas y sacar los ojos a otros habitantes como parte de una campaña para arrebatarle el campo a la guerrilla. Para *The Boston Globe*, según el mismo editorial, la campaña estaba «a mitad de camino entre un pogromo y un genocidio». Lewis señalaba también que las simpatías de Reagan «por torturadores y asesinos» iban más allá de los líderes de Guatemala y El Salvador y recordaba las recientes visitas a Washington de los dictadores de Corea del Sur y de las Filipinas y la próxima de Mohamed Zia-ul-Haq, el dictador de Pakistán, que desde su llegada al poder en 1977 había eliminado a la oposición «y recurrido a la tortura con regularidad». El editorial concluía con un sentido recordatorio de una verdad que había caracterizado las últimas décadas del imperio americano: «Estamos marcados por la vergüenza. Cuando se hayan olvidado los disparates económicos del gobierno de Reagan, su insensibilidad a la crueldad de los hombres seguirá mancillando el nombre de Estados Unidos».[26]

La indignación que con tanta elocuencia expresó Anthony Lewis se vio reforzada tras los informes de Amnistía Internacional, Americas Watch, el Council on Hemispheric Affairs, COHA [Consejo de Asuntos del Hemisferio Americano] y otros grupos pro defensa de los derechos humanos, que hicieron públicos los asesinatos y atrocidades perpetrados en Latinoamérica, y por los comentarios de un jesuita guatemalteco, el reverendo Ricardo Falla, en una rueda de prensa organizada por la American Anthropological Association. Falla, que había estudiado en la Universidad de Georgetown, denunció que el propósito de las masacres organizadas de indios era «no dejar supervivientes» y, por tanto, «ningún recuerdo» de lo sucedido. «Por eso matan a los bebés y a los niños —argumentó—. Es verdaderamente inconcebible. Esos niños… en caso de sobrevivir, vengarían la muerte de sus padres […]. A los más pequeños los destripan con un cuchillo, o les abren la cabeza contra una roca o una viga». El padre Falla describió la masacre de San Francisco de Nentón, que duró ocho horas con un receso para cenar: «Después de asesinar a las mujeres y los niños, se pararon a comer carne de un toro que habían matado poco después de llegar. Se reían de los viejos, que lloraban desconsoladamente porque habían intentado cortarles el cuello con cuchillos desafilados. Cuando la masacre terminó, encendieron los transistores que les habían robado a los indios esa misma tarde y se pusieron a cantar».[27]

En enero de 1983, Reagan puso fin al embargo de ayuda militar y autorizó la venta de material bélico. Pero la renuencia del Congreso forzó a Guatemala a comerciar principalmente con aliados de Estados Unidos como Israel y Taiwán. Israel también proporcionó ayuda militar a El Salvador y a los contras de Nicaragua. Por su parte, la CIA no dejó de colaborar con el Ejército guatemalteco. En agosto de 1983, Óscar Humberto Mejía Víctores echó del poder a Ríos Montt con un golpe de Estado. Puso así fin a un periodo conocido como «la Violencia», pero no a la propia violencia. Tras el golpe, la CIA y el Departamento de Estado informaron de que los secuestros y ejecuciones de presos políticos habían aumentado. En febrero de 1984, el embajador Frederic Chapin telegrafió a Washington para comentar «la horrible realidad de los derechos humanos en Guatemala».[28] Al día siguiente, Elliott Abrams, subsecretario de Estado de Derechos Humanos, y otros dos altos cargos del Departamento de Estado aprobaron un informe secreto que urgía al Congreso a reanudar las ayudas a Guatemala porque este país había avanzado mucho en el respeto a los derechos humanos.

En 1986 y por medio de un informe secreto, el Departamento de Estado reconoció una sistemática campaña de secuestros y asesinatos de trabajadores sociales, personal médico y campesinos «por parte de las fuerzas de seguridad y de grupos paramilitares de derechas», que se remontaba a 1966 y alcanzó su peor momento en 1984. La Comisión de Esclarecimiento Histórico de Guatemala publicó en 1999 un informe que detallaba las masacres cometidas en seiscientas veintiséis aldeas mayas por el

Ejército guatemalteco y las calificaba de «genocidio». Ese informe acusaba a la CIA y a otros organismos del Estado norteamericano de proporcionar apoyo directo e indirecto a unas matanzas que, según algunos cálculos, se habían cobrado doscientas mil víctimas.[29]

Estados Unidos perpetraba atrocidades de otro tipo en Nicaragua. Antiguos componentes de la Guardia Nacional de Somoza, un cuerpo de matones, se habían dado cita en la frontera de Honduras y allí, con la ayuda de William Casey, el director de la CIA, conjuraban para recuperar el poder. Se habían bautizado a sí mismos como «contrarrevolucionarios», o «contras». Al igual que en otros lugares, Casey transformó en Nicaragua las rudimentarias operaciones encubiertas de Carter en aventuras masivas. Organizó la Central America Task Force [Fuerza Operativa de América Central] y nombró a Duane Clarridge jefe de la división latinoamericana de la agencia. Clarridge era un florero perfecto: no sabía nada de América Latina, nunca había pisado la región y no hablaba español.

Anthony Quainton, a la sazón embajador en Managua, recordaría en una entrevista el comienzo de la guerra: «La guerra secreta empezó el 15 de marzo de 1982, cuando la CIA, valiéndose de agentes en Nicaragua, voló los puentes entre Nicaragua y Honduras». En realidad, había comenzado tres meses antes. En diciembre de 1981, el Congreso vetó el uso de fondos para apartar del gobierno a los sandinistas. Dentro del gabinete, moderados como Schultz apenas tenían voz, mientras que los representantes del ala dura tenían luz verde para embarcarse en una política implacable en Nicaragua y otros países. Reagan mintió en la cámara sobre las actividades de la CIA. Casey mintió repetida y deliberadamente para confundir a congresistas y senadores de los comités de inteligencia de ambas cámaras. Según Robert Gates, «Casey fue culpable de desacato al Congreso desde el mismo día en que juró el cargo».[30] Más tarde, Shultz diría que en enero de 1987 se quejó al consejero de Seguridad Nacional, Frank Carlucci: «Le dije que no me fiaba de la comunidad de inteligencia, que me habían confundido a propósito, que me habían mentido y dejado en la estacada».[31] Pese a todo, el Congreso aprobó una ampliación importante del presupuesto de los servicios de inteligencia, la mayor parte del cual estaba destinado a la CIA.

Con el fin de eludir al Congreso, William Casey y Oliver North, alto cargo del Consejo de Seguridad Nacional, confeccionaron una compleja operación ilegal. Con la intermediación de traficantes de armas israelíes, Estados Unidos vendería misiles a sus enemigos iraníes a precios desorbitados y aprovecharía los beneficios para financiar a la contra nicaragüense —los narcos latinoamericanos, además, hicieron muchas veces de intermediarios a cambio de que se les facilitase el acceso al mercado de la droga norteamericano—. Con el dinero de Estados Unidos y los consejos de la CIA, el ejército de la contra pasó a sumar quince mil hombres. La CIA contrató también a mercenarios de otros países como Guatemala y El Salvador, que por su cuenta organizaron ataques desde el mar: minaron y bombardearon puertos comerciales y otros objetivos costeros.

Reagan defendía aquella guerra encubierta con una fantasía que apenas guardaba relación con la realidad de 1984. «El pueblo nicaragüense —comentó— está atrapado en la mazmorra del totalitarismo, atrapado en una dictadura militar que lo empobrece mientras los gobernantes viven protegidos, en medio de grandes lujos y privilegios, y se jactan con descaro de que su revolución se extenderá también a los países vecinos. Si una dictadura es siempre un insulto, cuando cuenta con la indeseada presencia de miles de cubanos, árabes radicales y ciudadanos del bloque soviético, es, además, un peligro».[32] Reagan tuvo el atrevimiento de decir que la contra era «el equivalente moral de los Padres Fundadores», comparación tan odiosa que motivó la respuesta de la Organization of American Historians [Organización de Historiadores Americanos]. Porque el «equivalente moral» de Reagan se hizo tristemente célebre por torturar, mutilar y asesinar a ciudadanos. Con tácticas terroristas, la contra nicaragüense destruyó escuelas, clínicas, cooperativas, puentes y estaciones eléctricas y fue responsable de la muerte de la mayoría de los treinta mil civiles que perecieron en la guerra. Un asesor del Estado Mayor Conjunto dijo que era «la organización de liberación nacional

más rara del mundo». Desde su punto de vista, no estaba formada más que por «un hatajo de asesinos».[33] La embajada norteamericana comunicó a Washington que un exdirigente de la contra había afirmado que los civiles que se negaban a unirse a ellos «recibían un disparo o eran apuñalados hasta la muerte» y que otros morían «quemados en hornos al rojo vivo». La contra también raptaba a chicas jóvenes a las que sus soldados «violaban día y noche».[34]

También se cometían atrocidades en El Salvador, donde el Gobierno norteamericano decidió poner a prueba las nuevas doctrinas de contrainsurgencia posteriores a Vietnam para acabar con cualquier levantamiento sin la intervención de un gran número de soldados estadounidenses. En primer lugar amplió y modernizó el Ejército salvadoreño, que en 1983 alcanzó los cincuenta y tres mil efectivos, muchos de los cuales recibieron instrucción en Fort Benning, Georgia, o en la Escuela de las Américas de Panamá, dirigida por personal norteamericano. Robert White, embajador con los gobiernos de Carter y Reagan, ofreció su testimonio al Congreso:

> Durante cincuenta años El Salvador fue gobernado por los ricos y los militares, que formaron una alianza brutal y corrupta. La joven revuelta de oficiales de 1979 intentó acabar con esa alianza. Pero entonces Reagan renovó la tolerancia y la aceptación de la extrema derecha que condujo a la creación de la Alianza Republicana Nacionalista, ARENA, y la llegada al poder del comandante Roberto D'Aubuisson.
>
> ARENA es un partido fascista y violento formado a imagen y semejanza de los nazis y de ciertos grupos comunistas revolucionarios [...]. Sus fundadores y principales partidarios son ricos exiliados salvadoreños de Miami y activistas que viven en el país. El brazo militar de ARENA está integrado por oficiales y soldados de las fuerzas de seguridad y el Ejército salvadoreños [...]. La embajada dedicó considerables recursos a identificar el origen de la violencia de derechas y sus contactos con Miami [...]. Los Seis de Miami explicaron [...] que para reconstruir el país primero había que echarlo totalmente abajo: se tenía que hundir la economía, el desempleo tenía que ser masivo, había que acabar con la Junta y había que poner en el poder a un «buen» oficial que llevase a cabo una limpieza completa matando a trescientas, cuatrocientas o quinientas mil personas [...]. ¿Quiénes son esos locos y cómo actúan? [...]. Los más importantes son seis antiguos terratenientes inmensamente ricos [...]. Traman conjuras, organizan reuniones constantemente y dan instrucciones a D'Aubuisson.[35]

En marzo de 1981, la CIA informó al vicepresidente Bush de que D'Aubuisson, «principal secuaz de los ricos terratenientes», era el organizador de «los escuadrones de la muerte de extrema derecha» que el año anterior habían asesinado a varios miles de personas sospechosas de pertenecer a grupos de izquierdas, o de simpatizar con ellos. Tres monjas norteamericanas y una seglar católicas que trabajaban en organizaciones humanitarias fueron violadas y asesinadas poco después de la toma de posesión de Reagan. Jeane Kirkpatrick, embajadora ante las Naciones Unidas, dijo: «Esas monjas no eran solo monjas», sino «activistas» del FMLN. Alexander Haig, el secretario de Estado, las llamó «monjas de pistola en bandolera» y ante un comité del Congreso sugirió: «Tal vez quisieron saltarse un control de carreteras».[36]



La organización College Republicans distribuyó este panfleto con una cita de Reagan —«La contra nicaragüense es el equivalente

moral de los Padres Fundadores»— para pedir apoyo para los «soldados de la libertad». Pero esos soldados eran famosos por torturar, mutilar y matar a civiles.

Pero hay una atrocidad de aquella guerra encubierta que destaca por encima de las demás. Tropas salvadoreñas formadas y equipadas por Estados Unidos mataron a los setecientos sesenta y siete habitantes del pueblo del Mozote a finales de 1981. Las víctimas, incluidos trescientos cincuenta y ocho niños menores de trece años, fueron acuchilladas, decapitadas y ametralladas. A las mujeres y a las niñas las violaron. Cuando Raymond Bonner, corresponsal de *The New York Times*, quiso publicar la noticia, *The Wall Street Journal* y otros dos diarios favorables a Reagan pusieron en duda su credibilidad. El *Times* cedió a las presiones y sacó a Bonner de El Salvador. Los funcionarios del gobierno ayudaron a encubrir la masacre. Pero la situación empeoraba. A finales de 1982, el COHA informó de que El Salvador y Guatemala eran los dos países donde se producían más violaciones de los derechos humanos en toda América Latina: «Decapitación, tortura, destripamiento, desapariciones y otras formas de crueldad son norma en la forma de proceder de las organizaciones paramilitares y el Gobierno salvadoreño las aprueba».[37] Sin embargo, Elliott Abrams, subsecretario de Estado de Derechos Humanos, testificó en el Congreso que los informes sobre las actividades de los escuadrones de la muerte no eran «creíbles».[38]

A George Bush le resultaba complicado empatizar con el sufrimiento de los ciudadanos del patio trasero de Estados Unidos. Antes de la visita del papa Juan Pablo II a Centroamérica comentó que no podía comprender cómo podía el clero católico conciliar sus creencias con la filosofía marxista y las tácticas de los insurgentes y apoyarlos. El reverendo Theodore Hesburgh, rector de la Universidad de Notre Dame, intentó explicarle que no era tan difícil que la pobreza y la injusticia social condujeran a los sacerdotes a respaldar a los marxistas o a cualesquiera otros que se opusieran al statu quo. «Puede que eso me convierta en una persona de extrema derecha —respondió Bush—, pero estoy perplejo. Sencillamente: no lo comprendo».[39]

La ayuda económica y militar norteamericana siguió aumentando a un ritmo regular en esos años espoleada a partir de 1984 por la Commission on Central America [Comisión sobre Centroamérica] de Henry Kissinger. El senador Jesse Helms era su punta de lanza en el Congreso. Funcionarios del gobierno ocultaban deliberadamente documentos que afectaban a la Policía Nacional, a la Guardia Nacional y a la Policía del Tesoro de El Salvador para que la afluencia de dinero continuara. Con Carter y Reagan, el Congreso envió unos seis mil millones de dólares a tan pequeño país, lo que le convirtió en el mayor receptor de ayuda norteamericana per cápita del mundo. Entretanto, los escuadrones de la muerte seguían hollando una senda de destrucción que se cobró setenta mil vidas. Casi medio millón de salvadoreños intentaron escapar de la violencia emigrando a Estados Unidos en la década de 1980, pero la mayoría tuvieron que volver. En 1984 las autoridades de inmigración norteamericanas admitían aproximadamente a uno de cada cuarenta salvadoreños, mientras que todos los anticomunistas que huían de Nicaragua eran bienvenidos.

En 1980 *Commentary*, principal revista neoconservadora de Estados Unidos, publicó una serie de ensayos sobre el llamado «síndrome de Vietnam»: rechazar el uso de la fuerza para resolver conflictos internacionales por la repulsión que aún inspiraba la guerra de Vietnam. Reagan estaba de acuerdo: «Hemos vivido ya demasiado tiempo bajo el "síndrome de Vietnam" […]. Llevan casi diez años denunciando que fuimos los agresores, que ansiábamos conquistas imperiales […]. Es hora de que nos demos cuenta de que, en realidad, luchamos por una causa noble […]. Cuando cedemos al sentimiento de culpa, deshonramos la memoria de los cincuenta mil jóvenes norteamericanos que murieron por esa causa».[40]

Enfangado en las guerras encubiertas de Nicaragua y El Salvador, Reagan ansiaba una victoria militar fácil para recuperar la confianza y librarse del espectro de Vietnam de una vez por todas. En

1983 le llegó la oportunidad cuando en Granada, minúscula isla caribeña de cien mil habitantes, una facción radical echó al gobierno revolucionario de Maurice Bishop. Antes de su muerte a manos de los asaltantes, Bishop declaró que «las despiadadas bestias del imperialismo», es decir, Estados Unidos, habían puesto en marcha una campaña para desestabilizar su país.[41] Aprovechando la inestabilidad resultante como pretexto para intervenir, el Gobierno norteamericano optó por la invasión para expulsar al nuevo gobierno pese a la oposición de las Naciones Unidas y la OEA, y hasta de Margaret Thatcher. Y presionó a las reacias naciones caribeñas para que se manifestaran a favor de la intervención.

Por otro lado, la suerte ayudó al gobierno. Mientras se preparaba la invasión, Estados Unidos sufrió un humillante revés cuando un camión cargado con bombas hizo estallar por los aires un cuartel de los marines en el Líbano, dejando doscientos cuarenta y un muertos. Comprendiendo que había llegado el momento oportuno, Reagan anunció la necesidad de invadir Granada para rescatar a los estudiantes de Medicina norteamericanos que se encontraban en la isla. Esos estudiantes, sin embargo, no corrían ningún peligro. Cuando el decano de la Facultad de Medicina les consultó, nueve de cada diez le dijeron que preferían quedarse donde estaban. Para evitar el meticuloso escrutinio sufrido por el ejército en Vietnam, el gobierno prohibió a los medios acompañar a los soldados «por su propia seguridad» y les ofreció películas filmadas por las tropas. Los siete mil invasores norteamericanos encontraron más resistencia de la que esperaban de una pequeña fuerza de cubanos deficientemente armados. Toda la operación fue un fiasco logístico desde el primer momento. Murieron veintinueve soldados y más de cien resultaron heridos. Se perdieron nueve helicópteros y la mayoría de las tropas se retiraron rápidamente.



Cráneos de víctimas de un escuadrón de la muerte sobre un campo de lava en El Playón, El Salvador. En marzo de 1981, la CIA informó al vicepresidente Bush de que el dirigente salvadoreño Roberto D'Aubuisson era el organizador de «los escuadrones de la muerte de extrema derecha» que habían asesinado a varios miles de activistas y simpatizantes de izquierdas el año anterior. Pero Estados Unidos financiaba y promovía la contrainsurgencia, de modo que los funcionarios neoconservadores del gobierno de Reagan se negaron a creer los informes de las atrocidades perpetradas por el gobierno salvadoreño.

Dick Cheney, en aquel entonces congresista por Wyoming, formó parte de la primera delegación del Congreso que visitó Granada tras la invasión y se congratuló de la nueva imagen de Estados Unidos en el mundo. Cuando otro miembro de la delegación, Don Bonker, representante del estado de Washington, negó que los estudiantes norteamericanos que se encontraban en la isla hubieran corrido peligro, Cheney lo masacró desde las páginas de *The Washington Post*. Como en un ensasyo de las mentiras sobre Irak de veinte años después, escribió: «El peligro era inminente», «se tomaron todas las medidas necesarias para garantizar su evacuación por medios diplomáticos», «[el nuevo gobierno de Granada] suponía una amenaza para la seguridad de la región».[42] Otro miembro de la delegación de Granada, Ron Dellums, congresista por California, puso en duda las palabras de Cheney —estaba distorsionando la realidad, comentó— y dijo que la invasión no era más que «un esfuerzo apenas velado por utilizar a unos estudiantes norteamericanos y un pequeño país del Caribe

para enmascarar la posterior militarización de la política exterior estadounidense». Dellums negaba también que fuera necesario proteger a los estudiantes. Y recordaba: «La delegación no pudo encontrar una sola prueba de que algún norteamericano hubiera recibido amenazas o se hubiera visto en peligro antes de la invasión. En realidad [...], la universidad está a unos veinte metros de una playa que nadie protegió. Si la seguridad de los estudiantes era el objetivo prioritario, ¿por qué nuestras tropas tardaron tres días en llegar hasta allí?».[43] Por un margen de diez a uno, la Asamblea General de la ONU condenó «rotundamente» la «intervención armada en Granada», «flagrante violación de la legalidad internacional».[44]

Entre las víctimas hubo al menos veintiún enfermos mentales que murieron porque los norteamericanos bombardearon su hospital por error. El general Edward Trobaugh, comandante en jefe de la 82ª División Aerotransportada, confesó a los periodistas que el Ejército Revolucionario del Pueblo de Granada apenas ofreció resistencia, pero que un reducido contingente de cubanos, muchos de los cuales se encontraban en la isla para construir un aeródromo, combatió con fiereza. Además, el general dijo a la delegación de congresistas que nada indicaba que los estudiantes norteamericanos hubieran corrido peligro en ningún momento. Reagan criticó a la prensa por hablar de «invasión» cuando en realidad se trataba de una «operación de rescate».[45]

En su alocución a la ciudadanía, Reagan subrayó la amenaza que suponía Granada para la seguridad de Estados Unidos y habló de «un almacén abarrotado de equipo militar y municiones, material suficiente para aprovisionar a miles de terroristas». Descartó, además, la idea de que Granada fuera un idílico refugio tropical: «Granada, nos han dicho siempre, es una isla amable, un paraíso para turistas. Pues bien, eso no es verdad. Granada era una colonia soviética que se estaba preparando para convertirse en base militar desde donde exportar terrorismo y minar la democracia». «Hemos llegado justo a tiempo —afirmó—, un momento antes de que se consumara la catástrofe».[46]

Al poco tiempo de la invasión, Reagan anunció con orgullo: «Nuestros días de debilidad han tocado a su fin. Nuestras fuerzas armadas han vuelto a ponerse en pie y se mantienen en pie».[47] Hasta el resquemor de humillación de Vietnam parecía en parte curado. A los soldados norteamericanos de Vietnam, afirmó Reagan, «se les negó el permiso para vencer». «No perdimos esa guerra —insistió—. Cuando terminó y nos volvimos para casa... ahí es donde la perdimos». En diciembre de 1988, un informe de la National Defense Commission [Comisión Nacional de Defensa] concluyó: «Nuestro fracaso en Vietnam pende todavía sobre las intervenciones estadounidenses en cualquier parte».[48]

El intento de vengar la matanza de los marines en el Líbano se saldó con una nueva frustración. Casey colaboró estrechamente con los saudíes para asesinar a Mohamed Husein Fadlalá, máximo dirigente de Hezbolá, mediante un atentado con coche bomba en 1985. Murieron ochenta personas y otras doscientas resultaron heridas, pero Fadlalá resultó ileso.[49]

En su jactanciosa gira por América Central y el Caribe, Reagan menospreció también a los pobres de Estados Unidos y a su clase trabajadora, a los que había que sacrificar a las exigencias de un crecimiento militar excesivo aplaudido por los más de cincuenta miembros del Comité sobre el Peligro Actual, que manifestaba la postura oficial del gobierno. Justo después de las elecciones de 1980, el exsecretario de Defensa Melvin Laird había advertido de que «un gasto de defensa excesivo» sería «lo peor que podría pasarle a Estados Unidos».[50] Reagan hizo caso omiso. En realidad, su campaña electoral se basaba en la ficción de que la nación era militarmente débil y vulnerable a un ataque soviético. «Hoy nos encontramos en mayor peligro —declaró— que el día después de Pearl Harbor. Nuestro ejército es absolutamente incapaz de defender este país».[51]

Las tácticas intimidatorias de Reagan funcionaron. En 1985 incrementó el presupuesto de defensa en un escalofriante 51 por ciento sobre el de 1980. Para financiarlo, recortó drásticamente y a

discreción algunos programas de política nacional hasta en un 30 por ciento, lo que supuso un trasvase de setenta mil millones al gasto militar.[52]



A finales de 1983, Estados Unidos aprovechó la inestabilidad política en la isla de Granada como pretexto para invadirla y acabar con su gobierno revolucionario. La operación fue un fiasco logístico. Murieron veintinueve soldados y más de cien resultaron heridos. Se perdieron nueve helicópteros y la mayoría de las tropas se retiraron rápidamente.



Estudiantes de Medicina norteamericanos esperando a ser evacuados de Granada. Reagan afirmó que era necesario invadir la isla para rescatarlos, porque corrían peligro, pero no era cierto. El decano de la Facultad les preguntó qué deseaban hacer y nueve de cada diez respondieron que querían quedarse en la universidad.

El senador Howard M. Metzenbaum elogió la destreza de David Stockman, director de la oficina presupuestaria, por su habilidad con los recortes, pero añadió: «Pienso también que ha sido usted cruel, inhumano e injusto». Cuatrocientas ocho mil personas perdieron la posibilidad de acceder a las ayudas a las familias con hijos dependientes en 1983 y casi trescientas mil las vieron reducidas. Reagan forzó al Congreso a recortar dos mil millones de los doce mil del presupuesto de cupones de comida para personas necesitadas y mil millones de los tres mil quinientos del de comedores escolares. Los presupuestos de ayuda para asistencia médica, nutrición infantil, alojamiento y energía también disminuyeron. Los fondos del gobierno federal para municipios se redujeron casi a la mitad.[53] Mientras libraba su guerra contra los pobres, Reagan bajó los impuestos a las rentas más altas: pasaron del 70 por ciento de los ingresos cuando asumió la presidencia al 28 cuando la dejó.

Programas nuevos y mejorados llenaban las cadenas de montaje, como el de los costosos misiles MX, que no revelaban su posición exacta y, por tanto, eran invulnerables a un posible ataque inicial soviético. Reagan, por lo demás, sabía que los soviéticos, con una economía estancada, tendrían dificultades para mantener al día sus propios sistemas de defensa.

El presupuesto de armas nucleares también creció de forma espectacular. En 1981 George Kennan, artífice de la política de contención, censuró el insensato aumento del arsenal nuclear: «Hemos ido apilando armas sobre armas, misiles sobre misiles, nuevos niveles de destrucción sobre antiguos niveles de destrucción. Y lo hemos hecho de forma absurda, de forma casi involuntaria, víctimas de una especie de hipnosis, como sumidos en un sueño, como autómatas que saltaran por la borda».[54]

Reagan y Bush, sin embargo, no creían que la carrera armamentística fuera tan absurda. Rechazaban el generalizado punto de vista de que una guerra nuclear conduciría a una mutua destrucción. Ellos tenían otro punto de vista, planificaban la victoria, al igual que extremistas como Colin Gray y Keith Payne, que en 1980 declararon: «Estados Unidos debería planear la derrota de la Unión Soviética». Creían que en el conflicto podrían morir unos veinte millones de norteamericanos. La clave para sobrevivir a un ataque nuclear, sostenían, para evitar el caos y mantener abiertas las líneas de comunicación, era una sólida estructura de supervisión y mando. Los militares la llamaban «C3», por *command, control and communications* (mando, control y comunicaciones).[55] Reagan invirtió mucho dinero en asegurar su invulnerabilidad. Y, mediante un mecanismo psicológico perverso, dio por seguro que los soviéticos proyectaban la misma estrategia y apuntó como prueba un masivo programa de defensa civil de Moscú, por mucho que ese programa no existiera.

El plan maestro del Pentágono para la segunda legislatura de Reagan, de 1984 a 1988, situaba la defensa de Oriente Próximo solo por detrás en prioridad de la defensa de Estados Unidos y Europa Occidental. Ese plan decía:

> Nuestros objetivos consisten en asegurar un acceso ininterrumpido al petróleo del Golfo Pérsico y evitar que los soviéticos lleguen a ejercer un control político-militar directo o indirecto de ese petróleo. Es esencial que, en caso de que pretenda acceder al crudo del Golfo, la Unión Soviética se vea ante la posibilidad de un conflicto importante. Deberíamos prepararnos para, en cualesquiera circunstancias, ser capaces de introducir a nuestras tropas en la región si los accesos al petróleo del Golfo Pérsico se ven amenazados.[56]

Para llevarlo a efecto, Estados Unidos gastó mil millones de dólares en la modernización de sus bases militares y desplegó misiles nucleares en Comiso, Italia, porque desde allí podía alcanzar objetivos en Oriente Próximo. Y se plantó en medio de la guerra de Irán e Irak. Vendió armas a Irán y así ayudó a este país a cambiar las tornas del conflicto con el avance hacia Basora, la segunda mayor ciudad de Irak, a mediados de 1982. Altos cargos de la administración cambiaron entonces de opinión y tomaron la decisión de «hacer todo lo necesario, y legal», para evitar la victoria de Irán. Lo hicieron a sabiendas, además, de que Irak empleaba armas químicas. El 1 de noviembre, Jonathan Howe, alto funcionario del Departamento de Estado, informó al secretario, George Shultz, de que Irak recurría «casi a diario» a ese tipo de armamento. En diciembre de 1983, Reagan mandó a Bagdad a Donald Rumsfeld en calidad de enviado especial para que se entrevistara con Sadam Husein. La embajada informó a la Casa Blanca de que, «evidentemente», Sadam se mostraba «complacido» por la visita y por la carta de Reagan que Rumsfeld le entregó en mano. Rumsfeld, además, aseguró al dirigente iraquí que Estados Unidos estaba haciendo todo lo posible por reducir la venta de armas a Irán.[57]

Rumsfeld hizo una segunda visita a Sadam en marzo de 1983, en parte para darle garantías de que la prioridad de Estados Unidos era la derrota de Irán y no castigar a Irak por usar armas químicas. Más tarde, Howard Teicher, experto en Irak del Consejo de Seguridad Nacional, admitiría en declaración jurada ante un tribunal que el gobierno había «apoyado activamente el esfuerzo de guerra iraquí con la concesión de miles de millones de dólares en créditos, suministrando información reservada y asesoría y con un control exhaustivo de la venta de armas de terceros países a Irak para asegurarse de que recibiera el armamento adecuado». Asimismo, más de sesenta oficiales de la Defense Intelligence Agency, DIA [Agencia de Inteligencia de la Defensa], colaboraron en la planificación estratégica. Teicher declaró que Casey se valió de una empresa chilena para proporcionar a Irak bombas de racimo, muy eficaces para repeler los ataques en oleada de los iraníes.[58] Fabricantes de armas norteamericanos, británicos y alemanes se alegraron de poder cubrir las crecientes necesidades de Irak. Con licencia del Commerce Committee [Comité de

Comercio], empresas estadounidenses enviaron varias remesas de ántrax que más tarde Irak emplearía en un programa de armas biológicas e insecticidas para guerra química. En febrero de 1984, el Ejército iraquí advirtió sin tapujos: «Los invasores tienen que saber que, con independencia de su número, para cada insecto existe un insecticida. Y que Irak cuenta con todo tipo de insecticidas». [59]

Irán solicitó una investigación del Consejo de Seguridad de la ONU. Y aunque los informes de los servicios de inteligencia confirmaban sus sospechas, Estados Unidos guardó silencio varios meses antes de que por fin, a primeros de marzo, criticara el uso de armas químicas por Irak. Pero cuando Irán propuso una resolución de condena de la ONU, Jeane Kirkpatrick, por medio de distintas presiones, consiguió el aplazamiento sine díe de dicha resolución. Por sugerencia del embajador iraquí, Estados Unidos se adelantó a las posibles medidas de los iraníes y consiguió que a finales de marzo el Consejo de Seguridad se pronunciase genéricamente en contra del uso de armas químicas, aunque no señaló a Irak en ningún momento. En noviembre de 1984, Estados Unidos reanudó las relaciones diplomáticas con Bagdad. El uso de armamento químico no solo se prolongó hasta el fin del conflicto, sino que a finales de 1987 la aviación iraquí bombardeó con productos químicos a la población kurda del norte del país, a la que el gobierno acusaba de simpatizar con los iraníes. Los ataques de este tipo contra los pueblos controlados por los rebeldes llegaron a su punto culminante con el asalto a la aldea de Halabja en marzo de 1988. A pesar de las protestas generalizadas en todo el país, incluidas las de muchos cargos de la administración, ese año Washington aumentó la colaboración con Irak por medio de los servicios de inteligencia y en diciembre autorizó la venta a Irak de millón y medio de dólares en insecticidas por parte de Dow Chemical, uno de los fabricantes del napalm usado en Vietnam.

Furioso con los iraquíes por el uso de armas químicas y con Washington por su tácito respaldo en este aspecto, el ayatolá Ruhollah Jomeini, que había interrumpido el programa nuclear secreto del sah nada más llegar al poder en 1979 —condenó las armas nucleares por antiislámicas—, cambió de postura en 1984 y lo reanudó.

Mientras Estados Unidos reforzaba su apoyo al régimen de Sadam Husein, Reagan insistía en su altisonante retórica antisoviética. En 1983 instó a los asistentes a la convención anual de la National Association of Evangelicals [Asociación Nacional de Evangélicos —luteranos—], celebrada en Orlando, a «pronunciarse contra» todos aquellos para quienes Estados Unidos se encontraba «en una posición de inferioridad militar y moral […] [y a no] olvidar los hechos de la historia y los agresivos impulsos de un imperio del mal».[60] En noviembre de 1983, Estados Unidos desplegó misiles de crucero en Gran Bretaña y misiles Pershing II en Alemania Occidental y llevó a cabo la Able Archer 83, masiva maniobra militar con empleo de armamento nuclear. A finales de ese año, las relaciones entre Washington y Moscú atravesaban su peor momento en dos décadas. Estados Unidos y la Unión Soviética libraban, por intermediación de otros países, varias guerras en todo el planeta, y el conflicto directo parecía posible. Altos cargos soviéticos estaban convencidos de que el ataque norteamericano era inminente.

La retórica de la guerra asustaba a la ciudadanía. *El día después*, que tuvo una enorme audiencia en su emisión por la televisión estadounidense, y otros filmes sobre la guerra nuclear encendieron las alarmas y contribuyeron al aumento del movimiento por la congelación de los arsenales atómicos. Psiquiatras de Estados Unidos y la URSS publicaron que en ambos países los niños sufrían un número de pesadillas sobre la guerra atómica desconocido desde primeros de los sesenta.

Ni siquiera los responsables del diseño de armas nucleares estaban a salvo del miedo a la guerra nuclear. El físico Theodore Taylor tuvo una revelación en su primera visita a la Unión Soviética. Le contó la experiencia al psiquiatra Robert Jay Lifton, cuyas audaces investigaciones habían revolucionado la psicología sobre la amenaza atómica:

> Mientras paseaba por la Plaza Roja, Taylor vio a un grupo de jóvenes vestidos para una boda en el Mausoleo de Lenin y en la Tumba del Soldado Desconocido y le impresionó lo felices que parecían. Y recordó la noche que nació uno de sus hijos, cuando, en lugar de estar con su mujer, se encontraba en el Pentágono revisando datos e informes de inteligencia —incluidas unas fotografías aéreas del centro de Moscú— relacionados con posibles planes de un ataque nuclear. Al verse en la Plaza Roja, se echó a llorar desconsoladamente: «Fue ver a aquellos chicos que parecían tan felices... paseando por allí tranquilamente, subiendo al mausoleo... Pensar en la posibilidad de lanzar una bomba sobre todo aquello, sobre aquella gente, es de locos... un síntoma de demencia». Ya antes había tenido sentimientos parecidos, pero aquel día fue distinto. Se dio cuenta de que «había puesto literalmente el pie en la Unión Soviética para cobrar conciencia de en qué consistía mi trabajo... en todos sus detalles». Antes del viaje, Moscú no era para él más que «unas cuantas rayas en un plano [...] e índices de presión y número de calorías [...] por centímetro cuadrado», y su labor se reducía a lograr que «las bombas coincidieran con esos datos».

Decidió abandonar la investigación armamentística para dedicarse a temas más relacionados con la vida.[61]

A pesar de sus fanfarronadas, Reagan también temía la posibilidad de una guerra nuclear, aunque sus conocimientos de las armas atómicas eran limitados. En 1983 dejó de piedra a un grupo de congresistas al comentar que Estados Unidos no contaba con bombarderos ni con submarinos equipados con bombas nucleares. Sin embargo, su instintiva aversión a esas bombas era sincera. En diversas ocasiones dijo a sus sorprendidos colaboradores que las consideraba «malignas» y deseaba erradicarlas. Sus temores tenían su origen, al menos en gran parte, en sus convicciones religiosas, particularmente en su fascinación con el Armagedón, relato bíblico de la cruenta conflagración que pone fin a la historia y augura el regreso de Jesucristo, que él creía posible. Asociaba la guerra nuclear al Armagedón, de ahí, en su mentalidad, la responsabilidad de proteger al pueblo norteamericano. *Bud* McFarlane, viceconsejero de Seguridad Nacional, dijo: «Desde que adoptó la tesis del Armagedón, para él guerra nuclear equivalía a hecatombe. ¿Qué se podía hacer contra eso? Él respondía que había que plantar una tienda de campaña, o construirse una burbuja, y proteger al país».[62]

Reagan decidió proteger Estados Unidos de los misiles construyendo un escudo tecnológico y futurista en la atmósfera. Solo que tan benigna arma defensiva suponía en realidad toda una provocación para la Unión Soviética. Aunque ese escudo habría servido de poco, o de nada, frente a un ataque inicial de los soviéticos, sí habría sido una eficaz medida de protección contra un ataque de represalia soviético después de una ofensiva inicial norteamericana —tras la cual, por otra parte, la URSS quedaría muy debilitada para contraatacar.

Reagan era consciente también de la facilidad con que podía producirse una crisis. En septiembre de 1983, unos militares soviéticos confundieron una aeronave de pasajeros de las líneas aéreas coreanas que se internó por error en el espacio aéreo de la URSS con un avión espía y, tras varios avisos sin respuesta, la abatieron. Murieron todos los pasajeros, doscientos sesenta y nueve, incluidos sesenta y un norteamericanos. Reagan habló de «barbarie», de «crimen contra la humanidad».[63] Pero en sus memorias revela que extrajo del accidente una conclusión bien distinta: «Más que ninguna otra cosa, el incidente del avión coreano demostraba cuán cerca del abismo había llegado el mundo y hasta qué punto necesitábamos un control de las armas nucleares. Es posible que, como algunos especularon, los pilotos soviéticos simplemente tomaron aquel avión comercial por un avión militar, pero a la luz de este argumento, ¿qué error mucho más trágico no podría cometer un militar soviético con el dedo en el botón de una bomba nuclear?».[64]

Al mes siguiente, su inquietud volvió a primer plano. Tras ver una primera copia de *El día después*, escribió en su diario: «Lawrence, Kansas, borrada del mapa durante una guerra nuclear con Rusia. Bien hecha, con mucha fuerza, y solo con siete millones de dólares. Muy lograda. Me ha dejado muy triste».[65] Reagan, normalmente impasible, estuvo deprimido varios días.[66] Sus colaboradores estaban tan preocupados que mandaron llamar a Richard Perle, subsecretario de

Defensa para la Política de Seguridad Nacional, para que le consolara con argumentos racionales.

Pero a Reagan no le abandonaba la ansiedad por mucho que Perle y otros pudieran manipularle para defender un aumento del arsenal atómico que no se correspondía con los verdaderos deseos del presidente. Fue también entonces, en el otoño de 1983, cuando Reagan empezó a comprender que los dirigentes soviéticos se tomaban en serio su belicosa retórica y la escalada militar y temían que Estados Unidos se estuviera preparando para la guerra.

La entrada del 18 de noviembre de su diario resulta esclarecedora. Confiesa en ella que le preocupa «la paranoia» de los soviéticos y que sopesa la posibilidad de darles garantías «de que aquí nadie tiene intención de hacer nada. ¿Qué d… tienen ellos que alguien pudiera querer?». Luego anota que George Shultz aparecería en televisión tras la emisión de *El día después*, pero en esos momentos le preocupaba más que la película no avivara la oposición a su política nuclear: «Sabemos que es propaganda “antinuclear”, pero vamos a encargarnos de ella y a demostrar por qué debemos seguir con lo que estamos haciendo». En la misma entrada escribe sobre «una experiencia aleccionadora con el capitán W. y el general Vessey en la sala de operaciones… un informe completo de nuestros planes en caso de ataque nuclear».[67]

Más tarde, en sus memorias, afirmó: «Tres años me han enseñado algo sorprendente de los rusos: dentro de la jerarquía soviética, muchos altos cargos temían ingenuamente a América y a los americanos. Quizá no debería sorprenderme, pero me sorprendió. En realidad, al principio me costó aceptar mi propia conclusión al respecto». Nada más llegar al cargo no cayó en la cuenta de que quizá los soviéticos temieran que fueran ellos, los estadounidenses, quienes asestaran el primer golpe. «Pero cuanto más conozco a los gobernantes soviéticos y a otros jefes de Estado que los conocen —prosigue—, más comprendo que muchos de ellos nos temían no solo como adversarios, sino como potenciales agresores capaces de lanzar bombas atómicas contra ellos sin provocación previa».[68]

Aunque para él fuera inconcebible, Reagan señala también que había «personas en el Pentágono que afirmaban que una guerra nuclear era “ganable”» y comenta: «Estaban locos». No obstante, afirma, empezaba a entender por qué los soviéticos podían tomarles en serio. En octubre sugirió a Shultz: «Tal vez debería visitar a Andrópov para proponerle la supresión de todas las armas nucleares».[69]

Los dirigentes soviéticos no solo temían ese primer golpe fulminante que imaginaba la Directiva Presidencial 59, promovida por el Comité sobre el Peligro Actual, sino que tomaron medidas para garantizar la supervivencia de la política de disuasión —táctica similar a la seguida por Eisenhower casi tres décadas antes—. Sus temores se acentuaron tras el despliegue de misiles de crucero y Pershing en Europa en 1983, porque así, en caso de ataque, el tiempo de respuesta sería menor. Como cuenta David Hoffman en *The Dead Hand* [*La mano muerta*], que obtuvo el premio Pulitzer, empezaron a contemplar la posibilidad de poner en práctica un sistema de defensa totalmente automatizado, la «Mano Muerta», para lanzar el contraataque mediante ordenadores si ellos, por quedar incapacitados, no podían hacerlo. Asustados ante tan kubrickiana perspectiva (ya la imaginó la película *Teléfono rojo: ¿volamos hacia Moscú?*, de Stanley Kubrick), que para el coronel Valeri Yarinich, de las Fuerzas de Misiles Estratégicos, «era una completa locura», optaron en su lugar por un sistema defensivo dirigido por un número reducido de oficiales desde búnkeres enterrados a mucha profundidad. Lo pusieron a prueba en noviembre de 1984 y estuvo operativo al poco tiempo.[70]

Yarinich, además, se hacía una inquietante pregunta —que tantas veces preocupó a los estrategas de la guerra nuclear—: sabiendo que su país ya había sido destruido, ¿optarían los oficiales soviéticos por lanzar todos sus misiles? Luego explicaría la situación así:

> Tenemos por tanto a un joven teniente coronel que, a solas y sin poder comunicarse con nadie, porque el sistema ha sido destruido, oye «bum», «bum», «bum», y todo tiembla a su alrededor. Si no pone en marcha el procedimiento, no habrá contraataque. Pero ¿qué sentido tiene responder cuando el planeta ya ha saltado por los aires? ¿Debe él destruir la otra mitad? No, no tiene ningún sentido. Llegado a ese punto, ese teniente coronel podría decirse: «No, no voy a apretar el botón». Nadie le condenará por ello, ni acabará ante ningún pelotón de fusilamiento. Si yo estuviera en su lugar, haría lo mismo: no apretaría el botón.

Yarinich se daba cuenta de que el posible efecto disuasorio del sistema estribaba precisamente en que la reacción de los oficiales al mando era del todo impredecible. Asimismo, le parecía irracional que su gobierno optara por ocultar la existencia del nuevo sistema en vez de difundirla.[71]

Reagan recordaba que su compromiso por erradicar las armas nucleares se remontaba a sus primeros días en la presidencia:

> Uno de los primeros informes estadísticos que leí como presidente se refería a uno de los datos más graves y sorprendentes que había conocido en mi vida. Nunca lo olvidaré. Según el Pentágono, en caso de guerra nuclear con la Unión Soviética, y aun «ganándola», morirían ciento cincuenta millones de norteamericanos. Y los que sobrevivieran... no me podía ni imaginar qué clase de vida les esperaría. El planeta quedaría tan contaminado que los «supervivientes» no tendrían dónde vivir. Porque aunque una guerra nuclear no significara la extinción de la humanidad, significaría, sin ninguna duda, el fin de la civilización tal como la conocemos. Nadie puede «ganar» un conflicto atómico.[72]

Pero, a pesar de que aborrecía la idea, Reagan tenía un lado oscuro desde el que fantaseaba con utilizar armas nucleares para derrotar al enemigo. Afloró durante las pruebas de sonido de una emisión por radio: «Queridos compatriotas, me complace deciros que hoy he firmado una legislación que coloca a Rusia fuera de la ley para siempre. El bombardeo comienza dentro de cinco minutos». No sabía que le estaban grabando.[73] Dentro y fuera de Estados Unidos, las reacciones no se hicieron esperar. Gary Hart, senador por Colorado, declaró que «la falta de sentido común» del presidente quizá se debiera a la proximidad de las elecciones. Pero estaba preocupado: «Es en momentos como esos cuando sale a la luz lo que verdaderamente se piensa. Pero la posibilidad es turbadora, inquietante».[74] *The New York Times* informó a los norteamericanos de que la noticia fue primera página en toda Europa. *Le Monde* dejaba en manos de psicólogos determinar si el comentario era «una expresión de deseo reprimido o el exorcismo de un temido fantasma». En Alemania Occidental, los socialdemócratas se burlaron de Reagan, «señor de la vida o de la condenación de toda Europa Occidental», «viejo irresponsable [...] que probablemente ya no pueda distinguir si está al mando de una superpotencia o interpreta una película de terror». Los Verdes hablaron de «broma macabra que daría escalofríos a cualquier persona razonable».[75] TASS, la agencia de noticias soviética, citó a un dirigente occidental que describió a Reagan como un hombre que sonreía «ante la posibilidad del exterminio en masa» y despreciaba «la hipocresía de su retórica pacifista». *Izvestia* tachó el comentario de «monstruoso».[76]

En Estados Unidos, la controversia tardó en difuminarse. Muchos cuestionaron la valía de Reagan para la presidencia. Michael Deaver, subdirector de gabinete de la Casa Blanca, admitió que el hecho de que el presidente diera cabezadas durante las reuniones del consejo de ministros no era precisamente de mucha ayuda. Johan Oakes, antiguo editor de *The New York Times*, se preguntaba qué confianza podían tener en caso de crisis los norteamericanos en un hombre tan «superficial e imprudente» y citaba, como otros periodistas, los lapsus y errores de Reagan en asuntos fundamentales como la política fiscal. Concluía que no estaba capacitado para el cargo.[77] Jerome Wiesner, exdirector del MIT y antiguo asesor científico de Kennedy y Johnson, dijo que el «humor tabernario» de Reagan era digno de «un test psicodiagnóstico» y cuestionó su aptitud para continuar siendo responsable del botón nuclear.[78] Algunos se preguntaron por la salud mental del presidente.

A los periodistas les inquietó particularmente un momento en que, durante un reportaje fotográfico en su rancho, Reagan se quedó en blanco ante una sencilla pregunta sobre el control armamentístico. Robert Scheer, de *Los Angeles Times*, contó: «No respondió nada. Por unos instantes y para alarma de todos, el presidente de Estados Unidos parecía perdido, gesticulaba pero no profería palabra alguna. Fue su mujer, Nancy, la que acudió en su ayuda. Ella sí respondió. Sin mover apenas los labios, dijo: “Hacemos lo que podemos”. Reagan repitió: “Estamos haciendo lo que podemos”».[79]

Quienes le rodeaban, intervenían por él y le protegían lo mejor que podían. George Shultz incidía en su faceta conciliadora: prefería las negociaciones al enfrentamiento. Respaldado por Nancy Reagan y por Michael Deaver, Shultz batalló contra los más fanáticos del gobierno. Reagan le dio luz verde para mejorar las relaciones con los soviéticos. A mediados de 1982, Washington y Moscú iniciaron negociaciones para un nuevo tratado que reduciría drásticamente las fuerzas estratégicas: el Strategic Arms Reduction Treaty, o START [Tratado de Reducción de Armas Estratégicas]. Reagan, no obstante, continuó con la campaña de denuncia de la debilidad de Estados Unidos auspiciada por el Comité sobre el Peligro Actual. «Se oye a menudo —declaró a finales de 1982— que Estados Unidos y la Unión Soviética están inmersos en una carrera armamentística. Lo cierto es que, mientras que la Unión Soviética ha echado a correr, nosotros no lo hemos hecho [...]. Hoy la Unión Soviética nos lleva la delantera prácticamente en todos los terrenos».[80] Pero Estados Unidos aún conservaba una ligera ventaja. En 1985 su arsenal contaba con 11.188 cabezas nucleares estratégicas, frente a las 9.907 de los soviéticos. En total, contando cabezas nucleares estratégicas, de alcance intermedio y tácticas, Estados Unidos tenía 20.924 y los soviéticos, 19.774. Pero los arsenales continuaban aumentando. En 1986 llegaron a su tope: más de setenta mil armas atómicas en total, con una capacidad de destrucción equivalente a millón y medio de bombas de Hiroshima.[81]

La necesidad de controlar las armas atómicas renovó su urgencia cuando los científicos calcularon que hasta un pequeño conflicto nuclear liberaría en la atmósfera tal cantidad de polvo, cenizas y contaminación que la luz solar no podría atravesar la atmósfera y la Tierra se vería condenada a un prolongado enfriamiento que acabaría con la mayor parte de su vida vegetal. Otros decían que el «invierno nuclear» pondría fin a toda la vida del planeta.

La tensión entre las dos superpotencias seguía aumentando hasta niveles críticos cuando en la Unión Soviética se produjo un acontecimiento extraordinario que cambió el curso de la historia. En marzo de 1985, Konstantín Chernenko se convirtió en el tercer máximo dirigente soviético que moría en dos años y medio. Su sucesor, Mijaíl Gorbachov, de cincuenta y cuatro años, llegó al cargo con nuevos bríos y otra mentalidad. De niño había sido testigo de los horrores de la guerra. Más tarde, como funcionario del Partido Comunista, viajó mucho por Occidente, y como premier procuró hacer realidad su sueño de revitalizar la democracia socialista soviética y mejorar las condiciones de vida de sus conciudadanos. Al igual que Kruschev y otros gobernantes reformistas anteriores, era consciente de que no podría conseguirlo sin rebajar el gasto militar.

Más tarde describiría la situación que encontró al llegar al cargo: «El presupuesto de Defensa dejaba secos otros sectores de la economía». Tras visitar las fábricas de armamento y los complejos de producción agrícola pudo concretar el diagnóstico. «Las factorías de armas producían tanques muy modernos [...], contaban con equipos de última generación —relataría más tarde—. Las fábricas de tractores producían modelos obsoletos en viejas cadenas de montaje». El motivo de la disparidad era obvio: «En planes quinquenales anteriores, el gasto militar había crecido el doble que el PIB. Se había convertido en un Moloch que devoraba todo cuanto se producía con mucho trabajo y esfuerzo». Pero hasta a él le resultaba complicado dar con datos exactos que le permitieran valorar la situación con pleno conocimiento de causa. «Era imposible analizar el problema —explicaría—, lo cual solo servía para empeorar las cosas. Puesto que las cifras del complejo militar-industrial eran secretas, ni los miembros del Politburó teníamos acceso a ellas».[82]

Todavía hoy es difícil precisar esas cifras. Vitali Katayev, que pertenecía al Comité Central del Partido Comunista, quizá llevara un registro más detallado. Según sus cálculos, en 1985, el sector de Defensa soviético acaparaba el 20 por ciento de la actividad económica. Incorporaba nueve ministerios cuyo nombre quizá no reflejara su actividad. Por ejemplo, el encargado de los programas nucleares se llamaba «Ministerio de Construcción de Maquinaria Media». La producción de armas y municiones consumía los esfuerzos de más de cincuenta ciudades y, según William Odom, director de la Agencia de Seguridad Nacional norteamericana, concentraba del 20 al 40 por ciento de los presupuestos generales del Estado.[83]

Para cumplir su objetivo de revitalizar la nación, Gorbachov necesitaba interrumpir la carrera armamentística y recolocar sus recursos en tareas más productivas. Asimismo, tenía que poner fin a la guerra de Afganistán, que desde un principio le había parecido «un error fatídico» y que, una vez en el gobierno, consideraba «una herida abierta».[84] Lograr esas metas transformaría la imagen internacional de la Unión Soviética, muy perjudicada en la década anterior. Serguéi Tarasenko, uno de sus asesores de política exterior, comentó: «Una de las primeras preocupaciones del gobierno de Gorbachov fue modificar esa imagen para que dejaran de ver a la URSS como “el imperio del mal”». El nuevo secretario general del PCUS se aprestó a vencer la oposición de su propio sector de defensa.[85]

La primera de las extraordinarias cartas de Gorbachov a Reagan data del 24 de marzo de 1985. Podría haberla escrito Henry Wallace cuarenta años antes:

> Nuestros países son distintos por sistema social e ideología. Pero, en nuestra opinión, eso no puede ser motivo de animadversión. Todo sistema social tiene derecho a existir y debería demostrar sus ventajas no por la fuerza, no por medios militares, sino por la senda de la competencia pacífica con otros sistemas. Todas las personas tienen derecho a avanzar por el camino que se han trazado sin que nadie les imponga su voluntad desde fuera.

En octubre Gorbachov escribió de nuevo al presidente Reagan y, repitiendo las palabras que en 1963 pronunció Kennedy en la American University, le recordó que, pese a sus diferencias, ambos debían «partir del hecho objetivo de que todos habitamos el mismo planeta y hemos de aprender a convivir».[86]

La gran pregunta era si Gorbachov tendría en el presidente norteamericano un socio en sus esfuerzos por lograr el sueño de un mundo más próspero y pacífico. Reagan no se había desdicho de sus palabras a Richard Allen, su primer consejero de Seguridad Nacional, antes de jurar el cargo de presidente: «Mi idea de la política de Estados Unidos con la Unión Soviética es simple, y algunos dirán que simplista: nosotros ganamos, ellos pierden».[87] Pero la respuesta inicial de Reagan a Gorbachov fue lo bastante positiva como para dejar la puerta abierta al diálogo. Porque Reagan pidió al dirigente soviético que recibiera a una delegación de políticos norteamericanos integrada, entre otros, por Tip O’Neill, presidente del Congreso.

Gorbachov tenía la sensación de que la victoria en la Guerra Fría era lo que en realidad impulsaba la terca devoción de Reagan por la Strategic Defense Initiative, SDI [Iniciativa de Defensa Estratégica], la llamada «Guerra de las Galaxias». El líder soviético sabía que ese sistema serviría de poco a la hora de hacer frente a miles de misiles y razonaba que, por tanto, su verdadero propósito era protegerse ante una respuesta limitada de Moscú tras un ataque masivo inicial de los norteamericanos. Sabía también que la Unión Soviética podía reducir extraordinariamente su eficacia saturándolo con misiles y cabezas nucleares adicionales o confundiéndolo con señuelos. Y el coste de fabricar esos misiles y señuelos era mucho menor que el de idear y concretar nuevas medidas de defensa estratégica. «El programa “Guerra de las Galaxias” —le escribió a Reagan— va, ya hoy, en

detrimento de la estabilidad. Nuestro consejo es que renuncie con urgencia a ese sistema tan desestabilizante y peligroso». En octubre criticó la SDI y el militarismo de Estados Unidos en general en un encuentro de los dirigentes del Pacto de Varsovia: «Planean derrotar al socialismo por medio de la guerra o el chantaje militar. La naturaleza militarista de la SDI es evidente [...]. Su propósito: asegurar la superioridad tecnológica de Estados Unidos de forma duradera. Y no solo sobre la comunidad socialista, sino también sobre sus aliados occidentales».[88]

A pesar de sus importantes diferencias sobre la SDI, los derechos humanos, el aumento del gasto militar y conflictos en el Tercer Mundo, Reagan y Gorbachov mantuvieron una cumbre amistosa en Ginebra en noviembre. Y aunque no conectaron en el ámbito político o ideológico, congeniaron. En las cenas, brindaban calurosamente el uno por el otro. Gorbachov citó un versículo de la Biblia: «Hay un tiempo para tirarse piedras y [...] hay un tiempo para recogerlas». «Es hora de recoger las piedras que nos lanzamos en el pasado». Una noche, Reagan señaló que se cumplía el cuadragésimo tercer aniversario del contraataque soviético contra los alemanes en la decisiva batalla de Stalingrado y dijo que esperaba que aquella cumbre marcara «otro hito decisivo para toda la humanidad», que supusiera un cambio de rumbo que facilitara «un mundo de paz y libertad».[89]

Tras el encuentro, un hilo de esperanza reinaba en ambos bandos. Los dirigentes soviéticos estaban perplejos porque Reagan, testarudo, se seguía aferrando al delirio de la Guerra de las Galaxias y temían que los estuviera engatusando a fin de que cayeran en una complacencia peligrosa. Gorbachov temía personalmente que el presidente norteamericano, que había sido portavoz de General Electric, no actuara ahora más que como portavoz del complejo militar-industrial norteamericano.



Reagan durante una alocución televisada para explicar la Strategic Defense Initiative, SDI. La llamada «Guerra de las Galaxias», absurdo escudo de defensa antimisiles, pudo dar al traste con las negociaciones con el dirigente soviético Mijaíl Gorbachov.

Gorbachov y sus partidarios tenían deseos de una política de desarme, distensión y reforma democrática. Anatoli Chernyaev, uno de los asesores de política exterior en quienes más confiaba el máximo dirigente soviético, insistiría más tarde en que «la política de distensión era sincera. Queríamos la distensión, queríamos la paz, la ansiábamos [...]. Fíjese en Igor Ligachov, el secretario del Comité Central, era un conservador, ¿verdad? Era, si quiere, un reaccionario [...]; pues hasta él se habría plantado delante de Gorbachov para decirle a gritos: “¿Hasta cuándo vamos a permitir que el complejo militar-industrial siga devorando nuestra economía, nuestra agricultura, nuestros bienes de consumo? ¿Hasta cuándo vamos a permitirnos el lujo de mantener a ese ogro? ¿Hasta cuándo vamos a seguir metiéndole en la boca la comida de nuestros hijos?”».[90]

Gorbachov decidió insistir en su «ofensiva de paz». En enero de 1986 escribió a Reagan para proponerle «un programa concreto [...] para la supresión completa de las armas nucleares en el mundo [...] antes de finales de siglo».[91] En el ínterin ofrecía la posibilidad de retirar de Europa todos los misiles balísticos de alcance intermedio soviéticos y norteamericanos, acabar con las

pruebas nucleares, reducir drásticamente las armas estratégicas y modificar el tratado anti misiles balísticos para permitir que Estados Unidos siguiera investigando su SDI pero prohibiera su despliegue los quince años siguientes. El mes de agosto anterior, además, había anunciado una moratoria unilateral de las pruebas atómicas.



Reagan y Gorbachov se estrechan la mano en una sesión plenaria de la cumbre de Ginebra de 1985.

La respuesta, sin embargo, acentuó sus dudas sobre las verdaderas intenciones de Reagan, porque Estados Unidos anunció una nueva serie de pruebas, incrementó su apoyo a los muyahidines afganos y en otros frentes tomó medidas que podían interpretarse como una provocación.

El 26 de abril de 1986, el devastador accidente de un reactor nuclear de la central de Chernóbil, en Ucrania, dio a Gorbachov nuevos bríos para imponer su programa antinuclear. Fue una catástrofe inmensa que dejó unos ocho mil muertos y muchos miles más de afectados. El gobierno intentó rebajar la gravedad del suceso, pero resultó bochornoso, porque la lluvia de partículas radiactivas llegó más allá de Europa Occidental. Más importante fue, tal vez, que el accidente sirvió para que el mundo se diera cuenta del peligro real de guerra nuclear, aunque fuera limitada. El mariscal Serguéi Ajromeyev, jefe del Estado Mayor General, recordaría que después de Chernóbil, «para nuestro pueblo, la amenaza nuclear dejó de ser una abstracción para convertirse en una realidad palpable».[92] El viceministro de Exteriores, Alexander Bessmertnij, reflexionó sobre el hecho de que Chernóbil «equivaliera a algo así como una tercera parte del explosivo nuclear de menor potencia. Y, si Chernóbil había causado tantos daños en media Europa, ¿qué ocurriría si los norteamericanos y nosotros recurríamos a todo nuestro arsenal?». En la reunión del Politburó de julio de 1986, Gorbachov dijo: «La guerra nuclear global no puede ser ya una continuación racional de la política por otros medios, porque pondría fin a todas las formas de vida y, por tanto, a todas las formas de política».[93]

Chernóbil fue una prueba concreta de que la Unión Soviética se venía abajo. En mayo George Shultz sugirió a Reagan una forma de explotar la debilidad de los soviéticos y de imponer un programa de control armamentístico. Le dijo: «Al revés de lo que creen el Departamento de Defensa y la CIA, los soviéticos no son un país omnipotente y omnipresente que gana terreno y amenaza con borrarnos del mapa. Muy al contrario, somos nosotros los que vamos ganando. En realidad, les llevamos muchos kilómetros de ventaja». El secretario de Estado incidió en que los soviéticos solo les llevaban la delantera en un aspecto: misiles balísticos. Por lo tanto, reducir el número de ese tipo de misiles solo podía ser beneficioso para Estados Unidos.[94]

Reagan y Gorbachov se citaron en Islandia en octubre de 1986. El dirigente soviético esgrimió un conjunto de propuestas de desarme tan extraordinariamente ambicioso que cogió a Reagan por sorpresa. En la sesión inaugural, según recordaría el propio Gorbachov, el presidente sufrió para

farfullar una respuesta:

> Reagan reaccionó consultando o leyendo las notas que llevaba escritas en unas fichas. Yo quise discutir con él los puntos que acababa de esbozar, pero no pude. Opté entonces por detalles concretos, pero seguía sin reaccionar. No dejaba de revisar sus notas. Terminó mezclando las fichas y algunas se le cayeron al suelo. Volvió a revisarlas, buscando una respuesta apropiada a mis argumentos. Pero no la encontró. No la tenía. El presidente norteamericano y sus ayudantes se habían preparado para unas conversaciones que no tenían nada que ver con mis propuestas.[95]

Gorbachov ofreció recortar a la mitad las armas estratégicas ofensivas, retirar todos los misiles balísticos soviéticos y norteamericanos de Europa —pero, al mismo tiempo, dejar que Francia y Gran Bretaña conservaran sus arsenales—, congelar el número de misiles de corto alcance, detener las pruebas nucleares, permitir las inspecciones que los norteamericanos habían pedido y limitar las pruebas de la SDI a los laboratorios en los diez años siguientes. Al principio, Reagan no comprendió el alcance de sus propuestas ni que accediera a viejas peticiones de los estadounidenses, y Gorbachov quedó frustrado por su falta de respuesta. En el receso, Reagan volvió a toda prisa a la embajada norteamericana. Paul Nitze señaló que la propuesta soviética era «la mejor» que habían escuchado en veinticinco años.[96]

El debate continuó en la sesión siguiente. Gorbachov presionó a Reagan, insistió en que debía aprovechar tan extraordinaria oportunidad. El estadounidense cedió en algunos puntos, pero se aferró a su idea: quería mantener la SDI. Gorbachov adujo que no podría convencer a su pueblo y a sus aliados de una reducción tan drástica del armamento estratégico si Reagan insistía en anular el tratado de reducción de misiles balísticos. Reagan ofreció compartir la SDI con los soviéticos en algún momento futuro cuando estuviera lista. Más tarde, Jack Matlock, uno de los asesores del presidente, recordaría: «Finalmente, Gorbachov estalló: “Perdóneme, señor presidente —dijo, levantando la voz—, pero no puedo tomarme en serio la idea de compartir la SDI. Usted no quiere compartir con nosotros equipos de extracción de petróleo, ni maquinaria digital, ni siquiera máquinas de ordeño. Compartir con nosotros la SDI daría pie a ¡una segunda revolución americana! Seamos realistas, seamos pragmáticos”».[97]

Los equipos de expertos estuvieron negociando toda la noche, forjando acuerdos válidos para ambas partes. Paul Nitze encabezaba el equipo norteamericano, el mariscal Serguéi Ajromeyev, el soviético. Kenneth Adelman, director asociado de la Agencia de Desarme y Control de Armas, dijo: «Definir los sistemas estratégicos, excluir los bombarderos y fijar límites es un trabajo asombroso para una sola noche. Y esa noche hicimos sin duda más progresos de los que habíamos hecho en miles de horas de centenares de reuniones los cinco años anteriores».[98]

Pero cuando volvieron a reunirse a la mañana siguiente, las negociaciones volvieron a encallar. Según Gorbachov, ambas partes estaban de acuerdo en la reducción de armas estratégicas y de alcance medio, pero no coincidían en la prohibición de las pruebas nucleares ni en el tratado anti misiles balísticos. «Volvamos a casa —dijo el dirigente soviético, decepcionado—. No conseguiremos nada». Pasaron a ocuparse de otros asuntos y, después, Gorbachov hizo un último intento y propuso una reunión para la hora de la comida entre George Shultz y su ministro de Exteriores, Eduard Shevardnadze, por ver si ellos podían resolver las diferencias.[99]

En esa comida, Shevardnadze adujo que, hasta el momento, habían sido los soviéticos quienes habían hecho todas las concesiones y presionó a Shultz para buscar una solución de compromiso sobre la SDI. Shultz dio con una fórmula que le permitía conservar lo ganado sin renunciar a la SDI. Durante la tarde, Gorbachov contraatacó proponiendo la vigencia por diez años del tratado anti misiles balísticos y que ninguna de las dos partes pudiera retirar los suyos ni probar ningún componente de dicho sistema fuera del laboratorio, y defendió la reducción a la mitad de las armas

estratégicas ofensivas en un plazo de cinco años y la supresión de la otra mitad en los cinco años posteriores. Tras discusiones sobre los detalles, Reagan y él se reunieron con sus colaboradores más estrechos. Reagan preguntó a Perle, el miembro más conservador de su equipo, si Estados Unidos podría continuar desarrollando la SDI con las restricciones que pedían los soviéticos. Perle, que temía que un control de armas exhaustivo sirviera para fortalecer la economía y la sociedad soviéticas, contestó: «Señor presidente, no podremos continuar con la investigación en las condiciones que proponen, eso acabaría con la SDI». Reagan pidió entonces opinión a Shultz y Nitze y ambos se mostraron en desacuerdo con Perle e instaron al presidente a aceptar el acuerdo que proponía Gorbachov.[100]

Cuando volvieron a reunirse, Gorbachov se dio cuenta de que Reagan había cambiado de opinión y ya no pedía la eliminación de todas las armas estratégicas, sino solo la de los misiles balísticos ofensivos, de los que los soviéticos estaban mejor equipados. Y puso objeciones. Reagan finalmente se ablandó y preguntó: «¿Tenemos presente [...] que, cuando lleguemos al final de esos dos periodos de cinco años, habremos suprimido todas las armas nucleares, incluidas las bombas, los sistemas operativos de combate, los misiles de crucero, las armas submarinas, los sistemas de alcance intermedio...?». Gorbachov asintió: «Sí, lo tenemos presente. Puede decirse que eliminaremos todas esas armas». Y entonces Shultz añadió: «¡Pues manos a la obra!». Gorbachov dijo que estaba listo para firmar el tratado de eliminación de armas nucleares si Reagan restringía las pruebas de la SDI al laboratorio. En ese momento, Reagan, ateniéndose al consejo de Perle, se plantó e insistió en el derecho de llevar a cabo pruebas en la atmósfera. Habían llegado a un punto muerto. Gorbachov hizo un último intento:

> Si firmamos un paquete de medidas con importantes concesiones de la Unión Soviética en asuntos fundamentales, usted se convertirá, y no exagero lo más mínimo, en un gran presidente. Y está a dos pasos de lograrlo [...]. En caso contrario, despidámonos ahora mismo y olvidemos Reikiavik. Pero no habrá otra oportunidad como esta, de eso estoy completamente seguro.
>
> Antes de venir, estaba convencido de que podríamos llegar a un acuerdo. Si no, no le habría propuesto ninguna reunión; si no, no me habría presentado aquí en nombre del Gobierno soviético con una serie de propuestas sólidas y coherentes. Yo esperaba que ustedes las entendieran y apoyaran, que pudiéramos resolver nuestras diferencias. Si eso ocurre, si conseguimos una reducción importante de las armas nucleares, y su eliminación, nuestros críticos no se atreverán a abrir la boca. Porque, de hacerlo, irían en contra de la abrumadora mayoría de los ciudadanos del mundo, que se alegrarán si lo logramos. Si, en cambio, no somos capaces de llegar a ningún acuerdo, es evidente que otra generación de dirigentes lo hará; porque ni a usted ni a mí nos quedaría tiempo.
>
> El bando norteamericano no ha hecho ninguna concesión de calado, no ha dado un solo paso importante para llegar a un compromiso. Así es difícil hacer negocios.



Gorbachov y Reagan durante la cumbre de Reikiavik. Gorbachov se presentó con una serie de ambiciosas propuestas de desarme que cogieron al presidente norteamericano totalmente por sorpresa.



Reagan y Gorbachov parten de Reikiavik decepcionados. Habían estado a punto de comprometerse a la total supresión de las armas nucleares, pero Reagan se negó a renunciar a la Strategic Defense Initiative, o «Guerra de las Galaxias», y el acuerdo se frustró.

Shevardnadze intervino entonces y, «muy emocionado», comentó que, al leer las actas de aquellas reuniones y comprobar lo cerca que habían estado de la eliminación completa de las armas nucleares, las generaciones futuras no les perdonarían que no hubieran llegado a un acuerdo. Reagan dijo que añadir la palabra «laboratorio» le causaría muchas complicaciones en Estados Unidos. Gorbachov le respondió que si él permitía que Estados Unidos llevara la carrera armamentística al espacio con el despliegue de la SDI en diez años, le tacharían de estúpido, loco e irresponsable. El uno le pidió al otro que cediera. Y ninguno lo hizo.[101]

Y concluyó la cumbre. Estados Unidos y la Unión Soviética habían estado a un paso —a una palabra— de suprimir todas las armas nucleares. Pero su espectro seguiría pendiendo sobre el mundo. A instancias del archineoconservador Perle, Reagan sacrificó las esperanzas de la humanidad por una ilusión, por la fantasía de la Guerra de las Galaxias, por, como escribió Richard Rhodes, «la engañosa preocupación de testar fuera del “laboratorio” un sistema de defensa que en 1986 ni siquiera había llegado esa fase».[102]

Reagan y Gorbachov salieron de la sede de la cumbre. Gorbachov describió la escena así:

> Atardecía ya. Estábamos todos algo alicaídos. Reagan me lanzó un reproche.
>
> —¡Tenía usted pensado desde un principio llegar a este punto, llevarme a esta encrucijada!
>
> —No, señor presidente —dije yo—. Estoy dispuesto a volver ahí dentro ahora mismo y firmar un documento con los puntos en que estamos de acuerdo si usted renuncia a militarizar el espacio.
>
> —Lo lamento muchísimo —me respondió.[103]

En público, Gorbachov se mostró optimista, subrayó los progresos de ambos bandos. «Hemos mirado por primera vez más allá del horizonte», declaró. En privado, sin embargo, expresaba su profunda decepción ante la terquedad de Estados Unidos. En el Politburó explicó que se había enfrentado no solo al «enemigo de clase» —los capitalistas Estados Unidos—, sino al presidente Reagan, «que hace gala de un primitivismo extremo, que parece un hombre de las cavernas, que demuestra impotencia intelectual». Pero este, pese a todo, no era el mayor obstáculo. El problema principal, afirmó, era táctico: Estados Unidos no había sabido calcular «las dificultades internas» de la URSS y, por tanto, había dado por supuesto que él estaba prácticamente desesperado por llegar a un acuerdo, incluso en las condiciones dictadas por Washington. Y luego estaba el problema estratégico: Estados Unidos creía que podía «agotar a la Unión Soviética con la carrera armamentística, ponerle obstáculos a él y al Gobierno soviético en su conjunto, estropear sus planes para resolver las complicaciones sociales y económicas del país y, en consecuencia, provocar el descontento». El Gobierno norteamericano, dijo, esperaba así lograr la ruptura de relaciones entre

Moscú y las naciones del Tercer Mundo y, «con la ayuda de la SDI [...], lograr la superioridad militar». En sus conclusiones, Gorbachov confesó que las negociaciones le habían dejado un poso de amargura: «Los representantes del Gobierno norteamericano son personas sin conciencia, sin moral. Actúan guiados por la presión, el engaño o un codicioso mercantilismo».[104]

Ambas partes, sin embargo, tenían la esperanza de reanudar las conversaciones. Antes de eso, la administración Reagan-Bush fue víctima del escándalo y se tambaleó. El 5 de octubre de 1986, los sandinistas derribaron un avión con suministros para la contra nicaragüense tripulado por tres norteamericanos. El único superviviente admitió que trabajaba para la CIA. Poco a poco se fueron filtrando más datos. El Comité de Inteligencia del Senado y la Comisión Tower iban levantando el velo de un gobierno hundido hasta el cuello en la violación de la ley y la corrupción y que había incurrido en torpezas y subterfugios con varios asuntos: los rehenes del Líbano, la venta de armas a Irán, las infructuosas iniciativas por impedir la tortura y posterior asesinato del jefe de la delegación de la CIA en Beirut, los intentos fallidos por cultivar lazos con los inexistentes «políticos moderados» de Teherán y el apoyo a Irak en su guerra contra Irán, y, además, había colaborado con toda una colección de indeseables entre quienes se encontraba Manuel Noriega, hombre fuerte de Panamá, siempre en su afán por entregar material bélico a la contra nicaragüense en lo que constituía una flagrante violación de la Enmienda de Boland, de 1982, que prohibía las ayudas económicas a toda iniciativa por echar del gobierno a los sandinistas.



Reagan con el teniente coronel Oliver North y Adolfo Calero, líder de la contra nicaragüense, en el despacho de Robert McFarlane, consejero de Seguridad Nacional. McFarlane y North, marine patriotero y psicológicamente inestable con delirios de grandeza y tendencia a la exageración, fueron los actores principales en la conjura ilegal del gobierno para vender armas a Irán a fin de financiar a la contra.

Los principales actores del caso, aparte de Reagan y Bush, fueron William Casey, director de la CIA, Robert McFarlane, consejero de Seguridad Nacional, y el teniente coronel Oliver North, veterano condecorado en Vietnam que al parecer sufrió una crisis nerviosa al volver de la guerra por la que tuvo que pasar veintidós días en el Hospital Naval de Bethesda. North, asignado al Consejo de Seguridad Nacional en 1981, era un marine patriotero, un tanto megalómano y con gusto por la hipérbole que, tras regresar de Vietnam, se convirtió en fundamentalista cristiano. Fue él quien dirigió toda la operación y organizó una red formada por agentes de la CIA, activistas, traficantes de armas y los peculiares individuos de derechas que la financiaron.

La CIA intentó burlar el veto del Congreso a ese tipo de acciones, pero fue torpe y no supo ocultar las huellas de su intervención. Cometió el error de recuperar a veteranos de las Fuerzas Especiales retirados que habían prestado servicio en Vietnam. En un episodio bochornoso, estos convencieron a la agencia de que tradujera al español un viejo cómic para campesinos vietnamitas con instrucciones para hacerse con el control de su aldea asesinando al alcalde, al jefe de policía y a la milicia, y la agencia distribuyó este «manual del soldado de la libertad» entre los contras. Alguno de esos

«manuales» acabó en manos de personas que se oponían a las guerras de Estados Unidos en Centroamérica y lo hicieron público.[105] Los norteamericanos se enteraron también de que la CIA había minado los puertos de Nicaragua, lo que provocó que Barry Goldwater, icono de la política conservadora, amonestara a William Casey: «Estoy cabreado —escribió—. Es una violación de la legalidad internacional. Es un acto de guerra».[106]

El Congreso reaccionó en octubre de 1984 reforzando las disposiciones de la Enmienda de Boland e interrumpiendo la ayuda a los contras. Para atarle las manos a Casey, la cámara prohibió expresamente que los servicios de inteligencia solicitasen fondos a «cualquier nación, grupo, organización, movimiento o individuo». James Baker, jefe del Estado Mayor, temía pese a todo que «los locos» del gobierno pidieran fondos a otros países, que fue precisamente lo que hicieron Casey, McFarlane y North. Arabia Saudí fue la que más dinero aportó, pero otras naciones, como Sudáfrica, Israel y Taiwán, colaboraron con varios millones de dólares. Shultz advirtió a Reagan de que insistir en las ayudas constituiría motivo más que suficiente para pedir su destitución, pero Casey, Bush y Reagan hicieron caso omiso.[107]

Reagan pidió a sus colaboradores que hicieran todo lo que pudieran. A Robert McFarlane, consejero de Seguridad Nacional, le dijo: «Quiero que hagas lo que tengas que hacer para ayudar a esa gente a seguir adelante».[108] McFarlane no tardó en encontrar la manera de cumplir los deseos del presidente. En el verano de 1985 se entrevistó con David Kimche, director general del Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, y este le dijo que estaba cooperando con «moderados» iraníes dispuestos a hacerse con el poder cuando el anciano ayatolá Jomeini pasara a mejor vida. Kimche le sugirió que, a cambio de armas, los iraníes podían contribuir a la liberación de los rehenes norteamericanos retenidos en el Líbano por Hezbolá, grupo chií proiraní. Entre esos rehenes se encontraba William Francis Buckley, jefe de la delegación de la CIA en Beirut. Pero, sin que Washington tuviera conocimiento de ello, Buckley había sido torturado y había muerto en junio. A mediados de 1985, Reagan, que en público se oponía a negociar con los secuestradores, autorizó a Israel la entrega a Irán de proyectiles antitanque TOW. A partir de entonces y durante catorce meses, Israel siguió siendo el intermediario que los norteamericanos utilizaron para vender armas a Irán. En ese tiempo, Irán puso en libertad a algunos rehenes norteamericanos, pero atrapó a otros, de modo que el número total de rehenes apenas varió. Israel, por lo demás, también envió en secreto armas de fabricación propia al régimen del ayatolá.[109]

La idea de tratar con los «moderados» de Irán iba ganando apoyos entre altos cargos de la administración, que empezaban a pensar en cómo quedaría ese país a la muerte de Jomeini. En junio de 1985, la CIA elaboró un informe titulado «Irán: perspectivas de inestabilidad al término de la legislatura», que sugería que Irán no era un país estable y Jomeini podía tener los días contados. El Consejo de Seguridad Nacional hizo suyo este punto de vista y elaboró una directiva de seguridad que sugería que los «moderados» de Irán quizá se inclinasen a favor de Estados Unidos. Caspar Weinberger, secretario de Defensa, escribió en su copia de ese informe: «Demasiado absurdo, no merece comentarios. Se basa en la presunción de que en Irán va a producirse un cambio importante y de que podremos ocuparnos de ello de un modo racional. Es como invitar a Gadafi a una merienda para confraternizar».[110]

Los iraníes pidieron, y los norteamericanos se los enviaron, cohetes antiaéreos HAWK y otras armas. En 1986 solicitaron y recibieron ayuda de los servicios de inteligencia en su enfrentamiento directo con el Ejército iraquí. Y pagaron un precio desorbitado por ella.

A rebosar de dinero gracias a la venta de armas a Irán y a los fondos saudíes, la CIA incrementó el apoyo militar a la contra nicaragüense, en la que los anticastristas cubanos Félix Rodríguez y Luis Posada Carriles desempeñaban un papel muy relevante. Rodríguez era asociado de Donald Cregg, exagente de la CIA y asesor del vicepresidente Bush sobre asuntos de seguridad nacional. En

Venezuela Posada había evitado la cárcel por su participación en el asesinato de setenta y tres personas en el bombardeo de un avión de pasajeros cubano en 1976. El Congreso norteamericano autorizó también cien millones de dólares para operaciones en Centroamérica tras la revocación, a instancias de Dick Cheney, de la Enmienda de Boland.

El 5 de octubre, toda la operación empezó a derrumbarse. Ese día, un joven soldado nicaragüense abatió un avión de carga C-123 que llevaba armas a la contra y el exmarine Eugene Hasenfus, único superviviente, confesó a sus captores sandinistas que trabajaba para la CIA. El 4 de noviembre, día de las elecciones presidenciales en Estados Unidos, el presidente del Parlamento iraní, Alí Akbar Hashemi Rafsanjani, reveló en público los tratos de su gobierno con Washington. Al día siguiente, Bush consignó en su diario: «Hemos llevado la operación con mucho, mucho sigilo, así que espero que no haya filtraciones».[111]

Pero era demasiado tarde. Los detalles del turbio e intrincado dispositivo salpicaron todos los periódicos y cadenas de televisión de Estados Unidos. La Casa Blanca, entretanto, negaba inútilmente los hechos. El 13 de noviembre, Reagan admitió lo sucedido, al menos en parte: «[Se han] trasladado pequeñas cantidades de armas defensivas», pero «no, repito, no hemos intercambiado armas, ni ninguna otra cosa, por rehenes, ni lo haremos».

Las mentiras continuaron cuando Casey y el contraalmirante John Poindexter testificaron en el Congreso. Varios implicados, como Poindexter, Oliver North y el general Richard Secord, se deshicieron de miles de páginas de documentos incriminatorios. El 25 de noviembre, Reagan ofreció lo que el historiador Sean Wilentz llamó «la peor interpretación de su presidencia cuando no de su carrera» al leer ante la prensa una breve declaración que decía que, basándose en las conclusiones preliminares del fiscal general Edwin Meese, no le «habían informado plenamente de la naturaleza de una de las actividades realizadas en relación con esa iniciativa». Anunció el cese de John Poindexter como Consejero de Seguridad Nacional y el relevo de Oliver North y añadió: «Como ya he declarado, creo que nuestros objetivos políticos con respecto a Irán estaban bien fundamentados. Sin embargo, la información que ayer me transmitieron me ha convencido de que, en cierto aspecto, la implementación de esa política adolecía de fallos fundamentales». Tras la lectura, dejó solo a Meese y se marchó con los periodistas haciendo preguntas a voz en grito.[112] Una semana después, Gallup publicó que el índice de aprobación de la gestión de Reagan había bajado veintiún puntos solo en un mes hasta quedar en un 46 por ciento.

Y empezaron las investigaciones. En todas aparecía Reagan directamente, pero siempre dando la impresión de que apenas había intervenido, de que tenía menos conocimiento de lo que sucedía que sus subordinados. El pertinente comité del Congreso concluyó: «Es posible que el presidente no supiera lo que sus asesores de Seguridad Nacional tenían entre manos, pero debería haberlo sabido». Lawrence Walsh, consejero independiente, declaró: «El presidente Reagan creó las condiciones que facilitaron esos delitos al desviarse en secreto de su política declarada con Irán y los rehenes y por la determinación con que quiso apoyar a la contra nicaragüense a pesar de la legislación que prohibía hacerlo».[113]

Entre los condenados por delinquir estaba *Bud* McFarlane, consejero de Seguridad Nacional, que había intentado suicidarse; su sucesor, el contraalmirante John Poindexter; el teniente coronel Oliver North, cerebro gris de toda la operación; y el subsecretario de Estado Elliott Abrams. Caspar Weinberger, el secretario de Defensa, fue imputado, pero resultó absuelto, y William Casey, el director de la CIA, murió de un tumor cerebral al día siguiente del comienzo de las sesiones de investigación del Congreso. Aunque había desempeñado una función relevante en la operación, el vicepresidente George H. W. Bush no fue inculpado. Robert Gates, subdirector de la CIA, se libró por poco del proceso, aunque su manipulación y politización de los servicios de inteligencia había allanado el camino a las desastrosas políticas de Reagan.[114] Más tarde, McFarlane lamentó no

haber tenido «redaños» para advertir a Reagan. «A decir verdad, lo más probable es que no lo hiciera porque, de haberlo hecho, Bill Casey, Jeane Kirkpatrick y Cap Weinberger habrían dicho que yo era una especie de *commie*».[115]

Tan sórdido asunto frustró las esperanzas de reanudar las conversaciones de desarme. Gorbachov decidió salvar lo que pudo del naufragio desvinculando la retirada de misiles balísticos de alcance intermedio de otras medidas a largo plazo. Visitó Washington en diciembre de 1987 y firmó el Intermediate-Range Nuclear Forces Treaty, INF [Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio], el mayor hito en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. «Fue el primer pacto de la historia para destruir de mutuo acuerdo todo un tipo de armas nucleares», diría luego el dirigente soviético.[116]

Entretanto, los soviéticos empezaron a retirarse de Afganistán. Reagan y Casey transformaron la tentativa de apoyar a los insurgentes afganos de Carter en la mayor operación encubierta de la CIA hasta ese momento, con una inversión superior a tres mil millones de dólares. La agencia canalizaba la ayuda a través del presidente paquistaní Zia-ul-Haq, que enviaba los dólares y las armas a la extremista facción islámica de Gulbudin Hekmatiar, hombre de crueldad legendaria. Según James Forrest, director de estudios terroristas de la academia de West Point, Hekmatiar «era conocido [...] por recorrer los bazares de Kabul con viales de ácido que arrojaba a la cara a todas las mujeres que osaban salir a la calle sin burka».[117] También despellejaba vivos a sus prisioneros.[118] Stephen Cohen, alto funcionario del Departamento de Estado, admitió: «Apoyábamos a los muyahidines más fanáticos y repugnantes».[119] Howard Hart, jefe de la delegación de la CIA en Islamabad, recordaría: «Fui el primer jefe de delegación de la agencia al que mandaron al extranjero con la orden: “¡Mate soldados soviéticos!”. Imagine lo encantado que estaba».[120] La CIA suministró a los muyahidines entre dos mil y dos mil quinientos misiles Stinger. WikiLeaks revelaría treinta años después que algunos se usaron para derribar helicópteros de la OTAN.

Desde sus primeros días en el cargo, Gorbachov dejó claro que quería retirar a las tropas de Afganistán y que pediría para ello la colaboración de Estados Unidos. Le aseguró a Reagan que «no tenía la menor intención de aprovechar Afganistán para tener acceso a ningún puerto en aguas cálidas, ni para ampliar su influencia en el Golfo Pérsico, ni para comprometer los intereses norteamericanos en modo alguno».[121]



Un soldado afgano enseña a otros a utilizar un lanzacohetes tierra-aire portátil. Ronald Reagan y William Casey, director de la CIA, transformaron el pequeño apoyo del gobierno de Jimmy Carter a los muyahidines en la mayor operación encubierta de la CIA hasta ese momento, con una inversión superior a tres mil millones de dólares.

Estados Unidos colaboró con saudíes y paquistaníes para mantener ocupado al Ejército soviético el mayor tiempo posible e hizo cuanto pudo para malograr los esfuerzos de la ONU por conseguir un acuerdo de paz. Para ello envió enormes cantidades de armas y dinero a los insurgentes, que, además, obtenían inmensos beneficios del comercio de opio, de pronto muy floreciente. Chinos, británicos y

egipcios contribuyeron también con millones de dólares en armamento. La CIA entregaba armas y dinero a la inteligencia paquistaní. Los paquistaníes, tras quedarse con una parte, enviaban el resto a los rebeldes afganos de Peshawar, que también apartaban algunas armas antes de mandar al frente el resto. Muchas de esas armas se utilizarían años después contra Estados Unidos.[122]

A causa de la guerra, aproximadamente cinco millones de afganos —un tercio de la población— huyeron a Irán y Pakistán. En febrero de 1988, Gorbachov anunció que retiraba sus tropas. Los Acuerdos de Ginebra, firmados por Estados Unidos, la Unión Soviética, Afganistán y Pakistán, pusieron fin a los combates. Solo los soviéticos respetaron sus compromisos. Zia-ul-Haq prometió a Reagan que los suministros de Pakistán a los rebeldes afganos continuarían. «Hemos mentido al respecto, simplemente —diría—. Llevamos ocho años haciéndolo [...]. Los musulmanes podemos mentir por una buena causa».[123]

Más de un millón de afganos murieron en la guerra. La dictadura paquistaní supo aprovechar el conflicto y Pakistán se convirtió en el tercer receptor mundial de ayuda norteamericana. Y entretanto, mientras desarrollaba la bomba atómica, Estados Unidos miraba para otro lado.

Decenas de miles de árabes acudieron a Pakistán para unirse a la yihad, como hicieron un rico saudí llamado Osama bin Laden y el médico egipcio Aymán al Zawahiri. Ellos y miles de futuros terroristas islámicos recibieron instrucción militar en campamentos de Pakistán donde aprendieron habilidades tan estimables como el asesinato y la detonación de coches bomba. Miles de personas llegaron también a las madrasas paquistaníes, donde eran adoctrinadas en el radicalismo islámico y reclutadas para la yihad. Esas madrasas habían surgido de los setenta y cinco mil millones de dólares que el gobierno saudí gastó en la década de 1980 para difundir el extremismo wahabí. William Casey hizo caso omiso en repetidas ocasiones a quienes le advertían de que el fanatismo religioso a cuya prosperidad él contribuía acabaría por revolverse contra los intereses norteamericanos e insistió en su idea de que la unión antinatural entre cristianismo e islam perduraría y serviría para mantener a los soviéticos fuera de la región. De hecho, a mediados de los ochenta, Casey facilitó incursiones de muyahidines más allá de la frontera de la Unión Soviética con la esperanza de incitar la sublevación de los musulmanes soviéticos.[124]

Tras retirarse de Afganistán, los soviéticos tantearon a Washington por ver su voluntad de frenar a los islamistas de Afganistán, pero Washington no parecía en absoluto inquieto por el crecimiento del fundamentalismo. Los fundamentalistas, que se habían hecho con el control de Afganistán, colaboraban estrechamente con el servicio de inteligencia paquistaní. Tras lograr sus objetivos, Estados Unidos siguió proporcionándoles ayuda encubierta y lavándose las manos. Charles Freeman, exembajador norteamericano en Arabia Saudí, lo lamentó: «Empezamos guerras sin saber cómo las vamos a terminar. Afganistán se encaminaba a una guerra civil y a nosotros, simplemente, nos daba igual». Y dijo que, junto con Robert Oakley, embajador en Pakistán, había hablado con diversos altos cargos de la CIA, desde los directores Robert Gates y William Webster para abajo, para que sopesaran la posibilidad de poner fin a la intervención norteamericana, saudí y paquistaní, pero que esas personas básicamente razonaban así: «¿Por qué motivo íbamos a presentarnos en aquellas tierras para dialogar con personas que tienen la costumbre de llevar un pañuelo en la cabeza?».[125] Según Cheryl Beard, experta de RAND cuyo marido, Salamy Jalilzad, fue embajador de Estados Unidos en Afganistán:

> Fue una elección deliberada. Al principio todo el mundo creía que no había forma de derrotar a los soviéticos, luego pensamos que teníamos que lanzar contra ellos a los peores locos que pudiéramos encontrar, a pesar de los daños colaterales. Sabíamos perfectamente quiénes eran esa gente y cómo eran sus organizaciones y no nos importó. Luego permitimos que se libraran de los dirigentes más moderados, que acabaran con ellos. Hoy no quedan líderes moderados en Afganistán porque dejamos que esos locos los mataran a todos. Mataron a la gente de izquierdas, a los moderados, a los centristas. Los eliminaban, simplemente; en los ochenta y después.[126]

Cuando Reagan abandonó la presidencia era un hombre aturdido que aseguraba no tener conocimiento pleno de cosas que ocurrían delante de sus narices, pero muchos lo aclamaban como a alguien que había restaurado la fe de Estados Unidos en sí mismo tras las fallidas presidencias de Johnson, Nixon, Ford y Carter. Ya antes de su segunda legislatura, los conservadores aseguraban que era uno de los más grandes presidentes de la historia. En 1984 un documento electoral interno de los republicanos decía: «Describe a Reagan como la personificación de todo lo heroico de América. Que cualquier ataque que pueda lanzarle Mondale equivalga a un ataque a la imagen idealizada de América».[127]

Pero ¿cuál fue su legado en realidad? Ronald Reagan fue uno de los presidentes peor informados y menos trabajadores de la historia de Estados Unidos. Facilitó el resurgimiento de la derecha y de un anticomunismo de línea dura que sirvió para militarizar la política exterior y reavivó la Guerra Fría. Prestó un flaco favor a la democracia al apoyar y armar dictaduras represivas. Convirtió conflictos locales y regionales en Oriente Próximo y Latinoamérica en campos de batalla de la Guerra Fría y permitió que en ese segundo territorio se desatara una oleada de terror que suprimió los movimientos populares. Destinó al ejército ingentes sumas de dinero al tiempo que recortó los programas sociales para los más pobres. Redujo drásticamente los impuestos a los más ricos y triplicó la deuda, a raíz de lo cual Estados Unidos pasó de ser el primer acreedor mundial en 1981 a ser el mayor deudor en 1985. En octubre de 1987 fue testigo de la peor caída del mercado de valores desde la Gran Depresión. Por no querer renunciar a una fantasía infantil, dejó que se le escurriera entre los dedos la oportunidad de librar al mundo de las armas nucleares y, en cuanto a su muy cacareado papel en el final de la Guerra Fría, la mayor parte del mérito, como vamos a ver en el capítulo siguiente, debería corresponderle a su homólogo soviético: Mijaíl Gorbachov.

[1] Anatoli Dobrinin, *In Confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents (1962-1986)*, Times Books, Nueva York, 1995, p. 530.

[2] Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Hill and Wang, Nueva York, 2007, p. 349; Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2007, p. 388.

[3] Bob Schieffer y Gary Paul Gates, *The Acting President*, E. P. Dutton, Nueva York, 1989, p. 91.

[4] Lou Cannon, «Latin Trip an Eye-Opener for Reagan», *The Washington Post*, 6 de diciembre de 1982.

[5] William E. Pemberton, *Exit with Honor: The Life and Presidency of Ronald Reagan*, M. E. Sharpe, Armonk (Nueva York), 1997, p. 150.

[6] Schieffer y Gates, *The Acting President*, p. 175.

[7] Ronald Reagan, *An American Life*, Simon & Schuster, Nueva York, 1990, p. 588. [*Una vida americana*, trad. de Mª Teresa Montaner, Plaza y Janés, Barcelona, 1991].

[8] Joanne Omang, «President, Nazi Hunter Discuss the Holocaust», *The Washington Post*, 17 de febrero de 1984; Lou Cannon, «Dramatic Account About Film of Nazi Death Camps Questioned», *The Washington Post*, 5 de marzo de 1984.

[9] Mike Royko, «What Prez Says Ain't Necessarily So», *The Chicago Tribune*, 6 de abril de 1984.

[10] James M. Perry, « [. .]. While Candidate Stays True to Form by Spreading the Word, and the Words», *The Wall Street Journal*, 15 de enero de 1988; Carl P. Leubsdorf, «Cornerstone of Reagan Election Appeal Is Promised Return to "Good Old Days"», *The Baltimore Sun*, 30 de abril de 1980.

[11] Larry Speakes, *Speaking Out: The Reagan Presidency from Inside the White House*, Scribner, Nueva York, 1988, p. 136.

[12] Lou Cannon, *President Reagan: The Role of a Lifetime*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991, pp. 156-157.

[13] «Wrong Turn on Human Rights», *The New York Times*, 6 de febrero de 1981; John M. Goshko, «Ultraconservative May Get Human Rights Post at State», *The Washington Post*, 5 de febrero de 1981; Jack Anderson, «U.S. Human Rights Post Goes to a Foe», *The Washington Post*, 28 de febrero de 1981; «The Case Against Mr. Lafever», *The New York Times*, 2 de marzo de 1981.

[14] Pemberton, *Exit with Honor*, p. 151.

[15] Cannon, *President Reagan*, p. 241.

[16] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996, pp. 191, 199.

[17] Melvin Goodman, *Failure of Intelligence: The Decline and Fall of the CIA*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2008, p. 303.

[18] Robert Parry, *Secrecy & Privilege: Rise of the Bush Dynasty from Watergate to Iraq*, Media Consortium, Arlington (Virginia), 2004, pp. 192-193.

[19] Colman McCarthy, «They Are Less than Freedom Fighters», *The Washington Post*, 2 de marzo de 1985.

[20] George Skelton, «Reagan Pledges to Back Guatemala», *Los Angeles Times*, 5 de diciembre de 1982; Greg Grandin, *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of the New Imperialism*, Holt Paperbacks, Nueva York, 2006, p. 101.

[21] Mary McGrory, «Learning Diplomacy from Movies», *The Chicago Tribune*, 9 de diciembre de 1982.

[22] Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*, W. W. Norton, Nueva York, 1993, p. 322.

[23] Skelton, «Reagan Pledges to Back Guatemala»; Lou Cannon, «Reagan Praises Guatemalan Military Leader», *The Washington Post*, 5 de diciembre de 1982.

[24] Steven R. Weisman, «Reagan Criticized by Colombia Chief on Visit to Bogota», *The New York Times*, 4 de diciembre de 1982; Anthony Lewis, «Howdy, Genghis», *The New York Times*, 6 de diciembre de 1982.

[25] Lou Cannon, «"Unseemly Pressure" from Nofziger Reported to Annoy Reagan», *The Washington Post*, 6 de diciembre de 1982.

[26] Lewis, «Howdy, Genghis».

[27] Frank P. L. Somerville, «Guatemala Atrocities Reported by a Jesuit», *The Baltimore Sun*, 8 de diciembre de 1982.

[28] Eric Alterman, *When Presidents Lie: A History of Official Deception and Its Consequences*, Penguin Books, Nueva York, 2004, p. 246.

[29] «Secret Guatemala's Disappeared», Department of State, 1986, Kate Doyle y Jesse Franzblau, «Historical Archives Lead to Arrest of Police Officers in Guatemalan.

Disappearance», 17 de marzo de 2009, National Security Archive Electronic Briefing Book nº 273, *http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB273/ index.htm*.

[30] Gates, *From the Shadows*, p. 213.

[31] George P. Shultz, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, Scribner, Nueva York, 1993, p. 864.

[32] Ronald Reagan, «Remarks to an Outreach Working Group on United States Policy in Central America», 18 de julio de 1984, *www.reagan.utexas.edu/archives/ speeches/1984/71884d.htm*.

[33] Grandin, *Empire's Workshop*, p. 115, nota 75.

[34] Harry E. Bergold, Jr., to United States, «Ex-FDN Mondragon Tells His Story», 8 de mayo de 1985, Department of State, *http://gateway.proquest.com/ openurl?url_ver=Z39.88-2004&res_d at=xri:dnsa&rft_dat=xri:dnsa:article:CNI02471*.

[35] Robert S. Leiken y Barry Ruin (ed.), *The Central American Crisis Reader*, Summit Books, Nueva York, 1987, pp. 562–563.

[36] Walter LaFeber, «Salvador», en *Oliver Stone's USA: Film, History, and Controversy*, Robert Brent Toplin (ed.), University Press of Kansas, Lawrence, 2000, p. 101.

[37] «Research Group Calls Salvador, Guatemala Worst Rights Violators», *The Baltimore Sun*, 30 de diciembre de 1982.

[38] Sean Wilentz, *The Age of Reagan: A History, 1974-2008*, HarperCollins, Nueva York, 2008, p. 156.

[39] John M. Goshko, «Catholic Aid to Marxists Puzzles Bush», *The Washington Post*, 3 de marzo de 1983.

[40] Ronald Reagan, «Peace: Restoring the Margin of Safety»; discurso pronunciado en la Veterans of Foreign Wars Convention, Chicago (Illinois), 18 de agosto de 1980, *www.reagan.utexas.edu/archives/reference/8.18.80.html*.

[41] Stephen Kinzer, *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*, Times Books, Nueva York, 2006, p. 227.

[42] Dick Cheney, «What Bonker Missed», *The Washington Post*, 14 de noviembre de 1983.

[43] Ronald V. Dellums, «And Then I Said. . .», *The Washington Post*, 15 de noviembre de 1983.

[44] Richard Bernstein, «U.N. Assembly Adopts Measure "Deeply Deploring" Invasion of Isle», *The New York Times*, 3 de noviembre de 1983.

[45] «Grenada Act a "Liberation", Not Invasion, Reagan Insists», *Los Angeles Times*, 3 de noviembre de 1983.

[46] Ronald Reagan, «Address to the Nation on Events in Lebanon and Grenada», 27 de octubre de 1983, *www.reagan.utexas.edu/archives/speeches/1983/102783b.htm*.

[47] Robert Timberg, «"Days of Weakness Over", Reagan Tells War Heroes», *The Baltimore Sun*, 13 de diciembre de 1983.

[48] Marilyn B. Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, HarperPerennial, Nueva York, 1991, p. 316.

[49] Bob Woodward, «CIA Told to Do "Whatever Necessary" to Kill Bin Laden», *The Washington Post*, 21 de octubre de 2001.

[50] Martin F. Nolan, «American Defense: Spending», *The New York Times*, 28 de junio de 1981.

[51] Michael Kramer, «When Reagan Spoke from the Heart», *The New York Times*, 21 de julio de 1980, p. 18.

[52] Wilentz, *The Age of Reagan*, p. 274.

[53] Pemberton, *Exit with Honor*, p. 140.

[54] Anthony Lewis, «Abroad and at Home: Nuclear News in Moscow», *The New York Times*, 4 de junio de 1981.

[55] Colin S. Gray y Keith Payne, «Victory Is Possible», *Foreign Policy*, verano de 1980, pp. 18, 21, 25.

[56] Richard Halloran, «Special U.S. Force for Persian Gulf Is Growing Swiftly», *The New York Times*, 25 de octubre de 1982.

[57] Joyce Battle (ed.), «Shaking Hands with Saddam Hussein: The U.S. Tilts Toward Iraq, 1980-1984», National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/ NSAEBB/NSAEBB82/*.

[58] Declaration of Howard Teicher before the United States District Court, Southern District of Florida, 31 de enero de 1995, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB82/iraq61.pdf*.

[59] Jonathan B. Tucker, *War of Nerves: Chemical Warfare from World War I to Al-Qaeda*, Pantheon, Nueva York, 2006, p. 256.

[60] «Excerpts from President's Speech to National Association of Evangelicals», *The New York Times*, 9 de marzo de 1983.

[61] Robert Jay Lifton y Eric Markusen, *The Genocidal Mentality: Nazi Holocaust and Nuclear Threat*, Basic Books, Nueva York, 1990, p. 272.

[62] Cannon, *President Reagan*, p. 290.

[63] Robert Timberg, «Reagan Condemns "Massacre" by Soviets, Spells Out Sanctions», *The Baltimore Sun*, 6 de septiembre de 1983.

[64] David E. Hoffman, *The Dead Hand: The Untold Story of the Cold War Arms Race and Its Dangerous Legacy*, Doubleday, Nueva York, 2009, p. 86.

[65] Ronald Reagan, *The Reagan Diaries*, Douglas Brinkley (ed.), HarperCollins, Nueva York, 2007, p. 186.

[66] Edmund Morris, *Dutch: A Memoir of Ronald Reagan*, Random House, Nueva York, 1999, pp, 498-499.

[67] Reagan, *The Reagan Diaries*, p. 199.
[68] Reagan, *An American Life*, p. 588; Hoffman, *The Dead Hand*, p. 96.
[69] Reagan, *An American Life*, p. 586; Hoffman, *The Dead Hand*, p. 92.
[70] Hoffman, *The Dead Hand*, pp. 152-153.
[71]*Ibid.*, pp. 153-154.
[72] Reagan, *An American Life*, p. 550.
[73] «Reagan in Radio Test, Jokes About Bombing Russia», *The Baltimore Sun*, 13 de agosto de 1984.
[74] Fay S. Joyce, «Mondale Chides Reagan on Soviet-Bombing Joke», *The New York Times*, 14 de agosto de 1984.
[75] «President's Joke About Bombing Leaves Press in Europe Unamused», *The New York Times*, 14 de agosto de 1984; «European Reaction Is Uniformly Grim», *The Baltimore Sun*, 14 de agosto de 1984.
[76] Dusko Doder, «Moscow Calls Reagan's Quip "Self-Revealing"», *The Washington Post*, 15 de agosto de 1984; «Soviets Hit "Hostility" of Reagan Joke», *Los Angeles Times*, 15 de agosto de 1984.
[77] John B. Oakes, «Mr. Reagan Bombs», *The New York Times*, 18 de agosto de 1984.
[78] Jerome B. Wiesner, «Should a Jokester Control Our Fate?», *Los Angeles Times*, 30 de agosto de 1984.
[79] Robert Scheer, «White House Successfully Limits News», *Los Angeles Times*, 20 de agosto de 1984.
[80] «Transcript of President's Address on Nuclear Strategy Toward Soviet Union», *The New York Times*, 23 de noviembre de 1982.
[81] Gerard J. DeGroot, *The Bomb: A Life*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2005, pp. 308-309.
[82] Hoffman, *The Dead Hand*, pp. 207-208.
[83] Richard Rhodes, *Arsenals of Folly: The Making of the Nuclear Arms Race*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2007, p. 205.
[84] Wilentz, *The Age of Reagan*, p. 247.
[85] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 377.
[86]*Ibid.*, p. 380.
[87] Wilentz, *The Age of Reagan*, p. 151.
[88] Vladislav M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007, p. 284 [*Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la Guerra Fría*, trad. de Teófilo de Lozoya, Crítica, Barcelona, 2008]; Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 380.
[89] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 385.
[90] Rhodes, *Arsenals of Folly*, p. 129.
[91]*Ibid.*, p. 4.
[92] Zubok, *A Failed Empire*, p. 288.
[93] Rhodes, *Arsenals of Folly*, p. 26.
[94] Shultz, *Turmoil and Triumph*, pp. 716-717.
[95] Rhodes, *Arsenals of Folly*, p. 242.
[96]*Ibid.*, p. 248.
[97] Jack F. Matlock, *Reagan and Gorbachev: How the Cold War Ended*, Random House, Nueva York, 2004, p. 222.
[98] Kenneth L. Adelman, *The Great Universal Embrace: Arms Summitry-a Skeptic's Account*, Simon & Schuster, Nueva York, 1989, p. 53.
[99] Rhodes, *Arsenals of Folly*, pp. 257-258.
[100] Jay Winik, *On the Brink: The Dramatic, Behind-the-Scenes of the Saga of the Reagan Era and the Men and Women Who Won the Cold War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996, p. 515.
[101] «Russian transcript of Reagan-Gorbachev Summit in Reykjavík, October 12, 1986 (afternoon), in FBIS-USR-93-121», 20 de septiembre de 1993, «The Reykjavik File», National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/ NSAEBB203/ index.htm*.
[102] Rhodes, *Arsenals of Folly*, pp. 266-269.
[103] Mijaíl Gorbachov, *A solas conmigo mismo (reminiscencias y reflexiones)*, Moscú, 2010, memorias no publicadas, sin número de página.
[104] «Session of the Politburo of the CC CPSU», 14 de octubre de 1986, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB203/Document21.pdf*.
[105] Philip Geyelin, «And CIA Comics», *The Washington Post*, 12 de agosto de 1984; Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 399.
[106] Wilentz, *The Age of Reagan*, p. 167.
[107]*Ibid.*, pp. 212, 214-215.
[108] Pemberton, *Exit with Honor*, p. 173.
[109] Lloyd C. Gardner, *The Long Road to Baghdad: A History of U.S. Foreign Policy from the 1970s to the Present*, New Press, Nueva York, 2008, p. 67.
[110] Doyle McManus y Michael Wines, «Schultz Said to Seek Ouster of Poindexter», *Los Angeles Times*, 21 noviembre de 1986.
[111] Weiner, *Legacy of Ashes*, pp. 403-408.
[112] Wilentz, *The Age of Reagan*, p. 228; «Reagan: I Was Not Fully Informed», *The Washington Post*, 26 de noviembre de 1986.
[113] Pemberton, *Exit with Honor*, pp. 191-192.
[114] Robert Parry, «The Mysterious Robert Gates», 31 de mayo de 2011, *http://consortiumnews.com/2011/05/31/the-mysterious-robert-gates*.
[115] Pemberton, *Exit with Honor*, p. 174; Lawrence E. Walsh, *Firewall: The Iran-Contra Conspiracy and Cover-up*, W. W. Norton, 1998, p. 120.
[116] Gorbachov, *A solas conmigo mismo*.
[117] James J. F. Forest (ed.), *Countering Terrorism and Insurgency in the 21st Century: International Perspectives*, vol. 2, Greenwood Publishing Group, Westport (Connecticut), p. 468.

[118] Robert Dreyfuss, *Devil's Game: How the United States Helped Unleash Fundamentalist Islam*, Henry Holt, Nueva York, 2005, p. 267.

[119] Stephen Buttry y Jake Thompson, «UNO's Connection to Taliban Centers on Education UNO Program», *Omaha World-Herald*, 16 de septiembre de 2001, p. 1.

[120] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 384.

[121] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 405.

[122] Alfred W. McCoy, «Can Anyone Pacify the World's Number One Narco-State? The Opium Wars in Afghanistan», 30 de marzo de 2010, *www.tomdispatch.com/ blog/175225*; Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 384.

[123] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 411.

[124] Steve Coll, *Ghost Wars: The Secret History of the CIA, Afghanistan, and Bin Laden, from the Soviet Invasion to September 10, 2001*, Penguin, Nueva York, 2004, p. 104; Thomas L. Friedman, «Bad Bargains», *The Washington Post*, 10 de mayo de 2011.

[125] Dreyfuss, *Devil's Game*, p. 290.

[126]*Ibid.*, p. 291.

[127] Wilentz, *The Age of Reagan*, p. 173.

«De pronto, con la llegada de la estación de la paz, el mundo se ha vuelto más cálido», tituló, exultante, The New York Times en julio de 1988. Las prolongadas y cruentas guerras de Afganistán, Angola, Camboya y Nicaragua llegaban a su fin —y la de Irán e Irak lo había hecho hacía no mucho —.[1] Ese mismo año, Yasir Arafat, máximo dirigente de la Organización para la Liberación de Palestina, renunció al terrorismo bajo presiones de Moscú y reconoció implícitamente el derecho de Israel a ser un estado. Pero el acontecimiento más espectacular estaba todavía por llegar. En diciembre, Mijaíl Gorbachov, máximo dirigente de la Unión Soviética, declaró el final de la Guerra Fría:

> El uso o la amenaza de la fuerza ya no pueden [...] ser un instrumento de la política exterior. Mucho menos cuando de lo que se trata es de utilizar armas nucleares [...]. Permítanme que aluda al asunto principal: el desarme, sin el cual no se puede resolver ninguno de los problemas del siglo venidero [...]. La Unión Soviética ha tomado la decisión de reducir sus fuerzas armadas [...] en medio millón de hombres [...]. Ha decidido retirar en 1991 seis divisiones blindadas de Alemania Oriental, Hungría y Checoslovaquia y desmovilizarlas [...]. Las tropas soviéticas acantonadas en esos países se verán reducidas en cincuenta mil hombres y en cinco mil tanques. El resto de las divisiones soviéticas [...] tendrán un carácter eminentemente defensivo.

Además, prometió desvelar los planes de su gobierno para «la transición de una economía de rearme a una economía de desarme» y pidió a otras potencias que hicieran lo mismo bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Propuso una reducción del 50 por ciento en armas ofensivas estratégicas y pidió una acción conjunta para acabar con «la amenaza al entorno mundial». Instó a prohibir la colocación de armas en el espacio exterior y pidió el fin de la explotación del Tercer Mundo y «una moratoria de hasta cien años de la devolución de la deuda de los países menos desarrollados».

Y eso no era todo. Pidió también para el 1 de enero un alto el fuego en Afganistán auspiciado por la ONU. En nueve años de guerra, los soviéticos no habían podido derrotar a los insurgentes afganos pese a desplegar cien mil soldados, colaborar estrechamente con el gobierno del país y organizar su ejército y su policía. Propuso una conferencia internacional sobre la neutralidad y la desmilitarización de Afganistán y enseñó una rama de olivo a la administración de George H. W. Bush, que acababa de ser elegido presidente, al que ofreció «un esfuerzo conjunto para poner fin a una época de guerras, confrontaciones y conflictos regionales, a las agresiones a la naturaleza, al terror, al hambre y la pobreza, y al terrorismo político. Es nuestro común objetivo y juntos podremos lograrlo».[2]

The New York Times dijo que el vehemente discurso, de una hora de duración, era propio de un gran estadista, la propuesta política más importante desde los Catorce Puntos de Wilson en 1918 y la Carta del Atlántico de Roosevelt y Churchill en 1941: «Una reestructuración de la política internacional desde su misma base». «Gorbachov promete liderar el camino unilateralmente. Impresionante. Arriesgado. Audaz. Ingenuo. Apasionante. Heroico [...]. Sus ideas merecen (en realidad, exigen) una respuesta muy seria del recién elegido presidente Bush y de otros dirigentes». *The Washington Post* sentenció: «Uno de los discursos más notables que se hayan pronunciado en las Naciones Unidas».[3]



En diciembre de 1988, en un discurso en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, Mijaíl Gorbachov declaró el final de la Guerra Fría y anunció reformas pacíficas y una serie de pasos hacia el desarme. The New York Times *dijo de sus palabras que eran propias de un gran estadista, la mayor declaración política desde los Catorce Puntos de Wilson en 1918 y la Carta del Atlántico de Roosevelt y Churchill en 1941.*

Bush todavía no se había mudado a la Casa Blanca tras infligir una derrota aplastante al gobernador de Massachusetts Michael Dukakis en las elecciones presidenciales. Con diecisiete puntos de ventaja sobre su oponente según las encuestas realizadas en verano, Bush trató durante la campaña de hacer olvidar su imagen de «blando». Porque por un tiempo pareció que su elección dependía de que los votantes decidieran si era demasiado blando para la presidencia o no. Para algunos era muy extraño que Bush, condecorado con la Cruz por Servicios Distinguidos, con cincuenta y ocho misiones como piloto de combate en la guerra del Pacífico, fuera objeto de burlas precisamente en ese aspecto. Para *Newsweek* era un hándicap potencialmente decisivo «esa percepción de que no es ni lo bastante fuerte ni lo bastante duro para los retos del Despacho Oval».[4] Ni el hecho de haber sido capitán del equipo de béisbol de Yale valía. Curt Suplee, de *The Washington Post*, escribió: «Blanco y blando, anglosajón y anglopelón, protestante y conformista, el primer marido de cualquier mujer… son los manidos calificativos peyorativos que constituyen "el problema de imagen" de George Bush, la vaga pero poderosa sospecha de muchos ciudadanos de que el vicepresidente quizá sea demasiado débil e insustancial para liderar el mundo libre».[5] «Lo han reducido a una caricatura», se quejó Jeb Bush, su segundo hijo.[6]

Los periodistas atribuían esa imagen al hecho de haber crecido en el seno de una familia rica, de haber estudiado en las mejores universidades. Eso le convertía, a ojos de muchos, en un niño mimado. Siempre serio y reservado, de pequeño lo llamaban *Poppy* [«Amapola»]. Aunque había renunciado a sus cargos en el Consejo de Relaciones Exteriores y en la Comisión Trilateral, no pudo sacudirse la imagen de ser el candidato perfecto del *establisment*, el candidato al que apoyaba David Rockefeller.[7] Además, obtuvo a dedo la mayor parte de sus cargos políticos. Y tampoco se contagió minímamente del carisma de Reagan, aunque fuera su vicepresidente. Resultaba, por otra parte, que Reagan no lo quería como sucesor. Lo aceptó porque quienes él prefería, el senador Paul Laxalt y el congresista Jack Kemp, no terminaron de imponerse. Que Bush hubiera agachado la cabeza ante Reagan y aceptado políticas de derechas que previamente rechazaba, incluida la que llamaba «economía vudú», le hizo parecer débil y sin principios. «Sigo al señor Reagan… ciegamente», le dijo a un periodista el día de su designación.[8] Llegó al extremo de decir que Oliver North, a quien antaño había despreciado, era su «héroe». Un comentarista opinaba que se había abonado a «la más grosera filosofía de la derecha política […] con tal de acercarse al Despacho Oval».[9] Su victoria inicial en las primarias de New Hampshire frustró las esperanzas de su principal oponente, Bob Dole, que se tomó muy mal la derrota: «Dentro de la cabeza de ese hombre no hay nada».[10]

Los ciudadanos pensaban que carecía de hogar, de comunidad —tenía su domicilio oficial en un hotel de Houston—, y se mofaban de su tendencia a terminar las frases con muletillas como «sea lo

que sea» y «este tipo de cosas» y de «los ruidos de su discurso, con lapsus y frases y palabras incompletas».[11] Ann Richards, alegre gobernadora de Texas, tuvo la siguiente ocurrencia en la convención nacional del Partido Demócrata: «Pobre George, nació con una pantufla de plata en la boca».[12]

Cuando presumir de historial de guerra, defender el derecho a tener armas, frecuentar barbacoas e inclinarse desvergonzadamente hacia la derecha política no le ayudaron a cambiar de imagen, probó otra estrategia. Cuestionó el patriotismo de Dukakis y optó por una campaña que empezó con un anuncio en el que aparecía el asesino Willie Horton para suscitar el miedo del votante al aumento de la criminalidad. Pero el verdadero cambio de tornas se produjo cuando Dan Rather, famoso presentador de la CBS, le presionó sobre su relación con el escándalo Irán-contra. Bush estuvo a punto de echársele al cuello. Puso en duda la pertinencia de la pregunta y, con visible enfado, respondió: «No me parece justo juzgar mi carrera a raíz de aquella chapuza con Irán. ¿Qué le parecería a usted que yo juzgara la suya por aquellos siete minutos en Nueva York en que usted se marchó del set?». La táctica funcionó. Los periodistas hablaron del «manotazo en la mesa de Bush», de que se había comportado como un auténtico abusón.[13] Muy pocos señalaron que las preguntas de Dan Rather eran muy pertinentes. En campaña, Bush insistió en que él había estado «apartado», en que no había tenido «ningún papel activo» en ninguna operación ilegal. Pero en su diario grabado el exdirector de la CIA confesó: «Soy una de las pocas personas que están al corriente de todos los detalles».[14] Más tarde, daría las gracias al secretario de Defensa Gaspar Weinberger por no testificar sobre su papel en el escándalo.

El equipo de Bush para política exterior estaba formado por James A. Baker III como secretario de Estado, Dick Cheney como secretario de Defensa y el general Brent Scowcroft como consejero de Seguridad Nacional. Scowcroft eligió a Robert Gates como número dos. Paul Wolfowitz fue nombrado subsecretario de Defensa encargado de la política del departamento.

Mientras se encontraba en Nueva York para hablar ante la ONU, Gorbachov se reunió con Reagan y con Bush para pedirles ayuda en el control armamentístico y la retirada de tropas. Los asesores de Bush, sin embargo, mantenían su escepticismo, y la CIA, cuya capacidad se había visto degradada tras años de asalto de la derecha, malinterpretó lo que estaba sucediendo. Más tarde, Robert Gates admitiría en sus memorias: «En enero de 1989, el Gobierno norteamericano, y en esto incluyo a la CIA, no tenía ni idea de que estábamos a punto de ser barridos por la ola de la historia».[15] Gates y Cheney desconfiaban de las iniciativas de Gorbachov y buscaban la forma de aprovechar su deseo de reformar el régimen soviético. Y casi siempre prevaleció la voluntad del segundo de no colaborar con el dirigente soviético. Cheney no quería una cumbre, o no en una fecha temprana. Temía que las iniciativas de Gorbachov debilitaran la resolución de Occidente. Bush optó por la estrategia de erosionar la potencia militar de los soviéticos: Gorbachov pedía la eliminación de las armas nucleares tácticas en Europa —oferta bien acogida por la mayoría de los europeos—, pero Estados Unidos contraatacó exigiendo la retirada de trescientos veinticinco mil soldados soviéticos a cambio de retirar ellos solo treinta mil. Pasó un año y la cumbre no se concretó.

Al tiempo que rechazaba las ofertas soviéticas, Bush jugaba la carta de China. Reforzó los lazos económicos y políticos que Reagan ya había forjado con los dirigentes chinos, que contribuyeron a acabar con los gobiernos prosoviéticos de Afganistán y Camboya, y como exembajador en China, siempre se esforzó por tener buenas relaciones con Pekín. Pero sus planes estuvieron a punto de irse al traste cuando el Gobierno chino acabó de forma brutal con una manifestación en pro de la democracia. Ante las televisiones del mundo entero, el Ejército Popular de Liberación masacró a los manifestantes de la plaza de Tiananmén dejando tres mil muertos y diez mil heridos. A pesar de la matanza, Bush se negó a imponer castigo alguno y en un principio incluso se opuso a prorrogar el visado de un año a los cuarenta y tres mil jóvenes chinos que estudiaban en Estados Unidos.

Gorbachov quería reactivar la economía soviética, que andaba moribunda desde finales de los años setenta. Sabía que la Unión Soviética no podía seguir sufragando la guerra de Afganistán y al mismo tiempo apoyar a sus aliados en el Tercer Mundo y sostener a un *establishment* militar que consumía más del 20 por ciento del PIB y más de la mitad de los gastos totales del Estado. Porque el Gobierno soviético había decidido reducir gastos. Suprimieron la ayuda a las tropas cubanas en Angola y Etiopía y al Ejército vietnamita en Camboya y a principios de 1989 retiraron todas sus tropas de Afganistán. El Tercer Mundo, escenario que se antojaba tan prometedor diez años antes, empezaba a rebelarse. Los ciudadanos soviéticos estaban cansados de aventuras caras e inciertas. La guerra de Afganistán había costado la vida a catorce mil compatriotas y a cientos de miles de afganos, agotado recursos de por sí escasos y suscitado un sentimiento antisoviético en el conjunto del mundo musulmán. Jóvenes que antaño habían mirado al socialismo, se sumaban ahora a las filas del islamismo radical. La vacilante economía soviética ya no constituía un modelo de desarrollo viable. Harto de las gravosas y represivas políticas de muchos de sus aliados en el Tercer Mundo, que se negaban a sus exigencias de cambio, Gorbachov propuso que la URSS y Estados Unidos dejaran de injerir en los asuntos de los países subdesarrollados y permitieran que todas las naciones resolvieran sus diferencias amistosamente.



Reagan y Bush conversan con Gorbachov en Governors Island durante la visita del dirigente soviético a Nueva York para hablar ante las Naciones Unidas. Gorbachov quería la colaboración del gobierno estadounidense en el control de armas y la retirada de tropas, pero los asesores de Bush eran escépticos y la CIA, dominada por reformistas de derechas, no supo anticipar los cambios que se avecinaban en la URSS.

En la cumbre de Moscú de mayo de 1988, Gorbachov pidió a Reagan que firmara con él una declaración en apoyo de la coexistencia pacífica y de rechazo a la injerencia militar en los asuntos internos de terceros países. Reagan no quiso firmar. Gorbachov, sin desmoralizarse, actuó de forma unilateral. El historiador Odd Arne Westad supo captar el significado histórico de tan extraordinario cambio de rumbo: «Gorbachov y sus asesores […] desarrollaron una comprensión de la autoderminación nacional que iba más allá de la de cualquier gran potencia en el siglo XX. El presidente soviético puso en práctica lo que liberales y revolucionarios llevaban pidiendo desde principios de siglo: una dedicación firme e idealista a dejar que los pueblos del mundo decidieran su propio destino sin la injerencia de ningún gobierno extranjero».[16]

Estados Unidos no solo no aceptó ese principio, sino que se esforzó activamente por subvertirlo y explotó las iniciativas previas de Gorbachov en el Tercer Mundo. Estados Unidos siguió alimentando el radicalismo islámico. Muchos yihadistas de los que apoyaba y habían luchado contra los soviéticos en Afganistán se unieron a la causa islamista en Chechenia, Bosnia, Argelia, Irak, Filipinas, Arabia Saudí, Cachemira y otros lugares. Además, en África y los Balcanes estallaron conflictos étnicos y tribales.

Gorbachov instó a los gobiernos europeos a abrazar el espíritu de la perestroika. El de Polonia fue el primero en reaccionar. En abril de 1989, el general Wojciek Jaruzelski decidió convocar elecciones libres. En junio el sindicato Solidaridad, con el apoyo clandestino de la CIA, derrotó de forma aplastante a los comunistas, que dejaron el poder pacíficamente y accedieron a participar en un gobierno de coalición liderado por Solidaridad. A diferencia de lo sucedido en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968, los soviéticos no intervinieron. En mayo Estonia y Lituania declararon su soberanía. Letonia lo hizo en julio. Gorbachov alentó a los impulsores de las reformas. A finales de julio, Eduard Shevardnadze explicó a James Baker por qué la Unión Soviética aceptaba tanto cambio: «Recurrir a la fuerza sería el fin de la perestroika. Habríamos fracasado. Sería el fin de todas nuestras esperanzas de futuro, el fin de todo lo que intentamos conseguir, esto es, crear un sistema nuevo basado en los valores humanos. Si recurriésemos a la fuerza, los enemigos de la perestroika habrían triunfado. No seríamos mejores que quienes nos precedieron. Ya no podemos volver atrás».[17]

Otras naciones del este de Europa se sumaron en poco tiempo a la oleada. En octubre los comunistas húngaros se declararon socialdemócratas e instauraron una nueva república. Ese mismo mes, tras la visita de Gorbachov a Berlín, una inmensa manifestación popular echó del poder a Erich Honecker. Finalmente, el 9 de noviembre de 1989, berlineses del este y del oeste tiraron el Muro, el símbolo más ofensivo de la Guerra Fría. Anatoli Chernayev, asesor de Gorbachov sobre política exterior, escribió en su diario: «El Muro de Berlín ha caído. Una época entera del régimen soviético ha terminado [...]. Es el fin de Yalta y del legado estalinista [...]. Esto es lo que ha hecho Gorbachov [...]. Ha sentido la historia, el paso de la historia, y ha contribuido a que transite por su senda natural». Pero la transformación de Europa distaba mucho de haber concluido. El Parlamento checo reaccionó a las manifestaciones y a una huelga general con la elección como presidente del dramaturgo y poeta Václav Havel. Uno a uno, todos los gobiernos comunistas de Europa fueron cayendo. El mundo observaba sin dar crédito. En el conjunto del bloque socialista se había producido una revolución pacífica. Los ciudadanos, sobrecargados tras décadas de represión gubernamental e inepcia administrativa, pedían a gritos una vida mejor. Gorbachov rechazaba así la opinión generalizada de que controlar Europa del Este era vital para la seguridad de la URSS. Creía, por el contrario, que librarse del sumidero de fondos que era esa región permitiría a la Unión Soviética y a sus aliados desarrollar rápidamente regímenes socialistas más democráticos y humanos.

Para él, lo sucedido suponía un nuevo principio. En Estados Unidos, sin embargo, muchos políticos lo saludaron como la justificación definitiva de todo lo que habían hecho hasta entonces, como el triunfo del Occidente capitalista tras décadas de Guerra Fría. Era «el fin de la historia», según la expresión de Francis Fukuyama, asesor del Departamento de Estado: la democracia liberal era «la forma definitiva de gobierno de los seres humanos». En septiembre de 1990, Michael Mandelbaum, director de estudios Este-Oeste del Consejo de Relaciones Exteriores, se mostró exultante: «Los soviéticos [...] han posibilitado el fin de la Guerra Fría, lo que significa que, por primera vez en cuarenta años, podremos llevar a cabo operaciones militares en Oriente Próximo sin preocuparnos por el estallido de la tercera guerra mundial».[18] Estados Unidos pronto pondría a prueba esa hipótesis.

Cuando Bush viajó a Polonia y Hungría en el mes de julio, evitó deliberadamente decir nada que pudiera provocar una respuesta soviética. Tras despreciar en muchas ocasiones «esa visión» de un mundo sin bloques, ni siquiera la caída del Muro de Berlín suscitó por su parte una reacción entusiasta. «No soy un hombre emotivo», se justificó. Y a Gorbachov le dijo: «He actuado de determinada forma para no complicarle la vida. Por eso no he dado saltos de alegría por la caída del Muro de Berlín». «Sí, me había dado cuenta —respondió el líder soviético—. Y se lo agradezco».[19]

Aunque quería permitir una transformación radical de Europa Oriental, Gorbachov deseaba que el fin de la Guerra Fría no solo llevara a la disolución del Pacto de Varsovia, sino también a la de la

OTAN. Estaba incluso dispuesto a acceder a la reunificación de Alemania mientras la OTAN no situara tropas ni armas en la parte oriental. Pero tanto él como otros dirigentes rusos que creían que la promesa de norteamericanos y alemanes de no extender nunca la OTAN hacia el este era inviolable se llevaron una inesperada y desagradable sorpresa cuando los gobiernos de Clinton y el segundo Bush ampliaron la organización justo hasta el umbral de su puerta. Esos dirigentes se sintieron traicionados, ultrajados. Aunque a lo largo de los años muchos altos cargos estadounidenses han insistido en que dichas promesas nunca se hicieron, recientemente han salido a la luz varios documentos que justifican la denuncia de los rusos.

En febrero de 1990, Bush, Baker y el canciller alemán Helmut Kohl intentaron convencer a Gorbachov de que retirara los trescientos ochenta mil soldados soviéticos acantonados en Alemania Oriental y renunciase a los derechos de ocupación, que se remontaban a la rendición alemana de 1945. Querían evitar la creciente demanda de muchos países recién liberados de desmilitarizar Europa Central y del Este, porque, de producirse, Estados Unidos perdería influencia en Europa. Baker se entrevistó con Gorbachov el 9 de febrero y le preguntó: «¿Preferiría una Alemania unificada fuera de la OTAN, independiente y sin tropas de Estados Unidos, o una Alemania unificada vinculada a la OTAN y la garantía de que la OTAN no ampliará ni un centímetro al este su jurisdicción actual?». Baker registró también la respuesta de Gorbachov: «Cualquier ampliación de la jurisdicción de la OTAN sería inaceptable».

Helmut Kohl se reunió con Gorbachov al día siguiente y declaró: «Naturalmente que la OTAN no extenderá su territorio [a Alemania Oriental]». El 10 de febrero, el ministro de Exteriores alemán Hans-Dietrich Genscher trasladó el mismo mensaje a Eduard Shevardnadze: «Somos perfectamente conscientes de que la pertenencia de una Alemania unificada a la OTAN plantea cuestiones complicadas. Para nosotros, sin embargo, una cosa es cierta: la OTAN no ampliará sus fronteras hacia el este». Para asegurarse de que su homólogo soviético comprendía que este principio se aplicaba a toda la Europa Oriental, y no solo a Alemania, Genscher añadió: «En lo que concierne a la no expansión de la OTAN, puede decirse que es algo general».

Tras recibir garantías de Kohl, Gorbachov dio su aprobación a la reunificación de Alemania. Pero no se firmó ningún documento vinculante. No era un trato por escrito. Gorbachov, por otra parte, complicó el problema algo más cuando en septiembre accedió a la expansión de la OTAN para incluir Alemania Oriental a cambio de la muy necesaria financiación por parte de Alemania en su conjunto.

Evidentemente, pensó primero que había llegado a un pacto y, luego, que lo habían engañado. Estados Unidos y Alemania Occidental habían prometido no ampliar la OTAN «ni un solo centímetro hacia el este», insistió. Más tarde, el presidente Dmitri Medvédev se mostraría igualmente molesto. En 2009 declaró que la Unión Soviética no había obtenido «ninguna de las cosas que le habían prometido», es decir, que la OTAN no se ampliaría eternamente hacia el este y que siempre se tendrían en cuenta los intereses de Rusia. Jack Matlock, embajador norteamericano en Moscú, coincidía: con la Unión Soviética se llegó a «un compromiso claro». *Der Spiegel*, la publicación alemana, llevó a cabo su propia investigación a finales de 2009 y «tras consultar a muchos implicados y examinar con detenimiento documentos desclasificados británicos y alemanes», llegó a la conclusión de que no había duda de que Occidente hizo cuanto pudo para dar a los soviéticos la impresión de que en ningún momento se plantearía la integración en la OTAN de países como Polonia, Hungría o Checoslovaquia. La historiadora Mary Elise Sarotte, autora de una importante obra sobre el periodo, explica: «En resumen, Gorbachov estuvo dos días oyendo por boca de Baker y de Kohl que la OTAN no se extendería hacia el este y accedió a la reunificación de Alemania».[20]

Por su parte, mientras que agradecía la moderación de Gorbachov en Europa Oriental, Estados Unidos no vacilaba en recurrir al uso de la fuerza en su patio trasero. Manuel Noriega, el hombre

fuerte de Panamá, era desde hacía tiempo su «chico de los recados» en Centroamérica. Había sido alumno de la U. S. Army School of the Americas [Escuela Militar de las Américas, de Estados Unidos] para la zona del canal de Panamá en dos ocasiones y estaba en la nómina de la CIA desde los años sesenta. Corrupto y sin escrúpulos, se enriquecía gracias a su colaboración con el cartel de la droga colombiano de Medellín, y, al mismo tiempo, señalaba con el dedo a miembros de los carteles rivales a la Drug Enforcement Administration, DEA [Administración para el Control de las Drogas] norteamericana. Gracias a la ayuda prestada a la contra nicaragüense se ganó la protección de altos cargos de la administración de Reagan como William Casey, Elliott Abrams y Oliver North. Pero en 1988 fue acusado de tráfico de drogas por un tribunal federal y alteró los resultados de las elecciones presidenciales de Panamá, y Bush se convenció de que no merecía la pena contar con él. Con el aliento de Estados Unidos, los militares panameños intentaron dar un golpe de Estado. El Gobierno norteamericano, sin embargo, no ofreció ninguna ayuda. David McCurdy, presidente del Select Committee on Intelligence [Comité Selecto sobre Espionaje] del Senado, se quejó: «Vuelve a aparecer el presidente “blando”».[21]

En diciembre de 1989, Bush decidió actuar de forma unilateral y prescindió del Congreso, violando la War Powers Act [Ley de Poderes de Guerra] de 1973. Mandó doce mil soldados a Panamá, que se unieron a los doce mil ya presentes en el país, con la intención de echar del poder a Noriega y acabar con sus fuerzas de defensa y sus unidades paramilitares en una operación bautizada como «Causa Justa». Bush intentó defender la invasión y afirmó que había intervenido «solo tras llegar a la conclusión de que todas las demás vías estaban cerradas y de que la vida de muchos ciudadanos norteamericanos corría grave peligro».[22] Un periodista insistió a Dick Cheney para que diera una explicación: «Señor secretario, tras el golpe fallido de Panamá, se presentó usted en esta sala y expuso una serie de argumentos para justificar nuestra decisión de no inmiscuirnos en los asuntos de ese país. Dijo usted [...] que Estados Unidos no tenía intención [...] de ir por el mundo derribando gobiernos [...]. ¿Por qué ese principio, que usted expresó en esta misma sala hace dos meses, ha dejado de ser válido?». Y Cheney respondió, con semblante muy serio: «Creo que nosotros como gobierno hemos hecho lo imposible para evitar la intervención militar». Y añadió que solo habían invadido Panamá cuando se hizo evidente que «muchos ciudadanos norteamericanos corrían el riesgo de perder la vida».[23]



Berlineses celebran la caída del Muro el 9 de noviembre de 1989. Para Gorbachov significaba un nuevo principio, para muchos políticos norteamericanos, la justificación de todo por lo que habían luchado.

Los latinoamericanos condenaron con firmeza el regreso de la diplomacia de las cañoneras.

México proclamó: «Combatir el crimen internacional no es excusa para intervenir en una nación soberana».[24] Cuba denunció la «nueva agresión imperialista» y afirmó que demostraba «el desprecio de Estados Unidos por la legalidad internacional».[25] La OEA votó contra la invasión, veinte sufragios frente a uno, y la condenó «rotundamente».[26] Solo el veto de Estados Unidos impidió una resolución similar del Consejo de Seguridad de la ONU.

La amargura de los países latinoamericanos por la invasión, que violaba los estatutos de la OEA, duraría años. Poco después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, los directores de la revista nicaragüense *Envío* escribieron que en diciembre de 1989 «el gobierno de George Bush padre ordenó la invasión de Panamá, una operación militar que supuso el bombardeo de poblaciones civiles y el asesinato de varios millares de panameños para derribar a un solo hombre: Manuel Noriega [...]». «¿No fue eso terrorismo de Estado?», se preguntaban.[27]

Gueorgui Arbatov, soviético especialista en Estados Unidos, advirtió de que la invasión reforzaría a los cargos de línea dura de Moscú, que verían como una hipocresía que Estados Unidos alabase la no intervención al tiempo que echaba abajo gobiernos. Tenía buenas razones para pensar así. En realidad, la invasión de Panamá demostraba que el hecho de que su gobierno renunciara a la intervención en el extranjero no servía para disminuir la belicosidad de Estados Unidos; en realidad, quizá solo sirviera para envalentonar a Washington. Desde *The Washington Post*, Bob Woodward señaló que el apoyo de Colin Powell a la invasión fue decisivo para que Bush diera la orden. Powell declaró: «A la puerta de nuestra casa debe haber una placa que diga “Aquí vive la Superpotencia”, con independencia de lo que hagan los soviéticos... aunque se retiren de Europa Oriental».[28] El neoconservador Elliott Abrams aseguró que Estados Unidos debería haber invadido Panamá mucho antes y especuló: «El pequeño riesgo de que se produzca una escalada incita a la acción militar limitada en lugar de impedirla».[29]

Noriega eludió a las tropas invasoras casi una semana antes de pedir asilo en la embajada vaticana. Soldados norteamericanos colocaron potentes altavoces en torno a la embajada y, pese a las protestas del Vaticano, pusieron una música rock que atronaba de la mañana a la noche —canciones como «I Fought the Law (And the Law Won)» [Luché contra la ley (y la ley ganó)], «Nowhere to Run» [No hay adónde huir] o «You’re No Good» [No eres bueno]—. Noriega fue sentenciado a ir a la cárcel en Estados Unidos por tráfico de drogas y un Congreso apático no condenó al presidente por violar la Ley de Poderes de Guerra, que exige la aprobación de la cámara antes de recurrir al uso de la fuerza contra otros países.



Agentes de la DEA norteamericana retienen al general Manuel Noriega en un avión militar estadounidense. Aunque el hombre fuerte de Panamá, su gobernante de facto, había sido financiado por la CIA y había recibido protección por ayudar a la contra de Nicaragua y por señalar a carteles rivales de la propia DEA en diciembre de 1989, Bush mandó a Panamá a doce mil soldados que se unieron a los doce mil que ya se encontraban allí y echó del gobierno a Noriega y sus Fuerzas de Defensa. Los gobiernos

latinoamericanos condenaron rotundamente el retorno a la diplomacia de las cañoneras.

Pero Bush no había terminado. La administración de Reagan había tendido los brazos al Irak de Sadam Husein retirando al estado iraquí de la lista de estados terroristas y respaldándolo en su guerra contra Irán. Ni el hecho de que Sadam emplease armas químicas contra la resistencia kurda había suscitado muchas protestas. Tras un torpe intento de Washington de cargar con ese crimen a Teherán, Bush extendió un crédito adicional de mil doscientos millones de dólares a Sadam mientras Kuwait exigía al dictador iraquí que devolviera los préstamos solicitados para librar la guerra contra Irán. Kuwait, además, se negó a abonar su cuota en petróleo a la OPEP, lo cual rebajó el precio del crudo en un momento en que Irak necesitaba desesperadamente ingresos para devolver una deuda que ascendía a cuarenta mil millones de dólares. Para empeorar su relación con Sadam, Kuwait, que perteneció a Gran Bretaña hasta 1961 —situación que Irak puso en tela en juicio constantemente—, rechazó todas las reivindicaciones iraquíes sobre su disputada frontera.

April Glaspie, embajadora norteamericana en Bagdad, se reunió con Sadam el 25 de julio de 1990 para asegurarle que Bush «deseaba afianzar y ampliar relaciones» y «no tenía opinión formada» sobre la disputa fronteriza con Kuwait, con quien no mantenía relaciones de amistad.[30] Daniel Patrick Moynihan, senador y exembajador en las Naciones Unidas, dijo ante sus compañeros senadores que Kuwait era «un enemigo particularmente ponzoñoso de Estados Unidos» cuyo «antisemitismo pertenecía al nivel de lo personalmente aborrecible».[31] Sadam interpretó los comentarios de Glaspie como indicio de que Estados Unidos admitiría una invasión. A la semana siguiente, tres divisiones iraquíes entraron en Kuwait, lo cual ponía en manos de Bagdad una quinta parte del petróleo mundial. En septiembre, April Glaspie confirmó con el siguiente comentario a *The New York Times* que en efecto le había insinuado a Sadam que el Gobierno norteamericano le daba el visto bueno: «No se me pasó por la cabeza, y no creo que a nadie se le pasara, que los iraquíes pudieran invadir todo Kuwait».[32]

Cheney, Powell y el general Norman Schwarzkopf se reunieron apresuradamente con el rey Fahd, de Arabia Saudí. Le mostraron fotos trucadas de soldados y tanques iraquíes en sus fronteras y le convencieron de que permitiera la entrada en su país de un gran contingente de tropas. Consiguieron así el punto de apoyo en la región que deseaban desde hacía tanto tiempo. Pero el engaño no tardó en ser desvelado. Un periódico japonés consiguió fotos por satélite en las que no aparecían tropas iraquíes de ningún tipo en la zona. Los medios norteamericanos se interesaron y ABC News adquirió al mes siguiente fotos adicionales que confirmaron la valoración inicial. *Newsweek* habló del «caso de la presencia militar “desaparecida”». «En realidad —publicó—, lo que se puede ver, con meridiana claridad, es la simulación de los norteamericanos en Arabia Saudí». Charles Freeman, embajador en Riad, advirtió: «No saldrá bien. Basta una foto de un soldado norteamericano echando una meada delante de una mezquita para que los saudíes acaben con su gobierno».[33] Pese a las presiones del Pentágono por ocultar la verdad, Jean Heller, reputada periodista del *St. Petersburg Times*, decidió investigar y obtuvo más fotos que luego enseñó a Peter Zimmerman, físico y analista de defensa, que fue quien demostró que Estados Unidos había intentado engañar a los saudíes. *Newsday* repitió los comentarios a un alto mando y este reconoció: «Esta guerra ha estado rodeada de una gran campaña de desinformación».[34]



El secretario de Defensa Dick Cheney con el príncipe Sultán, heredero al trono saudí y ministro de Defensa y Aviación. Tras la invasión de Kuwait por Irak, Cheney y los generales Colin Powell y Norman Schwarzkopf se reunieron apresuradamente con los saudíes y les mostraron fotos trucadas de tropas iraquíes en sus fronteras. Al convencer al rey Fahd de que permitiera la presencia en su país de un gran contingente de tropas norteamericanas, Estados Unidos consiguió en la región el punto de apoyo que desde hacía mucho tiempo deseaba.

No hay pruebas de que Sadam intentase invadir Arabia Saudí. Colin Powell admitió luego que las tres semanas siguientes a la invasión de Kuwait Sadam podría haber entrado en Arabia sin que nada pudiera impedírselo. Coincidía, además, con los dirigentes árabes y kurdos en que bastarían ciertas sanciones para que Sadam volviera sobre sus pasos. El exsecretario de Defensa Robert McNamara instó al Senado a recurrir a las sanciones y no a la guerra. En realidad, las sanciones que la ONU ya le había impuesto a Irak estaban resultando extraordinariamente onerosas. En octubre, William Webster, director de la CIA, informó de que las sanciones suponían para Irak una reducción del 98 por ciento de las exportaciones de petróleo y, posiblemente, de un 95 por ciento de sus importaciones. Zbigniew Brzezinski dijo que una invasión podía resultar «contraproducente» no solo por el caos que se ocasionaría en la región, sino porque los países árabes y Europa podían volverse contra Estados Unidos.[35]

Rápidamente, Bush recibió presiones. Debía dar una respuesta. La prensa israelí encabezó la carga. Este editorial de *Hadashot* es una muestra: «El gobierno títere pro iraquí de Kuwait —arremetió— es la expresión de la impotencia de Estados Unidos y de la debilidad del presidente George Bush. Hasta ahora al menos, Bush se parece a Chamberlain en su cómplice capitulación ante Hitler».[36]

Bush recurrió a la cansina analogía con el Pacto de Múnich. El 8 de agosto, en un discurso televisado a la nación, dijo: «[Sadam] es un dictador agresivo que amenaza a sus vecinos» y lo comparó con Hitler.[37] Y la retórica se mantuvo al rojo vivo. El redactor de *The Washington Post* Charles Paul Freund diseccionó la estrategia semántica del presidente: «La principal figura retórica de Bush en sus argumentos contra la agresión ha sido Hitler […]. La súbita hitlerización de Sadam Husein en los medios ha constituido […] un nuevo capítulo en un proceso del que hemos sido testigos varias veces en los últimos años y que ha afectado a personajes como Noriega, el “hombre fuerte” de Panamá, Jomeini, el “fanático” de Irán, y Gadafi, el “loco” de Libia».[38]

Comparar a Sadam con la figura más justamente despreciable del siglo XX era para muchos observadores poco razonable, incluso absurdo. En campaña electoral, hasta en las elegantes zonas residenciales de Boston sugirió Bush que Sadam era peor que Hitler por usar rehenes como «escudos humanos» en posibles objetivos militares. Cuando le preguntaron por qué eso le hacía peor que el máximo responsable del Holocausto, Bush se mostró equívoco: «Yo no he mencionado el Holocausto, que es execrable. Pero también creo que torturar a unos niños en una plaza de Kuwait es execrable. Me han dicho que Hitler no usaba rehenes en potenciales blancos y que respetó (no respetó mucho más, pero eso sí) la inviolabilidad de las embajadas. Así que hay una diferencia».[39]

Bush anunció también que tropas norteamericanas se dirigían al Golfo Pérsico para tomar

posiciones en Arabia Saudí. Y decidió actuar antes de que los saudíes aportaran su propia solución de la crisis por temor a que una iniciativa suya pusiera en peligro el dominio norteamericano de la región y sus recursos petrolíferos. Dado el desdén de los saudíes por la oligarquía kuwaití, temía también que una «solución árabe» terminara dejando a Irak en una posición de fuerza.[40]

Entretanto, el gobierno kuwaití contrató a la mayor empresa de relaciones públicas del mundo, Hill & Knowlton, para que vendiera la guerra. Craig Fuller, director de la sucursal de Washington, había sido jefe de gabinete de Bush cuando este fue vicepresidente. Fue él quien ayudó a orquestar la mayor iniciativa financiada con capital extranjero jamás emprendida para manipular a la opinión pública norteamericana. El 10 de octubre, en las sesiones del Human Rights Caucus [Grupo por los Derechos Humanos] del Congreso, una chica de quince años testificó que había trabajado como voluntaria en un hospital kuwaití cuando irrumpieron las tropas iraquíes. Y contó lo ocurrido: «Sacaron a los bebés de las incubadoras y los dejaron en el suelo hasta que murieron». Bush citó este hecho hasta la saciedad al defender la guerra: «Me revuelve las tripas escuchar lo que cuentan las personas que han escapado a la brutalidad de Sadam, el invasor. Ahorcamientos en masa. Bebés que sacan de su incubadora y esparcen por el suelo como si fueran cualquier cosa». Más tarde se supo que la joven testigo no solo mintió —no había estado en ningún hospital—, sino que era la hija del embajador de Kuwait en Estados Unidos y pertenecía a la familia real kuwaití.[41] Cuando el fraude salió a la luz, los bombardeos de Bagdad ya habían empezado.

El 29 de noviembre, una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU autorizó el empleo «de todos los medios necesarios» para forzar la retirada iraquí de Kuwait. Los votos a favor no salieron baratos. Egipto enjugó una deuda de catorce mil millones de dólares con Estados Unidos. Los países del Golfo, otra de seis mil setecientos millones. Siria recibió dos mil millones de dólares de Europa, Japón, Arabia Saudí y otros estados árabes. Arabia Saudí entregó a los soviéticos mil millones de dólares y Estados Unidos garantizó el crédito. Por no vetar la resolución, el ministro de Exteriores chino, persona non grata en Estados Unidos desde la matanza de la plaza de Tiananmén, fue honrado con una recepción en la Casa Blanca.

Por unirse a Cuba contra la resolución, Yemen fue severamente castigado. Un importante diplomático norteamericano advirtió al embajador yemení: «Ha sido el voto negativo más caro de su historia».[42] Tres días después, Estados Unidos restó setenta millones de dólares a unas ayudas que Yemen necesitaba desesperadamente. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional le apretaron las tuercas y Arabia Saudí expulsó a ochocientos mil trabajadores yemeníes.

Mientras comprendían la importancia de organizar los apoyos internacionales para investir de «un velo de aceptación» su ofensiva, los dirigentes norteamericanos dejaron claro que no dejarían el control de la situación en manos de la ONU o de cualquier otro. Como Bush y Scowcroft explican en sus memorias: «Era importante involucrar al resto del mundo, pero aún más importante era que los hilos siguieran en nuestras manos».[43]

En Estados Unidos, la opinión pública estaba muy dividida. Eran cada vez menos los ciudadanos que desaprobaban la gestión que Bush había hecho de la crisis. A pesar de la retórica sobre las nobles causas de Estados Unidos, era complicado vender la imagen de los despóticos dirigentes de Kuwait o Arabia Saudí como dechados de democracia. Tampoco era fácil defender que estaban en juego intereses cruciales para Norteamérica. A diferencia de Europa Occidental y de Japón, Estados Unidos apenas dependía del petróleo kuwaití. En realidad, el crudo kuwaití e iraquí combinados solo sumaba el 9 por ciento de las importaciones de petróleo de Estados Unidos. Por lo demás, ni europeos ni japoneses estaban muy ansiosos de entrar en guerra por Kuwait.

Ante una oposición cada día mayor, el gobierno inició una nueva estrategia para asustar a la ciudadanía y a los funcionarios del gobierno aún reticentes. A finales de noviembre, Dick Cheney y Brent Scowcroft aparecieron en diversas tertulias de televisión y esgrimieron la amenaza nuclear.

Cheney habló del desarrollo del arma atómica en Irak y de la posibilidad de que ese país contara con «algún tipo de ingenio rudimentario» en un año. El general Scowcroft comentó en el programa de David Brinkley que Sadam podría lograr ese objetivo «en unos meses». «Hay que asumir —añadió— que quizá esté más dispuesto a usar armas nucleares que ninguna otra potencia». Al parecer, olvidaba qué nación había empleado previamente bombas nucleares y había amenazado con volver a hacerlo varias veces en el transcurso de los años. Y por si con la amenaza nuclear no bastara, el general aludió también a la amenaza terrorista. Brinkley le preguntó: «Se dice que Sadam ha reunido toda una colección de terroristas en Irak y que esos terroristas esperan órdenes. ¿Es correcto?»; y Scowcroft contestó: «Es correcto».[44]

A pesar de la insistencia de Cheney en que no era necesaria la aprobación del Congreso para iniciar una guerra, Bush decidió llevar la medida a la cámara. Con las calles llenas de manifestantes contrarios a la intervención, el Congreso aprobó la resolución de ir a la guerra el 12 de enero de 1991 por doscientos cincuenta frente a ciento ochenta y tres votos. El Senado también la aprobó, por cincuenta y dos a cuarenta y siete.

A mediados de enero, Estados Unidos tenía en la región quinientos sesenta mil soldados. Cuando terminó el conflicto, unos setecientos mil habían intervenido. El cálculo del número de tropas iraquíes justificaba un contingente tan inmenso. Colin Powell habló de medio millón de hombres, Cheney y Schwarzkopf, de por lo menos el doble.

La resolución del Consejo de Seguridad concedía a los iraquíes hasta el 15 de enero para retirar sus fuerzas. Si Sadam hubiera sido más astuto, habría burlado a los norteamericanos que querían la guerra. Judith Miller, reportera de *The New York Times*, había descrito con anterioridad lo que un diplomático europeo calificó de «escenario de pesadilla» para los estadounidenses: una retirada iraquí que dejaría a Sadam en el poder y su arsenal intacto, especialmente si venía acompañado de convocatoria de elecciones para determinar la futura organización política de Kuwait. De haber ocurrido eso, el cuidadoso plan norteamericano habría quedado al descubierto y Sadam habría sobrevivido. Los saudíes se habrían visto obligados a pedir la retirada de las tropas internacionales, cuya estancia en el país, según la promesa de Bush y el rey Fahd, duraría en tanto persistiera el peligro. La familia real de Kuwait, los Sabah, habría tenido que abandonar el poder o lo habría visto muy recortado. Estados Unidos habría visto frustrados sus planes de consolidar su presencia en el Golfo a largo plazo.[45]

Los iraquíes pagarían un alto precio, porque Sadam no quiso una victoria diplomática cuando todo anticipaba una derrota militar. La Operación Tormenta del Desierto empezó el 17 de enero de 1991. Estados Unidos bombardeó las defensas iraquíes cinco semanas con sus armas de última generación, como bombas guiadas por láser y misiles de crucero y Tomahawk. Tras destrozar las infraestructuras y las vías de comunicación iraquíes, tropas norteamericanas y saudíes atacaron a las maltrechas, desmoralizadas y muy inferiores en número fuerzas iraquíes en Kuwait, que opusieron muy poca o ninguna resistencia. Las tropas norteamericanas masacraron a los iraquíes que huían por la llamada «ruta de la muerte». Emplearon nuevos tipos de explosivos fabricados con uranio empobrecido cuya radiactividad y toxicidad produce en sus víctimas cáncer y defectos congénitos aun años después de haber sido detonadas. Entre esas víctimas también hubo soldados norteamericanos, que padecieron lo que se llamó el síndrome de la guerra del Golfo. Pero una gran parte de la Guardia Republicana iraquí escapó a la matanza y Sadam conservó el poder.

Bush y sus asesores decidieron no seguir hasta Bagdad para acabar con el régimen. Tal cosa, comprendieron, se saldaría con la hegemonía de Irán en la región y con el antagonismo de los aliados árabes de Washington, y Estados Unidos se vería inmerso en una complicada y costosa ocupación. Cheney advirtió: «En cuanto crucemos la línea e intervengamos en una guerra civil [...] nos veremos en un atolladero y nos preguntaremos quién demonios puede gobernar Irak». En otra

ocasión razonó:

> No está claro qué clase de gobierno sustituiría al actual. ¿Un régimen chií, un régimen suní o un régimen kurdo? ¿Tendría que estar dominado por el Partido Baaz o por los fundamentalistas? ¿Qué credibilidad tendría ese gobierno si lo instaura Estados Unidos durante la ocupación? ¿Cuánto tiempo tendría que quedarse en ese país el Ejército norteamericano para proteger a las personas que defienden ese gobierno? ¿Qué ocurriría con él una vez nos fuéramos?[46]

Colin Powell estaba de acuerdo. Estados Unidos no deseaba la ocupación de Irak y en el Partido Baaz no había «ningún demócrata jeffersoniano esperando a tomar el poder». Estados Unidos, sostenía el general, haría bien en no «enfangarse en ningún lío en Mesopotamia».[47]



Manifestantes contrarios a la guerra. Llenaron las calles de Estados Unidos en enero de 1991.

En cambio, Paul Wolfowitz y un colega del Departamento de Estado, I. Lewis *Scooter* [Escúter] Libby, disentían. Pero Bush aguantó las presiones. «Intentar eliminar a Sadam [...] habría sido incurrir en costes humanos y políticos incalculables —explicaría más tarde—. Nos habría obligado a ocupar Bagdad y, de hecho, a gobernar Irak». Y añadió que no existía «una “estrategia de salida” viable».[48]



Los generales Colin Powell y Norman Schwarzkopf y Paul Wolfowitz en una rueda de prensa de Dick Cheney durante la Operación Tormenta del Desierto. Estados Unidos usó un enorme ejército de casi setecientos mil hombres, cifra justificada por los cálculos previos sobre el número de efectivos iraquíes.

Los norteamericanos instaron a los iraquíes a sublevarse y echar del poder a Sadam. Los chiíes y los kurdos respondieron en masa. Pero Estados Unidos no hizo nada mientras el gobierno iraquí aplastaba la revuelta con gases tóxicos y helicópteros. Pese a todo, la guerra sirvió de exhibición del potencial militar norteamericano. Bush proclamó un nuevo orden mundial y con mucho entusiasmo declaró: «Los fantasmas de Vietnam descansan por fin bajo las arenas del desierto de Arabia».[49] Uno de los autores de discursos de la Casa Blanca programó su procesador de textos para que pusiera «Nuevo Orden Mundial» al pulsar una tecla.[50] Entre quienes rechazaban tan vacua «explosión de triunfalismo» se encontraba el columnista conservador George Will, que escribió: «Si esa guerra, en la que Estados Unidos y una ilusoria coalición de aliados aplastaron a una nación con el PIB de Kentucky, hubiera logrado [...] que América se sintiera bien consigo misma, América no debería sentirse tan bien consigo misma». Y señaló: «Qué cerca ha estado Bush de enmendar la Constitución unilateralmente saltándose la aprobación del Congreso para intervenir en un conflicto armado. Porque Bush solo buscó la aprobación para poner en marcha la mayor operación militar de la historia de Estados Unidos, para atacar un país con el que no estábamos en guerra [...] de mala gana».[51] En dos meses de bombardeos, Estados Unidos destruyó gran parte de las infraestructuras iraquíes: carreteras, puentes, hospitales, canales, vías de tren, sistemas de comunicación, fábricas y la red eléctrica; y ocasionó enormes sufrimientos a la población. En marzo las Naciones Unidas hablaron de bombardeos «casi apocalípticos» que casi habían devuelto a Irak a la «era preindustrial».[52] Un equipo de Harvard habló de «catástrofe de la sanidad pública».[53] La prórroga de las sanciones de la ONU acentuó una situación espantosa que había reducido el salario real más de un 90 por ciento. Aunque los cálculos varían mucho, fuentes fidedignas aseguran que en la guerra y en la posguerra murieron unos doscientos mil iraquíes y que aproximadamente la mitad eran civiles. Entre los norteamericanos hubo ciento cincuenta y ocho muertos.



La Operación Tormenta del Desierto empezó el 17 de enero de 1991. Estados Unidos castigó las defensas iraquíes durante cinco semanas con armamento de alta tecnología. Tras destruir las comunicaciones y las infraestructuras de valor militar de Kuwait, tropas norteamericanas y saudíes atacaron al maltrecho y desmoralizado ejército de Sadam, que, muy inferior en número, además, ofreció poca o ninguna resistencia. Las tropas estadounidenses masacraron a los iraquíes que huían por la llamada «ruta de la muerte».

«¡Por Dios, nos hemos sacudido el síndrome de Vietnam de una vez para siempre!», se alegraba Bush en público. En privado, sin embargo, era más circunspecto. Cuando la guerra llegaba a su fin escribió en su diario que no experimentaba «ninguna euforia». «El final no ha sido limpio —se lamentó—. No ha habido ceremonia de rendición en ningún acorazado *Missouri*. Es lo que falta para poder comparar esta guerra con la Segunda Guerra Mundial, para diferenciar Kuwait de Corea y Vietnam».[54] Y con Sadam Husein bien refugiado en el poder, la victoria parecía huera e incompleta.

Mientras tanto, Gorbachov tenía aún menos motivos para celebraciones. A los pocos días de firmar el tratado START I, 18 de agosto de 1991, y mientras se disponía a dotar de mayor autonomía todavía

a las repúblicas soviéticas, comunistas de línea dura lo pusieron bajo arresto domiciliario. Boris Yeltsin, presidente de la República Rusa, lideró una revuelta popular que lo devolvió al poder. Pero Gorbachov tenía los días contados. Había tomado la determinación de aprovechar todo el tiempo que le quedaba para concretar su programa de reducción de las armas nucleares. El START I limitaba el armamento de ambos bandos a seis mil cabezas nucleares y mil seiscientos sistemas de lanzamiento. El dirigente soviético, además, insistió en la eliminación de las cuarenta y cinco mil armas nucleares tácticas que Estados Unidos y la URSS habían instalado sobre todo en territorio europeo. Aunque menos peligrosas que las poderosas armas estratégicas cuyo número se iba reduciendo poco a poco, esos explosivos de batalla podían tener una potencia de hasta un megatón, es decir, un equivalente a setenta bombas de Hiroshima. Colin Powell, jefe del Estado Mayor Conjunto, encargó un estudio que recomendaba la supresión de ese tipo de armas. Pero el Pentágono se negó: «El informe llegó al personal político del Pentágono, reducto de la línea dura de la época de Reagan, y lo pisotearon, de Paul Wolfowitz para abajo», escribió Powell en sus memorias. Por supuesto, Dick Cheney también lo hizo.[55] A pesar de tantos reveses, ambos bandos acometieron una importante reducción de sus arsenales atómicos, aunque no eliminasen el peligro de cataclismo nuclear.

El día de Navidad, tras perder el apoyo de las bases del Partido Comunista, Gorbachov dimitió. La Unión Soviética había dejado de existir. La Guerra Fría había terminado. El dirigente más visionario y renovador del siglo XX había dejado el poder. Incluso en Estados Unidos había personas que apreciaban su inmensa contribución al progreso de la historia. En septiembre de 1990, James Baker le había dicho: «Señor presidente [...], nadie en el mundo ha intentado lo que usted y sus partidarios están intentando hoy [...]. He visto muchas cosas, pero nunca he conocido a un político con tanto valor y coraje como usted».[56]

Por peligrosa y gravosa que resultara, sin embargo, la Guerra Fría deparaba una suerte de orden y estabilidad. ¿Qué pasaría ahora? ¿Volverían la paz y la tranquilidad? Estados Unidos llevaba cuarenta y seis años echando la culpa a la Unión Soviética de toda la conmoción social y política del mundo. En realidad, sin embargo, la mayoría de las veces los soviéticos habían ejercido una estrategia de contención con sus aliados. Por otro lado, ¿qué sería del enorme *establishment* militar de Estados Unidos, de sus servicios de inteligencia, desarrollados para contrarrestar la amenaza soviética, deliberadamente exagerada? ¿Cómo justificarían ahora los halcones el inflado presupuesto de defensa, que durante décadas había desviado recursos del tan necesario desarrollo para destinarlos a la fabricación de carísimas armas para pingüe beneficio del sector? ¿Y qué sería de la promesa de Gorbachov de reducir el antaño masivo arsenal nuclear soviético a menos de cinco mil cabezas nucleares?

Pronto se sabrían las respuestas a esas preguntas. En 1992 Paul Wolfowitz, en previsión de futuras amenazas a los intereses norteamericanos, supervisó la elaboración de un nuevo Defense Planning Guidance [Directrices para la Planificación de la Defensa]. El borrador inicial insistía en que Estados Unidos no debía permitir la emergencia de ningún rival que pudiera amenazar su hegemonía global y en que debía emprender acciones preventivas y unilaterales contra todo estado que intentase adquirir armas de destrucción masiva. Ese borrador describía siete escenarios bélicos potenciales y advertía de que había que estar preparados para librar simultáneamente una guerra con Corea del Norte y otra con Irak y, al mismo tiempo, oponerse a una incursión rusa en Europa. *The New York Times* dijo: «Los documentos clasificados sugieren un número de tropas y una cantidad de recursos que detendrían, si no invertirían, la tendencia a la baja del gasto militar para mediados de la década de 1990».[57]

El plan suscitó una oleada de críticas dentro y fuera de Estados Unidos. Defendía la imposición de una «Pax Americana», dijo el senador Joseph Biden: «la vieja noción de Estados Unidos como policía del mundo». El senador Robert Byrd aseguró que la estrategia del Pentágono era «miope,

superficial y decepcionante. El concepto básico en que se asienta todo el documento parecer ser: “Nos encanta ser la única superpotencia que queda en el mundo y queremos seguir siéndolo hasta el punto de poner en peligro la salud de nuestra economía y el bienestar de nuestros ciudadanos”». *The New York Times* habló de «unilateralismo de pecho henchido». El Pentágono dio marcha atrás tan aprisa que se tropezó con sus propios embustes. Uno de sus portavoces aseguró que Wolfowitz no había leído el plan —cuando era el autor del borrador— y Cheney tampoco. Eso sí, admitió que estaba en consonancia con el pensamiento de Cheney.[58]



Bush y Gorbachov firman el START I en el Kremlin. Este tratado limitaría el número de cabezas nucleares estratégicas de Estados Unidos y la Unión Soviética a seis mil para cada uno y el de sistemas de lanzamiento a mil seiscientos. Gorbachov insistió también en la eliminación de las armas nucleares tácticas, iniciativa refrendada por un estudio encargado por Colin Powell, entonces jefe del Estado Mayor Conjunto. El Pentágono, en cambio, se negó. A pesar de las dificultades, ambos bandos acometieron recortes importantes de sus arsenales nucleares que reducirían, aunque no suprimirían del todo, el riesgo de cataclismo nuclear.

El 91 por ciento de índice de popularidad de Bush al término de la guerra del Golfo evitó que las principales figuras del Partido Demócrata advirtieran su debilidad electoral, y eso dejó la puerta abierta al gobernador de Arkansas, Bill Clinton. Clinton, que presidía el Democrat Leadership Council [Consejo de Dirección Demócrata], era «un demócrata de nuevo cuño», es decir, alguien a medio camino entre los liberales y los conservadores. Prometió una administración favorable a las empresas capaz de disminuir el déficit, bajar los impuestos a la clase media, reforzar el ejército y «acabar con la asistencia social tal y como la conocemos». Ross Perot absorbió el 19 por ciento del voto popular y Clinton hizo trizas a Bush en la votación de los compromisarios.

La euforia de los demócratas por volver a la Casa Blanca duró poco. Los republicanos debilitaron la posición de Clinton nada más llegar con su voto negativo a la admisión de los homosexuales en el ejército. El peor revés llegaría, sin embargo, con el rechazo a su plan de revisión del sistema sanitario. De todos los países industrializados, solo Estados Unidos y la Sudáfrica del *apartheid* carecían de un sistema universal de seguridad social. Los republicanos y sus aliados del sector empresarial gastaron cincuenta millones de dólares en asustar al ciudadano y negar cobertura sanitaria a decenas de millones de norteamericanos. Richard Armey, presidente de la House Republican Conference [Grupo Republicano de la Cámara], se preparó para lo que, según él, era «el debate más importante de política nacional del último medio siglo [...], la batalla decisiva de los liberales contra los defensores de un Estado de gran tamaño». Opinaba que «El fracaso del plan de Clinton [...] debilitará la agenda del presidente [...], desmoralizará a sus partidarios y reforzará a la oposición. Nuestras ideas de mercado de pronto se volverán concebibles, y no solo en cuanto a la seguridad social, sino en un buen número de temas [...]. Los historiadores dirán que se trata del principio del renacimiento republicano».[59]

Las elecciones al Congreso de 1994 dieron a los republicanos el control de ambas cámaras por primera vez en cuarenta años. Republicanos y demócratas se escoraron a la derecha. Sucumbiendo a

la presión de los conservadores, Clinton dio por concluido el programa de ayuda a familias con niños dependientes, que llevaba auxiliando a familias pobres desde la Depresión, y apoyó una guerra contra las drogas y una legislación mucho más dura para la delincuencia común. La población carcelaria pasó de medio millón de reclusos en 1980 a dos millones veinte años después. El 45 por ciento de los presos eran afroamericanos, el 15 por ciento, hispanos.

La Rusia postsoviética también se inclinó a la derecha. Para privatizar la economía, Yeltsin consultó a Jeffrey Sachs, de la Universidad de Harvard, y a otros expertos de USAID. Sachs ya había asesorado al gobierno polaco durante su paso del socialismo al capitalismo, medida que duplicó la pobreza de Polonia en dos años y que, según ciertos cálculos, se saldó con la mitad de la población por debajo del índice de pobreza en 2003. Sachs y los demás aconsejaron al primer ministro ruso Yegor Gaidar y a su viceprimer ministro Antoli Chubáis una «terapia de choque» más radical que la aplicada en Polonia. Gorbachov había rechazado peticiones similares del G7, el FMI y el Banco Mundial. Otro actor importante del cambio en Rusia fue el subsecretario del Tesoro Lawrence Summers. Como economista jefe del Banco Mundial había provocado recientemente cierto escándalo al firmar un memorándum presuntamente sarcástico que aseguraba: «La lógica económica del arrojar [...] residuos tóxicos en los países con salarios más bajos es impecable [...]. Siempre he pensado que los países menos poblados de África son también los MENOS contaminados». El ministro de Medioambiente de Brasil le contestó: «Su razonamiento es en efecto impecable, pero propio de un loco [...], un ejemplo concreto de la inconcebible enajenación [...], crueldad social y [...] arrogante ignorancia de muchos “economistas” convencionales».[60]

Los flirteos de Rusia con sus amigos capitalistas demostraron ser igualmente «locos». Antes de que el pueblo ruso comprendiera lo que estaba ocurriendo, Yeltsin desreguló la economía, privatizó empresas y recursos estatales, eliminó subsidios de primera necesidad, suprimió el control de precios y estableció monopolios de propiedad privada. Las ayudas y la condonación de la deuda por parte de Occidente que había prometido Sachs nunca se materializaron. Más tarde, Sachs culpó a Cheney y a Wolfowitz de pretender «el dominio militar de Estados Unidos sobre Rusia a largo plazo».[61] Las circunstancias empeoraron durante la presidencia de Bill Clinton. En lo que los rusos llamaron el «gran robo», los recursos y las fábricas de Rusia fueron vendidos a precio de saldo a inversores privados, exdirigentes comunistas entre ellos, que se convirtieron en multimillonarios de la mañana a la noche.

Yeltsin respondió al clamor popular contra su política con la disolución del Parlamento, la suspensión de la Constitución y gobernando sobre todo por decreto el resto de la década. El economista jefe del Banco Mundial para Rusia declaró a *The Wall Street Journal*: «En mi vida me lo había pasado tan bien».[62]

El pueblo ruso no compartía su frivolidad. La economía rusa se derrumbó. La hiperinflación engulló los ahorros de toda una vida de mucha gente. Decenas de millones de trabajadores perdieron su empleo. La esperanza de vida de los varones cayó en picado de sesenta y siete a cincuenta y siete años. Hacia 1998 más del 80 por ciento de las granjas estaban en bancarrota, el PIB había bajado a la mitad. La economía rusa se redujo al tamaño de la de Holanda. En el año 2000 la inversión de capital era de solo el 20 por ciento de lo que había sido diez años antes. El 50 por ciento de los rusos ganaban menos de treinta y cinco euros al mes —el umbral oficial de pobreza— y muchos solo un poco más. Rusia se convertía a pasos agigantados en un país del Tercer Mundo. Entre los rusos circulaba un chiste amargo: siempre habían pensado que los comunistas les habían mentido sobre las diferencias entre capitalismo y socialismo, pero resultaba que solo les habían mentido a propósito del socialismo.

La «Sachseconomía» obró milagros similares en las demás antiguas repúblicas socialistas soviéticas. En el conjunto de la antigua URSS, el número de pobres pasó de catorce millones en 1989

a ciento cuarenta y siete millones, y eso antes de la crisis de 1998. El famoso novelista Alexander Solzhenitsin, que regresó a Rusia tras dos décadas de exilio, describió así la situación en el año 2000:

> Una de las consecuencias de la era Yeltsin es que todos los sectores básicos de nuestro estado y su vida económica, cultural y moral han sido saqueados o destruidos. Vivimos literalmente entre ruinas, aunque finjamos llevar una vida normal [...]. En nuestro país se han llevado a cabo grandes reformas [...], pero eran falsas reformas, porque han dejado a la mitad de nuestro pueblo sumido en la pobreza [...]. ¿Seguiremos saqueando o destruyendo Rusia hasta que no quede nada de ella? [...]. Quiera Dios que no prosigan las reformas.[63]

El desprecio popular a Yeltsin avivó el antiamericanismo. A los rusos les molestó también la injerencia de Estados Unidos en la cuenca del Caspio, rica en recursos energéticos, y la ampliación de la OTAN para incluir a Hungría, Polonia y la República Checa —medida que George Kennan, que ya tenía noventa y dos años, calificó de «enorme e histórico error estratégico»—. Los rusos condenaron el bombardeo, por parte de la OTAN y liderado por los norteamericanos, de sus hermanos eslavos de Yugoslavia en 1999: según una encuesta, para el 96 por ciento de ellos era «un crimen contra la humanidad». En el año 2000 el 81 por ciento opinaban que la política norteamericana era antirrusa y la mayoría que Estados Unidos estaba imponiendo un «telón de acero a la inversa» en sus fronteras.[64] Económicamente mutilada, Rusia se apoyó más en su arsenal nuclear, que tomó como su última línea de defensa. Con esta noción en mente, amplió las circunstancias potenciales de empleo de armas nucleares y empezó a modernizar su arsenal.

Se produjeron incidentes muy peligrosos. En 1995 unos operadores de radar confundieron un cohete lanzado por los noruegos con un misil balístico y Yeltsin activó la alarma nuclear por primera vez. Discutió con sus asesores militares la posibilidad de contraatacar y lanzar misiles nucleares contra Estados Unidos hasta que sus nueve satélites de alerta temprana confirmaron que no había ningún peligro y la crisis terminó. En el año 2000 solo dos de esos satélites seguían operativos, de modo que Rusia carecía de vigías que la alertaran la mayor parte del día.

Las encuestas demostraron que los rusos preferían el orden a la democracia y que la mayoría tenía nostalgia de «los buenos tiempos» de Stalin. Aunque Clinton no se cansaba de elogiar a Yeltsin como artífice de la democracia, el pueblo ruso condenaba la disolución ilegal y el asalto armado al Parlamento electo, que iniciara una cruenta guerra contra la república separatista de Chechenia en 1994 y la errónea dirección de una economía que se derrumbaba. Para Gorbachov, Yeltsin era un «embustero» que se había arrogado más privilegios que los zares.[65] Con un índice de aprobación popular inferior al 10 por ciento, Yeltsin dimitió el 31 de diciembre de 1999 y fue sustituido por el antiguo director del KGB Vladímir Putin.



Octubre de 1995, Bill Clinton y Boris Yeltsin comparten risas durante una rueda de prensa en la residencia de Franklin D. Roosevelt en Hyde Park, Nueva York. Aunque Clinton no se cansaba de elogiar a Yeltsin como el artífice de la democracia en Rusia, el pueblo ruso condenó la disolución ilegal y el asalto armado al Parlamento, su cruenta guerra contra la república separatista de Chechenia en 1994 y la errónea dirección de una economía en descomposición. Para Gorbachov, Yeltsin era un «embustero» con más

privilegios que los zares.

En 1992, en cuanto cayó el Gobierno de Afganistán respaldado por los rusos, Estados Unidos perdió interés en ese país yermo y lejano con una esperanza de vida de cuarenta y seis años. Estalló una sangrienta guerra civil entre diversas facciones y grupos étnicos islámicos. Uno de ellos, el de los talibanes, consistía básicamente en estudiantes fanáticos reclutados con la colaboración de los servicios secretos paquistaníes entre los refugiados afganos de las madrasas de Pakistán —sufragadas por los saudíes—. Muchos habían recibido instrucción militar en campamentos financiados por la CIA y la mayoría habían estudiado libros de texto elaborados por el Center for Afghanistan Studies de la Universidad de Nebraska dentro de un programa de USAID, que aportó cincuenta y un millones de dólares entre 1984 y 1994. Escritos en pastún y dari, los idiomas dominantes en Afganistán, eran libros diseñados para atizar el fanatismo y espolear la resistencia ante los invasores soviéticos. Sus páginas estaban repletas de doctrina islámica e ilustraciones violentas. Los niños aprendían a contar con imágenes de tanques, misiles, minas terrestres, fusiles Kalashnikov y soldados soviéticos muertos. Un reconocido profesor afgano dijo: «Las imágenes [...] son horrendas para unos niños, pero los textos son mucho peores». Una de esas imágenes, por ejemplo, mostraba a un soldado ataviado con una bandolera y un Kalashnikov. Encima de él aparecía un verso del Corán y debajo una declaración sobre los muyahidines, que, en obediencia a Alá, sacrificaban de buena gana su vida y su fortuna para imponer la *sharia*. Los alumnos aprendían a leer con historias de la yihad. En 1996, cuando tomaron Kabul, los talibanes siguieron empleando los mismos textos violentos. Se limitaron a quitar las imágenes, que consideraban blasfemas.[66] A las niñas, por suerte, se les ahorraba la indignidad de leerlos: tenían prohibido ir al colegio. Los talibanes sometieron a todos los afganos a la ley islámica más extrema, prohibieron la representación de imágenes e instituyeron palizas, amputaciones y ejecuciones públicas. Las mujeres perdieron todos sus derechos: no podían trabajar ni salir a la calle sin compañía masculina.

También en 1996, los talibanes dieron la bienvenida en su regreso a Afganistán a un joven saudí llamado Osama bin Laden. Volvía como jefe de Al Qaeda (La Base), organización extremista volcada en la expulsión del mundo musulmán de Estados Unidos y sus aliados y en la restauración del califato. Había formado parte del submundo clandestino de la CIA y reclutado e instruido a militantes extranjeros que acudían en tropel a Afganistán para batallar contra el infiel soviético. La financiación procedía principalmente de los miembros de la familia real saudí, que deseaban difundir el wahabismo, rama del islam particularmente estricta. El padre de Bin Laden era uno de los hombres más ricos de Arabia. Más que ninguna otra cosa, Bin Laden despreciaba la presencia de «los ejércitos infieles» norteamericanos en Arabia Saudí, la tierra más sagrada del islam, y condenaba el apoyo de Estados Unidos a Israel. Pedía públicamente la eliminación de los aliados de Washington de Arabia, Jordania, Egipto y Palestina. Promulgó su primera fatua en 1992: pedía la yihad contra los occidentales por la ocupación de las tierras islámicas.

Bin Laden y sus aliados cumplían sus amenazas. En 1995 murieron cinco miembros de las Fuerzas Aéreas norteamericanas y otros treinta y cuatro resultaron heridos en un atentado en Riad. El mes de junio siguiente, un camión cargado de bombas destruyó un edificio del complejo de las Torres Khobar, también en Arabia Saudí. Murieron otros diecinueve soldados y trescientos setenta y dos resultaron heridos. Dados sus estrechos lazos con la familia Bin Laden, el Gobierno saudí inició una investigación de los saudíes chiíes relacionados con Irán. Louis Freeh, director del FBI, se reunió en repetidas ocasiones con el príncipe Bandar bin Sultán, embajador saudí en Washington, que le convenció de la implicación de Irán. Bin Laden negó públicamente toda responsabilidad, pero dijo a un periodista palestino que Al Qaeda sí estaba detrás de los bombardeos. Los expertos en Bin Laden

del FBI y la CIA se aherrojaron a sus investigaciones.

Pero los atentados de Arabia Saudí, el de ese mismo año contra un edificio federal de Oklahoma City por terroristas de derechas y el realizado con gas sarín en el metro de Tokio por la organización Aum Shinrikyo, concitaron la atención de algunos funcionarios del gobierno. En enero de 1996, la sección de contraterrorismo de la CIA abrió un nuevo despacho. Solo tenía un cometido: seguir la pista de Osama bin Laden, que organizaba campamentos de entrenamiento para terroristas en Afganistán.

Aunque apenas comprendía la amenaza que representaba Al Qaeda, el Gobierno norteamericano sí estaba atento a las oportunidades de inversión en la zona. El propio presidente Clinton insistió en la construcción de oleoductos para trasladar el petróleo y el gas desde antiguas repúblicas soviéticas por rutas a través de Rusia e Irán. Algunos estudios calculaban el valor total de las reservas de petróleo y gas de Asia Central en entre tres y seis billones de dólares. El gobierno apoyó la iniciativa de la petrolera Unocal de construir un gaseoducto valorado en dos mil millones de dólares para llevar gas natural de Turkmenistán a Pakistán y la India. «Con el proyecto de Unocal —señaló un funcionario del Departamento de Estado— se consolidará nuestro dominio, los rusos perderán parte del suyo y podremos evitar que Irán se beneficie».[67] Contando con los talibanes para estabilizar un país devastado por la guerra, Unocal celebró la toma de Kabul por los talibanes. Era un hecho «muy positivo», dijo el vicepresidente ejecutivo de Unocal. El *neocon* Zalmay Khalilzad, consultor de Unocal que había trabajado bajo la dirección de Paul Wolfowitz en el Departamento de Estado y con Dick Cheney en el Departamento de Defensa, también opinaba lo mismo. El periodista paquistaní Ahmed Rashid explicó que, para algunos diplomáticos, los talibanes eran «mesiánicos bienhechores semejantes a los cristianos renacidos del Estados Unidos conservador».[68]


جهاد

Página de un libro de texto en lengua dari editado por el Centro de Estudios de Afganistán de la Universidad de Nebraska. En una de sus páginas puede leerse: «La yihad es la guerra que en nombre de Dios libran los musulmanes para liberarse y liberar su tierra de los enemigos del islam. Cuando el infiel invade, todo musulmán tiene la obligación de sumarse a la yihad». Entre los talibanes de Afganistán, muchos habían estudiado esos libros, publicados dentro de un programa de USAID financiado con cincuenta y un millones de dólares entre 1984 y 1994.

Unocal pulsó todas las teclas para conseguir la aprobación de su gaseoducto. Contrató al Centro de Estudios de Afganistán de la Universidad de Nebraska para que contribuyera a crear un clima favorable y pusiera en marcha la necesaria formación profesional. Ese centro impartiría clases en catorce disciplinas básicas, al menos nueve de las cuales podían aplicarse directamente en la construcción del gaseoducto. Para que eso fuera posible, el centro debía mantener buenas relaciones con las principales facciones rivales de Afganistán: Alianza Norte y los talibanes. *The Omaha World-Herald* publicó que la Alianza Norte había recibido críticas «del Departamento de Estado norteamericano, de las Naciones Unidas y de grupos pro derechos humanos por terrorismo,

violaciones, secuestro de mujeres y niños, torturar a los prisioneros y matanza indiscriminada de civiles durante los combates». Y eran, según la mayoría, los buenos de la película. Amnistía Internacional acusó a los talibanes, que controlaban alrededor del 75 por ciento del país, incluidos los estrechos por donde pasaría el gaseoducto, de «*apartheid* de género» y de facilitar el cultivo de casi la mitad del opio mundial. A la pregunta de por qué una institución académica aceptaría un papel así aparte de por cobrar la cantidad sustancial que pagaba Unocal, Thomas Gouttierre, director del centro, contestó: «Yo no doy por sentado que toda empresa privada es mala». Tampoco los talibanes le causaban mayores reparos. Los describía así: «Son como la gente que apoyó un fenómeno como el de William Jennings Bryan: populistas [...]. No pretenden oprimir a su pueblo».[69]

Las víctimas de los atentados de Al Qaeda en 1998 contra las embajadas norteamericanas de Nairobi y Dar es-Salaam dudaban más de las buenas intenciones de los talibanes o sus partidarios. Las bombas estallaron con diez minutos de diferencia y mataron a más de doscientas personas. Dos años después, Al Qaeda volvió a golpear con un atentado suicida contra el *USS Cole*. Entonces, Clinton dio el visto bueno al asesinato de Bin Laden en sus bases de Afganistán. Tras los bombardeos, Unocal renunció al contrato del gaseoducto, pero otras empresas siguieron interesadas. Enron, cuyo director ejecutivo, Ken Lay, era uno de los mayores patrocinadores de George W. Bush, ambicionaba la construcción de un gaseoducto capaz de suministrar gas natural a buen precio a su deficiente planta eléctrica de Dabhol, en la India. Dick Cheney, que en aquel entonces era consejero delegado de Hallliburton, también tenía la vista puesta en las reservas de petróleo. En 1998 dijo ante un conjunto de ejecutivos de la industria petrolera: «No recuerdo ninguna región que haya surgido tan de repente para convertirse en una zona tan estratégicamente importante como ahora el Caspio».[70]

Aunque Estados Unidos ya no tenía que hacer frente a la amenaza de ninguna nación hostil, el gobierno desperdició los prometidos dividendos de la paz en una nueva oleada de gastos militares. En enero del 2000,Clinton añadió otros ciento quince mil millones de dólares a un plan quinquenal de defensa ya previsto, lo cual suponía un presupuesto de Defensa de un billón seiscientos mil dólares y la demostración de que los demócratas eran aún más duros en materia de defensa que sus adversarios republicanos. Y continuaron los gastos en defensa antimisiles por mucho que los expertos dijeran que el costoso sistema nunca funcionaría como se había previsto y tanto enemigos como aliados temieran que indicase que Estados Unidos pretendía agrandar su potencial para un primer ataque nuclear inicial. Clinton se negó, por otra parte, a suscribir el tratado de minas terrestres de Ottawa y validó el incremento de la venta de armas, de tal manera que, si en 1987 Estados Unidos tenía una cuota del 29 por ciento del mercado mundial, en 1997 la cuota había pasado al 58 por ciento, y la mayor parte se la llevaban, además, países con un deplorable historial en el respeto de los derechos humanos.

La mayor presión para aumentar los gastos militares provenía de un arrogante grupo de neoconservadores encabezado por William Kristol y Robert Kagan, que en 1997 formaron el Project for the New American Century, PNAC [Proyecto para el Nuevo Siglo Americano]. El PNAC se remontaba a la noción de Henry Luce de una hegemonía norteamericana global indiscutida. En su declaración de principios fundacional, este grupo deploraba que Estados Unidos hubiera perdido sus objetivos con Clinton y apelaba al retorno a «la política de Reagan, de poder militar y claridad moral». Los fundadores se enorgullecían de un linaje que se remontaba directamente al búnker de *Scoop* Jackson y el Equipo B, el Comité del Peligro Actual, etcétera. Eran un eco lejano de la Comisión Trilateral de Carter. Entre ellos se encontraban Elliott Abrams, William Bennett, Jeb Bush, Dick Cheney, Eliot Cohen, Midge Decter, el empresario Steve Forbes, Francis Fukuyama, Frank Gaffney, Fred Ikle, el historiador Donald Kagan, Zalmay Khalilzad, I. Lewis *Scooter* Libby, Norman Podhoretz, el exvicepresidente Dan Quayle, Henry Rowen, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz.[71] Ellos y otros miembros y colaboradores, como Richard Perle, Kenneth Adelman, Richard Allen, Richard Armitage, John Bolton, Jeane Kirkpatrick, Charles Krauthammer, Daniel Pipes y el

exdirector de la CIA James Woolsey dominarían el discurso y la ideología del gobierno de George W. Bush tan completamente como la Comisión Trilateral dominó los del gobierno Carter. Las consecuencias serían desastrosas para la humanidad, mucho más desastrosas, en realidad, que las erróneas políticas inspiradas por Brzezinski seguidas por Carter.[72]

Los componentes del PNAC fueron desgranando su programa en una serie de informes, cartas y declaraciones. Pedían un incremento de los gastos de defensa, completar el proyecto de dominio espacial y el despliegue de un sistema exhaustivo de defensa con misiles. Insistían en que Estados Unidos tenía que ser capaz de «luchar y obtener victorias decisivas en varios teatros de operaciones importantes simultáneamente» y patrullar «regiones críticas», y en especial Oriente Próximo, por su riqueza en petróleo. Su primera recomendación era acabar con Sadam Husein e instaurar un nuevo gobierno dominado por Ahmed Chalabi y su Congreso Nacional Iraquí. En enero de 1998, instaron a Clinton a evitar el Consejo de Seguridad de la ONU y emprender acciones militares unilateralmente. Pero Sadam no había incurrido en provocaciones suficientes.

Desde la guerra del Golfo, inspectores de las Naciones Unidas supervisaban en Irak el desmantelamiento de armas de destrucción masiva. Las zonas de exclusión aérea que hacían cumplir norteamericanos y británicos y las severas sanciones de la ONU habían causado mucho sufrimiento a la población. En una entrevista con Madeleine Albright, la secretaria de Estado, la periodista Leslie Stahl comentó: «Hemos oído que han muerto medio millón de niños [...]. Son más de los que murieron en Hiroshima»; y luego preguntó: «¿Merece la pena?». Madeleine Albright respondió: «Es una elección difícil. Pero creemos que la recompensa... creemos que la recompensa merece la pena».

Los especialistas debatieron sobre el número de niños iraquíes fallecidos a consecuencia de las sanciones. En diciembre de 1995, en un artículo del boletín médico británico *The Lancet*, dos investigadores de la ONU concretaron la cifra en quinientos sesenta y siete mil, aunque luego ese cálculo se modificó y disminuyó. En 2003 el primer ministro británico Tony Blair declaró en una rueda de prensa conjunta con George Bush: «En los cinco últimos años, cuatrocientos mil niños iraquíes menores de cinco años han muerto de malnutrición y enfermedades»; y lo utilizó como argumento para justificar una invasión que incrementaría la cifra en varias decenas de millar.[73]

Aunque Clinton resistió las presiones en favor de la invasión, sentó con su retórica, y la de su secretaria de Estado, las bases de la política de Bush y Cheney. Albright advirtió: «Irak está muy lejos [de Estados Unidos], pero lo que allí ocurre tiene grandes repercusiones aquí. Porque el peligro de que los gobernantes de un estado terrorista empleen contra nosotros o nuestros aliados armas nucleares, químicas o biológicas es la mayor amenaza a que nos enfrentamos».[74] En otra ocasión tuvo el valor de declarar: «Si tuviéramos que recurrir a la fuerza, sería porque somos América, la nación indispensable. Pisamos fuerte y vemos el futuro con más claridad que otras».[75]

Evidentemente, sin embargo, ni Albright ni Clinton veían el pasado con mucha claridad. A finales de octubre de 1998, el presidente firmó la Iraq Liberation Act [Ley de Liberación de Irak], que decía: «Estados Unidos debería apoyar las iniciativas por acabar con el régimen encabezado por Sadam Husein y promover la instauración de un gobierno democrático que lo sustituya».[76] Sadam obstaculizó de inmediato las inspecciones, aunque, bajo la amenaza de guerra, las volvió a autorizar a mediados de noviembre.

La altivez y dureza de Albright incomodaba a los miembros más ecuánimes del gobierno. En una discusión preguntó: «¿Qué sentido tiene tener un ejército tan extraordinario del que todo el mundo habla si luego no puedes utilizarlo?». Colin Powell recordaría: «Yo creí que me iba a dar algo. Los soldados americanos no eran soldaditos de plomo que mover de aquí para allá en una especie de juego de tablero del mundo entero».[77]

Las elecciones presidenciales del año 2000 fueron las más escandalosas de la historia de Estados Unidos. George W. Bush derrotó a John McCain en unas feas primarias del Partido Republicano

donde Bush ya dio muestras de las tácticas que luego emplearía en las elecciones. Bush ocultó bien su conservadurismo compasivo, su declarada ideología, y atacó furiosamente a McCain desde la derecha. Tendió la mano a los neoconfederados, segregacionistas irredentos que defendían que la bandera rebelde ondeara sobre el capitolio estatal de Carolina del Sur. Habló en la Universidad Bob Jones, célebre por prohibir las citas interraciales entre alumnos. Pero, sobre todo, Karl Rove y el grupo de expertos de Bush difundieron el bulo de que McCain, «el candidato marica», tenía una hija ilegítima negra y Cindy, su mujer, era drogadicta. McCain declaró: «Las tácticas de división y difamación no casan con nuestros valores [...]; quienes las ponen práctica en nombre de la religión, en nombre del Partido Republicano o en nombre de América deshonran nuestra religión, nuestro partido y nuestro país».[78] Tenía razón, pero esas tácticas funcionaron entre las bases del partido, que se desplazaban claramente hacia la derecha.

Como compañero de candidatura, Bush escogió a Dick Cheney, que, casualmente, era el encargado de vetar a los potenciales aspirantes. Los republicanos esperaban que Cheney, veterano de varios gobiernos y seis legislaturas en el Congreso, otorgase peso a una pareja encabeza por el inexperto y poco reputado exgobernador de Texas. Cheney había hecho una fortuna en su breve periodo como consejero delegado de Halliburton —se retiró el mismo año 2000 con una indemnización por despido de treinta y cuatro millones de dólares—. En 1998 dirigió la fusión de la empresa con Dresser Industries, lo que la convirtió en la mayor petrolera del mundo. Halliburton era también el mayor contratista del sector de la defensa por medio de su filial Brown & Root. Bush y Cheney se enfrentaron al vicepresidente Al Gore y al senador Joe Lieberman. La carrera se complicó con la participación del reformista Ralph Nader y del conservador Pat Buchanan.

A medida que se aproximaban las elecciones, los sondeos indicaban un resultado ajustado. Los asesores de Bush temían una victoria en el voto popular y una derrota en el colegio electoral, es decir, en el voto de los compromisarios.[79] De modo que se prepararon para orquestar una sublevación popular para acusar a Gore de utilizar al anticuado colegio electoral para forzar la voluntad popular.

La votación fue en efecto muy reñida. A escala nacional, Al Gore ganó en el voto popular por quinientos cuarenta y cuatro mil sufragios. Ganar en Florida le habría dado también la victoria en el colegio electoral. La mayoría del electorado de Florida tenía, claramente, intención de votarle, pero las confusas papeletas —las llamadas, por su forma, *butterfly ballot* [papeleta mariposa]— empleadas en West Palm Beach indujeron a error a muchos votantes judíos de cierta edad que, sin pretenderlo, dieron su voto a Buchanan, quien había sido acusado de antisemitismo en muchas ocasiones y al que esos votantes en particular despreciaban. Además, las viejas máquinas de recuento por tarjetas perforadas de barrios pobres con electorado predominantemente demócrata motivaron que los funcionarios encargados de la supervisión del proceso invalidaran ciento ochenta mil sufragios porque no se identificaban con claridad los votos o porque contenían más de una elección.[80] Peor fue, sin embargo, que decenas de miles de votantes afroamericanos favorables a Gore quedaran excluidos previamente de las listas por funcionarios republicanos instruidos por la codirectora de la campaña de Bush en Florida, la secretaria de Estado de Florida Katherine Harris, con el pretexto, a menudo infundado, de que eran delincuentes convictos. Al final, más del 10 por ciento del electorado afroamericano quedó fuera de las listas electorales —por tan solo un 2 por ciento del electorado blanco de filiación republicana—. De haber podido votar los excluidos, cincuenta mil votantes afroamericanos más habrían participado en las elecciones de Florida, lo cual habría dado a Gore una clara victoria y le habría asegurado la victoria final. En cambio, a causa de las irregularidades y de los noventa y siete mil sufragios obtenidos por Ralph Nader, del Partido Verde, Bush se aferró a una minúscula ventaja inferior al millar de votos de entre más de seis millones de sufragios emitidos. En caso de refrendarse los resultados de Florida, Bush tendría la victoria asegurada en el colegio

electoral por doscientos setenta y uno a doscientos sesenta y seis votos.

Al Gore pisaba terreno minado. Jeb Bush, el hermano pequeño del candidato, era el gobernador de Florida. Katherine Harris, una exaltada, era la encargada de certificar los resultados. Los recuentos parciales recortaron la ventaja de Bush hasta quedar por debajo de los seiscientos votos. Temiendo que el recuento en el conjunto del estado, que era lo que pedía Al Gore, lo hundiera, Bush llamó en su ayuda a James Baker, director de campaña y secretario de Estado de su padre, y *consigliere* de la familia, y le pidió que recurriera a todas las argucias legales para impedir el recuento. La campaña de Bush reunió también a un pequeño ejército de abogados, congresistas y funcionarios de la cámara para que gestionaran la operación in situ —muchos llegaron en aviones privados fletados por un amigo de Bush, *Kenny Boy* Lay, de Enron, y por los colegas de Cheney en Halliburton.

Tom DeLay, figura importante del Partido Republicano en el Congreso, se encargó del operativo. Unos setecientos cincuenta afiliados al partido corrieron en tropel a los tres condados predominantemente demócratas donde se pensaba en hacer recuentos. En broncas manifestaciones se retrataban como vecinos de Florida a los que Gore quería hurtar la victoria electoral y los medios republicanos afines reproducían sus declaraciones. El 22 de noviembre, el ejército de campo republicano, reforzado con cubanos de derechas, desbarató el intento de la junta electoral del distrito de Miami-Dade de revisar casi once mil sufragios en lo que *The Wall Street Journal* llamó «protesta de patada en la puerta y puñetazo en la ventana». Una muchedumbre de cincuenta personas entre quienes se encontraban el senador Trent Loft y partidarios de Tom DeLay y que encabezaba John Sweeney, congresista por Nueva York, entonaron canciones de burla y, al grito de «¡Fraude, fraude, fraude!», pidieron que cerrase la junta. Los miembros de esa junta fueron acosados y los empujaron, y David Leahy, el supervisor jefe, recibió un puñetazo. Además, le amenazaron con la llegada de un millar de norteamericanos de origen cubano. La Revuelta de Brooks Brothers, como la llamaron por la cara ropa de los manifestantes, logró su objetivo: los atemorizados miembros de la junta electoral dejaron el recuento, que, según publicó el *Journal*, reduciría aún más la ventaja de Bush.

El operativo republicano se repitió en el tribunal del condado de Broward, de amplia mayoría demócrata. Los manifestantes republicanos superaron a los demócratas, también presentes, en una proporción de diez a uno. Entre quienes observaron el cierre de la junta electoral de Miami-Dade estaba Paul Gigot, editorialista de *The Wall Street Journal*, que comentó: «Si es posible tal cosa como una revuelta burguesa, sucedió aquí, el miércoles. Y podría acabar salvando la presidencia de George W. Bush».[81]

Katherine Harris evitó otros recuentos y certificó la victoria de Bush por quinientos treinta y siete votos. Aunque superado en Florida por más de cuatro a uno, Al Gore siguió la lucha en los tribunales. El 8 de diciembre, el Tribunal Supremo de Florida ordenó el recuento en el conjunto del estado de todas las papeletas sin voto o con más de un voto en los casos en que el nombre de los candidatos había sido señalado y también escrito de puño y letra. Cuando su ventaja disminuyó a menos de doscientos votos, Bush solicitó al Tribunal Supremo de Estados Unidos que interrumpiera el recuento. Siete de los nueve jueces de ese tribunal habían sido designados por presidentes republicanos y cinco de esos siete por el gobierno de Reagan o el de Bush padre. El tribunal, finalmente, ordenó la interrupción del recuento por cinco votos a favor y cuatro en contra, lo que dio la presidencia a Bush. Los jueces Stephen Breyer y Ruth Bader Ginsburg mostraron su desacuerdo y declararon: «Aunque nunca sabremos con certeza la verdadera identidad del ganador de las elecciones presidenciales del presente año, la identidad del perdedor es evidente. Es la confianza de la nación en la justicia como guardián imparcial del estado de derecho».[82] Hubo quienes hablaron de golpe de Estado.

Bush prometió gobernar como un «conservador compasivo», pero poca compasión y compromiso cabía esperar de un gobierno para el que Cheney eligió en puestos clave a *neocons* y miembros del

ala dura del partido. Para la Secretaría de Defensa, el arisco vicepresidente electo escogió a su mentor, Donald Rumsfeld, de quien Henry Kissinger dijo que era «el hombre más despiadado» que había conocido.[83] Jim Baker le recordó a Bush, «ya sabes lo que le hizo a tu padre». Se refería a los esfuerzos de Rumsfeld por malbaratar la carrera política de su padre en los años setenta.[84] Pero Bush se dio el perverso placer de designar a una persona que había retado tan abiertamente a su padre. Rumsfeld, hombre de prodigiosa arrogancia, y Cheney, sombrío, dispépsico y reservado hasta lo patológico, dominarían la política exterior y con frecuencia ningunearían al secretario de Estado Colin Powell.

Cheney se embarcó en la misión de restaurar la autoridad del poder ejecutivo, que él mismo había venido erosionando paulatinamente, o eso creía, desde la aprobación de la Ley de Poderes de Guerra en 1973 y el caso Watergate. Bush, que compartía el desprecio de su vicepresidente por la opinión pública, se rodeó de fieles y acólitos. A Bob Woodward le dijo: «No necesito explicar por qué digo las cosas. Eso es lo interesante de ser el presidente. Puede que alguien tenga que explicarme a mí porqué dice algo, pero yo no tengo la sensación de deberle una explicación a nadie».[85] Dio menos ruedas de prensa que ningún presidente de la era moderna, se dirigió a públicos previamente escogidos y estableció zonas especiales para que los manifestantes de turno quedaran lejos de donde él se encontraba.



El 22 de noviembre del año 2000, durante el recuento de votos de las elecciones presidenciales, un ejército de republicanos, reforzado por cubanos de derechas, desbarató el intento de la junta electoral del distrito de Miami-Dade de revisar casi once mil sufragios en lo que The Wall Street Journal *llamó «protesta de patada en la puerta y puñetazo en la ventana». La Revuelta de Brooks Brothers, así llamada por la cara ropa de los manifestantes, logró su objetivo: los atemorizados miembros de la junta abandonaron el recuento.*

Desde un principio, el debate en profundidad sobre asuntos de política nacional brilló por su ausencia. Uno de los pocos que quisieron impulsarlo fue John DiIulio, a quien Bush escogió para presidir la White House Office of Faith-Based and Community Initiatives [Oficina de la Casa Blanca de Iniciativas Comunitarias y Basadas en la Fe]. DiIulio, respetado politólogo de la Universidad de Pensilvania que previamente había enseñado en Harvard y Princeton, era la nota discordante de la nueva administración. No solo era, junto con Norman Mineta, el secretario del Tesoro, el único demócrata del gobierno, sino que también era, según el periodista Ron Suskind, su «gran cerebro». Bush decía que le consideraba «uno de los emprendedores sociales más influyentes de América». Era también uno de los pocos que se tomaba en serio el compromiso del presidente de poner en práctica un «conservadurismo compasivo» —cuando hablaba, por ejemplo, de la necesidad de salvar *the least, the last and the lost* [«lo menor, lo último y lo que se ha perdido»].[86]

Rodeado de ideólogos neoconservadores y constantemente hostigado por la derecha religiosa, John DiIulio duró en el cargo apenas ocho meses. En octubre de 2002 se sinceró en una carta a Suskind en la que expresaba su admiración por el presidente, quien, en su opinión, era «mucho, mucho más inteligente de lo que algunas personas [...] parecen suponer», pero criticaba el ambiente

de la Casa Blanca, donde, del presidente para abajo, prácticamente no había debates de altura sobre política nacional:

> No existía un libro blanco de política interior. Solo un par de personas del Ala Oeste se preocupaban de los análisis y de sustanciar las políticas [...]. [La] falta de un debate político fundamentado resultaba descorazonadora [...]. Eso daba pie a lo que podríamos llamar maquiavelos de pacotilla: cargos importantes y menos importantes que hablan y actúan como si la cumbre de la sofisticación política consistiera en reducirlo todo a los términos más simples y maniqueos para luego inclinar toda iniciativa legislativa o política lo más hacia la derecha que se pueda.[87]

Si el primer presidente Bush y Bill Clinton habían tomado algunas iniciativas diplomáticas y procurado formar coaliciones, George W. Bush mostró la clase de «unilateralismo de pecho henchido» que los neoconservadores llevaban décadas demandando. Anunció que no enviaría al Senado el tratado del Tribunal Penal Internacional para su ratificación a pesar de que Clinton ya lo había firmado y de que prácticamente todas las demás democracias occidentales sí lo habían suscrito. Tal vez anticipara con Cheney que formar parte del primer tribunal del mundo encargado de juzgar crímenes de guerra podía interferir en sus planes. Rechazó el Comprehensive Nuclear Test Ban Treaty [Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares], al que se adhirieron ciento cincuenta naciones. Repudió el Protocolo de Kioto sobre el calentamiento global; derogó el tratado anti misiles balísticos con Rusia, para tener manos libres para ampliar el carísimo y no probado programa de defensa con misiles; abjuró del proceso de paz de Oriente Próximo; y suspendió las conversaciones con Pionyang sobre el programa de misiles de largo alcance de Corea del Norte. Cheney colocó a sus más fieles partidarios en puestos burocráticos clave y colaboró estrechamente con Rumsfeld para ampliar el papel e influencia del Pentágono. Aunque carecían de mandato popular para ello, Bush y Cheney procedieron a pisotear a la oposición aprovechando el hecho de que los republicanos tenían en sus manos la presidencia y ambas cámaras por primera vez desde los años veinte.

La administración del segundo Bush estaba, según expresión de Ralph Nader, «adobada en petróleo»,[88] con dos magnates al timón y un miembro del consejo de administración de Chevron, Condoleezza Rice, con cuyo nombre bautizaron a un petrolero de doble casco, como consejera de Seguridad Nacional. Cheney reunió rápidamente un grupo de trabajo para temas de energía y formuló una nueva política energética basada en el control del petróleo del Golfo Pérsico y el mar Caspio. Más tarde se resistiría con uñas y dientes a revelar los nombres de las personas participantes en dicho grupo y sus debates. Un alto cargo del Consejo de Seguridad Nacional dio instrucciones a sus subordinados de cooperar con ese grupo mientras trataba de «modelar» una revisión de «la política con estados terroristas» como Irak y «acciones relativas a la captura de los yacimientos petrolíferos y de gas ya existentes y futuros».[89] En 1999, ante un auditorio de ejecutivos de la industria petrolera, Cheney dijo: «La demanda mundial de crudo crecerá un promedio de un 2 por ciento anual en los próximos años al tiempo que, según los cálculos más conservadores, la producción a partir de las reservas existentes descenderá alrededor de un 3 por ciento. Eso significa que hacia 2010 necesitaremos del orden de otros cincuenta millones de barriles al día. Pero ¿de dónde va a salir ese petróleo? [...]. Oriente Próximo, con dos terceras partes del crudo mundial, y siendo la región donde se extrae a menor coste, sigue siendo la isla del tesoro».[90] El grupo de trabajo de Cheney pidió al gobierno que presionara a los países de Oriente Próximo para que «abrieran las puertas de determinadas áreas de sus sectores energéticos a la inversión extranjera».[91]

El congresista Dennis Kucinich expresó en voz alta lo que eso implicaba:

> El petróleo es un factor importante en todos los aspectos de la política norteamericana en el Golfo Pérsico. Pregúntense:

> ¿qué producto constituye el 83 por ciento de todas las exportaciones del Golfo? ¿Qué estamos protegiendo con nuestro permanente despliegue de unos veinticinco mil soldados, seis escuadrones de cazas, seis escuadrones de bombarderos, trece escuadrones de reconocimiento, un grupo de batalla con un portaaviones y un grupo de intervención anfibia situados en once bases militares? [...]. Tan desproporcionado despliegue de tropas en Oriente Próximo no tiene por objeto proteger a los habitantes de la región, que solo constituyen el 2 por ciento del conjunto de la población mundial.[92]

En sus primeros ocho meses en el gobierno, Bush y Cheney se esforzaron con denuedo por alcanzar las metas del PNAC. Y apenas prestaron atención a la amenaza terrorista. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 debieron y pudieron haberse evitado. Richard Clarke, jefe de la sección de contraterrorismo del Consejo de Seguridad Nacional, alertó a importantes miembros del gobierno como Cheney, Condoleezza Rice y Colin Powell del peligro de Al Qaeda ya desde sus primeros días en el cargo. Les advirtió de la inminencia de un atentado. El 25 de enero pidió a Rice que convocara una reunión urgente de los «miembros principales» del gabinete para comentarlo. Y la reunión se produjo el 4 de septiembre.

En el verano de 2001 se produjeron numerosas señales de advertencia. Mensajes de Al Qaeda interceptados hablaban de que estaba a punto de ocurrir «algo espectacular».[93] Los agentes del FBI informaron del sospechoso comportamiento de individuos que querían aprender a pilotar aviones de pasajeros, pero no estaban interesados en saber cómo aterrizar. En agosto George Tenet, director de la CIA, recibió un documento titulado «Extremista islámico aprende a volar» sobre el arresto en Minnesota de Zacarias Mussaui después de que la escuela de vuelo donde se estaba formando denunciase su extraña conducta.[94] Clarke luego daría fe de que Tenet se paseó por todo Washington «echando humo» mientras intentaba que el presidente le atendiera.[95] A finales de junio, el propio Tenet le dijo: «Tengo la sensación de que será pronto. Y de que va a ser muy gordo».[96] Todos los servicios de inteligencia redactaron informes con titulares como los siguientes: «Las amenazas de Bin Laden son reales», «Bin Laden planea atentados importantes», «Bin Laden planea operaciones múltiples», «Las apariciones públicas de Bin Laden pueden ser presagio de un atentado» o «Avanzan los planes de la red de Bin Laden».[97] Todas las alertas advertían de la gran probabilidad de que antes de terminar el trimestre se produjeran atentados «espectaculares» con muchas víctimas y gran repercusión. Según Thomas Powers, autor especialista en espionaje, en los nueves meses anteriores al 11 de septiembre, diversos empleados de los servicios de inteligencia «advirtieron al gobierno hasta cuarenta veces de la amenaza que suponía Osama bin Laden, pero no era eso lo que la administración quería oír, y no lo oyó».[98]

El *President's Daily Brief* [Informe diario del presidente] que Bush recibió en su rancho de Crawford el 6 de agosto se titulaba «Bin Laden decidido a atentar en Estados Unidos». Comentaba la posibilidad de que terroristas de Al Qaeda secuestrasen aviones. Bush demostró el mismo interés de siempre. Al agente de la CIA que le entregó el informe le dijo: «Hala, ya has cubierto el expediente».[99] Más tarde, Tenet declararía: «El sistema estaba en alerta roja».[100] Pese a todo, en abril de 2004, Bush tuvo la temeridad de declarar en conferencia de prensa: «Si hubiera tenido el más mínimo indicio de que esa gente iba a estrellar aviones contra unos edificios, habría removido cielo y tierra para salvar al país».[101]

Condoleezza Rice es igualmente culpable y fue igualmente falsa. En el verano de 2001, Tenet y J. Cofer Black, jefe de contraterrorismo de la CIA, la presionaron para que adoptase un plan para frustrar el inminente atentado de Bin Laden, pero la consejera de Seguridad Nacional estaba más preocupada por el sistema de defensa con misiles balísticos. Frustrado, más tarde Black señalaría: «Lo único que no hicimos fue apretar el gatillo de la pistola que le pusimos en la sien».[102] Tiempo después, Rice diría: «No creo que nadie pudiera prever [...] que intentarían utilizar un avión como si fuera un misil... secuestrar un avión y utilizarlo como si fuera un misil».[103]

Pero Bush y Rice no fueron los únicos miembros del gobierno que apenas dieron muestras de interés. Thomas Pickard, que por aquel entonces era director del FBI, dijo a la comisión encargada de investigar los atentados que aquel verano habló en dos ocasiones de la amenaza terrorista con John Ashcroft, el fiscal general, y que en la segunda, Ashcroft le dijo que no quería volver a saber nada del asunto.[104] El subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz también hizo caso omiso. Rumsfeld fue aún más lejos y el 9 de septiembre amenazó con conseguir que el presidente vetase los planes del Armed Services Committee [Comité de las Fuerzas Armadas] de transferir seiscientos millones de dólares del presupuesto de defensa de misiles a los departamentos de contraterrorismo.

Pero en aquella época tampoco fueron muchos los que predijeron que Bush, Cheney, Rice, Rumsfeld, Wolfowitz y sus colegas utilizarían los criminales atentados del 11 de septiembre de 2001 como excusa para emprender dos guerras contra dos países islámicos, guerras que causarían a Estados Unidos muchos más perjuicios de los que jamás podría causar Osama bin Laden, o que acabarían triturando la Constitución norteamericana y la Convención de Ginebra.

[1] «Stirrings of Peace», *The New York Times*, 31 de julio de 1988.

[2] «Excerpts from Speech to U.N. on Major Soviet Military Cuts», *The New York Times*, 8 de diciembre de 1988.

[3] Robert G. Kaiser, «An Offer to Scrap the Postwar Rules», *The Washington Post*, 8 de diciembre de 1988.

[4] Jennifer Lowe, «Whither the Wimp?», *The Washington Post*, 30 de noviembre de 1987.

[5] Curt Suplee, «Sorry, George, But the Image Needs Work», *The Washington Post*, 10 de julio de 1988.

[6] Margaret Garrard Warner, «Bush Battles the "Wimp Factor"», *Newsweek*, 19 de octubre de 1987, p. 28.

[7] Sidney Blumenthal, «George Bush: A Question of Upbringing», *The Washington Post*, 10 de febrero de 1988.

[8] Sean Wilentz, *The Age of Reagan: A History, 1974-2008*, HarperCollins, Nueva York, 2009, p. 265.

[9] Thomas Hardy, «"Wimp Factor", Joins Poor George Bush at the Starting Line», *The Chicago Tribune*, 18 de octubre de 1987.

[10] Wilentz, *The Age of Reagan*, p. 266.

[11] Suplee, «Sorry, George, But the Image Needs Work».

[12] «Transcript of the Keynote Address by Ann Richards, the Texas Treasurer», *The New York Times*, 19 de julio de 1988.

[13] Tom Shales, «Rather, Bush and the Nine-Minute War», *The Washington Post*, 26 de enero de 1988; Richard Cohen, «The "Wimp" Becomes a Bully», *The Washington Post*, 1 de noviembre de 1988.

[14] Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2007, p. 408.

[15] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996, p. 449.

[16] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge University Press, 2007), pp. 386-387.

[17] Richard Rhodes, *Arsenals of Folly: The Making of the Nuclear Arms Race*, Alfred A. Knopf, 2007, p. 287.

[18] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 436; Clifford Krauss, «U.S. Officials Satisfied with Soviets' Gulf Role», *The New York Times*, 20 de septiembre de 1990; Daniel T. Rogers, *Age of Fracture*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2011, p. 246.

[19] Leffler, *For the Soul of Mankind*, p. 450.

[20] Mary Elise Sarotte, «Enlarging NATO, Expanding Confusion», *The New York Times*, 30 de noviembre de 2009, p. 31; Uwe Klussman, Matthias Schepp y Klaus Wiegrefe, «NATO's Eastward Expansion: Did the West Break Its Promise to Moscow?», *www.spiegel.de/international/world/0,1518,druck-663315,00.html*; Noam Chomsky, *Hopes and Prospects*, Haymarket Books, Chicago, 2010, pp. 278-280.

[21] Stephen Kinzer, *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*, Times Books, Nueva York, 2006, p. 253.

[22] «A Transcript of Bush's Address on the Decision to Use Force in Panama», *The New York Times*, 21 de diciembre de 1989.

[23] «Cheney's Reasons for Why the U.S. Struck Now», *The New York Times*, 21 de diciembre de 1989.

[24] R. W. Apple, «War: Bush's Presidential Rite of Passage», *The New York Times*, 21 de diciembre de 1989.

[25] James Brooke, «U.S. Denounced by Nations Touchy About Intervention», *The New York Times*, 21 de diciembre de 1989.

[26] John B. Quigley, *The Invasion of Panama and International Law*, International Progress Organization, Viena, 1990, p. 3.

[27] Noam Chomsky, *Hegemony or Survival: America's Quest for Global Dominance*, Owl Books, Nueva York, 2004, p. 107. [*Hegemonía o supervivencia: la estrategia imperialista de Estados Unidos*, trad. de Miguel Izquierdo, Ediciones B, Barcelona, 2004].

[28] Gary J. Dorrien, *Imperial Designs: Neoconservatism and the New Pax Americana*, Routledge, Nueva York, 2004, p. 26.

[29] Elliott Abrams, «Better Earlier», *The Washington Post*, 22 de diciembre de 1989.

[30] «Excerpts from Iraqi Document on Meeting with U.S. Envoy», *The New York Times*, 23 de septiembre de 1990.

[31] George F. Will, «Gorbachev, Hussein and Morality», *St. Petersburg Times*, 16 de enero de 1991.

[32] Elaine Sciolino, «Deskbound in U.S., the Envoy of Iraq Is Called Scapegoat for a Failed Policy», *The New York Times*, 12 de septiembre de 1990.

[33] Lloyd C. Gardner, *The Long Road to Baghdad: A History of U.S. Foreign Policy from the 1970s to the Present*, New Press, Nueva York, 2008, p. 81.

[34] Ned Zeman, «Where Are the Troops?», *Newsweek*, 3 de diciembre de 1990, p. 6; Craig Unger, *House of Bush*, *House of Saud*,

Scribner, Nueva York, 1994, pp. 139-140.

[35] Andrew J. Bacevich, *American Empire: The Realities and Consequences of U.S. Diplomacy*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2002, pp. 63-64; David Hoffman, «Baker Calls Iraqi Threat to "Economic Lifeline"», *The Washington Post*, 14 de noviembre de 1990.

[36] Joel Brinkley, «Israelis Praising Decision by Bush», *The New York Times*, 9 de agosto de 1990.

[37] R. W. Apple, Jr., «Bush Draws Line», *The New York Times*, 9 de agosto de 1990.

[38] Charles Paul Freund, «In Search of a Post-Postwar Rhetoric», *The Washington Post*, 12 de agosto de 1990.

[39] Maureen Dowd, «President Seeks to Clarify Stand», *The New York Times*, 2 de noviembre de 1990; Lloyd Gardner, «The Ministry of Fear: Selling the Gulf Wars», en *Selling War in a Media Age: The Presidency and Public Opinion in the American Century*, Kenneth Osgood y Andrew K. Frank (eds.), University Press of Florida, Gainesville, 2010, pp. 232-233.

[40] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, p. 77.

[41]*Ibid.*, pp. 83-84.

[42] Thomas L. Friedman, «How U.S. Won Support to Use Mideast Forces», *The New York Times*, 2 de diciembre de 1990.

[43] George Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Knopf, Nueva York, 1998, p. 491.

[44] Ruth Marcus, «U.N. Debate to Cap U.S. Lobby Effort», *The Washington Post*, 26 de noviembre de 1990.

[45] Judith Miller, «Iraqi Pullout? Election in Kuwait? Prospects Worry Hawks», *The New York Times*, 8 de octubre de 1990.

[46] Patrick E. Tyler, «U.S. Juggling Iraq Policy», *The New York Times*, 13 de abril de 1991.

[47] Dorrien, *Imperial Designs*, p. 35.

[48] Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 489.

[49] George C. Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*, Oxford University Press, Nueva York, 2008, p. 912.

[50] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, p. 78.

[51] George F. Will, «The Emptiness of Desert Storm», *The Washington Post*, 12 de enero de 1992.

[52] Paul Lewis, «U.N. Survey Calls Iraq's War Damage Near-Apocalyptic», *The New York Times*, 22 de marzo de 1991.

[53] Patrick E. Tyler, U.S. Officials Believe Iraq Will Take Years to Rebuild», *The New York Times*, 3 de junio de 1991.

[54] «Quotation of the Day», *The New York Times*, 2 de marzo de 1991; Bacevich, *American Empire*, p. 62.

[55] Rhodes, *Arsenals of Folly*, p. 292.

[56]*Ibid.*, p. 296.

[57] Patrick E. Tyler, «Pentagon Imagines New Enemies to Fight in Post-Cold-War Era», *The New York Times*, 17 de febrero de 1992; Patrick E. Tyler, «Lone Superpower Plan: Ammunition for Critics», *The New York Times*, 10 de marzo de 1992.

[58] Barton Gellman, «Keeping the U.S. First», *The New York Times*, 11 de marzo de 1992; «America's Not the Only Cop», *The New York Times*, 7 de junio de 1992.

[59] Alan Lichtman, *White Protestant Nation: The Rise of the American Conservative Movement*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2008, p. 410.

[60] Jim Vallette, «Larry Summers' War Against the Earth», *CounterPunch*, 15 de junio de 1999, *www.counterpunch.org/1999/06/15/larry-summers-war-against-the-earth/*; «Furor on Memo at World Bank», *The New York Times*, 7 de febrero de 1992.

[61] Jeffrey Sachs, *The End of Poverty: Economic Possibilities for Our Time*, Penguin Books, Nueva York, 2005, p. 139.

[62] Naomi Klein, *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*, Metropolitan Books, Nueva York, 2007, p. 291.

[63] Stephen F. Cohen, *Failed Crusade: America and the Tragedy of Post-Communist Russia* (edición revisada), W. W. Norton, Nueva York, 2001, pp. 4-5.

[64]*Ibid.*, pp. 36-37.

[65] «Yeltsin Is a Liar, Says Gorbachev», *The Times* (de Londres), 26 de diciembre de 2001.

[66] Joe Stephens y David B. Ottaway, «From the U.S., the ABCs of Jihad», *The Washington Post*, 23 de marzo de 2002; Stephen Buttry, «UNO's Afghan Textbooks Face Criticism», *Omaha World-Herald*, 23 de marzo de 2002.

[67] Kenneth Freed, «Odd Partners in UNO's Afghan Project», *Omaha World-Herald*, 26 de octubre de 1997.

[68] Ahmed Rashid, *Taliban: Militant Islam, Oil and Fundamentalism in Central Asia*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2000, p. 176.

[69] Freed, «Odd Partners in UNO's Afghan Project».

[70] Marjorie Cohn, «The Deadly Pipeline War: U.S. Afghan Policy Driven by Oil Interests», *Jurist*, 8 de diciembre de 2001, *www.commondreams.org/views01/1208 04.htm*.

[71] Project for the New American Century, «Statement of Principles», *www.newamericancentury.org/statementofprinciples.htm*.

[72] Dorrien, *Imperial Designs*, pp.142-143. De las dieciocho personas que en 1998 firmaron la carta a Clinton pidiéndole que «apartase del poder a Sadam Husein y su régimen», once formaron parte del gobierno de George W. Bush. Entre los miembros del PNAC y *neocons* eminentes que estuvieron en ese gobierno se encontraban Dick Cheney (vicepresidente), Donald Rumsfeld (secretario de Defensa), Paul Wolfowitz (vicesecretario de Defensa), Richard Armitage (vicesecretario de Estado), Elliott Abrams (director *senior* de Oriente Próximo, Sudeste Asiático y Norte de África del Consejo de Seguridad Nacional), John Bolton (subsecretario de Estado de control de armamentos y seguridad internacional y embajador en la ONU), Paula Dobriansky (subsecretaria de Estado de asuntos globales), Zalmay Khalilzad (enviado especial del presidente en Afganistán y embajador de los iraquíes libres), Richard Perle (presidente de la semiautónoma Defense Policy Board del Pentágono [Junta de Política de Defensa]), Peter Rodman (ayudante de la Secretaría de Defensa de asuntos de seguridad internacional), William Schneider, Jr. (presidente de la Defense Science Board del Pentágono [Junta de Ciencias de la Defensa]), Robert B. Zoellick (representante de comercio), Stephen Cambone (director de la oficina del Pentágono de análisis y valoración de programas), Eliot Cohen (Defense Policy Board), Devon Gaffney Cross (Defense Policy Board), I. Lewis Libby (jefe de gabinete del vicepresidente Cheney), William Luti y Abram Shulsky (directores de la oficina de planes

especiales del Pentágono), James Woolsey (Defense Policy Board) y David Wurmser (ayudante especial de la Subsecretaría de Estado para el control de armamentos).

[73] John W. Dower, *Cultures of War: Pearl Harbor/Hiroshima/9-11/Iraq*, W. W. Norton, 2010, pp. 91-92.

[74] «Transcript: Town Hall Meeting on Iraq at Ohio State February 18», 20 de febrero de 1998, *www.fas.org/news/iraq/1998/02/20/98022006_tpo.html*.

[75] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, p. 111.

[76]*Ibid.*, p. 112.

[77] Colin Powell con Joseph Persico, *My American Journey*, Random House, Nueva York, 1995, p. 576.

[78] «Excerpt from McCain's Speech on Religious Conservatives», *The New York Times*, 29 de febrero de 2000.

[79] En las elecciones presidenciales de Estados Unidos, los ciudadanos, el llamado «voto popular», no eligen directamente al presidente y al vicepresidente. Estos figuran en las papeletas de voto, pero es el elector, o compromisario de cada circunscripción, el que luego vota la candidatura mayoritariamente escogida. Son los quinientos treinta y ocho electores del conjunto de la nación los que, dentro del llamado «colegio electoral», eligen al presidente por mayoría absoluta. *(N. del T.)*.

[80] En Estados Unidos, al menos en aquellas elecciones, no todas las papeletas de votación eran iguales. Ni tampoco los métodos y aparatos de recuento de votos. *(N. del T.)*.

[81] Nicholas Kulish y Jim Vandehei, «Politics & Economy: Protest in Miami-Dade Is a Well-Organized GOP Effort», *The Wall Street Journal*, 27 de noviembre de 2000; Paul Gigot, «Burgher Rebellion: GOP Turns Up Miami Heat», *The Wall Street Journal*, 24 de noviembre de 2000; Wilentz, *The Age of Reagan*, pp. 423-424.

[82] Edward Walsh, «Ruling Marked by the Words of a Dissenter», *The Washington Post*, 17 de diciembre de 2006.

[83] «Profile: Washington Hawk Donald Rumsfeld», *http://news.bbc.co.uk/2/hi/ americas/2247256.stm*.

[84] Robert Draper, *Dead Certain: The Presidency of George W. Bush*, Free Press, Nueva York, 2007, p. 282.

[85] Bob Woodward, «A Course of "Confident Action"», *The Washington Post*, 19 de noviembre de 2002.

[86] Elizabeth Becker, «Head of Religion-Based Initiative Resigns,» *The New York Times*, 18 de agosto de 2001; Ron Suskind, «Why Are These Men Laughing?», *Esquire*, enero de 2003, p. 97.

[87] «John Dilulio's Letter», 24 de octubre de 2002, *www.esquire.com/features/ diIulio*.

[88] Joel Achenbach, «Nader Puts His Mouth Where the Money Is», *The Washington Post*, 4 de agosto de 2000.

[89] Jane Mayer, «Contract Sport: What Did the Vice-President Do for Halliburton?», *The New Yorker*, 16 de febrero de 2004, *www.newyorker.com/archive/2004/ 02/16/ 040216fa_fact*.

[90] «Full Text of Dick Cheney's Speech at the IP Autumn Lunch», *http:// web.archive.org/web/20000414054656/*; *http://www.petroleum.co.uk/speeches. htm*.

[91] Antonia Juhasz, «Whose Oil Is It, Anyway?», *The New York Times*, 13 de marzo de 2007.

[92] Dennis Kucinich, «Obviously Oil», 11 de marzo de 2003, *www.alternet.org/ story/15359/*.

[93] Herring, *From Colony to Superpower*, p. 940.

[94] David Johnston y Jim Dwyer, «Pre-9/11 Files Show Warnings Were More Dire and Persistent», *The New York Times*, 18 de abril de 2004.

[95] «Clarke "Would Welcome" Open Testimony», *www.msnbc.msn.com/id/ 4619346/ns/us_news-security/t/clarke-would-welcome-open-testimony/#.TpJrlajEMhA*.

[96] Richard A. Clarke, *Against All Enemies: Inside America's War on Terror*, Free Press, Nueva York, 2004, p. 235. [*Contra todos los enemigos*, Taurus, Madrid, 2004].

[97] Johnston y Dwyer, «Pre-9/11 Files Show Warnings Were More Dire and Persistent».

[98] Thomas Powers, «Secret Intelligence and the "War on Terror"», *New York Review of Books*, 16 de diciembre de 2004, *www.nybooks.com/articles/archives/ 2004/dec/16/secret-intelligence-and-the-war-on-terror*.

[99] Ron Suskind, *The One Percent Doctrine: Deep Inside America's Pursuit of Its Enemies Since 9/11*, Simon & Schuster, Nueva York, 2006, p. 2. [*La doctrina del uno por ciento: la historia secreta de la lucha contra Al Qaeda*, trad. de Isabel Murillo Fort, Península, Barcelona, 2006].

[100] Wilentz, *The Age of Reagan*, p. 440.

[101] «Transcript of Bush's Remarks on Iraq: "We Will Finish the Work of the Fallen"», *The New York Times*, 14 de abril de 2004.

[102] «Two Months Before 9/11, an Urgent Warning to Rice», *The Washington Post*, 1 de octubre de 2006.

[103] Frank Rich, «The Jack Welch War Plan», *The New York Times*, 28 de septiembre de 2002.

[104] Johnston y Dwyer, «Pre-9/11 Files Show Warnings Were More Dire and Persistent».

CAPÍTULO 13. LA DEBACLE DE LA PAREJA BUSH-CHENEY. «EN IRAK SE HAN ABIERTO LAS PUERTAS DEL INFIERNO»

Las tergiversaciones e incorrecciones lingüísticas, los deslices y lapsus línguae de George W. Bush son legendarios. Pero a veces, entre las rendijas de su intrincada sintaxis se escapaba alguna verdad. Es lo que ocurrió en 2004 cuando declaró: «Nuestros enemigos son innovadores y tienen muchos recursos, pero nosotros también. Nunca dejan de maquinar cómo hacer daño a nuestro país y a nuestro pueblo, y nosotros tampoco».[1]

Cuando, en 2008, pusieron al equipo de Bush de patitas en la calle sin la menor ceremonia, los historiadores dijeron que se trataba de uno de los peores presidentes de la historia de Estados Unidos, si no el peor.[2] Sus índices de popularidad y de aprobación de su gestión marcaron nuevos mínimos en la época moderna, pero en realidad eran mejores que los de Dick Cheney, su aún menos popular vicepresidente. Bush y Cheney dejaron Estados Unidos hecho unos zorros, con la economía derrumbándose y peor reputación internacional que nunca. Tras invadir dos países, amenazar otros muchos y socavar el estado de derecho dentro y fuera de la nación, los antaño admirados Estados Unidos eran ahora universalmente temidos y casi universalmente condenados. La ciudadanía se preguntaba si las erróneas políticas de la administración Bush-Cheney eran resultado de la ineptitud, el orgullo desmedido o la ciega ambición, o quizá sus planes para Estados Unidos y el mundo tuvieran un cariz más siniestro.

Aunque el siempre cauto Barack Obama decidió no investigar los crímenes de su predecesor, otros sí se atuvieron a las restricciones de la legalidad internacional. En febrero de 2011, George W. Bush se vio forzado a cancelar una conferencia en Suiza por temor a protestas masivas contra su política de torturas. Los activistas planeaban, además, denunciarlo ante la fiscalía suiza. Katherine Gallagher, del Center for Constitutional Rights [Centro de Derechos Constitucionales], explicó: «El *waterboarding* [ahogamiento simulado] es tortura, y Bush ha admitido sin el menor indicio de remordimiento que ha aprobado su uso [...]. Los torturadores, aunque sean expresidentes de Estados Unidos, también son responsables y hay que perseguirlos. Hay que acabar con la impunidad de Bush».[3] Los organizadores de la protesta pidieron a los manifestantes que llevaran un zapato en honor del periodista iraquí encarcelado por tirarle los suyos a Bush en 2008. En referencia a la detención en Londres del difunto dictador chileno Augusto Pinochet en 1998, Gavin Sullivan, del European Center for Constitutional and Human Rights [Centro Europeo de Derechos Humanos y Constitucionales], declaró: «Lo que tenemos en Suiza es la oportunidad de hacer lo mismo que hicieron en Londres con Pinochet». Amnistía Internacional anunció que daría pasos similares si Bush visitaba cualquiera de los ciento cuarenta y siete países que habían suscrito la Convención Contra la Tortura en el marco de las Naciones Unidas.[4]

Lo sucedido el 11 de septiembre de 2001 y la reacción del Gobierno norteamericano cambiaron el curso de la historia. Ese día extremistas islámicos asestaron un golpe brutal a Estados Unidos. Con el presidente y sus principales colaboradores dormidos junto al botón de alarma, los secuestradores de Al Qaeda estrellaron varios aviones contra los mayores símbolos del poder imperial norteamericano: el World Trade Center y el Pentágono. Más de dos mil setecientas cincuenta personas murieron en Nueva York, incluidos quinientos extranjeros de noventa y una nacionalidades distintas. Los estadounidenses observaron con horror cómo las Torres Gemelas se sumían en llamas antes de derrumbarse. Otras ciento veinticinco personas murieron en el Pentágono. Pero el daño hecho a Estados Unidos palidecería en comparación con el que la administración de George W. Bush causaría en respuesta al atroz atentado de Al Qaeda.



Unos soldados enseñan al presidente Bush una ametralladora pesada en julio de 2002.

Posteriormente, Bush hizo caso omiso de las demandas de investigar cómo podía haberse producido un fallo tan colosal del gobierno y los servicios de inteligencia. Cuando la presión finalmente se hizo demasiado grande, recurrió a Henry Kissinger para que este oficiara el encubrimiento oficial. Hasta *The New York Times* se preguntó si la elección de Kissinger, el «consumado intruso de Washington», con sus «viejas amistades y relaciones empresariales», para presidir la comisión pertinente no era más que «una astuta maniobra de la Casa Blanca para evitar la investigación en profundidad» a la que llevaba oponiéndose tanto tiempo.[5]

Kissinger recibió la visita de un grupo de mujeres de Nueva Jersey que el atentado había dejado viudas. Una le preguntó si tenía algún cliente apellidado Bin Laden. Kissinger tiró el café y estuvo a punto de derrumbarse en el sofá de su despacho. Mientras sus visitas se apresuraban a limpiarlo, Kissinger echó la culpa de su torpeza a su «mala visión». A la mañana siguiente dimitió de la comisión.[6]



Las ruinas abrasadas y humeantes de las Torres Gemelas de Nueva York dos días después de los atentados de Al Qaeda el 11 de septiembre de 2001.

Kissinger fue sustituido por Thomas Kean, exgobernador de Nueva Jersey, que, junto con el copresidente de la comisión, el excongresista por Indiana Lee Hamilton, firmó el informe mayormente exculpatorio de 2004. En su libro sobre la comisión, el reportero de *The New York Times* Philip Shenon atribuyó el amable trato dispensado a los responsables del gobierno, sobre todo a la mano que guiaba al director ejecutivo de la comisión y confidente de Condoleezza Rice, Philip Zelikow, a quien algunos miembros del equipo de investigación consideraban «un topo de la Casa

Blanca».[7] Glenn Kessler, corresponsal internacional de *The Washington Post*, dijo que era un «gabinete de un solo experto de Condoleezza Rice», su «alma gemela intelectual».[8] La negligencia de Rice al no prestar la suficiente atención a las señales que advertían de la inminencia del atentado del 11 de septiembre era innegable.

Para la mayoría de los norteamericanos, los atentados del 11 de septiembre de 2001 fueron una terrible tragedia; para Bush y Cheney fueron, además, una oportunidad increíble, la de implementar el programa que sus aliados neoconservadores llevaban décadas fraguando. El último informe del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano, «La reconstrucción de las defensas de América», aseguraba: «Es probable que el proceso de transformación […] sea largo, a falta de algún acontecimiento catastrófico y catalizador… como un nuevo Pearl Harbor».[9] Al Qaeda acababa de dar a los miembros del PNAC su nuevo Pearl Harbor. A los pocos minutos del atentado, el equipo de Bush, menos el presidente ausente, se puso en acción. El vicepresidente Cheney y David Addington, su asesor legal, tomaron el mando. Addington no tardó en unir sus fuerzas con Timothy Flanagan y John Yoo para defender que el presidente, como comandante en jefe en tiempo de guerra, podía actuar prácticamente sin restricciones legales.[10] Sobre esa base, Bush incrementaría enormemente los poderes del ejecutivo y recortaría las libertades civiles; declararía: «No me importa lo que digan los abogados internacionales. Vamos a darle una patada en el culo a alguien».[11]



Bajo la atenta mirada de Ike, Paul Wolfowitz (a la derecha) habla con Donald Rumsfeld, Colin Powell y Scooter *Libby durante una reunión del gabinete el 12 de septiembre de 2001.*

Bush y los miembros del PNAC de su gobierno sabían muy bien de quién era el culo al que querían dar la patada. El 12 de septiembre, mirando ya más allá de Al Qaeda, Osama bin Laden y sus aliados talibanes de Afganistán, Bush dio instrucciones a Richard Clarke, máximo responsable de contraterrorismo: «Mira a ver —le dijo— si ha sido cosa de Sadam. Mira a ver si está relacionado con eso de alguna manera». Clarke, incrédulo, le contestó: «Pero, señor presidente, si esto es cosa de Al Qaeda…». Bush insistió. Cuando contó lo sucedido en la reunión, Clarke dijo que su ayudante, Lisa Gordon-Haggerty, al marcharse Bush se quedó «con la boca abierta y los ojos fijos en el presidente: “Wolfowitz le ha convencido”».[12]

Para lograrlo, el subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz contó con mucha ayuda. Su jefe, Donald Rumsfeld, había ordenado ya al ejército que elaborase un plan de invasión de Irak. «Que sea a gran escala —dijo—. Hay que acabar con todo. Lo que tenga que ver y lo que no».[13] Clarke pensó que Rumsfeld bromeaba al decir que Irak ofrecía mejores objetivos que Afganistán. Pero no bromeaba. La mañana del 12 de septiembre, George Tenet, el director de la CIA, fue corriendo a ver a Richard Perle, que salía del Ala Oeste de la Casa Blanca. Perle le dijo: «Irak tiene que pagar por lo de ayer. Es el responsable».[14] El 13 de septiembre, Wolfowitz anunció que la respuesta a los atentados no se

limitaría a Afganistán y «acabaría con los estados» que patrocinaban el terrorismo.[15]

Esa misma tarde, cuando Rumsfeld habló de ampliar la misión para «tocar Irak», Colin Powell, el secretario de Estado, insistió en que había que centrarse en Al Qaeda. Clarke le dio las gracias y expresó su perplejidad por la obsesión con Irak: «Habiendo sido atacados por Al Qaeda, que ahora vayamos a bombardear Irak sería como invadir México cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor». Consciente de con quién se las veía, Powell negó con la cabeza: «Esto todavía no ha terminado», dijo.[16]

Tenía razón. Los *neocons* pronto abandonarían la excusa de la implicación iraquí en los atentados. El 20 de septiembre, el PNAC redactó una carta a Bush en la que declaraba que «aunque no hubiera pruebas que vinculen directamente a Irak con los atentados, cualquier estrategia que se proponga la erradicación del terrorismo y sus patrocinadores debe incluir la firme determinación de destituir a Sadam Husein».[17] El número del 15 de octubre de *The Weekly Standard* contenía un reportaje de portada, «La causa del imperio americano», en el que el historiador militar Max Boot culpaba de los atentados al hecho de que Estados Unidos no hubiera conseguido imponer su voluntad al mundo. Pero Boot sabía cómo enmendar el error: «El debate de si Sadam Husein ha intervenido en los atentados del 11 de septiembre es absurdo. ¿A quién le importa si Sadam ha tenido algo que ver con esa barbarie en particular?».[18]

Tras ser atacado por Al Qaeda en Afganistán, Estados Unidos se preparaba para contraatacar en Irak, cuyo máximo dirigente, Sadam Husein, era enemigo declarado tanto de Al Qaeda como del régimen antiamericano de Irán. Richard Clarke admitió: «Al principio, yo me negaba a creer que estuviéramos hablando de otra cosa que de atrapar a Al Qaeda. Luego me di cuenta, y fue casi un dolor físico, de que Rumsfeld y Wolfowitz querían sacar provecho de aquella tragedia nacional para imponer sus planes sobre Irak».[19]

Clarke subestimaba a Bush, Cheney, Rumsfeld y Wolfowitz. Su agenda iba mucho más allá de Irak. Desde las ruinas humeantes de las Torres Gemelas, Bush proclamó: «Nuestra responsabilidad con la historia está clara. Debemos reaccionar a estos atentados y librar del mal al mundo».[20]

Cheney apareció en el programa *Meet the Press* [Encuentro con la prensa] para decir: «Pero también nosotros tenemos que trabajar, digamos, que en el lado oscuro [...]. Tenemos que pasar tiempo en la sombra del mundo del espionaje. Si queremos vencer, es necesario hacer gran parte de lo que hay que hacer en silencio, calladamente, sin debates, recurriendo a las fuentes y métodos con que cuentan nuestros servicios de inteligencia. Ese es el mundo en que opera esa gente, de modo que, básicamente, es vital para nosotros utilizar cualquier medio a nuestra disposición para lograr nuestro objetivo».[21]

El gobierno entró en ese «lado oscuro» casi con impaciencia. Al día siguiente, Bush dio autorización a la CIA para organizar fuera de Estados Unidos un centro de detención donde estarían permitidos la tortura y otros métodos de interrogatorio. Cuatro días más tarde, el presidente anunció en sesión conjunta del Congreso que Estados Unidos se embarcaba en una guerra global contra el terrorismo que afectaría «a cualquier nación» que siguiera «apoyando a terroristas o dándoles cobijo».[22] Dentro de esta política de excepcionalidad legal, la CIA empezó a detener a sospechosos contra los que no había procedimiento penal alguno y los llevaba a emplazamientos secretos del mundo entero.

La agencia pidió y recibió la autorización del presidente para buscar, capturar y matar a miembros de Al Qaeda y de otros grupos terroristas en cualquier país del planeta. En octubre un agente importante le dijo a Bob Woodward, de *The Washington Post*, que Bush había ordenado a la CIA que emprendiese «la acción encubierta más letal y ambiciosa desde su fundación en 1947». «Se acabaron las contemplaciones —comentó el agente—. El presidente ha dado a la agencia luz verde para hacer lo que sea necesario. Operaciones letales impensables antes del 11 de septiembre están ahora en

marcha». Cheney dio testimonio de otro cambio importante. «No es lo mismo que en la guerra del Golfo —le dijo también a Woodward—, en el sentido de que podría no terminar nunca. O, al menos, no en lo que a nosotros nos queda de vida».[23]

Efectivamente, muchas cosas impensables antes del 11 de septiembre de 2001 empezaron a ocurrir. En primer lugar, y fue lo más importante, la Casa Blanca se arrogó un poder sin precedentes, amenazando el orden constitucional. Para hacerlo posible, Bush explotó el clima de miedo e incertidumbre reinante tras los atentados. Los días posteriores al 11 de septiembre, el gobierno detuvo, y retuvo, a mil doscientas personas en Estados Unidos, musulmanes o de origen árabe o asiático. Interrogó, además, a otras ocho mil. Russ Feingold, senador por Wisconsin, exigió la interrupción de este procedimiento. «Es una hora oscura para las libertades civiles en América —señaló—. Por lo que me cuentan norteamericanos musulmanes y de procedencia árabe o surasiática, y otros, existe un miedo al gobierno desconocido hasta ahora».[24]

Bush presentó en el Congreso la USA Patriot Act [Ley Patriota de los Estados Unidos de América] con la mayor celeridad. La versión para el Senado fue aprobada sin discusión, debate ni sesiones. Sumidos en una atmósfera de crisis, solo Feingold tuvo el valor de votar que no. E insistió: «Es crucial preservar las libertades civiles de este país. En caso contrario, me temo que el terrorismo ganará la batalla sin disparar un solo tiro». La Cámara de Representantes aprobó el texto de la ley por trescientos treinta y siete votos a favor y setenta y nueve en contra,[25] y Bush firmó su entrada en vigor el 26 de octubre. En 2002 el presidente concedió permiso a la National Security Agency, NSA [Agencia Nacional de Seguridad], para llevar a cabo escuchas telefónicas, lo cual suponía una violación de la Foreign Intelligence Surveillance Act, FISA [Ley de Vigilancia de Información Secreta del Extranjero], y para supervisar el correo electrónico de todos los ciudadanos.[26]

Para convencer a los ciudadanos de que aceptaran tan flagrante infracción de sus libertades y privacidad, la administración los bombardeó constantemente con señales de alarma, el aumento de las medidas de seguridad y un sistema de alertas diario codificado en cinco colores que cambiaban en función de la presunta inminencia de atentado. Donald Rumsfeld y John Ashcroft, el fiscal general, manipulaban tan patentemente dicho sistema que Tom Ridge, encargado de la seguridad interior, se sintió impelido a dimitir tras un episodio particularmente notorio.[27] La administración empezó también a identificar puntos vulnerables y elaboró una lista de ciento sesenta posibles blancos del terrorismo. Hacia finales de 2003, esa cifra había aumentado hasta mil ochocientos cuarenta y nueve. Un año más tarde, a veintiocho mil trescientos setenta. En 2005, a setenta y ocho mil, y en 2007, a trescientos mil. Ni siquiera el corazón de la nación permaneció inmune. Por asombroso que pueda parecer, Indiana, el discreto estado del Medio Oeste del país, encabezaba el ránking de vulnerabilidad con ocho mil quinientos noventa y un blancos, es decir, casi el triple que California. Entre todos esos blancos potenciales figuraban lugares como zoológicos de mascotas, tiendas de donuts, puestos de palomitas, heladerías y el Mule Day Parade [Desfile del Día de la Mula] de Columbia, Tennessee.[28]

Bush dejó bien claro que se trataba de un nuevo tipo de guerra, de un conflicto que no se libraba contra ninguna nación, ni siquiera contra ninguna ideología, sino contra una táctica: el terrorismo. Ronald Spiers, embajador retirado, dijo que esa forma de plantearlo era deliberada y perniciosa. Elegir la metáfora de la «guerra», escribió en 2004, no era «correcto ni inocuo», porque toda guerra tiene «un final: la victoria o la derrota»: «De una “guerra contra el terrorismo” no se vislumbra el final, ni cuenta con una estrategia de salida, ni tiene enemigos y objetivos concretos, ni siquiera tácticas concretas [...]. El presidente ha encontrado esta “guerra” útil y la aprovecha para justificar todo lo que desea o no desea hacer [...]. Me recuerda a la guerra vaga e interminable del Gran Hermano de *1984*, la novela de George Orwell».[29]

Era también un nuevo tipo de guerra por el sacrificio que exigía a la abrumadora mayoría de norteamericanos. El peso de la lucha recaería en los miembros de un ejército de voluntarios

reclutado mayormente entre los estamentos inferiores de la sociedad. Su coste tendrían que asumirlo las generaciones futuras.

Si al comienzo de la Segunda Guerra Mundial Franklin D. Roosevelt advirtió: «La guerra cuesta dinero [...]. Eso se traduce en impuestos y bonos y en bonos e impuestos, en recortar los lujos y todo lo que no es esencial»,[30] Bush veía las cosas de manera muy distinta. Recortó los impuestos a los ricos y pidió al ciudadano que viajara a «los grandes destinos de América» y disfrutara de la vida como los estadounidenses desean disfrutarla.[31] Frank Rich, columnista de *The New York Times*, captó lo irreal de dicha petición: «Nadie nos pide que paguemos una buena seguridad de los vuelos o frente al bioterrorismo, ni que reduzcamos el consumo de combustible ni nuestra dependencia del petróleo de Arabia Saudí, cuyo segundo artículo de exportación en importancia son los terroristas. Al contrario, se nos pide que vayamos de compras, que vayamos al cine y al teatro, que vayamos a Disneylandia».[32]

Bush pedía al pueblo norteamericano una difícil elección: qué visitar primero: ¿Disneylandia o Disneyworld? A los talibanes les planteaba otro dilema: o entregaban a los líderes de Al Qaeda o los bombardeaba hasta devolverlos a la Edad de Piedra, de la que, en realidad, la mayor parte nunca había salido. «Bombardear Afganistán hasta el retorno a la Edad de Piedra... —escribió Tamim Ansary, afgano que llevaba treinta y cinco años viviendo en Estados Unidos y era enemigo declarado de Bin Laden y los talibanes— ya se ha hecho. Los soviéticos tuvieron buen cuidado de ello. ¿Que sufran los afganos? Ya sufren. ¿Arrasar sus casas? Ya están arrasadas. ¿Destruir sus infraestructuras? ¿Negarles el acceso a la atención sanitaria y a medicamentos? Demasiado tarde. Ya se han encargado de ello. Más bombas solo servirían para remover los escombros que dejaron las anteriores. Pero al menos conseguirán acabar con los talibanes... Es poco probable».[33]

Críticos de la precipitada guerra recordaron que entre los diecinueve secuestradores de los aviones del 11 de septiembre no había ningún afgano. Había quince saudíes, un libanés, un egipcio y dos ciudadanos de Emiratos Árabes Unidos. Habían vivido en Hamburgo y habían asistido a clases de vuelo y se habían entrenado sobre todo en Estados Unidos.

El 7 de octubre de 2001, menos de un mes después de los atentados, Estados Unidos y sus aliados lanzaron la Operación Enduring Freedom [Libertad Duradera]. Los dirigentes talibanes captaron el mensaje y pidieron negociar. El 15 de octubre, Wakil Ahmed Muttawakil, ministro de Exteriores talibán a quien la embajada norteamericana en Islamabad consideraba próximo al mulá Mohamed Omar, líder talibán, ofreció entregar a Bin Laden a la Organización de la Conferencia Islámica para que fuera juzgado. Hay pruebas que sugieren que el mulá Omar llevaba un tiempo intentando frenar a Bin Laden y que las relaciones entre Al Qaeda y los afganos se habían deteriorado. De hecho, representantes del Gobierno norteamericano habían mantenido más de veinte reuniones con cargos del estado talibán los tres años anteriores para tratar la entrega de Bin Laden para que lo juzgaran. Funcionarios estadounidenses llegaron a la conclusión de que los talibanes habían llegado a un punto muerto. Milton Bearden, antiguo jefe de delegación de la CIA que en los años ochenta había supervisado la guerra encubierta en Afganistán desde su base en Pakistán, disintió y culpaba a Estados Unidos de torpeza e inflexibilidad. «No llegamos a saber lo que querían decirnos —declaró a *The Washington Post*—. No nos entendíamos, no hablábamos el mismo lenguaje. Nosotros decíamos: “Entregad a Bin Laden”. Y ellos decían: “Haced algo que nos ayude a entregarlo”». Funcionarios de la embajada y del Departamento de Estado se citaron con Hamid Rasoli, jefe de seguridad talibán, en una fecha tan avanzada como agosto de 2001. «No tengo la menor duda de que querían librarse de él», declaró Bearden en octubre. Pero Estados Unidos no llegó a ofrecer nunca lo que los talibanes necesitaban, las medidas que les permitieran salvar el tipo.[34]

La guerra de alta tecnología de Rumsfeld logró reducir el número de bajas significativamente, pero la escasez de tropas permitió que Bin Laden, Omar y muchos de sus partidarios se le deslizaran

entre los dedos cuando los tenía atrapados en Tora Bora en diciembre de 2001. Muchos civiles afganos no tuvieron tanta suerte y murieron unos cuatro mil —es decir, más que en los atentados de las Torres Gemelas y el Pentágono juntos—, según Marc Herold, profesor de la Universidad de New Hampshire.[35] En meses posteriores, además, es muy posible que esa cifra se multiplicara por cinco.

Aunque Bush pronto perdió interés en Afganistán para centrarse en Irak, la guerra se prolongaría el resto de su presidencia. Hamid Karzai gobernó por mediación de brutales señores de la guerra y de funcionarios corruptos, y el país se convirtió en el mayor productor de opio del mundo —en 2004 acumulaba el 87 por ciento del total—.[36] En 2009 Afganistán era, solo por detrás de Somalia, el segundo país más corrupto del mundo.[37] Minados por la corrupción y agotados por la guerra, muchos afganos se alegraron del regreso de los talibanes a pesar del rechazo inicial a sus represivas políticas.

Aunque los autores intelectuales de los atentados del 11 de septiembre se les habían escapado, la CIA y el ejército acorralaron a miles de personas en Afganistán y otros lugares. Las condiciones en que vivían, además, indicaba hasta qué extremos eran capaces de llegar Bush y Cheney en nombre de Estados Unidos, un país que siempre había considerado que el buen trato a sus prisioneros era distintivo de su superioridad moral. Bush llamaba a los detenidos «combatientes enemigos ilegales», no prisioneros de guerra cuyos derechos había que respetar, y los encerraba en la base naval de la bahía de Guantánamo, en Cuba, o en las cárceles «negras», es decir, clandestinas, de la CIA en todo el mundo, donde podía retenerlos sine díe. A los menos afortunados, que eran víctimas de torturas aún peores, los entregaban a gobiernos aliados conocidos por su crueldad como el Egipto de Hosni Mubarak y la Siria de Bashar al Asad. Bush impidió el procedimiento en el mismo campo de batalla para determinar si un cautivo era civil o militar que exigía la Convención de Ginebra. En consecuencia, muchas personas que no tenían relación alguna ni con Al Qaeda ni con los talibanes eran capturadas por afganos e iraquíes sin escrúpulos en busca de una cuantiosa recompensa. Los prisioneros inocentes no tenían forma de protestar. Siguiendo los consejos de Alberto Gonzales, asesor de la Casa Blanca en asuntos legales, Bush declaró que el Convenio de Ginebra relativo al trato de los prisioneros de guerra, que Estados Unidos había ratificado en 1955, no se aplicaba a los talibanes sospechosos ni a los miembros de Al Qaeda,[38] lo cual escandalizó entre otros muchos a Richard Myers, jefe del Estado Mayor Conjunto.

La CIA recibió instrucciones de emplear diez métodos de interrogatorio mejorados, producto de cincuenta años de investigación de la tortura psicológica. Aparecían detalladas en *Kubark: Counterintelligence Interrogation Manual* [*Kubark: Manual de Interrogatorios de Contrainteligencia*], editado por la propia CIA en 1963 y perfeccionado por los aliados de Estados Unidos en Asia y Latinoamérica en los años sesenta, setenta y ochenta. Los norteamericanos habían abandonado la tortura psicológica al terminar la Guerra Fría y la habían repudiado en 1994 tras firmar la Convención de las Naciones Unidas contra la tortura. Tras los atentados del 11 de septiembre la recuperaron, a menudo para ir más allá de lo estrictamente «psicológico».[39]

Arthur Schlesinger Jr. declaró a la periodista Jane Mayer que para él la nueva política de torturas era «el desafío más rotundo, prolongado y radical al estado de derecho de la historia de Estados Unidos».[40] Más tarde, la CIA describió sus métodos de castigo al detalle. Tras el arresto se privaba al sospechoso «de visión y de oído» con un capuchón y unas orejeras. Si se negaba a cooperar, lo desnudaban, lo metían en una sala con luz cegadora y un ruido superior a los setenta y nueve decibelios y lo mantenían despierto durante un periodo que podía llegar a las ciento ochenta horas. En cuanto se convencía de que no tenía ningún dominio de sí mismo, empezaba el interrogatorio. A continuación, unos guardias le ponían grilletes en brazos y piernas y un collarín, y le quitaban el capuchón. Los interrogadores le daban bofetadas y, agarrándolo por el collarín, le golpeaban hasta treinta veces la cabeza contra la pared. Posteriormente también lo empapaban, le negaban el uso de

lavabo e inodoro, le obligaban a llevar pañales sucios, lo encadenaban al techo y le hacían permanecer de pie o de rodillas en posturas incómodas y dolorosas durante periodos de tiempo prolongados.[41] El Comité Internacional de la Cruz Roja informó de que a los presos de Guantánamo se les decía que los llevaban en un viaje «de ida y vuelta al borde de la muerte».[42]

En casos especiales se empleaba el *waterboarding*, a veces repetidamente, a pesar del hecho de que Estados Unidos había condenado a militares japoneses por emplear esa técnica contra prisioneros norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial. Malcolm Nance, experto en interrogatorios que fue instructor del programa Survival, Evasion, Resistance and Escape, SERE [Supervivencia, Evasión, Resistencia y Fuga], del Ejército norteamericano, describió en qué consistía:

> A no ser que te hayan atado con correas al tablón, hayas soportado la angustiosa sensación del agua venciendo el reflejo de toser y luego hayas sentido que se te abre la garganta y te va entrando litro tras litro hasta que se te encharcan los pulmones sin que tú puedas hacer nada por evitarlo, no sabes lo que significa de verdad esa palabra. El *waterboarding* es un ahogamiento controlado que, según lo practican los americanos, se produce bajo la supervisión de un médico, un psicólogo, un interrogador y un equipo entrenado para atar y desatar al preso. No es un ahogamiento simulado, porque los pulmones sí se llenan de agua. No hay forma de simular eso. La víctima se ahoga. ¿Hasta qué punto? Eso depende del resultado que se quiera obtener (es decir, de cuántas preguntas se le griten a la cara) y de la obstinación del sujeto en particular.[43]

En agosto de 2002, a Abu Zubaydah le sometieron en Bangkok a esa tortura al menos ochenta y tres veces en un periodo de cuatro o cinco días por mucho que sus interrogadores estuvieran convencidos de que decía la verdad. Aun así, los agentes de la CIA del Centro de Contraterrorismo de Langley exigieron que el procedimiento se prolongara un mes y solo se interrumpió cuando los interrogadores amenazaron con dimitir. Cuando fue capturado, Bush declaró que Zubaydah era «el jefe de operaciones de Al Qaeda».[44] En realidad, sin embargo, no era más que un agente de poca importancia —oficialmente, ni siquiera era miembro de la organización— que bien podía sufrir algún trastorno mental. En 2009 *The Washington Post* publicó: «Los métodos que utilizaron lograron acabar con él y, después de todo lo que contó de Al Qaeda, de sus conjuras terroristas, muchos oficiales de la CIA dieron la vuelta al mundo en busca de pistas. Al final, sin embargo, como luego han reconocido importantes cargos del gobierno que siguieron de cerca los interrogatorios, a pesar de las confesiones de Abu Zubaydah, obtenidas bajo tortura, la agencia no impidió ni un solo atentado importante». Además, según *The Washington Post*, toda la información que pudiera ser de cierta utilidad la obtuvieron de Zubaydah antes de empezar con los ahogamientos simulados. Sometido a *waterboarding*, Zubaydah confesó: «Empezó —proseguía *The Washington Post*— a revelar detalles de varias operaciones de Al Qaeda, incluidos planes relacionados con armas de destrucción masiva. Sus confesiones pusieron en marcha muchas alertas y centenares de investigadores de la CIA y el FBI salieron corriendo en busca de fantasmas». Un exagente admitiría: «Gastamos millones de dólares en comprobar falsas alarmas».[45]



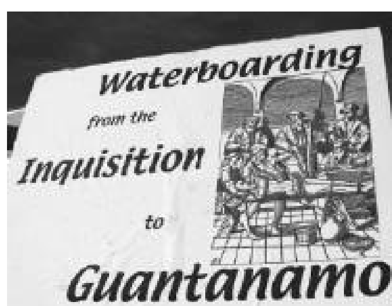
Gracias a la alta tecnología, durante los primeros pasos de la Operación Libertad Duradera, el ejército norteamericano consiguió reducir enormemente su número de bajas. Los afganos no tuvieron tanta suerte. Y la escasez de infantería permitió que Osama bin Laden y otros dirigentes de Al Qaeda huyeran con facilidad. Arriba: Un F-14 Tomcat de la Marina de Estados Unidos se prepara para repostar durante una misión de bombardeo en Afganistán. Abajo: Un bombardero B-1 Lancer de las Fuerzas Aéreas norteamericanas despega hacia Afganistán desde la base militar estadounidense en la isla de Diego García.

Jalid Sheik Mohamed, presunto autor intelectual de los atentados del 11 de septiembre, sufrió la tortura del *waterboarding* ciento ochenta y tres veces, como si cuando se la aplicaron por centésima octogésima tercera vez fuera a decir algo que las ciento ochenta y dos veces anteriores no hubiera dicho.[46] Los psicólogos ayudaban a refinar las torturas aprovechando las fobias de los presos. Los interrogadores, además, explotaban los puntos sensibles que tuvieran que ver con su cultura, como desnudarlos en público y acosarlos con perros.[47]

En febrero de 2004, el mayor general Antonio Taguba informó de que gracias a sus investigaciones había descubierto numerosos ejemplos de «flagrantes abusos criminales, sádicos y gratuitos»[48] en el centro de detención de Abu Ghraib, como la violación de presos y presas. Solo cuatro meses antes, Bush había anunciado, tal vez un poco prematuramente: «En Irak no hay sótanos de violación ni cámaras de tortura».[49]

En 2004, cuando lo que estaba sucediendo en Abu Ghraib salió a la luz con el consiguiente revuelo en todo el mundo, el Departamento de Justicia retiró su memorándum de autorización de las torturas. Los perjuicios causados a la reputación internacional de Estados Unidos eran incalculables. Arthur Schlesinger, Jr., confesó: «Nada ha hecho más daño al prestigio de Estados Unidos en el mundo… en toda la historia»[50] que el visto bueno de Bush a las torturas. Sin embargo, la CIA capturaría posteriormente a otro sospechoso de Al Qaeda y de nuevo pediría autorización para someterlo a métodos de interrogatorio brutales. Condoleezza Rice respondió: «Es vuestra criatura. Adelante con ello».[51]

El periodista Patrick Cockburn entrevistó al jefe de interrogatorios de Irak que había obtenido la información que condujo a la captura del dirigente iraquí de Al Qaeda Abu Musab al Zarqaui. Este agente confesó a Cockburn que las torturas no solo no servían para conseguir datos útiles, sino que su uso en Irak había resultado contraproducente: «Tanto que quizá haya conducido a la muerte de tantos soldados norteamericanos como civiles murieron el 11 de septiembre».[52]



Cartel de protesta que compara la tortura del ahogamiento simulado de la Inquisición española con su práctica en el penal de la bahía de Guantánamo, Cuba, durante el gobierno de George W. Bush.

Aunque el gobierno echó la culpa a unas cuantas «manzanas podridas» —interrogadores sádicos que se pasaron de rosca sin órdenes de nadie—, en realidad, el empleo de la tortura había sido aprobado por altos cargos de la administración. Los miembros del Principals Committee [Comité de Principales] del Consejo de Seguridad Nacional —Cheney, Rice, Rumsfeld, Powell, Tenet y Ashcroft — se reunieron en repetidas ocasiones para concretar qué métodos había que emplear con según qué presos. John Ashcroft interrumpió una de esas reuniones con las siguientes palabras: «¿Por qué tenemos que hablar de estas cosas en la Casa Blanca? No creo que la historia lo juzgue con mucha benevolencia».[53] El general Barry McCaffrey coincidiría más tarde con él: «Torturamos sin piedad. Es probable que mientras duró todo aquello tanto la CIA como las Fuerzas Armadas matasen a mucha gente».[54] Durante años, a los más de setecientos setenta prisioneros de Guantánamo y miles más en Irak y Afganistán se les negaron los derechos a contar con un abogado y a convocar a testigos que respaldaran su versión. En fecha tan tardía como 2008, solo se había incoado una causa contra veintitrés de ellos. Más de quinientos habían sido puestos en libertad sin cargos, a menudo tras años de maltrato y humillaciones.[55] Un especialista en contraterrorismo del FBI testificó que, de todos los presos de Guantánamo, solo mereció la pena retener a unos cincuenta.[56] El mayor general Taguba dijo: «Ya no hay ninguna duda de que nuestro gobierno ha cometido crímenes de guerra. El único interrogante que aún queda por resolver es si vamos a pedir cuentas a quienes ordenaron las torturas».[57]

La base legal, que se remontaba a los años noventa, la aportaron los abogados del Departamento de Justicia. En un memorándum particularmente deshumanizado, John Yoo y Jay Bybee, ayudante del fiscal general, definieron la tortura como un dolor «equivalente en intensidad a […] un fallo orgánico, al deterioro de las funciones del organismo, incluso a la muerte»,[58] y se preguntaban si infligir tal dolor era el propósito deliberado de los interrogatorios.

En 2004, cuando el Tribunal Supremo dictaminó que los detenidos tenían derecho a cuestionar la legalidad de su arresto ante un tribunal federal, Bush estableció el Combat Status Review Tribunal [Tribunal para la Revisión de la Situación de Combate] y una junta de revisión anual para eludir dicho dictamen. Finalmente, en junio de 2008, el Tribunal Supremo declaró que los detenidos tenían en efecto derecho a la revisión de su situación por un tribunal federal.[59]

Los derechos de los ciudadanos norteamericanos también fueron pisoteados a menudo. Con la intención de evitar protestas, autoridades federales y locales llevaron a cabo muchas veces detenciones generalizadas en manifestaciones autorizadas, como sucedió en las convenciones del Partido Republicano de 2004 y 2008.

Bush hizo cuanto estuvo en su mano por impedir toda crítica. En las raras ocasiones en que se aventuraba a hablar en público, el servicio secreto retenía a los manifestantes en zonas de protesta tan apartadas que ni el presidente ni los medios podían verlos. Si alguien sacaba un cartel fuera de esas zonas, se arriesgaba a que lo detuvieran. *The Evening Star* publicó que, cuando Bush visitó Londres en 2003, la Casa Blanca exigió que los británicos cerraran prácticamente el centro de la ciudad para

evitar que las manifestaciones contrarias a la guerra torpedearan la visita.[60]

Tomando ejemplo de Cheney, Bush envolvió las deliberaciones de la Casa Blanca en un velo de misterio tan impenetrable que no tenía precedentes en la historia de Estados Unidos. El acceso a documentos amparado por la ley de libertad de información se vio entorpecido notablemente y muchos papeles que antes estaban a disposición del público eran reclasificados y desaparecían. El gobierno invocaba repetidamente la «seguridad nacional» y los «secretos de estado» para frustrar las denuncias. El coronel Lawrence Wilkerson, jefe de personal de Colin Powell, dijo que jamás había visto tanto secretismo y habló de «contubernio» de Cheney y Rumsfeld para saltarse las vías de comunicación normales.[61] También los conservadores pusieron objeciones. «Observamos en esta Casa Blanca un secretismo sin precedentes que [...] nos parece muy preocupante», dijo Larry Klayman, de la fundación Judicial Watch, en 2002. «Los auténticos conservadores no actuamos así».[62]

Pero las medidas represivas tomadas en Estados Unidos no eran nada en comparación con las que Bush impuso al resto del mundo. Y lo peor estaba por llegar, porque los ideólogos de la política norteamericana habían tomado ya la decisión de invadir Irak —aunque en realidad sus planes se remontaban a mucho antes del 11 de septiembre de 2001—. La obsesión de Paul Wolfowitz con ese país databa por lo menos de 1979, año en que dirigió un estudio del Pentágono sobre el Golfo Pérsico que aseguraba ya entonces que Irak suponía una amenaza para las naciones vecinas, y en particular para Kuwait y Arabia Saudí, y a fin de contrarrestarla proponía una concentración de tropas estadounidenses en la región. El estudio comenzaba diciendo: «Nosotros y nuestros aliados, los grandes países industrializados, tenemos mucho en juego en la región del Golfo Pérsico porque necesitamos su petróleo y porque todo lo que allí suceda afecta al conflicto árabe-israelí».[63] Basándose en ese estudio, Estados Unidos empezó a trasladar buques de carga cargados de equipamiento militar a la región.

El paso de los años solo sirvió para que Wolfowitz fuera alimentando esa obsesión. Junto con sus correligionarios del PNAC hizo de la resolución del asunto de Irak una prioridad. Cuando fue nombrado subsecretario de Defensa, Irak ya se había convertido en una fijación. Un alto cargo de la administración comentaría: «Cuando tratamos de otras cuestiones, él desaparece. Apenas interviene con relevancia en otros asuntos». En realidad, comentó ese mismo alto cargo, ni siquiera estaba al corriente de la postura del Departamento en otros temas.[64]

Irak ocupó los primeros lugares entre las preocupaciones del gobierno casi desde el momento en que Bush llegó al poder. El presidente dio comienzo a su primera reunión con el Consejo Nacional de Seguridad, el 30 de enero de 2001, con la siguiente pregunta: «Así pues, Condi, ¿de qué vamos a hablar hoy? ¿Qué temas tienes en la agenda?». «La forma en que Irak desestabiliza la región, señor presidente», respondió Rice.[65]



Unos presos rezan sus oraciones en el penal de la bahía de Guantánamo. Un especialista en contraterrorismo del FBI testificó que, de los cerca de ochocientos que fueron encarcelados, solo merecía la pena retener a unos cincuenta.

Los neoconservadores de la administración se embarcaron desde el principio. Cuando los principales del Consejo de Seguridad Nacional volvieron a reunirse dos días después, Rumsfeld interrumpió a Powell cuando este hablaba de imponer sanciones a Irán. «Las sanciones están bien —dijo—, pero aquí lo que de verdad importa es ir a por Sadam». Y más tarde añadió: «Imaginad cómo sería la región sin Sadam y con un régimen alineado con los intereses norteamericanos. Eso lo cambiaría todo, en la región y fuera de ella. Demostraría de qué va la política de Estados Unidos». Recordando aquellos días, Paul O'Neill, secretario del Tesoro, reconocía que la suerte estaba echada: «Desde el principio echamos leña al fuego contra Sadam Husein, buscamos la manera de expulsarle del poder y transformar Irak. Si lo conseguíamos, nuestros problemas quedarían resueltos. Todo consistía en encontrar *la forma de conseguirlo*. De eso se trataba. El presidente solo decía: "Vale, encontrad la forma de conseguirlo"».[66]

El mismo O'Neill dijo a Ron Suskind que, ya en marzo de 2001, ciertas figuras de la administración debatían planes concretos de invasión y ocupación de Irak.[67] El Energy Task Force [Grupo de Trabajo de la Energía] de Dick Cheney desempeñó un papel importante. Entre quienes defendían la invasión se encontraban algunos protegidos de Wolfowitz como I. Lewis *Scooter* Libby, asesor de Cheney sobre seguridad nacional, Stephen Hadley, segundo de Condoleezza Rice, y Richard Perle, a la sazón presidente de la Defense Policy Board [Junta de Política de la Defensa] del Pentágono. El 19 y el 20 de septiembre, los miembros de este órgano decidieron atacar Irak en cuanto despacharan Afganistán. *The New York Times* publicó que los elementos de la administración que defendían la necesidad de invasión eran conocidos como «la camarilla de Wolfowitz».[68]

Esa camarilla buscaba por todos los rincones pistas de la relación de Irak con los atentados del 11 de septiembre. Rumsfeld pidió a la CIA pruebas de esa vinculación al menos en diez ocasiones distintas.[69] Torturaban a los presos con la esperanza de que revelaran algún dato. Pero no los había. Rumsfeld y Cheney injuriaban a los analistas de la agencia que ponían de manifiesto un hecho tan poco conveniente.

A falta de pruebas, las fabricaron. Cheney y Libby apuntaron repetidamente a una reunión en Praga entre Mohamed Atta, uno de los secuestradores de los aviones, y un oficial de los servicios de inteligencia iraquíes por mucho que George Tenet hubiera demostrado ya que Atta se encontraba en Estados Unidos el día de la presunta cita, que vivía en Virginia, a la sombra del cuartel general de la CIA.[70]

Wolfowitz recurrió a Laurie Mylroie, cuyos desacreditados libros y artículos relacionaban Irak prácticamente con todos los episodios terroristas en la memoria reciente, incluido el atentado con bomba de Oklahoma City en 1995. Mylroie se quejaba de que el gobierno de Bill Clinton la hubiera tachado de «caso perdido».[71] Peter Bergen, analista de la CNN, la llamó «chiflada», opinión compartida por toda la comunidad de inteligencia, y se burló de su «teoría del campo unificado del terrorismo». Paul Wolfowitz y Richard Perle, en cambio, la tomaron en serio; como Judith Miller, reportera de *The New York Times*, que en 1990 coescribió con ella un libro sobre Sadam Husein. Wolfowitz encargó a James Wolsey, exdirector de la CIA, una cacería absurda por ultramar para corroborar las descabelladas teorías de Mylroie. Aunque la mayoría de los neoconservadores de la administración desestimaban la afirmación «Al Qaeda es una tapadera de los servicios de inteligencia iraquíes»,[72] Bush y Cheney aludían repetidamente a la relación de Irak con los atentados del 11 de septiembre. En septiembre de 2003, Cheney dijo a Tim Russert, de *Meet the Press*, que Irak era «el corazón de la base, si usted quiere; la base geográfica de todos los terroristas que desde hace tantos años nos tienen en el punto de mira, y especialmente el 11 de septiembre».[73]

La CIA, entretanto, tenía sus propios y peculiares métodos de desacreditar a Sadam y a Bin Laden. Su grupo de operaciones dedicado a Irak planteó la posibilidad de grabar un vídeo en el que Sadam apareciera manteniendo relaciones sexuales con un adolescente y luego «inundar Irak con él».

«Harían parecer que había sido grabado a escondidas —dijo un exagente—. La película tendría mucho grano, como si se tratara de la grabación secreta de una orgía». La agencia llegó a grabar un vídeo en que salía un falso Bin Laden con sus correligionarios de Al Qaeda, sentados junto a una hoguera bebiendo y contando sus relaciones sexuales con chicos.[74]

Pero tales proyectos eran solo ligeramente menos extravagantes que los «datos secretos» recopilados durante los preparativos de la guerra. Uno de los informadores favoritos de la agencia era Ahmed Chalabi, presidente del Congreso Nacional Iraquí. Esta organización, que recibía millones de dólares del gobierno de Bush, elaboró fantasiosos informes sobre presuntos programas de armas de destrucción masiva con la clara finalidad de instigar la invasión. Más tarde, cuando los norteamericanos ya ocupaban Bagdad, Chalabi fanfarroneaba: «Somos los héroes del error. En lo que a nosotros respecta, el éxito ha sido total».[75]

El coronel Patrick Lang, ex alto cargo de la DIA, la Agencia de Inteligencia de la Defensa, veía huellas del Departamento de Defensa por todas partes. «El Pentágono se ha propuesto dictar la política exterior del gobierno y lo ha conseguido —lamentó—. Eran ellos los que dirigían a Chalabi. Han metido miedo a la DIA hasta hacerla papilla. Y la CIA no tiene agallas».[76]

Con información notoriamente falsa, el gobierno ponía en tela de juicio las informaciones fehacientes de los analistas de la CIA y de los inspectores de la ONU y proseguía, infatigable, acumulando argumentos en favor de la invasión de Irak. «Nosotros sabemos que sí tienen armas de destrucción masiva —insistía Rumsfeld—. Es un hecho incuestionable».[77] A primeros de octubre de 2002, Bush, repitiendo una advertencia similar de Condoleezza Rice el mes anterior, dijo: «No podemos esperar la prueba definitiva, la pistola humeante, porque podría ser una nube en forma de hongo».[78] Pero nadie superaba a Cheney en la pura invención y los pronósticos temerarios:

> El régimen iraquí [...] se ha ocupado de la mejora de sus armas químicas y biológicas y sigue adelante con su programa nuclear [...]. Armado con todo un arsenal de esas armas terroristas y con más de un 10 por ciento de las reservas de petróleo del mundo en sus manos, se puede colegir que Sadam Husein quiere dominar todo Oriente Próximo, controlar gran parte de las reservas energéticas del planeta, amenazar directamente a los amigos de América en la región y chantajear a Estados Unidos o a cualquier otra nación amenazando con el empleo de armas nucleares. Dicho en pocas palabras, no hay ninguna duda de que Sadam Husein cuenta con armas de destrucción masiva, no hay ninguna duda de que las está acumulando para emplearlas contra nuestros amigos, contra nuestros aliados y contra nosotros.[79]

Sobre la base de esta amenaza ficticia, que los servicios de inteligencia reflejaron en su informe general de la situación en octubre de 2002, Bush se aprestó para la guerra mientras aparentaba buscar una solución pacífica.[80] En marzo de 2002 se presentó inesperadamente en una reunión de Rice con un grupo de senadores afines y exclamó: «A la mierda Sadam. Vamos a por él».[81] En mayo le dijo a Ari Fleischer, secretario de Prensa de la Casa Blanca: «Voy a darle una patada en el culo y a arrastrarlo por todo el puto Oriente Próximo».[82]

Había especialistas, pese a todo, que sabían que las afirmaciones de Bush sobre las armas de destrucción masiva de Irak eran muy exageradas, cuando no rotundamente falsas. En 2002 Scott Ritter, antiguo jefe de inspectores de la ONU, declaró a la CNN: «Nadie ha corroborado la afirmación de que Irak posee armas de destrucción masiva, o que quiera adquirirlas». Fionnuala Sweeney, de esa cadena de televisión, señaló: «Es difícil dar fe cuando no se puede entrar en ese país». La respuesta de Ritter a esa y otras cuestiones ilustra el uso que hacía el gobierno de Bush de las armas de destrucción masiva como casus belli:

> Eso es verdad. Pero entonces, ¿por qué en diciembre de 1998 Estados Unidos cogió el teléfono y pidió la salida de los inspectores? Porque, recordemos, no fue Sadam Husein quien los echó. Estados Unidos ordenó la salida de los inspectores

antes de empezar la Operación Zorro del Desierto, que no contaba con el respaldo del Consejo de Seguridad de la ONU, pero se basaba en los datos recopilados por los inspectores, y que consistía en atacar Irak [...]. En cuanto a diciembre de 1998, habíamos encontrado un 90 o un 95 por ciento de las armas de destrucción masiva de Irak... los inspectores éramos «nosotros». Nosotros destruimos todas las fábricas, todos los medios de producción, y no pudimos encontrar algunas de esas armas, pero el proceso de fabricación de las armas químicas dura cinco años y de las armas biológicas, tres. Para disponer de armas hoy, habrían tenido que reconstruir las fábricas y empezar a fabricarlas desde ese mismo diciembre de 1998.

«¿Tuvieron acceso a todas esas armas, inspeccionaron todos sus emplazamientos?», preguntó entonces Fionnuala Sweeney. «Todos. El cien por cien», respondió Ritter.[83]

Aunque Ritter era persona non grata dentro de la administración y no le tenían en cuenta, no había excusa para hacer caso omiso de las advertencias del general Tommy Franks, jefe del Mando Central, a quien Rumsfeld encargó la elaboración de los planes de guerra. En septiembre de 2002, en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, Frank dijo, con rotundidad: «Señor presidente, llevamos diez años buscando misiles Scud y otras armas de destrucción masiva y todavía no hemos encontrado nada».[84]

Dentro de la clase dirigente, figuras importantes, incluidas personas vinculadas a George Bush, padre, trataron de convencer al presidente de que la invasión era una locura. Entre ellas se encontraban, por ejemplo, el general Brent Scowcroft, consejero de Seguridad Nacional del primer Bush, James Baker, Lawrence Eagleburger y George Kennan. Entre los militares, también muchos disentían. El teniente general de la Marina, Gregory Newbold, director de operaciones del Estado Mayor Conjunto, recordaría: «No se imagina la cantidad de oficiales de alta graduación que me dijeron: “Pero ¿qué demonios estamos haciendo?”. Preguntaban: “¿Por qué Irak? ¿Por qué ahora?”».[85]

Tony Blair dio un paso al frente para echar una mano. En septiembre de 2002, el primer ministro británico, a quien burlonamente llamaban «el caniche de Bush», hizo público un dosier sobre las armas de destrucción masiva de Irak tan plagado de falsedades que más tarde sería motivo de escándalo. Blair insistió, sin embargo, en conseguir una resolución de la ONU que le prestara el respaldo y el crédito necesarios en el Reino Unido, donde la opinión contraria a la guerra estaba muy arraigada.[86]

El Consejo de Seguridad de la ONU votó a favor del envío de inspectores a Irak, otra vez. Sadam aceptó la resolución sin condiciones y las inspecciones empezaron en noviembre. En tres meses y medio, los inspectores visitaron quinientos lugares, algunos varias veces, y, entre ellos, aquellos donde según la CIA más probabilidades había de que hubiera armas de destrucción masiva. No encontraron nada. Hans Blix, jefe del equipo de inspectores, se preguntó: «Si esos eran los sitios más probables, ¿qué pensar de los que lo son menos? [...]. ¿Puede haber un cien por cien de probabilidades de la existencia de armas de destrucción masiva y un cero por ciento de conocimiento de su localización?».[87] Más tarde, Blix comparó a los funcionarios de la administración Bush con los cazadores de brujas de la Edad Media, que, «convencidos de la existencia de brujas, siempre que las buscaban, acababan encontrándolas».[88]

En mitad de aquella última ronda de inspecciones, Irak remitió un dosier de once mil ochocientas páginas a la ONU. «Irak no tiene armas de destrucción masiva», declaró el teniente general Hossam Mohamed Amín. Pero Bush, que ya había estipulado que cualquier declaración de que no existían armas sería fraudulenta, se mofó de sus palabras: «Esa declaración no es nada, es huera, es un chiste», le dijo al presidente español José María Aznar durante una visita de este. «En cierto momento tomaremos la determinación de que ya basta y lo echaremos». Mohamed Alduri, embajador de Irak en la ONU, retó a Estados Unidos a demostrar con pruebas sus acusaciones. Estados Unidos no solo no podía aportar pruebas concluyentes, sino que modificó más de ocho mil páginas del dosier iraquí

antes de pasárselo a los diez miembros no permanentes del Consejo de Seguridad —en parte para ocultar el papel del Gobierno de Estados Unidos y de veinticuatro importantes empresas norteamericanas en diversos programas de armamento emprendidos por Bagdad.[89]

Tras rigurosas inspecciones, Blix se negó a acusar a Irak de violar la resolución 1.441 de la ONU, que habría exigido el desarme total del régimen de Sadam Husein. El 3 de marzo de 2003, *Newsweek* publicó que Husein Kamel, hijo menor de Sadam, que durante diez años había dirigido el programa de armas de destrucción masiva iraquí, había dicho a la CIA, al servicio de inteligencia británico y a los inspectores de la ONU que Irak había destruido todo su arsenal de armas químicas y biológicas antes de la guerra del Golfo. Rolf Ekéus, director del equipo de inspecciones de la ONU entre 1991 y 1997, aseguró que la revelación de Kamel resultaba «casi vergonzosa, por exhaustiva».[90]

Entre 1991 y 1998, los inspectores de la ONU supervisaron la destrucción de ochocientos diecisiete de los ochocientos diecinueve misiles de alcance medio que a Irak se le había prohibido tener, de nueve camiones de transporte de misiles, de catorce lanzaderas y de cincuenta y seis instalaciones de lanzamiento. Irak destruyó también setenta y tres de setenta y cinco cabezas explosivas biológicas o químicas, ciento sesenta y tres cabezas de explosivos convencionales, ochenta y ocho mil bombas químicas cebadas o todavía no, cuatro mil toneladas de productos químicos, más de seiscientas toneladas de agentes químicos y novecientas ochenta piezas de maquinaria esenciales para la producción de armas químicas. Los iraquíes destruyeron también Al Hakam, su principal fábrica de producción y desarrollo de armas biológicas, más sesenta piezas de maquinaria de otras tres fábricas y veintidós toneladas de productos y piezas destinados a la fabricación de armas biológicas.[91]

Si los países de Oriente Próximo y el Sudeste Asiático con armas de destrucción masiva eran en sí mismos razón suficiente para justificar la invasión, en la región del Golfo había otros objetivos posibles. Un informe de 2002 titulado «Armas de destrucción masiva en Oriente Próximo», de Anthony Cordesman, del Center for Strategic and International Studies [Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales], enunciaba la siguiente lista: Egipto (químicas), la India (químicas, biológicas, nucleares), Irán (químicas, biológicas), Israel (químicas, biológicas, nucleares), Libia (químicas), Pakistán (químicas, biológicas, nucleares) y Siria (químicas, biológicas).[92]

En realidad, pues, Irak no suponía ninguna amenaza. Entre 1991 y 1998 había destruido tantas armas que se había convertido en uno de los estados más débiles de la región. Su gasto militar era una pequeña parte del de sus vecinos. En 2002 su presupuesto de defensa ascendía a unos mil cuatrocientos millones de dólares; el de Estados Unidos, a esa cifra multiplicada por más de trescientos.[93]

A pesar de todo, la táctica del miedo funcionó. Y para asegurarse de que así fuera, el gobierno fijó la fecha de la votación en el Congreso antes de las elecciones para la renovación de un tercio de las cámaras y amenazó con la etiqueta de antipatriotas y cobardes a todos los que se opusieran a la guerra en un tiempo de grave crisis nacional. Muchos cedieron a la presión, incluidos Hillary Clinton y John Kerry. El 2 de octubre de 2002, el Senado autorizó el uso de la fuerza por setenta y siete votos frente a veintitrés. El Congreso hizo lo mismo por doscientos noventa y seis a ciento treinta y tres. La resolución relacionaba directamente a Irak con Al Qaeda y declaraba que Irak era una amenaza para Estados Unidos.

Solo un republicano —Lincoln Chafee, por Rhode Island— votó en contra en el Senado. Y más tarde condenó la debilidad de demócratas importantes por sucumbir al chantaje de Bush: «Temían que los republicanos los llamasen blandos para el mundo posterior al 11 de septiembre, y, por interés político, contribuyeron a que el presidente mandara a la muerte a miles de norteamericanos y a un sinnúmero de iraquíes inocentes». Chafee observó cómo muchos colegas de partido acudían repetidamente «a la Casa Blanca y al Pentágono y luego volvían al Senado en posición de saludo. Y con el ceño fruncido declaraban con gravedad que había que pararle los pies a Sadam Husein.

¿Pararle los pies por qué? No tenían convicción, ni pruebas. Se limitaban a repetir como loros las tonterías del gobierno».[94]

Entre los grupos de presión a favor de la guerra estaba el American Israel Public Affairs Committee, AIPAC [Comité de Asuntos Públicos Norteamericano-isralíes], influyente organización situada en la extrema derecha de la comunidad judía estadounidense muy en sintonía con la política en Oriente Próximo de los neoconservadores del gobierno. En enero de 2003, Howard Kohr, director ejecutivo de este comité, dijo a *The New York Sun* que «presionar "suavemente" al Congreso para que aprobase el uso de la fuerza en Irak» había sido uno de sus «mayores éxitos» del año anterior.[95]

Se ha hablado mucho de cómo los neoconservadores del gobierno defendieron ferozmente lo que para ellos eran intereses de Israel, como, por ejemplo, según ellos, acabar con Sadam Husein. Y en esto hay que destacar una vez más a Paul Wolfowitz. *The Jerusalem Post* publicó que su nombramiento como subsecretario de Defensa hizo que «las comunidades judía y projudía [...] dieran saltos de alegría». En 2002 *Forward* lo describió como «el pro israelí más dogmático de la administración». Pero si Wolfowitz era la figura más dogmática del gobierno, otros, como el también subsecretario de Defensa Douglas Feith, Richard Perle, *Scooter* Libby y John Bolton no le andaban a la zaga.[96]

Tras imponer al Congreso la resolución en favor de la guerra, el gobierno siguió con sus fraudulentas e infundadas revelaciones. Una de las más tristemente conocidas la hizo Bush en enero de 2003 en su Discurso sobre el Estado de la Unión. Dijo: «El Gobierno británico ha sabido que recientemente Sadam Husein ha estado buscando cantidades ingentes de uranio en África»,[97] alegación de cuya falsedad ya había hablado Joseph Wilson, exjefe de la misión diplomática en Irak y exembajador en tres países africanos. Cuando, más tarde, Wilson descubrió otras mentiras del gobierno, altos cargos como Libby respondieron revelando la identidad de su mujer, que era agente secreta de la CIA, destruyendo así su carrera y poniendo en peligro la vida de muchas personas.

Basándose en las pruebas aportadas por Douglas Feith, que punto por punto habían refutado analistas de la CIA y la DIA, Cheney y Libby visitaban Langley, el cuartel general de la agencia, con frecuencia y presionaban a esos analistas para que reconsideraran su afirmación de que Irak no tenía ningún lazo con Al Qaeda. La tensión entre los halcones del gobierno y los servicios de inteligencia subió. Paul Pillar, analista de inteligencia de Oriente Próximo, estaba a cargo de la valoración de los datos sobre Irak. Describió la «venenosa atmósfera» en que los partidarios del gobierno lo acusaron a él y otros oficiales de inteligencia de «intentar sabotear la política del presidente».[98] En cierta ocasión en que Hadley le pidió que reescribiera un informe, George Tenet, el director de la CIA, le llamó y le dijo, a voz en grito: «No vamos a reescribir el puto informe otra vez. ¡Ya está bien! ¿Me oyes? Y no te atrevas a tratar a mi gente así ¡ni una vez más!».[99]

Pero la situación más ignominiosa se produjo el 5 de febrero de 2003, cuando Colin Powell, secretario de Estado y miembro más reputado y fiable del gobierno, se presentó ante las Naciones Unidas para defender la opción de la guerra. Bush lo escogió diciéndole: «Tú tienes la credibilidad suficiente. Puede a que a ti sí te crean».[100]

El discurso de Powell ante la ONU duró una hora y cuarto. Enseñó fotos de satélite, dibujos, grabaciones y un pequeño vial de un polvo blanco que, según dijo, era ántrax, para ilustrar lo poco que hacía falta para provocar una inmensa pérdida de vidas humanas. Y aseguró a los delegados:

> Queridos colegas, todas las afirmaciones que hoy estoy haciendo se basan en fuentes fidedignas. No son valoraciones. Les estoy hablando de hechos, de conclusiones basadas en datos fehacientes [...]. Tenemos descripciones de primera mano de laboratorios de armas biológicas móviles, en camiones o trenes [...]. Sabemos que Irak cuenta con al menos siete de esos laboratorios móviles. Los que están en camiones consisten en realidad en dos o tres camiones cada uno [...]. Las instalaciones móviles [...] pueden producir toxinas de ántrax y botulina. En realidad, pueden producir bastantes agentes biológicos en un mes para matar a miles y miles de personas [...]. Según nuestros cálculos más conservadores, Irak cuenta

> hoy con entre cien y quinientas toneladas de agentes químicos [...]. [Sadam] sigue decidido a adquirir armas nucleares [...]. Hoy quiero llamar su atención sobre el nexo potencialmente mucho más siniestro entre Irak y la red terrorista Al Qaeda.[101]

De esta intervención flagrantemente vergonzosa Powell más tarde diría que fue uno de los momentos más bajos de su carrera.[102] Muchas de las presuntas pruebas que aportó ya las habían rechazado la comunidad de inteligencia y los inspectores de la ONU. Algunas se basaban en datos de conocidos farsantes como Ahmed Chalabi y *Curveball* [«Bola curva»], primo alcohólico de uno de los ayudantes de Chalabi. De *Curveball* ya habían dicho que era un fraude los servicios de inteligencia alemanes, a los que había entregado más de un centenar de informes falsos sobre armas de destrucción masiva. «Tuve oportunidad de inventarme algo para acabar con el régimen», confesaría más tarde este personaje. Los agentes alemanes informaron a la CIA de que no era de fiar. Colin Powell, por su parte, resistió en realidad presiones más fuertes de la oficina de Cheney para que estableciera un vínculo más directo entre Sadam y Al Qaeda, y tachó de «basura» muchas de las afirmaciones de Libby y compañía.[103]

En la comunidad de inteligencia, muchos se sentían escandalizados por el secuestro, la distorsión y la invención de pruebas del Pentágono. Cuando las armas de destrucción masiva que nunca existieron no conseguían materializarse, el columnista de *The New York Times* Nicholas Kristof aseguró que el Pentágono estaba formado por un grupo de «locos» aficionados a escupir y ansiosos por salirse con la suya. Un agente aseguró: «Como empleado de la Agencia de Inteligencia de la Defensa, sé que este gobierno ha mentido a la opinión pública para que la opinión pública apoye la invasión de Irak».[104]

Si el discurso de Powell no caló en el extranjero, sí tuvo el efecto deseado en los norteamericanos. *The Washington Post* dijo que las pruebas eran «irrefutables». La opinión favorable a la guerra pasó de un tercio a la mitad de la población. Al día siguiente a su discurso, el secretario de Estado visitó el comité de relaciones exteriores del Senado y Joseph Biden soltó, con mucho sentimentalismo: «Me gustaría proponer la designación del secretario de Estado Powell a la presidencia de Estados Unidos».[105]

Estados Unidos aún necesitaba la aprobación de nueve de los quince miembros del Consejo de Seguridad y necesitaba también disuadir a Francia de ejercer su derecho de veto. Presionó enormemente a los países en vías de desarrollo, conscientes todos de lo que le había ocurrido a Yemen en 1990 cuando se unió a Cuba para votar contra el uso de la fuerza en Kuwait. Y todo habría salido bien de no ser por la valiente Katherine Gun, joven oficial de los servicios de inteligencia británicos, que, con gran riesgo personal, expuso una operación ilegal de la NSA para espiar y presionar a los delegados de la ONU. Las revelaciones de Gun causaron estupor en Gran Bretaña, pero pasaron casi desapercibidas para los medios norteamericanos.[106]Pese a chantajes y amenazas, y tras semanas de ininterrumpidas presiones, solo Estados Unidos, Reino Unido, España y Bulgaria apoyaron la resolución. Entre los países que plantaron cara a Estados Unidos estaban Camerún, Chile, Guinea, México y Angola.[107]

Los dirigentes estadounidenses despreciaron a Francia y Alemania por oponerse a la guerra. Rumsfeld habló de ellos como de «la vieja Europa».[108] En un movimiento que recordaba a la Primera Guerra Mundial por su condena a todo lo alemán, en la cafetería del Congreso rebautizaron las *french fries* [«patatas francesas», es decir, «fritas»] como *freedom fries* [«patatas de la libertad»]. El columnista de *The New York Times* Thomas Friedman pidió la sustitución de Francia por la India dentro del Consejo de Seguridad de la ONU: «Francia, como dicen los niños, ya no ajunta a los demás».[109]

La negativa de «la vieja Europa» a apoyar la guerra tuvo amargado a Bush muchos años. En sus

memorias, escritas en 2010, acusó al canciller alemán Gerhard Schroeder de haber incumplido su promesa, dada en enero de 2002, de respaldar una invasión. Schroeder negó dicha acusación con enfado, y respondió: «Hoy sabemos ya que los motivos de la administración Bush para la guerra de Irak se basaban en mentiras». Era una opinión secundada por otros políticos alemanes. Uwe-Karsten Heye, portavoz de Schroeder en aquella época, desdeñaba la valoración de la situación internacional de Bush: «Nos dimos cuenta de que la altura intelectual del presidente de la nación más importante de la época era excepcionalmente baja. Por esa razón, resultaba difícil comunicarse con él. No tenía idea de lo que ocurría en el mundo. Estaba centrado en comportarse como un tejano. Creo que conocía a todos los toros de cuernos largos de Texas».[110]

La decisión de invadir Irak el 10 de marzo ya estaba tomada. En su reunión con Tony Blair cinco días antes del discurso de Powell en la ONU, Bush propuso varias formas de provocar la confrontación, como, por ejemplo, pintar un avión de reconocimiento estadounidense con los colores de las Naciones Unidas para atraer el fuego de las baterías iraquíes, inventarse un desertor que revelara públicamente la existencia de armas de destrucción masiva en Irak y asesinar a Sadam.[111]

Cuando los tambores de guerra empezaban a retumbar, los medios norteamericanos abandonaron toda pretensión de objetividad, se entregaron a los militaristas y silenciaron a los críticos, que desaparecieron de las ondas. La MSNBC, propiedad de General Electric, canceló el programa de Phil Donahue en horario de máxima audiencia tres semanas antes de la invasión. Un informe de esa cadena decía: «[A Donahue] parece gustarle llevar al programa invitados que están contra la guerra y el presidente Bush y contemplan con escepticismo los motivos del gobierno». Los directivos de la NBC temían que el programa se convirtiera «en refugio de liberales contrarios a la guerra» al tiempo que sus competidores sacaban «la bandera a la menor oportunidad».[112]

Sacaban la bandera… y la ondeaban con fruición. Por la CNN, la Fox, la NBC y otras cadenas de televisión y de radio desfilaron una larga serie de generales retirados que, como más tarde se sabría, repetían consignas dadas por el Pentágono. El Pentágono reclutó a más de setenta y cinco oficiales, casi todos los cuales trabajaban directamente con empresas del sector militar que obtendrían un beneficio económico de la guerra. Rumsfeld aprobó personalmente su contratación. Muchos volaron a Bagdad, Guantánamo y otros lugares en giras especiales. En 2008 un reportaje de *The New York Times* decía: «Diversos documentos internos del Pentágono se refieren repetidamente a analistas militares como “multiplicadores de la fuerza del mensaje” o “subrogados” que transmitirían los “temas y mensajes” de la administración a millones de norteamericanos “como si fueran su propia opinión”».

La victoria sería fácil, aseguraban los generales retirados a crédulos espectadores y serviles presentadores cuyas cadenas daban a sus falsos informantes entre quinientos y mil dólares por aparición. Brent Krueger, ayudante de Torie Clarke, subsecretario de Defensa de actividades públicas encargado de supervisar todo el operativo, confesó: «Repetían punto por punto lo que decía el secretario, o lo que decían los técnicos. Y no una vez, sino muchas». Esos mismos días, señaló también, «cambiábamos de cadena y en todas aparecían nuestros chicos soltando el mismo mensaje. Los mirabas y te decías: “Esto funciona”».

Más tarde, algunos lamentarían haber vendido mentiras para promover una guerra. El mayor Robert Bevelacqua, boina verde retirado que fue analista de la Fox, confesaría: «Nos decían: “Tenemos que meteros la mano por la espalda para poder moveros la boca”». El coronel Kenneth Allard, analista militar de la NBC, llamó al operativo del Departamento de Defensa «operación psicológica con esteroides». «Era como si nos hubieran regado con una manguera a presión», admitió.[113]

Los grandes periódicos escupían las mismas tonterías. En 2004 Daniel Okrent, de *The New York*

Times, criticó al diario por publicar noticias que «refrendaban las ideas del Pentágono en un tono tan agresivo que casi podías imaginar a los redactores con charreteras».[114]

Para los neoconservadores, Irak no era más que un aperitivo. Tras zampárselo, tenían planeada una comida más suculenta. En agosto de 2002, un oficial de alta graduación británico declaró a *Newsweek*: «Todo el mundo quiere ir a Bagdad. Los hombres de verdad quieren ir a Teherán».[115] El subsecretario de Estado John Bolton votó por Siria y Corea del Norte. Norman Podhoretz, del PNAC, instó a Bush a ser todavía más ambicioso. «Hay otros regímenes con los que hay que acabar y a los que hay que sustituir aparte de los tres que constituyen el eje del mal —escribió en *Commentary*, su diario—. Como mínimo, habría que ampliar ese eje a Siria, Líbano y Libia, amén de a algunos "amigos" de América como la familia real de Arabia Saudí y el Egipto de Hosni Mubarak, y a la Autoridad Palestina, la encabece Yasir Arafat o uno de sus secuaces».[116] Michael Ledeen, antiguo alto cargo de seguridad nacional y estratega del bando neoconservador, reflexionaba: «Creo que nos vamos a ver obligados a librar un conflicto regional tanto si lo queremos como si no. Y podría convertirse en una guerra para rehacer el mundo».[117]

Cuando el general retirado Wesley Clark visitó el Pentágono en noviembre de 2001, descubrió que el sueño iba más allá de lograr el control del petróleo mundial. Un oficial del Estado Mayor le dijo: «Nos estamos preparando para ir a por Irak [...]. Pero ahí no queda la cosa. [Irak] formaba parte de una campaña de cinco años, me contó, que abarcaba un total de siete países: primero Irak, luego Siria, Líbano, Libia, Irán, Somalia y Sudán. De modo, me dije, que es en eso en lo que piensan cuando aseguran que hay que "drenar el pantano"».[118]

Especialistas en la región, incluidos los del Departamento de Estado y de la CIA, intentaron disipar aquella fantasía *neocon*. «Es una guerra que pretende girar el caleidoscopio hecha por personas que no saben nada de Oriente Próximo», declaró Charles Freeman, exembajador de Estados Unidos en Arabia Saudí.[119] «Puede ser excusable como fantasía de un puñado de israelíes —comentó Anthony Cordesman—. Como política norteamericana, en cambio, cruza la línea del neoconservadurismo para convertirse en neolocura».[120] A G. John Ikenberry, especialista en relaciones internacionales de la Universidad de Princeton, le asombraba «la ambición imperial» de los neoconservadores que preveían «un mundo unipolar en el que Estados Unidos no tendría competidor» y donde «ningún estado o coalición desafiaría jamás al líder, protector y policía global».[121]

Con la guerra a la vuelta de la esquina, algunos señalaron cuán pocos de los entusiastas de la contienda habían servido a su país en la Guerra Fría o en Vietnam, lo cual les valió el apodo de «halcones gallinas». Pese a apoyar con decisión la guerra de Vietnam, la mayoría hicieron lo posible por evitarla. Y ahora querían mandar alegremente a la generación más joven a Afganistán y a Irak a matar y a morir. Chuck Hagel, senador republicano por Nebraska y veterano de Vietnam que se oponía al belicismo de la administración, señaló: «Resulta curioso que muchos de los que quieren llevar a la guerra a este país de cualquier manera y creen que será rápida y fácil no sepan nada de la guerra. La ven desde un punto de vista intelectual, no han estado en ninguna selva, en ninguna trinchera, no han visto reventar la cabeza de sus amigos».[122] Al general de marines Anthony Zinni, ampliamente condecorado, le parecía «interesante preguntarse por qué todos los generales lo ven de la misma manera y todos los que jamás han disparado un solo tiro y están locos por ir a la guerra lo ven de otra. Que es lo que casi siempre ha venido sucediendo a lo largo de la historia».[123]

Pero ocurría quizá más en aquel momento de la historia que en ningún otro. Dick Cheney llamaba a Vietnam «noble causa», pero después de dejar Yale e ir al Casper Community College de Wyoming, pidió, y consiguió, cuatro prórrogas por estudios y luego otra más por matrimonio. «En los sesenta yo tenía otras prioridades aparte del servicio militar», dijo el vicepresidente.[124] A algunos no les parecía accidental que los Cheney tuvieran su primer hijo en julio de 1966, nueve meses después de que el gobierno de Johnson anunciara que empezaría el reclutamiento de hombres casados por los

que no eran padres.[125] George W. Bush utilizó sus contactos familiares para entrar en la Guardia Nacional, con solo un 1 por ciento de afroamericanos. Bush no cumplió en la institución los seis años a que se había comprometido y logró que lo mandaran a Alabama, donde se metió en política.[126] Colin Powell, general de cuatro estrellas y antiguo jefe del Estado Mayor Conjunto, escribió su autobiografía en 1995: «Me enfada que muchos hijos de hombres poderosos y bien situados [...] se las arreglen para entrar en la Reserva y en la Guardia Nacional. De las muchas tragedias de Vietnam, esa franca discriminación de clase se me antoja la más dañina para el ideal de que todos los norteamericanos nacen iguales y deben por igual lealtad a su país».[127] Newt Gingrich, futuro presidente de la Cámara de Representantes, también consiguió una prórroga por estudios. A un periodista le dijo: «Vietnam es el campo de batalla donde hay que luchar». Cuando le preguntaron por qué entonces él no fue allí a combatir, respondió: «¿Qué más da que yo fuera o no? En el Congreso la batalla era mayor que en Vietnam».[128] En realidad, Gingrich no llegó al Congreso hasta cuatro años después de la retirada de las tropas de Vietnam. John Bolton apoyó la guerra cuando estudiaba en Yale, pero se alistó en la Guardia Nacional de Maryland para evitar la lucha. Veinticinco años después, en el libro conmemorativo de la reunión de exalumnos, escribió: «Confieso que no tenía ninguna gana de morir en un arrozal del Sudeste Asiático».[129] Paul Wolfowitz, *Scooter* Libby, Peter Rodman, Richard Perle, el exjefe de personal de la Casa Blanca Andrew Card, John Ashcroft, George Will, el exalcalde de Nueva York Rudolph Giuliani, Phil Graham, el expresidente del Congreso Dennis Hastert, Joe Lieberman, el senador Mitch McConnell, el juez del Tribunal Supremo Clarence Thomas, Trent Lott, Richard Armey y el exsenador Don Nickles consiguieron prórrogas por estudios. A John Ashcroft le concedieron siete. Elliott Abrams tenía mal la espalda; el exfiscal general Kenneth Starr, psoriasis; Kenneth Adelman, un sarpullido; Jack Kemp, dolor en una rodilla —aunque luego jugó de *quarterback* en la liga profesional de fútbol americano ocho años—. El superhalcón Tom DeLay, futuro portavoz de los republicanos en el Congreso, trabajó de exterminador de plagas. Aseguró a sus críticos que habría ido a Vietnam, pero que las minorías ya habían ocupado los mejores puestos. Rush Limbaugh no fue a Vietnam porque tenía un sinus pilonidal, es decir, un quiste en el ano.[130]

A medida que la guerra se aproximaba, los manifestantes tomaron las calles de más de ochocientas ciudades de todo el mundo. Según los cálculos, sumaron entre seis y treinta millones de personas. Solo en Roma se concentraron tres millones. Fue, según el *Libro Guinness de los récords*, la mayor manifestación en contra de una guerra de la historia.[131] Más de un millón de personas desfilaron en Londres y cientos de miles en Nueva York. Más del 80 por ciento de la población de la mayor parte de Europa se opuso a la invasión de Irak y entre el 94 y el 96 por ciento de la de Turquía. En Europa Oriental ese porcentaje oscilaba entre el 65 por ciento en la República Checa y casi el 80 en Polonia.[132]

Pero en ningún lugar era mayor la oposición a la guerra que en el mundo árabe, donde Estados Unidos libraba una agresiva campaña para convencer a la opinión pública. Zogby, una empresa de sondeos, publicó que el porcentaje de saudíes con una «opinión desfavorable» de Estados Unidos subió del 87 al 97 por ciento en un solo año.[133] Una encuesta de la revista *Time* entre más de trescientos mil europeos decía que para el 84 por ciento Estados Unidos era la mayor amenaza para la paz y que solo el 8 pensaba que Irak era una amenaza mayor.[134] El columnista Robert Samuelson escribió: «Para los críticos extranjeros, esa moralidad *a lo Rambo* de Bush confirma el peor estereotipo de los norteamericanos: somos estúpidos e incautos y estamos sedientos de sangre».[135]

Despreciando la opinión mundial, Bush desencadenó un ataque aéreo masivo sobre Irak el 20 de marzo. A la estrategia se la llamó «*shock* y pavor», recordando un estudio de Harlan Ullman y James Wade de 1996 que decía: «Para neutralizar el país habría tanto que destruir las infraestructuras correspondientes como restringir y controlar toda la información importante, y la actividad

comercial relacionada, con la celeridad suficiente para conseguir un *shock* generalizado semejante al que el lanzamiento de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki causó entre los japoneses». El objetivo, decían, era «imponer un estado de *shock* y pavor por medio de niveles de destrucción masiva incomprensibles dirigidos a influir a la sociedad, es decir, a los dirigentes y a los ciudadanos, en lugar de atacar directamente objetivos militares y estratégicos». El informe advertía, además, de que esa estrategia podía ser «brutal e implacable» y «dejar de lado los valores y el patrimonio cultural de Estados Unidos».[136]



Manifestantes contrarios a la guerra de Irak ante el Monumento a Washington de la capital de Estados Unidos. A medida que la invasión se acercaba, a los manifestantes estadounidenses se unieron millones en todo el mundo. Solo en Roma salieron a la calle unos tres millones.

Pero con Bush y Cheney, los valores y el patrimonio cultural de Estados Unidos habían cambiado de manera drástica. Tom Brokaw, presentador de la NBC, estaba eufórico: «No conviene destruir las infraestructuras de Irak, porque dentro de unos días el país será nuestro».[137] Rumsfeld se dirigió a Bagdad para agradecer su sacrificio a las tropas y declaró, quizá prematuramente: «A diferencia de otros muchos ejércitos, vosotros no habéis venido a conquistar ni a ocupar, sino a liberar, y el pueblo iraquí lo sabe […]. Muchos […] salen a las calles a daros la bienvenida. Derriban estatuas de Sadam Husein celebrando su nueva libertad».[138]

Las muy cuidadosamente preparadas imágenes del poder norteamericano y el júbilo iraquí a que aludía Rumsfeld dieron rápidamente paso a las de los iraquíes saqueando tesoros antiguos de los museos de Bagdad. Resultó que ni siquiera el júbilo era tan alegre y espontáneo. La famosa escena de los iraquíes echando abajo la estatua de Sadam en la plaza Firdos fue en realidad organizada por un equipo de guerra psicológica del Ejército norteamericano que reclutó a iraquíes y derribó la efigie por ellos.[139]

Con Irak vencido, entre los potenciales blancos para un futuro cambio de régimen se incluían Irán, Siria, Arabia Saudí, Líbano, la OLP, Sudán, Libia, Yemen y Somalia. Anteriormente, Richard Perle se había jactado: «Podríamos mandarles un breve mensaje, de tres palabras: “Eres el siguiente”».[140] En *La guerra de Irak*, William Kristol y Lawrence Kaplan escribieron: «Nos encontramos en los umbrales de una nueva era». Para ellos, se vivía «un momento decisivo» donde, «evidentemente», estaba en juego «algo más que Irak, algo más incluso que el futuro de Oriente Próximo y la guerra contra el terror». Era una guerra sobre el papel que Estados Unidos quiere desempeñar en el mundo en el siglo XXI. «La misión empieza en Bagdad —concluían—, pero no acaba ahí».[141]

No puede extrañar, por tanto, que el presidente sirio, Bashar al Asad, dijera en una cumbre de la Liga Árabe el 1 de marzo: «Todos somos el blanco […]. Todos estamos en peligro».[142] Corea del

Norte extrajo una conclusión similar, pero propuso otra solución. Kim Jong Il dijo que Irak había cometido el gran error de no disponer de armas nucleares. De haberlas tenido, argumentaba, Estados Unidos no se habría atrevido a invadirlo. El diario oficial del Partido Comunista, el *Rodong Shinmun*, insistió en que Corea del Norte no se desarmaría ni se sometería a inspecciones. Corea del Norte «habría sufrido el mismo destino miserable de Irak si hubiera [...] aceptado la petición de los imperialistas, y de sus partidarios [*sic*], de inspecciones nucleares y desarme [...]. Que nadie espere que Corea del Norte haga la más mínima concesión».[143]

Aparte de contar con armas atómicas, los norcoreanos no tenían «ninguna otra ventaja» sobre los iraquíes: ellos no estaban sentados sobre la segunda mayor reserva petrolífera del mundo. Los iraquíes no se hacían ilusiones sobre los motivos de Estados Unidos. Cuanto más se llenaban la boca los dirigentes norteamericanos con la palabra «libertad», más oían los iraquíes la palabra «petróleo». Según algunas encuestas, más de las tres cuartas partes de la población iraquí opinaban que la invasión se debía al deseo de controlar el crudo de su país. En noviembre de 2002, en una entrevista de radio, Rumsfeld declaró: «Tonterías. No es así. Hay cosas como esa... mitos que circulan por ahí [...]. Todo esto no tiene nada que ver con el petróleo. Como lo oye, nada que ver».[144]



Tanques norteamericanos en Bagdad después de la invasión de Irak. Tras cumplir con su misión en Irak «definitivamente», los neoconservadores norteamericanos, del gobierno y de fuera del gobierno, empezaron a buscar nuevos dragones que matar.

A Alan Greenspan, longevo presidente de la Reserva Federal, dicha negación le parecía absurda. «Me entristece —escribió— que no sea políticamente correcto admitir lo que todo el mundo sabe, que la guerra de Irak se debe sobre todo al petróleo».[145]

Diversos expertos calculaban que Arabia Saudí, con unas reservas demostradas de doscientos cincuenta y nueve mil millones de barriles, e Irak, con ciento doce mil millones, se asentaban sobre aproximadamente un tercio de las reservas mundiales de petróleo. Y algunos pensaban que, en realidad, las reservas de Irak superaban los cuatrocientos mil millones de barriles.[146]

Robert Kagan, cofundador del PNAC, opinaba que para garantizarse ese petróleo haría falta una presencia militar duradera. «Probablemente necesitemos concentrar más fuerzas en Oriente Próximo durante un periodo más prolongado de tiempo —dijo—. Todos nuestros problemas económicos, cuando los hemos tenido, han sido causados por una disminución de los suministros de petróleo. Con tropas en Irak, esa disminución se habrá terminado».[147] Michael Klare, que ha escrito mucho sobre el tema, tenía una visión más amplia. «Dominar Irak tiene que ver tanto con el petróleo como con el poder —observó—, más que con el petróleo en tanto que combustible. El dominio del Golfo Pérsico se traduce en dominio de Europa, China y Japón. Supone tener la mano en la espita».[148]

Quienes querían desmantelar las empresas estatales de Irak y entregar el petróleo a las multinacionales se toparon con gran resistencia, sabotajes y oposición de los sindicatos y del Parlamento iraquíes. Kellogg, Brown & Root, filial de Halliburton, obtuvo en 2004 un contrato por

valor de mil doscientos millones de dólares para reconstruir las refinerías del sur de Irak, aunque la responsabilidad de la obra recayó en los iraquíes. Estados Unidos siguió presionando a Bagdad para que aprobase la legislación petroquímica, que llevaba paralizada mucho tiempo.

La celebración de la victoria resultó prematura. Derrotar al desmoralizado Ejército iraquí fue fácil. Imponer orden se demostró imposible. Los arrogantes planificadores de la guerra habían hecho caso omiso de la advertencia de civiles y militares de que gobernar el Irak ocupado no sería tan sencillo como pensaban. En enero de 2003, el National Intelligence Council [Consejo de Inteligencia Nacional] elaboró dos largos informes valorando lo que cabía esperar que sucediera tras la invasión basándose en la opinión de dieciséis organismos de inteligencia distintos. Titulados «Principales desafíos del Irak post-Sadam» y «Consecuencias en la región de un cambio de régimen en Irak»,[149] advertían de que un conflicto provocado por Estados Unidos aumentaría la influencia de Irak en la región, abriría las puertas a Al Qaeda en el propio Irak y en Afganistán, haría resurgir rivalidades sectarias potencialmente violentas, posibilitaría el resurgimiento de un islam político y facilitaría su financiación a grupos terroristas «porque los musulmanes se tomarían las operaciones militares de Estados Unidos como una ofensa». Instaurar la democracia sería «un reto y el camino, largo, difícil y probablemente turbulento», porque en Irak no existía «el concepto de oposición leal ni tradición de alternancia en el poder».[150]

Conclusiones similares se extrajeron en abril de 1999 tras una serie de juegos de guerra llamados «el cruce del desierto» y diseñados para simular la posguerra tras una invasión norteamericana.[151] El general Anthony Zinni, responsable de la iniciativa, se opuso rotundamente a partir de entonces al conflicto. Despellejaba a los halcones que despreciaban la importancia de la opinión pública en el mundo musulmán: «No sé en qué planeta viven, pero no es el que yo conozco y he recorrido».[152] Michael Scheuer, primer jefe de la unidad de la CIA dedicada a Bin Laden, señaló: «La CIA le repitió en varias ocasiones a Tenet el desastre que inevitablemente causaría la guerra de Irak: el apoyo a Bin Laden crecería, la guerra suní-chií se avivaría y se desestabilizaría toda la región».[153]

Esta información, al parecer, no entró en los cálculos del presidente cuando planeaba la guerra. Poco después del comienzo de la invasión, Bush se reunió con tres norteamericanos de origen iraquí, uno de los cuales se convertiría en primer representante en Estados Unidos del nuevo régimen iraquí. Cuando redactaban un informe sobre la posible división de chiíes y suníes en el Irán post-Sadam, se dieron cuenta de que el presidente no sabía de qué estaban hablando y tuvieron que explicarle que el pueblo iraquí se componía de dos sectas potencialmente hostiles. Bush, evidentemente, no comprendía que permitir un Irak dominado por chiíes era como servírselo a Irán en bandeja de plata.[154]

Los líderes de Al Qaeda dieron gracias a Alá por los colosales errores tácticos y estratégicos de los estrategas neoconservadores de Estados Unidos. En septiembre de 2003, segundo aniversario de los atentados de Nueva York y Washington, Aymán al Zawahiri estaba exultante: «Demos gracias a Dios por darnos paz con los problemas de Irak y Afganistán. Los americanos se enfrentan a una situación muy delicada en ambos países. Si se retiran, lo perderán todo, y si se quedan, seguirán desangrándose hasta la muerte».[155] Al año siguiente, Bin Laden recurrió a la misma metáfora del desangramiento para explicar su estrategia y se atribuyó el mérito de haber «desangrado a Rusia durante diez años; hasta que se arruinó y, derrotada, se vio obligada a retirarse». Se había propuesto, afirmó, «continuar con su política de desangrar a América hasta llevarla a la bancarrota» y señaló que el medio millón de dólares que Al Qaeda gastó en los atentados del 11 de septiembre había resultado en un «déficit» de la economía estadounidense de más de un billón de dólares.[156]

Bush, Cheney y Rumsfeld tomaron diversas decisiones calamitosas. Sin consultar con el Departamento de Estado, el Pentágono llevó a Ahmed Chalabi, favorito de los neoconservadores, y a centenares de sus partidarios de regreso a Bagdad poco después de la caída de Sadam. En favor de

Jay Garner, teniente general del Ejército de Estados Unidos, hay que decir que se negó a permitir que Chalabi desempeñara el papel que Rumsfeld y Cheney tenían previsto.[157] Más tarde, los norteamericanos comprenderían cuán frágil era en realidad la lealtad de Chalabi. Aparecieron pruebas de sus lazos con el Gobierno iraní y con la Liga de los Justos, organización militante vinculada con los chiíes de Irán implicada en el secuestro y asesinato de extranjeros, incluidos cinco marines ejecutados en 2007. El Gobierno estadounidense interrumpió toda relación con Chalabi en mayo de 2008. Tres meses después, arrestó a uno de sus ayudantes principales porque sospechaba que había actuado como enlace con la Liga.[158]

Del presidente Bush para abajo, todos los miembros del gobierno eran, simplemente, víctimas de un delirio. En abril de 2003, Ted Koppel, de *Nightline*, escuchó con incredulidad decir a Andrew Natsios, administrador de la Agency for International Development [Agencia de Desarrollo Internacional], que el coste total de la guerra y de la reconstrucción de Irak sería para el contribuyente norteamericano de mil setecientos millones de dólares.[159] Wolfowitz, por su parte, insistía en que los ingresos del petróleo iraquí bastarían para financiar la reconstrucción; «Irak flota sobre un mar de petróleo», observó.[160] Cuando Bush dejó el gobierno, Estados Unidos había gastado ya unos siete mil millones de dólares en la guerra, eso sin incluir los intereses sobre los préstamos y el gasto en atención sanitaria a largo plazo de los veteranos, muchos de los cuales sufrían daños físicos y psicológicos importantes.

La situación en Irak pasó de mala a peor cuando L. Paul Bremer sustituyó a Jay Garner a primeros de mayo. Bremer disolvió rápidamente al ejército y la policía iraquíes y ordenó el despido de la administración del Estado de todos los antiguos miembros del Partido Baaz. En Bagdad abundaron los saqueos y las fuerzas de la coalición, insuficientes, se mostraron incapaces de mantener el orden. Mientras el patrimonio nacional iba desapareciendo de los museos, las tropas y los tanques norteamericanos se limitaban a proteger las dependencias del Ministerio del Petróleo. El país se sumió rápidamente en el caos: el suministro eléctrico fallaba, la conducción de agua también, las aguas fecales corrían por las calles y los hospitales se llenaron de enfermos y heridos. Mientras Bremer y la autoridad provisional de la coalición operaban desde la llamada Zona Verde, muy fortificada, y emitían informes siempre optimistas, la insurgencia, compuesta por antiguos soldados armados del Ejército iraquí —de quienes Rumsfeld dijo que habían buscado un callejón sin salida—, se hacía cada día más fuerte y los costes de la guerra se multiplicaban.[161] El Pentágono pidió otros ochenta y siete mil millones para gastar en Irak y Afganistán.

En noviembre de 2003, las fuerzas de la coalición sufrían treinta y cinco atentados al día. Llegaban insurgentes de todo el mundo islámico dispuestos a expulsar al infiel. Bin Laden y Al Zawahiri instaban a sus hermanos musulmanes a «enterrar a los americanos en la tumba de Irak». En septiembre, los estadounidenses calculaban que habían llegado a Irak entre uno y tres millares de terroristas y que muchos más estaban en camino. Un alto cargo señaló: «Irak se ha convertido en el Yihad Stadium. Es el lugar de congregación de los fundamentalistas, su campeonato mundial, el sitio donde hacer daño a Occidente [...]. Y el número de jugadores es potencialmente infinito».[162]

Bremer emprendió la reorganización de la economía iraquí, lo cual significaba básicamente la privatización de la empresa nacional del petróleo y de otras doscientas empresas del Estado. La planificación había comenzado antes de la guerra, cuando la Agencia de Desarrollo Internacional norteamericana redactó «Planes para el Irak de la posguerra». Cinco grandes constructoras, incluidas Kellogg, Brown & Root y Bechtel, se hicieron con contratos por valor de novecientos millones de dólares. El Departamento del Tesoro se ocupó de difundir un programa de «privatización masiva» entre los consultores financieros.

El 27 de mayo de 2003, Bremer anunció: «Irak vuelve a abrir las puertas del negocio» y empezó a emitir órdenes. La número 37 establecía un impuesto lineal del 15 por ciento, reducción notable de la

carga impositiva para los ricos y las empresas, que hasta la fecha venían pagando alrededor del 45 por ciento. La número 39 supuso la privatización de diversas empresas estatales y permitió la existencia de firmas iraquíes con un cien por cien de capital extranjero. Todos los beneficios, además, podían llevarse fuera del país. Los préstamos y contratos durarían cuarenta años y eran renovables. La orden número 40 supuso la privatización de los bancos. Rumsfeld aseguró que las reformas dieron lugar «a algunas de las leyes impositivas y de inversión más avanzadas del mundo libre». Con un coste estimado de reconstrucción de quinientos mil millones de dólares, no es de extrañar que *The Economist* hablara de «sueño del capitalismo».[163] Según Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía y antiguo economista jefe del Banco Mundial, Irak había sido sometida «a una terapia de choque todavía más radical que la acometida en el antiguo bloque soviético».[164]

El Pentágono, que no contaba con la fuerza de los insurgentes, mandó al combate a tropas con vehículos de escaso blindaje que no resistían los explosivos de los rebeldes. La pura incompetencia de los funcionarios enviados por la administración Bush rozaba muchas veces lo increíble. *The Washington Post* publicó que a muchos empleados se los seleccionaba únicamente por su ideología política, de derechas, y su lealtad al gobierno norteamericano, y nunca pensando en su capacidad para la resolución de conflictos por sus conocimientos de Oriente Próximo. Jim O'Beirne, uno de los encargados de la selección, preguntaba a los interesados si habían votado a Bush, si daban su aprobación a su guerra contra el terrorismo e incluso si estaban de acuerdo con la resolución del caso Roe contra Wade, famoso proceso judicial de 1973 en que el tribunal falló a favor de la interrupción voluntaria del embarazo porque se había producido con violación. Según *The Washington Post*: «Un joven de veinticuatro años que nunca había trabajado en el mundo de las finanzas, aunque había solicitado empleo en la Casa Blanca, fue designado para la reapertura de la bolsa de Bagdad. La hija de un conocido columnista neoconservador y un recién licenciado de un internado evangélico recibieron el encargo de gestionar el presupuesto de Irak, de trece mil millones de dólares, aunque no tenían ninguna formación contable». *The Washington Post* informó también de que muchos encargados de la reconstrucción de Irak se centraron en «instituir un impuesto lineal […], vender activos del Estado […], acabar con las cartillas de racionamiento»,[165] mientras la economía se derrumbaba y el paro crecía exponencialmente.

En mayo de 2003, técnicos del Departamento de Justicia informaron de que Irak llamaría a seis mil asesores extranjeros para modernizar sus fuerzas de policía. La Casa Blanca nombró a Bernard Kerik, antiguo comisionado de la policía de Nueva York, ministro del Interior y lo mandó a Bagdad con una docena de asesores. Kerik, que más tarde ingresaría en prisión tras declararse culpable de ocho delitos, duró tres meses en el cargo antes de regresar a Estados Unidos y dejó Irak peor de lo que lo había encontrado. Los cargos nombrados por Bush se convirtieron en los *Keystone Kops* —los tontos y mamporreros policías del cine mudo— de la reconstrucción nacional. Con la convicción meramente visceral de que los gobiernos no son capaces de organizar a los pueblos, se empeñaron en demostrar lo acertado de sus presuntos principios. En septiembre de 2004, la situación se había deteriorado tanto que Amr Moussa, presidente de la Liga Árabe, anunció: «En Irak se han abierto las puertas del infierno».[166]

A falta de tropas suficientes para tutelar funciones básicas, el gobierno contrató un ejército de guardias de seguridad y de contratistas privados para realizar su trabajo, a menudo con un coste escandaloso y muy poca supervisión. En 2007 su número ascendía a ciento sesenta mil. Muchos guardias de seguridad de Blackwater habían prestado servicio en milicias de derechas de Latinoamérica.[167] Las autoridades iraquíes, además, les garantizaron inmunidad a ellos y a diverso personal extranjero. Otras tareas de gobierno fueron externalizadas a empresas como Halliburton, que obtuvo cuantiosos beneficios en Irak, Afganistán y Kuwait. Con cuarenta mil empleados solo en Irak, en 2008 ganó más de veinticuatro mil millones de dólares, gran parte de los cuales procedían de

cuestionables contratos sin concurso público. Tras la invasión, Halliburton pasó, en la lista de contratistas del Ejército norteamericano, del decimonoveno al primer puesto.[168] Cuando el senador Patrick Leahy preguntó a Cheney en el Senado por los vergonzosos beneficios de esa empresa, el vicepresidente estalló: «Vete a tomar por culo».[169] Después se supo que no solo Halliburton y KBR, su filial, habían cobrado de más al gobierno en repetidas ocasiones, sino que los lamentables trabajos de instalación eléctrica de KBR en muchas bases norteamericanas provocaron centenares de incendios y muchos soldados estadounidenses murieron electrocutados.[170]

La situación se deterioró todavía más a partir del 22 de febrero de 2006, día en que una bomba destruyó la cúpula dorada de un santuario chií en Samarra. Los chiíes reaccionaron con furia y atentaron contra numerosos lugares de culto suníes en todo el país.[171] Los atentados suicidas y el asesinato de civiles se convirtieron en lugar común. Irak estaba al borde de la guerra civil.

La periodista Helen Thomas inquirió a Bush: «Señor presidente, usted empezó esta guerra, que es una guerra de su elección, y usted puede ponerle fin hoy mismo [...]. Dos millones de refugiados iraquíes han huido del país. Y hay otros dos millones de desplazados. Muchos miles de muertos. ¿No comprende que fue usted el que llevó Al Qaeda a Irak?». «En realidad, yo quería resolver el problema iraquí por la vía diplomática —respondió Bush—. Por eso me presenté en las Naciones Unidas y trabajé con el Consejo de Seguridad, que aprobó por unanimidad una resolución que decía: rebélate, desármate o atente a las consecuencias».[172]

Antes, Bush había declarado que solo había invadido Irak tras dar a Sadam «la oportunidad de permitir la entrada de los inspectores» y Sadam no los había dejado entrar. Hasta *The Washington Post* se sintió impelido a comentar: «La afirmación del presidente de que la guerra empezó porque Irak no permitió la entrada de los inspectores contradice los acontecimientos que condujeron a la guerra la primavera pasada: en realidad, Sadam permitió las inspecciones y Bush se opuso a que los inspectores continuaran con su trabajo porque no le parecían eficaces».[173]

Bruce Barlett, que formó parte de los gobiernos de Reagan y del primer Bush, describió la forma de pensar de George W. Bush al periodista Ron Suskind en 2004:

> Ese es el motivo de que George W. Bush actúe como un iluminado con respecto a Al Qaeda y los fundamentalistas islámicos. Cree que hay que matarlos a todos, que no se les puede convencer, que son extremistas a los que impulsa una oscura visión. Los comprende porque es exactamente igual que ellos [...]. Ese es el motivo de que mire para otro lado cuando alguien pone sobre la mesa hechos que no le convienen. Cree de verdad que tiene una misión divina, que un líder con una fe tan absoluta como la suya no necesita análisis. La fe consiste en creer cosas de las que no existen pruebas empíricas. Pero no se puede dirigir el mundo sobre la base de la fe.

Suskind observó que, cuando alguien cuestionaba decisiones políticas de Bush que parecían fuera de la realidad, «el presidente decía que se basaba en sus “tripas” o en sus “instintos” para gobernar la nave del Estado y que luego rezaba o suplicaba estar en lo cierto». Uno de los principales asesores de Bush acusó al periodista de pertenecer «a lo que nosotros llamamos la comunidad que se basa en la realidad». Y le dijo: «No es así como el mundo va a funcionar a partir de ahora. Ahora somos un imperio y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad [...]. Somos actores de la historia [...]. Y a usted, a todos ustedes, solo les queda limitarse a estudiar lo que nosotros hacemos».[174]

No todo el mundo estaba tan empeñado en negar la realidad. Siete oficiales que acompañaban a la 82ª División Aerotransportada en calidad de observadores describieron la situación de Irak a *The New York Times* en agosto de 2007:

> Visto desde Irak al cabo de quince meses de despliegue, el debate político de Washington parece surrealista [...]. Creer que los norteamericanos, con una fuerza de ocupación que ya hace mucho tiempo vivió una fría acogida, pueden vencer a

una población local recalcitrante y a la contrainsurgencia es creer demasiado [...]. Hoy los suníes [...] forman sus propias milicias, a veces ni siquiera con nuestro apoyo tácito [...]. El Gobierno iraquí choca con nosotros en este aspecto porque teme, muy justificadamente, que las milicias suníes se vuelvan contra él cuando los estadounidenses nos vayamos [...]. La inmensa mayoría de los iraquíes se sienten cada día más inseguros y nos consideran una fuerza de ocupación que no ha conseguido recuperar la normalidad después de cuatro años, y piensan que, mientras sigue armando a todos los bandos, es cada vez más improbable que lo consiga [...]. El frente más importante de la contrainsurgencia, mejorando las condiciones sociales y económicas básicas, es el frente en el que hemos fracasado más estrepitosamente. Hay dos millones de iraquíes en los campos de refugiados de los países fronterizos. Las ciudades carecen de un suministro eléctrico regular y fallan las comunicaciones telefónicas y la higiene [...]. En un país sin ley donde las calles están llenas de hombres armados, los conflictos banales de la vida se han convertido en desafíos mortales. Después de cuatro años de ocupación, hemos incumplido todas nuestras promesas [...]. La primera preocupación del iraquí medio es cuándo y cómo lo van a matar [...]. Nuestra presencia [...] les ha arrebatado el respeto por ellos mismos. Pronto caerán en la cuenta de que la mejor manera de recuperar la dignidad es tomarnos como lo que somos: un ejército de ocupación; y forzar nuestra retirada.[175]

A principios de 2008, Joseph Stiglitz y Linda Bilmes, economista de Harvard, calculaban que el coste de la guerra de Irak llegaría a tres billones de dólares, es decir, mil setecientas sesenta y cinco veces más que las estimaciones de Natsios.[176] ¿Qué recibirían a cambio los contribuyentes norteamericanos y los ciudadanos de Irak? En 2008 Cruz Roja Internacional anunció que en Irak se estaba produciendo una «crisis humanitaria», porque millones de personas carecían de agua potable, higiene y cuidados sanitarios suficientes: «La situación humanitaria en la mayor parte del país continúa siendo de las más precarias del mundo». Veinte mil de los treinta y cuatro mil médicos con que Irak contaba en 1990 habían abandonado el país; de los restantes, dos mil doscientos habían sido asesinados y doscientos cincuenta secuestrados.[177] En 2010 Transparency International [Transparencia Internacional] publicó que Irak era el cuarto país más corrupto del mundo solo por detrás de Afganistán, Myanmar y Somalia.[178]

Pero la más cruda constatación de los logros de Estados Unidos en Irak se había producido en marzo de 2008, mes en que Bagdad recibió a dos eminentes visitantes: Dick Cheney y el presidente iraní Mahmud Ahmadineyad. Cheney llegó en secreto, protegido por una numerosa fuerza de seguridad, y luego, antes de que los ciudadanos tuvieran noticia de su presencia, emprendió una apresurada retirada. Ahmadineyad anunció su visita con antelación y recorrió el trayecto del aeropuerto a la ciudad con un desfile motorizado. *The Chicago Tribune* publicó:

Ahmadineyad fue recibido con besos y abrazos el primer día de su histórica visita a Irak [...], lo cual supone una llamativa ruptura con el pasado para dos antiguos enemigos y un nuevo reto a la influencia de Estados Unidos en Irak [...]. Ahmadineyad tenía pensado pasar dos días en Bagdad. No se aloja en la Zona Verde, que es relativamente segura [...]. Se espera que el lunes Irak e Irán anuncien una serie de acuerdos bilaterales sobre comercio, suministros eléctricos y petróleo. «No hay límite a la cooperación que vamos a iniciar con Irán, nuestro vecino», dijo Al Maliki a los periodistas. Ahmadineyad ha sido el primer dirigente internacional objeto de una recepción del Estado por el Gobierno iraquí. El presidente iraquí Yalal Talabani y Ahmadineyad se estrecharon la mano tras pasar revista a la guardia de honor mientras la banda militar tocaba enérgicas marchas inglesas. Los niños recibieron al iraní con flores. Miembros del Gobierno iraquí formaron una fila para saludarle [...]. En todo momento, Ahmadineyad y sus anfitriones iraquíes incidieron en los intereses comunes de ambos países, cuya antigua y larga relación hostil se ha transformado con la instauración de un gobierno liderado por chiíes tras la invasión liderada por Estados Unidos [...]. «Ambos pueblos, el iraquí y el iraní, trabajan conjuntamente para sacar a Irak de la crisis en que actualmente se sume», declaró Ahmadineyad [...]. «Irak ya está en manos de los iraníes. Es solo cuestión de tiempo —dijo Mithal al Alusi, parlamentario independiente suní—. El mensaje de Ahmadineyad es evidente: señor Bush, nosotros hemos ganado la partida y usted la ha perdido».

En la Zona Verde, controlada por Estados Unidos, y en rueda de prensa conjunta con el primer ministro iraquí, Ahmadineyad rechazó las repetidas acusaciones de que agentes iraníes armaban y formaban a milicias chiíes y exigió que Estados Unidos «aceptase la situación de la región: al pueblo iraquí no le gustan los norteamericanos y no los apoya».[179]

Tenía razón. Los estadounidenses eran los grandes perdedores e Irán, como al final se comprobó,

el principal vencedor. Su mayor enemigo había sido eliminado y su influencia en la región era ahora fundamental.

Empantanado en dos guerras desastrosas, Estados Unidos apenas podía hacer nada con Irán, miembro del eje del mal de Bush, quien, además, denunciaba repetidamente su programa nuclear en expansión, sus relaciones con Irak, que apoyase el terrorismo y las incendiarias declaraciones de su presidente. Por su empeño en la confrontación con Irán, sin embargo, Bush en realidad había perdido la oportunidad histórica de recuperar las relaciones amistosas con ese país en la primera parte de la década y de hacerlo, además, según sus propias condiciones.

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, Irán ayudó a Estados Unidos en su lucha contra los talibanes, su común enemigo, en Afganistán. Luego, tras numerosas conversaciones informales, en mayo de 2003 Irán propuso un gran trato. A cambio de seguridad, respeto mutuo y acceso a una tecnología nuclear para usos pacíficos, ofreció el reconocimiento del Estado de Israel como parte de la solución de los dos estados al problema palestino: «plena transparencia» del programa nuclear; contribuir a la estabilización de Irak; actuar contra los grupos terroristas en el propio Irán; interrumpir el apoyo material a los grupos de oposición palestinos, incluido Hamás, y presionarlos para que detuvieran «los actos violentos contra la población civil» en Israel; y un esfuerzo concertado por transformar Hezbolá en «una organización solo política circunscrita al Líbano». Pero como los neoconservadores del Gobierno norteamericano habían tomado la decisión de acabar con el régimen iraní y, por tanto, no deseaban mejorar las relaciones con él, rechazaron la iniciativa iraní y se prepararon para la guerra.[180] Fue un error de proporciones épicas.

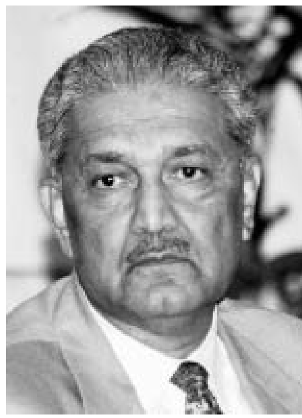
En 2005 Philip Giraldi, exagente de la CIA, comentó: «El Pentágono, siguiendo instrucciones de […] la oficina de Cheney […], [dio órdenes al mando estratégico de preparar los planes para] un ataque aéreo a gran escala sobre Irán con armas convencionales y nucleares tácticas».[181] Esas armas nucleares quedaban reservadas para instalaciones subterráneas y los lugares de defensa reforzada y para la planta de uranio enriquecido de Natanz. Las vehementes objeciones del Estado Mayor Conjunto obligaron a Bush y a Cheney a olvidarse de esa opción. En 2007 la administración Bush volvió a remover el fango de Irán. En octubre el presidente advirtió de que Irán tenía intención de adquirir armas nucleares y que al hacerlo podía provocar la tercera guerra mundial. Su interés por alentar el espíritu antibelicista de la ciudadanía se frustró cuando a primeros de diciembre la comunidad de inteligencia hizo público un nuevo informe general que concluía con la «fundada certeza» de que Irán había interrumpido su programa nuclear en 2003, lo cual modificaba las conclusiones extraídas solo dos años antes.[182]

La mayor amenaza a los intereses norteamericanos provenía de Pakistán, que había desempeñado un papel muy importante en la creación y el respaldo del régimen talibán. El servicio de inteligencia paquistaní, llamado Directorio Inter-servicios de Inteligencia, también había mantenido estrechos vínculos con Al Qaeda, hasta el extremo de mandar a militantes islámicos a que se formaran en sus campos de entrenamiento. Después de recibir información, esos militantes libraban una guerra terrorista para evitar el control de la India sobre el disputado territorio de Cachemira. Solo dos días después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, Bush dio un ultimátum a los paquistaníes. El subsecretario de Estado Richard Armitage entregó al general Mahmud Ahmad, jefe del Directorio, una lista de siete demandas innegociables, incluidas la interrupción definitiva del apoyo y de las relaciones diplomáticas con el régimen talibán, la cesión del espacio aéreo a aviones norteamericanos, el acceso a puertos y bases navales y la condena pública del terrorismo. Según el presidente paquistaní, Pervez Musharraf, Armitage dijo a Ahmad que Pakistán sería bombardeada «hasta devolverla a la Edad de Piedra» si no accedía a dichas demandas. Aunque los paquistaníes desconfiaban de Estados Unidos y lo culpaban de muchos de sus problemas («Cuando los soviéticos se vieron obligados a salir de Afganistán —había dicho Shamshad Ahmad, embajador de Pakistán en

las Naciones Unidas y antiguo ministro de exteriores—, nos dejaron ustedes en la estacada con todas las complicaciones derivadas de aquella guerra: la llegada de refugiados, el comercio de armas, el tráfico de drogas, la cultura del Kalashnikov»),[183] Pakistán apenas tenía otra opción que acceder. Su aquiescencia, poco sincera en el mejor de los casos, abrió las puertas a la afluencia masiva de ayuda militar norteamericana cuando Bush levantó el embargo de venta de armas a Pakistán y a la India que Clinton había impuesto tras las pruebas nucleares de ambos países en 1998. A pesar de las promesas de Musharraf de ayudar a los estadounidenses, su mayor preocupación continuaba siendo la India, y el Directorio, además, seguía respaldando a los alemanes de Afganistán.

Las tensiones entre la India y Pakistán aumentaron por enésima vez cuando unos activistas islámicos atentaron contra el Parlamento indio en diciembre de 2001. La guerra entre dos estados que poseían armas nucleares parecía inminente. Un millón de soldados se apostaron a ambos lados de la línea de control de Cachemira. Los expertos temían que el Ejército indio superase a su homólogo paquistaní y que Pakistán respondiera, y de hecho amenazaba con ello, con armamento nuclear. El Pentágono calculaba la muerte casi inmediata de doce millones de personas si había intercambio de armas atómicas. El comentario del general retirado Mirza Aslam Beg, antiguo jefe de las Fuerzas Armadas paquistaníes, refleja el grado de locura a que se llegó: «No sé de qué se preocupan. Se puede morir al cruzar una calle, te puede atropellar un coche, o puedes fallecer en una guerra nuclear. Todos tenemos que morir algún día».[184] Los indios eran prácticamente igual de obtusos. El general Sundararaján Padmanabán, comandante en jefe del Ejército indio, señaló: «Si tenemos que ir a la guerra, tanto mejor. Y si no, ya nos las arreglaremos».[185]

El armamento norteamericano que empezó a llegar en grandes cantidades a Pakistán contribuyó a aumentar aún más la tensión. Aunque la crisis quedó temporalmente resuelta, solo en 2006 Estados Unidos vendió a Pakistán armas por valor de tres mil quinientos millones de dólares, lo cual convirtió al Estado asiático en el mayor receptor de armas norteamericanas del mundo. El dato resultaba todavía más enervante porque en 2003 se supo que A. Q. Jan, padre de la industria nuclear paquistaní, había organizado una red comercial que llevaba quince años vendiendo proyectos industriales de bombas nucleares y materiales para su fabricación a Corea del Norte, Libia e Irán, y posiblemente a otras naciones. Por lo demás, existían pruebas de que altos cargos del Gobierno y del Ejército paquistaníes habían apoyado las actividades de Jan. Además, Estados Unidos había hecho la vista gorda ante el proyecto atómico paquistaní a cambio de que Islamabad le prestase ayuda contra los soviéticos en Afganistán, estrategia sugerida por Zbigniew Brzezinski con el gobierno de Jimmy Carter y puesta en práctica por Reagan. Jan confesó públicamente sus manejos y, al día siguiente de dicha confesión, el general Musharraf le perdonó y lo llamó «mi héroe». Jan permaneció bajo un arresto domiciliario de facto cinco años, pero las autoridades paquistaníes nunca presentaron cargos contra él y se negaron a que Estados Unidos lo interrogase. Un senador paquistaní se mofó: «América necesitaba una ofrenda a los dioses, el suelo encharcado de sangre. Y Musharraf ha cogido a A. Q. y le ha dicho: “Ven aquí y agáchate, que te voy a dar unos azotes”».[186]



A. Q. Jan, padre de la industria nuclear paquistaní. En 2003 se supo que había organizado una red que llevaba quince años vendiendo proyectos industriales de bombas nucleares y materiales para su fabricación a Corea del Norte, Libia e Irán, y posiblemente a otras naciones. Estados Unidos había hecho la vista gorda ante el proyecto atómico paquistaní a cambio de que Islamabad le prestase ayuda contra los soviéticos en Afganistán.

En realidad era más de lo que Estados Unidos pedía a Musharraf. Un importante agente de los servicios de inteligencia norteamericanos se lamentó ante el periodista Seymour Hersh: «Jan quería vender proyectos, reactores y el armamento más moderno. Era el divulgador de armas nucleares más peligroso del mundo y lo han perdonado sin el más mínimo reproche de la Casa Blanca».[187] Todo lo contrario, Estados Unidos prodigó la ayuda militar y política a Musharraf, que había llegado al poder mediante un golpe militar en 1999 y gobernó con puño de hierro hasta su expulsión del gobierno en 2008. El respaldo de Estados Unidos al dictador y a su ejército no sirvió para ganar amigos en esa empobrecida república islámica. Según una encuesta de Pew en 2007, solo el 15 por ciento de los paquistaníes tenían una opinión favorable de Estados Unidos, es decir, muchos menos que el 23 por ciento que el año anterior habían afirmado mirar con buenos ojos a la India, archienemiga de Pakistán contra la que había librado cuatro guerras.[188] En 2007 el 46 por ciento de los paquistaníes tenían una opinión favorable de Osama bin Laden. Solo el 9 por ciento decía lo mismo de Bush.[189]

Bush tampoco hizo muchos amigos en Rusia. Aunque llegó a decir que había visto el alma del presidente Vladímir Putin y le había gustado, Bush, como Clinton antes que él, trató a Rusia con desprecio. Poco después de acceder al cargo renunció, pese a la oposición rusa, al tratado de misiles antibalísticos de 1972 en su permanente apuesta por su proyecto de defensa contra misiles. Pero Putin y él tuvieron una reunión sorprendentemente amistosa en junio de 2001. El 11 de septiembre, Putin fue uno de los primeros dirigentes extranjeros en telefonear a Bush y expresarle sus condolencias. El día 24 anunció un plan de cinco puntos en apoyo de la guerra contra el terror del presidente norteamericano. No solo compartiría información con Estados Unidos y abriría su espacio aéreo, manifestó, sino que admitiría e incluso facilitaría el acantonamiento de tropas norteamericanas en Oriente Próximo, a pesar de la oposición de muchas figuras importantes del Ejército y de los servicios de inteligencia rusos.

Bush pagó la generosidad de Putin incumpliendo la promesa que su padre había hecho a Gorbachov y acercó la OTAN todavía más a las fronteras de Rusia, lo cual le permitió rodearla de bases militares, algunas en antiguos territorios soviéticos. Esta segunda expansión empezó a finales de 2002 y terminó con la admisión de Bulgaria, Rumanía, Eslovaquia, Eslovenia, Lituania, Letonia y Estonia en la organización en marzo de 2004. Los rusos se opusieron rotundamente. Ampliar la OTAN a naciones que habían pertenecido al Pacto de Varsovia como Bulgaria y Rumanía era suficientemente objetable, pero incluir en ella a antiguas repúblicas soviéticas como Lituania, Letonia y Estonia era añadir el insulto a la injuria.

Con notorio desdén por la opinión rusa, Bush quería una ampliación todavía más ambiciosa de la

OTAN. Croacia y Albania se unieron a la organización en 2008. Bush, además, dejó claro que también deseaba la adhesión de Georgia y Ucrania, a pesar de las protestas de Rusia y de las advertencias de otros miembros de la OTAN de que en tal caso las relaciones entre Rusia y Occidente se verían muy dañadas. Los rusos se convencieron de que los programas norteamericanos en favor de la democracia en Ucrania, Georgia y Bielorrusia no eran más que un señuelo para ampliar la OTAN y aislarlos.

Las relaciones entre Rusia y Estados Unidos, que tan prometedor cambio parecían haber experimentado en 2001, sufrieron un profundo deterioro en 2003, cuando Estados Unidos decidió invadir Irak. Los diplomáticos rusos amenazaron con vetar la resolución de guerra en las Naciones Unidas si Bush optaba por ese camino. Rusia desconfiaba de Estados Unidos hasta el punto de renunciar al tratado de armas estratégicas diseñado para recortar sustancialmente los arsenales nucleares.

En abril de 2005, Putin aprovechó el Discurso del Estado de la Nación ante el Parlamento para lamentar la escisión de la Unión Soviética, que, dijo, era «el mayor desastre geopolítico del último siglo». A la vista de las penalidades que sufrían con el capitalismo, muchos rusos recordaban con nostalgia la vida en la Unión Soviética.[190] En algunas partes del país, además, recuperaban la figura de Stalin, a quien muchos ciudadanos querían honrar por su contribución a la historia de la Unión Soviética, y especialmente por su papel en la Segunda Guerra Mundial, y estaban deseosos de rebajar la importancia de sus crímenes. «En Occidente no pierden la oportunidad de reescribir la historia y menospreciar el papel de nuestro país en la victoria sobre el fascismo, razón de más para no olvidar a Stalin en estos momentos», dijo Liubov Sliska, primer vicepresidente del Parlamento.[191]

Por otra parte, los rusos también se sentían amenazados por la política nuclear de Bush. Mientras lanzaba invectivas contra Irak por sus inexistentes armas de destrucción masiva, el presidente norteamericano rebajó notable y peligrosamente el umbral mínimo de uso de armas auténticas. Su Nuclear Posture Review, NPR [Revisión de la Postura Nuclear], de 2002, eliminaba deliberadamente la distinción entre armamento convencional y armamento atómico y apuntaba por primera vez a las naciones que no disponían de armamento nuclear, lo cual, desde el punto de vista de dichas naciones, suponía que no solo se quedaban sin incentivos para renunciar al armamento atómico, sino que se les alentaba a todo lo contrario para dejar de ser un blanco potencial de Estados Unidos. La NRP afirmaba que Estados Unidos tenía derecho a recurrir al armamento nuclear: (1) si empleaban contra él armas de destrucción masiva de cualquier tipo; (2) si tenía que enfrentarse a blancos subterráneos o defensas reforzadas que las armas convencionales no podían destruir; y (3) si se topaba con «desarrollos militares sorprendentes».[192] Dándose cuenta de las aterradoras consecuencias de esta nueva política, *The New York Times* publicó un enérgico editorial el 12 de marzo de 2002 titulado «América, matón nuclear». Decía: «Si otro país planeara la fabricación de armamento nuclear y contemplara la posibilidad de realizar ataques preventivos contra una lista de diversas naciones no nucleares, Washington etiquetaría con toda justicia a ese país de peligroso estado matón. Pues bien, eso precisamente es lo que recomienda el presidente Bush en un documento del Pentágono que se hizo público el fin de semana pasado [...]. En lo que el informe del Pentágono se equivoca del todo es en rebajar el umbral para el uso de armas nucleares y en criticar la eficacia del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares».[193] Según ese tratado, Estados Unidos y otras potencias nucleares estaban obligados por ley a encaminarse hacia la eliminación de sus arsenales nucleares. Bush no solo hacia caso omiso de esta disposición, sino que defendía el desarrollo de una nueva generación de armas atómicas en miniatura y de bombas antibúnker de menor tamaño para poder utilizarlas en determinadas situaciones de combate.

Las ambiciones de Bush amenazaban con desestabilizar toda la política de no proliferación de

armas nucleares. En su vigorosa declaración de paz del 6 de agosto de 2003, Tadatoshi Akiba, alcalde de Hiroshima, criticó la temeridad de Estados Unidos: «El Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, acuerdo internacional básico encaminado a la eliminación de las armas atómicas, está a punto de ser suspendido. Ello se debe sobre todo a la política nuclear de Estados Unidos, que, declarando abiertamente la posibilidad de ataques preventivos y pidiendo la reanudación de las investigaciones para dar con minibombas nucleares y otro tipo de los llamados "explosivos nucleares utilizables", parece venerar las armas nucleares como al mismo Dios».[194]

Los dirigentes rusos tomaron buena nota de varios aspectos de la NPR, pero su reacción fue mínima comparada con el *shock* causado en la primavera de 2006 por un artículo del número de marzo y abril de la revista *Foreign Affairs*, boletín del Consejo de Relaciones Exteriores, órgano que congregaba al *establishment* de la política exterior norteamericana. En dicho artículo, Keir Lieber, de la Universidad de Notre Dame, y Daryl Press, de la de Pensilvania, comparaban los puntos fuertes y débiles de las fuerzas nucleares de Estados Unidos, Rusia y China y llegaban a la conclusión de que la espectacular mejora del potencial nuclear norteamericano tras la Guerra Fría comparada con «el precipitado declive del arsenal ruso y el ritmo extremadamente lento de la modernización de las fuerzas nucleares chinas» suponía que ni rusos ni chinos podrían contrarrestar con eficacia un ataque nuclear norteamericano. Con ello, Estados Unidos obtenía la tan ansiada opción de golpear primero sin ser golpeado después, es decir, que tenía la posibilidad de destruir Rusia o China con impunidad; sus adversarios de siempre eran en esos momentos incapaces de contraatacar, una situación que no cambiaría en un futuro previsible.

Los autores del artículo se preguntaban también cuál sería la finalidad real de la insistencia de Estados Unidos en el escudo de defensa antimisiles. Porque tal escudo no serviría, como solía argumentarse, de nada en un contexto defensivo, es decir, ante un ataque nuclear ruso a gran escala. Solo tendría valor en un contexto ofensivo, es decir, para proteger a Estados Unidos frente al contraataque ruso o chino con el pequeño número de armas nucleares que pudieran quedarles una vez Washington hubiera asestado el primer golpe.[195]

Lieber y Press dejaban caer esta idea en círculos académicos desde hacía dos años. Pero su publicación en *Foreign Affairs* fue un mazazo. *The Washington Post* dijo: «[A los rusos] les da vueltas la cabeza recordando *Teléfono rojo: ¿volamos hacia Moscú?*».[196] Yegor Gaidar, economista y ex primer ministro de Rusia, escribió en *The Financial Times*: «La publicación de esas ideas en un respetable boletín norteamericano fue una bomba. Hasta los periodistas y analistas rusos menos proclives a la histeria o al antiamericanismo se lo tomaron como expresión de la posición oficial del Gobierno estadounidense».[197]

Putin anunció de inmediato que Rusia gastaría lo que fuera necesario para conservar su capacidad disuasoria. El artículo de *Foreign Affairs*, no obstante, fue «un revés importante para el prestigio» del presidente ruso, dijo Vitali Shlikov, exanalista del servicio de inteligencia del Ejército soviético. «Ahora activará todas las alertas y gastará lo que sea necesario para modernizar el arsenal nuclear ruso», predijo. Algunos expertos rusos apuntaron el hecho de que una nueva generación de misiles nucleares capaz de penetrar el sistema defensivo norteamericano estaba ya lista. Se trataba, entre otros, de los nuevos misiles intercontinentales Topol-M y de los Bulava, que equiparían los submarinos nucleares. Eran la respuesta a la renuncia de Bush en 2001 al tratado de misiles antibalísticos.[198]

En Rusia los analistas debatieron lo oportuno del momento en que se publicó el artículo y el mensaje que quizá quisiera dejar el Consejo de Relaciones Exteriores. «Muchos creen que no es casualidad y que alguien "ordenó" su publicación», declaró Dmitri Suslov, del independiente Consejo de Política Exterior y de Defensa de Moscú. Puesto que es básicamente acertado, decía, los expertos en seguridad se habían puesto «muy nerviosos». Le parecía extraño que, de todas las potencias

nucleares del mundo, solo Estados Unidos y Rusia todavía tuvieran arsenales apuntándose mutuamente. La publicación del artículo, por lo demás, significaba también que esa circunstancia no iba a cambiar. «Por lo menos —señaló Suslov—, el artículo aplazará cualquier posibilidad de retirar la etiqueta LOCURA de nuestras relaciones con Estados Unidos».

Para otros, el artículo estaba pensado como señal de advertencia sobre los crecientes vínculos de Rusia y China. Victor Mijailov, director del Instituto de Equilibrio Estratégico y antiguo ministro de Energía Nuclear de Rusia, negó la suposición de que Rusia hubiera perdido capacidad nuclear y ofreció una explicación alternativa al artículo: «Lo han publicado durante la visita de nuestro presidente Vladímir Vladimirovich Putin a la República Popular China [...]. Probablemente, los norteamericanos vean con malos y malignos ojos que nuestros dos países acerquen posturas [...]. Pero es una realidad que irá a más». Si esa era en verdad la intención del artículo de Leiber y Press, el tiro les saldría por la culata, pensaba Gaidar. «Si alguien hubiera querido que Rusia y China cooperaran en tecnología nuclear y de misiles, difícilmente podría haber encontrado una forma más hábil y elegante de conseguirlo», escribió.[199]

El gobierno de Bush se apresuró a rebajar la tensión. Peter Flory, subsecretario de Defensa para la Política de Seguridad Internacional, habló en el número de septiembre y octubre de *Foreign Affairs* de la exactitud de los datos del artículo de Lieber y Press y de su interpretación. Aseguró que, en realidad, en aquellos momentos la capacidad ofensiva de Estados Unidos se había debilitado por propia iniciativa. Keith Payne, subsecretario de Defensa de Política Militar en 2002 y 2003, insistió, además, en que Estados Unidos llevaba rechazando el desarrollo de un «potencial ofensivo creíble» desde la época de Robert McNamara en la Secretaría de Defensa. Y denunciaba, con enfado: «[Los autores de ese artículo] escogen caprichosamente los datos que les convienen sobre el potencial militar estadounidense [...] para refrendar sus tesis y, al mismo tiempo, ignorar o minimizar otras. Además, prescinden de flagrantes deficiencias que no encajan en su hipótesis [...]. Sus conclusiones son una grosera distorsión de la política norteamericana, distorsión que está desestabilizando las relaciones entre Rusia y Estados Unidos».[200]

Alexéi Arbatov, director del Centro de Estudios de Seguridad Internacional del Instituto de Relaciones Internacionales y Economía Mundial de la Academia de Ciencias de Rusia, pensaba que Lieber y Press habían incidido en una cuestión importante. Reconocía que el armamento nuclear ruso era en su mayor parte una reliquia caduca e inútil de la Guerra Fría y pronto sería desmantelado. El arsenal moderno de Rusia consistía en tres o cuatro nuevos submarinos con misiles balísticos y un centenar de misiles Topol-M, lo cual solo suponía una mínima fuerza disuasoria, y esto solo en el peligroso caso de tenerlos en alerta permanente. A la luz de tan flagrante, y creciente, desequilibrio estratégico, Arbatov se temía que cualquier crisis desembocará con facilidad en una guerra nuclear por accidente. Y advertía: «Si Rusia temiera un primer ataque de Estados Unidos, Moscú podría actuar con precipitación (poner, por ejemplo, a todas sus fuerzas en alerta) y provocar así el ataque norteamericano [...]. Lieber y Press —concluía— tienen motivos para temer esa posibilidad».[201]

Lieber y Press respondieron de forma convincente a Flory y a Payne, y también a Pavel Podvig, especialista de la Universidad de Stanford en el programa nuclear ruso que sostenía que Rusia tenía una capacidad atómica mucho mayor de la que se sugería. Lieber y Press admitían que el Pentágono había reducido su flota de submarinos con misiles balísticos, pero apuntaban que, en realidad, el número de misiles armados en dichos submarinos se había cuadruplicado y que su precisión también se había incrementado significativamente, de tal manera que si uno de esos misiles tenía antaño un 12 por ciento de posibilidades de destruir un silo de misiles ruso fuertemente defendido, con los nuevos misiles esa posibilidad era de un 90 o un 98 por ciento dependiendo del tipo de misiles. Gracias a los mejorados Minuteman III, la precisión de los misiles intercontinentales había aumentado en una proporción similar.

Demostraron con datos, además, que Estados Unidos mantenía la opción de realizar el ataque inicial en sus planes de guerra nuclear y recordaron al respecto un documento de 1969 recientemente desclasificado que contenía cinco opciones de ataque nuclear a gran escala, de las cuales tres eran preventivas. Respondiendo a Podvig, argumentaron que las deficiencias de los sistemas de alerta temprana de Rusia eran lo suficientemente grandes para que Estados Unidos pudiera lanzar un ataque nuclear desde sus submarinos y alcanzar blancos en todo el territorio ruso.[202] Sus aclaraciones, por descontado, no sirvieron para tranquilizar a los rusos. Que tampoco se tranquilizaron ante los planes de Estados Unidos de instalar un sistema de defensa antimisiles en Europa Oriental.

Rusia tomó asimismo nota de los esfuerzos de la administración Bush por armar el espacio. Daba la impresión de que Bush se había propuesto cumplir el sueño del Mando Espacial norteamericano, que en 1996 había predicho: «Algún día alcanzaremos blancos terrestres, es decir, barcos, aviones y posiciones en tierra, desde el espacio [...]. Vamos a combatir desde el espacio y vamos a combatir también en el espacio [...]. Esa es la razón de que Estados Unidos haya desarrollado programas de energía direccional y mecanismos de precisión *hit-to-kill*».[203] El resto del mundo se unió para oponerse a los planes norteamericanos de ampliar la zona de conflagración. El año 2000 las Naciones Unidas, por ciento sesenta y tres votos a cero, aprobaron una resolución para la prevención de la carrera armamentística espacial —Micronesia, Israel y Estados Unidos se abstuvieron—. Desafiando a la opinión pública mundial, en enero de 2001, una comisión encabezada por Donald Rumsfeld advirtió de que Estados Unidos podría verse ante un «Pearl Harbor espacial» si no se hacía con el dominio del espacio y recomendaba al ejército «dar garantías al presidente de que tendría la opción de desplegar armas en el espacio».[204] Ese mismo año, Peter Teets, subsecretario de las Fuerzas Aéreas, manifestó en un simposio de guerra espacial: «Aún no tenemos la posibilidad de ametrallar y bombardear desde el espacio, pero estamos pensando en ella».[205]

En 2006 las Naciones Unidas votaron a favor de la resolución por ciento sesenta y seis votos contra uno, el de Estados Unidos. En la conferencia de desarme de la ONU, Estados Unidos frustró constantemente todas las iniciativas de Rusia y China de prohibir la carrera armamentística espacial. Entre sus programas más estrambóticos, las Fuerzas Aéreas trabajaban en uno llamado «Barras de Dios», que se proponía el despliegue de cilindros de tungsteno sólido de ocho o diez metros de largo y entre treinta y sesenta centímetros de diámetro que dispararían desde satélites a muy elevadas velocidades y destruirían fácilmente cualquier blanco terrestre.[206]

A causa de la ampliación de la OTAN, los programas nucleares y de guerra espacial y las guerras de Irak y Afganistán, las relaciones entre Rusia y Estados Unidos cambiaron bruscamente a peor. La esperanza de una relación amistosa entre rusos y norteamericanos, y de lograr un mundo diferente, que tan elocuentemente había expresado Gorbachov, parecía ahora relegada definitivamente al cubo de la basura de la historia. Era como si la administración Bush se esforzara por hacer realidad la pesadilla de la nación militarizada contra la que Eisenhower con tanto vigor había advertido en 1961. Durante los años de gobierno de Bush, el gasto militar se multiplicó más del doble hasta alcanzar setecientos mil millones de dólares. El Pentágono había usurpado poco a poco el papel del Departamento de Estado en la confección de la política exterior, proceso que en realidad había empezado ya con la administración Kennedy.

El Pentágono se había inmiscuido además en la labor de la CIA y estaba cada día más envuelto en operaciones encubiertas en otros países. Tras marginar a la agencia en los preparativos de la invasión de Irak, Bush se encargó de completar la destrucción de la capacidad de recopilar datos secretos de la nación, proceso que llevaba décadas en marcha, con la designación del congresista Porter Goss como nuevo director de la agencia en sustitución de Georges Tenet en julio de 2004. Goss había ingresado en la CIA antes de licenciarse en Yale hacía cuarenta y cinco años. Pero se había convertido en crítico irredento de la agencia y, según Howard Hart, otro miembro, había tachado a los agentes

de «hatajo de imbéciles disfuncionales» y de «pandilla de idiotas».[207] Desde la dirección, Goss emprendió la mayor purga de la historia de la CIA. Según publicó Tim Weiner en su historia de la agencia, que ganó el premio Pulitzer, «el nuevo director se rodeó de un equipo de chupatintas de la política importados del Capitolio que creían que la Casa Blanca, o algún poder más elevado, les había encargado la misión de librar a la CIA de todos los elementos subversivos de izquierdas».[208] También en 2004 la agencia sufrió otra emasculación cuando Bush designó a John Negroponte como director de Inteligencia Nacional, cargo de nueva creación.

Cuando el exdirector de la CIA Robert Gates se convirtió en secretario de Defensa a finales de 2006, los generales se habían instalado cómodamente en la comunidad de inteligencia, porque todos los cargos que antaño habían estado en manos de civiles —director de la CIA, subsecretario de Defensa y subsecretario de Defensa de Asuntos de Inteligencia, jefe de operaciones contraterroristas del Departamento de Estado y director de operaciones encubiertas de la CIA— estaban ahora ocupados por militares. Además, Mike McConnell, almirante retirado, pronto sustituiría a Negroponte.

Por otra parte, el Pentágono era el propietario o tenía alquilados más del 75 por ciento de todos los edificios federales[209] y gestionaba una extensísima red de más de setecientas, o de mil, según algunos cálculos, bases militares en unos ciento treinta países de todos los continentes salvo la Antártida y más seis mil bases en Estados Unidos y sus territorios. El informe sobre las bases del Departamento de Defensa del año fiscal de 2008 declaraba: «El Departamento de Defensa sigue siendo uno de los mayores "terratenientes" del mundo con unas propiedades que tienen más de quinientas cuarenta y cinco mil setecientas instalaciones (almacenes, cuarteles, oficinas y otras edificaciones) situadas en más de cinco mil cuatrocientos lugares distintos y con una extensión aproximada de quince millones de hectáreas».[210] Sus trece grupos navales de portaaviones patrullaban mares y océanos. El American Enterprise Institute [Instituto Norteamericano de la Empresa] pedía la transformación de la red de bases en el extranjero en un sistema de «empalizadas fronterizas» con una «caballería global» que, «al igual que la caballería del Lejano Oeste [...], sea al mismo tiempo soldado y policía».[211]

Douglas Feith definió ante el Comité de las Fuerzas Armadas del Congreso la nueva postura militar de la nación: «Estamos llevando a cabo la reestructuración más importante de las Fuerzas Armadas norteamericanas en el extranjero desde [1953] [...]. Queremos más flexibilidad para nuestras Fuerzas Armadas, aumentar su capacidad de desplegarse con eficacia y rapidez en cualquier lugar del mundo donde se las necesite». Feith se lamentaba de que, ante los atentados del 11 de septiembre, la estrategia militar norteamericana estuviera obsoleta. «Gran parte de nuestra actual estrategia refleja todavía la mentalidad y las circunstancias de la Guerra Fría: un despliegue de fuerzas defensivo, unidades de primera línea con escasos efectivos y el cometido de combatir cerca de sus bases». A partir del 11 de septiembre, sin embargo, dichas fuerzas tendrían que «proyectar su poder en teatros de operaciones que quizá se encuentren muy lejos de sus bases». «Las lecciones de los últimos quince años —argumentó— nos dicen que con frecuencia estamos obligados a llevar a cabo operaciones militares en sitios imprevistos [...]. Nuestra meta es desplegar fuerzas en vanguardia de tal manera que en el futuro puedan presentarse de inmediato en una zona de crisis». Eso requeriría, según Feith, el replanteamiento de la distribución de las bases. Por ejemplo, señaló: «los planes para esa nueva estrategia en Europa incluyen la formación de unidades terrestres más ligeras y con mayor capacidad de despliegue, una fuerza aeronaval de última generación, avanzadas instalaciones de entrenamiento y el refuerzo de las unidades de operaciones especiales, y que todas esas fuerzas estén en disposición de desplegarse con la mayor rapidez en Oriente Próximo y otros puntos calientes».[212]

«El gobierno ha organizado la que algunos especialistas describen como maquinaria de política exterior más militarizada de la historia moderna», escribió James Sterngold en *The San Francisco*

Chronicle. «Esa maquinaria no solo se ha traducido en el recurso a la acción militar o a la amenaza de dicha acción, sino a la construcción de una red de nuevas bases en países como Uzbekistán, Pakistán, Qatar y Djibouti que el Pentágono llama "nenúfares". Esas bases no son únicamente medios de defensa para nuestros aliados (función que tradicionalmente desempeñaban en la Guerra Fría), sino puntos avanzados para futuras misiones militares y "guerras preventivas"».[213]

Estados Unidos no solo era el policía del mundo, era también su mayor proveedor de armas, y a menudo avivaba conflictos en los que acababa interviniendo por razones «humanitarias». En 2008 firmó contratos de venta de armas por valor de treinta y siete mil ochocientos millones de dólares, es decir, un 68 por ciento del comercio mundial. Italia, en segundo lugar, llegaba a tres mil setecientos millones. Casi treinta mil millones del total correspondían a naciones en vías de desarrollo, que adquirieron más del 79 por ciento de su armamento de Estados Unidos.[214]

Nadie mejor que Zbigniew Brzezinski para valorar el precio pagado por la democracia norteamericana por la desastrosa guerra de Bush contra el terrorismo. Brzezinski, que al activar el miedo a la Unión Soviética durante la Guerra Fría había desempeñado un papel similar al del presidente, se encontraba, evidentemente, en disposición de saberlo. En marzo de 2007 escribió que, con el deliberado fomento de una «cultura del miedo», la llamada guerra contra el terror había tenido un «efecto pernicioso en la democracia americana, en la psique americana, en la posición de Estados Unidos en el mundo». El daño era «infinitamente mayor» que el infligido por los atentados del 11 de septiembre de 2001. Le preocupaba que el gobierno estuviera aprovechando el miedo de la ciudadanía para justificar la guerra contra Irak, y comparaba «los cinco años de lavado de cerebro nacional casi continuo a propósito del terrorismo» con «las reacciones más mesuradas» de otros países víctimas del terrorismo como Gran Bretaña, España, Italia, Alemania y Japón. Se mofaba de las «justificaciones para su guerra [de Bush] contra Irak» y de la absurda afirmación del presidente de que continuaría librándola «para que Al Qaeda no cruzase el Atlántico y desencadenara una guerra terrorista aquí, en Estados Unidos». El miedo que Bush había insuflado a la población se había visto reforzado por «empresarios del terror [...], expertos en terrorismo cuya tarea consiste en convencer al ciudadano norteamericano de que ahora se enfrenta a nuevas amenazas. Eso le permite presentarnos con cierta veracidad nuevos escenarios de actos de violencia todavía más aterradores». En consecuencia, Estados Unidos se había vuelto «más inseguro y más paranoico». Como prueba de ello aportaba la lista cada día más numerosa de objetivos potenciales de los terroristas en territorio estadounidense elaborada por el Congreso. Deploraba también la locura que suponía la proliferación de «controles de seguridad», «anuncios electrónicos instando a los motoristas a "informar de actividades sospechosas" (¿conductores con turbante?)», y programas de televisión que presentan a «"terroristas" barbados como los principales villanos», todo lo cual reforzaba «la sensación de peligro desconocido pero inminente» que cada vez más sufrían «todos los americanos». El cine y la televisión habían estereotipado a los árabes, lamentaba, «de una forma que tristemente nos recuerda a las campañas antisemitas de los nazis» y que exponía a los norteamericanos de procedencia árabe al acoso y al maltrato.

Brzezinski señalaba también el efecto de la inquietante historia del respeto a los derechos civiles de la administración Bush en los ciudadanos y el grave perjuicio que la guerra contra el terror había causado a Estados Unidos en el ámbito internacional. «Las similitudes entre el rudo trato del Ejército norteamericano a los civiles iraquíes y el de los israelíes a los palestinos —escribía— ha suscitado una sensación de hostilidad hacia Estados Unidos en general cada día más extendida entre los musulmanes». Y recordaba: «Una reciente encuesta de la BBC entre veintiocho mil personas de veintisiete países distintos» sitúa a Israel, Irán y Estados Unidos como «los Estados que ejercen "una influencia más perniciosa en el mundo". Ahí tenemos lo que para algunos sería el nuevo eje del mal».

Brzezinski concluía su exposición preguntando: «¿Dónde está el dirigente norteamericano que

diga: "Ya basta de histeria, ya basta de paranoias"?», e instaba a los norteamericanos a demostrar sentido común, a ser leales a su tradición «incluso ante futuros atentados terroristas», cuya posibilidad no se atrevía a descartar.[215] Como no se había cansado de repetir, el terrorismo es una táctica, no una ideología, y declarar la guerra a una táctica no tenía ningún sentido.

Entretanto, tras el velo ideológico del capitalismo de libre mercado, los norteamericanos más ricos continuaban acaparando la riqueza nacional. Bush y Cheney, por su parte, se esforzaban cuanto podían por que así fuera, muy conscientes de las consecuencias. Poco antes de las elecciones del año 2000, Bush bromeó ante algunos de sus partidarios más acaudalados: «Sois un grupo impresionante: los que tienen y los que tienen todavía más. Algunos os llaman la élite; yo os llamo mis bases».[216]

A los pocos meses de llegar al cargo, Bush firmó una ley de bajada de impuestos a los más ricos. En 2002 y 2003 aprobó nuevos recortes fiscales. Mientras tanto, los gastos del Estado aumentaban rápidamente, con un incremento del 17 por ciento solo en su primera legislatura. Con Clinton, el gasto aumentó un 11 por ciento en dólares constantes en dos legislaturas. En 2004 Bush había convertido los ciento veintiocho mil millones de superávit heredados en cuatrocientos trece mil millones de déficit. *The New York Times* publicó que, para Wall Street, los años de Bush eran una nueva edad dorada. Los banqueros, según reveló este periódico, celebraban sus obscenos bonos anuales con cenas de más de diez mil dólares.[217] La Oficina de Contabilidad del Gobierno informó de que entre 1998 y 2005 dos tercios de las empresas norteamericanas, al menos un cuarto de las cuales tenían activos superiores a doscientos cincuenta millones de dólares, no pagaban impuestos por sus beneficios.[218] En los años de gobierno de Bush se produjo el mayor aumento de la desigualdad de renta en la historia de Estados Unidos. En 2005 el 10 por ciento de la población acumulaba el 44,3 por ciento de la renta, cifra que excedía al 43,8 por ciento de 1929 y que superaba con mucho el 32,6 por ciento de 1975.[219] En 2005 los tres millones de norteamericanos más ricos acaparaban tantos ingresos como los ciento sesenta y seis millones más pobres, es decir, más de la mitad de la población.[220] Si en 1985 solo trece estadounidenses poseían más de mil millones de dólares, en 2008 eran más de cuatrocientos cincuenta. Doscientas veintisiete mil personas se unieron al grupo de millonarios solo en 2005. Los salarios, en cambio, apenas mantuvieron el ritmo de la inflación y treinta y seis millones de norteamericanos vivían por debajo del índice de pobreza. Casi toda la riqueza de nueva creación iba directamente al 10 por ciento más rico de la población y la mayoría de esa riqueza pertenecía al 10 por ciento del 1 por ciento más rico. En 2006 los gestores de fondos de inversión ganaron una media de quinientos setenta millones de dólares por cabeza.[221] En 2007 esa media subió exponencialmente hasta los novecientos millones.[222]

La Organización Internacional del Trabajo publicó que, entre 2003 y 2007, el salario de un directivo se había incrementado en un 45 por ciento en términos reales mientras que el del ejecutivo medio solo había aumentado un 15 por ciento y el del trabajador solo un 3 por ciento. En 2003 los directores generales de las quince mayores empresas norteamericanas ganaban trescientas veces más que un trabajador medio. En 2007, quinientas veces más.[223]

Bush bajó el tipo impositivo a las rentas más altas, a las ganancias de capital, que en su mayoría se producían en bolsa, y a los dividendos —del 39,6 al 15 por ciento—. El tipo marginal del 36 por ciento a los más ricos era el más bajo en más de ochenta años y estaba a años luz del 91 por ciento de la época de Eisenhower. Pero pocos gestores de fondos de inversión y capital riesgo pagaban el 36 por ciento de sus rentas al Estado. Declaraban sus ingresos como beneficios del capital y pagaban una media de un 17 por ciento. La situación llegó a tal extremo que muchos multimillonarios, como Bill Gates y Warren Buffet, censuraron públicamente «la desigualdad». Buffet, el tercer hombre más rico del mundo, declaró que él tenía que pagar al fisco un 17,7 por ciento de sus ingresos mientras que su secretaria tenía que abonar un 30.[224] Los impuestos estatales, que solo pagaba un 2 por ciento de la población, también bajaron drásticamente.

El salario mínimo se estancó y entre 1997 y 2007 no varió y se consolidó en 5,15 dólares la hora. En 2007, y en la punta de la pirámide, unos dos millones de hogares acumulaban un patrimonio de entre diez y cien millones de dólares, y miles, uno todavía superior.

Elaine Chao, secretaria de Trabajo, fue la máxima responsable de esa secretaría más descaradamente contraria al trabajador en un siglo. Desmanteló con eficacia la Occupational Safety and Health Administration [Administración de Salud y Seguridad en el Trabajo] y la Mine Safety and Health Administration [Administración de Salud y Seguridad en la Mina]. Los sindicatos se vieron sometidos a un escrutinio sin precedentes por los funcionarios del Departamento de Trabajo y los patronos tuvieron vía libre para saltarse la legislación laboral a voluntad. Como resultado, la afiliación a los sindicatos descendió a niveles de récord —un escaso 12 por ciento al final de la presidencia de Bush— y, entre los afiliados, la mayoría eran empleados del Estado.

En el mundo las desigualdades eran todavía más acusadas. Un estudio de diciembre de 2006 realizado por economistas de Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña y Finlandia descubrió que el 1 por ciento más rico de la población poseía el 40 por ciento de la riqueza y que el 10 por ciento más rico acumulaba el 85 por ciento, mientras que el 50 por ciento más pobre se debatía por sobrevivir con solo el 1 por ciento de la riqueza. El PIB per cápita iba, en el año 2000, de los 180.837 dólares de Japón y los 143.727 de Estados Unidos a los 1.100 dólares de la India y los 180 de la República Democrática del Congo. En 2008 la riqueza neta de las mil cien personas más ricas del mundo —los multimillonarios— era aproximadamente el doble que la de los dos mil quinientos millones de personas más pobres.[225] Según los cálculos de algunos especialistas, las trescientas personas más ricas del mundo reunían más bienes y dinero que los tres mil millones de personas más pobres.

A pesar de la muy errónea percepción del pueblo norteamericano, la ayuda de Estados Unidos al extranjero servía de poco para encauzar la situación. En realidad, según la OCDE, la ayuda al desarrollo norteamericana totalizó en 2008 menos de un 0,2 por ciento del producto interior bruto, la proporción más baja de las veintidós naciones más desarrolladas del mundo, que destinaban a esa partida una media del 0,47 por ciento. Suecia multiplicaba por más de cinco el porcentaje de Estados Unidos y Luxemburgo, Noruega, Dinamarca y los Países Bajos no le andaban a la zaga. Hasta el porcentaje del PIB para ayuda al desarrollo de Irlanda triplicaba el de Estados Unidos.[226]

Durante la presidencia de Bush, los cargos de la administración y sus aliados de Wall Street, así como grupos conservadores como el American Enterprise Institute, cantaban las alabanzas de un mercado financiero no regulado, que, en su opinión, generaría una abundancia general y grandes fortunas. Preferían mirar para otro lado ante diversos chanchullos financieros y una especulación desatada mientras que la deuda nacional se disparaba de los 5,7 billones de dólares al término de la presidencia de Clinton a más de diez billones al final de la de Bush.[227]

La situación económica empeoró precipitadamente con la crisis que empezó en diciembre de 2007. Los niveles de renta y riqueza cayeron en picado y la pobreza aumentó de forma drástica. Lawrence Katz, economista de Harvard, expresó lo que ocurría de manera sucinta: «Para la familia norteamericana media, la década del 2000 ha sido una catástrofe».[228] Incluso antes del derrumbamiento de 2008, los años de Bush se habían saldado con el menor incremento del empleo y de la renta desde la posguerra.

A finales de 2009, más de cuarenta millones de norteamericanos vivían en la pobreza. En 1998 el 26 por ciento de los estadounidenses, según una encuesta de Gallup, opinaba que el país se dividía entre quienes tenían y quienes no tenían, y un 59 por ciento se identificaba con los que tenían y solo un 17 por ciento con quienes no tenían. En una encuesta de Pew sobre el mismo particular del verano de 2007, eran ya el 48 por ciento de los norteamericanos los que dividían el país entre quienes tenían y quienes no tenían y, de ellos, el 45 por ciento se consideraban dentro del grupo de los que tenían y el 34 por ciento, dentro de los que no tenían.[229]

Estados Unidos se había convertido en una plutocracia en la que casi una cuarta parte de la renta iba a parar al 1 por ciento de la población y el 10 por ciento más rico de ese 1 por ciento tenía tantos ingresos como los ciento veinte millones de norteamericanos más pobres. Robert Reich, exsecretario de Trabajo, identificó a los nuevos plutócratas: «Con la excepción de unos pocos empresarios como Bill Gates, se trata de altos ejecutivos de las grandes corporaciones y de Wall Street, de gestores de fondos de inversión y de empresas de capital riesgo».[230]

En noviembre de 2008 ya estaba claro para la mayoría de estadounidenses que la política interior y exterior de la pareja Bush-Cheney había sido un desastre sin paliativos. Según un sondeo de *The New York Times* y CBS News, al final de su segunda legislatura, solo un 22 por ciento de norteamericanos aprobaban la gestión de Bush, cuando tras los atentados del 11 de septiembre el presidente contaba con el apoyo del 90 por ciento de la población. El índice de aprobación de Cheney había descendido a un exiguo 13 por ciento.[231]

Los norteamericanos tenían hambre de cambio. Estaban hartos de guerras, cansados de un presupuesto de defensa disparatado, preocupados por diversas violaciones de los derechos constitucionales, enfadados por políticas que favorecían a los más ricos e inquietos ante una crisis económica cada día más acuciante. Pero pocos comprendían lo poderosos que habían llegado a ser los beneficiarios del complejo militar-industrial y de un estado volcado en la seguridad, y de que plantarían ferozmente cara a cualquiera que pusiera en peligro su posición. Pronto se darían cuenta. De la manera más dura.

[1] George W. Bush, *Public Papers of the Presidents of the United States: George W. Bush, 2004, Book 2, July 1 to September 30, 2004*, Government Printing Office, Washington, D. C., 2004, p. 1.494.

[2] Robert S. McElvaine, «HNN Poll: 61% of Historians Rate the Bush Presidency Worst», History News Network, 5 de marzo de 2009, *http://hnn.us/articles/48916.html*.

[3] Devin Dwyer, «George W. Bush Cans Swiss Trip as Groups Promise Prosecution for War Crimes», 7 de febrero de 2011, *http://abcnews.go.com/Politics/george-bush-cancels-swiss-trip-rights-activists-vow/story?id=12857195*.

[4] Ewen MacAskill y Afua Hirsch, «George Bush Calls Off Trip to Switzerland», *The Guardian* (de Londres), 6 de febrero de 2011.

[5] «The Kissinger Commission», *The New York Times*, 29 de noviembre de 2002.

[6] Philip Shenon, *The Commission: The Uncensored History of the 9/11 Investigation*, Twelve, Nueva York, 2008, pp. 9-14.

[7]*Ibid*., pp. 39, 107, 324.

[8] Glenn Kessler, «Close Adviser to Rice Plans to Resign», *The The Washington Post*, 28 de noviembre de 2006.

[9] «Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces, and Resources for a New Century», Project for the New American Century, septiembre de 2000, *www.newamericancentury.org/RebuildingAmericasDefenses.pdf*, p. 51.

[10] David Cole, «What Bush Wants to Hear», *New York Review of Books*, 17 de noviembre de 2005, *www.nybooks.com/articles/archives/2005/nov/17/what-bush-wants-to-hear/*; Chitra Ragavan, «Cheney's Guy», *U.S. News & World Report*, 21 de mayo de 2006, *www.usnews.com/usnews/news/articles/060529/29addington.htm*.

[11] Joseba Zulaika, *Terrorism: The Self-Fulfilling Prophecy*, University of Chicago Press, Chicago, 2009, p. 214.

[12] Richard A. Clarke, *Against All Enemies: Inside America's War on Terror*, Simon & Schuster, Nueva York, 2004, p. 32.

[13] Paul Krugman, «Osama, Saddam and the Ports», *The New York Times*, 24 de febrero de 2006.

[14] George Tenet, *At the Center of the Storm: My Years at the CIA*, HarperCollins, Nueva York, 2007, p. XIX.

[15] Elisabeth Bumiller y Jane Perlez, «Bush and Top Aides Proclaim Policy of "Ending" States That Back Terror», *The New York Times*, 14 de septiembre de 2001.

[16] Clarke, *Against All Enemies*, pp. 30-31.

[17] Michael Cooper y Marc Santora, «Mideast Hawks Help to Develop Giuliani Policy», *The New York Times*, 25 de octubre de 2007.

[18] Max Boot, «The Case for American Empire», *Weekly Standard*, 15 de octubre de 2001, p. 30.

[19] Clarke, *Against All Enemies*, p. 30.

[20] Robert D. McFadden, «A Day of Mourning», *The New York Times*, 15 de septiembre de 2001.

[21] «Vice President Dick Cheney Discusses the Attack on America and Response to Terrorism», NBC News Transcript, *Meet the Press*, 16 de septiembre de 2001.

[22] «Transcript of President Bush's Address», *The The Washington Post*, 21 de septiembre de 2001.

[23] Bob Woodward, «CIA Told to Do "Whatever Necessary" to Kill Bin Laden», *The The Washington Post*, 21 de octubre de 2001.

[24] Ruth Rosen, «Could It Happen Again?», *San Francisco Chronicle*, 12 de mayo de 2003.

[25] Robin Toner, «Not So Fast, Senator Says, as Others Smooth Way for Terror Bill», *The New York Times*, 10 de octubre de 2001.

[26] En 1975 el senador Frank Church ya advirtió de los peligros de las operaciones de vigilancia de la NSA en aquel entonces (y eso que eran mucho menos ambiciosas): «En cualquier momento, ese poder se volverá contra el pueblo americano y no estará a salvo la vida privada de ningún americano. Porque eso es lo que sucede con el poder de vigilarlo todo: conversaciones telefónicas, telegramas, lo que sea. No habrá lugar donde esconderse [...]. Nos arriesgamos a que una tiranía absoluta se imponga sobre América, y hemos de procurara que esa agencia [la NSA] y todos los demás organismos con la misma tecnología operen en el marco de la ley y bajo la supervisión adecuada». Marjorie Cohn, *Cowboy Republic: Six Ways the Bush Gang Has Defied the Law*, PoliPointPress, Sausalito (California), 2007, pp. 100-101.

[27] Este sistema de alarma se convirtió en blanco fácil de cómicos y caricaturistas. El cómico Conan O'Brien hizo el siguiente chiste: «El color champán-fucsia significa que nos ataca Martha Stewart» [Martha Stewart es presentadora de televisión y epítome de la clase media norteamericana]. Jay Leno tuvo la siguiente ocurrencia: «Si Escocia nos ataca, añaden una tela de cuadros». John Schwartz, «U. S. to Drop Color-Coded Terror Alerts», *The New York Times*, 25 de noviembre de 2010.

[28] Eric Lipton, «Come One, Come All, Join the Terror Target List», *The New York Times*, 12 de julio de 2006; Zbigniew Brzezinski, «Terrorized by "War on Terror"», *The The Washington Post*, 25 de marzo de 2007.

[29] Katrina van den Heuvel, «With Osama bin Laden Dead, It's Time to End the "War on Terror"», *The Nation Blogs*, 2 de mayo de 2011, *www.thenation.com/ blog/160310/osama-bin-laden-dead-its-time-end-war-terror*.

[30] H. W. Brands, *Traitor to His Class: The Privileged Life and Radical Presidency of Franklin Delano Roosevelt*, Random House, *The New York Times*, 2008, p. 650.

[31] George W. Bush, *Public Papers of the Presidents of the United States, George W. Bush, 2001, Book 2, July 1 to December 31, 2001*, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 2004, p. 1.172.

[32] Frank Rich, «Journal: War Is Heck», *The New York Times*, 10 de noviembre de 2001.

[33] Tamim Ansary, *West of Kabul, East of New York: An Afghan American Story*, Picador, *The New York Times*, 2003, p. 291.

[34] David B. Ottaway y Joe Stephens, «Diplomats Met with Taliban on Bin Laden», *The The Washington Post*, 29 de octubre de 2001; Gareth Porter, «U.S. Refusal of 2001 Taliban Offer Gave bin Laden a Free Pass», 3 de mayo de 2011, *http://ipsnews.net/news.asp?idnews=55476*; Gareth Porter, «Taliban Regime Pressed bin Laden on Anti-U.S. Terror», 11 de febrero de 2001, *http://ipsnews.net/news.asp? idnews=50300*.

[35] Karen DeYoung, «More Bombing Casualties Alleged», *The The Washington Post*, 4 de enero de 2002.

[36] Stephen Kinzer, *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*, Times Books, Nueva York, 2006, p. 310.

[37] Transparency International, Corruption Perceptions Index 2009, *www.transparency.org/policy research/surveys_indices/cpi/2009/cpi_2009_table*.

[38] James P. Pfiffner, *Power Play: The Bush Presidency and the Constitution*, Brookings Institution Press, Washington, D. C., 2008, pp. 146-149.

[39] Alfred W. McCoy, *A Question of Torture: CIA Interrogation, from the Cold War to the War on Terror*, Metropolitan Books, Nueva York, 2006, pp. 10-11, 25-50, 101-107, 108-150; Jane Mayer, *The Dark Side: The Inside Story of How the War on Terror Turned into a War on American Ideals*, Doubleday, Nueva York, 2008, pp. 159-181.

[40] Mayer, *The Dark Side*, p. 8.

[41] Joby Warrick, Peter Finn y Julie Tate, «CIA Releases Its Instructions for Breaking a Detainee's Will», *The The Washington Post*, 26 de agosto de 2009.

[42] Joby Warrick, Peter Finn y Julie Tate, «Red Cross Described "Torture" at CIA Jails», *The The Washington Post*, 16 de marzo de 2009.

[43] Karen J. Greenberg, «Visiting the Torture Museum: Barbarism Then and Now», 21 de febrero de 2008, *www.tomdispatch.com/post/174897/karen_greenberg_ barbarism_lite*.

[44] George W. Bush, *Decision Points*, Crown, Nueva York, 2010, p. 169.

[45] Peter Finn y Joby Warrick, «Detainee's Harsh Treatment Foiled No Plots», *The The Washington Post*, 29 de marzo de 2009.

[46] Scott Shane, «2 Suspects Waterboarded 266 Times», *The New York Times*, 20 de abril de 2009.

[47] McCoy, *A Question of Torture*, pp. 132-135.

[48] Seymour M. Hersh, «Torture at Abu Ghraib», *The New Yorker*, 10 de mayo de 2004.

[49] «Remarks by the President at the 2003 Republican National Committee Presidential Gala», 8 de octubre de 2003, *http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/ news/releases/2003/10/20031008-9.html*.

[50] Mayer, *The Dark Side*, p. 8.
[51] «Sources: Top Bush Advisors Approved "Enhanced Interrogation"», 9 de abril de 2008, *http://abcnews.go.com/TheLaw/LawPolitics/Story?id=4583256 &page=3*.
[52] Noam Chomsky, *Hopes and Prospects*, Haymarket Books, Chicago, 2010, pp. 265-266.
[53] George Hunsinger (ed.), *Torture Is a Moral Issue: Christians, Jews, Muslims, and People of Conscience Speak Out*, William B. Eerdmans, Grand Rapids (Michigan), 2008, p. 71; «Decisions from on Low», *Star-Ledger* (de Newark), 15 de abril de 2008.
[54] Glenn Greenwald, «The Suppressed Fact: Deaths by U.S. Torture», 30 de junio de 2009, *www.salon.com/news/opinion/glenn_greenwald/2009/06/30/account ability*; Antonio Taguba, «Preface to "Broken Laws, Broken Lives"», junio de 2008, *http://brokenlives.info/?page_id=23*.
[55] Roger Cohen, «A Command of the Law», *The New York Times*, 27 de noviembre de 2008.
[56] Mayer, *The Dark Side*, p. 187.
[57] Taguba, «Preface to "Broken Laws, Broken Lives"».
[58] Seymour M. Hersh, *Chain of Command: The Road from 9/11 to Abu Ghraib*, HarperCollins, *The New York Times*, 2004, p. 5.
[59] Linda Greenhouse, «Justices, 5-4, Back Detainee Appeals for Guantánamo», *The New York Times*, 13 de junio de 2008.
[60] Patrick Sawer, «Yard Fury over Bush Visit», *London Evening Standard*, 11 de octubre de 2003.
[61] Sidney Blumenthal, «Dick Cheney Was Never a "Grown Up": A Hard Look at How One Man Changed the Face of Neoconservatism», 14 de abril de 2008, *www.salon.com/2008/04/14/cheney_10/*.
[62] Alan Lichtman, *White Protestant Nation: The Rise of the American Conservative Movement*, Atlantic Monthly Press, *The New York Times*, 2008, p. 447.
[63] ames Mann, *Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, Penguin Books, Nueva York, 2004, p. 80.
[64] Sam Tanenhaus, «Bush's Brain Trust», *Vanity Fair*, julio de 2003, p. 169.
[65] Ron Suskind, *The Price of Loyalty: George W. Bush, the White House, and the Education of Paul O'Neill*, Simon & Schuster, *The New York Times*, 2004, p. 72.
[66]*Ibid*., pp. 85-86.
[67]*Ibid*., p. 129.
[68] Elaina Sciolino y Patrick E. Tyler, «A National Challenge: Saddam Hussein», *The New York Times*, 12 de octubre de 2001.
[69] Daniel Eisenberg, «We're Taking Him Out», *Time*, 5 de mayo de 2005, *www.time.com/time/world/article/0,8599,235395,00.html*.
[70] Ron Suskind, *The One Percent Doctrine: Deep Inside America's Pursuit of Its Enemies Since 9/11*, Simon & Schuster, Nueva York, 2006, pp. 23, 189-191; Lloyd Gardner, *The Long Road to Baghdad: A History of U.S. Foreign Policy from the 1970s to the Present*, New Press, Nueva York, 2008, pp. 134-135, 202-203.
[71] Dilip Hiro, *Secrets and Lies: Operation «Iraqi Freedom» and After*, Nation Books, Nueva York, 2004, p. 8.
[72] Peter Bergen, «Armchair Provocateur: Laurie Mylroie: The Neocons' Favorite Conspiracy Theorist», *Washington Monthly*, diciembre de 2003, *www.washingtonmonthly. com/features/2003/0312.bergen.html*.
[73]*Meet the Press*, 14 de septiembre de 2003.
[74] Jeff Stein, «Spy Talk», *The The Washington Post*, 25 de mayo de 2010.
[75] Jack Fairweather y Anton La Guardia, «Chalabi Stands by Faulty Intelligence That Toppled Saddam's Regime», *The Daily Telegraph* (de Londres), 19 de febrero de 2004.
[76] Seymour Hersh, «Selective Intelligence», *New Yorker*, 6 de mayo de 2003.
[77] Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2007, p. 486.
[78] David E. Sanger, «Threats and Responses: The President's Speech», *The New York Times*, 8 de octubre de 2002.
[79] «In Cheney's Words: The Administration Case for Removing Saddam Hussein», *The New York Times*, 27 de agosto de 2002.
[80] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, pp. 153-154.
[81] Todd S. Purdum y redactores de *The New York Times*, *A Time of Our Choosing: America's War in Iraq*, Henry Holt, *The New York Times*, 2003, p. 37.
[82] Michael Isikoff y David Corn, *Hubris: The Inside Story of Spin, Scandal, and the Selling of the Iraq War*, Crown, Nueva York, 2006, p. 3.
[83] «Scott Ritter: Facts Needed Before Iraqi Attack», *http://archives.cnn.com/ 2002/WORLD/meast/07/17/saddam.ritter.cnna/*.
[84] Kinzer, *Overthrow*, p. 294.
[85] Thomas Ricks, *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq*, Penguin Press, Nueva York, 2006, pp. 40-41.
[86] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, pp. 141-143, 154.
[87] Hans Blix, *Disarming Iraq*, Pantheon Books, Nueva York, 2004, pp. 156-157. [*¿Desarmando a Irak?*, Planeta, Barcelona, 2008].
[88] Lloyd C. Gardner, «Present at the Culmination: An Empire of Righteousness?», en *The New American Empire: A 21st Century Teach-in on U.S. Foreign Policy*, Lloyd C. Gardner y Marilyn B. Young (eds.), New Press, Nueva York, 2005, p. 3.
[89] Rajiv Chadrasekaran, «Baghdad Delivers Weapons Data to U.N.», *The The Washington Post*, 8 de diciembre de 2002; Kinzer, *Overthrow*, p. 295; Chalmers A. Johnson, *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of the Republic*, Verso, Londres, 2004, p. 224. [*Las amenazas del imperio: militarismo, secretismo y el fin de la república*, trad. de Mª Isabel Campos, Crítica, Barcelona, 2004]
[90] John Barry, Howard Fineman, Jonathan Adams, Tara Pepper, William Underhill y Michael Isikoff, «Periscope», *Newsweek*, 3 de marzo de 2003.
[91] Walter Pincus, «U.S. Lacks Specifics on Banned Arms», *The The Washington Post*, 16 de marzo de 2003.
[92] Anthony H. Cordesman, Weapons of Mass Destruction in the Middle East: Regional Trends, National Forces, Warfighting Capabilities, Delivery Options, and Weapons Effects (Center for Strategic and International Studies, Washington, D. C., 2002, pp. 17-19,

22, 27-31, 37-40, 53-59, 90-94, 98-103.

[93] Paul Krugman, «Things to Come», *The New York Times*, 18 de marzo de 2003.

[94] Frederik Logevall, «Anatomy of an Unnecessary War», *The Presidency of George W. Bush: A First Historical Assessment*, Julian E. Zelizer (ed.), princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2010, p. 110.

[95] John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and U.S. Foreign Policy*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2008, pp. 242-243. [*El lobby israelí*, trad. de Amado Diéguez, Miguel Martínez-Lage y Natalia Rodríguez, Taurus, Madrid, 2007]. Buen número de organizaciones judías se posicionaron a favor de la guerra. El AIPAC siguió apoyándola clamorosamente incluso cuando la mayoría de norteamericanos, incluidos muchos judíos, ya estaban en contra. En 2007 Jim Moran, representante demócrata por Virginia, apuntó: «Los judíos norteamericanos votan en bloque y tienen influencia en la política exterior, y se oponen a la guerra por abrumadora mayoría. No hay ningún grupo étnico que se oponga más a la guerra que el judío. Pero el AIPAC es el *lobby* más fuerte y ha presionado en favor del conflicto desde un principio». En realidad, Gallup señaló ese año, basándose en trece sondeos del 2005, que el 77 por ciento de los judíos norteamericanos se oponían a la guerra, y comparaba este porcentaje con el 52 por ciento de oposición a la contienda en el conjunto de la población norteamericana. Steven Rosen, director de política exterior del AIPAC, se jactaba de ser capaz de inclinar el voto de setenta senadores en cualquier tema. «Representative Jim Moran on the Power of AIPAC», Tikkun, septiembre-octubre de 2007, p. 76; Mearsheimer y Walt, *The Israel Lobby and U.S. Foreign Policy*, pp. 240-243. Jeffrey Goldberg, «Real Insiders: A Pro-Israel Lobby and an F.B.I. Sting», *The New Yorker*, 4 de julio de 2005, *www.newyorker.com/archive/2005/07/04/050704fa_fact#ixzz1LilbqLAj*.

[96] Mearsheimer y Walt, *The Israel Lobby and U.S. Foreign Policy*, pp. 238-240.

[97] «President's State of the Union Message to Congress and the Nation», *The New York Times*, 29 de enero de 2003.

[98] Paul R. Pillar, «Intelligence, Policy, and the War in Iraq», *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2006, p. 24.

[99] Ron Suskind, *The One Percent Doctrine*, p. 191.

[100] Karen DeYoung, *Soldier: The Life of Colin Powell*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2006, p. 439.

[101] «Powell's Address, Presenting "Deeply Troubling" Evidence on Iraq», *The New York Times*, 6 de febrero de 2003.

[102] «Colin Powell on Iraq, Race, and Hurricane Relief», *20/20*, 8 de septiembre de 2005, *http://abcnews.go.com/2020/Politics/story?id=1105979*.

[103] Ivo H. Daalder y James M. Lindsay, *America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy*, Brookings Institution Press, Washington, D. C., 2003, p. 158; Martin Chulov y Helen Pidd, «Curveball: How US Was Duped by Iraqi Fantasist Looking to Topple Saddam», *The Guardian* (de Londres), 16 de febrero de 2011; Gardner, *The Long Road to Baghdad*, p. 157.

[104] Nicholas D. Kristof, «Cloaks and Daggers», *The New York Times*, 6 de junio de 2003, p. 33.

[105] DeYoung, *Soldier*, pp. 450-451.

[106] Para un relato completo del *affair* Gun, *véase* Marcia y Thomas Mitchell, *The Spy Who Tried to Stop a War: Katharine Gun and the Secret Plot to Sanction the Iraq Invasion*, PoliPointPress, Sausalito (California), 2008.

[107] Colum Lynch, «U.S. Pushed Allies on Iraq, Diplomat Writes», *The The Washington Post*, 23 de marzo de 2008.

[108] Steven R. Weisman, «U.S. Set to Demand That Allies Agree Iraq Is Defying U.N.», *The New York Times*, 23 de enero de 2003.

[109] Thomas L. Friedman, «Vote France off the Island», *The New York Times*, 9 de febrero de 2003.

[110] Toby Harnden, «Gerhard Schroeder Accuses George W. Bush of "Not Telling Truth" in Memoirs», *The Telegraph* (de Londres), 10 de noviembre de 2010.

[111] Don Van Natta, Jr., «Bush Was Set on Path to War, Memo by British Adviser Says», *The New York Times*, 27 de marzo de 2006.

[112] Matthew Yglesias, «Democrats and the World», en *In Search of Progressive America*, Michael Kazin, Frans Becker y Menno Hurenkamp (eds.), University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2008, p. 13.

[113] David Barstow, «Behind TV Analysts, Pentagon's Hidden Hand», *The New York Times*, 20 de abril de 2008; «Instruments of War: Transcript», 25 de abril de 2008, *www.onthemedia.org/transcripts/2008/04/25/01*.

[114] Daniel Okrent, «The Public Editor: Weapons of Mass Destruction? Or Mass Distraction?», *The New York Times*, 30 de mayo de 2004.

[115] John Barry, «Beyond Baghdad: Expanding Target List», *Newsweek*, 18 de agosto de 2002.

[116] Norman Podhoretz, «In Praise of the Bush Doctrine», *Commentary*, septiembre de 2002, p. 19.

[117] Linda Diebel, «Bush Doctrinaires», *Toronto Star*, 13 de abril de 2003.

[118] Wesley K. Clark, *Winning Modern Wars: Iraq, Terrorism, and the American Empire*, PublicAffairs, Nueva York, 2004, p. 130.

[119] Robert Dreyfuss, «Just the Beginning: Is Iraq the Opening Salvo in a War to Remake the World?», *American Prospect*, 1 de abril de 2003, p. 26.

[120] Barbara Slavin, «Iraq a Harsh Climate to Try to Grow Democracy», *USA Today*, 11 de noviembre de 2002.

[121] G. John Ikenberry, «America's Imperial Ambition», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2002, pp. 49-50.

[122] Michael Hirsh, «Hawks, Doves and Dubya», *Newsweek*, 2 de septiembre de 2002, p. 25.

[123] Anthony Zinni, «Comments of Gen. Anthony Zinni (ret.) During a Speech before the Florida Economic Club, August 23, 2002», *www.npr.org/programs/morning/ zinni.html*.

[124] George C. Wilson, «Cheney Believes Gorbachev Sincere», *The The Washington Post*, 5 de abril de 1989.

[125] Phil McCombs, «The Unsettling Calm of Dick Cheney», *The The Washington Post*, 3 de abril de 1991.

[126] Robert H. Swansbrough, *Test by Fire: The War Presidency of George W. Bush*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2008, p. 27; James E. Westheider, *Fighting on Two Fronts: African Americans and the Vietnam War,* New York University Press, Nueva York, 1997, pp. 29-30.

[127] Colin L. Powell con Joseph E. Persico, *My American Journey*, Random House, Nueva York, 1995, p. 148.

[128] Stephen J. Whitfield, «Still the Best Catch There Is: Joseph Heller's *Catch 22*», en *Rethinking Cold War Culture*, Peter J.

Kuznick y James Gilbert (eds.), Smithsonian Institution Press, Washington, D. C., 2001, p. 188.

[129] Ross Goldberg y Sam Kahn, «Bolton's Conservative Ideology Has Roots in Yale Experience», *Yale Daily News*, 28 de abril de 2005.

[130] Paul D. Colford, *The Rush Limbaugh Story: Talent on Loan from God*, St. Martin's Press, Nueva York, 1993, pp. 14-20; Whitfield, «Still the Best Catch There Is», p. 188.

[131] Craig Glenday (ed.), *Guinness World Records 2010: Thousands of New Records in the Book of the Decade!*, Bantam, Nueva York, 2010, p. 47.

[132] Robert J. Samuelson, «The Gulf of World Opinion», *The The Washington Post*, 27 de marzo de 2003.

[133] Michael Dobbs, «Persuasion: Why Success Requires More than Victory», *The The Washington Post*, 30 de marzo de 2003.

[134] Nicholas D. Kristof, «Flogging the French», *The New York Times*, 31 de enero de 2003.

[135] Samuelson, «The Gulf of World Opinion».

[136] Harlan K. Ullman y James Wade, *Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance*, NDU Press, Washington, D. C., 1996, *www.au.af.mil/AU/AWC/AWCGATE/ ndu/shocknawe*.

[137] Arundhati Roy, *An Ordinary Person's Guide to Empire*, South End Press, Cambridge (Massachusetts), 2004, p. 64.

[138] Donald Rumsfeld, «Remarks as Delivered by Secretary of Defense Donald H. Rumsfeld, Baghdad, Iraq, Wednesday, April 30, 2003», *www.defense.gov/speeches/ speech.aspx?speechid=382*.

[139] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, p. 170; John W. Dower, *Cultures of War: Pearl Harbor/Hiroshima/9-11/Iraq*, W. W. Norton, Nueva York, 2010, pp. 397-398.

[140] Richard Perle, «Next Stop, Iraq: Remarks of the Hon. Richard Perle at the FPRI Annual Dinner», 14 de noviembre de 2001, *www.fpri.org/transcripts/annualdinner. 20011114.perle.nextstopiraq.html*.

[141] Lawrence F. Kaplan y William Kristol, *The War over Iraq: Saddam's Tyranny and America's Mission*, Encounter Books, San Francisco, 2003, pp. VII–VIII, 124. [*La guerra de Irak: en defensa de la democracia y la libertad*, trad. de Antonio Cuesta, Almuzara, Córdoba, 2004].

[142] Robert Fisk, «American Billions Keep Arab Regimes Sweet», *The Independent* (de Londres), 2 de marzo de 2003.

[143] Doug Struck, «Citing Iraq, N. Korea Signals Hard Line on Weapons Issue», *The The Washington Post*, 30 de marzo de 2003.

[144] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, p. 223.

[145] Alan Greenspan, *The Age of Turbulence: Adventures in a New World*, Penguin, Nueva York, 2007, p. 463.

[146] Robert Dreyfuss, «The Thirty-Year Itch», *Mother Jones*, marzo-abril de 2003, *http://motherjones.com/politics/2003/03/thirty-year-itch?page=2*.

[147]*Congressional Record*, *Proceedings and Debates of the 108th Congress, First Session*, 3 de abril de 2003, p. 8.544.

[148] Dreyfuss, «The Thirty-Year Itch».

[149] «Report on Prewar Intelligence Assessments About Postwar Iraq», Select Committee on Intelligence, United States Senate, 110th Cong., 25 de mayo de 2007, 27, 57, *http://intelligence.senate.gov/11076.pdf*.

[150] Walter Pincus y Karen DeYoung, «Analysts' Warnings of Iraq Chaos Detailed», *The The Washington Post*, 26 de mayo de 2007.

[151] Roger Strother, «Post-Saddam Iraq: The War Game», 4 de noviembre de 2006, National Security Archive, *www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB207/ index.htm*.

[152] Nicholas D. Kristof, «War and Wisdom», *The New York Times*, 7 de febrero de 2003.

[153] Michael F. Scheuer, «Tenet Tries to Shift the Blame. Don't Buy It», *The The Washington Post*, 29 de abril de 2007.

[154] Peter W. Galbraith, *The End of Iraq: How American Incompetence Created a War Without End*, Simon & Schuster, Nueva York, 2006, p. 83.

[155] Bruce Hoffman, *Inside Terrorism*, Columbia University Press, Nueva York, 2006, p. 292.

[156] «Bin Laden: Goal Is to Bankrupt U.S.», 1 de noviembre de 2004, *http:// articles.cnn.com/2004-11-01/world/binladen.tape_1_al-jazee ra-qaeda-bin?_ s=PM: WORLD*.

[157] Aram Roston, *The Man Who Pushed America to War: The Extraordinary Life, Adventures, and Obsessions of Ahmad Chalabi*, Nation Books, *The New York Times*, 2008, pp. 252-253, 255-256; Gardner, *Long Road to Baghdad*, p. 205.

[158] Eli Lake, «Chalabi Aide Tied to Shi'ite Terrorists», *The Washington Times*, 28 de agosto de 2009.

[159] «Interview with Andrew Natsios, Administrator for the US Agency for International Development, with Ted Koppel, *Nightline*, ABC News, 23 April 2003 on the Costs of Iraqi Reconstruction», *www.mtholyoke.edu/acad/intrel/iraq/koppel.htm*.

[160] Bruno Coppieters y Boris Kashnikov, «Right Intentions», en *Moral Constraints on War: Principles and Cases*, Bruno Coppieters y Nick Fotion (eds.), Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2008, p. 94.

[161] Eric Schmitt, «2 U.S. Officials Liken Guerrillas to Renegade Postwar Nazi Units», *The New York Times*, 23 de agosto de 2003.

[162] James Risen y David Johnston, «Bin Laden Is Seen with Aide on Tape», *The New York Times*, 11 de septiembre de 2003.

[163] Sobre los planes de privatización norteamericanos, *véase* Dower, *Cultures of War*, pp. 411-416.

[164] Naomi Klein, *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*, Henry Holt, Nueva York, 2007, pp. 432-436.

[165] Rajiv Chandrasekaran, «Ties to GOP Trumped Know-how Among Staff Sent to Rebuild Iraq», *The The Washington Post*, 17 de septiembre de 2006.

[166] «"Gates of Hell" Are Open in Iraq, Warns Arab League Chief», Agence France Presse, 19 de septiembre de 2004.

[167] Jeremy Scahill, *Blackwater: The Rise of the World's Most Powerful Mercenary Army*, Nation Books, Nueva York, 2008, pp. 59-60.

[168] James Risen, «U.S. Splits Controversial Contractor's Iraq Work 3 Ways, but Costs May Soar», *The New York Times*, 24 de mayo de 2008; Robert O'Harrow, Jr., «Halliburton Is a Handy Target for Democrats», *The The Washington Post*, 18 de septiembre de 2004.

[169] Helen Dewar y Dana Milbank, «Cheney Dismisses Critic with Obscenity», *The The Washington Post*, 25 de junio de 2004.

[170] James Risen, «Electrical Risks Worse than Said at Bases in Iraq», *The New York Times*, 18 de julio de 2008.
[171] Robert F. Worth, «Blast Destroys Shrine in Iraq, Setting Off Sectarian Fury», *The New York Times*, 22 de febrero de 2006.
[172] Gardner, *The Long Road to Baghdad*, p. 245.
[173] Dana Priest y Dana Milbank, «President Defends Allegation on Iraq», *The The Washington Post*, 15 de julio de 2003.
[174] Ron Suskind, «Without a Doubt», *The New York Times Magazine*, 17 de octubre de 2004, pp. 44, 51.
[175] Buddhika Jayamaha, Wesley D. Smith, Jeremy Roebuck, Omar Mora, Edward Sandmeier, Yance T. Gray y Jeremy A. Murphy, «The War as We Saw It», *The New York Times*, 19 de agosto de 2007.
[176] Joseph E. Stiglitz y Linda Bilmes, *The Three Trillion Dollar War: The True Cost of the Iraq Conflict*, W. W. Norton, Nueva York, 2008.
[177]*Iraq: No Let-up in the Humanitarian Crisis*, Comité Internacional de la Cruz Roja, Ginebra, 2008, p. 3.
[178] Transparency International, «Corruption Perceptions Index 2010 Results», *www.transparency.org/policy_research/surveys_indices/cpi/2010/results*.
[179] Liz Sly, «In Iraq, Ex-Foe Is New Friend: Historic Visit by Iran Leader Showcases Ties», *The Chicago Tribune*, 3 de marzo de 2008.
[180] Gareth Porter, «Burnt Offering», *American Prospect*, 25 de mayo de 2006, *www.prospect.org/cs/articles?articleId=11539*.
[181] Philip Giraldi, «Deep Background: In Case of Emergency, Nuke Iran; Give Tenet Another Medal; Iraq's Police Brutality», *American Conservative*, 1 de agosto de 2005, *www.amconmag.com/article/2005/aug/01/00027/*.
[182] «Iran: Nuclear Intentions and Capabilities», National Intelligence Estimate, noviembre de 2007, *www.dni.gov/press_releases/20071203_release.pdf, 6*.
[183] James Risen y Judith Miller, «A Nation Challenged», *The New York Times*, 29 de octubre de 2001; Tim Reid, «We'll Bomb You to Stone Age, US Told Pakistan», *The Times* (de Londres), 22 de septiembre de 2006, *www.timesonline.co.uk/tol/news/world/middle_east/article647188.ece*.
[184] Celia W. Dugger, «The World: Unthinkable», *The New York Times*, 2 de junio de 2002.
[185] Roger D. Hodge, «Weekly Review», *Harper's Magazine*, 15 de enero de 2002.
[186] Hersh, *Chain of Command*, pp. 291, 312; declaración de Leonard Weiss ante el Subcomité de la Cámara sobre Terrorismo Internacional y No Proliferación de Armas Nucleares, «The A. Q. Khan Network: Case Closed?: Hearing before the Subcommittee on International Terrorism of the Committee on International Relations», 109 Cong., 2ª session, 25 de mayo de 2006, 10; John Lancaster y Kamran Khan, «President Won't Submit to Nuclear Inspections», *The The Washington Post*, 6 de febrero de 2004.
[187] Seymour M. Hersh, «The Deal: Why Is Washington Going Easy on Pakistan's Nuclear Black Marketers?», *The New Yorker*, 8 de marzo de 2004, p. 32.
[188] Pew Research Center, «Pew Global Attitudes Project: Spring 2007 Survey of 47 Publics», Pew Research Center for the People & the Press, Washington, D. C., 2007, p. 88; Pew Research Center, «Publics of Asian Powers Hold Negative Views of One Another», 21 de septiembre de 2006, *http://pewglobal.org/2006/09/21/publics-of-asian-powers-hold-negative-views-of-one-another/*.
[189] «Poll: Bin Laden tops Musharraf in Pakistan», 11 de septiembre de 2007, *http://articles.cnn.com/2007-09-11/politics/poll.pakistanis_1_approval-rating-poll- qaeda?_s=PM:POLITICS*.
[190] Nick Allen, «Soviet Break-up Was Geopolitical Disaster, Says Putin», *The Daily Telegraph* (de Londres), 26 de abril de 2005.
[191] Nick Allen, «Why Russia Is Putting Stalin Back on His Pedestal», *The Daily Telegraph* (de Londres), 20 de abril de 2005.
[192] William M. Arkin, «Secret Plan Outlines the Unthinkable», *Los Angeles Times*, 9 de marzo de 2002.
[193] «America as Nuclear Rogue», *The New York Times*, 12 de marzo de 2002.
[194] Tadatoshi Akiba, «Peace Declaration, August 6, 2003», *www.pcf.city. hiroshima.jp/declaration/English/2003/index.html*.
[195] Keir A. Leiber y Daryl G. Press, «The Rise of U.S. Nuclear Primacy», *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2006, pp. 42, 52.
[196] Peter Finn, «Russians Sense the Heat of Cold War», *The The Washington Post*, 3 de abril de 2006.
[197] Yegor Gaidar, «Nuclear Punditry Can Be a Dangerous Game», *The Financial Times* (de Londres), 29 de marzo de 2006.
[198] «Russian and U.S. Citizens See Each Other as Potential Enemies?», *Pravda*, 24 de abril de 2006.
[199] «National Security», programa emitido por Radio Russia el 5 de abril de 2006, cortesía de BBC Worldwide Monitoring; Fred Weir, «In Moscow, Buzz over Arms Race II», *Christian Science Monitor*, 24 de abril de 2006; Gaidar, «Nuclear Punditry Can Be a Dangerous Game».
[200] Peter C. W. Flory, «Does Washington Really Have (Or Want) Nuclear Primacy?», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2006, pp. 149-150; Keith Payne, «A Matter of Record», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2006, p. 152.
[201] Alexei Arbatov, «Cutting a Deal», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2006, pp. 153-154.
[202] Keir A. Lieber y Daryl G. Press, «Lieber and Press Reply», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2006, pp. 154-157.
[203] William B. Scott, «USSC Prepares for Future Combat Missions in Space», *Aviation Week & Space Technology*, 5 de agosto de 1996, p. 51.
[204]*Report of the Commission to Assess United States National Security Space Management and Organization*, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 2001, pp. VIII, XII.
[205] Sean Kay, *Global Security in the Twenty-First Century: The Quest for Power and the Search for Peace*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2006, p. 187.
[206] Jonathan Shainin, «Rods from God», *The New York Times Magazine*, 10 de diciembre de 2006, p. 70.
[207] Weiner, *Legacy of Ashes*, p. 502.
[208]*Ibid*., p. 503.
[209] Nick Turse, «Planet Pentagon How the Pentagon Came to Own the Earth, Seas, and Skies», 11 de julio de 2007, *www.tomdispatch.com/post/174818*.
[210] «Department of Defense Base Structure Report, Fiscal Year 2008 Baseline», *www.acq.osd.mil/ie/download/bsr/BSR2008Baseline.pdf*.

[211] Thomas Donnelly y Vance Serchuk, «Toward a Global Cavalry: Overseas Rebasing and Defense Transformation», American Enterprise Institute for Public Policy Research, 1 de julio de 2003, *www.aei.org/outlook/17783*.
[212] Douglas J. Feith, «Prepared Statement Before the House Armed Services Committee», 23 de junio de 2004, *www.defense.gov/speeches/speech.aspx?speechid=133*.
[213] Tom Engelhardt, *The American Way of War: How Bush's Wars Became Obama's*, Haymarket Books, Chicago, 2010, p. 42.
[214] Thom Shanker, «Despite Slump, U.S. Role as Top Arms Supplier Grows», *The New York Times*, 7 de septiembre de 2009.
[215] Brzezinski, «Terrorized by "War on Terror"».
[216] Mike Allen y Edward Walsh, «Presidential Rivals Feast on Jokes, Jabs», *The Washington Post*, 20 de octubre de 2000.
[217] Louise Story, «Wall St. Profits Were a Mirage, but Huge Bonuses Were Real», *The New York Times*, 18 de diciembre de 2008.
[218] David Goldman, «Most Firms Pay No Income Taxes-Congress», 12 de agosto de 2008, *http://money.cnn.com/2008/08/12/news/economy/corporate_taxes*.
[219] Lichtman, *White Protestant Nation*, p. 446.
[220] James T. Patterson, «Transformative Economic Policies: Tax Cutting, Stimuli, and Bailouts», en Zelizer, *The Presidency of George W. Bush*, p. 130.
[221] Paul Harris, «Welcome to Richistan, USA», *The Observer* (de Londres), 22 de julio de 2007.
[222] Louise Story, «Top Hedge Fund Managers Do Well in a Down Year», *The New York Times*, 25 de marzo de 2009.
[223] International Labour Organization, *World of Work Report 2008: Income Inequalities in the Age of Financial Globalization*, International Institute for Labour Studies, Ginebra, 2008, *www.ilo.org/public/english/bureau/inst/download/world08.pdf*, p. XI.
[224] Tomoeh Murakami Tse, «Buffett Slams Tax System Disparities», *The Washington Post*, 27 de junio de 2007.
[225] David Rothkopf, «They're Global Citizens. They're Hugely Rich. And They Pull the Strings», *The Washington Post*, 4 de mayo de 2008; David Brown, «Richest Tenth Own 85% of World's Assets», *The Times* (de Londres), 6 de diciembre de 2006, *www.timesonline.co.uk/tol/news/world/asia/article661055.ece*.
[226] «Giving More Generously: What Rich Countries Gave in Foreign Aid Last Year», *The Economist*, 31 de marzo de 2009, *www.economist.com/node/13400406? story_id=13400406*.
[227] Mark Knoller, «President Bush by the Numbers», 11 de febrero de 2009, *www.cbsnews.com/stories/2009/01/19/politics/bush_legacy/main4735360.shtml*.
[228] Carol Morello y Dan Keating, «Millions More Thrust into Poverty», *The Washington Post*, 11 de septiembre de 2009.
[229] Jodie T. Allen, «A Nation of "Haves" and "Have-Nots"?», Pew Research Center, 13 de septiembre de 2007, *http://pewresearch.org/pubs/593/haves-have-nots*.
[230] Robert Reich, «America Is Becoming a Plutocracy», 18 de octubre de 2010, *www.salon.com/news/feature/2010/10/18/the_perfect_storm*.
[231] «Bush's Final Approval Rating: 22 Percent», *www.cbsnews.com/ stories/2009/01/16*/opinion/polls/main4728399.shtml.

CAPÍTULO 14. OBAMA. LA GESTIÓN DE UN IMPERIO HERIDO

«Somos un imperio atractivo al que todos quieren unirse», se jactó Max Boot, un político neoconservador, al poco de los atentados del 11 de septiembre de 2001.[1] Sin embargo, tras dos largas y desastrosas guerras, billones de dólares de gasto militar, una red de más de un millar de bases militares en el extranjero, tortura y maltrato de prisioneros en varios continentes, violación de la legalidad internacional y de la Constitución norteamericana, haber estado al borde del colapso económico, ataques con drones que mataban por igual a presuntos terroristas y a civiles, una desigualdad entre ricos y pobres insólita para una nación industrial avanzada, una población estudiantil con un nivel cultural descorazonador, un aparato de vigilancia estatal de dimensiones desconocidas, crisis de las infraestructuras, algaradas internas de la izquierda y la derecha y la reputación internacional hecha jirones, el imperio americano no resulta ya tan atractivo.

George W. Bush, que en 2011 canceló una conferencia en Suiza para evitar protestas masivas y el peligro de ser imputado por crímenes de guerra, y los asesores de George W. Bush, tan amigos del imperio, tienen mucha responsabilidad en tan lamentable estado de cosas y echaron sobre los hombros de Barack Obama y del pueblo norteamericano un embrollo de increíbles proporciones. De hecho, Obama le confió a uno de sus ayudantes de más confianza: «Heredo un mundo que en cualquier momento podría saltar por los aires de media docena de formas distintas».[2]



Flanqueado por partidarios como Caroline y Ted Kennedy (en el estrado, segunda y tercero por la izquierda), Barack Obama se dirige a sus simpatizantes en un mitin en Harford, Connecticut, en febrero de 2008. La elevada retórica del joven candidato suscitó grandes expectativas. Pero para los progresistas que esperaban al heredero de una tradición que se remontaba a Franklin Roosevelt, Henry Wallace y el John F. Kennedy posterior a la crisis de los misiles cubanos, sus primeros tres años de presidencia fueron una amarga decepción.

El país que Obama heredó estaba en verdad en ruinas, pero si la situación que encontró era mala, en ciertos aspectos él la ha hecho peor. Llegó al cargo en medio de una oleada de euforia popular: cautivó a sus seguidores durante la campaña electoral con su encendida retórica, extraordinaria inteligencia, atractiva biografía, su compromiso con la defensa de las libertades civiles y el rechazo del unilateralismo; todo eso, unido a su rotunda oposición a la guerra de Irak, lo convertían en la antítesis de Bush. La elección de Barack Hussein Obama, hijo de padre keniano negro y de madre blanca de Kansas, criado en Indonesia y en Hawái, licenciado por la Universidad de Columbia y presidente de la *Harvard Law Review*, se antojaba una suerte de expiación de los pecados de un país cuya reputación, como hemos demostrado a lo largo de estas páginas, había sido mancillada por el racismo, el imperialismo, el militarismo, la degradación medioambiental, el desarrollo de las armas

nucleares y una desatada codicia. El sufrimiento causado por los errores de la política norteamericana había sido inconmensurable. Para muchos, la elección de Obama era una oportunidad de redención, el testimonio de la otra mitad de Estados Unidos y de su lugar en la historia. Y esa otra mitad estaba caracterizada por el idealismo, el igualitarismo, la defensa de la Constitución y los valores de la República, el humanismo, la protección del medio ambiente y la apuesta por la libertad y la democracia como principios universales. Los progresistas esperaban que Obama se convirtiera en heredero de una tradición encarnada por Franklin Roosevelt y Henry Wallace y por el John F. Kennedy posterior a la crisis de los misiles cubanos.

Pero en lugar de repudiar las políticas de Bush y sus predecesores, Obama las ha perpetuado. En lugar de disminuir la influencia de Wall Street y de la gran empresa en la vida de Norteamérica, Obama ha dado a ambos libertad para continuar con sus prácticas predatorias. En lugar de restaurar las libertades civiles que Bush evisceró y de limitar los poderes del ejecutivo, que Bush acrecentó hasta extremos insospechados tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, Obama, con muy escasas excepciones, se ha aferrado al aparato de seguridad y vigilancia que le legó su predecesor y ha ahogado como él las libertades civiles y el derecho a disentir.

En la brillante *Caballero sin espada*, Frank Capra aprovecha los primeros once minutos de película para retratar una nefanda red de poder, intrigas y pactos clandestinos que revela el mundo oculto que el ingenuo e idealista Jefferson Smith se encontrará al intentar cambiar el proceder habitual de los políticos de Washington. Barack Obama se enfrentó a un similar entramado de intereses creados. Pero Obama era mucho más astuto y, según ha resultado, cínico que el personaje que interpreta James Stewart. Rodeándose a sabiendas de figuras del *establishment* ya habituadas a la trama y haciendo de ellas sus asesores en política interior y exterior, cerró preventivamente la puerta a la ruptura con el pasado y a las innovaciones que había prometido.

Tras traicionar sus promesas y convertirse en el primer candidato a la presidencia que rechazaba los fondos federales que concede la ley para financiar la campaña electoral, Obama buscó dinero en los llenos bolsillos de financieros de Wall Street como Goldman Sachs, Citigroup, J. P. Morgan Chase, Skadden Arps y Morgan Stanley. En lo más alto de la lista de empresas que contribuyeron a su campaña estaba también General Electric y otros contratistas del Departamento de Defensa. La industria farmacéutica —Big Pharma—, que llevaba años respaldando a los republicanos, aportó el triple a la campaña de Obama que a la de John McCain.[3]

La base electoral de Obama pasó mayormente por alto esos datos. Los progresistas proyectaban en él sus esperanzas, los conservadores, sus miedos más acuciantes. Y ambos se equivocaban. Obama hizo una campaña moderada y avanzó iniciativas pragmáticas, sin riesgo. Se convirtió en el campeón de la clase media. La clase trabajadora y los pobres —negros, hispanos, asiáticos, nativos y blancos— eran sobre todo un «por si acaso» mientras batallaba primero contra Hillary Clinton y luego contra John McCain. En vez de aprovechar la oportunidad para explicar que el declive del sector manufacturero y de otros pilares estructurales de un mundo empresarial disfuncional y de un sistema dominado por Wall Street había exacerbado los problemas de los pobres y muy especialmente de los afroamericanos, intimidó a los negros de menores ingresos y les instó a asumir «más responsabilidad individual». Se posicionó a la izquierda de Hillary Clinton en su oposición a la guerra de Irak, que Hillary apoyaba, y a la derecha de George Bush en Afganistán, postura que sus seguidores ignoraron, seguramente por conveniencia. Que en el Senado hubiera votado a favor de la Foreign Intelligence Surveillance Act [Ley de Vigilancia Secreta de Extranjeros], que concedía inmunidad legal a las empresas de telecomunicaciones cómplices de las escuchas telefónicas de Bush, debió ser indicio suficiente de que al llegar a la presidencia estaría poco dispuesto a ceder los poderes de que Bush y Cheney se habían apropiado.

Pero el más beneficiado con Obama ha sido Wall Street. Tras destrozar la economía con sus

innovaciones especulativas, como, por ejemplo, las permutas de incumplimiento crediticio y las obligaciones de deuda garantizada, los banqueros empezaron a pedir, a suplicar, socorro. A nadie debe extrañar que los asesores económicos de Obama —discípulos en su mayoría de Robert Rubin, secretario del Tesoro con Bill Clinton— acudieran alegremente en su rescate con setecientos mil millones en ayudas. Rubin, que cultivó sistemáticamente la amistad de Obama desde 2005, fue copresidente de Goldman Sachs antes de trabajar en el Departamento del Tesoro, donde apadrinó dos de las medidas que precipitaron la crisis financiera que luego sus protegidos debieron gestionar: la desregulación del mercado de derivados y la revocación en 1999 de la norma que diferenciaba banca de inversión de banca comercial, la Ley Glass-Steagall. Tras hacerle el trabajo sucio a Wall Street desde el Departamento del Tesoro, Rubin fue recompensado con un puesto de alto ejecutivo en Citigroup, con un salario de ciento veintiséis millones de dólares en ocho años. *The New York Times* publicó a finales de noviembre de 2008: «Barack Obama va completando su equipo económico: una constelación virtual en torno a Rubin va tomando forma». El jefe de gabinete de Rubin en el Departamento del Tesoro, y compañero en Citigroup, Michael Froman, se encargó de la organización del grupo de trabajo. Los dos cargos principales fueron a parar a manos de dos protegidos de Rubin: Timothy Geithner, director del banco de la Reserva Federal de Nueva York, a quien Obama nombró secretario del Tesoro, y Lawrence Summers, nuevo primer asesor económico de la Casa Blanca. Geithner había colaborado con Rubin en el Departamento del Tesoro y Summers era secretario del Tesoro en el momento de la revocación de la Ley Glass-Steagall. Al igual que Rubin, Summers, desregulador confeso, cobró bien sus servicios a Wall Street: en 2008 ganaba cinco millones doscientos mil dólares por un día de trabajo a la semana para el fondo de inversión D. E. Shaw, a lo que había que añadir, amén de otros emolumentos, dos millones setecientos mil anuales por sus conferencias, la mayoría de las cuales las pronunció en empresas de Wall Street —Goldman Sachs le pagó ciento treinta y cinco mil dólares solo por una de ellas—. El reportero de investigación Glenn Greenwald habló de «soborno avanzado».[4] Teniendo en cuenta lo mucho que Walt Street iba a obtener de la gestión de la economía de Geithner y Summers, a Goldman Sachs y otros *banksters* [banqueros y gánsteres], le salieron muy baratos. Obama nombró a otro protegido de Rubin, Peter Orszag, director de presupuestos. Según el *Times*, «Geithner, Summers y Orszag han defendido esa fórmula económica que llegó a ser conocida como “Rubinconomía”: equilibrio presupuestario, libre comercio y desregulación financiera». Los escalones inferiores en la toma de decisiones económicas también estaban llenos de aliados de Rubin. Había, no obstante, llamativas excepciones, como Christine Romer, presidenta del Council of Economic Advisors [Consejo de Asesores Económicos], y Jared Bernstein, principal asesor de política económica de Joe Biden. Durante su breve estancia en el gobierno, ambos lucharon sin éxito contra algunas iniciativas del equipo neoliberal de Rubin.

David Sirota, antiguo estratega del Partido Demócrata, anticipó acertadamente cómo moldearía la estrategia económica de Obama la gente de Rubin: «Bob Rubin, esos tipos, son los clásicos liberales de limusina. Se trata, básicamente, de gente que ha hecho carretadas de dinero en la economía especulativa, pero se llaman a sí mismos buenos demócratas porque quieren dar a los pobres un poquito más de lo que se les da. El lema de *su* Partido Demócrata es el siguiente: dejemos que los ricos sigan ganando dinero, pero vamos a darle una pequeña parte a los demás».

El 23 de noviembre de 2008, la administración Bush anunció la posibilidad de aprobar un rescate de trescientos seis mil millones de dólares para Citigroup, que se encontraba al borde de la quiebra. Recientemente, Citigroup había recibido ya veinticinco mil millones en virtud del Troubled Asset Relief Plan [Plan de Auxilio de Activos Conflictivos], que era, en realidad, un rescate masivo del sector financiero. Para el *Times* era evidente que Geithner había desempeñado un «papel crucial» en las negociaciones y que Henry Paulson, secretario del Tesoro de Bush, había colaborado estrechamente con el equipo de Obama durante el cambio de gobierno. Wall Street estaba tan

exultante que el índice Dow Jones experimentó su mayor subida diaria en veinte años y las acciones de Citigroup, que el año anterior habían caído de treinta a tres con setenta y siete dólares, subieron un 66 por ciento en veinticuatro horas. «Si alguien tenía dudas de la primacía de Wall Street sobre Main Street —declaró el exsecretario de Trabajo Robert Reich—, sus dudas han quedado resueltas».[5] Luego habría múltiples pruebas. *The Washington Post* informó a primeros de abril de 2009 de que el Departamento del Tesoro estaba soslayando la ley y desafiaba la voluntad del Congreso sin limitar el salario de los altos ejecutivos: «Según algunos funcionarios, la administración Obama plantea la aplicación de las nuevas medidas de rescate de tal manera que las empresas se puedan beneficiar de los programas de ayuda y al mismo tiempo evitar restricciones del Congreso como, por ejemplo, el límite salarial para los ejecutivos».[6]

James Galbraith, economista de la Universidad de Texas, fustigó a Obama por plegarse sumisamente a las exigencias de los banqueros como si no existiera otra forma de solventar la crisis:

> [...]. Uno no puede defender las medidas del equipo de Obama al llegar al gobierno. La nueva legislación y la política apuntan en una sola dirección: poner a los bancos sistemáticamente peligrosos en manos de la Federal Deposit Insurance Corporation [Corporación Federal de Garantía de Depósitos] y de su presidenta, Sheila Bair. De haber garantizado los depósitos, sustituido la dirección, despedido a los representantes de los *lobbies*, auditado los libros, perseguido el fraude y reestructurado y reducido las instituciones, ahora el sistema financiero estaría limpio y habríamos noqueado a los grandes bancos como fuerza política.
>
> Pero el equipo de Obama no ha hecho ninguna de esas cosas. En su lugar anunció unas «pruebas de estrés» diseñadas sobre todo para ocultar la verdadera situación de los bancos, presionó al organismo federal encargado del control bancario para que permitiera que la banca hiciera caso omiso del valor de mercado de sus activos tóxicos, no cambió la dirección y nadie ha sido imputado. Además, la Reserva Federal ha reducido los tipos de interés a cero. Y el presidente justifica todo esto repitiendo hasta la saciedad que la meta de su política es «que vuelva a fluir el crédito».
>
> Los bancos han organizado una verdadera fiesta. Los beneficios se han disparado, como las primas de los directivos. Con financiación gratuita, la banca ha podido hacer dinero sin riesgo, y prestarle ese dinero al Tesoro. La bolsa ha vuelto a subir. Las inversiones empiezan de cero. Las pérdidas de las hipotecas se ocultan.[7]

Paul Volcker, expresidente de la Reserva Federal, aconsejó a Obama que tomase medidas contundentes. «Ahora mismo —dijo—, ahora que tiene oportunidad y ellos están en pañales, tiene que clavarles una lanza en el corazón a todos esos tipos de Wall Street que durante muchos años han sido ante todo mercaderes de deuda». Pero en marzo de 2009, en lugar de plantar cara a Wall Street, Obama se postró ante los presidentes de los trece mayores bancos y les dijo: «Quiero ayudarles. No voy a ir a por ustedes. Los voy a proteger. Pero, como los voy a defender de las iras de la opinión pública y del Congreso, tendrán que darme algo para que yo pueda compensar a toda esa gente».[8] Los banqueros respondieron con la boca pequeña que adoptarían voluntariamente una política de moderación y al poco tiempo se estaban repartiendo primas récord. A diferencia de Europa, que sí puso límites al salario de los ejecutivos de banca, la administración Obama ni siquiera restringió el de los directivos de los bancos a los que tuvo que rescatar. Las retribuciones alcanzaron cifras obscenas. *The Wall Street Journal* publicó que los beneficios y remuneraciones en bancos, bancos de inversión, fondos de inversión, firmas financieras y firmas de inversión alcanzaron cifras récord en 2009 y 2010, con ciento veintiocho mil millones y ciento treinta y cinco mil millones de dólares respectivamente.[9] Quienes más ganaron fueron los gestores de los veinticinco fondos de inversión más importantes, cuyos ingresos medios pasaron de la insignificante cifra de quinientos setenta millones de dólares en 2006 a la algo más respetable de mil millones en 2009.[10] Solo en 2010, John Paulson, gestor de un fondo de inversión de Nueva York, cobró cuatro mil novecientos millones de dólares.

El periodista Ron Suskind nos haría saber más tarde que entre bastidores la negociación había sido mucho más complicada y Obama había llegado con Christine Romer y otros a la conclusión de que

hacía falta una reestructuración fundamental de la banca, empezando por Citigroup. Timothy Geithner y Rahm Emanuel sabotearon, sin embargo, la iniciativa. Geithner, sostenía Suskind, se negó simplemente a aceptar el plan de Obama y convenció al presidente de que adoptase su punto de vista, que beneficiaba a Wall Street. Emanuel, que había ganado dieciocho millones de dólares en dos años y medio a sueldo del banco de inversión Wasserstein Perella tras haber trabajado con Clinton en la Casa Blanca en 1999, insistió en que todos estaban de acuerdo con Geithner. Y Obama dio media vuelta sin oponer resistencia.[11]

La crisis financiera que empezó en 2008 no interrumpió la sangría que las empresas hacían de las clases media y trabajadora. La remuneración total de los consejeros delegados de las quinientas empresas del índice de Standard & Poor’s subió un 23 por ciento en 2010 hasta alcanzar once mil cuatrocientos millones de dólares. Los ingresos de un consejero delegado, que en 2010 multiplicaban por trescientos cuarenta y tres los del trabajador medio, se habían octuplicado desde 1980, cuando solo lo multiplicaban por cuarenta y dos. Los altos directivos de otras naciones industriales ganaban, en cambio, mucho menos. El salario de los consejeros delegados de las empresas británicas y canadienses superaba veintidós veces el del trabajador medio británico y canadiense, el de los japoneses solo once veces. David Zaslav, consejero delegado de Discovery Communications, pasó de ganar 7,9 millones de dólares en 2008 a 11,7 millones en 2009 y a 42,6 millones en 2010.

El resto de trabajadores tenía que arreglárselas mayormente como podía. El programa de estímulo económico de Obama se quedó en apenas la mitad de los 1,2 billones de dólares que pedía Christine Romer, cuyas recomendaciones no formaron parte de la lista de opciones de Summers.[12] La recuperación económica de los primeros años de Obama no solo fue muy parca en creación de empleo, sino que benefició fundamentalmente a los más ricos. El economista Andrew Sum y su grupo de investigación de la Northeastern University descubrieron que, entre el segundo trimestre de 2009 y el primero de 2011, la renta nacional subió quinientos cinco mil millones de dólares y los beneficios de las empresas antes de impuestos cuatrocientos sesenta y cinco mil millones, pero que los salarios solo aumentaron veintidós mil millones.[13] Estos analistas averiguaron que, en los nueve meses posteriores al nadir de la recesión en el segundo trimestre de 2009, los beneficios de las empresas suponían el 85 por ciento del aumento total de beneficios y salarios, mientras que, en el mismo lapso temporal tras la recesión de 1981 y 1982, solo sumaban el 10 por ciento. En 2010 el 93 por ciento del aumento de la renta de los hogares le correspondió al 1 por ciento de aquellos con más ingresos y el escaso 7 por ciento restante se lo repartían el resto, es decir, el 99 por ciento. Pero lo que resulta más descorazonador es que el 0,01 por ciento de hogares más ricos, es decir, unos quince mil, acumulaba el 37 por ciento de dicho aumento de renta. Entretanto, los beneficios en su conjunto seguían desplomándose. Según un estudio de 2010, el año anterior, las primas de los seguros médicos de los empleados habían subido un 13,7 por ciento, cuando la contribución de los patronos a esos seguros solo había aumentado un 0,9 por ciento.[14]

Pero lo que el periodista Chris Hedges llamó «la violación de América por las empresas»[15] había empezado hacía décadas. Según la Bureau of Labor Statistics [Oficina de Estadísticas del Trabajo], mientras los ingresos de los ejecutivos se disparaban, el salario del trabajador medio había descendido más del 10 por ciento desde los años setenta. La oficina de presupuestos del Congreso calculaba que entre 1979 y 2005 los ingresos del 1 por ciento más rico de la población habían aumentado en cambio un 480 por ciento.[16]

En 2007 ese 1 por ciento más rico de la población recibía el 25 por ciento de la renta nacional y acaparaba el 40 por ciento del patrimonio. Cuando, ese año, los sindicatos solo representaban al 7 por ciento de la mano de obra en el sector privado, en términos reales, es decir, descontada la inflación, los salarios eran menores que treinta años antes. También ese año, 2007, el 80 por ciento de la población solo acumulaba el 15 por ciento del patrimonio. En 2011 el Economic Policy Institute

[Instituto de Política Económica] publicó que el 1 por ciento más rico de la población acumulaba más riqueza que el 90 por ciento más pobre. En su mayoría, las familias habían conseguido mantener su nivel de vida desde los años setenta gracias a la mayor participación de la mujer en el mercado de trabajo (si solo un 24 por ciento de las madres con hijos pequeños trabajaban fuera del hogar en 1966, a finales de la década de 1990 ese porcentaje había subido al 60), un acusado incremento de las horas de trabajo (más de cien al año de media para el trabajador varón y doscientas de media para las trabajadoras con respecto a veinte años antes) y también de los préstamos (2,3 billones de dólares, a pesar de una subida exagerada y en última instancia insostenible de los tipos).[17]

Una de las señales más reveladoras de la crisis económica en Norteamérica la ofreció el informe «Justicia Social en la OCDE: comparativa de los estados miembros», que la Bertelsmann Stiftung Foundation publicó en octubre de 2011, y que situaba a Estados Unidos en el vigesimoséptimo puesto de las treinta y una naciones de la Organización, solo por delante de Grecia, Chile, México y Turquía. Este informe comparaba diversas magnitudes, incluidas prevención de la pobreza, pobreza infantil y de la tercera edad, desigualdades de renta, gastos en educación primaria, calidad de la asistencia sanitaria y otros parámetros básicos. En índice de pobreza, Estados Unidos ocupaba el vigesimonoveno lugar; en pobreza infantil y desigualdad de renta, el vigesimoctavo.[18] El National Center for Children in Poverty [Centro Nacional de Pobreza Infantil] de la Universidad de Columbia publicó que el 42 por ciento de los niños norteamericanos pertenecían a familias de bajos ingresos y que la mitad de estas familias se situaba por debajo del umbral de la pobreza. En diciembre de 2010, Associated Press publicó que casi la mitad de los norteamericanos vivían en la pobreza o subsistían con rentas muy bajas. La oficina del censo informó de que, en 2010, 46,2 millones de norteamericanos estaban por debajo del umbral de la pobreza, la cifra más alta desde el comienzo de la publicación de este índice cincuenta y dos años antes.

Pero no solo era cada día mayor el número de norteamericanos que se sumían en la pobreza, también era cada día menor el de los que salían de ella. Los estudios de movilidad social hacían añicos el mito de Estados Unidos como sociedad sin fronteras de clases definidas y donde es fácil ascender de un estrato social a otro. En realidad, con su frágil sistema de seguridad social, depauperados colegios y bajo porcentaje de trabajadores sindicados, en Estados Unidos la movilidad social es considerablemente menor que en otros países industrializados.[19]

Tanta desigualdad encolerizaba en 2010 tanto a los norteamericanos que se esforzaban por pagar su hipoteca y su seguro médico, y por dar de comer a sus hijos, que el Congreso aprobó, más bien de mala gana, la Dodd-Frank Wall Street Reform and Consumer Protection Act [Ley Dodd-Frank de Protección al Consumidor y Reforma de Wall Street], que exigía a los ejecutivos de las sociedades que cotizaban en bolsa la declaración de sus sueldos a los accionistas para que estos dieran su visto bueno (aunque el veredicto no fuera vinculante). Entre quienes se opusieron a las iniciativas de reducción del salario de los altos directivos se encontraba Angelo Mozilo, consejero delegado de Countrywide Financial, que había ganado cuatrocientos setenta millones de dólares en la compraventa de acciones los cinco años anteriores a que su ilimitada codicia y transacciones ilegales contribuyeran a la crisis del mercado inmobiliario. Mozilo denunció a «la prensa de izquierdas y a los envidiosos dirigentes sindicales» por sus presiones a los consejos de administración y los acusó de expulsar del sector público «a los emprendedores».[20]



Un indigente duerme bajo el anuncio de unas viviendas de lujo en The Bowery, un barrio de Manhattan. Según la Oficina del Censo, en 2010 46,2 millones de norteamericanos vivían por debajo del umbral de pobreza, cifra récord que hablaba de la creciente desigualdad económica en Estados Unidos.

La ley Dodd-Frank, aunque suponía un paso en la buena dirección, apenas sirvió para corregir los problemas subyacentes de la crisis, porque tampoco abordaba las deficiencias estructurales que alentaban comportamientos de riesgo ni logró revertir la dinámica que permitía el crecimiento de los bancos hasta ser «demasiado grandes para dejarlos caer». William Isaac, expresidente de la Corporación Federal de Garantía de Depósitos, reconoció a la revista *Forbes* que dicha ley «no habría evitado la reciente crisis financiera y no evitará la próxima». «Lo cierto es que apenas vale para cambiar el disfuncional sistema regulador que ha dado pie a las tres grandes crisis bancarias de los últimos cuarenta años», aseguró Isaac.[21]

Steven Pearlstein, redactor de la sección de Economía de *The Washington Post*, mostró su sorpresa ante el hecho de que Obama no pudiera «dar voz a la demanda popular ni canalizar constructivamente las iras de la opinión pública» con Wall Street y la política de Tim Geithner, que parecía pensar: «Se tragan cualquier cosa». En noviembre de 2009 a este periodista le pareció «revelador» que Geithner rechazara «un impuesto global a las transacciones financieras destinado a recaudar fondos para la estabilización de la economía y a desanimar las grandes operaciones especulativas a corto plazo». Si a Obama le hubiera importado de verdad el ciudadano, y no quienes habían saqueado la economía, escribía Pearlstein, habría dado instrucciones al Departamento de Justicia de poner en marcha una investigación antimonopolio de los desmesurados beneficios de Wall Street y presionado al Congreso para tapar los resquicios legales que permitían que cualquier gestor de un fondo de inversión o de una empresa de capital riesgo pagasen menos impuestos que su secretaria, amén de insistir «en la reintroducción de la tasa a las transacciones financieras en la agenda del G-20».[22]

Pearlstein se preguntaba: «¿De qué lado está Obama?», y la respuesta se volvía cada día más urgente a medida que se aproximaban las elecciones de 2012. Las iras ante la situación económica se habían desatado. Los manifestantes habían ocupado Wall Street y muchas ciudades de Estados Unidos en una algarada popular desconocida desde los años treinta. Obama caminaba por la cuerda floja. Se esforzaba por convencer al mismo tiempo a los activistas antisistema y a los magnates de Wall Street, a quienes los primeros insultaban, de que estaba de su lado. En junio de 2011, *The New York Times* publicó que el presidente había ofendido a los gerifaltes de Wall Street al llamarlos «“peces gordos” y criticar sus bonos salariales» y por tener la audacia de querer poner límites a tanta rapacidad. Ahora, según el *Times*, Obama y sus principales colaboradores, en busca del respaldo de Wall Street para su reelección, intentaban restañar el orgullo herido de los banqueros.[23] Franklin Roosevelt comparó a los ingratos capitalistas con ese viejo que, tras haber estado a punto de ahogarse, increpa al hombre que lo ha rescatado por no haber salvado también a su gato; Obama se presentó ante los banqueros, se quitó el sombrero y pidió humildemente perdón. A diferencia de Roosevelt, que se había hecho enemigos en Wall Street por su programa de creación de empleo público y su profunda reforma regulatoria, Obama no solo privilegió a los financieros de Wall Street en detrimento de la

masa trabajadora, sino que se disculpó por haber herido sus sentimientos.

Obama saldó también sus deudas con otros sectores empresariales que habían financiado su campaña. El Nobel de Economía Joseph Stiglitz apuntó: «Cuando las farmacéuticas han recibido un regalo de un billón de dólares en virtud de una legislación que prohíbe que el Estado, el mayor comprador de medicamentos, negocie los precios, nada puede ya extrañarnos. No debería sorprendernos que el Congreso no apruebe ninguna nueva legislación fiscal que no sea la de bajar significativamente los impuestos a los ricos. Dado el poder del 1 por ciento de la población más acomodada, no cabe esperar que el sistema funcione de otra manera». Stiglitz citaba en su crítica la respuesta del banquero Charles Keating, que se arruinó con la crisis de préstamo y ahorro de los años ochenta. Cuando un comité del Congreso le preguntó si el millón y medio de dólares con que había contribuido a la elección de varios cargos públicos le había servido para comprar determinadas lealtades, Keating respondió: «Pues espero que sí».[24] En 2010 el veredicto del Tribunal Supremo en el caso Citizens United, que suponía la supresión de límites a las donaciones de empresas a los partidos políticos, era la garantía de un crecimiento vertiginoso de esas donaciones y, por tanto, de la influencia de bancos y corporaciones en los partidos.

El fracaso de Obama en la articulación de una política de progreso fue también palpable en la reforma del sistema sanitario, que debía ser su iniciativa estrella. Pero el presidente había decidido de antemano evitar disputas con farmacéuticas y aseguradoras, que no solo habían contribuido generosamente a su campaña, sino que habían desempeñado un papel importante en la derrota de las iniciativas de Bill Clinton en el mismo sentido. Para conseguir el apoyo del sector, capituló ante la exigencia de que la nueva legislación excluyera medidas fundamentales para los demócratas como la reimportación de medicamentos y la negociación de los precios al por mayor. Además, excluyó de la mesa de negociaciones la propuesta de una seguridad social universal —y eso que llegó a admitir que se trataba del mejor sistema para conseguir una atención sanitaria generalizada y asumible económicamente, como ya se había demostrado en la mayoría de países desarrollados—. Además, en lugar de liderarla en persona, solicitó al Congreso que debatiera los detalles de la reforma. Más tarde, aplacó las iras de las aseguradoras retirando la opción de los seguros médicos públicos y la ampliación de Medicare, programa federal de cobertura sanitaria, a pesar de que ambos contaban con el respaldo mayoritario de la opinión pública.

La industria médica hizo el resto. En representación de unas mil quinientas empresas, más de tres mil trescientos agentes de este grupo de presión, es decir, el triple de los que defendían la reforma, actuaron en favor de la eliminación de todas las disposiciones de reducción de los beneficios empresariales. En sus esfuerzos por dar forma a unas medidas que afectaban al 17 por ciento de la economía, esos agentes de los *lobbies*, que superaban a los miembros del Congreso en una proporción de seis a uno, dedicaron a la tarea 263,4 millones de dólares solo los seis primeros meses de 2009. La legislación resultante amplió las coberturas de los norteamericanos no asegurados, pero de manera tal que las aseguradoras recibieron un dinero llovido del cielo.[25]

La Casa Blanca culpó a los «centristas» del Congreso como Joe Lieberman de obligar al gobierno a aceptar soluciones de compromiso que eran anatema para una gran mayoría de demócratas. El senador Russell Feingold, firme partidario de la opción pública, se negó a aceptar excusas. «Me da la impresión de que la nueva legislación responde a lo que el presidente quería ya desde un principio, de modo que no creo que haya que echarle la culpa a Lieberman, porque no es verdad que la tenga», declaró.[26] La insuficiente reforma sanitaria de Obama, marcada por su incapacidad para negar siquiera la acusación de los republicanos de que se proponía instaurar unos jurados que decidirían sobre la vida y la muerte de los pacientes,[27] fue tan impopular que se convirtió en la rémora que colgaría del cuello del Partido Demócrata en las elecciones al Congreso de 2010. Como señaló el periodista Robert Kuttner: «La batalla debería haber sido: el presidente y el pueblo contra los

intereses creados. En vez de ello, son cada vez más los votantes que van llegando a la conclusión de que ha sido: el presidente y los intereses creados contra el pueblo». El Partido Demócrata pagó caro lo que la mayoría de ciudadanos percibían como una traición.[28]

Las batallas por el presupuesto siguieron el mismo guion. Obama continuó luchando en pos del consenso frente a adversarios que no solo se habían propuesto derrotarle, sino que desacreditaban la idea de que un gobierno fuera capaz de resolver los problemas sociales. Harold Meyerson, columnista de *The Washington Post*, publicó en abril de 2011: «Aunque no sirva para otra cosa, el presupuesto que los republicanos defienden [...] nos revela el primer programa auténticamente republicano del siglo XXI; consiste en lo siguiente: vamos a renegar de todo lo conseguido en el siglo XX».[29]

Y, sin embargo, el acuerdo al que luego llegaría Obama con sus oponentes resultó en realidad peor que la postura de partida de los republicanos. No solo prorrogaba las bajadas de impuestos de Bush a los más ricos, sino que recortaba drásticamente programas sociales necesarios para los más vulnerables. Diez años antes, Bush había instituido «provisionalmente» determinadas bajadas de impuestos sabiendo muy bien que ni mucho menos serían provisionales. Dan Barlett, que fue su portavoz en la Casa Blanca, admitió: «Somos conscientes de que, en política, una vez que algo se hace ley, es casi imposible volverlo a cambiar. Y no es un mal legado. A decir verdad, haber sido capaces de tender la trampa me hace sentir muy bien».[30] Que los demócratas, liderados por Obama, se encaminasen con paso alegre hacia esa trampa no hacía sentir tan bien a la opinión pública, que se oponía por abrumadora mayoría a la prórroga de la bajada de impuestos a los más ricos en una época en que los beneficios de las empresas alcanzaban cifras prodigiosas.

El Nobel Paul Krugman, economista de la Universidad de Princeton, lamentó que Obama hubiera dejado de ser una «figura estimulante, una fuente de inspiración», y se preguntaba: «Pero ¿quién es este hombre blando y tímido que no parece defender con convicción nada en particular? [Antes de abordar a los republicanos], Obama negocia consigo mismo y se hace concesiones preventivas, y entonces sí, entonces afronta una segunda ronda de negociaciones con el Partido Republicano y... hace nuevas concesiones». Krugman censuraba al presidente por no plantar cara al nuevo consenso: «[Es] esa filosofía que defiende que los pobres tienen que aceptar grandes recortes en Medicaid y las subvenciones para alimentos; la clase media tiene que aceptar grandes recortes en Medicare (en realidad, el desmantelamiento del programa entero); y las grandes empresas y los ricos tienen que aceptar grandes recortes en los impuestos que tienen que pagar. ¡A eso le llamo yo compartir los sacrificios!».[31]

En lugar de tomar en cuenta las críticas, Obama se desvió todavía más a la derecha. Primero nombró a William Daley, exdirectivo de J. P. Morgan Chase, jefe de gabinete en sustitución de Rahm Emanuel. Luego, para colmo, eligió a Jeffrey Immelt, presidente y director general de General Electric, como director del Council on Jobs and Competitiveness [Consejo de Empleo y Competitividad] de la presidencia, lo cual le convertía en principal asesor económico externo del gobierno. Obama no podía dar señales más claras de su posición. En 2010 General Electric obtuvo unos beneficios de catorce mil doscientos millones de dólares y no pagó un solo dólar en impuestos federales. Todo lo contrario, se benefició de una deducción fiscal de tres mil doscientos millones de dólares. En la crisis económica de 2008, además, esta empresa recibió dieciséis mil cien millones de dólares de la Reserva Federal. Obama escogió a Immelt como principal asesor para la creación de empleo en un momento en que la prensa despellejaba a General Electric por deslocalizar puestos de trabajo y reducir los seguros médicos y las pensiones de jubilación a sus nuevos empleados. Por anteponer con tanta eficacia la codicia privada frente a la responsabilidad social, Immelt, empleado «veterano», vio cómo su bono salarial pasaba de 9,89 millones de dólares en 2009 a 21,4 millones en 2010, una subida superior al cien por cien. Pero por si Wall Street no había captado el mensaje con la

designación de Immelt, Obama pronunció un discurso conciliador ante la Cámara de Comercio que bien pudo ser un canto a la postergación o anulación de la ideología progresista en Estados Unidos y también dio órdenes a diversos organismos federales de revisar toda la normativa regulatoria con el propósito de suprimir una parte.[32]

Republicanos y demócratas abordaron con muy distinto entusiasmo las elecciones de 2010 para la renovación de un tercio de las cámaras. La laxitud y talante contemporizador de Obama habían desmoralizado tanto a sus bases que los republicanos ganaron por goleada. El presidente, en consecuencia, decidió inclinarse todavía más a la derecha. No tardó en renegar de su promesa de aprobar medidas para la protección del medio ambiente y anunció que pospondría toda legislación sobre reducción de emisiones tóxicas de las calderas de calefacción, o, lo que es lo mismo, mantuvo en vigor la política de la administración Bush.

Pero ni siquiera esas decisiones calmaron a Wall Street y a la gran empresa, que pagaron al presidente su generosidad dándole su apoyo a la candidatura de Mitt Romney en las elecciones presidenciales de 2012. En abril de ese año, los grandes ejecutivos de la banca, los gestores de fondos de inversión y las empresas de capital riesgo, es decir, los mismos que habían respaldado a Obama en una proporción de dos a uno en 2008, aportaron a la campaña de Romney cuatro veces más que a la de Obama, y eso sin contar las enormes sumas donadas a los *Super PACs*, o comités de apoyo al candidato republicano. En el verano de 2012, los empleados de General Electric, que en 2008 habían respaldado a Obama frente a McCain en una proporción de cinco a uno, apoyaban la elección de Romney por cuatro a uno. Jeffrey Immelt no se pronunció a favor de ningún candidato.[33]

Entre las mayores decepciones de sus partidarios estaba la pasividad de Obama para revertir la política de seguridad nacional que tan notoriamente había recortado las libertades civiles. En realidad, el presidente tuvo en este aspecto un comienzo prometedor. En su primer día en el cargo rescindió una orden ejecutiva de Bush del año 2001 que reducía el acceso a los archivos y grabaciones de antiguos presidentes y anuló una orden del fiscal general John Ashcroft que había dado al gobierno la facultad de negarse a la revelación pública de sus actividades. Obama prometió también que su gobierno defendería una nueva transparencia: «Esta ciudad lleva demasiado tiempo sumida en un secretismo excesivo —admitió—. Este gobierno no se pone del lado de quienes prefieren ocultar información, sino del de los que quieren saber. Que la ley te otorgue poder para mantener algo en secreto no significa que siempre tengas que ejercer ese poder. La transparencia y el imperio de la ley serán los pilares de este gobierno».32[34]

El compromiso con la transparencia duró poco. En el verano de 2010, la American Civil Liberties Union [Grupo pro Libertades Civiles de Norteamérica] advirtió del «peligro real» de que la administración Obama consagrase en el marco de la ley prácticas y políticas que casi todos habían considerado «extremas e ilegales» durante la administración Bush: «Dicho de otra manera —señalaba esa institución—, existe un peligro real de que la administración Obama presida la creación de una “nueva normalidad”».[35]

Eso precisamente es lo que ha hecho el presidente: alejarse de su promesa electoral de defender la Constitución frente a los atropellos de Bush. Si antes de llegar a la Casa Blanca criticaba a Bush por, por ejemplo, invocar el secreto de Estado para bloquear muchas demandas judiciales, al llegar a la presidencia se desdijo de esas críticas e impidió la investigación de torturas y otras violaciones de la ley en años anteriores y amplió lo que *The New York Times* llamó «laxo punto de vista sobre los poderes secretos del Estado». Además, Obama ha invocado en repetidas ocasiones «el privilegio de los secretos de Estado» para detener pleitos judiciales relacionados con torturas, detenciones y grabaciones ilegales, ha proseguido con el programa de detenciones extraordinarias, ha negado el hábeas corpus a muchos prisioneros afganos, ha sancionado las comisiones militares y ha autorizado, sin el proceso legal debido, el asesinato en Yemen por la CIA de un ciudadano

norteamericano acusado de vínculos con Al Qaeda.[36] Su negativa a investigar y perseguir a los culpables de torturas de la administración Bush supone por sí misma una violación de los tratados internacionales.

Jack Goldsmith ha reconocido que la reprimenda de Dick Cheney a Obama por revertir la política antiterrorista de la era Bush no era justificada. En realidad, como este funcionario del Departamento de Justicia de la administración Bush publicó en *The New Republic*: «La verdad está más cerca de lo contrario: la nueva administración ha copiado una parte, la mayor, del programa de Bush, ha ampliado otra parte y solo en la mínima parte restante lo ha reducido. Casi todos los cambios de Obama son superficiales, del discurso, simbólicos, retóricos [...]. La estrategia de Obama puede por tanto calificarse de intento de conseguir que el punto de vista de Bush sobre el terrorismo sea más digerible política y legalmente, y, por consiguiente, sea también más duradero».[37]

Los defensores de las libertades civiles están consternados; esperaban mucho más del antiguo profesor de normativa constitucional. Geoffrey Stone, colega de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago y presidente de la junta de la American Constitutional Society, ha censurado la diferencia entre las promesas electorales de Obama y su política, y ha lamentado «la decepcionante voluntad [del presidente] de seguir los pasos de su predecesor». Jonathan Turley, profesor de Derecho de la Universidad George Washington, ha observado, también con decepción: «La elección de Barack Obama puede considerarse uno de los hechos más devastadores para la historia de las libertades civiles en Estados Unidos».[38]

En muchos aspectos, Obama ha sido más hermético que la administración Bush, reservada hasta lo patológico. Su gobierno ha clasificado más datos y respondido más lentamente a la ley de libertad de información que el de su predecesor. También ha fiscalizado a más disidentes que todos los gobiernos previos juntos y ha recurrido a la Ley de Espionaje de 1917 en seis ocasiones distintas cuando anteriormente solo se había utilizado tres veces en noventa y dos años.

El caso más conocido es el del soldado Bradley Manning, analista de inteligencia de veintidós años destinado en Irak. Manning fue acusado de filtrar documentos clasificados al portal de Internet WikiLeaks y fue imputado por treinta y cuatro delitos distintos, incluidos el de violación de la Ley de Espionaje y el de «colaboración con el enemigo», que potencialmente pueden ser castigados con la muerte. Algunos de esos documentos, que supuestamente incluyen el vídeo de un «asesinato colateral» donde aparecen unos soldados ametrallando a sangre fría a una docena de civiles iraquíes entre quienes se encontraban dos periodistas de la agencia Reuters, revelan crímenes de guerra. Al parecer, Manning filtró también diarios y papeles oficiales que detallaban atrocidades y mencionaban cifras de muertos mucho más elevadas que las dadas a conocer por el gobierno.

Pese a no haber sido declarado culpable de ningún cargo, Manning tuvo que pasar varios días en un centro de detención aislado y desnudo y luego estuvo recluido en soledad nueve meses en condiciones que muchos consideraron tortura. Entre los más horrorizados se encontraba P. J. Crowley, portavoz del Departamento de Estado, que ante los estudiantes del MIT comentó que el trato al soldado Manning le parecía «ridículo, estúpido y contraproducente». Por supuesto, a los tres días de estas declaraciones, tuvo que dimitir después de treinta años de trabajo para el gobierno.[39]

Finalmente, en diciembre de 2011, tras diecinueve meses bajo custodia del ejército, Bradley Manning fue sometido a una vista preliminar para determinar si existían pruebas suficientes para llevarlo ante un tribunal militar. Que la administración Obama decidiera juzgar a Manning por revelar la verdad y dejara escapar impunes a Bush, Cheney y sus colaboradores por mentir, torturar, invadir países soberanos y cometer otros crímenes de guerra era la triste y reveladora señal de su transparencia y sentido de la justicia. Como la profesora de Derecho Marjorie Cohn observó: «Si Manning hubiera cometido crímenes de guerra en lugar de sacarlos a la luz, hoy estaría libre».[40]

Igualmente reprensible fue la reacción de la administración Obama a la publicación por Julian

Assange en WikiLeaks de más de doscientos cincuenta mil telegramas diplomáticos que presuntamente había conseguido de Manning. Assange cometió el error de no dar nombres en la primera remesa. No obstante, suscitó una reacción muy enérgica, probablemente porque los telegramas dejaban al descubierto la mendacidad del Gobierno norteamericano en un amplio abanico de materias, como, por ejemplo, las invasiones de Irak y Afganistán. Nuevas revelaciones sobre la corrupción y represión en que habían incurrido varios aliados de Estados Unidos contribuyeron a las revueltas de Egipto, Libia, Yemen y Túnez, que derivaron en la que llegaría a ser conocida como Primavera Árabe. Los documentos de WikiLeaks tuvieron un impacto sin precedentes en la opinión pública y el periodismo internacionales. Casi a diario, periódicos de todo el mundo publicaban una nueva entrega de esos papeles. Como Glenn Greenwald señaló: «En el último año, WikiLeaks ha dado pie a más exclusivas dignas de publicación que todos los demás medios de comunicación juntos». En reconocimiento a su labor, en noviembre de 2011 ese portal de Internet recibió el premio a la contribución más destacada al periodismo de la Walkeley Foundation, equivalente australiano del premio Pulitzer. El jurado aplaudió a WikiLeaks por desvelar «una avalancha de verdades incómodas en un golpe de periodismo en todo el mundo. Sus revelaciones, sobre la manera en que se viene librando la guerra contra el terror y el juego sucio de la diplomacia, los trapicheos de alto nivel y la injerencia en los asuntos nacionales de otros países, han tenido una innegable repercusión».[41]

Por su parte, el Departamento de Justicia investigó la manera de castigar a Assange y a otras personas relacionadas con el asunto WikiLeaks, a ser posible según los preceptos de la Ley de Espionaje. Entre los mayores impulsores de la campaña contra Julian Assange había individuos que previamente habían censurado a China y a otras naciones represivas por limitar el acceso a Internet y restringir la libertad de prensa. Dianne Feinstein, presidenta del Comité de Inteligencia del Senado, declaró que había que perseguir «enérgicamente [a Assange] por espionaje».[42] Joe Lieberman coincidía con ella. Newt Gingrich le llamó «combatiente enemigo». Sarah Palin quería convertirlo en objetivo, como si perteneciera a Al Qaeda, y cazarlo por ser un «agente antiamericano con las manos manchadas de sangre».[43] James Goodale, que fue consejero jurídico de *The New York Times* en el caso de los Papeles del Pentágono, describió el corrosivo efecto que dicha persecución tendría para la libertad de prensa. «Acusar a Julian Assange de “conspiración por actividades de espionaje” —advirtió— sentaría un precedente, cuando el cargo que en realidad le correspondería podría ser “conspiración por actividades de periodismo”».[44]

Obama ha perseguido con tenacidad a traidores, «soplones» y disidentes. Pero sus iniciativas sufrieron un importante revés en junio de 2011 cuando el fiscal retiró la acusación de grave violación de la Ley de Espionaje contra Thomas Drake, trabajador de la Agencia de Seguridad Nacional que con gran valentía había revelado a *The Baltimore Sun* que ese organismo había malgastado más de mil millones de dólares en un pionero pero fallido sistema de vigilancia de las comunicaciones digitales. Se declaró culpable de un delito menor por uso indebido de un ordenador del gobierno y no fue condenado a la cárcel ni amonestado. El caso Drake fue el primero en que el Departamento de Justicia de la administración Obama recurrió a la Ley de Espionaje. El perro guardián interno del Departamento de Defensa redactó un informe que exoneraba a Drake y daba fe de sus alegaciones. El gobierno se propuso seguir adelante con los demás casos, por mucho que todos ellos corrieran el riesgo de acabar también en nada.[45]

La *vendetta* contra James Risen, reportero de *The New York Times* ganador del premio Pulitzer que reveló una operación masiva de grabaciones ilegales de la NSA en 2005, fue una lección escalofriante para todos los reporteros que se negaban a nombrar a sus fuentes confidenciales, savia vital de la información que el gobierno deseaba revelar a la opinión pública. Furioso ante sus vergonzantes declaraciones, Dick Cheney presionó al Departamento de Justicia de Bush para que investigase las actividades de Risen, pero no pudieron probar los cargos. Una vez más, Obama

recogió una iniciativa estancada del gobierno de Bush y la desarrolló hasta límites que la torpe administración anterior solo se había atrevido a soñar. En abril de 2010, el Departamento de Justicia citó a declarar a Risen. El periodista dejó claro que iría a la cárcel antes de revelar sus fuentes. En enero de 2011, el gobierno acusó a Jeffrey Sterling, antiguo agente de la CIA, de filtrar a Risen información clasificada sobre una chapucera operación del año 2000 para sabotear el programa nuclear iraní, que Risen denunció en su libro *State of War: The Secret History of the CIA and the Bush Administration* [*Estado de guerra: la historia secreta de la CIA y la administración Bush*], publicado en 2006. Greenwald, firme baluarte de las libertades civiles, condenó el ataque sin precedentes de Obama a esas libertades. «Como ya ha sucedido en muchos otros casos —dijo—, la administración Obama parece a punto de cumplir los abominables deseos de Dick Cheney más allá de lo que incluso el propio Cheney pudo hacer».[46]

Políticos y periodistas del mundo entero se mofaron de la fingida conducta democrática del gobierno de Obama. El londinense *The Guardian*, que junto con *The New York Times* y el alemán *Der Spiegel* había publicado los documentos de WikiLeaks, lideró los ataques. John Naughton denunció la «deliciosa ironía» que suponía pretender el cierre del portal. Seumas Milne escribió que la reacción oficial de Estados Unidos estaba «al borde del trastorno mental». «Fin del romance con la libertad de información, pues, en la tierra de los hombres libres», se burló. Naughton señaló que las protestas de Hillary Clinton en 2009 por las injerencias de China en la libertad de Internet podían leerse en esos momentos «como una obra maestra de la literatura satírica».[47]

Obama tampoco hizo nada por contener el crecimiento del enorme complejo de seguridad nacional. En 2010, en una exhaustiva serie de cuatro entregas, *The Washington Post* publicó los resultados de la investigación de dos años de lo que llamó «geografía alternativa de Estados Unidos, una América Top Secret oculta a la opinión pública que nadie tiene bajo control». En ese mundo, según *The Washington Post*, operan ochocientas cincuenta y cuatro mil personas con acreditaciones de seguridad (en realidad son casi 1,2 millones) que, pertenecientes a mil doscientos setenta y un organismos gubernamentales y a mil novecientas treinta y una empresas privadas y desde unos diez mil lugares distintos, trabajan en programas relacionados con el contraterrorismo, la inteligencia y la seguridad nacional. El Pentágono dirige dos terceras partes de sus programas. El presupuesto de los servicios de inteligencia superaba los setenta y cinco mil millones de dólares en 2009, es decir, más de dos veces y media lo que había sido antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001. La NSA intercepta y registra cada día la pasmosa cifra de mil setecientos millones de correos electrónicos, llamadas telefónicas y otras comunicaciones.[48]

En el último artículo de la serie, Dana Priest y William Arkin publicaron: «Estados Unidos está organizando un enorme aparato nacional de inteligencia para recopilar información sobre ciudadanos norteamericanos valiéndose de datos del FBI, las policías locales, las oficinas de seguridad estatales y los investigadores del ejército», y muchas personas investigadas «no han sido acusadas de ningún delito», solo eran culpables de actividades sospechosas. Las pesquisas estaban en manos de diversos organismos locales, estatales y federales que con frecuencia recurrían a métodos empleados por primera vez en Irak y Afganistán. Además, el FBI había recogido en aquel entonces las huellas dactilares y los datos personales de más de noventa y seis millones de ciudadanos y los almacenaba en sus dependencias de Clarksburg, Virginia Occidental.[49]

En el debate de mayo de 2011 en ambas cámaras para la ampliación de la Ley Patriota, los senadores demócratas Ron Wyden y Mark Udall, miembros del Comité de Inteligencia, manifestaron su indignación por la forma en que el gobierno estaba interpretando ciertas disposiciones de esa ley. «Cuando el pueblo americano averigüe cómo ha interpretado en secreto su gobierno la Ley Patriota, se sorprenderá y se enfadará», advirtió Wyden y citó la reacción ante pasados abusos de la ley, como el caso Watergate, el asunto Irán-contra y la vigilancia a ciudadanos sin mandamiento judicial del

gobierno de Bush.[50]

El pueblo americano, sin embargo, no prestaba atención suficiente. El Congreso amplió la vigencia de la Ley Patriota hasta 2015. El FBI aumentó también, significativamente, las competencias y facultades de unos catorce mil agentes. El Tribunal Supremo incrementó los poderes de vigilancia e investigación del Estado. En conjunto, las garantías ciudadanas de privacidad y protección frente a un uso poco razonable de los poderes del Estado que otorgaba la Cuarta Enmienda, y eran sacrosantas para los Padres Fundadores, se vieron gravemente erosionadas.[51]

Los defensores de las libertades civiles se escandalizaron con razón ante las nuevas atribuciones del Gobierno norteamericano desde los atentados de las Torres Gemelas y el Pentágono. El jurista y periodista Jonathan Turley enumeró diez: 1) la autoridad del presidente para ordenar el asesinato de ciudadanos norteamericanos; 2) la facultad de ordenar arrestos por tiempo indefinido; 3) la autoridad del presidente para decidir si un prisionero era juzgado ante un tribunal federal o ante un tribunal militar; 4) el poder para organizar operaciones de vigilancia sin mandamiento judicial; 5) el uso de datos secretos en detenciones y juicios y la invocación del derecho al secreto para desestimar denuncias contra el gobierno de Estados Unidos; 6) la negativa a perseguir a criminales de guerra; 7) el uso cada vez mayor de los Foreign Intelligence Surveillance Courts (Tribunales Secretos de Vigilancia de Ciudadanos Extranjeros) dentro de Estados Unidos; 8) la inmunidad judicial de empresas relacionadas con la vigilancia de ciudadanos norteamericanos; 9) la vigilancia directa de ciudadanos sin mandamiento judicial y 10) el traslado extraordinario de personas a otros países, incluidos aquellos que cometen torturas. Si bien es cierto que Obama ha renunciado a algunas de esas atribuciones, su decisión no atañe ni afecta a futuros ocupantes del Despacho Oval. Y, como tan acertadamente ha señalado Turley: «Las naciones autoritarias no solo se definen por ejercer poderes autoritarios, sino por la capacidad de ejercerlos. Si un presidente tiene poder para arrebatarte la libertad o la vida en el ejercicio de su autoridad, todos los derechos se convierten en poco más que una concesión discrecional sujeta a la voluntad del ejecutivo».[52]

Por grande que haya sido la decepción con Obama en política interior y de seguridad, quizá haya sido mucho mayor en política exterior. Sus primeros asesores en esta materia eran en su mayoría veteranos de la administración Clinton como Anthony Lake, consejero de Seguridad Nacional, Susan Rice, subsecretaria de Estado, Richard Danzig, secretario de Marina, Michael Froman, jefe de gabinete del secretario del Tesoro Robert Rubin, y Gregory Craig, alto cargo del Departamento de Estado. También desempeñaba un papel importante Zbigniew Brzezinski, el rabioso anticomunista que fue consejero de Seguridad Nacional con Jimmy Carter. *The Washington Post* publicó, sin embargo, que los colaboradores más estrechos de Obama en la campaña electoral fueron dos recién llegados: Samantha Power, profesora de Política Pública de la Kennedy School of Government [Escuela de Gobierno Kennedy] de la Universidad de Harvard, y Scott Gration, mayor general retirado de las Fuerzas Aéreas. Gration, que fue piloto de caza la mayoría de sus años de servicio, había sido director de estrategia y planificación con James Jones, general de marines, cuando este fue comandante supremo aliado en Europa.[53] Las esperanzas de que la nueva administración no renovará los planteamientos de la anterior estaban puestas sobre todo en Power, conocida más que nada por su libro *«A Problem from Hell»: America and the Age of Genocide* [*«Un problema infernal»: Estados Unidos y la época del genocidio*], que abogaba por la intervención en casos de genocidio, y también en el propio Obama. Power, empero, se vio obligada a apartarse de la campaña tras llamar «monstruo» a Hillary Clinton. Luego volvería, como miembro importante del Consejo de Seguridad Nacional, y defendió con vigor la intervención en Libia.

En realidad, sin embargo, la experiencia de Obama en política exterior era escasa y sus puntos de vista, convencionales y a veces ambiguos. En campaña electoral dijo a los presentes en un acto en Pensilvania: «Lo cierto es que mi política exterior consiste en una vuelta a la política tradicional de

dos bandos del padre de George Bush, de John F. Kennedy y, en ciertos aspectos, de Ronald Reagan».[54] Qué quería decir en realidad con semejante batiburrillo es todo un desafío. Lo que sí estaba claro es que no ofrecía una ruptura definitiva con más de un siglo de conquistas imperiales. La suya era una perspectiva centrista con intención de gestionar mejor el imperio americano en lugar de avanzar en el papel positivo de Estados Unidos dentro de un mundo en rápida evolución. Pretendía reducir la presencia norteamericana en Oriente Próximo y mejorar las relaciones con Asia, donde China, resurgente y cada día más poderosa, le disputaba la hegemonía a Estados Unidos. «En Oriente Próximo, nos hemos desviado un poco de la política de los últimos diez años», declaró Kurt Campbell, subsecretario de Estado de asuntos del Pacífico y el este de Asia. «Nuestro futuro dependerá, sobre todo, de la evolución en Asia y la región del Pacífico». «El proyecto de los dos primeros años ha servido para gestionar de una manera efectiva los asuntos que nos legó el gobierno anterior y, en particular, las guerras de Irak y de Afganistán y la guerra contra Al Qaeda. Al mismo tiempo, hemos resituado nuestros recursos y nuestra posición en el mundo», dijo Benjamin Rhodes, uno de los asesores de seguridad nacional de Obama. «Si tuviéramos que reducir nuestra política a una sola frase, sería: “Ve dejando las dos guerras, recupera la reputación y el liderazgo de Estados Unidos en el mundo y céntrate en un conjunto más amplio de prioridades, desede Asia y la economía global hasta un régimen de no proliferación de armas nucleares”».[55]

Con este objetivo en mente, Obama se propuso poner remedio cuanto antes a algunos de los aspectos más tristemente notorios de la política de Bush. Ya su primer día en el cargo habló de la retirada de Irak y comentó sus planes de intervenir activamente en las negociaciones de paz entre israelíes y palestinos. Firmó instrucciones para evitar que los miembros del ejecutivo pudieran aceptar donativos de los grupos de presión al abandonar el gobierno. Su segundo día en el Despacho Oval fue todavía más prometedor. Prohibió los interrogatorios mejorados,[56] clausuró los centros de detención clandestinos de la CIA y anunció sus planes para cerrar el penal militar de Guantánamo antes de un año.

Pero, por diversas razones, Obama no ha cumplido muchas de esas promesas. Los republicanos más rígidos, los demócratas más conservadores y, a veces, incluso sus propios asesores se lo han impedido. *The Washington Post* calificó su primer equipo de política exterior de «experimentado y centrista».[57] Sus asesores principales —Hillary Clinton como secretaria de Estado, Robert Gates, vestigio del gobierno de Bush, como secretario de Defensa, el general James Jones, aliado de John McCain, como consejero de Seguridad Nacional, y el almirante Dennis Blair, excomandante del Mando del Pacífico, como director nacional de inteligencia— quizá tuvieran experiencia, pero, por desgracia, el adjetivo «centrista», como luego se demostró, resultaba cuando menos generoso.

Obama ha dicho que, si tuviera que elegir un solo libro que guardar en la Casa Blanca, sería *Team of Rivals* [*Equipo de rivales*], de Doris Kearns, que celebra la sabiduría de Abraham Lincoln al rodearse en su propio gabinete de rivales políticos y detractores personales. Obama siguió el mismo criterio al elegir a dos halcones como Clinton y Gates, solo que se olvidó de equilibrar la balanza con críticos igualmente capaces del imperio americano.

Los resultados eran predecibles. En agosto de 2009, el neoconservador Elliot Cohen publicó un editorial en *The Wall Street Journal* titulado: «Qué tiene de diferente la política exterior de Obama». Los conservadores se habían dado cuenta de que las cosas apenas habían cambiado: «La base política subyacente sigue siendo la misma [...]. Además, como el equipo de política exterior de Obama está compuesto por centristas del Partido Demócrata, es poco probable que su opinión del mundo, y de los intereses norteamericanos en el mundo, sea radicalmente distinta de la de sus predecesores».[58]

Robert Gates era el principal garante de la continuidad del imperio. Leal *cold warrior* con muchos vínculos con los neoconservadores, su implicación en varios escándalos, como el retraso en la liberación de los rehenes norteamericanos en Irán para facilitar la venta de armas a Irak, y también a

Irán, durante el catastrófico conflicto entre ambos países, fue fundamental en la renovación de los métodos de investigación de la CIA y la purga de los analistas independientes que no se plegaban a la versión oficial sobre la amenaza soviética, necesaria para justificar el enorme incremento del presupuesto de defensa. Gates fue también uno de los autores de las criminales políticas de Ronald Reagan en Centroamérica y defendió las operaciones encubiertas contra el régimen sandinista de Nicaragua.[59]

El nuevo secretario de Defensa aunó esfuerzos con Hillary Clinton para frustrar las iniciativas de quienes querían modificar el papel de Estados Unidos en el mundo. «La gente se pregunta qué nos depara el futuro dentro de nuestro país y en el exterior —declaró Clinton ante el Consejo de Relaciones Exteriores del Senado—. Pues dejen que les diga con toda franqueza: Estados Unidos puede y debe liderar el nuevo siglo, y lo hará».[60] «En esencia todavía somos, como ya se ha dicho, la nación indispensable», aseguró Gates en noviembre de 2010.[61] Pero al anunciar «un nuevo momento para América» ante el Consejo de Relaciones Exteriores, Hillary Clinton ofreció una versión de la historia de Estados Unidos sorprendente por su simpleza y vacuidad: «Después de la Segunda Guerra Mundial, la nación que había construido el ferrocarril transcontinental, la cadena de montaje y el rascacielos se concentró en sentar las bases de la cooperación global. La tercera guerra mundial, que tantos temían, no estalló. Y muchos millones de personas salieron de la pobreza y ejercieron sus derechos humanos por primera vez. Esos han sido los beneficios de un sistema global erigido a lo largo de muchos años por dirigentes políticos de ambos partidos».[62]

En discursos que dio en Praga, Oslo, El Cairo y otras ciudades, Obama matizó más cómo entendía el papel de Estados Unidos en el mundo. Pero, en última instancia, su mensaje era el mismo que el de Hillary Clinton y Robert Gates. Ningún discurso resultó más decepcionante que el de aceptación del Nobel de la Paz en diciembre de 2009. Que un presidente que libraba dos guerras recibiera el Nobel de la Paz resultaba cuando menos chocante. Pero el comité de selección debió de llevarse un disgusto mayúsculo al oír la defensa del militarismo norteamericano de Obama en otro discurso pronunciado a los pocos días del de Oslo para anunciar el envío de más tropas a Afganistán. Y otras veces, al hablar con cierta profundidad de los complejos problemas a que se enfrentaba el mundo, estropeaba su mensaje con la defensa de la guerra, el unilateralismo y la intervención preventiva.



La secretaria de Estado Hillary Clinton y el secretario de Defensa Robert Gates charlan durante una reunión del consejo de ministros. Superviviente de la administración Bush, Gates se alió con Hillary Clinton, uno de los halcones de la política exterior norteamericana, para frustrar las esperanzas de quienes esperaban un cambio del papel de Norteamérica en el mundo.

Obama reafirmó la autoridad presidencial de formas que habrían puesto celoso al mismísimo Dick Cheney. En 2011 desafió a sus propios asesores jurídicos al insistir en que no necesitaba la aprobación del Congreso que exigía la War Powers Resolution [Resolución —del Congreso— sobre Poderes —en tiempo— de Guerra] para proseguir con la intervención militar en Libia más allá del plazo de sesenta días que estipulaba dicha resolución. Con una curiosa y se diría que casi orwelliana

interpretación, que recuerda las definiciones de tortura de George W. Bush y de sexo de Bill Clinton, Obama afirmó que la intervención militar de Estados Unidos en Libia no entraba en la definición legal de «hostilidades». Hasta el halcón John Boehner, presidente de la cámara, se sorprendió al oír a Obama afirmar que el prolongado bombardeo de Libia como parte del esfuerzo por asesinar a Muamar el Gadafi y acabar con su régimen no constituía parte de unas «hostilidades». «La Casa Blanca afirma que no hay hostilidades —comentó—. Pero hemos llevado a cabo ataques con *drones*, gastamos diez millones de dólares al día y tomamos parte en operaciones de bombardeo de los cuarteles de Gadafi. Desde mi punto de vista, parece que a simple vista sí puede decirse que estamos participando en las "hostilidades"». Obama había rechazado la opinión del jefe del departamento jurídico del Pentágono, Jeh Johnson, y de Caroline Krass, directora de la Office of Legal Counsel [Asesoría Jurídica] del Departamento de Justicia. Hacer caso omiso de la opinión de la Asesoría Jurídica en asuntos de tanto calado casi no tenía precedentes.[63]

Cuando en la campaña a las primarias de 2008 le preguntaron si un presidente podía bombardear Irán sin la autorización del Congreso, Obama respondió: «La Constitución no otorga al presidente poder para autorizar unilateralmente un ataque militar cuando no hay ningún ataque inminente ni ninguna amenaza de que se produzca».[64] La OTAN sobrepasó con mucho los límites de la resolución de las Naciones Unidas que autorizaba a dar pasos para proteger a la población libia y estableció de ese modo un peligroso precedente.

A pesar del cambio de régimen en Libia, abundaban las señales de que el imperio americano estaba en declive. Su capacidad para controlar los acontecimientos se había debilitado. En noviembre de 2010, WikiLeaks publicó telegramas secretos del Departamento de Estado, lo que llevó a Simon Jenkins, de *The Guardian*, a criticar la ineptitud y deficiencias de la política exterior: «Los gastos son desorbitados [...]. Da la impresión de que la superpotencia vaga sin rumbo por un planeta donde nadie se comporta como es debido. Irán, Rusia, Pakistán, Afganistán, Yemen y la ONU se salen permanentemente del guion. Washington reacciona como un oso herido: tiene el instinto del imperio, pero su poder no sirve de nada».[65]

En ningún sitio se evidenciaba esto más que en Afganistán, donde, con el objetivo declarado de derrotar a Al Qaeda, las tropas llevaban empantanadas desde 2001. Obama defendía ese objetivo: en campaña electoral había prometido acabar con la guerra de Irak para destinar más recursos a la de Afganistán. Muchos intentaron disuadirle de tal locura. El 30 de junio de 2009 cenó en la Casa Blanca con nueve importantes historiadores especializados en la biografía de varios presidentes. Quería saber las razones del éxito de algunos de sus predecesores y qué les había conducido al fracaso. Como indicó que deseaba que aquel fuera el primero de otros ágapes, sus invitados no revelaron los temas de conversación. Más de un año después, Garry Wills, de la Northwestern University, rompió su silencio. «No hubo ninguna cena más, ni desde luego ninguna señal de que aprendiera nada de aquella —escribió, con frustración—. Lo único que se ha conseguido ha sido silenciar la tesis principal de aquella reunión: que, de insistir en ella, la guerra de Afganistán sería para él lo que la de Vietnam fue para Lyndon Johnson». Cuando la cena tocaba a su fin, Obama les pidió que le dieran por turnos un último consejo. «Cuando me tocó a mí —recuerda Willis—, me uní a los que le habían advertido que Afganistán era un atolladero. Dije que un gobierno tan corrupto y de carácter tribal, y tan dependiente del tráfico de drogas, como el de ese país no podría nunca ser estable. Contestó que no era ningún ingenuo, que estaba al corriente de las dificultades, pero que creía que podía llegarse a una resolución realista del conflicto. Quise añadir "cuando las ranas críen pelo", pero me mordí la lengua».[66]

Por esas mismas fechas Obama había embrollado más la situación heredada de Bush. Un importante jefe militar declaró a *The Washington Post* los últimos días de la administración Bush: «No tenemos ningún plan estratégico. Nunca lo hemos tenido».[67] Cuando Obama llegó al cargo,

Estados Unidos tenía treinta y cuatro mil soldados en Afganistán. En febrero el presidente mandó otros veintiún mil, «para estabilizar una situación que se deteriora», y más tarde envió otros trece mil.[68] En mayo, a petición urgente del general David Petraeus, comandante supremo en la región, relevó del mando al general David McKiernan, jefe en aquel entonces de las tropas norteamericanas en Afganistán, y lo sustituyó por el teniente general Stanley McChrystal.

Se diría que McChrystal había sido elegido para el cargo por el mismísimo Stanley Kubrick. El *Times* lo describió como «un asceta que [...] normalmente hace solo una comida al día, por la noche, para no adormecerse», dormía «muy pocas horas», iba «corriendo al trabajo» y volvía, «oyendo audiolibros en un iPod». Había supervisado «operaciones secretas con comandos» en Irak durante cinco años, como jefe del Joint Special Operations Command [Mando Conjunto de Operaciones Especiales], o lo que Seymour Hersh llamaría «departamento de ejecución» de la oficina de Dick Cheney. Según el *Times*, «varios exagentes de inteligencia decían que tenía un conocimiento enciclopédico, casi obsesivo, de la vida de los guerrilleros y que insistía a sus subordinados en que había que matar a tantos como fuera posible». Algunos le tenían por «soldado y erudito», otros por un «adicto al trabajo».[69]

McChrystal aplicó la estrategia de contrainsurgencia dictada por Petraeus, aunque hizo todo lo posible por limitar el número de víctimas civiles y adoptó una postura mucho más enérgica en Pakistán. A diferencia de McKiernan, para él Afganistán y Pakistán formaban parte del mismo y espinoso problema —ordenó ataques de comandos contra muchos refugios de los talibanes en Pakistán—.[70] Aunque tenía los días contados como jefe de las tropas en la zona, su táctica preferida, el asesinato selectivo, se convirtió en la condición sine qua non de la estrategia global de Estados Unidos.

Obama comprendía la importancia estratégica de Pakistán. «El cáncer está en Pakistán», admitió el 25 de noviembre de 2009 en una reunión en el Despacho Oval. Triunfar en Afganistán era necesario «para que el cáncer no se extienda», insistió.[71]

Las relaciones entre Estados Unidos y Pakistán se caracterizaban por el oportunismo de ambas partes. En los años ochenta, el Ejército norteamericano trabajó estrechamente con los servicios de inteligencia paquistaníes, el Directorio Nacional de Seguridad, en la formación y equipamiento de los «guerreros santos» que se enfrentaban a los soviéticos en Afganistán. Para corresponder a la ayuda de Pakistán, Estados Unidos hizo la vista gorda al emergente programa nuclear de Islamabad, que se venía desarrollando a paso de carga desde los años de Bush. En 2011 Pakistán poseía un arsenal estimado de ciento diez bombas atómicas y bastante material fisible para fabricar entre cuarenta y cien más, lo que lo convertía en la quinta potencia nuclear del mundo por delante de Francia. Pese a la importante ayuda norteamericana en la adquisición de esas armas y materiales, en un país lleno de extremistas islámicos —muchos de ellos curtidos con ayuda de Estados Unidos en los campos de batalla de Afganistán—, el robo de componentes y elementos para la fabricación de bombas atómicas siempre era una posibilidad.[72]

La alianza entre Estados Unidos y Pakistán siempre fue muy frágil. Tras la retirada soviética de Afganistán, los muyahidines, respaldados por Washington, tardaron otros tres años en acabar con el gobierno de Mohammad Najibulá, aliado de la URSS. Luego, el interés de los norteamericanos en la región disminuyó. El presidente Pervez Musharraf, exjefe del Estado Mayor que en 1999 tomó el poder por medio de un golpe de Estado, afirmó que los paquistaníes tenían la sensación de que Estados Unidos los había «usado y tirado». Que en los años noventa Washington reanudara las sanciones al programa nuclear de Islamabad acrecentó la tensión.[73]

Después del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos pidió de nuevo ayuda a Pakistán. Pero esta vez los paquistaníes no estaban tan dispuestos a echar una mano. Estados Unidos amenazó con bombardearlos y devolverlos «a la Edad de Piedra» si no se plegaban a sus demandas.[74]

Washington pagó a Pakistán dos mil millones de dólares al año por la ayuda para expulsar a los talibanes de sus refugios en las remotas regiones fronterizas próximas a Afganistán, desde las que los talibanes libraban la guerra contra las fuerzas de la OTAN. Pero Pakistán ha sido un socio muy peculiar: perseguía a los insurgentes que entraban en su territorio, pero en secreto daba cobijo a dos de los mayores grupos de talibanes de Afganistán.

Y si el Gobierno paquistaní colaboraba a regañadientes, Estados Unidos actuaba unilateralmente. Las fuerzas especiales y las unidades de contraterrorismo de la CIA —un ejército secreto formado por tres mil afganos— atacaban las regiones dominadas por tribus ingobernables donde se refugiaban los insurgentes.[75] La población paquistaní, entretanto, se tomó la violación de su soberanía como un ultraje.

A los paquistaníes les molestó particularmente el aumento de los ataques con *drones*, que según *The Washington Post* dejaron entre mil trescientos cincuenta y dos mil doscientos cincuenta muertos los tres primeros años de Obama en la presidencia. Los *drones*, que podían ser de vigilancia o de ataque cuando iban equipados con cohetes Hellfire, se convirtieron paulatinamente en el arma más empleada por los norteamericanos en Pakistán y Afganistán. Obama dio su autorización a tantos ataques con *drones* sus nueve primeros meses de presidente como Bush los tres años anteriores, lo cual condujo a la muerte de muchos civiles inocentes.

David Kilcullen, asesor del general David Petraeus en todo lo relacionado con la contrainsurgencia entre 2006 y 2008, y Andrew Exum, oficial del ejército destinado en Irak y Afganistán de 2002 a 2004, dieron fe del rencor del pueblo de Pakistán en mayo de 2009. Citaron recortes de prensa paquistaní que indicaban que en los últimos tres años los *drones* norteamericanos habían matado a setecientos civiles y solo a catorce dirigentes terroristas, lo cual suponía cincuenta ciudadanos por cada islamista, «un índice de éxito del dos por ciento». Al mismo tiempo que los altos cargos del Gobierno norteamericano negaban «oficialmente» dichas cifras y afirmaban que la proporción era exagerada, advertían: «Cada civil no combatiente muerto representa una familia perdida, nuevos deseos de venganza y más reclutas para un movimiento militante que ha crecido exponencialmente pese al aumento de ataques con *drones*»; y que en regiones de Pakistán alejadas del conflicto había surgido una «oposición visceral».[76]

Un recuento exacto de las bajas civiles era complicado. Noor Behram, fotógrafo paquistaní que trabajó en la región de Waziristán, donde se produjeron la mayoría de los ataques, expuso en el verano de 2011 en Londres su expresiva obra gráfica, que reflejaba verdaderas atrocidades. Behram rebajaba la proporción entre civiles y terroristas muertos. «Por cada diez o quince personas asesinadas quizá cayera un guerrillero». New America Foundation decía, en cambio, que la proporción de civiles muertos era de uno por cada cinco guerrilleros. Noor Behram relataba también el paisaje después de la batalla, muy similar, por otro lado, al dejado por los bombardeos norteamericanos de otras guerras: «Después del ataque hay trozos de carne esparcidos por todas partes. No hay cadáveres. Los vecinos recogen los restos y maldicen a América. Dicen que América nos mata en nuestro país, que nos mata en nuestras casas, por la única razón de que somos musulmanes. En la zona donde se produce el ataque, los jóvenes se vuelven locos, se desquician. Germina el odio en todos los que han visto el ataque de un *dron*. Los americanos creen que son eficaces, pero hacen un mal mucho mayor que el que evitan».[77] Faisal Shahzad, el ciudadano norteamericano nacido en Pakistán más conocido como «el bombardero de Times Square», es un ejemplo paradigmático. Poco después de ser detenido dijo: «¿Cómo se sentiría usted si alguien atentase en Estados Unidos? Estáis atentando en Pakistán, un país soberano». En el juicio, cuando el magistrado le preguntó cómo era capaz de arriesgarse a matar mujeres y niños inocentes, respondió: «[Los *drones*] no reparan en si hay niños, no reparan en nadie. Matan a mujeres, matan a niños, matan a todo el mundo».[78] Para los paquistaníes, las víctimas eran seres humanos. Para los soldados que

manejaban los *drones*, «bichitos en una pantalla».[79]

No es de extrañar, por tanto, que, según el Pew Research Center, el 97 por ciento de los paquistaníes tuvieran una opinión negativa de los *drones* y que el porcentaje de quienes consideraban a Estados Unidos un enemigo pasara del 64 por ciento en 2009 al 74 por ciento en 2012. Tampoco es de extrañar que en mayo de 2010 a tantos molestara la arrogante indecencia del presidente Obama en la cena anual de la asociación de corresponsales, cuando, al ver a los componentes del grupo juvenil Jonas Brothers, dijo, aludiendo a sus hijas: «En Sasha y Malia tenéis a unas grandes admiradoras, pero, chicos, no os hagáis ilusiones. Solo os diré dos palabras: *drones* Predator. Los tendréis encima antes de que os deis cuenta». En la primavera de 2012, solo el 7 por ciento de los paquistaníes tenían una opinión positiva de Obama.[80]

La ocurrencia tan falta de tacto de Obama quiso al menos ser una salida con humor, quizá como la de George Bush seis años antes cuando intentó buscar armas de destrucción masiva debajo del escritorio del Despacho Oval. En junio de 2011, John Brennan, asesor de contraterrorismo de Obama, aseguró con semblante muy serio que había pasado casi un año sin ataques de *drones*, afirmación que Bill Roggio, director de *The Long War Journal* y partidario del uso de *drones*, tachó de «absurda». Poco después, el Bureau of Investigative Journalism [Oficina de Periodismo de Investigación] del Reino Unido publicó que, en las regiones tribales y según el testimonio de algunos lugareños, el año anterior habían muerto al menos cuarenta y cinco ciudadanos en diez ataques con *drones*.[81] Brennan pudo sostener algo tan ridículo en parte porque para Obama cualquier varón en edad militar que se encontraba en la zona del ataque era, según cierta clasificación, un combatiente. Eso incluía a muchas personas que intentaban rescatar a las víctimas o cometían la insensatez de asistir al entierro de un combatiente —decenas de los cuales habían sido víctimas de los *drones* de la CIA, según informó el Bureau en febrero de 2012.[82]

En 2010, con la furia de los paquistaníes en plena ebullición, Cameron Munter, embajador norteamericano en Islamabad, se lamentó de que la operación estuviera «fuera de control». «No se daba cuenta de que su labor consistía básicamente en matar», dijo un colega.[83] Obama y Joe Biden consideraban que los *drones* eran una manera de castigar a los talibanes y Al Qaeda sin necesidad de mandar más tropas, pero otros se daban cuenta del cuestionable estatus legal de los asesinatos selectivos y les preocupaban las futuras consecuencias, un mundo donde una tecnología tan letal estuviera en manos de cualquiera. En realidad, antes del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos siempre se opuso a los «asesinatos selectivos» de otros países. En el año 2000, Martin Indyk, embajador en Israel, condenó los del Gobierno israelí. «El Gobierno norteamericano —declaró— está rotundamente en contra de los asesinatos selectivos. Se trata de homicidios extrajudiciales, y no los apoyamos».[84]

Obama anunció sus intenciones no solo de continuar con vigor la guerra contra el terror de Bush, sino de ampliar el uso de *drones*, y lo hizo aun antes de tomar posesión de la presidencia. Un antiguo oficial de la CIA reveló que, durante la transmisión de poderes, el equipo de Obama aseguraba al personal de la agencia que «iban a actuar "con la misma dureza, si no más", que la gente de Bush [...]. Básicamente, mandaron a paseo el procedimiento normal de interrogatorio. Querían dejarnos claro que no eran una pandilla de mariquitas de izquierdas, que querían centrarse en el programa del Predator y mejorarlo».[85]

El programa de *drones* se ampliaría, y de funcionar solo en Pakistán —único país donde estaba operativo cuando Bush dejó el cargo— pasó a hacerlo en otros cinco países en tres años cuando Estados Unidos añadió Filipinas a la lista de estados islámicos rebeldes en febrero de 2012. Muchos coincidían con la astuta observación de Tom Engelhardt: «Los *drones* [...] ponen alas a ese principio que Bush creó en la época de Guantánamo según el cual Washington goza del derecho inalienable de actuar como juez, jurado y verdugo en el mundo entero, y que al hacerlo se sitúa fuera de las

competencias de todos los tribunales de justicia».[86]

Lo que nadie conoció hasta más tarde fue la implicación directa del presidente, que añadió personalmente nombres concretos a las «listas de objetivos a asesinar». En 2006 el exvicepresidente Al Gore expresó su indignación por el ejercicio que George Bush hacía del poder y se preguntó si las competencias de los presidentes tendrían algún límite. «Si el presidente goza de autoridad para espiar a cualquier ciudadano norteamericano sin mandato judicial, para encarcelar a cualquier ciudadano norteamericano por el mero hecho de desearlo, si puede secuestrar y torturar, entonces ¿qué es lo que no puede hacer?».[87] Los asesinatos selectivos de Obama suponían una escalofriante respuesta. Glenn Greenwald advirtió: «El poder de ordenar ejecuciones (de ciudadanos norteamericanos también) es demasiado extremo y peligroso para que una persona se invista de él sin controles, supervisión, ni transparencia». Al fin y al cabo, recordaba a sus lectores, «los demócratas coincidían en que era necesario obligar a George Bush a conseguir la aprobación de un tribunal antes de espiar o detener a una persona, y mucho más cuando de lo que se trataba era de ordenar su ejecución a la CIA».[88]

La administración Obama rodeó el programa de secretismo, negándose a divulgar información sobre los blancos o las víctimas. La CIA, encargada de los ataques en Pakistán, negó incluso su existencia. Pero la guerra con *drones* había insuflado nueva vida a la agencia, a la que prácticamente todos habían dado por muerta antes del 11 de septiembre de 2001. «La agencia andaba a trompicones y la convertimos en una increíble máquina de matar», declaró un antiguo oficial. En la década posterior a los atentados de Al Qaeda, el personal del Centro de Contraterrorismo de la CIA se multiplicó por siete. Aproximadamente el 20 por ciento de los analistas de la CIA se convirtieron en «buscadores de objetivos» y el 35 por ciento eran operativos de apoyo en las operaciones con *drones*.[89]

El coste total y la complejidad del programa eran inmensos. Cada *dron* de combate requería un equipo de al menos ciento cincuenta personas. Las Fuerzas Aéreas, que tenían a su cargo los *drones* de Irak y Afganistán, gastaban cinco mil millones al año, pero los costes aumentaban rápidamente. El Pentágono solicitó otros cinco mil millones para 2012. El Mando Conjunto de Operaciones Especiales llevó a cabo otros ataques en Yemen y Somalia. A finales de 2011, las operaciones con *drones* se llevaban a cabo desde más de sesenta bases distantes por «pilotos» que vestían los mismos monos de vuelo color verde de los pilotos de caza y, ante pantallas de ordenador muy similares a las de los videojuegos, manejaban los *drones* con *joysticks*. Había planes de complementar los ataques de *drones* basados en tierra con los de otros basados en portaaviones que podrían desplegarse en el Pacífico y tendrían una autonomía tres veces superior a las de los cazas de la armada. Se trabajaba, además, en el desarrollo de *drones* minúsculos, del tamaño de un pájaro o incluso de un insecto, para misiones de reconocimiento o ataque. Pretendían convertirlos en el futuro rostro de la guerra. En 2011 el Pentágono reveló planes para gastar cerca de cuarenta mil millones de dólares en diez años para añadir otros setecientos *drones* de tamaño medio y grande a unos efectivos que en 2012 totalizaban más de diecinueve mil con los *minidrones* incluidos. En las Fuerzas Aéreas había ya más pilotos aprendiendo a manejar *drones* que aviones. También existían planes de equipar a las tropas con miles de *minidrones* manuales para misiones de vigilancia y ataque en picado.[90]

Tanto los países aliados como las Naciones Unidas cuestionaban la legalidad de los asesinatos selectivos. La situación se complicó con el asesinato a finales de septiembre de 2011 en Yemen de Anwar al Awlaki, partidario de Al Qaeda nacido en Estados Unidos, y de Samir Jan, ciudadano nacionalizado. Al mes siguiente, murió en otro ataque el hijo de Awlaki, que tenía dieciséis años y, él sí, era natural de Estados Unidos. En julio de 2012 los parientes de las víctimas se unieron al Grupo pro Libertades Civiles de Norteamérica y al Center for Constitutional Rights [Centro de Derechos Constitucionales] y presentaron una demanda judicial contra Leon Panetta, secretario de Defensa,

David Petraeus, director de la CIA, y dos altos oficiales de las fuerzas de operaciones especiales sobre la base de que «los asesinatos» violaban derechos fundamentales de todos los ciudadanos norteamericanos como el de no ser ejecutados sin el juicio debido.[91]

Los Awlaki y Jan fueron, entre otros, víctimas de la campaña con *drones* en Yemen. Al igual que en Pakistán, los *drones* creaban más enemigos de los que destruían. Cuando Estados Unidos empezó la campaña de Yemen en 2009, Al Qaeda tenía menos de trescientos militantes en la zona. A mediados de 2012, ya sobrepasaban el millar. Como dijo *The Washington Post*, el aumento de los asesinatos selectivos en el sur de Yemen multiplicó «las simpatías por Al Qaeda» e hizo que, en las tribus, muchos se unieran a «la red vinculada con la conjura terrorista contra Estados Unidos». El *Post* citaba el caso de un hombre de negocios yemení que había perdido a dos hermanos —un maestro y un operario de telefonía—, víctimas de los *drones*. «Esos ataques hacen que la gente se diga —comentaba ese hombre—: “Ahora nos parece que Al Qaeda es el bando correcto”». Cientos de hombres de las tribus se unían a la lucha no por simpatía a Al Qaeda, sino por odio a Estados Unidos. «Los *drones* matan a los dirigentes de Al Qaeda, pero, al mismo tiempo, los convierten en héroes», advertía un defensor de los derechos humanos yemení.[92]

Para el Gobierno norteamericano, los *drones* eran una forma de guerra robótica y barata que acababa con enemigos a miles de kilómetros de distancia sin poner en peligro a las tropas. Sus críticos, en cambio, los deploraban por ser una forma cobarde de asesinato a distancia y por control remoto. El diario tailandés *The Nation* les dedicó palabras muy ácidas: «Satisfacen nuestra egoísta y cobarde necesidad de espiar, matar y destruir sin correr el mínimo riesgo de reciprocidad».[93] El ejército experimentaba también con robots capaces de matar para complementar o sustituir del todo a las tropas de combate. En Fort Benning, Georgia, uno de esos robots operaba conjuntamente con *drones* de vigilancia y estaba equipado con ametralladora y lanzagranadas. Muchos temían que, debido a que reducían el número de norteamericanos que volvían a casa en una bolsa de plástico, el avance hacia la guerra automatizada rebajaría el umbral mínimo para entrar en guerra. «Las guerras empezarán fácilmente y con escasos costes», advirtió Wendell Wallach, presidente del grupo de estudio sobre tecnología y ética del Center for Bioethics [Centro de Bioética] de la Universidad de Yale.[94]

Para Tom Engelhardt, los *drones* no eran más que la última de una serie de «armas milagrosas» nacidas para garantizar la hegemonía militar norteamericana que iba de la bomba atómica y la bomba de hidrógeno a las «bombas inteligentes» de la primera guerra del Golfo pasando por la guerra electrónica de Vietnam y el escudo antimisiles de Reagan.[95] A finales de 2011, sin embargo, surgieron dudas sobre si los *drones* eran en verdad milagrosos, porque los iraníes exhibieron un RQ-170 Sentinel que habían derribado intacto cuando realizaba labores de espionaje en su espacio aéreo. Otros veinte o más se habían estrellado antes, pero ninguno con tanta publicidad y con tan embarazosas consecuencias.

Existía cierta preocupación por que los iraníes pudieran estudiar su funcionamiento y averiguar sus secretos. Dick Cheney pidió a Obama que mandase a la aviación a destruir el *dron* cuando aún seguía donde lo habían abatido. Era, sin embargo, demasiado tarde. Irán había descubierto el pastel. Más de cincuenta países, unos aliados y otros hostiles, ya estaban comprando *drones* y varios tenían en marcha sofisticados programas de desarrollo. La mayoría de los *drones* adquiridos lo eran para misiones de vigilancia, pero Washington los había vendido también de ataque a sus aliados más fieles. En 2009 castigó a Israel, segundo país en fabricación de *drones*, por vender un dron de ataque a China. WikiLeaks reveló que la Casa Blanca se sintió también muy molesta por el hecho de que el Gobierno israelí vendiera modelos avanzados a Rusia. Entre otros países que declaraban dominar la fabricación de *drones* con capacidad letal estaban la propia Rusia, la India e incluso Irán. En el verano de 2010, Mahmud Ahmadineyad mostró públicamente un modelo bautizado como «embajador de la

muerte».

Pero el principal desafío a las ambiciones norteamericanas provenía de China, que contaba con el programa más dinámico aparte del de Estados Unidos. En 2011 cinco años después de anunciar la fabricación de su primer *dron*, China presumía de contar ya con dos docenas de modelos distintos y de tener más en proceso de creación. Y, lo cual era mucho más preocupante, no parecía tener ningún escrúpulo por la venta de *drones* armados a otras naciones. La industria aérea china ofrecía a sus clientes un modelo comparable al Predator norteamericano llamado Yilong [Pterodáctilo], capaz de llevar a cabo misiones de espionaje y de combate. Entre los países que hacían cola para adquirir modelos de combate estaba un antiguo aliado de Estados Unidos: Pakistán.

Importantes proveedores del Departamento de Defensa de Estados Unidos como General Atomics Aeronautical Systems, cuyos Predator y MQ9 Reaper se vendían por diez millones de dólares cada uno, pedían a gritos la ampliación del mercado y presionaban al gobierno para que facilitase las exportaciones. El vicealmirante William Landay III, director de la Defense Security Cooperation Agency [Agencia de Cooperación en Seguridad de la Defensa], encargada de la supervisión de las ventas, dio a sus subordinados instrucciones de averiguar con antelación qué países solicitarían *drones* y con qué operatividad,[96] de modo que, llegado el momento, los fabricantes norteamericanos pudieran pujar por los contratos.

Con el argumento de que la guerra contra Al Qaeda y los talibanes no se circunscribía a los «campos de batalla más calientes» para justificar los asesinatos selectivos en múltiples países, Estados Unidos establecía un peligroso precedente. Como apuntó Human Rights Watch [Observatorio de Derechos Humanos], ¿quién impediría entonces que China matase a activistas de la etnia uigur en Nueva York o Rusia a militantes chechenos en Londres?

El almirante Dennis Blair, director nacional de Inteligencia, que había intentado detener el programa y otras actividades encubiertas de la CIA y opinaba que los ataques con *drones* mancillaban la reputación de Norteamérica, fue sustituido por el teniente general retirado James Clapper, exdirector de la National Geospatial-Intelligence Agency [Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial], que sí defendía las operaciones con *drones*. Blair lamentó que la obsesión de la Casa Blanca con los *drones* hubiera sustituido a una estrategia más seria para derrotar a Al Qaeda. «El dicho más frecuente en la Casa Blanca era: “Aquí no sabemos jugar a otra cosa”. Me recordaba al recuento de cadáveres en Vietnam», comentó.[97]

En Afganistán los funcionarios norteamericanos cantaban las alabanzas de los *drones* porque, decían, suponían un avance con respecto a los bombardeos aéreos que habían marcado etapas previas de la guerra. En marzo de 2010, *The New York Times* publicó: «Las víctimas civiles de las tropas y los bombardeos norteamericanos indignan a los afganos y cargan de razones a la insurgencia».[98] Las bombas norteamericanas habían matado a miles de civiles afganos. Otros muchos habían muerto en los controles. El sargento mayor Michael Hall, el soldado más veterano de la OTAN en Afganistán, declaró que muchos de los prisioneros de la base aérea de Bagram se unían a los insurgentes tras la muerte de algún conocido. «Son incontables las historias sobre cómo se sumaron a la guerrilla —dijo a sus tropas—. Cada vez que aumenta el número de ataques, aumenta el número de víctimas inocentes».[99]

Obama y sus asesores leyeron *Lessons in Disaster* [*Lecciones en el desastre*], recomendable estudio de Gordon Goldstein sobre la escalada militar de Estados Unidos en Vietnam. Goldstein demostraba que los responsables de la política exterior norteamericana habían fallado al no cuestionar asunciones básicas sobre la amenaza comunista y la teoría del dominó que solo habían servido para confundir sobre la estrategia a seguir en Vietnam. El presidente no quería cometer el mismo error con Al Qaeda y los talibanes.

Obama comprendía que quedarse enfangado en Afganistán condenaría el conjunto de su

presidencia, igual que Vietnam había destruido la de Johnson. Tras incrementar el número de tropas y declarar que ganar la guerra era vital para los intereses norteamericanos, buscaba opciones que limitasen la participación militar y facilitaran una estrategia de salida. Pero, como Bob Woodward, de *The Washington Post*, había demostrado, se vio acorralado y superado por sus asesores militares —Mike Mullen, David Petraeus y Stanley McChrystal—, que, con la ayuda de Robert Gates y Hillary Clinton, habían presionado en favor del envío de otros cuarenta mil soldados, la ampliación de los objetivos de la misión —incluida una operación masiva contra los rebeldes en el marco de una reconstrucción nacional organizada por militares— y el máximo compromiso sin fecha de caducidad. Obama pidió otras opciones, pero en una reunión mantenida del 30 de septiembre eliminó la que tenía mayor sentido: «No quiero contemplar —dijo a sus asesores en asuntos de seguridad nacional— la posibilidad de salir de Afganistán».[100] Pese a todo, aclaró que no quería seguir en Afganistán otros diez años y gastar allí un billón de dólares. Los generales, dijo con enfado el 11 de noviembre de 2009, solo le habían ofrecido una estrategia, y era temeraria. Para empeorar las cosas, los tres —Mullen, Petraeus y McChrystal— habían declarado públicamente que cualquier otra cosa diferente a su deseado aumento de tropas se saldaría con una humillante derrota, opinión de que inmediatamente se hicieron eco los medios y las principales figuras del neoconservadurismo.

Los directores de *The New York Times* y *The Washington Post* hicieron cuanto estuvo en su mano por respaldar a los halcones. Fairness & Accuracy in Media and Reporting [Imparcialidad y Fidelidad en la Información y los Medios] repasó todos los editoriales que los diez primeros meses de 2009 esos diarios dedicaron a la guerra de Afganistán. El *Times*, a pesar de haberse escandalizado por el papel de Judith Miller en la escalada hasta la invasión de Irak, dedicó treinta y seis columnas a favor de la guerra y solo siete en su contra. La proporción era de diez a uno o más en el *Post*, cuyos directores expresaron su postura de forma explícita. En un editorial de septiembre de 2009, este periódico publicó: «[Abandonar la política de McChrystal] deshonraría a este país y lo pondría en peligro».[101]

Biden y el general de marines James Cartwright, vicecomandante del Estado Mayor Conjunto, proponían reducir el envío de tropas a veinte mil soldados, pero rechazaban la opción de la reconstrucción nacional y renunciaban a proteger a la población, con lo cual la salida de Afganistán podría adelantarse. Querían concentrarse en el debilitamiento y escisión de los talibanes con la esperanza de que la población, dividida, se reconciliase, y deseaban poner el acento en la instrucción del Ejército afgano. Gates y Mullen castigaron más tarde a Cartwright por disentir impidiendo su nombramiento a jefe del Estado Mayor Conjunto aun después de que Obama le hubiera comunicado el ascenso.[102]

En realidad, Afganistán necesitaba ayuda económica y una reforma social, no más tropas. La pobreza de los afganos era desoladora. En 2009, cuando los dólares ya inundaban el país, Afganistán seguía siendo la quinta nación más pobre del mundo, con una de las mayores diferencias entre pobres y ricos. La renta per cápita era de cuatrocientos veintiséis dólares, pero el 68 por ciento de la población vivía con menos de un dólar al día. Por otra parte, solo el 23 por ciento tenía acceso a agua potable canalizada y la esperanza media de vida era de cuarenta y tres años. El 24 por ciento de los adultos sabían leer y escribir, pero solo el 14 por ciento de las mujeres. En 2011, es decir, tras diez años de guerra, solo el 30 por ciento de las niñas iba al colegio.[103] A pesar de que, como demuestran esas cifras, las necesidades eran acuciantes, Estados Unidos dedicaba al año cien mil millones de dólares a gasto militar en Afganistán y solo dos mil en ayuda a su desarrollo. El Center for American Progress publicó: «Hasta la Unión Soviética gastaba más en reconstrucción».[104] No obstante, hasta esa insuficiente suma era mucho más de lo que el Estado afgano podía generar. Anthony Cordesman, del Center for Strategic and International Studies, que formó parte del equipo de asesores civiles de Stanley McChrystal en 2009, escribió: «La ayuda al exterior multiplica por

catorce la capacidad de generar ingresos del gobierno de Kabul».[105]





Dos drones*: un MQ-1 Predator (*ARRIBA*) y un MQ-9 Reaper (*ABAJO*) en misiones sobre Afganistán. Los militares norteamericanos cantaban las alabanzas de estos aviones no tripulados como instrumentos de precisión para el asesinato selectivo de combatientes enemigos, pero su uso condujo a la muerte de muchos civiles y dio paso a una era de proliferación de este tipo de armas en todo el planeta.*

Las condiciones de vida de las mujeres afganas eran particularmente deplorables. Habían padecido mucho desde que Estados Unidos y sus aliados acabaron con el régimen soviético, cuya impopularidad se debía en parte a sus pulsiones igualitarias en temas de género. Liberar a las mujeres de la represión de los talibanes había sido en realidad una de las justificaciones esgrimidas por Washington para la invasión. Pero, como Atiq Sarwari y Robert Crews recordaban a sus lectores, «en un periodo de veinticinco años, las mujeres afganas se han convertido en objeto de emancipación con cuatro regímenes distintos: los comunistas, los muyahidines, los talibanes y la coalición liderada por los norteamericanos. Para todos, la mejora de su penosa situación es una obligación que legitima su gobierno».[106] Y en las zonas rurales, donde viven la inmensa mayoría de los afganos, poco ha cambiado y las tasas de mortalidad infantil y materna siguen entre las más elevadas del mundo, aunque, recientemente y como sucede con la esperanza de vida, hay indicios de mejora.[107] En algunas provincias meridionales controladas por los talibanes, menos del 1 por ciento de las niñas cursan educación secundaria. David Wildman y Phyllis Bennis han escrito: «Armar a un grupo de hombres con un historial terrible en el respeto a los derechos humanos para que puedan echar del poder a otro grupo de hombres con un historial terrible en el respeto a los derechos humanos ha servido de poco para mejorar la situación de la mujer. Las mujeres afganas siguen sin saber lo que es la igualdad ante la ley, en la sanidad y en el vida». En 2009 Afganistán seguía siendo el segundo peor en la clasificación de países por desarrollo de la igualdad de género de las Naciones Unidas, que, entre otras cosas, tiene en cuenta el índice de analfabetismo, el acceso a la educación y la esperanza de vida.[108] Y eso, tras ocho años de ocupación y reformas.

En esas circunstancias, más soldados norteamericanos era lo último que los afganos necesitaban y fueron muchos los que intentaron que Obama no cometiera un error de colosales proporciones. A primeros de noviembre de 2009, Karl Eikenberry, embajador en Kabul, redactó dos memorandos secretos para Hillary Clinton que advertían de que la política de contrainsurgencia estaba fracasando

y de que un incremento del número de tropas solo serviría para empeorar la situación. Eikenberry, que había sido el comandante de todas las tropas norteamericanas en Afganistán en 2006 y 2007, decía: «La última vez que mandamos nuevas tropas, para totalizar treinta y tres mil soldados en 2008-2009, la violencia y la inestabilidad aumentaron». Y fue rotundo: «Más tropas no acabarán con la insurgencia mientras en Pakistán siga habiendo refugios de terroristas». La corrupción del presidente afgano, Hamid Karzai, y la incompetencia del ejército y la policía redundaban en una situación más desesperada.[109]

Otros especialistas en la región estaban de acuerdo. En septiembre de 2009, cuatro antiguos oficiales de los servicios de inteligencia declararon a Nicholas Kristof, de *The New York Times*: «La mera presencia de nuestras tropas en las áreas pastunes es el problema»; y añadieron: «[La reconstrucción] solo demostraría a los pastunes que los talibanes tienen razón. La ignorancia de nuestros dirigentes motivará la muerte de muchos soldados norteamericanos y no obtendremos ningún resultado positivo».[110] Uno de esos cuatro dirigentes, Howard Hart, exdirector de la delegación de la CIA en Pakistán, hizo campaña en favor de la rápida retirada de las tropas. En la Universidad de Virginia dijo a los estudiantes que Estados Unidos mandaría cientos de miles de soldados y gastaría «miles y miles de millones» de dólares, y no valdría de nada: «No dejarán de luchar contra nosotros —aseguró—. No dejaron de luchar contra los soviéticos. No han dejado de luchar entre sí».[111]



Marzo de 2010, Barack Obama y el presidente afgano Hamid Karzai conversan durante una cena oficial en el palacio presidencial de Kabul. Ambiguo aliado de Estados Unidos en el mejor de los casos, Karzai encabezaba un gobierno probadamente brutal y corrupto.

Los afganos no solo aborrecían a las fuerzas invasoras, sino también sus tácticas, especialmente en la fase de la guerra en que se centró en la lucha contra la guerrilla. Aborrecían que soldados norteamericanos, y afganos, entraran en sus casas por la noche derribando las puertas y rompiendo el precepto musulmán de no invadir la privacidad de las mujeres. Las incursiones nocturnas, que aumentaron exponencialmente en cuanto Obama llegó al poder, tenían por objetivo a los jefes talibanes y a individuos sospechosos de formar parte del movimiento insurgente en un intento por acabar con los «gobiernos en la sombra» que operaban en todo el país. Lo que el geógrafo israelí Eyal Weizman dijo de esas tácticas cuando se aplicaron en Palestina e Irak es igualmente válido para Afganistán, si no más: «La población civil de Palestina ha sufrido la inesperada irrupción de la guerra en el dominio privado del hogar, que es la modalidad más profunda de trauma y humillación».[112]

Para complicar las cosas, las incursiones nocturnas, como los *drones*, con frecuencia se cobraban la vida de civiles inocentes. En mayo de 2011, la OTAN mató en una de esas incursiones a un policía de Jalalabad identificado por error como líder talibán. En el ataque murió también su sobrina de doce años Nelofar, que dormía en el patio huyendo del calor sofocante. Un oficial de la OTAN se disculpó

de inmediato por tan trágico accidente, pero el padre de la niña apenas encontró consuelo en sus disculpas: «Han matado a mi inocente hija de doce años y a mi cuñado y me dicen: "Lo sentimos mucho". ¿Qué quieren decir? ¿Qué dolor pueden curar esas palabras, "lo siento"?».[113] Que ese año los nativos talibanes fueran culpables de más muertes que el invasor extranjero no servía para mitigar el encono de los afganos con las tropas de la OTAN.

Constantemente llegaban rumores de soldados norteamericanos que se habían pasado de la raya y matado gratuitamente a civiles inocentes, como ya sucediera en Irak. Un soldado canadiense de veintiún años que se ausentó de su unidad sin permiso describió del siguiente modo el proceso que conducía a la erosión de la empatía:

> Juro que no fui capaz ni por un segundo de ver a aquella gente como otra cosa que seres humanos. La mejor manera de forjar a un pequeño y duro *dick* como yo —*dick es* el acrónimo de *dedicated infantry combat killer* [esforzado asesino de infantería de combate]—[114] es sencilla y consecuencia de un adoctrinamiento racista. Coge a algún cabeza hueca de las calles de L. A. o de Brooklyn —o quizá de algún pueblecillo de Tennessee—, de que en estos días en América no andamos escasos. Yo era uno de esos productos «no-tiene-hijos». Pero a lo que vamos... Coges a ese cabeza hueca y haces que se muera de miedo, lo conviertes en poco más que en nada, cultivas el hermanamiento y la camaradería con quienes sufren a su lado, y le llenas la cabeza de tonterías racistas como que todos los árabes, iraquíes y afganos son unos *hajj[115]* y te odian, que los *hajj* quieren matar a su familia, que los niños *hajj* son los peores porque están todo el rato mendigando... La propaganda más ridícula y perniciosa, vamos. Pero te sorprendería comprobar lo efectiva que resulta para espabilar a los soldados de mi generación.[116]

Doce jóvenes medio perturbados formaron un «equipo de matar» que asesinaba a afganos inocentes y luego «arreglaban» el lugar del crimen para que pareciera que habían actuado en defensa propia. Uno de los acusados confesó sus asesinatos. A las autoridades norteamericanas no les gustó que *Der Spiegel* publicase fotografías de los soldados posando con los cadáveres.

El daño de la presencia de las tropas norteamericanas fue exacerbado por la deplorable conducta de los dirigentes afganos. Cuando Matthew Hoh, importante diplomático de la provincia afgana de Zabul que previamente había sido capitán del Cuerpo de Marines en Irak, presentó su dimisión en septiembre de 2009, escribió que el gobierno de Karzai estaba carcomido «por la más flagrante corrupción y los sobornos más descarados» y que el propio Karzai era «un presidente entre cuyos confidentes y principales asesores cuenta con capos de la droga y villanos culpables de crímenes de guerra que se mofan de nuestro estado de derecho y de nuestros esfuerzos por luchar contra los estupefacientes».[117]

El embajador Eikenberry también se oponía a malgastar dólares y armas dándoselos al notoriamente corrupto régimen de Karzai, dominado por los amigos del presidente, miembros de su familia y aliados políticos, que se llenaban los bolsillos con el dinero extranjero que llegaba a su depauperado país, y por señores de la guerra tan brutales, represivos, misóginos y antidemocráticos como los talibanes que los precedieron —Malalai Joya, antiguo parlamentario afgano y cruzado por los derechos humanos dijo que eran «una fotocopia de los talibanes»—.[118] *The Economist* publicó: «En zonas de Afganistán donde se ha expulsado a los insurgentes y se ha restaurado la autoridad del gobierno, los residentes añoran a veces a los señores de la guerra, menos venales y menos brutales que la cuadrilla de Karzai».[119]

En 2010 Transparency International situaba a Afganistán como la segunda nación más corrupta del mundo solo por detrás de Somalia y dos puestos por delante de Irak. Las Naciones Unidas publicaron que en 2009 los afganos habían gastado dos mil quinientos millones de dólares en sobornar a la policía y a los funcionarios, suma aproximadamente equivalente a una cuarta parte del producto interior bruto oficial. Los sobornos ascendían a ciento cincuenta y ocho dólares per cápita, cantidad sustancial en un país donde la renta per cápita era de solo cuatrocientos veintiséis dólares al año.[120]

La publicación en noviembre de 2010 en WikiLeaks de una parte del cuarto de millón de cables diplomáticos confidenciales del Gobierno norteamericano resultó reveladora y profundamente embarazosa. La corrupción en Afganistán era rampante y afectaba a casi todos los altos cargos del gobierno. Izzatullah Wasifi, zar anticorrupción de Karzai, pasaría cuatro años en una prisión norteamericana por vender heroína en Las Vegas. Karzai se esforzó hasta la extenuación por proteger a sus parientes y a sus partidarios y desestimó los cargos de que se les acusaba aunque hubieran sido sorprendidos en flagrante delito.

El ministro de Comercio dijo a los diplomáticos que el Ministerio de Transportes recaudaba doscientos millones de dólares al año en tasas de tráfico, pero que solo treinta de esos millones iban a parar a las arcas del Estado. Se pagaban hasta doscientos cincuenta mil dólares por conseguir un empleo de supervisión de ese tipo de actividades. La embajada norteamericana en Kabul informó de que unos funcionarios de aduanas habían sorprendido a Ahmad Sah Masud, primer vicepresidente de Afganistán entre 2004 y 2009, con cincuenta y dos millones de dólares en efectivo cuando salía del país para visitar los Emiratos Árabes Unidos en 2009. Masud negó los cargos, pero no explicó cómo, con un salario de apenas unos centenares de dólares al mes, podía permitirse el lujo de vivir, junto con otros altos cargos del gobierno, en una mansión al borde del mar en Palm Jumeirah, lujosa urbanización de Dubái. Otro cable de WikiLeaks revelaba que «era de todos conocido» que Ahmed Wali Karzai, hermanastro del presidente y hombre más poderoso de Kandahar antes de su asesinato en julio de 2011 —a quien, además, la CIA había tenido en nómina—, era «un corrupto y un traficante de drogas».[121] Otro de los aliados de Hamid Karzai obtenía también pingües beneficios con el tráfico de drogas. El Ejército británico había sorprendido al gobernador de Helmand con diez mil kilos de opio en su despacho. Dejó el gobierno de la provincia, pero pasó a ocupar un escaño en el Senado.[122]

En realidad, los talibanes habían realizado una buena labor contra el tráfico de drogas, que al menos consiguieron controlar mientras estuvieron en el poder. Tras la invasión norteamericana, sin embargo, volvió a florecer. La producción de opio alcanzó cifras escandalosas, y de las ciento ochenta y cinco toneladas de 2001 se pasó a las ocho mil doscientas de 2007, esto es, el 53 por ciento de la actividad económica nacional, que daba empleo a casi el 20 por ciento de la población.[123] Los señores de la droga vivían en opulentas mansiones de colores chillones llamadas «palacios amapola» que se distinguían por su estilo «narcoarquitectónico», muy apartado de la tradicional arquitectura afgana. Pero muchos ciudadanos fueron víctimas de la adicción. En 2005 se hablaba de novecientos veinte mil drogodependientes. Más tarde, esa cifra se incrementaría sustancialmente.[124]

Con Karzai, el tráfico de drogas supuso una afluencia constante de dinero para los talibanes, que le impusieron una tasa del 10 por ciento y protegían los convoyes de la droga por una cantidad adicional. Los talibanes recibían de ese modo por vía indirecta cientos de millones de dólares de las Naciones Unidas y de la OTAN. La periodista Jean MacKenzie publicó que en gran parte del país los constructores pagaban a los talibanes una comisión de hasta el 20 por ciento para poder sacar adelante sus proyectos. Un contratista americano declaró: «Yo estaba construyendo un puente. El jefe talibán de la zona me llamó y me dijo: “No construyas un puente en ese lugar porque tendremos que volarlo”. Le pedí que me dejara terminar el puente para poder cobrar y le dije que luego podía volarlo cuando le viniera en gana. Llegamos a un acuerdo y completé el proyecto».[125]

En 2010 funcionarios norteamericanos pagaron dos mil doscientos millones de dólares a las compañías de transporte norteamericanas y afganas encargadas de llevar suministros a las bases militares. Estas compañías contrataban a empresas de seguridad, a menudo relacionadas con altos cargos del gobierno, que protegían las rutas a razón de entre ochocientos y dos mil quinientos dólares por camión. A su vez, estas empresas fingían incidentes para magnificar la necesidad de sus servicios y sobornar a los talibanes para que permitieran pasar a los camiones, lo que motivó las

lamentaciones de un oficial de la OTAN en Kabul: «Estamos financiando a los dos bandos».[126]

Mahmud Karzai fue exonerado por la comisión designada por su hermano para examinar el fraude masivo del Banco de Kabul, el mayor del país, donde los altos ejecutivos y los mayores accionistas recibieron préstamos por valor de novecientos veinticinco millones de dólares sin garantías ni documentación alguna. Entre los beneficiarios de esos préstamos había varios ministros del gobierno y miembros del Parlamento. La comisión informó de que Mahmud Karzai había devuelto sus préstamos, pero el gobernador del Banco Central declaró ante el Parlamento que aún debía veintidós millones de dólares. Y no era el único hermano bien relacionado implicado. Abdul Hassin Fahim, hermano del poderoso primer vicepresidente, debía cien millones de dólares, pero aseguró a la comisión que estaba dispuesto a aportar como garantía propiedades suficientes para cubrir esa cantidad.

En junio de 2011, Abdul Qadir Fitrat, gobernador del Banco Central, dimitió de su cargo y huyó del país. Tras prestar testimonio en el Parlamento fue objeto de amenazas por parte de los aliados de Karzai y de una investigación sobre el fraude cometido en el banco, y temía por su vida. El fiscal general de Afganistán le imputó por diversos cargos. El presidente de la comisión, Azizullah Ludín, había sido también presidente de la Comisión Electoral Independiente, que, nombrada por Karzai, dio el visto bueno a los controvertidos resultados de las elecciones presidenciales de 2009, condenados universalmente como fraudulentos.[127]

El fraude electoral, de enormes dimensiones en esa y otras elecciones, suponía un gran bochorno para Estados Unidos y la OTAN. La comisión de las Naciones Unidas encargada de recibir las quejas por el proceso electoral desestimó más de un millón de votos, es decir, el 28 por ciento de los obtenidos por Karzai. Peter Galbraith, enviado especial de la ONU, declaró: «El fraude electoral brinda a los talibanes su mayor victoria estratégica en ocho años de lucha contra Estados Unidos y sus socios afganos».[128] Cuando, posteriormente, el Parlamento afgano rechazó la propuesta de Karzai de sustituir a los tres extranjeros de la comisión —de cinco miembros— por afganos elegidos a dedo, el propio presidente amenazó con unirse a los talibanes.

La compra descarada de votos era tan generalizada en Afganistán que apenas se molestaron en disimularla en las elecciones al Parlamento de septiembre de 2010. Por un voto, que en Kandahar costaba escasamente un dólar, en la provincia de Ghazni se pagaban dieciocho dólares. En la mayor parte del país, sin embargo, costaban entre cinco y seis dólares. Como para obtener la victoria en ciertos distritos solo hacían falta dos mil quinientos votos, la inversión parecía segura. *The New York Times* explicó: «Muchos candidatos independientes bien forrados aspiran a comprar una lucrativa sinecura en el Parlamento, lo cual no solo les reportará un saneado salario —alrededor de dos mil doscientos dólares brutos al mes—, sino incontables oportunidades de recibir sobornos». Las tarjetas censales de las votantes femeninas se pagaban a precios particularmente altos porque no llevaban fotografía y porque con frecuencia los hombres votaban por mujeres a las que no permitían salir de casa.[129]

Mientras decidía qué rumbo tomar en Afganistán, Obama siempre estuvo al corriente de la corrupción y el fraude que imperaban en el país. El 25 de noviembre de 2009 se reunió con Rahm Emanuel, el general Jones, consejero de Seguridad Nacional, y con su segundo, Thomas Donilon, y les expresó su frustración: «Para mí, sería mucho más fácil salir de aquí y pronunciar un discurso que dijera: "¿Sabéis una cosa? El pueblo americano está harto de esta guerra, así que vamos a llevar a Afganistán a diez mil instructores porque es la única manera de salir de allí"». Bob Woodward sostuvo que precisamente eso era lo que Obama habría dicho de haber tenido el valor suficiente para plantar cara a sus asesores militares.[130]

«No es el número —dijo Joe Biden—, es la estrategia». Aún indeciso, Obama se reunió el fin de semana de Acción de Gracias con varios miembros del Consejo de Seguridad Nacional para sopesar

sus opciones. «No veo cómo podría usted rebelarse frente a la cadena de mando», le advirtió el coronel John Tien, aludiendo a que el alto mando militar al completo, es decir, Mullen, Petraeus, McChrystal y Gates, podrían dimitir en señal de protesta. Donilon y Leon Panetta, el director de la CIA, habían expresado un parecer similar. «Ningún presidente democrático puede oponerse a los consejos de los militares, especialmente cuando ha sido él quien los ha pedido —le reprendió Panetta —. De modo que hágalo —recomendó—. Haga lo que le piden».

Al ver que Obama era arrinconado otra vez en contra de su voluntad, el general Douglas Lute, coordinador del Consejo de Seguridad Nacional para Afganistán y Pakistán, le recordó: «Señor presidente, no tiene por qué hacerlo». El día antes, Colin Powell le había dicho lo mismo. «Es usted el comandante en jefe. Esas personas trabajan para usted. Que estén todos de acuerdo no significa que tengan razón. Hay muchos generales, pero no hay más que un comandante en jefe».

Cuando finalmente llegó el momento de decidir, Obama no tuvo el valor o la integridad que sí había tenido, por ejemplo, John F. Kennedy tras la crisis de los misiles cubanos. Aceptó un incremento de treinta mil soldados y concedió a sus generales casi todo lo que pedían y más de lo que esperaban.[131]

Tomando prestada alguna que otra página de las directrices de Bush para la creación de un ambiente patriótico, Obama escogió la academia militar de West Point para su discurso del primero de diciembre, en el que concretó sus planes de aumentar la presencia militar norteamericana en Afganistán hasta alcanzar los cien mil soldados. Explicó que Estados Unidos y sus aliados habían invadido Afganistán porque, según se había demostrado, era un refugio de Al Qaeda, la organización responsable de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Olvidó mencionar, sin embargo, al menos tres hechos fundamentales. En primer lugar, que solo entre cincuenta y cien miembros de Al Qaeda de un total de trescientos se refugiaban en Afganistán, mientras que el resto de sus diezmados efectivos operaban en Pakistán y recibían apoyo de ciudadanos de regímenes respaldados por Estados Unidos como Arabia Saudí, Kuwait, Yemen y los Emiratos Árabes Unidos. En segundo lugar, el mulá Omar, uno de los principales líderes talibanes, se había opuesto a los atentados de las Torres Gemelas. Según el informe oficial de la comisión encargada de investigar dichos atentados: «Cuando, en el verano de 2001, se ultimaban los preparativos de la operación, entre los dirigentes de Al Qaeda en Afganistán hubo varias disensiones. El comandante talibán mulá Omar se opuso a atentar en Estados Unidos. Aunque tuvo que hacer frente a la oposición de muchos de sus principales lugartenientes, Bin Laden pasó por alto sus objeciones, impuso su criterio y el plan de los atentados siguió adelante».[132] Y, en tercer lugar, los terroristas no necesitaban un refugio seguro repleto de campos de entrenamiento para llevar a cabo operaciones clandestinas. Como Paul Pillar, exvicecomandante del Centro de Contraterrorismo de la CIA, señaló, «las operaciones más importantes para futuros atentados terroristas no necesitan de dicho lugar y son pocos los terroristas necesarios para los peores atentados. Consideremos lo siguiente: los preparativos más relevantes para el 11 de septiembre de 2001 no tuvieron lugar en los campos de entrenamiento de Afganistán, sino en pisos de Alemania, habitaciones de hotel de España y escuelas de vuelo de Estados Unidos». [133]

La lógica de Obama dejó atónito al comentarista de la CNN Fareed Zakaria: «Si Al Qaeda ha visto reducida su presencia en Afganistán a cien hombres como máximo, ¿por qué nos hemos embarcado en una guerra?». Recordando a los cien soldados de la OTAN que habían muerto el mes anterior y los más de cien mil millones de dólares que el conflicto costaba anualmente, Zakaria comentó: «[Esta guerra está costando] más de una muerte al mes a los aliados por cada miembro vivo de Al Qaeda en ese país»; y «mil millones de dólares al año por cada miembro de Al Qaeda que creemos que vive en Afganistán». Respondiendo a aquellos que justificaban la guerra porque los talibanes eran aliados de Al Qaeda, Zakaria observó: «Es como si en la Segunda Guerra Mundial, después de la caída del

régimen de Hitler y de ver Berlín en llamas, le hubiéramos hecho la guerra a Italia solo porque había sido aliada de Alemania».[134]

Basándose en los ciento cuarenta mil soldados de la coalición, Jim Lacey, del Marine Corps War College [Academia Militar del Cuerpo de Marines], hizo sus propios cálculos y llegó a la conclusión de que el coste real de la guerra ascendía a mil quinientos millones de dólares por cada miembro de Al Qaeda en Afganistán. «¿Se ha molestado alguien en coger la calculadora? —se preguntó Lacey—. ¿En qué universo encontraríamos estrategas capaces de defender algo así?».[135]

Fue, sin embargo, el historiador Andrew Bacevich quien señaló la contradicción más flagrante. Si en verdad Afganistán era tan crucial para la seguridad de Estados Unidos, idea que a él le parecía «ridícula», «¿por qué, en tal caso, poner límites a la intervención norteamericana? [...]. ¿Por qué no mandar a cien mil soldados en lugar de a treinta mil? ¿Por qué no proponerse "hacer todo lo necesario", en lugar de fijar una fecha de salida? ¿Por qué no subir los impuestos y recuperar el reclutamiento forzoso [...]? ¿Por qué no prometer la "victoria", palabra ausente de los discursos del presidente?».[136]

El precio de la guerra era ciertamente astronómico, y seguía subiendo. En 2006 y según una investigación del Congreso, el coste de la guerra por soldado y año ascendía a trescientos noventa mil dólares. En 2009 la cifra alcanzaba un millón al año por los elevados costes de los transportes de tropas antiminas y los equipos de vigilancia y el hecho de que trasladar combustible a través de un terreno montañoso y plagado de guerrilleros saliera a razón de unos cien dólares por litro.[137]

Obama intentó aplacar las iras de sus partidarios más progresistas anunciando el inicio de la retirada de las tropas para julio de 2011 y que hacia 2014 ya no quedaría ningún soldado norteamericano en Afganistán. En *The Promise*, Jonathan Alter publicó que el presidente les había dicho a Petraeus y a Mullen: «Quiero que sean sinceros. ¿Podrían hacerlo en dieciocho meses?». Petraeus le contestó: «Señor, confío en que podamos formar al Ejército Nacional Afgano y dejarlo todo en sus manos en ese plazo de tiempo». Obama insistió: «Si no pueden hacer lo que dicen que pueden hacer en dieciocho meses, nadie nos sugerirá que nos quedemos, ¿verdad?». Petraeus le aseguro: «En efecto, señor, estoy de acuerdo». Y Mullen asintió: «Sí, señor».[138]

Pero como Dana Milbank, columnista de *The Washington Post*, observó con ironía, «los dieciocho meses del presidente Obama para empezar la retirada de Afganistán no sobrevivieron a sus primeras dieciocho horas». Altos cargos de la administración que testificaron ante el Comité de las Fuerzas Armadas del Senado el día después del discurso de Obama en West Point aclararon que la fecha fijada para la retirada no era más que una aspiración. Robert Gates marcó la actitud general al declarar ante el mismo comité: «Tenemos planes de iniciar la transición [...] en julio de 2011. En diciembre de 2010 valoraremos si nos vemos capaces de cumplir ese objetivo». Gates informó a los senadores de que el presidente tenía la prerrogativa de cambiar de opinión. Mike Mullen estaba de acuerdo. Hillary Clinton añadió: «No veo por qué no podemos volvernos atrás con respecto a la decisión de abandonar Afganistán».[139] En mayo de 2010, en una cena ofrecida por la secretaria de Estado a Hamid Karzai y a algunos miembros de su gabinete, Gates dio garantías a los afganos: «No abandonaremos Afganistán prematuramente. En realidad, no lo abandonaremos nunca».[140] De hecho, el Pentágono planeaba mantener de diez mil a treinta mil soldados en Afganistán y se creía en una posición de fuerza para salirse con la suya porque los afganos dependían en gran parte de la ayuda extranjera.

La retirada quedaba por tanto pendiente de la formación y el equipamiento del Ejército nacional afgano y de una fuerza de policía capaces de garantizar la seguridad del país. Stanley McChrystal insistió en una fuerza combinada de cuatrocientos mil efectivos. Según algunos cálculos, el coste anual de mantener un ejército de seguridad afgano de ese tamaño ascendería a unos diez mil millones de dólares cuando los ingresos del Estado afgano en concepto de impuestos solo sumaban unos dos

mil millones y tres cuartas partes del presupuesto nacional provenían de la ayuda extranjera. John Kerry preguntó: «Bueno, pero entonces ¿quién pagará las facturas para evitar que esos soldados y policías se movilicen en favor de la próxima rebelión?».[141]

Informes internos del gobierno dejaban claro que formar a dicho contingente era una tarea complicada, si no imposible. Tras años de instrucción, pocas unidades de la policía o del Ejército afganos eran capaces de funcionar de manera independiente y faltaban jefes a todos los niveles. El teniente general William Caldwell, el norteamericano que dirigía el programa de formación de los efectivos afganos, informó en 2011 de que todos los años desertaba el 30 por ciento de los soldados afganos y de que había más deserciones en las zonas de combate, que era donde más se les necesitaba. Un porcentaje comparable desertaba también del cuerpo de policía. Caldwell cifraba el índice de analfabetismo de los reclutas del ejército en un 90 por ciento. La corrupción campaba por sus respetos. Las condiciones de vida en los cuarteles eran deplorables. Los soldados afganos destrozaban las nuevas instalaciones: arrancaban los lavabos de las paredes para lavarse los pies antes de la oración o hacían hogueras en el suelo para cocinar y calentarse en edificios equipados con hornos y cocinas. Las reparaciones consumían tiempo y mucho dinero.[142]

Otro problema era la moral. Thomas Friedman observó, reprendiendo a Obama por no tener el valor de rechazar una guerra que ni él ni sus asesores querían: «Usted sabe que tenemos problemas porque estamos metidos en una guerra en la que el único bando que tiene claros sus objetivos, cuya retórica es coherente y cuya voluntad de lucha no parece decaer, es el otro bando: los talibanes». «¿Por qué —preguntaba— tenemos que reclutar y formar a nuestro aliado, el Ejército afgano? […] Si hay algo que los varones afganos no necesitan aprender es cómo librar una guerra. Es posible que sea lo único que sepan hacer después de treinta años de guerra civil y siglos de oposición a las potencias extranjeras. Al fin y al cabo, ¿quién forma a los talibanes? Han combatido al Ejército de Estados Unidos hasta llevarlo a un punto muerto… y muchos de sus comandantes ni siquiera saben leer».[143]

Quienes se preguntaban qué hacían las fuerzas del gobierno cuando no estaban leyendo o combatiendo obtuvieron una inquietante respuesta en enero de 2011 cuando Karzai firmó un acuerdo con las Naciones Unidas para detener el reclutamiento de niños para las fuerzas de policía y prohibir la común y, según *The Washington Post*, cada vez más extendida práctica de usarlos como esclavos sexuales. *The New York Times* publicó: «Como parte de la tradición afgana del *bacha bazi*, es decir, “juego con niños”, a partir de los nueve años a muchos se les viste como mujeres y se les enseña a bailar ante un público masculino, y luego se los prostituye en subastas al mejor postor. Muchos hombres con poder, y en particular comandantes del ejército y la policía, tienen en esos niños, a los que con frecuencia visten con uniforme, una compañía constante con propósitos sexuales». En Afganistán la práctica del *bacha bazi* era generalizada entre los muyahidines durante la campaña para expulsar, con apoyo norteamericano, al Ejército soviético de Afganistán. En la región de Kandahar lo era todavía más. El *Times* señaló: «De hecho, los talibanes empezaron a cobrar fuerza […] al terciar en una disputa entre dos señores de la guerra pedófilos por la posesión de un codiciado niño danzarín». Los talibanes prohibieron esa práctica al hacerse con el poder.[144]

Mientras los comandantes afganos se divertían, los soldados norteamericanos pagaban un alto precio físico y psicológico por su presencia en Afganistán. Un estudio de los médicos del Centro Médico de la Región de Landstuhl, Alemania, donde la mayoría de soldados heridos pasaban unos días antes de regresar a Estados Unidos, demostraba un drástico incremento del porcentaje de heridos que habían perdido alguno de sus miembros entre 2009 y 2010 debido al extendido uso de explosivos caseros. En 2010 el 11 por ciento de las bajas lo eran por amputaciones. El 38 por ciento de ellas sufría amputaciones múltiples.

Las heridas más espantosas eran las de los genitales y el tracto urinario, cuyo número casi se

triplicó solo en un año. El coronel médico retirado John Holcomb, con amplia experiencia en la medicina militar, calificó los hallazgos de ese estudio de «increíbles»: «Nos hemos quedado todos de piedra ante la frecuencia de esas heridas: amputaciones dobles, heridas en el pene y los testículos. No habíamos visto nada igual».[145]

De algunas heridas nadie informaba. A mediados de 2010, el ejército publicó que ciento quince mil soldados habían sufrido pequeñas lesiones cerebrales a consecuencia de la onda expansiva de bombas arrojadas desde las cunetas. Dichas lesiones podían causar trastornos físicos y mentales a largo plazo. Una investigación de la agencia de noticias ProPublica y de National Public Radio descubrió que dichas lesiones eran mucho más profundas de lo que el ejército había declarado y que, además, el número de heridos ascendía a varias decenas de millar por encima de lo publicado.[146]

El precio psicológico también fue inmenso. En noviembre de 2009, Eric Shinseki, secretario de Asuntos de los Veteranos, señaló: «Desde 2001 se han suicidado más veteranos de los que hemos perdido en los campos de batalla de Irak y Afganistán».[147]

Joseph Stiglitz y Linda Bilmes, profesora de Ciencias Políticas de la Universidad de Harvard, publicaron en 2010 que, de los más de dos millones de soldados que habían prestado servicio en Irak y Afganistán, seiscientos mil habían solicitado tratamiento médico al Departamento de Asuntos de los Veteranos y que medio millón habían solicitado pensiones de invalidez en diverso grado, todo lo cual superaba en aproximadamente un 30 por ciento las estimaciones iniciales. Como el trastorno de estrés postraumático y otros problemas de salud se incrementan con el paso del tiempo y puesto que la esperanza de vida también sube, Stiglitz y Bilmes calculan que el coste real de las guerras de Irak y Afganistán superará finalmente los cuatro billones de dólares. Teniendo en cuenta que los atentados de las Torres Gemelas y el Pentágono costaron a Al Qaeda unos cincuenta mil dólares, la respuesta multibillonaria de Washington cumple a rajatabla con el objetivo de Bin Laden: llevar a Estados Unidos a la ruina.[148]

Dado el absurdo de librar en Afganistán una guerra inmensamente costosa que ya duraba diez años para derrotar a un enemigo debilitado que se refugiaba principalmente en Pakistán, algunos llegaron a la conclusión de que Estados Unidos debía de tener otros motivos. En 2010 encontraron una posible respuesta cuando el Pentágono anunció que su equipo de geólogos y otros investigadores habían confirmado la existencia de enormes recursos minerales en Afganistán. El Pentágono suponía que Afganistán podría convertirse en «la Arabia Saudí del litio», elemento imprescindible para las baterías de diversos componentes electrónicos. Ian Hannam, londinense experto en minería que trabajaba para J. P. Morgan, iba más allá y babeaba ante la posibilidad de que Afganistán acabará convirtiéndose en «uno de los principales productores de cobre, oro, hierro y litio del mundo». David Petraeus, que pronto sustituiría a Stanley McChrystal como comandante en jefe de las tropas norteamericanas en Afganistán, estaba de acuerdo. «El potencial es enorme», declaró. Funcionarios afganos calculaban que las reservas de mineral del país ascendían a tres billones de dólares, cifra estratosférica para una nación cuyo producto interior bruto se situaba en torno a doce mil millones de dólares y cuya economía se circunscribía básicamente a la ayuda extranjera y al tráfico de drogas.[149]

A pesar del entusiasmo que rodeó este «descubrimiento», la riqueza mineral de Afganistán no podía suponer ninguna sorpresa. En enero de 1911, *The Chicago Daily Tribune* publicó que Afganistán era «rico en recursos naturales» porque producía «plomo, cobre, hierro y hasta oro».[150] En 1928 la Compañía de Comercio Afgano-americana, de reciente fundación, anunció la adquisición de concesiones exclusivas para explotar el petróleo y los minerales de Afganistán.[151] Poco se hizo para extraer esos recursos en años posteriores, pero tanto los afganos como los inversores extranjeros eran conscientes de que ese día llegaría.

Mientras los inversores occidentales aguardaban a que la situación se estabilizase antes de

abalanzarse sobre la zona, los chinos, necesitados de recursos, no se lo pensaron dos veces. Una empresa estatal china se hizo con los derechos de explotación de una mina de cobre del este de Afganistán. El ministro afgano responsable del contrato, Mohamed Ibrahím Adel, fue expulsado del país tras ser acusado de aceptar de los chinos un soborno de treinta millones de dólares.[152] El presidente Karzai lo había nombrado para el cargo en marzo de 2006, cuando su predecesor se negó a privatizar Ghori, única fábrica de cementos de Afganistán, ante la insistencia de Mahmud Karzai. La primera medida de Adel fue vender esa fábrica a la Compañía Afgana de Inversiones, propiedad de Hamid Karzai. La última, aceptar el soborno de la Corporación Grupo Metalúrgico de China.[153]

Los inversores salivaban en realidad ante los suculentos recursos energéticos de Asia Central. En el primer lugar de la lista estaba el yacimiento de gas natural de Turkmenistán, que, según ciertos cálculos, era el quinto mayor del mundo. Los gobiernos de la región suponían que para explotarlo haría falta un gaseoducto que atravesaría Afganistán.

Entretanto, los paquistaníes maniobraban para reducir la presencia norteamericana e india y convertirse en el principal actor político en Afganistán. Decidieron explotar la creciente fisura entre Washington y Karzai, que había declarado que tenía la sensación de que Estados Unidos y la OTAN ya no obtendrían la victoria militar y acabarían por retirarse. Altos funcionarios del gobierno de Pakistán se reunieron en repetidas ocasiones con Karzai y le ofrecieron la entrega de comandantes talibanes como Sirayudín Haqqani, el mulá Mohamed Omar y Gulbudín Hekmatyar, a cambio de un acuerdo que pondría fin al conflicto. La expulsión del gobierno del jefe de Inteligencia de Karzai, Amrullah Saleh, y de su ministro del Interior, Hanif Atmar, que se habían opuesto a toda negociación con los guerrilleros talibanes, demostró que, como la mayoría de la población pastún, el presidente tenía interés en las negociaciones.[154] Sin embargo, a dichas negociaciones se oponían las comunidades uzbeka, hazara y tayika, proamericanas, que sumaban más de la mitad de la población. Tras ser las que más sufrieron durante el gobierno de los talibanes, de etnia pastún, se habían convertido en los combatientes más enérgicos del Ejército Nacional Afgano y su inflexible oposición al tratado despertó el fantasma de la guerra civil.[155]

Tras una década de derramamiento de sangre y desperdicio de recursos, el pueblo norteamericano estaba finalmente cansado de aquella guerra inútil. En marzo de 2011, una encuesta de ABC News y *The Washington Post* reveló que dos terceras partes de los norteamericanos opinaban que no merecía la pena seguir luchando. Un año más tarde, un estudio de la CNN elevaba esa cantidad al 72 por ciento.

Entre los críticos más feroces se encontraban los municipios de la nación, que habían sufrido recortes draconianos a consecuencia de las bajadas de impuestos y de la disminución de la ayuda del gobierno federal. Cuando los alcaldes se reunieron en Baltimore en junio de 2011 en la reunión anual de la U. S. Conference of Mayors [Conferencia de Alcaldes de Estados Unidos], expresaron sus quejas a la administración y pidieron la pronta terminación de las guerras de Irak y Afganistán y recibir los ciento veintiséis mil millones de ahorro anual para remozar poblaciones en todo el país. Antonio Villaraigosa, el alcalde de Los Ángeles, comentó: «La idea de que construyamos puentes en Bagdad y en Kandahar y no en Baltimore o Kansas City es como para volverse locos».[156]

Las presiones por abandonar Afganistán se incrementaron de manera muy importante el primero de mayo de 2011 cuando un grupo de operaciones especiales de la Marina, los Navy SEALs, mataron a Osama bin Laden, que vivía confortablemente en una casa de Abottabad a la sombra de la academia militar más importante de Pakistán. En la creencia de que miembros de la administración paquistaní debían de estar desde hacía tiempo al corriente del paradero de Bin Laden, muchos norteamericanos exigieron el fin de las ayudas a Islamabad. La desconfianza en el Gobierno paquistaní era tan profunda que Estados Unidos no avisó de que había descubierto a Bin Laden ni, por supuesto, del ataque, por miedo a que alguien pusiera sobre aviso al terrorista.

La operación resultó enormemente embarazosa para Pakistán, cuyo gobierno era apenas más estable que el del vecino Afganistán. Anne Patterson, embajadora norteamericana en Pakistán, había dicho a primeros de 2010: «El gobierno civil paquistaní sigue siendo débil, ineficaz y corrupto». Su presidente, Asif Alí Zardari, principal aliado de Norteamérica, había confesado a Joe Biden que el ejército y el Directorio, que eran los que en realidad detentaban el poder en Pakistán, podrían expulsarlo.[157] El general Ashfaq Parvez Kayani, comandante en jefe del ejército, se encontraba también en una posición muy débil, porque debía hacer frente a los oficiales que ponían objeciones a sus lazos con Estados Unidos. Sometido a diversas presiones, Kayani anunció que Pakistán dejaría de cooperar con Estados Unidos en los ataques con *drones* contra los guerrilleros que operaban desde Pakistán y que restringiría en gran medida las competencias de los operativos de los servicios de inteligencia norteamericanos en su territorio.

Las relaciones entre los «aliados» sufrieron un nuevo revés en noviembre de 2011, cuando un ataque aéreo de la OTAN se saldó con la muerte de veinticuatro soldados paquistaníes. Los oficiales norteamericanos se negaron a pedir disculpas y el gobierno de Islamabad cerró las rutas de suministro a Afganistán, obligando a la OTAN a ceñirse a alternativas más lentas y costosas. El mes de mayo siguiente un tribunal paquistaní condenó por el delito de traición a un médico que había ayudado a la CIA a localizar a Bin Laden y lo sentenció a treinta y tres años de cárcel. El Senado norteamericano tomó represalias de forma inmediata y votó una disminución de treinta y tres millones de dólares en ayuda militar que se sumaba a los mil doscientos millones que ya tenía retenidos. Finalmente, tras las disculpas de la secretaria de Estado Hillary Clinton, Islamabad reabrió las rutas de suministro a primeros de julio de 2012.

En el Congreso, republicanos y demócratas utilizaron por igual el asesinato de Bin Laden para presionar en favor de una rápida retirada de las tropas de Afganistán. Richard Lugar, el parlamentario más relevante del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, sostuvo: «Ya no está claro por qué seguimos allí»; y rechazó la idea de que Estados Unidos tuviera el deber de comprometerse «en una reconstrucción nacional ambiciosa».[158] El senador Dick Durbin, importante figura del Partido Demócrata, coincidía con él. «Si opináis que la resolución de este conflicto por medios militares es muy improbable y desde luego no constituye una base realista de la política norteamericana, ¿cómo vamos a enviar a un solo soldado americano más a combatir y a morir en Afganistán?», preguntó.[159]



Obama y su equipo de Seguridad Nacional en las dependencias de la Casa Blanca donde recibían datos actualizados de la misión del asesinato de Osama bin Laden.

Las desavenencias entre Estados Unidos y el gobierno de Hamid Karzai continuaron. A mediados de junio de 2011, Karzai denunció a las fuerzas de la coalición en un discurso ante la Conferencia

Internacional de la Juventud de Afganistán. «Recordaréis que hace pocos años yo daba las gracias a los extranjeros por su ayuda; les dábamos las gracias en todo momento —dijo—. Pues he dejado de dárselas [...]. Están aquí por interés, en busca de sus propios objetivos, y aprovechan nuestra tierra para conseguirlos», lamentó en una emisión televisiva de alcance nacional. El presidente afgano no solo mencionó las cifras crecientes de víctimas civiles de los bombardeos de la OTAN, sino también los daños ocasionados al medio ambiente, subrayando los efectos de las armas de uranio empobrecido.[160] Pocas semanas antes había manifestado su indignación por un bombardeo de la OTAN que mató a varios niños y otros civiles y amenazó con llevar a cabo «acciones unilaterales» contra la OTAN si seguía bombardeando hogares. «Si continúan atacando nuestras casas... —advirtió—, la historia nos ha demostrado lo que los afganos somos capaces de hacer con los intrusos y los ocupantes».[161] El Gobierno norteamericano se quedó estupefacto ante tamaña ingratitud. El embajador Eikenberry, que estaba a punto de dejar el cargo, respondió: «Cuando oímos que nos llaman ocupantes, o algo peor, y que tachan nuestros generosos programas de ayuda de totalmente ineficaces y de fuente de toda corrupción, ofenden nuestro honor y flaquea nuestra voluntad de seguir adelante».[162]

Escarmentado por la firme respuesta a sus desconsiderados comentarios, Karzai cuidó su lenguaje durante unos cuantos meses. Pero en octubre, volvió a suscitar las iras de sus aliados norteamericanos al comentarle a un periodista paquistaní: «Si algún día estalla la guerra entre Pakistán y Estados Unidos, nos pondremos del lado de Pakistán. No quiero que ningún soldado norteamericano vuelva a entrar en la casa de un afgano nunca más».[163]

Como el senador Durbin había dicho, con nuevos envíos de tropas o sin ellos, la solución militar del conflicto parecía lejana. Solo en julio y agosto de 2011, los talibanes asesinaron a ciento ochenta y un altos cargos del gobierno afgano, incluido Ahmed Wali Karzai. Otras víctimas fueron el alcalde de Kandahar, el presidente del consejo religioso de esta ciudad, uno de los asesores más estrechos de Hamid Karzai y Burhanudín Rabbani, negociador en las conversaciones de paz y expresidente.[164] A finales de julio de 2012, datos de la OTAN demostraban que en los tres meses anteriores el número de atentados se había incrementado un 11 por ciento con respecto al año anterior, lo cual desenmascaraba las repetidas afirmaciones de que los aliados estaban derrotando a los insurgentes.[165]

Pero las malas noticias se multiplicaban. En septiembre Human Rights Watch informó de que miembros equipados, formados y financiados por Estados Unidos de la Policía Local Afgana y de las milicias arbakai habían matado, violado y secuestrado a ciudadanos a los que supuestamente debían proteger. A esos delitos había que añadir además detenciones arbitrarias y apropiación indebida de tierras. La creación de unas fuerzas y cuerpos de seguridad sólidos era esencial para los planes norteamericanos de estabilizar el país. Petraeus había declarado ante el Senado norteamericano que la Policía Local Afgana era, «posiblemente, el elemento más crítico en nuestras iniciativas por ayudar a Afganistán a desarrollar la capacidad de contar con unas fuerzas de seguridad propias».[166]

La Policía Nacional Afgana, el otro pilar de la futura estabilidad, era también muy deficiente. Menos de un mes después del devastador informe de Human Rights Watch, la misión de ayuda de las Naciones Unidas en Afganistán encontró pruebas «incontrovertibles» de que, durante los interrogatorios, el servicio de inteligencia afgano, es decir, el Directorio Nacional de Seguridad, y la Policía Nacional Afgana sometían a los detenidos, incluidos los menores de edad, a torturas «sistemáticas» como, por ejemplo, retorcerles los genitales hasta que se desmayaban, suspenderlos por las muñecas y azotarlos con cables y mangueras, arrancarles las uñas de los pies, aplicarles *electroshock*, obligarlos a mantener posturas dolorosas y amenazarlos con abusos sexuales.[167]

La agencia de control de narcóticos de las Naciones Unidas publicó que los esfuerzos de la OTAN por que disminuyera el tráfico de drogas en Afganistán estaban fracasando. El cultivo de la

adormidera aumentó en 2011 por segundo año consecutivo a pesar de que ese mismo año los fondos destinados a combatir el tráfico de estupefacientes habían aumentado un 65 por ciento. También ese mismo año los cultivos de opio crecieron un 7 por ciento y, debido al enorme aumento de los precios, la actividad reportaba mil cuatrocientos millones de dólares, es decir, el doble que el año anterior. El cultivo de opio, como la propia insurgencia, se había extendido al norte y al este del país, donde anteriormente no existía. Los atentados al personal encargado de erradicarlo se habían cuadruplicado con respecto al año anterior.[168]

Anticipando el triste fin de la presencia norteamericana en Afganistán, en octubre de 2011 Obama anunció la retirada de las tropas de Irak para finales de año. En realidad, había sido George W. Bush quien había negociado la fecha del 31 de diciembre ya en 2008. Pese a todo, Obama se llevó todo el mérito por cumplir con una de las promesas de su campaña electoral. La mayoría de los norteamericanos aplaudieron el final de la debacle de Irak.

En el seno del Pentágono, sin embargo, el anuncio molestó a muchos. Tras haber insistido en que era necesario dejar en Irak un contingente de entre diez mil y veinte mil efectivos, los generales habían reducido su petición para dejarlo entre tres mil y cinco mil soldados. Se unieron, por otra parte, a las presiones de Obama y Hillary Clinton a los iraquíes para que garantizaran inmunidad a las tropas que se quedaran en el país. Inconmovible, el bloque chií del Parlamento, liderado por Muqtaqa al Sadr, les negó esa inmunidad y Washington tuvo que retirar hasta el último de sus hombres.



Academia de la Policía Nacional Afgana. El comandante del cuerpo desfila ante unos cadetes durante una ceremonia de graduación. Tan eficaces para garantizar la seguridad de sus conciudadanos como los miembros de la Policía Local Afgana —acusados de violaciones y asesinatos en aldeas que se suponía debían proteger—, la Misión de Ayuda de la ONU encontró «pruebas incontrovertibles» de que los agentes recurrían sistemáticamente a la tortura de los detenidos.

Sin embargo, la presencia norteamericana en Irak no había terminado del todo. El Departamento de Estado calculaba que era preciso dejar entre dieciséis mil y diecisiete mil norteamericanos, incluidos unos cinco mil quinientos empleados de contratas del ejército. La mayor embajada norteamericana del mundo, el recinto fortificado de casi cincuenta hectáreas de Bagdad, y los consulados de Basora y Erbil continuaron siendo recordatorios constantes de la invasión, devastación, conquista y ocupación norteamericanas. El coronel John S. Laskodi, comandante de una brigada que colaboró con el Departamento de Estado durante la transmisión de poderes, señaló: «El Departamento de Estado se ha embarcado en la mayor misión de su historia». Al senador John Kerry le preocupaba que Estados Unidos estuviera «sustituyendo al ejército por un grupo de mercenarios privado». Las tropas que se quedaban en Irak supervisarían las contratas norteamericanas con el Ejército iraquí para la venta de tanques, aviones de caza y otras armas por valor de diez mil millones de dólares, de los cuales tres mil millones los abonaría el propio Ejército norteamericano. Estados Unidos gastó además otros mil millones de dólares al año en la formación de la policía iraquí.[169]

La factura definitiva ascendería a casi cuatro mil quinientos soldados norteamericanos muertos y más de treinta y dos mil heridos. Decenas de millares más sufrieron de síndrome postraumático y otras dolencias psicológicas. Según algunos cálculos, los iraquíes sufrieron entre ciento cincuenta mil y más de un millón de muertos. En octubre de 2006, un equipo de epidemiólogos norteamericanos e iraquíes habló de «un exceso» de seiscientos cincuenta y cinco mil muertos iraquíes a consecuencia de la invasión.[170] Estados Unidos había gastado cerca de un billón de dólares, aunque eso solo suponía una pequeña fracción del coste total.



Afganistán. Unos aldeanos destruyen un campo de adormideras en el distrito de Por Chamán, provincia de Farah. No serviría de nada. La industria del opio, floreciente en los años de gobierno de Hamid Karzai, motivó el incremento del número de drogodependientes y la corrupción rampante del Estado.

Obama dio la bienvenida a las tropas que volvían a casa en Fort Bragg. Pero en lugar de referirse a la guerra de Irak como el desastre sin paliativos que había sido, de extraer las lecciones pertinentes y de dar las gracias a los soldados por sus sacrificios, el presidente se sintió impelido a adornar el fin del conflicto con una retórica patriotera que recordaba las evocadoras palabras de Rudyard Kipling, antiguo defensor del imperio que en la Primera Guerra Mundial convenció a su hijo para que se alistase solo para verle morir en su primer día de combate. En su poema «Epitafios de la guerra», Kipling escribió: «Si algunos os preguntan por qué morimos / decidles: porque nuestros padres mintieron».[171] Las mentiras de Obama eran igual de insidiosas. «Dejamos atrás un Irak soberano, estable y que confía en sí mismo, con un gobierno representativo elegido por el pueblo», dijo, elogiando la «extraordinaria hazaña» de las tropas. La «lección más importante —prosiguió— [...] tiene que ver con nuestro carácter como nación [...]. Porque no hay nada que nosotros, los americanos, no podamos hacer cuando actuamos unidos [...]. Por eso el Ejército de Estados Unidos es la institución más respetada de este país». Felicitó a los soldados por su predisposición al sacrificio, «sobre todo teniendo en cuenta que lo habéis hecho por un pueblo al que no conocíais». Ese sacrificio, insistió, «forma parte de lo que nos hace especiales como americanos. A diferencia de los viejos imperios, nosotros no hacemos tales sacrificios para obtener territorios ni recursos. Los hacemos porque es lo justo. No puede haber expresión más plena del apoyo de América a la autodeterminación que haber dejado Irak en manos del pueblo. Eso habla de cómo somos». Tras haber reescrito la historia de Irak, puso el punto de mira en Afganistán, afirmando que las tropas habían «quebrado el ímpetu de los talibanes». Las guerras de Irak y Afganistán, aseguró, habían hecho a «América más fuerte y del mundo, un lugar más seguro». Recurriendo a la reserva de mitos sagrados de Estados Unidos, aclamó la fuente de su grandeza: «Los valores recogidos en nuestros documentos fundacionales y una voluntad única entre las naciones de pagar un elevado precio por el progreso, la libertad y la dignidad del hombre. Eso es lo que somos. Eso es lo que, unidos, hacemos

los americanos». Y recordó a los soldados presentes: «Sois parte de un linaje ininterrumpido de héroes que se remonta dos siglos, desde los colonos que derribaron un imperio, hasta vuestros abuelos y padres, que hicieron frente al fascismo y al comunismo y acabaron con ellos. Y luego estáis vosotros, hombres y mujeres que habéis luchado por los mismos principios que ellos en Faluya y Kandahar y que habéis impartido justicia a quienes atentaron contra nosotros el 11 de septiembre de 2001».

Resulta complicado saber por dónde empezar a diseccionar las distorsiones y a desenmascarar las mixtificaciones, pero, como ya hemos demostrado a lo largo de este libro, el presunto altruismo, benevolencia y sacrificio de los norteamericanos podrían ser un buen lugar para hacerlo, especialmente cuando se combinan con un desmentido explícito del interés por los territorios y los recursos. Obama identificó en su discurso de Fort Bragg la singularidad de Estados Unidos por su «voluntad única entre las naciones de pagar un elevado precio por el progreso, la libertad y la dignidad del hombre». Las guerras de Irak y Afganistán, declaró, de forma absurda, habían hecho a «América más fuerte y del mundo, un lugar más seguro». Comparó a las tropas que habían matado a centenares de civiles iraquíes en Faluya con los colonos «que derribaron un imperio» y con la generación de la Segunda Guerra Mundial, que hizo frente al fascismo y al comunismo y acabó con ellos. Quizá no hubiera visto arder la bandera americana para júbilo de la muchedumbre en Faluya el Día de la Resistencia y la Libertad, que conmemora la salida de las tropas norteamericanas de Irak. Quizá no hubiera leído las crónicas de los marines sobre la matanza gratuita y a menudo indiscriminada de civiles iraquíes, mujeres y niños incluidos, en Haditha y otros lugares. Quizá no hubiera reparado en la explicación del comandante de las tropas norteamericanas en la provincia de Anbar de por qué no investigaba el asesinato de veinticuatro civiles iraquíes por los soldados norteamericanos en esa ciudad, Haditha. «Porque ocurre a todas horas [...] —dijo este militar—, en todo el país». Y en lo que fue o bien la mentira más despreciable desde los primeros días de la administración Bush o bien fruto de una retórica aguada e insensible, congratuló a las tropas por haber luchado «por los mismos principios que ellos [sus predecesores en el ejército] en Faluya y Kandahar», y por haber impartido justicia a quienes atentaron contra Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, con lo cual daba crédito a la invención de la pareja Bush-Cheney según la cual la invasión de Irak estaba en cierto modo justificada por el apoyo de Sadam Hussein a Al Qaeda y perpetuaba la peligrosa fantasía de que la ocupación de Irak y de Afganistán tenía algo que ver con los atentados de la organización de Bin Laden.[172]

Obama había acabado apenas de pronunciar su discurso cuando el «estable» Irak se sumió en el caos. En pocos días se vio al borde de la guerra civil y sacudido por una serie de atentados suicidas que dejaron decenas de muertos y cientos de heridos. Los suníes se sentían particularmente agraviados. El gobierno de coalición que los funcionarios norteamericanos finalmente habían conseguido reunir casi ocho meses después de las elecciones de 2010 se había derrumbado. El primer ministro, Nuri Kamal al Maliki, chií, había emitido una orden de arresto del vicepresidente, Tariq al Hashimi, suní, acusándole de dirigir un escuadrón de la muerte, y había intentado acabar también con el vice primer ministro, otro suní. Hashimi huyó a Kurdistán para evitar la detención. Las fuerzas de seguridad de Al Maliki ya habían arrestado a centenares de dirigentes de la oposición suní y a antiguos miembros del Partido Baaz las semanas previas mientras Al Maliki afianzaba su control del ejército y la policía. La oposición lo acusó de querer convertirse en un dictador. Los suníes y otros críticos seculares boicotearon el Parlamento. Las provincias suníes llevaban meses pidiendo mayor autonomía y los kurdos se habían establecido en Kurdistán, región rica en petróleo que contaba con fuerzas de seguridad, Parlamento y presidente propios. El país amenazaba con escindirse en tres estados distintos.

El desdén de los iraquíes por el «sacrificio» de los soldados norteamericanos, que les había

servido para deshacerse de un dictador aborrecible, pero que había tenido la consecuencia de centenares de miles de compatriotas muertos o heridos, se reflejó en el hecho de que la mayoría de los cargos invitados a lo que *The Washington Post* llamó «desfile al parecer interminable de ceremonias militares» no respondieran a la invitación. En realidad, las grandes ceremonias de clausura de las bases militares se habían interrumpido la primavera anterior porque los insurgentes las aprovechaban para perpetrar atentados. Una de dichas convocatorias resultó particularmente sangrienta. El 17 de diciembre, oficiales norteamericanos e iraquíes se reunieron para la ceremonia de cesión a las Fuerzas Aéreas de Irak de la base militar de Adder, último emplazamiento de estas características de los norteamericanos en Irak, que había albergado a doce mil soldados y diverso personal de seguridad. Greg Jaffe, de *The Washington Post*, describió así la escena: «[En primer lugar] una banda iraquí de seis músicos ataviados con sucios uniformes azules tocó una desafinada marcha con sus abollados trombones y trompetas [...]. Un oficial iraquí profirió vítores en árabe y dio palmadas y zapateó. Al poco, la mayoría de los iraquíes allí reunidos cantaban y vitoreaban con él [...]. Un oficial norteamericano se sentaba, rígido, en el estrado tras un cartelito donde podía leerse: “Coronel” [...]. Luego, el maestro de ceremonias iraquí gritó: “Es el final de la ocupación americana. Que Dios se apiade de nuestros mártires”». Los últimos soldados norteamericanos se escabulleron al amparo de la noche en lo que el *Post* llamó «secreto convoy de madrugada a Kuwait».[173]



Salpicada de sangre, Samar Hassan, una niña de cinco años, llora desconsoladamente la muerte de sus padres, que por error se han precipitado en coche contra una patrulla norteamericana a la puesta de sol en el distrito iraquí de Tal Afar. Las cifras de víctimas civiles de las guerras de Irak y Afganistán varían mucho según las fuentes.

Las guerras de Irak y Afganistán fueron un desastre sin paliativos. Hasta Robert Gates reconoció que, al menos hasta cierto punto, el hecho de haber invadido otro país resultaba indefendible. En febrero de 2011 declaró ante los cadetes de West Point: «En mi opinión, si en el futuro otros secretarios de Defensa aconsejasen al presidente el envío de un gran ejército de tierra americano a Asia o a Oriente Próximo, o a África, habría, como tan delicadamente dijo al general MacArthur, que “examinarle la cabeza”».[174]

Las consecuencias de años de políticas erradas o miopes maduraban como fruta amarga en todo el planeta. Pero en ningún sitio era esto más evidente que en Oriente Próximo, donde Estados Unidos se veía relegado al papel de observador de la extraordinaria sublevación democrática que fue la Primavera Árabe, que transformó desde la base una región que Washington tanto se había esforzado en cambiar. Tras décadas de apoyo sin sentido crítico a Israel al tiempo que armaba, formaba y apuntalaba a un dictador árabe detrás de otro, amén de aprovechar, tras los atentados de las Torres Gemelas y el Pentágono, a egipcios, sirios y otros como torturadores vicarios, Estados Unidos carecía de autoridad moral. Cuando hacía profesión de democracia, sus palabras sonaban hueras.

Nadie podía tampoco tomarse en serio su indignación ante regímenes represivos cuando sus fuerzas en Irak y Afganistán eran directa o indirectamente responsables de la muerte o mutilación de centenares de miles de personas.

Hasta la buena voluntad demostrada por Obama en su discurso en El Cairo duró poco. Ghaith al Omari, director ejecutivo de un grupo de trabajo norteamericano en Palestina, se dirigió a los activistas de la región del siguiente modo: «Se ha convertido en moda renegar de los americanos. Impera hoy la actitud de decir que Estados Unidos ha dejado de ser relevante, de que la Primavera Árabe ha ocurrido sin su ayuda».[175] Mohamed el Baradai, exdirector de la Agencia Internacional de Energía Atómica y premio Nobel de la Paz, culpó a Estados Unidos de las décadas de atraso y represión que padecía la zona. «América —denunció— ha empujado a Egipto y a todo el mundo árabe a la radicalización con su inepta estrategia de apoyo a la represión».[176]

Estados Unidos respaldó el cambio de régimen en Libia y el asesinato de Muamar el Gadafi con el pretexto de evitar nuevas atrocidades, pero este apoyo apestaba a hipocresía al confrontarlo con la prolongada pasividad de Washington ante las atrocidades perpetradas por los Gobiernos de Bahréin, Yemen, Siria y otros países y ante la represión interna en Arabia Saudí, donde los extremistas wahabíes continuaban financiando a Al Qaeda y otros grupos de la yihad. Daba la sensación de que de todo ello había que extraer la lección de que solo a los aliados de Estados Unidos se les permitía matar y oprimir a sus ciudadanos.

En realidad, al criticar a los regímenes represivos de Oriente Próximo, Obama omitió Arabia Saudí, que parecía una monarquía reaccionaria que Estados Unidos llevaba sesenta años apuntalando, siempre a cambio del petróleo sobre el que estaba asentada. Desde hacía tiempo, Arabia Saudí era el mayor comprador de armamento moderno de Estados Unidos. *The Wall Street Journal* calculaba que la partida que en ese aspecto Obama aprobó en 2010 podía ascender a sesenta mil millones de dólares. Ahora, cuando los saudíes ayudaban a frustrar las reformas democráticas en toda la región con su intervención política, monetaria y, en el caso de Bahréin, incluso militar, Estados Unidos demostraba ser un aliado poco fiable para quienes en verdad apostaban por una política de progreso.

Estados Unidos, además, estaba también entrampado en su continuo abrazo de un Gobierno israelí inclinado acusadamente hacia la derecha. En realidad, daba la impresión de que Obama tenía mayores simpatías por la postura palestina que sus predecesores y cuando eligió a George Mitchell como enviado especial a Oriente Próximo suscitó las esperanzas de que Estados Unidos apoyara por fin un acuerdo equitativo entre Israel y Palestina. Entre las cuestiones más candentes estaba la ocupación por medio millón de colonos judíos del este de Jerusalén y de Cisjordania. A este problema se sumaba el bloqueo israelí de Gaza tras el triunfo de Hamás en Palestina en las elecciones de 2006. Todos, con la excepción del gobierno de derechas israelí de Benjamín Netanyahu y de los miembros del *lobby* conservador israelí de Estados Unidos, admitían que se trataba de una medida no solo injusta e insostenible, sino peligrosa para la ya tenue democracia israelí.

Sin embargo, no fue Mitchell sino Dennis Ross, principal asesor de Obama sobre Oriente Próximo, quien impuso su criterio en los debates internos de la Casa Blanca. Ross, protegido de Paul Wolfowitz y asesor de varios presidentes desde Ronald Reagan, era un firme defensor de Israel. En mayo de 2011, el rey Abdalá II de Jordania lamentó la «respuesta positiva» del Departamento de Estado y del Pentágono, «pero no de la Casa Blanca»; «y sabemos —añadió— que eso es culpa de Dennis Ross». Ross y Mitchell disentían sobre la propuesta norteamericana de un plan global de paz en la región. Mitchell opinaba que quizá hubiera que presionar al gobierno de Netanyahu, que proseguía con su política de resistencia y asentamientos ilegales, en pos de la solución de los dos estados. Ross, en cambio, no quería presionar a Israel. El organizado *lobby* israelí, que venía ejerciendo una insólita influencia en la política norteamericana, apoyaba este segundo punto de vista. En abril de 2011, cuando Obama cedió a las presiones del American Israel Public Affairs Committee

[Comité Norteamericano de Asuntos Públicos de Israel], Mitchell, decepcionado, dimitió.[177]

Estados Unidos volvió a hacer gala de su desprecio por la opinión mundial sobre el conflicto palestino-israelí al vetar la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que condenaba los asentamientos israelíes en territorio palestino no solo por ser ilegales, sino, además, por suponer un obstáculo para la paz. Dicha resolución fue respaldada por al menos ciento treinta naciones y votada por los otros catorce miembros del Consejo de Seguridad. Mientras la administración Obama quiso cultivar los favores del Comité Norteamericano de Asuntos Públicos de Israel, la facción más conservadora del poderoso *lobby* israelí, la mayor parte del mundo buscaba el voto en la ONU en reconocimiento de un estado palestino independiente a pesar de la ruidosa oposición de Estados Unidos e Israel.

Aunque Israel y Estados Unidos lograron frustrar la iniciativa, Israel estaba cada día más aislado. La expulsión de Hosni Mubarak de Egipto y el creciente apoyo turco a los palestinos costó a Israel dos de sus más estrechos aliados en la región. Además, la presencia de islamistas aumentaba en toda la zona. Thomas Friedman culpaba de ello a «los cincuenta años de dictadura árabe, durante los cuales solo a los islamistas se les permitía organizarse en las mezquitas cuando, en cambio, ningún partido democrático independiente y secular pudo desarrollarse en la arena política».[178] Las revueltas en la vecina Siria contra el brutal régimen de Bashar al Asad, amén de un importante revés para Irán y Hezbolá, sumaron un nuevo elemento de inestabilidad en las fronteras de Israel, porque aumentaba el peligro de que el gran arsenal de armas químicas sirio cayera en manos de extremistas islámicos. Pese a todo, Netanyahu y sus aliados de la derecha siguieron igual de intransigentes y ampliaron una vez más los asentamientos en el este de Jerusalén y Cisjordania, desafiando no solo a Obama, sino a la opinión pública mundial a pesar de ser conscientes de que dichas medidas minaban las posibilidades de alcanzar la solución de los dos estados.

Avraham Burg, expresidente de la Knéset israelí, dudaba de que los dirigentes de su país tuvieran en realidad intención de llegar a una solución justa. «¿Podemos seguir existiendo sin un adversario eterno, sin ser víctimas de la persecución?», se preguntaba. Zeev Sternhell, distinguido intelectual israelí, dio su respuesta en un artículo publicado en *Haaretz* y atinadamente titulado «La derecha israelí necesita la guerra perpetua».[179]

La imaginación de esa derecha se alimentaba sobre todo de una posible guerra con Irán. Los halcones de Israel se esforzaban por conseguir apoyos para atacar las instalaciones nucleares iraníes, que, en su opinión, se utilizaban para la fabricación de una bomba nuclear. Había buenas razones para asegurarse de que Irán no llegara a ese punto, particularmente porque podía suponer el inicio de una carrera armamentística nuclear en toda la región cuando Arabia Saudí, Turquía, Egipto, Siria y posiblemente otros países quisieran seguir su ejemplo. En septiembre de 2011, Irán inauguró en Bushehr su primera central nuclear, construida según un modelo ruso —otras naciones de Oriente Próximo no le andan a la zaga y hay decenas de centrales nucleares que tienen planeada su entrada en funcionamiento para 2017 o 2018—. Irán, en cambio, insistía en que no tenía la menor intención de fabricar una bomba atómica y siempre ha permitido la entrada de inspectores internacionales. Por el contrario, según algunos cálculos, Israel posee unas doscientas bombas atómicas. El Comité de Inteligencia del Senado norteamericano se atenía al Informe Nacional de Inteligencia del año 2007, según el cual Irán había puesto fin al programa de desarrollo de armas nucleares en 2003 y no lo había reanudado. Militares estadounidenses advirtieron a los israelíes de que un ataque preventivo no solo no alcanzaría los resultados deseados, sino que podría tener consecuencias desastrosas en la región y quizá en otros lugares. Esperaban, por otra parte, que insistir en las sanciones a las exportaciones de petróleo iraníes y al Banco Central de Irán acallara las peticiones de intervención militar.

Israel había estado peligrosamente cerca de atacar Irán en 2010. En junio de 2011, Meir Dagan, que

había dejado la dirección del Mossad el mes de septiembre anterior tras ocho años en el cargo, reveló que Gabi Ashkenazi, jefe del Estado Mayor del ejército, Yuval Diskin, director del Shin Bet, el organismo encargado de la seguridad interna israelí, y él mismo habían logrado frustrar las temerarias propuestas de Netanyahu y de Ehud Barak, el ministro de Defensa. Ahora, sin embargo, que los tres habían dejado sus puestos, temía las medidas que pudiera adoptar su gobierno. Explicó: «Me he decidido a hablar porque, cuando yo formaba parte del gobierno, bloqueé, junto con Diskin y Ashkenazi, alguna aventura peligrosa. Ahora temo que nadie pueda parar a Bibi [Netanyahu] y a Barak». Existían, no obstante, informes que indicaban que el presidente Shimon Peres, Gadi Eisenkot, alto mando de las fuerzas de defensa israelíes, y Amos Yadlin, jefe de la inteligencia militar retirado recientemente, también se oponían a atacar Irán.[180]

Una gran mayoría de israelíes también rechazaba la acción militar. En noviembre de 2011, una encuesta reveló que el 43 por ciento de los judíos israelíes estaban a favor y que el 90 por ciento creían que Irán acabaría por disponer de armamento nuclear. El 64 por ciento apoyaban la conversión de la región en una zona libre de armas nucleares, por mucho que eso exigiera la renuncia de Israel a su arsenal.[181]

La erosión del poder y la influencia de Estados Unidos era también evidente en América Latina, donde, como en Oriente Próximo, las consecuencias de un siglo de respaldo a dictadores que favorecían los intereses empresariales y políticos norteamericanos en contra del bienestar de sus pueblos se dejaban sentir con una oleada de antiamericanismo que recorrió todo el continente los primeros años del siglo XXI. Aparte de tolerar la expulsión del presidente Manuel Zelaya en Honduras, Estados Unidos se había demostrado incapaz de detener la tendencia a la izquierda que se imponía en Sudamérica y América Central. Incluso Colombia, su aliado más fiel, había reevaluado sus lazos con el «coloso» del norte. Desde su llegada al gobierno en 2010, el presidente Juan Manuel Santos no solo había dado pasos para reducir la enorme desigualdad entre ricos y pobres en su país, sino que había recompuesto sus relaciones con Venezuela y Ecuador y llamaba a Hugo Chávez su «nuevo mejor amigo».[182]

En diciembre de 2011, Chávez convocó a los jefes de Estado del Caribe y Latinoamérica a una cumbre de dos días en Caracas. El pintoresco y controvertido dirigente venezolano reveló que su objetivo era establecer un contrapeso en el continente de la Organización de Estados Americanos, dominada por Estados Unidos. A diferencia de la OEA, la nueva organización, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, CELAC, incluía a Cuba y excluía a Estados Unidos y Canadá. Chávez proclamó que la cumbre era «el acontecimiento político más importante de nuestra América en cien años o más». Raúl Castro, el presidente cubano, fue aún más grandilocuente y anunció que la nueva organización era en potencia «el mayor acontecimiento de nuestros doscientos años de semiindependencia». La nueva organización se esforzaría por disminuir la influencia norteamericana en la región. «Es la sentencia de muerte de la doctrina Monroe», anunció el presidente nicaragüense Daniel Ortega en referencia al presidente norteamericano James Monroe, que en 1823 declaró que el hemisferio occidental era la esfera de influencia de Estados Unidos. «Es magnífico estar aquí, en la tierra de Bolívar», comentó a un periodista Fernando Lugo, el presidente de Paraguay. «El sueño de Bolívar se va haciendo realidad poco a poco», añadió.[183] Hasta aliados de Estados Unidos como los presidentes de México, Felipe Calderón, de Colombia, Juan Manuel Santos, y de Chile, Sebastián Piñera, hicieron acto de presencia en la sesión inaugural.

Estados Unidos se aisló todavía más cuando Obama asistió a la Cumbre de las Américas en abril de 2012. En la ciudad de Cartagena de Indias, los dirigentes políticos del hemisferio occidental, envalentonados tras la reunión de Caracas, desafiaron abiertamente a Estados Unidos de una forma estimulante y sin precedentes. El debate se centró en dos asuntos fundamentales para las relaciones interamericanas: la exclusión de Cuba y la guerra a los carteles de la droga auspiciada por Estados

Unidos. Si Washington había marcado la agenda de anteriores cumbres y dictado el marco de diálogo, ahora ya no era así. El presidente Calderón dijo que el cambio —la franqueza con que esta vez se habló de todos los temas— era «radical e impensable». *The Jamaica Observer* tituló un artículo sobre la reunión: «La cumbre demuestra hasta qué punto ha menguado la influencia yanqui».

Los dirigentes latinoamericanos manifestaron que estaban hartos de la insistencia de Estados Unidos en prohibir la participación de Cuba, postura defendida únicamente por Washington y Ottawa. Los miembros de la Alianza Bolivariana de las Américas, grupo de estados latinoamericanos constituido en 2004, dijeron que no participarían en una nueva cumbre sin Cuba. El presidente colombiano tachó la política norteamericana con Cuba de «anacrónica» e «ineficaz» y pidió la inclusión del régimen cubano, y lo mismo pidió Dilma Rousseff, la presidenta de Brasil. Aunque defendió su política, Obama señaló que la discusión le recordaba a «la diplomacia de las cañoneras, los yanquis y la Guerra Fría».

Algunos líderes criticaron también la política antidroga de Estados Unidos, que Obama volvió a defender a pesar de admitir su juvenil indulgencia. Otto Pérez Molina, el presidente de Guatemala, declaró que la guerra contra la droga, que se prolongaba ya cuarenta años, era un fracaso, y pidió la despenalización. Santos apuntó que los éxitos de Colombia en la reducción de los cultivos de coca solo habían redundado en el aumento de la producción en Perú y Bolivia, y que, aunque la violencia provocada por el tráfico de drogas también había disminuido en este país, últimamente crecía en México, Guatemala y Honduras.[184]

En un desafío sin precedentes, en agosto de 2012, el presidente ecuatoriano Rafael Correa consiguió indignar a las autoridades norteamericanas, británicas y suecas al ofrecer asilo político a Julian Assange. Assange se había ocultado en la embajada ecuatoriana para evitar la extradición a Suecia, donde era investigado por un posible delito de abusos sexuales. Temía que una vez en Suecia, lo extraditaran a Estados Unidos. A los británicos les molestó también el anuncio y amenazaron con irrumpir en la embajada ecuatoriana y arrestar a Assange, aunque eso habría constituido una violación flagrante de la legalidad internacional.

En junio de 2012, la derecha de Paraguay volvió a entrar en escena con un golpe de Estado parlamentario que inició el proceso de destitución del presidente Fernando Lugo, de izquierdas, cuyo programa moderado de reforma agraria amenazaba los intereses de los terratenientes paraguayos y de las multinacionales agrícolas. *The International Herald Tribune* se apartó de su línea habitual para comentar el hecho de que Estados Unidos, que antaño llevaba las riendas en Latinoamérica, se había vuelto irrelevante en los procesos políticos de la región.[185] En realidad, con su negativa a unirse a sus vecinos de hemisferio en la condena de la acción, Estados Unidos enviaba una señal de apoyo, cosa que no hicieron otras naciones latinoamericanas. Argentina, Brasil y Uruguay defendían la suspensión de Paraguay de Mercosur, la asociación de libre comercio sudamericana, e invitaron a Venezuela a unirse a ella como miembro de pleno derecho —Paraguay llevaba tiempo bloqueando la inclusión de Venezuela en Mercosur, que opera por consenso.

A pesar de los repetidos reveses en Oriente Próximo y Latinoamérica, el potencial militar de Estados Unidos seguía siendo incontestable. Como Chalmers Johnson reveló hace años, Estados Unidos no conserva su hegemonía global por medio de un imperio de colonias, sino con un imperio de bases militares repartidas por todo el planeta. Al periodista Nick Turse le resultaba imposible precisar el número exacto, pero encontró pruebas que indican que superan el millar. Amén de los costes de mantener esa inmensa red que, por ejemplo, solo en la isla japonesa de Okinawa cuenta con treinta y ocho. En Corea del Sur, por ejemplo, todavía quedan ochenta y siete.[186] En 2012 el antropólogo David Vine confirmó que el número total de bases, pese al cierre de las quinientas cinco de Irak, seguía superando el millar y que anualmente su mantenimiento, y el de los doscientos cincuenta y cinco mil soldados destinados fuera de Estados Unidos, costaba alrededor de doscientos

cincuenta mil millones de dólares. La estructura, sin embargo, estaba también cambiando en su mayor parte y de las mastodónticas bases de la Guerra Fría se pasaba a bases mucho más pequeñas, llamadas «nenúfares», que podían servir de trampolines de tropas enormemente móviles. Ese tipo de bases proliferaba en Oriente Próximo, Asia y Latinoamérica.[187] Además, el Ejército norteamericano multiplicaba rápidamente su presencia en África. Por su parte China, el nuevo rival internacional de Estados Unidos, solo contaba con una base fuera de su territorio.

Estados Unidos se enfrentaba a un dilema. Ahora que había terminado la Guerra Fría, el mundo se negaba a jugar de acuerdo a sus reglas. Ni su superioridad militar sin precedentes ni su abrumador poder económico se traducían en capacidad para inclinar la historia en el sentido deseado. El mundo parecía escapar cada vez más de su control. Nada simboliza mejor esta circunstancia que el auge de China, con mil trescientos millones de habitantes, una economía floreciente (casi el 40 por ciento de la cual seguía en manos del Estado) y un sistema político controlado por su autoritario Partido Comunista. El crecimiento económico de China, extraordinario bajo cualquier punto de vista, se hacía aún más evidente al compararlo con el estancamiento y el declive de la economía norteamericana. En 2011 la renta per cápita de China, aunque equivalía a solo el 9 por ciento de la de Estados Unidos, era el doble que cuatro años antes. El Gobierno chino, además, preveía que volvería a duplicarse en otros cuatro años. China había sustituido ya a Japón como segunda mayor economía del mundo, cuando en 2003 solo ocupaba el séptimo lugar. Que, según las consultorías Urban Land Institute y Ernst & Young, China dedicase un 9 por ciento de su PIB a infraestructuras, es decir, más del triple que Estados Unidos, era una señal del futuro que nos aguarda.[188]

El frenazo económico de China en octubre de 2011, por otra parte, no resultó tan grave cuando poco después Europa le pidió ayuda para salvar al euro, invitándola a invertir decenas de miles de millones de dólares en un fondo de estabilidad de emergencia, lo cual era lo mismo que pedirle que asumiera el papel que durante tanto tiempo había desempeñado Estados Unidos, el de líder financiero global. China había adquirido ya activos económicos fundamentales en Europa, que se había convertido en su mayor socio comercial. Aunque Pekín se resistía a inversiones tan importantes en un momento en que la situación económica europea era tan precaria, este intercambio de papeles tenía una relevancia innegable, en especial porque se producía semanas después de que los ministros de economía de Europa hubieran despreciado los consejos de Timothy Geithner. *The New York Times* título en primera página: «¿Consejos sobre deuda? Europa sugiere que Estados Unidos se abstenga».

En la opinión de que los últimos acontecimientos habían demostrado la superioridad de su sistema político y económico a un Occidente en decadencia, China se consolidaba también en otros aspectos. Lo más preocupante para Estados Unidos y el resto de Asia era la rápida modernización de su ejército. En diez años había triplicado sus gastos de defensa hasta alcanzar ciento sesenta mil millones de dólares y estaba construyendo una flota de alta mar, con buques de guerra, submarinos, aviones de caza y misiles de ataque, y su primer portaaviones, aunque aún queden años para que entre en servicio.

La modernización del ejército no habría sido tan alarmante para los países vecinos si Pekín no hubiera afirmado enérgicamente sus derechos sobre islas y territorios en disputa —ricos en petróleo, gas y minerales— de los mares de China Oriental y de China Meridional. Sus reivindicaciones en el mar de China Meridional, por ejemplo, chocaban con las de Vietnam, Indonesia, las Filipinas, Malasia, Taiwán y Brunéi. En el mar de China Oriental, en cambio, mantenía con Japón tensas relaciones ensombrecidas aún más por diversas confrontaciones que suscitaban pasiones en ambos bandos. La retórica subió de tono. En octubre de 2011, *The Global Times*, diario muy leído y estridentemente nacionalista, publicó: «Si esos países no quieren cambiar su proceder con China, tendrán que prepararse para el ruido de los cañones. Debemos estar listos, porque quizá esa sea la única forma de resolver las disputas en el mar».[189]

La escalada militar de China, que se había embarcado en una agresiva conquista de nuevas fuentes de energía y materias primas, y el hecho de que intimidara a sus más débiles vecinos dieron a Estados Unidos la excusa que andaba buscando. En vez de contribuir a resolver las diferencias amigablemente, el Gobierno norteamericano decidió explotar las tensiones de la región y abundar en la amenaza china. Al exagerar el crecimiento militar de China, los norteamericanos olvidaron mencionar que en los últimos veinte años Pekín había disminuido sustancialmente el tamaño de su ejército, el número de aviones de su fuerza aérea y su flota de submarinos, y que dedicaba a la defensa un porcentaje del PIB similar al de Japón, Corea del Sur y Taiwán.

Estados Unidos se aprestó a aprovechar una crisis prefabricada no solo para reafirmar su hegemonía en Asia y justificar un presupuesto de defensa inflado, aunque menor que el de años anteriores, sino para detener el declive de su poder y prestigio en todo el mundo. Con todas las apariencias de una nueva guerra fría, Estados Unidos se propuso «contener» el crecimiento económico, militar y político de China y presionó a otras naciones asiáticas para que le prestasen ayuda.

Hillary Clinton arrojó el guante a los chinos con un artículo publicado en el número de noviembre de 2011 de la revista *Foreign Policy* que, con toda franqueza, tituló «América: el siglo del Pacífico». El espectacular cambio anunciado por la secretaria de Estado se cifraba en «un sustancial incremento de las inversiones económicas, diplomáticas, estratégicas y de todo tipo en la región Asia-Pacífico»,[190] que también incluye el océano Índico.

Obama reforzó el mensaje ese mismo mes con una gira de ocho días por el Pacífico. En el Parlamento australiano declaró: «En el siglo de la región Asia-Pacífico, Estados Unidos está plenamente inmerso [...]. Yo, por tanto, he tomado una decisión estratégica muy meditada: como nación del Pacífico, Estados Unidos desempeñará un papel más importante que hasta ahora y a largo plazo para modelar esta región y su futuro». «Estados Unidos es una potencia del Pacífico, y estamos aquí para quedarnos», dijo, atreviéndose a predecir la caída del Partido Comunista chino. Y aseguró: «[Los recortes del presupuesto de defensa] no se producirán, repito, no se producirán a expensas de la región Asia-Pacífico». Para demostrarlo, anunció que Estados Unidos desplegaría dos mil quinientos marines en Australia en lo que suponía el primer incremento de tropas a largo plazo en Asia desde la guerra de Vietnam y de esa manera revertía décadas de paulatina disminución de la presencia militar en ese continente.[191] Ese contingente se añadía a los ochenta y cinco mil soldados con que Estados Unidos ya contaba en el Pacífico, donde, además, operaban siete de sus once portaaviones y dieciocho submarinos nucleares.

Desde Australia, Obama se dirigió a Bali para asistir a la reunión anual de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, con diez países miembros, y se convirtió en el primer presidente de Estados Unidos en asistir a la Cumbre del Este de Asia, con mayor número de participantes. En esta cumbre, Obama y otros censuraron al premier chino, Wen Jiabao, por sus reivindicaciones territoriales en el mar de China Meridional. El presidente norteamericano se comprometió además a reforzar los lazos con las demás naciones de la región y anunció que Estados Unidos había vendido veinticuatro cazas F-16 al Ejército del Aire de Indonesia. Sorprendió también a los asistentes desvelando sus planes de enviar a la secretaria de Estado a Birmania para recomponer las relaciones con ese aliado de China.

Hillary Clinton se encontraba en las Filipinas cuando Obama visitaba Australia. Desde el puente de mando de un buque de guerra norteamericano fondeado en la bahía de Manila, subrayó el apoyo de la Casa Blanca a la postura de las Filipinas en la disputa del mar de China Meridional. El mes de junio anterior, Estados Unidos había llevado a cabo maniobras navales conjuntas con las Filipinas y en julio, con Vietnam. En septiembre Estados Unidos y Vietnam firmaron un memorándum de cooperación en asuntos de defensa. Los antiguos enemigos debatieron incluso la posibilidad de que

las fuerzas navales norteamericanas tuvieran acceso al puerto de la bahía de Cam Ranh. Vietnam anunció un incremento del 35 por ciento del presupuesto de defensa en 2012. Estados Unidos divulgó además sus planes de destinar algunos buques de guerra en Singapur.

En diciembre las Filipinas botaron su navío de guerra más avanzado, un antiguo guardacostas norteamericano. Un periódico tailandés describió así la escena: «Al son de una banda de la Marina, unos sacerdotes católicos salpicaron con agua sagrada la cubierta del remozado barco, equipado con artillería antiaérea y un helicóptero de vigilancia en la cubierta de vuelo. Tres aviones de la Marina lo sobrevolaron y los oficiales estrellaron una botella de licor de caña de azúcar contra la popa para señalar su entrada en servicio». Los mismos oficiales desvelaron también la adquisición del primer transporte de tropas y vehículos blindados de las Filipinas y anunciaron planes para adquirir otro guardacostas y aviones de caza a Estados Unidos.[192] En julio de 2012, cuando surgían nuevas tensiones sobre las islas en disputa, el presidente Benigno Aquino III declaró que tenía intención de comprar helicópteros y otras aeronaves con propósitos militares. Malasia también hizo gala de su reforzado potencial militar con el despliegue de sus nuevos submarinos. Contaba con importantes yacimientos de petróleo y de gas en el mar de China Meridional.

El almirante Robert Willard, comandante del Mando del Pacífico, señaló que se habían dado pasos para fortalecer también las relaciones estratégicas con la India a fin de contrarrestar el creciente poder militar de China.[193] La India ocupaba un lugar preponderante en las iniciativas por contener a China. A pesar de la imposición de sanciones a la India tras sus pruebas nucleares de mayo de 1998, en marzo del año 2000 Bill Clinton se convirtió en el primer presidente norteamericano que visitaba Nueva Delhi en veintidós años. *The New York Times* dijo que la visita fue «una fiesta del amor». George W. Bush fue mucho más lejos para afianzar las relaciones con la India. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, levantó todas las sanciones y, al poco tiempo, suscribió una alianza militar. En 2006 firmó un acuerdo de cooperación nuclear a pesar del hecho de que la India no era uno de los países signatarios del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. Aunque se restringía al uso civil de la energía nuclear, dicho acuerdo era una patente violación del tratado y permitió que la India desarrollase su programa militar atómico. Estados Unidos tuvo antes que conseguir la aprobación de las cuarenta y cinco naciones del Grupo de Proveedores Nucleares, consorcio fundado por Washington después precisamente de una prueba atómica ilegal de la India en 1974. «El gobierno ha impuesto a otros países y luego tutelado la aprobación del deficiente pacto nuclear del presidente con la India», acusó el *Times* en un editorial. Ron Somers, presidente del United States-India Business Council [Consejo Empresarial Estados Unidos-India], habló de «movimiento tectónico» en las relaciones entre ambos países.[194] El acuerdo supuso también un enorme revés para los defensores de la no proliferación de armas nucleares.

Obama quiso abundar en esta asociación estratégica y acogió al primer ministro indio en su primera visita a la Casa Blanca, presionó en favor de la implementación del acuerdo a pesar de la fuerte oposición de algunos de sus propios asesores y consolidó la alianza militar suscrita por Bush. Hillary Clinton declaró que Estados Unidos y la India tenían la responsabilidad de «decidir el rumbo del mundo».[195] La visita de tres días de Obama a la India en noviembre de 2010 afianzó las relaciones.

En noviembre de 2011, el ministro de Defensa de la India aprobó un programa de modernización militar masiva de doce mil millones de dólares que incluiría la mayor ampliación del Ejército indio destinado en las fronteras con China desde la guerra de 1962. El Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos calculaba que la India habría gastado un total de ochenta mil millones de dólares en armas hacia 2015. La India ya había sido el mayor importador de armas del mundo entre 2006 y 2011. Para contrarrestar el creciente potencial naval de China, el Gobierno indio planeaba gastar cuarenta y cinco mil millones de dólares en ciento tres nuevos buques de guerra en un plazo de veintitrés años.

[196]

El elevado gasto militar indio se antojaba todavía más objetable a la luz del aumento constante de la pobreza y de la creciente desigualdad entre ricos y pobres. A principios de 2012, un estudio de la situación de setenta y tres mil hogares de nueve de los estados más pobres de la India reveló que el 42 por ciento de los niños menores de cinco años sufrían desnutrición. «El problema de la desnutrición es una vergüenza nacional», reconoció el primer ministro Manmohan Singh, que sin embargo continuaba gastando con prodigalidad el dinero de los indios en armamento innecesario.[197]

Estados Unidos no tenía paciencia con los vacilantes, como el primer ministro japonés Yukio Hatoyama comprobó cuando quiso renegociar el acuerdo para trasladar la gran base aérea de los marines dentro de Okinawa de Futenma a Henoko. Obama insistió en que Japón respetara su compromiso pese a la feroz oposición de los habitantes de la isla. Cuando Hatoyama cedió a las presiones de Washington, su gobierno cayó.

El sucesor de Hatoyama, Naoto Kan, había aprendido la lección. A finales de diciembre de 2010, Japón anunció un cambio en su doctrina militar y dejó de poner el énfasis en la amenaza de Rusia en el norte para destinar recursos a combatir a China y a Corea del Norte. Las Fuerzas de Defensa Especiales de Japón cooperarían también mucho más estrechamente con Estados Unidos, Australia y Corea del Sur. Las nuevas Directrices del Programa Nacional de Defensa pedían un incremento de la flota submarina japonesa, que pasaría de dieciséis buques a veintidós, y del número de cazas, y una reducción del número de tanques a fin de organizar una fuerza móvil capaz de intervenir con celeridad para lidiar con las crisis que pudieran surgir en los mares de China o de Corea. En diciembre de 2011, Tokio anunció la adquisición de unos cuarenta Lockheed Martin F-35, aviones de caza indetectables, por un precio estimado entre seis mil y ocho mil millones de dólares, pese a que necesitaba desesperadamente financiación para reparar los estragos causados por el devastador terremoto y tsunami de marzo, y el accidente nuclear de Fukushima.

Los dirigentes chinos acusaron a Estados Unidos de intentar rodear su país e insistieron en que era Washington y no Pekín quien aumentaba su interés por la región desde un punto de vista militar. China, sostenían, había intentado resolver pacíficamente sus disputas con los países vecinos. Asimismo, Pekín expresó su indignación por el hecho de que Obama hubiera aprobado una venta de armas a Taiwán por valor de cinco mil ochocientos millones de dólares, que se sumaba a una venta del año anterior de seis mil cuatrocientos millones. En el Congreso norteamericano, los republicanos habían pedido incluso más, a lo cual un alto cargo de la administración respondió que, comparado con Bush, Obama había «duplicado la cantidad en la mitad de tiempo». El *Diario del Pueblo*, periódico oficial del Gobierno chino, informó a Estados Unidos de que podía olvidarse de la cooperación con China en otros asuntos de interés global: «Los políticos norteamericanos se equivocan gravemente si creen que pueden por un lado exigir que China actúe como una gran potencia responsable y coopere con Estados Unidos en diversos asuntos y, por otro lado, perjudican de forma gratuita e irresponsable nuestros intereses fundamentales».[198] Los chinos estaban también molestos con otros desplantes, como la decisión de Obama de reunirse con el Dalai Lama cuando anteriormente se había negado a hacerlo en un periodo en que procuraba mejorar las relaciones con Pekín.

Además, Estados Unidos había insinuado que estaba desarrollando una nueva estrategia bélica en Asia llamada «concepto de batalla aeronaval». Aunque estaba etiquetada como alto secreto, apareció mencionada por primera vez en la Quadrennial Defense Review [Valoración de Defensa Cuatrienal], en 2010. Había sido ideada para coordinar las fuerzas aeronavales que contrarrestarían la creciente capacidad de China para interferir en los sistemas de comunicación y las armas de vanguardia de Estados Unidos y, por tanto, para debilitar su potencial militar en un posible conflicto. Los generales norteamericanos señalaron la amenaza que suponía la estrategia «antiacceso» de China, que

restringiría la posibilidad de que Estados Unidos pudiera ayudar militarmente a sus aliados. Temían, según Andrew Krepinevich, del Center for Strategic and Budgetary Assessments, CSBA [Centro de Valoraciones Presupuestarias y Estratégicas], que esas medidas de los chinos les dieran el control de las vías de comunicación marítima en el Pacífico Occidental.[199] Desde la U. S. Air Force Academy [Academia de las Fuerzas Áereas de Estados Unidos] el secretario de Defensa Robert Gates dijo que dicha amenaza parecía diseñada «para neutralizar las ventajas de que el Ejército de Estados Unidos ha disfrutado desde el final de la Guerra Fría: absoluta libertad de movimientos y posibilidad de proyectar su poder sobre cualquier región del planeta con el envío de portaaviones, tropas y suministros».[200]

Los dirigentes chinos comprendieron que en realidad eran sus rutas comerciales las que se verían amenazadas si Estados Unidos imponía un control más férreo del mar de China Meridional, que surcaban los petroleros que transportaban la mayor parte de sus importaciones de crudo. Se comprometieron, por tanto, a resolver sus diferencias más sobresalientes con sus vecinos de un modo pacífico. Pero también dejaron claro que defenderían sus intereses. En su discurso de diciembre ante la Comisión Militar Central de China, el presidente Hu Jintao pidió a la marina que emprendiera «preparativos para la guerra».[201]

En sus cálculos entraba también una guerra contra Estados Unidos. Cuando CSBA, uno de los grupos de expertos en defensa que habían llevado a cabo juegos de guerra a gran escala contra China por encargo del Pentágono, publicó un informe sobre el tema en 2010, «el Ejército chino se volvió loco», según un oficial norteamericano que acababa de volver de Pekín. Otro informe interno preparado por el comandante del Cuerpo de Marines advertía de que «una batalla aeronaval resultaría exageradamente cara», y, en el marco de una guerra entre Estados Unidos y China, se saldaría «con incalculables daños humanos y económicos».[202]

Al insistir en la confrontación con China, Estados Unidos y sus aliados del Pacífico se estaban metiendo en un juego muy peligroso. Su dependencia económica de China les hacía particularmente vulnerables a cualquier represalia. Como propietaria de más de un billón de dólares en bonos del tesoro de Estados Unidos, China tenía en sus manos la economía norteamericana. ¿Podía Estados Unidos permitirse el lujo de enemistarse con su mayor acreedor? Para complicar las cosas, China había sustituido a Estados Unidos como principal socio comercial en todas las naciones asiáticas. En 2004 Estados Unidos era el primer socio comercial de los diez países miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático. En 2011 China ocupaba el primer lugar y Estados Unidos, el cuarto. En diciembre China y Japón anunciaron la conversión directa y mutua de sus monedas, lo cual obviaba la necesidad de ambos de comprar dólares antes de convertirlos a la moneda del otro. Esa medida no solo serviría para ampliar las relaciones comerciales entre las dos naciones, sino que representaba un importante avance en la transformación del yuan como moneda de reserva alternativa al dólar norteamericano, que era lo que China deseaba.

Impertérrito, Estados Unidos insistió en sus esfuerzos para afianzar su posición económica. En el otoño de 2011, constituyó una esfera de libre comercio, el Acuerdo Estratégico Trans-Pacífico de Asociación Económica, con aliados en Asia, Latinoamérica y América del Norte. No invitó, sin embargo, a China a unirse. Fred Hu, expresidente de Goldman Sachs en China y presidente del fondo de inversión Primavera Capital Group, se preguntó: «¿Cómo se puede pretender organizar una asociación de comercio creíble excluyendo a la nación comercial más importante del mundo?».

En un movimiento militar paralelo, en junio de 2012, el Mando del Pacífico norteamericano invitó a Rusia y a la India a participar en unas importantes maniobras navales en aguas de Hawái. China tampoco fue invitada.[203]

Estados Unidos no perdía sus aspiraciones hegemónicas, pero su capacidad política en Asia y el resto del planeta se vería muy limitada por las dimensiones de su crisis presupuestaria. En 2010 el Estado norteamericano ingresaba 3,8 billones de dólares y gastaba 1,6 billones más. Financiaba el déficit sobre todo en China y Japón. Solo la amortización de la deuda le costaba doscientos cincuenta mil millones de dólares. El presupuesto militar, incluidas las partidas para operaciones encubiertas, servicios de inteligencia, ayuda militar a países extranjeros, contratas privadas y pensiones y subvenciones a los veteranos totalizaba un billón de dólares. Christopher Hellman, de National Priorities Project, calculaba que Estados Unidos gastaba en «defensa» en realidad más de 1,2 billones de dólares de su presupuesto anual de tres billones, si se tenían en cuenta todos los gastos relacionados con el ejército y la seguridad.[204]

Esa cifra equivalía aproximadamente a los gastos de defensa del resto del mundo. En el cenit de la Guerra Fría, Estados Unidos solo acumulaba el 26 por ciento de los gastos en defensa de todos los países del planeta. El congresista Barney Frank observó: «Ahora que tenemos menos enemigos gastamos más dinero». Los gastos del ejército consumían aproximadamente el 44 por ciento de la recaudación del Estado. Mantener las bases costaba aproximadamente doscientos cincuenta mil millones. El inmenso ejército de contratistas privados del Pentágono, que, según *The Washington Post*, estaba formado por un millón doscientas mil personas, acaparaba una cantidad similar. También había que añadir las nuevas y costosas armas. Pero ¿tantos gastos servían para que los norteamericanos estuvieran más seguros? Frank comentó: «Me parece que ningún submarino nuclear ha matado jamás a un terrorista».[205]

En 2011 la administración Obama anunció su intención de reducir el presupuesto del Pentágono en al menos cuatrocientos cincuenta mil millones de dólares en diez años, con recortes adicionales de quinientos mil millones si el Congreso no aprobaba nuevos impuestos. Pero Obama y Leon Panetta, que había dejado la CIA para ponerse al frente del Departamento de Defensa, aclararon que la reestructuración no afectaría a las aspiraciones de Estados Unidos en Asia. Ambos, además,

rechazaron las propuestas de disminuir el número de portaaviones de once a diez y planeaban aumentar la inversión en bombarderos indetectables de gran autonomía y en sistemas antimisiles, considerados esenciales para combatir a China, amén de aumentar también el presupuesto para *drones*, armas espaciales y aviones de despliegue rápido. En junio de 2012, Panetta dijo en una conferencia de altos cargos de defensa de veintiocho naciones de la región Asia-Pacífico que Estados Unidos emprendería el «reequilibrio» de sus fuerzas. En 2020 el 60 por ciento de sus unidades navales estarían destinadas en el Pacífico y solo el 40 por ciento en el Atlántico, cambio sustancial con respecto al cincuenta-cincuenta de 2012. Esas fuerzas incluirían, explicó Panetta, «seis portaaviones y la mayoría de cruceros y destructores, así como flota costera y submarina». Por si alguien no se había dado por enterado, el secretario de defensa concretó sus prioridades de gasto: «Invertimos concretamente en [...] un caza avanzado de quinta generación, un submarino de clase Virginia mejorado, nuevas armas de guerra electrónica y nuevos sistemas de comunicación, armas de precisión mejoradas, todo lo cual proporcionará a nuestras fuerzas libertad de maniobra en zonas donde nuestro acceso y libertad de acción se puedan ver amenazados. Admitimos, por otra parte, el reto que supone operar en las inmensas distancias del Pacífico. Por eso estamos invirtiendo en nuevos aviones de repostaje aéreo, en un nuevo bombardero y en patrullas marítimas avanzadas y aviones antisubmarinos». Y por si eso no fuera suficiente, Panetta tuvo el descaro de recordar a los presentes, entre quienes se encontraban representantes del Gobierno chino, las Filipinas, Japón, Corea, Indonesia, Laos, Camboya y Vietnam, que «en el transcurso de la historia, Estados Unidos ha librado guerras, derramado sangre y desplegado sus fuerzas en incontables ocasiones para defender sus intereses vitales en la región Asia-Pacífico».[206] Luego insistió, completamente en serio, en que el nuevo interés de Estados Unidos en la región no tenía por objeto a China. Hasta *The New York Times* señaló: «Pocos asistentes se lo creyeron». El ministro de Exteriores de Indonesia expresó con palabras el disgusto de muchos de los presentes, que lamentaron las presiones de Estados Unidos para que se decantaran por uno u otro bando, que recordaban las críticas de John Foster Dulles en los años cincuenta a los países que se negaban a escoger un bando durante la Guerra Fría. Y comentó: «Lo que nos preocupa es tener que elegir. No queremos que nos pongan en esa tesitura».[207]

Los planes norteamericanos para militarizar la región tenían que hacer frente también a otros obstáculos. Algunos aliados asiáticos sufrían las mismas restricciones presupuestarias que ponían límite a las iniciativas de Washington. En mayo de 2012, Australia, donde Obama había iniciado su gira asiática pocos meses antes, anunció un recorte del 10,5 por ciento, es decir, de cinco mil quinientos millones de dólares, en sus gastos de defensa en los cuatro años siguientes, lo cual, según el Australian Strategic Policy Institute [Instituto de Política Estratégica de Australia], representaría el menor porcentaje del producto interior bruto desde 1938. El *Sidney (Australia) Morning* advertía: «Los sucesos de Canberra y Washington plantean serias dudas sobre la capacidad de los socios de alianza para llevar a efecto sus grandiosos compromisos mutuos. Por parte de Australia, está meridianamente claro lo que ha ocurrido. El gobierno de Gillard ha optado por reducir el presupuesto de defensa a su mínima expresión en setenta y cuatro años [...]. El gobierno ha sopesado sus prioridades y la defensa ocupa el último lugar».[208]

Para Estados Unidos, dejando aparte el Pacífico, el ahorro en defensa debía provenir, al menos en parte, de la disminución de su ejército, que pasaría de quinientos setenta mil a cuatrocientos noventa mil efectivos, y de la disminución de la presencia militar en Europa. En enero de 2012, Obama se citó con Panetta en el Pentágono y declaró: «Vamos a pasar página a diez años de guerra [...]. Podremos garantizar nuestra seguridad con menos unidades convencionales de tierra. Seguiremos deshaciéndonos de sistemas de defensa desfasados, de la Guerra Fría, para poder invertir en nuestras necesidades de futuro».[209]

Si el recorte del gasto de defensa, sacar a las tropas de combate de Irak y empezar la retirada de

Afganistán representaban una bienvenida desviación del hipermilitarismo de los años de Bush y Cheney, no eran la rotunda y definitiva ruptura con el imperio que el mundo necesitaba ver de Estados Unidos y que a Obama le llevaba pidiendo el hombre que había conseguido poner fin al imperio soviético. Mijaíl Gorbachov había, en efecto, presionado a Obama para que tomase iniciativas tan audaces como las que le habían permitido modificar el curso de la historia. «América necesita una perestroika ahora mismo —dijo en 2009—[...], porque tiene que lidiar con problemas que no son fáciles». Gorbachov pedía el final de la política de libre mercado sin regulación alguna que había causado la crisis económica global y perpetuaba la brecha entre ricos y pobres. Estados Unidos, advertía, ya no podía dictar sus condiciones al resto del mundo. «Todos estamos acostumbrados a que América sea el pastor que nos dice lo que hay que hacer. Pero esa época ha terminado». Condenó los gobiernos de Clinton y Bush por su peligrosa militarización de la política internacional e instó a Washington a retirar las tropas de Afganistán al igual que Rusia había hecho veinte años antes después de que él heredara una guerra igualmente desastrosa e impopular.[210]

Cuando el año 2012 tocaba a su fin, el mundo atravesó unos días de extraordinaria inestabilidad. El poder global de Estados Unidos se había erosionado abriendo la puerta a un apasionante abanico de posibilidades, algunas de las cuales estaban cargadas de peligros. Reconociendo los extraordinarios trastornos que habían causado a las élites gobernantes en todo el mundo en 2011, la revista *Time* declaró personaje del año al «Manifestante». En realidad, la conflagración había estallado en diciembre de 2010 cuando Mohamed Buazizi, vendedor callejero tunecino de veintiséis años a quien la policía había humillado demasiadas veces, se prendió fuego. Ese acto simple y desesperado inició una rebelión popular masiva en Túnez que acabó con el gobierno de Zine el Abidine Ben Alí, que había durado veintitrés años. La imagen de ciudadanos tunecinos corrientes plantando cara sin temor a la policía del Estado conmovió a millones de personas que también sufrían indignidades a manos de regímenes dictatoriales y corruptos respaldados y armados en la mayoría de los casos por Estados Unidos. El movimiento se extendió rápidamente a Argelia y Egipto y a todo el mundo árabe. La publicación, que comenzó a principios de febrero de 2011, de un cuarto de millón de telegramas diplomáticos norteamericanos en WikiLeaks fue como echar gasolina a una hoguera que ya está ardiendo. Las protestas de Libia, Siria, Yemen y Bahréin pronto escaparon a todo control. La oposición a los bancos y a los gobiernos que imponían austeridad a la ciudadanía recorrió Europa entera y en especial España, Grecia, Italia, Francia y el Reino Unido. Los ciudadanos chinos plantaron cara a los funcionarios de su gobierno protestando por la corrupción y las desigualdades. Los rusos se rebelaron contra el fraude electoral y el gobierno autocrático de Vladímir Putin. Los japoneses expresaron su indignación por la actuación de su gobierno y de las compañías eléctricas tras el desastre nuclear de Fukushima.

Y en Estados Unidos, el movimiento Occupy Wall Street llamó la atención sobre la desmesurada y creciente brecha entre el 1 por ciento de personas más ricas y el resto de la población. Pew Research Center reveló en enero de 2012 que dos terceras partes de los norteamericanos creían que los conflictos «fuertes» entre ricos y pobres se habían incrementado un 19 por ciento desde el último estudio, realizado en julio de 2009. El 30 por ciento de los encuestados opinaba que los conflictos eran «muy fuertes», lo cual suponía un aumento del 50 por ciento en dos años y medio.[211] No era ninguna sorpresa a la vista del hecho de que la riqueza neta de la familia media norteamericana había descendido un 39 por ciento en tres años, pasando de ciento veintiséis mil cuatrocientos dólares en 2007 a setenta y siete mil trescientos dólares en 2010, según los datos de la Reserva Federal. La renta per cápita de las personas que no habían terminado la educación secundaria se desplomó con un descenso del 54 por ciento. En 2012 Joseph Stiglitz calculaba que los seis herederos del grupo empresarial Walmart acumulaban tanta riqueza como el 30 por ciento de los norteamericanos más pobres: noventa mil millones de dólares.[212] El movimiento planteaba también profundas y

preocupantes incógnitas sobre las prioridades de Estados Unidos tras la debacle financiera. Los recortes presupuestarios, aunque con frecuencia mal concebidos, habían obligado a los norteamericanos a reconsiderar la validez del proyecto imperial. En un momento en que el desempleo se disparaba, la inversión en infraestructuras decaía y los servicios sociales eran diezmados, ¿podía Estados Unidos permitirse el lujo de mantener su enorme imperio global? Su papel como policía del planeta ¿redundaba en realidad en beneficio de sus ciudadanos? ¿Debería en un futuro invadir otros países si en realidad no representaban ninguna amenaza para el pueblo norteamericano?

Las perspectivas de reforma interior también han mejorado. El movimiento, que recordaba a las luchas en pro de los derechos de los trabajadores y de la justicia social y en contra de la guerra de los años treinta y sesenta, ha prendido en la imaginación de millones de ciudadanos en todo el país, y muy especialmente en los jóvenes. Con la sensación de tener posibilidades utópicas al alcance de la mano por primera vez en varias décadas, los estadounidenses empiezan a pensar cómo sería una sociedad justa y equitativa. Ya no tolerarían el desmedido poder y la influencia que los ricos ejercieron para dominar todas las esferas de la vida pública y privada. Y el impacto del movimiento Occupy Wall Street se ha dejado sentir mucho más allá de sus simpatizantes y su ideología igualitaria y favorable a la redistribución de la riqueza ha cambiado el discurso político. Los lazos cada vez más estrechos entre el renovado activismo en Estados Unidos y los proyectos democráticos a escala global son un buen augurio para el futuro.

Pero hay problemas monumentales que exigen atención. El calentamiento global amenaza el futuro de la vida en el planeta como solo la guerra nuclear había hecho hasta ahora. Derrite ya los casquetes polares del Ártico y el Antártico, eleva el nivel de los océanos, provoca sequías e inundaciones, amplía el alcance geográfico de enfermedades mortales y arruina fuentes de agua y de alimento en todo el planeta. Estados Unidos mismo se tambalea bajo los efectos de temperaturas desconocidas, huracanes devastadores, inundaciones, incendios forestales y sequías que rivalizan con las que ya lo asolaron en el pasado. La amenaza nuclear, por otro lado, todavía no se puede descartar. El peligro del aumento de armas atómicas, y hasta de su proliferación anárquica, no ha desaparecido. Los arsenales nucleares siguen superando los megatones que los expertos consideran suficientes para llevarnos al invierno nuclear que extinguiría toda vida en la Tierra. Y, a pesar del declarado compromiso de Obama, las perspectivas de una reducción sustancial, por no hablar de una abolición total, de las emisiones tóxicas se antojan escasas.

En lo que presagiaría un cambio de rumbo radical y extraordinario si en verdad llega a concretarse, hasta Barack Obama ha dado débiles señales de volver a ser la figura renovadora que prometía en la campaña electoral de 2008. Espoleado por el éxito del movimiento Occupy Wall Street para hacer llegar su mensaje, la repetida intransigencia de los republicanos, el estancamiento económico, las restricciones presupuestarias y su descenso de popularidad, hacia finales de 2011 parece haber recuperado parte de su antiguo dinamismo. Sus discursos se han teñido de cierto populismo. Ha abrazado abiertamente el final de la guerra de Irak y la reducción del gasto de defensa, aunque a ambas cosas se haya visto forzado por las circunstancias. ¿Hay alguna posibilidad de que pudiera sufrir la misma conversión por la que pasó Kennedy y se haya dado cuenta del flaco favor que el militarismo y el imperialismo han hecho al pueblo norteamericano y al resto del mundo? El futuro se adivinaba sombrío, y su discurso de Fort Bragg y su predisposición a firmar el extremadamente peligroso proyecto de ley Defense Authorization de 2012 no eran muy alentadores. Lo que sí resulta evidente, en cambio, es que las verdaderas esperanzas de cambio de Estados Unidos —para que recupere su alma democrática, igualitaria y revolucionaria— residen en que los ciudadanos norteamericanos se unan a las masas rebeldes del planeta y nos recuerden a todos las lecciones de la historia, de su historia, de la historia del pueblo, que ahora sí ha sido contada, y exijan

la creación de un mundo que represente los intereses de la abrumadora mayoría y no de los más ricos y codiciosos, de los más poderosos. En la consolidación de ese movimiento se cifra también la única esperanza de salvar la democracia norteamericana de las garras de un estado dominado y sofocado por el imperativo de la seguridad nacional. En una tiranía semejante estribaba la amenaza que los antiguos líderes revolucionarios de Norteamérica supieron ver. En 1787 una mujer preguntó a Benjamin Franklin a la salida de la convención constituyente: «Y bien, doctor, ¿qué ha sido? ¿Monarquía o república?». Franklin respondió con unas palabras tan oportunas hoy como entonces: «República, señora, y que sea usted capaz de conservarla».[213]

[1] Emily Eakin, «Ideas & Trends: All Roads Lead to D.C.», *The New York Times*, 31 de marzo de 2002.

[2] Bob Woodward, *Obama's War*, Simon & Schuster, Nueva York, 2010, p. 11.

[3] Steven S. Clark, «Pharma Makes a Pragmatic Left Turn in this Election», WTN News, 3 de noviembre de 2008, *wtnnews.com/articles/5185*.

[4] Glenn Greenwald, «Larry Summers, Tim Geither and Wall Street's Ownership of Government», 4 de abril de 2009, *http://www.salon.com/2009/04/04/summers*. Dan Froomkin «White House Watch», *The Washington Post*, 6 de abril de 2009.

[5] La contraposición entre Wall Street y Main Street, «Calle Mayor», hizo fortuna en la prensa norteamericana durante la crisis de 2008 y después. Por «Wall Street» se entendía, naturalmente, la gran banca; por «Main Street», la clase media. *(N. del T.)*.

[6] Matt Taibbi, «Obama's Big Sellout», 13 de diciembre de 2009, *Rolling Stone*, *www.commondreams.org/headline/2009/12/13-8*; Jackie Calmes, «Obama's Economic Team Shows Influence of Robert Rubin—With a Difference», *The New York Times*, 24 de noviembre de 2008; Eric Dash, «Citigroup to Halt Dividend and Curb Pay», *The New York Times*, 23 de noviembre de 2008; Amit R. Paley y David Cho, «Administration Seeks an Out on Bailout Rules for Firms», *The Washington Post*, 4 de abril de 2009.

[7] James K. Galbraith, «It Was the Banks», 5 de noviembre de 2010, *www. commondreams.org/view/2010/11/05-13*.

[8] Dan Froomkin, «Suskind's "Confidence Men" Raises Questions About Obama's Credibility», *Huffington Post*, 2 de diciembre de 2011, *www.commondreams.org/ view/2011/12/02-8*.

[9] Eric Alterman, «The Ingrates of Wall Street», *Nation*, 15 de junio de 2011, *www.thenation.com/article/161447/ingrates-wall-street*.

[10] Nelson D. Schwartz y Louise Story, «Pay of Hedge Fund Managers Roared Back Last Year», *The New York Times*, 1 de abril de 2010.

[11] Michael Luo, «In Banking, Emanuel Made Money and Connections», *The New York Times*, 4 de diciembre de 2008.

[12] Ryan Lizza, «Inside the Crisis: Larry Summers and the White House Economic Team», *The New Yorker*, 12 de octubre de 2009, *www.newyorker.com/report ing/2009/10/12/091012fa_fact lizza?printable =true#ixzz1Q gGbqGCw*.

[13] Andrew Sum, Ishwar Khatiwada, Joseph McLaughlin y Sheila Palma, «The "Jobless and Wageless" Recovery from the Great Recession of 2007-2009: The Magnitude and Sources of Economic Growth Through 2011 and Their Impacts on Workers, Profits, and Stock Values», mayo de 2011, *www.clms.neu.edu/publication/doc uments/Revised Corporate Report May 27th.pdf*; Jeff Madrick, «When Will Obama Sound the Alarm About Jobs?», 9 de junio de 2011, *www.huffingtonpost.com/jeff-madrick/when-will-obama-sound-the b 874426.html*.

[14] Harold Meyerson, «The Unshared Recovery», *The Washington Post*, 6 de septiembre de 2010; Steven Rattner, «The Rich Get Even Richer», *The Washington Post*, 25 de marzo de 2012.

[15] Chris Hedges, «Nader Was Right: Liberals Are Going Nowhere With Obama», 10 de agosto de 2009, *www.truthdig.com/report/item/20090810*

[16] Paul Krugman, «The Social Contract», *The New York Times*, 23 de septiembre de 2011.

[17] Robert B. Reich, «How to End the Great Recession», *The New York Times*, 3 de septiembre de 2010; Edward N. Wolff, «Recent Trends in Household Wealth in the United States», marzo de 2010, *www.levyinstitute.org/pubs/wp 589.pdf, 11*.

[18] Charles M. Blow, «America's Exploding Pipe Dream», *The New York Times*, 29 de octubre de 2011; *www.sgi-network.org/pdf/SGI11 Social Justice OECD.pdf*.

[19] Jason DeParle, «Harder for Americans to Rise from Economy's Lower Rungs», *The New York Times*, 5 de enero de 2012.

[20] Peter Whoriskey, «Executive Incentives», *Wall Street Journal*, 20 de noviembre de 2008, *online.wsj.com/public/resources/documents/st ceos 20081111.html*.

[21] William M. Isaac, «Obama's Financial Reform Weak and Ineffective», *Forbes*, 22 de abril de 2010, *www.forbes.com/2010/04/22/financial-reform-barack-obama-chris-dodd-opinions-contributors-william-m-isaac.html*.

[22] Steven Pearlstein, «Whose Side Is Obama On?», *The Washington Post*, 25 de noviembre de 2009.

[23] Nicholas Confessore, «Obama Seeks to Win Back Wall St. Cash», *The New York Times*, 13 de junio de 2011.

[24] Joseph E. Stiglitz, «Of the 1%, By the 1%, For the 1%», *Vanity Fair*, mayo de 2011, *www.vanityfair.com/society/features/2011/05/top-one-percent-201105*.

[25] Jonathan D. Salant y Lizzie O'Leary, «Six Lobbyists Per Lawmaker Work on Health Overhaul (Update 2)», Bloomberg.com, 14 de agosto de 2009, *www.bloomberg.com/apps/news?pid =newsarchive&sid =aqMce51JoZWw*.

[26] Glenn Greenwald, «White House as Helpless Victim on Healthcare», 16 de diciembre de 2009, *www.salon.com/news/opinion/glenn greenwald/2009/12/16/white house*.

[27] Los llamados *death panels*, término acuñado por la republicana Sarah Palin para denunciar los jurados de burócratas que con la legislación propuesta se encargarían de decidir qué enfermos podían recibir cuidados sanitarios y cuáles no. *(N. del T.)*.

[28] Robert Kuttner, «A Wake Up Call», 17 de enero de 2010, *www.huffingtonpost.com/robert-kuttner/a-wake-up-call b 426467.html*.

[29] Harold Meyerson, «Who's Hurt by Paul Ryan's Budget Proposal», *The Washington Post*, 5 de abril de 2011.

[30] Thomas L. Friedman, «Still Digging», *The New York Times*, 7 de diciembre de 2010.

[31] Paul Krugman, «The President Is Missing», *The New York Times*, 10 de abril de 2011.

[32] Doug Cameron, «GE's Immelt Receives Cash Bonus», *The Wall Street Journal*, 14 de marzo de 2011, *online.wsj.com/article/SB10001424052748704893604576 200850366030310.html;* Sheryl Gay Stolberg, «Obama Sends Pro-Business Signal with Adviser Choice», *The New York Times*, 21 de enero de 2011.

[33] Harold Meyerson, «Wall St. Attacks Obama for Tactic It Uses», *The Washington Post*, 4 de abril de 2012; Zachary A. Goldfarb, «Obama Support for GE, Boeing, JPMorgan Doesn't Always Go Both Ways», *The Washington Post*, 19 de julio de 2012.

[34] Margaret Talev, «Obama Retakes the Oath of Office After Busy First Day», *McLatchyNews*, 21 de enero de 2009, *www.mcclatchydc.com/2009/01/21/60448/ obama-retakes-the-oath-of-office.html*.

[35] «Obama Administration in Danger of Establishing "New Normal" with Worst Bush-Era Policies, Says ACLU», 29 de julio de 2010, *www.aclu.org/national-security/obama-administration-danger-establishing-new-normal-worst-bush-era-policies-says-a*.

[36] Charlie Savage, «Court Dismisses a Case Asserting Torture by C.I.A.», *The New York Times*, 9 de septiembre de 2010.

[37] Jack Goldsmith, «The Cheney Fallacy», *New Republic*, 18 de mayo de 2009, *www.tnr.com/article/politics/the-cheney-fallacy?page =0,0&id =1e733cac-c273-48e5-9140-80443ed1f5e2&p =1*.

[38] Jonathan Turley, «Taking Liberties: Obama May Prove Disastrous in Terms of Protecting Our Rights», *Los Angeles Times*, 29 de septiembre de 2011.

[39] Paul Richter, «State Department Spokesman P. J. Crowley Resigns», *The New York Times*, 14 de marzo de 2011.

[40] Marjorie Cohn, «Bradley Manning: Traitor or Hero», *Consortium News*, 24 de diciembre de 2011, *www.consortiumnews.com/2011/12/24/bradley-manning-traitor-or-hero*.

[41] «WikiLeaks Wins Australian Journalism Award,»,AFP, November 27, 2011, *www.google.com/hostednews/afp/article/ALeqM5gQRUCe6qxRkV8J7Q8Ix6HUPcD_ Eg*; Glenn Greenwald, «WikiLeaks Wins Major Journalism Award in Australia», 27 de noviembre de 2011, *www.salon.com/2011/11/27/wikileaks_wins_major_journalism_ award_in_australia*.

[42] Robert Scheer, «From Jefferson to Assange», *The Nation*, 28 de noviembre de 2010, *www.thenation.com/article/156909/jefferson-assange*.

[43] Thomas R. Eddlem, «Gingrich Calls Assange an "Enemy Combatant"», *New American*, 9 de diciembre de 2010, *www.thenewamerican.com/usnews/foreign-poli cy/5454-gingrich-calls-assange-an-enemy-combatant*; Martin Beckford, «Sarah Palin: Hunt WikiLeaks Founder Like al-Qaeda and Taliban Leaders», *The Telegraph* (de Londres), 26 de diciembre de 2011, *www.telegraph.co.uk/news/worldnews/wikileaks/8171269/ Sarah-Palin-hunt-WikiLeaks-founder-like-al-Qaeda-and-Taliban-leaders.html*.

[44] James C. Goodale, «WikiLeaks Probe: Pentagon Papers Injustice Déjà Vu», *Daily Beast*, 12 de junio de 2011, *www.thedailybeast.com/articles/2011/06/13/ wikileaks-probe-spoils-pentagon-papers-anniversary.html*; Trevor Timm, «Cablegate One Year Later: How WikiLeaks Has Influenced Foreign Policy, Journalism, and the First Amendment», Electronic Freedom Foundation, November 28, 2011, *www.eff.org/deeplinks/2011/11/cablegate-one-year-later-how-wikileaks-has-influenced- foreign-policy-journalism*.

[45] R. Jeffrey Smith, «Classified Pentagon Report Upholds Thomas Drake's Complaints About NSA», *The Washington Post*, 23 de junio de 2011.

[46] Glenn Greenwald, «Climate of Fear: Jim Risen v. the Obama Administration», 23 de junio de 2011, *www.salon.com/news/opinion/glenn greenwald/2011/06/23/risen*.

[47] Steven Erlanger, «Europeans Criticize Fierce U.S. Response to Leaks», *The New York Times*, 10 de diciembre de 2010.

[48] Dana Priest y William M. Arkin, «A Hidden World, Growing Beyond Control», *The Washington Post*, 19 de julio de 2010.

[49] Dana Priest y William M. Arkin, «Monitoring America», *The Washington Post*, 20 de diciembre de 2010.

[50] Charlie Savage, «Senators Say Patriot Act Is Being Misinterpreted», *The New York Times*, 27 de mayo de 2011.

[51] Charlie Savage, «F.B.I. Agents Get Leeway to Push Privacy Bounds», *The New York Times*, 13 de junio de 2011; David K. Shipler, «Free to Search and Seize», *The New York Times*, 23 de junio de 2011.

[52] Jonathan Turley, «Ten Reasons We're No Longer the Land of the Free», *The Washington Post*, 15 de enero de 2012.

[53] Karen DeYoung, «Familiar Faces and Some Prominent Newcomers», *The Washington Post*, 3 de marzo de 2008.

[54] Joshua E. Keating, «The Audacity of What?», *Foreign Policy*, 24 de enero de 2011, *www.foreignpolicy.com/articles/2011/01/24/the audacity of what*.

[55] Ryan Lizza, «How the Arab Spring Remade Obama's Foreign Policy», *The New Yorker*, 2 de mayo de 2011, *www.newyorker.com/reporting/2011/05/02/110502fa fact lizza?currentPage=all*.

[56] En inglés, *enhanced interrogations*, eufemismo que, en el marco de la guerra contra el terror, designa los métodos de interrogatorio que el Ejército norteamericano y la CIA vienen aplicando a las personas detenidas tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. *(N. del T.)*.

[57] Michael Abramowitz, Shailagh Murray y Anne E. Kornblut, «Obama Close to Picking Clinton, Jones for Key Posts», *The Washington Post*, 22 de noviembre de 2008.

[58] Eliot Cohen, «What's Different About the Obama Foreign Policy», *Wall Street Journal*, 2 de agosto de 2009, *online.wsj.com/article/SB10001424052970203946904574300402608475582.html*.

[59] Robert Parry, «The Secret World of Robert Gates», 8 de noviembre de 2006, *www.consortiumnews.com/2006/110906.html*; Robert Parry, «How the War Hawks Caged Obama», 30 de noviembre de 2009, *www.consortiumnews.com/2009/ 113009.html*; Robert Parry, *Secrecy & Privilege: Rise of the Bush Dynasty from Watergate to Iraq*, Media Consortium, Arlington (Virginia), 2004.

[60] Mark Landler, «Clinton Speech Offers Policy Overview», *The New York Times*, 8 de septiembre de 2010.

[61] Elisabeth Bumiller, «Gates on Leaks, Wiki and Otherwise», *The New York Times*, 30 de noviembre de 2010.

[62] Andrew J. Bacevich, «Hillary Clinton's "American Moment" Was Nothing But American Blather», *New Republic*, 13 de septiembre de 2010, *www.tnr.com/blog/ foreign-policy/77612/hillary-clintons-american-moment-was-nothing-american-blather*.

[63] Charlie Savage, «2 Top Lawyers Lost to Obama in Libya War Policy Debate», *The New York Times*, 18 de junio de 2011.

[64] Charlie Savage, «Mostly in Echo, Rivals Discuss Reach of Power», *The New York Times*, 30 de diciembre de 2011; Steve Chapman, «Mirror Images», *The Chicago Tribune*, 5 de enero de 2012.

[65] Simon Jenkins, «U.S. Embassy Cables: The Job of the Media Is Not to Protect the Powerful from Embarrassment», *The Guardian*, 28 de noviembre de 2010.

[66] Garry Wills, «Obama's Legacy: Afghanistan», *New York Review of Books*, 27 de julio de 2010, *www.nybooks.com/blogs/nyrblog/2010/jul/27/obamas-legacy-afghanistan/*.

[67] Karen DeYoung, «Afghan Conflict Will Be Reviewed», *The Washington Post*, 13 de enero de 2009.

[68] White House Press Release, 17 de febrero de 2009, *www.whitehouse.gov/the press office/Statement-by-the-President-on-Afghanistan*.

[69] Elisabeth Bumiller y Mark Mazetti, «A General Steps from the Shadows», *The New York Times*, 12 de mayo de 2009; Tom Engelhardt, *The American Way of War: How Bush's Wars Became Obama's*, Haymarket Books, Chicago, 2010, p. 141.

[70] Eric Schmitt y Mark Mazetti, «Switch Signals New Path for Afghan War», *The New York Times*, 12 de mayo de 2009.

[71] Bob Woodward, «Obama: "We Need to Make Clear to People That the Cancer Is in Pakistan"», *The Washington Post*, 29 de septiembre de 2010.

[72] David E. Sanger y Eric Schmitt, «Pakistani Nuclear Arms Pose Challenge to U.S. Policy», *The New York Times*, 1 de febrero de 2011.

[73] K. Alan Kronstadt, «Pakistan-U.S. Relations», 6 de febrero de 2009, Congressional Research Service, *www.fas.org/sgp/crs/row/RL33498.pdf*.

[74] Tim Reid, «We'll Bomb You to Stone Age, US Told Pakistan», *The Times* (de Londres), 22 de septiembre de 2006, *www.timesonline.co.uk/tol/news/world/middle east/article647188.ece*.

[75] Woodward, «Obama: "We Need to Make Clear to People That the Cancer Is in Pakistan"».

[76] David Kilcullen y Andrew McDonald Exum, «Death from Above, Outrage down Below», *The New York Times*, 17 de mayo de 2009.

[77] Saed Shah y Peter Beaumont, «Human Face of Hellfire: Hidden Cost of America's Remote-Controlled Missiles», *The Guardian* (de Londres), 18 de julio de 2011; Jemima Khan, «Under Fire from Afar: Harrowing Exhibition Reveals Damage Done By Drones in Pakistan», *The Independent* (de Londres), 29 de julio de 2011.

[78] Mehdi Hasan, «U.S. Drone Attacks Are No Laughing Matter, Mr. Obama», *The Guardian* (de Londres), 29 de diciembre de 2010.

[79] Glenn Greenwald, «Bravery and Drone Pilots», 10 de julio de 2012, *www. salon.com/2012/07/10/bravery_and_drone_pilots*.

[80] Nico Hines, «Obama Schmoozes the Fourth Estate with Gags and Gaffes at Charity White House Bash», *The Times* (de Londres), 3 de mayo de 2010; Jamie Crawford, «Pakistani View of U.S. Reaches New Low», CNN, 29 de junio de 2012, *security.blogs.cnn.com/2012/06/29/pakistani-view-of-u-s-reaches-new-low/?iref =allsearch*.

[81] Scott Shane, «C.I.A. Is Disputed on Civilian Toll in Drone Strikes», *The New York Times*, 12 de agosto de 2011.

[82] Chris Woods y Christina Lamb, «Obama Terror Drones», Bureau of Investigative Journalism, 4 de febrero de 2012, *www.thebureauinvestigates.com/2012/02/04/ obama-terror-drones-cia-tactics-in-pakistan-include-targeting-rescuers-and-funerals*.

[83] Karen DeYoung, «Secrecy Defines Obama's Drone War», *The Washington Post*, 20 de diciembre de 2011; Jo Becker y Scott Shane, «Secret "Kill List" Proves a Test of Obama's Principles and Will», *The New York Times*, 29 de mayo de 2012.

[84] Tom Junod, «The Lethal Presidency of Barack Obama», *Esquire*, 9 de julio de 2012, *www.esquire.com/features/obama-lethal-presidency-0812-3*.

[85]*Ibid*.

[86] Akbar Ahmed y Frankie Martin, «Deadly Drones Come to the Muslims of the Philippines», Al Jazeera, 5 de marzo de 2012; Tom Engelhardt, «Obama's Bush League World», 12 de julio de 2011, *www.tomdispatch.com/post/175416/tomgram%3A engelhardt%2C_making_earth_a_global_free-fire_zone*.

[87] Glenn Greenwald, «Excuses for Assassination Secrecy», 12 de julio de 2012, *www.salon.com/2012/07/12/excuses for assassination secrecy*.

[88] Glenn Greenwald, «Obama's Killings Challenged Again», 18 de julio de 2012, *www.salon.com/2012/07/18/obamas killings challenged again*.

[89] Greg Miller y Julie Tate, «Since Sept. 11, CIA's Focus Has Taken Lethal Turn», *The Washington Post*, 2 de septiembre de 2011.

[90] Michael Hastings, «The Rise of the Killer Drones: How America Goes to War in Secret», *Rolling Stone*, 26 de abril de 2012, *www.rollingstone.com/politics/news/the-rise-of-the-killer-drones-how-america-goes-to-war-in-secret-20120416?print=true*.

[91] Charlie Savage, «Relatives Sue Officials Over U.S. Citizens Killed by Drone Strikes in Yemen», *The New York Times*, 18 de julio de 2012.

[92] Sudarsan Raghavan, «In Yemen, U.S. Airstrikes Breed Anger, and Sympathy for Al-Qaeda», *The Washington Post*, 29 de mayo de 2012.

[93] «Cuando la naturaleza se muestra cada día más bipolar —inundaciones un día, sequía al siguiente— y el hombre se interna cada vez más en el reino de la codicia y el bochorno insondables, mutantes que a sí mismos se llaman políticos dicen cosas absurdas, totalmente alejadas de la lógica», *The Nation* (de Tailandia), 15 de diciembre de 2011.

[94] John Markoff, «War Machines: Recruiting Robots for Combat», *The New York Times*, 29 de noviembre de 2010.

[95] Tom Engelhardt, *The American Way of War: How Bush's Wars Became Obama's*, Haymarket Books, Chicago, 2010, pp. 172-174; Elisabeth Bumiller y Thom Shaker, «War Evolves with Drones, Some Tiny as Bugs», *The New York Times*, 20 de junio de 2011.

[96] William Wan y Peter Finn, «Global Rush Is On to Match U.S. Drones», *The Washington Post*, 5 de julio de 2011.

[97] Becker y Shane, «Secret "Kill List" Proves a Test of Obama's Principles and Will».

[98] Thom Shanker, «Joint Chiefs Chairman Readjusts Principles on Use of Force», *The New York Times*, 3 de marzo de 2010.

[99] Richard A. Oppel, Jr., «Tighter Rules Fail to Stem Deaths of Innocent Afghans at Checkpoints», *The New York Times*, 26 de marzo de 2010; Ben Kiernan y Taylor Owen, «Roots of U.S. Troubles in Afghanistan: Civilian Bombing Casualties and the Cambodian Precedent», *Asia-Pacific Journal*, 28 de junio de 2010, *www.japan focus.org/-Ben-Kiernan/3380*.

[100] Peter Baker, «How Obama Came to Plan for "Surge" in Afghanistan», *The New York Times*, 6 de diciembre de 2009.

[101] Steve Rendell, «In Afghan Debate, Few Antiwar Op-Eds», *FAIR*, diciembre de 2009, *www.fair.org/index.php?page=3949*; «Wavering on Afghanistan?», *The Washington Post*, 22 de septiembre de 2009.

[102] Craig Whitlock, «Gen. Cartwright, Poised to Lead Chiefs, Had His Shot Derailed by Critics», *The Washington Post*, 28 de mayo de 2011.

[103] World Food Program data, *www.wfp.org/countries/afghanistan*; Anthony H. Cordesman y Adam Mausner, «Is a "Population-centric" Strategy Possible?», Center for Strategic & International Studies, 26 de abril de 2010, *csis.org/publication/agriculturefood-and-poverty-afghanistan*; John Hanrahan, «About Living Standards in Afghanistan», 3 de diciembre de 2009, *niemanwatchdog.org/index.cfm?fuseaction =ask_this.view&askthisid =00435*; Karin Brulliard, «Affluent Afghans Make Their Homes in Opulent "Poppy Palaces"», *The Washington Post*, 6 de junio de 2010.

[104] David Wildman y Phyllis Bennis, *Ending the US War in Afghanistan: A Primer*, Olive Branch Press, Northampton (Massachusetts), 2010, pp. 72-74.

[105] Anthony H. Cordesman, «What's Our Long-Range Afghan Plan?», *The Washington Post*, 23 de septiembre de 2011.

[106] Atiq Sarwari y Robert D. Crews, «Afghanistan and the Pax Americana», en *The Taliban and the Crisis of Afghanistan*, Robert D. Crews y Amin Tarzi (eds.), Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2008, pp. 315-316.

[107] «Afghan Life Expectancy Rising as Healthcare Improves, Survey Shows», *The Guardian* (de Londres), 30 de noviembre de 2011.

[108] Wildman y Bennis, *Ending the US War in Afghanistan: A Primer*, pp. 88-90, 94; Dana Burde, «It Takes a Village To Raise a School», *The New York Times*, 17 de septiembre de 2010.

[109] Karl Eikenberry, memorándum para Hillary Clinton, 6 de noviembre de 2009, *documents.nytimes.com/eikenberry-s-memos-on-the-strategy-in-afghanistan*.

[110] Nicholas D. Kristof, «The Afghanistan Abyss», *The New York Times*, 6 de septiembre de 2009.

[111] Andrew Shurtleff, «Former CIA Station Chief in Afghanistan Calls for Withdrawal», *Daily Progress*, *www.votersforpeace.us/press/index.php?itemid=3419*.

[112] Conn Hallinan, «Afghanistan: Killing Peace», 12 de enero de 2011, *dispatches fromtheedgeblog.wordpress.com*; Wildman y Bennis, *Ending_the_US_War_in_Afghanistan: A Primer*, p. 160.

[113] Alissa J. Rubin, «Girl, 12, Killed in NATO Raid on Wrong Afghan Home», *The New York Times*, 13 de mayo de 2011.

[114]*Dick*, «polla» en inglés. *(N. del T.)*.

[115]*Hajj* hace referencia a las personas que han completado la peregrinación a La Meca. Los soldados estadounidenses utilizan este término en sentido peyorativo. *(N. del T.)*.

[116] Tariq Ali, «Operation Enduring Disaster: Breaking with Afghan Policy», 16 de noviembre de 2008, *www.tomdispatch.com/post/175003/tariq_ali_flight_path_to_disaster_ in_afghanistan*.

[117] Matthew P. Hoh, carta a la embajadora Nancy J. Powell, 10 de septiembre de 2009, *The Washington Post*, *www.washingtonpost.com/wp-srv/hp/ssi/wpc/ResignationLet ter.pdf?sid=ST2009102603447*.

[118] Chris Hedges, «Opium, Rape and the American Way», 2 de noviembre de 2009, *www.truthdig.com/report/item/20091102 opium rape and the american way/*.

[119] «Losing Afghanistan?», *The Economist*, 20 de agosto de 2009, *www.economist.com/ node/14258750?story id=14258750*

[120] «UN Afghanistan Survey Points to Huge Scale of Bribery», *BBC News*, 19 de enero de 2010, *news.bbc.co.uk/2/hi/8466915.stm*; Alfred W. McCoy, «America and the Dictators: From Ngo Dinh Diem to Hamid Karzai», 16 de abril de 2010, *www.tomdispatch.com/blog/175233*.

[121] Scott Shane y Andrew W. Lehren, «Leaked Cables Offer Raw Look at U.S. Diplomacy», *The New York Times*, 28 de noviembre de 2010; Scott Shane, Mark Mazzetti y Dexter Filkins, «Cables Depict Afghan Graft, Starting at Top», *The New York Times*, 2 de diciembre de 2010; Declan Walsh, «Flower Power», *The Guardian*, 16 de agosto de 2008, *www.guardian.co.uk/lifeandstyle/2008/aug/16/drugstrade.afghanistan*; Dexter Filkins, Mark Mazzetti y James Risen, «Brother of Afghan Leader Said to Be Paid by C.I.A.», *The New York Times*, 28 de octubre de 2009.

[122] Alissa J. Rubin y Matthew Rosenberg, «U.S. Efforts Fail to Curtail Trade in Afghan Opium», *The New York Times*, 26 de mayo de 2012.

[123] James Risen, «Propping Up a Drug Lord, Then Arresting Him», *The New York Times*, 11 de diciembre de 2010; «New Measures Against the Afghan Opium Tsunami», *United Nations Information Service*, 31 de octubre de 2007, *www.unis. unvienna.org/unis/pressrels/2007/unisnar1013.html*; Alfred W. McCoy, «Can Anyone Pacify the World's Number One Narco-State? The Opium Wars in Afghanistan», 30 de marzo de 2010, *www.tomdispatch.com/blog/175225*.

[124] Walsh, «Flower Power»; Brulliard, «Affluent Afghans Make Their Homes in Opulent "Poppy Palaces"».

[125] Jean MacKenzie, «Funding the Afghan Taliban», 7 de agosto de 2009, *www.globalpost.com/dispatch/taliban/funding-the-taliban*; Hugh Gusterson, «Why the War in Afghanistan Cannot Be Won», *Bulletin of the Atomic Scientists*, 21 de septiembre de 2009, *www.thebulletin.org/web-edition/columnists/hugh-gusterson/why-the-war-afghanistan-cannot-be-won*.

[126] Dexter Filkins, «Convoy Guards in Afghanistan Face an Inquiry», *The New York Times*, 6 de junio de 2010.

[127] Rod Nordland, «Afghan Bank Commission Absolves President's Brother in Fraud Case», *The New York Times*, 29 de mayo de 2011.

[128] Ben Farmer, «U.S. Diplomat Claims UN Tried to Gag Him», *The Telegraph* (de Londres), 4 de octubre de 2009,

www.telegraph.co.uk/news/6259530/US-diplomat-claims-UN-tried-to-gag-him.html.
[129] Rod Nordland, «Afghan Votes Come Cheap, and Often in Bulk», *The New York Times*, 17 de septiembre de 2010.
[130] Bob Woodward, «Military Thwarted President Seeking Choice in Afghanistan», *The Washington Post*, 27 de septiembre de 2010.
[131] Bob Woodward, «Biden Warned Obama During Afghan War Review Not to Get "Locked into Vietnam"», *The Washington Post*, 28 de septiembre de 2010; BobWoodward, *Obama's Wars*, pp. 247, 311.
[132] «Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States», *www.9-11commission.gov/report/911Report Exec.htm*.
[133] Paul R. Pillar, «Who's Afraid of a Terrorist Haven?», *The Washington Post*, 16 de septiembre de 2009.
[134] «Fareed Zakaria Criticizes "Disproportionate" Afghanistan War on CNN», 4 de julio de 2010, *www.huffingtonpost.com/2010/07/04/fareed-zakaria-criticizes_n_ 635170.html*.
[135] George F. Will, «The War That Wasn't», *The Washington Post*, 3 de mayo de 2011.
[136] Andrew J. Bacevich, «Obama's Afghanistan Speech and Strategy», *The Washington Post*, 2 de diciembre de 2009.
[137] Christopher Drew, «One Million Dollars to Keep One Soldier in Afghanistan for One Year», *The New York Times*, 16 de noviembre de 2009.
[138] Robert Dreyfuss, «Getting Out in 2010», *The Nation*, 17 de junio de 2010, *www.thenation.com/blog/getting-out-2011*.
[139] Dana Milbank, «A Deadline Written in Quicksand, Not Stone», *The Washington Post*, 3 de diciembre de 2009.
[140] Woodward, *Obama's Wars*, p. 354.
[141] Karen DeYoung y Scott Wilson, «With bin Laden Dead, Some Escalate Push for New Afghan Strategy», *The Washington Post*, 11 de mayo de 2011; Wildman y Bennis, *Ending the US War in Afghanistan: A Primer*, pp. 72-74.
[142] David E. Sanger y Thom Shanker, «Military Seeks to Make Case Against Too-Hasty Reduction of Troops», *The New York Times*, 7 de junio de 2011; Thom Shanker y John H. Cushman, Jr., «Reviews Raise Doubt on Training of Afghan Forces», *The New York Times*, 6 de noviembre de 2009.
[143] Thomas L. Friedman, «What's Second Prize?», *The New York Times*, 22 de junio de 2010.
[144] Rod Nordland, «Afghans Plan to Stop Recruiting Children as Police», *The New York Times*, 29 de enero de 2011; Ernesto Londono, «Afghanistan Sees Rise in "Dancing Boys" Exploitation», *The Washington Post*, 4 de abril de 2012.
[145] Tony Perry, «U.S. Troops in Afghanistan Suffer More Catastrophic Injuries», *Los Angeles Times*, 6 de abril de 2011.
[146] T. Christian Miller y Daniel Zwerding, «Brain Injuries Remain Undiagnosed in Thousands of Soldiers», 7 de junio de 2010, *www.propublica.org/article/brain-injuries-remain-undiagnosed-in-thousands-of-soldiers*.
[147] Wildman y Bennis, *Ending the US War in Afghanistan: A Primer*, p. 28.
[148] Leo Shane III, «Study: Wars Could Cost $4 Trillion to $6 Trillion», *Stars and Stripes*, 29 de septiembre de 2010, *www.stripes.com/blogs/stripes-central/stripes-central-1.8040/study-wars-could-cost-4-trillion-to-6-trillion-1.120054*.
[149] James Risen, «U.S. Identifies Vast Riches of Minerals in Afghanistan», *The New York Times*, 13 de junio de 2010.
[150] George A. Dorsey, «Ikyber Pass Key of Nations' Fate», *The Chicago Tribune*, 24 de enero de 1911.
[151] «Americans Acquire Afghanistan Oil», *The New York Times*, 8 de mayo de 1928.
[152] James Risen, «World's Mining Companies Covet Afghan Riches», *The New York Times*, 17 de junio de 2010.
[153] Joshua Partlow, «Afghan Minister Accused of Taking Bribe», *The Washington Post*, 18 de noviembre de 2009.
[154] Jane Perlez, Eric Schmitt y Carlotta Gall, «Pakistan Is Said to Pursue Foothold in Afghanistan», *The New York Times*, 24 de junio de 2010; Joshua Partlow, «Haqqani Insurgent Group Proves Resilient Foe in Afghan War», *The Washington Post*, 29 de mayo de 2011; Jane Perlez, «Official Admits Militancy's Deep Roots in Pakistan», *The New York Times*, 2 de junio de 2010.
[155] Alissa J. Rubin, «Pakistan Urged Afghanistan to Distance Itself from the West, Officials Say», *The New York Times*, 28 de abril de 2011.
[156] Michael Cooper, «Mayors See End to Wars as Fix for Struggling Cities», *The New York Times*, 18 de junio de 2001.
[157] Jane Perlez, David E. Sanger y Eric Schmitt, «Nuclear Fuel Memos Expose Wary Dance with Pakistan», *The New York Times*, 30 de noviembre de 2010.
[158] John T. Bennett, «Pressure Builds to End Afghan War», 4 de mayo de 2011, *thehill.com/homenews/administration/159123-pressure-builds-to-end-the-afghan-war*.
[159] George Zornick, «Senator Dick Durbin Questions Sending "One More" Soldier to Die in Afghanistan», 3 de mayo de 2011, *www.thenation.com/ blog/160377/senator-dick –durbin-questions-sending-one-more-soldier-die-afghanistan*.
[160] Rod Nordland, «Karzai Takes Another Shot at NATO Coalition», *The New York Times*, 19 de junio de 2001.
[161] Ray Rivera y Ginger Thompson, «Karzai Is Testing U.S. Patience, Envoy Says», *The New York Times*, 20 de junio de 2011.
[162] Ray Rivera y Ginger Thompson, «U.S. Envoy Responds to Karzai's Criticisms», *The New York Times*, 19 de junio de 2011.
[163] Laura King, «Karzai Quote Taken Wrong Way, Aide Says», *Los Angeles Times*, 25 de octubre de 2011.
[164] Alissa J. Rubin y Taimoor Shah, «Attack Kills Police Officers in Afghanistan», *The New York Times*, 29 de septiembre de 2011.
[165] «NATO: Militant Attacks in Afghanistan Up 11 Percent in Past Three Months», *The Washington Post*, 27 de julio de 2012.
[166] Human Rights Watch, «Afghanistan: Rein in Abusive Militias and Afghan Local Police», 12 de septiembre de 2011, *www.hrw.org/news/2011/09/12/afghanistan-rein-abusive-militias-and-afghan-local-police*.
[167] UN News Centre, «Systematic Torture in Afghan Detention Facilities: UN Report», 10 de octubre de 2011, *www.un.org/apps/news/story.asp?NewsID=39985*.
[168] Jack Healy, «Afghanistan Sees Increase in Cultivation of Poppies», *The New York Times*, 12 de octubre de 2001.
[169] Tim Arango, «Premier Places Power-Sharing at Risk in Iraq», *The New York Times*, 22 de diciembre de 2011; «Iraq Withdrawal: After Troops Leave, A Substantial American Presence», *International Business Times News*, 9 de diciembre de 2011; Farirai Chubvu, «Iraq. Uncle Sam's Unfinished War», *Herald* (de Harare, Zimbabwe), 15 de diciembre de 2011; Michele Keleman, «Huge Embassy Keeps US Presence in Iraq», National Public Radio, 11 de diciembre de 2011.

[170] David Brown, «Study Claims Iraq's "Excess" Death Toll Has Reached 655,000», *The Washington Post*, 11 de octubre de 2006.
[171] David Gilmour, *The Long Recessional: The Imperial Life of Rudyard Kipling*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2002, p. 251.
[172] «Obama's Speech to Troops at Fort Bragg», *The New York Times*, 15 de diciembre de 2011; Michael S. Schmidt, «Junkyard Gives Up Secret Accounts of Massacre», *The New York Times*, 15 de diciembre de 2011.
[173] Greg Jaffe, «A War Without an Iconic Ending», *The Washington Post*, 25 de diciembre de 2011.
[174] Thom Shanker, «Warning Against Wars Like Iraq and Afghanistan», *The New York Times*, 26 de febrero de 2011.
[175] Helene Cooper y Ethan Bronner, «Focus Is on Obama as Tensions Soar Across Mideast», *The New York Times*, 19 de mayo de 2011.
[176] David D. Kirkpatrick y Michael Slackman, «Egyptian Youths Drive the Revolt Against Mubarak», *The New York Times*, 27 de enero de 2011.
[177] Helene Cooper y Mark Landler, «Obama's Peace Tack Contrasts with Key Aide, Friend of Israel», *The New York Times*, 22 de mayo de 2011.
[178] Thomas L. Friedman, «The Arab Awakening and Israel», *The New York Times*, 30 de noviembre de 2011.
[179] Ira Chernus, «Israel and the Palestinians Through the Looking Glass», 26 de mayo de 2011, *www.tomdispatch.com/blog/175397/tomgram%3A_ira_chernus,_ass-backwards_in_the middle east*.
[180] Ethan Bronner, «A Former Spy Chief Questions the Judgment of Israeli Leaders», *The New York Times*, 4 de junio de 2011; Gareth Porter, «Obama Seeks To Distance U.S. from Israeli Attack», 3 de enero de 2012, *ipsnews.net/news.asp?idnews =106361*.
[181] Shibley Tehlami y Steven Kull, «Preventing a Nuclear Iran, Peacefully», *The New York Times*, 16 de enero de 2012.
[182] Simon Romero, «Colombia Leader Seeks Wide-Ranging Changes, and Looks Beyond the U.S.», *The New York Times*, 5 de marzo de 2011.
[183] Tom Phillips y Virginia Lopez, «US Not Invited as Chávez Launches Latin Group», *The Guardian* (de Londres), 3 de diciembre de 2011; «Venezuela: New Regional Group Meets», *The New York Times*, 3 de diciembre de 2011; «New Americas Summit Dominated by Criticism of US», Agence France Press, 2 de diciembre de 2011.
[184] Sibylla Brodzinsky, «Cuba and Drug Policy Headline Summit of the Americas», *Christian Science Monitor*, 16 de abril de 2012; Scott Wilson, «Americas Summit Ends Without an Agreement», *The Washington Post*, 16 de abril de 2012; Noam Chomsky, «Cartagena Beyond the Secret Service», *In These Times*, 2 de mayo de 2012, *inthesetimes.com/article/13136/cartagena_beyond_the_secret_service_scandal*.
[185] Francisco Toro, «The Incredible Shrinking State Department», *International Herald Tribune*, 5 de julio de 2012.
[186] Nick Turse, «Empire of Bases 2.0», 9 de enero de 2011, *www.tomdispatch.com/ blog/175338*; Engelhardt, *The American Way of War*, p. 53.
[187] David Vine, «The Lily-Pad Strategy», 15 de julio de 2012, *www.tomdispatch. com/post/175568/tomgram%3A_david_vine%2C_u.s._empire_of_bases_grows/?utm source=TomDispatch&utm_campaign_=d027c16bb5-TD_Vine7_15_2012&utm_ medium=email#more*.
[188] Charles M. Blow, «For Jobs, It's War», *The New York Times*, 27 de septiembre de 2011.
[189] «Don't Take Peaceful Approach for Granted», *Global Times*, 25 de octubre de 2011, *www.globaltimes.cn/NEWS/tabid/99/ID/680694/Dont-take-peaceful-approach-for-granted.aspx*.
[190] Hillary Clinton, «America's Pacific Century», *Foreign Policy*, noviembre de 2011, *www.foreignpolicy.com/articles/2011/10/11/americas_pacific_century?page=full*.
[191] Matthew Franklin, «Obama Pledges Leadership», *Australian*, 18 de noviembre de 2011; Peter Harcher, «Toothless Among Asian Tigers», *Sydney Morning Herald*, 21 de julio de 2012.
[192] «Philippines Launches Its Most Modern Warship», *The Nation* (de Tailandia), 15 de diciembre de 2011.
[193] Bill Gertz, «Military to Bolster Its Forces in Pacific», *Washington Times*,18 de febrero de 2011.
[194] Celia W. Dugger, «U.S. Envoy Extols India, Accepting Its Atom Status», *The New York Times*, 7 de septiembre de 2001; «A Bad Deal», *The New York Times*, 9 de septiembre de 2008; Peter Baker, «Senate Approves Indian Nuclear Deal», *The New York Times*, 2 de octubre de 2008.
[195] Plenary Session of the U.S.-India Strategic Dialogue, 3 de junio de 2010, *www.state.gov/secretary/rm/2010/06/142623.htm*.
[196] «Arms Race Growing in Asia», *Toronto Star*, 3 de diciembre de 2011.
[197] Jim Yardley, «Malnutrition Widespread in Indian Children, Report Finds», *The New York Times*, 10 de enero de 2012.
[198] Frank Ching, «China-US Power Play That Confuses Audiences», *New Straits Times* (de Malasia), 29 de septiembre de 2011.
[199] Paul McLeary, «Securing the Western Pacific», *Defense Technology International*, 1 de junio de 2010.
[200] Greg Torode, «Beijing Wary as New US Military Strategy Emerges», *South China Morning Post*, 25 de abril de 2011.
[201] «Hu Tells Navy to Prepare to Fight», *Hobart Mercury* (de Australia), 8 de diciembre de 2011.
[202] Greg Jaffe, «U.S. Model for a Future War Fans Tensions with China and Inside Pentagon», *The Washington Post*, 1 de agosto de 2012.
[203] Jane Perlez, «Clinton Makes Effort to Rechannel the Rivalry with China», *The New York Times*, 7 de julio de 2012.
[204] Christopher Hellman, «The Real U.S. National Security Budget», 1 de marzo de 2011, *www.tomdispatch.com/post/175361/tomgram%3A_chris_hellman%2C %241.2 trillion_for_national_security/*.
[205] Eric Margolis, «Obama the President Is Fighting Battles His Country Cannot Afford», *Toronto Sun*, 7 de febrero de 2010, *www.torontosun.com/comment/columnists/eric margolis/2010/02/05/12758511-qmi.html*; Lawrence Wittner, «How Much Is Enough? America's Runaway Military Spending», 23 de agosto de 2010, *www. huffingtonpost.com/lawrence-wittner/how-much-is-enough-americ_b_683600.html*.
[206] William Wan, «Panetta, in Speech in Singapore, Seeks to Lend Heft to U.S. Pivot to Asia», *The Washington Post*, 1 de junio de

2012; Leon E. Panetta, Speech to Shangri-La Security Dialogue, 2 de junio de 2012, *www.defense.gov/Speeches/ Speech.aspx? SpeechID =1681*.

[207] Jane Perlez, «Panetta Outlines New Weaponry for Pacific», *The New York Times*, 2 de junio de 2012.

[208] Harcher, «Toothless Among Asian Tigers».

[209] Greg Jaffe, «Obama Announces New, Leaner Military Approach», *The Washington Post*, 5 de enero de 2012.

[210] Amanda Andrews, «America Is in Urgent Need of Its Own "Perestroika", Says Gorbachev», *The Telegraph* (de Londres), 12 de marzo de 2009, *www.telegraph.co. uk/finance/g20-summit/4980262/America-is-in-urgent-need-of-its-own-peristrokia-says-Gorbachev.html*; Anton Fedyashin, «Gorbachev's Great Expectations», *The Washington Post*, 13 de abril de 2009.

[211] «Rising Share of Americans See Conflict Between Rich and Poor», Pew Research Center Publications, 11 de enero de 2012, *pewresearch.org/pubs/2167/rich-poor-social-conflict-class*.

[212] Binyamin Appelbaum, «Family Net Worth Drops to Level of Early '90s, Fed Says», *The New York Times*, 11 de junio de 2012; Joseph E. Stiglitz, «The 1 Percent's Problem», *Vanity Fair*, 31 de mayo de 2012, *www.vanityfair.com/politics/2012/ 05/joseph-stiglitz-the-price-on-inequality*.

[213] Turley, «Ten Reasons We're No Longer the Land of the Free».

AGRADECIMIENTOS

Un proyecto de este alcance ha necesitado del apoyo, la ayuda y la paciencia de muchas personas. En lo referente al cine, nos gustaría dar las gracias a Fernando Sulichin, por encontrar financiación y mantener la compostura en tiempos difíciles; a Rob Wilson y Tara Tremaine, que nos seleccionaron archivos del mundo entero y desde el principio fueron nuestras anclas; a Álex Márquez, que trabajó en el montaje de los documentales cuatro años, y buen número de noches; a Elliot Eisman, Alexis Chávez y Sean Stone, que le ayudaron; a Craig Armstrong, Adam Peters y Budd Carr por encargarse del sonido (y a Wylie Stateman); a Evan Bates y Suzie Gilbert por ocuparse de los problemas administrativos, y a Steven Pines por sacarse de la manga tanto dinero tantas veces. Muchas gracias también a Showtime, y a sus dos equipos de dirección; a David Nevins por su lucidez; y a Bryan Lourd, Jeff Jacobs, Simon Green y Kevin Cooper simplemente por su ayuda.

En lo referenta al libro, estamos en deuda con los colegas de Peter y con los estudiantes de doctorado del Departamento de Historia de la American University. Max Paul Friedman nos brindó sus conocimientos sobre la historia de la política exterior norteamericana tras leer el manuscrito con atención y esmero. Además, cuestionó algunas de nuestras interpretaciones y nos evitó muchos errores grandes y pequeños. Como las relaciones de Estados Unidos con Rusia y con la Unión Soviética ocupan un lugar tan preeminente en nuestro relato, nos hemos valido en muchas ocasiones de la obra del historiador ruso Antón Fedyashin, que siempre ha respondido a nuestras preguntas con prontitud y buen ánimo y ha comprobado las citas traducidas del ruso para certificar su fidelidad. Entre otros colegas de Peter que han tenido la generosidad de responder a preguntas relativas a su especialidad están los profesores Mustafá Aksakal, Richard Breitman, Phil Brenner, Ira Klein, Allan Lichtman, Eric Lohr y Anna Nelson.

De los estudiantes, Eric Singer y Ben Bennett han sido indispensables. Dedicaron una ingente cantidad de su propio tiempo de investigación y redacción a ayudarnos en diversas labores de búsqueda. Eric es un maestro de la pesquisa, encuentra los datos más recónditos, esos que nadie más podría encontrar. Entre sus muchas contribuciones, Ben se ha ocupado de buscar las fotografías que añaden una dimensión tan importante a esta obra. Pero hay otros estudiantes de doctorado que nos han ayudado mucho, como Rebecca DeWolf, Cindy Gueli, Vincent Intondi, Matt Pembleton, Terumi Rafferty-Osaki, Jay Weixelbaum y Adam Zarakov. Además, Daniel Cipriani, Nguyet Nguyen, David Onkst, Allen Pietrobon, Arie Serota y Keith Skillin también nos han ayudado en las investigaciones aportando pistas muy fértiles.

Numerosos amigos y colegas nos han prestado también su valiosa ayuda. Daniel Ellsberg fue extraordinariamente generoso con sus opiniones, sugerencias, lecturas críticas y entusiasta apoyo. Sus conocimientos sobre la mayor parte de nuestra historia siguen siendo excepcionales. Entre otros eruditos que generosamente nos han cedido su tiempo y saberes, y que además han respondido a nuestras preguntas y nos han sugerido nuevas líneas de investigación, se encuentran Gar Alperovitz, Robert Berkowitz, Bill Burr, Bob Dreyfuss, Carolyn Eisenberg, Ham Fish, Michael Flynn, Irena Grudzinska Gross, Hugh Gusterson, Anita Kondoyanidi, Bill Lanouette, Milton Leitenberg, Robert Jay Lifton, Arjun Makhijani, Ray McGovern, Roger Morris, Satoko Oka Norimatsu, Robert Norris, Robert Parry, Leo Ribuffo, Jonathan Schell, Peter Dale Scott, Mark Selden, Marty Sherwin, Chuck Strozier, Janine Wedel y Larry Wittner.

Como el proyecto ha llevado el tiempo que ha llevado, hemos perdido, con suma tristeza, a cuatro colaboradores en el camino: Howard Zinn, Bob Griffith, Charlie Wiener y Uday Mohan.

Barbara Koeppel nos ayudó también con las imágenes y con los pies de foto. Erin Hamilton nos ha

dado informaciones muy útiles sobre Chile. Matt Smith y Clement Ho, de la biblioteca de la American University, nos han ayudado mucho en la búsqueda de fuentes y en otros aspectos.

El equipo de Gallery Books ha hecho cuanto ha podido para satisfacer nuestras con frecuencia complicadas peticiones cuando debíamos apresurarnos para completar los dos proyectos a tiempo. Estamos especialmente en deuda con nuestro editor, Jeremie Ruby-Strauss, y con su ayudante, Heather Hunt. Nos gustaría dar las gracias también a Louise Burke, Jen Bergstrom, Jessica Chin, Emily Drum, Elisa Rivlin, Emilia Pisani, Tricia Boczkowski, Sally Franklin, Jen Robinson, Larry Pekarek y Davina Mock.

La hija de Peter, Lexie, y su mujer, Simki Kuznick, también nos han ayudado en la investigación y las notas, y Simki, además, revisó pacientemente varias versiones del manuscrito con la pericia de un editor y el buen ojo de un poeta.

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

Archivo personal de Oliver Stone: página 500
Archivo personal de Peter Kuznick: página 500
Associated Press: página 402
Benutzer: Fb78 vía Wikimedia Commons: página 757
Casa Blanca, fotografía oficial: páginas 820, 837, 854
Chris Hondro / Getty Images: página 862
Corbis Images: páginas 582, 535, 552, 557, 607, 673, 715
Cortesía de Daniel Ellsberg y Danny Schechter: página 567
Cortesía de Los Alamos National Laboratory: páginas 235, 276
Cortesía del U.S. Department of Energy: página 225
David Shankbone vía Wikimedia Commons: página 802
De dominio público: páginas 24, 29, 80, 89, 92, 153, 290, 360, 631, 706
Federal Bureau of Investigation: página 362
Fotografías de la Primera Guerra Mundial: World War I Image Archive: páginas 76, 79
Franklin D. Roosevelt Presidential Library / National Archives: páginas 108, 121, 170, 175, 176, 248
George Bush Presidential Library y Museum/ National Archives: página 698
George W. Bush Presidential Library / National Archives: página 725
Gerald R. Ford Presidential Library: páginas 577, 579, 587
German Federal Archive: páginas 161, 173, 352
Getty Images: páginas 441, 634
Harry S. Truman / National Archives: página 205
Harry S. Truman Presidential Library: páginas 229, 232, 323, 347, 356
Harry S. Truman Presidential Library / National Archives: páginas 202, 265, 300, 316, 365
Information of New Orleans vía Wikimedia Commons: página 693
Ixtlan: página 23
Jim Kuhn vía Wikimedia Commons: página 737
Jimmy Carter Library / National Archives: páginas 595, 601
Jimmy Carter Presidential Library / National Archives: página 611
John F. Kennedy Presidential Library: páginas 440, 461
John F. Kennedy Presidential Library / National Archives: páginas 447, 467, 475
Library of Congress: páginas 25, 26, 33, 36, 54, 60, 63, 65, 81, 87, 96, 105, 122, 133, 158, 187, 213, 220, 283, 310, 327, 424, 510, 519, 588
Library of Congress, University of Minnesota, National Archives: página 244
Library of Congress, Wikimedia Commons / dominio público: páginas 256, 257
Lyndon Baines Johnson Presidential Library: páginas 486, 487
Lyndon Baines Johnson Presidential Library / National Archives: páginas 495, 501, 503, 504, 506, 521
Nasser Sadeghi vía Wikimedia Commons / dominio público: página 397
National Archives: páginas 35, 88, 201, 224, 251, 270, 271, 272, 290, 326, 375, 409, 416, 453, 460, 493, 505, 513, 533, 592, 724
National Archives, Wikimedia Commons / dominio público: página 271
National Museum of the U.S. Air Force: páginas 353, 356

Ragesoss vía Wikimedia Commons: página 792
Richard Nixon Presidential Library / National Archives: páginas 527, 529, 547, 561
Ronald Reagan Presidential Library: páginas 617, 620, 623, 653, 658, 661
Ronald Reagan Presidential Library / National Archives: páginas 652, 658, 677
Sue Ream váa Wikimedia Commons: página 683
The New Yorker Magazine: página 34
The New York Times: página 189
U.S. Air Force: páginas 735, 835, 857, 858
U.S. Army: páginas 367, 439, 543
U.S. Department of Defense: páginas 312, 417, 637, 667, 685, 687, 693, 695, 723, 759
U.S. Information Agency: páginas 187, 372
U.S. Marine Corps: páginas 40, 276, 580, 637
U.S. Navy: página 740
U.S. State Department: página 773
Utilizator:Mihai.1954 vía Wikimedia Commons: página 197
Wikimedia Commons / dominio público: páginas 222, 267, 359, 601
William J. Clinton Presidential Library / National Archives: página 703

Table of Contents